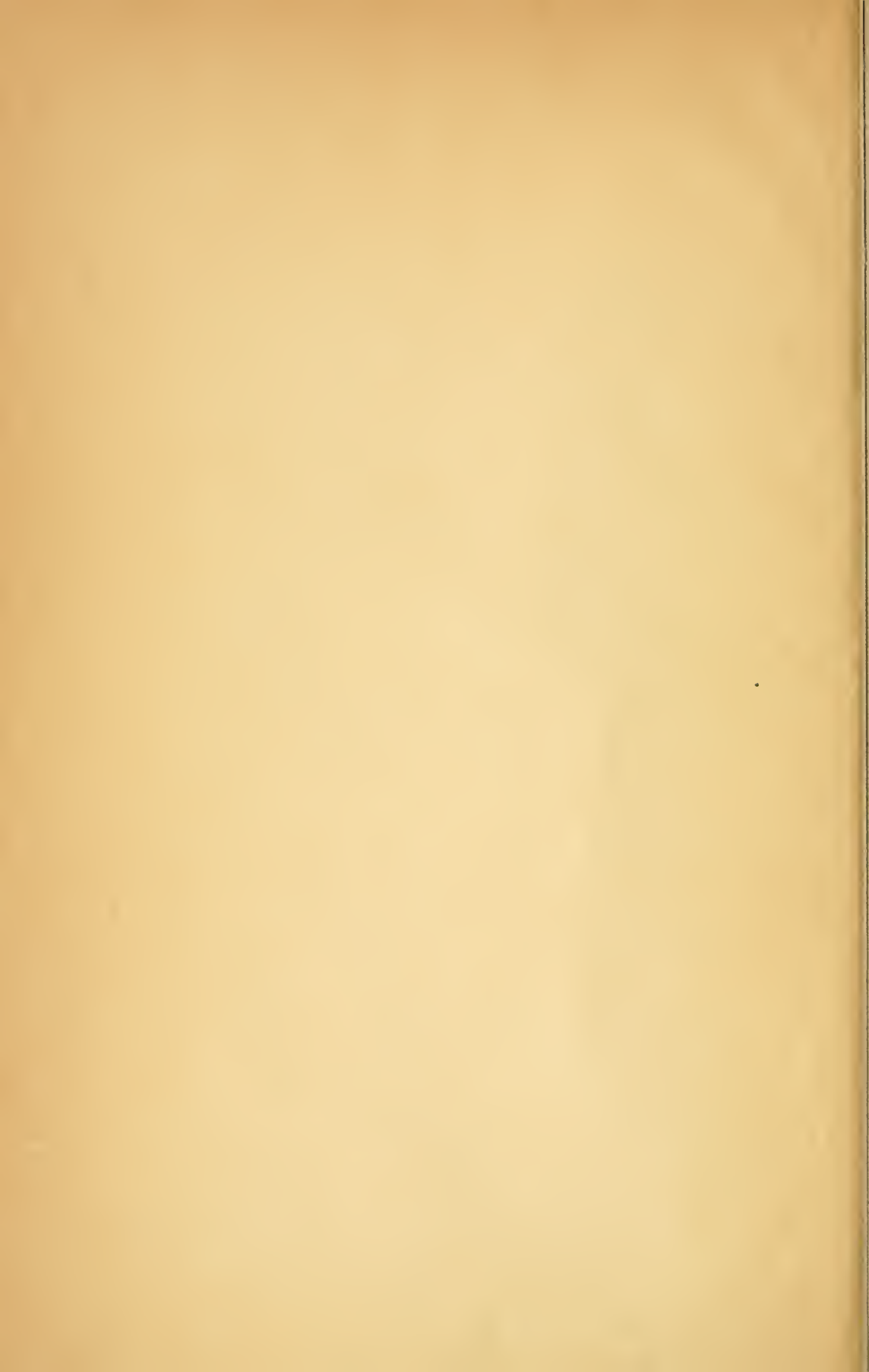


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY









BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.



LS.C.
B5823

BIBLIOTECA

DE

32

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII,

COLECCION ORDENADA

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

TOMO PRIMERO.

*second part is
Vol. N^o 42*



MADRID.

M. RIVADENEYRA — EDITOR — IMPRESOR.

SALON DEL PRADO, 8.

—
1854.

PQ

6171

A2 B5

t. 32

20471

6

PROLOGO.

Los poetas líricos españoles de los siglos xvi y xvii, cuyas obras se encierran en este volumen, son :

GARCILASO DE LA VEGA.

GUTIERRE DE CETINA.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.

FERNANDO DE HERRERA.

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

PAOLO DE CÉSPEDES.

FRANCISCO PACHECO.

FRANCISCO DE RIOJA.

DON JUAN DE ARGUJO.

PEDRO DE QUIRÓS.

JUAN DE SALINAS.

BALTASAR DEL ALCÁZAR.

DON LUIS DE GÓNGORA.

El segundo tomo de esta coleccion contendrá las composiciones de Jáuregui , de Espinosa , de Trillo , de los dos hermanos Leonardos , de Villégas , de Jacinto Polo , del conde de Rebolledo y de otros ingenios no menos ilustres , terminando con una floresta de varia poesía , donde se hallarán los escritos mas selectos de Boscan , de Aldana , de Figueroa , de Acuña , de Gil Polo , de Solís , de Cancer , de Salazar y demás autores distinguidos en aquellos tiempos.

Aunque de poetas de los siglos xvi y xvii , no forman parte de esta coleccion las obras líricas del bachiller Francisco de la Torre , de fray Luis de Leon , de santa Teresa , de san Juan de la Cruz , de Lope de Vega y de don Francisco de Quevedo. En otros tomos de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES se encontrarán con sus demás escritos ó con los de sus primitivos editores.

En el presente volumen se ha procurado guardar el mejor orden posible. GARCILASO con CETINA y DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA , sus imitadores en seguir la forma artística de los griegos , latinos é italianos , ocupa el lugar preferente. CASTILLEJO , el sustentador de la antigua y encantadora manera de la poesía castellana , va en pos de estos autores , como protesta contra la nueva escuela literaria. HERRERA , que quiso perfeccionar la obra de GARCILASO dando un lenguaje poético á España , así como dieron á Italia el suyo felicísimos ingenios , va acompañado de sus discípulos ó imitadores , CÉSPEDES , PACHECO , MEDRANO , RIOJA , ARGUJO y QUIRÓS. ALCÁZAR y SALINAS pertenecieron á la escuela de HERRERA , RIOJA y ARGUJO ; por eso van sus obras en este volumen , si bien sus formas no pueden ser iguales á las que tienen las poesías de sus maestros , los cuales se dedicaron á asuntos filosóficos ó amatorios , y no á festivos y

ligeros. GÓNGORA, gran admirador de GARCILASO y deseoso de adquirir, como HERRERA, un lenguaje poético para que en él hablasen las musas españolas, cierra, y no se diga con llave de oro, el primer volúmen de los poetas líricos de los siglos XVI y XVII.

Al frente de casi todas las colecciones de poesías se leen juicios críticos de autores notables. No son todos los que existen, sino tan solo los que he juzgado mas importantes á mi propósito. Creo que el lector verá con agrado los pareceres de HERRERA, de Lope, de Jáuregui, de Rioja, de Saavedra y de otros críticos no menos insignes, tales como Velazquez, Jovellanos, Várgas-Ponce y Marchena.

He procurado huir de los vicios en que incurrimos facilísimamente los que nos dedicamos á estudios bibliográficos. Por muy mala que sea la obra inédita de un autor, nunca nos parece tanto, que la reputemos indigna de ver la luz pública; antes queremos parecer noticiosos en papeles antiguos que amadores leales del honor literario del hombre ilustre cuyas obras damos nuevamente á la estampa. Muy parco hesido en la publicacion de poesías inéditas; porque, si de los yerros en los escritos que se han impreso por el autor alcanza á este, y solo á este, el descrédito, de los que se hallan en trabajos no publicados solo al editor debe pertenecer el vituperio. Un escrito inédito es un secreto confiado ó adquirido que existe entre muchas ó pocas personas. Quien lo hace patente al público, sabiendo que puede redundar en mengua de su autor, no merece el nombre de amigo que cela nuestra honra, sino de amigo que la vende con el género de traicion que se llama imprudencia. Parco he sido tambien en las notas con que he intentado ilustrar los textos. Las muchas que los acompañan no son hijas de un deseo de afectar erudicion, pues, como se verá, casi todas se reducen á variantes en ediciones y códices. La purificacion de los textos ha sido el objeto especial de mis investigaciones y diligencias. Viciados en las ediciones primitivas, han corrido y aun corren llenos de errores de gramática y faltos de sentido en muchos lugares.

Ya no se leerá, por ejemplo, en GARCILASO:

¡Oh nayades de aquesta mi ribera
Corriente moradoras! oh napeas,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blancas deas,
Del agua la cabeza rubia un poco;
Así ninfa jamás en tal te veas,

sino el texto corregido, tal como lo escribió ó debió escribirlo su autor:

¡Oh náyades de aquesta mi ribera,
Corrientes moradoras! oh napea,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blanca dea,
Del agua la cabeza rubia un poco;
Así ninfa jamás en tal se vea.

El famoso madrigal de GUTIERRE DE CETINA, que empieza:

Ojos claros serenos,

ha corrido hasta ahora impreso con falta de dos versos, por lo cual estaba oscurísimo en el concepto. Se han restituido estos á su lugar, y la poesía gana doblemente en mérito.

GÓNGORA, cuyos pensamientos á veces se presentan mas impenetrables de lo que su

autor pretendió, á causa de los yerros de los impresores, podrá leerse ya con mayor provecho. No se hace decir al ilustre cordobés, como los demás editores :

Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte ;
Que me pedirán por *voto*
Lo que entendí que era suerte ;

en vez de leer con Gracian y el buen sentido :

Que me pedirán por *hurto*
Lo que entendí que era suerte ;

ó por *voto*, segun la edicion de Pedro Verges.

Ya no se afea un romance bellísimo con poner estos cuatro versos faltos de un relativo, sin el cual forman solo un laberinto de palabras :

Resiste al viento la encina
Mas con el villano pié ;
Que con las hojas cortesés
A cualquier céfiro cree ;

habiendo escrito su autor :

Que con las hojas cortesés,
Que á cualquier céfiro creen.

Donde puso el descuido :

Que á todas ellas hacen
Igual sombra la fuerza,
Lo dulce de la voz
La razon de las quejas,

se lee hoy *igual sabrosa fuerza*.

Por último, GÓNGORA dice contra su voluntad :

Llegáos á orealla ;
Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros,
Y ha corrido á ella ;

cuando escribió :

Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros
Que han corrido á ella.

En el lugar respectivo de las obras de CASTILLEJO se pone lo que mandó la Inquisicion que se borrara en el *Diálogo de las mujeres* y en el *Sermon de amores*, si bien en esteno con toda la perfeccion que fuera de desear, por ser tan malas y estar tan contrariamente adulteradas las ediciones primeras que hemos visto.

En HERRERA se sigue el texto tal como lo corrigió su autor en los últimos años de su vida. Pónense, sin embargo, las variantes de todas las poesías que publicó en su coleccion y en las notas á las obras de GARCILASO. Así verán los curiosos la manera con que el divino poeta castigaba sus versos.

Aunque es mucho lo que he trabajado y aun conseguido en la purificacion de los textos, algo queda todavía para los que con talento, erudicion y práctica se dediquen á restaurar las obras de los ilustres poetas líricos españoles. Sus advertencias tendrán para mí un valor grandísimo, pues con ellas podré rectificar en el segundo volumen de esta coleccion los errores que no haya observado al formar el presente. En ello no hago abstraccion de mi amor propio, porque el amor propio de un colector de

obras de autores antiguos debe consistir en presentarlas libres de yerros, consiga el objeto por sí solo, consígalo con el auxilio de los que mas saben.

Preceden á las poesías incluidas en este tomo algunas noticias de vidas de poetas, varias como fueron los caractéres y las profesiones de los mismos. La de GARCILASO DE LA VEGA es propia de un perfecto caballero andante; la de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, de uno de los primeros políticos de Europa en los modernos siglos; la de GÓNGORA, de uno de los satíricos mas maldicientes.

De otros poetas muy poco se sabe; sus noticias apenas pasan de lo que declaran sus escritos. Si algun curioso tuviere algunas para mí no conocidas, adonde no haya llegado mi diligencia, allí pueden ejercitarse sus conocimientos y estudios en pro de la historia literaria de España. Pronto estoy á enmendar yerros y mi falta de noticias.

Antes de concluir este prólogo no debo pasar en silencio los favores que he debido á varios de mis ilustrados amigos, y especialmente á los señores don José María de Alava, catedrático de la universidad de Sevilla, don Juan José Bueno, ilustre poeta sevillano, y don Joaquin Rubio, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia; el primero poniendo en mi poder un antiguo códice de las poesías de GUTIERRE DE CETINA, el segundo prestándose á evacuar citas en manuscritos de la biblioteca Colombina, y el tercero facilitándome con mano franca los inagotables tesoros de su excelente librería.

El señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, erudito ilustrador de las obras de Quevedo, tambien me ha honrado con noticias de un códice que conserva, en el cual declara GÓNGORA las poesías que fueron hijas de su ingenio, excluyendo las que la ignorancia le atribuyó en manuscritos.

He hecho cuanto he podido para la perfeccion de la obra. Si no ha logrado alcanzarla mi diligencia, otras serán las causas, no mi buen deseo.

Cádiz, 12 de julio de 1854.

ADOLFO DE CASTRO.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

GARCILASO DE LA VEGA.

CUNA de GARCILASO DE LA VEGA, caballero del orden de Alcántara y príncipe de los poetas líricos de España, fué la ciudad de Toledo; su linaje, de lo mas ilustre. Hijo del famoso Garcilaso, segundo del conde de Feria, comendador mayor de Leon, del orden de Santiago, señor de las villas de los Arcos, Cuerva y Bátres, del consejo de Estado de los reyes don Fernando y doña Isabel, y embajador en Roma cerca de Alejandro VI, heredó de su madre doña Sancha de Guzman los blasones todos de la antigua casa de Toral (luego de los duques de Medina de las Torres).

Las artes liberales, las buenas letras y las lenguas griega, latina, toscana y francesa ocuparon su ánimo en los años de su niñez, en los primeros de su juventud florida. La corte le brindaba con la privanza, las armas con los laureles, las letras con el aplauso de los siglos. Dejó las riberas del Tajo por seguir á Carlos V, en cuya corte ganó amigos entre los buenos, atrayendo á su estimacion las voluntades por su destreza singular en el manejo de espadas y caballos, en el tañer el arpa y la vihuela, y en el cantar con regalado acento los mismos versos que escribia. Era de aspecto hermosamente varonil, de grandes y vivos ojos, de rostro apacible, de frente despejada, dulce en los sentimientos de amor, vehementísimo en los de amistad, noble en las palabras, cortesano en las acciones, igual en resistir el peso de la seda que el del hierro, y no sé si mas caballero en la ciudad ó si mas caballero en la guerra (1).

(1) «En el hábito del cuerpo tuvo justa proporcion, porque fué mas grande que mediano, respondiendo los lineamentos y compostura á la grandeza. Fué muy diestro en la música y en la vihuela y arpa, con mucha ventaja, y ejercitadísimo en la disciplina militar, cuya natural inclinacion lo arrojaba en los peligros, porque el brio de su animoso corazon lo traia muy deseoso de la gloria que se alcanza en la milicia.» — Herrera, *Vida*.

«La trabazon de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivisimos con sosiego, y todo el talle tal, que aun los que no le conocian, viéndole, le juzgaran fácilmente por hombre principal y esforzado, porque resultaba de

él una hermosura verdaderamente viril; era prudentemente cortés y galan sin afectacion y naturalmente sin cuidado, el mas lucido en todos los géneros de ejercicios de la corte y uno de los caballeros mas queridos de su tiempo; honrado del Emperador, estimado de sus iguales, favorecido de las damas, alabado de los extraños y de todos en general.» — Tamayo de Vargas, *Vida*.

«Era garboso y cortesano, con no sé qué majestad envuelta en el agrado del rostro, que le hacia dueño de los corazones no mas que con saludarlos, y luego entraban su elocuencia y su trato á rendir lo que su afabilidad y su gentileza habian dejado por conquistar.» — Cienfuegos, *Vida de san Francisco de Borja*.

De edad de veinte y cuatro años, ó poco mas, tomó por esposa á doña Elena de Zúñiga, señora de ilustre linaje y de altísimas prendas, hija de don Diego Lopez de Zúñiga, primo hermano del conde de Miranda, y dama de Leonor, reina de Francia. Los hijos que hubo en este matrimonio GARCILASO fueron: uno igual al padre en el nombre y el valor, y muerto desdichadamente casi al cumplir los veinte y cinco años de edad en la defensa de Ulpiano contra franceses; el segundo llamado don Francisco, que trocando el nombre y además el hábito de Alcántara por los de santo Domingo, tuvo la flaqueza de querer competir en vano con fray Luis de Leon en el clarísimo ingenio y en la sabiduría (1). Doña Sancha de Guzman ocupa el lugar tercero entre los hijos de

(1) Parece que este fray Domingo de Guzman compitió con fray Luis de Leon, segun Cienfuegos en la *Vida de san Francisco de Borja*. En este caso el hijo de nuestro célebre poeta no alcanzó cosa alguna del buen ingenio de GARCILASO, como lo declara el siguiente suceso, que en otra ocasion escribí.

Sabido es que el célebre poeta español fray Luis de Leon estuvo preso por espacio de mucho tiempo en las cárceles secretas del Santo Oficio como reo sospechoso del crimen de herejía. Afigido este varon eminente con los rigores de una persecucion injusta, y desengañado de las vanidades del mundo y de la perversa política que dominaba en su siglo, escribió en la pared de su calabozo las dos quintillas siguientes, que sin epigrafe andan impresas en la coleccion de sus obras.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
A solas su vida pasa;
Con solo Dios se compasa,
Ni envidiado ni envidioso!

Luego que fray Luis de Leon recobró su libertad con el triunfo de su inocencia corrieron entre sus amigos y émulos, en unos con aplauso y en otros con ironía y detraccion maligna, las quintillas copiadas. Entonces un fray Domingo de Guzman se encargó de defender al Santo Oficio y de insultar á fray Luis de Leon en una glosa de aquellos versos, la cual se halla en el códice M, 245, de la Biblioteca Nacional, y es así:

Porque las dañosas leyes
Y sectas de perdicion
No estragasen su nacion,
Nuestros Católicos Reyes
Fundaron la Inquisicion;
La cual, como fué trazada
Estando Dios á la mira,
Salió tan bien acertada,
Que jamás pudieron nada
Aquí la envidia y mentira.

Es su justicia tan reia,
Que ningun falso testigo
Ni disimulado amigo
Emprendió hacer treta
Que quedase sin castigo.
Ansi que, es temeridad
Decir el mas descargado
En la cárcel de verdad,
Con mentira y falsedad,
Me tuvieron encerrado.

Que muy poquitos han preso
Que no estén por sus pecados,
Si no quemados, tiznados,
Porque juzgan con gran peso
En estos sacros estados.

Otro melindre gracioso,
Que diga un pobre privado,
Siendo un pobre religioso,
Con un modo muy brioso:
Dichoso el humilde estado.

¿Qué don Alvaro de Luna?
Qué Anibal cartaginés?
Qué Francisco, rey francés,
Se queja de la fortuna
Que le ha traído á sus piés?
La religiosa pobreza
Con un mesmo rostro mira
La cordura y aspereza;
Porque esta es la fortaleza
Del sabio que se retira.

Retiráos con reverencia,
Y no con tanto desaire;
No tireis piedras al aire,
Deo gratias, padre, paciencia,
Mirad que sois hombre y fraire;
Y en cuanto á fraire, subjecto
A lo que habeis profesado
Para el estado perfecto;
Cuanto á hombre, á cualquier defecto
De aqueste mundo malvado.

En la corte de los reyes
Ambicion juega sus tretas;
Mas entre gentes perfitas
No se conocian leyes
Ni se temian sus setos;
Que el sabio que se desvia
Del mundo y del se descasa,
Tal enemistad le cria,
Que, yendo en su compañía,
A solas su vida pasa.

No le levanta el honor,
Ni el deshonor le entristece,
Ni jamás le desvanece
La voz del adulator,
Ni la del mal fin le empece.
Al tener y al no tener
Con una tasa le tasa;
No estima el ser y el no ser,
Y en hacer y deshacer
Con solo Dios se compasa.

Nada le desasosiega
Al que vive con llaneza,
Porque la simple pobreza
Muy pocas veces le ciega
Con vaguidos de cabeza.
Ansi que, si pretendéis
Acá y acullá reposo,
Humilláos, no os empineis;
De esta suerte viviréis
Ni envidiado ni envidioso.

No sé ciertamente cuál fué la vida y cuáles las costumbres del autor de estos versos. En aquel tiempo vivía un fray Domingo de Guzman, que se vió preso por la Inquisicion como sospechoso de luteranismo, al mismo tiempo que el canónigo protestante de Sevilla Cons-

GARCILASO. Casó esta señora con don Antonio Portocarrero y de la Vega, hijo primogénito del conde de Palma. Don Lorenzo, el postrero, heredó el ingenio paterno y tristemente se malogró en edad temprana, pues habiendo sido desterrado á Oran en castigo de cierto dicho satírico, la muerte en el camino heló los labios para siempre de este hijo, que aunque no legítimo de GARCILASO, por el talento no desmentía á su generoso progenitor ni era indigno de la proteccion del célebre obispo don Antonio Agustín.

Hallóse GARCILASO en el socorro de Viena contra Soliman (1532) y en la toma de la Goleta. A la vista de Túnez (1535) peleó como buen caballero en el ejército que Carlos V dirigió en persona para castigar la temeridad de Barbaroja, terror del cristianismo y orgullo de las lunas otomanas. Cercado de muchedumbre de moros en una escaramuza, fué herido de dos lanzadas, una en la boca y otra en el brazo derecho. Federico Carrafa, napolitano, acudió en su socorro con valerosa tropa, que salvó de la esclavitud ó de la muerte al príncipe de los poetas castellanos. El mismo Emperador se aventuró en esta empresa, llevado del deseo de que GARCILASO no fuese despojo de sus enemigos.

El cuidado de sus heridas en los campos donde la gran Cartago tuvo su asiento le ocasionó otra mayor, y si bien nó mortal, tristísima en los efectos. Encendido en amores de una señora á quien él llamó en sus versos Sirena del mar napolitano, ni el estruendo de las armas, ni los padecimientos del cuerpo, ni la gloria adquirida en jornada tan memorable, consiguieron apartar de su violenta pasión aquel ánimo que en la guerra no parecía apto para los sentimientos delicados, ni en las delicias del amor apto para los trabajos ó el esfuerzo que reclama la guerra.

En Nápoles, adonde se encaminó, siguiendo el objeto á quien amaba, dió motivos á que el Emperador deseara alejarlo de una ciudad toda peligros para GARCILASO. Una ocasion se presentó á Carlos para conseguir con pretexto verosímil su principal objeto. Habiendo GARCILASO favorecido á un sobrino suyo para ser secreto galán de palacio sirviendo á doña Isabel de la Cueva, dama entonces de la Emperatriz, y esposa despues del conde de Santi-Estéban, Carlos V lo envió á una isla que forma el Danubio para que llorase en ella sus errores (1).

Levantado el destierro, desempeñó con la honra que de él debía esperarse una empresa que le confió el Emperador. Cierta señora napolitana se veía afligida porque uno de sus parientes, deseoso de usurparle sus estados, se entraba en ellos con las fuerzas bastantes á oprimirlos.

GARCILASO, con poderes de Carlos V, puso á raya la soberbia de este caballero, dejando en quieta posesion de sus tierras á la señora que con legítimo derecho las habia heredado. En vez de tomar la vuelta de Nápoles, se dirigió á Roma, donde el Emperador ya se encontraba. En el camino, yendo solo en compañía de un su escudero, fué asaltado cerca de Veletri por unos foragidos que en las selvas tenían albergue. Defendióse GARCILASO cual cumplía á su valor, ahuyentando á los malhechores, despues de castigarlos ó con la muerte ó con heridas peligrosas, y libertando á su escudero, á quien dejaron desnudo y colgado de un árbol (2).

tantino Ponce de la Fuente. Es fama que Carlos V al saber en Yuste ambas prisiones, dijo: «Si Constantino es hereje, será gran hereje.» Y hablando de fray Domingo de Guzman, exclamó: «A ese por bobo le pueden prender.» Si este fué el autor de los versos contra fray Luis de Leon, nunca anduvo en sus juicios mas acertado aquel gran conquistador de Europa.

(1) Creo que Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, se engaña cuando afirma que los amores del sobrino de GARCILASO acacieron en Viena, y no en Italia. Todos los escritores españoles que hablan de este suceso dicen lo que se ve en el texto.

(2) No sé si esta aventura es encarecimiento poético de don Luis Zapata, autor del *Carlo famoso*. Véanse algunas de las octavas en donde este suceso se describe:

Y contaré una cosa en mis poesías
Que acació á GARCILASO en estos dias.

Cuando el Emperador, como he contado,
De Nápoles partió, él estaba ausente,
Que con una dueña él le habia enviado
A le emendar un tuerto alegremente,
Y así, se quedó atrás; él fué de grado,
Y de un mal caballero su pariente,
Que le entraba en su tierra á su despecho,
Le dió á su gran peligro su derecho;

De que muy mal herido, en casa della
Ocho ó diez dias pasó en curar sus llagas;
Mas, siguiendo de Carlo la querella,
Partió aun no bien guarido de sus llagas;
Entró en la via de Roma, ni de aquella
No quiso recibir mas otras pagas
Que un caballo por otro, en tal audanza
Muerto, y por una rota allí otra lanza;

La cual dando á llevar á su escudero,
Se metió en el camino él adelante,
En que hubo los albergues pasajero
Que suele haber un caballero andante;

En 1536 fué la desdichada jornada de Provenza. Carlos V asistió en ella con su ejército, y en él GARCILASO DE LA VEGA como maestre de campo. Cerca de la villa de Frejus, al volverse los imperiales á Italia, hallaron una torre defendida por cincuenta arcabuceros franceses segun unos, ó trece villanos segun otros. Carlos mandó batirla. Abierta una brecha, GARCILASO, que se hallaba sin casco, tomó el de un soldado, y embrazando la rodela, empezó á subir por una de las escalas arrimadas á la torre, seguido así de don Antonio Portocarrero de la Vega, yerno que fué luego suyo, como de un capitán de infanteria española. Una gran piedra le hirió en la cabeza con la rodela misma que llevaba, haciéndole descender al foso y arrastrando en su caída á los dos que animosamente le seguían.

Carlos, indignado, mandó asaltar con mas vigor la torre, y á don Luis de la Cueva que, despues de ahorear á los que la defendían, la arrasase para que permaneciese su memoria con la del castigo. Bien quisiera don Luis perdonar á todos menos á los dos ó tres mas culpados en la resistencia; pero las órdenes del Emperador fueron cumplidas (1).

Unas veces sin cama, otras recuero
Al lado, otras de cosas abundante;
Tal vez mirando al norte y al sereno,
Teniendo sus caballos por el freno.

Dicho esto, despidióse cortesmente,
Y prosiguió cada uno su camino,
Y la noche de aquel y el día siguiente
A albergar á una pobre venta vino,
Donde el huésped supo juntamente
(Que con la doncella él tambien convino)
Qu'el peligro del mundo mayor era
Proseguir y andar solo esta carrera.

No la deja por eso, ni mas mira
Que aquel en cuyo pecho no entra miedo,
Del cual otro mejor nunca á la mira
Nació en las altas cumbres de Toledo;
Mas, en rayando el sol, por su via tira
Su escudero, en quien no hay tanto denuedo;
Caminando por sitio de tal suelo,
Erizado llevaba y alto el pelo.

Pues un día entre Velitre atravesando,
De las selvas propincuas y vecinas,
Su escudero de aquesto le avisando,
Salir humos vió sobre las encinas;
De acá y de allá los bosques resonando,
Oyó chiflos y cuernos y bocinas,
Que parecia el rumor qu'en torno oían
Que los bosques del todo se hundían.

Como cuando algun oso los monteros
O algun jabalí ven de las armadas,
Que á los otros señal por los oteros
Dan con cuernos y chiflos y ahumadas;
Así los erudos saltadores fieros,
Viendo por las forestas tan dudadas
A GARCILASO entrar con vocería,
Conciertan como oís la montería.

Se juntan en un llano, y muy armados
Vienen á le buscar mas de treientos,
Con tal desórden Bara ensañados,
Que beber casi se querían los vientos;
Su lanza echa en el ristre sin cuidados
De ver venir á tantos tan hambrientos;
Parte firme en la silla el caballero,
Y se aparta á mirarlo su escudero.

Como suele un cañon por la apretada
Gente de un escuadron entrar por medio,
A cuál tiende, á cuál mal descalabrada
La cabeza le deja sin remedio;
Pues GARCILASO allí, su lanza echada
En el ristre, así entró de golpe en medio,
Mató uno y tendió tres, y extrañamente
Dejó de sí heridos mas de veinte.

Y sin qu'él en el fin de la carrera
Espere á revolver peloteando,

Revuelve mas que una onza muy ligera,
Su reluciente espada desnudando;
Con la que á aquel y aqueste de manera
Pasa, hiende y deshace golpeando,
Qu'ellos ya vian que no se les hacia
Como pensado habían la montería.

Ni le podia empecer mas esta gente,
Que ya allegar á él nadie se osaba,
Que á la barba de Atlante, alto y valiente,
El mar que con tormenta al pié le lava;
El á unos los hendía hasta la frente,
Y las cabezas á otros les quitaba,
Y á otros partía por medio en la apretura,
O desde arriba al pié ó por la cintura.

Y los hacia quedar puestos encima
De los caballos aun por la pretina;
Que á su espada, que baja con tal clima,
No le impide ni arnés ni capellina;
Vuelan brazos y manos por encima,
Y así la gente ruin vino á ruina,
Y con nueva virtud á golpes fieros
Se libró destos lobos carniceros.

Que las espaldas vueltas entre tanto
El, que de quedar vivo hubo ventura,
Se dan á huir dél todos con espanto,
Procurando esconderse en la espesura;
El rostro alzó pues GARCILASO un tanto,
Que de seguir ya aquellos no se cura,
Y desnudo, sin mas ropa que el cuero,
Vió estar de un pié colgado á su escudero.

Fué allá con su caballo, y descolgado,
Le dió de uno de aquellos un vestido;
Así GARCILASO, esto que le contó
Le acaesció en el camino referido;
Y con grandes rebatos asaltado,
Aunque dellos mas no fué acometido,
Llegó en salvo, con fama y sin carcoma,
Donde el Emperador estaba en Roma.

(1) Herrera, Tamayo de Várgas, Cienfuegos y Zapata. Este último describe así en su poema la muerte de GARCILASO:

Y así, con gran enojo luego manda
Que se combata aquel turron roquero;
Pusiéronle dos piezas, y á una banda
Le hicieron en medio un agujero;
Estaba esto mirando á cada banda
Mucho señor, soldado y caballero,
Y en una rueda de alta compañía
GARCILASO batir la torre habia.
Y burlándose, dijo: «Desdichado
Será el qu'en una empresa tan vil muera.»
Lo oyó la hada, el diablo, el caso, el hado,
Y corrió á tomar luego la tijera:
Corrió luego un mormullo, que enojado

Recibió á GARCILASO en sus brazos uno de los mas leales de sus amigos, el marqués de Lombay, que mas tarde renunció su título por el hábito de jesuita y alcanzó de la Iglesia católica veneracion bajo el nombre de san Francisco de Borja. Del lugar de tan infeliz suceso este varon lo hizo trasladar á Niza, donde, asistido de los médicos del Emperador y visitado del Emperador mismo, GARCILASO no pudo vencer lo mortal de sus heridas. Antes de rendir el último aliento aun pudo llorar con dulce voz sus desengaños en aquel soneto que empieza :

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria.

En brazos del marqués de Lombay, y á los veinte y un dias despues del golpe segun unos, ó á los diez y siete segun otros, espiró, dejando en la mas grande afliccion á cuantos tuvieron la ventura de conocerlo. Fué depositado su cadáver en Santo Domingo de Niza. Su esposa, doña Elena de Zúñiga, hallábase en Toledo, y no bien supo el triste fin de su amado consorte dispuso trasladar sus cenizas á San Pedro Mártir de Toledo, donde estaba el sepulcro de los señores de Bâtres. En 1538 guardó una misma tumba los despojos de GARCILASO y del hijo que heredó con su nombre su desdicha.

Fué GARCILASO amigo de muchos de los hombres mas ilustres de aquel siglo, tales como el célebre protestante español Juan de Valdés (1), de Hernando de Acuña, de Bembo, de Transillo y de Juan Boscan, cuyo gusto literario siguió enteramente. El embajador de Venecia, Andrea Navagiero, habiendo conocido á Boscan, le indujo á escribir en lengua castellana sonetos y canciones á la manera de Italia. Hízolo así este poeta; pero sus composiciones en este género son de tan poco valor, que por sí solas jamás hubieran logrado dar una nueva forma á la poesia española. Sus ensayos no habrian tenido imitadores, como no los tuvo el marqués de Santillana y algunos que antes de él escribieron trovas al itálico modo. GARCILASO merece el título de fundador de la escuela artistica de nuestra poesia. Su nombre suele correr unido al de Boscan, mas no porque en merecimientos haya igualdad perfecta, sino por accidente. La viuda de Boscan, que halló entre los papeles de su esposo algunos versos de GARCILASO, no quiso que se escondiesen en el olvido.

Rugia el Emperador en gran manera
De que, batida así de un solo encuentro,
No hubiesen á la torre entrado dentro.

Y así, escalas pedidas con voz clara,
Fueron por todo el campo encontinente;
GARCILASO, cual si esto le tocara,
Por ser maese de campo de su gente,
De la rueda movió, y puso la cara
En subir á la torre osadamente;
Teníale sus amigos abrazado,
Porque le vian qu'estaba desarmado.

Soltóse, y corrió allí y subió ligero
Por la escala que al muro se arrimaba,
Tomando una ruin gorra antes de acero
De un su soldado acaso que pasaba;
Llegaba casi al escalon postrero,
Cuando una grande almena que bajaba,
Con gran dolor del campo allí presente,
Le envió mortal á tierra finalmente.

La fama, qu'estas cosas trae y lleva,
De GARCILASO el caso esperece y suena;
Pues ¿quién ahora será que dé esta nueva
A su querida esposa doña Elena?
Cómo ella supo el caso desta prueba
Para otro tiempo lo dirá mi vena;
Que no conviene que ahora, á aquesto atento,
De su ordenado curso saque el cuento.

Pasó de allí el ejército, y poniendo
Lo que convenia ir con su persona,
De Génova á la mar Carlo saliendo
Con su armada, á parar fué á Barcelona,
Y fué á Valladolid, donde atendiendo

Era la emperatriz con su corona,
Donde fué rescebido en aquel dia,
Que no podré decir tanta alegría.

Y juntamente cuantos por los mares
Con su rey victorioso acá volvieron,
De que unos á Sevilla, á sus lugares
Otros, y á Toledo aun otros se fueron;
Humean con el encienso los altares,
Y á los templos de Dios mil dones dieron
Las matronas d'España, que traidos
Asi fueron en salvo sus maridos.

Al suyo doña Elena, á GARCILASO,
En vano con placer grande l'espera;
Se adereza, y su casa en son no escaso
La adorna, porqu'esté muy placentera;
Sabe Toledo todo el triste paso,
Y anda el dolor y angustia por defuera,
Y tan alegre verla dello ajena
Da á todos los que la aman mayor pena.

Como el qu'está en la cárcel condenado
A muerte, sin saber el su dolencia,
Que antes de libertad muy confiado,
Da de alegría y placer grande aparencia,
Los suyos, que le ven tan engañado
En esto, y saben todos la sentencia,
Resciben mas dolor de tal manera,
Cuanto á él mas de su daño le ven fuera.

(1) «Huélgome que os satisfaga, pero mas quisiera satisfacer á GARCILASO DE LA VEGA, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.» — Valdés, *Diálogo de las lenguas*.

Imprimiédolos en pos de los de Boscan, y desde entónces las obras de ambos poetas corrieron juntas por espacio de mucho tiempo (1).

Entre las armas del sangriento Marte
Hurté del tiempo aquesta breve suma,
Tomando ahora la espada, ahora la pluma,

dice de sí GARCILASO. Sus obras no parecen escritas entre el estruendo de la guerra. La paz de un corazón todo entregado á las delicias del amor y del campo respiran todas sus poesías. GARCILASO, segun Marchena, es acaso el único de nuestros poetas clásicos que no haya compuesto versos devotos. Los suyos se tienen por los mas suaves que existen en lengua española. La italiana y la portuguesa, que tanto lo son para los versos, algo tienen que envidiar á la nuestra cuando GARCILASO es quien la habla. Sus églogas igualan, si no exceden, en cultura á las de Virgilio. Su canción á la flor de Gnido tiene todo el arrebató propio del entusiasmo que ha inspirado á los mayores ingenios. Tal vez en alguna de sus églogas suele decaer de la sencillez poética del estilo, alma de todas sus composiciones; pero en lo mucho bueno que forma lo demás de la obra se halla compensacion á mas de lo que se lamenta por perdido.

No para cantar el amor solamente tenia encendido el ánimo este insigne poeta. Filósofo profundo, conocia los yerros de los hombres, y descubria en lo porvenir los daños que amenazaban á su patria por el vano deseo de las conquistas, que tanto atormentaba á los soberanos de su tiempo para destruccion de la humanidad y para vergüenza de los que sustentaban la guerra por extender su señorío. Al ver la sangre esparcida en los campos de Italia, en los de Alemania, en los de Francia y en los de Africa, donde militó bajo las banderas de Carlos V; al ver estragar la tierra al hombre enemigo del hombre, al ver sacrificarse á la ambicion de su príncipe las vidas de los españoles, que ningun beneficio conseguian de que ciñese á sus sienes tranquilamente la corona del imperio, prorumpió en estas verdídeas palabras:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
Algunos premios ó aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;
Veráse allí que, como el humo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga.

El mérito de GARCILASO fué celebrado por Paulo Jovio, por Pedro Bembo, por Honorato Fasitelo, por Laura Terracina, por Luis Tansillo, por el Marino, por el Cámoes y otros entre los extraños. Conti tradujo en lengua italiana alguna de sus poesías, algunas en la francesa Mauri, todas en la inglesa J. H. Wiffen, y en estos y otros idiomas algunos otros cuyos nombres no han llegado á mi noticia.

Francisco Sanchez, conocido por el Brocense, publicó en 1574 una edicion de las obras de GARCILASO con comentario, en el cual apenas se dejaba al poeta pensamiento propio; casi todos aparecen tomados de autores griegos, latinos ó italianos. Fernando de Herrera en 1580 publicó otra con mas extenso comentario, en competencia, segun se cree, de la del Brocense, por la emulacion que habia entre las escuelas salmantina y sevillana. Uno y otro mas quisieron ostentar erudicion propia que la verdadera honra del poeta, pues donde GARCILASO pone una frase sencilla y sin estudio, allí los comentadores no ven un pensamiento original fácil de ocurrir á cualquiera, sino una imitacion servilísima de algunos versos de Virgilio, que en nada se asemeja (2). Don Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, escribió un juguete llamado

(1) Ticknor dice que la viuda de Boscan imprimió el año de 1544 las poesías de Boscan y GARCILASO en Barcelona. No conozco esta edicion, sino la de Medina del Campo en 1544, la de Venecia, por Alonso de Ulloa, y otra de Barcelona de 1554, etc. Lope decia en la novela *Las fortunas de Diana* que un día cantaron los músicos de un señor grande unos versos, donde se hallaban estos:

Las obras de Boscan y GARCILASO
No valen dos reales,
Y no las haréis tales
Aunque os precieis de aquello del Parnaso.

El mismo Lope repite este pensamiento en *La Dama boba*.

(2) «Herrera solo hace ostentacion de doctrina propia en el poeta; Sanchez de imitacion ajena. Este afectó lo

El prete Jacopin, en defensa de GARCILASO contra Herrera, por los yerros en que este decia haber incurrido el cisne de Toledo. Este opúsculo para deprimir el mérito de Herrera á fin de que resplandeciese el del Brocense, mas fué efecto de parcialidad que hijo de la justicia. Los dos comentarios, dignos de aprecio por la ciencia de sus autores, no cumplen con el verdadero objeto de ilustrar el texto de GARCILASO. Arbitro voluntario de esta cuestion se hizo Lope de Vega: ni dió la palma al Brocense ni dió la palma á Herrera. «Deseo (dijo en *La Dorotea*) quien escriba sobre GARCILASO; que hasta ahora no lo tenemos.»

Don Tomás Tamayo de Várgas ordenó, despues de escrita, aunque no publicada, la sentencia de Lope de Vega, otro comentario (1622), apreciable por su luen juicio en muchas cosas, y en 1765 don José Nicolás Azara recopiló lo que tuvo por excelente en los trabajos de aquellos que le habian precedido en la misma tarea.

Un hombre muy temeroso de Dios, pero nada poeta, indignado de ver el aplauso que se habian granjeado los versos de GARCILASO, en los cuales no habia pensamientos de devocion cristiana, quiso convertirlos en obras ascéticas, juntamente con los de su amigo Boscan. Doce años desperdició Sebastian de Córdoba en el trabajo de dar á materias religiosas las poesías que Boscan y GARCILASO habian escrito por el amor y para el amor de la mujer. Sacrilegios se han visto de lo humano á lo divino. Este fué sacrilegio que con color de divino se hizo á lo humano. La infeliz tarea de Córdoba salió á luz en Zaragoza el año de 1577 en el elogio de un doctor Fernando de Herrera, canónigo magistral que era en Ubeda, y que solo tenia del divino Herrera el nombre y el apellido, pues su manera de pensar y de decir correspondia de todo en todo al autor elogiado (1).

que Macrobio y despues Fulvio Ursino en los hurtos honestos de Virgilio; aquel lo que todo el vulgo de comentadores de sus obras; ambos, por cierto, justamente dignos de loa por su cuidado, como de menos aplauso por su demasia. Si Herrera se persuadió que GARCILASO no usó color retórico en sus versos de que antes no hubiese consultado ó su memoria ó sus libros, engañóse sin duda, porque los afectos naturales en hombres de ingenio, y mas en materias amorosas, no requieren estudio particular ó para su expresion ó para su perfeccion. La naturaleza sola, que ayudada de la causa que los excitó, los representa, y el discurso, favorecido de las circunstancias, los pule, los dilata, los perficiona; como tambien Sanchez, si creyó que las mutaciones que entre GARCILASO y otros confiere fueron siempre cuidadosas y advertidamente hechas, de ajenas, propias; porque las que propriamente lo son, ellas mismas con facilidad se dejan entender. En muchas de las demás, ¿quién creará que tuvo necesidad de guía *el ingenio felicísimo de nuestro poeta, ni tiempo su corta vida, tan bien ocupada, para imitar con tanta particularidad cosas que, sin dificultad, á cualquiera se ofrecieran, y aun indignas de otros? Fuera de que muchas veces son solo lugares comunes, y en que siendo la sentencia, aunque general en todos, allí especial, las palabras son diversísimas.*» — Tamayo de Várgas.

El mismo dice: «El soneto xxxviii, que Sanchez pone por de GARCILASO, por ser incierto ó por haberle faltado la última lima, no me atrevi á ponerle en el texto, y por haber andado en nombre de GARCILASO lo dejo aquí:

Mi lengua va por do el dolor la guía,
Ya yo con mi dolor sin guía camino;
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno va á parar do no querria;
Yo porque voy sin otra compañía
Sino la que me hace el desatino;
Ella porque la lleve aquel que vino
A hacella decir mas que queria.

Y es para mí la ley tan desigual,
Que, aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.
¿Qué culpa tengo yo del desvario
De mi lengua, si estoy en tanto mal,
Que el sufrimiento ya me desconoce?

Por esa misma causa no le he dado lugar en el texto.

(1) «Viendo cuán comun y manual andaba en el mundo el libro de las obras de Boscan y GARCILASO DE LA VEGA, que, aunque subtiles y artificiosas, son dañosas y pestilenciales para el ánima, y debajo la suavidad y dulzura del estilo, tan alto en su modo, está la serpiente engañosa, como dice, cubierta de aquellas flores y habilidad, y el acibar amargo cubierto del oro de sus embainamientos y palabras, ó verdaderamente en el dulce y sabroso vino de sus altos y profanos conceptos la pestilencial ponzoña que no para hasta lo mas noble del ánima; así que, viendo, como habemos dicho, lección tan dañosa y nociva, etc.» Un juicio tan estúpido formó de las obras de GARCILASO y Boscan el tal doctor Herrera, canónigo en Ubeda. No es por cierto mas gentil el alio del poeta para convertir las flores humanas de GARCILASO en menos que humanas, si bien con nombre de divinas. Véase esta triste muestra:

El dulce lamentar de dos pastores,
Cristo y el pecador triste y lloroso,
He de cantar, sus quejas imitando;
El uno, soberano y amoroso,
Del ánima se queja y sus amores,
Que en vanas afecciones va empleando;
Y el pecado llorando,
Porque la carne y mundo
Y el otro sin seso levantado,
Trayéndole sin seso levantado,
Con ilusiones falsas engañado;
Y el desdichado, vuelto ya á su parte,
El bien que Dios le ha dado
De gracia se le muere y se le parte.

Esta obra, si fué recibida por los devotos con aprecio, por la erudicion se miró con el desden que merecia. Tan infeliz ejemplo no sirvió de aviso á otro escritor que en 1628 publicó un poema con el título de *Cristo nuestro Señor en la cruz, hallado en los versos de GARCILASO* (1).

Las obras de GARCILASO han servido constantemente de estudio á los mas grandes poetas que han honrado las musas españolas, á los que han querido dirigirse á la inmortalidad por el camino del buen gusto literario. Fernando de Herrera fué admirador de GARCILASO; admirador de GARCILASO, Mignel de Cervántes Saavedra; admirador de GARCILASO, don Luis de Góngora y Argote; admirador de GARCILASO, en fin, Lope Félix de Vega Carpio.

Cuando ardía en guerras el Parnaso español entre los poetas cultos y no cultos, el nombre de GARCILASO iba inscrito en los pendones de uno y otro bando. Si por GARCILASO peleaba Lope de Vega, tambien por GARCILASO peleaba el portentoso ingenio de don Luis de Góngora (2).

GUTIERRE DE CETINA.

Pocas noticias de la vida de este ilustre poeta han llegado hasta nosotros; pocas, pero las que bastan para conocer su carácter. Patria fué de GUTIERRE DE CETINA la ciudad de Sevilla, y alguno de los primeros años del siglo XVI el de su nacimiento. Las armas y las letras movieron su aficion, ya para buscar por las unas los laureles de Marte, ya para conseguir por las otras los laureles de Apolo.

Asistió primeramente en las guerras de Italia, no sé si como capitán ó como soldado, ó si con fortuna próspera ó con fortuna adversa. Hallóse con Carlos V en la jornada sobre Túnez contra Barbaroja, y con Fernando de Austria en las campañas de Flándes contra franceses. Crédito debió granjear en estas empresas; crédito que le alcanzó la amistad y proteccion del príncipe de Ascoli, á quien dedicó muchos de sus versos.

Amigo de Boscan, amigo de Garcilaso, amigo de don Diego Hurtado de Mendoza, amigo de don Jerónimo de Urrea, siguió la escuela literaria imitadora de los italianos. Aficionadísimo á las nobles y bellas artes, deseó ardientemente poseer un cuadro del Ticiano; un cuadro que representase la primavera, ornada de todos sus floridos atavíos; un cuadro, en fin, que esperó como merced de la bizarria de don Diego de Mendoza cuando este se hallaba de embajador por Carlos V cerca de la señoría de Venecia.

Vandalio fué su nombre poético, *Dorida* el de su dama, quejas ó glorias de amor el objeto de sus poesías. Las ausencias de Dorida, dulcemente sentidas y mas dulcemente lloradas en las márgenes del Po ó del Eridano, y el recelo de que las del Bétis viesén á su hermosa ninfa rendida á otro afecto, mucho inquietaban el ánimo vehementísimo del poeta. Así, su amigo don Jerónimo de Urrea le escribia :

Creo que te dará contentamiento
El haberte traído á la memoria
Lo mismo que te suele dar tormento.
La beldad de tu ninfa, aquella gloria
Que las béticas ondas han gozado
Cuando cantabas á su son tu historia,

Soltando allí las riendas al cuidado,
En el silencio de la noche oscura
Le dejarias correr mas desmandado.
El dulce imaginar en tu tristura
Era alivio á tu mal mientras templaba
Con la contemplacion su desventura (3).

(1) Llamábase este autor don Juan de Andosilla Larremendi.

(2) Se han tenido á la vista para ordenar estos apuntes de la vida de GARCILASO lo que escribieron acerca de ella Fernando de Herrera, Luis Briceño, don Nicolás Antonio, don Tomás Tamayo de Vargas, el cardenal don Alvaro Cienfuegos y otros autores. Modernamente se ha publicado una vida escrita por don Eustaquio Fernan-

dez de Navarrete en uno de los tomos de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, por los señores don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda. Las buenas noticias que allí pone su docto autor, como debidas á su diligencia, pueden leerse en la obra citada.

(3) Manuscrito de don José Maria de Alava.

Así se lamentaba CETINA, respondiendo á los acentos de su amigo :

Tan llenos de mi mal tus versos veo,
Tan de una calidad los accidentes,
Que casi en tu dolor mi historia leo.
De tanto amor nos hizo diferentes;
Que tú lloras el bien que ya gozaste,
Yo el mal de que padescen los ausentes.

Misero yo, que estoy desconfiado,
No solo de gozar, mas aun diria
Que lo estoy de agradarle mi cuidado (1).

Al principe de Ascoli, á cuyas órdenes militó algun tiempo, dirigió CETINA un soneto sobre los peligros de entregarse el hombre á los riesgos de una pasion amorosa. De este modo los describe el poeta :

Este andar y tornar, ir y volverte,
Lavino, el caminar y no mudarte;
Este incierto partir y no apartarte,
Y el irte á despedir y detenerte,
Tengo miedo, pastor, que han de encenderte,
Como á la mariposa, aquella parte
De libertad que amor quiso dejarte
Sana por descuidarte y ofenderte.

Lo mejor del nadar es no ahogarse,
Jugar y no perder es buen aviso,
Si lo puede excusar quien busca abrojos;
Mas ¿quién podrá, quién bastará á guardarse
De la hermosa vuelta de unos ojos,
De una boca que os muestra un paraíso? (2).

El heredero de las glorias del famoso Antonio de Leyva no amaba la poesía por solo amarla. En su cultivo solia ejercitar aquellos momentos consentidos, mas que por alguna pequeña ociosidad de las armas de Carlos V, por la precision de descanso. El gusto literario del principe de Ascoli concuerda con el de CETINA, segun aparece del siguiente soneto, escrito en respuesta del que va antes trasladado :

Vandalio, mi destino y fiero hado
Con tan grande rigor me ha perseguido,
Que del paterno monte me ha traído
A aqueste valle triste y despoblado.

De mi lira y rebaño despojado,
De duros infortunios oprimido,
Do presto seré en llanto consumido,
Si no vivo por mas vivir penado.

El alma y libertad dejé en las manos
De aquella que podrá su hermosura
Librarme de otra mas sangrienta guerra;

A otros mas que yo libres y sanos
Podrán las castas ninfas de esta tierra
Sujetar con amores y blandura (3).

Cuando la muerte arrebató en flor al principe de Ascoli, CETINA no vió desaparecer de sobre la haz de la tierra á su magnánimo y leal amigo sin manifestar á todos la pena que sus lágrimas á algunos habian revelado. La musa, que en diversas ocasiones cantó sus triunfos de amor y sus glorias militares, depuso la corona de rosas y jazmines enlazados con laureles, desciñó el cabello, y con voz dolorida prorumpió en estos acentos :

Deje el estilo ya la usada vena,
Mude el suave en doloroso canto,

(1) Manuscrito de don José María de Alava.

(2) Id. id.

(3) Id. id.

Mudar conviene el llanto en mayor llanto,
Y pasar de una grande á mayor pena.
Muerto es el que hacer solia serena
La vida, y nuestra edad alegre tanto;
Muerta es virtud y muerto el vivir santo;
No viva puede haber ya cosa buena.
Eterno lamentar, lloroso verso,
Lágrimas de dolor, oscuro luto
Hagan al mundo fe de comun daño;
Lloran, príncipe invicto, á quien adverso
Hado cortó en el dar el primer fruto
El árbol mas hermoso. ¡Ay fiero engaño! (1).

Tal fué el elogio funeral del malogrado príncipe de Ascoli, tal el adios de CETINA á la tumba de su protector generoso, y tal el que dirigió á Italia. Las orillas del patrio Bétis, los recuerdos de las sombrías alamedas donde admiró á su encantadora Dorida, donde vió nacer tras una y otra primavera la de su juventud, que habian de consumir los soles de extrañas tierras, le ofrecian desde léjos esperanza de consuelo y de descanso.

Los objetos de su amor, los de su amistad, los bienes de fortuna, vanamente buscados en el trabajoso ejercicio de la guerra, todos huyeron de él, ó para no volver ó para jamás labrar su ventura. Estéril fué para CETINA Italia, estériles los campos donde Cartago estuvo, y estéril como su terreno la Flándes toda. El desengaño le llevó á buscar la melancólica dicha que ofrecen los recuerdos de lejanas infelicidades para mitigar los tormentos de las que nos oprimen. Extranjero en su patria, Sevilla no era la Sevilla de su juventud; los recuerdos de sus amores se trocaron en un duplicado dolor del mal presente. Méjico, donde asistia con cargo en el gobierno un hermano de CETINA, le ofreció con los atractivos del cariño fraternal la esperanza de adquirir los bienes que hasta entonces la fortuna le habia negado obstinadamente. De Méjico tornó de nuevo á su patria, para que el lugar de su cuna fuese el lugar de su sepulcro (2).

De sus poesías solamente vieron la luz pública en su siglo los cuatro sonetos que se leen en las anotaciones de Herrera á las obras de Garcilaso (3). Sin embargo, los elogios del cantor de Eliodora, los de Argote y los de Saavedra Fajardo bastaron para el crédito de CETINA.

Distingúense las obras de este esclarecido ingenio, antes por la agradable sencillez de sus formas que por la vigorosa entonación ó por el brillante colorido. Sin ser CETINA desmayado é inculto, carece de la fogosidad y ternura del que cantó la flor de Gnido; pero sus poesías siempre se leerán con aprecio mientras se hable la lengua española, así por el buen gusto que respiran, como por la delicadeza en la expresion de los afectos.

(1) Manuscrito de don José María de Alava.

(2) Algunos señalan el año de 1560 como el de la muerte de CETINA.

Gonzalo Argote de Molina decia en el *Discurso de la poesia*, al fin del *Conde Lucanor* (1575): «Y el ingenioso Irazzo y el terso CETINA, que de lo que escribieron, tenemos buena muestra de lo que pudieran mas hacer, y lástima de lo que se perdió en su muerte.»

(3) El códice que posee el señor don José María de Alava es en 4.º y consta de 258 fojas. Lleva este título: *Algunas de las obras de GUTIERRE DE CETINA, sacadas de su proprio original, que él dejó de su mano escrito. — Parte primera.*

Sedano, en el *Parnaso español*, publicó solamente cinco de las poesías de CETINA, las cuales varían del texto del códice del señor de Alava en algunas cosas. Por ejemplo: si en este se leen así unos versos de un madrigal:

Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,

el texto de Sedano dice:

Así pues sucedió cuando intentasteis
De tus ojos cubrir la luz inmensa.

El siguiente soneto, publicado en el *Parnaso español*, no se halla en el códice del señor de Alava:

En un florido campo está tendido,
A voces su fortuna lamentando,
Su pena con suspiros declarando,
De su pastora Silvio despedido;
De cuyo llanto y queja conmovido,
Le dijo otro pastor: «No estés llorando,
Silvio; pues que aborreces tenga mando
Amor en tí, llorar no es buen partido.
» Aparta la ocasión que tu alma hiere;
Mira que el suspirar remedio es vano;
No cures en culpar mas la fortuna;
» Que en el arena estéril sembrar quiere,
Y arar piensa en el agua con su mano,
El que pone esperanza en hembra alguna.»

El mismo Sedano afirma equivocadamente ser GUTIERRE DE CETINA un doctor Gutierre de Cetina, vicario de Madrid, cuyo nombre se lee en las aprobaciones de muchos libros,

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA es la gran figura histórica de la España del siglo de Carlos V. La vida y el elogio que escribo de tan insigne autor á su tiempo verá la luz pública. En este lugar solo me cumple decir de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA como poeta lírico.

Dos ingenios se pueden considerar en autor tan insigne: uno el amigo de Boscan y Garcilaso, el imitador de su escuela, el que la autorizó con la importancia de su persona y nombre; otro el que siguió el estilo de las antiguas coplas castellanas.

Como lo primero es DON DIEGO, si bien feliz en las imitaciones de griegos, latinos é italianos, duro en los versos, sin nervio en el decir y sin dar un colorido brillante á los rasgos de su imaginacion; como lo segundo, es DON DIEGO uno de los trovadores castellanos mas ingeniosos y cultos. Sus coplas amorosas están llenas de delicados pensamientos, y seguramente DON DIEGO aventaja á los que le precedieron en revestir de sencillas y elegantes formas los afectos del alma.

«¿Qué cosa aventaja á una redondilla de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA?» exclamaba Lope de Vega.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Carlos V, para perseguir los escritos que no estaban conformes con su manera de pensar en asuntos, así religiosos como políticos, mandó á la universidad de Lovayna que formase un catálogo ó índice exacto de todos los libros heréticos y de aquellos que contuviesen doctrinas sospechosas de herejía, á fin de saber cuáles deberian ser tenidos por dignos de prohibicion y de fuego. Desde entonces la inquisicion de España adoptó el catálogo de la universidad é hizo de él muchas ediciones, aumentándolo de tiempo en tiempo.

Las obras de los mejores ingenios de la nacion española se vieron prohibidas. Bartolomé de Torres Naharro, eclesiástico que habia morado algunos años en Roma, imprimió en Italia, con el título de *Propaladia*, una coleccion de sus sátiras y comedias. Sobre todas cayeron los anatemas de la Inquisicion para afligir con ellos á cuantos se ocupasen en su lectura. Con la misma libertad que Nicolás Machiavelo, el famoso secretario de la república florentina, escribió su comedia la *Mandrágola* en detestacion y afrenta de los desórdenes que manchaban las costumbres de los religiosos de su siglo, Torres Naharro esparció en sus obras dramáticas mil pensamientos agudos para castigar con su sátira á los que, en vez de ser espejo de los seglares por la sinceridad de vida, servian de escándalo á la virtud y de torpe ejemplo á los vicios.

Los ingenios españoles obedecian aquella secreta voz que á principios del siglo XVI hacia despertar los entendimientos contra el poder de los eclesiásticos y contra los yerros ó crímenes que cometian; aquella voz que en Francia animaba á Francisco Rabelais, á Clemente Marot y á Buenaventura Desperiers, validos de la discreta princesa Margarita de Navarra, y en la florida Italia al docto Machiavelo y al rico en malicias y agudezas de decir Pedro Aretino.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, poeta muy semejante á este festivo hijo de las musas italianas, compuso en fáciles versos castellanos un *Sermon de amores*, donde incluía á los eclesiásticos de su tiempo entre los llagados de la violenta pasion que sepultó á Safo en los abismos del mar de Léucades, que postró á Hércules á los piés de Deyanira y que abrasó los muros de la soberbia Troya en justa venganza de la ofendida Grecia.

Tambien en un *Diálogo de las condiciones de las mujeres* describió con satírico pincel el

fuego oculto que ardía en los conventos de monjas de su siglo, retraídas de los engaños del mundo, pero combatidas de la agradable memoria de sus deleites.

Don Diego Hurtado de Mendoza, ó el que compuso la ingeniosa novela intitulada *Lazarillo de Tórmes*, retrató las astucias de que se servían los expendedores de bulas en España para despertar la devocion de la gente, fingiendo milagros debidos á la santidad de lo que trataban como mercadería.

La Inquisicion persiguió todos estos libros, temerosa de que en el vulgo hallasen buen acogimiento. Pero el cuidado y la diligencia de los inquisidores lograron poco fruto, pues las obras citadas fueron impresas en otras naciones y traídas con secreto á España. Entonces los jueces de aquel tribunal determinaron que con su permiso se diesen nuevamente á luz los libros de Naharro, CASTILLEJO y Mendoza; pero corregidos, para evitar los daños que pudieran sobrevenir por su lectura. Los calificadores del Santo Oficio, con osada mano, destruyeron los pensamientos ajenos, como si los pensamientos no fueran una propiedad digna del respeto de los hombres y la proteccion de las leyes. En su lugar pusieron algunas veces razones que el autor nunca hubiera empleado; lo cual prueba que en España estaba el entendimiento bajo la mas odiosa tutela. No solo se perseguía lo pensado, sino que se variaba por lo que se debió pensar segun el querer de los principes y los ministros eclesiásticos.

La ciencia era incompatible con el exterminio de la verdad, decretado por los reyes en nombre del bien público. «Todos los tiranos se cubren siempre con el manto de la religion», exclamaba Antonio de Herrera, historiador de las Indias Occidentales en tiempos de Felipe III, no hablando de los monarcas de Europa, sino de uno de los Incas del Perú (1), para que el decir una verdad no le costase la vida, y sus palabras corriesen libremente sin levantar contra sí las sospechas de los enemigos de la razon humana.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO nació en Ciudad-Rodrigo, segun quiere Moratin, por los años de 1494. Desde muy jóven asistió en la corte de Fernando de Austria, que luego fué rey de Bohemia y de romanos, y aun emperador. Cuando este se retiró de España, CASTILLEJO se hizo eclesiástico. De su habilidad y concepto da testimonio el pasaje siguiente de una carta dirigida al tesorero Salamanca por Martin de Salinas, desde Madrid á 8 de febrero de 1525 (Biblioteca de la Academia de la Historia, códice C 71):

«Quiere que le envíe un secretario que no solamente sepa escribir la letra, pero excusalle la ordenacion. Hágle saber que los que tal habilidad tienen, cualquiera les hace buen partido sin salir fuera de su naturaleza. Yo terné cargo de le buscar, y sabido, le advertir de ello; pero al presente me parece que si lo pudiese acabar, os podria enviar el mejor recado conforme á vuestro deseo; que en España hay para mas de lo que me enviáis á pedir, porque es visto y reconocido en experiencia; y es que su alteza, cuando acá estuvo, tuvo un secretario que se llamaba CASTILLEJO, el cual era muy hábil en lengua castellana y tambien latina, tal, que por su habilidad hallabagrandes partidos; y como se fué su alteza, se metió en religion, de manera que es eclesiástico. Páreceme que si este quisiese aceptar en iros á servir, tendríades en él gran descanso, y aun parecer y consejo, y el hábito cristiano para le hacer bien, sin que por mucha pluma tuviédes obligacion de le contentar; si entre tanto que busco otras personas, deste os parece, escribidmelo, y enviarlo he á buscar, y procuraré de os lo enviar; porque conforme á vuestra demanda es el mas conveniente que yo podria hallar. Envía á demandar de dónde es y qué señas tiene; digo que es buen hidalgo y de Ciudad-Rodrigo, y de su habilidad y de todo lo demás que se quiera informar, al señor Infante y á todos esos señores me remito.»

CASTILLEJO volvió á ser secretario de don Fernando de Austria; pero siempre con poco prospera fortuna, segun declaran sus escritos, donde se lamenta frecuentemente del mal pago que suelen obtener los méritos en las cortes de los reyes.

Algunas veces estuvo en Venecia, lugar de la impresion de los *Diálogos de las condiciones de las mujeres*, del *Sermon de amores* y otros opúsculos.

(1) *Historia de las Indias Occidentales*, década v, lib. 3.º, cap. 8.º

Aunque se afirma que CASTILLEJO murió monje en la cartuja de Valdeiglesias, teniendo la edad de ciento diez años, su muerte acaeció en un monasterio cerca de Viena, en 1556.

CASTILLEJO fué el que sustentó la antigua escuela de las coplas castellanas contra las obras de Boscán y Garcilaso, y en verdad que en este género pocos le aventajan. Como poeta lírico es superior en la fábula de Galatea y en la anacreóntica del amor preso; como satírico, en sus *Diálogos* y el *Sermon de amores* nada tiene que envidiar en sencillez y gracejo á los mas excelentes ingenios de la docta antigüedad, griega y latina. Tal vez es demasiado libre en sus escritos; pero, aunque la Inquisición anduvo muy severa en borrar de las obras de CASTILLEJO todos los pasajes en que censuraba los vicios de los eclesiásticos, no tachó cosa alguna en lo que tocaba á la pintura de las costumbres, hecha con mas desenvoltura de lo que la decencia permite.

A CASTILLEJO siguieron varios en sustentar el gusto de las antiguas coplas: Gregorio Silvestre, Luis Galvez de Montalvo, Jorge de Montemayor, Joaquin Romero de Cepeda y algun otro.

Mas tarde Lope de Vega se propuso resucitar el gusto antiguo con el poema *El Isidro*. Su gran talento, feliz en otras composiciones, nada pudo conseguir. La victoria de la escuela de Garcilaso habia sido completa.

FERNANDO DE HERRERA (EL DIVINO).

«Quisiera remitir la descripción de este elogio de HERRERA á quien le fuera igual en las fuerzas, conociendo de las mías ser poco suficientes, adonde se requerian las de Quintiliano y Demóstenes, junto con la divinidad de Apolo; de que dan testimonio sus felices obras en la una y otra facultad, pues mereció por ellas ser llamado *El Divino*. Tuvo por patria esta noble ciudad, fué de honrados padres, dotado de grande virtud, de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, no tuvo orden sacro, pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida, sin apeteer mayor renta; y aunque el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, deseó tenello en su casa y acrecentalle en dignidad y hacienda, no pudieron el licenciado Francisco Pacheco ni el racionero Pablo de Céspedes (íntimos amigos suyos) persuadille que le viesse. Tuvo FERNANDO DE HERRERA, demás de los dos, otros muchos amigos: al maestro Francisco de Medina, á Diego Jiron, á don Pedro Vélez de Guevara, al conde de Gelves, don Alvaro de Portugal, al marqués de Tarifa, á los insignes predicadores fray Agustin Salucio y fray Juan de Espinosa, y otros muchos que parecen por sus escritos; amólos tan fiel y desinteresadamente, que á los mas ricos y poderosos no solo no les pidió, pero ni recibió nada dellos, aunque le ofrecieron cosas de mucho precio; antes por esta causa se retiraba de comunicarlos. La profesion de sus estudios se compone de muchas partes, aunque muchas veces se indignó contra el vulgo porque le llamaba *El Poeta*, no ignorando las prendas que para serlo perfectamente se requieren; pero sabia la significacion vulgar de este apellido; y constándonos su voluntad, parece conveniente darle la poesía por una parte, y no la mayor, como lo hiciéramos con Tito Livio, si las obras filosóficas que escribió no se hubieran perdido, con la mayor parte de su historia. Leyó FERNANDO DE HERRERA con particular atencion todo lo que la antigüedad romana y griega nos dejó en sus mas corregidos ejemplares, y de los autores posteriores lo mas; porque supo la lengua latina y griega con perfeccion, y las vulgares como los mas cortesanos dellas; tuvo leccion particular de los santos, supo las matemáticas y la geografia, como parte principal, con gran eminencia; no fué menor el cuidado con que habló y trató nuestra lengua castellana. Los versos que hizo fueron frutos de su juventud, y porque del juicio de ellos habla-

ron doctos varones, digo solamente que no sé cuál de los poetas españoles se pueda con mas razon leer como maestro, ni que así guarde sin descaecer la igualdad y alteza de estilo. Los amos en alabanza de su Luz (aunque de su modestia y recato no se pudo saber), es cierto que los dedicó á doña Leonor de Milan, condesa de Gélves, nobilísima y principal señora, como lo manifiesta la cancion y del libro segundo, que yo saqué á luz año 1619, que comienza: *Esparece en estas flores*; la cual, con aprobacion del Conde, su marido, aceptó ser celebrada de tanto ingenio. Fué FERNANDO DE HERRERA muy sujeto á corregir sus escritos cuando sus amigos, á quien los leía, le advertian, aunque fuese reprobando una obra entera, la cual rompía sin duelo. Fué templado en comer y beber, no bebió vino; fué honestísimo en todas sus conversaciones y amador del honor de sus prójimos; nunca trató de vidas ajenas ni se halló donde se tratase de ellas; fué modesto y cortés con todos, pero enemigo de lisonjas, ni las admitió ni las dijo á nadie (que le causó opinion de áspero y mal acondicionado); vivió sin hacer injuria á alguno y sin dar mal ejemplo. Las obras que escribió son: las *Anotaciones sobre Garcilaso*; contra ellas salió una apologia (ajena de la candidez de su ánimo), á que respondió doctamente; escribió la *Guerra de Chipre y vitoria de Lepanto, del señor don Juan de Austria*; *Elogio de la vida y muerte de Tomás Moro*. Estos tres libros se estamparon, y un breve tratado de versos, que está contenido en el que yo hice imprimir; demás desto, hizo muchos romances, glosas y coplas castellanas, que pensaba manifestar; acabó un poema trágico de los *Amores de Lausino y Corona*, compuso algunas ilustres églogas, escribió la *Guerra de los gigantes*, que intituló la *Gigantomaquia*; tradujo en verso suelto el *Rapto de Proserpina* de Claudiano, y fué la mejor de sus obras deste género; todo esto no solo no se imprimió, pero se perdió ó usurpó, con la *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Carlos V*, que particularmente trataba las acciones donde concurrieron las armas españolas, que escribieron con injuria ó envidia los escritores extranjeros; la cual mostró acabada y escrita en limpio á algunos amigos suyos el año 1590; en ella repetia segunda vez la batalla naval, y preguntado por qué, respondió que la impresa era una relacion simple, y que esta otra era historia, dando á entender que tenia las partes y calidades convenientes; al fin, remitiéndome á sus obras, cesarán mis cortas alabanzas, y á las objeciones de los envidiosos de su gloria no parecerá demasia lo que habemos referido, viendo el sugeto presente no solo estimado, pero celebrado con encarecidas palabras en los escritos de los mejores ingenios de España, pues sus versos, que es lo menos (como referia Alonso de Salinas), los ponía el Torcuato Tasso sobre su cabeza, admirando en ellos la grandeza de nuestra lengua; cuya elocuencia es propia de FERNANDO DE HERRERA, pues fué el primero que la puso en tan alto estado, y por haberle seguido tantos y tan excelentes hombres, dijo con razon el maestro Francisco de Medina en la carta al principio del comento de Garcilaso, *que podrá España poner á FERNANDO DE HERRERA en competencia con los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa*; al cual, habiendo sido de sana y robusta salud, llevó el Señor á mejor vida en esta ciudad á los sesenta y tres años de edad, el de 1597.»

Tal fué la relacion de la vida de FERNANDO DE HERRERA que nos dejó escrita su amigo y admirador el ilustre artista Francisco Pacheco.

Tuvo HERRERA un gran talento poético y una erudicion vastísima, tal vez mas de la que necesitaba para la composicion de sus obras. Deseoso de llevar adelante la empresa de conseguir para su patria lo que Garcilaso habia tan felizmente comenzado, se dedicó á la perfeccion del lenguaje poético, imitando en mucho así á los griegos y latinos como á los italianos. Algunas veces incurre en afectacion, otras en oscuridad. Celebró en muchos de sus sonetos y en varias de sus elegías á una dama con el nombre de *Luz*, de *Elidora*, de *Lucero* y de *Lumbre*, por lo cual se cree que estaba enamorado de ella. La poca vehemencia con que están escritos estos versos revela que en el poeta no habia la pasion que nos cuentan los que han tratado de su vida. No creo que HERRERA tuviese amor sensual, y aun estoy por decir que ni platónico. En sus versos amorios todo es arte; todo arte, nada entusiasmo.

Arte tienen sus versos heróicos, arte sus canciones á la muerte del rey don Sebastian y á la

batalla de Lepanto, arte aquella poesía donde se leen estos versos, magníficos por la dicción y por el pensamiento filosófico que encierran :

Aquel que libre tiene
De engaño el corazón, y solo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Solo señor merece y rey llamarse.

Indudablemente algunas de las canciones y algunos de los sonetos y tal cual elegía de HERRERA son y serán monumentos de grandilocuencia, modelos de sublime decir y espejo de los ingenios que quieran presentar de un modo admirable los rasgos que la imaginación les inspire.

Desconfiado de todo lo que escribía, nunca hallaba HERRERA la perfección en sus obras ; así compuso de nuevo la *Historia de la batalla naval*, así muchas de sus poesías. Sin embargo, HERRERA sustentaba la opinión de que el no acertar era de cualquiera de los hombres (1).

Severo consigo mismo, severo fué también con los demás ; lo cual le atrajo odios, que despreciaba con la moderación del sabio. Amigo de sus amigos y buen maestro de buenos discípulos, su fama hubiera tal vez parecido ó quedado en la oscuridad si después de su muerte no hubieran Pacheco, Rioja, Duarte y otros salvado por medio de la imprenta aquellas obras que sus émulos ocultaron ó destruyeron. De su poema *La Gigantomaquia*, que escribió en los primeros años de su juventud, solo se conservan estos dos versos, famosos por su armonía imitativa :

Un profundo murmurio léjos suena,
Que el hondo ponto en torno todo atruena.

Conti, Mauri, Henschel y otros han traducido al italiano, al francés y al alemán algunas de las obras de HERRERA.

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

Apenas hay noticias de este ingenioso poeta. De nuestros críticos solo Nicolás Antonio y Velazquez hablan de sus escritos. Floreció en el siglo xvi, tuvo por patria á Sevilla, visitó á Italia, y Roma fué la ciudad adonde lo llevaron pretensiones que, segun denotan algunos de sus versos, no alcanzaron el dichoso fin á que aspiraban. Regresó á su patria, sin que se sepa el año ni el lugar de su muerte. En 1617 vieron la luz pública sus obras en Palermo al fin de los libros *De los remedios de amor*, imitación de Ovidio hecha por el sevillano Pedro Venégas de Saavedra.

DON FRANCISCO DE MEDRANO fué el mejor de los imitadores de Horacio. Sin duda compite igualmente con fray Luis de Leon en seguir las huellas del famoso lírico venusino ; poeta filosófico, dotado de excelente gusto literario, conocedor de la lengua castellana, y siguiendo los excelentes modelos de Horacio y otros ingenios latinos, sus odas y sus sonetos merecen el aprecio de los que aman las glorias literarias de la nación española.

Para mí la verdadera poesía es la filosófica, porque se encamina al noble fin de enseñar y de engrandecer al hombre. Por eso tengo en tan alta estima las obras de MEDRANO. Muchas de sus odas son imitaciones de Horacio, pero dirigidas á algunos de sus amigos. Así en la pluma de MEDRANO se convierte Licinio Murena en don Antonio Rosel, Cayo Crispo Salustio, nieto del

(1) Pacheco, *Arte de la pintura*.

historiador del mismo nombre, que no me atrevo á pronunciar sin respeto, en el licenciado Francisco Flores; Mecénas en Juan Antonio del Alcázar, Póstumo en Fernando de Soria, Pompeyo Grosfo en el cardenal arzobispo de Sevilla, Niño de Guevara.

Entre las odas de MEDRANO hay una, que se intitula *La profecía del Tajo*, muy semejante á la que fray Luis de Leon compuso con igual epígrafe. Uno y otro ingenio tomaron de la oda que Horacio escribió á Marco Antonio proponiéndole el ejemplo de París para separarlo de Cleopatra y de la guerra civil, el pensamiento de amenazar á Rodrigo con las huestes de la media luna, á fin de desviarlo de los amorosos lazos de Florinda. Hay, sin embargo, una gran diferencia. La oda de fray Luis de Leon se aparta bastante de la de Horacio; la de MEDRANO es una imitacion de esta, tal y tan grande, que á veces mas se asemeja á traduccion. Una y otra, sin embargo, merecen estudiarse como joyas literarias de España.

PABLO DE CÉSPEDES.

Fué natural de Córdoba el racionero PABLO DE CÉSPEDES, hijo de Alonso y de doña Francisca de Mora. Estuvo en su patria desde el año de 1538, en que nació, hasta el de 1556, en que se trasladó á Alcalá de Henáres para estudiar las facultades mayores y las lenguas orientales.

Estuvo dos veces en Roma, donde se perfeccionó en la pintura y arquitectura al lado de grandes maestros que Italia entonces tenia.

Fué procesado por la inquisicion de Valladolid en 1560 por haberse hallado entre los papeles del arzobispo de Toledo, don fray Bartolomé de Carranza, una carta escrita por CÉSPEDES en Roma el año anterior, donde hablaba con gran libertad en contra del Santo Oficio y del inquisidor general don Fernando de Valdés. Durante el proceso CÉSPEDES permaneció en Roma, burlando la saña de sus perseguidores. No consta cómo pudo amansarla. En setiembre de 1577, habiendo poco antes, segun parece, regresado á su patria, tomó posesion de una prebenda en la catedral de Córdoba, ciudad donde vivió y murió muy amado de todos por su saber y por sus virtudes.

Dedicado á las letras y á la pintura, trató á los hombres mas doctos de su siglo, bien de persona á persona, bien por escrito. En diferentes ocasiones pasó á Sevilla á morar en compañía de su ilustre amigo el pintor Francisco Pacheco, el cual lo tenia en tan alta estima, que para él era uno de los mejores coloristas de España.

Escribió varios opúsculos; de algunos solo se conservan fragmentos, de otros solamente la memoria (1).

Del *Arte de la pintura*, poema que compuso del todo ó que dejó á medio escribir, existen algunos pasajes de gran valor literario, salvados del olvido por Pacheco. Las valientes octavas, la sencilla y docta elegancia en el decir, la grandiosidad de las ideas, la famosa prosopopeya de Miguel Angel y la pintura del caballo, hacen de esta obra la mejor de las didácticas que hay en lengua castellana. Nada tiene que envidiar CÉSPEDES en el *Arte de la pintura* á Virgilio en las *Geórgicas*. En estrecha amistad con Pacheco, Herrera, Medina y otros poetas de la escuela sevillana, sus versos son hijos del ingenio y del buen gusto.

(1) *Discurso sobre la antigüedad de la catedral de Córdoba; Tratado de perspectiva teórica y práctica; Discurso sobre el templo de Salomon; De la comparacion de la antigua y moderna pintura y escultura.*

FRANCISCO PACHECO.

Nació FRANCISCO PACHECO el año de 1571 en la ciudad de Sevilla. Fué excelente pintor, pero mas teórico que práctico. Compuso un *Arte de la pintura*, que vió la luz pública en 1649, y además unos reparos contra el memorial de don Francisco de Quevedo, sustentador del patronato de Santiago en oposicion de los que querian hacer compatrona de España á Santa Teresa. Casó á su hija Juana con el célebre pintor y discípulo suyo don Diego Velazquez, y murió el año de 1654. FRANCISCO PACHECO, que dió á la pintura un arte, acompañó sus preceptos con sus obras. En su casa vió la morisca Sevilla, madre de poetas pintores y de pintores poetas, academia de ciencias, academia de artes. Rioja, el que inmortalizó en sus cantos las ruinas de Itálica; el sabio maestro Medina, el grandilocuente Arguijo, prestaron los auxilios de sus ingenios poderosos á PACHECO para vencer las dificultades del arte. PACHECO á Arguijo, al maestro Medina y al mismo Francisco de Rioja prestó tambien los suyos para vencer los de las letras. No fué el último que ornó con flores salpicadas de sus lágrimas la tumba del ingenioso Montalvan. Para enseñar á su yerno Velazquez puso el cielo el pincel en sus manos; para cantar sus glorias no le negó la pluma.

Al morir el cisne divino del divino Bétis, Céspedes cedió á PACHECO el lauro de eternizar el semblante de su amigo, y en sonoros versos pintó á la reina del amor y la hermosura, despues de abandonar en su carro de oro los mares, surcando las auras de Andalucía por entre una niebla trasparente y pura, y repitiendo en voz dolorida el nombre de Fernando de Herrera; de Fernando de Herrera, cuyas obras en vano el injurioso desden de sus contemporáneos pretendió entregar al olvido. PACHECO las cubrió con el manto de su inmortalidad, dándolas á la estampa con la imagen de su autor insigne, aquel que *temió y osó*, pero en quien *pudo mas la osadía*, para gloria de las letras españolas.

PACHECO, en lo poco que de sus poesias ha llegado hasta nuestro siglo, se muestra ingenioso y correcto imitador de Fernando de Herrera, si bien aparece con mas sencillez al manifestar los pensamientos.

Sus dos epigramas son muy apreciables, y el asunto de uno de ellos ha quedado como proverbio.

DON FRANCISCO DE RIOJA (1).

El licenciado DON FRANCISCO DE RIOJA, racionero ó canónigo en la iglesia de Sevilla, fué natural de ésta misma ciudad, segun se afirma. Estudió leyes, y en tal facultad tomó el grado de licenciado. Sus graves estudios y su claro talento le granjearon la estimacion de las personas doctas ó aficionadas á las buenas letras.

Moraba en su patria cerca del convento de San Clemente el Real, en una casa cuyo hermoso jardin fué visto y cantado por el célebre Lope de Vega Carpio.

Cuando el rey Felipe IV bajó á Andalucía, en el año de 1624, su valido el conde-duque de Olivares, que antes habia tratado mucho á Rioja, bajo el pretexto de ocupaciones literarias (2),

(1) Sedano describe así el semblante de Rioja :

«El licenciado DON FRANCISCO DE RIOJA fué bien proporcionado de cuerpo, la cabeza grande y prolongada, el semblante modesto, apacible y meditador; el color blanco, los ojos rasgados, penetrantes y vivos; las cejas grandes, eminentes y triangulares, y el cabello, bigote y barba crespo, no muy poblado y bien puesto.»

(2) Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, escribe :

«DON FRANCISCO DE RIOJA, canónigo, inquisidor del tribunal santo de Sevilla y del Supremo, logró merecido valimiento con el conde-duque don Gaspar de Guzman, á quien supo tratar mas verdades que lisonjas, y seguirle igual en ambas fortunas, con crédito siempre de varon entero en intencion y en dictámenes. No me consta de

lo sacó de su retiro para llevarlo á la corte. En ella fué (segun Sedano) abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario del Rey y su cronista.

En la biblioteca formó un buen indice, loado por Lope (encubierto con el nombre de Burguillos):

El indice que á su mano
Traiga el libro sin congoja,
Fué cuidado de Rioja
Nuestro docto sevillano.

Obtuvo despues la plaza de inquisidor de Sevilla, y mas tarde la de la suprema y general Inquisicion. En 1636, día 10 de noviembre, tomó posesion de la silla de racionero en la catedral de Sevilla, sin que conste el año en que recibió las órdenes sacerdotales.

Sedano cuenta que por haberle atribuido la corte ciertas sátiras decayó en el valimiento del conde-duque de Olivares, y que padeció los rigores de una estrechisima prision por espacio de mucho tiempo. Ignoro los fundamentos de esta noticia (1).

RIOJA, por encargo del Conde-Duque, escribió contra los catalanes, rebeldes á Felipe IV, el papel llamado *Aristarco*; RIOJA permaneció á su lado en las prosperidades del valido del Rey; RIOJA acompañó en un coche al Conde-Duque cuando este, perdida la gracia del Soberano, tomó el camino de Loeches con su confesor solamente.

Muerto su protector y amigo, RIOJA, desengañado del mundo, retiróse á su patria hasta que el cabildo eclesiástico de Sevilla lo nombró su agente en la corte.

RIOJA murió en Madrid el viérnes 28 de agosto de 1659. Debió nacer á fines del siglo xvi, pues ya en 1617, por encargo del pintor Francisco Pacheco, su fiel amigo y admirador, escribió el prólogo de las poesías de Fernando de Herrera, que andaban casi perdidas por no haber querido darlas á luz correctamente su autor ilustre (2).

Escribió RIOJA varias poesías de asuntos amatorios ó filosóficos. Las primeras se asemejan tanto á las de Herrera, que pueden con ellas confundirse, pues unas y otras son iguales en los defectos y en las bellezas. Las poesías filosóficas tienen gran mérito y están reconocidas por las primeras de su género en España. La cancion á las ruinas de Itálica, si bien imitacion de la de Rodrigo Caro al mismo asunto, es grandiosa en la entonacion, grandiosa en los pensamientos. La epistola moral á Fabio puede colocarse sin desventaja al lado de los mas perfectos modelos de la poesia latina. ¡Lástima ciertamente que, quien tan sublimes preceptos de moralidad filosó-

cierto si fué natural de Sevilla. De ella le sacó la perspicacia del Conde ó su confianza, con pretexto de ocupaciones literarias, y su modestia se contentó con crecer poco en las mayores.»

(1) En 1657 fué Rioja juez de un certámen, segun resulta de esta noticia:

«No me puedo detener á otras muchas razones que quizás le parecerán de pié de banco; solo quisiera ver qué asiento le hace la de aquella Real Academia que mereció en el paraíso de la tierra (en el Buen Retiro) la presencia de su majestad, año de 1657, donde en un asunto burlesco que se escribió con este metro (piés quebrados dice), v. gr., á Martin de Figueroa se le dió el primer premio y á Pedro Mendez el segundo, porque los mas piés quebrados fueron de cinco sílabas, habiendo de ser de cuatro. Diérasele el primero si se ajustara al ritmo. Pues vámonos hácia los jueces, que no lo entenderán; fuéronlo no menos que el príncipe de Esquilache, el señor Luis Mendez de Haro, el conde de la Monclova, don Francisco de Catalunya, don Antonio de Mendoza, Francisco de Rioja y don Gaspar Bonifaz. Presidió Luis Vélez de Guevara, fué secretario Alonso de Balmes, y fiscal don Francisco de Rojas.»

(Templo panegirico al certámen poético que celebró la hermandad del Santísimo Sacramento, estrenando la

grande fábrica del Sagrario Nuevo de la metrópoli de Sevilla, por don Fernando de la Torre Farfan, Sevilla, 1663.)

García Coronel, en sus *Cristales de Helicon*, segunda parte, refiere así á una dama la academia que se hizo en un jardín del Prado de Madrid, en el soneto que sigue:

El teatro un jardín con varias flores,
Luz poca, en muchas velas prevenida;
Hermosura, ignorada de escondida,
De par en par ministros y señores.

Secretario un poeta de menores,
Oracion escuchada, no entendida;
La gracia en un vejámen mal vestida,
Y con menos vergüenza que primores.

A cuatro solamente reducidos
Los poetas por un pedante lego,
En su mesma ignorancia disculpado.

Muchos versos, y pocos aprendidos,
Torpe rumor, llorar cantando un ciego,
Fué la academia, oh Lisida, del Prado.

(2) Segun Rodrigo Caro, dijo un satirico de aquel tiempo:

Esto hace que valga tan de balde
El millar de las rimas y sonetos,
Que el divino Herrera escribe en balde.

fica nos dió en estas obras y en sus excelentes silvas, fuese consultor, y aun mas que consultor, amigo estrecho del conde-duque de Olivares! Al leer las máximas de Rioja no puedo menos de recordar las de Séneca y sentir que la sabiduría se haya asociado alguna vez á los Nerones y á los condes de Olivares (1).

DON JUAN DE ARGUIJO.

DON JUAN DE ARGUIJO nació á mediados del siglo xvi en Sevilla, y fué hijo del veinticuatro de la misma ciudad don Gaspar y de doña Petronila Manuel, ambos de claro linaje. Aprendió humanidades y dedicóse á la poesía y á la música. Tomó por nombre poético el de Arcicio. No ocupó en Sevilla el cargo de veinticuatro, despues de la muerte de su padre, en su vacante misma, sino en la que dejó por renuncia un Lope Zapata. El 7 de abril de 1590 tomó posesion de su cargo DON JUAN DE ARGUIJO. Su celo y honradez le atrajeron el respeto del cabildo; por eso las principales comisiones le fueron siempre confiadas. En 1600 examinó con Cristóbal Nuñez el poema que de la conquista de la Bética compuso y dedicó á la ciudad de Sevilla el famoso ingenio Juan de la Cueva. Antes de esto fué nombrado procurador en Cortes para las convocadas por Felipe III en 1598, si bien dos veinticuatros se opusieron á la manera con que la eleccion habia sido hecha.

ARGUIJO renunció el cargo de procurador, no en alguno de los que lo contradijeron ni por los que lo contradijeron, sino en don Juan de Zúñiga, y desempeñó durante la estancia de este en la corte la administracion que este mismo tenia de los almojarifazgos. Amante de las letras, fué ARGUIJO uno de los protectores mas incansables que tuvieron estas. Lope de Vega se confiesa agradecido á la proteccion de ARGUIJO, segun se colige de las dedicatorias de *La hermosura de Angélica*, *La Dragonteá* y las *Rimas*.

En 1595, cuando pasó por Sevilla la marquesa de Denia, esposa del duque de Lerma, valido del rey Felipe III, gastó ARGUIJO en su obsequio la cantidad de cuatro mil ducados.

Tales fueron los dones y las limosnas de ARGUIJO, que llegaron á disminuir sus rentas, de modo que, mas que con las suyas propias, tuvo que mantenerse en los últimos dias de su vida con las de su consorte.

ARGUIJO escribió una relacion de las fiestas de toros y cañas con que en 1617 se celebró en Sevilla la pureza de María. Ortiz de Zúñiga, en los *Anales de esta ciudad*, copia un largo pasaje de descripcion tan curiosa.

Tambien escribió cartas de gran valor literario. Lope habla de ellas en su comedia *La Dama boba*.

En 1622 renunció el oficio de veinticuatro, y desde esta fecha ningunas noticias mas se saben de este ingenio.

ARGUIJO fué excelente poeta; correcto, ingenioso y noble en los pensamientos. Pocas obras se conservan suyas; la mayor parte sonetos, en los cuales aventaja á los de Lope, á los de Quedo y á los de los Argensolas. Una grandilocuencia notabilísima, unos pensamientos vigorosos y una moralidad filosófica son los caracteres de los sonetos de ARGUIJO. Tal vez suele imitar á algunos epigramas latinos ó griegos; pero nunca la imitacion deja de ser superior al original. Aun serian mas apreciables y apreciados los sonetos de ARGUIJO por la generacion presente si no hubiera buscado el poeta casi todos sus asuntos en las historias griega y romana y en la mitolo-

(1) Escribió RIOJA el *Aristarco, ó censura de la proclamacion católica de los catalanes*.—El *Ildefonso, ó tratado de la purísima concepcion de nuestra Señora*.—*Carta sobre el título de la Cruz* (léase al fin del *Arte de pin-*

tura de Pacheco).—*Avisos á predicadores*.—Se atribuye falsisimamente á RIOJA un papel satírico en verso con el título de *La cueva de Meliso*.

gía. Muchos habia en la Europa de su siglo y del anterior, muchos donde el filósofo hubiera podido enseñar con mas fruto; mas ARGUIJO, como todos los sabios de su tiempo, estudiaba solo en los autores de la antigua Grecia y de la antigua Roma. Los nombres griegos y romanos sonaban mejor á sus oidos que los de sus contemporáneos ó mas inmediatos antecesores.

BALTASAR DEL ALCAZAR.

BALTASAR DEL ALCAZAR nació en Sevilla por los años de 1530. Sus padres fueron don Luis y doña Leonor Leon. Dedicóse en edad conveniente ALCAZAR á la carrera de las armas. Militó en las naves del famoso marqués de Santa-Cruz, hallándose en jornadas contra franceses y peleando como bueno hasta conseguir la victoria. Prisionero por haber llevado su valor á mas de lo que la prudencia consentia, consiguió su rescate. Hurtó á las armas algunos ratos que dedicó á la geografía, á las lenguas vulgares y á la latina, y por último á la historia natural.

Unos autores dicen que estuvo casado con doña Luisa Fajardo, hija de un veinticuatro de Sevilla; otros afirman que su esposa se llamaba doña María de Aguilera, hija del mariscal de Leon, del hábito de Santiago.

Residió algun tiempo en Ronda y Jaen, fué alcalde de la hermandad de los hijosdalgo y tesoroero de la casa de moneda.

Cuentan que sirvió muy bien cerca de veinte años, en la villa de los Molares, á los segundos duques de Alcalá, don Fernando Enriquez de Rivera y doña Juana Cortés, en los cargos de alcaide y de alcalde mayor.

Fué gran músico, y no menor en la composicion, hasta el punto de dar regalado tono á algunos de sus madrigales.

Aficionado á la pintura, trabó amistad con Francisco Pacheco y le regaló un libro que en los floridos dias de su lozana juventud habia formado de dibujos de paisaje.

Tuvo por hermano á don Melchor del Alcázar, alcaide de los alcázares reales de Sevilla, el cual fué padre de un Baltasar, señor de Puñana.

Amó mucho á su hermano, cuyo retrato, entre los de otros ilustres sevillanos, se debió al pincel del gran Pacheco. ALCAZAR escribió á esta obra unos versos que dicen:

Fuése al cielo, y trocó á gloria
 Todo este mundano trato;
 Quedó su antiguo retrato
 Que eternice su memoria.
 Hecho este felice trueco,
 Dió al retrato nueva luz
 Protógenes andaluz,
 Por otro nombre Pacheco.

Murió ALCAZAR en 1606, el dia 16 de enero, á los setenta y seis años de edad.

Estudió con gran aprovechamiento los epigramas de Marcial y la lengua española. Sus versos son puros, dulces y elegantes; su ingenio para los chistes sazoadísimo, y tal la sencillez de su manera de expresar los pensamientos, que parecen trasladados al papel del mismo modo que se han concebido, sin que el arte se haya usado por el poeta.

Fué muy dado ALCAZAR á copiarse. Así se ve, por ejemplo, que su famosa poesia *La Cena* tiene el mismo pensamiento que aquellos epigramas que empiezan:

Revelóme ayer Luisa....
 Donde el sacro Bétis baña....

Tambien con el mismo pensamiento se halla este epigrama, que no está incluso en el texto (1):

Oyeme, así Dios te guarde,
Que te quiero, Inés, contar
Un cuento bien de gustar
Que me sucedió esta tarde.
Has de saber que un francés
Pasó vendiendo calderas;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Inés.

Llamélo, y desque me vido...
Escúchame con reposo,
Que es el cuento mas donoso
De cuantos habrás oído.
Díjale, amigo, á contento,
¿Cuánto por esta caldera...?
No me escuchas; pues yo muera
Sin olio si te lo cuento.

La condicion festiva y maleante de ALCÁZAR se halla retratada con toda fidelidad en el siguiente epigrama inédito:

De Carmona el eco es mona,
De Guadalajara, jara,
Y de Barcelona, lona:
Destos tres ecos tomara
Ser yo el eco de Carmona;

Y así, acuerdo pretendello,
Pues tengo andado ya en ello
Hasta llegar á bellaco;
Cumpla el generoso Baco
Lo que falta para sello.

Entre las muchas finezas de amigo que tributó al pintor y poeta Francisco Pacheco, deben contarse las redondillas siguientes:

El que sustentar quisiere
Vuestra amistad, buen Pacheco,
Ha de hacer un gran trueco
De sus cosas, si pudiere.

El deseo, porque afloje,
Envíallo á Gibraltar,
Y poner en su lugar
Otro que menos congoje.

La voluntad, que se estima
Con razon por don divino,
Trocalla con el vecino,
Dando dineros encima.

Procurat que el corazon,
Si no hay á quien, dallo á ferias;
Haga callo en sus miserias,
Donde dé la sinrazon;

Pero, como no naci
Tan libre que pasar pueda
Lo que debo en la moneda
Con que vos comprais de mí,
Duéleme que se suspenda
Sin causa el venirme á ver,
Porque no quiero entender
Lo que no es razon que entienda.

No mas; gozad en buen hora,
Sin torcer la voluntad,
La gustosa libertad,
Pues es en vos tan señora.

Yo pasaré en vuestra ausencia
Bien ó mal con mi deseo;
Alegrarme si os veo,
Si no, prestaré paciencia.

La última composicion que escribió ALCÁZAR fué una intitulada *Tribeo*. Dedicóla á su amigo Pacheco, pidiéndole su parecer acerca de los medios que proponia para vivir ajeno de la malicia humana. Concluía sus versos ALCÁZAR diciendo:

Dadme parecer en esto,
Porque voy con presupuesto
Que si os pareciere á vos
Que el mundo se quede á Dios,
Ponello por obra presto.

Francisco Pacheco le respondió en los términos siguientes:

Prudente acuerdo es dejar
El mundo cuando podeis;
Que podrá ser, si quereis
Otra vez, no le alcanzar.
Con esto obligais á Dios
Que no forme de vos queja,
Diciendo que el mundo os deja,
Y que no lo dejais vos.

Juntamente es mi consejo
Hagais lo que habeis escrito;
Que yo tambien me remito
A tenerlo por espejo;
Y á guardar con esperanza,
Por premio de esta victoria,
Para conseguir la gloria
El medio por do se alcanza.

(1) Así de BALTASAR DEL ALCÁZAR como de Salinas y otros he adquirido poesías inéditas, impreso ya el texto. Al fin del segundo tomo de esta coleccion irán como apéndice.

EL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

El doctor JUAN DE SALINAS, ó Salinas de Castro, nació (segun se cree) en Sevilla en el último tercio del siglo xvi. Abrazó el estado eclesiástico; estuvo en Roma, donde compuso un poemita burlesco sobre los *Ejercicios de san Ignacio*, que se ha impreso con muchas y desacertadas alteraciones, y hallóse en los últimos años de su vida sirviendo la plaza de capellan del hospital de San Cosme y San Damian en su patria Sevilla. Murió por los años de 1640 (1).

En el *Romancero general* hay muchas obras de SALINAS, impresas como de él, y tambien anónimas (2). Entre las de Góngora se hallan algunas que pertenecen al mismo doctor.

SALINAS en sus primeros tiempos fué poeta de muy buen gusto literario; en los últimos se convirtió en conceptista, y en todos demostró un gran ingenio, sazonado en las burlas, y de gran delicadeza en la expresion de afectos amorosos.

Ni aun á sus amigos dejaba de castigar con sus donaires. En la justa poética que celebró Sevilla á san Juan de Dios puso un jeroglífico don Diego Jimenez Enciso, caballero de Santiago, alcaide del Alcázar de Sevilla, y autor de *Los Médicis de Florencia* y *el príncipe don Carlos*, comedias que entre las suyas le han granjeado algun crédito. Al pié del jeroglífico se leía esta quintilla;

*En si son olas del mundo
Las glorias con que ofreceis
A Juan con mayor profundo;
En ciso, no lo dudeis,
Ciento por uno tendréis.*

Cuando vió el jeroglífico y leyó la copla hizo SALINAS esta décima:

Los misterios que en el viento
Fundar vuestra musa quiso,
Como en ciso no es *Enciso*,
En si son sin fundamento.
Dad al tercer elemento
Su lugar, que es necio asunto
Subir conceptos de punto
Sobre supuesto tan vano,
Y sin saber canto llano
Meteros á contrapunto...

PEDRO DE QUIROS.

El PADRE PEDRO DE QUIRÓS fué natural de Sevilla y perteneció á la órden de los clérigos menores. Se ignora el año de su nacimiento, así como el de su muerte, si bien por conjeturas se cree que este último debió ser el de 1670. Pasó parte de su vida en la villa de Umbrete. Cuando murió Felipe IV se hallaba de prepósito en el colegio de San Carlos en Salamanca (3), donde publicó una obra sobre las honras que aquella universidad habia hecho á la memoria del Monarca (1666).

Escribió varios libros históricos y teológicos, de que apenas se conserva memoria, así como

(1) Yo tenia copia de la partida de defuncion del doctor SALINAS; pero la he perdido. Esta cita es de memoria.

(2) En el *Romancero* de Duran hay algunas obras de SALINAS, las cuales no se repiten en este tomo.

(3) Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, dice:

«El PADRE PEDRO DE QUIRÓS, de los clérigos menores,

publicó la relacion, que intituló *Parentacion real*, de las honras que al rey don Felipe IV hizo la universidad de Salamanca, en que se hallaba prepósito de su colegio de San Carlos. Otras grandes obras en teologia, escritura y historia dejó sin perfeccion su muerte.»

de una comedia que se intitula *La Remediadora*, si bien pudo esta ser obra de un don Francisco Bernardo de Quirós, poeta sevillano y autor de otras obras dramáticas, entre ellas *La batalla del Tagarete*.

Las líricas de PEDRO DE QUIRÓS son bastante apreciables, no solo por el vivaz ingenio con que están escritas, propio de los poetas andaluces, sino tambien porque, á vueltas de alguno que otro resabio de mal gusto, se muestra el autor digno discípulo de los Herreras, Arguijos y Riojas (1).

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

Nació DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE en la ciudad de Córdoba, el juéves 11 de julio del año de 1561 (2). Tuvo por padre á don Francisco de Argote, letrado de gran concepto y corregidor de Madrid y algunas ciudades. Su madre fué doña Leonor de Góngora. Como se ve, don Luis dió la preferencia al apellido materno, haciéndose llamar GÓNGORA primeramente.

Dicen que nació en la misma calle en que respiró el aura primera de la vida el famoso Marcial (3). De quince años pasó á estudiar en Salamanca el derecho, al propio tiempo que las matemáticas, la música y la esgrima. Su carácter inquieto y su edad juvenil, empleada en amores, le acarrearón una pendencia con don Rodrigo de Vargas y don Pedro de Hocés, señor de la Albaida, teniendo por padrino á su primo don Pedro de Angulo, el cual recibió gravísimas heridas. Don Luis apenas experimentó daño.

En Salamanca compuso la mayor parte de sus poesías amorosas y satíricas. Abrazó el estado eclesiástico, no sin haber seguido por espacio de once años pretensiones en la corte, sin mas frutos que un desengaño y sin mas premio que un beneficio en la iglesia de Córdoba. En 1593 fué con el canónigo don Alonso Venégas á Salamanca á prestar obediencia en nombre del cabildo al obispo don Jerónimo de Aguayo y Manrique. Enfermó de tal modo en esta ciudad, que fué tenido por muerto durante tres días.

Treinta años dicen que asistió despues en la corte con poco próspera fortuna. Solo por protección del duque de Lerma y del marqués de Siete-Iglesias consiguió una capellanía de honor del rey Felipe III. El Conde-Duque, que apreciaba mucho su talento, concedió á dos de sus sobrinos el hábito de Santiago.

En 1626 hallóse GÓNGORA en la jornada que á Aragon hizo el rey Felipe IV, y en ella enfermó de tal manera, que la reina Isabel de Borbon, que estimaba su ingenio, le envió los médicos de su cámara á fin de que fuese asistido como su persona misma.

Cuando recobró la salud volvió GÓNGORA á su patria. La dolencia le habia arrebatado la memoria; no quiso dejar sin estragos la presa que habia elegido. GÓNGORA se retrajo del trato de las gentes, y murió al poco tiempo, en la tarde del lunes 23 de mayo del 1627. Recibió sepultura en la capilla de San Bartolomé de la iglesia catedral, patronato de la casa de GÓNGORA.

Este ilustre ingenio fué bastante escaso en bienes de fortuna. Cartas se conservan dirigidas á Tamayo de Vargas, al licenciado Cristóbal de Heredia y á otros caballeros, lamentándose de la falta del dinero de sus alimentos.

GÓNGORA fundó la secta de los llamados *cultos* (4). Quiso dar, como Herrera, á España un

(1) En la Biblioteca Colombina se halla un códice de poesías de Quirós. Se han escogido las mejores para este tomo.

Compuso además en prosa la *Vida y virtudes del venerable padre Bartolomé Simorilli*, y una *Exposicion sobre el profeta Jonás* (*In Jonam prophetam commentaria*).

(2) Pellicer, *Lecciones solennes*.

(3) El autor anónimo del *Panegrico por la poesia* dice: «Don Luis DE GÓNGORA nació en la calle de Marcial, y sin ninguna duda, con mayor sal y no menores nervios en las veras que agudeza en las burlas.»

Mi amigo el erudito cordobés don Luis Maria Ramirez

y las Casas Deza escribe en el prólogo de las poesías de GÓNGORA: «Para que se conserve la memoria entre sus patricios no queremos dejar de notar aqui que las casas que habitó don Luis son unas principales en la colacion de San Juan y Todos los Santos situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas.

(4) Don Félix de Arteaga, ó mas bien el padre Paravicino, dice de GÓNGORA:

Hijo de Córdoba grande,
Padre mayor de las musas,
Por quien las voces de España
Se ven, de bárbaras, *cultas*.

lenguaje poético. Con los ejemplos antiguos de Juan de Mena y Juan de Padilla (el cartujano), con los de los poetas cordobeses Lucano y Séneca, anteriores á aquellos en la Roma de los Césares, y por último, con los del caballero Marini en Italia y don Luis Carrillo en su patria misma, introdujo voces y giros de la lengua latina, entre estos las mas violentas trasposiciones, á fin de que las musas hablasen en un idioma distinto del vulgar. A esta manera de expresar las ideas, el docto humanista Bartolomé Jimenez Paton dió el nombre de *culteranismo* (1).

Tuvo GÓNGORA grandes admiradores y grandes contrarios. El padre Paravicino y el conde de Villamediana fueron los que primeramente se dedicaron á imitar el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas escritos en la nueva lengua. Se escribieron apologias, impugnaciones y sátiras (2). GÓNGORA agradeció las primeras, hizo responder á las segundas, y se encargó de castigar á los autores de las terceras. En esto último no sé si obró con prudencia; pero, como en la sátira se creía invencible, sin duda imaginó que no era bien que se ejercitasen en su contra armas en las cuales ninguno podia fácilmente aventajarle.

GÓNGORA y sus discípulos enriquecieron la lengua española con muchos modos de decir, á cuál mas elegante (3): tambien hicieron los últimos el grave mal de corromper el idioma hasta el punto de escribir llamando en su auxilio, mas que á la razon, á la demencia.

Los enemigos de GÓNGORA, los que en vida tan violentamente le combatieron, al fin se dejaron arrastrar del portentoso ingenio de aquel grande hombre, á quien desearon humillar por cuantos medios estaban á sus alcances. Culto llegó á ser Quevedo, culto llegó á ser Jáuregui, y aun no estuvo inmune del culteranismo en ciertas ocasiones el que mas puro se mantuvo hasta la muerte en oposicion de la escuela de GÓNGORA: el gran Lope de Vega. De GÓNGORA puede decirse con razon que fué como el Cid, que ganó batallas después de muerto.

El mayor de sus enemigos fué Lope, no obstante que este aparece como su admirador en muchas de sus obras: ardid que el gran poeta dramático solia ejercitar con los que no queria bien. Aficionado á Cervantes aparece Lope, y Lope en algunos de sus escritos revela el poco aprecio ó afecto con que miraba al autor de *Don Quijote*, con perdon sea dicho de Clemencin y otros que no han notado que Lope reprobaba la idea del libro que tanta fama ha dado al ilustre Cervantes. Aficionado aparece tambien de GÓNGORA Lope; pero Lope en lo oculto y aun en lo público revelaba siempre la enemistad de que se hallaba poseido.

Muchos de los elogios que da Lope á los poetas en el *Laurel de Apolo*, mas son irónicos que verdaderos. Por eso, en respuesta al lema que puso en 1630 á este libro, *Summa felicitas invidere nemini*, Pellicer escribió en la portada de las lecciones á GÓNGORA el mismo año, *Summa infelicitas invideri à nemine*.

GÓNGORA siempre reconoció á Lope como el caudillo de sus contrarios:

Musa mia, sed hoy Muza,
Si espada, si adarga acaso
Empuña ó abraza el Parnaso,

Defended el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio
En la Vega Garcilaso.

La guerra de sátiras se hizo violentísima. Véase esta quintilla de GÓNGORA contra Lope:

Dicenme que hace *Lopico*
Contra mí versos adversos;
Pero, si yo versifico,
Con el *pico* de mis versos
A este *Lopico* lo *pico* (4).

(1) Gente ciega, vulgar y que profana
Lo que llamó Paton *culteranismo*.

(Lope de Vega).

(2) Apologistas de GÓNGORA fueron el conde de Villamediana, don Francisco de Córdoba, abad de Rute, don José Antonio de Salas, el maestro don Francisco del Villar, Martín Vazquez Ciruela, don Juan Andrés Uztarroz, don Martín de Angulo y Pulgar, etc.

Quevedo, Argensola, Lope, Jáuregui, Cascales y otros impugnaron el nuevo estilo.

(3) Calderon refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela, por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*.

Moreto cuenta entre las voces cultas
Libidinosa, crédula y obtusa.

Penúltima, libidinosa, crédula y obtusa; voces son usadas hoy sin que el que las profiera ó escriba pase por afectado.

(4) Biblioteca Nacional, código X, 87.

GÓNGORA escribió contra los parciales de Lope el soneto siguiente :

Patos del aguachirle castellana,
De cuyo rudo origen fácil riega,
Y tal vez dulce inunda vuestra *vega*,
Con razon *vega* por lo siempre llana;
Pisad graznando la corriente cana
Del antiguo idioma, y turba lega,
Las ondas acusad cuantas os niega
Atico estilo, erudicion romana.
Los cisnes venerad cultos, no aquellos
Que escuchan su canoro fin los rios;
Aquellos sí que de su docta espuma
Vistió Aganipe. ¿Huis? ¿No quereis vellos,
Palustres aves? Vuestra vulgar pluma
No borre, no; mas, patos, zabullíos (1).

De Lope ó de uno de sus amigos y discípulos parece ser la respuesta que va á continuacion :

Pues en tu error impertinente aspiras,
Zabúllome de pato por no verte,
¡Oh calavera cisne, que en la muerte
Quieres cantar y por detrás respiras!
Con las visiones que llegando admiras
Al tránsito fatal que te divierte,
Tu ya feliz ingenio está de suerte
Que en verso macarrónico deliras.
Hermanos, turba lega, zabullíos;
Venid de Anton Martin, que ya os espera
Cadáver vivo de sus versos frios.
Aun no se le ha cerrado la mollera
Al padre de los cultos desvarios;
Rogad á Dios que con su lengua muera (2).

CONTRA LOPE, POR LA ARCADIA.

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres del escudo,
Porque, aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgante los de Arcadia! ¿No te corres,
Armar de un pavés noble un pastor rudo?
¡Oh troncho de Micol! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos leganeses y vinorres!
No le dejeis en el blason almena;
Vuelva á su oficio y al rocín alado
En el teatro sáquele los reznos.
No tabique mas torres sobre arena,
Si no es que, ya segunda vez casado,
Nos convierta los torres en torreznos.

Á LOPE, EN OCASION DE LOS LIBROS QUE ESCRIBIÓ.

¡Aquí del conde Claros! dijo, y luego
Se agregaron á Lope sus secuaces,
Con la estrella de Vénus cien rapaces,
Y con mil soloquios solo un ciego.
Con la epopeya un lanudazo lego,
Con la *Arcadia* dos dueñas incapaces,
Tres monjas con la *Angélica* locuaces,
Y con el *Peregrino* un fray Borrego.
Con el *Isidro* un cura de una aldea,
Con los *Pastores de Belen* Burguillos (3)
Y con la *Filomena* un idiota.
Vinorres, Títis de la *Dragontea*,
Candil, farol de la estampada flota
De las comedias, siguen su caudillo.

(1) Biblioteca Nacional, códice M, 152.

(2) Códice M, 152, de la Biblioteca Nacional.

Hay tambien un soneto que se dice de GÓNGORA contra Lope en ocasion de haber escrito este la *Jerusalén*. Finge el autor que hablan negros:

Vimo, señora Lopa, su epopeya,
E por Diosa, aunque sa mucho lagante,
Que no hay negro poeta que se pante,
E si se panta, no sa negla eya, etc.

(3) Tomé Burguillos fué el nombre con que Lope compuso y publicó varias poesías festivas, y con ellas la *Gatomaquia*. Su amigo Salcedo Coronel declara de un modo indudable en los *Cristales de Helicon* ser Lope el ver-

dadero autor. El mismo Lope lo descubrió por un olvido. En las *Flores de poetas ilustres* se halla con su nombre una cancion. Corrigiôla y diôla de nuevo á luz como de *Burguillos*. Un Tomé de Burguillos existió, como probaré en la vida de Lope. Era un loco famoso en Madrid y semejante á otro llamado Vinorres, que se cita en este y otro soneto de GÓNGORA. Calderon en una de sus comedias habla de él.

A Tomé Burguillos el loco se atribuye aquella copla:

Hoy hacen amistad nueva,
Mas por Baco que por Febo,
Don Francisco de *Que-bebo*
Y el grande Lope de *beba*.

MOTILIA DE BEBEDOR Á LOPE Y QUE COMUNICABA CON UNA DAMA
LLAMADA MARTA.

Dicho me han por una carla
Que es tu cómica persona
Sobre los manteles mona,
Y entre las sábanas marta.
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten despues:
Que tu nombre del reves,
Siendo *Lope* de la haz,
En haz del mundo y en paz
Pelo de esta Marta es.

CONTRA LOPE.

En vuestras manos ya creo
El plectro, *Lope*, mas grave,
Yaun la violencia suave
Que á los bosques hizo Orfeo,
Pues cuando en vuestro museo
A lo blando y cebellin
Cuerdas rascáis al violin,
No un árbol os sigue ó dos,
Mas descienden sobre vos
Las piedras de Balsain (1).

Contra el padre Pineda, de la compañía de Jesus, autor de la *Monarquía eclesiástica*, por no haber dado á Góngora el primer premio en el certámen de la canonizacion de san Ignacio de Loyola, este poeta escribió contra su juez el soneto siguiente, si es verdad lo que en un códice de mi amigo don José María de Alava se dice :

¿Yo en justa injusta expuesto á la sentencia
De un positivo padre azafranado?
Paciencia, Job, si alguna os han dejado
Los prolijos escritos de su ciencia.
Consuelo me daréis, si no paciencia,
Pnes en suertes entré y fuí desgraciado
En el mes que perdió el apostolado
Un justo por divina providencia.
¿Quién justa do la tela es pinavete,
Y no muy de Segura, aunque sea pino,
Que ayer fué pino y hoy podrá ser vete?
No mas judicatura de teatino,
Cofre, digo, overo con bonete,
Que tiene mas de tea que de tino.

Góngora no consintió que viesen la luz pública sus obras durante su vida. Despues de su muerte reuniólas de manuscritos, mezcladas con las de otros autores, don Jerónimo de Hoces (Madrid, 1639). En Sevilla, Brusélas, Lisboa, Zaragoza y otras partes se repitió la edicion primera, mas ó menos aumentada, mas ó menos corrompida.

Don José de Pellicer comentó las *Soledades*, el *Polifemo* y el *Panegírico del duque de Lerma*, á mas del romance de *Píramo y Tisbe*; García de Salcedo Coronel, las obras de versos largos; don Francisco de Amaya, la soledad primera; el licenciado Pedro de Ribas, la primera y la segunda; don Cristóbal de Salazar Mardones, el romance de *Píramo y Tisbe*.

Góngora, en mi opinion, ha sido muy mal juzgado por los criticos. Tenia mas vehemencia y estro poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito. Indudablemente es el primero de los poetas españoles. Ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en ingenio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado de la razon, tiene rasgos mas sublimes y mas brillante colorido poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados mas por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarian á los poetas mas famosos de cualquiera de los siglos, de cualquiera de las naciones.

Dejo aparte el grandioso pensamiento, digno de competir con el de Lucrecio y Estacio: *Primus in orbe deos fecit timor*.

Mudo mil veces yo, la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura;
Idolos á los troncos la escultura,
Dioses hace á los ídolos el ruego.

(1) De los versos de Góngora contra Quevedo nada digo. El erudito señor Guerra y Orbe ya los tiene ofrecidos para uno de los tomos de la BIBLIOTECA.

Dejo igualmente otros que se hallan en sus sonetos. ¿Con qué es comparable la pintura de aquella

Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves?

¿Con qué la del horror que ocasionaba la música del Cíclope?

La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe Triton su caracol torcido,
Huye sordo el bajel á vela y remo:
Tal la música es de Polifemo.

Así describe el poeta á Galatea, enamorada de Acis aun antes de haberlo conocido:

Llamarálo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que mas queria,
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Galatea al ver dormido á Acis,

No solo para, mas el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria.

De este modo Galatea, en brazos de Acis, se turba al escuchar los instrumentos músicos de Polifemo, su desdeñado y temible amante:

La ninfa los oyó; ser mas quisiera
Breve flor, yerba humilde y tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva.

El canto de Polifemo es de esta manera:

¡Oh bella Galatea, mas suave
Que los claveles que tronchó la aurora,
Blanca mas que las plumas de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora!

.

Sorda hija del mar, cuyas orejas
A mis gemidos son rocas al viento,
O dormida te hurten á mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
O al disonante número de almejas,
Marino, si agradable no instrumento,
Coros tejiendo estés, escucha un día
Mi voz por dulce, cuando no por mia.

Pastor soy, mas tan rico de ganados,
Que los valles impido mas vacíos,
Los cerros desparezco levantados,
Y los raudales seco de los rios.

.

. iguales
En número á mis bienes son mis males.
Sentado, á la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables vacas el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona,
Por igualarme, esta montaña en vano,
Y en los cielos desde esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?

Con mas afectacion escritas las *Soledades*, no dejan de tener algunos magníficos rasgos poéticos dignos de estudio. Tal es el canto en alabanza del pobre albergue :

¡ Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora !
.
.
.
No en tí la ambicion mora.
Retamas sobre robre
Tu fábrica son pobre,
Do guarda, en vez de acero,
La ignorancia al cabrero
Mas que el silbo al ganado.

En las *Soledades* se halla la pintura de una culebra :

Y lúbrica no tanto,
Culebra se desliza tortuosa
Por un pendiente escollo.

Como poeta satírico aventaja á todos en sus romances y letrillas; no pueden ser mas lindas sus maliciosas ingeniosidades, ni mas puro su estilo, ni mas la sencillez elegante de sus versos, En sus romances, bien sean pastoriles, bien caballerescos, bien moriscos, está llevada á la perfeccion el estudio de las cadencias. Muchos de los buenos que hay en lengua española no tienen tan hermosa armonía como los de GÓNGORA; los de GÓNGORA, verdadera piedra de toque para conocer hasta el punto á que puede llegar la grandilocuencia.

GÓNGORA, si en todas sus obras se hubiera dejado llevar mas del ingenio que del estudio, seria reputado como el mas perfecto modelo de los poetas españoles. Aun algunas de sus mas excelentes composiciones no se hallan inmunes de afectaciones y oscuridades.

Josepe Martinez comparaba al Quevedo, autor de los *Sueños*, con el artista Jerónimo Bosco, y Jovellanos á Lope de Vega con Lucas Jordan, que con su facilidad pervirtió el arte. GÓNGORA, que lloró en tenebrosos versos la muerte del pintor Dominico Greco, merece el nombre del Greco de la poesía.

POESIAS

DE

GARCILASO DE LA VEGA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA.

(En la vida de GARCILASO que precede á las anotaciones de la edicion de Sevilla por Alonso de la Barrera, año de 1580.)

Es el estilo de GARCILASO infectado (como se dijo de Jenofon), ó por mas cierto, que ninguna afectacion lo puede alcanzar. Habia con agudeza y perspicacia, dispone con arte y juicio, con grande copia y gravedad de palabras y concetos; que no podrá, aunque escriba cosas humildes, inclinar su ánimo á oracion humilde. Está lleno de lumbres y colores y ornato poético donde lo piden el lugar y la materia... Los sentidos, ó son nuevos, ó si son comunes, los declara con cierto modo proprio solo dél, que los hace suyos, y parece que pone duda si ellos dan el ornato ó lo reciben. Lôs versos no son revueltos ni forzados, mas llanos, abiertos y corrientes, que no hacen dificultad á la inteligencia sinó es por historia ó fabula..... Es tanta la facilidad de la dicion, que apenas parece que puede admitir números, y tanto el sonido de los números, que apenas parece puede admitir lenidad alguna, etc.

En una anotacion al soneto primero escribe el mismo autor : GARCILASO es dulce y grave (la cual mezcla estima Tulio por muy dificeil), y con la puridad de las voces resplandece en esta parte la blandura de sus sentimientos, porque es muy afetuoso y suave; pero no iguala á sus canciones y elegías, que en ellas se excede de suerte, que con grandísima ventaja queda superior de sí mismo, porque es todo elegante y puro y terso y generoso y dulcísimo, y admirable en mover los afectos, y lo que mas se debe admirar en todos sus versos, cuantos han escrito en materia de amor le son con gran desigualdad inferiores en la honestidad y templanza de los deseos, porque no descubre un pequeño sentimiento de los deleites *moderados* (¿mundanos?), antes se embebece todo en los gozos ó en las tristezas del ánimo.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(En su República Literaria, impresa en 1665.)

Ya en tiempos mas cultos escribió GARCILASO, y con la fuerza de su ingenio y natural y la comunicacion con los extranjeros puso en un grado muy levantado la poesia. Fué príncipe de la lirica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces descubrió los sentimientos del alma; y como estos son tan propios de las canciones y elogios, por eso en ella se venció á sí mismo, declarando con elegancia los afectos y moviéndolos á lo que pretendia. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes y de palabras cándidas, que saben al campo y á la rusticidad de la aldea; pero no sin gracia ni con profunda ignorancia y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas, porque templa lo rústico con la pureza de voces propias, imitando á Virgilio.

DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

(En su declamacion contra los abusos introducidos en el castellano. Madrid, 1793.)

Boscan, por las exhortaciones del embajador de Venecia, Navajero y GARCILASO, á causa de sus viajes y estrecha amistad con el otro, y Mendoza por singularizarse, y Cetina en imitacion de ellos, se dedicaron con ardor á seguir la bella poesia italiana. El suceso fué harto, pero no completamente feliz, pues en medio de tanta belleza y discernimiento y gusto como manifestaron, ó por haber sido los primeros, ó porque la lengua no estaba entonces formada del todo ni el oido tan castigado como el de sus maestros, sus versos no son, ni de mucho, tan armoniosos. Hay cierta dureza en los de don Diego y Boscan; mezclan con frecuencia las rimas agudas con las graves, mal grado las delicadas orejas; defecto que ya les notó Herrera. Y el mismo GARCILASO, á quien la naturaleza se complació en distinguir por su dulzura y lindeza de metrificar, tiene ciertos trozos asonantados, que lastimosamente amortiguan su superior mérito. Oigase, entre otros, aquel de la elegía á su grande amigo, donde parece que este noble ingenio vaticinaba su fin desgraciado:

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
De túnica cubierto de diamante
Y endurecido siempre en toda parte!
¡Ejecutando por mi mal tu oficio,
Soy reducido á términos, que muerte
Será mi postrimero beneficio!

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En el discurso que precede á sus Lecciones de filosofia moral. Burdeos, 1820.)

En los primeros años del reinado de Carlos V, GARCILASO DE LA VEGA y Juan Boscan, convencidos de la analogía que en la índole, y mas aun en la prosodia, de los idiomas toscano y castellano reinaba, trasladaron á España el metro florentino; y al fastidioso sonsonete de las coplas de arte mayor, al insípido ritornelo de las trovas de tres ó cinco versos de siete y cinco sílabas, se sucedieron las variadas estancias, las majestuosas octavas, el severo y dificultoso terceto. Oyóse entonces con melodía encantadora

El dulce lamentar de dos pastores;

la sonante cítara del amador de la flor de Gnido exhaló sus tristes querellas y pintó el merecido castigo de la cruda Anaxarte, convertida en piedra, en pena de su desamor, con no menos brio que el lírico latino habia cantado los tormentos de las hijas de Danao, que con la sangre de sus esposos habian manchado el lecho conyugal.

Como en la égloga, habia presentado GARCILASO una de las mas hermosas, si no la mas hermosa, de las poesías pastorales de nuestra lengua. Su cancion á la flor de Gnido es tambien una de las mas bellas odas eróticas. Se ha de notar que las canciones de nuestros poetas clásicos son odas verdaderas, sin que se pueda entre ellas señalar diferencia ninguna. No pintó Horacio el castigo de las Danaides ni los desesperados lamentos de Europa con mas fuerza y brio que el poeta español la metamorfosis de la cruda Anaxarte,

En duro mármol vuelta y trasformada.

Las exhortaciones que de ablandar su fiereza hace á la despiadada flor de Gnido nacen naturalmente del asunto: primero le ha pintado la pasion que todo entero á su amador posee, y que cual ya á Sibaris, de Lidia prendado, le ha traído á paso tal, que huye de la palestra polvorosa, y ya

Como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

POESIAS

DE GARCILASO DE LA VEGA.

EGLOGA PRIMERA.

A don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,
virey de Nápoles (1).

SALICIO, NEMOROSO.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando (2);
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al inclito gobierno del estado
Albano; agora vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando (3)
En ardiente jinete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vanó su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á ti, que á todo el mundo sohras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día,
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de vitoria
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la hiedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta

(1) Se introducen en ella dos pastores, uno celoso que se queja por ver á otro preferido en su amor. Este se llama *Salicio*, y es ya comun opinion que se entiende por GARCILASO mismo. El otro, que llora la muerte de su ninfa, es *Nemoroso*, y no, como piensan algunos, es *Boscan*, aludiendo al hombre, porque *nemus* es *bosque*; pues vemos en la égloga segunda, donde refiere *Nemoroso* á *Salicio* la historia que mostró Tórnes á Severo, que el mismo *Nemoroso* alaba á *Boscan*, y en la tercera lloró *Nemoroso* la muerte de *Elisa*,

Entre la verde yerba degollada,
la cual es doña *Isabel Freyre*, que murió de parto; y así se deja entender, si no me engaño, que este pastor es su marido, don *Antonio Fonseca*. Tal dice Fernando de Herrera.

(2) He de contar, sus quejas imitando.—*Texto de Herrera*. Así me parece que debiera leerse.

(3) *Andas* dice la edicion de Alonso de Ulloa.

Poco á poco, arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido,
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio, recostado
Al pié de una alta haya, en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado;
El, con canto acordado
Al rumor que sonaba,
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente (4)
La que de su dolor culpa tenia;
Y así, como presente,
Razonando con ella, le decia.

SALICIO.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas (5),
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas;
Que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De ti desamparado,
Y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora? (6)
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbrer
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando (7),
Cuál por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente,
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado ejercicio
De su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo
O la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Y tú, desta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por ti Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,

(4) Como si no estuviera de allí ausente.—*Texto de Tamayo*.

(5) *Marmor*.—*Texto de Ulloa*.

(6) Della salir una hora.—*Id.*

(7) Cual por el aire claro va hablando.—*Id.*

¿Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

Por ti la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba;

Por ti la verde yerba, el fresco viento,

El blanco lirio y colorada rosa

Y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

Ay, cuán diferente era

Y cuán de otra manera

Lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

La siniestra corneja, repitiendo

La desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,

Reputándolo yo por desvario,

Vi mi mal entre sueños, desdichado!

Soñaba que en el tiempo del estío

Llevaba, por pasar allí la siesta,

A beber en el Tajo mi ganado;

Y después de llegado,

Sin saber de cuál arte,

Por desusada parte

Y por nuevo camino el agua se iba;

Ardiendo ya con la calor estiva,

El curso enajenado iba siguiendo

Del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?

Tus claros ojos ¿á quién los volviste?

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?

¿Cuál es el cuello que como en cadena

De tus hermosos brazos anudaste? (8)

No hay corazón que baste,

Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada hiedra,

De mí arrancada, en otro muro asida,

Y mi parra en otro olmo entretejida,

Que no se esté con llanto deshaciendo

Hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperara de aquí adelante,

Por difícil que sea y por incierto?

O ¿qué discordia no será juntada?

Y juntamente ¿qué tendrá por cierto (9),

O qué de hoy mas no temerá el amante,

Siendo á todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada

De mí, cuitado, fuiste (10),

Notable causa diste

Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,

Que el mas seguro tema con recelo

Perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza

De alcanzar lo imposible y no pensado,

Y de hacer juntar lo diferente,

Dando á quien diste el corazón malvado,

Quitándolo de mí con tal mudanza,

Que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente

Con el lobo hambriento

Hará su ayuntamiento,

Y con las simples aves sin ruido

Harán las bravas sierpes ya su nido;

Que mayor diferencia comprendo

De ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano

Y en el invierno abundo; en mi majada

La manteca y el queso está sobrado (11);

De mi cantar pues yo te vi agradada (12),

Tanto, que no pudiera el mantuano

Titiro ser de ti mas alabado.

No soy pues, bien mirado,

Tan disforme ni feo;

Que aun agora me veo

En esta agua que corre clara y pura,

Y cierto no trocará mi figura

Con ese que de mí se está riendo (13);

Trocara mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

Cómo te fui tan presto aborrecible?

Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condicion terrible,

Siempre fuera tenido de ti en precio,

Y no viera de ti este apartamiento (14).

¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío

Mis ovejas el frío

De la sierra de Cuenca, y el gobierno

Del abrigado Extremo en el invierno?

Mas; que vale el tener, si derritiendo

Me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternece

Su natural dureza y la quebrantan,

Los árboles parece que se inclinan,

Las aves que me escuchan; cuando cantan,

Con diferente voz se condolecen,

Y mi morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan

Su cuerpo fatigado,

Dejan el sosegado

Sueño por escuchar mi llanto triste.

Tú sola contra mí te endureciste,

Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú hiciste (15).

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,

No dejes el lugar que tanto amaste;

Que bien podrás venir de mí segura;

Yo dejaré el lugar do me dejaste;

Ven, si por solo esto te detienes.

Ves aquí un prado lleno de verdura,

Ves aquí una espesura,

Ves aquí una agua clara,

En otro tiempo cara,

A quien de ti con lágrimas me quejo.

Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,

Al que todo mi bien quitarme pueda;

Que pues el bien le dejo,

No es mucho que lugar tambien le quede. —

Aquí dió fin á su cantar Salicio,

Y sospirando en el postrero acento,

Soltó de llanto una profunda vena.

Queriendo el monte al grave sentimiento

De aquel dolor en algo ser propicio,

La pasada voz relumbra y suena.

La blanda Filomena (16),

Casi como dolida

Y á compasion movida,

Dulcemente responde al son lloroso.

Lo que cantó tras esto Nemoroso (17)

Decidlo vos, Pierides; que tanto

No puedo yo ni oso,

Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;

Arboles que os estáis mirando en ellas,

Y en el invierno abundo en mi majada;

La manteca y el queso está sobrado.

(12) De mi cantar pues yo te via agradada.—*Texto de Ulloa.*

(13) Con ese que de mí se está riendo.—*Id.*

(14) Y no viera tan triste apartamiento.—*Texto de Azara.*

(15) Así en Tamayo y Azara; Ulloa, Herrera y otros ponen:

A los que tú heciste.

(16) Sanchez el Brocense y Azara leen *blanca*; Ulloa y Herrera, *blanca*; Tamayo opina en favor de la primera lección.

(17) Del nombre *Nemoroso* se formó un adjetivo, que poéticamen-

(8) De tus hermosos brazos añudaste.—*Textos antiguos*, y tambien el de Tamayo y Marchena.

(9) Así Herrera. *Textos antiguos* y el de Azara y Marchena dicen *terna*.

(10) De mi cuidado fuiste.—*Texto de Herrera.*

(11) Herrera lee:

Siempre de nueva leche en el verano

Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría:

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado (18).
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡Oh miserable hado!
Oh tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas conveniente fuera aquesta suerte (19)
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida (20).
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvían? (21)
Dó está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mi mis sentidos le bñecían?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro,
¿Adónde están? Adónde el blanco pecho? (22)
¿Dó la columna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento

te se ha aplicado á las cosas propias de bosques, al lugar lleno de bosques, y aun á lo que tiene mucha frondosidad.
Cairasco de Figueroa, en su *Templo militante*, al tratar de los reyes magos, dice:

Ya del rico Oriente van dejando
Atrás el *memoroso* sitio ameno.

Lope de Vega, en la *Arcadia*, escribe: Donde con leche de cabras montesas, *memorosas ciervas* y silvestres osas fué criado.

(18) Estuve yo contento y descansado.—*Texto de Azara*.

(19) Mas conveniente suerte.—Así Ulloa, así la edicion de Auvers de 1576 y otros. Debe ser verso endecasílabo.

(20) Pues que no la ha quebrantado tu partida.—*Texto de Ulloa*.

(21) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen:

Mi alma do quier que ellos se volvían.

(22) El texto de Ulloa dice:

¿Adónde están? Adónde el blanco pecho
De la columna que el dorado techo.

El de Herrera:

¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo.

Segun la enmienda que propone el mismo Herrera, debería leerse:

¿Adónde están? Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Sostenía? Todo esto ya se cierra
Sombra y ceniza hecho.

También propone este verso:

En ceniza deshecho.

Tamayo nos dice que Luis Tribaldos de Toledo creía evitar los yerros que se advierten en esta estancia con decir:

Los cabellos que vian
Con gran desprecio el oro,
Como á menor tesoro,
¿Dó están? ¿dó la columna que algun día
Con presuncion su gloria sostenía?
Aquesto todo, etc.

Andábamos cogiendo tiernas flores;
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paces
En hartura el ganado ya, ni acude (23)
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude (24):
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra, que de buena
Gana nos producía
Flores con que solía
Quitar en solo vellás mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espigas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable (25).

Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente,
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;

Desta manera suelto yo la rienda (26)
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo:
Tan desigual dolor no sufre modo (27).
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos (28),
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;

(23) En hartura el ganado, ya ni acude
El campo al labrador con mano llena.—*Texto de Ulloa*.

(24) Lope se sirvió de este verso en el segundo terceto de un soneto escrito con versos del Camoëes, de Ariosto, de Horacio, etc.
(25) Así Sanchez y Azara; Ulloa, Herrera y Tamayo ponen *llorando* por *llorando*.

(26) Desta manera suelto ya la rienda.—Así Ulloa, Sanchez, Herrera y Tamayo. Azara siguió la enmienda propuesta por este.

(27) El desigual dolor no sufre modo.—*Texto de Herrera*.

(28) Tengo una parte aquí de tus cabellos.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

Descójolos, y de un dolor tamaño
 Enteneccerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Mas que la llama ardientes,
 Los enjugo del llanto, y de consumo
 Casi los paso y cuento uno á uno;
 Juntándolos, con un cordón los ato.
 Tras esto el importuno
 Dolor me deja descansar un rato.
 Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre affige esta anima mezquina (29)
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina,
 Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 A los airados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda (50);
 Me parece que oigo que a la cruda,
 Irreparable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda;
 Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
 ¿Hate tanto en perseguir las fieras?
 ¿Hate tanto en un pastor dormido?
 ¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
 Que, conmovida á compasion, oído
 A los votos y lágrimas no dieras
 Por no ver hecha tierra tal belleza,
 O no ver la tristeza
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo
 Era seguir tu oficio, persiguiendo (51)
 Las fieras por los montes, y ofreciendo
 A tus sagradas aras los despojos?
 ¿A tú, ingrata, riendo
 Dejas morir mi bien ante mis ojos? (52)
 Divina Elisa, pues agora el cielo
 Con inmortales piés pisas y mides,
 Y su mudanza ves, estando queda,
 ¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
 Y en la tercera rueda
 Contigo mano á mano
 Busquemos otro llano.
 Busquemos otros montes y otros rios,
 Otros valles floridos y sombríos,
 Donde descansa y siempre pueda verte (53)
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte?—
 Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol, de luz escaso,
 Su ganado llevando,
 Se fueron recogiendo paso á paso.

(29) Que tanto affige esta ánima mezquina.—*Texto de Herrera.*

(50) El texto de Ulloa dice erradamente:
 Con cuyo son y acentos
 Y los airados vientos
 Pudieron amansar, etc.

El de la edición de Anvers se asemeja al que sigo. Solo en vez de *pudieras* dice *podieron*.

(51) Sigo el texto de Herrera, Ulloa y Tamayo. Azara pone:
 Era seguir su oficio persiguiendo.

(52) Dejas morir mi bien ante los ojos.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

(53) Sigo el texto de Herrera; Tamayo, Azara y Marchena ponen:
 Do descansar y siempre pueda verte.

Ulloa:
 Donde descansar y siempre pueda verte.

EGLOGA II.

ALBANIO, SALICIO, CAMILO, NEMOROSO.

ALBANIO.

En medio del invierno está templada
 El agua dulce desta clara fuente (1),
 Y en el verano mas que nieve helada.
 ¿Oh claras ondas, cómo veo presente,
 En viéndolos, la memoria de aquel día
 De que el alma temblar y arder se siente!
 En vuestra claridad vi mi alegría
 Escurrecerse toda y enturbiarse;
 Cuando os cobré perdi mi compañía.
 ¿A quién pudiera igual tormento darme,
 Que con lo que descansa otro afligido
 Venga mi corazón á atormentarse?
 El dulce murmurar de este ruido,
 El mover de los árboles al viento,
 El suave olor del prado florecido,
 Podrían tornar, de enfermo y descontento,
 Cualquier pastor del mundo, alegre y sano;
 Yo solo en tanto bien morir me siento.
 ¿Oh hermosura sobre el ser humano!
 Oh claros ojos! Oh cabellos de oro!
 Oh cuello de marfil! Oh blanca mano!
 ¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
 Se convirtiese tan alegre vida,
 Y en tal pobreza todo mi tesoro?
 Quiero mudar lugar, y á la partida
 Quizá me dejará parte del dño
 Que tiene el alma casi consumida.
 ¿Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
 Es darme yo á entender que con partirme,
 De mí se ha de partir un mal tamaño!
 ¿Ay miembros fatigados, y cuán firme
 Es el dolor que os causa y enflaquece!
 ¿Oh si pudiese un rato aquí adormirme! (2)
 Al que velando el bien nunca se ofrece,
 Quizá que el sueño le dará durmiendo
 Algun placer, que presto desaparece (3).
 En tus manos ¡oh sueño! me encomiendo.

SALICIO.

¿Cuán bienaventurado (4)
 Aquel puede llamarse
 Que con la dulce soledad se abraza,
 Y vive descuidado,
 Y lejos de empaclarse
 En lo que al alma impide y embaraza!
 No ve la llena plaza,
 Ni la soberbia puerta

(1) Hoy tiene en Batres, antigua posesion de los señores desta casa, el nombre de GARCILASO, y como ilustre monumento de sus escritos se venera.—*Don Tomás Tamayo de Vargas.*

Artieda, en su *Artemidoro*, dice: Y de ahí viene que siendo el artículo masculino, le propone á palabras femeninas, como son: *el alma, el agua*, segun se ve en la égloga segunda.

En medio del invierno está templada
 El agua dulce desta clara fuente,
 Y en el verano mas que nieve helada.

Lo que sin duda debió hacer por evitar el hiato ó quiebra que hay siempre y cuando la palabra femenina comienza con vocal, porque entonces precediendo el artículo *el* suena muy mejor al oído.

(2) Así Ulloa.

(3) Algun placer, que presto desfallece.—*Texto de Herrera.*

(4) Imitacion de la sabida oda de Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis*.

Este principio de GARCILASO ha sido tambien muy imitado. Lope en una cancion entra diciendo:

¿Cuán bienaventurado
 Aquel puede llamarse justamente!

En la comedia *Los Tellos de Meneses* hay una relacion con este principio:

¿Cuán bienaventurado
 Puede llamarse el hombre!

Hay muchísimas mas imitaciones, que no es del caso enumerar.

De los grandes señores,
Ni los adulares
A quien la hambre del favor despierta;
No le será forzoso

Rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
O de alguna robusta y verde encina,

El ganado contando
De su manada pobre;
Que por la verde selva se avecina,
Plata cendrada y fina,

Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece,
Y tanto lo aborrece,
Que aun no piensa que dello está seguro;

Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso.

Convida á dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envía,
Y las aves sin dueño

Con canto no aprendido
Hinchen el aire de dulce armonía;
Háceles compañía,

A la sombra volando,
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando;

Los árboles y el viento
Al sueño ayudan con su movimiento.
¿Quién duerme aquí? ¿Dónde está que no le veo?

¡Oh! hélo allí. Dichoso tú, que aflojas
La cuerda al pensamiento ó al deseo.

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
En el mundo son hechas por tu mano!
Creciendo el bien, menguando las congojas,

El sueño diste al corazón humano
Para que al despertar mas se alegrase
Del estado gozoso, alegre y sano (5);

Que, como si de nuevo le hallase,
Hace aquel intervalo que ha pasado
Que el nuevo gusto nunca al bien se pase (6).

Y al que de pensamiento fatigado
El sueño baña con licor piadoso,
Curando el corazón despedazado,

Aquel breve descanso, aquel reposo
Basta para cobrar de nuevo aliento,

Con que se pasa el curso trabajado.
Llegarme quiero cerca con buen tiento,

Y ver, si de mí fuere conocido,
Si es del número triste ó del contento.

Albanio es este que está aquí dormido,
O yo conozco mal. Albanio, es cierto.
Duerme, garzon cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto
Que acaba el curso de la vida humana
Y es reducido á mas seguro puerto (7).

Que el que, viviendo acá, de vida ufana
Y de estado gozoso, noble y alto,
Es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto:
Que de amorosos bienes fué abundante,
Y agora es pobre, miserable y falto.

No sé la historia bien; mas quien delante
Se halló al duelo me contó algun poco
Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO.

¿Es esto sueño, ó ciertamente toco
La blanca mano? ¡Ah sueño! ¿estás burlando? (8)

(5) Segun Tamayo, se leía en uno de los manuscritos:
Del estado gustoso, alegre, ufano.

(6) El mismo Tamayo, tratando de este verso, dice:
«Don Francisco Gomez de Quevedo, ejemplo de las ingeniosidades de los nobles de nuestra nacion, me escribe que le parece que se ha de leer así:

Que en nuevo gusto nunca el bien se pase.

Basta su parecer para que se siga.»

(7) Sigo á Herrera; otros dicen *conducido*.

(8) Azara dice:

¿La blanca mano? Sueño, ¿estás burlando?

Yo estábate creyendo como loco.

¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando (9)

Con prestas alas por la ebúrnea puerta;

Yo quédome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta

El alma vive, ó por mejor decillo,

Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO.

Albanio, deja el llanto, que en oílo
Me alijó.

ALBANIO.

¿Quién presente está á mi duelo?

SALICIO.

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO.

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
Me fuera en cualquier mal tu compañía;
Mas tengo en esto por contrario al cielo.

SALICIO.

Parte de tu trabajo ya me había
Contado Galafron, que fué presente
En aqueste lugar el mismo día;

Mas no supo decir del accidente
La causa principal; bien que pensaba
Que era mal que decir no se consiente;

Y á la sazón en la ciudad yo estaba,
Como tú sabes bien, aparejando
Aquel largo camino que esperaba;

Y esto que digo me contaron cuando
Torné á volver; mas yo te ruego agora,
Si esto no es enojoso que demando,

Que particularmente el punto y hora,
La causa, el daño cuenten y el proceso;
Que el mal comunicado se mejora (10).

ALBANIO:

Con un amigo tal verdad es eso,
Cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
Mas este ha penetrado hasta el hueso.

Verdad es que la vida y ejercicio
Comun, y el amistad que á ti me avunta,
Mandan que complacerte sea mi oficio;

Mas ¿qué haré? que el alma ya barrunta,
Que quiero renovar en la memoria
La herida mortal de aguda punta;

Y póneme delante aquella gloria
Pasada, y la presente desventura,
Para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte, pienso que es cordura
Renovar tanto el mal que me atormenta,
Que á morir venga de tristeza pura.

Y por esto, Salicio, entera cuenta
Te daré de mi mal como pudiere,
Aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigiere
Aquestos miembros el espíritu mio,
Aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvario,
Ni le traté, como otros, con engaños,
Ni fué por eleccion de mi albedrio.

Desde mis tiernos y primeros años
A aquella parte me inclinó mi estrella,
Y á aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella,
De mi sangre y abuelos decendida,
Mas que la misma hermosura bella.

En su verde niñez, siendo ofrecida
Por montes y por selvas á Diana,
Ejercitaba allí su edad florida.

Yo, que desde la noche á la mañana
Y del un sol al otro, sin cansarme,
Seguía la caza con estudio y gana,

(9) Segun Homero y Virgilio al sueño se daban dos puertas: la de marfil, por donde salían los sueños falsos; la de cuerno, por donde salían los verdaderos.

(10) Uilco dice:

Que el mal comunicando se mejora,

Por deudo y ejercicio á conformarme
Vine con ella en tal domestichezza,
Que della un punto no sabía apartarme.
Iba de un hora en otra la estrechez
Haciéndose mayor, acompañada
De un amor sano y lleno de pureza (11).
¿Qué montaña dejó de ser pisada
De nuestros piés? Qué bosque ó selva umbrosa
No fué de nuestra caza fatigada?
Siempre con mano larga y abundosa
Con parte de la caza visitando
El sacro altar de nuestra santa diosa.
La colmilluda testa ora llevando (12)
Del puerco jabali cerdoso y fiero,
Del peligro pasado razonando;
Ora clavando del ciervo ligero
En algun sacro pino los ganchos
Cuernos, con puro corazon sincero
Tornábamos contentos y gozosos,
Y al disponer de lo que nos quedaba,
Jamás me acuerdo de quedar quejosos.
Cualquiera caza á entranhos agradaba;
Pero la de las simples avecillas
Menos trabajo y mas placer nos daba.
En mostrando el aurora sus mejillas
De rosa, y sus cabellos de oro fino
Humedeciendo ya las florecillas,
Nosotros, yendo fuera de camino,
Buscábamos un valle, el mas secreto
Y de conversacion menos vecino;
Aquí con una red, de muy perfeto
Verde teñida, aquel valle atajábamos
Muy sin rumor, con paso muy quieto.
De dos árboles altos la colgábamos,
Y habiéndonos un poco léjos ido,
Hacia la red armada nos tornábamos,
Y por lo mas espeso y escondido
Los árboles y matas sacudiendo,
Turbábamos el valle con ruido.
Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo
Delante de nosotros, espantados
Del peligro menor, iban huyendo,
Daban en el mayor, desatinados,
Quedando en la sutil red engañosa
Confusamente todos enredados.
Y entonces era vellos una cosa
Extraña y agradable, dando gritos,
Y con voz lamentándose quejosa.
Algunos dellos, que eran infinitos,
Su libertad buscaban revolando;
Otros estaban miseros y aflitos.
Al fin las cuerdas de la red tirando,
Llevábmola juntos casi llena,
La caza á cuestras y la red cargando (13).
Cuando el húmido otoño ya refrena
Del seco estío el gran calor ardiente,
Y va faltando sombra á Filomena,
Con otra caza desta diferente,
Aunque tambien de vida ociosa y blanda,
Pasábamos el tiempo alegremente.
Entonces siempre, como sabes, anda
De estorninos volando á cada parte
Acá y allá la espesa y negra banda.
Y cierto aquesto es cosa de contarte,
Como con los que andaban por el viento
Usábamos tambien de astucia y arte.
Uno vivo primero de aquel cuento
Tomábamos, y en esto sin fatiga
Era cumplido luego nuestro intento;
Al pié del cual un hilo, untado en liga,
Atado, le soltábamos al punto
Que via volar aquella banda amiga.

(11) Ulloa escribe :

De un amor llano y lleno de pureza.

(12) Pacheco, en su *Arte de la pintura*, al citar este verso, dice:
«Tambien los desta calidad, alabando una cabeza pintada, dicen
en italiano que es *buena testa*; pero en español *testa* es la del ja-
hali, como lo dijo elegantemente nuest- o poeta.»

(13) Así Ulloa y Herrera, á mas de otras antiguas ediciones; Ta-
mayo y Azara leen :

La caza á cuestras y la red colgando.

Apenas era suelto, cuando junto
Estaba con los otros y mezclado,
Secutando el efecto de su asunto.

A cuantos era el hilo enmarañado
Por alas ó por piés ó por cabeza,
Todos venían al suelo mal su grado.
Andaban forcejando una gran pieza
A su pesar y á mucho placer nuestro;
Que así de un mal ajeno bien se empieza.
Acuérdaseme agora que el siniestro
Canto de la corneja y el agüero
Para escaparse no le fué maestro.

Cuando una dellas, como es muy ligero,
A nuestras manos viva nos venía,
Era prision de mas de un prisionero.
La cual á un llano grande yo traía,
A do muchas cornejas andar juntas
O por el suelo ó por el aire vía;
Clavándola en la tierra por las puntas
Extremas de las alas, sin rompellas.
Seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecía que mirando á las estrellas,
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Estaba contemplando el curso dellas (14).

De allí nos alejábamos, y el cielo
Rompía con gritos ella, y convocaba (15)
De las cornejas el superno vuelo.

En un solo momento se ayuntaba
Una gran muchedumbre presurosa
A socorrer la que en el suelo estaba.
Cercábanla, y alguna, mas piadosa
Del mal ajeno de la compañera
Que del suyo avisada ó temerosa (16),

Llegábase muy cerca, y la primera
Que esto hacia, pagaba su inocencia
Con prision ó con muerte lastimera.

Con tal fuerza la presa y tal violencia
Se engarrafaba de la que venía,
Que no se despidiera sin licencia.

Ya puedes ver cuán gran placer sería
Ver, de una por saltarse y desairse,
De otra por socorrerse, la porfia.

Al fin la fiera lucha al despartirse
Venía por nuestra mano, y la cuitada
Del bien hecho empezaba á arrepentirse.

¿Qué me dirás si con la mano alzada
Haciendo la nocturna centinela,
La grulla de nosotros fué engañada? (17)

No aprovechaba al ánsar la cautela (18),
Ni ser siempre sagaz descubridora
De nocturnos engaños con su vela.

Ni al blanco cisne que en las aguas mora
Por no morir como Faeton en fuego,
Del cual el triste caso canta y llora.

Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego
Que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.

A ningún ave ó animal natura
Dotó de tanta astucia, que no fuese
Vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contarte hubiese
De aquesta vida cada partecilla,
Temo que antes del fin anocheciese.

Basta saber que aquesta tan sencilla
Y tan pura amistad, quiso mi hado
En diferente especie convertilla :

En un amor tan fuerte y tan sobrado,
Y en un desasosiego no creíble,
Tal, que no me conozco, de trocado.

El placer de miralla, con terrible
Y fiero desear senti mezclarse,
Que siempre me llevaba á lo imposible.

La pena de su ausencia vi mudarse,

(14) Así ponen este terceto Ulloa, Herrera y Tamayo. Azara lo es-
cribe de este modo :

Parecía mirando á las estrellas,
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Que estaba contemplando el curso dellas.

(15) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone *Rompía á gritos*.

(16) Que del suyo avisada y temerosa.—Así Herrera.

(17) La grua de nosotros fué engañada.—*Texto de Herrera*.

(18) No aprovechaba alcanzar la cautela.—*Texto de Ulloa*.

No en pena, no en congoja, en cruda muerte,
Y en fuego eterno el alma atormentarse.
A aqueste estado en fin mi dura suerte
Me trujo poco á poco, y no pensara
Que contra mi pudiera ser mas fuerte,
Si con mi grave daño no probara
Que, en comparacion de esta, aquella vida
Cualquiera por descanso la juzgara.
Ser debe aquesta historia aborrecida
De tus orejas ya, que así atormenta (19)
Mi lengua y mi memoria entristecida.
Decir ya mas no es bien que se consienta;
Junto todo mi bien perdi en una hora,
Y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta (20).

SALICIO.

Albanio, si tu mal comunicaras
Con otro, que pensaras que tu pena
Juzgaba como ajena, ó que este fuego
Nunca probó, ni el juego peligroso
De que tú estás quejoso, yo confieso
Que fuera bueno aqueso que hora haces (21);
Mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿Por qué agora me dejas como a extraño,
Sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Pienas que tu tormento como nuevo
Escucho, y que no pruebo, por mi suerte,
Aquesta viva muerte en las entrañas?
Si no con todas mañas ó experiencia (22)
Esta grave dolencia se desecha,
Al menos aprovecha, yo te digo,
Para que de un amigo que adolezca
Otro se condolezca, que ha llegado
De bien acuchillado á ser maestro (23).
Así que, pues te muestro abiertamente
Que no estoy inocente destos males,
Que aun traigo las señales de las llagas,
No es bien que tú te hagas tan esquivo;
Que mientras estás vivo, ser podría
Que por alguna via te avisase,
Ó contigo llorase; que no es malo
Tener al pié del palo quien se duela (24)
Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO.

Tú quieres que forceje y que contraste
Con quien al fin no baste á derrocallo.
Amor quiere que calle; yo no puedo
Mover el paso un dedo sin gran mengua.
El tiene de mi lengua el movimiento;
Así que no me siento ser bastante.

SALICIO.

¿Qué te pone delante que te impida
El descubrir tu vida al que librarte
Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO.

Amor quiere que muera sin reparo;
Y conociendo claro que bastaba
Lo que yo descansaba en este llanto
Contigo, á que entre tanto me aliviase,
Y aquel tiempo probase á sostenerme;
Por mas presto perderme, como injusto,
Me ha ya quitado el gusto que tenia
De echar la pena mia por la boca.
Así que ya no toca nada dello
A ti querer sabello, ni contallo
A quien solo pasallo le conviene,
Y muerte solo por alivio tiene.

SALICIO.

¿Quién es contra su sér tan inhumano,

(19) Así Herrera; otros leen:

De tus orejas, ya que así atormenta.

(20) Sigo á Herrera; otros ponen:

Y esta es la suma, en fin, de aquella cuenta.

(21) Otros ponen *ahora*; sigo á Herrera.(22) Si no con mañas ni experiencia.—*Texto de Herrera.*(23) *No hay mejor cirujano que el bien acuchillado*; proverbio antiguo.(24) *Al pié del palo*; término vulgar. Equivale al pié de la horca.

Que al enemigo entrega su despojo,
Y pone su poder en otra mano?
¿Cómo, y no tienes ora algun enojo
De ver que amor tu misma lengua ataje,
O la desate por su solo antojo?

ALBANIO.

Salicio amigo, cese este lenguaje;
Cierra tu boca, y mas aqui no la abras;
Yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.
¿Para qué son magníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente (25),
Siendo pastor de ovejas y de cabras?
¿Oh cuitado de mí, enan fácilmente
Con expedida lengua y rigurosa
El sano da consejos al doliente!

SALICIO.

No te aconsejo yo, ni digo cosa
Para que debas tú por ella darme
Respuesta tan aceda y tan odiosa.
Ruégote que tu mal quieras contarme,
Porque dél pueda tanto entristecerme,
Cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO.

Pues ya de ti no puedo defenderme,
Yo tornaré á mi cuento cuando hayas
Prometido una gracia concederme;
Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas
Y me dejes llorar mi desventura
Entre estos pinos solo y estas bayas.

SALICIO.

Aunque pedir tú eso no es cordura,
Yo seré dulce mas que sano amigo,
Y daré bien lugar á tu tristura.

ALBANIO.

Hora, Salicio, escucha lo que digo;
Y vos, oh ninfas deste bosque umbroso,
A do quiera que estéis, estad conmigo (26).

Ya te conté el estado tan dichoso
A do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo;

Mas, como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo me encendia,
Llegué ya casi al punto de morirme,
Mil veces ella preguntó qué habia,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubria.

Mas no acabó con cuanto me dijese,
Que de mí á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
Viniedo de la caza fatigados,
En el mejor lugar desta ll resta,

Que es este donde estamos asentados,
A la sombra de un árbol aflojamos
Las cuerdas á los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del céliro fresco recogiendo
El agradable espirtu, respiramos.

Las flores, á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo.

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecia,
Mostrando abiertamente su hondura,

El arena, que de oro parecia,
De blancas pedrezuelas variada,
Por do manaba el agua, se bullia.

En derredor ni sola una pisada
De fiera ó de pastor ó de ganado
A la sazón estaba señalada.

Despues que con el agua resfriado
Hubimos el calor, y juntamente

(25) El licenciado Cristóbal de Mesa queria que se *leyese retórico* en vez de *filósofo*, por ser la elocuencia mas propia de aquel que de este.

(26) A do quiera que estáis, estad conmigo.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

La sed de todo punto mitigado,
Ella, que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenía el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente,
Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento;
Y si era amor, que no me recelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y demostralle aquella que yo amase,
Que me juraba que también en esto
El verdadero amor que me tenía
Con pura voluntad estaba presto.
Yo, que tanto callar ya no podía,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentía,
Le dije que en aquella fuente clara
Vería de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.
Ella, que ver aquesta deseaba,
Con menos diligencia discurriendo
De aquella con que el paso apresuraba,
A la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua, toda fué alterada,
En ella su figura sola viendo.
Y no de otra manera, arrebatada,
Del agua rehuýó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada.
Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
No sé qué allá entre dientes murmurando,
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.
Quedé yo triste y solo allí, culpando
Mi temerario osar, mi desvario,
La pérdida del bien considerando.
Creció de tal manera el dolor mío,
Y de mi loco error el desconuelo,
Que hice de mis lágrimas un río.
Fijos los ojos en el alto cielo,
Estuve boca arriba una gran pieza
Tendido, sin moverme en este suelo (27).
Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,
De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme de todo al fin sin esperanza,
Me trastornaron casi el sentimiento.
Cómo deste lugar hice mudanza
No sé, ni quién de aquí me condujese
Al triste albergue y á mi pobre estancia.
Sé que tornando en mí, como estuviere
Sin comer y dormir bien cuatro días,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,
Las ya desamparadas vacas mías
Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas ni las aguas frías.
Los pequeños hijuelos, que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejaron.
Las selvas, á su voz también atentas,
Bramando pareció que respondían,
Condolidas del daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movían,
Antes con mi llorar hacía espantados
Todos cuantos á verme allí venían.
Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros,
Para ser de mi mal de mi informados.
Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban cuáles habían sido
Los accidentes de mi mal primeros.
A los cuales, en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabía,
Rompiendo con sollozos mi gemido,
Sino de rato en rato les decía:
«Vosotros, los de Tajo en su ribera (28),
Cantaréis la mi muerte cada día.

(27) Tendido sin mudarme en este suelo. — *Textos de Herrera y Ulloa.*

(28) Tamayo dice: «Este fué como presagio del oficio que hacemos ahora sus ciudadanos en su ilustración, y el que espero mejorarán las mas felices plumas de los cisnes del Tajo en todos tiempos.»

«Este descanso llevaré aunque muera,
Que cada día cantaréis mi muerte
Vosotros, los de Tajo, en su ribera.»
La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,
Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche oscura
A buscar un lugar donde muriese.
Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos piés me condujeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.
Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.
Al pié de un olmo hice allí mi asiento,
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.
Y con esta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y cuanto mal sostuve.
Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina.
Entonces, como cuando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tiente el cuerpo misero y doliente,
Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con funesto canto
Del espíritu vital que dél se aleja;
Así, aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto.
«¡Oh fiera, dije, mas que tigre bircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embravecido de la mar insana!
«Héme entregado, héme aquí rendido,
Hé aquí vences; toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.
«Yo pondré fin del todo á tus enojos (29),
Ya no te ofenderá mi rostro triste,
Mi temerosa voz y húmidos ojos.
«Quizá tú, que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado,
Ni tu dureza cruda entermeciste,
«Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vendrás á arrepentirte y lastimarte (30);
Mas tu spearro tarde habrá llegado.
«¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?
«No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
Destos dañosos y encendidos fuegos,
«Cuando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que íbamos á comer sobre esta peña?
«¿Quién las castañas tiernas derrocaba
Del árbol al subir dificultoso?
Quién en su limpia falda las llevaba?
«¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamás el pié, que dél no fuese
Cargado á ti de flores y oloroso?
«Jurábasme, si ausente yo estuviere,
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para ti tuviese.
«¿A quién me quejo, que no escucha cosa
De cuantas digo, quien debería escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa;
«Respondiéndome pueda confortarme,
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.
«¡Oh dioses! si allá juntos de consuno
De los amantes el cuidado os toca;
¡Oh tú solo! si toca á solo uno (31),
«Recibid las palabras que la boca

(29) Sigo á Herrera; otros dicen:

Yo ponedré fin del todo á tus enojos.

(30) Sigo á Herrera; otros dicen:

Vendrás á arrepentirte y lastimarte.

(31) Sigo á Herrera; otros ponen:

¡Oh tú solo, si toca solo á uno.

Echa con la doliente ánima fuera,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.

» ¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
Corrientes moradoras! Oh napea (52)

Guarda del verde bosque verdadera!

» Alce una de vosotras, blanca dea,
Del agua su cabeza rubia un poco,
Así, ninfa, jamás en tal se vea (53).

» Podré decir que con mis quejas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar, cuerdo ni loco.

» ¡Oh hermosas oreñas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
A caza andáis por ellas discurriendo!

» Dejad de perseguir las alimañas;
Venid á ver un hombre perseguido,
A quien no valen fuerza ya ni mañas.

» ¡Oh driades, de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas,
Que á la tarde satis de lo escondido,

» Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dejan de oro cobijadas,
Parad mientes un rato á mis querellas;

» Y si con mi ventura conjuradas
No estáis, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.

» ¡Oh lobos, oh osos, que, por los rincones
Destas fieras cavernas escondidos,
Estáis oyendo agora mis razones!

» Quedaos adios; que ya vuestros oídos
De mi zampoña fueron halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.

» Adios, montañas, adios, verdes prados,
Adios, corrientes ríos espumosos,
Vivid sin mí con siglos prolongados;

» Y mientras en el curso presurosos
Iréis al mar á darle su tributo,
Corriendo por los valles pedregosos,

» Ilaced que aquí se muestre triste luto
Por quien, viviendo alegre, os alegraba
Con agradable son y viso enjuto.

» Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien, ramos de lauro entretejiendo,
Aquí sus fuertes toros coronaba.»

Estas palabras tales en diciendo,
En pié me alcé por dar ya fin al dardo
Dolor que en vida estaba padeciendo.

Y por el paso en que me ves te juro
Que ya me iba á arrojar de do te cuento,
Con paso largo y corazón seguro,

Quando una fuerza súbita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.

De espaldas, como atónito, en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido;
Que así se halla siempre aquel que yerra.

Con mas sano discurso en mi sentido,
Comencé de culpar el presupuesto
Y temerario error que había seguido,

En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,
No siendo por los hados aun dispuesto.

De allí me fui con corazón mas largo
Para esperar la muerte, cuando venga
A relevarme deste largo cargo.

Bien has ya visto cuánto me convenga,
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarne á mí no se detenga.

(52) Sigo á Tamayo; Herrera y Azara leen:

¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
Corriente moradoras!

Donde corriente apela sobre ribera, en vez de apelar sobre las náyades.

(53) Creo que así deben leerse estos tercetos. En todas las ediciones se hallan de este modo, con sentido contrario á la gramática.

¡Oh napeas,
Guarda del verde bosque verdadera
Alce una de vosotras, blancas deas,
Del agua su cabeza rubia un poco:
Así, ninfa, jamás en tal te veas.

Tamayo pone este último verso:

Así, ninfa, jamás en sol te veas.

Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero;
Cúmpleme tu promesa prestamente.
Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, véte agora;
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste cuando llora.

SALICIO.

Tratará de una parte
Que agora solo siento,
Si no pensaras que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte
Cómo tu pensamiento
Se derribó tan presto en ese suelo,
O se cubrió de velo,
Para que no mirase
Que quien tan luengamente
Amó, no se consiente
Que tan presto del todo te olvidase.
¿Que sabes si ella ahora
Juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANIO.

Cese ya el artificio
De la maestra mano;
No me hagas pasar tan grave pena.
Harásme tú, Salicio,
Ir do nunca pié humano
Estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
De estar desa manera
Como tú de pensallo,
Aunque quieres mostrallo
Con razon aparente ó verdadera (34).
Ejercita aquí el arte
A solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO.

No es tiempo de curalle,
Hasta que menos tema
La cura del maestro y su cruzeta.
Solo quiero dejalle;
Que aun está el apostema
Intratable, á mi ver, por su dureza.
Quebrante la braveza
Del pecho empedernido
Con largo y tierno llanto;
Íreme yo entre tanto
A requerir de un ruiseñor el nido,
Que está en un alta encina,
Y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA.

Si desta tierra no he perdido el tino,
Por aquí el corzo vino que ha traído,
Después que fué herido, atrás el viento.
¿Qué recio movimiento en la corrida
Lleva, de tal herida lastimado?
En el siniestro lado soterrada
La flecha enherbolada va mostrando (55),
Las plumas blanqueando solas fuera.
Y háceme que muera con buscallo.
No paso deste valle; aquí está cierto,
Y por ventura muerto. ¿Quién me diese
Alguno que siguiese el rastro agora;
Mientras la herviente hora de la siesta
En aquesta floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco, manso y amoroso,
Almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente
Del alto sol ardiente hora quebranta;
Que ya la tierna planta del pié mío
Anda á buscar el frío desta yerba.
A los hombres reserva tú, Diana,
En esta siesta insana tu ejercicio;
Por agora tu oficio desamparo,
Que me ha costado caro en este día.
¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto

(34) Con razon aparente á verdadera, dicen muchas ediciones.

(55) La flecha enervolada iba mostrando. — Textos de Sanchez, Tamayo y Azara.

Con solo un sobresalto me arrojaste!
 ¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?
 Los ojos de la cara, que no quiero
 Menos un compañero que yo amaba;
 Mas no como él pensaba. Dios ya quiera
 Que antes Camila muera que padezca
 Culpa por do merezca ser echada
 De la selva sagrada de Diana.
 ¡Oh cuán de mala gana mi memoria
 Remueva aquesta historia! Mas la culpa
 Ajena me desculpa; que si fuera
 Yo la causa primera desta ausencia,
 Yo diera la sentencia en mi contrario.
 El fué muy voluntario y sin respeto.
 Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
 Quiero vivir contenta y olvidallo,
 Y aquí donde me hallo recrearme.
 Aquí quiero acostarme, y en cayendo
 La siesta iré siguiendo mi corcillo,
 Que yo me maravillo ya y me espanto
 Cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO.

Si mi turbada vista no me miente,
 Paréceme que vi entre rama y rama
 Una ninfa llegar á aquella fuente.
 Quiero llegar allá; quizá, si ella ama,
 Me dirá alguna cosa con que engañe
 Con algun falso alivio aquesta llama.
 Y no se me da nada que desbañe (56)
 Mi alma, si es contrario á lo que creo:
 Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.
 ¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
 ¿Es error de fantasma convertida
 En forma de mi amor y mi deseo?
 Camila es esta que está aquí dormida;
 No puede de otra ser su hermosura;
 La razon está clara y conocida:
 Una obra sola quiso la natura
 Hacer conio esta, y rompió luego aprisa
 La estampa do fué hecha tal figura.
 ¿Quién podrá luego de su forma expresa
 El traslado sacar, si la maestra
 Misma no hasta, y ella lo confiesa?
 Mas ya que escierto el bien que á mí se muestra
 ¿Cómo podré llegar á despertalla,
 Temiendo yo la luz que á ella me adiestra?
 ¿Si solamente de poder tocalla
 Perdiere el miedo yo? Mas ¿si despierta?
 Si despierta, tenella y no soltalla.
 Esta osadía temo que no es cierta.
 Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme.
 En fin, ella está agora como muerta.
 Cabe ella por lo menos asentarme
 Bien puedo; mas no ya como solía.
 ¡Oh mano poderosa de matarme!
 ¿Viste cuánto tu fuerza en mí podía?
 ¿Por qué para sanarme no la pruebas?
 Que su poder á todo bastaría.

CAMILA.

Socórreme, Diana.

(56) Dice Azara en una de sus notas: «Desbañar: Esta voz es tan extraña en castellano, que con dificultad se puede saber lo que quiere decir. El maestro Sanchez no la explica, y Herrera nos muele con una pesada digresion sobre el uso de las voces nuevas, sin decirnos lo que significa esta, sin duda porque no lo supo, pues quien amontonó tantas impertinencias no hubiera omitido una cosa tan esencial. El *Diccionario de la lengua* ni hace mención de ella. Tamayo de Vargas es el único que se aventura á interpretarla. Segun él, *desbañar* quiere decir aligir, congojar, deducido de las lenguas griega y latina, en que *bañar* se toma muchas veces por aliviar, refocilar, quitar cuidados.»
 A esto se puede añadir que en igual significacion la tomó el poeta que cita Tamayo, cuando escribió estos versos:

He guardado de tí por prenda cierta
 Este retrato, que humildemente adoro,
 Que tambien como tú finge y engaña,
 Y tanto se desbaña,
 Pensando que me ayuda,
 Que el color pierde y muda.

ALBANIO.

No te muevas,
 Que no te he de soltar; escucha un poco.

CAMILA.

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?
 Ninfas del verde bosque, á vos invoco,
 A vos pido socorro en esta fuerza (57).
 ¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

ALBANIO.

Locura debe ser la que me fuerza
 A querer mas que el alma y que la vida
 A la que á aborrecerme así se esfuerza.

CAMILA.

Yo deho ser de tí la aborrecida,
 Pues me quieres tratar de tal manera,
 Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO.

¿Yo culpa contra tí? Si la primera
 No está por cometer, Camila mia,
 En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA.

¿Tú no violaste nuestra compañía,
 Queriéndola torcer por el camino
 Que de la vida honesta se desvia?

ALBANIO.

¿Cómo de sola una hora el desatino
 Ha de perder mil años de servicio,
 Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA.

Aqueste es de los hombres el oficio,
 Tentar el mal, y si es malo el suceso,
 Pedir con humildad perdon del vicio.

ALBANIO.

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA.

Bueno es eso.
 Esta fuente lo diga, que ha quedado
 Por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO.

Si puede ser mi yerro castigado
 Con muerte, con deshonra ó con tormento,
 Vesme aquí, estoy á todo aparejado.

CAMILA.

Suéltame ya la mano, que el aliento
 Me falta de congoja.

ALBANIO.

He muy gran miedo
 Que te me irás, que corres mas que el viento (58).

CAMILA.

No estoy como solía, que no puedo
 Moverme ya, de mal ejercitada.
 Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO.

¿Estarás, si te suelto, sosegada,
 Mientras con razon clara yo te muestro
 Que fuistes sin razon de mi enojada?

CAMILA.

Eres tú de razones gran maestro.
 Sueita, que si estaré.

(57) A vos pido socorro desta fuerza.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

Sigo el texto de Azara.

(58) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Que corres mas que viento.

ALBANIO.

Primero jura
Por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA.

Yo juro por la ley sincera y pura
De la amistad pasada, de sentarme,
Y de escuchar tus quejas muy segura.
¿Cuál me tienes la mano, de apretarme
Con esa dura mano, descreído!

ALBANIO.

¿Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA.

Mi prendedero de oro ¿sí es perdido?
¿Oh cuitada de mí! Mi prendedero
Desde aquel valle aquí se me ha caído.

ALBANIO.

Mira no se cayese allá primero,
Antes de aqueste al val de la hortiga.

CAMILA.

Do quiera que cayó, buscallo quiero (39).

ALBANIO.

Yo iré á buscallo, excusa esa fatiga;
Que no puedo sufrir que aquesta arena
Abraze el blanco pié de mi enemiga.

CAMILA.

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
Derecho vé primero á aquellas hayas;
Que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO.

Yo voy; mas entre tanto no te vayas.

CAMILA.

Seguro vé, que antes verás mi muerte
Que tú me cobres ni á tus manos hayas.

ALBANIO.

¡Ah, ninfa desleal! Y ¿desa suerte
Se guarda el juramento que me diste?
¿Oh condicion de vida dura y fuerte!
¿Oh falso amor, de nuevo me hiciste
Revivir con un poco de esperanza!
¿Oh modo de matar penoso y triste!
¿Oh muerte llena de mortal tardanza!
Podré por tí llamar injusto el cielo,
Injusta su medida y su balanza.

Recibe tú, terreno y duro suelo,
Este rebelde cuerpo, que detiene
Del alma el expedido y presto vuelo (40).

Yo me daré la muerte, y aun si viene
Alguno á resistirme... ¿A resistirme?
El verá que á su vida no conviene.

¿No puedo yo morir, no puedoirme
Por aquí, por allí, por do quisiere,
Desnudo espíritu ó carne y hueso firme?

SALICIO.

Escucha, que algun mal hacerse quiere,
O cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO.

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.
Descargado me siento de un gran peso;
Páreceme que vuelo, despreciando
Monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquestos piés? Con ellos ando.
Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
Solo el espíritu es este que hora mando.

¿Hale hurtado alguno ó escondido
Mientras mirando estaba yo otra cosa?

¿O si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa

Estaba allí durmiendo; ¿si es aquella
Mi cuerpo? No, que aquella es muy hermosa.

NEMOROSO.

Gentil cabeza; no daría por ella
Yo para mí traer solo un cornado.

ALBANIO.

¿A quién iré del hurto á dar querella?

SALICIO.

Extraño ejemplo es ver en qué ha parado
Este gentil mancebo, Nemoroso,
Y á nosotros que le hemos mas tratado.
Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
Sufrido, conversable, buen amigo,
Y con un alto ingenio gran reposo (41).

ALBANIO.

Yo podré poco, ó hallaré testigo
De quien hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
Yo le perseguiré como enemigo.

¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?

Dimelo, si lo sabes; así Febo
Nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en lo hondo está un mancebo (42)

De laurel coronado, y en la mano

Un palo propio, como yo, de acebo.

Hola, ¿quién está allá? Responde, hermano.

¿Válame Dios! O tú eres sordo ó mudo,

O enemigo mortal del trato humano.

Espíritu soy, de carne ya desnudo,

Que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado

Algun ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hásmelo escuchado?

¿Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo,

O yo tengo el sentido trastornado.

¿Oh cuerpo! ¿Hete hallado, y no lo creo;

Tanto sin tí me hallo descontento.

Pon fin á tu destierro y mi deseo (43).

NEMOROSO.

Sospecho que el continuo pensamiento
Que tuvo de morir antes de agora,
Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO.

Como del que velando siempre llora,
Quedan durmiendo las especies llenas
Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO.

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
A darme verdadera forma de hombre,
Que agora solo el nombre me ha quedado.
Y si allá estás forzado en ese suelo (44),
Dimelo; que si al cielo que me oyere,
Con quejas no moviere y llanto tierno,
Convocaré el infierno y reino oscuro,
Y romperé su muro de diamante,
Como hizo el amante blandamente
Por la consorte ausente, que cantando
Estuvo halagando las culebras
De las hermanas negras mal peinadas (45).

NEMOROSO.

¿De cuán desvariadas opiniones
Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO.

El curso acostumbrado del ingenio,
Aunque le falte el genio que lo mueva,
Con la fuga que lleva, corre un poco;
Y aunque este está hora loco, no por eso (46)

(41) Así Herrera y Tamayo; Azara pone: *con un grato ingenio*.

(42) *En lo fondo*, dice Herrera.

(43) Pon fin ya á tu destierro y mi deseo.—*Texto de Herrera*.

(44) Y si no estás forzado en ese suelo.—*Id.*

(45) *Negras* no es consonante de *culebras*.

(46) Sigo á Herrera y Tamayo, si bien Azara pone con mas elegancia:

Y aunque está agora loco, no por eso.

(39) Azara dice *buscallo*.

(40) Del alma el expedido y leve vuelo.—*Texto de Herrera*.

Ha de dar al travieso su sentido,
En todo habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO.

No mas, no me le alabes, qué por cierto,
De vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO.

Estaba contemplando qué tormento
Es este apartamiento. A lo que pienso
No nos aparta inmenso mar airado,
No torres de fosado rodeadas,
No montañas cerradas y sin vía,
No ajena compañía, dulce y cara;
Un poco de agua clara nos detiene;
Por ella no conviene lo que entramos (17)
Con ansia deseamos; porque al punto
Que á ti me acerco y junto, no te apartas;
Antes nunca te hartas de mirarme,
Y de significarme en tu menear
Que tienes gran deseo de juntarte
Con esta media parte. Daca, hermano,
Echame acá esa mano, y como buenos
Amigos á lo menos nos juntemos,
Y aquí nos abracemos. Ah ¿burlaste?
¿Así te me escapaste? Yo te digo
Que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, don Travieso, remojado,
Y tú estás enojado? ¿Cuán apriesa
Mueves ¿qué cosa es esa? tu figura!
¿Aun esa desventura me quedaba?
Ya yo me consolaba en ver serena
Tu imagen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO.

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO.

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO.

¡Oh Dios! ¿por qué no pruebo á echarme dentro
Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO.

¿Qué es esto, Albano? Tente.

ALBANIO.

¡Oh manifiesto
Ladron! Mas ¿qué es aquesto? Y ¿es muy bueno
Vestiros de lo ajeno, y ante el dueño,
Como si fuese un leño sin sentido,
Venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
Aquesta mano airada.

SALICIO.

Estáte quedo (48).—
Llega tú, que no puedo detenelle.

NEMOROSO.

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO.

¿Yo? dejalle,
Si desenclavijalle yo acabase
La mano, á que escapase mi garganta (49).

NEMOROSO.

No tiene fuerza tanta; solo puedes
Hacer tú lo que debes á quien eres (50).

SALICIO.

¿Qué tiempo de placeres y de burlas!
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
Ven ya, no estés donoso.

(17) Por entrambos. Es arcaísmo.

(48) Herrera dice: *Está quedo*.

(49) La mano y escapase mi garganta.—Dicen Tamayo y Azara.

(50) *Debes* no es consonante de *puedes*.

NEMOROSO.

Luego vengo,
En cuanto me detengo yo aquí un poco.
Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO.

¡Ay! paso, que me matas.

ALBANIO.

Aunque mueras..

NEMOROSO.

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO.

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO.

Suelta ya.

ALBANIO.

¿Qué te hago? (51)

NEMOROSO.

¿A mí? No, nada.

ALBANIO.

Pues véte tu jornada, y nunca entiendas
En aquestas contiendas.

SALICIO.

¡Ah, furioso!
Aferra, Nemoroso, y tenle fuerte (52).
Yo te daré la muerte, don Perdidó.
Tónmele tú tendido mientras lo ato;
Probemos así un rato á castigallo.
Quizá con espantallo habrá algun miedo.

ALBANIO.

Señores, si estoy quedo ¿dejaréisme?

SALICIO.

No.

ALBANIO.

¿Pues qué! ¿mataréisme?

SALICIO.

Si.

ALBANIO.

¿Sin falta?

Mira cuánto mas alta aquella sierra
Está que la otra tierra.

NEMOROSO.

Bueno es esto.
Él olvidará presto la braveza.

SALICIO.

Calla, que así se aveza á tener seso.

ALBANIO.

¿Cómo? ¿Azotado y preso!

SALICIO.

Calla, escucha.

ALBANIO.

Negra fué aquella lucha que contigo
Hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO.

Albanio, compañero, calla agora,
Y duerme aquí algun hora, y no te muevas.

ALBANIO.

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO.

Loco.

(51) *Hago* no es consonante de *cabo*.

(52) Aferra, Nemoroso, tenle fuerte.—*Texto de Herrera*.

ALBANIO.

Paso, que duermo un poco.

SALICIO.

¿Duermes cierto?

ALBANIO.

¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?

SALICIO.

Este te dará el pago, si despiertas,
En esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO.

Algo está mas quieto y reposado
Que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
Párecete que puede ser curado?

SALICIO.

En procurar cualquiera beneficio
A la vida y salud de un tal amigo,
Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO.

Escucha pues un poco lo que digo;
Contárete una extraña y nueva cosa,
De que yo fui la parte y el testigo.En la ribera verde y deleitosa
Del sacro Tórmes, dulce y claro río,
Hay una vega grande y espaciosa,Verde en el medio del invierno frío,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estío.
Levántase al fin della una ladera
Con proporcion graciosa en el altura,
Que sojuzga la vega y la ribera.Allí esta sobrepuesta la espesura
De las hermosas torres, levantadas
Al cielo con extraña hermosura.No tanto por la fábrica estimadas,
Aunque extraña labor allí se vea,
Cuanto por sus señores ensalzadas.Allí se halla lo que se desea:
Virtud, linaje, haber y todo cuanto
Bien de natura ó de fortuna sea.Un hombre mora allí de ingenio tanto,
Que toda la ribera adonde él vino
Nunca se harta de escuchar su canto.Nacido fué en el campo placentino,
Que con estrago y destrucción romana
En el antiguo tiempo fué sanguino;Y en este, con la propia, la inhumana
Furia infernal, por otro nombre guerra,
Lo tiñe, lo arruina y lo profana (53).El, viendo aquesto, abandonó su tierra,
Por ser mas del reposo compañero
Que de la patria que el furor atierra.Llevóle á aquella parte el buen agüero
De aquella tierra de Alba tan nombrada,
Que este es el nombre della, y dél Severo (54).A aqueste Febo no le escondió nada;
Antes de piedras, yerbas y animales
Diz que le fué noticia entera dada.Este, quando le place, á los caudales
Ríos el curso presuroso enfrena
Con fuerza de palabras y señales.La negra tempestad en muy serena
Y clara luz convierte, y aquel día,
Si quiere revolvello, el mundo atruena.La luna de allá arriba bajaría
Si al son de las palabras no impidiese
El son del carro que la mueve y guía.Temo que si decirte presumiese
De su saber la fuerza con loores (55),
Que en lugar de alaballe, le ofendiese.Mas no te callaré que los amores
Con un tan eficaz remedio cura,(53) Así Herrera; otros dicen *lo ruina*.

(54) Nombre del maestro del duque de Alba Fernando.

(55) *De su saber su fuerza con loores*, dicen Tamayo y Azara.
Sigo á Herrera.

Cual sé conviene á tristes amadores.

En un punto remueve la tristura,
Convierne en odio aquel amor insano,
Y restituye el alma á su natura.No te sabré decir, Salicio hermano,
La órden de mi cura y la manera;
Mas sé que me parti del libre y sano.Acuérdaseme bien que en la ribera
De Tórmes le hallé solo cantando,
Tan dulce, que una piedra enterneciera.Como cerca me vido, adivinando
La causa y la razon de mi venida,
Suspensó un rato estuvo allí callando;Y luego con voz clara y expedida
Soltó la rienda al verso numeroso
En alabanzas de la libre vida.Yo estaba embebecido y vergonzoso,
Atento al son, y viéndome del todo
Fuera de libertad y de reposo,No sé decir sino que en fin de modo
Aplicó á mi dolor la medicina,
Que el mal desarraigó de todo en todo.Quedé yo entonces como quien camina
De noche por caminos enriscados,
Sin ver dónde la senda ó paso inclina,Que venida la luz, y contemplados,
Del peligro pasado nace un miedo,
Que deja los cabellos erizados.Así estaba mirando atento y quedo
Aquel peligro yo que atrás dejaba,
Que nunca sin temor pensallo puedo.Tras esto luego se me presentaba,
Sin antojos delante, la vileza
De lo que antes ardiendo deseaba.Así curó mi mal con tal destreza
El sabio viejo, como te he contado,
Que volvió el alma á su naturaleza,
Y soltó el corazón aherrojado.

SALICIO.

¡Oh gran saber! ¡Oh viejo fructuoso!
Que el perdido reposo al alma vuelve,
Y lo que la revuelve y lleva á tierra
Del corazón destierra incontinentemente.
Con esto solamente que contaste,
Así lo reputaste acá conmigo,
Que sin otro testigo, á desalle
Ver presente y hablálle me levantas.

NEMOROSO.

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
De mas te daré indicio manifiesto,
Si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO.

¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa
Puede ser tan subrosa en otra parte
A mí, como escucharte? No la siento,
Cuanto mas este cuento de Severo;
Dimelo por entero, por tu vida.
Pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace, el viento espira,
Filomena sospira en dulce canto,
Y en amoroso llanto se amancilla;
Gime la tortolilla sobre el olmo,
Preséntanos á colmo el prado flores,
Y esmalta en mil colores su verdura;
La fuente clara y pura murmurando
Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO.

Escucha pues un rato, y diré cosas
Extrañas y espantosas poco á poco.
Ninfas, á vos invoco; verdes faunos (56),
Sátiros y silvanos, soltad todos
Mi lengua en dulces modos y sutiles;
Que ni los pastoriles ni el avena
Ni la zampoña suena como quiero.
Este nuestro Severo pudo tanto
Con el suave canto y dulce lira,
Que, revueltos en ira y torbellino,(56) Faunos no es consonante de *silvanos*.

En medio del camino se pararon
 Los vientos, y escucharon muy atentos
 La voz y los acentos, muy bastantes
 A que los repunantes y contrarios
 Se hiciesen voluntarios y conformes.
 A aqueste el viejo Tórmes como á hijo
 Lo metió al escondrijo de su fuente,
 De do va su corriente comenzada.
 Mostróle una labrada y cristalina
 Urna, donde él reclinó el diestro lado;
 Y en ella vió entallado y esculpido
 Lo que antes de haber sido, el sacro viejo
 Por divino consejo puso en arte,
 Labrando á cada parte las extrañas
 Virtudes y hazañas de los hombres
 Que con sus claros nombres ilustraron
 Cuanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brio desdeñoso,
 Con pecho corajoso, aquel valiente
 Que contra un rey potente y de gran seso (57),
 Quel viejo padre preso le tenía,
 Cruda guerra movía, despertando
 Su ilustre y claro bando al ejercicio
 De aquel piadoso oficio. A aqueste junto
 La gran labor al punto señalaba
 Al hijo, que mostraba acá en la tierra (58)
 Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
 Mostrábase mancebo en las señales
 Del rostro, que eran tales, que esperanza
 Y cierta confianza claro daban
 A cuantos le miraban, que él sería
 En quien se informaría un sér divino.
 Al campo sarracino en tiernos años (59)
 Daba con graves daños á sentillo;
 Que, como fué caudillo del cristiano,
 Ejercitó la mano y el maduro
 Seso y aquel seguro y firme pecho.
 En otra parte, hecho ya mas hombre (60),
 Con mas ilustre nombre los arneses
 De los fieros franceses abollaba.
 Junto tras esto estaba figurado
 Con el arnés manchado de otra sangre (61),
 Sosteniendo la hambre en el asedio,
 Siendo él solo remedio del combate,
 Que con fiero rebate y con ruido
 Por el muro batido le ofrecían.
 Tantos, al fin, morían por su espada,
 A tantos la jornada puso espanto,
 Que no hay labor que tanto notifique
 Cuánto el fiero Fadrique de Toledo
 Puso terror y miedo al enemigo.

Tras aqueste que digo se veía
 El hijo don García, que en el mundo (62)
 Sin par y sin segundo solo fuera,
 Si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
 De su hermosa cara el rayo ardiente,
 Quién su resplandeciente y clara vista,
 Que no diera por vista su grandeza?
 Estaban de cruzes fieras armadas
 Las tres inicuas hadas, cruda guerra
 Haciendo allí á la tierra con quitalle
 Este, que en alcanzalle fué dichosa.
 ¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves (63)
 Los ojos á los Gelves, suspirando!
 El está ejercitando el duro oficio,
 Y con tal artificio la pintura
 Mostraba su figura, que dijeras,
 Si pintado le vieras, que hablaba.

(57) Azara dice en este lugar: «El rey don Juan II puso preso á don Fernando Alvarez de Toledo, conde de Alba; y su hijo don García, que despues fué primer duque de Alba, le hizo mucha guerra desde Piedrahita y demás fortalezas de su padre, procurando su libertad; pero no la pudo conseguir hasta muerto el rey don Juan, que su hijo don Enrique le soltó voluntariamente.»

(58) Don Fadrique de Toledo, duque segundo de Alba.

(59) Fué general de los cristianos en la frontera de Granada durante sus mocedades.

(60) En la guerra de Navarra.

(61) *Sangre* no es consonante de *hambre*.

(62) Don García de Toledo, padre de don Fernando, el gran duque.

(63) Rota de los Gelves, en la cual pereció don García.

El arena quemaba, el sol ardía,
 La gente se caía medio muerta;
 El solo con despierta vigilancia
 Dañaba la tardanza floja, inerte,
 Y alababa la muerte gloriosa.
 Luego la polvorosa muchedumbre
 Gritando á su costumbre le cercaba;
 Mas él, que se llegaba al fiero mozo,
 Llevaba con destrozo y con tormento
 Del loco atrevimiento el justo pago.
 Unos en bruto lago de su sangre (64),
 Cortado ya el estambre de la vida,
 La cabeza partida revolcaban;
 Otros claro mostraban espirando,
 De fuera palpitando las entrañas.
 Por las fieras y extrañas enchilladas
 De aquella mano dadas. Mas el hado
 Acerbo, triste, airado, fué venido;
 Y al fin él, confundido de alboroto,
 Atravesado y roto de mil hierros,
 Pidiendo de sus yerros vénia al cielo,
 Puso en el duro suelo la hermosa
 Cara, como la rosa matutina,
 Cuando ya el sol declina al mediodía,
 Que pierde su alegría, y marchitando
 Va la color mudando; ó en el campo (65)
 Cual queda el lirio blanco, que el arado
 Crudamente cortado al pasar deja,
 Del cual aun no se aleja presuroso
 Aquel color hermoso, ó se destierra;
 Mas ya la madre tierra, descuidada,
 No le administra nada de su aliento,
 Que era el sustentamiento y vigor suyo;
 Tal está el rostro tuyo en el arena,
 Fresca rosa, azucena blanca y pura.

Tras esto una pintura extraña tira (66)
 Los ojos de quien mira, y los detiene
 Tanto, que no conviene mirar cosa
 Extraña ni hermosa, sino aquella.
 De vestidura bella allí vestidas
 Las gracias esculpidas se veían;
 Solamente traían un delgado
 Velo, que el delicado cuerpo viste,
 Mas tal, que no resiste á nuestra vista.
 Su diligencia en vista demostraban;
 Todas tres ayudaban en una hora
 A una muy gran señora que paría.
 Un infante se vía ya nacido,
 Tal, cual jamás salido de otro parto,
 Del primer siglo al cuarto vió la luna.
 En la pequeña cuna se leía
 Un nombre que decía *don Fernando*.

Bajaban, dél hablando, de dos cumbres
 Aquellas nueve lumbres de la vida;
 Con ligera corrida iba con ellas,
 Cual luna con estrellas, el mancebo
 Intonso y rubio Febo; y en llegando,
 Por órden abrazando todas fueron
 Al niño, que tuvieron luengamente.
 Vido cómo presente de otra parte (67)
 Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero,
 Viendo el gran caballero, que encogido
 En el recién nacido cuerpo estaba.
 Entonces lugar daba mesurado
 A Vénus, que á su lado estaba puesta.
 Ella con mano presta y abundante
 Néctar sobre el infante desparcía;
 Mas Febo la desvia de aquel tierno
 Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.

Del cargo están ufanas todas nueve.
 El tiempo el paso mueve, el niño crece,
 Y en tierna edad florece, y se levanta
 Como felice planta en buen terreno.
 Ya sin precepto ajeno daba tales
 De su ingenio señales, que espantaban
 A los que le criaban. Luego estaba
 Cómo una le entregaba á un gran maestro,

(64) *Sangre* no es consonante de *estambre*.

(65) *Campo* no es consonante de *blanco*.

(66) Así Herrera; otros dicen *esta*.

(67) Herrera pone;

Viste cómo presente de otra parto.

Que con ingenio diestro y vida honesta
 Hiciese manifiesta al mundo y clara
 Aquella ánima rara que allí via.
 Al niño recibía con respeto
 Un viejo, en cuyo aspeo se via junto
 Severidad á un punto con dulzura.
 Quedó desta figura como helado
 Severo, y espantado viendo al viejo,
 Que, como si en espejo se mirara.
 En cuerpo, edad y cara eran conformes.
 En esto, el rostro á Tórrmes revolviendo,
 Vió que estaba riendo de su espanto.
 «¿De qué te espantas tanto? dijo el rio.
 ¿No basta el saber mío á que primero
 Que naciese Severo, yo supiese
 Que había de ser quien diese la doctrina
 Al ánima divina deste mozo?»
 El, lleno de alborozo y de alegría,
 Sus ojos mantenía de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,
 El cual venia con febo mano á mano,
 Al modo cortesano. En su manera,
 Juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
 Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
 Por un hombre perfeto en la alta parte
 De la difícil arte cortesana,
 Maestra de la humana y dulce vida.
 Luego fué conocida de Severo
 La imágen por entero fácilmente
 Deste que allí presente era pintado.
 Vió que era el que había dado á don Fernando,
 Su ánimo formando en lengua usauza,
 El trato, la crianza y gentileza,
 La dulzura y llaneza acomodada,
 La virtud apartada y generosa (68),
 Y en fin, cualquiera cosa que se via
 En la cortesania, de que lleno
 Fernando tuvo el seno y bastecido.
 Despues de conocido, leyó el nombre
 Severo de aqueste hombre, que se llama
 Boscan, de cuya llama clara y pura
 Sale el fuego que apura sus escritos,
 Que en siglos infinitos tendrán vida (69).

De algo mas crecida edad miraba
 Al niño que escuchaba sus consejos,
 Luego los aparejos ya de Marte
 Estotro puesto aparte le traía.
 Así les convenia á todos ellos,
 Que no pudiera dellos dar noticia
 A otro la milicia en muchos años.
 Obraba los engaños de la lucha;
 La maña y fuerza mucha y ejercicio
 Con el robusto oficio está mezclada.

Allí con rostro blando y amoroso
 Vénus aquel hermoso mozo mira,
 Y luego le retira por un rato
 De aquel áspero trato y son de hierro.
 Mostrábele ser yerro y ser mal hecho
 Armar continuo el pecho de dureza,
 No dando á la terneza alguna puerta.
 Entrada en una huerta, con él siendo,
 Una ninfa durmiendo le mostraba.
 El mozo la miraba, y juntamente
 De súbito accidente acometido,
 Estaba embebecido, y á la diosa,
 Que á la ninfa hermosa se allegase
 Mostraba que rogase, y parecia
 Que la diosa temia de llegarse.
 El no podia hartarse de miralla,
 Eternamente amalla proponiendo (70).

Luego venia corriendo Marte airado,
 Mostrándose alterado en la persona,
 Y daba una corona á don Fernando;
 Y estábele mostrando un caballero
 Que con semblante liero amenazaba
 Al mozo que quitaba el nombre á todos.
 Con atentados modos se movía
 Contra el que le atendía (71) en una puente

Mostraba claramente la pintura
 Que acaso noche oscura entonces era.
 De la batalla fiera era testigo
 Marte, que al enemigo condenaba
 Y al mozo coronaba en el fin della;
 El cual como la estrella relumbrante
 Que el sol envía delante, resplandece.
 De allí su nombre crece, y se derrama
 Su valerosa fama á todas partes.
 Luego con nuevas artes se convierte
 A hurtar á la muerte y á su abismo
 Gran parte de sí mismo y quedar vivo
 Cuando el vulgo cautivo le llorare,
 Y muerto le llamare con deseo.
 Estaba el Ilímeneo allí pintado,
 El diestro pié calzado en lazos de oro (72).
 De vírgenes un coro está cantando,
 Partidas alternando y respondiendole,
 Y en un lecho poniendo una doncella,
 Que quien atento aquella bien mirase,
 Y bien la cotejase en su sentido
 Con la que el mozo vido allá en la huerta,
 Verá que la despierta y la dormida
 Por una es conocida de presente.
 Mostraba juntamente ser señora
 Digna y merecedora de tal hombre.
 El almohada el nombre contenía,
 El cual doña Maria Enriquez era.
 Apenas tienen fuera á don Fernando,
 Ardiendo y descansando estar ya echado.
 Al fin era dejado con su esposa,
 Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pié estaba puesta la fortuna,
 Nunca estable ni una, que llamaba
 A Fernando, que estaba en vida ociosa,
 Que por dificultosa y ardua via
 Quisiera ser su guía y ser primera;
 Mas él por compañera toma aquella,
 Siguiendo á la que es bella descubierta,
 Y juzgada cubierta por disforme:
 El nombre era conforme á aquesta fama:
 Virtud esta se llama, al mundo rara.
 ¿Quién tras ella guiara igual en curso,
 Sino este, que el discurso de su lumbre
 Forzaba la costumbre de sus años,
 No recibiendo engaños sus deseos?
 Los montes Pirineos (que se estima
 De abajo que la cima está en el cielo,
 Y desde arriba el suelo en el infierno)
 En medio del invierno atravesaba.
 La nieve blanqueaba, y las corrientes
 Por debajo de puentes cristalinas
 Y por heladas minas van calladas.
 El aire las cargadas ramas mueve,
 Que el peso de la nieve las desgaja.
 Por aquí se trabaja el Duque osado,
 Del tiempo contrastado y de la via,
 Con clara compañía de ir delante.
 El trabajo constante y tan loable
 Por la Francia mudable en fin le lleva,
 La fama en él renueva la presteza;
 La cual con ligereza iba volando,
 Y con el gran Fernando se paraba,
 Y le significaba en modo y gesto
 Que el caminar muy presto convenia.

De todos escogía el Duque uno,
 Y entrambos de consuno cabalgaban;
 Los caballos mudaban fatigados;
 Mas á la fin llegados á los muros
 Del gran Paris seguros, la dolencia,
 Con su débil presencia y amarilla,
 Bajaba de la silla al Duque sano,

de San Pablo de Búrgos con otro caballero, que se habla picado
 por una zumba que le dijo delante de una señora á quien ambos
 servían. Despues de la pendencia se hicieron amigos, prometiéndose
 guardar secreto el lance; pero aquella noche se descubrió en
 palacio, porque al partir trocaron las capas, y la del contrario de
 don Fernando tenía la cruz de Santiago.»

(72) El Brocense explica esto diciendo que «el diestro pié calza-
 do significa buen agüero para que el casamiento dure, porque la
 reina Dido, para desatar el casamiento de Eneas, tenía un víd des-
 calzo».

(68) Así Herrera; otros omiten la y.

(69) Así Herrera; otros ponen *ternán*.

(70) Azara pone *prometiendole*.

(71) El mismo dice: «Don Fernando rió una noche en el puente

Y con pesada mano le tocaba.

El luego comenzaba á demudarse,
Y amarillo pararse y á dolerse.

Luego pudiera verse de travieso
Venir por un espeso bosque ameno,
De buenas yerbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina, no parando,
Hasta donde Fernando está en el lecho.
Entró con pié derecho, y parecía
Que le restituía en tanta fuerza,
Que á proseguir se esfuerza su viaje,
Que le llevó al pasaje del gran Reno.
Tomábase en su seno el caudaloso
Y claro río, gozoso de tal gloria,
Trayendo á la memoria cuándo vino
El vencedor latino al mismo paso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
Antes con aguas hondas que engendraba,
Los hajos igualaba y al liviano
Barco daba de mano, el cual, volando,
Atrás iba dejando muros, torres,
Con tanta priesa corres, naverilla,
Que llegas do amancilla una doncella,
Y once mil mas con ella, y mancha el suelo
De sangre, que en el cielo está esmaltada:
Ursula, desposada y virgen pura,
Mostraba su figura, en una pieza
Pintada su cabeza. Allí se vía
Que los ojos volvía ya espirando,
Y estabala mirando aquel tirano
Que con acerba mano llevó á hecho
De tierno en tierno pecho su compañía (73).

Por la fiera Alemaña de aquí parte
El Duque, á aquella parte enderezado
Donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se enconienda;
Por él suelta la rienda á su navio,
Que con poco desvío de la tierra,
Entre una y otra sierra el agua liende.
El remo, que deciendo en fuerza sumia,
Mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecía
Que pintado se vía ante los ojos.

Con amorosos ojos adelante
Carlo, César triunfante, le abrazaba
Cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
Estaba el magisterio de la tierra
Convocado á la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
Los ojos en Fernando, y en el punto
Que así le vieron junto, se prometen
De cuanto allí acometen la victoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,
Con bárbara jactancia allí se vía
A los fines de Hungría el campo puesto
De aquel que fué niofesto en tanto grado (74)
Al hungaro cuitado y afligido;
Las armas y el vestido á su costumbre.
Era la muchedumbre tan extraña,
Que apenas la campaña la abrazaba,
Ni á dar pasto bastaba, ni agua el río.

César con celo pio y con valiente
Animo aquella gente despreciaba;
La suya convocaba, y en un punto
Vieras un campo junto de naciones
Diversas y razones (75); mas de un celo
No ocupaba el suelo en tanto grado
Con número solrado y infinito
Como el campo maldito; mas mostraban
Virtud, con que sobraban su contrario,
Animo voluntario, industria y maña;
Con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge,
Y á sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable:
Con el disciplinable aleman fiero
A su manera y fuero conversaba;
A todo se aplicaba de manera,

Que el flamenco dijera que nacido
En Flándes habia sido, y el osado
Español y sobrado, imaginando
Ser suyo don Fernando y de su suelo,
Demanda sin recelo la batalla.
Quien mas cerca se halla del gran hombre
Piensa que crece el nombre por su mano.
El cauto italiano nota y mira,
Los ojos nunca tira del guerrero,
Y aquel valor primero de su gente
Junto en este y presente considera.
En él ve la mañera misma y maña
Del que pasó en España sin tardanza,
Siendo solo esperanza de su tierra,
Y acabó aquella guerra peligrosa
Con mano poderosa y con estrago
De la fiera Cartago y de su muro,
Y del terrible y duro su caudillo,
Cuyo agudo cuchillo á las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida
La envidia carcomida, á sí molesta;
Contra Fernando puesta frente á frente,
La desvalida gente convocaba,
Y contra aquel la armaba, y con sus artes
Busca por todas partes daño y mengua.
El con su mansa lengua y largas manos
Los tumultos livianos asentando,
Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,
Que la envidia en el cielo le miraba;
Y como no bastaba á la conquista,
Vencida ya su vista de tal lumbre,
Forzaba su costumbre, y parecía
Que perdon le pedía, en tierra echada.
El, despues de pisada, descansando
Quedaba y aliviado de este enojo;
Y lleno del despojo desta fiera,
Hallaba en la ribera del gran río,
De noche, al puro frio del sereno.
A César, que en su seno está pensoso (76),
Del suceso dudoso desta guerra;
Que, aunque de sí destierra la tristeza,
Del caso la grandeza trae consigo
El pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio conveniente
Para que aquel terrible furor loco
Les empeciese poco, y recibiese
Tal estrago, que fuese destrozado.

Despues de haber hablado, ya cansados,
En la yerba acostados se dormían;
El gran Danubio oían ir sonando,
Casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
Que del agua salía muy callado,
De sauces coronado y de un vestido
De las ovas tejido mal cubierto,
Y en aquel sueño incierto les mostraba
Todo cuanto tocaba al gran negocio.
Parecía que el ocio sin provecho
Les sacaba del pecho; porque luego,
Como si en vivo fuego se quemara
Alguna cosa cara, se levantan
Del gran sueño y se espantan, alegrando
El ánimo y alzando la esperanza.

El río sin tardanza parecía
Que el agua disponía al gran viaje;
Atanaba el pasaje y la corriente,
Para que fácilmente aquella armada
Que habia de ser guiada por su mano,
En el remar liviano y dulce viese
Cuánto el Danubio fuese favorable.

Con presteza admirable vieras junto
Un ejército á punto denodado;
Y despues de embarcado, el remo lento,
El duro movimiento de los brazos,
Los pocos embarazos de las ondas
Llevaban por las ondas aguas presta
El armada, molesta al gran tirano.
El artificio humano no hiciera
Pintura que exprimiera vivamente
El armada, la gente, el curso, el agua;

(73) El texto de Herrera dice *tu compañía*.

(74) El gran Turco.

(75) Otros leen *opiniones* en vez de *razones*.

(76) Así Herrera; otros leen *penoso*.

Y apenas en la fragua (donde sudan
Los ciclopes y mudan fatigados
Los brazos, ya cansados del martillo)
Pudiera así exprimillo el gran maestro.

Quien viera el curso diestro por la clara
Corriente, bien jurara á aquellas horas
Que las agudas proras dividían
El agua y la hendían con sonido,
Y el rastro iba seguido. Luego vieras
Al viento las banderas tremolando,
Las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva
La otra gente esquivá y descreída,
Que, de ensoberbecida y arrogante,
Pensaba que delante no hallaran
Hombres que se pararan á su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
Remos iban metiendo con tal gana,
Que iba de espuma cana el agua llena.
El temor enajena al otro bando;
El sentido, volando de uno en uno,
Entrábase importuno por la puerta
De la opinión incierta, y siendo dentro,
En el íntimo centro allá del pecho
Les dejaba deshecho un hielo frío,
El cual, como un gran río en flujos gruesos,
Por médulas y huesos corría.
Todo el campo se vía conturbado
Y con arrebatado movimiento;
Solo del salvamento platicaban.

Luego se levantaban con desórden,
Confusos y sin órden caminando,
Atrás iban dejando con recelo,
Tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas, do pereza y do fornicio (77),
Con todo bruto vicio olhras mirando,
Sin ellas se partían. Así armadas,
Eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
Era el temor presente por testigo,
Y el áspero enemigo á las espaldas,
Que les iba las faldas ya mordiendo.
César estar teniendo allí se vía
A Fernando, que ardía sin tardanza
Por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo (78)
Forceja con quien quedo estar le manda.
Como lebel de Irlanda generoso
Que el jabali cerdoso y fiero mira,
Rebátase, sospira, fuerza y riñe,
Y apenas le constriñe el atadura,
Que el dueño con cordura mas aprieta;
Así estaba perfeta y bien labrada
La imagen figurada de Fernando,
Que quien allí mirándola estuviera,
Que era desta manera bien juzgara (79).

Resplandeciente y clara de su gloria
Pintada la vitoria se mostraba;
A César ahrazaba, y no parando,
Los brazos á Fernando echaba al cuello.
El mostraba de aquello sentimiento,
Por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro extraño
Con el despojo y daño de la gente
Bárbara, y juntamente allí pintados
Cautivos amarrados á las ruedas,
Con hábitos y sedas variadas;
Lanzas rotas, celadas y banderas,
Armaduras ligeras de los brazos,
Escudos en pedazos divididos,
Vieras allí cogidos en trofeo,
Con que el comun deseo y voluntades
De tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
Con velas al Tirreno de la armada
Sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la prora espumosa las galeras (80),
Como nadantes fieras, el mar cortan,

Hasta que en fin aportan con corona
De lauro á Barcelona, do cumplidos
Los votos ofrecidos y descosos,
Y los grandes trofeos ya repuestos,
Con movimientos prestos de allí luego,
En amoroso fuego todo ardiendo,
El buque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
Ya de Aragón se aleja, y en Castilla,
Sin bajar de la silla, los piés pone.
El corazon dispone al alegría
Que vecina tenía, y reserena
Su rostro, y enajena de sus ojos
Muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con solo amor se encierra sin respeto,
Y el amoroso afeto y celo ardiente
Figurado y presente está en la cara;
Y la consorte cara, presurosa,
De un tal placer dudosa, aunque lo vía,
El cuello le ceñía en nudo estrecho,
De aquellos brazos hecho delicados;
De lágrimas preñados relumbraban
Los ojos que sobraban al sol claro.

Con su Fernando caro y señor pio
La tierra, el campo, el río, el monte, el llano,
Alegres á una mano estaban todos,
Mas con diversos modos lo decían.
Los muros parecían de otra altura;
El campo en hermosura de otras flores
Pintaba mil colores disconformes;
Estaba el mismo Tórnes figurado,
En torno rodeado de sus niñas,
Vertiendo claras linfas con instancia,
En mayor abundancia que solía;
Del monte se veía el verde seno
De ciervos todo lleno, corzos, gamos,
Que de los tiernos ramos van rumiando;
El llano está mostrando su verdura,
Tendiendo su llanura así espaciosa,
Que á la vida curiosa nada empece,
Ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
Mas de un embebecido gozo, estaban
Cuanto consideraban la presencia
Deste, cuya excelencia el mundo canta,
Cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vió Severo por sus ojos,
Y no fueron antojos ni ficciones;
Si oyeras sus razones, yo te digo
Que como buen testigo lo creyeras.
Contaba muy de veras que, mirando
Atento y contemplando las pinturas,
Hallaba en las figuras tal destreza,
Que con mayor viveza no pudieran
Estar si sér les dieran vivo y puro.
Lo que dellas oscuro allí hallaba,
Y el ojo no bastaba á recogerlo,
El río le daba dello gran noticia.

—Este de la milicia, dijo el río (81),
La cumbre y señorío tendrá solo (82)
Del uno al otro polo, y porque espantes
A todos cuantos cantes los famosos
Hechos tan gloriosos, tan ilustres,
Sabe que en cinco lustres de sus años
Hará tantos engaños á la muerte,
Que con ánimo fuerte habrá pasado
Por cuanto aquí pintado dél has visto (83).
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
Dejarte he en la ribera do estar sueles.—

Quiero que me reveles tú primero,
Le replicó Severo, qué es aquello;
Que de mirar en ello se me ofusca
La vista; así corusca y resplandece,
Y tan claro parece allá en la urna,
Como en hora nocturna la cometa.—
Amigo, no se meta, dijo el viejo,
Ninguno, le aconsejo, en este suelo
En saber mas que el cielo le otorgare;
Y si no te mostrare lo que pides,

(77) Así Herrera; otros dicen *y el fornicio*.

(78) *Sangre* no es consonante de *hambre*.

(79) Así Herrera; otros dicen *lo juzgara*.

(80) Otros dicen *la proa*. Sigo á Herrera.

(81) Así Herrera; otros leen: *Dijo al río*.

(82) Así Herrera; *terná* dicen otros.

(83) Herrera dice: *Della has visto*.

Tú mismo me lo impides, porque en tanto
Que el mortal velo y manto el alma cubren,
Mil cosas se te encubren, que no bastan
Tus ojos, que contrastan, á mirallas.
No pude yo pintallas con menores
Luces y resplandores, porque sabe,
Y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
Que en excesivo modo resplandece
Tanto, que no parece ni se muestra,
Es lo que aquella diestra mano osada
Y virtud sublimada de Fernando
Acabarán entrando mas los dias.
Lo cual, con lo que vias comparado,
Es como con nublado muy oscuro
El sol ardiente, puro y relumbrante (84).
Tu vista no es bastante á tanta lumbre,
Hasta que la costumbre de miralla
Tu ver al contemplalla no confunda.
Como en carcel profunda el encerrado,
Que, súbito sacado, le atormenta
El sol que se presenta á sus tinieblas;
Así tú, que las nieblas y honduras,
Metido en estrechuras, contemplabas
Que era cuanto mirabas otra gente,
Viendo tan diferente suerte de hombre,
No es mucho que te asombre luz tanaña;
Pero véte, que baña el sol hermoso
Su carro presuroso ya en las ondas,
Y antes que me respondas será puesto. —

Diciendo así, con gesto muy humano
Tomóle por la mano. ¡Oh admirable
Caso y cierto espantable! Que en saliendo,
Se fueron restringiendo de una parte
Y de otra de tal arte aquellas ondas,
Que las aguas, que hondas ser solían,
El suelo descubrían, y dejaban
Seca por do pasaban la carrera,
Hasta que en la ribera se hallaron;
Y como se pararon en un alto,
El viejo de allí un salto dió con brío,
Y levantó del río espuma al cielo,
Y conmovió del suelo negra arena.

Severo, ya de ajena ciencia instruto,
Fué á coger el fruto sin tardanza
De futura esperanza; y escribiendo
Las cosas fué exprimiendo muy conformes
A las que habia de Tórmes aprendido;
Y aunque de mi sentido él bien juzgase
Que no las alcanzase, no por eso
Este largo proceso sin pereza
Dejó, por su nobleza, de mostrarme.
Yo no podía hartarme allí leyendo,
Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO:

Espantado me tienes
Con tan extraño cuento,
Y al son de tu hablar embebecido;
Acá dentro me siento,
Oyendo tantos bienes
Y el valor deste príncipe escogido,
Bullir con el sentido
Y arder con el deseo,
Por contemplar presente
Aquel que, estando ausente;
Por tu divina relacion ya veo.
¡Quién viese la escritura,
Ya que no puede verse la pintura!
Por firme y verdadero,
Después que te he escuchado,
Tengo que ha de sanar Albanio cierto;
Que, según me has contado,
Bastará tu Severo
A dar salud á un vivo y vida á un muerto;
Que á quien fué descubierto
Un tamaño secreto,
Razon es que se crea
Que, cualquiera que sea,
Alcanzará con su saber perfeto,
Y á las enfermedades
Aplicará contrarias calidades.

(84) Herrera omite la y.

NEMOROSO.

Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio,
Acerca deste enfermo compañero?

SALICIO.

En que hagamos el debido oficio.

Luego de aquí partamos, y primero
Que haga curso el mal y se envejezca,
Así le presentemos á Severo.

NEMOROSO.

Yo soy contento, y antes que amanezca
Y que del sol el claro rayo ardiente
Sobre las altas cumbres se parezca,
El compañero misero y doliente
Llevemos luego donde cierto entiendo
Que será guarecido fácilmente.

SALICIO.

Recoge tu ganado, que cayendo
Ya de los altos montes las mayores
Sombras, con ligereza van corriendo.
Mira en torno, y verás por los alcornoques
Salir el humo de las caserías
De aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,
Y véte tú con ellas poco á poco
Por aquel mismo valle que solías.

Yo solo me averné con nuestro loco,
Que pues que hasta aquí no se ha movido,
La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO.

Si llegas antes, no te estés dormido;
Apareja la cena, que sospecho
Que aun fuego Galafron no habrá encendido.

SALICIO.

Yo lo haré, que al bato iré derecho,
Si no me lleva á despeñar consigo
De algun barranco Albanio á mi despecho.
Adios, hermano.

NEMOROSO.

Adios, Salicio amigo.

EGLOGA III.

TIRRENO, ALCINO (1).

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima Maria,
Que en mí de celebrar tu hermosura,
Tu ingenio y tu valor estar solía,
A despecho y pesar de la ventura
Que por otro camino me desvia,
Está y estará en mí tanto clavada,
Cuanlo del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fria la boca (2)
Pienso mover la voz á tí debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido

(1) «Piensan algunos que fué dirigida á la duquesa de Alba, otros á doña Maria de Cardona, marquesa de la Pádula; pero lo cierto, segun la afirmacion de don Antonio Puertocarrero, es á la señora doña Maria de la Cueva, condesa de Ureña, madre de don Pedro Giron, primer duque de Osuna.»—Fernando de Herrera.

Esta señora falleció en Madrid en el palacio real el año de 1566, siendo de edad muy avanzada. Véase á Gudiel, *Compendio de algunas historias de España*. Alcalá, 1577.

(2) Así entiende Tamayo que debe leerse este verso, y no como creen todos:

Mas con la lengua muerta y fria en la boca;
porque dice con razon: «Parece demasia sin fruto decir que la lengua está en la boca, pues ¿dónde habia de estar?»

Hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me aflige y de un trabajo en otro lleva:
Ya de la patria, ya del bien me aparta;
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
Y lo que siento mas, es que la carta (3),
Donde mi pluma tu alabanza mueva,
Poniendo en su lugar enuidados vanos,
Me quita y me arrebatá de las manos.

Pero, por mas que en mi su fuerza pruebe,
No tornará mi corazon mudable;
Nunca dirán jamás que me remueve
Fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas, todas nueve,
Me darán ocio y lengua con que hable
Lo menos de lo que en tu ser cupiere,
Que esto será lo mas que yo pudiere (4).

En tanto no te ofenda ni te harte
Tratar del campo y soledad que amaste,
Ni desdenes aquesta inculta parte
De mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
Do apenas hay quien su furor contraste,
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica pues un rato los sentidos
Al bajo son de mi zampoña ruda,
Indigna de llegar á tus oídos,
Pues de ornamento y gracia va desnuda;
Mas á las veces son mejor oídos
El puro ingenio y lengua casi muda,
Testigos limpios de ánimo inocente,
Que la curiosidad del eloquente.

Por aquesta razon de ti escuchado,
Aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
Con recibillo tú yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,
Filódoce, Dinámene y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo en soledad amena,
De verdes sauces hay una espesura,
Toda de hiedra revestida y llena,
Que por el tronco va hasta la altura,
Y así la teje arriba y encadena,
Que el sol no halla paso á la verdura;
El agua baña el prado, con sonido
Alegrando la yerba y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
Que pudieran los ojos el camino
Determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
Una ninfa del agua, do moraba,
La cabeza sacó, y el prado ameno
Vido de flores y de sombra lleno.

Moviola el sitio umbroso, el manso viento,
El suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
Vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
El sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio solo se escuchaba
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
Atentamente aquel lugar sombrío,
Somorgujó de nuevo su cabeza,
Y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas á contar empieza
Del verde sitio el agradable frío,
Y que vayan las ruega y amonesta
Allí con su labor á estar la siesta.

(3) Carta por el papel, en significacion latina ó italiana.—Azara.

(4) En Boscan se hallan en una estancia de una cancion los versos que dicen:

Hablaré ya lo menos que tuviere,
Que esto será lo mas que yo pudiere.

¿Quién tomó á quién este último verso? Boscan á GARCILASO, ó GARCILASO á Boscan? Tamayo afirma que Boscan aprovechó de este verso como de hacienda de amigo. Ignoro en qué se fundó para decir lo que dijo.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
Que las tres dellas su labor tomaron,
Y en mirando de fuera, vieron luego
El prado, hácia el cual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
Nadando dividieron y cortaron,
Hasta que el blanco pié tocó mojado,
Saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
Escurrieron del agua sus cabellos,
Los cuales esparciendo, cobijadas
Las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
Que en delgadeza competian con ellos,
En lo mas escondido se metieron,
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
Del oro que el felice Tajo envía,
Apurado, despues de bien cernidas
Las menudas arenas do se cria.
Y de las verdes hojas reducidas
En estambre sutil, cual convenia
Para seguir el delicado estilo
Del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
De las colores que antes le habian dado
Con la fineza de la varia tinta
Que se halla en las conchas del pescado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
Y teje cada ninfa en su labrado,
Cuanto mostraron en sus tablas antes
El celebrado Apeles y Timantes.

Filódoce, que así de aquellas era
Llamada la mayor, con diestra mano
Tenia figurada la ribera
De Estrimon, de una parte el verde llano,
Y de otra el monte de aspereza fiera,
Pisado tarde ó nunca de pié humano,
Donde el amor movió con tanta gracia
La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
Euridice, en el blanco pié mordida
De la pequeña sierpe ponzoñosa,
Entre la yerba y flores escondida;
Descolorida estaba como rosa
Que ha sido fuera de sazón cogida,
Y el ánima, los ojos ya volviendo,
De la hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente
El osado marido que bajaba
Al triste reino de la oscura gente,
Y la mujer perdida recobraba;
Y cómo despues desto él, impaciente
Por mirarla de nuevo, la tornaba
A perder otra vez, y del tirano
Se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no menos artificio
Mostraba en la labor que habia tejido,
Pintando á Apolo en el robusto oficio
De la silvestre caza embebecido.
Mudar presto le hace el ejercicio
La vengativa mano de Cupido,
Que hizo á Apolo consumirse en lloro
Despues que le enclavó con punta de oro.

Dafne con el cabello suelto al viento,
Sin perdonar al blanco pié, corria
Por áspero camino tan sin tiento,
Que Apolo en la pintura parecia
Que, porque ella templase el movimiento,
Con menos ligereza la seguia.
El va siguiendo, y ella huye como
Quien siente al pecho el odioso plomo (5).

Mas á la fin los brazos le crecian,
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,
Y los cabellos, que vencer solían
Al oro fino, en hojas se tornaban;
En torcidas raíces se extendian
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.

(5) Azara observa que los poetas dicen que Cupido hiere con dos géneros de saetas: unas de oro al amor firme y correspondido, y otras de plomo, que lo apartan y engendran los desdenes. No sé si esto se puede aplicar al verso de GARCILASO.

Llora el amante, y busca el sér primero,
Besando y abrazando aquel madero.

Clínque, llena de destreza y maña,
El oro y las colores matizando,
Iba de hayas una gran montaña
De robles y de peñas variando.
Un puerco entre ellas, de braveza extraña,
Estaba los colmillos aguzando
Contra un mozo, no menos animoso,
Con su venablo en mano, que hermoso.

Tras esto, el puerco allí se via herido
De aquel mancebo por su mal valiente,
Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
Abierto el pecho del rabioso diente;
Con el cabello de oro desparcido
Barriendo el suelo miserablemente,
Las rosas blancas por allí sembradas
Tornaba con su sangre coloradas.

Adónis este se mostraba que era;
Segun se muestra Vénus dolorida,
Que viendo la herida abierta y fiera,
Sobre él estaba casi amortecida (6).
Boca con boca coge la postrera
Parte del aire que solía dar vida
Al cuerpo, por quien ella en este suelo
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo
De los pasados casos la memoria,
Y en la labor de su sutil trabajo
No quiso entretejer antigua historia;
Antes mostrando de su claro Tajo
En su labor la celebrada gloria,
Lo figuró en la parte donde baña
La mas felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,
Que, en áspera estrechez reducido,
Un monte casi al rededor ceñía,
Con impetu corriendo y con ruido;
Querer cercarle todo parecía
En su volver; mas era afán perdido;
Dejábase correr, en fin, derecho,
Contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
Del monte, y desde allí por él sembrada,
Aquella ilustre y clara pesadumbre,
De antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
El Tajo va siguiendo su jornada,
Y regando los campos y arboledas
Con artificio de las altas ruedas (7).

En la hermosa tela se veían
Entretejidas las silvestres diosas
Salir de la espesura, y que venían
Todas á las riberas presurosas,
En el semblante tristes, y trajan
Cestillos blancos de púrpureas rosas,
Las cuales esparciendo, derramaban
Sobre una ninfa muerta que lloraban (8).

Todas con el cabello desparcido
Lloraban una ninfa delicada,
Cuya vida mostraba que había sido
Antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en un lugar florido,
Estaba entre las yerbas degollada (9),
Cual queda el blanco cisne cuando pierde
La dulce vida entre la yerba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,
Al parecer, á todas excedía,
Mostrando en el semblante la tristeza

Que del funesto y triste caso había,
Apartada algun tanto, en la corteza
De un álamo unas letras escribía,
Como epitafio de la ninfa bella,
Que hablaban así por parte della.

«Elisa soy, en cuyo nombre suena
Y se lamenta el monte cavernoso,
Testigo del dolor y grave pena
En que por mí se allige Nemoroso,
Y llama á Elisa; Elisa á boca llena
Responde el Tajo, y lleva presuroso
Al mar de Lusitania el nombre mio,
Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en esta tela artificiosa
Toda la historia estaba figurada,
Que en aquella ribera deleitosa
De Nemoroso fué tan celebrada;
Porque de todo aquesto y cada cosa
Estaba Nise ya tan informada,
Que llorando el pastor, mil veces ella
Se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento
No solo entre las selvas se contase,
Mas dentro de las ondas sentimiento
Con la noticia de esto se mostrase,
Quiso que de su tela el argumento
La bella ninfa muerta señalase,
Y así se publicase de uno en uno
Por el humido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas
Eran las telas de las cuatro hermanas,
Las cuales, con colores matizadas
Y claras luces de las sombras vanas (10),
Mostraban á los ojos relevadas
Las cosas y figuras que eran llanas;
Tanto, que al parecer el cuerpo vano
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
Escondiendo su luz, al mundo cara,
Tras altos montes, y á la luna daban
Lugar para mostrar su blanca cara;
Los peces á menudo ya saltaban,
Con la cola azotando el agua clara,
Cuando las ninfas, la labor dejando,
Hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
Tenían los piés, y reclinár querían
Los blancos cuerpos, cuando son oídos
Fueron de dos zampoñas que tañían
Suave y dulcemente, detenidos;
Tanto, que sin mudarse las oían,
Y al son de las zampoñas escuchaban
Dos pastores á veces que cantaban.

Mas claro cada vez el son se oía
De los pastores, que venían cantando
Tras el ganado, que tambien venía
Por aquel verde soto caminando,
Y á la majada, ya pasado el día,
Recogido llevaban, alegrando (11)
Las verdes selvas con el son suave,
Haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno destos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
Y sobre cuantos pacen la ribera (12)
Del Tajo con sus vacas enseñados;
Mancebos de una edad, de una manera
A cantar juntamente aparejados,
Y á responder. Aquesto van diciendo,
Cantando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por abril, de flores lleno;

(10) Claras las luces de las sombras vanas.—Así el texto de Ulloa y el de Herrera; así Francisco Pacheco en su *Arte de la pintura*, al citar esta octava de Garcilaso en su libro primero.

(11) Herrera y Tamayo; Azara pone:
Recogido le llevan, alegrando.

(12) Ulloa y otros leen:
Y sobre cuantos pacen la ribera.

(6) Estaba sobre él casi amortecida.—*Texto de Herrera.*

(7) Las azudas.

(8) Doña Isabel Freyre, portuguesa.

(9) Así Herrera; Sanchez dice que halló en un libro antiguo, en vez de *degollada*, *igualada*, que significa *amortajada*.

Herrera afirma que *degollada* se tomaba por *desangrada*; «como decimos cuando sangran mucho á uno, que lo *degolló* el barbero.» Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, escribe: «Cuando sacan á uno mucha sangre por las venas, solemos decir que conviene *degollarle*, si el accidente requiere tanta evacuación.»

Azara dice que mas natural era que se leyese en el verso *desangrada*, puesto que doña Isabel murió de sobreparto. Tamayo acepta la voz *degollada*, siguiendo á Herrera.

Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos amuestre su lucero (15).

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de ti despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama,
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céforo soplando (14),
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera;
En tal manera á mí, Flérida mía,
Viniedo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis, con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado, el verde monte ofrece
A las fieras salvajes su gobierno;
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos
Si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el solo y el ganado;
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado;
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo (15);

(15) Así Ulloa y Herrera, cuya opinión sigo, por mas conforme á la lengua. El Brocense, Tamayo y Azara dicen *demuestre*.

(14) Nota el Brocense que aquí GARCILASO hizo de un viento dos. Herrera observa lo mismo, y cree enmendarlo con decir que el uno será epíteto del otro, como pusieron Homero y Virgilio en sus poemas *Fébo Apolo*. En tal caso debería leerse:

Cuando Favonio Céforo soplando,
Al campo torna la beldad primera.

Mas esto no puede ser, pues á continuación se lee:

Y van artificiosos esmaltando.

Creo que ó GARCILASO se engañó, segun entiendo el Brocense, ó puso el nombre de otro viento, que equivocaron los escribientes ó los impresores.

(15) Andrés Rey de Artieda, en sus *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro* (Zaragoza, 1605), dice «Escogiólo fué lo mismo que decir *escogió el salce que tanto agradó á Filis*. En la cual imitación mostró descuidarse GARCILASO, porque adonde dice *escogiólo* debió decir *escogióle*, hablando congruamente español; porque, como este nombre *salce* sea masculino, el artículo *lo* había de

Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosa
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.—
Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
Le respondió; y habiendo ya acabado
El dulce son, siguieron su camino
Con paso un poco mas apresurado.
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,
Juntas se arrojan por el agua á nado (16),
Y de la blanca espuma que movieron,
Las cristalinas hondas se cubrieron.

ELEGIA

al duque de Alba.

EN LA MUERTE DE DON BERNARDINO DE TOLEDO, SU HERMANO.

Aunque este grave caso haya tocado
Con tanto sentimiento el alma mía,
Que de consuelo estoy necesitado,
Con que de su dolor mi fantasía
Se descargase un poco, y se acabase
De mi continuo llanto la porfía;
Quise pero probar si me bastase
El ingenio á escribirte algun consuelo,
Estando cual estoy, que aprovechase
Para que tu reciente desconuelo
La furia mitigase, si las musas
Pueden un corazón alzar del suelo,
Y poner fin á las querellas que usas,
Con que de Pindo ya las moradoras
Se muestran lastimadas y confusas;
Que, segun he sabido, ni á las horas
Que el sol se muestra ni en el mar se esconde,
De tu lloroso estado no mejoras;
Antes en él permaneciendo, donde
Quiera que estás tus ojos siempre bañas,
Y el llanto á tu dolor así responde,
Que temo ver deshechas tus entrañas
En lágrimas, como al lluvioso viento
Se derrite la nieve en las montañas.
Si acaso el trabajado pensamiento
En el comun reposo se adormeece,
Por tornar al dolor con nuevo aliento,
En aquel breve sueño te aparece
La imágen amarilla del hermano,
Que de la dulce vida desfallece;
Y tú, tendiendo la piadosa mano,
Probando á levantar el cuerpo amado,

ser tambien; para inteligencia de lo cual digo que en la lengua española no hay ninguna palabra neutra, solo son masculinas ó femeninas, las cuales se señalan con el artículo *el* ó con el artículo *la*; pero con todo, hay oraciones que tienen fuerza de nombre, y estas tales son neutras, y se señalan con el artículo *lo*, conforme la doctrina de Antonio. Conforme esto, decimos: *Yo dije esto*, y *entendiólo Pedro*. *Lo que yo digo es verdad*. Donde *lo* es artículo neutro, y toda aquella oración que *yo digo* sirve de nombre. Entenderse ha claro en estos tres versos:

Iba Laura delante, conoella;
Iba detrás don Félix y llaméle;
Lo demás del suceso callarélo.

Donde *Laura* (como *femenina*) tiene el artículo *la*; *don Félix* (como *masculino*) el artículo *le*. *Lo demás del suceso* (que es neutro) el artículo *lo*. Si no es que disculpemos á GARCILASO con decir que trocar los artículos está ya puesto en uso, verdadero legislador de lo que se habla, segun Horacio.»

(16) Ulloa pone:

Juntas se echaron en el agua á nado.

Y Herrera lee:

Todas juntas se arrojan por el vado.

Levantas solamente el aire vano;
Y del dolor el sueño desterrado
Con ansia vas buscando, el que partido
Era ya con el sueño y alargado.
Así desfalleciendo en tu sentido,
Como fuera de ti, por la ribera
De Trápana con llanto y con gemido
El caro hermano buscas, que sola era
La mitad de tu alma, el cual muriendo,
No quedará tu alma toda entera (1).
Y no de otra manera repitiendo
Vas el amado nombre, en desusada
Figura á todas partes revolviendo,
Que cerca del Eridano aquejada,
Lloró y llamó Lampezia el nombre en vano,
Con la fraterna muerte lastimada:
«Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Facton; si no, aquí veréis mi muerte,
Regando con mis ojos este llano.
¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte
Avivadas las fuerzas, renovaba
Las quejas de su cruda y dura suerte!
Y cuantas otras, cuando se acababa
Aquel furor, en la ribera umbrosa,
Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba (2) !
Bien te confieso que si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
Entristecer un alma generosa,
Con gran razón podrá ser la presente,
Pues te ha privado de un tan dulce amigo,
No solamente hermano, un accidente;
El cual, no solo siempre fué testigo
De tus consejos é íntimos secretos,
Mas de cuanto lo fuiste tú contigo.
En él se reclinaban tus discretos
Y honestos pareceres, y hacían
Conformes al asiento sus efectos.
En él ya se mostraban y leían
Tus gracias y virtudes una á una;
Y con hermosa luz resplandecían,
Como en luciente de cristal columna (3),
Que no encubre de cuanto se acerca
A su viveza pura cosa alguna.
¡Oh miserables bados! Oh mezquina
Suerte la del estado humano, y dura,
Do por tantos trabajos se camina!
Y agora muy mayor la desventura
De aquesta nuestra edad, cuyo progreso
Muda de un mal en otro su figura.
¿A quién ya de nosotros el exceso
De guerras, de peligros y destierro
No toca, y no ha causado el gran proceso?
¿Quién no vió desaparecer su sangre al hierro
Del enemigo? Quién no vió su vida
Perder mil veces y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida
La casa y la mujer y la memoria,
Y de otros la hacienda despedida?
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
Algunos premios ó agradecimientos?
Sábralo quien leyere nuestra historia.
Veráse allí que como polvo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga
Ante quien se endereza nuestro intento.
No contenta con esto la enemiga
Del humano linaje, que envidiosa
Coge sin tiempo el grano de la espiga,
Nos ha querido ser tan rigurosa,

(1) Ulloa, Sanchez y Herrera ponen :

No quedará ya tu alma entera.

Este último dice : «Algunos, pareciéndoles que está falta este verso de GARCILASO, no considerando la diéresis, lo han enmendado ó dañado de esta suerte :

No quedará ya tu alma toda entera.

«Pero GARCILASO conocía mejor los números, porque, demás de significar así la falta del alma, que él pretendió mostrar, no es flojo número de verso, sino artificioso y no ajeno de suavidad.»

(2) Tamayo observa que menos parece que dice en *cansada* que en *muerta*.

(3) Según Herrera, reprendió Juan de Malara por duro este verso, á causa de la trasposición.

Que ni á tu juventud, don Bernardino,
Ni ha sido á nuestra pérdida piadosa.
¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
Viéndole caminar por el camino?
¿Quién no se prometiera en abastanza
Seguridad entera de tus años,
Sin temer de natura tal mudanza?
Nunca los tuyos, mas los propios daños,
Dolernos deben; que la muerte amarga
Nos muestra claros ya mil desengaños:
Ilanos mostrado ya que en vida larga
Apenas de tormentos y de enojos
Llevar podemos la pesada carga;
Ilanos mostrado en ti que claros ojos
Y juventud y gracia y hermosura,
Son también, cuando quiere, sus despojos.
Mas no puede hacer que tu figura,
Después de ser de vida ya privada,
No muestre el artificio de natura.
Bien es verdad que no está acompañada
De la color de rosa que solía
Con la blanca azucena ser mezclada;
Porque el calor templado que encendía
La blanca nieve de tu rostro puro,
Robado ya la muerte te lo había.
En todo lo demás, como en seguro
Y reposado sueño descansabas,
Indicio dando del vivir futuro.
Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
De quien perdidamente eras amado,
A quien la vida con la tuya dabas?
Aquí se me figura que ha llegado
De su lamento el son, que con su fuerza
Rompe el aire vecino y apartado;
Tras el cual á venir también se esfuerza
El de las cuatro hermanas, que teniendo
Va con el de la madre viva fuerza.
A todas las contemplo desapareciendo
De su cabello luengo el fino oro,
Al cual ultraje y daño están haciendo.
El viejo Tórmes con el blanco coro
De sus hermosas ninfas seca el río,
Y humedece la tierra con su lloro.
No recostado en urna al dulce frío
De su caverna umbrosa, mas tendido
Por el arena en el ardiente estío,
Con ronco son de llanto y de gemido,
Los cabellos y barbas mal paradas (4)
Se despedaza, y el sutil vestido.
En torno dél sus ninfas, desmayadas,
Llorando en tierra están sin ornamento,
Con las cabezas de oro despeinadas.
Cese ya del dolor el sentimiento,
Hermosas moradoras del undoso
Tórmes; tened mas provechoso intento;
Consolad á la madre, que el piadoso
Dolor la tiene puesta en tal estado,
Que es menester socorro presuroso.
Presto será que el cuerpo, sepultado
En un perpetuo mármol, de las ondas
Podrá de vuestro Tórmes ser bañado.
Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
Aguas metido, podrá ser que al llanto
De mi dolor te muevas y respondas.
Vos, altos promontorios, entre tanto
Con toda la Tinaia entristecida
Buscad alivio en desconsuelo tanto.
Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
Sin enojos se pasa, moradores
De la parte repuesta y escondida,
Con luenga experiencia sabidores,
Buscad para consuelo de Fernando
Yerbas de propiedad oculta y flores;
Así en el escondido bosque, cuando
Ardiendo en vivo y agradable fuego
Las fugitivas ninfas vais buscando,
Ellas se inclinan al piadoso ruego,
Y en reciproco lazo estén ligadas,
Sin esquivar el amoroso juego.

(4) En un códice de don Diego de Mendoza se leía:
Los cabellos y barbas mal rapadas.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
Y tus presentes obras resplandesces,
Y á mayor fama están por tí obligadas,
Contempla donde estás; que si falleces
Al nombre que has ganado entre la gente,
De tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varón no se consiente
No resistir los casos de fortuna
Con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,
Con proceso cruel y riguroso,
Con revolver del sol, de cielo y luna

Mover no debe un pecho generoso,
Ni entristecello con funesto duelo (5),
Turbando con molestia su reposo;

Mas si toda la máquina del cielo
Con espantable son y con ruido,
Hecha pedazos, se viniere al suelo (6),

Debe ser aterrado y oprimido
Del grave peso y de la gran ruina,
Primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de aquí declina.

En fin, Señor, tornando al movimiento
De la humana natura, bien permito
A nuestra flaca parte un sentimiento;

Mas el exceso en esto vedo y quito,
Si alguna cosa puedo, que parece
Que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que descrece
Y muda de las cosas el estado,
Debe bastar, si la razón fallece.

No fué el troyano príncipe llorado
Siempre del viejo padre dolorido,
Ni siempre de la madre lamentado;

Antes, después del cuerpo redimido
Con lágrimas humildes y con oro,
Que fué del fiero Aquiles concedido,

Y reprimido el lamentable coro (7)
Del frigio llanto, dieron fin al vano
Y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,
De Vénus ¿qué sintió, su Adónis viendo
De su sangre regar el verde llano?

Mas desde que vido bien que corrompiendo
Con lágrimas sus ojos no hacia
Sino en su llanto estar se deshaciendo,

Y que tornar llorando no podía
Su caro y dulce amigo de la oscura
Y tenebrosa noche al claro día.

Los ojos enjugó, y la frente pura
Mostró con algo mas contentamiento,
Dejando con el muerto la tristura;

Y luego con gracioso movimiento
Se fué su paso por el verde suelo,
Con su guirnalda usada y su ornamento.

Desordenaba con lascivo vuelo
El viento sus cabellos, y su vista
Alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón que es tan prevista,
Con fortaleza y ser que en tí contemplo,
A la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
Donde la muerte pierde su derecho,
Te basta, sin mostrarte yo otro ejemplo.

Allí verás cuán poco mal ha hecho
La muerte en la memoria y clara fama
De los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama
La suprema esperanza, do perfeta
Sube y purgada el alma en pura llama.

¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
De Alcides consumió la mortal parte
Cuando voló el espíritu al alta meta?

Destá manera aquel por quien reparte

(5) Así pone Tamayo este verso, y con razón. Ulloa, Sanchez, Herrera y Azara leen:

Ni entristecello con funesto vuelo.

(6) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone:

Hecha pedazos se viniere al suelo.

(7) Así Herrera; Sanchez y Azara leen, con Ulloa, reprimiendo.

Tu corazón sospiros mil al día,
Y resucena tu llanto en cada parte,
Subió por la difícil y alta vía,

De la carne mortal purgado y puro,
En la dulce región del alegría;

Do con discurso libre ya y seguro

Mira la vanidad de los mortales,

Ciegos, errados en el aire oscuro;

Y viendo y contemplando nuestros males,

Alégrase de haber alzado el vuelo

A gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo (8),

Teniendo puestos de una y de otra mano

El claro padre y el sublime abuelo (9).

El uno ve de su proceso humano

Sus virtudes estar allí presentes,

Que el áspero camino hacen llano;

El otro, que acá hizo entre las gentes

En la vida mortal menor tardanza,

Sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza;

Porque del enemigo no conviene

Procurar en el cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,

Todo lo cual por un pequeño punto

A respeto del cielo juzga y tiene.

Puesta la vista en aquel gran trasunto

Y espejo, do se muestra lo pasado

Con lo futuro y lo presente junto,

El tiempo que á tu vida limitado

De allá arriba te está, Fernando, mira,

Y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado! que sin ira,

Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,

Con quien acá se muere y se sospira;

Y en eterna holganza y en sosiego

Vives, y vivirás cuanto encendiere

Las almas del divino amor el fuego!

Y si el cielo piadoso y largo diere (10)

Luenga vida á la voz deste mi llanto,

Lo cual tú sabes que pretende y quiere,

Yo te prometo, amigo, que entre tanto

Que el sol al mundo alumbre, y que la oscura

Noche cubra la tierra con su manto,

Y en tanto que los peces la hondura

Húmda habitarán del mar profundo,

Y las fieras del monte la espesura,

Se cantará de tí por todo el mundo;

Que en cuanto se discurre, nunca visto

De tus años jamás otro segundo

Será desde el Antártico á Calisto (11).

ELEGIA II.

A Boscan.

Aquí, Boscan, donde del buen troyano

Anquises con eterno nombre y vida

Conserva la ceniza el Mantuano,

Debajo de la seña esclarecida

De César Africano nos hallamos,

(8) Asi Ulloa, Herrera y Tamayo; otros creyeron que estaria mejor *suelo*, imaginando haberse engañado GARCILASO en llamar *cristalino cielo*, que era, segun los antiguos, el nono, al undécimo, que es el empuje donde tenían asiento los bienaventurados. Tamayo, contra los que tal dijeron, escribe:

«No hizo tales truecos aquí GARCILASO. Solamente añadió al cielo aquella aposición ó atribución de *cristalino*, que puede á cualquiera de los cielos, por su claridad, acomodarse. Decir que cómo pisa el cristalino quien está en el empuje, hace la misma risa que si se preguntase cómo en él se pisa sin pies.»

(9) Alude á don García de Toledo, que murió en la rota de los Gelves, y á don Fadrique, duque de Alba, aquel padre, y este abuelo del don Bernardino.

(10) Si el cielo piadoso y largo diere.—*Texto de Herrera.*

(11) Segun los comentadores, esta elegía es imitada de la que en lengua latina compuso Jerónimo Frascator á Juan Bautista de la Torre, veronés, para consolarlo de la muerte de su hermano Marco Antonio de la Torre.

La vencedora gente recogida (1).

Diversos en estudio; que unos vamos

Muriendo por coger de la fatiga

El fruto que con el sudor sembramos;

Otros, que hacen la virtud amiga

Y premio de sus obras, y así quieren

Que la gente lo piense y que lo diga,

Destotros en lo publico difieren,

Y en lo secreto sabe Dios en cuento

Se contradicen en lo que proliferen (2).

Yo voy por medio, porque nunca tanto

Quise obligarme á procurar hacienda;

Que un poco mas que aquellos me levanto.

Ni voy tampoco por la estrecha senda

De los que cierto sé que á la otra vía

Vuelven de noche al caminar la rienda.

Mas ¿dónde me llevó la pluma mía,

Que á sátira me voy mi paso á paso,

Y aquesta que os escribo es elegía?

Yo enderezo, Señor, en fin, mi paso

Por donde vos sabéis, que su proceso

Siempre ha llevado y lleva Garcilaso;

Y así, en mitad de aqueste monte espeso

De las diversidades me sostengo,

No sin dificultad, mas no por eso

Dejo las musas, antes torno y vengo

Deilas al negociar, y variando,

Con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando,

Así del duro afán y grave pena

Estamos algun hora descansando.

De aquí iremos á ver de la sirena

La patria, que bien muestra haber ya side (3)

De ocio y de amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido

Un tiempo ya; mas no sé ¡triste! agora

O si estará ocupado ó desparcido.

Desto un frío temor así á deshora

Por mis huesos discurre en tal manera,

Que no puedo vivir con él un hora.

Si ¡triste! de mí bien estado hubiera

Un breve tiempo ausente, yo no niego

Que con mayor seguridad viviera.

La breve ausencia hace el mismo juego

En la fragua de amor, que en fragua ardiente

El agua moderada hace al fuego;

La cual verás que no tan solamente

No le suele matar, mas aun le esfuerza

Con ardor mas intenso y eminente;

Porque un contrario con la poca fuerza

De su contrario, por vencer la lucha,

Su brazo aviva y su valor esfuerza;

Pero si el agua en abundancia mucha

Sobre el fuego se esparce y se derrama,

El humo sube al cielo, el son se escucha,

Y el claro resplandor de viva llama,

En polvo y en ceniza convertido,

Apenas queda del sino la fana.

Así el ausencia larga, que ha esparcido

En abundancia su licor, que amata

El fuego que el amor tenia encendido,

De tal suerte lo deja, que lo trata

La mano sin peligro en el momento

Que en apariencia y son se desbarata.

Yo solo fuera voy de aqueste cuento;

Porque el amor me aflige y me atormenta,

Y en el ausencia crece el mal que siento;

Y pienso yo que la razon consienta

Y permita la causa de este efeto,

Que á mí solo entre todos se presenta;

Porque, como del cielo yo sujeto

Estaba eternamente y deputado

Al amoroso fuego en que me meto,

Así para poder ser amado,

El ausencia sin término infinita

Debe ser, y sin tiempo limitado;

Lo cual no habrá razon que lo permita;

Porque, por mas y mas que ausencia dure,

Con la vida se acaba, que es finita.

Mas á mí ¿quién habrá que me asegure

Que mi mala fortuna con mudanza

Y olvido contra mí no se conjure?

Este tenor persigue la esperanza

Y oprime y enflaquece el gran deseo

Con que mis ojos van de su holganza.

Con ellos solamente agora veo

Este dolor que el corazón me parte,

Y con él y conmigo aquí peleo.

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,

De túnica cubierto de diamante,

Y endurecido siempre en toda parte!

¿Qué tiene que hacer el tierno amante

Con tu dureza y áspero ejercicio,

Llevado siempre del furor delante?

Ejercitando, por mi mal, tu oficio,

Soy reducido á términos, que muerte

Será mi postrimero beneficio.

Y esta no permitió mi dura suerte

Que me sobreviniere peleando,

De hierro traspasado agudo y fuerte,

Porque me consumiese contemplando

Mi amado y dulce fruto en mano ajena,

Y el duro poseedor de mí burlando.

Mas ¿dónde me trasporta y enajena

De mi propio sentido el triste miedo?

¿A parte de vergüenza y dolor llena,

Donde si el mal yo viese, ya no puedo,

Segun con esperalle estoy perdido,

Acrecentar en la miseria un dedo?

Así lo pienso agora, y si él venido

Fuese en su misma forma y su figura,

Tendría el presente por mejor partido (4),

Y agradeciera siempre á la ventura

Mostrarme de mí mal solo el retrato,

Que pintan mi temor y mi tristura (5).

Yo sé qué cosa es esperar un rato

El bien del propio engaño, y solamente

Tener con él inteligencia y trato.

Como acontece al misero doliente,

Que del un cabo el cierto amigo y sano

Le muestra el grave mal de su accidente (6),

Y le amonesta que del cuerpo humano

Comience á levantar á mejor parte

El alma suelta con volar liviano;

Mas la tierna mujer, de la otra parte,

No se puede entregar á desengaño (7),

Y encubrele del alma la mayor parte;

El, abrazado con su dulce engaño,

Vuelve los ojos á la voz piadosa,

Y alégrase muriendo con su daño;

Así los quito yo de toda cosa,

Y póngolos en solo el pensamiento

De la esperanza cierta ó mentirosa (8).

En este dulce error muero contento;

Porque ver claro y conocer mi estado

No puede ya curar el mal que siento;

Y acabo como aquel que en un templado

Baño metido, sin sentido muere,

Las venas dulcemente desatado.

Tú, que en la patria entre quien bien te quiere

La deleitosa playa estás mirando,

Y oyendo el son del mar que en ella hiere,

Y sin impedimento contemplando

La misma á quien tú vas eterna fama

En tus vivos escritos procurando (9);

Alégrate, que mas hermosa llama

Que aquella que el troyano encendimiento

Pudo causar, el corazón te inflama.

No tienes que temer el movimiento

De la fortuna con soplar contrario;

(1) Escrita en Trápani despues de la empresa de Túnez por Cárlos V, á quien llama el *Africano*, á semejanza de Escipion, el vencedor de Cartago.

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *referien*.

(3) Napoles, donde se decia haberse hallado el sepulcro de la sirena Partenope.

(4) Así Herrera; Azara pone *ternia*.

(5) Que pinta mi temor y mi tristura.—*Texto de Azara*.

(6) Le muestra el duro mal de su accidente.—*Id.*

(7) No se puede entregar al desengaño.—*Textos de Tamayo y Azara*. Signo el de Herrera.

(8) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *Intimosa*.

(9) Doña Ana Giron de Rebolledo, mujer de Boscan.

Que el puro resplandor serena el viento.
Yo, como conducido mercenario,
Voy do fortuna á mi pesar me envía,
Si no á morir; que aquesto es voluntario.
Solo sostiene la esperanza mia
Un tan débil engaño, que de nuevo
Es menester hacelle cada día;
Y si no lo fabrico y lo renuevo,
Da consigo en el suelo mi esperanza;
Tanto, que en vano á levantalla pruebo.
Aqueste premio mi servir alcanza,
Que en solo la miseria de mi vida
Negó fortuna su comun mudanza.
¿Dónde podré huir que sacudida
Un rato sea de mi la grave carga
Que oprime mi cerviz enflaquecida?
Mas ¡ay! que la distancia no descarga
El triste corazón, y el mal, do quiera
Que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga (10).
Si donde el sol ardiente reverbera
En la arenosa Libia, engendradora
De toda cosa ponzoñosa y fiera;
O adonde es el vencido á cualquiera hora
De la rígida nieve y viento frío,
Parte do no se vive ni se mora;
Si en esta ó en aquella el desvarío
O la fortuna me llevase un día,
Y allí gastase todo el tiempo mío;
El celoso temor con mano fría
En medio del calor y ardiente arena (11),
El triste corazón me apretaría;
Y en el rigor del hielo, en la serena
Noche, soplando el viento agudo y puro,
Que el veloce correr del agua enfrena,
De aqueste vivo fuego en que me apuro
Y consumirme poco á poco espero,
Sé que aun allí no podré estar seguro;
Y así, diverso entre contrarios muero.

EPISTOLA

á Boscan.

Señor Boscan, quien tanto gusto tiene
De daros cuenta de los pensamientos
Hasta en las cosas que no tienen nombre,
No le podrá con vos faltar materia (1),
Ni será menester buscar estilo
Presto, distinto, de ornamento puro,
Tal cual á culta epístola conviene.
Entre muy grandes bienes que consigo
El amistad perfecta nos concede,
Es aqueste descuido suelto y puro,
Léjos de la curiosa pesadumbre;
Y así, de aquesta libertad gozando,
Digo que vine, cuanto á lo primero,
Tan sano como aquel que en doce días
Lo que solo veréis ha caminado
Cuando el fin de la carta os lo mostrare:
Alargo y suelto á su placer la rienda,
Mucho mas que al caballo, al pensamiento,
Y llévame á las veces por camino
Tan dulce y agradable, que me hace
Olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
Que con la fuerza del afán presente,
También de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio

(10) Herrera pone, según las ediciones antiguas, *el vuelo alarga*. Yo lo sigo por ser término mas poético, contra la opinión de Sanchez, que leía:

Para alcanzarme *el brazo alarga*. Así como se dice *acortar el vuelo*, también se escribe elegantemente *alargar el vuelo*.

(11) De medio del calor y ardiente arena. — *Textos de Sanchez, Tamayo y Azara*.

(1) Sigo á Herrera; Tamayo dice con Ulloa:

No le podrá faltar con vos materia.

Y Azara:

No le podrá faltar en vos materia.

Honesto y reposado, en que el discurso
Del gusto y del ingenio se ejercita.
Iba pensando y discuriendo un día
A cuántos bienes alargó la mano
El que de la amistad mostró el camino;
Y luego vos, de la amistad ejemplo,
Os me ofrecéis en estos pensamientos.
Y con vos á lo menos me acontece
Una gran cosa, al parecer extraña;
Y porque lo sepais en pocos versos,
Es que, considerando los provechos,
Las honras y los gustos que me vienen
Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
Ninguna cosa en mayor precio estimo,
Ni me hace gustar del dulce estado,
Tanto como el amor de parte mia.
Este conmigo tiene tanta fuerza,
Que sabiendo muy bien las otras partes
De la amistad y la estrechez nuestra,
Con solo aqueste el alma se enternece;
Y yo sé que otra mente me aprovecha,
Que el deleite, que suele ser pospuesto
A las útiles cosas y á las graves.
Llévame á escudriñar la causa desto
Ver continuo tan recio en mí el efecto,
Y hallo que el provecho, el ornamento,
El gusto y el placer que se me sigue
Del vínculo de amor que nuestro genio
Enredó sobre nuestros corazones,
Son cosas que de mí no salen fuera,
Y en mí el provecho solo se convierte.
Mas el amor, de donde por ventura
Nacen todas las cosas, si hay algunas
Que á vuestra utilidad y gusto miren (2),
Es gran razón que en muy mayor estima (3)
Tenido sea de mí, que todo el resto,
Cuanto mas generosa y alta parte
Es el hacer el bien que el recibillo (4);
Así que amando me deleito, y hallo
Que no es locura este deleite mío.
¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
De haberos alabado el tratamiento
Del camino de Francia y las posadas;
Corrido de que ya por mentiroso
Con razón me tendréis, arrepentido
De haber perdido tiempo en alabaros
Cosa tan digna ya de vituperio;
Donde no hallaréis sino mentiras,
Vinos acedos, camareras feas,
Barletes codiciosos, malas postas,
Gran paga, poco argen, largo camino;
Llegar al fin á Nápoles no habiendo
Dejado allá enterrado algun tesoro,
Salvo si no decís que es enterrado
Lo que nunca se hallaba ni se tiene.
A mi señor Dural estrechamente (5)
Abrazad de mi parte, si pudiédes.
Doce del mes de octubre, de la tierra
Do nació el claro fuego del Petrarca (6),
Y donde están del fuego las cenizas.

CANCION PRIMERA.

Si á la region desierta, inhabitable
Por el hervor del sol demasiado,
Y sequedad de aquella arena ardiente;
O á la que por el hielo congelado
Y rigorosa nieve es intratable,
Del todo inhabitada de la gente,
Por algun accidente

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Nacen todas las cosas, si hay alguna
Que á vuestra utilidad y gusto mire.

(3) Herrera y Tamayo leen:

Es razón grande que en mayor estima.

(4) Sigo á Herrera y Ulloa; Azara pone:

Es el hacer el bien que recibille.

(5) Mosen Dural, maestro racional ó contador en Barcelona.

(6) Valclusa, donde nació Laura, la dama que tanto celebró Petrarca.

O caso de fortuna desastrada,
 Me fuédes llevada,
 Y supiese que allá vuestra dureza
 Estaba en su crueza,
 Allá os iría á buscar, como perdido (1),
 Hasta morir á vuestros piés tendido (2).
 Vuestra soberbia y condicion esquivada
 Acabe ya, pues es tan acabada
 La fuerza de en quien ha de ejecutarse.
 Mirad bien que el amor se desagrada (3).
 Deso, pues quiere que el amante viva
 Y se convierta á do piense salvarse.
 El tiempo ha de pasarse,
 Y de mis males arrepentimiento,
 Confusion y tormento
 Sé que os ha de quedar, y esto recelo;
 Que aunque de mí me duelo (4),
 Como en mí vuestros males son de otra arte,
 Duélenme en mas sensible y tierna parte (5).

Así paso la vida, acrecentando
 Materia de dolor á mis sentidos,
 Como si la que tengo no bastase;
 Los cuales para todo están perdidos,
 Sino para mostrarme á mi cuál ando.
 Pluguiése á Dios que aquesto aprovechase
 Para que yo pensase
 Un rato en mi remedio, pues os veo
 Siempre con un deseo (6).
 De perseguir al triste y al caído;
 Yo estoy aquí tendido,
 Mostrándoos de mí muerte las señales,
 Y vos viviendo solo de mis males.
 Si aquella amarillez y los sospiros
 Salidos sin licencia de su dueño;
 Si aquel hondo silencio no han podido
 Un sentimiento grande ni pequeño
 Mover en vos, que baste á convertiros
 A siquiera saber que soy nacido,
 Baste ya haber sufrido
 Tanto tiempo, á pesar de lo que basto;
 Que á mí mismo contraste,
 Dándome á entender que mi flaqueza
 Me tiene en la estrechez (7)
 En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
 Así que con flaqueza me defiendo.

Cancion, no has de tener
 Conmigo mas que ver en malo ó bueno (8);
 Trátame como ajeno,
 Que no te faltará de quien lo aprendas.
 Si has miedo que me ofendas,
 No quieras hacer mas por mí derecho
 De lo que hice yo, que mal me he hecho.

CANCION II.

La soledad siguiendo,
 Rendido á mi fortuna,
 Me voy por los caminos que se ofrecen,
 Por ellos esparciendo
 Mil quejas de una en una
 Al viento, que las lleva do perecen;
 Puesto que no merecen (9)

(1) Tamayo nota que es frase particular de las ponderaciones de GARCILASO decir *como perdido*. Así en el soneto octavo:

Salen fuera de sí *como perdidos*.

(2) Don Diego de Mendoza leyó, y creo que con razon:
 Hasta morir á vuestros piés rendido.

(3) Sigo á Herrera. Tamayo dice que en vez de *mira*, como se lee en otras ediciones, debe ponerse *mire*. Azara puso *mira*.

(4) Así Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera lee:
 Que aun de aquesto me duelo.

Ulloa dice:
 Que aun de esto me duelo.

(5) Duélenme en mas sensible y tierna parte.—*Texto de Herrera*.

(6) Siempre ir con un deseo.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

(7) Me tiene en la tristeza.—*Id.*

(8) Conmigo que ver mas en malo ó en bueno.—*Texto de Ulloa*.

Conmigo que ver mas en malo ó bueno.—*Texto de Herrera*.

(9) Puesto que ellas merecen.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

Ser de vos escuchadas
 Ni solo un hora oídas (2),
 He lástima de ver que van perdidas (3)
 Por donde suelen ir las remediadas.
 A mí se han de tornar,
 Adonde para siempre habrán de estar.
 Mas ¿qué haré, Señora,
 En tanta desventura?
 ¿Adónde iré, si á vos no voy con ella?
 ¿De quién podré yo agora
 Valerme en mi tristura,
 Si en vos no halla abrigo mi querella?
 Vos sola sois aquella
 Con quien mi voluntad
 Recibe tal engaño,
 Que viéndolos holgar siempre con mi daño,
 Me quejo á vos, como si en la verdad
 Vuestra condicion fuerte
 Tuviere alguna cuenta con mi muerte.

Los árboles presento
 Entre las duras peñas
 Por testigos de cuanto os he encubierto;
 De lo que entre ellos cuento (4)
 Podrán dar buenas señas,
 Si señas pueden dar del desconcierto.
 Mas ¿quién tendrá concierto
 En contar el dolor,
 Que es de orden enemigo?
 No me den pena, no, porque lo digo (5);
 Que va no me refrenará el temor.
 ¿Quién pudiese hartarse
 De no esperar remedio y de quejarse!
 Mas esto me es vedado
 Con unas obras tales
 Con que nunca fué á nadie defendido;
 Que si otros han dejado
 De publicar sus males,
 Llorando el mal estado á que han venido,
 Señora, no habrá sido
 Sino con mejoría
 Y alivio en su tormento;
 Mas ha venido en mí á ser lo que siento
 De tal arte, que ya en mi fantasía
 No cabe; y así, quedo
 Sufriendo aquello que decir no puedo.

Si por ventura extiendo
 Alguna vez mis ojos
 Por el proceso luengo de mis daños,
 Con lo que me defiende
 De tan grandes enojos,
 Solamente es allí con mis engaños;
 Mas vuestros desengaños
 Vencen mi desvario
 Y apocan mis defensas.

(2) Pues son tan bien vertidas,
 He lástima que todas van perdidas.

Así Herrera, siguiendo un códice que halló, antiguo, sin hacer exámen de si son de GARCILASO ó añadidos por otro.

En la edicion de Anvers de 1576 se lee:

Ser de vos escuchadas,
 De lástima que van perdidas.

El Brocense, y con él Azara, dicen lo que va en el texto. Segun Tamayo, otros leían:

Y aun no mal recibidas.

(3) Herrera decía que algunos leían así:
 He lástima que asina van perdidas.

Segun Tamayo, leían en su tiempo con las siguientes variantes este verso:

He lástima que ahora van perdidas,
 He lástima que van tambien perdidas,
 He lástima que van perdidas.

El proponía esta leccion:

Puesto que no merecen
 Ser de vos escuchadas,
 Puesto que bien vertidas,
 Es lástima de ver que van perdidas.

(4) De lo que entre ellas cuento.—*Textos de Herrera y Ulloa*.

(5) No me den pena pues por lo que digo.—*Texto de Herrera*.
 No me den pena por lo que ahora digo.—*Texto de Anvers*.

No hallo que os he hecho otras ofensas (6),
Sino que, siendo vuestro mas que mio,
Quise perderme así,
Por vengarme de vos, Señora, en mí.
Cancion, yo he dicho mas que me mandaron,
Y menos que pensé;
No me pregunten mas, que lo diré.

CANCION III.

Con un manso ruido
De agua corriente y clara,
Cerca el Danubio, una isla que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estò agora, no estuviera;
Do siempre primayera
Parece en la verdura
Sembrada de las flores;
Hacen los ruiseñores
Renovar el placer ó la tristura
Con sus blandas querellas,
Que nunca día y noche cesan dellas (1).

Aquí estuve yo puesto,
O por mejor decillo,
Preso, forzado y solo en tierra ajena;
Bien pueden hacer esto
En quien puede sufrillo
Y en quien él á sí mismo se condena.
Tengo sola una pena (2),
Si muero desterrado
Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado;
Y sé yo bien que muero
Por solo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
Y en manos de quien puede
Hacer á su placer lo que quisiere;
Mas no podrá hacer
Que mal librado quede,
Mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
Y la postrera suerte,
Aquí me ha de hallar,
En el mismo lugar;
Que otra cosa mas dura que la muerte
Me halla y ha hallado (3);
Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora
Hablar mas sin provecho,
Que es mi necesidad muy apretada;
Pues ha sido en un hora
Todo aquello deshecho
En que toda mi vida fué gastada.
¿Y al fin de tal jornada
Presumen espantarme (4)?
Sepan que ya no puedo
Morir sino sin miedo;
Que aun nunca qué temer quiso dejarme
La desventura mia,
Que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, rio divino,
Que por fieras naciones
Vas con tus claras ondas discurriendo,
Pues no hay otro camino
Por donde mis razones
Vayan fuera de aquí, sino corriendo
Por tus aguas y siendo
En ellas anegadas;

(6) Sin yo poder dar otras recompensas.—*Textos de Herrera y Ulloa.*
Y no hallé que os he hecho otras ofensas.—*Manuscritos consultados por Tamayo.*

(1) Que nunca día ni noche cesan dellas.—*Texto de Herrera.*

(2) Tengo solo una pena.—*Id.*

(3) Me halla y me ha hallado.—*Texto de Ulloa.*

(4) Sigo á Herrera y Tamayo; Azara pone:

Presumen de espantarme,

Si en tierra tan ajena (5)
En la desierta arena (6)
Fueren de alguno acaso en fin halladas (7),
Entiérrelas, siquiera
Porque su error se acabe en tu ribera.
Aunque en el agua mueras,
Cancion, no has de quejarte;
Que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
Si hubieras de igualarte (8)
Con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
Allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCION IV.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones,
Como ya en los efectos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones,
Sabrá el mundo la causa por que muero,
Y moriré á lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento,
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas,
Corre con ligereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera;
Y para mas despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores,
A dó de mis tormentos y dolores
Descanso, y dellos vengo á no acordarme;
Mas él á mas descanso no me espera;
Antes, como me ve desta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.

No vine por mis piés á tantos daños;
Fuerzas de mi destino me trajeron,
Y á la que me atormenta me entregaron.
Mi razon y juicio bien creyeron
Guardarme, como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron;
Mas cuando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabian
Lo que hacer de si ni dó meterse;
Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venian.
Mas de pura vergüenza constreñida,
Con tardo paso y corazon medroso
Al fin ya mi razon salió al camino.
Cuanto era el enemigo mas vecino,
Tanto mas el recelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida,
Pensar en el temor de ser vencida.
La sangre alguna vez le calentaba,
Mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada, y en mil partes ya herida;
Y sin ver yo quién dentro me incitaba,
Ni saber cómo, estaba deseando
Que allí quedase mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que desease
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora,
Y al siervo consintió que gobernase
Y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme saltado
De una vergüenza libre y generosa;

(5) Sigo á Herrera y Ulloa; Sanchez, Tamayo y Azara dicen:
Si en esa tierra ajena.

(6) Sigo á Ulloa y Herrera; Tamayo dice:
Por tu desierta arena.

Azara:
Por la desierta arena.

(7) De alguno fueren á la fin halladas.—*Textos del Brocense y Tamayo.*

Fueren de alguno en fin halladas.—*Texto de Ulloa.*

(8) Si hubiera de igualarte.—*Texto de Herrera.*

Corríme gravemente que una cosa
Tan sin razón hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reino en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada día,
Y es la mas moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
Tornar clara la noche tenebrosa,
Y escurecer el sol á mediodía,
Me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose á mí la vez primera
Con la calor del rayo que salía
De su vista, que en mí se difundía,
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba,
No menos ayudaba
A hacer mi natura en todo ajena
De lo que era primero. Corrompíse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo está, engendrarse,
Y en tierra sus raíces ahondarse
Tanto cuanto su cima levantada
Sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sabroso (1);
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí ahora huyendo, voy buscando
A quien huye de mí como enemiga;
Que al un error añado el otro yerro,
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro;
Mas poco dura el canto si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
Que es un crudo linaje de tormento
Para matar aquel que está sediento,
Mostralle el agua por que está muriendo;
De la cual el cuidado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente;
Mas cuando llega ya para bebella,
Gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fué tejida
La red que fabricó mi sentimiento,
Do mi razón revuelta y enredada
Con gran vergüenza suya y corrimiento,
Sujeta al apetito y sometida,
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
Pues no tengo con qué considerallo,
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto,
Y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo,
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio del, si vuelvo á ver la vida
Le libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.
No reina siempre aquesta fantasía,
Que en imaginación tan variable
No se reposa una hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
A tiempos el rigor, que al alma mía
Desampara, huyendo. el sufrimiento,
Lo que dura la furia del tormento (2).
No hay parte en mí que no se me trastorne
Y que en torno de mí no esté llorando;
De nuevo protestando
Que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
Ni le dan parte dello á mi juicio,
Que este discurso todo es ya perdido;

Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y en tanto perjuicio,
Que todo lo sensible atormentado,
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta,
Do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga (6),
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriría;
Y así, me acabaría
Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que, del estado mas perdido
Saco algún bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden; que algún hora,
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor que me ha puesto en olvido
Aquella por quien sola me he perdido.
Así del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.
Cancion, si quien te viere se espantare
De la instabilidad y ligereza
Y revuelta del vago pensamiento;
Estable, grave y firme es el tormento
Le di, que es causa; cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare (7),
La hará revolver hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCION V.

A la flor de Guido (1).

Si de mí baja lira (2)
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese (3);
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Guido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;
Ni aquellos capitanes
En las sublimes ruedas colocados (4),

(6) Así leo en Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara puso *incomparable*.

(7) Sigo á Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera dice, con Ulloa:
Es tal, que cualquier parte en que tocare.

(1) Según unos, esta canción fué escrita á Violante Sanseverino, en nombre de Fabio Galeota. Herrera dice que el yerno de Garcilaso le aseguró haberse hecho en el de Mario Galeota á Catalina Sanseverino.

(2) Estas estrofas tomaron el nombre de *liras*, por empezar Garcilaso diciendo:

Si de mí baja lira.

Acuña fué uno de los primeros que siguieron á Garcilaso en escribir en tales *liras* sus canciones, según aquella que comienza:

Si Apolo tanta gracia
En mí rústica cítara pusiese,
Como en la del de Tracia, etc.

(3) Sigo á Herrera, á Tamayo y á Marchena. *Trujese* dicen los textos de Ulloa, de Sanchez, de Sedano y de Azara.

(4) En la sublime rueda colocados.—*Texto de Azara.*

Herrera afirma que por *ruedas sublimes* se deben entender *carros triunfales*, lo cual confirman los tres versos siguientes. Tamayo alega en autoridad de la lección de Herrera la opinión de don Juan

(1) Mas es amargo, alguna vez sabroso.—*Texto de Ulloa.*

(2) Lo que dura la fuerza del tormento.—*Texto de Herrera.*

Por quien los alemanes
El fiero cuello atados (5),
Y los franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada ;
Y cómo por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola (6),
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cativo,
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.
Por ti, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por ti, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa (7).
Por ti, su blanda musa,
En lugar de la citara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por ti, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso (8);
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra

Quien todo el otro error de sí destierra.
Hagate tenerosa
El caso de Anajarete, y cobarde (9),
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde;
Y así, su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante, allí tendido.
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última ternera!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron
Mas duros y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura (10);
Hasta que finalmente,
En duro mármol vuelta y trasformada,
Ilizo de sí la gente
No tan maravillada
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Nemesís airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfitas (11)
Obras y hermosura á los poetas
Dén inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable
Que por ti pase triste y miserable.

de Jáuregui. Sebastian de Córdoba, en su *Boscan y Garcilaso á lo divino*, conserva el verso :

En las sublimes ruedas colocados.

(5) Hoy se diria :

El fiero cuello atado.

Teniendo por contrario á la gramática este modo de decir, el cual es uno de los mas elegantes y usados por los buenos escritores.

Desnuda el pecho anda ella,

Dice Góngora, en vez de *desnudo*. En otra poesia repite y aumenta el mismo autor :

Desnuda el brazo, el pecho descubierta.

Herrera, en su cancion á don Juan de Austria :

Febo, autor de la lumbre,
Cantó suavemente,
Revuelto en oro la enrespada frente.

Ercilla en la Araucana :

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuvo en el tapete, ya *entregado*
Al agudo cuchillo la garganta.

Dofia Cristobalina Fernandez de Alarcon, décima musa antequerana, dijo en sus encantadoras quintillas á santa Teresa :

El cuerpo de nieve pura,
Que excede toda blancura,
Vestido del sol los rayos,
Vertiendo abriles y mayos
De la blanca vestidura.

(6) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen :

Convertido en viola.

(7) En ediciones antiguas se leia *siempre* por *sierpe*. Sanchez enmendó el yerro.

(8) Lo es importuno, grave y enojoso.—*Texto de Azara.*

(9) El caso de Anaxarete, y muy cobarde.—*Texto de Ulloa.*

(10) *Por las venas cuitadas*
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura.

Son palabras que indican haber tenido conocimiento de la circulacion de la sangre GARCILASO. Entre los españoles dedicados al estudio de la naturaleza en el siglo xvi se hallan pruebas de lo conocido que era este fenómeno, que mas tarde dió como descubrimiento suyo Harveo. A mas de Servet y de Reina, Lovera de Avila, Sanchez Valdés y otros médicos lo describieron minuciosamente en aquella edad; segun se puede ver en sus obras.

Como un documento interesantísimo para la historia de la medicina española, traslado á continuación unos versos del capitán Francisco de Aldana, tomados de la edicion de sus obras, hecha en Milan el año de 1589; en los cuales se describe la circulacion de la sangre. Esto, cuando menos, prueba lo vulgar de la noticia, que luego fué cayendo en olvido :

Así en medio del pecho ha colocado
Aquel cuerpo vital, cuya figura
Imita á las pirámides de Egipto,
Que por su nombre *corazon* se llama,
Y en quien, así como en la esfera octava,
Miramos tanta viva luminaria
De estrellas á la vista plateadas,
Que van con el reglado movimiento
De quien las lleva, dando ley á todo;
Y dentro este, colocado en medio,
Cuerpo piramidal, como en su centro,
Exhalan mil espiritus vitales,
Que en círculo despues yendo y viniendo,
Ministran al pulmon aire de vida
Y á las arterias incesable pulso.

Herrera copia en nota al pasaje de GARCILASO todos los yerros de Aristóteles y Galeno acerca de la sangre.

(11) Marchena, siguiendo á Tamayo de Vargas, lee *basta* por *baste*.

SONETOS.

PRIMERO (1).

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Y á ver los pasos por do me ha traído,
Hallo, según por do anduve perdido,
Que á mayor mal pudiera haber llegado;
Mas cuando del camino está olvidado,
A tanto mal no sé por dó he venido;
Sé que me acabo, y mas he yo sentido
Ver acabar conmigo mi cuidado.
Yo acabaré, que me entregué sin arte
A quien sabrá perderme y acabarme,
Si ella quisiere, y aun sabrá querello;
Que pues mi voluntad puede matarme (2),
La suya, que no es tanto de mi parte,
Pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

II.

En fin, á vuestras manos he venido,
Do sé que he de morir tan apretado,
Que aun aliviar con quejas mi cuidado,
Como remedio, me es ya defendido.
Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
Si no es en haber sido yo guardado
Para que solo en mi fuese probado.
Cuánto corta la espada en un rendido (3).
Mis lágrimas han sido derramadas
Ponde la sequedad y la aspereza
Dieron mal fruto dellas y mi suerte.
Basten las que por vos tengo lloradas.
No os vengáis mas de mí con mi flaqueza;
Allá os vengad, Señora, con mi muerte.

III.

La mar en medio y tierras he dejado
De cuanto bien, cuidado, yo tenía;
Y yéndome alejando cada día (4),
Gentes, costumbres, lenguas he pasado.
Ya de volver estoy desconfiado;
Pienso remedios en mi fantasía;
Y el que mas cierto espero es aquel día
Que acabará la vida y el cuidado.
De cualquier mal pudiera socorrerme
Con veros yo, Señora, ó esperallo,
Si esperallo pudiera sin perdello.
Mas no de veros ya para valerme;
Si no es morir, ningún remedio hallo;
Y si este lo es, tampoco podré habello.

IV.

Un rato se levanta mi esperanza;
Mas, cansada de haberse levantado (5),
Torna á caer, y deja, mal mi grado (6),
Libre el lugar á la desconfianza.
¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
Del bien al mal? ¡Oh corazón cansado!
Esfuerzo en la miseria de tu estado;
Que tras fortuna suele haber bonanza.

(1) Imitó Lope este soneto en el primero de sus *Rimas sacras*, diciendo:

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Y á ver los pasos por donde he venido,
Me espanto de que un hombre tan perdido
A conocer su error haya llegado.

(2) Tamayo propone esta enmienda que Luis Barahona de Soto hizo:

Que pues mi voluntad quiere matarme.

(3) La lección es de don Diego Hurtado de Mendoza.

El texto de Ulloa, Herrera y Tamayo dice:

Cuánto corta una espada en un rendido.

Así también, entre otras ediciones, la de Barcelona de 1554, por la viuda de Carles Amorosa.

(4) Yéndome alejando cada día.—*Textos de Ulloa y Herrera*.

(5) Mas tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Ulloa*.

Tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Herrera*.

(6) Torna á caer que deja á mal mi grado.—*Texto de Ulloa*.

Torna á caer que deja mal mi grado.—*Texto de Herrera*.

Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos
Romper un monte, que otro no rompiera,
De mil inconvenientes muy espeso.
Muerte, prision no pueden, ni embarazos,
Quitarme de ir á veros, como quiera,
Desnudo espíritu ó hombre en carne y hueso.

V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
Y cuanto yo escribir de vos deseo,
Vos sola lo escribiste, yo lo leo
Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.
En esto estoy y estaré siempre puesto;
Que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
De tanto bien lo que no entiendo creo,
Tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quererlos;
Mi mal os ha cortado á su medida;
Por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos;
Por vos nací, por vos tengo la vida,
Por vos he de morir, y por vos muero.

VI.

Por ásperos caminos he llegado
A parte que de miedo no me nuevo;
Y si á mudarme ó dar un paso pruebo,
Allí por los cabellos soy tornado.
Mas tal estoy, que con la muerte al lado
Busco de mí vivir consejo nuevo;
Conozco lo mejor, lo peor apruebo (7),
O por costumbre mala ó por mi hado.
Por otra parte, el breve tiempo mío
Y el errado proceso de mis años (8),
En su primer principio y en su medio,
Mi inclinación, con quien ya no porfio,
La cierta muerte, fin de tantos daños,
Me hacen descuidar de mi remedio.

VII.

No pierda mas quien ha tanto perdido:
Bástete, amor, lo que por ti he pasado (9);
Válgame agora nunca haber probado
A defenderme de lo que has querido.
Mi templo y sus paredes he vestido (10)
De mis mojadas ropas, y adornado,
Como acontece á quien ha ya escapado
Libre de la tormenta en que se vido.
Yo habia jurado nunca mas meterme,
A poder mío y mi consentimiento (11),
En otro tal peligro, como vano.
Mas del que viene no podré valerme;
Y en esto no voy contra el juramento;
Que ni es como los otros ni en mi mano.

VIII.

De aquella vista buena y excelente
Salen espíritus vivos y encendidos,
Y siendo por mis ojos recibidos,

(7) Y conozco el mejor, y el peor apruebo.—*Texto de Herrera*. Así cree Tamayo que debe leerse, porque se refiere á consejo.

(8) Francisco de Figueroa creía que sonaba mejor:

Y el amargo proceso de mis daños.

Mas Tamayo observa que en tal caso era preciso variar el siguiente verso:

La cierta muerte fin de tantos daños.

(9) Así se lee en un códice de don Diego de Mendoza; Ulloa y Herrera ponen:

Bástete, amor, lo que ha por mí pasado.

El último dice:

Válgame agora haber jamás probado.

(10) Tu templo y tus paredes he vestido.—*Texto de Azara*.

Gracian dice:

Tu templo y tus paredes he ya visto

De mis mojadas ropas adornado.

(11) Ulloa dice:

A poder mío y á mi consentimiento.

Y Gracian:

A poder mío, á mi consentimiento.

Me pasan hasta donde el mal se siente (12).
 Encuéntrense el camino fácilmente (15).
 Con los mios, que, de tal calor movidos (14),
 Salen fuera de mí como perdidos,
 Llamados de aquel bien que está presente.
 Ausente en mí, memoria la imagino;
 Mis espirtus, pensando que la vian.
 Se mueven y se encienden sin medida;
 Mas no hallando fácil el camino.
 Que los suyos entrando detenian (15),
 Revientan por salir de no hay salida.

IX.

Señora mía, si de vos yo ausente (16)
 En esta vida turo y no me muero,
 Paréceme que ofendo á lo que os quiero,
 Y al bien de que gozaba en ser presente.
 Tras este, luego siento otro accidente,
 Y es ver que si de vida desespero,
 Yo pierdo cuanto bien viendoos espero (17);
 Y así estoy en mis males diferente (18).
 En esta diferencia mis sentidos
 Combaten con tan áspera porfia (19).
 Que no sé qué hacerme en tal tamaño.
 Nunca entre sí los veo sino reñidos;
 De tal artepelean noche y día,
 Que solo se conciertan en mi daño (20).

X.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios quería! (21)
 Juntas estáis en la memoria mía.
 Y con ella en mi muerte conjuradas.
 ¿Quién me dijera, cuando en las pasadas (22)
 Horas en tanto bien por vos me vía (23),
 Que me habíais de ser en algún día
 Con tan grave dolor representadas?
 Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llévadme junto el mal que me dejastes.
 Si no, sospecharé que me pusistes

- (12) Así Ulloa; el Brocense, Tamayo y Azara ponen
 No paran hasta donde el mal se siente.
 Herrera escribe:
 No pasan hasta donde el mal se siente.
 (13) Sigo en el texto á Tamayo, que se apoya en el verso del ter-
 ceto segundo, que dice:
 Y no hallando fácil el camino.
 El Brocense puso con poco acierto:
 Encuéntrense en camino fácilmente.
 Herrera con igual infelicidad:
 Encuéntrense al camino fácilmente.
 (14) Así enmiendan el texto antiguo el maestro Medina y Herre-
 ra; Ulloa y Tamayo leen:
 Por do los mios de tal calor movidos.

- Y Azara:
 Por do los mios del calor movidos.
 (15) En el texto de Ulloa y en el de Herrera se ve:
 Que los suyos entrando derretian.
 (16) Señora mía, si yo de vos ausente.—*Texto de Tamayo.*
 (17) He perdido cuanto bien de vos espero.—*Texto de Ulloa.*
 Yo pierdo cuanto bien de vos espero.—*Texto de Tamayo.*
 (18) Y así ando, con lo que siento, diferente.—*Texto de Ulloa.*
 (19) Están en vuestra ausencia y en porfia;
 No sé ya qué hacerme en mal tamaño.—*Textos de Ulloa y*
Herrera.
 (20) Que solo se conciertan en mi daño.—*Ulloa.*
 (21) Conocida imitaciop de aquello de Virgilio en el libro cuarto
 de la *Enéida*:
Dulces exuviae, dum fata Deusque sinebant.
 Lo cual tradujo así Gregorio Hernandez de Velasco:
 ¡Oh dulces prendas, cuando Dios quería
 Y me era amigo mi infelice hado!
 Cristóbal de Virués, en su *Monserate*, dijo:
 ¡Oh tristes ropas, cuando Dios quería,
 Alegres á mis ojos lastimados!

- Cervantes, Lope y otros recordaron en sus escritos el *cuan-
 do Dios quería* de GARCILASO.
 (22) Quién me dijera cuando las pasadas.—*Texto de Azara.*
 (23) Horas que en tanto bien por vos me vía.—*Texto de Ulloa.*

En tantos bienes, porque deseastes
 Verme morir entre memorias tristes.

XI.

Hermosas ninfas, que en el río metidas,
 Contentas habitais en las moradas
 De relucientes piedras fabricadas
 Y en columnas de vidrio sostenidas;
 Agora estéis labrando embebecidas,
 O tejiendo las telas delicadas;
 Agora unas con otras apartadas,
 Contándoos los amores y las vidas;
 Dejad un rato la labor, alzando
 Vuestras rabias cabezas á mirarme,
 Y no os detendréis mucho segun ando;
 Que no podréis de lástima escucharme (24),
 O convertido en agua aquí llorando,
 Podréis allá despacio consolarme.

XII.

Si para refrenar este deseo
 Loco, imposible, vano, temeroso;
 Y guarecer de mal tan peligroso (25),
 Que es darme á entender yo lo que no creo,
 No me aprovecha verme cual me veo,
 O muy aventurado ó muy medroso.
 En tanta confusion, que ya no oso (26)
 Fiar el mal de mí que lo poseo,
 ¿Qué me ha de aprovechar ver la pintura
 De aquel que con las alas derretidas
 Cayendo, fama y nombre al mar ha dado;
 Ni la del que su fuego y su locura
 Lloro entre aquellas plantas conocidas;
 Apenas en el agua resfriado?

XIII.

A Dafne ya los brazos le crecían,
 Y en luengos ramos vueltos se mostraban;
 En verdes hojas vi que se tornaban
 Los cabellos que al oro escurecían.
 De áspera corteza se cubrían
 Los tiernos miembros, que aun bullendo estaban;
 Los blancos piés en tierra se hincaban (27),
 Y en torcidas raíces se volvían.
 Aquel que fué la causa de tal daño,
 A fuerza de llorar, crecer hacia
 Este árbol que con lágrimas regaba.
 ¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
 Que con llorarla crezca cada día
 La causa y la razon por que lloraba!

XIV.

Como la tierna madre que el doliente
 Hijo le está con lágrimas pidiendo
 Alguna cosa, de la cual comiendo,
 Sabe que ha de doblarse el mal que siente,
 Y aquel piadoso amor no le consiente
 Que considere el daño que haciendo
 Lo que le pide hace, va corriendo,
 Aplaca el llanto y dobla el accidente (23);

- (24) Gracian en su *Agudeza y Arte de ingenio* pone este verso así:
 Que ó no podréis de lástima escucharme.
 Y así tambien Alonso de Ulloa.
 (25) Y guarecer de un mal tan peligroso.—*Textos de Ulloa, Her-
 rera y Tamayo.*
 (26) En tanta confusion que nunca oso.—*Textos de Herrera y*
Ulloa.

(27) Los blandos piés en tierra se hincaban.—*Textos de Ulloa,
 Herrera y Tamayo.*

(28) Así el texto de Azara y el Brocense dicen, y con ellos
 Gracian, en su *Arte de ingenio*:

Y aplaca el mal y dobla el accidente.

Medina, y con él Herrera, cree que debe leerse:

Y dobla el mal y aplaca el accidente.

Fundándose, segun Tamayo, en lo que GARCILASO pone antes:

Sabe que ha de doblarse el mal que siente.

Así á mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querria
Quitalle este mortal mantenimiento (29).
Mas pídemelo, y llora cada dia
Tanto, que cuanto quiere le consiento (30),
Olvidando su muerte y aun la mia.

XV.

Si quejas y lamentos pueden tanto,
Que enfrenaron el curso de los rios (31),
Y en los desiertos montes y sombríos (32)
Los árboles movieron con su canto;
Si convirtieron á escuchar su llanto
Los fieros tigres y peñascos frios (33);
Si, en fin, con menos casos que los míos
Bajaron á los reinos del espanto;
¿Por qué no ablandará mi trabajosa (34)
Vida, en miseria y lágrimas pasada,
Un corazón conmigo endurecido?
Con mas piedad debria ser escuchada
La voz del que se llora por perdido
Que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI.

A la sepultura de don Fernando de Guzman, su hermano, que murió de pestilencia á los veinte años de su edad, estando en el ejército de nuestro César contra franceses, en Nápoles.

No las francesas armas odiosas,
En contra puestas del airado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas;
No las escaramuzas peligrosas,
Ni aquel fiero ruido contrahecho
De aquel que para Júpiter fué hecho
Por manos de Vulcano artificiosas,
Pudieron, aunque yo mas me ofrecia (35)
A los peligros de la dura guerra,
Quitar un hora sola de mi hado.
Mas inficcion del aire en solo un dia (36)
Me quitó al mundo, y me ha en tí sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

XVII.

Pensando que el camino iba derecho,
Vine á parar en tanta desventura,
Que imaginar no puedo, aun con locura,
Algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho,
La noche clara para mí es oscura,
La dulce compañía amarga y dura,
Y duro campo de batalla el lecho.
Del sueño, si hay alguno, aquella parte
Sola que es ser imagen de la muerte
Se aviene con el alma fatigada.
En fin, que como quiera estoy de arte,
Que juzgo ya por hora menos fuerte,
Aunque en ella me vi, la que es pasada (37).

(29) Quitalle á este mal mantenimiento.—*Texto de Ulloa.*

Quitar este mortal mantenimiento.—*Texto de Herrera.*

(30) Así Ulloa, Herrera y Gracian; Azara pone:

Tanto, que cuanto quiero le consiento.

(31) Que el curso refrenaron de los rios.—*Id.*

(32) Y en los diversos montes y sombríos.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

(33) Las fieras tigres y peñascos frios.—*Texto de Herrera.*

(34) ¿Por qué no ablandaría mi trabajosa.—*Texto de Ulloa.*

(35) Pudieron, aunque mas yo me ofrecia.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

(36) Mas inficcion de aire en solo un dia.—*Id.*

(37) Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*:

Aunque en ella me vi, la que es espada.

Pero esto debe ser yerro de imprenta.

XVIII.

Si á vuestra voluntad yo soy de cera,
Y por sol tengo solo vuestra vista,
La cual á quien no inflama ó no conquista
Con su mirar, es de sentido fuera;
De do viene una cosa, que si fuera
Menos veces de mí probada y vista,
Segun parece que á razon resista,
A mi sentido mismo no creyera,
Y es, que yo soy de lejos inflamado
De vuestra ardiente vista, y encendido
Tanto, que en vida me sostengo apenas.
Mas si de cerca soy acometido
De vuestros ojos, luego siento helado
Cuajárase la sangre por las venas.

XIX.

Julio, despues que me partí llorando
De quien jamás mi pensamiento parte,
Y dejé de mi alma aquella parte
Que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,
De mí bien á mí mismo voy tomando
Estrecha cuenta, y siento de tal arte
Faltarme todo el bien, que temo en parte
Que ha de faltarme el aire sospirando;
Y con este temor, mi lengua prueba
A razonar con vos ¡oh dulce amigo!
De la amarga memoria de aquel dia
En que yo comencé como testigo
A poder dar del alma vuestra nueva,
Y á sabella de vos el alma mia (38).

XX.

Con tal fuerza y vigor son concertados
Para mi perdicion los duros vientos,
Que cortaron mis tiernos pensamientos
Luego que sobre mí fueron mostrados.
El mal es que me quedan los cuidados
En salvo destos acontecimientos,
Que son duros, y tienen fundamentos
En todos mis sentidos bien echados.
Aunque por otra parte no me duelo,
Ya que el bien me dejó con su partida
El grave mal que en mí está de continuo (39);
Antes con él me abrazo y me consuelo;
Porque en proceso de tan dura vida
Ataje la largueza del camino (40).

XXI.

**Al marqués de Villafranca, segun unos,
ó al del Basto, segun otros.**

Clarísimo Marqués, en quien derrama
El cielo cuanto bien conoce el mundo;
Si al gran valor en que el sugeto fundo,
Y al claro resplandor de vuestra llama
Arribare mi pluma, y do la llama
La voz de vuestro nombre alto y profundo,
Seréis vos solo eterno y sin segundo,
Y por vos inmortal quien tanto os ama.
Cuanto del largo cielo se desea,
Cuanto sobre la tierra se procura,
Todo se halla en vos de parte á parte;
Y en fin, de solo vos formó natura
Una extraña y no vista al mundo idea,
Y hizo igual al pensamiento el arte.

(38) Y á sabella de vos del alma mia.—*Textos de Ulloa, Herrera y Tamayo.*

(39) Del grave mal que en mí está de continuo.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

Otros antiguos dicen *Del grande mal*.

(40) Atajaré la guerra del camino.—*Texto de Herrera.*

XXII.

Con ansia extrema de mirar qué tiene
 Vuestro pecho escondido allá en su centro,
 Y ver si á lo de fuera lo de dentro
 En apariencia y ser igual conviene,
 En él puse la vista; mas detiene
 De vuestra hermosura el duro encuentro
 Mis ojos, y no pasan tan adentro,
 Que miren lo que el alma en sí contiene.
 Y así, se quedan tristes en la puerta
 Hecha por mi dolor con esa mano,
 Que aun á su mismo pecho no perdona;
 Donde vi claro mi esperanza muerta,
 Y el golpe que os hizo amor en vano
Non esservi passato oltra la gonna (41).

XXIII.

En tanto que de rosa y azucena
 Se muestra la color en vuestro gesto,
 Y que vuestro mirar ardiente, honesto,
 Enciende el corazon y lo refrena (42);
 Y en tanto que el cabello, que en la vena
 Del oro se escogió, con vuelo presto,
 Por el hermoso cuello blanco enhiesto,
 El viento mueve, esparce y desordena;
 Coged de vuestra alegre primavera
 El dulce fruto, antes que el tiempo airado
 Cubra de nieve la hermosa cumbre.
 Marchitará la rosa el viento helado (43),
 Todo lo mudará la edad ligera,
 Por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV.

A la marquesa de Padula, doña María de Cardona.

Ilustre honor del nombre de Cardona,
 Décima moradora del Parnaso,
 A Tansilo, á Minturno, al culto Taso
 Sugeto noble de inmortal corona;
 Si en medio del camino no abandona
 La fuerza y el espíritu á vuestro Lasso,
 Por vos me llevará mi osado paso
 A la cumbre difícil de Illicona.
 Podré llevar entonces sin trabajo
 Con dulce son que el curso al agua enfrena,
 Por un camino hasta agora enjuto,
 El patrio celebrado y rico Tajo,
 Que del valor de su luciente arena
 A vuestro nombre pague el gran tributo.

XXV.

¡Oh hado ejecutivo en mis dolores,
 Cómo sentí tus leyes rigurosas!
 Cortaste el árbol con manos dañosas,
 Y esparciste por tierra fruta y flores.
 En poco espacio yacen los amores
 Y toda la esperanza de mis cosas,
 Tornados en cenizas desdenosas,
 Y sordas á mis quejas y clamores.
 Las lágrimas que en esta sepultura
 Se vierten hoy en día y se vertieron
 Recibe, aunque sin fruto allá te sean,
 Hasta que aquella eterna noche oscura
 Me cierre aquestos ojos que te vieron,
 Dejándome con otros que te vean.

XXVI.

Echado está por tierra el fundamento
 Que mi vivir cansado sostenía.
 ¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día! (44)

(41) Verso de una canción de Petrarca.

(42) Así apunta este verso el Broense, así lo pone Herrera, así Tamayo; Azara escribe, siguiendo á Ulloa:

Con clara luz la tempestad serena.

(43) Tamayo cree que estaría mejor *viento alado* en vez de *helado*.

(44) ¡Oh cuánto se acabó en un solo día!—*Texto de Tamayo*.

Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

Oh cuán ocioso está mi pensamiento
 Cuando se ocupa en bien de cosa mía!
 A mi esperanza, así como a baldía,
 Mil veces la castiga mi tormento.
 Las mas veces me entrego, otras resisto
 Con tal furor, con una fuerza nueva,
 Que un monte puesto encima rompería.
 Aqueste es el deseo que me lleva
 A que desee tornar á ver un día
 A quien fuera mejor nunca haber visto.

XXVII.

Amor, amor, un hábito he vestido
 Del paño de tu tienda, bien cortado;
 Al vestir le hallé ancho y holgado,
 Pero despues estrecho y desabrido (45).
 Despues acá de haberlo consentido,
 Tal arrepentimiento me ha tomado,
 Que pruebo alguna vez, de congojado,
 A romper deste paño este vestido (46).
 Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
 Teniendo tan contraria su natura,
 Que con él ha venido á conformarse?
 Si alguna parte queda por ventura
 De mi razon, por mí no osa mostrarse;
 Que en tal contradiccion no está segura.

XXVIII.

Boscan, vengado estáis, con mengua mía,
 De mi rigor pasado y mi aspereza,
 Con que reprehenderos la terneza
 De vuestro blando corazon solía.
 Agora me castigo cada día
 De tal selvaticueza y tal torpeza;
 Mas es á tiempo que de mi hajeza
 Correrme y castigarme bien podría.
 Sabed que en mi perfecta edad y armado,
 Con mis ojos abiertos me he rendido
 Al niño que sabeis, ciego y desnudo.
 De tan hermoso fuego consumido
 Nunca fué corazon. Si preguntado
 Soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXIX.

Imitacion de Marcial (47).

Pasando el mar Leandro el animoso,
 En amoroso fuego todo ardiendo,
 Esforzó el viento, y fuese embraveciendo
 El agua con un impetu furioso.
 Vencido del trabajo presuroso,
 Contrastar á las ondas no pudiendo,
 Y mas del bien que allí perdía muriendo,
 Que de su propia muerte congojoso,
 Como pudo esforzó su voz cansada,
 Y á las ondas habló desta manera
 (Mas nunca fué la voz dellas oída):

(45) Herrera, siguiendo ediciones antiguas, pone:

Amor, amor, un hábito vestí,
 El cual de vuestro paño fué cortado.
 Al vestir ancho fué mas apretado,
 Y estrecho cuando estuvo sobre mí.

(46) El texto de ediciones primitivas, seguido por Herrera, dice:

Despues acá de lo que consentí,
 Tal arrepentimiento me ha tomado,
 Que pruebo alguna vez, de congojado,
 A romper esto en que yo me metí.

Tamayo afirma que en un manuscrito del Escorial se leía este último verso:

A romper de tu paño este vestido:

lo cual quería enmendar, diciendo:

A romper este paño, este vestido.

(47) Ulloa no pone este soneto ni los demás que siguen.

La edición de las obras de Boscan y Garcilaso hecha en Anvers por Pedro Beltramo, en 1576, hace á aquel poeta autor de este soneto, colocándolo antes de la fábula de Leandro y Hero.

En la impreesion de Barcelona de 1554 se encuentra á la cabe-

«Ondas, pues no se excusa que yo muera,
Dijadme allá llegar, y á la tornada (48)
Vuestro furor ejecutá en mi vida.»

XXX.

Sospechas, que en mi triste fantasía
Puestas, hacéis la guerra á mi sentido,
Volviendo y revolviendo el afligido
Pecho, con dura mano, noche y día;
Ya se acabó la resistencia mía
Y la fuerza del alma; ya rendido
Vencer de vos me dejó, arrepentido
De haberos contrastado en tal porfía.
Llévame á aquel lugar tan espantable,
Que por no ver mi muerte allí esculpida,
Cerrados hasta aquí tuve los ojos.
Las armas pongo ya; que concedida
No es tan larga defensa al miserable;
Colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXI.

Dentro de mi alma fué de mi engendrado
En dulce amor, y de mi sentimiento
Tan aprobado fué su nacimiento
Como de un solo hijo deseado;
Mas luego nació del quien ha estragado
Del todo el amoroso pensamiento;
En áspero rigor y en gran tormento
Los primeros deleites ha trocado (49).
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
Y matas al abuelo! ¡por qué creces
Tan desconforme á aquel de que has nacido?
¡Oh celoso temor! ¿á quién pareces?
¡Que aun la invidia, tu propia y fiera madre,
Se espanta en ver el monstro que ha parido!

XXXII.

Mi lengua va por do el dolor la guía;
Ya yo con mi dolor sin guía camino;
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno á parar do no quería,
Yo, porque vos sin otra compañía,
Sino la que me hace el desatino;
Ella, porque la lleve aquel que vino
A hacella decir mas que querria.
Y es para mi la ley tan desigual,
Que aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.
¿Qué culpa tengo yo del desvario
De mi lengua, si estoy en tanto mal,
Que el sufrimiento ya me desconoce? (50)

XXXIII.

A Boscan desde la Goleta.

Boscan, las armas y el furor de Marte,
Que con su propia sangre el africano
Suelo regando, hacen que el romano
Imperio reverdezca en esta parte,
Han reducido á la memoria el arte
Y el antiguo valor italiano,
Por cuya fuerza y valerosa mano

za del libro con este epigrafe: *Soneto de GARCILASO, que se olvidó poner á la fin con sus obras.*

(48) Lope, despues de citar en su novela *Las fortunas de Diana* el verso, *Ondas pues no se excusa que yo muera*, dice:

«Yaquí de paso advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben espanta que con tales vocablos se dé á GARCILASO el nombre de principe de los poetas en España. *Tornada* y otros vocablos que se ven en sus obras era lo que se usaba entonces; y así, ninguno de esta edad debe bachiillerear tanto, que le parezca que si GARCILASO naciera en esta no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua.»

(49) Sigo el texto de Herrera; Tamayo, Gracian y Azara dicen: Los primeros deleites ha tornado.

(50) Tamayo cree que no es de GARCILASO este soneto. Herrera debió creer lo mismo, pues no lo incluye en su edicion. Sanchez lo tiene por auténtico, y lo mismo Azara.

Africa se aterró de parte á parte.
Aquí donde el romano entendimiento,
Donde el fuego y la llama licenciosa
Solo el nombre dejaron á Cartago,
Vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
Hiere y enciende el alma temerosa,
Y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXIV.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales (51);
Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error como parece,
Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

XXXV.

A Mario Galeota.

Mario, el ingrato amor, como testigo
De mi fe pura y de mi gran firmeza,
Usando en mí su vil naturaleza,
Que es hacer mas ofensa al mas amigo;
Teniendo miedo que si escribo y digo
Su condicion abato su grandeza (52),
No bastando su esfuerzo á su cruera,
Ha esforzado la mano á mi enemigo.
Y así, en la parte que la diestra mano
Gobierna y en aquella que declara
Los concetos del alma, fui herido (53).
Mas yo haré que aquesta ofensa cara
Le cueste al ofensor, ya que estoy sano (54),
Libre, desesperado y ofendido.

XXXVI.

A la entrada de un valle, en un desierto,
Do nadie atravesaba ni se vía,
Vi que con estrañeza un cañ hacia
Extremos de dolor con desconcierto;
Agora suelta el llanto al cielo abierto,
Ora va rastreando por la vía;
Camina, vuelve, para, y todavía
Quedaba desmayado como muerto.
Y fué que se apartó de su presencia
Su amo, y no le hallaba, y esto siente:
Mirad hasta dó llega el mal de ausencia.
Moviome á compasion ver su accidente;
Dijele lastimado: «Ten paciencia,
Que yo alcanzo razon, y estoy ausente (55).»

XXXVII.

Estoy continuo en lágrimas bañado,
Rompiendo siempre el aire con sopiros;
Y mas me duele el no osar deciros
Que he llegado por vos á tal estado,
Que viéndome do estoy y lo que he andado
Por el camino estrecho de seguiros,

(51) Así pone este verso Azara; Mayans en su *Retróica* lo escribe así:

Alegrárame el mal de los mortales.

(52) Así Tamayo y Azara. Herrera pone:

Teniendo miedo que si escribo ó digo
Su condicion, abajo su grandeza.

(53) El conceto del alma, fui herido. — *Texto de Herrera.*

(54) Le cueste al ofensor; que ya estoy sano. — *Id.*

(55) No debió tener Herrera por de GARCILASO este soneto. Tamayo, siguiendo á Sanchez, y á mas Gracian y Azara, lo tienen por del mismo autor.

Si me quiero tornar para huiros,
Desmayo viendo atrás lo que he dejado;
Y si quiero subir á la alta cumbre,
A cada paso espántanme en la via
Ejemplos tristes de los que han caído.
Sobre todo, me falta ya la lumbre
De la esperanza, con que andar solía
Por la oscura region de vuestro olvido.

XXXVIII.

Siento el dolor menguarme poco á poco,
No porque ser le sienta mas sencillo,
Mas fallece el sentir para sentillo,
Después que de sentillo estoy tan loco.
Ni en sello pienso que en locura toco,
Antes voy tan ufano con oíllo,
Que no dejaré el sello y el sufrillo,
Que si dejo de sello el seso apoco.
Todo me empece, el seso y la locura;
Privame este de si por ser tan mio;
Mátame estotra por ser yo tan suyo.
Parecerá á la gente desvario
Preciarme deste mal, pues me destruyo;
Yo lo tengo por única ventura (56).

CANCIONES.

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA (1).

Culpa debe ser quereros,
Segun lo que en mi haceis;
Mas allá lo pagaréis,
Do no sabrán conoceros,
Por mal que me conoceis.
Por quereros, ser perdido
Pensaba, que no culpado;
Mas que todo lo haya sido
Así me lo habeis mostrado,
Que lo tengo bien sabido.
¿Quién pudiese no quereros
Tanto como vos sabeis,
Por holgarme que pagueis
Lo que no han de conoceros
Con lo que no conoceis!

OTRA.

Yo dejaré desde aquí
De ofenderos mas hablando;
Porque mi morir callando
Os ha de hablar por mí (2).
Gran ofensa os tengo hecha
Hasta aquí en haber hablado,
Pues en cosa os he enojado
Que tampoco me aprovecha.
Derramaré desde aquí
Mis lágrimas no hablando;
Porque quien muere callando
Tiene quien hable por sí.

Á UNA PARTIDA.

Acaso supo, á mi ver,
Y por acierto quereros,
Quien tal hierro fué á hacer,
Como partirse de veros.
Donde os dejase de ver.
Imposible es que este tal,
Pensando que os conocia,
Supiese lo que hacia,

Cuando su bien y su mal
Junto os entregó en un día.
Acertó acaso á hacer
Lo que si por conoceros
Hiciera, no podía ser
Partirse, y con solo veros
Dejaros siempre de ver.

Á UNA SEÑORA,

QUE ANDÁNDOSE ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPÉZADA Y UN HUSO COMENZADO Á HILAR EN ÉL, Y DIJO QUE AQUELLO HABIA TRABAJADO TODO EL DÍA (3):

De la red y del hilado
Hemos de tomar, Señora (4),
Que echais de vos en una hora
Todo el trabajo pasado.
Y si el vuestro se ha de dar
A los que se pasearen,
Lo que por vos trabajaren
¿Dónde lo pensais echar?

TRADUCCION DE CUATRO VERSOS DE OVIDIO.

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
En mi muerte esto deseo
Que se escriba sobre mí:
«El peor de los troyanos
Dió la causa y el espada;
Dido, á tal punto llegada,
No puso mas de las manos (5).»

Á BOSCAN,

PORQUE ESTANDO EN ALEMAÑA DANZÓ EN UNAS BODAS;

La gente se espanta toda
Que hablar á todos distes,
Que un milagro que hecistes,
Hubo de ser en la boda.
Pienso que babeis de venir,
Si vais por este camino,
A tornar el agua en vino.
Como el danzar en reir (6).

VILLANCICO.

Nadie puede ser dichoso;
Señora, ni desdichado,
Sino que os baya mirado.
Porque la gloria de veros
En ese punto se quita
Que se piensa mereceros.
Así que, sin conoceros,
Nadie puede ser dichoso,
Señora, ni desdichado,
Sino que os haya mirado (7).

(3) En el citado manuscrito de Iriarte tiene este epígrafe:

A doña Mencía de la Cerda, que le dió una red y dijole que aquella habia hilado aquel día.

(4) Hemos de sacar, Señora.—*Texto de Tamayo.*

(5) En las obras de don Diego de Mendoza (Madrid, 1610) se hallan como de este caballero los ocho versos siguientes, iguales á los que en el texto aparecen como de GARCILASO, segun Tamayo y Azara.

Dido, mujer de Sicheo,
Pues que tal nombre perdí,
Que se escriba sobre mí
Este título deseo:
«El peor de los troyanos
Dió la causa y el espada;
Dido, á tal punto llegada,
Puso la muerte y las manos.»

(6) No se halla esta canción en las ediciones de GARCILASO, sino en el citado manuscrito de Iriarte. Publicóla Gayangos en el tomo II de la *Historia de la literatura española*, por Ticknor.

(7) No se halla en ediciones de GARCILASO, sino en el código de Iriarte. Publicólo Gayangos en el tomo II de la *Historia literaria de España*, por Ticknor.

(56) Sanchez y Tamayo tienen por de GARCILASO este soneto. Herrera y Azara lo omiten en sus colecciones. Yo lo tengo por indigno de GARCILASO.

(1) En un manuscrito de Iriarte tiene este epígrafe:
A doña Isabel Freyra, porque se casó con un hombre fuera de su condicion.

(2) Sé que os ha de hablar por mí.—*Texto de Tamayo.*

COPLA SOBRE ESTE VILLANCICO.

¿Qué testimonios son estos
Que le quereis levantar?
Que no fué sino bailar.

¿Esta tienen por gran culpa?
No lo fué á mi parecer,
Porque tiene por disculpa
Que lo hizo la mujer.

Esta le hizo caer,
Mucho mas que nó el saltar
Que hizo con el bailar (8).

(8) Segun se ve en las obras de Boscan, esta copla fué escrita á don Luis de la Cueva porque bailó en palacio con una dama que llamaban la Pajara. Tambien escribieron al mismo asunto Boscan, el duque de Alba, el prior de San Juan, don Hernando Alvarez de Toledo, el clauero de Alcántara, don Luis Osorio, don Garcia de Toledo, Gutierre Lopez de Padilla y el marqués de Villafrañca: todos glosando el villancico.

GARCIAE LASI DE LA VEGA

AD FERDINANDUM DE ACUÑA.

EPIGRAMMA.

*Dum Reges, Fernande, canis, dum Caesaris altam
Progeniem nostri, claraque facta ducum,
Dum hispana memoras fractas sub cupide gentes,
Obstupere homines, obstupere Dii;
Extollensque caput sacri de vertice Pindi
Calliope blandis vocibus haec retulit:
Macte puer, geminâ praecinctus tempora lauro,
Qui nova nunc Martis gloria solus eras,
Haec tibi dat Bacchusque pater, dat Phoebus Apollo;
Nympharumque leves, castalidumque chori,
Ut, quos divino celebrasti carmine Reges,
Teque simul curvâ qui canis alma lyrá,
Saepe legant, laudent, celebrent post fata nepotes:
Nullaque perpetuos nox fuget atra dies (9).*

(9) Hállase este epigrama en la traduccion de *El Caballero determinado*, hecha por Acuña. (Anvers, 1553; Salamanca, 1575; Anvers, 1591, etc.)

POESIAS

DE

GUTIERRE DE CETINA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA.

(*En las Anotaciones á las obras de Garcilaso de la Vega.*)

En CETINA, cuanto á los sonetos particularmente, se conoce la hermosura y gracia de Italia; y en número, lengua, terneza y afectos ninguno le negará lugar con los primeros; mas fáltale el espíritu y vigor, que tan importante es en la poesía; y así, dice muchas cosas dulcemente, pero sin fuerzas. Y paréceme que se ve en él y en otros lo que en los pintores y maestros de labrar piedra y metal, que afectando la blandura y policía de un cuerpo hermoso de un mancebo, se contentan con la dulzura y terneza, no mostrando alguna señal de nervios y músculos, como si no fuese tanto mas diferente y apartada la belleza de la mujer de la hermosura y generosidad del hombre, que cuanto dista el río Ipanis del Eridano; porque no se ha de enternecer y humillar el estilo de suerte que le falezca la vivacidad y venga á ser todo desmayado y sin aliento, aunque CETINA muchas veces, ó sea causa la imitacion ó otra cualquiera, es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí. Y si acompañara la erudicion y destreza del arte al ingenio y trabajo, y pusiera intencion en la fuerza como en la suavidad y pureza, ninguno le fuera aventajado.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la República Literaria.*)

Casi en aquellos tiempos floreció CETINA, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni nervio (1).

(1) Así en este juicio de CETINA, como en el de Garcilaso y Hurtado de Mendoza, siguió Saavedra Fajardo á Fernando de Herrera.

POESIAS

DE GUTIERRE DE CETINA.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Como garza real, alta en el cielo,
Entre halcones puesta y rodeada,
Que siendo de los unos remontada,
De los otros seguirse deja á vuelo;
Viendo su muerte acá bajo en el suelo,
Por oculta virtud manifestada,
No tan presto será de él aquejada,
Que á voces mostrará su desconsuelo.
Las pasadas locuras, los ardores
Que por otras senti, fueron, Señora,
Para me levantar remontadores.
Pero viéndoo á vos, mi matadora,
El alma dió señal en sus temores
De la muerte que paso cada hora.

SONETO II.

Si tras de tanto mal me está guardado
Algun bien de que estoy tan fuera agora,
Aun espero por vos cantar, Señora,
Con estilo mas alto que he llorado.
Entonces será el bien mas estimado,
Por no haber de él jamás sabido un hora,
Cual madre que por muerto al hijo llora,
Se alegra en verlo vivo á si tornado.
Entonces contaré de la tormenta,
Seguro de zozobras en el puerto,
Y placérame la pasada afrenta.
Desterraré al dolor, que sin concierto
Me suele fatigar, do nunca sienta
Nueva, ni sepa de él si es vivo ó muerto.

SONETO III.

Como está el alma á nuestra carne unida,
En los miembros las partes igualmente,
Y como cada miembro el alma siente
Entera en si y en todos repartida,
Y como si una parte es dividida
Del cuerpo por algun inconveniente,
El alma queda entera y tan potente
Cual siempre, sin que pueda ser partida.
Así el amor en mí no se acrecienta
Por mas favor, ni cuando mas padece
El triste corazon muda el estado.
Muéstrase amor en mí como tormenta
De mar, que cuando mas con furia crece,
Su término no pasa limitado.

SONETO IV.

Si no fuese juzgado atrevimiento,
Si vuestra crueldad lo comportase,
Que vuestro servidor llamarme osase,
De solo el nombre viviria contento.
Tal os pinta en mi alma el pensamiento,
Que no os miré jamás que no juzgase
Temeridad el bien que descase;
Y de tal desvario me arrepiento.
Enójome de haber mas deseado,
Y acusando á mí mismo mi locura,
De cuanto deseé no quiero nada.
Solo en veros consiste mi ventura,
Todo lo porvenir me desagrada;
El bien presente es mas que el mal pasado.

SONETO V.

Contento con el mal de amor vivia,

Habiendo el alma en él hábito hecho;
Su daño principal ni su provecho
No me alteraba ya ni lo sentia.

Hora ha querido la desdicha mia
Con otro nuevo mal herirme el pecho;
Este me desbarata y me ha deshecho,
Mientras menos del otro me temia.
Como enfermo que está ya conliado
Que no puede morir de un mal que tiene,
Por haberse en el uso así guardado,
Cualquier nuevo accidente que le viene
Diferente de aquel que habia pensado,
Le hace recelar mas que conviene.

SONETO VI.

Para ver si sus ojos eran cuales
La fama entre pastores extendia,
En una fuente los miraba un día
Dórida, y dice así, viéndolos tales:
«Ojos, cuya beldad entre mortales
Hace inmortal la hermosura mia,
¿Cuáles bienes el mundo perderia
Que á los males que dais fuesen iguales?
»Tenia antes de os ver por atrevidos,
Por locos temerarios los pastores
Que se osaban llamar vuestros vencidos.
»Mas hora, viendo en vos tantos primores,
Por mas locos los tengo y mas perdidos
Los que os vieron, si no mueren de amores.»

SONETO VII.

En un olmo Vandalio escribió un día,
Do la corteza estaba menos dura,
El nombre y la ocasion de su tristura;
Despues mirando al cielo, así decia:
«Tanto crezcas, ¡oh bella planta mia!
Que al mas alto ciprés venzas de altura,
Y tanta sea mayor tu hermosura
Cuanta aquella de Dórida seria.
»Crezcan á par del olmo en su grandeza
Las letras del amado y dulce nombre,
Y en él hagan perpetua su memoria;
»Porque los que vendrán sepan que un hombre
Levantó el pensamiento á tanta alteza,
Que es digno al menos de inmortal renombre.»

SONETO VIII.

Remedio incierto que en el alma cria
La ponzoña que da vida al tormento;
Madrastro del cuitado sufrimiento;
De nuestros bienes robadora arpia;
Oscura luz, que por tinieblas guía,
Falso esfuerzo del loco pensamiento,
Difíciloso bien del sentimiento,
Peligroso manjar de la porfia;
Siempre fiera con rostro de doncella,
Fuego que blandamente nos consume;
Jarabe dulce de alargar los males;
Bien do el daño mayor se anida y sella,
¿Quién será tal que tus maldades sume?
¡Oh misera esperanza de mortales! (1)

SONETO IX.

Ponzoña que se bebe por los ojos,
Dura prision, sabrosa al pensamiento,

(1) Fernando de Herrera publicó este soneto en las *Anotaciones á las obras de Garcilaso*. Hállase también en el código del señor don José María de Alava.

Lazo de oro cruel, dulce tormento,
 Confusion de locuras y de antojos;
 Bellas flores mezcladas con abrojos,
 Manjar que al corazon trae hambriento,
 Daño que siempre buye el escarmiento,
 Minero de placer, lleno de enojos;
 Esperanzas inciertas, engañosas,
 Tesoro que entre el sueño se parece,
 Bien que no tiene en sí mas que la sombra,
 Inútiles riquezas, trabajosas,
 Puerto que no se halla, aunque parece,
 Son efectos de aquel que Amor se nombra.

SONETO X.

Si de una piedra fria enamorado,
 Pudo Pigmaleon mover el cielo;
 Si pudo á tanto ardor poner consuelo
 Falso espíritu, en ella transformado;
 Siendo retrato vos tan bien sacado
 De la mayor beldad que hay en el suelo,
 Y siendo ante mi ardor el suyo un hielo,
 ¿Por qué no me ha el Amor á mi engañado?
 ¡Ay de mí! ¿Para qué? ¿Qué es lo que pido?
 Si espíritu tuviese esta pintura
 ¿Podría mejorarse mi partido?
 No, porque en caso tal ¿quién me asegura
 Se os hubiese en las mañas parecido
 Tanto como os parece en la hermosura?

- CANCION PRIMERA.

Guardando su ganado
 Cerca el Bético rio,
 Vandalio al pié de un álamo sombrío,
 En la yerba sentado,
 Que llena de rocío,
 Mostraba el verde prado mas hermoso,
 En un acto lloroso
 La zampoña sonaba,
 Y en las grutas oscuras
 De sus desaventuras
 Eo el último acento disantaba;
 Y en voz baja cantando,
 Decía de cuando en cuando:
 «Dórida, tus cabellos
 Mas rubios son que el oro,
 Y mas claros que el sol de mediodía;
 Mas cara prenda que ellos
 Ni mas rico tesoro
 No lo alcanza á pensar la fantasía.
 La triste vida mia
 Colgada de ellos veo.
 Ved si está bien librada,
 De un cabello colgada,
 Faltando la esperanza á mi deseo;
 Pues se llaman cabellos
 Porque estoy lejos dellos.
 En sutil velo envueltos,
 En trenzas por la frente,
 O debajo de red tal vez guardados,
 O prendados ó sueltos,
 Si el sol está presente,
 De invidioso, se esconde en los nublados.
 ¡Ay rabiosos cuidados!
 ¡Oh trabajosa suerte!
 Cuando los veo muero,
 Cuando no, desespero,
 Y en morir el deseo se convierte.
 ¡Oh dichosos cabellos!
 Y mas quien puede vellos.
 A veces imitando
 A la sacra Diana,
 Los orna con guirnalda de mil flores;
 Y Amor, que está mirando
 La beldad soberana,
 Se enciende en el amor de sus amores.
 Mil celosos temores
 Tengo de enamorado.
 Digo: «Si Amor la hiere,
 Si para sí la quiere,
 ¿Para qué es mi pasión y mi cuidado?
 Si Amor se inflama dellos,
 ¿Para qué quiero vellos?
 Pensar poder gozillos,

Gran locura pareco,
 Que su valor cualquier valor apoea.
 En vano es descallos,
 Pues sola los merece
 La mano delicada que los toca,
 ¡Ay esperanza loca!
 Ay tristes ansias mías!
 Si gozar no se puede
 Bien que al mayor excede,
 Desdichado deseo, ¿en qué confías?
 Ni puedes gozar dellos
 Ni dejar de querellos.
 De cabellos tejida
 Fué la bella cadena
 En que mi corazon se halla envuelto;
 Con tal cautela urdida,
 Que entonces da mas pena
 Cuando pienso que estoy della mas suelto.
 Si desta pena absuelto
 Alguna vez me viese,
 No prision trabajosa,
 Mas libertad dichosa,
 Seria para mi cuando así fuese;
 Mas el no merecellos
 Es el mal que hay en ellos.
 Para el arco homicida
 Hizo Amor con gran arte,
 De tus cabellos, Dórida, la cuerda,
 Por hacer que la vida,
 Mientra del alma parte,
 La gana de morir del todo pierda;
 Que como se me acuerda
 De aquel color divino,
 Luego al vivir el paso
 Suelto, cansado y laso,
 Do la contemplacion muestra el camino.
 Mas ¿quién podrá con ellos,
 Si el Amor se arma dellos?
 Aquel oro extremado,
 Resplandeciente y puro,
 Que el aurora nos muestra antes del día,
 Dicen que no es hurtado;
 Pero yo afirmo y juro
 De tus cabellos ser, Dórida mia.
 La Aurora, que sabia
 Tu beldad extremada,
 Te los robó durmiendo,
 Y agora va huyendo
 De aquel de quien fué ya tal vez burlada.
 Febo sigue tras ellos;
 Yo me pierdo por ellos.
 En la esfera del fuego,
 De su calor mas fuerte,
 De tus cabellos fué el color sacado,
 Cuya calidad luego
 Dió nuevas de mi muerte
 Al hielo que en tu pecho está encerrado.
 Así será forzado,
 Entre contrarios puesto,
 Que mi vivir se acabe,
 Porque en razon no cabe
 Sufrir la crueldad quien vió tu gesto.
 Si hay fuego y hielo entre ellos,
 ¿Quién se guardará dellos?
 Cabellos, mientras os miro,
 De la cruel Medusa
 La bella forma y el peligro veo.
 Ardo, hielo y suspiro,
 Y el alma, de confusa,
 En los brazos se deja del deseo.
 ¡Oh escudo de Perseo!
 ¡Amor, si por hazaña
 Hora yo lo tuviese,
 Porque Dórida viese
 De sus cabellos la beldad extraña!
 Mas si se vence dellos,
 ¿Cómo podré mas vellos?
 Cancion, si en los cabellos,
 Siendo la menor parte
 De su beldad, hay tanta hermosura;
 Si la señora dellos
 Te llama, baja á darte,
 Pues no cabe tal bien en tal ventura.

Dile que para amellos
Te sobra lo que falta en alaballos.

SONETO XI.

¿En cuál region, en cuál parte del suelo,
En cuál bosque, en cuál monte, en cuál poblado,
En cuál lugar remoto y apartado,
Puede ya mi dolor hallar consuelo?

Cuanto se puede ver debajo el cielo,
Todo lo tengo visto y rodeado;
Y un medio que á mi mal habia ballado,
Hace en parte mayor mi desconsuelo.

Para curar el daño de la ausencia
Pintoos cual siempre os vi, dura y proterva;
Mas Amor os me muestra de otra suerte.
Nò queráis á mi mal mas experiencia,
Sino que ya, como herida cierva,
Do quier que voy, conmigo va mi muerte.

SONETO XII.

Con ansia que del alma le salia,
La mente del morir hecha adivina,
Contemplando Vandalio la marina
De la ribera bética, decia:

«Pues vano desear, loca porfia
A la rabiosa muerte me destina,
Mientras la triste hora se avvicina,
Oye mi llanto tú, Dórida mia.

»Oh si tu crueldad contenta fuese,
Por premio de esta fe firme y constante,
Que sobre mi sepulcro se leyese,
»No en letras de metal, mas de diamante:
Dórida ha sido causa que muriese
El mas leal y el mas sufrido amante!»

SONETO XIII.

¡Ay sabrosa ilusion, sueño suave!
¿Quién te ha enviado á mi? ¿Cómo viniste?
¿Por dónde entraste al alma, ó qué le diste
Á mi secreto por guardar la llave?
¿Quién pudo á mi dolor fiero, tan grave,
El remedio poner que tú pusiste?
Si el ramo tinto en Lete en mi esparciste,
Ten la mano al velar que no se acabe.

Bien conozco que duermo y que me engaño
Mientras envuelto en un bien falso, dudoso,
Manifiesto mi mal se muestra cierto;

Pero, pues excusar no puedo un daño,
Hazme sentir ¡oh sueño piadoso!
Antes durmiendo el bien que el mal despierto.

SONETO XIV.

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,
Refugio al caluroso ardiente estío,
Adonde la beldad del idol mio
Hizo tu claridad mas transparente,

¿Qué ley permite, qué razon consiente
Un pecho refrescar helado y frio,
En quien fuego de amor, fuerza ni brio
Ni muestra de piedad jamás se siente?

¡Cuánto mejor harías si lavases
De este mi corazon tantas mancillas,
Y el dolor que lo abraza mitigases!

Aquí serian, Amor, tus maravillas
Si en estas ondas un señal mostrases
De mis penas á quien no quiere oillas.

MADRIGAL PRIMERO.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando mas piadosos,
Mas bellos pareceis á aquel que os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos (2).

(2) Así se lee este madrigal en el códice del señor don José María de Alava. Sedano, en el *Parnaso español*, lo imprimió de esta suerte, que es como hasta hoy se ha conocido:

Ojos claros serenos,

MADRIGAL II.

Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto;
Que así doblar pensastes mis enojos.
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño;
Que el resplandor extraño
Del sol se puede ver mientras se cela.
Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
Yo os perdono la ofensa,
Pues, cubiertos, mejor verlos dejastes.

SONETO XV.

Leandro, que de amor en fuego ardia,
Puesto que á su deseo contrastaba,
Al fortunoso mar, que no cesaba,
Nadando á su pesar, vencer queria.

Mas viendo ya que el fin de su osadía
A la rabiosa muerte lo tiraba,
Mirando aquella torre en donde estaba
Ero, á las fieras ondas se volvía,

A las cuales con ansia enamorada
Dijo: «Pues aplacar furor divino,
Enamorado ardor no puede nada,
»Dejadme al fin llegar de este camino,
Pues poco he de tardar, y á la tornada
Secutad vuestra saña y mi destino (3).»

SONETO XVI.

Padre Oceano, que del bel Tirreno
Gozas los amorosos abrasados
De gloria, si sintieses mis cuidados,
Cuanto yo de pesar estarias lleno.

En la parte del cielo mas sereno,
Para colmar la cima de tus hados,
Vi á tu hijo bañar los delicados
Piés de una ninfa que nació en su seno.
«¡Ay! ¿Quién fuese ora tú?» yo le decía;
Y de puro celoso, lo enturbiaba
Con llanto que del alma me salía.

Mas él, que tanto bien comunicaba
Mientras con mi llorar lo revolvia,
Claro en sus ondas mi dolor mostraba.

SONETO XVII.

¡Dichoso desear, dichosa pena,
Dichosa fe, dichoso pensamiento,
Dichosa tal pasion y tal tormento,
Dichosa sujecion de tal cadena;

Dichosa fantasia, de gloria llena,
Dichoso aquel que siente lo que siento,
Dichoso el obstinado sufrimiento,
Dichoso mal, que tanto bien ordena;

Dichoso el tiempo que de vos escribo,
Dichoso aquel dolor que de vos viene,
Dichosa aquella fe que á vos me tira;
Dichoso quien por vos vive cual vivo,
Dichoso quien por vos tal ansia tiene,
Felice el alma que por vos suspira!

SONETO XVIII.

La vibora cruel, segun se escribe,
Si á alguno muerde, es ya caso sabido
Que no escapa de muerto el tal mordido,
Por poco que el veneno en él se avive;
Pero, si por ventura acaso vive,
Que aunque es dificultoso, ya se vido,

Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mi solo me miráis con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

(3) Hállase este soneto tambien impreso en las *Anotaciones á Garcilaso* por Fernando de Herrera, el cual dice: «CETINA, quo parece quiso contender con Garcilaso en algunos sonetos, hizo este mesmo desta suerte.»

Queda de otro veneno defendido,
Que ni le empee ni hay por qué lo esquivo.
Ya que por mayor mal quiso ventura
Que no muriese yo, despues que el cielo
Me dejó ver en vos su hermosura,
No tengais en mi fe, dama, recelo;
Que el ser sujeto vuestro os asegura
Que no me encenderá beldad del suelo.

CANCION II.

A la esperanza.

¡Ay, misera esperanza!
¿Qué me aprovecha andar desvanecido
Contra toda razon, sin fundamento,
Haciendo confianza
De cosas do jamás certeza ha habido,
Engañando al cuitado entendimiento?
¡Tristes torres de viento,
Cuán cerca llega ya vuestra caída,
Pues no puedo esperar ni quiero vida!
¡Esperanza engañosa,
Que con promesas falsas, aparentes,
Me has tenido suspenso, embarazado!
¡Ay, alma deseosa
De salir ya de mil inconvenientes!
¿No es tiempo que se acabe este cuidado?
¡Ay, cuán desengañado
Está quien sabe bien que es mal que espere
El que por menos mal la muerte quiere!
¡Esperanza perdida!
¿Qué me puedes poner delante ahora?
Qué te puede quedar ya por mostrarme,
Si yo no quiero vida,
Que cuanto dura mas, mas empeora?
¿Piensas me la alargar para matarme?
¡Ay! que no hay que mostrarme
Razones mal fundadas; que es locura
Hablar de vida al que morir procura.
¡Ay, esperanza incierta!
¿Cuánto fuera menor mi desventura
Si razon de esperar jamás tuviera!
Viera mi duda cierta;
Y pues no basta amor dó no hay ventura,
Con mi fortuna el desear midiera.
¡Ay, cuánto mejor fuera
Que la razon del esperar faltara,
Y en lugar de esperar, desesperara!
¡Ay, esperanza loca!
En fuerza de tu fe solo pensabas
Salvarte de un engaño que así engaña.
Ya la vida se apoca;
Que aquel mismo manjar que antes le dabas
De su pasado error la desengaña.
¡Ay, pena fiera extraña!
¿Qué puedes ya hacer para dañarme
Ni para entretenerme ni engañarme?
¡Esperanza traidora!
Debajo de amistad me has engañado;
Súfrese pues prender sobre seguro,
Si mi mal no mejora,
Ni lo sufre un dolor de un tal cuidado,
¿Cómo tarda el morir, pues lo procuro?
¡Ay, hado triste y duro!
Que es el mismo morir quien me entretiene,
Porque donde hay vivir muerte no viene.
¡Esperanza grosera,
De seso falta, falta de experiencia!
¿Sobre qué estribas ya, qué te sustenta,
Vida rabiosa y fiera?
Acábame á lo menos la paciencia;
Ya que acabaste tú, no se consienta.
¡Ay, peligrosa afrenta!
Si la esperanza ha visto el desengaño,
¿Qué puede ya esperar sino mas daño?
¡Esperanza cuitada!
¡Ay, si supieses bien cuán caro cuesta
El manjar de que vives trabajos!
¿Cuánto mas descansada
Te seria una muerte alegre y presta
Que un vivir tan cansado y enojoso!
¡Ay, último reposo,
No se dilate mas nuestra partida;

Que al que se ha de morir, muerte le es vida!

Cancion, permita el cielo
Que sea esta del cisne; y pues alcanza
De cuenta mi dolor á la esperanza,
Alcance ya el recelo
Que se acabe el vivir y el desconsuelo.

SONETO XIX.

Al secretario Gonzalo Perez.

«No mas, como solia, jocundo y vago
Te veo correr dorando tu ribera;
Mas turbio de mis lágrimas, la fiera
Llama crecer, que yo llorando apago.
»Ya no te muestra el cielo aquel halago
Cón que suele adornar tu primavera;
Ya no es tu claridad la que antes era»,
Decia Pireno contemplando el Tago.
«¿Qué será de tí, misero Pireno,
Tornó á decir llorando, si el pasado
Tiempo no torna alegre cual solia?»
Vandalio, que el dolor de mal ajeno
Hacia recordar su propio estado,
Lloraba de piedad mientras le oia.

SONETO XX.

A la princesa de Molfeta.

Como al rayo del sol nueva serpiente
En virtud del calor sale y se aviva,
Muéstrase mas lozana y mas altiva,
Y el esfuerzo y valor doblado siente;
Y como mientras el sol no es tan caliente,
La falta del calor hace que viva
Timida, solitaria, oscura, esquivia,
Do ni la pueda ver ni vea la gente;
Tal ha sido de mí, señora mía,
Que en virtud del calor de los favores,
Mientras el sol me duró, ledo vivia,
Hasta que los helados disfavores
Hicieron encoger mi fantasia,
Escondirme y huir de los amores.

SONETO XXI.

Como se turba el sol y se escurece
Si nube se interpone ó turbio el cielo,
Dejando oscuro y triste acá en el suelo
Todo cuanto con él claro parece;
Y como estando así nos aparece
Fuera de aquella nube y de aquel velo,
Y llevando lo oscuro el aire á vuelo,
La claridad del sol mas resplandece;
Tales me son á mí vuestros enojos;
Que mirándoos airada ó descontenta,
Se torna oscura noche el claro día;
Mas en viendo la luz de vuestros ojos,
Alegre luego el alma os me presenta
Mil veces mas hermosa que solia.

SONETO XXII.

Al principe de Ascoli.

Cuando algun hecho grande y glorioso
O victoria de ejército alcanzaban,
Arcos, colosos; mármoles alzaban
Los romanos al que era victorioso.
Quedaba el nombre así de aquel famoso,
Y de una envidia honesta despertaban
Los ánimos de aquellos que aspiraban
Venir á un fin tan alto y glorioso.
Estos escudos de armas, los trofeos,
Las memorias que veis en cada parte,
Príncipe digno de inmortal historia,
Despertadores son de los deseos
Que á un hijo tal, cnal vos, del nuevo Marte
Harán subir á la paterna gloria.

ANACREONTICA.

De tus rubios cabellos,
Dórida ingrata mía,
Hizo el Amor la cuerda
Para el arco homicida.
«Ahora verás si burlas

De mi poder», decia,
Y tomando una flecha,
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: «Muchacho,
Arco y arpon retira;
Con esas nuevas armas,
¿Quién hay que te resista?»

EPÍSTOLA PRIMERA.

A don Diego Hurtado de Mendoza.

Si aquella servitud, señor don Diego,
Que con vos tuve, agora no tuviese,
Sería de saber muy falto y ciego.
Aquel amor que solo de interese
Nace, fué por divina providencia
Ordenado que á tiempo pereciese:
Mas el de la virtud, el de la ciencia
No puede perecer, porque es tesoro
Que muestra siempre en si mas excelencia;
Yo observo en el amaro el decoro,
Y como enamorado, os amo tanto,
Que casi como á un ídolo os adoro.
Anegada en el mar de un luengo llanto
Ha estado hasta aquí la musa mía,
Sin poder acordar la lira al canto.
El cielo de mi dulce fantasía
Vi todo revolver y escurecerse
Cuando pensé que comenzaba el día.
Y el sentido, que apena condolerse
Podía de su mal, siendo infinito,
No pudo en otra cosa entremeterse.
Esto causó, Señor, que no os he escrito,
Como os prometí, cuando de Trento,
Partisteis tan molino y tan alfito,
Hasta agora, que el puro descontento
Puso al furor las armas en la mano,
No al poético, no, mas al tormento.
Y aunque parezca especie de liviano
Lo que Febo hallar dificultoso
Suele, la indignacion ha hecho llano.
En una confusion estoy dudoso,
Que no sé qué os escriba que os agrade,
Que pueda al gusto vuestro ser sabroso.
Esta guerra he temor que os desagrade;
Del suceso de corte no hay qué escriba;
De amor; qué diré yo qué no os enfade?
La imágen de Boscan, que casi viva
Debeis tener, hará en vuestra memoria
La mas hermosa para ser esquivo.
Y el Laso de la Vega, cuya historia
Sabeis, de piedad y envidia llena,
Digo de invidiosos de su gloria.
Yo, que á volar he comenzado apena,
Apenas oso alzarme tanto á vuelo,
Que no lleve los piés por el arena.
Vos, remontado allá casi en el cielo,
Paciendo el alma del manjar divino,
¿Quién sabe si quereis mirar al suelo?
Mas ante que volverme del camino,
Acuerdo de decir alguna cosa
En estilo grosero ó peregrino.
Será el sugeto pues aquella honrosa
Empresa que en este año ha César hecho,
Tanto cuanto difícil, gloriosa.
Ver un tirano en dos horas deshecho,
Tan fuerte y arevido, que hacia
A los mayores que él tremer el pecho.
No vencido de amor ni cortesía,
Ni fortuna en vencerle tuvo parte,
Mas de solo valor y gallardía.
Allí era de notar el nuevo Marte,
Fernando, capitán de aquesta guerra,
El ánimo, el valor, ingenio y arte;
Allí se vió en el sitio de una tierra,
Dura de nombre, asaz dura y extraña,
Si en ánimo español virtud se encierra.
Con razon memorar puedes, ¡oh España!
Entre las otras tantas memorables,
Esta, que no será menor hazaña
Profundos fosos, muros impugnables
Hierro, lanzas, saetas, piedras, fuego,
Ánimos de leones indomables,

En un asalto, sin tomar sosiego;
El cual duró cuatro horas, poco menos,
Fueron domados á la fin del fuego.
Allí de cuerpos muertos se vian llenos
Los fosos, palpitando las heridas,
Lastimero espectáculo á los buenos;
Allí perdieron las honradas vidas
Doscientos alemanes caballeros,
De quien los nuestros fueron homicidas;
Sin otros paisanos y extranjeros,
Al número de mil, á quien la suerte
Tocó á pasar por tan extraños fueros.
El incendio cruel, la fiera muerte,
El robo, el mal que en Dura hacer vieron,
Junto con expugnar plaza tan fuerte,
Hizo que los demás merced pidieron,
Y con su Duque mal aconsejado
En las manos de César se pusieron.
Ellos absueltos, él fué perdonado;
Y el ejército nuestro victorioso,
De Gueldres en lleno presto pasado,
Do en llegando, llegó tempestuoso
Juntamente el invierno, y tan esquivo,
Que hizo el campear dificultoso.
Así fué fuerza de mudar motivo
Y contentarnos con menor ganancia,
Dejando el pensamiento mas altivo.
Opuso, Señor, cerca el rey de Francia,
Por si socorrer podía la villa,
Que á él era de honor y de importancia.
Y porque publicaba á maravilla
Deseo de hacer jornada cierta,
Nuestro César no quiso diferilla;
Antes se puso en la campaña abierta,
Y á tiro de cañon se le presenta.
Mostrándole, si quiere entrar, la puerta.
Mas él, que verse en semejante afrenta
No quiso, ni tentar mas su ventura,
Con socorrer su villa se contenta.
Carlo Quinto lo llama y lo importuna
Y ofrece la batalla, de que habia
El francés poca gana ó no ninguna.
Y bien nos lo mostró el tercero día,
Que nuestro campo cerca de él pusimos,
Cuál era su intencion y á qué venia;
Fuémos una noche, y no le vimos
Apenas ir, y al fin de la jornada
El veló bien, nosotros nos dormimos.
César dejó despues holgar la espada,
Que en las francesas armas fiera mella
Ha hecho, sin quedar escarmentada.
Y si bien de la fin de esta querrela
Cada cual á su gusto ordeña y trata,
Y sobre la verdad la pasion sella,
Yo querría decir, pues no me mata
Nadie, que hizo el Rey la bella empresa
Mala rima mi fuerza á dir cacata.
Por abreviar, nuestro César tenia presa
Fortuna por el pelo, y hásele ido;
Piadosamente pienso que le pesa.
El Rey se fué; digo que se ha huido
Sin daño y con vergüenza, y ha quedado
Quien lo dejó huir muy mas corrido.
La culpa cuya fué no he procurado
Ni procuro saber; mas cierto veo
A César en tal caso disculpado.
Ya me parece que tendréis deseo
De saber los que mas se señalaron
Y quién llevó la gloria y el torneo.
Algunos caballeros se hallaron
En las escaramuzas, que de España
La fama gloriosa conservaron.
Los demás, y aun los mas, en una extraña
Escuadra ó escuadron contino puestos,
No pudieron de sí mostrar hazaña.
De la disposicion y de los gestos
Cómo las armas les estaban callo,
Pues va todos á nos son manifestos.
Lo bueno yo no sé sino alahallo;
Si algo hubo de mal, que nunca falta;
A la presencia pienso reservallo.
Mas quisiera decir, sino que salta
El furor por seguir otra materia,

Si no mas agradable, al fin mas alta.

Pensé deciros del novel de FERIA

Cómo con su valor ha desterrado

Desta corte los vicios y miseria.

Y cómo en cuatro pasos ha alcanzado

Los que primero del corrieron tanto,

Y algunos ó los mas atrás dejado.

Pero, tornando al comenzado canto,

El humo y vanidad de aquesta corte

Me tiene puesto en confusion y espanto.

No pienso decir mas sin pasaporte;

De la corte murmuro y della digo,

Mas de ninguno nada que le importe.

Yo pienso que es á Dios y á si enemigo

Quien niega la verdad, y por favores,

Por amor ni temor de algun castigo.

¿Qué os parece, Señor, destes señores?

De su ambicion y envidia ¿qué os parece?

¿Qué de la multitud de servidores?

¿Qué decís de la pena que padece

Un grande si otro le ha pasado en nada,

Y cómo la igualdad mal compadece?

¿Qué decís del tener mesa parada

Todas horas á todos, do hay algunos

Que desean probar en él su espada?

¿Qué decís del sufrir mil importunos?

¿Qué de la adulacion que así los ciega,

Sin que della escapar puedan ningunos?

Del cortesano triste que se allega

A demandar al Rey alguna cosa,

¿Cuál queda, me decid, si se la niega?

Y el otro que ni duerme ni reposa

Por llegar á aquel grado que desea,

¿Qué vida tan estrecha y trabajosa!

El otro con envidia urde y no deja

Cómo podrá sacar de su privanza

A tal que en hacer toda la emplea.

¿Qué os parece, Señor, de la esperanza

Que grande se le muestra en perspectiva?

¿Cuán poco fruto al fin della se alcanza!

¿Qué extraña presuncion vana y altiva

Se halla en corte de un privado injusto,

Y qué conversacion, seca y esquiva!

¿Cómo toma otro ser, muda otro gusto,

El que, siendo ayer pobre, hoy se ve rico!

Tirano es hoy aquel que era ayer justo.

¿Qué os parece cuál es tratado el chico

Del grande hecho á fuerza de fortuna,

Del poderoso el triste pobrecico?

¿Qué juzgais de la turba que importuna

A quien hacelle bien tan poco cuesta,

Sin poder del haber merced ninguna?

Del ansia por salir en una fiesta

Mas galan que no el otro y mas costoso,

Tanto gasto y trabajo ¿qué le presta?

El otro va trotando presuroso

A acompañar al Duque, si cabalga,

Como si sin él fuera peligroso.

Aquel está esperando que el Rey salga

En sala por hacer antes presenacia;

Si esta no es ignorancia, que no valga.

¿Qué decís del que teme haber sentenacia

En contra el sobornar de su letrado

Cual del uno y del otro la conciencia?

El cortesano cuerdo y avisado

Que no quiere nadar con la corriente

Del vulgo, me decid, ¿cómo es tratado?

Dicen que es importuno el diligente,

Mentir y tramear es benéfico,

El cauteloso dicen que es prudente.

Han convertido el juego en ejercicio

Comun; juegan los grandes, los plebeos;

Armas y letras van ya en precipicio.

Ya cesaron las justas y torneos;

La crápula y lascivia en lugar destes

Entraron, con mil otros actos feos.

¿Cuántos veréis en alto asiento puestos,

Soberbios, insolentes, desleales,

Hipócritas, viciosos, deshonestos!

¿Por qué hizo fortuna desiguales

Sus leyes? Por qué es rico un avariento?

Por qué mendigan tanto liberales?

¿Por qué no viviria yo contento,

Y el que mejor que yo vivir podria

En casa y del paterno nutrimento?

¿Para qué es ocupar la fantasia

En desear mandar, y en grandes cargos

Audar embebecidos noche y dia?

Los años de los ricos ¿son mas largos,

Por aventura, ó viven mas quietos,

O muertos no han de dar de si descargos?

¿No son, como los pobres, tan sujetos

Los ricos á mil casos desastrosos,

Si bien no corresponden los efectos?

¿Cuál rico hay que no tenga mil cuidados

Mas que yo, que el temor de caso adverso

No interrumpe mis sueños reposados?

¿Oh cuánto es su vivir del mio diverso!

¿Cuánto es la mia mas alegre vida!

¿En qué piélago está ciego y submerso!

Yo, que por experiencia conocia

Tengo la corte ya, voyme riendo

De quien sigue tras cosa tan perdida.

Y digo que es la corte, si la entiendo,

Una cierta ilusion, una apariencia.

Que se va poco á poco deshaciendo.

De la corte no hago diferencia

Al espejo, que muestra algunas cosas

Graves, que nada son en existencia.

Ciertas honras inútiles, costosas,

Ansioso desear, vivir inquieto,

Esperanzas inciertas, trabajosas,

Un nunca responder con el efecto

El pensamiento, que continua hace

Mil torres en el aire, de indiscreto.

Pero, porque he temor que no os aplaco

Tan luenga historia, aqui harémos punto,

Pues que tampoco á mi me satisface.

Y de todas las cosas que pregunto,

Con el primero me enviad respuesta

Cual la deseo yo, cual la barrunto;

Que pues mi servitud está tan presta

A vuestra voluntad para serviros,

Cualquier demanda se me debe honesta.

Olvidado me habia de pedirlos

Una cosa que mucho he codiciado,

Y he pensado mil veces escribiros,

Y es que de ver gran tiempo he deseado

Del famoso Ticiano una pintura,

A quien yo he sido siempre alicionado.

Entre flores y rosas y verdura

Deseo ver pintada primavera

Con cuanto de beldad le dió natura.

Mucho pido, Señor; mas no debiera

Pedir menos á quien fuera muy poco,

Si cuanto puede dar fortuna os diera.

En este punto que postrero loco

De pedirlos, veréis que soy poeta,

Si no lo habiades visto en que soy loco.

Llegado ha ya mi canto á aquella meia

Do pienso poner fin á mi camino,

Si, como temo, á vos no fuere aceta,

Haced de ella un presente al Aretino.

EPÍSTOLA II.

Al principe de Ascoli.

Señor, mas de cien veces he tomado

La pluma y el papel para escribiros,

Y tantas no sé cómo lo he dejado.

Y no os maravilleis, porque son tiros

Que del pasado mal de los amores

Quedaron en lugar de los suspiros.

Ya no canto, Señor, por los temores

Que solia cantar, ya mudo verso,

Ya se pasó el furor de los furors.

Un modo de escribir nuevo y diverso

Me hallé, poco há, para holgarme,

Y por huir del otro tan perverso

Solia cantar de amor y desvelarme;

Andar fantasiando mil dulzuras,

Que paraban despues en degollarme.

Ya no escribo, Señor, delicaduras;

Escribalas quien es mas delicado;

Yo soy loco y me agrado de locuras.

Ya no pretendo mas ser laureado;

Antes por solo el nombre tomaria
De andarme sin bonete y trasquilado.
Pasais, Señor, por la desgracia mia,
Como vino entre burlas á mudarse
El nombre de que tanto yo huia.
Vaya fuera Satan; no ha de tratarse
Cosa sin lauro aquí, como taberna;
Que en todo ha de meterse y demostrarse.

Tornando pues, Señor, á la moderna
Manera de vivir, digo que estamos
Como le place á aquel que nos gobierna.

Paz y salud hay mas que deseamos,
Mil cosas que comprar, pocos dineros,
Aunque tantos, que basta que vivamos.

Las damas, el amor, los caballeros
Andan hechos tasajos; yo me rio.
Que si yo no lo soy, son majaderos.
Anda, Señor, tan flaco Juan del Rio,
Que es una compasion, porque su dama
Ha apostado con él cuál es mas frio.

No viene á la ciudad, y desta trama
Temo no ha de quedar al triste hilo
Mas de sola la voz con que le llama.

Baste del galan flaco y amarillo
Lo dicho; de otro gordo y rubicundo
Diré, que os holgaréis vos mas de oïllo.

Don Manuel va sin luto y tan jocundo,
Que solo es el galan de los galaes.
¿Queréis que diga mas? Que triunfa el mundo.

El premio no sé yo de sus afanes
Cuál es mas; sé os decir que muestra el juego
Por ganado en las muestras y ademanes.

Diréis que yo no veo y que estoy ciego,
Que no puedo dar fe; mas yo me atengo
Á que no sale luz donde no hay fuego.

Don Jorge, harto mas ancho que luengo,
Espera con deseo la camarada;
Yo con las esperanzas lo entretengo.

Va el cuitado á palacio, y no se agrada
De cosa que en él vea, ausente aquella
Luz que ni se la da ni le da nada.

Ella está en su lugar, y está con ella
La bella camarada por mostrarse
Entre tanto beldad tanto mas bella.

Don Antonio ha dejado de quejarse;
Después que os fuisteis vos no pierde punto,
Si la dama no viene á importunarse.

Gonzalo Giron va medio difunto,
Que su dama no sale ni se muestra,
Y no por culpa dél, segun barrunto.

Está el triste de cosa tan siniestra
Harto mas corcobado que solia;
Fortuna lo enderece, que es maestra.

Aquel embajador que no se via
Salió ayer á volar con pluma nueva,
Y la que lo peló sigue su via.

Ludovica se ha puesto en hacer prueba
Si se puede afeitar mas que su ama,
Y no hay de quien tal yerro la remueva.

Suspira por el Príncipe y lo llama;
Dice que era su bien, y yo lo creo;
Mas no caerá de amor doliente en cama.

Olvidado me habia un gran torneo
Que una noche hicimos en palacio
Por cumplir de una dama un mal deseo.

Fué muy pobre de galas y muy lacio;
Armados mucho bien, muy mal vestidos;
Combatióse muy bien, aunque despacio.

Todos vuestros amigos conocidos
Torneamos, y veinte italianos,
Que fueron de nosotros escogidos.

Andanse aparejando entre las manos
Estas Carnestolendas grandes fiestas.
¡Ved qué alivio de pobres cortesanos!

Esperánnos, Señor, las mesas puestas,
Como suelen decir, porque en llegando
Tomeis de ellas el gasto á vuestras cuestas;

Entre tanto que yo vo adivinando
Que estáis en esa tierra ya de asiento,
Y que la nuestra acá vais olvidando.

Y es harto indicio desto, á lo que siento,
No escribir ni acordaros á lo menos
De hacer con alguno un cumplimento.

Todos nuestros caballos están buenos;
Vuestras bestias de casa se pasean
Sin vos por estas calles como ajenos.

Algunas damas sé yo que os desean,
Bien que por varios casos todavía;
Venid, si no por ver, para que os vean.

El dibujo que aquel darne debia
Del moderno castillo de Plasencia
Para enviar á vuestra señoría,
No me ha dado; mas jura en su conciencia
Que el principio está hecho y no acabado,
Por habello estorbado la excelencia.

No os quejaréis, Señor, que no os he dado
Particular aviso de mil cosas,
Y en estilo mas fácil que el pasado.

Vuestras armas están las mas hermosas
Que se pueden pintar, y yo no quiero
Pintaros con palabras enfadosas
Lo que sabeis de mí, del dia primero.

ESTANCIA.

Sobre la cubierta de un retrato.

El que el alma encender de honesto celo
Quiere, y hacer mejor la mejor parte,
Es que por levantarse en alto vuelo
Busca sugeto tal, que excede al arte;
El que procura ver beldad del cielo,
Y junta la que en todas se reparte,
Para ver todo el bien de la edad nuestra
Mire, si sabe ver, sola esta muestra.

SONETO XXIII.

Al monte donde fué Cartago (4).

Excelso monte, do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios, do la gloria
Aun resplandece de la gran Cartago;
Desierta playa, que apacible lago
Fuiste lleno de triunfos y vitoria (5);
Despedazados mármoles, historia
En que se lee cuál es del mundo el pago (6);
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que fuisteis edificios celebrados,
Y agora apenas vemos las señales;
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo,
Que si del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

SONETO XXIV.

A una dama que Horaba un su servidor muerto.

De Menalca, pastor, la ninfa Flora
Lloraba el duro caso extraño y fuerte,
Y del hermoso rostro dura suerte
Las rosas escurece y descolora.

Va se hace llorar, ya vuelve y llora
Y en dulces perlas su llorar convierte;
Ya queda muerta y fria, y si la muerte
La deja respirar, dice algun hora:
«Parca, si de mi bien te enamoraste,
Cortaras de mi vida el hilo incierto;
Gozaras del poder, yo del engaño.

»Mas ¡ay! que digo yo que no acertaste;

(4) Hállase este soneto impreso en las *Anotaciones á Garcilaso*, ya citadas. Herrera dice que el soneto es imitacion del que á Roma compuso en lengua italiana el conde Baltasar Castiglioni con este principio:

Superbi colli et voi sacre ruine.

Y luego añade: «CETINA pasó todo este aparato y ornamento de edificios y fábricas romanas á Cartago, donde él por ventura no vió rastro de algunas dellas, ni las debió leer en escritor alguno; pero cuando esto se condene, será error de accidente, y por eso liviano. Basta que lo trasladó ilustremente y que es uno de los buenos sonetos que tiene la lengua española.

(5) El manuscrito del señor Alava dice:

Desierta playa, que apacible lago
Lleno fuiste de triunfos y vitoria.

(6) El referido manuscrito pone:

En quien se ve cuál es del mundo el pago.

Que por matarle á él, á mí me has muerto;
El golpe has hecho en él, yo siento el daño.

SONETO XXV.

¡Ay vivo fuego! Ay fiero pensamiento!
Ay rabioso dolor, pasos cansados!
Ay recelos de amor desesperados!
Ay triste, congojoso sentimiento!
¡Ay alto desear sin fundamento!
Ay vana empresa, llena de cuidados!
Ay rios, fuentes, selvas, bosques, prados!
Ay esquivada ocasion de mi tormento!
¡Ay verdes huertas, árboles hermosos!
Ay lugar que ya fué ledo y jocundo,
Do gastaba mi tiempo en dulce canto!
Espíritus alegres y amorosos,
Si alguno vive acá en el bajo mundo,
Muévaos hora á piedad mi triste llanto.

SONETO XXVI.

Hiere el puerco montes, cerdoso y fiero,
Y la alterada sangre, detenida,
Tarda del corazón á la herida,
Y una blanca señal muestra primero.
Así del amador que es verdadero,
En lágrimas la sangre convertida,
No llegan así presto á su salida
En llorando un pesar muy lastimero.
Da el corazón señal que está alterado,
Hace que de dolor el fiero diente
En lo vivo del alma ha penetrado.
Entonces muestra el daño el accidente,
Y la blanca señal de estar turbado
Matiza con el llanto el mal que siente.

SONETO XXVII.

Como la oscura noche al claro día
Sigue con inefable movimiento,
Así sigue al contento el descontento
De amor, y á la tristeza la alegría.
Sigue al breve gozar luenga porfía,
Al dulce imaginar sigue el tormento,
Y al alcanzado bien el sentimiento
Del perdido favor que lo desvía.
De contrarios está su fuerza hecha,
Sus tormentas he visto y sus bonanzas,
Y nada puedo ver que me castigue.
Ya sé qué es lo que daña y aprovecha;
Mas ¿cómo excusará tantas mudanzas
Quien ciego tras un ciego á ciegas anda?

SONETO XXVIII.

Mientras el fiero dolor de su tormento
Con mayor soledad Vandalio llora,
Con voz de su morir denunciadora
Dijo triste, lloroso y descontento:
«¡Oh gloria de estas selvas y ornamento,
Sombras que tanto ardor templais agora!
¡Oh tú, Eco, perpetua habitadora
Del bosque que este llanto escucha atento!
»Quédese para vos solas guardado
Mi tan secreto bien, mi buena suerte,
Que tanto me costó por no mostralle.
»Y si tanto favor me niega el hado,
Ya que á alguno contar quera is mi muerte,
Dígame solo el mal, el bien se calle.»

SONETO XXIX.

Golfo de mar con gran fortuna airado
Se puede comparar la vida mía:
Van las ondas do el viento las envía,
Y las de mi vivir do quiere el hado.
No hallan suelo al golfo, ni hallado
Será cabo jamás en mi porfía;
En el golfo hay mil monstruos que el mar cria;
Mi recelo mil monstruos ha criado.
En el mar guía el Norte, á mi una estrella;
Nadie se fia del mar, de nada fio;
Vase allí con temor, yo temeroso.
Por mi cuidados van, naves por ella;
Y si en algo difiere el vivir mio,
Es que se aplaca el mar, yo no reposo.

CANCION III.

Animal venturoso,
Que con gozo tan alto
El morir limitó tu buena suerte,
¿Cuál vivir tan sabroso
No será pobre y falto
Ante la dulce causa de tu muerte?
¿Cuál ánimo tan fuerte,
¿Cuál alto atrevimiento
Al tuyo igualar puede,
Si tu atrever excede
Al mas desenfrenado pensamiento?
¿Cuál ingenio, cuál arte
De tu gloria dirá la menor parte?
¡Animal atrevido,
Tan bien afortunado,
Que osaste así llegar (¡furioso hecho!)
Al amoroso nido,
Al seno regalado
De Amor, al mas hermoso y casto pecho!
De ser muerto y deshecho
Allí luego improviso,
Mayor bien se te sigue,
Porque el morir mitigue
La gloria que á si solo Amor dar quiso,
Que el morir en tal punto
Fué un no sentir el mal al bien tan junto.
Cosa es clara y sabida,
Que de tan gran locura
Había de seguir un mal extraño.
Pagaste con la vida
Tu sobrada ventura,
Y á respecto del bien fué poco el daño.
¡Ay qué sabroso engaño!
Ay qué muerte sabrosa!
Que mientras contemplabas
El favor y gozabas
Pasó disimulada y presurosa,
Con el bien tan mezclada,
Que cuando mas dolió, no dolió nada.
¿Quién hay tan sin sentido,
Que á trueque de tu suerte
Su ser por el ser tuyo no trocara?
Por un bien tan subido
Con venturosa muerte
¿Quién de su voluntad no la tomara?
¡Ay gloria única y rara!
¿Quién agora sintiera
Lo que sentias muriendo,
Tanto gozo sintiendo,
Que mal puede sentirse! Aunque muriera,
Tengo por cosa cierta
Que allí la muerte en vida se convierta.
Faetonte no se alaba
Mas de su atrevimiento,
Pues él ni nadie al tuyo igualar puede.
No en pecho humano cabe
Tan gran contentamiento,
Que ante el bien de tu mal bajo no quede.
De un sol que al sol excede,
Donde aun el pensar loco
Apenas llegar osa,
Cama dulce y sabrosa
Hiciste, el mayor bien teniendo en poco,
Porque haga la fama
En memoria inmortal muerto en tal cama.
No puede ser pagado
Un atrever tan alto
Con castigo menor que de tal muerte;
Ni pudo ser mezclado
Con menor sobresalto
Porque el bien engañase un mal tan fuerte.
Solo faltó á su suerte
Tal autor, que escribiera
Tu vida, muerte y gloria;
Y que para memoria
Perpetua en tu sepulcro se leyera:
«Aquí contento yace
Quien por tal ocasion morir le place.»
No pases adelante,
Cancion, pues á los dos nos cabe en suerto
Llorar de envidia de tan dulce muerte.

SONETO XXX.

Ilustre honor del nombre de Cardona,
No décima á las nueve de Parnaso,
Mas la primera del oriente á ocaso,
A quien rara beldad honra y corona,
Y á quienes la fama por sin par pregona,
De virtudes colmado y rico vaso,
Por eleccion, y no por suerte ó caso,
Dignísima de cetro y de corona;
Perderia la pena y el trabajo
Donde la invidia su malicia enfrena,
Si cantase de tí aun el mas instruido,
Pues tu santa virtud tomó á destajo,
Con pura castidad de afetos llena,
Producir para el cielo eterno fruto (7).

SONETO XXXI.

Ni la alta pira que de César cierra
Las reliquias soberbias en el suelo,
Ni aquel famoso templo por quien Belo
Vivirá siempre en cuanto el mar encierra;
Ni todos los honores que en la tierra
Pueden de gloria alzarse en alto vuelo,
Os dieran tanto honor, héroes del cielo,
Cuanto os dan estas piedras y esta tierra.
De huesos de enemigos mayor pira,
Do los vuestros á guisa de trofeo
Se muestran, fabricando fabricastes.
El templo que á los otros mas admira,
Y el honor muy mas grande que el deseo,
Cristo os lo dió y vosotros lo ganastes.

SONETO XXXII.

**A una dama que le pidió alguna cosa suya
para cantar.**

No es sabrosa la música ni es buena,
Aunque se cante bien, señora mía,
Si de la letra el punto se desvia;
Antes causa disgusto, enfado y pena.
Mas si á lo que se canta acaso suena
La música conforme á su armonía,
En lugar del pesar que el alma cria,
De un dulce imaginar la deja llena.
Vos, que podeis mover al son del canto
Los montes, no querais cantar enojos
Ni el secreto dolor de mi cuidado.
Quédese para mí solo mi llanto;
Vos cantad la beldad de vuestros ojos:
Conformará el cantar con lo cantado.

SONETO XXXIII.

Si el justo desear, padre Silvano,
Jamás pudo moverte entre pastores;
Si del rabioso mal de los amores
El corazón salvaje has hecho humano,
Ruega al nûmen celeste que la mano
De su piedad extienda á los clamores
Que Dórida le hace en los ardores
De una fiebre cruel, llorando en vano.
Si alcanzo de los dos tanta ventura,
Vuestra gloria será mas verdadera,
Y mas para sufrir mi desventura.
Y cuando lo contrario el hado quiera,
No perezca, Señor, tal hermosura;
Menor mal es que yo en su lugar muera.

SONETO XXXIV.

Pincel divino, venturosa mano,
Perfecta habilidad, única y rara,
Concepto activo do la envidia avara,
Si te piensa enmendar, presume en vano.

(7) Este soneto no se halla en el manuscrito del señor don José María de Alava. Publicólo Herrera en la *Anotacion al soneto vigésimoquinto de Garcilaso*, diciendo: «Este soneto contrahizo, segun se dice, CETINA; no sé si tambien que mereciese alabanza por ello. Quien lo leyere con atencion verá claramente el efeto que consiguió, porque yo no tengo por ingenio obligarse á cosas semejantes, que tienen mas dificultad que arte, y despues de trabajadas no alcanzan en alguna parte á la imágen que escogieron por ejemplo.»

Delicado matiz, que el sér humano
Nos muestra cual el cielo lo mostrara;
Beldad cuya beldad se ve tan clara,
Que al ojo engaña el arte soberano.
Artifice ingenioso, que sentiste
Cuando tan cuerda mente contemplabas
El sugeto que muestran tus colores,
Dime: si como yo la vi la viste,
El pincel y la tabla en que pintabas
Y tú ¿cómo no ardeis, cual yo, de amores?

SONETO XXXV.

Al conde de Feria.

Mientras el franco furor fiero se muestra,
En uno con el bárbaro temiendo;
Mientras el consorcio protestante horrendo
Turbar piensa la fe y la patria nuestra,
Marte os arma, Señor, la mano diestra,
A la cual la victoria está atendiendo,
A aquel vestigio de valor siguiendo
Que á la inmortalidad virtud adiestra.
Ya me parece ver de vuestra gloria
El alto resplandor ilustrar tanto,
Que al paterno poder hará la vista.
Solo tengo temor que tanta historia
Puesta no quedará en eterno canto,
Si vos de vos no sois el coronista.

SONETO XXXVI.

Cercado de terror, lleno de espanto,
En la barca del triste pensamiento,
Los remos en las manos del tormento,
Por las ondas del mar del propio llanto
Navegaba Vandalio, y si algun tanto
La esperanza le da propicio el viento,
La imposibilidad en un momento
Le cubre el corazón de oscuro manto.
«Vandalio, ¿qué harás ora? decía.
Fortuna te ha privado de la estrella
Que era en el golfo de la mar tu guía.»
Y andándola á buscar ciego sin ella,
Cuando por mas perdido se tenia,
Vióla ante los nublados ir mas bella.

SONETO XXXVII.

De sola la ocasion ledo y gozoso,
Dijo Vandalio á Amor: «Por un halago
Corra en cama dorada el rico Tago,
Pactolo sea de perlas abundoso;
«Desea con su virtud quedar famoso
El que el sacro laurel quiere por pago,
Vaya arando la mar, cual hizo Lago,
Aquel que de riquezas es cuidadoso;
«Gobierne el reino aquel que lo procura,
Sea el mundo de aquel que lo conquista,
Y cada cual se goce con su estado.
«Yo no pido ni quiero mas ventura,
Salvo que pueda de una dulce vista
Solamente mirar y ser mirado.»

SONETO XXXVIII.

Al duque de Sesa.

Como al salir del sol se muestra el cielo
Mas claro y mas alegre y mas gozoso,
Y como en el venir de abril hermoso
De flores se matiza y lustra el cielo,
Tal, movido por vos de honesto celo,
Se muestra ufano el mundo, deseoso
De veros ya llegar al glorioso
Término á que llegó el único abuelo.
Solo en veros salir solo del nombre
De Gonzalo Fernandez tiene espanto
Cuanto ciñe Apenin, Adria y Tirreno.
¿Cuál será pues, Señor, que no se asombre
Viéndoos volver con el honrado manto
De palmas, de trofeos, de glorias lleno?

SONETO XXXIX.

Al emperador.

No fuera Alcides, no, famoso tanto,

Ni durara en el mundo hoy su memoria,
Si menos cara hubiera la victoria
De los monstruos que aun hoy causan espanto.

La fuerte emulacion con todo cuanto
Contrasta casi al par con vuestra gloria,
Harán al fin, Señor, que vuestra historia
Nos dure con eterno é inmortal canto.

El vencer tan soberbios enemigos,
Sujetar tantos monstruos, tanta gente
Con el valor que el cielo en vos derrama.

Al siglo por venir serán testigos
Del honor que dará perpetuamente
A Carlos Quinto Máximo la fama.

SONETO XL.

A la marquesa del Gasto.

Cual en la deseada primavera
Suelen venir á nos Favonio y Flora,
Cual se suele mostrar la bella aurora
Ante el rector de la celeste esfera,

Cual en aquella dulce edad primera
Diana en selva se mostró á deshora;
Tal vos, excelentísima Señora,
Pareceis á este pueblo que os espera.

Alégrate hora pues, Liguria mía,
Que si grande ocasion para gozarte
Deseabas hallar, hoy es el día.

Si de dolor te queda alguna parte,
Sea por no haber visto en compañía
De la nueva Diana al nuevo Marte.

SONETO XLI.

Está en mi alma mi opinion escrita
Con tal fuerza de amor, tan bien guardada,
Que si de vuestra saña no es borrada,
A la par con la vida en ella habita.

Bien me podeis vos dar pena infinita;
Amor os da el poder como le agrada;
Mas excusar que no seais amada
De mi con tal beldad ¿quién me lo quita?

Aborrecerme vos podeis, Señora,
Afecto tan contrario al ardor mío,
Y aun desearme, si quereis, la muerte:

Mas que no os ame esta alma que os adora,
Ni vos ni vuestra saña, yo lo to,
Podeis borrar lo que me cupo en suerte.

SONETO XLII.

¡Ay dulce tiempo, por mi mal pasado,
En el cual me vi yo de amor contento!
¿Cómo se fué volando con el viento,
Y sola la memoria en mi ha quedado!

¡Ay triste tiempo, lleno de cuidado,
De pesar y dolor, pena y tormento!
¿Quién hace así tardar tu movimiento?
¿Cómo vas tan de espacio y tan pesado?

Si tanto bien no merecí mi suerte,
¿Cuál desdicha ordenó que lo gustase?
Y si era bien, ¿para qué fué mudable?

Y si habia de venir un mal tan presto
Tras él para que mas me lastimase,
¿Por qué es mi mal mas que mi bien estable?

MADRIGAL III.

No miréis mas, Señora,
Con tan grande atencion esa figura,
No os mate vuestra propia hermosura.
Huid, dama, la prueba
De lo que puede en vos la beldad vuestra.
Y no haga la nuestra
Venganza de mi mal piadosa y nueva.
El triste caso os mueva
Del mozo convertido entre las flores
En flor, muerto de amor de sus amores.

CANCION IV.

Al rio Bétis.

Bétis, rio famoso, amado padre,
Que con paso tardío
Haces tu curso al mar acostumbrado,
Mientras así oscura está la antigua madre;

Oye en el canto mío
Las quejas de un pastor desventurado,
De un hijo que algún tiempo ha celebrado
(A pesar del grosero y bajo estilo)
Del Indo al Tago y del Banubio al Nilo.
Oye pues mi pesar, mi desconsuelo,
Mi temor y recelo;

Lleve consigo el viento embravecido
La memoria del mal fiero, rabioso,
Y mientras dura el son de mi gemido,
Llora, padre piadoso,

Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vagan las mías.

Lleve el viento la voz, como se lleva

La misera esperanza;
El llanto lleva tú, y el sentimiento
Quede solo conmigo, y haga prueba
Si la desconfianza
Pudiese destruirme el sufrimiento.
Mas ¡ay! que este vencido pensamiento
La fuerza de mi fe, la del deseo
Lo rehacen de nuevo y lo levantan
Cuando los males mas, mas me quebrantan
(Haciendo del sentido un otro Anteio).

A todo cuanto veo,
Los ganados, las yerbas y las fuentes,
A todo soy molesto y enojoso,
A las fieras, al cielo y á las gentes.

Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vagan las mías.

No quiero perder tiempo en recontarte
Mis pasados ardores;

No pienso recitar viejas historias.
Estas riberas pueden acordarse,
Tus niñas, tus pastores,
De mi perdido bien tristes memorias.

Los vencimientos sabes, las victorias
Que Amor hubo de mí, yo de él he habido;
Mas no son estos causa de este llanto;

No fué entonces el mal tan grave cuanto
Fué la alteza del bien no merecido
El haberlo perdido.

Y el acordarme de él, sin él agora,
Me hacen de la muerte deseoso;

Pero mientras su daño el alma llora,
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vagan las mías.

Bien se que deste mal la mayor culpa
Querrás atribuirme,

Porque estando tan bien osé mudarme;
Mas si aquella beldad no me disculpa,
Que pudo destruirme,

Baste el hado cruel para excusarme.

No me valió huir, no el alejarme,
No aproveché el discurso y la cordura;

No el hacerme yo fuerza resistiendo;
Todo lo fué gastando y deshaciendo
De Amarilida el trato y la blandura.

Quiso mi desventura
Ponerme nuevo yugo,
Tan fácil al principio y tan sabroso
Cuanto ha sido despues pesado y grave.

Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vagan las mías.

Contento de mi suerte tal cual era,

Por no andar peregrino
Buscando mejor pasto á mi ganado,
Pasaba yo mi vida en tu ribera,

Cuando nuevo camino
Para nuevo pesar me mostró el hado.

De la bella Amarilida avisado
Fui que el amado río atrás dejaba
Libre de sujecion, y que queria

Mudar patria, costumbre y fantasía,
De lo cual me juró que se alejaba

Por ver que se acercaba
A tus hermosas ondas, do tenerme

Cerca de sí queria y con reposo,
Segura para siempre de perderme.

Llora, padre piadoso,

*Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.
¡Cuántas veces la vi certificarme
Que dejaba aquel río,
Y el Tago, do vivir tambien podia,
Por tenerme mas cerca y por tratarme,
Porque el ganado mio
Gozase su pastor siquiera un dia!
Jurar la vi tambien que ya tenia
De Pisnerga tan libres los cuidados,
Que no dejaba atrás rastro ninguno;
Que deseaba ver paciende en uno,
Por tu ribera andar nuestros ganados.
Los ardores pasados
Veniamos mil veces acordando
Por hacer el camino mas sabroso.
¿Para qué mi dolor voy relatando?
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.
¡Ay Dios! si me durara aquel camino
Cuan to dura la vida,
O la vida con él se me acabara!
Si de un trato tan blando y tan continuo
Iluia de dar caída,
¡Pluguiera á Dios que nunca lo gustara!
Mas ¿quién creyera tal, quién lo pensara.
Viéndose así tratar tan blandamente?
Quién se vió como yo que no creyese
Que tal contentamiento eterno fuese,
Siendo eterno el autor que el alma siente?
¿Cuál piadoso bosque ó fuente
Vimos en el pasar que no haya sido
Castigo de mi bien? ¡Ay qué rabioso
Es el acuerdo, Amor, del bien perdido!
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.
Pisnerga sabe bien que fué testigo
De mi dolor primero,
Si de todo mi mal recibe el pago;
Y si fuere mayor del mal que digo,
Tambien lo sabe Duero,
Tórmes lo sabe bien, sábelo Tago,
Que la vieron pasar. ¿Con cuál halago
Me regaló viniendo ora por verte?
Y aun tu, Bétis, tambien viste una parte
De mi felicidad, mientras con arte
Simulaba el engaño de mi muerte.
Pues quien tan buena suerte
Perdió viéndose tal, sin ella agora,
Mira si con razon vive quejoso
Del cielo, del amor de su pastora.
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.
No descubrió en llegando las cantelas
Que agora ha descubierto
Por abrasarme mas, por encenderme;
Mas atenta á pacer sus ovejuelas,
Con mañoso concierto
Se comenzó á tratar y á entretenerme;
Ni mostraba sollarme
Ni dar vida á mi mal ni nueva muerte.
Quando estaba mas blanda y quando dura,
Yo, que andaba engañado en mi locura,
Todo lo atribuía á buena suerte;
El nudo estrecho y fuerte,
Que solo entre los dos ligó Himeneo,
Y en verme en posesion, menos cuidados
Me hicieron del daño que hora veo.
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,*

*Do tus lágrimas van vayan las mías.
Agora ni me trata ni entretiene
Ni mi vivir le agrada,
Antes huye de mí como de fiera;
Y si donde yo estoy acaso viene,
Se muestra tan trocada,
Que no parece ser la que antes era.
No la puedo entender ni sé qué quiera;
Lo mesmo que me hiela, eso me enciende,
Y lo que mas me ofende
Es no saber de qué se satisface.
Eso es pues el dolor fiero, rabioso,
Que en llanto me consume y me deshace.
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.
Bétis, río famoso,
Recibe esta cancion en tus honduras,
Y mientras lloro aquí mis desventuras,
Lloro, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.*

SONETO XLIII.

Al duque de Alba.

Señor, mientras el valor que en vos contemplo
El ánimo, el saber alabar quiero,
Con el hajo decir torpe y grosero
Del alto desear la furia tiemplo.
Vuestras obras serán pues vuestro ejemplo,
Vos vuestro coronista verdadero,
Vuestra virtud será el mas cierto Homero
Que á la inmortalidad os abre el tiemplo.
No dejaréis, Señor, ser alabado;
Mas al principio que llevais tan alto
Dad en lo porvenir alegre efeto;
Que si el triunfo del mundo es pobre y falto,
Si corresponde mal con tal sugeto,
Allá os le tiene el cielo aparejado.

MADRIGAL IV.

¡Ay qué contraste fiero,
Señora, hay entre el alma y lós sentidos
Por decir que os dolais de los gemidos!
Ninguno de ellos osa;
Cada cual se acobarda y se le excusa
Al alma deseosa,
Que de su turbacion la lengua acusa.
Ella dice confusa
Que os dirá el dolor mio,
Si la deja el temor de algun desvío;
Pero de un miedo frio
La cansa el corazon, y de turbada,
Quando algo os va á decir, no dice nada.
Al corazon no agrada
La excusa, y dice que es della la mengua;
Que el quejarse es afecto de la lengua.
El uno al otro amengua;
El vano pensamiento
No sabe dar consejo al desatiento.
La razon sierva sientio,
Que solia un tiempo entre ellos ser señora,
Y el esfuerzo enflaquece de hora en hora.
La mano no usa agora
Del medio que solia;
Que el temor la acobarda y la desvia.
La sangre corre fria
A la parte mas flaca, y de turbado,
El triste cuerpo tiembla y suda helado.
¡Ay rabioso cuidado!
Pues si el alma contrasta á los sentidos,
¿Quién dirá que os dolais de mis gemidos?

POESÍAS

DE

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA

(*En las Anotaciones á Garcilaso*).

DON DIEGO DE MENDOZA habló maravillosamente y trató sus concetos, que llaman del ánimo, y todas sus perturbaciones con mas espíritu que cuidado, y alcanzó con novedad lo que pretendió siempre, que fué apartarse de la comun senda de los otros poetas, y satisfecho en ello, se olvidó de las demás cosas; porque, si como tuvo en todo lo que escribió erudicion y espíritu y abundancia de sentimientos, quisiera servirse de la pureza y elegancia en la lengua, y componer el número y suavidad de los versos, no tuviéramos invidia á los mejores de otras lenguas peregrinas. Y no se puede dejar de conceder que cuando reparó con algun cuidado, ninguno le hizo ventaja; pero, como él se ejercitó por ocupar horas ociosas ó librar el ánimo de otros cuidados molestos, así la grandeza de sentimientos y consideraciones y el natural donaire y viveza de sus versos lo desvian, como tengo dicho, de la poesía comun.

DE LOPE DE VEGA

(*En el prólogo del Isidro ; Madrid, 1599*).

¿Qué cosa iguala á una redondilla de Garci Sanchez ó DON DIEGO DE MENDOZA?

DE DON TOMAS TAMAYO DE VARGAS

(*En las Anotaciones á Garcilaso*).

El ingenioso caballero DON DIEGO DE MENDOZA ¿qué quiso decir que no pudiese en sus coplas castellanas?

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

(*En la República Literaria, siguiendo á Herrera*).

Sucedió á estos DON DIEGO DE MENDOZA, el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo é inculto.

POESIAS

DE

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

COMPOSICIONES VARIAS.

EGLOGA.

En la ribera del dorado Tajo,
Cuando el sol tiene el cielo mas ardiente,
Y á la tierra sus rayos dan trabajo,
Orilla de una limpia y clara fuente,
Cantar vi á Melibeo y á Damon,
Guardados de la siesta y de la gente,
Entrambos aquejados de pasión,
Iguales en cantar y responder,
Iguales en quejarse con razon.
Olvidan los ganados el pacer,
Y los montes inclinan el altura,
Y detienen los rios el correr.
Yo tambien me escondi entre la espesura
Por oír aquel canto, que esculpido
Quedó con hierro duro en piedra dura.
Melibeo, que estaba mas sentido,
Llamando el cielo cruel y matador,
Comenzó con un canto dolorido :

«¿Qué he de hacer? Qué me aconseja amor?
Tiempo es ya de morir;
Mas tardo que quisiera en estos hados;
Muerta es, y llevó mi corazón;
El alma se me sale de dolor,
No la puedo seguir.
Conviene que os rompáis, años cansados,
Pues rompéis á lo menos con razon;
Mi desesperación
Es que no la he de ver, y el esperar
Acá es mayor pesar;
Que mi descanso ha vuelto su partida
En llanto y amargura dolorida.

»Tú sientes bien, amor, de qué me duelo,
Cuánto mi mal es grave;
Duélete deste daño, que á tí toca;
Que el mal es tuyo y mío todo junto.
A entrambos se mostró cruel el cielo,
Y juntos nuestra nave
Rompimos y perdimos á una roca.
Y juntos nos faltó el sol en un punto;
¿Qué ingenio tan á punto
Podrá dar á entender mi mal un rato?
Mundo huérfano, ingrato,
Razon tendrás conmigo de llorar
La que el bien que habia en ti pudo llevar.

»Caída es ya tu gloria y no la vees;
No eres digno, cuando ella
En ti vivía, de hacer su conciencia,
Ni merecias tú tan gran vitoria,
Que fueses tocado de sus santos piés,
Porque cosa tan bella
Debia el cielo alegrar con su presencia
Y entristecer á ti con su memoria.
Mezquino sin tal gloria,

Ni la vida mortal ni á mí mismo amo.
Llorando me la llamo;
Solo de mi esperanza esto me queda,
Con que el vivir en ti sostener pueda.

»Aquella hermosura en tierra es vuelta,
Que solia del cielo
Y de todo el bien de arriba ser dechado;
En paraíso está su gran beldad,
Ya del pesado cuerpo y nudo suelta,
Suelta ya de aquel velo
Que el mas que humano sér tuvo encerrado,
Haciendo sombra á su florida edad.
De nueva humildad
Vestida, y de una eterna vestidura,
Te verá yo, alma pura,
Tan hermosa cuanto es mas divinal
Perpetua hermosura que mortal.

»Mas ufana que nunca, mas hermosa
Me vienes al sentido,
Como cuando mas tu vista me agradó;
Y esta es una columna de mi gloria;
Mas como sombras huye, y no reposa.
Tu nombre esclarecido
Es obra que en mi pecho se fundó,
Do siempre estaré vivo y con vitoria
Si traigo á la memoria
Que murió mi esperanza en aquel día
Que ella mas florecia.
Bien siente amor cual quedo, y tú. Señora,
Que á la verdad mas cerca estás ahora.

»Pastores, vos que vistes su beldad
Y su angélica vida,
Y aquella celestial manera en tierra
Que deshacia todo el bien humano,
Doleros de mí, pues quedo en soledad.
No della, que es ya ida
A tanta paz y me ha dejado en guerra;
De mi os doled, que muero y lloro en vano,
Aunque si ajena mano
De seguilla el camino me estorbara,
Lo que amor me hablara
Me hiciera que no cortara el hilo,
Y sé que me hablara en tal estilo :

»—Pon freno al gran dolor que así te aqueja;
Que por querer y enojos
Podrá perder el cielo tu deseo,
Donde vive quien muerta acá parece;
Por si tiene descanso, por ti queja.
Del cuerpo y sus despojos
Se rie, y por ti llora Melibeo;
Por ti, que solo quedas, se entristece
Su fama, que florece
En muchas tierras; por tu ingenio y arte
No le falta esta parte;
Y tu voz á tu nombre torne clara,
Si algun hora su vista te fué cara. —

»Huye la claridad
Y el lugar donde hubiere risa y canto,
Cancion; pues eres llanto,
No es para tí la gente que se alegra;
Busca la obscuridad,
Viuda desconsolada en veste negra.»

Como hubo acabado de cantar,
Con tan gran agonía suspiró,
Que también hizo el valle suspirar.
El río con sus lágrimas creció,
Las ninfas le ayudaron á dolerse,
Y el monte con sus valles respondió.
Damon comenzó luego á entristecerse
Como el que mal sospecha y no lo alcanza,
Y ni puede escusalle ni valerse.
Bien fuera que, mudando su esperanza,
Diera nuevo lugar á su deseo;
Mas hay amor en parte que hay mudanza.
Pues tomándola flauta á Melibeo,
La flauta, ya mostrada al mismo canto,
Comenzó con el mismo arte y meneo:

«¡Oh cielos, que cubris con vuestro manto
Los ciegos elementos,
Que dais y quitais sombra y claridad
Con movimientos de eternal firmeza!
Movéos á compasión del triste canto,
Pues para mis tormentos
No hay lugar en la tierra de piedad,
No hay en ella consuelo á mi tristeza;
Hay harta ligereza
Que esparciste, Señora, con tus manos,
Hartos placeres vanos,
Y todos van en lloro y en pesar;
Mas todos á la fin se han de acabar.

»En las postreras horas de mis años,
Que pensé tener buenas,
Me negó el claro sol su clara lumbre,
Y entrególa á quien no la merecía;
No me quejo, Señora, de mis daños,
Porque tú los ordenas.
No por arte ó razón, mas por costumbre;
Mas como lo perdí todo en un día,
Junto con la mi gloria,
Pues no hay razón ni arte que le ayude,
Puede ser que se mude
Quien no puede durar en un estado,
Cosa que tantas veces se ha mudado.

»Antes quiero se esté como se está,
Porque de ti no venga
Otro tal bien, quedando yo sin él;
Estése, pues está en tu voluntad.
La mía sé que no se mudará
Aunque el bien se detenga;
Mas que en mí se detuvo, ahora en él
Mas presto sentirá tu crueldad;
Que tu inhumanidad
No la podrá sufrir hombre nacido
Si no está aborrecido,
Y sé que no será su bien durable;
Que él también, como tú, siempre es mudable.

»Vos, noches, que seguís los días claros;
Vos, que la noche oscura
Huis en torno, claros días, corriendo;
Vos, sol, cielo, estrellas, que continuo
Andáis en una orden sin mudaros;
Vos, obras de natura;
Vos, árboles y plantas, que viviendo
Camináis siempre un eternal camino,
Pues que con tanto tino
Vuestro sér sosteneis y lo acabais,
Ruégos no consintais
Quebrar á las discretas y hermosas
La orden con que guardáis todas las cosas.

»Mas ya que todas ellas la guardasen,
Esta lo quebraría,
Porque su hermosura y discrecion

No se puede encerrar en ley ninguna.
Quisiese Dios que todas se trocasen
Y fuesen por tu vía;
Quizá tú seguirías otra razón
Por apartarte de ellas y ser una.
¿Qué tigres en la cuna
Te dieron á mamar su leche brava?
¿Qué fiera te criaba,
Que tan blanda saliste al parecer,
Y tan brava al oír y responder?

»Si en los hados hay parte de venganza,
Yo sé que he de vengarme,
Aunque todo á la fin es por mi daño,
Que quieras ó aborrezcas á otro ó á mí,
Y no cabe en caído confianza.
Quiero solo alegrarme
Con que te veo recibir engaño
Y suspirar cuando otro no por tí;
Las ninfas por ahí
Se rien del amigo que escogiste,
Y no hay pastor tan triste,
Que trocarse con ese que has tomado
Su seso y parecer ni su ganado.

»Aretusa, aunque no es muy avisada,
Mas hermosa pastora,
Me dijo: — Mi Damon, aquí estoy yo;
Si me amas y sabes conocerme,
Deja á Marfira, y no perderás nada.—
Yo le dije: — Señora,
Pues ella por el otro me dejó,
No debo yo de ser para escogermela. —
Bien pudo no entenderme
Aretusa, mas bien le di á entender
Que humano parecer
Después del tuyo en mí no tiene parte;
Procura cuanto puedes extrañarte.

»Como una vestidura
Ancha y dulce al vestir, y á la salida
Estrecha y desabrida,
Así es amor, y tú, que le has seguido;
Pues no seas tan dura,
Que pienses que no hay Dios para el caído. »
Esto cantó Damon, yo lo aprendí.
Señora, y lo escribí por tu mandado;
Tiempo vendrá que cante yo por tí.
Y aun fuera ya razón de haber cantado;
Mas no quisiste tú ni quiso amor
Subir mi fantasía á tal estado.
Cuando quisieres, cual pobre pastor,
Con mas subida pluma y diestra mano
Comenzaré en tu nombre otra labor
Que no la olvide el mundo tan temprano.

CANCION.

¿Cómo podré cantar en tierra extraña
Cantar que darme pueda algun consuelo?
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?
¿Mi mal es fuerza, tu voluntad maña;
A la seguridad vence el recelo,
La desesperacion á la paciencia.
Si pienso que me veo en tu presencia,
Mi pensamiento va tan abatido,
Que siempre finge cosas de pesar:
Tu soberbia, tu saña, tu desvío;
Y en la ocasion me falta el albedrío,
Pues cuando quiero no puedo hablar;
Que pierdo la razón, mas no el sentido.

En tu presencia estoy, y esté en tu olvido;
Que nunca habrá mudanza,
Y acuérdate de mí para dañarme;
No te acuerdas de mí, mas es costumbre
Ser en esto cruel tu mansedumbre,
Y yo de diligente condenarme
En tu descuido y mi desconfianza.
Amor, amor, que quitas la esperanza,
Y en su lugar das vana fantasía,

¿Qué bien tiene el morir, si no lo siente
 Quien es la causadora deste daño?
 No quiero que deshagas el engaño;
 Quiero que sea razón, y no accidente,
 Lo que pueda vencer á tu porfía.

Si yo, Señora, viese que algun día
 Volvías tus dos soles á mirarme
 Por voluntad, y no por ocasion;
 Pensaría que estaba en tu memoria;
 Mas ¿cómo bastaré á sufrir tal gloria,
 Que un punto della es mas que mi pasión?
 Con tanto bien no puedo remediarme.
 Querría del pensamiento yo ayudarme,
 Si él me obedeciese á mi contento;
 Mas no para pensar cosa liviana,
 O que esta vida pueda darte enojos;
 Pensaré, como muero ante tus ojos,
 Que procede mi pena de tu gana,
 Que das alguna causa á mi tormento.

La vida pasaria en este cuento
 En espera de alguna buena suerte;
 Mas ¡ay de mí! que no puede venir,
 Ni cabe en mi juicio tal locura;
 De mi cuidado hago sepultura,
 Y en soledá y tristeza mi vivir,
 No vida, sino sombra de la muerte.
 ¡Oh Señora! Si yo pudiese verte,
 O quisieses saber tú cuál estoy,
 Harto alivio seria para mí
 En tan extraño mal como padezco.
 Las noches y los días aborrezco,
 Maldigome en la noche porque fui,
 Y cuando viene el día, porque soy.

Tambien maldigo el lugar donde voy,
 Y el tiempo porque pasa y no te veo
 A la hora que te vi, y á la sazón,
 Que siempre la procuro y no la hallo;
 La voluntad maldigo y mi razón,
 Y á tu aborrecimiento y mi deseo;
 Cuantos males sospecho, tantos creo,
 Juzgo lo que ha de ser por lo que fué,
 Revolviendo mis quejas de continuo
 Por vos, si tiene medio ó le ha tenido;
 Mas como ni lo espero ni lo pido,
 Como ciego que va por el camino,
 Ni veo dónde voy ni dónde iré.

Nueve el deseo y ciégamela fe;
 Muchas veces querría disimular,
 Pero descubro mas disimulando;
 Liviano es el cuidado que decirse
 Puede, y el que no puede sufrirse
 El mismo se descubrirá callando;
 Que no presta ser mudo ni hablar,
 Ni reposo en dormir ni con velar:
 Velando pienso en lo peor que puedo,
 Paso cosas que no puedo creer;
 Durmiendo sueño aquello que he pensado,
 Como el hombre que duerme de causado:
 Sueño que caigo, y no puedo caer,
 Y en lo mas alto estoy con aquel miedo.

Muero cuando me mudo, y si estoy quedo
 Busco piedad, y caigo en la sospecha,
 Y no hay de qué tener este cuidado;
 Que todos son contigo lo que soy;
 Mas ellos, si no van por donde voy,
 Podrá ser el hallarse en buen estado,
 Pues lo que á uno daña á otro aprovecha.
 Llamo la muerte como cosa hecha,
 Y viene, mas no llega á su lugar;
 Que no consiente amor, ni lleva medio
 En tanta soledad morir por ruego;
 Fuerza querría que fuese, y fuese luego;
 Que el mayor bien es el postrer remedio
 En mal que no se puede remediar.

A Marfira Damon salud envía,
 Si la puede enviar quien no la tiene;
 El la espera tener por otra vía.
 El tiempo es corto, la ocasion no viene,
 La esperanza es dudosa, y esperar
 En mal desesperado no conviene.
 Amor manda escribir, y no hablar;
 A mal agudo sea el remedio presto,
 Si turba á la razón el desear.

Yo quisiera dejar de hacer esto;
 Mas despreciar á amor es peligroso.
 Que reina en mis entrañas y tu gesto.
 Tú contenta, Señora, y yo dichoso,
 O me mata ó acaba de valarme;
 Que en la muerte ó la vida está el reposo.
 En ningun medio puedo sostenerme,
 Estando los extremos tan llegados,
 Que me hayas de valer ó aborrecerme.

Si quisiese contarte mis cuidados,
 No sé si mi paciencia bastaría,
 Que aun para dichos son desesperados.

La tuya sé que no lo sufriría,
 Pues no podrás mudar tu condicion,
 Que es jamás agradarte cosa mia.
 Otro tiempo valiera mi razón,
 Y pudiera quejarme y ser oído,
 Aunque nunca me vino la ocasion.

Ni vino, ni la espero, ni la pido;
 Antes la dejaría, si viniese,
 Por no perderme en ella, de atrevido.

Mas ¿qué perdería yo aunque me perdiese,
 Que no ganase mas en la experiencia,
 Si tu merced, Señora, lo entendiese?

Amor, amor, esfuerzos son de ausencia
 Que finjo yo entre mí solo conmigo,
 Y todos me fallecen en presencia.

Tú serás, aunque parte, buen testigo
 Cuántas veces me vi determinado
 A decirte, Señora, lo que digo.

Allí muriera yo desesperado,
 Cuando vi que pudieras entender
 Lo que yo no te dije, de turbado.

Desde aquel punto comenzó á caer
 Del todo mi esperanza y tu memoria;
 Ni yo supe hablar ni tú creer.

Bien sabes que es crueza mas que gloria
 Perseguir al que sigue la fortuna,
 Y vencer al vencido no es vitoria.

La sentencia me dieron en la cuna
 Que fuese en tu escoger mi vida ó muerte,
 Y yo que no escogiese otra ninguna.

Marfira, si trocásemos la suerte,
 Y fuese yo el contento y tú quejosa,
 Tú á seguirme, yo siempre á aborrecerte,

Siendo tú, como eres, tan hermanosa,
 Tan lejos estarias de olvidada.
 Cuanto ahora lo estás de piadosa.

¿Como puedes salir aderezada?
 Cómo coger en oro tus cabellos?
 Cómo mirar alguno y ser mirada?

Si los miras á todos por vencillos,
 Y olvidallas despues que son vencidos,
 Lo que ha sido de mí podrá ser dellos.

Mas ¡ay de mí! que no va en los vestidos,
 Sino en ser tan cruel tu voluntad
 Y en tener tan cerrados los oídos.

¿Para qué te demando yo piedad,
 Que no valga la pena del desvío,
 Ni merezco tener tu crueldad?

Mas ¿qué haré, que place al alhedrio,
 Por quien mi corazón es gobernado,
 Que viva en opinion y desvarío?

Fortuna, que me puso en tal estado,
 Quizá se mudará, pues es mudable,
 Que yo nunca saldré de este cuidado.

Cuanto mal hace amor es razonable
 Si el remedio va fuera de esperanza,
 Y no se puede ver, aunque se hable.

No sé por qué deseo esta mudanza,
 Que siempre lo que espero es lo peor;

Ved qué lejos estoy de confianza.

Contrastan en mi pecho odio y amor,
El uno con el otro de su parte;
Mas todos contra mí por mi dolor.
Ya yo sería contento de mirarte,
Si no perdiese el seso y la paciencia
Con el miedo que tengo de enojarte.
Mas es de tal manera mi dolencia,
Que con cualquier remedio crece el daño,
Y con medio ninguno tu clemencia.

Andando entre sospecha y desengaño,
Me ciego y desvario en la certeza,
Y en lo que mejor veo mas me engaño.
Múdese amor, que yo terné firmeza;
Aguce y emponzoñe bien sus flechas
En aborrecimiento y ligereza.

Al corazón me vengan bien derechas,
Pasadas (porque hieran al caer)
Por importunidades y sospechas.

Y tú, Señora, muestra tu poder
En perseguir del todo un misero hombre,
Que no tiene ya cosa por perder.

No ganarás en ello gran reposo;
Que del quitado cuerpo y sus porfías
No me ha quedado mas de sombra y nombre.

Tú vences, y yo doy fin á mis días;
Tú vences, mas no huelgas con mi muerte;
Porque hago en morir lo que querías,
Y esto tengo por vida y buena suerte.

CARTA II.

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que hasta á darnos vida descansada.

Esta órden del cielo presurosa,
El tiempo que nos huye por momentos,
Las estrellas y el sol, que no reposa,

Tales hay que lo miran muy exentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones
Ni piensan en contrarios movimientos.

¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar, que así enriquece
Los apartados indios con sus dorres?

Qué dices del que por subir padece
La ira del soberbio cortesano
Y el desden del privado cuando crece?

Qué del gallardo mozo que, liviano,
Piensa sabello todo, y entender
Lo que tú dejarías por temprano?

¿Cómo se han de tomar, cómo entender
Las cosas altas? Y á las que son menos
¿Qué gesto les debíamos hacer?

Esta tierra nos trata como ajenos,
Y aunque la otra esconde sus secretos,
Pienso que para ella somos buenos.

El que teme y espera están sujetos
A una misma mudanza, un sentimiento;
De entrambos son los actos imperfectos.

Entrambos sienten un remordimiento,
Maravillanse entrambos de que quiera,
A entrambos turba un miedo el pensamiento.

Si le duele, si duda ó ya si espera,
Si teme, todo es uno, pues están
A esperar mal ó bien de una manera.

En cualquier novedad que se verán,
Sea menos ó mas que su esperanza,
Con ánimo elevados estarán.

El cuerpo y ojos sin hacer mudanza,
Con las manos delante por tomar
O excusar lo que huye ó no se alcanza.

El sabio se podrá loco llamar,
Y el justo injusto, el día que forzase
A pasar la virtud de su lugar.

Dime: ¿quién sería el hombre que alcanzase
A ver su incomparable fortaleza,
Que mas de lo que basta la buscase?

Admirate, Boscan, de la riqueza
Del rubio bronce, de la blanca piedra,
Entallados con fuerza y sutileza.

Maravílate de esa verde hiedra

Que tu frente con tanta razón ciñe,
Con cuánta de la mia hora se arriedra;

Del rosado color que ansina tiñe
La blanca seda y lana delicada,
Del contrario de aquel que la destiñe;
La verde joya, que es de amor vedada,
Porque en el fin su grado rompe luego
La transparente piedra bien tallada,
Y la que en color vence al rojo fuego,
El muy duro diamante, que al sol claro
Turba la luz y al hombre torna ciego.

Aquella hermosura que tan caro
Te cuesta, y que holgabas tanto en vella,
Contra cuya herida no hay reparo,
Admiróte otro tiempo ver cuán bella,
Cuán sabia, cuán gentil y cuán cortés,
Y aun quizá ahora mas te admiras della.

Tu lengua, que debajo de los pies
Trae el sugeto, y nos lo va mostrando
Como tú quieres, y no como ellos.

Admirante mil hombres que escuchando
Tu canto están, y el pueblo que te mira,
Siempre mayores cosas esperando.

Con la primera noche te retira,
Y con la luz dudosa te levanta
A escribir lo que todo el mundo admira.

¿Cuál es aquel cautivo que se espanta
Que el año fértil hinchas los graneros,
Al que fortuna, y no razon, levanta?

¿Por qué quieren que hagan los dineros
Que yo nie admire de él, y él no de mí,
Pues yo ni él le hubimos de herederos?

Lo que la tierra esconde dentro en sí,
La edad y el tiempo lo han de descubrir,
Y enenhrir lo que vuela por ahí.

En fin, señor Boscan, pues hemos de ir
Los unos y los otros un camino,
Trabaje el que pu liere de vivir.

Si en la cabeza algun dolor te vino
Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,
Procura huir y ten buen tino.

Si te puede sacar de esa contienda
La virtud, como viene simple y pura,
Al resto del deleite ten la rienda.

Por los desiertos montes va segura,
No teme las saetas venenosas,
No el fuego, que no para en armadura;

No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda importuna y larga guerra,
No el loco mar con ondas furiosas;

No la ira del cielo, que á la tierra
Hace temer con terrible sonido,
Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.

El hombre justo y bueno no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido.

No por las pesadumbres de edificios,
Adonde la grandeza vence el arte,
Y es natura sacada de sus quicios.

No por el que procura vana parte,
Y con el ojo gobernar el mundo,
Forzando á la fortuna, aunque le aparte.

No por la pena eterna del profundo,
No por la vida larga ó presta muerte,
No por ser uno solo, sin segundo.

Siempre vive contento con su suerte,
Buena ó mediana, como se la hace,
Y nunca estará mas ni menos fuerte.

Cualquier tiempo que llegue, aquel le place,
Si no puede huir la triste vez,
Y burlase de aquel á quien desplace.

Todo se mide, á si mismo es juez,
Reposado en su vida está y seguro,
Uno en la juventud y en la vejez.

Es por de dentro y por defuera puro,
Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
Duro en temer, y en esperar mas duro.

En cualquier medio vive satisfecho,
Procura de ordenar, en cuanto puede,
Que en todo la razon venza al provecho.

Esto no sigue tanto, que él no quede
Dulce en humano trato y conversable,

Ni dé á entender al mundo que le hiede.

Pónese en un estado razonable,

Nunca teme ni espera, ni se cura

De lo que le parece que es mudable.

Jamas de todo en todo se asegura,

Ni se da tanto á la riguridad,

Que por sequilla olvide la blandura.

Leja á veces vencer la voluntad,

Mezclando de lo dulce con lo amargo,

Y el deleite con la severidad.

De lo menos que puede se hace cargo,

Daña á ninguno, á todos aprovecha,

No hace por que deba dar descargo.

Este va por la via mas derecha,

De todo lo que tiene hace bueno,

De nada se ensandeece ó se despecha.

Si la mano metiese hombre en su seno,

Y hubiese de llorar lo que no viene,

Ni parará en lo suyo ni en lo ajeno.

El gran rey de Marruecos, dicen, tiene

Gran numero de esclavos y ganados,

Pero nunca el dinero que conviene.

Algunos en la guerra son guardados

Con las riquezas, y otros con varones,

Y algunos con los montes encumbrados,

Otros con elegancias de razones;

Mas el que lo tuviere todo junto,

Será dichoso y libre de pasiones.

¡Oh, quién pudiera verse en este punto,

Cuanto al ánimo, y no cuanto al poder,

Y tuviese el mundo por difunto!

Conmigo se acabase mi valer,

Y tan poca memoria de mí hubiese

Como si nunca hubiera de nacer.

La noche del olvido me cubriese

En esta medianía comelida,

Y el vano vulgo no me conociese.

Entonces haria yo sabrosa vida,

Libre de las mareas del gobierno

Y de loca esperanza de cabida.

Arderia mi fuego en el invierno

Contino y claro, y el manjar seria

Rústico, pero muy mas dulce y tierno.

El vino antiguo nunca faltaria,

Que los pies y la lengua me trabase,

Mezclado con el agua clara y fria.

Y cuando el año se desinvernase,

Vendria de pacer manso el ganado,

A que la gruesa leche le ordeñase.

Llevarlo-ia al espacioso prado,

Volverlo-ia despues á la majada,

Donde fuese seguro y sosegado.

Otras veces á mano rodeada

Esparciria tras los tardos buyes

El rubio trigo ó el áspera cebada.

A la noche estaria dando leyes,

Al fuego, á los cansados labradores,

Que venciesen las de los grandes reyes.

Oiria sus cuestiones, sus amores,

Gustaria sus nuevas elocuencias,

Y sus descubrimientos y favores,

Sus cantos, sus donaires, sus sentencias,

Sus enojos, sus fueros, su motin,

Sus celos, sus cuidados, diferencias.

Vendrias tú y Jerónimo Agustín,

Partes del alma mía, á descansar

De vuestro pensamiento y de su fin.

Cansados de la vida del lugar,

Llenos de turbulencia y de pasión,

Uno de pleitos y otro de juzgar.

Vendria con bondad de corazón

Toda vida sabrosa, con Dural

Traeriades tambien á Monteleón.

Allí se reiria el bien y el mal,

Y cada uno hablaria á su guisa,

Y escucharia el que no tiene caudal.

De contar mal no se pagaría sisa,

Y podria ser venir otro Cetina,

Que la paciencia nos tornase en risa.

O si lo que mi alma no adivina,

Lo que ahora me persigue y de mí huyo;

Y en querirme dañar es tan continua,

Con aquella pasión que me destruye,

Tornada en compasión, y su cruel ira

En masedumbre, que ella mas rehuye,

Te hallases presente, oh tú, Marlira,

Pues mi corazón, vengas ó no vengas,

Siempre ha de suspirar como suspira,

Ruégate este cautivo que no tengas

Tan duro ánimo en pecho tan hermoso,

Ni tu inmortal presencia nos detengas.

Por ti me place este lugar sabroso,

Por ti el olvido dulce con concierto,

Por ti querria la vida y el reposo;

Por ti el ardiente arena en el desierto,

Por ti la nieve helada en la montaña,

Por ti tambien me place el desconcierto.

Mira el sabroso olor de la campaña,

Que dan las flores nuevas y suaves,

Cubriendo el suelo de color extraño.

Escucha el dulce canto que las aves

En la verde arboleda están haciendo

Con voces ora agudas, ora graves.

Mira las limpias aguas, que riendo

Corren por los arroyos, y estorbadas

Por las pintadas guijas, van huyendo.

Las sombras que al sol quitan sus entradas

Con los verdes y entretejidos ramos,

Y las frutas que están dellos colgadas.

Paréceme, Marlira, que ya estamos

En todo, y que no finge mi deseo

Lo que querria, sino lo que pasamos.

Tú la verás, Boscan, y yo la veo,

Que los que amamos vemos mas temprano:

líela en cabello negro y blanco arreo.

Ella te cogerá con blanda mano

Las raras uvas y la fruta cana,

Dulces y frescos dones del verano.

Mira qué diligencia, con qué gana

Viene al nuevo servicio, que pompa

Está con el trabajo, y cuán ufana.

En blanca leche colorada rosa

Nunca para su amigo vi al pastor

Mezclar, que pareciese tan hermosa.

El verde arrayan tuerce en derredor

De tu sagrada frente con las flores,

Mezclando oro inmortal á la labor.

Por cima van y vienen los amores,

Con las alas en vino remojadas;

Suenan en el carcax los pasadores.

Remedie quien quisiere las pisadas

De los grandes que el mundo gobernaron,

Cuyas obras quizá están olvidadas.

Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,

Duerma descolorido sobre el oro,

Que no les quedará mas que llevaron.

Yo, Boscan, no procuro otro tesoro

Sino poder vivir medianamente,

Ni escondo la riqueza ni la adoro.

Si aquí hallas algun inconveniente;

Como discreto, y no como yo soy,

Me desengaña luego incontinentemente,

Y si no, ven conmigo adonde voy.

CARTA III.

A don Luis de Zúñiga.

Cuantos hay, don Luis, que, sobre nada

Haciendo santos fundamentos,

Tienen la buena suerte por llegada.

Causanse con un vano pensamiento;

Hechas sus conjeturas y razones,

Hacen torres vacias en el viento.

Ensanchan al pensar los corazones,

Crean tener en el puño la fortuna,

Y toman por el pie las ocasiones.

Como los simples niños, que en la cuna

No saben conocer otro cuidado

Sino contar las vigas una á una;

Así pasan la vida en desconfianza,

Y ternán por el mismo, sin mas duda,

El tiempo por venir con el pasado;

Mas si el viento delante se les muda

Y arranca las arenas del profundo,
No por eso harán vida sesuda.

No les podrá quitar hombre del mundo
El comer, el dormir, el pasear.
El tenerse por solos, sin segundo.

No les queda ya mas que desear;
Todo está deseado y todo habido,
Y cada cosa puesta en su lugar.

No se cura de bueno ó mal partido
Que hacen con el turco venecianos,
Ni que venza el Soli ó que sea vencido.

No es esto porque estima por livianos
Los negocios del mundo, ó los alanza
Viendo que no se puede dar á manos.

El por qué no lo entiende ni lo alcanza,
Ni piensa de verdad que hay otra vía
Sino la que le da su confianza.

Con la mujer de Séneca vivía
Una loca, que llasparte se llamaba,
Nacida en medio del Andalucía;

Vino á cegar de súbito, y pensaba
Que la falta no fuese ceguedad,
Sino la casa que sin lumbré estaba.

Ora salía á buscar la claridad,
Ora pedía candelá muy despacio,
Decía estar á oscuras la ciudad.

Enrizo mi cabello, y vó á palacio,
Gorra calada y capa de rodeo,
Gualdrapa estrecha sobre rocín lacio.

No subo el pensamiento á do no veo,
No sé que haya otro día, ni le quiero,
Y así como lo pienso, así lo creo.

Si hago una simpleza, echo primero
La culpa al mudo y á su desconcierto,
Y cuando mas no sé, á mi compañero.

Mi pura ceguedad, tengo por cierto
Que sea del tiempo, y no de mi cosecha,
Y á él tengo por ciego, y yo soy tuerto.

Este género de hombres no aprovecha
A sí ni á otros, ni es malo ni bueno,
Ni mira ni prohibe ni sospecha.

Otros hay que revuelven en el seno
El tiempo que es pasado y el que tienen,
Consideran lo suyo por lo ajeno.

Toman las ocasiones que les vienen,
Y las que no les vienen van buscando,
Y con cualquiera tiempo se entretienen.

El mundo punto á punto van pasando,
Los hombres por de dentro y por de fuera,
Como en anatomía, examinando.

Ponen la diligencia en delantera,
El seso y la razón por el guarismo;
Quieren que todo venga á su manera.

No tienen otra ley ni otro bautismo
Sino lo que les cumple, y por solo esto
Irán hasta el profundo del abismo.

Agudos en el cuerpo y en el gesto,
Mal ceñidos, las capas arrastradas,
El ojo abierto y el caminar presto.

Si les suceden cosas desastradas,
Escogen y proveen lo peor,
Nadie puede topár con sus pisadas.

No toman el camino que es mejor,
Llano y trillado; antes, al revés,
Engañanse en el arte y la labor.

Así que por debajo de los pies
Les pasan los negocios, que ninguno
Se sube á imaginar lo que no es.

Ni le puede valer ser importuno,
Ni pensar ni mirar ni estar alerta,
Ni ponderar los casos uno á uno.

Arrástranle durmiendo y aun despierto,
Y tiranle tras sí por los cabellos,
Sin que le valga seso ni concierto.

Forzado ha de venir donde van ellos,
Trabados uno de otro, que no hay medio
Soltarse cuando quieren, y tenellos.

En los que dicho tengo no hay remedio,
Que cada uno dellos me parece
Dos extremos que están lejos del medio.

Tomemos el camino que se ofrece,
Ni maderos espesos sin sentido,

Ni fuego que en la llama desvanece.

Tú sirve al gran señor que has escogido,
Acompaña en presencia sus victorias,
Y el nombre por las gentes extendido.

Mira cómo nos muestra las memorias
De los que todo el mundo sojuzgaron,
Imitando sus títulos y glorias.

El pasará por donde no pasaron
Las banderas y griegos escuadrones,
Y volverá por donde no tornaron.

Había entre los griegos discusiones:
Cada uno quería reposar,
La gente era suspensa en opiniones.

Comenzóles el cielo á amenazar,
Mostrándose turbado y espantoso,
Con truenos y con rayos á la par.

El Ganges les corría mas furioso,
Con las ondas del cielo amenazaba,
Turbio, fuera de madre, desdenguoso.

Debajo de las aguas encerraba
Troncos de gruesos árboles, adonde
A las naves rompía ó zozobraba.

El tempestuoso viento le responde,
Que sacaba la mar de sus asientos,
Revolviendo la arena que ella escondió.

Juntáronse á vencer los pensamientos
De un hombre que de carne era y aun tierno,
Con todo su poder los elementos.

La grita de la gente sin gobierno,
El rumor que en las cuerdas se hacía,
Las nubes con el fuego del infierno,

Arrebatan el cielo, con el día,
De la vista de Grecia en un instante,
Y cubrenlos de noche oscura y fría.

Una nave que quiso ser constante
Y tenerse á las olas, aunque en vano,
Volcía el monte de agua por delante.

No le valió al piloto diestra mano,
Que cayó de la popa boca arriba
Delante de los ojos del tirano.

La nave se sumió en el agua viva,
Tragándola un torcido remolino,
Cubierta en torno de tiniebla esquivia.

Vense pocos con mucho desatino
Nadando, y en el piélago ahogados,
A quien la muerte antes del tiempo vino.

Las armas de varones señalados,
Los escudos, almetes relucientes,
Los despojos de Persia remojados.

Pues viéndose crecer inconvenientes
Aquel grande Alejandro, que ganó
Eterna fama y nombre entre las gentes,

Al cielo y á los hados se rindió,
No queriendo por fuerza procurar
Lo que Dios de su grado le quitó.

Otro mundo es el mío, otro lugar,
Otro tiempo el que busco, y la ocasión
De venirme á mi casa á descansar.

Yo viviré la vida sin pasión,
Fuera de descontento y turbulencia,
Sirviendo al Rey por mi satisfacción.

Si conmigo se extiende su clemencia,
Dándome con que viva en medianeja,
Hogaréme, y si no, terné paciencia.

El descanso mezclado con pereza,
El comer descuidado, y á su hora
El dormir sueño libre de tristeza.

Sentiré que con mano vencedora
Rodea por Levante las enseñas
La escuadra de Poniente domadora.

Los niños, las doncellas y las dueñas,
Los clérigos, cobarde carruaje
Estarán escuchando, hechos peñas.

Vendrá un embajador de gran linaje,
Por ventura cansado del camino,
Y ponerse ha á contarnos el viaje.

Pintará las jornadas con el vino
En la mesa, y dirános sus hazañas,
Y tendrá muy secreto á lo que vino.

No le podréis sacar con dos mil mañas
Lo que hombre querria que hablase,
Aunque le escudriñeis por las entrañas.

El vino antiguo allí se derramase,
Y abriese yo la caba de cien años.
Que la lengua y los pasos me trabase.
Allí me placieran los engaños
De Marfira, su loca travesura.
Sus despechos, sus iras, desengaños.
Saldriame á gozar de la verdura,
Paseando con ella á las mañanas,
Recogerme á la siesta á la espesura.
Cogeríamos juntos las manzanas,
Las coloradas uvas, y mezclada
El agua clara con las frutas canas.
Cuando el sol inclinase la jornada
Volvería contento y sin dolor
Por el heredamiento á la posada.
Vería cómo torna mi pastor
Las ovejas del prado al tardo abrigo,
Y hallaría cansado al cavador.
Tomariame gana á mi conmigo
De ayudarle á acabar sus embarazos,
Doblaríame el ánimo el testigo.
Haría aquella hazada mil pedazos,
Mirándome Marfira, en su servicio,
Con qué gana, con qué fuerza de brazos.
A todos está bien hacer su oficio
Y gastar do quisieren su hacienda,
Si viven como deben y sin vicio.
Yo, señor don Luis, tendré la rienda,
Y así de comer también, como pudiere,
Hallado con limpieza y sin contienda.
Si no, contentarme ha lo que tuviere,
Y no me meteré en partir el cielo
Con el que compañero no sufre.
Arrojaré mis libros por el suelo,
Abriré ó cerraré aquel que me place,
Y andaré salpicado como suelo,
Pues es vida que mas me satisface.

CARTA IV.

¿Qué hace el gran señor de los romanos.
Don Luis, cuando se parte de Alemaña?
¿Puedese en esta tierra dar á manos?
Acá ya le embarcamos para España,
Y ya le hacemos ir á Berbería,
Y él á todos, callando, nos engaña.
Argel y la Morea y la Siria
Son de esta vuestra empresa los terreros
A quien se tira en esta señoría.
¡Oh embajadores, puros majaderos,
Que si los reyes quieren engañar,
Comienzan por nosotros los primeros!
Nuestro mayor negocio es no dañar,
Y jamás hacer cosa ni decilla
Que no corramos riesgo de enseñar.
Si hace algun bien por maravilla
La persona que está cerca del Rey,
Nos ensilla el negocio ó desensilla.
Escrita con el dedo os da la ley;
El la entiende á su modo ó la deshace,
Llevándoos por el cuerno como á buey.
Jamás embajador se satisface,
Por bien que en el negocio llegue al centro;
Mas siempre piensa en algo que desplace.
Siempre teme ó recibe algun encuentro
Del pueblo ó de la parte ó del patron,
Que le da por defuera ó por dentro.
No te sabría decir la alteracion
Con que se abre el despacho cuando llega,
Temiendo que traerá reprehension.
El primero capitulo nos ciega:
«Loamos vuestra fe, vuestra prudencia
En tratar los negocios; luego pega,
»Y siempre os encargamos la paciencia,
Y en lo que en la pasada os escribimos
Debiéradles poner mas diligencia.»
¡Oh tristes de nosotros, que vivimos
Los años siete y siete arrependidos,
Y nos hacen merced en que salimos.
Abre bien, don Luis, esos oídos;
Apolo y todas nueve sus hermanas
Publiquen los secretos escondidos.

Si cien lenguas tuviese mas que humanas,
Y la boca y la voz fuesen de hierro,
No podrian bastarme una hora sanas.
Echemos á Virgilio para perro,
Con su navegacion de cinco millas,
Y tratemos á Homero de encerro.
Contaré con verdad las maravillas,
Los escollos, tormentos y nublados
Que pasamos sentados en las sillas.
La primera fortuna que los hados
Nos ordenan al dar de la instruccion,
Es que seamos indios de privados.
La otra, que en cualquiera mutacion
Tememos lo peor, y lo esperamos
Comiendo con sudor y alteracion.
Si por caso escribimos ó hablamos
Algun negocio grave, al digerir,
Aun antes del error nos disculpamos;
Y despues procuramos escribir,
No aquello que dijimos, si es simpleza,
Sino lo que debieramos decir.
En negocios ajenos gran perezosa,
Y en los propios mayor solicitud,
Juntando con el arte la destreza.
Magnificas palabras de virtud,
Profesion de decir siempre lo cierto,
Y á nuestro modo templar siempre el laud.
Vendráme á visitar un encubierto,
La capa por la vista rodeada.
Pobre, quebrado, rohador, desierto;
Todo cuanto dirá no importa nada,
Y haráme entender que se ha hallado
A conjurar la hostia consagrada.
Creerlo punto á punto soy forzado,
Y yo en ninguna cosa soy creído.
Aunque dijese el Credo en estampado.
Cuanto al gasto de casa soy salido,
Y cuanto á las mercedes un castron,
Cuanto al holgarme, un hombre empedernido.
En fin, que cuando no hay negociacion,
O el hombre queda estatua muy hermosa,
O gentil escribano ó espion.
Si os carga alguna ira furiosa,
Habeisla de sufrir, y es vuestro oficio
Entretener, que es una gentil cosa.
Yo ni tengo ni sé ya otro ejercicio
Sino es con maestre Petro, cocinero,
Jugar y conversar, como por vicio.
Con él solo platico y á él quiero,
Y váyase á anegar el veneciano;
Que no pienso hacer otro heredero.
No me curo del cetro del tirano,
Que amenaza la muerte ó da riqueza,
Ni de ir en triunfo en carro soberano.
He de vivir en una medianeza,
Vida humilde, segura y reposada,
De amor y de sabor y de dulceza.
Vivase hoy, que mañana será nada;
Procuremos el bien con alegría,
Y acabemos con ella la jornada.
Procuremos la dulce compañía
Del bien, que no se acaba en los primeros,
Gozando desta vida cada día.
Tú, Vulcano, señor de los plateros,
Poderoso en fuego y en metal,
A quien tambien adoran los herreros,
Hazme un vaso de plata, hondo y tal,
Que mida san Martin ocho cuartillos,
Y otro santo, si hay, con su caudal.
En él no entalles rayos amarillos,
El cielo cuando truena, ni el infierno
En humosos caballos y morcillos;
No las heladas nieves del invierno
Ni los ardientes soles del verano,
Ni las mareas en igual gobierno;
No el carretero que con diestra mano
Gobierna siete estrellas, sin mudallas,
Saliendo, ahora tarde, ora temprano.
No el sangriento señor de las batallas;
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,
Con los rayos, los tiempos ó las mallas?
Quédense en cielo y tierra ellos y ellas,

Duren por muchos años ordenadas,
Y yo que tarde y viejo vaya á vellás.
Entalla muchas uvas coloradas
Con sus vides, que en torno las rodean,
Con las revueltas hiedras enredadas.
Los amores estén que se meneen,
Esparciendo aquel fuego glorioso
Cuyas llamas ardiendo no se ven.
El dios Baco, borracho y dormiloso,
Las horas todas doce al derredor,
El tiempo sano y mozo y con reposo.
Tal será la razon de la labor,
Padre Vulcano, que me has de hacer,
Y á ti te cabrá parte del sabor.
Harás sentar á tabla tu mujer,
Que no pesará dello á don Luis;
Tú entrarás á lo hondo en el beber.
Nunca estímeis en dos maravedís
Que al ojo y pié se acuerden los cornudos,
Ni mirais lo que pasa ni sentís.
Todos serémos ciegos, sordos, mudos,
Y tú haz la labor que sea divina,
Que te la pagaremos en escudos.
Si yo puedo salir desta mohina,
Don Luis, y vivir holgadamente,
Parecer me ha que el mundo se me inclina.
Daré catorce bigas á la gente,
Serviré á mi señor toda la vida
Sin recibir ningun inconveniente.
Dejaré la esperanza de cabida
Y la razon de mejorarme en alto,
Vana fatiga y ambicion perdida.
Mi pensamiento, hermano, si no falta,
Es ir llano y seguro de reproches,
Sin quebrarme las piernas en el salto,
Y que digan: «Quedáos á buenas noches.»

CARTA V.

Tómame en esta tierra una dolencia
Que en Cataluña llaman melarguía,
La cual me acaba el seso y la paciencia.
Y como no me deja noche y día,
Menos me da lugar para hablar,
Señora Peña, con vuestra señoría.
Pero, pues que podeis sola mandar
Donde es caso tan justo y tan sabido,
Hacedme esta merced de perdonar.
Que á cabo de cuatro años de partido
Os demando perdon, si se perdona
Escribiros tan corto y desabrido.
Que, como desaparece Barcelona
Y huye aquella playa gloriosa,
Ansí va enflaqueciendo la persona.
Comiézase la vida trabajosa
Con el mar, con el viento y la galera,
Triste, turbada, malenconiosa.
Con solo esta disculpa que yo diera,
Hallándome tan mal como me hallo,
Bastaba á ser crecido de cualquiera.
Mas á vos, de quien fui siempre vasallo,
Y nunca á la criada de otra dama,
Me conviene dar cuenta por qué callo.
Para decir verdad, esta vuestra ama
Tiene tan olvidados sus amigos,
Que está mejor aquel que menos la ama.
No es menester traer largos testigos,
Mostrándose el descuido de su mano,
Que la hace cobrar mil enemigos.
¿Qué le cuesta escribir á un vecenico
Una letra, un borron, una crucera,
Y tratarme despues como á villano?
El ganar los amigos á estafeta,
Y perderlos á soplos, no es camino
De quien por cabo quiere ser perfeta.
Al Señor que tenemos por divino,
Y da y quita á su modo la ventura,
Demandaré venganza de continuo.
No que pierda la flor de su hermosura,
Que esto será excusado tan ahina,
Y perderia lo que ella menos cura.
Deseo que le venga una mohina,

Creiendo que algun día ha de nacer
En este mundo otra doña Mariua.
Y que ella misma vea en el crecer
En gracia y en valor y en discrecion
Alguna que le pueda parecer.
Aconsejadle mude la opinion,
Ansí os veais con Torres desposada,
Porque el pueblo es de mala condicion.
No sea tan bizarra y confiada;
Que no es siempre seguro el caminar
Por encima del filo de la espada.

Y para que podais determinar
Si os doy tan buen consejo como suelo,
Quiero con vos un poco razonar.

Quando fuimos nacidos en el suelo
Se trabó una enestion tan furiosa,
Que puso en armas casi todo el cielo:
Si debía de ser Eva hermosa
O fea, y aquel día en solo el gusto
Se habló, sin hablarse de otra cosa.

Cargaron tantos votos en el puesto
De los que la querian para fea,
Que fué forzado resolverse en esto:

La que saliere fea, que lo sea,
Y que siga, y de nadie sea seguida,
Hasta que de remedio se provea.

La que fuere hermosa conocida,
Que le dure esta flor por accidente
Parte de un solo tercio de la vida.

No que lo feo sea inconveniente,
Mas sirva lo hermoso en vez de sal,
Como para apetito de la gente;

Antes digo que es cosa natural,
Por ser principio y fin de nuestra edad,
Y lo hermoso es forzado y desigual.
¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad
En la vida del mundo fué asolada,
Qué mujer se ahorcó por fealdad?

¿Trae flaca ó amarilla ó espantada
Por ventura la gente, deseando,
Loca, celosa y desasosegada,

Por medio de la calle suspirando,
O confiada, ó arrepentida luego,
O fuera de propósito cantando?

La fealdad no teme el niño ciego,
Ni hace ni recibe aquella guerra
Que solemos decir á sangre y fuego.

De todos va segura por la tierra,
No la quiere ninguno mal ni bien,
Ni mira cuando acierta ó cuando yerra

De ninguna ocasion toma desden,
Llana, fuera de humo y altiveza:
Sios place, bien está; si no, tambien.

Con galas disimula su flaqueza,
Y huelga de mostrarse en todo humana,
Encubriendo la falta con destreza.

Conviene que á la noche ó á la mañana
Le dé la hermosura la obediencia,
O á lo menos al mes una semana.

El ánimo y constancia y elocuencia,
Y otras virtudes mil, á esta señora
Snelen acompañar, con la demencia.

Siempre está en una forma duradora,
A lo claro, á lo obscuro, día y tarde,
Y no se va mudando de hora en hora.

Ningun hombre la mira que se guarde;
Claridad que recibe y no da pena,
Y que sin encender se enciende y arde.

Á la comida fea y á la cena,
Al dormir, al soñar y al despertarse,
Sea en luna menguante y luna llena.

Gran cosa es que no pueda curarse
La dolencia y siniestros en que queda
La hermosura quando va á acabarse.

Gestos, meneos, vueltas como en rueda,
El descontentamiento en el espejo,
Animal que á ninguna deja leda.

Como si en nuestra tierra el mozo, el viejo
Fuesen tan solamente diferentes
En la edad, en el pelo, en el pellejo.

La hermosura no tiene parientes
Ni Dios ni ley ni rey, ni tierra ó casa,

Ni vecinos ni amigos bien hacientes.

Quemaos el corazon como una brasa,

Con ojo ó con palabra ó con meneo,

Y trompieaos si os toma á silla rasa.

Absoluta, tirana del deseo,

¡Cuanta esperanza euhita ó desbarata

Con un tienes razon ó no te creo!

Hácese mortecina como gata,

Despues saca una furia del diablo,

Que á cada paso os corre la zapata.

Pensad, señora Peña, en lo que hablo,

Y en ser fea tambien, pues es posible,

Sin espantaros nada del vocablo.

Mirad que es ser hermosa aborrecible,

Y si á mi me dejasen á mi modo,

Antes escogeré ser invisible.

He querido deciros esto todo

Porque podais á vuestra ama aconsejar

Que no uos ponga á todos tan del lodo.

Mire que el verdegar se ha de acabar,

Dado que ella lo estime harto poco.

Pues tiene lo que siempre ha de durar.

La negra dama, fea como un coco,

Siendo, como ella es, discreta y diestra,

Piensa tornar el mundo casi loco.

Y ella, tan estimada como muestra,

De saber, de virtud, valor y gloria,

Que en los ojos nos dé con la siniestra.

Aunque vea yo borrada sus memorias

Del libro de la gente, y en sus ojos

Volar á mano ajena la victoria;

Los triunfos cogidos á manojos

Por otro nuevo nombre levantados,

Y en carro ajeno puestos sus despojos,

No sea en penitencia de pecados

Y en venganza que alguno le desea,

Sino en pena de amigos olvidados.

¿Cómo quereis, Señora, que lo crea

Quien viere su memoria vacilando,

Y no tener amigo que no vea?

Mas pienso que irá siempre mejorando,

Y que pondrá el cuidado todo entero

En ganar los ausentes de su bando.

En esta cuenta yo seré el primero,

Pues que siempre lo fui, y de su bondad

Tratado como amigo verdadero.

Entonces, puesta aparte la humildad,

Levantaré una voz que durará

Por el tiempo de la inmortalidad.

Sus loores el Ebro llevará

Con las hermejas ondas en oriente,

Donde el primero sol las oirá.

Y por el rubio Tajo al occidente

Oirá el postrero sol llevar su nombre

- En lenguas y memorias de la gente.

Ella tendrá la fama y el renombre;

Yo estaré de lo hecho tan ufano,

Que me parezca ser muy mas que hombre.

Y donde Guadarrama, manso y llano,

Con espaciosas vueltas se desvia,

Pareciendo, ora tarde, ora temprano,

A la orilla del agua clara y fria

De mármol alzaré un soberbio templo

En la extendida y verde praderia.

En medio estará ella, á quien contemplo

Tan hermosa, tan grave y adornada

Como quien es nacida por ejemplo.

Yo, primer vencedor desta jornada,

Visto en púrpura clara de levante

En aquella llanura despachada,

Revolveré cien carros por delante,

Con cada cuatro blancos corredores

Que vencerán al viento, aunque pujante.

Cantando entre la yerba, entre las flores,

Mil veces á su nombre llamarán,

Y responderá el cielo á sus loores.

Las Españas al Tajo dejarán

Con los bosques del gran Guadalquivir,

Y en dorados arneses se verán,

Unos con duras lanzas embestir,

Esparciendo en el aire las astillas,

Y con limpias espadas combatir;

Otros con vestes blancas y sencillas,

Mezcladas de color vario y vistoso,

Harán por aquel prado maravillas,

Despues yo, todo vanaglorioso,

Con guirnalda de oliva coronado,

En veste roja y hábito pomposo,

Visitaré su templo consagrado,

Sacrificando humanos corazones

Y deseos mezclados con cuidado,

Voluntarias cadenas y prisiones,

Con muchos que merced le irán pidiendo,

Renderidos sus despojos y pendones.

En blancas piedras se verán viviendo

Los reyes sus abuelos entallados,

Cuyos nombres la fama va extendiendo.

La triste envidia, los contrarios hados,

El rencor de las lenguas maldiciosas

Caerán en el profundo desterrados.

Mas porque al comenzar tan altas cosas

El seso y la razon no se desmande,

Tú me ayuda, pues puedes, ves y osas.

Sin ti no puede haber principio grande;

Y así, doña Marina, callaré

Hasta que tu grandeza me lo mande.

A vos, señora Peña, bjaré;

Que hablar con vuestra ama no se puede

Sin tocar en misterios y por fe.

Si lo que yo escribiere ella concede,

Llevarme ha tras sí con media seña,

Y hará de nosotros cuanto puede.

Importunadla bien, señora Peña;

Que yo sé cuánto vos podeis con ella:

Así os pueda ver yo tan buena dueña

Como ahora á mis ojos sois doncella.

CARTA VI.

El pobre peregrino, cuando viene

A Roma ó á Santiago en romería

Por voto expreso ó devoción que tiene,

Va entre sí discuriendo por la vía

La gloria, religion y piedad

Del propósito santo que le guía.

No le mueve grandeza de ciudad,

Edificios, dinero ni manjares

No le hacen mudar de volun'ad.

Llegando se presenta á los lugares

Sagrados y de mas veneracion;

Desde léjós adora los altares.

Porque, siendo de humilde condicion,

Ni se atreve, ni puede, ya que quiera,

Ofrecer de mas cerca su oracion.

Escoge en las imágenes de fuera

A una para rezar lo que le place,

Indigno de tocar á la primera.

Y donde á su propósito mas hace

Cuelga una tabla escrita ó el vestido,

Y sin mas, de mandar se satisface.

Pues yo, señora Peña, conocido

El valor de vuestra ama, como indino,

Me contento con ser de vos oido.

No es empresa de humilde peregrino

Allegar con sus votos á ofrecer

Al principal sagrario de continuo.

Gracia, favor y ayuda y parecer

Me dad, pues que sabeis cuánto os desea

Mi voluntad en todo obedecer,

Haciendo de manera que se vea

Allegar esta carta torpe y necia

A manos de vuestra ama, y que la lea.

Que si saber extrañas cosas precia,

En ella verá escrita la verdad

Del principio y costumbres de Venecia.

En el año de la Natividad

De cuatrocientos y cincuenta y uno,

Tiempo de general adversidad,

Atila, rey de ostrogodos y humno,

Que el azote de Dios era llamado,

Por no hallarse mas cruel otro alguno,

Vino con grueso ejército y armado

A Italia, y todo el mundo amenazando,

Sin perdonar profano ni sagrado.

Llegan sobre Aquileya braveando,
Y á fuerza de combates la asolaron,
Una piedra sobre otra no dejando.

Los que en Padua y Altino se hallaron,
Por excusar las bárbaras saetas,
Con otros que de Italia se juntaron,

Vinieron á poblar ciertas isletas
Entre el Sil y la Brenta, y los pantanos
Que antiguamente se decían Venetas.

Con pobres caballeros los villanos,
Revueltos los criados con señores,
Todos fueron llamados venecianos.

Todos eran ya hechos pescadores,
Mostrados á beber los hielos duros
Y á comer pan mezclado con dolores.

Las ondas les servían como muros
De las humildes casas y tejado,
Y la pobreza los tenía seguros.

Cubierto de carrizos el Senado,
Hecho de duras conchas el asiento,
Trabábase de redes por estrado.

Un cuerno ó caracol por instrumento
Los llamaba á la misa ó al concejo,
Que á veces no se oía con el viento.

El marido, mujer, el mozo, el viejo
Se juntaban confusos al sonido,
Y á dar sus pareceres en concejo.

Pues si alguna doncella iba á marido,
Haciase de peces el banquete
Y de juncos tejidos el vestido.

En toda la ciudad no había bonete
Sino por jubileo, y aun soez
Y entallado á manera de casquete.

Acaso se juntó el pueblo una vez,
Y eligieron señor el mas prudente,
Que les servía de duque y de juez.

Algun pescador, que era su pariente,
Viéndole la cabeza descubierta,
Se descosió una manga en continente,

Y por donde ella estaba mas abierta
Se la encajó hasta dar en las orejas,
Adelante lo estrecho y toda tuerta.

Por esto dicen las historias viejas
Que le llamaron cuerno, y este nombre
Le quedó hasta hoy entre las cejas.

Continuóse el reino de hombre en hombre,
Bajaban los estados comarcanos,
Perdiendo con discordia fuerza y nombre.

Crecían de continuo venecianos,
Metiéndose á la mar y mercancia
Con moros y judíos y cristianos.

Fabricaban navíos á porfía,
Concurrían naciones forasteras,
Reformando el gobierno cada día.

Era ya la república de veras,
La gente mas tratable, mas humana
Que cuando se criaban en pesquerías.

Comenzóse á vivir de mejor gana,
Ordenar por razon los edificios
Y á vestirse de paño fino y grana.

A tenerse mas cuenta con los vicios,
A platicar de guerras y de amor,
Y á tratar de mas nobles ejercicios.

Traíase de seda ya el señor,
Y el palacio creció sobre columnas,
Y el mármol adornaba la labor.

Espantáronse el mar y sus lagunas
De ver subir tan altas las moradas
Y el crecer de tan súbitas fortunas.

Revolviendo entre sí cosas pasadas
Del tiempo que á la tierra y su pujanza
Sojuzgaron las ondas siempre airadas,

Tenían que en tan grande y tal mudanza
La tierra se tornase á relacer,
Y tomase del agua la venganza.

Desde allí se juntaron á crecer
Cuatro veces al día, y apartar
Las cosas que pudiesen empecer.

Pero, en fin, por sospechas apartar,
Juntar un matrimonio pareció
Del duque de Venecia con la mar.

Todo el pueblo al contrato consintió;
Las conchas y pescados por su parte
El arena y el viento confirmó.

Aconteció hallarse á aquella parte,
El día que la esposa se llevaba,
La diosa enamorada del dios Marte.

Acaso sus cabellos ordenaba
Tejiéndolos con cuerdas de oro fino,
Y en blanca vestidura se adornaba.

Aun no era bien compuesta, cuando vino
El niño que con arco y pasadores
Hace guerra á los hombres de continuo.

Con él venían otros mil amores,
Todos con arco y flechas, mas no tales;
Todos hermanos suyos, mas menores.

Estos hicieron los brutos animales,
Las plantas y pescados y avecillas;
Mas aquel corazones de mortales.

Mostraba haber rendido de rodillas
A Júpiter, y hecho humanar,
Otra vez á pacer con las novillas,

O con húmidas noches abajar
La plateada luna dende el cielo
En rústicas cabañas á morar.

Allegando á la madre con el vuelo,
Le dijo que Venecia celebraba
Una gran fiesta en este húmedo suelo.

Donde era tanta gente, que él estaba
Cansado de herir, no de otra cosa,
Sin perder solo un tiro del aljaba.

Determinó venir la á ver la Diosa,
Y encima de su concha, aderezada
De púrpura encendida y luminosa,

Por ligeros deltines fué tirada
Hasta entrar por la boca del canal,
Donde era ya la fiesta comenzada.

Nunca Vénus pensó que fuera tal;
Tanta dama hermosa, tan vestida,
Tantos hombres tan ricos de caudal.

Salióla á recibir la mas ardida;
Aunque harto envidiosas, mas contentas,
La juran por hermana de la vida.

También ella las trata de parientas;
Que eran todas nacidas de la mar,
Y por ella halladas en afrentas.

Estaban tan atentas al mirar
La lumbre, juventud y hermosura,
Que nadie se acordaba de hablar.

Cada uno loaba la postura
De los pechos y manos y cabeza,
El arte del tocado y apostura.

Notábale la vuelta y la belleza
Del recoger en oro los cabellos,
Y dónde acababa el rizo y dónde empieza;

En tan varias maneras retorcillos,
Que sería prolijo el escribirlas,
Porque cierto son mas que no son ellas;

Las ropas transparentes y sencillas
Dar color á los pechos, y á la cara
El peine, partidur y redomillas.

Dende allí les quedó Vénus tan cara,
Que arriscarán por ella las personas
En cualquier ocasion que se hallara.

Consagráronle altares y coronas,
Cantares, sacrificios y oraciones,
Las doncellas, casadas y matronas.

Aunque duran algunas condiciones,
Desde entonces usadas hasta ahora,
Por las fiestas y tiempos y perdones.

Parecióle tan bien á esta señora
La tierra, que viniendo solo á vella,
Se quedó por vecina y moradora.

Y otras veces había estado en ella;
Mas no que la tuviese en la memoria,
Ni tanto procurase conocella.

Tras ella vino luego la Vitoria,
En la mano dos remos y vogaudo,
Armada de virtud, valor y gloria.

Mostró extenderse el pueblo peleando
Por las partes que el sol suele nacer,
Con la fuerza y esfuerzo de su bando.

Hizo luego vestidos parecer

En púrpura á los padres y togados
 En senado á decir su parecer,
 Y gobernar ejércitos pagados,
 A tener otros pueblos por vasallos,
 Principes por sujetos y aliados.
 Venir varias naciones á buscarlos,
 Pedir, ora socorro, ora justicia;
 Tambien otros por gloria á provocallos.
 Reinaban la prudencia y la malicia,
 Partes que le han traído donde está;
 La templanza, modestia y la justicia.
 Es de ver cuán humilde y cómo va
 Solo en tanta grandeza por la calle
 El mayor ciudadano que será.
 Si venis á su casa por hablarle,
 No topareis á otro sino á él,
 Y aun topado, querréis ir á buscarle.
 Cogida la cintura de tropel,
 La ropa cuanto luenga la querais,
 Atestadas las mangas de papel.
 Una beca de paño por través,
 Un bonete á manera de sarten,
 Con medias chineletas en los piés.
 No mudan este traje en mal ó bien
 El mozo, viejo, rico, el que no tiene;
 Todos viven y van por un conven.
 ¡Oh ninfas de la mar! ¿cuál de vos viene
 A darme algun favor para que pueda
 Cantar á esta sazón como conviene?
 Ya la gente se ordena como en rueda,
 Ya comienza la novia á relucir
 En blanco y oro, vergonzosa y leda.
 Tráela de las manos al salir
 Un chico vejezuelo, bailador;
 Ya las damas la van á recibir.
 Dentro ha hecho experiencia en la labor
 Enhilando una aguja, y mas desnuda,
 Amostrando si el vientre es paridor.
 Si es flaca, gorda ó floja, ó si es nervuda,
 Coja, manca, contrecha de algun vicio,
 Loca, simple, atronada, sorda ó muda.
 La madre y las parientas del novicio,
 Por conocer mejor si era de prueba,
 La mandaron hacer este ejercicio.
 Las demás se apercihen, y se lleva
 A sentar cada cual, segun usanza,
 Con escofia y gorguera, saya nueva.
 No se habla palabra, ni mudanza
 De hablar se hará en toda la fiesta,
 O la que está asentada ó la que danza.
 Si alguno les pregunta, á la propuesta
 Responden de cabeza, sonriendo,
 Y no se espere hacer otra respuesta.
 Un baile acaba y otro va signiendo;
 No mudarán propósito ó manera
 Mas de lo que al principio iban teniendo.
 Los galanes, vestidos, que cualquiera
 Por el traje dirá ser escolares,
 Y aherre llaman á la forastera.
 Tasados á la cena los majares,
 Aquel está mejor que viene antes,
 Y no curan de asientos ni lugares.
 Sirvense de barberos por trinchantes,
 Que teniendo la carne con el paño,
 La pican con cuchillos muy tajantes.
 Otros hay que la cortan de rasguño,
 Otros la despedazan arrastrando,
 Y todos los bocados por un cuño.
 La gente que á la tabla está mirando,
 Nunca Jérjes en Grecia tuvo tanta,
 Y ellos comer sentados y callando.
 Este se sienta y este se levanta,
 Este gana el mirar por ocasiones,
 Este alarga, este tuerce la garganta.
 No hay otra cortesía ni razones
 Sino amparar las damas de la guerra
 Que se les hace á voces y empujones.
 A la fin el servir todo se encierra
 En darles á la cena un mondadienes
 O una gruesa y gentil turma de tierra,
 Los mayores amigos y parientes.

CARTA VII.

Ilustre capitan vitorioso,
 Dulce hermano y señor, don Bernardino,
 Salud, honra y hacienda con reposo.
 A veces lleva el hombre buen camino,
 Y si por caso un paso se le estrecha,
 Piensa que errado va y que pierde el tino.
 Desviase á otra vía mas derecha,
 Trillada de carretas y pisadas,
 Dejando gobernar á la sospecha.
 Primero pasará por las aradas,
 A una mano y á otra los collados,
 Con algunas encinas desmochadas.
 Sale despues por extendidos prados,
 Entre el agua corriente y yerba verde,
 Hasta dar en los bosques apartados.
 Entonces le parece que se pierde;
 Mas vase espoleando embebecido,
 Sin que de revolver atrás se acuerde,
 Hasta que la verdad y el conocido
 Error á la opinion muestra y enseña
 Cómo no hay que fiar en el sentido.
 Echó por un carril de cargar leña,
 Que se muere en las manos, y le deja
 Sin camino, sin guía, rastro ó seña.
 En vano se maldice, enoja y queja,
 Y procura salir por tal tenor,
 Que cuanto mas porfia mas se deja.
 Tú sigues el camino que es mejor;
 Vé derecho por él, sin empacharte
 Con otro que quizá será peor.
 No te turbe el mal paso, ni te aparte
 El carril que atraviesa ó el que sale,
 Ni te dé con el seso en otra parte.
 No hay elemento alguno que se iguale
 Con el agua corriente, simple y pura,
 Por quien el mundo vive, crece y vale.
 Como fuego encendido en noche obscura,
 Entre todos metales se parece
 El oro, y nos alegra su figura
 Ensalza el que lo tiene, y enriquece
 En fausto, en abundancia y alegría,
 Colocado en lugar que resplandece.
 Nunca busques estrella á mediodía
 Tan clara como el sol resplandeciente,
 Que por el cielo yermo se desvia.
 La opinion de los pocos y la gente
 Es el que bien se halla no mudarse
 Por desvío, ocasion ó inconveniente.
 No digo yo que no puede engañarse
 Alguno en el propósito que lleva;
 Mas que debe, si es bueno, contentarse.
 No es dado á todos hombres hacer prueba,
 Ni la órden de amor tiene por cierto
 Que cada hora muden ropa nueva.
 Dejar lo que se tiene por lo incierto,
 Si se tiene, ó dejar lo que se espera
 Por lo que no se espera, es desconcierto.
 Amor te dió la ley á su manera
 Y el sugeto mejor que darte pudo,
 Guardado por de dentro y por defuera.
 No vale contra ella el fuerte escudo
 De saber y templanza, y la elocuencia
 En la necesidad, que torna mudo.
 Aprende de tu hermano la paciencia
 Y el no mudar, ausente, la fortuna
 De otros, de ti mismo la prudencia.
 Mostróme el sufrimiento de la cuna
 A durar en un firme devaneo,
 Como suele hacer Maria de Luna,
 Las imaginaciones del desseo
 Me burlan de continua por delante,
 Y cuanto espero y pienso, tanto creo,
 Ya me finjo en hábito triunfante,
 Ora hago cuestion, ora me acuerdo,
 Y me hieren y hiero en un instante.
 Celoso por el cabo, bramo y muerdo
 Al que veo llegarse á quien bien quiero
 Y en esto solo me parezco cuerdo.
 Finjome con Andrés el cerrajero,
 Tomás Lopez al lado, y así estamos

Quemando papeleos al brasero.

A veces los espíritus alzamos
Sobre el cielo, y medimos tierra y mares,
Y la arena sin número contamos.

Otras veces nos damos de pesares,
Recogiendo la sangre en la palilla,
A sus tiempos, sazones y lugares.

Llamamos á la aguda Cerrajilla,
A Francisca Rodríguez, y don Lucio
Bracamonte, Marquillos y Frechilla.

Convidame á comer el desvario,
Sientame cabe si la contecica,
Que gobierna la mesa á su albedrío.

Traigole presentada su copica,
Y todos le hacemos la razon;
Ella bebe por una pajarica.

Hago mis carbonadas al patron
De queso, de aceitunas; luego anda
San Martin en colmada posesion.

Por milagro don Diego se desmanda
A buscar vario pasto al pensamiento
O mudar otra suerte de vianda.

Pláceme de hacer torres en el viento
Y dejar la locura resolverse;
Mas nunca sobre nuevo pensamiento.

Tu merced se contente de tenerse
En el mejor lugar sin se mover,
Y callando, entre sí solo entenderse.

Yo, sin bien, sin fortuna y parecer,
Conténtome con solo imaginar,
No lo que es, mas lo que pudiera ser.

En el cielo estrellado hay un lugar
Guarnecido de acero relumbrante,
Las puertas de martil de par en par.

A una mano y á otra están delante,
Por divino artificio fabricados,
Dos cántaros de duro diamante:

El siniestro colmado de envidados,
De trabajos humanos, duras penas,
Que en la muerte descargan sus nublados;

El diestro lleno de venturas llenas,
Dulce contentamiento, eterna gloria,
Ventura en cosas propias y en ajenas.

Cuando Dios alcanzó la gran vitoria,
Y la comunidad echó del cielo,
Se dice que los puso por memoria.

Las ánimas que bajan á este suelo
Para dar á los cuerpos forma humana
Comienzan por aquí su primer vuelo,

A salir cada cual segun ha gana,
Prueba del uno y otro cuanto quiere
Y puede recibir la sombra vana.

Bebida, como el vaso que bebiere,
Así halla la suerte aparejada,
Dende que nace acá hasta que muere.

Yo, mezquino, al entrar desta jornada,
Llegué con sed al vaso del dolor,
El cual todo bebi, sin dejar nada,
Y á vueltas la paciencia, que es peor.

CARTA VIII.

Doña Guiomar Enriquez sea loada
Ante todo principio; que sin esto
Obra no puede ser bien comenzada.

Quedándome tal fe por presupuesto
Imprimida de ti cuandoartiste,
Quisiera haber mostrádole mas presto.

«Escribe, pues que puedes, me dijiste,
Con libertad, seguro de la muerte;
Escribe, y deja suspirar al triste.»

En el comienzo tuve á buena suerte
Caberme un tan subido y gran sugeto;
Despues me pareció empresa muy fuerte.

Porque nadie imagina un bien perfeto,
Si no con el sentido lo describe,
Ni lo entiende ó declara, si es discreto.

Y así; pues mi juicio no recibe
Percepcion que el sentido no refiera,
Diré lo que de tu dolor concibe.

Por el efeto es fácil á cualquiera

Entender y hablar de teología;
Mas no al cielo subir sin escalera:

Tú padeces en tanta demasia,
Que ó esta no es mujer imaginable,
O tus envidados son hipocresia.

A juicio comun lo que es loable
Cualquier humano seso lo divisa,
Pero no como cosa perdurable.

Al comienzo cayóme muy gran risa
De ver que aun no sentabas en la silla,
Y ya el mundo pintabas á tu guisa.

Enlodado y quebrada una costilla,
No partido, y pensabas ya hallarte
Fuera de Italia y Francia y de Castilla.

Dije entre mí: «Si hace esto con arte
Don Simon, aunque no sería tanto,
Que no le fallciese alguna parte,

»Un envidado que á todos pone espanto,
¡Oh incredulidad! si hay duda en ello,
No debe ser el cómo, sino el cuánto.

»No me doy una punta de cabello
Que tanto el hombre cuerdo se desmande,
Sino que tenga causa de hacerlo.

»Sugeto debe ser menor que grande
El que turba eleccion y sentimiento
Sin que el sentido ó la razon lo mande.»

Vino, y libróme de este pensamiento
Amor, mostrando claro en la apariencia
Ser la fuerza mayor que el sufrimiento.

Dijome que era poca reverencia
Poner duda en aquella hermosura,
Que vencia cualquier humana ciencia.

Y que esto ni era caso ni ventura,
Sino pura razon, y necesaria,
Que tal valor cupiese en tal figura.

Cuanto á mí, no hallé cosa contraria
A lo que me dictaba la ciencia,
Ni tu pena juzgué por voluntaria.

Un contraste hallaba á tu dolencia:
Que dolor que tan largo se sufría
Venía á ser costumbre, y no paciencia.

Otro, que siendo tal su señoría,
Mejor estaba á escuras ó invisible,
Que no haciendo tan mala compañía.

En fin, que tú deseas lo imposible,
Y ella está como causa ó fundamento
Que mueve el universo, y no es movable.

Yo, que tengo somero el pensamiento,
Si amo, es donde amor podría dar luego
Tras el servicio el agradecimiento.

No que piense por esto entrar en juego;
Mas porque es bueno amar con presupuesto
Que se puede encender quien hace el fuego.

Cuello corto, y redondo un poco el gesto,
Blanca y rubia, y el aire veneciano,
Y fácil al querer de todo el resto,

Me terná para siempre de su mano,
En esperanza libre y atrevido,
Sin sospecha, temor, alegre y sano.

Cuando te vi ir de Sena á Malpartido,
Dije: «Misero amante y sospechoso,
Despachado eres antes que partido.

»No te veo manera de reposo,
Aunque digas que no puede olvidarte
Un ánimo tan limpio y generoso.

»Porque si verte piensas que es mirarte,
Engañaste; que acaso mira y calla
Como había de mirar en otra parte.

»No te busca su vista, mas te halla;
Ni te nombra su voz sino como eco,
Que lo da y no lo siente la muralla.»

Perdóname, Cupido, aunque no peco,
Yo me vi, como tú, perdido el brio,
Triste, penoso, espantadizo y seco.

Todo mal me cansaba sino el mío,
Perdí el conocimiento, el cómo y cuándo;
Vivia siempre en error y desvario.

Disimulando y no disimulando,
Me perseguia amor á pecho abierto,
Como si fuera de contrario bando.

Cuando disimulaba era hombre muerto,
Que no sentia el bien ó amaba poco;

Si no disimulaba, descubierto.

De aquí me fui saliendo poco á poco

A una libertad, que hago y digo

Cuanto quieren, y quiero como loco.

No me viene á decir algun amigo:

«Mal estás, bien te va, yo te lo veo,»

Ni de bien ni de mal hallo testigo.

Callo y vivo con este devaneo.

¡Oh ambicioso dolor! ¡Oh desengaño!

Que aun no oso descubrir lo que deseo.

Entré por apariencia con engaño,

Y vi la causa ser tan en la cumbre,

Que luce, como el sol, sin hacer daño.

Amo y callo con tanta mansedumbre,

Que no sabiéndolo, diria cualquiera

Que el mío no es amor, sino costumbre.

Dos montes dicen que hay de una manera

Que arden en fuego vivo del infierno,

Dedentro uno, y otro por deluera.

El uno y otro fuego como eterno,

De una causa uno y otro decendiente,

Iguales en verano y en invierno.

Llamaron Etna al uno antiguamente,

Efestion al otro, que al encuentro

Es del Etna, en el fuego diferente.

Etna trae las llamas por dedentro;

Cuerpo escuro, pendiente, cavernoso,

Que funde las arenas en el centro.

Con sonante murmullo y furioso

Revuelve en el hondon de sus entrañas

El fuego, á los mortales temerosos,

Ahora lanza tal nube de marañas

Del humo espeso con pavesa ardiendo,

Que turba el cielo y arde las montañas;

Ahora levanta en alto, revolviendo

Golpes de vivas llamas extendidas,

Que las claras estrellas van hiriendo;

Ahora lanza las peñas derretidas

Y escollos, con gemidos regolando

Del monte las entrañas encendidas.

Queidan el fuego y viento murmurando

En el hondon obscuro del profundo,

Y otra nueva materia rodeando.

Pecho sé yo que encierra otro segundo

Etna, con humo y fuego mas caliente;

No vive solo Encelado en el mundo.

Efestion se enciende tan paciente,

Que alumbra toda Licia á la redonda,

Dando calor templado solamente.

Puesto que tenga la raíz tan honda,

Vese lento venir, claro y suave,

Sin que ruido ó furia dentro esconda.

Templase al fin como registro ó llave;

A veces muestra el monte cuanto quiere,

Y otras veces encierra cuanto cabe.

Dende *ad initio* arde, y nunca muere;

Por todas partes en el monte espira,

La verde yerba viva llama hiere.

Bien como cuando sale ó se retira

El rubio sol en el dudoso día,

Que tierra juntamente y cielo mira,

Al comenzar ó dar fin á la vía,

Ora sea á la tarde ó á la mañana,

Con templanza su lumbré nos envía.

Hace el fuego la yerba húmida y cana,

Vemos á un mismo tiempo envuelta junto

La yerba con el fuego, y queda sana.

Ilustre y blando fuego, que en buen punto

Entraste donde no será tu llama

Consumida, aunque el cuerpo sea difunto.

En el alma creciste, ella te ana,

Ahora de esperanza mantenido,

Y despues de perpetua gloria y fama.

No acabará tu ser desvanecido,

No faltará materia que te encienda,

No serás de otro fuego consumido.

Que la inmortalidad, eterna prenda,

La frente de perpetuo oro ceñida,

Te conservará vivo y sin contienda.

Entonces se tornará mas larga vida;

Cuando este cuerpo deje libre al hombre,

Mi voz volará á pluma tendida.

Pocos gozan presentes de su nombre,

Admirando contino el que es ajeno;

Mas siguenlos la gloria y el renombre.

Midamos entre tanto el justo, el bueno;

Contemplemos el bien que solo encierra

Todos los movimientos en un seno;

Cómo se junta el cielo con la tierra,

Cómo muda el tiempo lo encubierto,

Cómo cria, corrompe y nunca yerra.

Si viese cada cual el pecho abierto

Que fué causa de tanta vanagloria,

Y á las veces de tanto desconcierto,

Para tanta miseria mucha gloria

Seria, don Simon, muy grande afrenta;

Bastaria haber un poco de memoria.

Y aunque amor pocas veces se contenta,

Mas siempre en algo quiere mejorarse;

Harto es que lo pensemos sin tormenta.

Quien no escoge debria contentarse

Con sacar por razon cualquier juicio

Que pueda su dolor representarse.

Amar sin algun fin es tan gran vicio,

Que nunca yo lo vea en quien bien quiero,

Aunque muchos lo tengan por oficio.

Tornemos al propósito primero:

¿Cómo hallaste aquella bien andanza

Que te solia traer al retortero?

Creo que estaba en filo la balanza,

Sin torcerse en la ausencia del camino,

Pues do no hay qué se muere, no hay mudanza.

Lanzarote de Lago, cuando vino

La vez primera en posta de Bretaña,

Damas curaban del y su rocino.

Mas, si el conocimiento no me engaña,

En España no son tan venturosas

Ni se dan á curar tan buena maña.

Bien puede ser que todas sean hermosas;

Pero agradezco á Dios que me ha guiado

A vivir entre blandas y piadosas.

Como el hombre que tiene en estampado

Salir á la mañana y á la tarde,

Y vivir gordo y sano y concertado,

Así se enciende acá, y así se arde

Amar por la salud ó autoridad,

Cualquiera acometer, aunque cobarde.

Doña Guiomar, debria tu deidad

Hacer algun regalo á don Simon,

Pues lo merece bien su voluntad.

No tan misera ser de compasion,

Que el pobre haya por caso ó por dieta

El favor, y no á fuerza de razon.

Va volando, por verte, á la estafeta,

Y halla que á la fin tanto gaura

Si viniera al rodar de una carreta.

Suave cosa es servir mujer muy rara,

Suave cosa mirar cuanto hiciere,

Suave cosa en verdad, mas cuesta cara.

La que siempre amenaza y nunca hiere,

Trayéndote debajo del espada,

Es tirana absoluta en cuanto quiere.

¡Oh ausencia! que eres burla muy pesada

Para quien mucho ama, si no deja

Candal con que tornar á la posada.

Espántome del hombre que se aleja

De su dama por mal que le parece,

Y despues de tornado, que se queja;

Mas muy mayor reprehension merece

El que, antes de llegado, teme y siente

El dolor que no tiene y ya padece.

Porque primero que se viese ausente,

Debria considerar el mal doblado,

Temer ó sospechar de nueva gente.

Fama es que se juntaba en un gran prado

En Esparta la gente vencedora,

Como á baile, á luchar en el mercado.

La dueña, la doncella, la señora,

Cada cual procuraba en los primeros

Parecer mas hermosa aquella hora.

Despues los mas robustos y ligeros,

Y entre ellas la que mas fuerza tenia,

Salia al corro desnuda en vivos cueros.

A la lucha de manos se venia;

De allí á brazo partido y zancadilla:
Esa era mas amada, que venia.

No tenia ninguno á maravilla
Que el uso á la vergüenza desterrase,
Y gozar la virtud pura y sencilla.
Que mal pareceria si probase
La fuerza cada uno á la tomada
En la plaza, y el mundo se quemase;
Que todas las ausencias serian nada.

CARTA IX.

Tal edad hay del tiempo endurecida,
Que á su primer principio se revuelve,
El término pasando de la vida.

La voz, de áspera, en blanda se resuelve,
En dientes el encia se levanta,
La lengua y blanca barba en negra vuelve.

Tal arbol que de antiguo nos espanta,
Se perdió viejo tronco so la tierra,
Y ahora sale encima nueva planta.

Una virtud secreta que se encierra
En todos los sugelos que contemplo,
La cual tarde ó temprano nunca yerra.
Colgadas ya las armas en el templo,
Torna el viejo soldado la porfia
Por ira, por virtud ó por ejemplo.

Dos fuegos nacen juntos, y los cria
El alma desde el punto que es criada;
Crecen con ella juntos á porfia.

Prosiguen juntamente la jornada,
Y muévense al principio juntamente,
Sin orden ó razon determinada.

Truécase cada cual por accidente
Y por ciega ocasion en pecho ciego,
Sin causa, voluntad ó inconveniente.

Pero nunca se acaba tanto el fuego,
Que no deje secreta una centella
Dentro del corazon, señor don Diego.
Dios te libre de mal y de movella,
Pues levanta la llama tan crecida,
Que el lugar donde está se abraza en ella.

Quien la trae se piensa que escondida
En el hondon del pecho la retiene,
Aunque todos la vemos encendida.

El un fuego mas blando se detiene
Poco á poco en crecer y en arraigarse;
Este es mas peligroso cuando viene.

Ciertas partes comienzan á mostrarse,
Que mueven el sentido y el desseo
Antes que la razon pueda firmarse.

Sale contraminando de rodeo
Con determinacion blanda y dudosa;
Emprende si le veo ó no le veo.

Esta es una ponzoña muy sabrosa,
Que entre conversacion sorda camina,
Sin parecer á nadie sospechosa.

Poco á poco el favor se contramina,
Siéntese en tu señora otro gobierno,
Con cualquier golpe amor te desatina.

Hállase de amistad el pecho tierno
Mostrando querer bien, mas no desta arte,
Y abrázase en un fuego del infierno.

Entra en el corazon por cada parte,
Contrasta la razon con el sentido,
Y no osas rendirte ni guardarte.

A cabo se da el hombre por vencido,
Descubre la dolencia en puridad,
Dejándose llevar á mal partido.

Este fuego es amor y fué amistad;
Suele prender tan recio al pobre amante
Porque funda su sér sobre verdad.

Ocasiones me vuelan por delante
Que perdi cuando desta suerte amaba,
Que me quise ahorcar en el instante.

Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;
A lo menos tenia bueno un punto,
Que la conversacion no me faltaba.

El otro fuego vuelve todo junto
En furia, que os revienta el corazon,
Y á cada paso os tiene por difunto.

Si se mueve con causa ó con razon,
Aunque se enciende presto, nunca deja,
Y este nos da mayor aliteracion.

Está léjos la causa y no se aleja;
Antes la ves presente, y de manera
Que sin ser ofendida se te queja.

A tiento se camina por defuera,
Si tu servicio en algo descontenta,
Siempre estás deseando lo que fuera.

No viene de otro cabo esta tormenta,
Ni como la otra, sube poco á poco,
Junto se siente el golpe y el afrenta.

Dure cuanto durare, nunca es poco,
Porque tanta abundancia sale y crece,
Que aules de ser sentido torna loco.

Muy léjos este fuego se parece;
El ruido y el humo que del sale
A los vecinos ciega y ensordece.

El caso le despierta y del se vale,
Y sigue la eleccion tuerto ó derecho;
Mas con cualquier sospecha se desvale.

Revienta echando chispas por el pecho,
Del celoso temor ó sobresalto,
Aunque todo favor le entra en provecho.

Cuando pienso encumbrarme en lo mas alto,
Da conmigo en el suelo en un momento,
Tal, que me deja atónito del salto.

Dulce ver es de tierra un bravo viento,
Que levanta la mar alta y hinchada,
Sacando las arenas del cimientio.

Entre las altas ondas trabajada;
Una pequeña fusta abandonarse,
Que en breve será rota ó anegada.

Ver sin peligro nuestro menearse
Y caminar con fiero continente,
Dos fieros escuadrones afrontarse.

No porque el mal ajeno te contente,
Mas porque en la verdad es dulce cosa
Carecer del dolor que el otro siente.

Tú, fuera desta llama peligrosa,
Si algun fuego te quema, es como paja,
Que en un instante crece y se reposa.

Poca es la diligencia que lo ataja,
Y su furor se apaga y desencona
Por arrojar en el cualquier alhaja.

Córrome de mi sér como una mona,
Que en esta libertad me vi primero,
Cual nunca se ha hallado otra persona.

Acúsome de puro majadero,
Porque no hay cosa firme en este mundo,
Que el tiempo no la traiga al retortero.

En la cuenca del cielo y del profando,
Donde todo de un arte se rodea,
No hallarás primero sin segundo.

El año nos mantiene y nos recrea,
Mas muda quatro cosas en el cielo,
Y el Océano siempre se menca.

El manto de los cielos con su vuelo
Los mueve á todos siete, y el se mueve
Con todo cuanto cierra en este suelo.

El sol á la mañana el Ebro bebe,
Y á la noche reposa dentro en Tajo,
Y no hay parte que á ser otro nos lleve.

Contar lo que se muda es gran trabajo;
Pues que todo se muda tarde ó cedo,
Mejor es el camino que el atajo.

Solo yo soy un hombre que estoy quedo,
Que nunca trocaré la fantasia,
Ni el cielo me hará mudar un dedo.

Torne la noche oscura en claro día,
Vuelva el día despues en noche oscura,
Siempre seré, Señora, el que solia.

Amor puso en tu mano mi ven ura,
Nací á tu voluntad prede tinado,
Aunque esta suele ser de poca dura.

Sea por eleccion ó sea por hado,
Jamás te vi en un sér para conmigo,
Como á todas las cosas que he contado.

Yo sin bien, sin favor y sin abrigo,
Aunque á tus fuerzas hago resistencia,
Mas nunca pude contrastar contigo.

Las penas venceré con la paciencia,

Y tú las romperás con la aspereza,
Sin que se pueda en tí hallar clemencia.
Tanto es, que yo nací para firmeza,
Y todo lo demás para mudanza,
Sino solo el rigor de tu cruz.

Porque siendo contrario á mi esperanza,
Y ella a mi fin que no llega enderezándose,
Ha de tener en filo esta balanza.

Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,
Que yo estaré en un punto siempre firme,
Y su ser andaré siempre mudándose.

Con cualquier fuego puede amor decirme
Que me ha abrasado el alma como escribo,
Aunque me ha sentenciado sin oírme.

Al principio sin duda estaba vivo,
Aunque atónito viéndome tirar,
Sin conocer este dolor esquivo.

Amando no sentía qué era amar,
Iban mi bien y mal juntos continuo,
Miraban, y respondíanme al mirar.

Si no me respondían por el tino
Que yo me concebía ó me soñaba,
El aliento faltaba en el camino.

Disimulaba y no disimulaba,
Parecía en mi alma estar secreto
Lo que en la plaza el mundo publicaba.

Andaban lo acabado y lo imperfecto,
Lo cierto y lo dudoso contrastando,
Y otros contrarios mil en un sugeto.

Cuántas veces me dijo amor, burlando:
«Guárdate, no des paso mas adentro,
Antes procura entrar, sabio, tentando.»

Mas yo, que no sentí el primer encuentro,
Pensé que todos fueran tan livianos,
Hasta que me hallé puesto en el centro.

Vinieron mis amigos, mis hermanos,
Y todos me decían: «Que te engañas;
Amor es el que traes entre las manos.»

Holgara de guardarme de sus mañas,
Mas no pude; que vino á parecer
Cuando estaba bien dentro en las entrañas.

Comenzáronse luego á recrecer
Muchas cosas que antes no veía,
Aunque de aquí vinieron á nacer.

En fin, Señor, el duro mal crecía;
Amor amaba lazos en lo raso,
En que el simple amador daba y caía.

Entró en casa vacía, y puso vaso,
Y ocupó de manera el aposento,
Que no le sacara elección ni caso.

Siempre amo, y amor es tan sin tiento,
Y me embiste con tanta pesadumbre,
Cuanto á cerrada selva erudo viento.

Cae el rayo, y amenízanos su lumbré
Dentro en lo mas oscuro del nublado,
Y hiere en lo mas alto de la confidre.

Todo pecho se halla aparejado
A sentir este fuego, mas no guarda
Todo pecho el amor en un estado.

Haz tú, si me creyeres, buena guarda,
Sin acogello mas de una semana;
Que se hace mas huésped cuanto tarda.

Como suele un espejo, cosa llana,
Recibir en la haz una figura,
Y tornarla á volver de forma sana;

Así muchos alcanzan tal ventura,
Que cualquiera en su pecho se repara,
Sin atarse con una hermosura.

El ama, la doncella y la mas cara,
Todas hallan un norte y expediente,
Y á todas recogeis con una cara.

Fama es, cuando mató la gran serpiente
Cadmo, que con este va aguijada
Esparciese los dientes por simiente.

Vieras salir en medio del arado,
En un punto crecer hombres y arneses,
Y producir la tierra gente armada.

Con agudas espadas y paveses
Vinieron á encontrarlo de tropel,
Amenazando tajos y reveses.

Cadmo, que vió la gente así cruel,
De ira y de furor llena y sangrienta,

Tornar armas y pechos contra él,
No se olvidó el amor en el afrenta,
Ni quiso castigarlos con su mano,
Por no dar de sus obras mala cuenta.

Apartóse, y dejólos en el llano;
Ellos, como se ven de furia ardiendo,
Cada cual se volvió contra su hermano;

Cada cual se volvió contra su hermano;
Tanto, que entre sí mismos combatiendo,
Allí donde nacieron acabaron,
Matando unos á otros y muriendo.

Los que desta jornada se escaparon
Y le fueron amigos cordiales.
En todos sus trabajos le ayudaron.

Y yo, en el hondo centro de mis males,
En el cielo sembré mis pensamientos,
De quien nacieron penas inmortales.

Mis hijos me persiguen á tormentos
Y traban entre sí brava contienda,
Cada cual por vencer los sentimientos.

Dudosos pensamientos, ¿no hay enmienda
Al daño que haceis dentro en mi pecho,
Ni puede la pasión tirar la rienda?

Pensé haber acabado todo el hecho,
Y que la llama ardiente desta espada
Era muerta, aunque fuese á mi despecho.

Bella nació la guerra guerrada
Que amor crió en el alma y la fecunda,
Y sin mi muerte no será acabada.

Aquella fué primera, esta segunda;
De aquella fué el principio mal cubierto,
Y esta se cria en parte mas profunda.

Tal hora piensa el hombre estar en puerto;
Revnélvese del cielo un viento vario,
Y alejízale en el mar, hondo desierto.

Tal hora nos engaña un letuario;
Tenémosle por bueno, y no se alcanza
Cómo es del todo á la salud contrario.

No puede estar un cuerpo sin mudanza,
Ni el tiempo suele siempre estar sereno,
Ni veréis en la mar siempre bonanza.

Cuando creí que estaba mas ajeno
De cuidados de amor, libre y quieto,
Y de viejo deseo sano y bueno.

Vine por otra parte mal snjeño,
Tanto mas cuanto mas era velando
Que amor no p penetrase en lo secreto.

Sin saber por qué parte, cómo ó cuándo,
Descubrió contra mí su fuerza y maña,
Y mis sentidos fueron de su bando;

Tal, que si el sufrimiento no me engaña,
La llama que en mi pecho es ordinaria,
Seria en otro incompotable extraña.

Yo querría que fuese voluntaria,
Por mayor gloria mía; mas no quiere
Que sea sino fuerza, mi adversaria.

Hagan fuego y amor cuanto quisiere,
Que sobre fundamento y causa tal
Amor crece, y el fuego nunca muere.

En esta parte me verá inmortal,
Y llevaré del tiempo la vitoria
Que no puede alcanzar de tanto mal.

Puede ser que te venga á la memoria,
Señora, del engaño que pasaba,
Cuanto por gloria dabas vanagloria.

Mi mal es bravo, mas la causa es brava,
Por ventura mas brava que se piensa,
Y el deseo ni cansa ni se acaba.

Sea bado ó razon lo que dispensa,
Que en fin yo sacaré desta partida
La inmortalidad por recompensa,
Que es la mas larga y descansada vida.

ELEGÍA.

Si no puede razon ó entendimiento
El cuidado aliviar á quien lo tiene,
Siempre queda mayor el sentimiento.

Es mi mal sin remedio, y no conviene
Pensar de refrenarlo con prudencia,
Sino soltar la rienda á cuanto viene.

Por demás es la fuerza ni la ciencia;

Que la pasión no escucha la cordura,
Y acrecienta el dolor la resistencia.
En él, como en la flor de la hermosura,
De arrebatada suerte saltada,
Que falleció la vida y la ventura,
Fulste, doña Marina, tan llorada,
Cuanto el poco que en esta luz viviste
Tu vista mereció ser alabada.
Lo que la redondez del cielo viste,
Todo siente en extremo tu partida,
En extremo se duele y queda triste.
¿Quién fué mas admirada y mas servida?
¿Quién con mayor razón lo merecía?
¿Quién lo estimó tan poco en esta vida?
Esa lumbré, que al sol escurecía,
Yace ahora tan bajo so la tierra.
Cuanto de claro entonces la vencia.
Antigua, inextinguible, cruda guerra
Entre el huero y el hombre, tan forzosa
Es la necesidad que en ti se encierra.
¿Quién vió á doña Marina tan hermosa
Cuanto viva la vi y la vi difunta,
Que piensa en el durar de alguna cosa?
Nunca se excusa y siempre se barrunta
Aquel paso cruel en que dejaste
Triste y á oscuras toda España junta.
¿Qué hado, qué fortuna, qué contraste
Te arrebató delante nuestros ojos
En el tiempo que menos lo pensaste?
Muerte dura, que goras los despojos
De todo nuestro bien y dura suerte,
Venida para dar males y enojos;
Contra quien no hay razón ni escudo fuerte,
Siempre contigo estamos de conquista,
Amagas con la vida y das la muerte.
Si el trigo no es maduro en el arista,
No corta el segador la mies en berza
Antes de la sazón venida y vista.
No pone en verde rama, aunque se tuerza,
La hoz antes de tiempo el hortelano,
Hasta que se endurece y toma fuerza.
Y tú, hada importuna, tan temprano
Cortas el hilo cuando no maduro;
¿Oh cruda ejecución, oh dura mano!
El sol, que venos ir alto y seguro,
Muere, y á las estrellas da su lumbré,
Por no dejar el mundo en todo oscuro.
Mas despues de caer, como es costumbre,
Zabulle sus caballos en poniente,
Y vémosle otra vez subir la cumbre.
Pero la sorda muerte no consiente
Que quien gusta una vez la agua profunda,
Otra torne á ser visto de la gente.
No hay designio que al cabo no confunda
La noche eterna y hora del espanto,
Ni se espera nacer la vez segunda.
Si es posible que lágrimas y llanto
Hagan volver acá la sombra vana,
Ningun hombre lloró que pueda tanto.
Mas la necesidad, que tan temprano
Se te mostró enemiga y envidiosa,
No dejó de mostrarse á mi inhumana.
Quedáranos siquiera alguna cosa
Que ablandara el rigor desta crueza,
Por muestra de una imagen tan hermosa.
El agrio escollo puesto en aspereza,
Del bravo mar y vientos combatido,
En fin ablanda el sér de su dureza.
Poco valen suspiros y gemido
Para abrir la cerrada y sorda vía;
Antes es el quejar tiempo perdido.
Y ya no torna el mundo, cual solía,
De hermosura en sí aquella pujanza,
Ni el ejemplar que della se tenía.
Gran parte fué de bienaventuranza
Tener en sí un extremo de verdad,
Mas el perderlo fué gran malandanza.
¿Oh hermosura sin contrariedad,
Ni envidia ni zozobra, que te veo
Cubierta de perpetua oscuridad!
¿Oh castísimo objeto del desco!
¿Quién te vió, que sujeto no quedase

Y metido en un dulce devaneo?
¿Quién te trató, que no desesperase,
Apartado con manso desengaño,
O quien desesperó, que no te amase?
A ninguno tu vista hizo daño,
Que tu bondad no fuese el instrumento
A reparar la culpa del engaño.
El ánimo y manera, el pensamiento
Igual con la grandeza y con la gloria
De tus antecesores, que no cuento.
Sería ennoblecerte con historia,
Y hacer á tus méritos gran tuerto
El traer tanto rey á la memoria.
¿Qué descuido en el habla, qué concierto,
Qué aviso, qué prudencia, qué llaneza!
Parecíanos traer el pecho abierto.
Sali triste de mi naturaleza
A buscar en provincias apartadas
Mayor reputación, mayor grandeza.
Tiénenme ahora los lados tan cortadas
Las alas de la gloria, que me canso;
Mejor fuera adorar en tus pisadas.
Correr con la fortuna bajo y manso,
Y no temer por fin merecer verte,
Mas en verte poner fin y descanso.
¿Cuán bienaventurada fué la suerte
De aquellos que presentes se hallaron
A ayudarte á salir del paso fuerte!
Tus manos con sus lágrimas bañaron,
Cerráronte los ojos, y presentes
En tu faz, que moría, contemplaron.
Dulce oficio de amigos y parientes,
Confortar al amigo en hora triste;
Dulce, mas rehusado entre las gentes.
¿Bendito aquel de quien te despediste,
Que sintió las palabras que decías,
Y al que postreramente adios dijiste!
Infinitos trabajos, pocos días,
Contino contrastar con la fortuna,
Y salir al revés cuanto querías;
El favor de los cielos en la cuna,
La gente que por diosa te adoraba,
Caminar por do nunca fué ninguna.
Cualquiera otra mujer que te miraba,
Quisiera parecerte; mas probando,
En vano lo quería, y te admiraba.
¿Cuántas veces me vi, como soñando,
Triste, verte y hablarte en esta ausencia!
Despues halléme solo y suspirando.
Venías con aquella reverencia
Que siempre mereció ser aratada
De cuanto se hablaba en tu presencia.
Aun no era tu figura bien formada,
Cuando el aire en mirar se desparecía;
Yo quedaba suspenso, sin ver nada.
Entonces á mi mismo maldecía,
Adivino del mal, y no sabiendo
Cuánto daño la muerte me hacía.
Al cabo quedaré triste no viendo
Tu hermosura; vino á maldecirme,
Porque vivo he quedado, tú muriendo.
A lo menos pudiera despedirme
En sombra y en verdad, y entonces fuera
Mas consolado el mal, y no mas firme.
En pérdida comun poco sirviera
Remedio que á uno solo da consuelo,
Si en todos no fué el mal de una manera.
Comun era un ardiente honesto celo,
Con que á cuantos te velan obligabas
A ensalzarte y subirte hasta el cielo.
¿Qué crecías de los que tú mirabas
Por gracia ó por favor mas que por arte,
Si en tanta obligación á estos dejabas?
España se cubrió de parte á parte
De negra vestidura y de quebranto,
Señora, por el duelo de dejarte.
Nunca el río creció con lluvia tanto,
Ni con nieve deshecha en la montaña,
Cuanto con muestras lágrimas y llanto.
Fortuna, contra nos prueba tu saña
Y fuerza juntamente, si nos quieres
Tentar en una pérdida tamaña.

Que pues en tan sensibles partes hieres,
Y tu mano tan cruda nos castiga,
Buscaremos huir lo que hicieres.
Procurarse ha con arte y con fatiga
Dejar viva su imagen y memoria,
Con que el ingenio y mano la consiga.
Pero ¿quién gozará desta victoria?
Que no hay color ni piedra ni metal,
Ni hay ingenio que alcance tanta gloria.
¡Oh ciudad del loco pereñal,
Querer con artificio dar la vida
A quien, viva, ganó ser inmortal!
Sea la esperanza vana, ó sea perdida,
De verte en viva forma, ya tu muestra
En mi alma estara siempre esculpida.
Pudo Orfeo con voz y mano diestra
Penetrar á los reinos del infierno,
Y la gente mover que no se muestra.
La crueza vencer del mundo eterno,
Volver la ley escrita en diamante,
Y al oscuro señor, de duro, en tierno.
Procedió en el cantar duro y constante,
Estorbando el cruel y triste oficio
Hasta que vió á su Euridice delante;
Mas no esperó á gozar del beneficio
El misero amador y mal sufrido;
Y así se mudó en llanto su ejercicio.
Por los desiertos montes va perdido
Siete noches arreo y siete días,
De lágrimas y quejas mantenido.
¡Ah, mezquino amador! ¿en qué porfias?
Cegóte la esperanza y el desseo,
Y hiciste que muera por dos vidas.
¡Ah, constante amador, misero Orfeo,
A los hielos y nieve condenado!
¡Cuán conforme á tu mal el nuestro veo!
Tú vas ahora por Tracia desterrado,
Hinchendo tierra y cielos con tu queja,
Y suspiros mezclando con cuidado.
Ella, vuelta en espíritu, se aleja
Por extendido campo ó yerba verde,
Aunque no sin dolor porqué te deja;
Pero no que tornar á ti se acuerde;
Porque el que pasa el agua del olvido,
En vano lo desea quien lo pierde.
No la llares con llanto ó con gemido,
Con ruegos, sacrificios y oraciones;
Que todo le será tiempo perdido.
No con luengo discurso de razones,
Ni con favor, destreza ó violencia,
No con oro, con plata ó ricos dones,
Como una vez que es dada la sententia.

FÁBULA

DE ADÓNIS, HIPÓMENES Y ATALANTA.

El tierno pecho, de cruel herida
Por la dura salvaje fiera abierto,
La madre del amor toda afligida,
Que con lágrimas baña el joven muerto;
Y tú, vírgen de Hipómenes vencida,
Entre gloria dudosa y miedo cierto,
Seréis el argumento desta historia,
Que presente hará vuestra memoria.
A ti, doña Marina de Aragón,
A quien naturaleza estudiosa
La obra sin tener comparación
Hizo, sobrando á sí y á cualquier cosa,
Hermosa sobre todas cuantas son,
Y es lo menos que tienes ser hermosa;
A ti llamo, que alargues tu favor
Dando principio y fin á esta labor.
La honesta y clara lumbre de tus ojos,
Que á todo humano ser tiene rendido;
La blanca mano llena de despojos
De almas y voluntades que has prendido;
Las gracias en ti unidas á manojos,
Tu grandeza y dolor nunca vencido,
Mas vencedor de humanos corazones,
Enderecen y quien mis razones.

Y porque con la voz mas dulce y pura,
Y espíritu mas alto que el humano,
Pueda apartarme de la niebla oscura,
Despreciando el comun vulgo profano;
Tú, Señora, me sube en el altura
Do no puede llevarme ajena mano,
Y gña mis sentidos á tu modo;
Que no pueden todos hacer todo.

En la mar, donde el sol resplandecer
Se ve primero con dorada lumbre,
Y por las bravas ondas extender
Los rayos de templada mansedumbre;
Donde suele dejar ya de correr
La rosada mañana en alta cumbre,
Y tornarse risueño el dulce lecho,
Con rostro tierno y delicado pecho;
Arabia la felice, allí bañada
Del manso mar, por todo reverdece;
El dulce fresco y la calor templada
Se mezclan por la tierra que florece;
Con el bálsamo y casia delicada,
Con mirra, cuyo olor nunca perece,
Mirra que, enamorada de su padre,
Fue de su mismo hijo hermana y madre.

Dire de Mirra, que á esta tierra vino
La ira del cruel padre escuchando,
Por bravos montes y áspero camino,
Siempre la aguda espada recelando;
Y al fin, de aborrecible le convino,
La verde yerba en lágrimas bañando,
En lugar de perdón y de piedá,
Pedir castigo á Dios de su maldad.

Las manos extendidas contra el cielo,
Decia con vergüenza y ira movida:
«Yo ensucie, yo rompí el virginal velo,
Yo el tálamo violé en que fui nacida;
Hice á mi padre de su hijo abuelo,
Y á mi madre hurté la honra debida.
¡Oh hija, de tu padre torpe amiga,
De tu madre comeleza y enemigo!»
«Si el hombre que confiesa mal hacer
Es oído en sazón desesperada;
Si el castigo que puede merecer,
Respeto del delito será nada;
Si sé que todos me han de aborrecer,
Vivos y muertos, viva ó sepultada,
Ruego á Dios que me saque de este mundo
De manera que no ensucie el profundo.»

Oyóla Dios en su deseo postrero,
Y á sus ruegos piadosos se movió;
La carne y huesos convirtió en madero,
Y los pies en raíces retorció;
En rayada corteza el blanco cuero,
Los dos brazos en ramas extendió,
Y ella misma, de empacho y de graveza,
Dejó sumir el rostro en la corteza.

Las lágrimas quedaban solamente,
Y estas se convirtieron en licor,
Que, endurecido con el sol ardiente,
El aire mezcla de suave olor;
Vive su nombre en boca de la gente,
Porque quiso la madre del Amor
Que la planta de Mirra se llamase,
Y la memoria el nombre conservase.

Un niño tierno, en carne concebido,
Crecía dentro del madero oscuro;
Crecía, y deseaba ser venido,
Por huir de su madre, al aire puro;
Y al tiempo de nacer constituido,
El árbol se doblaba, aunque era duro;
Fáltáronle las quejas del parir,
Mas no dejó por eso de gemir.

El mismo parecía se apretaba,
Y callando mostraba su tormento;
El tronco en nuevas lágrimas bañaba;
Y movía la tierra de cimiento;
Lucina, diosa del parir, que estaba
Presente á tan extraño nacimiento,
Viendo abrirse el madero por delante,
En sus manos recibe al tierno infante.

Las ninfas le tomaron á criar,
Y Adónis el hermoso le llamaron,

Por sêr su hermosura tan sin par,
Que ellas, como de extremo, se espantaron;
Y muchos que los vian á la par,
Por el hijo de Vénus le tomaron;
Si del costado el arco Amor dejaba,
Adónis del costado le llevaba.

No hay cosa mas ligera que los dias:
Pasa una edad corriendo y otra mana.
Este que niño tierno hora veías,
Nacido de su abuelo y de su hermana,
Ya es muchacho, ya es hombre de porfias,
Ya le miran las niñas de su gana;
Enamoró á la madre de Cupido,
Y venga el fuego en que la suya ha ardidido.

En el Arabia es fama que, cansada
La diosa Vénus por la tierra yendo,
Fel murmullo de una agua convidada
Que entre la verde yerba iba corriendo,
Con el sol y el trabajo acatorada,
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,
Cubierta de una tela transparente,
Se sentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adónis por alli venia,
De correr el venado temeroso,
No de otra arte que el sol cuando volvía
En Lidia los ganados al reposo;
El polvo que en el rostro se veía
Y el sudor le hacian mas hermosos;
Como con el rocío húmida y caua
Se ve la fresca rosa en la mañana.

Queriendo defenderse del calor,
Y con el agua clara refrescarse,
Vido sola á la madre del Amor
Sobre la verde yerba reposarse;
El espejo y el peine y partidor,
La ropa con que suele ataviarse,
Todo lo vió esparcido sin concierto,
Y su hermoso cuerpo descubierto.

En torno estaban las silvestres diosas
Puestas en ejercicio delicado:
Cuál teje en oro coloradas rosas,
Quién coge varias flores por el prado;
Poniéndose á acechar las mas hermosas,
Han sátiros traviesos escuchado,
Declarando por señas sus deseos,
Y apartábanlos ellas con meneos.

La libertad andaba desceñida,
Y las iras ligeras á moverse,
El simple llanto, la razon vencida,
Y los rabiosos celos sin valerse;
La di simulacion ya conocida,
El turbado temor en atreverse,
Los livianos perjurios y promesas,
Los cortos sobresaltos y las prisas.

Echaban la sultura y mocedad
A la corva vejez de la campaña;
Con ellas va la ciega libertad,
La risa y juego y el dulzor que daña;
El herbor de seguir la novedad,
La esperanza sin causa, que se engaña,
Y otras gentes que siguen á esta diosa,
Andaban por la yerba deleitosa.

Entre todas volaba el niño ciego,
Tirando mil maneras de saetas;
A quién abrasa en valeroso fuego,
A quién hace heridas imperfectas;
Engaña algunos entre burla y juego,
Hace unas libres y hace otras sujetas,
Y al fin, á todas vence el albedrio
Por fuerza ó por razon ó desvario.

Este, que vió venir tan sin recelo
A Adónis con sus canes, por el llano
A la madre huyo con presto vuelo,
Apretando las flechas en la mano;
Y ella, que se sintió llegar al suelo,
Los brazos le tendió con rostro humano;
Al abrazar, el niño descuidado,
La hirió de una flecha en el costado.

Luego con mano y pecho, todo junto,
Herida, desvió de sí al infante;
Estaba la saeta tan á punto,
Que el hierro penetró bien adelante;

Y como alzó los ojos en el punto
Que sintió la herida, vió al amante;
Vió al amante, y quedó en la yerba verde,
Como la mansa cierva que se pierde.

El niño, echado de la madre aparte,
Se sintió de lo hecho tan de veras,
Que probó en el tirar su fuerza y arte
Con una flecha de las mas ligeras;
Corvando el arco de una y otra parte
Hasta juntar entrambas empulgueras,
Tocó el rostro la cuerda á man derecha,
Y á la izquierda la punta de la flecha.

Hizo la cuerda al desarmar sonido,
Y voló la saeta por derecho,
Con la cual el mancebo fué herido
De cruel golpe en el siniestro pecho,
Y del tiro quedó todo aturdido,
Y Amor se alzó en el aire satisfecho:
Iba vanaglorioso en su volar,
De haber herido entrambos á la par.

No fueron menester largas historias
Ni muchos andamientos de razones;
Que quien habia juntado las memorias,
Pudo juntar tambien los corazones;
Las niñas se alegraron de sus glorias,
Y los cubrieron de suaves dones:
Rosas blancas y rojas, y otras flores
Que mueven y acrecientan los amores.

La Diosa está de sí tan olvidada,
Que huye la ribera citerrea
Y Gñido, de pescados abastada,
A Pafos, que la mar casi rodea;
A Matunta se deja despreciada
Por mas oro y metales que posea;
Desdeña cielo y tierra y no le quiere;
A solo Adónis precia y por el muere.

Ni toma el peine ni el espejo mas,
Ni de las hacias amorosas cura,
Ni adorna su cabello por compás,
Ni descege la blanca vestidura;
El reposo y el juego deja atrás,
Ni se halla contenta ni segura,
Ni sale aderezada ni compuesta,
Como cuando á los hombres hace fiesta.

El dorado cabello, que es bastante
A deshacer el sol, al viento suelta,
En el hombro el careax de oro sonante,
La blanca ropa en oro trae revuelta;
En la mano arco y flecha penetrante,
Un perro de trailla, otro de suelta,
Halla la caza y hiere en esa hora,
Y pensando matalla, la enamora.

A mansos animales se presenta,
Y de las fieras á quien menos daña,
A las medrosas liebres ahuyenta
Y al ciervo corredor por la campaña;
A quién hiere parada, y á quien tienta
Con fuerza, á quien rodea, á quien engaña,
Parando ahora lazos, ahora liga,
De las seguras aves enemiga.

Huye al rojo leon, que con la muerte
Se ceba y harta de la res paciente;
Al lobo nunca harto, el oso fuerte,
Y del furioso puercó el corvo diente;
Y temiendo celosa de tu muerte,
A ti tambien aparta este accidente,
Y te aconseja, Adónis, que no quieras
Ofrecerte á la ira de las fieras.

Con lágrimas le ruega y compasion;
Mas poco le aprovecha este enuidado;
«Huye, Adónis, le dice, la ocasion;
No seas con mí daño tan osado.

Ni lo sufre el peligro ni razon
Ser contra los valientes esforzado;
Acometer las bestias es locura,
A quien armas tan bravas dió natura.

«Mil desastres que suelen ofrecerse
Entre el deseo ardiente y la victoria
A quien en los peligros va á ponerse,
Me turban y revuelven la memoria;
Si tu ánimo no puede ya moverse,
No me cueste tan cara esta tu gloria,

Que por seguir un puerco, y no un venado,
Te vea yo á peligro condenado.

»Tu floreciente edad, tu hermosura,
Tu gracia, tu saber y tu destreza,
De que yo me venci, siendo segura,
No la puede entender bestial bruteza;
Ni querrán perdonar en la espesura
El oso, el puerco, el lobo, esa belleza.
No vencen rostro y ojos celestiales
La fuerza de los brutos animales.

»En el corvo colmillo el puerco lleva
El rayo de su fuerza, y el león
Con impetu amenaza y furor prueba
Su saña, sin hallar contradicción;
Ningun animal hay que tanto mueva
Y altere contra mí su condicion
Como el cruel león y dañador.
Por haber sido ingrato á mí y Amor.»

Adónis, deseoso de sentir
La causa de tan grande enemistad,
Le comenzó con ruegos á pedir
Le cuente de aquel hecho la verdad.
«Soy contenta, dijo ella, de decir
Cuán mal agradecieron mi piedad,
Contándote el milagro y caso extraño
Que á mí causó vergüenza y á ellos daño.

»Mas el aliento, de correr vencido,
Y el desacostumbrado trabajar,
Con la sombra deste árbol tan tendido,
Que á los rayos del sol no da lugar,
El verde prado al derredor ceñido
Destos olmos que crecen á la par,
El agua clara y limpia en que nos vemos,
Convidan á que un poco descansemos.»

Tan mansa y sosegada cercando iba
La fuente el fresco prado y alameda,
Que aunque corriese presurosa y viva,
A la vista mostraba estarse queda;
El junco agudo ni la caña esquila,
Ni la ova tejida y vuelta en rueda,
Estorbaban al agua que corriese,
Ni al suelo que lo hondo no se viese.

De césped vivo, de alta yerba verde
Se cercaba la margen por deluera,
Con el bledo inmortal, que nunca pierde
La color en invierno y primavera,
Está la roja flor, que nos acuerde
El caso de Jacinto en la ribera,
Con otras flores varias y hermosas,
Suaves yerbas y plantas olorosas.

Los árboles ramosos y cerrados,
Que amenazan al cielo con la cima,
Ceñían el lugar tan apretados
Como tejida mimbre en tela prima;
Veense los prados, montes apartados,
Y las dudosas fieras por encima,
Los cerros con los valles desiguales,
Albergue de los brutos animales.

Luego en medio del prado se sentaban,
Y trabándose estrecho con los brazos
La yerba, y asimismo se apretaron,
Mezclando las palabras con abrazos.
Nunca revueltas vides rodearon
El álamo con tantos embarazos,
Ni la verde y entretejida hiedra
Se pegó tanto al árbol ó á la piedra.

REFIERE LA DIOSA VÉNUS LA FÁBULA DE ATALANTA Á ADÓNIS.

Así estando la Diosa, comenzó
La preguntada historia á proponer,
Diciendo: «Adónis, no sé si llegó
Por fama á tu noticia una mujer
Que en la soltura dicen que venció
Á los mas sueltos hombres á correr;
Tanto, que por milagro de natura
Tenia toda Grecia su soltura.

»Atalanta por nombre se decia,
Y era virgen de tanta gentileza,
Que estábamos en duda si tenia
Mas parte de hermosura ó ligereza:
A esta vino acaso en fantasía

De consultar á Apolo la certeza
Si viviera casada ó al contrario;
Deseo entre doncellas ordinario.

»Respondióle con voz turbada, obscura,
Harto obscuras palabras al sentido:
—Deja, Atalanta, estar tu hermosura;
No procures gozalla con marido;
Pero no excusarás esta ventura;
Que tu hado está escrito, aunque escondido.

Tiempo verná en el cual te casarás,
Y viviendo, de ti carecerás.—

»Espantada Atalanta así dudaba
La ira del oráculo y respuesta,

—Y con temor huyendo, se encerraba
En la apartada y áspera floresta.

Si alguno por mujer la demandaba,
Respondía feroz á la propuesta

Que ninguno la habria que la pidiese,
Si primero á correr no la venciese.

»—Yo mesma seré el premio al vencedor,
Decia, y no es pequeño, ya lo veis;

El vuestro sé que no será mayor,
Por mucho que engañarme aventureis.

Veráse la soltura y el amor

De los que por amiga me quereis:

Cada uno se esfuerce á la corrida,

Porque el vencido perderá la vida.—

»Divúlgase por Grecia este concierto;

Y puesto que la ley era tan dura

Que el vencido al instante fuese muerto,

Tan grande es su valor y hermosura,

Que determinan por el campo abierto

Muchos poner la vida en aventura;

Y así, camino y tierra se hinchía

De quien por ver ó por correr venia.

»Entre los que á mirar allí vinieron,

Hipómenes fué uno, el cual estaba

Asentado á juzgar los que corrieren,

Y de las bravas leyes se espantaba.

Condenando entre si cuantos quisieron

Mujer que tal peligro les costaba,

Decia entre si: —No puede tolerarse

Que así mueran los hombres por casarse.—

»Mas como ve ponerse á la doncella

En campo y parecer casi desnuda,

Juzga no haber visto otra mas bella;

Súbito la opinion del todo muda:

Da por honesta y justa la querella,

Y turbada la lengua y casi muda,

Las manos altas, pide allí perdón

A los que habia ofendido sin razon.

»Quería que corriesen, mas desea

Que ninguno alcanzase el vencimiento;

Después ha envidia que el vencido sea

Muerto por tan valido pensamiento.

Entre temor y gloria devanea,

Crece el deseo y falta el sufrimiento;

Ya correria; mas teme de perder.

Mas que la vida, el premio del correr.

»Penoso y triste, en voluntad confusa,

Revuelve mil porfias entre si;

Ya teme, ya se esfuerza, ya se acusa.

Y dice: — ¡Torpe yo! ¿qué hago aquí?

Amor y hermosura, que me excusa,

Me harán vencedor; quiero por mí

Ponerme á la fortuna que se ofrece;

Que amor al atrevido favorece.—

»El que consigo estaba así á decir,

Moviendo y apartando inconvenientes,

Alzando la cabeza, vió venir

Un hombre por correr entre las gentes;

Pártese la doncella, y al salir,

Va como los arroyos muy corrientes,

Por honda y llana madre sin sonido,

Que vencen á la vista y al oído.

»Mas puesto que correr viese á Atalanta

Con tan ligero paso y volador,

Que los livianos vientos adelanta

Y la presta saeta ó pasador,

Su hermosura y gracia mas le espanta,

Que con correr es siempre muy mayor;

A cada paso que ella da, la mira,

Alza y baja los ojos y suspira.

»El aire junto con los blancos piés

El vestido desvían y le allegan;

Los cabellos, cogidos al través,

Que en parte al viento fresco se desplegan;

La clara lumbre que en los ojos es,

Con cuyo resplandor los hombres ciegan;

El blanco pecho visto por el oro,

Hacen mas extremado su tesoro.

»La color de la carne se veía tal,

Con el trabajo del correr mezclada,

Cual suele el rojo velo en el cristal

Hacer sombra entre blanca y colorada;

La pura leche no parece igual

Sobre las vivas rosas derramada,

Ni en el limpio alabastro transparente

Esparecida la púrpura de Oriente.

»El que estaba en mirar embebecido

La carrera cruel que se acababa,

Y con dolor del misero vencido,

Ejecutar la ley y pena brava;

Vuelve Atalanta al puesto conocido,

Quién se alegra con ella, y la alababa

Vencedora, y contenta con la gloria,

Con corona de fiesta y de vitoria.

»Hipómenes, llegando algo mas junto,

Cuando la ve venir con la corona,

Sale fuera de sí de todo punto,

Como quien por amores se abandona;

Ni le espanta la pena del difunto

Ni la ley que á la muerte no perdona;

Así que, de afición turbado y ciego,

Sin miedo se adelanta, y habla luego:

»—Pues que en vitorias fáciles te empleas,

Venciendo á perezosos, Atalanta,

Ponte á correr conmigo si deseas

Ver dónde tu presteza se adelanta;

Por mucha ligereza que posesas,

Tu belleza nos turba y nos espanta;

En tus piés puede estar el bien correr,

Mas en tu vista Amor puso el vencer.

»Si puedes ser vencida por alguno,

No te será desdeño de vencerte

Por mí, que soy biznieto de Neptuno,

Que al mar tempestuoso da la suerte;

Y si tú me vencieres, no hay ninguno

Que te dé tanta gloria con su muerte,

Pues nunca esconderá nube de olvido

La memoria de Hipómenes vencido.—

»La doncella, que vió al jóven hermoso

Ofrecerse á la muerte de su grado,

Mirale con un rostro piadoso,

Y pésale de verle tan osado.

—¿Qué dios, á los hermosos envidioso,

Dijo entre sí, qué suerte ó duro hado

Te enciende en este error la fantasía?

O ¿es dios á cada uno su agonía?

»¿Quién con peligro de la dulce vida

Le hace procurar mi compañía?

Si yo fuese juez de esta partida,

No estimo tanto la belleza mia;

Estimo bien la suya, que ofrecida

A la muerte, condena, y que porfia

No me toca ni mueve su beldad,

Aunque podrá moverme, á la verdad.

»Aunque es mezo y en años floreciente,

No me muevo por él, mas por su estado,

Por su valor y ánimo valiente,

Que desprecia la muerte de su grado;

Su linaje, de dioses descendiente

Por línea de Neptuno en cuarto grado,

Que me ama y me compra con morir,

Si vitoria no puede conseguir.—

»Respondióle: — Si huelgas de partirte,

Deja estar este tálamo sangriento;

Que aun puedes todavía arrepentirte

De tan caro y esquivo casamiento;

»No cures por lo dicho de affligirte,

Que yo te libro, siendo tú contento,

Y otra cualquier doncella, á mi pensar,

Te puede con derecho desear.

»Mas ¿qué cuidado tengo yo de tí,

Habiendo muerto tantos hasta ahora?

Viva ó muera, decía luego entre sí,

Pague, pues que á su daño se enamora;

Que si muertes de tantos que por mí

Pierden vidas y honras en un hora

No le mueven y apartan, bien pareco

Que le pesa esta vida y la aborrece.

»¿Qué disculpa de mi inhumanidad

Daré á Grecia, que tenga por testigo,

Si mato con furor y crueldad

A este porque osó vivir conmigo?

Si el premio del amor y piedad

Ha de ser dura muerte y cruel castigo,

No podrá comportar hombre que viva

El odio de vitoria tan esquivia.

»¿Qué culpa tengo yo? ¡Oh si quisieras

Dejar la peligrosa empresa y dura!

Que en mas livianos y de menos veras

Se pudiera emplear tu hermosura;

O ya que te determinaste, fueras

El mas ligero y de mas ventura;

Huésped, no ganarás en mí, venciendo,

Cuanto arriesgas en tí á perder corriendo.

»¡Oh qué aire de rostro y qué meneo

Entre virgen honesta y jóven fuerte!

Oh Hipómenes mezcquino, que te veo

Ofrecer por mi causa á cruda muerte!

O no me hubieras visto, ó tu deseo

Fuera mas conveniente.—Y desta suerte

Hablaba entre sí mesma la doncella,

Y maldecía el fin de la querella:

—Si yo fuera tan bienaventurada,

Que el importuno hado no negara

A mi suerte la vida descansada,

Uno solo eres tú á quien deseara.—

Esto dijo, y de nuevo amor tocada,

Revelta la color toda en la cara,

Sin entender la fuerza del dolor,

Arde y ama, y no siente que es amor.

»Ya el padre, que al correr era presente,

Y el pueblo la carrera demandaba,

Ordénase en mirar toda la gente,

Y solo en medio Hipómenes quedaba,

El cual con voz soñeta y ardiente,

Mi santo nombre en su favor llamaba,

Diciendo: — Favorece mi osadía

Tú, Diosa, que encendiste el alma mia.

»Tú, sobre todas soberana Diosa,

Alumbra los mortales en el suelo;

Tú venciste en la tierra, de hermosa;

La que, de clara, vences en el cielo;

Por tí se aplaca el viento, el mar reposa;

Tú del género humano eres consuelo,

Por tí nos abre el año nuevas flores,

Do das principio y fin á los amores.

»¿Quién á las simples y ligeras aves;

Cuando acuciosas edifican nidos,

Hace con voces dulces y suaves

Declarar sus cuidados encendidos?

¿Quién á los otros animales graves

Mueve con nueva furia los sentidos,

Correr ásperos valles y sombríos,

Y nadar presurosos hondos rios?

»¿Quién da fuerzas al jóven que de hecho

Le enciende amor y le resuelve en fuego,

En noche oscura el tempestuoso estrecho

Atravesar con lluvia y tiempo ciego,

Cortar las bravas olas con el pecho?

Truena y ábrese el cielo, y el mar luego

Rompe las altas peñas resonando;

Mas él con su furor pasa nadando.

»No le tienen turbados elementos,

No los padres con lágrimas y llanto,

El mar negro sacado de cimientos

No le aparta el deseo ó pone espanto;

No la virgen que en ansias y tormentos

Suspensa pasará aquel entretanto,

Y al fin morirá muerte lastimera

Sobre el cuerpo tendida en la ribera.

»En la parte mas fértil y abastada

De la tierra del Cipro, una heredad

Por los antiguos padres consagrada

Fué á mí templo en señal de piedad;
En medio resplandece una dorada
Planta con hojas de oro, á quien la edad
Ni el año seco, estéril, destemplado
Estorba que no dé el fruto donado.

»Esta huerta llegaba cuando digo

Que Hipómenes estaba en agonía;
Delibere ayudalle como amigo
Con tres manzanas de oro que trala;
Y tomándole aparte sin testigo,
Le declaré á qué riesgo se ponía.

Díle el fruto, consejo y el favor
Para vencer por arte y por amor.

»La trompa dió señal: cada cual sale
Recogiendo el aliento con el pecho,
Ni avenida ni viento hay que se iguale,
Ahora corre extendido, ahora estrecho;
La fuerza y ligereza es la que vale,
Y el no perder el ánimo en el hecho;
Corre el uno y el otro cuanto puede,
Y no hay vista que atrás no se les quede.

»Yolarán por encima de la lista

En las mieses que crecen á la par,
Y venciendo al juicio y á la vista,
Por las hinchadas ondas de la mar,
Sin abajar la punta de la arista
Ni bañarse las plantas al pasar;
Nunca fué tan ligero el pensamiento,
Ni el tiempo cuando huye del momento.

»El favor de la gente, que infinita
Acudia con palabras y meoio,
La torpeza del ánimo les quita,
Y acrecienta el esfuerzo y el deseo;
Cada cual dice: — Hipómenes (con grita),
Es fuerza, es fuerza, Hipómenes, que veo
Quedar por tí la plaza y la querella,
Alcanzando la gloria y la doncella. —

»No sé cuál de los dos mas se holgaba,
Atalanta ó Hipómenes, con esto,
¡Oh cuantas veces ella le pesaba,
Tirada de la gloria y de lo honesto!
Mas, volviendo á miralle, se paraba
Por no quitar los ojos de su gesto;
A cada uno el aliento fallaba,
Y el puesto muy de lejos se veía.

»Viendo Hipómenes que iba por vencerse,
Echóle de través una manzana;
Ella, como vió el fruto revolverse,
Suspensa reparó entre miedo y gana;
Mas al cabo la alzó sin detenerse,
Tornando á la carrera mas liviana;
Pasa el jóven por ella con esta arte,
Y el pueblo favorece de su parte.

»Atalanta, que vió la gran presteza

Con que se levantaba tan ardidio,
Esfuerza por cobrar con ligereza
El tiempo y el espacio que ha perdido;
Pasó otra vez delante sin pereza;
El jóven, que se vió otra vez vencido,
La segunda manzana echó delante;
Ella la alcanza, y pasa en un instante.

»La última jornada y mas dudosa

Quedaba por pasar de la carrera,
Cuando Hipómenes dice: — ¡Oh eterna Dios!
Tú me trajiste el don y la manera;
No me niegues tu ayuda poderosa. —
Y arrojó la manzana tan afuera,
Que en caso que Atalanta la quisiese,
En el ir y volver se detuviese.

»Parecióme dudar cuál seguiría,
El fruto ó la carrera; y así estando,
Al oro le inclinó la fantasía

Con mucho resplandor, el cual alzando,
Añadió nuevo peso al que tenía,
Nuevo estorbo y graveza acrecentando,
Armó al jóven de fuerza y ligereza,
A ella de desmayo y de torpeza.

»Y por no ser mas larva yo en contarte

El proceso que finó de la corrida,
Fué vencida Atalanta con esta arte,
Sin la cual no pudiera ser vencida;
Quien quiera juzgará por cada parte

Si la gloria de entrambos fué crecida:
Dél, que su muerte vió en vida trocada,
Y ella en verse vencer del que era amada.

»Aquel podrá sentir lo que ha pasado,
Si terminó no vida salrosa.

»Venir por tal peligro á tal estado,
Verse juntos hermoso con hermosa,
Dulce amiga con dulce enamorado,
Nuevo esposo yacer con nueva esposa:
¿Qué estado puede haber mas apacible
Debajo de la luna en lo visible?

»Párecete que fuera conveniente

Que agradeceran este beneficio,
Primero con devoto continente,
Después con oración y sacrificio?
Ni de mí se acordaron al presente,
Ni me adoraron con debido oficio;
Antes menospreciaron mi deidad,
Llevados de soberbia y vanidad.

»Con súbito furor y nueva saña,
Sintiendo el menosprecio que te digo,
Revolví contra ellos fuerza y maña,
Por mostrar nuevo ejemplo de castigo,
Dándoles á entender que quien engaña
A Dios, le hallará bravo enemigo,
Sin faltarle cruel pena y tormento,
En que los otros tomen escarmiento.

»Pues gustando de su felicidad,
Por mostrarse á los pueblos de continuo,
En colmo de tan gran prosperidad,
Como usasen espeso andar continuo,
Un templo de perpetua antigüedad
Descubrieron, que al paso era vecino,
Tan cubierto de hiedras y ocupado,
Que bien mostraba ser lugar sagrado.

»Eguion lustre y glorioso,
La madre de los dioses aplacando,
Edificó aquel templo suntuoso
Por voto ó por tenella de su bando;
Donde ellos, por tomar algun reposo,
Entraron, el camino rodeando;
Y yo, por castigar su mal ejemplo,
Las furias les moví dentro del templo.

»Un lugar apartado en una cueva,
Adonde el sacerdote colocados
Me dió, dando lugar á otra obra nueva,
Los ídolos de dioses apartados;
Aquí la torpe abominable prueba
Comenzaron por malos de pecados:
Abrieron con el acto deshonesto
Las sacrilegas puertas del incesto.

»Los ídolos, del caso aborrecidos,
Revolvieron los ojos á la tierra;
La madre de los dioses no nacidos
A la infernal laguna los destierra;
Mas pareció á los que eran ofendidos
Que esta muerte sería liviana guerra,
Dándoles el lugar de los abismos,
Que viviendo carezcan de sí mismos.

»En vedijas torcidas y leonadas
Sintieron sus gargantas ascorder,
Y en los dedos las uñas encorvadas,
Los hombros en espaldas extender;
Todo el peso en los pechos, y pisadas
Por la tierra las colas revolver,
En el rostro la ira y el ensaño,
Y en lugar de la voz, bramido extraño.

»Por talamo las ásperas montañas
Usan, y ponen miedo de crueldades;
Que muertos, á las otras alimañas
Aun espanta el ruido de sus pieles;
Enfrenados la boca y crudas sañas,
Tiran juntos el carro de Cibéles.
Destos te ruego, Adónis, que te guardes,
Y acometas á los que son colardes.»

»Así dijo, y al jóven abrazando,
Va serena en el aire y levantada,
Por el cóncavo cielo rodeando,
De cuatro cisnes blancos fué tirada;
En el viento iba el carro tropezando,
Y la rueda en el eje embarazada;
Cualquier nube le da contrariedad,

Señal de venidera adversidad.

Adónis de la pena de Atalanta
Quedaba entre sí maravillándose,
Cuando un ventor la voz sorda levanta;
En rastro de un gran puerco rodeándose;
Conoce el redoblar en la garganta
De la voz, que venia ya acercándose,
Y ve la fiera de bestial braveza
Por un campo romper de la maleza.
Apresurando el paso por un llano,
Se fué á ella derecho cuanto pudo,
Apretando con una y otra mano
El agudo venablo por el nudo;
Hirióla con gran fuerza, mas en vano,
En el siniestro lado del escudo.
El arma penetró tan poco adentro,
Que reparó en el hueso, del encuentro.

Gobernaban el ánimo y ardor
Las juveniles fuerzas y experiencia;
Mas no pudieron tanto, que al furor
De la fiera hiciesen resistencia;
Así que, el golpe dado con error,
El ímpetu bestial y la violencia
Al jóven corajoso enamorado
Causaron dura muerte en aquel prado;
Porque el puerco herido en continente
Se recogió en la trompa por derecho,
Y desarmando en él su duro diente,
Abrió de cabo á cabo el tierno pecho;
Y con la misma furia y accidente,
No contento del daño que habia hecho,
Acuchilló de paso en un instante
Cuantos canes topó al lado y delante.

En la yerba quedó el cuerpo tendido;
El alma salió envuelta en sangre y viento,
La Diosa, aunque iba ya á vuelo tendido,
Temerosa de algun acaecimiento,
Todo junto sintió el golpe y gemido,
Muerto el jóven, y el prado vió sangriento;
Deja el carro con furia y descouclerto,
Y derribóse sobre el cuerpo muerto.
Tal lo halló cual la flor de primavera,
Que poco antes honraba el verde prado,
Fiesca, alta, y en orden la primera,
Mas fué al pasar tocada del arado;
Cual el blanco jazmín ó adormidera,
Cogido en un instante y arrojado,
La tez y resplandor y hermosura
Vueltas en sombra eterna y noche obscura.

Como en el ser perfecto y el camino
Inmortal del mortal difiere tanto,
Los sentimientos de ánimo divino
No los puede cantar humano canto;
Pues ¿qué haré yo, nuevo peregrino?
¿Cómo declararé el divino llanto,
Si no puedo entenderlo ni gallarlo?
El partido mejor será callarlo.

Solamente diré que en remembranza
De tan triste memoria y tal dolor
Quiso Vénus hacer nueva mudanza,
Convirtiendo la sangre en roja flor;
Y ella tomar de Amor justa venganza,
No llamándose madre del Amor,
Antes con rayos de oro y clara lumbre
Sigue la casta luna en alta cumbre.

CARTA EN REDONDILLAS.

Amor, amor, que consientes
Que los dias se me alarguen,
Para que juntos me carguen
Todos tus inconvenientes;
Pues de tan recia porfía
No se puede dar la vuelta,
Corramos á rienda suelta
Por donde el caso nos guíe.
Y tú, que eres sin zozobra
Valor de cuantos hoy viven,
Y el mayor bien que reciben
Es el menor que en ti sobra;
Tú, reina de corazones,

Tú, para siempre hermosa,
Tú, que vences cualquier cosa
Con vista, gracia y razones;
Vence tu voluntad dura
A ver en esta mi carta
Cómo tu cruceza aparta
Lo que mi fe me asegura.
No juzgando á desvario
Que sin licencia te escribe
Quien por tu voluntad vive,
Y nunca por su albedrío.
No dudo que mi tormento
A compasión te moviese,
Si seso de hombre pudiese
Comprehender lo que yo siento.

Mas en dolor tan crecido
(Que no cabe en piedad)
No llega la voluntad
Donde no llega el sentido;
Tu condición ordinaria
Me ha faltado con el bien;
Que era defender á quien
Es la fortuna contraria.
Y aunque la razon te obligue
En mi favor á mostrarte,
Siempre te ve de su parte
Cualquiera que me persigue.

¿Dirélo ó reventaré?
Como alongada te viste,
Mis enemigos pusiste
Por pilares de tu fe.

Yo, que callo, sufro y veo,
Seré bienaventurado
Si no imputas á pecado
Por qué escribirte deseo.

Menos digo aun de lo que es,
Y niñebrete, que en mi daño
Me pusiste por escapeño
En que pusieses los pies.

Con tus manos me hundaste
Y dísteme á escarnecer,
Quisiste desvanecer
La obra que levantaste.

Pensando que era ayudarme,
No curé de aperecerirme;
Primero sentí herirme,
Y despues amenazarme.

Vine tan en el profundo,
Que desee por abrigo
Que te hundieses conmigo,
Y con nosotros el mundo.
Mas soy como el navegante,
De viento y mar trabajado,
Que no te poné cuidado
Tener la muerte delante.

Perdido seso y concierto,
Despojado de razon,
En la desesperacion
Hallo el mas seguro puerto.

Traigo la vida por carga,
Y es para mí tan pesada,
Que, aunque corta la jornada,
Me sobra y parece larga.

Siendo el remedio la muerte,
Ha llegado mi locura
A tener por buena cura
Lo que me aparta de verte.

El descanso de mi lecho
Es entre espinas y abrojos,
Y entre congojas y enojos
Allí vivo satisfecho.

Gasto la noche y el dia
En el tormento que digo:
Yo de mi alma enemigo,
Mi alma enemiga mía.

Este yugo tan pesado
Querria echar de mi cuello;
Pero ¿quién podrá hacello.
Que una vez le haya probado?

Si resuelvo en un instante
De mudarme y apartarte,
No puedo huir á parte,

Que no te lleve adelante.

A todo busco remedio,
Y cualquier remedio temo;
Quiero venir al extremo
Sin que pase por el medio.

La razón sierva se halla,
Que había de ser señora,
Y el alma, donde ella mora.
Hecho campo de batalla.

Entre la ocasión y el miedo
Pasa toda la querrela;
Tu fuiste la causa della,
Y yo el que vencido quedo.

Pero como á mi enemigo
Llégame á quien me destruye,
Porque la ocasión me huye,
Y el miedo queda conmigo.

Sabiendo que el desvario
Me llevaba ya vencido,
Quisiste darme el vestido
A la medida del frío.

Dijisteme: «Sufre y muere,
Que harta paga te dan;
No te quejes del afán

Si quien lo causa lo quiere.»
¡Oh ley hecha por venganza,

Confirmada por cruza!

¿Mándasme tener firmeza,
Y quitasme la esperanza?
Soy de tan flaco sugeto,
Que, mostrándome el camino,

Apenas me determino
Si es de consejo ó precepto.
¿Quieres que vayan perdidos
Suspiros bien empleados,

Y se vean acabados
Pensamientos tan validos?

Y ¿quieres ejecutar

El poder de redimir

En perder y consumir

A quien pudieras salvar?

Mi voluntad no merece
Darme remedio con velo;
El bien puede ser consuelo,
Mas castigo me parece.

Pero sea y no se fuerza
Lo que de mí se te antoja,
Pues nunca dan en que escoja
Al que castigan por fuerza.

Ni he de esperar ni pedir
Otro alivio á mi cuidado,
Aunque como lo pasado
Me venga lo por venir.

Obedezco la sentencia
Y tomo lo que me das;
Que en el alma donde estás
No cabe desobediencia.

Véote libre en la cumbre,
A mi cubierto de nieblas,
Hasta que entre las tinieblas
Nunca supe que era lumbre.

Yo conozco poco á poco
Que igualarte otra ninguna
En hermosura y fortuna
Es pensamiento de loco.

Cualquier cosa que mandares
Daré por bien empleada;
Mas mira que la jornada
No vaya toda en pesares.

Mas vaya, pues así quieres;
Que no tengo por tan buenos
Todos los bienes ajenos
Como el mal que tú me dieres.

Quien no tiene libertad.

¿Por qué te me ni responde?

Algun beneficio esconde

Tan preciosa voluntad.

¡Tú mandas que pene y muera,

Y aunque dichoso me hallo,

Sílo mandas, por mandallo,

Será la merced entera.

Mil torres en tu servicio

Aran sobre este cimientó;
Harto chlico fundamento
Para tan grande edificio.

La gloria y el devaneo
La obra suben arriba;
Mas tu voluntad derriba
Cuanto levanta el desco.

Y paso toda la vida
En continuo sobresalto
De no mejorarme en alto
Por no dar mayor caída.

Aunque tras esto me place
Verme puesto en tal afrenta,
Donde el caer no escarmienta,
Y el subir me satisface.

¡Oh larga esperanza vana,
Cuántos días há que voy
Engañando el día de hoy
Y esperando el de mañana!

Tu merced no se detenga,
Pues mi sér está en tu mano;
Que nunca vendrá temprano
Ningun remedio que venga.

Aun la memoria es hoy viva
De Anajarete, que quiso
Dejar con su hierro aviso
A cualquier persona esquiva.

Esta fué reina y hermosa,
En toda Cipro estimada;
También fué la mas culpada
De ira y de desdenosa.

El triste de Ili la vió,
Y en vella quedó tan ciego,
Que el desventurado fuego
En los huesos se embelbió.

Gran tiempo contra el amor
Se quiso fortalecer;
Pero no pudo vencer
Con la razón el furor.

Visitaba cada día
La puerta, humilde y penoso;
Que el amador sin reposo
Por mas que puerta tenía.

A la tuta y el papel
Encomienda su secreto,
Porque con menos respeto
Lo vea la causa del.

Al ama que le dió leche
Descubrió su pensamiento,
Aunque para este tormento
No hay remedio que aproveche.

Por la esperanza le jura
Del valor de su criada,
Que en cosa tan deseada
No quiera mostrarse dura.

Procuró tener ganados
Con muchos amigos della,
A quien cuente su querrela,
Que remedie sus cuidados.

Demandándole favor
Con voz solícita, ardiente,
Quiere decir lo que siente
Sin descubrir que es amor.

Aquellos tiempos usaban
Los que trataban amores
Colgar guirnaldas de flores
En casa de las que amaban.

¿Cuántas guirnaldas bañadas
Con rocío de sus ojos,
A manera de despojos,
Tuvo á la puerta colgadas?

Y ¿cuántas veces cansado,
Por descansar de su mal,
Acostó en el duro umbral
El siniestro y tierno lado?

¿Cuántas veces dió á las puertas
De la mano con enojo?
Cuántas maldijo el cerrojo,
Porque no estaban abiertas?

Ella, mas cruda y exenta
Que hierro y acero hecho,
Y mas brava que el estrecho

Que le embravece tormenta.

Jamás dobló la cerviz,
Siempre tan dura y uraña
Como piedra en la montaña,
Que aun se traba en su raíz.

Si alguna ocasión se ofrece
De mostrar con él clemencia,
En ausencia y en presencia
Le desdena y escarnece.

Y pasa mas adelante;
Que á tantas obras esquivas
Junta palabras altivas,
Dichas con fiero semblante.

Algunas veces le halaga
Y engaña con esperanza,
Porque despues la mudanza
Mayor impresion le haga.

Detúvose muchos años
En tormento tan cruel,
Que nunca se acuerdo dél
Sino para estos engaños.

Ya no pudiendo sufrir
Dolor de tanta fatiga,
A la puerta de su amiga
Llís comenzó á decir:

«Anajerete, venciste,
Pon aparte este cuidado;
Morirá desesperado
El que siempre vivió triste.

Jamás te dará hastío
Cosa que de mí proceda;
Fortuna paró la rueda
Con mi daño y tu desvío.

«Apareja gran trofeo,
Cíñete esa hermosa frente
De laurel, que represente
Que triunfas de mi deseo.

»Tú vences, y lo deseas,
Yo muero y huelgo en havello;
No te pesará de vello.

Aunque mas de hierro seas.
»Serás forzada á loar
Quizá alguna cosa mía:
Esto me causa alegría,
Lo demás todo pesar.

»La vanagloria que muero,
Señora, por tu servicio,
Será el primer beneficio,
Aunque en el paso postrero.

»Y la mi muerte testigo
Que en algo te contentase,
Y tú misma, que llevase
Tan gran mérito conmigo.

»Acuérdate que la vida
Me dejó antes que la pena;
Si tú la tienes por buena,
Yo contento y tú servida.

»Una y otra luz me falta,
Y con ambas me cuido,
La en que vivo y por que peno,
Que me hace mayor falta.

»No tomaré deste mal
La fama por mensajero;
De mí sabrás el primero,
Cruel, cómo soy mortal.

»Allí herirás tu vista
El cuerpo frío mirando,
Pues no le miraste cuando
De mí pudieras ser vista.

»¡Oh tú, Dios, que los mortales
Y sus hados ves presente!
Haz que dure eternamente
La memoria de mis males.

»Y en pago destas porfias
Y escarmiento de quien ama,
Da tanto tiempo á mi fama
Como quitaste á mis días.»

Despues la casa mirando,
Levanta las manos juntas;
En la color ya difuntas,
Y en ambos ojos llorando,
Como si fueran personas,

A los umbrales habló,
Que en otro tiempo adornó
Tantas veces de coronas.

Y como el lazo trabase
A la puerta en una viga,
Tornó á hablar con su amiga
Antes que al cuello le echase:

«¡Oh cruel, sin piedad!
Tales guirnaldas te placen;
Pues tanto te satisfacen,
Harta tu inhumanidad.»

Esto decía, y corriendo
Por la garganta el cordel,
Apretó el lazo cruel,
Y quedó el triste muriendo.

Mas no pudo el agonía
Hacer tanto, que impidiese
Que muerto no revolvisese
Adonde vivo la vía.

Llevar al desventurado
Adonde la madre estaba,
Que sospechosa esperaba
Este semejante hado.

La cual, despues de haber hecho
Las exequias y floralte,
Por la desdichada calle
Pasó acompañando el lecho.

Anajerete lo vió,
Algo mas blanda y humana,
Y paróse á una ventana
Por ver la muerte que dió.

Dios y su desconfianza
La traían ya turbada,
Toda desasosegada
Con temores de venganza.

Y dijo con rostro esquivo,
Mas con algun sentimiento:
«¿Quiero ver su enterramiento,
Pues no le quise ver vivo.»

Apenas vió que traían
A llís muerto y tendido,
Ya los ojos y el sentido
Sintió que se endrecían,

Y la sangre colorada,
Huyendo del claro gesto,
Lo dejó amarillo presto,
Y tornó blanca y helada.

Ella procuró volverse,
Mas los piés se le trabaron (1),
Y todo el cuerpo dejaron
Sin fuerza para moverse (2).

Quiso tornar la cabeza;
Tampoco pudo havello,
Que la persona y el cuello
Era todo de una pieza.

Y poco á poco muriendo,
En viva piedra tornada (3),
Aun no pareció mudada
De lo que fuera viviendo.

CARTA EN REDONDILLAS,

ESTANDO PRESO.

Triste y áspera fortuna
Un preso tiene afligido,
Mas no por eso vencido
Con la fuerza de ninguna.

Entre sus envidados vive,
Ellos mismos le atormentan;
Mil muertes le representan,
Y las mas dellas recibe.

Y aunque no se rinde al peso
De tantas penas y enojos,
Rinde á Filis los despojos
De sus entrañas y seso.

Tristezas y soledades,
Y quejas muy apretadas,

(1) Herrera, en las notas á Garcilaso, lee:

Mas los piés se le trabaron.

(2) Sin fuerzas para tenerse.—*Texto de Herrera.*

(3) En dura piedra tornada.—*Id.*

Que si no son declaradas,
A lo menos son verdades.

Bien puede estar en prision
El cuerpo, y puesto en cadena;
Mas el alma, que es ajena,
Fuera va desta ocasion.
¿Qué aprovecha hacer prueba
Con guardas y encerramiento,
Si la lleva el pensamiento,
Y él sabe dónde la lleva?

Señera, corta es la vida
Para tan larga jornada,
Porque esta es muy apartada,
Y ella va muy aligida.

Mas yo fio del padrino,
Que la guie como debe,
Y que á tus manos la lleve
Por el mas llano camino.

Tu piedad la defiende
Y asegure en su servi-
cio,
Quando en este beneficio
No haya cosa que te ofenda.

Por ventura por ser nia
Pide lo que no merece;
Mas la razon ofende,
Y manda la fantasia.

Ella diga con respeto,
Si fuere tu voluntad,
Cómo tan alta verdad
Cabe en tan bajo sugeto.

Y por mi esciela la pluma
Lo menos de lo que paso;
Que escribir de paso en paso
Fuera una profusa suma.

Ya fué tiempo que miraba,
Y entre las gentes se via;
Aunque mirando perdía
Cuanto sirviendo ganaba.

Mas nunca osara emprender
Tan notorio desvario,
Si el seso y el albedrío
No estuviera en tu poder.

Mi buena fortuna quiso,
Filiis, tenerme obligado
A tan dichoso cuidado,
Aunque andaba sobre aviso.

Yo jamás halé en mí mal
Fonbra ni lumbre de bien,
Si no fué servir á quien
Ni torna ni tiene igual.

El que hubo alguna ventura,
Y despues vino á perdella,
Alabe la causa della
Y maldiga su locura.

Pero yo, que no nie vi
Mejor tratado que hoy,
Ni maldiré lo que soy
Ni atabaré lo que fui.

¿Qué fui yo porque me alabe?
Qué soy porque me congoje?
Harto hago en que se alfoje
El menor mal que en mí cabe,

Y que en estas ocasiones
Pueda callar y ser firme,
Si tienen pecho tan firme
Con tantas tribulaciones.

No trato en miedos que asoman
Con destierros y con muertes;
Porque estos y otros mas fuertes
Con el ánimo se domau.

Ni que el tiempo se comience
En tristeza y soledades;
Porque son adversidades
Que el mismo tiempo las vence.

Abra la boca el que osa,
Que á mí el miedo me lo niega,
Que la razon tiene ciega
Y la opinion temerosa.

Dios guarde á quien se entristece
Quando le cuentan mis culpas,
Y en no recibir disculpas,
Que me paga me parece.

Nadie hay que no me persiga
Si cree que me destruyes,
Y aunque de obligarte huyes,
¿Quién no piensa que obliga?

Yo con todos me concierto;
Pero cuéstame bien caro
Ir por camino tan claro
A gusto tan enconbierto.

De lo que fortuna enlaza
Contra mí no hago cuenta;
Mas solo me desatenta
Si tu callar me amenaza.

Esta es la mayor fatiga
Que al triste alfige y da pena,
Porque el callar le condena,
Y amenazar le castiga.

Aquí se encierran y esconden
Sospechas y disfavores,
Y otros cuidados mayores,
Que se entienden y responden.

Todas las otras porfias
Han sido como señales
Del comienzo de mis males,
Y esta del fin de mis dias.

Aun si fuera para dalla
El que publicó mi muerte;
Pero no se halla fuerte
Sino para publicalla.

Pues yo sé, y cierto, aunque haya
Quien muchas veces tropieza,
Que vive alguna cabeza
Para que pague la suya.

Haria mucho á mi caso
Cualquiera mal que llegase,
Si tu merced lo causase
Por voluntad, y no acaso.

Mas veo, por mi desdicha,
Estorhos que me contrastan,
Y mis servicios no bastan
A subir á tan gran dicha.

Y tú, enemiga, demuestras,
Quando mis males entiendes,
Si te cansas ó te ofendes,
Solo á tu pecho lo muestras.

Este es morir verdadero,
Que en el morir no hay milagro;
Este es el paso mas agrio,
La muerte es paso posirero.

Siempre me vas persiguiendo,
Y yo nunca reparando.
Ni vi tu brazo tan blando,
Que no saliese hiriendo.

Mas por peligro que traya
Vivir en ley tan oscura,
Solo mi fe me asegura
Que no tropiece y me caya.

En la fe que no se niega
No hay escúpulo ni duda,
Ni condicion que se muda,
Ni galardón que no llega.

No le turban sobresaitos,
No le desesperan sañas;
Puede abajar las montañas,
Y los valles hacer altos.

Asosegada y segura
Vive encima de la suerte;
Tiene en tan poco la muerte,
Que de la vida no cura.

A to lo halla salida,
No se engaña con ninguno,
Ni busca tiempo oportuno,
Ni ocasion descomedida.

Ella se juzga y comide,
Sufrir mil contrariedades,
Sin descubrir sus verdades,
Si el tiempo no se la pide.

Huye del que la desecha,
Y al que la sigue se inclina,
Y solamente la indigna
Quien tiene della sospecha.

Su fin es ir adelante,
Y donde va es donde viene;

En un fiel se mantiene,
Sin mudar ser ni semblante.

Tráe de blanco el vestido,
Rostro y pecho descubierta,
Medio corazón abierto,
Y el otro medio escondido.

Dicen que amor fué su padre,
Y su hermano el desengaño,
Que siempre excusa algún daño
A la esperanza, su madre.

Junto con ella nació
Su padre, madre y hermano;
Crióla el alma en su mano,
Su blanca leche le dió.

La lealtad confiada
Y la constante firmeza,
Y la honra sin pereza,
Y la verdad apurada.

Toda junta esta compañía
Sigue y sirve esta señora,
Cada cual dellas la adora;
Nada la miente y engaña.

Su casa es hecha de espejos,
En que se conoce y mira,
Que no le dicen mentira
Ni dan fingidos consejos.

Ninguna puerta se cierra,
Descubierta por el cielo,
De blanco marmel el suelo,
Pero no llega á la tierra.

¡Oh firme fe sin zozobra!
Venganza de mí te pido
Cuando te hubiere ofendido
En pensamiento ó en obra.

Si en corazón tan sencillo
Hallares algún doblez,
Sea Filis el juez,
Aunque haya sido el cuchillo.

Tú, que en el tronco te asientas,
Miras, conoces y mandas
Las entrañas en que andas,
Y los pensamientos cuentas.

Mostrarás claro algún día
Cómo, si males padezco,
Puesto que no los merezco,
Hago dellos compañía.

No porque piense ayudarme
Para que el dolor amanse,
No porque el alma descanse,
Pues que el descanso es quejarme;

Pero está en menos el dallo;
Que si algún descanso espero,
El descanso verdadero
Es morir sin demandallo.

En el mar de novedades
Y en las ondas de mudanza
Tengo firme la balanza
En que pesan mis verdades.

En mí fe no cabe enraño
Ni en mí voluntad ayuda,
Con ver que todo se muda,
Aunque se mude en mí daño.

Señora, ¿de qué te cansas?
En mí fe ¿qué culpa hallas,
Ó por qué a mis quejas callas,
Ya que tu saña no amansas?

El quejarme yo lo pago,
Escribir caro me cuesta,
Si el callar dan por respuesta,
Siendo lo mejor que hago.

Definición de los celos,

EN QUINTILLAS.

Dama de gran perfeccion,
Valor y merecimiento,
Aquí, Señora, os presento
Aquesta definición
De celos y su tormento.

Y aunque no sea de mi oficio

Ni toque á mi profesion,
Con entrañable adición
De haceros algún servicio,
Diré que son y no son.

No es padre, suegro ni yerno,
Ni es hijo, hermano ni tío,
Ni el mar, arroyo ni río,
Ni es verano ni es invierno,
Ni es otoño ni es estío.

No es ave ni es animal,
Ni es luna, sombra ni sol,
Becnadrado ni hemol,
Piedra, planta ni metal,
Ni nece ni caracol.

Tampoco es noche ni día,
Ni hora ni mes ni año,
Ni es lienzo, seda ni paño,
Ni es latín ni algaraba,
Ni es ogaño ni fué antaño.

Y por mas no ir dilatando,
Ni proceder a infinito,
Mil cosas de decir quito,
Y ahora iré declarando
Lo que dellos hallo escrito.

Son celos exhalaciones
Que nacen del corazón,
Sofística presunción,
Que pare imaginaciones
De muy pequeña ocasión.

Es envidia conocida,
Que no sabe contentarse;
Una paz interrumpida,
Verba en el alma encendida,
Muy difícil de arrancarse.

Es jara en verba tocada,
Ataja que pare flechas,
Una traición embosada,
De contrarios rodeada,
Cárcel de dos mil sospechas.

Sello, que donde se sella,
Tarde ó nunca se desprende,
Purga que mata bebellá,
Y es un fuego que se enciende
De muy pequeña centella.

Es una fuente de enojos,
Río de muchas corrientes,
Camisa hecha de abrojos,
Rejalgar para los ojos,
Neñou para los dientes.

Es una fiera muy brava,
Que allá en las entrañas mora;
Casa do siempre se llora,
Y la verdad es esclava
Y la sospecha señora.

Mandar de ruin digestión,
Que mandan que no se coma;
Es un pasquín que hay en Roma,
Un doméstico ladrón,
De las entrañas carcoma.

Dice un devoto señor,
A quien esta plaga alcanza,
Que celos nacen de amor;
Y respóndele un decior:
«No hay amor sin confianza.»

Ellos son que es cosa, y cosa
Que no se deja entender:
En querer y no querer;
No es rosa ni mariposa,
Ni son comer ni beber.

Pero si pensar quereis
Mas de lo que digo yo,
Veréis que no es si ni no,
Ni cosa que hallaréis,
Porque sola se crió.

No les puso nombre Adán,
Ni ellos tienen haz ni envés;
Pero si hallarlos quereis,
Sabed, Señora, que están
Donde vos teneis los piés.

REDONDILLAS.

Pesares, no me mateis;
Cuidados, gran priesa os daís;
Mira que si me acabais,
Que conmigo moriréis.
Haaime dicho que una fiera
Cria dentro en sus entrañas
A quien tiene tales mañas,
Que al salir hace que muera.
Mas yo de contraria suerte
Crio en mi seno cuidados,
Que, de muchos y callados,
Sin salir me dan la muerte.
No dirán que por engaño
Los aposente en mi pecho,
Que bien conocí el provecho,
Y quise escoger el daño.
Entregué la voluntad,
Sin que me quedase nada,
Y aunque libre la posada,
Me quitan la libertad.

OTRAS.

Cuidados, pues que teneis
Sujeto y libre albedrío,
Ningun estorbo es el mío,
Acabadme si quereis.
Luego á la hora entendi
Que era menester guardarme,
Y comencé á recatarme
De todos sino de mí.
Bien seguro estaba yo
De tal enemigo en casa,
Y desta escordida brasa
Todo el fuego se encendió.
Oyo, veo, sufro y calló;
Que en todos estos sentidos
Hay cuidados conocidos,
Mas sin ellos no me hallo.
Veo mi daño venir,
Oyo luego el bien ajeno,
Y sufro dentro en mi seno
Lo que no oso descubrir.

OTRAS.

Pues que tanta priesa os daís,
Y yo tan poco me quejo,
Pesares, libres os dejo;
Quiero ver si me acabais.
En tan peligroso trago,
Aunque yo no lo procure,
No habra un bien que me asegure
Peste daño que me haga.
No, que no quieren valerme
Mis cuidados como hermanos,
Sino darme de las manos
Cuando pueden ofenderme.
Siempre ofenderme desean,
Y yo con ellos me junto
Cada y cuando que harrunto
Cosas que contra mí sean.
Remedio yo no le pido,
Consejo no le recibo;
Que á mí mismo, porque vivo,
Me tengo ya aborrecido.

OTRAS.

Cuidados, que me traéis
Convencido al retortero,
Acabad, que acabar quiero
Porque vos os acabeis.
El ave que el pecho hiere,
Y tanto á sus hijos ama,
Con la sangre que derrama
Les da vida, aunque ella muere.
Los pesares me maltratan,
Dentro en el alma los tengo,
Y con ella los mantengo,
Y ellos consigo me matan.

No es cuidado el que me manda
Ni quien me hace la guerra,
Mas pesar, que me destierra,
Y placer, que en otros anda.
Siempre doblada la pena,
Siempre muerte ante los ojos
Por mis pesares y enojos
Y por la holganza ajena.

OTRAS.

Pesares, si me acabais,
Tendréis en mí buen testigo
Que os acogí como amigo,
Y como á tal me tratais.
La que me manda y consiente
Contar mis males en suma,
Dará licencia á la pluma
Que mis ternezas le cuente.
Las lágrimas y suspiros
Son armas desta contienda,
Ponde la ofensa y la emienda
Para, Señora, en serviros.
Vime libre de afición,
Véome cautivo ahora,
Y el alma, que era señora,
Puesta en mayor sujecion.
¿Quién se alahará que tiene
Contra amor vida segura,
Si donde mas se asegura
Mayor peligro le viene?
Al principio de mis penas
Teníalas por suaves;
Sin saber que eran tan graves,
Buslaba de las ajenas.
Decía en mi puridad:
«Prueben todos lo que prueho;
Esto que siento de nuevo
¿Es amor, ó es amistad?»
Donde no paraba mientes
Comencé á tener recato,
A mirar de rato en rato
Y guardarme de las gentes.
Por no caer en la red,
De vos misma me guardaba;
Mirad cuán poco pensaba
En demandaros merced.
De turbado y encogido,
Vine á confesar, negando
Lo que ahora estoy llorando
Porque verdad ha salido.
De aquí ha subido, haciendo
Amor en mí tantas pruebas,
Que, de encubiertas y nuevas,
Las sufro y no las entiendo.
Parece imaginación
Que tenga puestas yo mismo
La humildad en el abismo,
Y en el cielo la afición.
Para tanta hermostura
Pequeña pena es la mía,
Y muy alta fantasía
Para tan baja ventura.
De la vida no me acuerdo,
De la muerte curo poco;
Que si pequé como loco,
Ya pagaré como cuerdo.
Quien aborrece la vida
No muere de sobresalto,
Pero subiendo mas alto,
Puede dar mayor caída.
Si quisiere arrepentirme,
Hallaré que es imposible
Que mi pena sea movable,
Siendo la causa tan firme.
No sabré mudar, ni puedo,
Esta vida que me queda;
Vuelva fortuna la rueda.
Que yo siempre estaré quedo.
¡Oh quién pudiese, pues muero,
Hablar con mi matadora;
Quizá le diria en un hora

Lo que en mil años no espero.

Pero ¿de qué me aprovecha

Descubrirle mi fatiga?

Que si encubre como amiga,

Como enemiga sospecha.

Mucho deja á la fortuna

El que se resuelve presto,

Donde el daño es manifiesto,

Y la ganancia ninguna.

Esta manera padezco,

Que en mas tengo no enojaros,

Aunque pudiese hablaros,

Que cuanto espero y merezco.

Quien por vos perdiere el seso,

No ha de ser de coulianza;

Que tan pequeña balanza

Mal sufrirá tan gran peso.

Mas piérdase imaginando

Cómo mi deseo puse

Donde no hay razon que excuse,

Sino la muerte y callando.

No teniendo en mi poder

Seso, libertad ni vida,

Trato de cosa perdida

Como cosa por perder.

Cuanto el seso desatina,

Pago yo como cobarde,

Porque le perdi tan tarde,

Conociéndoos tan alina.

Suspense, turbado y ciego,

Triste, importuno, quejoso,

Cuando esperaba reposo

Me vino desasosiego.

Prueba amor por tantos modos

Afligirme y trabajarme,

Que será bueno guardarme

De vos y de mi y de todos.

Todo me parece nada

Cuanto propongo y resuelvo;

A mis cuidados me vuelvo,

Pues es suya la jornada.

En el centro de mi alma

Los pesares me acompañan,

Mas por mucho que me dañan,

Tengo la vida en su palma.

Entre las gentes se entiende

Que anda un animal tan ciego,

Que dentro del mismo fuego

En que se cria se enciende.

Es amor fuego en que ardo,

Cuidado es el que lo atiza,

Y pesar torna ceniza

Cuanto yo en mi pecho guardo.

OTRAS.

Pesares, gran priesa os dáis;

Dadme espacio que me queje

Hasta que este cuerpo deje

Libre el alma donde estáis.

Los cuidados aprovechan

Para remediar los males;

Mis cuidados no son tales,

Que ellos mismos males cedian.

Dicen que hay pesar que suele

Dar alivio al que padece;

Pero el pesar que me empeece

Mas que el propio mal me duele.

El bien y mal me persigue,

Y cada cual me destruye;

El bien que sigo me huye,

Y el mal que huyo me sigue.

Los cuidados llamo mal,

Y los pesares tambien.

Y á los mismos llamo bien,

Y vos los teneis por tal.

OTRAS.

Cuidados, no me acabéis,

Pues conmigo os acabáis,

Y si el vivir me quitáis,

La gloria no me quiteis.

Del pesar nace cuidado,

Del cuidado pesar viene;

Todo se cria y mantiene

Entre si junto y mezclado.

Con el alma se contentan,

Sírvelos el pensamiento,

Nunca entró contentamiento

Adonde ellos se aposentan.

Donde el descanso es ninguno,

Donde el premio es tan dudoso,

Mas quiero callar quejoso

Que no hablar importuno.

Dicen que el dolor amansa,

Porque el quejar es descanso;

Debe ser el dolor manso,

Que el mio nunca descansa.

REDONDILLAS Y QUINTILLAS.

Desdichas, si me acabais,

¡Cuán buena dicha seria!

Si haréis, si no os causais,

Por mayor desdicha mia.

Poco os queda por hacer,

Segun lo que teneis hecho,

En que os podais detener

En un hombre tan deshecho,

Y tan hecho á padecer.

La costumbre dicen que es

Muy gran remedio á los males;

Yo digo que es al revés,

Que los hace mas mortales.

Ved á lo que me han traído

La costumbre y sufrimiento,

Que, de puro ser sufrido,

Vengo á decir lo que siento,

Cuando estov ya sin sentido.

Los que vienen que porfio

A quejarme de mi suerte,

Pensarán que es desvario,

Con la rabia de la muerte.

Mas con todo, bien verán

Que no es tiempo de mentir;

Muy grande agravio me harán,

Viéndome para morir,

Los que no me creerán.

Todo lo tengo probado:

Hasta el bien me hace mal,

El no me hallar confiado

Era mi peor señal.

Temblaba el alma en los pechos

En ver sombras de alegria;

Bienes eran contrabechos,

Que siempre el placer venia

Vispera de mil despechos.

Si acaso estaba contento,

Que pocas veces seria,

Venia un remordimiento

Que el alma me deshacia.

Profecias eran estas

Del mal en que hora me veo,

Mil cosas llevaba á cuestras,

Que las llevaba el deseo

Sobre mi cabeza puestas.

Y aun me parecia á mi

Tan ligeras de llevar,

Que nunca tanto senti

Como habellas de dejar.

Esto ya que era pasado,

Si el dejallo me dió pena,

Júzguelo quien lo ha probado.

Si alguna hora tuve buena,

¡Cuán caro me ha costado!

VILLANCICO.

Pastora, si alguno quierdes,

Y deseas apartarme,

Bien lo muestras con mirarme.

Contigo tienes testigos,

Señora, de estos anteojos;

Que el corazón y los ojos
Nunca fueron enemigos.
Huyen de ti tus amigos,
Y tú huyes de mirarme.
Que yo no puedo apartarme.

Nadie ponga el afición
En voluntad ocupada,
Que al cabo de la jornada
Para en desesperación;
Yo busco mi perdición,
Y tú quieres ayudarme.

Pastora, con mal mirarme.
Doblada lleva la queja
El pastor que por ti muere,
Si quieres á quien te deja,
Y dejas á quien te quiere;
Vaya amor adonde fuere,
Que aunque quieras apartarme,
No podrás con no mirarme.

DIÁLOGO ENTRE FÍLIS Y PASCUAL.

FÍLIS.

Esfuerza y sirve, Pascual,
No te mudes por desden.
Porque, si me quieres mal,
Esfuérce al que tratas bien.

PASCUAL.

¡Ay, Filis! que no hay esfuerzo
Cuando reina la sospecha;
Sufro y vivo y nunca tuerozo,
Callo y muero, y no aprovecha.
De dolencia tan mortal
La señal es el desden;
Cura no la hay en mi mal,
Pues á otro quieres bien.

FÍLIS.

Hablando y desconfiado
Solías mostrar buen gesto;
Mas véote que has mudado
Gusto y condición de presto.

PASCUAL.

Tuerce tu ser natural,
Tú sola sabes por quien;
Que yo nunca diré mal
Del que tú trates bien.

Filís, las mansas ovejas
Dan lana y son apriscadas,
Las solícitas abejas
Dan miel y son regaladas.
Aprovecha cada cual,
Y aprovéchanles también,
Muere sirviendo Pascual
Sin esperanza del bien.

Si vos, mas no para vos,
Bueyes sufrís los arados,
Conformámonos los dos
En la paciencia y los hados.

Nuestro trabajo es igual,
Y nuestro premio también;
Que cuando nos tratan mal,
Entonces nos cargan bien.

Nunca, apostara, pastor
Sirvió mejor hasta ahora;
Nunca tratado peor
Se vió pastor de pastora.

Dirás que no pasa tal,
Y que me enoja un vaiven;
Filis, golpe es inmortal,
Sufre mal y sirve bien.

FÍLIS.

Pascual, mira que te engañan
Y te ceban de sospechas;
Los mismos que te enmarañan
Te dan las cosas por hechas.
Procura, aunque sirvas mal
Y desespéres del bien;

Mas corazón tan leal
No se muda por desden.

PASCUAL.

Pastora, ¡cuánta licencia
Me das que de ti me queje!
Acábasme la paciencia,
Y mandas que no te deje.

Es la dolencia mortal,
Y curarla con desden;
Déjame quejar mi mal,
Que ya no pido otro bien.

Estaba libre y exento
Fuera de tu condición;
Robaste mi entendimiento,
Pusíste me en sujeción.

Prometíste me: «Pascual,
Sirve, y trataráte bien.»
Serví, y tratáronme mal,
Sin por qué y aun sin por quién.

FÍLIS.

De mal acondicionado
Te viene ser sospechoso;
¿Piensas que Filis ha errado
Porque Pascual es celoso?

Que yerre Filis también
En darte celos, Pascual,
Será de entrambos el mal,
Pero tuyo solo el bien.

Contra mí ya, como ausente,
Te juntas con la fortuna
Para el mal mas inocente
Que hay debajo de la luna.

Y quizá no fuera tal
Tratándote con desden;
Mira, si me quieres mal,
Cómo lo conozco bien.

PASCUAL.

¡Oh gran premio con que pagas
Al que serviste desea!
En mi presencia halagas
A quien mi daño recrea.
Pastora, tan desigual
No te venga otro desden,
Sino mudarse el zagal
Cuando tú le quieras bien.

FÍLIS.

Nunca yo pensé que fueras,
Pascual, desagradecido,
Ni tampoco que anduvieras
Buscando nuevo partido.

Pero, visto que eres tal,
Yo quiero buscar á quien,
Ya que tu agradezcas mal,
Sirva y agradezca bien.

PASCUAL.

Resucite inconvenientes,
Levante demostraciones,
Para que digan las gentes
Que eres niña de opiniones.

Mañana tratarás mal
A quien hoy tratas bien;
Pues alégrese el zagal,
Que él suspirará también.

Soy adversario tan feroz,
Que puedes sin recatarte
Cargar juntos como en saco
Los favores á una parte.

Echas todo tu candal
En favorecer á quien,
Cuando le quisieres mal,
Ni te quiere mal ni bien.

FÍLIS.

Quejas de loarte hago,
Y tu no me diés nada;
¿A qué suerte de halago
Piensas tenerme obligada?
Dices trocarás tu mal
Porque á otro quiero bien;

Guarda no mudes, Pascual,
Que mudaré yo también.

PASCUAL.

- Medias noches, alboradas,
Lugar buscado y postizo,
Comidas, cenas y entradas,
Espesas como granizo;
Todo parece señal
De favorecer á quien,
Porque á mí me quieres mal,
Lluégas de tratarle bien.
Por quejas tomas enmiendas,
Tragar remos pasados,
Tener palabras por prendas,
Dar enojos concertados.

Quien tal hace pague tal,
Y quien lo sufre también,
Sufrá que la sirvan mal,
Finjan que la quieren bien.

En ti todo es á la clara
Vario y por una medida;
Al que muestras buena cara,
A ese quitas la vida.

Tus obras por un igual,
Y tus palabras también;
Mas el pobre de Pascual
Nunca supo qué era bien.

OTRAS.

Aquí cantaba Silvano
Con mas placer que no ahora,
Dolorido del que llora
Pesar firme y bien liviano.

Pues vengan los males llenos
Do están los bienes vacíos,
Que mis ojos no son ríos,
Ni mis sentidos ajenos.

Y si lo fueran, también
Se agotara su caudal;
Tal es el daño del mal
Y la soledad del bien.

Y si de una piedra dura
Fueran todos mis sentidos,
Ya los viera fenecidos
En memoria de ventura.

Pero ya tarde será,
Segun pasé aquesta vida;
Que á quien pierde y nunca olvida,
La muerte mejor le está.

Y por solo aquesto creo
Que se hace sorda y muda;
Hasta el daño pone en duda
Si soy yo el que lo poseo.

No solía ser así
Un tiempo que Dios quería;
Mas si el bien es de solía,
Mas vale pesar por si.

¡Ojalá diera amor
O la fortuna por él
Una fatiga fiel,
Y no un descanso traidor!

OTRAS.

*Va y viene mi pensamiento
Como el mar seguro y manso;
¿Cuándo tendrá algun descanso
Tan continuo movimiento?*

GLOSA.

Parte el pensamiento mio
Cargado de mil dolores,
Y vuélveme con mayores
De la parte do le envío.

Aunque desto en la memoria
Se engendra tanto contento,
Cargado de pena y gloria
Va y viene mi pensamiento.

Como el mar muy sosegado
Se regala con la calma,
Así se regala el alma
Con tan dichoso cuidado.

Mas allí mudanza alguna
No puede haber, pues descanso
Con el mal que me importuna,
Que no es segura fortuna,
Como el mar seguro y manso.

Si el cielo se muestra airado,
La mar luego se embravece,
Y mientras el mar mas crece,
Está mas firme en su estado.

Ni á mí me causa el penar,
Ni yo con el mal me canso;
Si algo me podrá cansar,
Es venir á imaginar

Cuándo tendrá algun descanso.

Que aunque en el mas firme amor
Mil mudanzas puede haber,
Como es de pena á placer
Y de descanso á dolor,

Solo en mí está reservado
En su fijo y firme asiento;
Que sin poder ser mudado,
Está quedo y sosegado
Tan continuo movimiento.

VILLANCICO.

Olvida, Blas, á Constanza,
Librate de su cadena,
No lies en esperanza;
Que no hay esperanza buena.

Poquito entiendes de amores,
Blas, y muy mucho porfías;
Tras esta engaña-pastores
Pierdes el seso y los días?

Tú fías en su mudanza,
Y ella misma te condena,
Pues un punto de esperanza
Te cuesta un siglo de pena.

Estando libre y señora,
Desasosiegas la vida,
Como una causa primera,
Que mueve sin ser movida.

Triste el que busca mudanza,
Que á sí mismo se condena,
Si confía en esperanza
De quien nunca la dió buena.

Si se te ofrece, carillo,
Alguna buena ocasion,
Esta la torna cuchillo
Para tu condenacion.

En la fragua de esperanza
Forja una larga cadena
De eslabones de mudanza
Y duro hierro de pena.

El corazon que te ofrece
Ausente, venido el hecho,
Ella lo arranca del pecho
Y da á cuantos le parece.

No esperes, Blas, de Constanza
Obra ni palabra buena,
Que á dedos da la esperanza,
Y el tormento á mano llena.

Si ha de ser bien y cierta
El esperanza otorgada,
Blas, la tuya es cosa muerta,
Que la fundas sobre nada.

No hay tan ligera mudanza,
Que no te parezca buena;
Mal conoces á Constanza,
Poco sabes desta pena.

Esta tu esperanza, amigo,
De miedo tiene una parte,
Pues que trae pena consigo
De que no puedes guardarte.

Quien pone su confianza,
Blas, en voluntad ajena,
Ni en pena espere mudanza,
Ni tema en mudanza pena.

Pastora, tu hermosura,
Tu gracia, habla y semblante,
Promete buena ventura
Al que no mire adelante.

Y al que con buena esperanza
Se pusiese en tu cadena,
Cuchillos de confianza
Son ministros de la pena.

REDONDILLAS.

Nadie fie en alegría,
Porque ninguna hay tan cierta,
A quien no cierre algún día
Fortuna ó amor la puerta.
Yo vi leche reposada
Tornar cortada y aceda,
Y vi voluntad trocada
Cuando pudiera estar queda.
Yo vi la mar en bonanza
Levantarse hasta el cielo,
Y vi firme confianza
Derribada por el suelo.
Amistad hay que se muestra
Sola y clara y sin ofensa,
Y cuando pensais que es vuestra
Hallaisla turbia y suspensa.
Tal os tiene hoy por amigo,
Que mañana, si le place,
Os tomará por testigo
De los agravios que os hace.
Dulce y vano atrevimiento,
Poner confianza alguna
Sobre tan flaco cimiento
Como esperanza y fortuna.
Adonde un bien se concierta
Hay un mal que lo desvia;
Mas el bien viene y no acierta,
Y el mal acierta y porfia.

SONETOS.

I.

Días cansados, duras horas tristes,
Crudos momentos en mi mal gastados;
El tiempo que pensé veros mudados
En años de pesar os me volvistes.
En mi faltó la órden de los hados,
En vos tambien faltó, pues tales fuistes,
Que podréis en el tiempo que vivistes
Contar largas edades de cuidados.
Largas son de sufrir cuanto á su dueño,
Y cortas cuando hubiese de quejar;
Mas en mi este remedio no ha lugar;
Que la razon me huye como sueño,
Y no hay punto, Señora, tan pequeño,
Que no se os haga un año al escuchar.

II.

Como el triste que á muerte es condenado
Gran tiempo há, y lo sabe y se consuela,
Que el uso de vivir siempre en cuidado
Itace que no se sienta ni se duela,
Si le hacen creer que es perdonado
De morir cuando menos se recela,
La congoja y dolor siente doblado,
Y mas el sobresalto lo desvela;
Ansi yo, que en miserias hice callo,
Si alguna vanagloria me era dada (4),
Presto me vi sin ella y olvidado.
Amor lo dió y amor pudo quitallo;
La vida congojosa toda es nada,
Y riese la muerte del cuidado.

III.

Vuelve el cielo, y el tiempo huye y calla,
Y despierta callando tu tardanza;
Crece el deseo y mengna la esperanza
Tanto mas cuanto mas lejos te halla.
Mi alma es hecha campo de batalla,
Combaten el recelo y confianza,

Asegura la fe toda mudanza,
Aunque sospechas andan por mudalla.
Yo sufro y muero, y díjete, Señora:
¿Cuándo será aquel día que estaré
Libre desta contienda en tu presencia?
Respóndeme tu saña matadora:
¿Juzga lo que ha de ser por lo que fué,
Que menos son tus males en ausencia.▶

IV.

En la fuente mas clara y apartada
Del monte al casto coro consagrado,
Vi entre las nueve hermanas asentada
Una hermosa niñal al diestro lado.
En cabello se estaba, coronada
De verde hiedra y arrayan mezclado,
En traje extraño y lengua desusada,
Dando y quitando leyes á su grado.
Vi cómo sobre todas parecia;
Que no fué poco ver hombre mortal
Inmortal hermosura y voz divina.
Y conocía ser doña Marina (5),
La que el cielo dió al mundo por señal
De la parte mejor que en si tenia.

V.

Gasto en males la vida, y amor crece,
En males crece amor y allí se cria,
Esfuerza el alma, y á hacer se ofrece
De la pena costumbre y compañía.
No me espanto de vida que padece
Tan brava servidumbre y que porfia;
Mas espántome cómo no enloquece
Con el bien que ve en otros cada día.
En dura ley, en conocido engaño,
Huelga el triste, Señora, de vivir,
Y tú, que le persigas la paciencia.
¡Oh cruda tema! Oh áspera sentencia!
Que por fuerza me fuerzas á sufrir
Los placeres ajenos y mi daño.

VI.

Como el hombre que huelga de soñar,
Y nace su holganza de locura,
Me viene á mi con este imaginar;
Que no hay en mi dolencia mejor cura.
Puso amor en mi mano mi ventura,
Mas puso lo peor, pues el penar
Me hace por razon desvariar,
Como el que viendo, vive en noche oscura.
Veo venir el mal, no sé huir;
Esojo lo peor cuando es llegado,
Cualquier tiempo me estorba la jornada.
¿Qué puedo yo esperar del porvenir,
Si el pasado es mejor, por ser pasado?
Que en mi siempre es mejor lo que no es nada.

VII.

Tiempo vi yo que amor puso un deseo
Honesto en un honesto corazón;
Tiempo vi yo, que ahora no lo veo,
Que era gloria, y no pena, mi pasión.
Tiempo vi yo que por una ocasión,
Dura angustia y congoja, y si venia,
Señora, en tu presencia, la razon
Me faltaba y la lengua enmudecía.
Mas que quisiera he visto, pues amor
Quiere que lllore el bien y sufra el daño,
Mas por razon que no por accidente.
Crece mi mal, y crece en lo peor,
En arrepentimiento y desengaño,
Pena del bien pasado y mal presente.

VIII.

Lenguas extrañas y diversa gente
A esta fiera cruel amando sigue;
Ella huye de todos, y persigue
A cada cual por donde mas lo siente.
Da á gustar el corazón caliente
A unos de otros, porque nos obligue;

(4) El texto de Hidalgo dice:
Si alguna vana gloria me fundaba.

(5) Doña Marina de Aragon, hija del conde de Rivagorza.

Ninguno lo entendió que no castigue,
Aunque nadie lo prueba que escarmiente.

Su gloria es encubrir pechos abiertos
Y publicar entrañas escondidas.
¡Oh compuesto de varios desconciertos,
Que á nuestra propia carne nos convidas,
Y despues que á tus piés nos tienes muertos,
Por los que llegan sanos nos olvidas!

IX.

Tráeme amor de pensamiento vano
A cuidado y enojo verdadero,
Y muéstrame el comienzo hacedero
Y todo inconveniente muy liviano.
Y si con él me veo mano á mano,
Hállole ser de mí tan extranjero,
Que él, que parecia mas ligero,
Me parece pesado y inhumano.

Yo me vi tan metido en la celada,
Que deseé pagarlo con la vida;
Mas el alma, que fuera de sí estaba,
Como para la muerte no hay salida,
Volviese á comenzar otra jornada;
Mas esta para mí nunca se acaba.

X.

Amor me dijo en mi primera edad:
«Si amares, no te cures de razon.»
Siguió su voluntad mi corazon;
Mas él nunca siguió mi voluntad.

Tráeme ciego de verdad en verdad,
Ya yo seria contento en mi pasion,
Que con falsa esperanza de ocasion
Me sostenga, siquiera en vanidad.

Tanto seria de vana esta esperanza,
Que no podria caber en mi sentido
Ni en consejo de amor ni en vanagloria.
Que linja yo que estoy en tu memoria,
Señora, ni lo espero ni lo pido;
Que no es bien de aligidos confianza.

XI.

¡Si fuese muerto ya mi pensamiento,
Y pasase mi vida así durmiendo
Sueño de eterno olvido, no sintiendo
Pena ó gloria, descanso ni tormento!
Triste vida es tener el sentimiento
Tal, que huye sentir lo que desca.

Su pensamiento á otros lisonjea;
Yo enemigo de mí siempre lo siento.
Con clismeras de enojo y de cuidado
Me viene, que es peor que cuanto peno;
Si algun placer me trae, con él me va,
Como á madre con hijo regalado,
Que si llorando pide algun veneno,
Tan ciega está de amor, que se le da.

XII.

El hombre que doliente está de muerte
Y vecino á aquel trago temeroso,
Cualquiera beneficio le es dañoso
Y en la causa del mal se le convierte.

Así mi alma triste en solo verte
Halló daño, si busca haber reposo,
Viendo del bien cierto el mal dudoso,
Del dulce verte, el duro conocerte.

La vana fantasia y confianza
En desesperacion se torna luego
Que el seso reconoce la ocasion.

Donde vence el remedio la pasion
Sobrado ver es luz que torna ciego,
Y confiado vivir sin esperanza.

XIII.

Tibio en amores no sea yo jamás,
Frio, ó caliente en fuego todo ardido;
Cuando amor saca el seso de compás,
Ni el mal es mal ni el bien es conocido.

Poco ama el que no pierde el sentido
Y el seso, y la paciencia deja atrás;
Y no muera de amor, sino de olvido,
El que en amores piensa saber mas.

Como nave que corre en noche oscura
Por brava playa en recio temporal;
Déjase al viento y métese á la mar;
Así yo en el peligro del penar,
Añadiendo mas males á mi mal,
En desesperacion busco ventura.

XIV.

Planta enemiga al mundo, y aun al cielo,
Que nos encubres tanta hermosura,
Véate yo perdida la verdura
Y esparcidas las hojas por el suelo,

Si la escondes movida con buen celo,
Porque no pueda verse tal figura
Sin muerte y conocida sepultura,
Aunque en miralla no falta consuelo.

El ser della vencido es la vitoria,
Y la muerte peor es el no vella;
Mas ya que porque no mueran los vivos
Acuerdas de engañarnos y escendella,
A los que somos muertos y cautivos
¿Por qué quieres quitarnos esta gloria?

XV.

A la ribera de la mar sentada,
Sobre el sepulcro de Ajax Telamon,
La Fortaleza estaba despechada,
Moviendo contra Grecia indignacion.

Los cabellos de hierro y la acerada
Veste rompía al llanto y turbacion;
La gente se alteró, y aunque espantada,
Quiso della entender su alteracion.

Respondió, vuelto el rostro á los troyanos:
«Ann por haceros Grecia mayor mengua,
Contra Ajax por Ulises sentenció,
Desposeyendo aquellas fuertes manos,
Y entregando á la vil y flaca lengua
Las armas con que Aquiles os venció.»

XVI.

El escudo de Aquiles, que bañado
En la sangre de Héctor, con afrenta
De Grecia y Asia fué mal entregado
A Ulises, por varon de mayor cuenta,
Sobre el sepulcro de Ajax fué hallado;
Que Ulises, levantándose tormenta,
Entre las otras tropas lo habia echado
En la mar, por dejar la nave exenta.

Alguno, visto el nuevo acaecimiento,
Dijo, quizá movido en su conciencia:
«¡Oh juez sin razon ni fundamento!
Que el conocido error de tu imprudencia
Vean la ciega fortuna y ciego viento,
Y el loco mar entienda tu sentencia.»

XVII.

Alcé los ojos, de llorar cansados,
Por tornar al descanso que solia;
Y como no lo vi donde solia,
Abajélos con lágrimas bañados.

Si algun bien yo hallaba en mis cuidados,
Cuando por mas contento me tenia,
Pues que ya le perdi por culpa mia,
Razon es que los llore ahora doblados.

Tendi todas las velas en bonanza,
Sin recelar humano entendimiento;
Alzóse una borrasca de mudanza,
Como si tierra y mar y fuego y viento
No me fueran en contra mi esperanza,
Y castigaron solo el sufrimiento.

XVIII.

Domado ya el Oriente, Saladino;
Desplegando las bárbaras banderas
Por la orilla del Nilo, le convino
Asentar su real en las riberas.

Lenguas le rodeaban lisonjeras,
Compañía que á los reyes de continuo
Sola sigue en las burlas y en las veras,
Loándole el bueno y mal camino.

Contaban el Egipto sojuzgado,
Francia rota y el mar Rojo en cadena
Mostrándole su ejército y poder.

Respondiéndoles: «Aquí se puede ver
Dónde acabó su gloria, en esta arena.
El gran Pompeyo, muerto y no enterrado.»

XIX.

¿Qué cuerpo yace en esta sepultura?
¿Quién eres tú, que encima estás sentada
Desando tus cabellos, la figura,
Sangrienta de tus uñas, y rasgada?

Los huesos y ceniza consagrada
De Anibal, que ha pagado á la natura
La deuda postrimera, y yo la armada
Diosa que en las batallas da ventura.

Quejome de los hados inhumanos,
Que á tal varon hicieron tanto mal,
Y del miedo y vileza de Cartago;

Mas quédame un consuelo en lo que hago;
Que él mismo se mató, porque á Anibal
No pudieran vencer sino sus manos.

XX.

Tu gracia, tu valor, tu hermosura,
Muestra de todo el cielo, retirada,
Como cosa que está sobre natura,
Ni pudiera ser vista ni pintada.

Pero yo, que en el alma tu figura
Tengo, en humana forma abreviada,
Tal hice retratarte de pintura,
Que el amor te dejó en ella estampada.

No por ambicion vana ó por memoria
Tuya, ó ya por manifestar mis males;
Mas por verte mas veces que te veo,
Y por solo gozar de tanta gloria,

Señora, con los ojos corporales,
Como con los del alma y del deseo.

XXI.

Hame traído amor á tal partido,
Que no puedo ni quiero conocerme;
Cuántas armas tenia le he rendido,
Pues le di la razon para vencerme.

Hombre nací y por hombre era tenido;
Pudieran seso y arte socorrerme,
El tiempo, la experiencia y el sentido;
Mas todo lo dejé, y quise perderme.

Gran mal, Señora, es que el hombre entiende
Cuánto aparta de sí, y no se arrepiente,
Y que sabe cuán poco bien espera;
Que vive y morirá desta manera,
Fuera de humana forma ó accidente,
Sino de querer bien; que no se aprende.

XXII.

Gracias te pide, amor; no las merece
Quien las pide, ni tanto bien espera,
Sea limosna ó sea piedad siquiera,
Y sea á la ocasion que ahora se ofrece.

Cualquiera beneficio mengua ó crece
Con el lugar, el tiempo y la manera;
Pero la diferencia verdadera
Es dar y socorrer á quien padece.

Lo que una vez la fuerza ó la destreza
No pueden acabar, aquello mismo
Acaba una palabra descuidada.

Señora, considera tu grandeza
Y el tiempo; que ahora puedes con nonada
Levantarme del hondo del abismo.

XXIII.

Por tan difícil parte me han llevado
Los importunos años que he vivido,
Que aun bien el medio dellos no he cumplido,
Y mil veces el fin he deseado.

Y toda la esperanza por do he andado,
De un mal á otro mayor siempre he venido;
En fin, á tal extremo soy traído,
Que no puedo temer mas triste estado.

Ansi que, ya sin bien, sin confianza,
Estoy de aqueste mal, que ahora muero,
Podria ya muy bien hacer mudanza;

Mas tanto por la causa mi mal quiero,
Que siento que me estraga la esperanza,
Y estoy harto mejor si desespero.

XXIV.

Yo soy, cruel amor, el que has traído
Con vanas esperanzas engañado,
Y quien habia de haber escarmentado.
Ya en los propios males que ha sufrido.

Yo soy quien tus mentiras ha creído,
Y aquel que por creellas ha llegado
A ser contigo el mas desventurado
De cuantos tus banderas han seguido.

Pero si en todo el tiempo que viviere
Tornare á tu poder, que en él me vea
Murriendo por quien mas aborreciere.

Y porque mi jurar mas firme sea,
Que si jamás, amor, yo te creyere,
Quien causare mi mal no me lo crea.

XXV.

Salid, lágrimas mías, ya cansadas
De estar en mi paciencia detenidas;
Y siendo por mis pechos esparcidas,
Serán mis penas tristes mitigadas.

De mil suspiros vais acompañadas,
Y por tan gran razon seréis vertidas,
Que si mi vida dura por mil vidas,
Jamás espero veros acabadas.

Y si despues, llegado el final día
Do por la muerte dejaré de veros,
Hallase algun lugar mi fantasía,

La alma, que aun en la muerte ha de quereros,
A solas sin el cuerpo lloraria
Lo que en vida ha llorado sin moveros.

XXVI.

Hoy deja todo el bien un desdichado
A quien quejas ni llanto no han valido;
Hoy parte quien tomara por partido
Tambien de su vivir ser apartado.

Hoy es cuando mis ojos han trocado
El veros por un llanto dolorido;
Hoy vuestro desear será cumplido,
Pues voy do he de morir desesperado.

Hoy parto y llevo á la postrer jornada,
La cual deseo ya más que ninguna,
Por verme en alguna hora descansada.

Y porque con mi muerte mi fortuna
Os quite á vos de ser importunada,
Y á mi quite el vivir, que me importuna.

XXVII.

Ahora en la dulce ciencia embebecido (6),
Ora en el uso de la ardiente espada,
Ahora esté la mano y el sentido
Puesto en seguir la caza levantada;

Ora el pesado cuerpo esté dormido,
Ahora el alma atenta y desvelada,
Siempre mi corazon tendrá esculpido
Tu ser y hermosura entretallada.

Entre gentes extrañas, do se encierra
El sol fuera del mundo y se desvia,
Viviré y moriré siempre desta arte.

En el mar y en el cielo y en la tierra
Contemplaré la gloria de aquel día
Que mi vista te vió, y en toda parte.

XXVIII.

Mil veces callo que mover deseo
El cielo á gritos, y mil otras tento
Dar á mi lengua voz y movimiento,
Que en silencio mortal yacer la veo.

Anda cual velocísimo correo
Por dentro el alma el suelto pensamiento,
De llanto y de dolor lloroso acento,
Y casi en el infierno un nuevo Orfeo.

No tiene la memoria á la esperanza
Rastro de imagen dulce ó deleitable
Con que la voluntad viva segna.

Cuanto en mi hallo es maldicion que alcanza,
Muerte que tarda, llanto inconsolable,
Desden del cielo, error de la ventura.

(6) Este soneto está repetido bajo el número xxx en la coleccion de Hidalgo, con variantes de ningun valor.

XXIX.

Aquestos vientos ásperos y claros,
De espesas nubes y tinieblas llenos,
De ardientes rayos y terribles truenos
Con súbitos relámpagos rasgados,
Aunque en mi daño siempre conjurados,
Ya fueron tiempos claros y serenos,
De mi dudoso bien terceros buenos,
Y en esperar mi gloria pasaperados.
¡Cuán presto pasa un temple del verano,
Y cuán despacio destemplados tiempos,
Y cuánto cuesta un bien no conocido!
¡Ay buena suerte y venturosa! en vano
Triste la larga en breves pasatiempos
Del tiempo bien llorado y mal perdido.

XXX.

Pedis, Reina, un soneto; ya le hago;
Ya el primer verso y el segundo es hecho;
Si el tercero me sale de provecho,
Con otro verso el un cuarteto os pago.
Ya llego al quinto; ¡España! ¡Santiago!
Fuera, que entro en el sexto. ¡Sus, buen pecho!
Si del séptimo salgo, gran derecho
Tengo á salir con vida deste trago.
Ya tenemos á un cabo los cuartetos;
¿Qué me decís, Señora? ¿No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.
Y si con bien este soneto acabo,
Nunca en toda mi vida mas sonetos;
Ya deste, gloria á Dios, he visto el cabo (7).

XXXI.

A Luis Barahona de Soto (8).

Un claro ingenio, un vivo entendimiento,
Un sentido profundo, un raro aviso,
Una varia lección y un decir liso,
Cual, señor Soto, en vuestros versos siento;
Pocas veces el claro firmamento
A los mortales concederlos quiso,
Y con razon aquel pastor de Anfriso
Os llama para algun notable intento;
Porque de vuestro ingenio é invencion
Piensa hacer industria por do pueda
Subir la tosca rima á perfeccion.
Tenga la Parca el hilo, y eu su rueda
Rijase la fortuna por razon;
Que puesto donde estáis, muy poco os queda.

CANCION.

Tiempo bien empleado
Y vida descansada,
Bien que á pocos y tarde se consiente
Olvidar lo pasado,
Holgar con lo presente,
Y de lo por venir no curar nada;
Hora falta y menguada
La del que nunca olvida
Un cuidado que siempre le da pena,
Cortado á su medida,
Tan importuna y llena,
Que ni otro halla entrada ni él salida;
Mas tiene por testigo
Su pensamiento, y este es su enemigo.
En tal punto me veo
De fortuna traído
Hasta el postrer abismo de su rueda,
Donde ruego y deseo
Que esté segura y queda,

(7) Lope imitó este soneto en aquel que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante.

Hállase el de MENDOZA, no en la coleccion de Hidalgo, sino en las *Flores de Poetas ilustres* de Espinosa, cuyo texto sigo.

Sedano lee así el último verso:

Pues de este, gloria á Dios, ya he visto el cabo.

(8) Este soneto no está en la coleccion de Hidalgo. Entre las obras de Gregorio Silvestre se encuentra. (Granada, 1599.)

Porque á peor no venga que he venido;
A tan flaco partido
Me entrego y lo porfio,
Que en él no habrá quien de mí se acuerde;
Piérdase el albedrío,
Ya que el seso se pierde,
Y lo uno y lo otro por ser mio;
Pues decir que se guarde
Es consejo importuno, vano y tarde.
Dichoso el que á sus solas,
Con ánimo constante,
De buena ó mala suerte se contenta,
Y las mudables olas
De amor y su tormenta
No le truecan propósito ó semblante;
Dichoso el que en instante,
Alegre ó descontento,
Desasosiega el miedo ó la esperanza;
Mas ¡ay de mí! que siento
En cualquiera mudanza,
Con nuevo disfavor, nuevo tormento,
Y escogilo por bueno
Cuando crié la vibora en mi seno.
¡Oh envidia sin sosiego!
Oh fiera sospechosa,
Que siempre estás atenta á trabar guerra!
¿Cuál es el pecho ciego
Que dentro en sí te encierra?
¿Por qué el mundo te llama perezosa?
Con lengua furiosa,
Mas con sospecha vana,
Atajaste los pasos á mi gloria,
Que tan humilde y llana
Vivia en la memoria;
Del que nunca pensó cosa liviana;
¿Cómo entras diligente
A heber honra y saugre á un inocente?
Fílís, blanda y hermosa,
¿Con qué te he yo enojado,
Que tanto mi servicio y fe te cansa?
Conmigo estás quejosa
Y con otros muy mansa.
Donde nunca tus fuerzas han llegado
Venga el injusto hado,
Venga el tibio desdño,
Que oprimen la humildad y la paciencia;
Persigan á su dueño
Servicios en presencia,
Que en tu memoria sean como sueño,
Pues con la fe te enfadas
De quien sigue y adora tus pisadas.
¿Fé de mi ventura
Algun deseo vano?
¿Quise igualar contigo mi osadía?
¿Puse tu hermosura
En duda ó en porfía,
O resisti heridas de tu mano,
Que tan claro y temprano
Me vino el desengaño
A tocar en el íntimo del pecho,
Y aun no sé si es engaño?
El daño que está hecho
Viene por amenaza de otro daño
A mostrarme que sienta
En la bonanza ajena mi tormenta.
¿Para qué estoy en duda,
Pues no hay otro camino
Sino sufrir á quien me haga fuerza?
Sea mi lengua muda,
Tu voluntad no fuerza,
Y pague yo, que fui mal adivino;
Llegó mi desatino
A pensar que sirviera
En lo que cualquier otro se servia,
Y cierto se hiciera
Si la desdicha mia
Y el caso me ordenaran que yo fuera;
Mas no hay peor librado
Que el desfavorecido y obligado.
Quiero callar mi queja,
Si es posible sufrirme,
Donde vence el agravio á la paciencia;

Que pues Filis me deja,
La mas cruda sentencia
Es haberme dejado sin oirme.
Un propósito firme,
Una fe muy entera
Y un no mudar camino por tibieza
Serán hasta que muera
Muestras de mi limpieza,
Aunque envidia y pasión me tengan fuera,
Y aunque otro bien no espero
Sino morir sirviendo y por quien muero.
Mas templaré la vela
Por no decir tan claro que estoy loco,
Pues aunque mucho duela
Será el quejarme poco.
Y sola una esperanza me consuela:
Que en ocasión ninguna
He de huir el rostro á la fortuna.

CANCION.

Si alguna vanagloria
En corazón humano
Ludo caer, Señora, de pensar
Que nunca ajena mano
Revolvió la memoria
A otro, ni su sér pudo mudar;
Si algún gozo ha de dar
La limpia pura fe,
Gaiada sin engaño;
Y el no usar mal de la verdad en daño
De otro, con decir lo que no fué,
Por mi ha todo pasado,
Después que sin dejarte me has dejado.

Dijístele que fuese
Seguro por do quiera,
Que nunca tu favor me faltaría.
Sañi, que no debiera,
Porque de mí no fuese
Lo que muchos dijeron que sería.
Entonces te quería
Como al querido hijo,
Como á la dulce amiga;
Y aquel amor ardiente sin fatiga
Sañi de mi pecho, y ya colijo
Que todo quedó atrás:
Quiérote menos bien y ámote mas.

Viene mezclado amor
Con aborrecimiento,
Y no se puede creer si no se siente,
Ni hay mas grave tormento
Que sentir con dolor
Contrario á la dolencia el accidente;
Pero no se arrepiente
Mi seso, y va venciendo
Siempre la voluntad.
Yo me rindo, pues desta ceguedad
La mayor parte se ha cobrado, viendo
Cómo la fe triviste
Mas liviana que el viento, á quien la diste.

En amor tan ingrato,
En tan larga carrera
De tiempo y de dolor como esta ha sido,
Muchas partes hubiera
Que á descansar un rato
Me pudiera cautivo haber traído;
Mas mi seso vencido,
Que entiende lo mejor,
Y lo peor escoge,
Cualquier discurso de razón acoge,
Aunque al determinarse vence amor,
Y quedo imaginando
Qué pudiera ayudarme, cómo y cuándo.

Hartos consuelos tengo,
Y es el remedio vano;
Crece el mal cuanto mas junto me hallo,
Y á otro fuera sano
Si de lo que sostengo
Dijese lo que yo por burla callo;
¿Qué misero vasallo
Con tan mansa paciencia

Sufrió tanta braveza?
Dar mal por bien, mudanza por firmeza,
¡Oh áspera, cruel, dura sentencia!
Pues no hay dolor tan fuerte,
Que no se venza al cabo con la muerte.

¡Oh libertad forzosa
De mi dura fatiga,
Que das fin al dolor cuando te ofreces;
Deseada enemiga,
¡Oh muerte! que rabiosa
A otros, y á mi dulce me pareces;
Tú, que sola mereces
Desatar este nudo
Y hacer inmortal
Al que por hacer bien padece mal,
Ven, y harás lo que hacer no pudo
La que probó en un día
A deshacer la pena y gloria mia.

Quisieras tú, Señora,
Con uno y otro enojo
Cansar mi fe y forzalla á que faltase,
Tomando cada hora
Novedad por antojo,
Yatar mi muda lengua á que callase,
Y cuando me esforzase
A quejarme de ti,
Embarazarme el seso;
Así que, no pudiendo echar el peso,
No pudiese valerme yo por mí,
Estando aquí el morir,
Que es remedio común y ha de venir.

Un querer tan seguro,
Un ser tan obediente,
Una mansa paciencia tan extraña,
Un ánimo tan puro,
Una fe tan ardiente,
Que bastará á mover una montaña,
Que no mude tu saña,
Y ¿cosa tan liviana
Te mueva contra mí, siendo segura?
¡Oh voluntad humana
En divino saber y hermosura!
¿Quieres que no me queje,
Y porque me has dejado, que te deje?

Cancion mia, yo temo
Que quien te ha de leer
Me quiera dar consejo por remedio;
Y pues no puede ser,
Siendo mi mal extremo,
Que se pueda curar con ningún medio,
Dirásle que no quiero
Sino morir por ella, como muero.

CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra vía,
Acabando la mas corta carrera;
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria al tibio seno;
Ya las nubes esparce por defuera,
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve luz demasiada;
Yo cautivo, que muero, quiere amor
Que huya de mí el claro resplandor,
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.

La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña;
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compañía
Del viento delicado;
Yo, ausente y olvidado,
No mengua mi tristeza y desconsuelo,
Antes rompo las peñas con mi duelo,

Y los montes, de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece;
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo, que entorpece;
Ya ninguna parece
De las espesas hojas;
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía,
Cuanto ellos ahora tienen de alegría;
Cada cosa en su tiempo fin alcanza,
Y en la tristeza mía
No hay tiempo que remedie mi esperanza.

En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela, alegre, el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navio ligero
Corta el agua espumosa, y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta;
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados,
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡Oh enemiga fortuna! ¡Oh cruda suerte!
No son unos pasados,
Cuando me llevan otros á la muerte.

El pastor amoroso, embebecido,
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remediando
La viva voz ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado,
Que escucha sus querellas;
Yo, triste, que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oídas
No pueden ser de nadie ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto,
Y si hubiese mil vidas,
Todas las pasaria en otro tanto.

Bien sabes tú, canción, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia;
Qué males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño;
Qué es vivir en sospecha y desengaño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos da placer.

QUINTILLAS.

A la desesperacion de su amor.

Salga, pues amor lo quiere,
La historia de mi fatiga,
Y por do quiera que fuere
Todas mis pasiones diga
A quien oirlas quisiere;

Que oyendo los males della
En mi daño acontecidos,
Se ataparán los oídos;
Que solo en pensar en ella
Tiemblan los cinco sentidos.

Y no haya mas sufrimiento;
Descúbranse los cuidados
De mi vano pensamiento,
De puro miedo encerrados
Dentro de mi pensamiento.

Sepa el mundo en el estado
Que me han puesto tantos males,
Pues de ser tan desiguales
De continuo, me han llegado
Hasta el alma las señales.

No hay esperanza de vida,
Ni yo la tendré jamás,

Con males tan sin medida,
Pues há mil años, y mas,
Que me llevan de vencida.

Examinó la memoria,
Y viendo el notorio estrago,
Y que es dellos la vitoria,
Ilago mucho, si lo hago,
De ponerlos en historia.

Y sepan quién es amor,
Porque viendo el sufrimiento
Que he tenido en su rigor,
Tomarán buen escarmiento
Si creyeren mi dolor.

Verán casos nunca oídos,
Con no decir la mitad
Dellos, en mi sucedidos,
Servicios de voluntad
Y muy mal agradecidos.

REDONDILLAS.

A su pensamiento desfavorecido.

Decid, alto pensamiento:
¿Cuál fué el infelice hado
Que de tan dichoso estado
Os derribó en un momento?

De amor tan honesto y puro
Mal galardonado fuistes,
Porque cuando os atrevistes
Fué con carta de seguro.

Sin razon morir os veó,
Y fuera justo el tormento
A no ser mi atrevimiento
Nacido de tal desseo.

Pero vos de recatado
Teneis mas que de atrevido,
Como si eso hubiera sido
Alivio de mi cuidado.

Mas, pensamientos dichosos,
No os corraís de ser vencidos,
Que vivís en mis sentidos,
Aunque os matan envidiosos.

¿Qué ocasiones de mudanzas,
Qué montes de inconvenientes,
Qué mortales accidentes
Y qué muertas esperanzas!

¿Qué sospechas mal regidas,
Qué siniestras voluntades,
Las que engañan las verdades
Tan á costa de las vidas!

¿Qué temores sin provecho,
Qué recelos con antojos,
Qué vivos al mal los ojos,
Sin ver el daño que han hecho!

¿Qué celadas encubiertas,
Qué apasionados testigos,
Qué encubiertos enemigos,
Y qué mañas descubiertas!

¿Qué dobladas tercerías,
Qué sinrazones de amor!
Desdichado el amador
Que sigue, amor, tus porfías.

Mas no es culpa tuya, no,
Ni mía, porque es ajena;
Mas padezco yo la pena
Sin tener la culpa yo.

Dirá el tiempo la verdad
Si cesaren sus consejas,
Antes que mueran mis quejas
A manos de su crueldad.

Y aun yo tambien la dijera
Si acaso se me escuchara;
Mas ¿qué verdad hay tan clara,
Que sin su dueño no muera?

Por do será menos mengua
Que en mí acaben mis gemidos;
Que á los que no dan oídos
¿De qué les presta la lengua?

Mis ojos podrán prestar
En tan alto padecer;
Que si no pudiesen ver,
Al menos podrán llorar.

QUINTILLAS.

Al silencio de sus quejas.

De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.

No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado, que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?

Di, Filis: ¿quién me ha revuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto.
¿Qué te pueden haber dicho,
Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho,
Y á mi vida en tanto estrecho?

Digante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.

¡Oh tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y aun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!

Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
Y desesperado vivo.

ENDECHAS.

A su pensamiento.

Pensamiento mio,
No me deis tal guerra,
Pues sois en la tierra
De quien solo fio;
Que si en tal altura
No vais poco á poco,
Quedaré por loco,
Y vos por locura.

Con alas deshechas
Vais dando ocasiones
Que vuestras canciones
Se vuelvan endechas.

Y no es el aprieto
De mi cobardia
Por vuestra osadía,
Mas por mi respeto.

Vuestra es ya la palma,
Mio es el tormento,
Pues de pensamiento
Sois prision del alma.

La disculpa hago,
Porque amor la haga,
Y lleva la paga,
Pero yo lo pago.

Aun pudiera ser
Temer donde osais,
Si como pensais,
Pudiérais ver.

Mirad si se encarga
Mi poco sosiego,
Pensamiento ciego,
Por senda tan larga.

Con todo, recibo

Un bien tan inmenso,
Que cuando lo pienso,
No pienso que vivo.

Mis fieros tormentos
Serán aliviados
Si son sepultados
En mis pensamientos.
Honrada y dichosa
Es vuestra subida;
Pero la caída
Muy mas peligrosa.

¿Qué buen fin espera
Quien va sin recelo
Subiendo en el cielo
Con alas de cera?

De vuestros antojos
Vencido el volar,
Daréis nombre al mar
Que han hecho mis ojos.
Y el luto despues
Traerás en venganza
Por mí, y la esperanza,
Y yo por los tres.

Podréis responderme,
Si doy en culparos,
Que sé aconsejaros,
Y no socorrerme.

Y en estos errores
Veréis lo que soy.
Consejos os doy,
Y tomo dolores.

ENDECHAS,

ENCARECIENDO SU MAL PAGADO AMOR.

¿Quién entenderá
Esto que aquí digo,
Que parecerá
Que me contradigo?

Secretos divinos,
A vosotros quiero;
No voy por caminos,
Sino por sendero.

Hágame lugar
El placer un día,
Déjeme contar
Esta pena mía.

Siempre he de ser triste,
Sin ser desdichado,
No sé en qué consiste,
Todo lo he probado.

No digo el contento,
Que no sé á qué sabe;
Parece escarmiento
Porque no me alabe.

¿Qué es de las mudanzas
Que hace fortuna,
Que en mis esperanzas
No veo ninguna?

¿Qué es de las promesas,
De que persevera,
Que si faltan estas
No hay ley verdadera?

¿Quién habrá que acierte
Cuando no son tales?
¿Qué hace la muerte
Tras penas mortales?

Dasme á buena cuenta,
Cielo mio avaro,
Rayos y tormenta,
Y nunca sol claro.

Háganme saber
Qué llaman favores;
Daré yo á entender
Qué llaman dolores;

Que si no se ofenden
De lo que me ofendo,
Ellos no lo entienden,
Y yo no lo entiendo.

Tambien he gozado
Yo de un mirar tierno;

Mas hame causado
 Penas del infierno.
 Y aunque sé qué es
 Habla regalada,
 Del bien de despues
 No sé si sé nada.
 ¿De qué me aprovecha
 Blanda condicion?
 De llevar la flecha
 Hacia el corazon.
 Píeasa que he alcanzado
 El fin de su gusto,
 Que queda pagado
 Un amor al justo.
 ¿Que breve alegría!
 ¡Ojalá si fuera!
 Que quizá algun dia
 Contento viviera.
 Ellos nunca ven,
 Como yo bien veo,
 En medio del bien
 Rabiarse el deseo.
 Si un punto me falta
 De su pensamiento,
 La gloria mas alta
 Me será tormento.
 Dura voluntad,
 Mal intencionada,
 Contigo verdad
 No aprovecha nada.
 No el ver otros nombres
 Me quita el sosiego,
 Mas saber los nombres
 Del agua y del fuego.
 Tanto sobresalta
 Amor cuando excede,
 No porque el bien falta,
 Pero porque puede;
 Que no ha de tener
 Mas de liberal,
 Ni hay mas que saber
 Que saber amar.
 Ya sé adónde llegan
 Encarecimientos,
 Y dónde se eiegan
 Los entendimientos.
 Fáltenne los cielos,
 Dios me sea enemigo,
 Si me mueven celos
 A lo que aquí digo;
 Sino que te acate
 Como se encarece,
 Y que amor se trate
 Como lo mercee.
 Quiéroos preguntar,
 Bien de mis pasiones,
 Estas condiciones
 ¿Podránse guardar?
 Esta luz de palma
 ¿Podré yo ganalla?
 ¿Podréis darme el alma,
 Para no quitalla?
 Sigo este camino,
 Que es el acertado;
 Que amor es divino,
 Aunque esté humanado.
 Porque esotra gente
 Vive con rudeza,
 Siente vulgarmente
 De tanta grandeza.
 Nunca amor te ofenda,
 Ni tanto mal haga,
 Que me dé la prenda
 Si no da la paga;
 Porque este es un daño
 Que no hay quien lo sienta;
 Piensas que es engaño,
 Y no es sino afrenta.

QUINTILLAS.

Al desengaño de amor.

Ya no mas casos pasados,
 Descríbrase el pensamiento;
 Servicios bien empleados
 Cesen, como mas culpados
 En mi mayor perdimiento.
 Mentiras, falsos engaños,
 Ejemplos nuevos y extraños,
 Escarmientos cada hora,
 ¿Quién los sufrirá, Señora,
 Con muchos ni pocos años?
 ¡Oh fuerzas bien empleadas
 De belleza y discrecion!
 Contra mí fuisteis criadas,
 Dende tiernas enseñadas
 Para mi condenacion.
 Con el daño que habeis hecho
 Contentad el fiero pecho;
 Que huir, aunque sea tarde,
 De escarmentado y cobarde,
 Será ya honra y provecho.
 Todo mal se hace mas blando
 Con publicallo y decillo;
 Mas yo solo suspirando,
 Mas quiero vivir callando,
 Que viviendo descubriendo.
 Quéjase uno de un dolor,
 Otro que mil no le dejan,
 Otro que el suyo es mayor;
 Mas, al fin, como es de amor.
 Señora, todos se quejan.
 Pues lo quiso así mi suerte,
 Callará mi fe sufrida
 Hasta el fin de mas no verte,
 Y publicará la muerte
 Lo que callaba la vida.
 Y si de mí poco aliento
 No lo sufre mi fe,
 Quéjense todos al viento;
 Que, aunque pese al sufrimiento,
 Yo callando moriré.

REDONDILLAS DE PIÉ QUEBRADO,

ESTANLO PRESO POR UNA PENDENCIA QUE TUVO EN PALACIO (9).

Estoy en una prision,
 En un fuego y confusion,
 Sin pensallo;
 Que aunque me sobra razon
 Para decir mi pasion,
 Sufro y callo.
 ¡Oh, cuánto tiempo he callado,
 Por gustar quien lo ha mandado,
 De maudallo!
 Sufrido y disimulado,
 Y aunque estoy en este estado,
 Sufro y callo.
 El amor es quien ordena
 Esta tan terrible pena
 En que me hallo.
 Sea muy enhorabuena;
 Por ser la causa tan buena
 Sufro y callo.
 En este mal que me empleo,
 Me deleito y me recreo
 En contemplallo;
 Que aunque me aprieta el desco,
 Por el tiempo en que me veo
 Sufro y callo.
 Espero agradecimiento,
 Pues vemos que su contento
 Es dilatallo.
 Por ser grave el fundamento,

(9) Tal título puso Hidalgo, creo que erradamente. El autor alude á la prision en que está su amoroso pensamiento.

Dice siempre el pensamiento ;
Sufro y callo.

Mostré con pecho fingido
Estar libre y ofendido
Sin estallo ;

Y mas en mi daño ha sido,
Porque ahora ya rendido,
Sufro y callo.

Procuré encubrir del alma
El dolor que me desalma,
Con negallo ;
Mas, viendo mi bien en calma,
Y que otro goza la palma,
Sufro y callo.

El error de mi paciencia
Hiciera ya diligencia
En remediallo ;
Mas, por ver que en tu inelemeacia
Está dada la sentencia,
Sufro y callo.

Sé que aumenta tu contento
La causa de mi tormento,
Por causallo.
Dios sabe mi sentimiento,
Mas, pues remedio no siento,
Sufro y callo.

Hacerme ofensas injustas,
Tu rabia y tu enojo ajustas,
Por vengallo ;
Y aunque sé que no son justas,
Viendo que tú dello gustas,
Sufro y callo.

Considera que el que rabia,
Con el dolor nunca agravia
En publicallo ;
Y yo, que sé que eres sabia,
Por si esto te desagracia,
Sufro y callo.

No es mi mal para creer,
Ni menos para poder
Disimulallo ;
Mas solamente por ver
Cuándo se ha de fenecer,
Sufro y callo.

REDONDILLAS,

VIÉNDOSE SUJETO AL AMOR.

Lloremos, ojos cansados,
Los daños que padecemos ;
Que no es razon que dejemos
Quejosos á mis cuidados.

Yo soy aquel que vivía
El mas léjos del amor,
Burlaba de su dolor,
De su poder me reía.

Siempre de su trato hui,
Vanos fueron mis consejos ;
Pensé que estaba de léjos,
Y halléle dentro de mi.

De ver tanto atrevimiento
Toda el alma se alteró,
Y su gravedad perdió,
Turbado, el entendimiento.

Mandóme al primero dia
Que lágrimas le ofreciera ;
Obececerle quisiera,
Mas yo llorar no sabia.

El que no puede pasar
Sin llantos y desconsuelos,
Envie al alma unos celos
Que la enseñen á llorar.

Tomé esta lición de coro,
Tanto en ella repitiendo,
Que hasta cuando estoy durmiendo
Estoy soñando que lloro.

De aquesto llegué á enfermar,
Y amor, que mi mal sintió,

A la esperanza mandó
Que me viniese á curar.
Quien poco alcanza su ciencia,
A mas daño le encamina,
Pues su mayor medicina
Es aplicar la paciencia.
Del mal á que estoy sujeto,
Tanto vivo atormentado,
Que el corazon ha llorado
Sus lágrimas en secreto.
Tanto ha llegado á sentir
Su riguroso desden,
Que ha llegado á estarme bien
El descarme morir.
Y con ser tal mi dolor,
Aquella ingrata, homicida,
Para animarme la vida
Aun no me ha dado un favor.
Bella Filis, llegó el dia
En que ha llegado mi suerte,
Que vengo á buscar la muerte,
Y hallar la muerte querria.

VILLANCICO.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino ;
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.

Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no ha de huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser ;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.

Entro simple y ciego,
Mas no sin razon ;
Hízose afición
De lo que era juego ;
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.

Sufra disfavores
Hechos por autojo,
Háganse del ojo
Sus competidores,
Y los miradores
Echenlo de ver ;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria ;
De envidia y porfia
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.

Diga su cuidado,
Mas no sea creído ;
Antes que sea oído
Sea condenado ;
Quiera ser mirado ;
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

VILLANCICO.

*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Amor es de condicion,
Que cuando se encubre crece,
Y una terrible aficion
Claro y léjos se parece;
Si la causa lo merece,
No encubras mal que no sana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

En tu semblante y menco,
Pastor, estás asombrado;
Mezquino el enamorado
Que pierde el tiempo y deseo.
Nunca hables de rodeo,
Sino claro y á la llana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Tiéneme el mal tan sujeto,
Y el sugeto es tan sulido,
Que no callo de secreto,
Sino de puro aturdido;
Accidente es de vencido
Estar entre miedo y gana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Entre querer bien y amar
La diferencia es dudosa:
Quiero bien la que es sin par,
Y amo la que es hermosa:
Querer bien es mayor cosa,
Y amar cosa mas humana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Pequeña prenda es la vida
Cuando el alma está obligada
Por voluntad tan valida,
Y pena bien empleada;
Vida y alma sería nada
Si quisiese esta tirana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Ruede el mundo, y siempre crezca
Su hermosura mas y mas;
Nunca nacerá jamás
Ninguna que le parezca,
Ni otra que tanto merezca
Habrà como esta villana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Por razon nos enamora,
Por voluntad nos destruye
La que del vencido huye,
Siendo libre y vencedora;
Yo el firme, mas la traidora
Voluntaria y inhumana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

Turbadora de reposo,
Anzuelo de voluntades,
Pecho de contrariedades,
Aunque en extremo hermoso;
Solo aquel será dichoso
Que la quiere, si ella ha gana.
*Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.*

QUINTILLAS,

QUEJÁNDOSE DE QUE LE CASTIGAN SIN ORULL.

Tiempo turbado y perdido,
Sin sazón para quejarme,
¿Quién seguirá mi partido,
Si antes que me hayan oído
Se inclinan á condenarme?
¡Oh padre del desengaño,
Para mí oscuro y extraño!
¿Por qué no alumbras á quien
Jamás supo hacer bien
Sino á quien me hizo daño?
Filis, ¿con quién te aconsejas,
Que así contrastas mis días?
¿Es venganza ó son porfías
El atapar tus orejas
A mis quejas, por ser mías?
Di, ¿por qué miras mis males
Con ojos tan desiguales,
Y mis penas como culpas,
Que me haces dar disculpas
De servicios tan leales?

Algún alivio tuviera
Siendo oído y condenado;
Mas quiere mi triste hado
Que á manos del tiempo muera,
Que es cuchillo mas pesado.

Muera yo en esta contienda
Sin que mi razon se entienda.
¿A quién contaré mis quejas?
Que pues tú, Filis me dejas,
¿Quién habrá que me delienda?

Tal me veo en tal fatiga,
Sin reparo que me guarde;
Desamparado y cobarde,
No hay mal que no me persiga,
Ni bien que no llegue tarde.

Sufriendo desconfianza,
Desden, olvido, mudanza;
Que otro descanso no teago,
Sino es la fe que mantengo,
Y aun esta sin esperanza.

Cáigaseme de la mano
La pluma y falte el sugeto,
Salga mi voz sin efeto,
Vayan mis quejas en vano,
Pierda su ley el secreto.

Fatigueme el pensamiento,
Déme congoja y tormento
Lo que á todos aprovecha;
Viva siervo de sospecha,
Falto de conocimiento.

VILLANCICO.

Pues no me vale servir,
Amar ni bien querer,
¿Qué me ha de valer?

Servicios bien empleados,
Aunque mal agradecidos,
Tal soy yo, que vais perdidos
Por donde otros van ganados;

Que mi ventura menguada
Y enemiga de mi bien
Os ha traído ante quien
Poco es mucho, y mucho nada.

Pues al fin de la jornada
Y tiempo del merecer,
El servir no vale nada,
El amar ¿qué ha de valer?

CARTA EN REDONDILLAS

Á SU DAMA, ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envía á encomendarse.

No juzgues á presunción
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de afición
Y falta de sufrimiento.

Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,
Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.

En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuanto mas siento que muestra.

¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que aun esperan tu mandato
Los amigos que dejaste?

Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solías,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los días.

A los que lejos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginemos
Nos parece hacedero.

Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.

A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo menos que falta
Es ser vista y adorada.

¿Qué te aprovecha la maña?
La discreción qué te vale
Entre esa gente traña,
Para quien el sol no sale?

De mí puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.

Mas he miedo que el reposo
Te convida á descansar,
O quizá algún envidioso
Te detiene á mi pesar.

Vivo los días pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.

Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.

Cuando linjo que te veo,
O que algún tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.

¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal, que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?

Procuró quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.

Ya no estoy en mi poder;
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la prueba.

Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.

Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;
Entraís haciendo gran prueba,
Y salís por disparate.

Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque he miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblala y hállola muda,
Mírola y hállola esquiva;

Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.

Revuelvo de cuando en cuando,
Y acuso mi ceguedad;
Después digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?

Es la viva mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el rencidio mi llaga.

En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos.

Que trayendo á la memoria
Lo que fui y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperación.

Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre después de muerto.

Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¿Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!

Tal me veo en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta
Las horas que sin ti vivo;

Preguntando de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.

Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.

Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.

El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad,
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.

Tras el invierno el verano,
Tras la noche el día claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.

El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Mas alto y mas extendido.

Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.

Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
O el mal en bien se trocase,
O cesase su braveza.

Piensa lo que sentiría
Viéndote como te vi;
Tan gran colmo de alegría
No podría caber en mí.

Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.

El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida parezco.

Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Mas querría no haber sido
O la tierra me sumiese.

Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele;
Pues no alcanza la piedad
A lo menos que ella duele.

Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta maldanza,
Pero nunca le hallé.

Uno, que no siente nada;
Calla otro, aunque lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.

Mas ¿qué haré, si te gasta
Contra mi algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.

Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Pareciale otra cosa,
Si procura tu aspereza.

Tal medicina hay, que daña,
Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que le hace.

A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.

Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.

Era el son de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oídos
Un bravo toro que brama.

El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.

¡Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La invidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.

Y como inocente dello,
Bebilo hasta acaballo;
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.

Si tú, Señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Procura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

CARTA EN REDONDILLAS,

QUEJÁNDOSE DE SU DAMA Y DE SUS ENEMIGOS,
QUE SON CAUSA DE QUE ELLA LE OLVIDE.

Gloria y descanso perdido,
Puesto que, si gloria tuve,
No fué por bien que hube,
Sino de haber el bien servido,

Ya que os perdi por mi suerte,
Y he de callar y sufrillo,
Adoro y beso el cuchillo
Que me viene á dar la muerte.

No lo perdi como loco,
Ni con fantasia vana,
Sino con intencion sana,
Y apartado poco á poco.

¿Quién habrá que no me acabe,
Y quién que no se envanezca,
Cuando en mi ya se parezca
Lo que en mi paciencia cabe?

Y tú, á quien el mundo tiene
Por otro ejemplo en la tierra,
Si cuanto bien en si encierra
Es el que de ti le viene,

Dame ánimo y fortuna,
Filis, para suplicarte
Que, si por mí no soy parte,
Por ser tuyo soy alguna.

Aunque mejor es que diga
La carta lo que no oso,
Pues no hallo, de medroso,

Tiempo que no me persiga.

Y si acaso no te place,
O te importuna leella,
Puedes quemalla sin vella,
Que es lo que de mí se hace.

Siempre bendigo la hora,
Cuando alegre y cuando triste,
Que por tuyo me quisiste,
Y te adoré por señora;

Pues vengo á ser envidiado
Y corrido sin por qué,
Como mártir de tu fe,
En mi sangre confirmado.

Persecuciones y penas
Son para mi gran victoria;
Pues con sola tu memoria
Las sufro y tengo por buenas.

Remedio no se te pide,
Premio, ni le hay ni le espero;
Bástame solo, si muero,
Que mi muerte no se olvide.

Y con tu gracia se entienda,
Como se enciende este fuego,
Ya que, de turbado y ciego,
No baste á regir la rienda.

Mas si para tanto peso
Mis versos no fueron buenos,
Sepan que tuve á lo menos
Causas de perder el seso;

Que vivi contento, ufano
Y seguro de tormenta,
Pensando que en un afrenta
Me defendiera tu mano.

Luego entre los derribados
Me vi por malos oficios,
Y vi todos mis servicios,
Antes de hechos, culpados.

La disimulada cara,
La intencion vuelta al provecho
Movieron tu blando pecho,
Que de sí no se mudara.

Vino y cerró la mudanza
A mis méritos la puerta,
Cerróla y dejóla abierta
Para castigo y venganza.

Cargó la fingida lengua
Contra mi inocencia muda,
Aunque en fe no cabe duda
Ni cabe en paciencia mengua.

La fe me alumbra y defiende,
Me adelanta y me confirma,
Y la paciencia me afirma
A sufrir cuanto me ofende.

Nada pudiera dañarme
Si no entrara en mi cuenta
Una voluntad atenta
Solamente á condenarme.

Condéname y no me escucha,
Atrévase á mi inocencia,
Porque es quien tiene paciencia,
Que á todos parece mucha.

Hanme dicho tus amigos,
No lo tengo por verdad,
Que mudas la voluntad
Por relacion de testigos.

Estos que contigo privan,
Y contra mí se conciertan,
Quizá en otra parte aciertan,
Pensando que me derriban.

Servir callando y sufriendo
Solo soy el que lo puede,

Y ya que mas no me queda,
Quedarme he á morir sirviendo.

Acabáranse mis días,
Seguro, aunque me derruequen,
Que por otro no me truequen,
Porque estas señas son mías.

Mucho han de sus artes
Los que conversan contigo,
Si porque alguno es tu amigo
Te aconsejan que lo apartes.

De pura malicia chisma

Quien habla lo que no entiende,
 Porque ó tu valor ofende,
 O habla contra sí misma.
 Mis enemigos me dañan,
 Mis amigos no me ayudan,
 Cuando faltan ó se mudan,
 Si me mienten, no me engañan.
 Soy obligado á creer,
 Aunque mas lenguas me empecen,
 Hasta que juntas tropiecen
 Donde yo vine á caer.
 Por donde su juego entablan
 Estos que son en dañarme,
 Es que trate de excusarme
 Con cuantos hablo y me hablan.
 Mas yo callo, aunque importuno,
 Y huigo de dar excusa,
 Porque quien la da se acusa,
 Si nó se la pide alguno.
 Han procurado que pierdas
 Una voluntad sujeta,
 Amistad limpia y perfecta,
 De la cual ya no te acuerdas;
 Con un ánimo constante
 De tenerte por señora.
 Como he hecho hasta ahora
 Y haré de aquí adelante.
 Pregúntame si es amor,
 Y levántame que rabio,
 Pues no es tan chico el agravio,
 Que á tiento le busque autor.
 Dicen que no me declaro,
 Que hablo y escribo oscuro;
 Aún así no me aseguro,
 ¿Qué haría hablando claro?
 Venganza pido que salga,
 Y esta sea á instancia mía;
 Tengan envidia y porfia
 Con quien menos que yo valga.
 Traten con desabrimiento,
 Y sea yo el que lo haga;
 Siempre sirvan á quien paga
 Con desagrado y descontento.
 No me conviene ni toca
 Hablar con atrevimiento,
 Porque no pague la boca,
 Pues no peca el pensamiento.
 La paciencia es la que vale,
 Si alguna paciencia hallo;
 Que de lo que sufro y callo,
 A la menor parte iguala.
 Ya todo el mundo se mueve
 A conjurar en mi daño,
 Y que sea en este engaño
 La que menos me lo debe.
 ¡Oh amiga cierta, escogida,
 De mis pensamientos suma,
 ¿Por qué me ofendió tu pluma
 Firmando contra mi vida?
 No es hombre el que me disculpa,
 Ni acierta el que no hiere;
 Pero el que á Filis sirviere,
 Sé que no me dará culpa.
 De lo que ahora se espanta
 Huirá cuando no pueda,
 Y verse ha en la polvareda
 Sin ver de qué se levanta.
 ¡Oh miedo! si nó lo hubiese,
 ¡Oh cuánto me atrevería!
 En quejarme gastaría
 Todo el tiempo que viviese.
 Y aunque mis días se alargan,
 Sería breve el proceso,
 Y poco lo que confieso,
 Según las quejas me cargan.
 No me diga este y aquel:
 « Amor es el que te engaña; »
 Que otro accidente me daña,
 Mas poderoso y cruel.
 Vos, fantasías extrañas,
 Vos, invidias y sospechas,
 Sois las verdaderas flechas

Que atravesais mis entrañas.
 Si hay culpa, yo me la cargo;
 Si hay daño, sobre mí llueve,
 Porque al entender fui breve,
 Y al obedecer fui largo.
 Levantáronme de vuelo
 Con el mandarme tan presto:
 Yo desvanecime de esto,
 Y di conmigo en el suelo.
 Cual manda en esta querella,
 Que manda como enemiga,
 Si cuando razon castiga,
 La voluntad atropella.
 Como á razon te obedezco,
 Señora, y llamo en mi pecho,
 No quedando satisfecho
 Que mayor mal no merezco.
 Y aunque esta razon me obligue
 A huir de mi enemigo,
 Solo tu voluntad sigo,
 Y ella es la que me persigue.
 Ya que el juzgarme te plugo,
 Tu juicio no se tuerza,
 Mas no pongas tanta fuerza
 En las manos del verdugo.
 No debes, aunque lo quiere,
 Dar á la voluntad tanto,
 Que cobijes con tu manto
 Cuantos agravios hiciere.
 Si pudiese, acordartehia
 Por cuán loable se tiene
 Mudar nueva fantasía
 Por nueva causa que viene.
 Mas lo que temo y me duele,
 Es que tu merced me crea,
 Y que esta mudanza sea
 Siempre en peor, como suele.
 Será cansar el juicio
 Quien con Filis procurare
 Que todo cuanto mandare
 No sea en mi perjuicio.
 Y mudar lo que acostumbra,
 Empresa tan imposible
 Como hacer invisible
 Este sol que nos alumbra.
 Y así, tomaré por medio,
 Si dello se satisface,
 Loar lo que dice y hace,
 Sin buscar nuevo remedio,
 Sin querer que me halague
 O procure complacerme,
 Antes con no conocerme
 Desearé que me pague.
 Por esas manos fui hecho,
 Y por ellas descompuesto,
 Y de que no fué mas presto
 Quedo alegre y satisfecho.
 En ellas adoro y beso,
 Que tanto me sustentaron,
 Y porque me descargaron,
 No pudiendo con el peso.
 En fin, lo que el hombre quiere
 Es no verse en otra afrenta,
 Y escapar de la tormenta
 A nado ó como pudiere.
 Fuera del inconveniente
 Colgar las mojadas prendas
 Donde las veas, y entiendas
 Que hay alguno que escarmiente.
 Las palabras de agraviados,
 Filis, no han de ser creídas,
 Que son mas encarecidas
 Cuando están mas apretadas.
 Yo he de tenerme por tuyo,
 Preso ó libre, vivo ó muerto,
 Y entonces será mas cierto
 Cuando pensares que huyo.

CARTA EN REDONDILLAS.

Vivo en tierras apartadas,
 Lejos de tu hermosura;
 Si yo hice mi ventura,
 Ella me castiga aosadas.
 La culpa deste pecado
 Fué miedo de importunarte,
 Y la pena es no mirarte:
 Ved si estoy bien castigado.
 Querria ahora valerme,
 Aunque fuese importunando,
 Y lo que has de responderme
 Será vengarte callando.
 Mas ¿qué sentirá la carta,
 Que ni responde ni calla?
 O si te enoja ó te harta,
 Puedes rompella ó quemalla.
 Pagará su atrevimiento,
 Pues quiso hablar con quien
 Nunca tuvo mal ni bien
 Contra tu consentimiento.
 Que mudar tu condicion
 Es afan vano y perdido,
 Y dar nueva alteracion
 En el reino del olvido.
 Por ventura la piedad
 Templará algo deste daño,
 Aunque cualquier novedad
 Como cautivo me engaño.
 ¿Cómo he de tener certeza
 Que una tan clara mudanza
 Es de olvido, ó si es tibieza
 Quizá de desconfianza?
 Quien no lo puede excusar,
 Y manda lo que se ofrece,
 A las veces ha pesar
 Si el que es mandado obedece.
 Y así, no me quejaré
 De nadie sino de mí,
 Que soy el que pagaré
 Porque tan mal entendí.
 Duélete del que sintió
 Pena de penas mortales;
 Duélete del que sufrió
 El postrer mal de los males.
 Oye y cree lo que digo,
 Que no sientas lo que siento;
 Porque, aunque tomes castigo,
 No torrarás escarmiento.
 Yo me vi puesto en la cumbre,
 Y vime en lo hondo luego,
 Y vi demasiada lumbre,
 Y vime, de vella, ciego.
 ¿Cuán presto mudan estado
 Amor y tiempo y fortuna!
 Cuánto fué mejor librado
 El que no probó ninguna!
 ¿Qué puede un hombre gozar
 Por mayor buenaventura,
 Que de tu gana mirar,
 Señora, tu hermosura?
 Como de penas en pena,
 Como de muertes en muerte;
 Que por voluntad ajena
 Quien te vió no puede verte.
 Nadie viva en confianza
 Que siempre dure lo que es,
 Pues que toda bienandanza
 Trae consigo el revés.
 Amor, el que te bendice
 No pasó por este trago;
 No me pagan lo que hice,
 Y lo que no hice pago.
 Vi dar á toda la gente
 Al justo por condenado,
 Vi llorar al inocente,
 Y reir del al culpado.
 Y ¿quién sabe si esta vez,
 Segun la desdicha mia,
 Fuiste, Señora, el juez,

Y tambien el que reia?

Y á mí, que tanto me toca
 Que disimule este engaño,
 Y calle ó abra la boca
 Para agradecer mi daño,
 En el mundo la virtud
 Antes se pierda y acabe,
 Que yo diga que en ti cabe
 Tal suerte de ingratitud.
 Ni tus pechos son de hierro,
 Ni tu condicion tan dura,
 Que pueda caber tal yerro
 Donde hay tanta hermosura.
 No es de ánimo valeroso
 Tomar tan bajo camino,
 En que mostrarse quejoso
 Vale menos que mezcuiño.
 ¿De quién me puedo quejar
 Que yo mismo me engañé,
 Cuando quisiera trocar
 Por confianza la fe?
 Esperanza probó alzarme,
 Tú bajáste me á la hora,
 Porque presumí igualarme
 Contigo, mi hacedora.
 La paciencia en tal dolor
 Fuera un remedio sencillo;
 Menester habia valor
 Y ánimo para sufrirlo.
 Mi daño busque yo mismo
 Si tú hallas el consuelo;
 Del cielo vine al abismo,
 Iré del abismo al cielo.

CARTA EN REDONDILLAS.

Cuando al hombre sin abrigo
 Gran adversidad viniere,
 No se turbe, y considere
 Si trae algun bien consigo;
 Que teniendo en la memoria
 Lo que le salva y condena,
 Si el uno le diere pena,
 El otro le dará gloria.
 Quizá por caso movida,
 Señora, de mi alicion,
 Trocaste tu condicion,
 Mostrándote agradecida.
 Muy bien sé que el tal conceto
 Es presumir demasiado;
 Que no pones tu cuidado
 En tan pequeño sugeto,
 Y que el tiempo que á ti place
 Es el caso y lo haya hecho;
 Haga alguna vez provecho
 A quien tanto daño hace.
 Si te hablo alguna cosa,
 Tú piensas que devaneo;
 Mas la fe rige el deseo,
 Y el deseo es el que osa.
 Pues sea el medio la carta,
 Y ella en mi nombre te diga
 Si vive, y con qué fatiga,
 Quien te vió y de ti se aparta.
 Y aunque escribir mis cuidados
 Parecen pasos perdidos,
 Que apenas serán leidos,
 Cuanto mas ser remediados,
 Básteme para olvidallos,
 Sin pedir que te arrepientas,
 Señora, que los consientas
 Como causa, por causallos.
 Contemplar penas pasadas
 Presente dolor amansa,
 Y á veces hombre descansa
 Contemplando sus pisadas.
 Mas á mí, que el bien me huye,
 Y de mal en peor vengo,
 Antes que pase el que tengo,
 El que viene me destruye.
 Partime triste muriendo,

Y dirán que partí bueno,
Pues muchos comen veneno,
Que he visto morir riendo;
Porque una dolencia tal,
Cuando se cubre un instante,
Toma fuerzas adelante,
Y tanto mas crece el mal.

Fuera como si no fuera,
Pues quise partir en punto
Que me viese todo junto
Hecho menos de lo que era.

La razon de hombre mudada,
Perdido el seso y concierto;
Mas me quisiera ver muerto
Que vivir y verme nada.

Los que presentes estaban
Jurara que me entendian,
Que las entrañas me vian,
Mis pensamientos contaban.

¡Oh sospechas y respetos,
Y cuántos males causais
Siempre que os apoderais
En corazones sujetos!

Tan atónito quedé,
Que salí como adormido,
Y cuando me vi partido
Dije en mí: «Esto ¿cómo fué?»

Quise volver del camino,
Mas la razon me impidió,
Porque pudo mas que yo,
Y templo mi desatino.

Lugar propiamente mío
Es el lugar donde estoy;
Todo es mañana sin hoy,
Todo es invierno ó estío.

El tiempo os pasa adelante,
Sentíslo y no lo veréis,
Con la mano tocaréis
El poniente y el levante.

Vaya el hombre por do fuere,
No ve sino abismo y cumbre;
Aun el día no da lumbré
Cuanto en los ojos se mueve.

Y si alguna hiedra verde
Su naturaleza trueca,
No es nacida cuando es seca,
O de viciosa se pierde.

Llanos y montes y sierras
Nombres son y devaneo;
Oyolos y no los creo,
Como cuentos de otras tierras.

Dicese que hay río y puente,
Vemos casas por defuera;
Que hay calles y corredera;
Pero no vemos la gente.

Lugar solo y desconsuelo,
De pensamientos misterio,
No hay en ti otro refrigerio
Sino peñascos y cielo.

De imaginaciones nido,
Triste abrigo de sospechas,
Las que el hombre trujo hechas,
Y despues han sucedido.

Pensé ballar algun medio
Buscando la soledad;
Ilizoseme enfermedad
Lo que tomé por remedio.

Como médico y paciente
Siento el despecho y el daño:
Despecho por el engaño,
Daño por el accidente.

¿Qué seso de hombre podrá
Juntar palabras y arte
Que declaren una parte
De lo que en el alma está?

Mas ella misma se esfuerza
Viendo que de ti se aleja,
Y de mí solo se queja
Que en partir le hice fuerza.

Fué muy justa la querrela;
Que un alma tan descontenta
Cualquier pesar la atormenta,

Y muchos caben en ella.

Maltratan á cada uno,
Y ausencia la desbarata,
Porque el dolor que nos mata
Es apartar lo que es uno.

En contrariedades vive,
Y ellas mismas le destruyen;
Cuando del sentido huyen
Dentro de sí las recibe.

Conciértanse estos lugares,
Aunque hay tanta diferencia:
Pone el alma la paciencia
Y el sentido los pesares.

Pues ¿qué haré en el extremo
De vida tan trabajosa,
Donde mi voluntad osa
Aquello solo que temo?

Del medio no me contento,
Contra los fines guerreo;
Voy y vengo del deseo
Hasta el arrepentimiento.

Solo era dado á mi suerte
Sufrir tan pesada carga,
Porque una ausencia que es larga
No es ausencia, sino muerte.

Muerte pues que causa olvido,
Que el amador apartado
Es muerto si es olvidado;
Muerto, mas tiene sentido.

Sospechas que siempre crecen
Mi seso turban y espantan,
Que de poco se levantan
Y de lejos se parecen.

No hallo razon que tuerza
La imaginacion contina
Que á mí despecho me inclina,
Aunque no me hace fuerza.

En ningún consejo cayo;
Solo el quejarme conviene
Por lo que de fuera viene
Y por lo que dentro traigo.

El alivio es siempre menos
Y los trabajos doblados,
Porque lloro mis cuidados
Y los placeres ajenos.

Y tú, que en me ver perdido
Quizá eres en condenarme,
¿No te basta derribarme,
Sino pisarme caído?

Conmigo serás cruel,
Que jamás te di embarazo,
Y antes me rendí á tu brazo
Que vieses la fuerza dél.

Quebranta fueros y leyes,
Huella amigos y parientes,
Que mataste muchas gentes
Y venciste fuertes reyes.

Nadie te vió que viviese,
Nunca amenazaste en vano;
Pero ¿quién sintió tu mano
Que dello se arrepentiese?

Habla, valor, discrecion,
Gracia, hermosura eterna;
Sojuzga, doma y gobierna
Cualquier brava condicion.

Mujer que á muchos venció
Tuvo alguno de estos bienes;
Mas tú, que todos los tienes,
¿Cuál nunca te resistió?

¿Qué ley en que nos salvemos
Nos das? Que esta que nos diste
Con tus manos la hieste
Para que nos condenemos;

Porque tú, en todo perfeta,
De nadie te satisfaces,
En lo que dices y haces
Tan varia como discreta.

Amadores, enojáos;
Pero no queráis pecar,
Y en la fuerza del penar,
Cuando os quejeis, humilláos.

Abrid vuestros corazones

Y mostrad vuestra inocencia;
Hable por vos la paciencia,
Cuando os faltaren razones.

Mas humildad y secreto
Ante ti son como nada;
Que al cabo de la jornada
Caen en mayor defeto.

Mira cómo te resuelves,
Que estas virtudes unidas,
Si no son agradecidas,
En su contrario las vuelves.

Una gran necesidad
Turba y aflige un gran seso,
Y siempre procura el preso,
Por bien que esté, libertad.

Yo mismo cuando me acuerdo
Que soy cautivo, aunque tuyo,
De entre las gentes me huyo
Y entre las gentes me pierdo.

Sabes que soy fugitivo;
No me culparás por ello,
Que la forma del hacello
Suele excusar el cautivo.

Cuando con miedo ó desdén
Algun sobresalto tomo,
Háyome, mas no sé cómo,
Que huyo para mi dueño.

Tal me veo en tal lugar,
Y tal de ti me aparté;
Allá me lleva la fe,

Detiéneme acá el pesar.

Mas con estar aquí pago

La locura del partirme,
Y paro en arrepentirme

Por lo que hice y no hago.

Pasen el tiempo y fortuna,
Que yo siempre estaré quedo;
Conocerás tarde ó cedo,

Que mi voluntad es una,

Y que habiéndote servido

Por hado ó por albedrio,

Dos veces al mismo río

He venido y no he bebido.

CARTA EN REDONDILLAS.

Amor me manda escribir,

Temor me fuerza á callar;

¿Qué medio podré hallar

Seguro para vivir?

Mejor es morir así,

No diciendo lo que siento,

Si es de amor el mandamiento,

Y el temor viene de ti.

De ti es menester que venga,

Que amor no tiene caudal;

Porque mujer tan cabal

Con solo callar se vengá.

Siempre callarás conmigo,

Y yo siempre penaré;

Pero nunca entenderé

Si es por costumbre ó castigo.

¿Quién sabe si me conviene

El callar ó la disculpa?

Quizá me cargó la culpa

Que sabes tú quién la tiene;

Mas á tanta confusion

Me ha traído el desatino,

Que ya no me determino

Sino fuera de ocasion.

Un destierro voluntario,

Sino es por inconveniente,

El que lo escoge lo siente,

Pues no tiene otro contrario.

Y por esta enemistad

Que yo no puedo negar,

Me desterré del lugar,

Mas no de la voluntad.

Ella, que siempre fué tuya,

Lo será cuanto yo fuere;

Que el alma es la que te quiere,

Aunque el cuerpo se destruya.

Y pues esta no va aparte,

Que no te lleve presente,

Bien puedes juzgar que sient;

Quien te ve y de ti se parte.

Yo me procuré este engaño

Con determinarme presto,

Y volveré por el resto

Si en partirme hice daño.

Quejarme he de mi locura,

Y no de tu condicion;

Que tú otras por razon,

Yo atribuyólo á ventura.

Eusqué salvar á mi mismo,

Pensé huir para valirme;

Somero para esconderme,

Vi lo hondo del abismo.

Volvi tan desconfiado

De ti, y de mi tan corrido,

Que conmigo ando sumido

Y con todos sobreaguado.

Como siervo que se suelta

Y que su dueño le olvida,

Ni le sigue en la huida

Ni le convida á la vuelta;

Yo, ciego, sin albedrio,

¿Dónde voy, de quién me huyo?

Tú no me tienes por tuyo,

Y yo no puedo ser mio.

Vuelvo á demandar clemencia

Y perdón para mis yerros

En aquellos mismos hierros

Que parti de tu presencía.

Mas no con poco cuidado,

Pues tu merced me condena

Que otro goce con mi pena,

Yo pague como culpado.

QUINTAS.

A una despedida.

Yo parto, y muero en partirme;

Yo lo procuré y lo pago;

No me dejeis en el trago,

Señora, del despedirme,

Por el servicio que os hago.

Mas temo que al despedir,

Aunque me veais morir,

Habeis de quedar quejosa

Porque acerté alguna cosa

En que os pudiese servir.

Yo me parto de os mirar,

Donde no me podréis ver;

Contenta debéis quedar,

Que no es menester hacer

Fuerza para me olvidar.

No pido que si me fuese

Vuestra merced se sintiese,

Pues cuando yo mas penaba

No mirastes si os miraba,

Ni se os dió nada que os viese.

Quedará con mi ventura

El lugar á donde os via;

Pero vuestra hermosura

Partirá en mi fantasia,

Donde siempre vive y dura.

En ella se representa

Vuestra belleza y asienta;

Mas témome de una cosa,

Que siempre os verá quejosa,

Pues que nunca os vi contenta.

No entrará en ella placer,

Sino siempre padecer

Y silencio de difunto;

Que el placer se juntó junto

Para cuando os torne á ver.

Pues cuando desta partida

Fuese de vos conocida

Cualquier liviana memoria,

Mas haré en sufrir la gloria

Que hago en tener la vida.

REDONDILLAS,

ESTANDO AUSENTE.

Viéndome de vos ausente,
Todos los males que siento
Me traen al pensamiento
El que allá tuve presente.

Y si algun bien se me ofrece
En esta triste memoria,
Hácame llorar la gloria
Que ya tuve y no parece.

Juntáronse á perseguirme
El tiempo, el lugar y el punto;
Yo también me hallé junto
Al tiempo de despedirme.

En daros este placer
Todos fueron contra mí,
Y yo mismo, que partí
Donde ya no os puedo ver.

No parece inconveniente
Dos contrarios en mi mal,
Si el pesar es natural
Y el placer por accidente.

Quien como yo calla y muere
Con miedo y desconfianza,
Si tiene alguna holganza,
¿Es ser vos la que lo quiere?

Mas si vuestra mano siente
Como yo, y quedare tal,
Contará siendo mortal
Que vive por accidente.

HIMNO

EN LOOR DEL CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA.

Mi pluma se levante,
Que con suave canto
Celebre el rojo manto
Del hábito triunfante,
Y ensalce esta jornada
En ocasion tan bienaventurada.

¿Cuál fué la estrella clara
Que con dichosa lumbre
Desde la octava cumbre
Miró con dulce cara
Al niño dedicado
A la justicia, religion y estado?

Las tres le recibieron
Luego como nació;
En sus brazos creció,
Y ellas le mantuvieron
Dándole de su seno
La leche de lo honesto y de lo bueno (10).

Profetizó el camino
En ocasion dudosa
A la madre cuidosa
Un ciego peregrino,
Y el dueño del altura
Por medio humilde muestra gran ventura.

En los años creciendo,
Crecía en la virtud,
La verde juventud
Fué en letras floreciendo,
Y todo juntamente
Conforme á la madura edad presente.

¡Oh de fe norte y guía,
Ejemplo de la vida!
Oh columna encendida,
Que nos sustenta y guía,
Maestro de prudencia!
Oh pecho lleno de piedad y ciencia!

Tú, alma de la ley,
Consejo libre y sano;

Tú, incorruptible mano,
Sagrario en que tu rey
Tiene depositados
Sus altos pensamientos y cuidados.

Virtud que nos sustenta,
Sér cumplido y perfecto,
De admiracion sugeto,
Que á nadie descontenta,
A quien el gran monarca
Encomienda el gobierno de su barco;

Cual honra el alto cielo
El sol resplandeciente
De nube transparente,
Como purpúreo velo
Tornó el sumo Pastor
En púrpura ilustrísima de honor.

Quien deseaba verte
Donde ocasion alguna
De súpita fortuna
No pudiese empecerte,
Te vió seguro presto,
Fuera de humana envidia y rencor puesto.

Es admirable cosa
Que la fortuna y seso
Se igualan en un peso:
Don Diego de Espinosa
Con su merecimiento
La fortuna igualó al entendimiento.

Revuelve, oh padre claro
Y senador del mundo,
Ese camino profundo
A este amigo caro,
Que otra lumbre no quiere
Sino la que tu resplandor le diere.

VILLANCICO.

A doña Leonor de Toledo.

Ten ya de mí compasion,
Zagaleja,
Y ahlanda tu condicion;
Que el que te hizo leon
Te pudiera hacer oveja.

Si el que serviste desea
Es el primero ofendido,
¿Quién seguirá tu partido,
Que otro como yo no sea?
En lo que me ví se vea,
Cuando ponga su aficion,
Zagaleja,
En la ira del leon
Y mudanza de la oveja.

Haber, zagala, victoria
De un siervo sin libertad
Es dar al vencido gloria
Y al vencedor poquedad;
Trata con humanidad
A quien vences con razon,
Zagaleja,
Siendo con bravos leon
Y con humildes oveja.

Quien fuere mas á la llana,
Menos errará el camino;
Que el amor es cosa humana,
Aunque le llaman divino.
No venzas por desatino,
Ya que vences por razon,
Zagaleja;
Sé leona con leon.
Y con carneros oveja.

Si quien huye y no te quiere
Sigues tú como perdida,
El pastor que por ti muere
Cornudo va á la otra vida.
Siempre andarás de partida;
Mas nunca en una opinion,
Zagaleja,

(10) Asi Sedano, el texto de Hidalgo dice:

Con leche de su seno
Y lumbre de lo honesto y de lo bueno.

Siendo con leon oveja,
Y con oveja leon.

Das higas al que agradece
Por mercedes los pesares,
Y das favores á pares
Al que no te los merece;
Pues ese que te parece
Conforme á tu condicion,
Zagaieja,
Tú le tienes por leon
Y nosotros por oveja.

ESTANCIAS.

Amor, amor, quien de tus glorias cura,
Busque el aire y apríetelo en la mano,
Conocerá el placer cómo es liviano.
Y el pesar cómo es grave y cuánto dura;
Goce el misero-amante su ventura
Como el que es convidado del tirano,
Que ve sobre el cabello estar colgada
De un frágil pelo una tajante espada.

Abrase el corazon, mas por de dentro,
Como no me condene por mi hoca;
Siéntalo el alma sola que le toca,
Pues allá recibió el mayor encuentro.
Cualquiera confianza, aunque sea poca,
Me pondria en lo mas hondo del centro.
El goloso que come y que revienta
No se espante, si ayuna, que lo sienta.

Yo me vi en otro tiempo de alegría
Por voluntad ajena ó por mi hado.
Mas poco me duró este dulce estado,
Porque mi alma no lo merecia.
Alzóse un ciego y súbito nublado,
Que hizo noche oscura el claro día,
En que vivo, Señora, y vivir quiero,
Hasta volverte á ver como primero.

Quien desea mas bien del que conviene,
Y si posee mas del que merece,
Cualquier cosa le turba y entristece
Que fuera de propósito le viene;
Mas el pobre que sufre y que padece,
Contento con el mal ó bien que tiene,
El que mal le tratare será ingrato,
Y aun él, si no se queja, un insensato.

Mostróme el bien y mal de su gobierno
Amor, y endurecióme de la cuna,
Y subitas mudanzas de fortuna.
Que hacen impresion en pecho tierno;
Vine asido en un cuerno de la luna,
Y ahora en las aldabas del infierno.
Otro se fia en arte y en prudencia;
Mas yo, Señora, en solo tu clemencia.

Demándote la muerte de piedad,
Que por tu voluntad me concediste,
Y es la que debes dar á cualquier triste,
Si te llamare en gran adversidad.
Que vea y que contemple ese beldad,
Con que lo vences todo y lo venciste.
Consiente que me vuelvan lo que es mio,
El seso, la razon y el albedrio.

El justo, cuando muere por sentencia,
Si algun tiempo esperó que fuese bueno,
Y le ofrecen que muera con veneno,
Piensa que del morir hace dolencia;
Mas yo, que en el remedio me condeno,
Pido tiempo, Señora, y darme ausencia.
Si médico hallé yo por mi suerte,
Cura el mal con peor muerte que muerte.

La bella mal maridada (11).

GLOSA Á UNA MUJER FEA Y DISCRETA.

Al tiempo que el cielo quiso
Haceros, dama graciosa,
Su mano muy poderosa
Todo lo que os dió de aviso
Os quitó de ser hermosa.

Así que, sois avisada,
Pero de mal parecer;
No os dé, Señora, nada;
Que habiendo de ser casada,
Imposible será ser
«La bella mal maridada».

Tened contento, Señora,
Con cualquier cosa que sea;
Que no siendo matadora,
Para los gastos de ahora
Es gran descanso ser fea;
Que muchas hermosas vi
Volverse feas despues,
Mas no avisadas así;
Mayormente que no es
«De las mas lindas que vi».

En el quinto mandamiento
No tendreis qué confesar;
Del gusto tened contento;
Que de obra ni pensamiento
Con él no haréis pecar.
No tengais estos favores
De Dios, mi señora, en poco;
Que entre cien mil servidores,
Nadie se os volverá loco,
«Si habéis de tomar amores».

Renegad de Policena,
De la Cava y de Hipermestra,
La reina Dido y Elena;
Mas vale una faicion vuestra,
Que se deja ver sin pena.
Y pues veis que nadie os quiere,
Por ser la mas fea que vi,
Al primero que viniere
Cerrad con él, si dijere:
«Vida no dejéis á mí.»

ESTANCIAS VIZCAINAS.

A Dios juras, hermoso Catalina;
El tu beldá, el tu extraño hermosura
En corazon de Joanchito muy ahina
Hecho han un crudo y bravo matadura.
Buscado has una y otra medicina,
Al mi llago cruel y á mi tristura;
Llora mi alma siempre desdeque vióte,
Haya mal, Catalina, quien parióte.

Cada siempre te tiene en mi memoria,
Mucho mas que no tú le piensas, quiero,
Merced vuestro mi pena es y mi glorio,
Por esos tuyos ojos yo me muero;
El mi firmeza hecho has ya notorio,
Y el fe que yo le tienes verdadero.
Joanchito, yo mas te quiero que no todos;
Si quieres, vido mio, hagamos bodos.

Hidalgo eres de todo mucho honrado,
Hombre gentil mas cuanto que querrias,
Machete traes continuo puesto al lado,
En corto tienes yo parientes mias;
Jubon con calzas traes cañiveteado,
Zapatos nuevos vistes los mas dias;
Vizcaino eres, no en razones corto,
Sabiendo mas que tienes todo el Corto.

Jugaban al mas certero
Interés y el Amor franco;
Interés daba en el blanco,
Y Amor erraba el terrero.

GLOSA.

Estando Amor enojado,
Alcanzado de paciencia,
El interés ha llamado
Tanto, que le fué forzado
De venir en competencia.
Amor, como caballero,
Tomó flechas de aficion;
Interés solo al dinero,
Y en un libre corazon
Jugaban al mas certero.

(11) Véanse en Castillejo otras glosas de la bella mal maridada.

Fué libre porque sintico
 La mas sabrosa herida;
 Libre porque no torciese
 La justicia conocida
 A quien mejor la tuviese.
 Y despues que hubieron puesto
 En el terrero su blanco,
 Armaron los arcs presto,
 Y juntos se van al puesto
Interés y el Amor franco.

Amor no quiere tirar
 Porque le estorba el temor,
 Que le hace recelar;
 ¿Quién vido jamás ganar
 El Interés al Amor?
 Pero al fin tiró una flecha,
 Y apenas llegó al barranco,
 En el aire fué deshecha;
 Con otra, de oro hecha,
Interés daba en el blanco.

Amor estaba corrido
 De ver su gloria al revés,
 Y ruégale al Interés
 Que vuelvan á su partido,
 A ver si pierde otra vez.
 Vuelven al puesto primero,
 Y juntos en un nivel,
 Con un tiro de dinero
 Interés dió en medio dél,
Y Amor erraba el terrero.

*Ser vieja y arrebolarse
 No puede tragarse.*

GLOSA.

El ponerse el arrebol
 Y lo blanco y colorado
 En un rostro endemoniado,
 Con mas arrugas que col,
 Y en las cejas alcohol,
 Porque pueda devisarse,
No puede tragarse.

El encubrir con afeite
 Hueso que entre hueco y hueco
 Puede resonar un eco,
 Y el tenello por deleite,
 Y el relucir como accite
 Rostro que era justo hollarse,
No puede tragarse.

El colorir la mañana (12)
 Los cabellos con afán
 Y dar tez de cordoban
 A lo que de sí es badana,
 Y el ponerse á la ventana,
 Siendo mejor encerrarse,
No puede tragarse.

El decir que le sslieron
 Las canas en la niñez,
 Y que de un golpe otra vez,
 Los dientes se le cayeron,
 Y atestiguar que lo vieron
 Quien en tal no pudo hallarse,
No puede tragarse.

CARTA.

Quería contar mi vida,
 Pues no se cansa mi suerte;
 Mas para contada es muerte,
 ¿Qué será para sufrida?
 Si de mis adversidades,
 Filis, tuvieses mancilla,
 Sería una maravilla
 Entre muchas novedades.

Cuando los hados porfian,
 Arrastran por los cabellos
 Al que no quiere ir con ellos;
 Pero si quiere, le guian.
 Yo soy aquel sin abrigo,
 Esclavo de mis cuidados,
 A quien arrastran los hados
 Porque los quiero y los sigo.
 ¡Pluguiera Dios que yo hubiera
 Entre serpientes nacido,
 Y aunque no fuera querido,
 Que alguna dellas quisiera!
 Por ventura habria respuesta,
 Cuando mis males contase,
 Con que algo se reparase
 Vida que tan caro cuesta.
 El tiempo me hace guerra,
 La piedad me desampara,
 Nadie me mira á la cara
 Que no le suma la tierra.

Remedio que me consuele,
 Ni le procuro ni hallo;
 Antes pedillo ó buscallo
 Mas que el propio mal me duele.
 Si no le busco, me daña,
 Porque de olvidado muero;
 Y si le busco ó le espero,
 Luego me hiere tu saña.

En tan peligrosa empresa
 El sufrimiento me basta;
 Mas tu voluntad contrasta,
 Que aun de que sufra le pesa.

Sentimientos y razones
 Hacen muy poco á mi caso,
 Porque por el mismo caso
 Las tienen por opiniones.

Dichoso el que fué escuchado,
 Aunque creído no sea,
 Si dijo lo que desea
 Sin que esté nadie á su lado.

Cuando amor alguno hiere,
 No hay desco que no cebe;
 Que no trata como debe
 El ciego, mas como quiere.

Pues verás en mi dolor,
 Si á dar mi descuento llego,
 Cómo no es amor el ciego,
 Sino quien manda al amor.

Ya fui libre desta carga,
 Y vi comenzar el daño;
 Mas fué tan breve el engaño
 Como la salida larga.

Ayer juzgaba imposible
 Tener mal de que me queje,
 Y hoy desco que me deje
 Todo este mundo visible.

El fuego mi pecho enciende,
 El aire mis quejas lleva,
 El agua mis ojos ceba,
 La tierra presto me atiende.

Pues ya que los elementos
 Que en el mundo nos sostienen
 Se juntan y me condenen,
 Me salvan mis pensamientos.

Culpame porque me aflijo
 El mundo, aunque me desecha,
 Mas fuése lo que sospecha,
 Y no lo que yo colijo.

El que siempre fué celoso,
 Pues de tomar cuenta gusta,
 Cuenta le dará muy justa
 A trueque de algun reposo.

Cuantas maneras de enojo
 Y cuantos inconvenientes
 Desasosiegan las gentes,
 En mi alma los acojo.

Que, de acostumbrada y hecha
 A tan triste compañía,
 Si se ofende no porfia,
 Ni se guarda si sospecha.

Ya no hay fuerza que me ayude
 Ni consejo sin engaño,

(12) Así Sedano; el texto de Hidalgo dice:
 El encubrir la mañana.

Porque es procurar mi daño
Procurar que algo se mude.
Dichoso ante todas suertes,
Y sobre todos dichoso,
El que murió con reposo,
No como yo, tantas muertes.

Esta es la cuenta que puede
Dársele de lo que dice,
Que menos le escandalice,
Y yo mas seguro quede.

Muestra que le pesa de ello,
Y aconsejarme desea;
Consejame porque vea
Cuán imposible es hacello.

Si mis razones se vuelven
Entre escrúpulos y dudas,
Que como flechas agudas
A mi pecho se revuelven,

¿Qué consejo se le ofrece
En ocasion tan perdida,

A que yo no dé salida,
Que contra mí se enderece?

Quéjome de la fortuna,
Que me hiere al descubierto;
Dícame que busque puerto
Donde no hiera ninguna.

Poco sabe de esta cuenta
Quien da consejo tan ciego;
Que en el mar donde navego
Ningun puerto hay sin tormenta.

¿Oh suspiros sin licencia!
Mejor moris en el seno;

Que para nada fué bueno
Muestra de poca paciencia.

Dicen piense en vanidades
Como en descontentamientos;
Aquellos son fingimientos,
Mas estos puras verdades.

Mi alma no comprehende
Tan peligroso consuelo;

Antes vive con recelo
De que te cansa y ofende;

Que regale de buen arte
Y entretenga tus amigos,

A todos como á testigos,
Y á ninguno como á parte.

Seria en gran menoscupio
Una presuncion tan alta,

Si redimiese mi falta
Por tan apocad precio;

Que veo ese claro gesto,
Vitoria de hermosuras,

Que á todas las deja ascuras
O las destierra del puesto.

¿Cómo la veré contenta,
Que siempre la vi con ira,

Y jamás acaso mira,
Que adrede no se arrepienta?

¿Qué me acerco á esos oídos?
Que si escucharme no tienen,

No querrán que se condenen
Pensamientos tan validos.

No hay discrecion que no ciegue,
No hay color que no demude,

Y no hay lengua que no mude
Antes que á hablarla llegue.

Y que esas manos te pido,
Que no merezco besallas,

Ni me atrevo á demandallas,
Por lo poco que he servido.

Seria paso muy duro
Si fingiese que las beso,

Y no quedara mi seso,
Cuando las finja, seguro.

Fingiré que prometieron
Escribirme y consolarme;

Mas para desampararme
Como cautivo me vieron.

No confesaré mi boca,
Ni la fantasia imagine

Que mi ánimo se incline
Á una esperanza tan loca.

Diligencia es defendida

Y causa de rompimiento

Reprochar el cumplimiento

Aun de merced prometida.

Yo, que en muchos yerros caigo,

Ninguno que á este parezca,

Antes sin vella perezca,

Que linja que la retraigo.

Mundo, el que no te conosco

Ni entiendo tus aparejos,

Con estos y otros consejos

Puede ser que se alboroce.

Todos tus consejos ciegan,

Tus consuelos son inciertos,

Y están en manos los ciertos

Que al mejor tiempo los niegan.

El servir sin esperanza

Y el desear de continuo,

Suelen andar el camino

Del miedo á la confianza.

Mas no tiene en qué se funde

En mi pecho ni en ajeno,

Porque el miedo, que es su freno,

La escarmienta y la confunde.

Mucho puede la costumbre

En dolor que viene manso;

Pero el mío, sin descanso,

¿Qué consejo hay que le alumbre?

Desterrado en el abismo,

Siento crecer mi deseo,

Y ningun descanso veo,

Sino buscallo en mí mismo.

Si el deseo se adelanta,

El pensamiento barrunta,

Y á la fin nunca se junta

Con miedo, que no me espanta.

¿Quién hay que mis quejas mande?

De tu saña ¿quién se guarda?

Que si la razon es grande,

El ánimo se acobarda.

La esperanza es sobre nada,

Y aunque la lengua se esfuerce,

Cualquiera punto la tuerce,

Como está desamparada.

Ocasion no puede habella,

Y la opinion está presa;

Cuenta dóila á quien me pesa

Donde verán poco della.

La gente ya me escarnece,

No quiere el tiempo valirme;

Yo no acierto á socorrerme,

Y tu piedad me fallece.

El descanso es sin provecho,

El remedio no tenelle,

Si está en las manos ponelle,

Que las heridas han hecho.

La vida es la que sostengo

Cual soy yo, que la sostiene;

Siempre peor la que viene,

Por mala que es la que tengo.

Y si compañía quiero,

Téngola con mi enemigo,

Porque la tengo conmigo;

Ved cuál es el compañero.

CARTA.

Noche turbia y oscura,
A quien faltó el claro día,

Siempre está en mi fantasia
Tu tristísima figura.

No hay adversidad que baste

Ni crueldad que me espante,

Después que tengo delante

Cual me viste y me dejaste.

Juez riguroso y crudo

Fuese, mas fuese en presencia

Mas áspera tu sentencia,

Tu cuchillo mas agudo.

¿Qué te costaba que fuera,

Cuando mandaste partirme,

Ya que fué sin despedirme,
Por donde á Filis yo viera?

Y viera quizá pasando,
Y fuera en esta ocasion

Menos dura mi pasión
Y tu cuchillo mas blando.

No digo que ella se mueva
Por ocasion tan liviana.

Pero acaso ó de su gana,
Como por ver cosa nueva.

Nadie sienta lo que siente

Mi alma en esta jornada,

Pues vió la gloria pasada

Y vee la pena presente.

Era la gloria hablarte

Y contemplar en tu gesto,

Filis, juntando con esto

Otra mas divina parte.

Tu ánimo no vencido,

Discrecion que nos da lumbre,

Tu valor puesto en la cumbre,

Y tu sér nunca ofendido.

Esto nos obliga y vence,

Y sin ello, ser hermosa

Es como temprana rosa,

Que pasa antes que comience.

La pena jamás acaba.

Porque tu saña no amansa,

Y porque de mí te cansa

Cuanto en los otros alaba.

Veo cómo el tiempo huye,

Y que mi pena no muda,

Ni tu favor me ayuda

Ni tu saña me destruye.

Si acaso tienes despecho

Y quieres probar tu lanza,

De mí te pido venganza

Por el yerro que no he hecho.

Mas no querrás, yo lo fio,

Diciendo que devanco,

Cumplir este mi deseo,

Por ser deseo y ser mío.

No es un valor que en ti cabe

Para tan baja contienda;

Castígueme el que me entienda,

Ya que mira mas que sabe.

Léjos irá deste cuento

Quien me conoce y te entiende,

Pues tu valor no decide,

Ni sube mi atrevimiento.

De luchar con la fortuna

Tengo las fuerzas perdidas,

Y dame tantas caídas,

Que ya no temo ninguna.

Después, como se me acuerda

Que por tu causa me atrevo,

Crécenme fuerzas de nuevo,

Con que luchar, aunque pierda.

Pero ver cuán poco puedo

Me detiene y acobarda;

Y así, mi alma se guarda

De sacar fuerzas del miedo.

El remedio que no entiendo

Estoy suspenso esperando,

No cayendo y levantando,

Mas de continuo cayendo.

Aquí me veo olvidado,

Sin tener quien por mí haga;

Este es el mundo y su paga,

Y aun quizá el mayor pecado.

Solo, sin abrigo y preso,

Desamparado, aunque firme,

Ni puedo desahigirme

Ni quiero dejar el peso.

¿Quién ayudará al ausente,

Si todos son en culpalle?

Pues á quien sale á ayudalle,

Que en saliendo se arrepiente.

La que sabe por qué muere,

Como testigo de vista,

Déle fuerza que resista

Y sufrimiento que espero.

Soledad libre, apartada,
De mis cuidados misterio,
Dicen que eres refrigerio,
Escogida, y no forzada.

Y pues forzada veniste,
Da en mis males algun medio;
Que tambien eres remedio,
Aunque el remedio mas triste.

En ti hay libertad sencilla,
En ti hay voluntad exenta,
En ti no hay quien pida cuenta,
Ni crueldad ni mancilla.

En ti los deseos valen,
Y vuelan los pensamientos;
Engañanse por momentos
Las esperanzas que salen.

En ti se esfuerza el amante
Y osa hablar su lenguaje,
Sin que le estorbe ó le ataje
Dulce ó áspero semblante.

Duros casos se contemplan
Que fáciles nos parecen,
Grandes quejas se enternecen
Y recias iras se templan.

Mil bienes desta manera
Podria decir, y callo,

Porque en estado me hallo,

Que él mismo me desespera.

Mas contra ausencia y olvido

¿Qué remedio es el que basta,

Si firmeza no contrasta,

Y el envidioso es creído?

¿A quién volveré mis ojos,

Que mis lágrimas entienda,

Pues tú, que mandas la rienda,

La sueltas á mis enojos?

¿Dónde volveré mis quejas,

Que puedan ser remediadas,

Tanto menos escuchadas,

Cuanto mas libres las dejas?

Abre ese pecho, Señora,

Quita dél esa tibieza;

Mira que es mayor crueza

El ser tibia y matadora.

Y aunque en pedillo me alargo,

Ya que el cuerpo se destruya,

El alma quede por tuya,

Y el pensamiento á mi cargo.

Asegúralo en tu seno

Siquiera, y no lo aproveches;

Bástame que me deseches

Con propósito tan bueno,

Si juzgar á confianza

Que revuelva en mi memoria

Tan alto estado de gloria,

Que no cabe en la esperanza.

Aun en locura tan clara

No se le puede dar nombre,

Sino castigar al hombre

Que se atreve y lo declara.

Y así, quedará con miedo

Que tu ira me condene

Adonde mi alma pene

Lo que pecó mi denuedo.

Cualquier castigo es liviano,

Segun yo debo ofenderte,

Mas no que en tiempo tan fuerte

Me desampare tu mano.

Ni te causes que procure,

Pues la razon lo requiere,

Si tu justicia me hiere,

Que tu clemencia me cure.

A Vénus.

Vénus se vistió una vez
En hábito de soldado;
Páris, ya parte y juez,
Dijo, de vella espantado:
« Hermosa confirmada
Con ningún traje se muda:

¿Veisla cómo vence armada?
Mejor vencerá desnuda.»

A Lais.

Lais, que ya fui hermosa,
Este mi espejo consagro
A ti, Vénus, como á diosa
De hermosura y milagro.
Ya yo no lo he menester
Si no tornas á hacerme,
Pues cual fui no puedo ser,
Y cual soy no quiero verme.

A la misma.

De otra arte me parecías,
Lais, que ahora me pareces;
Yo te vi que amanecías,
Y véote que amocheces.
Y agora, de antojadiza,
Quiéresme encender la vida
Con una hacha caída
En medio de la ceniza.

A los hijos de Pompeyo.

El Asia y Europa encierra
Los dos hijos de Pompeo.
Y al padre mató en la tierra
De Egipto el rey Tolomeo.
El mundo todo á tropel
Se juntó á dallas cabida;
Que para tan gran caída
No bastó una parte dél.

SONETO.

ATRIBUIDO Á DON DIEGO DE MENDOZA (13).

Dentro de un santo templo un hombre honrado
Con grande devocion rezando estaba;
Sus ojos hechos fuentes, enviaba
Mil suspiros del pecho apasionado.

(13) Publicó Sedano este soneto en el tomo viii del *Parnaso*. El asunto que dió origen á él sirvió á Gaspar Lucas Hidalgo para el siguiente cuento, que se lee en los *Diálogos de apacible entretenimiento* (Barcelona, 1605): «Una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia no podía un hombre que estaba detrás della besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus propias asentaderas: *Aquí podréis besar, hermano; que todo es tierra, y aun peor.*»

Después que por gran rato hubo besado
Las religiosas cuentas que llevaba,
Con ellas el buen hombre se tocaba
Los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devocion, y pretendiendo
Besar el suelo al fin, porque creía
Que mayor humildad en esto encierra,
Lugar pide á una vieja; ella, volviendo,
El salvo honor le muestra, y le decía:
«Besad aquí, Señor, que todo es tierra.»

TRADUCCION DE HORACIO (14).

(Oda 4.^a del libro i.)

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al cuerpo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bulficioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.

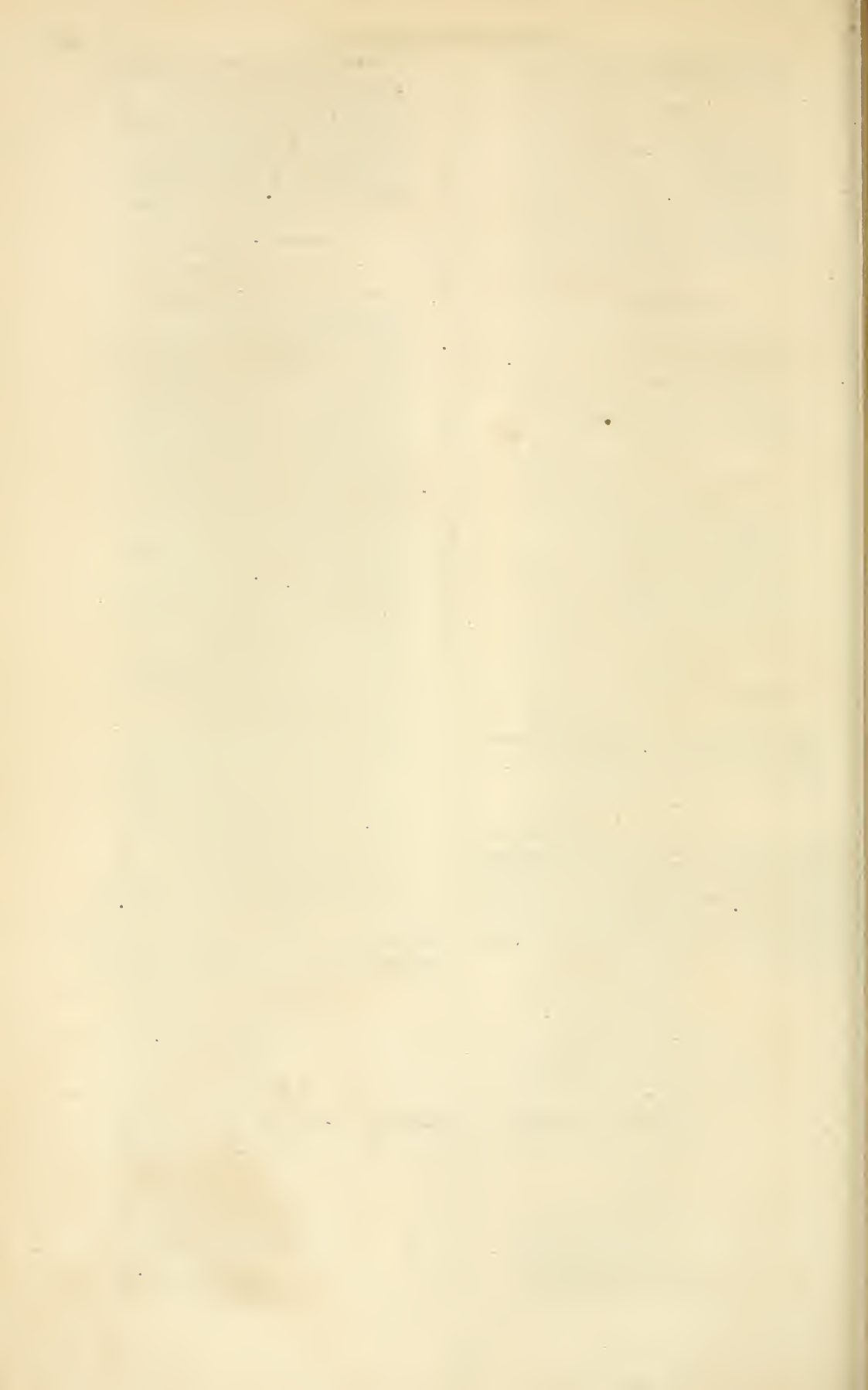
Ya no quiere el ganado en los cercados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estar al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Vénus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con sus ciclopes en la fragua ardiente
Está, al trabajo atento y diligente.

Ya de verde arrayan y varias flores,
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza;
Ya conviene que al Dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza
De nuestro hato, ó sea corderillo,
O si él lo quiere mas, un cabritillo.

Que bien tienes ¡oh Sexto! ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
Á la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente.
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.

¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Pluton, donde ni al dado
Jugarás si te cabe á ti la suerte
De ser el del banquete ó convidado,
Ni te consentirán entretenerse
Con el hermoso Licido, tu amado,
De cuyo rostro saltarán centellas
Que enciendan presto el rostro á mil doncellas?

(14) Hállanse estos versos en las *Flores de poetas ilustres* por Pedro de Espinosa. Llevan el nombre de Diego de Mendoza, lo mismo que el soneto *Pedis, reina, un soneto; ya te hago*.



POESIAS

DE

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

JUICIOS CRITICOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

(En el Pastor de Fílida. Madrid, 1582.)

Eso tienen las coplas, dijo Silvia, que por parecer de uno, aplacen á muchos; pero si á mí no me agradan, poco me mueve que grandes poetas las alaben, que por la mayor parte gustan de cosas que no son buenas para nada. ¿Qué poesía ó ficción puede llegar á una copla de la *Propaladia*, de *Alecio* y *Fileno* (1), de las *Audiencias de Amor*, que todos son verdaderamente ingenios de mucha estima; y los demás, ni ellos se entienden ni quien se le da.

DE LOPE DE VEGA.

(En la Dorotea.)

Así, el que rimare hallará lo mas perfecto; que de hallar se llamaron los versos *trovas*. Y por eso dijo el otro poeta:

Dios perdone á CASTILLEJO,
Que bien habló de estas trovas.

De ese poeta aun viven sus obras. Fué secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos (2).

DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(En los Orígenes de la Poesía castellana. Málaga, 1754.)

El traje extranjero de que empezó á usar nuestra poesía, con el ritmo italiano, hizo no muy acepta esta novedad á los mismos que no carecian de los talentos necesarios para distinguirse en esta empresa, como sucedió con CRISTÓBAL DE CASTILLEJO y otros poetas de aquel tiempo, de quienes todavía se leen vivísimas invectivas contra los principales autores de esta gran revolu-

(1) *Didlogo de las mujeres*, por CASTILLEJO.

(2) Lope en el *Isidro* ya había dicho: «Perdone el divino Garcilaso, que tanta ocasion dió para que se lamentase CASTILLEJO, festivo é ingenioso poeta castellano.»

cion.... Padilla supo unir á la facilidad y hermosura de su estilo una igual fecundidad en la invencion. En esto fué igual á Padilla CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, su contemporáneo, cuyas poesías, además de la sal de que abundan, merecen una estimacion particular, por ser su autor el que escribió las coplas castellanas con mas gracia y espíritu. Las sátiras de Bartolomé de Torres Naharro deben leerse, y mucho mas las de CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, que tenia genio particular para esta casta de poesia. Entre sus demás composiciones satíricas, se distinguen las coplas escritas contra los que en su tiempo dejaban los metros castellanos por los italianos, el diálogo de las condiciones de las mujeres, el de la vida de corte, el del autor y su pluma, y el diálogo de la verdad y la lisonja. Estas y otras composiciones de CASTILLEJO abundan de una gracia y un do-naire inimitables, y es menester confesar que ninguno hasta su tiempo poseyó en el grado que él el arte de hacer ridiculo el vicio.

DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

(*En la Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano.*)

Ambos géneros siguiéronse cultivándose dichosamente, segun es de ver en las coplas del último y mejor poeta de esta medida, el festivo y natural CASTILLEJO. Criado este en el palacio de don Fernando, y enriquecido de feliz númen, hizo lincapié en retener el metrificar antiguo y en zaherir sin razon, aunque chistosamente, y por dicha nuestra sin éxito, la plausible moda que renació y cobró vuelo en sus dias.

POESIAS

DE CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

LIBRO PRIMERO.

DE LAS OBRAS DE AMORES.

AL AMOR.

Amor dulce y poderoso,
No te puedo resistir,
Y acuerdo de me rendir;
Que defenderme no oso
Sin obligarme á morir.
Y pues de nuestra pasión
Eres absoluto rey,
Mi penado corazón,
Tornado ya de tu ley,
Sigue tu fe y opinión.

Doyme por siervo y vasallo
De tu querer y poder,
Sin darte qué agradecer,
Pues aunque busco, no hallo
Otra cosa que escoger.
Poner á tus demasias
Reparo ni defension
Sou ya muy vanas porfias,
Pues tengo visto que son
Tus fuerzas sobre las mias.

Por do queda conocido
Que ponerme es lo mejor
En las tus manos, Amor,
Como se pone el vencido
En las de su vencedor;
No porque estoy bien contigo,
Pues tanto mal me conciertas,
Mas porque tan mal conmigo,
Que me meto por las puertas
De mi mortal enemigo.

Aunque es flaqueza vencerme
De tí, mayor lo sería
El no usar de cobardía
Contra quien, para valerme,
No me vale valentía.
No porque tu ingratitud
Tenga yo por conocer,
Mas la falta de salud
Me fuerza para hacer
De necesidad virtud.

Y lo que recelo mas
Y me pone turbacion
(Porque sé tu condicion),
Es que no me tomarás
A muerte, sino á prision.

Mas haz tú lo que quisieres,
Que yo á merced te me doy,
Y he de querer lo que quieres;
No mio, mas tuyo soy,
Y de ser lo que tú fueres.

OTRAS COPLAS AL AMOR.

Luchan en mi pensamiento
Y pónenme en confusion
Mi penado corazón,
Amor y aborrecimiento,
Contrarios en opinión.
Es una brava batalla,
Porque cada parte halla
Mil armas en su defensa;
Mas al fin, según se piensa,
Amor habrá de ganalla.

Después de lo cual yo quedo
Por esclavo aherrojado,
Y de muy apasionado,
Aborreceré si puedo,
Y si no, amaré forzado,
Sufriendo lo que padece
(Pues en esto me parece)
El miserable del buey,
Que trae á cuestras por ley
El yugo, aunque lo aborrece.

Entre estas dos disensiones
Anda mi cabeza loca,
Que huyo (porque me toca)
Vuestras malas condiciones,
Mas el gesto me revoca.
Aborrezco en demasia,
Pero menos que debería,
Vuestras obras de leona;
Mas amo vuestra persona
Mil veces mas que querría.

Y otras tantas determino,
Viendo vuestra crueldad,
De ponerme en libertad;
Mas tórname del camino
Por fuerza vuestra beldad.
Y propongo de no veros,
Haciendo (por no quereros)
De las tripas corazón;

Mas al cabo todos son
Lanza de paja mis fieros.
Porque tornándoos á ver
Estos mis ojos avaros,
Son forzados á miraros,
Y mirándoos, á quereros,
Y queriendo, á deseáros.
Luego todos mis cuidados
Y propósitos mudados,
Huyen de la imágen vuestra,
Como cuando el sol se muestra,
Que derrama los nublados.

Y quedame solamente
La figura gloriosa
De vuestra vista hermosa,
Para que mas me atormente,
Quedando victoriosa.
Pero, pues amor lo quiere,
Cúmpleme mientras viviere,
Siendo yo su prisionero,
Si no puedo lo que quiero,
Que quiera lo que pudiere.

Á UNA DAMA LLAMADA ANA.

A NADIE mirais, Señora,
Que, si no le falta el seso,
No quede luego á la hora
De vuestros amores preso;
Que os hizo Dios soberano
Tan hermosa y escogida,
Que es partido muy mas sano
La muerte de vuestra mano
Que de otra mano la vida.

Y con tal conocimiento,
Después que yo triste os vi,
Sin placer vivo contento,
Pues que por vos lo perdí;
Y tengo por buena andanza
El dolor que se me ordena;
Que aunque me falte esperanza,
Harto es bienaventuranza
Ser vos causa de mi pena.

AL NOMBRE DE ANA.

Los misterios escondidos
Destas letras que se siguen
A NADIE de los nacidos
Podrán mostrar sus sentidos,
Que mostrar no les obliguen
Sentimiento.
Yo, por mi parte, ya siento
Lo mucho que amor os debe,
Pues en un nombre tan breve
Encerrais tanto tormento.

Y porque de fenecer
Tenga mas razon el hombre,
Acordastes de poner
Mil letras al parecer,
Y solas tres en el nombre;
Con las cuales
Haceis tiros tan mortales
Al que se os pone delante,
Que una sola consonante
Hiere mas que dos vocales.

Acabado comenzó
Vuestro nombre y mi deseo,
Y comienza do acabó,
Porque nunca acabe yo
De desear lo que veo.
Mi pasión
Da voces al afición
Que tras la red se le esconde,
Y en tres letras le responde
Vuestra esquivia condicion.

A *ui*, dice la primera;
No hay, dice la segunda;
Amor, dice la tercera:

Yed que sin haber espera
Quien en tales piedras funda.
Su esperanza,
Que puestas en ordenanza,
Respondiendo á mi dolor,
Dicen: *Aquí No hay Amor*
Que asegure de mudanza.

Mi alma, que penas tiene,
Da voces, diciendo A,
Y porque de veras pene,
Responde luego la N,
Que junto con ella está:
«No os quejeis;
Que pues en medio me veis,
Claro está que soy el medio,
Y que el mas cierto remedio
Es que dél desespereis.»

Vuestra merced me le dé,
Pues vuestro nombre le quita;
Que aunque servido no os he,
A NADIE mas que á mi fe
Debeis, porque es infinita.
Libertad
Para amor y caridad
Sóbrale á vuesa merced,
Porque no hay cárcel ni red
Que prenda la voluntad.

Á LA MISMA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozállos,
Y tantas veces besállos
Cuántas me pide la gana
Con que vivo de mirállos!
Darles hía
Cien mil besos cada día;
Y aunque fuesen un millon,
Mi penado corazón
Nunca harto se vería.

¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, después que os vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningún sentido
Que sepa parte de sí.

La lengua se me entorpece,
Y de locos aturridos
Me retienen los oídos,
Y la lumbre se escurece
A mis ojos doloridos.
Viva llama

Por mi cuerpo se derrama,
Y hago con piés y manos
Mil ademanos livianos,
Ajenos del que no ama.

Mi alma os quiere y adora,
Mas su pasión y fatiga
Le dan causa que os maldiga,
Y amándoos como á señora,
Os tenga por enemiga.
Amo y quiero,
Aborrezco y desespero
Todo junto, y el por qué
Preguntado, no lo sé,
Mas siento que es así, y muero.

Circe diz que convertía
Los hombres en animales;
Y es creíble que eran tales,
Porque yo en mi fantasía
Hallo las mismas señales.
Entender
No me sé, ni conocer,
Cuando cabe vos estoy,
Porque sin duda no soy
El mesmo que suelo ser.

¿Quereis por ejemplo desto
Otro donaire mayor?
Si acaso me dais favor,
Parézcome bien dispuesto,
Y hágame un ruiseñor;
Mas despues,
Con el mas chico revés,
Ninguna gloria me queda,
Porque, deshecha la rueda,
Quedo mirando los piés.

De suerte que en vuestra mano
Es trastocar el ser mio;
Con un mismo desvario
Estoy gracioso y ufano,
Y otras veces necio y frio.
Y ando á tienta,
Buscando contentamiento,
Pero no acierto á tomallo;
Piérdolo donde lo hallo,
Despues lo busco en el viento.

Muy hacadero me muestra
Amor, con su liviandad,
El fin de mi voluntad;
Mas la falta de la vuestra
Muestra la dificultad.
Mil razones,
Estorbos y dilaciones
Hallais porque no quereis;
Quered, y no hallaréis
Nada destas ocasiones.

Tenedme cuidado vos
Solo de serme obediente;
Que yo haré seguramente
Lo que cumple á ambos á dos,
Sin ningun inconveniente.
Descuidada
Estad de ser olvidada
Aunque vos os olvidéis,
Porque no sois ni seréis
De vos misma tan amada.

Si segun lo que padezco,
Pudiéndolo yo decir,
Merced os he de pedir,
Mucho mayor la merezco
Que la puedo recibir.
Mas no pido
Pago tan descomedido,
Que es demandar gollorias;
Porque no diré en mis dias
Lo que esta noche he sufrido.

No quiero que hagais nada,
Sino que solo querais;
Que si vos aqui llegais,
Yo doy fin á la jornada
Donde vos la comenzais.
Yo os espero,
Porque llegando primero
Do vos habeis de llegar,
Vamos despues á la par,
Que es trabajo placentero.

No se cuenten mis suspiros,
Porque al favor de miraros,
Ya que no puedo gozaros,
Buen galardón es serviros
En pago de descartos.
Reifa mia,
Cara llena de alegría,
Donde mana mi tristeza,
Sufra vuestra gentileza
En paciencia esta porfia.

TORRE DE VIENTO HECHA Á LA MISMA ANA.

AN Acordado mis ojos,
Movidos á compasion,
De ayudar al corazon
A padecer sus enojos;
No guiados por antojos
Ni locura,
Sino por conciencia pura

Del daño que le causaron
Quando en veros se obligaron
A vivir en amargura,
En sola vuestra figura
Trasformados,
Y agora determinados
De fundar en tierra ajena
Una gran torre de pena,
Do aposenten sus cuidados.
Háusele muchos mostrado
Muy leales
Amigos para sus males,
Compadeciéndose dél,
Ayudándole á ser cruel
Contra sí con materiales;
En vivos manantiales
De tormento
Le da su contentamiento
Sitio para el edificio,
Porque comience el oficio
En vuestro merecimiento,
Sobre tan firme cimiento
Situada,
Con cava honda chapada (1);
Ya que la labor empieza,
La he probado en mi cabeza,
De piedra azul y morada.
Y de verse aprisionada
Mi garganta
Debajo de vuestra planta,
Porque son altos los piés,
No se conoce quién es,
Ufana de gloria tanta.
El cimiento se levanta
Muy real,
Para la labor del cual,
Por apretar mi cadena,
Mis entrañas dan arena,
Mi alma pone la cal.
La obra será inmortal
Sin mi muerte,
Porque es la mezcla tan fuerte,
Que en un momento se fragua,
Ámasada con el agua
Que de mis ojos se vierte.
No es menester quien dispierte
Oficiales,
Porque son tantos y tales,
Que siempre pasan de ciento;
Pónelos mi pensamiento
De los mismos naturales.
No se paga por jornales
Su porfia;
Trabajan con alegría,
Porque labran á destajo,
Y es muy mejor su trabajo
En la noche que en el día.
Es obra de sillería
Sin labores,
Pero llena de primores,
Rica, soberbia y exenta;
Ninguna piedra se asienta,
Que no cueste mil dolores.
Es afrenta de amadores
Su grandeza,
Cúbrela de gentileza
El resplandor de la vuestra;
Por donde menos se muestra
Tiene mayor fortaleza.
Por parte de mi firmeza
Va tan dura,
Tan fuerte, firme y segura,
Y tan recia la muralla,
Que nadie basta á minalla
Sino mi gran desventura.
A tan extremada altura
Va pujando,
Por ir siguiendo y buscando
La causa de mi conquista,

(1) La edición de Anvers dice:

Con cada honda chopada.

Que me desmaya la vista
 Cuando bien la estoy mirando.
 Hoy la estuve contemplando
 Que es cuadrada,
 A esquina viva sacada,
 Y todas sus cuatro esquinas
 Son tan agudas y finas,
 Que cortan como una espada.
 En la una va labrada
 En perfeccion
 La medalla, mi aficion,
 En otra mi lealtad,
 En otra mi voluntad,
 Y en la cuarta mi razon.
 Lo hueco hóvedas son,
 Do se cree
 Que nadie vivir desee.
 No siendo amorador perfeto;
 Lo encarecé mi secreto;
 Que hombre vivo no lo ve.
 Ya que tal fuerza posea
 Mi cuidado,
 No teme ser escalado
 Ni en mil años ofendido;
 Que el descuido y el olvido
 Ya, de muerto, es olvidado.
 Sus despojos ha llevado
 Mi memoria;
 Ganó de él honra notoria
 Sin celada ni encubierta,
 Y cerró tras sí la puerta,
 Quedando llena de gloria.
 Y alcanzada esta vitoria
 Muy de veras,
 Por vos levanta banderas,
 Y en esta torre metida,
 No teme que en esta vida
 Hay quien llegue á sus barreras.
 Mil reveses y troneras
 De favor
 La cercan en rededor,
 Por do juega artilleria;
 Artillero es mi portia,
 Y el fuego pone el amor.
 Resistencia á su calor
 Hay muy poca
 En mis pechos, donde toca,
 De los cuales hago tiros;
 La pólvora son suspiros,
 Que disparan por la boca.
 No se excusa, de muy loca,
 Mi osadia
 Fundar en mi fantasia
 Torre de pena tan alta,
 Viendo que en merecer falta
 Gran parte de parte mia.
 Mas la estrella que me guía
 A que muera,
 De nada me desespera,
 Siendo la voluntad una:
 Porque amor, muerte y fortuna
 Díz que igualan á qualquiera.
 Ya la labor por defuera
 Va perfeta;
 Entremos á la secreta
 A labrar el aposento,
 Do mi corazon sangriento
 A guarecerse se meta (2).
 La pasion, aunque le aprieta,
 De penada,
 Socorre, de bien criada,
 Con muy hermosa madera,
 Sana, durable y entera,
 Toda parda y leonada,
 De la cual quedó labrada
 Luego luego
 Una sala, do el sosiego
 Vive con cien mil cosquillas;
 Y sobró de las astillas
 Un gran monton para el fuego,

Al cual ardiendo me llevo
 Sin guardarme,
 Y pensando calentarme,
 No miré por dō huir,
 Y es imposible salir
 Sin acabar de quemarme.
 Tormento que no me arme
 No lo veo,
 Y el cruel de mi deseo,
 Por mas labrar mi pasion,
 Sirve con la clavazon
 Negra de color guineo.
 No porque tenga desco
 De escuridad,
 Pero vuestra claridad
 Hace que los clavos sean
 Escuros porque no vean
 El fin de su voluntad.
 Hacen en la humanidad
 Agujero;
 Contra su temple de acero
 No valen fuerzas ni mañas,
 Porque enclavan las entrañas
 Antes que rompan el cuero.
 Barrenadas van primero
 A mano llena;
 En esta labor que suena
 Sentimiento es el cepillo,
 Es sufrimiento el martillo,
 La triste carne harrena.
 Pues mirando cómo es buena
 La morada,
 Mi juicio, que no es nada
 Negligente en policia,
 Dio luego tapiceria,
 Con que está mas adornada.
 Es verde, pero mojada
 Con mi lloro,
 Entretejida de oro,
 Tan rica de seda y lana,
 Que aun para pagar una Ana
 No basta ningun tesoro.
 Una imagen, en que adoro,
 Paso en ella,
 Tan extrañamente bella,
 Hecha de tan buena mano,
 Que el corazon queda sano
 De sus dolores en vella.
 El norte, que es clara estrella
 De excelencia,
 A quien mira su presencia,
 Alumbra es su costumbre;
 Mas esta da tambien lumbre
 A los ojos en ausencia.
 Por hacerle reverencia
 Cada hora
 Como á su reina y señora,
 Mi sentido, diligente,
 Este paño colgó enfrente
 De la cámara do mora.
 Mis prosigamos agora
 El viaje:
 Subamos al homenaje;
 Háganse cien mil almenas
 De las angustias y penas
 De tan dulce vasallaje.
 Si no basta mi lenguaje
 A contallas,
 Debeis, dama, contemplallas,
 Pues que debistes hacellas;
 Porque mio es padecellas
 Y vuestro considerallas.
 Encima de estas murallas
 Veladores
 Son mis continuos clamores,
 Mensajeros del dolor;
 No son contra ni tenor,
 Todos son tipos mayores.
 En oidos dormidores
 Dan sus gritos
 Mis gemidos infinitos,
 Que penando son consuelo;

(2) Otras ediciones dicen: *me mata*.

Sin sonar rompen el cielo,
Y con sangre van escritos.
Gloriosos y benditos
Son mis males;
Las angustias desiguales;
Aunque amargas, son sabrosas,
Y las llagas piadosas
Que dejan tales señales.
Los tormentos mas mortales
Son dulzura,
Las congojas de amargura
Con lagrimas las amanso,
El dolor hallo á descanso
Y el morir es gran ventura.
La pena causa holgura
Do se emplea;
Mil ansias por atarea
Tengo por renta real;
Pero bendito es el mal
Que tanto bien acarrea.
No se espera ni desea
Ser tomada
Ni á fuerza de armas entrada
Esta fortísima torre,
Ningun peligro le corre
De ser jamás escalada;
Dentro tiene ahrorojada
Quien la suele
Combatir, porque le duele,
Que es su misma libertad,
Con larga seguridad
Que nunca se le rebele.
Cúmplese que se consuele
Aunque muera,
Pues que se ve prisionera
En manos de bienes llenas,
Do son gloria las cadenas
Y dama la carcelera.
Es una leona fiera,
No mujer;
Mas de tanto merecer,
Que á los mismos que atormenta,
Con mirarlos acrecienta
La gana del padecer.
Ya yo no puedo prender (3)
Sin prenderme,
Ni tengo miedo de verme
Sin esta torre, porque
Es el alcaide mi fe,
Que nunca cansa ni duerme.

Á LA MISMA, CON UN SEBO DE MANOS.

Pues sola vuestra heldad
Es cárcel de los humanos,
Ablandad la libertad;
Que poca necesidad
Tienen desto vuestras manos.
Mas curadlas de manera,
Pues que sobran de hermosas,
Que el que lo merece muera,
Y el leal que en vos espera
Las sienta muy piadosas.

Á LA MISMA, CON UN CIERTO PAN QUE LE ENVIÓ.

El pan bendito que ayer
Vuesamerced me envió
Todos mis males volvió
En gran descanso y placer;
Porque, si no me engañais
Con las señales de fuera.
Pues pan, Señora, me dais,
Sñal es que me mandais
Que coma porque no muera.
Y el aceite con que en medio
Lo masastes y envolvisteis,
Esperanza es que me disteis
De consuelo ó de remedio.

Y paces sin obligacion
El cuerpo habeis socorrido,
Movida de compasion,
Dad socorro al corazon,
De vuestra mano herido.

Á LA MISMA, ENVIÁNDOLE UN ESPEJO.

Angel nacido en la tierra,
Sin par ni comparacion,
En quien tal heldad se encierra,
Que hace continua guerra
A mi triste corazon;
Viendo aqui la perfeccion
Extremada que os dió Dios,
Aunque es grande mi pasion,
Veréis cuán justa razon
Es que se sufra por vos.

Á LA MISMA, ESTANDO MALA.

Ese mal que da tormento
A vuestra merced, Señora,
En vos tiene el aposento;
Mas yo soy el que lo siento,
Y mi alma quien lo llora;
Y de pura compasion
De veros sin alegría,
Se me quiebra el corazon.
Vos sentis vuestra pasion,
Mas yo la vuestra y la mia.

Á LA MISMA, CON UNOS CORALES.

Ya el penado corazon
Que vos herís cada día,
Si tiene alguna pasion,
Estos, de su condicion,
Le procuran alegría;
Mas el mio es tan leal,
Que se huelga con los tristes,
Porque es pecado mortal
Querer remediar el mal
Que vos, Señora, hicistes.

Á LA MISMA, ESTÁNDOLA ESPERANDO.

Esperando la venida
Vuestra, mi bien soberano,
Pierdo á mas andar la vida,
Porque siente la herida
El tardarse el cirujano.
Pues si compasion habeis
Deste mi dolor esquivo,
Suplicoos que no tardeis;
Que si mucho os deteneis,
Quizá no me veréis vivo.

VILLANCICO.

La vida se gana,
Perdida por Ana.

Alegre y contento
Me hallo en morir;
No puedo decir
La gloria que siento;
Un mismo tormento
Me enferma y me sana,
Sufrido por Ana.

Do nace mi mal
Se causa mi bien;
Padezco por quien
Nació sin igual.
Por ser ella tal,
Mi muerte se ufana,
Sufrida por Ana.

Remedio no espero
De mi pena grave;

(3) Algunas ediciones dicen: *perder y perderme*.

Perdióse la llave
Do está lo que quiero
Si vivo, si muero,
De mucha fe mana
Que tengo con Ana.

Á UNA DAMA QUE TENIA MUCHOS SERVIDORES.

Don Francisco muere y mira;
Mas la señora Luisa
Con un poquito de risa
Le paga cuanto suspira.
No sé yo qué razon halla
Ella de dalle desvío,
Viéndole morir de frío
Por solamente miralla.

Tórnase moro Calvete
Por mostrarse servidor,
Y siendo competidor,
Le tienen por alcahuete.
Don Francisco haya paciencia;
Vedalle quiere la entrada;
Que no sufre en su posada
Sobre cuernos penitencia.

Por alabarse llozco,
Como Lucifer cayó,
Y á sus orejas oyó:
«Vade, que no te conozco.»
Y queda claro de aquí
Que á quien ventura desecha,
Ni damasco le aprovecha,
Ni le vale carmesí.

Es grande su ingratitud,
¿Qué placer para Barrasa!
Que en verla desde su casa
Concibió en su senectud.
Y escribe cartas de amores,
Con que su mal satisface;
¿Ved qué no hará quien hace
Llevar á diciembre flores!

Castillejo en su pasión
Hace como hombre discreto;
Mas do el fuego es mas secreto,
Mas se quema el corazón.
El muere sin publicallo,
Y ella, sin cuidado dello,
Bien se huelga de entendedorlo,
Pero no de remediallo.

A hurto sirve hurtado
Por la ventana trasera;
Mas sana cosa le fuera
Un privilegio rodado.
Tanto le duele el afrenta
Casi como el disfavor;
Porque, siendo contador,
Diz que le han tomado cuenta.

Castillo, por ser letrado,
No es mucho que entre en audiencia;
Pero no hasta su ciencia
A no vivir engañado;
Que en las leyes del amor
El pleito con mal está
Cuando el abogado va
A cas del procurador.

Melendez á pasearse
Gran rato há se levantó,
Y si perro le ladró,
No tiene de qué quejarse.
Cernió sin echar harina,
Y no se debe espantar;
Que por mucho madrugara
No amanece mas ahina.

Ya Sepúlveda se deja
De serle mas importuno;
Porque antes que ninguno
Tuvo de sus culpas queja.
Mas la causa de su enojo
Fajusta la ballo yo;
Y pues el cuervo crió,
Bien es que le saque el ojo.

Quéjase Verastegni,
Que diz que le aborreció;
Por una vez que le vió
Enlodado el borcegui.
No le vale el amistad
Con que entra disimulado;
Que de verle mal peinado
Le niega la voluntad.

Morejon gran pena siente,
No sé qué tal es el pago;
Camino de Santiago
Todos andan igualmente.
No sé si trabaja en vano;
Mucho la guarda y rodea;
Menor mal será que sca
El perro del hortelano.

A estos y mas que tiene
Esta dama que aquí va,
Con falsas mañas que ha,
De solo aire los mantiene.
Sin pasión destas pasiones,
Yo me espanto, y con razon,
De cómo en un corazón
Caben tantas aficiones.

Á UNA DAMA.

Con nuevas llamas de amor
Mi corazón encendido,
Padezco tanto dolor,
Que tuviera por mejor
Nunca ser jamás nacido;
Porque mi nuevo cuidado,
En que vuestra hermosura
Me ha metido,
Todo mi placer pasado
Ha por vos en amargura
Convertido.

Y en ser fresca la herida
Y pesada la cadena,
Mi pasión es tan crecida,
Que no me sirve la vida
Mas de para sentir pena:
La grandeza de la cual
Bien basta para acabarme
Brevemente;
Mas la causa de mi mal,
Por mas de espacio penarme,
No consiente.

Yo de nuevo en el tormento,
Tras quien corro, tras quien sigo
Por fuerza, pero contento,
No sé decir lo que siento,
Aunque siento lo que digo.
Y con esta novedad
Confuso y embarazado
Mi sentido,
Voime tras la voluntad,
Como bisoño soldado
De Cupido.

Bien que quiero confesaros
Un pecado, aunque liviano,
El cual no puedo negaros,
Pues quedo por desearos
Con la candela en la mano.
Y es que cuando me prendistes
Procuré de defenderme
Muchos dias,
Hasta que tanto pudistes,
Que no pudieron valerme
Mis porfias.

Y desta suerte viniendo
A pedirnos piedad,
Ningun derecho pretendo,
Pues os me rindo haciendo
Virtud de necesidad.
Ansias y mortal deseo,
Amor y vuestra beldad,
Gran guerrera,
Al fin fin, mientras peleo,

Han hecho mi libertad
Prisionera.

Mas ni por eso, Señora,
Os debeis mostrar cruel;
Bien os basta por agora
El nombre de venedora,
Pues yo soy la causa dél.
Antes, pues sois generosa,
Hagamos ambos oficio
Digno de ello:
Vos de reina piadosa,
Yo de siervo que codicio
Merecello.

Porque quien supo miraros
No puede sino quereros,
Y queriéndos, contemplaros,
Contemplándoos, adoraros,
Y adorando, obedeceros.
Obedeciendo, querer,
No querer nada de aquello
Que quisiere;
Mas por ley justa tener
El bien amar que por ello
Le viniere.

Por lo cual esta prision
En que vuesa merced tiene
Cautivo mi corazon,
Es para mi religion,
Do hice voto solene
De con toda lealtad,
Fe, cuidado y diligencia,
Sin pereza,
Manteneros humildad,
Y con humildad, paciencia
Con firmeza.

Humildad en siempre ser
Con mi fortuna contento;
Paciencia del padecer
(Porque vos hayais placer)
Muy alegre mi tormento;
Firmeza de ser constante
En amaros sin medida,
Y en serviros
Como limpio diamante,
Hasta que acabe la vida
Con suspiros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA MENCIA.

Si mi voluntad erraba
Gozando de libertad,
Luego vi la ceguedad
Y tinieblas en que estaba,
En viendo vuestra beldad.
Peno porque no pené,
No pené mientras no os vi;
Mas en viéndoos conocí
La gloria que agora sé
Que en veros tarde perdí.

Porque vuestra hermosura,
Gracias y merecimiento
Dan tanto contentamiento,
Que fué falta de ventura
La falta deste tormento.
Y aunque ya mi vida espere
Por amáros peligrar,
La tengo de aventurar;
Que si por vos la perdiere,
Tal perder será ganar.

Á LA MISMA, ENCOMENDÁNDOSE Á ELLA, Y HABIENDO
SIDO ANTES ENEMIGOS.

Señora, quien ha de amar,
Don es harto conocido,
Para ser favorecido,
Tener quien pueda ayudar
A sostener su partido.
Pero yo, cuya ventura

P.XVI-1.

Fuera teneros servida;
Teniéndos tan ofendida,
¿Cómo dejaré segura
En vuestras manos la vida?

Mas si mi yerro me daña,
Imploro á vuestra piedad;
No mireis á mi maldad
Ni me mostreis vuestra saña
En tan gran necesidad.
Mas con corazon tocado
Del dolor que el mio siente,
Tratadme benignamente,
Perdonando lo pasado
Y ayudando en lo presente.

Que si de lo que pequé
Os quereis vengar agora,
Ya pluguiera á Dios, Señora,
Que cuando yo lo pensé
Muriera luego á deshora.
Y de aqui para ante Dios,
Al cual pongo por testigo,
Yo me reniego y desdigo;
Que por estar bien con vos
Huelgo de estar mal conmigo.

Á OTRA SEÑORA, SU COMPAÑERA, CUYO SOBRENOMBRE VA AQUÍ.

Mi triste vivir amargo,
Mezclado con mi pesar,
Me fuerza que ande á buscar
Quien quiera tenerme en cargo,
Si es parte de me salvar.
Pues ¿adónde iré mejor
Que á vuesa merced, Señora,
En quien tanta virtud mora,
Que os oso de mi dolor
Dar la llave desde agora?

Y por esto, si holgais
Que yo cautivo no muera,
Pues es esta merced primera,
Os suplico me seais
Tercera con mi tercera,
Y que le querais rogar,
Entre los otros cuidados,
Que mis culpas y pecados
Le plega de perdonar
Solamente los pasados;

Porque en los de por venir
Yo haré tan clara enmienda,
Como su merced entienda
Que en lo que podré servir
No tendré corta la rienda;
Y por el tiempo que he estado
Rebelde de su servicio,
Haga de mi sacrificio
Tal, que yo quede purgado
De todo mi maleficio.

Lo cual me será mas sano,
Aunque muera por lo hecho,
Pues quedará satisfecho,
Y en ser muerto de tal mano
No hay por qué llevar despecho.
Mas yo, Señora, estoy tal
Con el dolor que me hiere,
Que quedara, si quisiere,
Mas vengada con mi mal
Que en la muerte que me diere.

Á LAS MISMAS.

Discretas damas hermosas,
Devotas, castas, honestas,
En quien están todas estas
Y otras mil gracias y cosas
Excelentes manifestas;
Virtudes tan escogidas
Merecian ser servidas
De todos cuantos mirais;
Salvo que las afeais
Con ser desagradecidas;

Que de vuestra gentileza,
Que Dios á su semejanza
Hacer quiso, no se alcanza
Sino causarnos tristeza
Y quitarnos esperanza;
Por lo cual, aunque sabemos
Mil causas por que os debemos
Continuamente loar,
Callamos por nos vengar
De la rabia que tenemos.

Á UNA DE LAS SOBREDICHAS, QUE SE ENOJÓ HABIÉNDOLA
MIRADO MUCHO.

Si en mirar con atencion
Mis ojos os ofendieron,
Ved la razon que tuvieron,
Y el mal que á mi corazon
Principalmente hicieron.
Y aunque yo de pesar muera,
Por ser causa de enojaros
Esto quiero confesaros:
Que por mas daño tuviera
Si dejara de miraros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA INÉS.

Sin espada ni puñal
Me habeis herido, Señora,
Y aunque afuera no hay señal,
Dentro es la llaga mortal,
Y yo lo estoy cada hora.
Hirióme vuestra beldad
Con armas á su medida,
Por la cual, siendo servida,
Podeis saber la verdad
De cuán grande es la herida.
Mas no se debe entender
Que me agravio de lo hecho,
Pues cuanto podeis hacer
Yo lo debo padecer,
Siendo vuestro de derecho.
Cuanto mas que de tal mano,
Si bastare el sufrimiento,
No puede venir tormento
Que no lo haga liviano
Vuestro gran mercedimiento.
De do nace, de do viene
Que este mi dolor cruel,
Con cuantas lástimas tiene,
No hay causa por que me pene,
Con tal que os pene á vos dél.
Y así, de verse tan llena
De amores mi voluntad,
Se atreve con humildad
A pedir que de mi pena
Os movais á piedad.
Que de mi mal y pasión,
De que vos la causa fuistes,
Dolores manda razon,
Siquiera por compasion (4);
Si no, porque lo hicistes;
Y para no descuidaros
Del cuidado en que me veis,
Si remediarle quereis,
Debeis, Señora, acordaros
Que vos sola lo podeis.

Á UN AMIGO SUYO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN UNOS
AMORES ALDEANOS.

Herederero principal
Del discreto Cartagena,
Pues vuestro saber es tal,
Quiéroos descubrir mi mal
Porque remedieis mi pena.
Sahed que muero de amores
Rústicos y labradores,
Groseros y desabridos;

Mas lozanos y pulidos,
Y lindos como unas flores.

Es una moza aldeana,
Zahareña, desdeñosa,
Muy grave sobre liviana,
Hermosa, pero villana,
Villana, pero hermosa.
Bien dispuesta á maravilla,
Rubia, blanca y colorada;
Pero tan desamorada,
Que querella ni servilla
Es cosa muy excusada.

Y esta gran contrariedad
Acrecienta mi fatiga,
Porque su mucha beldad
Convida mi voluntad;
Mas ella me es enemiga,
Y no solo no agradece
Lo que por ella padece
Mi penado corazon,
Mas por la misma razon
Me desama y aborrece.

Y maguer simple pastora,
No deja de conocer
Lo que es, ni menos ignora
La beldad que en ella mora,
Que no se puede asconder.
Do viene que su limpieza
Al olor de su lindeza
La hace doblado esquivia,
Despreciadora y altiva,
Preciando su gentileza.

Vila por desdicha mia
El día de Santiago;
Que, aunque es santísimo día,
Segun yo peno, diria
Que fué para mi aciago.
Un corro de mozas bellas,
Y esta traidora con ellas,
Bailaban en unas bodas;
Mas sobrábalas á todas
Como el sol á las estrellas.

Miré que estaba vestida,
Por ser fiesta señalada,
De saya verde fruncida,
Con un tejillo ceñida
Y una albanega labrada.
Sus zapatas coloradas
A media pierna arrugadas,
Su cabezon y gorguera,
Camisa blanca grosera,
Con las mangas apuntadas.

Bailaba con gran primor,
Cantando con gentil arte
Sus cantares á sabor,
A fuer de Villamayor,
Seis á seis de cada parte.
Yo, cuitado, por gozar
Lo que debiera excusar,
A mirallas me paré,
Y al punto que allí llegué
Decían este cantar:

«Aquí no hay
Sino ver y desear;
Aquí no veo
Sino morir con deseo.

»Madre, un caballero
Que estaba en este corro
A cada vuelta
Haciame del ojo.
Yo, como era bonica,
Teniaselo en poco.

»Madre, un escudero
Que estaba en esta baila
A cada vuelta
Asiame de la manga;
Yo, como soy bonica,
Teniaselo en nada.»

Yo, que bailar la miraba,
De que gran placer habia,

(4) Otras ediciones dicen: *Si fuer.*

En la moza contemplaba,
Y cada velta que daba,
El corazon me heria.
Y no bien amonestado
Del cantar atrás contado,
Preso de su hermosura,
Queriéndolo así ventura,
Acordé de ser penado.

Y por mas no dilatar
Lo que el amor me pedía,
Determiné de esperar
Allí para la hablar
Cuando á su casa volvía.
Y dijele: «A fe, Señora,
Que sois gentil bailadora;
Dichoso quien os habrá»
Respondiome: «Dios, que ha,
En eso pensaba agora.»

Dende adelante siguiendo
La conquista comenzada,
Cuanto mas la voy queriendo,
Menos con ella me entiendo,
Ni ella quiere entender nada.
Mas, caso que lo quisiese,
Y yo con ella pudiese
Platicar, lo cual no puedo,
Téngole cobrado miedo,
Y he miedo que me entendiese.

Y como de mis dolores
Esté tan libre y ajena,
Aunque le diga primores,
Sienten tan poco de amores,
Que se burla de mi pena.
Y en pago de cuanto afano,
Por ser el padre villano,
Acusando mi porfia,
Dice que no es igual mia,
Siendo mayor una mano.

Mira, Señora, en mi mal,
Que es extraño y al revés
De otros amores; el cual,
Si fuera mas general,
Mal de muchos gozo es;
Mas este, cualquier que sea,
Por el lugar do se emplea
Es tal, que si sin morir
Del me deja Dios salir,
Nunca mas amor de aldeano.

Pero no puedo hacer,
Segun amo, ya mudanza;
Y pensar jamás vencer
Tan ignorante mujer
Es una vana esperanza.
Pues vivir con tal dolor
No lo consiente el amor,
Si no me quiero tornar
Garzon del mesmo lugar,
Y me hago labrador.

Contempla pues mi tormento
Y el trabajo con que vivo;
Y creed que lo que siento
Es para mí, que lo cuento.
Mucho mas de lo que escribo;
Y viendo cuál puede ser
Lo que debo padecer,
Si os doleis de mi cuidado,
Venga el remedio esperado
Conforme á vuestro saber.

RESPUESTA DEL AMIGO SOBRE LOS DICHOS AMORES.

Mas con gana de serviros
Que con sobra de saber,
Quiero, mi señor, deciros
De vuestros nuevos suspiros
De amores mi parecer;
Aunque ser yo trovador
Va tan fuera de razon,
Que sois en cargo, Señor:
Siendo vos el causador,
De hacer restitution.

Pero pues me habeis mandado,
Y es forzado obedeceros,
Sintiendo vuestro cuidado
Tanto, que me ha lastinado,
He por bien de obedeceros;
Y si el remedio no fuere
Tal que alivie la pasion,
Pues pedis vida á quien muere,
De quien lo que quereis quiere
Recibireis la intencion.

Y por ser vuestros amores
De calidad tan contraria,
Temo mas vuestros dolores,
Y los tengo por mayores,
Pues es pena extraordinaria;
Que, segun do se ha empleado
El amor que os apasiona,
Es hablar en lo excusado
Pensar de ser remediado,
Si no mudais la persona.

Que, pues con tan cruda mano
Os ha herido el amor,
Pienso ser conséjo sano
Hablarla como aldeano;
Quizá sentirá el dolor.
Porque, siendo tan grosero
Su traje con su vivir,
El estilo verdadero
Le parecerá extranjero,
Aunque llegueis á morir.

Y si en vos, Señor, hubiera
Poder de poder libraros,
El mejor remedio fuera
Besa cruel pena fiera
Tener medio de apartaros;
Mas, pues no podeis haber
Libertad de vuestro mal,
So enmienda de mas saber,
Si quereis querido ser,
Mudad vuestro natural.

AL MISMO AMIGO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN OTRO TRABAJO.

Pues sois homenaje do quiso el saber
Hacer su morada, teniendo por cierto
Ponerse en lugar de mas merecer,
Suplicoos me deis vuestro parecer,
Si quereis á vida tornarme, de muerto.
Una ansia cruel de amores poseo
Por una señora á quien celo el dolor;
Muerdo por vella, y quando la veo,
Segun me atormenta mi grave deseo,
Deseo no vella, creyendo es mejor.

Estoy tan cautivo, de mí tan ajeno,
Que ella me tiene y yo ro sor nido;
Ni sé qué me es malo ni sé qué me es bueno,
Porque es tan crecida la pena que peno,
Que de ella ser libre yo ya desconflo;
Y temo que siendo por ella sabida
Mi pasion rabiosa, de que es causadora,
Será tan cruel y tan desconocida,
Que aunque padezca mil muertes en vida,
No querrá nombre de remediadora.

RESPUESTA DEL AMIGO.

Siempre oí decir, Señor,
Y así lo tengo por cierto,
Que cualquier mal y dolor
Tanto crece y es mayor
Cuanto mas anda encubierto.
Especial el mal de amores,
Que es de fuego, y desde que empieza
A confirmar sus ardores,
Luego envia sus vapores
Al seso y á la cabeza.

Pues si callándolo crece,
Y publicándolo mengua,

Necesario me parece
Lo que el corazón padece
Que lo descubra la lengua;
Cuanto mas que el mal y afrenta
Que por mujeres pasamos
Tan poco las atormenta,
Que aun no reciben en cuenta
Aquello que publicamos.

Pues si nuestro mal quejando
No se nos guarda justicia,
Y andamos siempre llorando,
¿Qué esperamos dellas cuando
No ha llegado á su noticia?
Así que, según razón,
Vivir el hombre penado
Sin revelar su pasión
Es morir sin confesión,
Para siempre condenado.

Y pues que mi parecer
Demandais, Señor, agora,
Digo que debeis tener
Medio de dar á entender
Vuestro mal á esa señora;
Y si quejándoos á ella
No se doliere de vos,
Oída vuestra querella,
Mas vale quejaros della
Que no de entrambos á dos.

Mas si vuestro padecer
Os quita el atrevimiento,
Vuestra fe, vuestro saber,
Vuestro amor y merecer
Os deben poner aliento.
Descubrid vuestra tristora,
Y no esperéis á mas tarde;
Que cosa muy mas segura
Es probar nueva ventura
Que no morir de cobarde.

Á UNA DAMA, Á CIERTO PROPÓSITO.

Mi memoria y vuestro olvido
Se juntan á guerrearne;
Han jurado de negarme
El remedio que les pido,
Por acabar de matarme.
Caro me costó miraros,
Porque así me hechizastes,
Que despues que supe amaros,
Aunque sé que me olvidastes,
No sé jamás olvidaros.

Vuestro olvido, que no acuerda,
Mi memoria, que no olvida,
Porque vos seais servida,
Han acordado que pierda
Por vuestra causa la vida;
Y aunque es justa mi querella,
Consiento en esta sentencia;
Que, pues vos fuistes en ella,
No me da pena paciencia,
Ni me causo de tenella.

Hehicieros deben ser
Vuestros ojos, reina mia:
Quitan y dan alegría,
Quitan y ponen placer,
Y todo en un mismo dia.
Aquel en que me prendistes,
Con los vuestros me mirastes;
Los míos adolecistes,
Porque, según los tratastes,
Contino vivirán tristes.

Destos me duelo, Señora,
Que no reciben hartura
De ver vuestra hermosura.
Gozan de veros un hora,
Y parten con amargura;
Que el cautivo corazón,
Aunque hace penitencia

Con hallarse en su prision,
En vuestra linda presencia
Da descanso á su pasión.

Mas este tambien se queja,
Viendo que á morir se va,
Porque tan llagado está,
Si vuesa merced le deja,
Que sin duda morirá.
Y si no le dais favor,
Cual os pide su dolencia,
Y le tratais con amor,
No espero menos de ausencia
Con que acabe mi dolor.

Á LA MISMA, POR CIERTA COBARDÍA QUE HIZO EN UNA COSA QUE PROMETIÓ.

De ningun trance se espanta
La virtud de fortaleza,
Ni por rigor se quebranta,
Ni se vence de flaqueza,
El cuchillo á la garganta.
Escudo viste de acero,
En que los golpes espera:
No desmaya de ligero,
Porque el amor verdadero
Al temor lanza de fuera.

Fuerza y amor falleciendo
En vuesa merced, Señora,
Distes la vuelta luyendo;
No pudistes sola un hora
Velar conmigo sufriendo.
El esfuerzo y osadia
Entregastes al temor,
Padecestes cobardia,
Dejastes á la osadia
Y negastes el amor.

El cual, de vos afrentado,
Manda que de aquí adelante
Vuestro nombre su privado
Sea, por ser inconstante,
De sus libros rematado;
Pero quiere que se os dé
Todo vuestro acostamiento,
Habiendo respeto á que
Lo que faltastes en fe
Sobrais en merecimiento.

Item mas, mandan llorar
Todos vuestros servidores
Este yerro sin cesar;
Que, pues no fué por amores,
No es digno de perdonar;
Y que sientan esta llaga
En llegando á su noticia,
Y pechen para la paga,
Porque amor se satisfaga
Por el fin de su justicia.

Lo cual, caso que os condena,
Mas porque en algo os disculpa,
Que seais libre se ordena
De la pena de la culpa,
Mas no de la de la pena.
Y en enmienda de lo hecho,
Por cuanto sois acusada
Por parte de mi despecho,
Manda que tomeis mi pecho
Por cárcel y por posada.

En el cual hasta que muera,
Como persona de estima,
Quedaréis por prisionera,
Con unas letras encima
Que digan desta manera:
«En este sepulcro fuerte
Está cerrada y metida
Una dama de gran suerte,
Que por temor de la muerte
Negó el amor de la vida.»

Á LA MISMA.

Un nuevo dolor me aqueja,
Y no sé dónde nació.
Sino que me apareció
Un ángel por una reja,
Y con su gran claridad
Hizo tanta novedad
En mi alma descuidada,
Que luego senti mudada
Contra mi mi voluntad.

Mas, según su hermosura,
Cuanto se pierde se gana;
Que tiene menos de humana
Que de angélica figura.
El resplandor de su cara
A ninguno se compara
Sino a su mismo pintor,
Y su gesto es fiador
De lo que el nombre declara.

Á LA MISMA.

Esa cuartana enojosa
Repartámosla, Señora;
Porque en vos es malhechora,
Y en mí será gloriosa.
Cierto tuvo muy ufanos
Pensamientos vuestro mal,
Pues osó poner las manos
En un ángel celestial.

Á LA MISMA, TORNÁNDOLE Á ENVIAR UNA IMAGEN DE UN MUERTO.

Este muerto se ha tardado
Por tenerme compañía;
No sea por causa mía
De vuesamerced culpado.
Mil veces se quiso ir;
Mis manos le detuvieron,
Y mis ojos no pudieron
Sin llorar, verle partir.

Y siendo muerta su cara,
Si fuera de carne pura
Como fué de piedra dura,
A mi voz se despertara.
El podrá decir lo cierto
De mí, pues durmió conmigo;
Que bien vale por testigo
Un difunto de otro muerto.

Á LA MISMA, PORQUE QUEMÓ UNAS CUENTAS
QUE LE HABIAN DADO.

Cuantas veces me da cuenta
Vuesamerced de mis cuentas,
Tantas me mandais que sienta
Los martirios, las afrentas
Del fuego que las calienta.
Ellas pagaron así
Por contaros mis querellas;
Yo me quemó en sus centellas;
Que bien basta para mí
La brasa que sale dellas.

Pero ya que padecian
Las cuentas sin ofenderos,
Porque mi mal os decian,
Los extremos de quereros,
Decidme, ¿qué merecian?
Estrecha la deis á Dios
En aquel contado día
Por su muerte y por la mía;
Pues que nunca contra vos
Cometimos herejía.

Á LA MISMA, POR CIERTA FALTA QUE HIZO EN UN CONCIERTO.

Como mi mal es ajeno,
Bien es que de pelo cuelgue
Y que vuesamerced huelgue
Y duerma tuando yo peno.
No es la poca libertad
La que fué causa del daño;
Que bien sé que está el engaño
En sola la voluntad.

Á UNA DAMA, TORNÁNDOLE UN ESTUCHE CON UN CUCHILLO MENOS.

Pues al cabo he de morir
A manos de quien me ofende,
Partido será rendir
El arma que me defiende.
Vuesamerced la reciba,
Pues aborrezco ser sano;
Que el herido de tal mano
Nunca plegue á bíos que viva.

No se dirá que le sobra,
Antes le falta una pieza;
Que en vos no tiene mas obra
Que cortarme la cabeza.
Si esta fuera menester,
Prestada tengo la vida;
Cada que por vos se pida
Os la tengo de volver.

Á UNA DAMA LLAMADA ÁNGELA.

Sobre la piedra sembré,
Vana fué mi confianza;
Sobre polvo edificqué:
Revés recibió mi fe
Y desvío mi esperanza.
Vuestro nombre me engañó,
Mas el sobrenombre no;
Que con obras desengaña.
Tras el ángel iba yo;
Diablo se me torció
Al entrar de la montaña.

OTRAS Á LA MISMA.

La gran fe, de mí fe muestra,
Vivirá siempre jamás;
Mas yo no viviré mas
De cuanto viva la vuestra;
Que en mostrarse deservida
Vuesamerced de mi gloria,
Condenastes mi memoria
A pesarle con la vida.

Pues si se ha de sustentar
Mi vida sobre esta fe,
Claro está que moriré
En quitando este pilar.
Pagaré con las setenas
Aquel sabroso bocado,
De nuevo siendo obligado
A cien mil cuentos de penas.

OTRAS Á LA TERCERA.

Las mercedes recibidas
De la vuestra cada hora,
Ser pagadas ni servidas
Es imposible, Señora,
Aunque tuviese mil vidas.
Una tengo, que no tiene
Mas bien del que de vos viene.
Con el cual vive contenta,
Asentada á vuestra cuenta,
Pues que por vos se sostiene.

Y si justa piedad
Os mueve de mi gemido,

Inclinad la voluntad
A no ponerme en olvido
En tan gran necesidad.
Si vuesamerecd me olvida,
Cuenta darcis de mi vida;
Porque está puesta en estado
Que con caldo reforzado
Por horas es sostenida.

Así vuesamerecd sea
Librada de mis dolores,
O presa, porque los crea;
No sufraís competidores,
Ni yo los oya ni vea.
Desámoíos en extremo,
Y querria, porque temo,
Si mi señora mandase,
Que ninguno se quemase
En el fuego en que me quemo.

Á UNA SEÑORA LLAMADA GRACIA.

Placer es cualquier dolor
Que por vos viene, Señora,
Pues juzgando sin error,
Os podeis llamar la flor
De cuantas viven agora.
Que de justicia y razon,
Sin que reciban ultraje,
Vista vuestra perfeccion,
Cuantas hoy racidas son
Os deben el homenaje;

Porque sois tan extremada
En gracia sobre manera,
Que la mas, mas acabada,
Delante de vos mirada,
Se juzgará por grosera.
Y todas las mas de quien
Hemos ya visto la muestra,
Vistas y juzgadas bien,
Todo es ropa de almacen,
Cotejada con la vuestra.

No es de balde, pues teneis
Gracia, Señora, por nombre;
Porque tanta poseis,
Que con sola ella podeis
Dar la vida á cualquier hombre.
Gran parte teneis las dos,
Ella de vos, y vos de ella;
Pues ¡or la gracia de Dios,
La muchacha que puso en vos
El mismo nombre la sella.

Los que vuestra gracia vemos
La gracia nos alcanzó:
Presos de gracia serémos;
Gracia sois para que demos
Gracias á quien os crió.
Gracia hubistes y ventura
Segura, que jamás falte;
En vos la gracia se apura,
Pues sobre la hermosura,
Della teneis el esmalte.

De estas gracias arrendad,
Si locailas y querellas
Es gracia muy señalada,
Ved si la terná doblada
Quien llegare á gozar de ellas;
Pero vos, dama hermosa,
Tambien habeis de mirar
Que, demás de ser graciosa,
Convienes, siendo piadosa,
No preciaros de matar.

Por vuestro nombre guiado,
Voy á buscar gracia en vos.
A ser vuestro soy forzado;
Si en ello vivo engañado,
Mal os lo demande Dios.
Yo confieso que podeis
Darme la muerte y la vida,
Mas matarme no debeis;

Que con mi vida seréis
Mejor, Señora, servida.

Á OTRA DAMA.

Flor de todas las doncellas,
Que así como el sol ataja
La lumbre de las estrellas,
Así vos sobre las bellas
Teneis clara la ventaja;
Descanso de mi enuidado,
Gloria de mi pensamiento,
¿Por qué me habeis olvidado
Cuando mas y mas penado
Por vuestra causa me siento?

Ya mi ventura enemiga
No me quiere ni consiente
Dar lugar para que os diga,
Como sueño, la fatiga
Que sufro continuamente.
Y si vos queréis que así
Desespere quien espera,
¿Qué es de cuanto yo os serví?
¿Porque os quiero mas que á mi
Holgais, Señora, que muera?

Verdad es que me preñastes
Con condicion de penarme
Y de darme noches tristes;
Pero nunca me dijistes
Que era para desdenarme.
Y agora, despues de un año,
Porque conoceis mi fe,
Haceis de mi del extraño
Para que me llame á engaño;
Sabed que no lo haré.

Ya sé que soy obligado,
Sin que nadie me socorra,
Siendo esclavo, á estar atado,
Entre día aherrrojado,
Y de noche en la mazmorra.
Ya sé las tribulaciones
Que me conviene sufrir,
Las angustias á montones,
Congejas, ansias, pasiones
Con que tengo de vivir.

Ya sé que al mejor librar,
Palos y pan con dolor,
Y despechos y pesar
No pueden jamás faltar
En la casa del amor.
Un poco de favor pido
Para penar como debo,
Viéndome favorecido:
Que por la ley de Cupido
Es como darlo á renuevo.

No os precieis de matadora,
Cosa de vos tan ajena,
Ni digan por vos agora:
A moro muerto, Señora,
Gran lanzada á mano llena.
Y pues de mi lealtad
Teneis ya conocimiento,
Haced de mi piedad,
Salvo si la crueldad
Os da mas contentamiento.

Mas venga, señora mia,
Venga cuanto mal quisiere;
Que con esta mi porfia
Viviré con alegria
Cuando mas pena tuviere;
La cual, aunque me convida
A dar mortales suspiros,
Sois vos tal, que ya en mi vida,
Mientras vos fuerdes servida,
No dejaré de servirlos.

Á OTRA, CON UN CORAZON DE AZABACHE ENGASTADO EN ORO.

En su color verdadero
Estaba mi corazón,
Y el fuego de su pasión,
Abrazándolo primero,
Al fin lo hizo carbon;
Y ha quedado
En esta forma y estado
Que ante vuesamerced va,
Traslado del que acá está
En mi pecho sepultado.

Y por daros cuenta dél,
Por la fe de vasallaje
Le envío con mi mensaje
Para acudiros con él
Como alcaide de homenaje;
Que, aunque es muerto,
De nueva vida va cierto,
Pues que la perdió en oficio
Por para vuestro servicio
Muriendo, queda despierto.

Y mirando que se alcanza
Gloria donde este murió,
De oro le cerqué yo,
En memoria y alabanza
Del fuego que le quemó.
Su tristora
Le mató, mas su ventura
Le guarneció desta suerte,
Porque tal cual fué la muerte,
Tal fuese la sepultura.

Y así, le debeis tener
Por reliquia de valor,
Pues es de mártir de amor,
Que holgó de padecer
Por la causa su dolor;
Y en descuento,
En parte de su tormento
Mereció, porque tal fué,
Que se engastase su fe
En vuestro merecimiento.

AL NOMBRE DE FRANCISCA.

Fué ventura conoceros,
Razon me manda serviros;
Amor me manda quereros;
No se excusan mis suspiros.
Causas hay para dolerme,
Y la mayor es partirme;
Soy vuestro para ser firme;
Camino voy de perderme,
Aunque no de arrepentirme.

A UNA QUE LE MINTIÓ.

Vuestras obras me decían
A vuestro si no dar fe;
Díscela, pensando que
Los ángeles no mentían.
Si pequé porque os creí,
Harto caro me costó;
Pues ya, desdichado yo,
Me va peor con el si
Que me iba con el no.

Á LA MISMA.

Cruel, desagradecida,
Sin verdad y sin piedad,
Vuestra mala voluntad
Ya está clara y conocida;
Y en tratarme vos así
No hacéis lo que debeis,
Pues el mal que me hacéis
Nunca yo os lo merecí.

Á LA MISMA, PORQUE SE IMPORTUNABA DE ÉL.

Si mi vida no os es buena,
Mi muerte á Dios demandemos,
Y así nos excusaremos,
Vos de enojo, yo de pena;
Que dejaros de servir,
Viviendo, no puedo, no;
Porque es ley quereros yo,
En que tengo de morir.

Á UNA DAMA QUE ENVIÓ CIERTA FRUTA Y GUANTES.

Vuesamerced lo miró
Como discreta y astuta,
Pues de guantes proveyó
Porque mereciese yo
Tocar con ellos tal fruta.
Merced que tan alto toca
Déja mis dedos ufanos:
Necesidad, y no poca,
Tiene de dulce mi boca
Y de lo blando mis manos.

Á UNA SEÑORA LLAMADA DE LERMA.

Con vuestra gracia y hieldad,
Hermosa dama de Lerma,
Dejastes del todo yerma
Mi vida de libertad;
Y de prision de tal suerte
Mi sentido quedó tal,
Que lo menos de mi mal
Es gustar siempre la muerte.

Ante las muy extremadas
Gracias, y muy excelentes,
De quien mata mi vivir,
Olvidanse las pasadas.
Han envidia las presentes,
Penarán las por venir;
Porque quiso Dios hacella
En hermosura sin par,
Y en valor tan sola una,
Que mirando bien á ella,
Todos pueden excusar
De mirar otra ninguna.

Á UNA DAMA, QUE FUÉ EN ROMERÍA Á SANTA CRUZ.

En partiros, clara estrella,
Partióse de mí la luz;
Así que, yendo á la cruz,
Me dejastes puesto en ella.

Vos ganastes los perdones
Desta santa romería;
Yo gané cien mil pasiones,
Quedando sin alegría.
Y en veros á vos partida,
Partióse de mí la luz:
Así que, quedo en la cruz
Hasta ver vuestra venida.

SIENDO PREGUNTADO.

De tan secreto cimientó
Nace mi pena de amor;
Que, aunque llagado me siento,
Á mi propio pensamiento
No descubrí mi dolor.
Callando muerdo dichoso,
Sin descubrir mi herida;
El hablar es peligroso;
Aun pedir muerte no oso,
¿Cómo demandaré vida?

Á CIERTO AMIGO, QUEJÁNDOSELE.

Con dolor de amor esquivo
 Estoy dormido y despierto;
 Siendo libre, soy cautivo:
 Es lo publico de vivo,
 Y lo secreto de muerto.
 Y la muerte, según creo
 De razón, no tardará,
 Que casi venir la veo;
 Mas en ver que la deseo,
 Quizá se encarecerá.

Á UNA DAMA QUE HABIÉNDOLE DADO UNAS CUENTAS, Y ELLA
 DÁDOLAS Á OTRO, LE TORNÓ Á ENVIAR OTRAS CON UN CORDON
 PARDO Y VERDE.

Aunque continuo receís,
 De Dios recibiréis penas:
 Pues que ya distes las buenas,
 Malas cuentas le daréis.
 Y de tan grave desvío
 La pena con que mas peno,
 Es ver que es lo verde ajeno,
 Y lo pardo todo mío.

Á OTRA, ENVIÁNDOLE UNAS CUENTAS DE INGLATERRA
 GUARNECIDAS.

Estas, aunque ciertas son,
 Tratadas como á extranjeras;
 Las cuentas de mi pasión
 Son mucho mas verdaderas,
 Por salir del corazón.
 Y destas colores dos
 Yo quedaré bien pagado
 Si tal pena y tal cuidado
 Teneis de mi verde vos
 Cual yo de vuestro morado.

Á DOÑA ANA DE ARAGON, ESTANDO EN SANTA CLARA.

Justamente se metió
 En prision vuesamerced,
 Por las muchas que causó,
 Y bendita es esa red,
 Que tal presa mereció;
 Por la cual en libertad
 Ya todo el mundo estuviera,
 Si con el cuerpo pudiera
 Prenderse la voluntad.

De aqueste agravio conviene
 Que nos llamemos á engaño,
 Pues es mas justo que pene
 Quien causaba nuestro daño
 Que no quien culpa no tiene;
 Que con encerraros vos
 Nuestra suerte quedó tal,
 Que, en vez de sanar de un mal,
 Adolecimos de dos.

Porque el dichoso que os vía,
 Aunque á muerte se obligaba,
 Y en vivir la recibía,
 Con veros se le pagaba
 Lo que por veros sufría.
 Mas todo se desbarata
 Dejando vuestra partida
 Preso lo que daba vida,
 Y suelto lo que la mata.

Y deste agravio terrible
 Esperar enmienda alguna
 Es cosa muy increíble,
 Pues con lo hecho fortuna
 Hizo mas de lo posible.
 Que ya que el cuerpo se ofenda,
 Ese corazón real
 No puede, que es de metal;
 Que no hay prision que le prenda.

EN LOOR DE UNA DAMA.

De ser la mas acabada
 Una gran falta teneis,
 Señora, que no podeis
 Ser servida ni loada
 El quito que mereceis.
 Tantas gracias en ninguna
 Lengua sola, aunque importuna,
 Es imposible caber;
 Pues son muchas menester
 Para alabaros de una.

Á UNA DAMA QUE PIDIÓ EL CANCIONERO GENERAL, Y ÉL, POR NO
 COMPRARLE, LA ENVIÓ UNAS COPLAS SUYAS MUY OSCURAS.

Escuras las envió
 Sus coplas el caballero;
 Pero muy bien acertó
 En no dar el Cancionero
 Que vuesamerced pidió;
 Porque, según os hegois
 De matarnos cada día,
 Daros lo que demandais,
 A mi parecer sería
 Meter armas en Turquía.

Y vuesamerced, Señora,
 Contenta debria estar
 Con los muertos hasta agora,
 Sin nuevas muertes buscar
 Al triste que se enamora;
 Que para darnos pasión,
 Hizoos Dios, Señora, tal
 Y de tanta perfeccion,
 Que os hasta lo natural,
 Sin buscar lo artificial.

Así que, dama hermosa,
 De que gran parte teneis (3),
 Mucho mas que de piadosa,
 Avisada quedaréis
 De pedir injusta cosa;
 Que, si bien quereis sentillo,
 Daros lo que os negó él
 Era poner el cuchillo
 En vuestra mano cruel
 Para matarnos con él.

Mas ni por eso de pena
 Aquel señor se excusó;
 Que, si su intencion fué buena,
 Y á nosotros nos salvó,
 A si mismo se condena;
 Pues por vuestras escogidas
 Gracias, si bien lo ha mirado,
 Aventurar vuestras vidas
 Era muy menor pecado
 Que quebrar vuestro mandado.

Que por tan graciosa dama
 El que la vida perdiere
 Bástele dejar tal fama,
 Y el que la muerte temiere
 Da señal que bien no ama.
 Y pues por esta razon
 El no dar el Cancionero
 Es prouba de mi intencion,
 Condénese el caballero,
 Que su amor no es valedero.

Y así, si bien lo mirais,
 Nunca, dama, servidor
 Tendréis en quien conozeais
 Que por daño ni temor
 No cumple lo que mandais.
 Y si veis que yo merezco
 Ser vuestro, como codicio,
 Desde aquí la vida ofrezco,
 Que muera en vuestro servicio,
 Porque acabe en buen olicio.

(3) En algunas ediciones se lee:

De que mas parte teneis.

AL AMOR PRESO.

Por unas huérfas hermosas
Yagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas,
Una guirnalda florida;
Y andando en esta labor,
Viendo á deshora al Amor
En las rosas escondido,
Con las que ella habia tejido,
Le prendió, como á traidor.

El mochacho no domado,
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Pugnaba por defenderse;
Y en sus alas estribando,
Forejaba peleando,
Y tentaba, aunque desnudo,
De desatarse del nudo,
Para valerse volando.

Pero viendo la blancura
Que sus tetas descubrian,
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocian;
Y su rostro, que encender
Era bastante y mover
Con su mucha lozanía
Los mismos dioses, pedia
Para dejarse vencer.

Vuelto á Vénus á la hora,
Hablándole desde allí,
Dijo: «Madre emperadora,
Desde hoy mas busca, Señora,
Un nuevo amor para ti.
Y esta nueva, con oílla,
No te mueva ó dé manecilla;
Que habiendo yo de reinar,
Este es el propio lugar
En que se ponga mi silla.»

Á UNA DAMA QUE SE DECIA JULIA.

Con la blanca nieve fria
Me tiró Julia certera;
Yo, loco, nunca creyera
Que en la nieve fuego habia;
Mas aquella fuego era.
Y por fria y por helada,
Que así suele ser de lecho,
De nieve fuego tornada,
Bien pudo quemar mi pecho,
De tus manos arrojada.

¿Qué lugar ó parte habrá
De las insidias segura,
Que amor para mi procura,
Si el fuego metido está
En el agua helada dura?
Tú, Julia, sola mejor
Puedes, teniéndome duelo,
Matar mis llamas de amor;
No con nieve ni con hielo,
Sino con igual ardor.

GLOSA

DEL ROMANCE *Tiempo bueno.*

¡Oh vida dulce y sabrosa,
Si no fueses ya pasada;
Sazon bienaventurada,
Temporada venturosa!
Oh descanso en que me vi!
Oh bien de mil bienes lleno!
Tiempo bueno, tiempo bueno,
¿Quién te me apartó de mí?

Ya que llevabas mi gloria
Cuando de mí te apartaste,
Dime, ¿por qué no llevaste

Juntamente su memoria?
Por qué dejaste en mi seno
Rastro del bien que perdí
Que en acordarme de tí
Todo placer me es ajeno.

Siendo pues la llaga tal,
Nadie culpe mi dolor.
¿Cuál es el bruto pastor
Que no le duela su mal?
¿Quién es así negligente,
Que descuida en su cuidado?
¿Quién no llora lo pasado
Viendo cuál va lo presente?

Si la vida se acabara
Do se acabó la ventura,
Aun la misma sepultura
De dulce carne gozara;
Mas quedando lastimado,
Viviendo vida doliente,
¿Quién es aquel que no siente
Lo que ventura ha quitado?

Que, aunque así sin alegría
Me veis rico de pesar
Y abajado á desear
Lo que desechár solia;
Aunque me veis sin estima,
Tras un rincón olvidado,
Yo me vi ser bien amado,
Mi deseo en alta cima.

El tiempo hizo mudanza,
Dándome revés tamaño,
Que, no contento del daño,
Mató también la esperanza.
Y de verme, estando encima,
Por el suelo derribado,
Contemplant en lo pasado
La memoria me lastima.

El olvido, porque es medio,
Húyeme mi fantasía;
La muerte, que yo querría,
Húyeme porque es remedio.
Lo bueno que se me antoja
Mi dicha no lo consiente;
Y pues todo me es ausente,
No sé cuál extremo escoja.

De nada vivo contento,
Y con todo vivo triste;
Ausencia, tú me heciste
De todos bienes ausente.
El mas ligero accidente
De mi salud me despoja;
Bien y mal, todo me enoja,
¿Cuál de quien lo siente?

Muy grande fué mi favor,
Grande mi prosperidad;
A sola mi voluntad
Reconoci por señor;
En mis brazos se acostaron
Esperanzas, y no vanas;
Tiempo fué y horas ufanas
Las que mi vida gozaron.

Y agora no gozan della
Sino solos mis enojos,
Que manando por los ojos,
Satisfacen su querella.
Verdes nacieron, tempranas,
Que sin tiempo maduraron;
Donde, tristes, se sembraron
Las simientes de mis canas.

Y lo que mas grave siento
Es que, teniendo pasiones,
Me fuerzan las ocasiones
A mostrar contentamiento.
Que el mayor mal que hay aquí
Es que solo sé que peno;
Y pues se tiene por bueno,
Bien puedo decir así:

Tiempo bienaventurado,
En tiempo no conocido,
Antes de tiempo perdido,

Y en todo tiempo llorado;
Yo navegaba por ti
En tiempo manso y sereno;
Tiempo bueno, tiempo bueno,
¿Quién te me apartó de mí?

Final.

Si no remedia la muerte
Les trabajos de mi vida,
Va perdida.
Quedé con esta dolencia
Del bien que de mí se fué;
Que va creciendo la fe
Y menguando la paciencia.
Y así, maldigo mi suerte,
Viéndola que va perdida
Con la vida.

CANTO DE POLIFEMO,

TRADUCIDO DE OVIDIO.

Hola, gentil Galatea,
Mas alba, linda, aguilena
Que la hoja del alheña,
Que como nieve blanquea;
Mas florida
Que el prado, verde y crecida
Mucho mas, y bien dispuesta,
Que el olmo de la floresta
Fe la mas alta medida;
Mas fulgente
Que el vidrio resplandeciente,
Mas lozana que el cabrito
Delicado, ternecillo,
Refozador, diligente;
Mas polida,
Lan-piña, limpia, bruñida
Que conchas de la marina,
Fregadas de la concha
Marea, nunca rendida;
Gracia y brio
Agradable al gusto mio,
Y del sabor dulce y tierno,
Mas que soles del invierno
Y que sombra del estío;
En color
Muy mas noble, y en olor,
Que manzanas del labrado,
Mas vistosa que el preciado
Alto plátano mayor.
En blancura
Mas reluciente y mas pura
Que el hielo claro, y lustroso,
Mas dulce que la sabrosa
Moscatel uva madura.
Delicada
Y blanda, siendo tocada,
Mas que la pluma sutil
Del blanco cisne gentil
Y que la leche cuajada;
Y aun diria,
Si no huyeses á porfia,
Como sueles, desdenosa,
Que eres mas fresca y hermosa
Que la huerta regadia.
Sus, pues ea,
Tú, la misma Galatea,
Mas feoz que los novillos
No domados y bravillos,
Que nunca vieron aldea
Par á par;
Muy mas dura de domar
Que la encina envejecida,
Mas Edaz y retorcida
Que las ondas de la mar,
Mas dolida,
Con el salce comparada,
Que sus varas delicadas
Y que las vides delgadas,
No sufridoras de nada;
Y á mi ver,
Muy mas dura de mover

Que estas peñas do me crio,
Y furiosa mas que el rio
A todo todo correr.
Mas señora
Soberbia, desdeñadora,
Que el pavo siendo alabado,
Mas fuerte que el fuego airado,
En que me quemas agora.
Desmedida,
Mas áspera y desabrida
Que los abrojos do quiera,
Mas cruel que la muy fiera
Osa terrible parida;
Mas callada
Y sorda, siendo llamada,
Que este mar de soledad;
Muy mas falta de piedad
Que la serpiente pisada
De accidente (6).

(6) Luis Gálvez de Montalvo, en el *Pastor de Filida*, tiene un canto amebico, escrito, segun parece, á imitacion de estos versos de CASTILLEJO. Véase:

SIRALVO.

¡Oh, mas hermosa á mis ojos
Que el florido mes de abril,
Mas agradable y gentil
Que la rosa en los abrojos,
Mas lozana
Que parra fértil temprana,
Mas clara y resplandeciente
Que al parecer del oriente
La mañana!

ALFEO.

¡Oh, mas contraria á mi vida
Que el pedrisco á las espigas,
Mas que las viejas hortigas
Intratable y desabrida,
Mas pujante
Que herida penetrante,
Mas soberbia que el pavon,
Mas dura de corazon
Que el diamante!

SIRALVO.

¡Mas dulce y apetitosa
Que la manzana primera,
Mas graciosa y placentera
Que la fuente bulliciosa,
Mas serena
Que la luna clara y llena,
Mas blanca y mas colorada
Que clavellina esmaltada
De azucena!

ALFEO.

¡Mas fuerte que envejecida
Montaña, al mar contrapuesta;
Mas fiera que en la floresta
La brava osa herida,
Mas exenta
Que fortuna, mas violenta
Que rayo del cielo airado;
Mas sorda que el mar turbado
Con tormenta!

SIRALVO.

¡Mas alegre, sobre grave,
Que el sol tras la tempestad,
Y de mayor suavidad
Que el viento fresco y suave;
Mas que goma
Tierna y blanda, cuando asoma;
Mas vigilante y artera
Que la grulla, y mas sincera
Que paloma!

ALFEO.

¡Mas fugaz que la corriente
Entre la menuda yerba,
Y mas veloz que la chispa
Que los cazadores sienten;
Mas helada
Que la nieve soterrada
En los senos de la tierra,
Mas áspera que la tierra
No labrada!

SIRALVO.

Filida, tu gran beldad,
Porque agravada no quede,
Ser comparada no puede
Sino sola á tu beldad;
Ser tan buena

Y lo que principalmente,
Si pudiese, te querría
Quitar de tu compañía.
Es, que eres, no solamente
Toda vía
En huir menos tardía
Que el ciervo con sus oídos,
Despertado á los ladridos
De la clara vocería
Tras la tela;
Mas aun, porque mas duela
Tu buirme en mis tormentos,
Mas ligera que los vientos
Y mas que el aire que vuela.
Pero si
Tuvieses ya desde aquí
La noticia que debrias,
Sé que te arrepentirías
De andar huyendo de mí,
Y sin verme,
Te pesara de perderme,
Haciendo de ti mudanza,
Y culpando tu tardanza,
Trabajaras de tenerme;
Porque tengo
Cuevas donde agora vengo,
Rechas en la Peña viva,
Sobre que gran parte estriba
De aqueste monte tan luengo;
En las cuales
No se sienten las señales
Del sol en medio la siesta,
Ni el invierno las molesta
Con sus tristes temporales.
Tengo mas:
Manzanas cuantas querrás,
Que hacen doblar las ramas;
De las cuales, si me amas,
A tu placer comerás
Cuando quieras;
Y uvas de dos maneras
En sus parras de continuo;
Las uvas como oro fino,
Sabrosas y comederas,
Si las vi,
Y otras como carmesí,
Que son en extremo bellas:
Estas, Señora, y aquellas
Guardo todas para ti.
Con tu mano
Tú misma, tarde y temprano,
Cogerás las blandas fresas
En las selvas y dehesas,
A la sombra en el verano
Cada mes;
Y en el otoño despues
Las cerezas montesinas,
Y no solamente endrinas,
Morenas por el envés
Y defuera,
Mas tambien otra manera
De ciruelas generosas,
Amarillas y hermosas,
De color de nueva cera.
Si me oyeres,
Y por marido tuvieres,
No te faltarán castañas
Por estas frescas montañas,

Por ley y razon se ordena,
Y en razon ni en ley no siento
Quien tenga merecimiento
De tu pena.

ALFEO.

Andria, contra mí se esmalta
Cuanta virtud hay en ti,
Donde solo para mí
Lo que sobra es lo que falla;
Y porñas,
Si te sigo te desvías,
Persiguesme si me guardo,
Y cuando yo mas me ardo,
Mas te enfrias.

Y madroños, si los quieres,
En gran vicio;
Que, pues servierte codicio
Con todo cuanto hay acá,
Cuantos árboles habrá
Estaran á tu servicio
Y señorio.
Todo este ganado es mio
Cuanto miras, si me escuchas;
Con otras ovejas muchas,
Que andan por lo baldio.
Por los valles
Yo te prometo que halles
Otras muchas no sé dónde,
Que la selva las esconde,
Y en los establos y calles
De las cuevas;
Tantas son, que si me pruebas
Y pides dellas razon
Para decir cuántas son,
No sabré dar dello nuevas
Ni recado;
Que nunca las he contado,
Ni visto tan mala vez;
Que de pobres hombres es
Poder contar su ganado.
Pues contarte
Loores, parte por parte,
De aquestas ovejas mías
No debo, porque podrias
Pensar que hablo con arte
Falsamente.
Para que mas te contente,
No quiero que á mí me creas;
Mas que tú misma las veas.
Cuando estuvieres presente
Podrás ver
Que apenas pueden mover
Las piernas esparrancadas,
Con las tetas retesadas,
Que mas no pueden caber.
Por tal vía
Hay tambien la nueva cria
En tibios apriscaderos;
Tanta copia de carneros,
Que decir la no sabria.
Tal y tal,
De tiempo y edad igual,
En otros apriscos tales,
Hay cabritos recientes,
Regocijado animal.
Y de aquí
Viene que cerca de mí
Hay leche continuamente,
Blanca, fresca y excelente,
Que me sobra por allí;
De la cual
Una parte en especial
Se guarda para beber;
La otra para hacer
Queso, que es lo principal.
Item mas,
Que no solo gozarás
Destos deleites ligeros
Y destos dones caseros
Y comunes, que ternás
Infinitos,
Sino de otros exquisitos
Que menos veces gozamos,
Como son liebres y gamos,
Gamuzas y pajaritos
Muy continos.
Cualque par de palominos
En su tiempo señalado,
Y qualque nido tomado
De la cumbre de los pinos.
Dos ositos
Hermanos, melgos chiquitos,
Que pueden jugar contigo;
Los cuales traje conmigo,
Y he hallado muy bonitos.
Ambos ellos

Tan semejantes y bellos
 En lo menos y en lo mas,
 Que apenas conocrás
 La diferencia de entre ellos,
 Porque engaña;
 Hijos de una muy extraña
 Osa, hermosa y oscura.
 Hallélos en la espesura
 De la mas alta montaña,
 De ella mora;
 Y en viéndolos á deshora,
 Que de ti se me acordó,
 Dije: «¡Oh! Aquestos quiero yo
 Guardar para mi señora.»
 Sus pues ya,
 Vuelve tus ojos acá,
 Tu voluntad endereza;
 Saca tu linda cabeza
 De la mar adonde está,
 Con que pones
 Mi vida en estas pasiones.
 Ven ya, Galatea, ven;
 No me trates con desden
 Ni menosprecies mis dones;
 Que yo sé
 Que tú no tienes por qué
 Me menosprecies así;
 Que yo me conozco á mí,
 Y há poco que me miré
 A ventura,
 Para ver mi hermosura,
 Y me vi en el agua clara
 Todo mi cuerpo y mi cara,
 Y me plugo mi figura.
 Mira, amor,
 Mi persona en derredor,
 Cuan grande soy desde el suelo,
 Que Jupiter en el cielo
 No será cierto mayor;
 Porque vos
 Soleis contar entre nos
 Un Jupiter, no sé cual,
 Reinar como principal
 Y mas poderoso dios.
 Pues con esto,
 Mira, Señora, de presto
 Encima de esta estatura
 La muy gran cabelladura
 Que cuelga sobre mi gesto
 Denodado,
 Y al uno y al otro lado
 Por los hombros se levanta,
 Y les hace sombra tanta
 Como un bosque muy cerrado.
 Ni se vea,
 Que porque mi cuerpo sea
 Horrible con estas gruesas
 Cerdas, ásperas y espesas,
 Lo tengo por cosa fea
 Ni mal puesta,
 Pues es cosa manifiesta,
 Si de oirlo no te enojas,
 Que estar el árbol sin hojas
 Es vista muy deshonesta.
 Y yo hallo
 Parecer mal el caballo
 Si las crines ó el cabello
 No le cubriesen el cuello,
 Para mejor adornallo.
 Por librea
 Que las cubre y las arrea
 Tienen las aves la pluma,
 Y las ovejas en suma
 Su lana las hermosa.
 Y así son
 En el cuerpo del varon
 La barba y sus aposturas,
 Y cerdas yertas y duras
 Para dalles perfeccion.
 Solamente
 Tengo en medio de la frente
 Un ojo; mas aquel es

De un grandísimo pavés,
 En grandor no diferente.
 Pero ¿qué?
 Si aun el sol mirando de
 Arriba del alto cielo,
 Muy bien ve acá en el suelo
 Cuanto hay y cuanto fué,
 Do llegó;
 Que no se le encubre, no,
 Lo que va ni lo que viene;
 Y si lo miras, no tiene
 Mas de un ojo, como yo.
 Pues andar,
 A esto debes juntar
 Que mi padre, el dios Neptun.o.
 Como señor solo uno,
 Reina en ese vuestro mar
 Extendido.
 Si me tomas por marido,
 Con el cual nombre me alegro.
 A este te doy por suegro,
 Y solamente te pido
 Que de mí
 Hayas merced, que me di,
 Y oyas sin mas baldones
 Mis humildes peticiones,
 Pues me inclino á sola tí
 Por amor.
 Y siendo tan sin pavor,
 Que al dios Júpiter provocho
 Y á sus cielos tengo en poco,
 Y al rayo penetrador,
 Con desmayo
 A tí, ninfa, adoro y travo
 En mas estima que á él;
 Tu saña me es mas cruel
 Que ningun golpe de rayo
 Ni furor.
 Y aunque siento el disfavor
 De verme así desdenado,
 Sufriria mas pagado
 Este tu gran desamor
 Si tú fueses
 Tan esquivia, que huyeses
 A todos como á mi huyes,
 Y á los tristes que destruyes
 Por un rasero midieses.
 Mas ¿por qué,
 Dimelo, que no lo sé,
 El Ciclope desechado,
 A Acis amas de grado
 Y le tienes tanta fe,
 Y en tus brazos
 No le pones embarazos.
 Y en mi despecho le quieres?
 O ¿por qué razon prefieres
 Sus besos á mis abrazos?
 Mas consiento
 Que él viva de sí contento,
 Y á tí, lo que no querria,
 Para mas afrenta mia,
 Dé tambien contentamiento,
 Pues le tiene;
 Pero si á mis manos viene,
 El sentirá que hay en ellas
 Las fuerzas y las querellas
 Que á tan gran cuerpo conviene.
 Con mil sañas
 Le arrancaré las entrañas
 Vivas, rompiendo sus pechos,
 Y los sus miembros deshechos
 Sembraré por las campañas
 Sin abrigo,
 Como mortal enemigo;
 Y por esas mismas ondas
 Do moras, bravas y hondas,
 Si se mezclare contigo;
 Porque vivo
 Me quemó, y el fuego esquivo
 Que me abrasa y atormenta
 Mas hierve y mas se acrecienta
 Con la injuria que recibo.

Y á mi ver,
Tan grave de padecer
Es el fuego que me inflama
Y la pasión que me llama,
Que me parece traer
Encerrado
El Etna, monte pesado,
Con sus fuerzas muy crecidas
Y sus llamas encendidas
En mi pecho trasladado.
Tu heldad
No promete crueldad,
Mas ni por esas un hora
Tú, Galatea, Señora,
Te muevas á piedad.

CARTA DE DESAFIO Á UNA DAMA.

Señora, pues de continuo
Holgais de me maltratar,
Yo propongo y determino
De buscar algún camino
Como me pueda vengar.
Mire cada cual por sí
Y guarde bien su persona,
Porque de hoy mas desde aquí
Entre vos, Señora, y mi
Cruda guerra se pregona.
De la cual no puede haber
Paz ni tregua ni concierto,
Sino morir ó vencer,
Pues yo no puedo perder,
Tomándome sobre muerto.
Por eso mirad que andeis
Armada, sin faltar pieza,
De las armas que sabéis;
Si no, quizá volveréis
Las manos en la cabeza.

UNA CARTA ECHADIZA

PARA QUE UNA DAMA FEA LA TOMASE.

Decia el sobrescrito:

«Quien me tomare, si es fea,
»No me abra ni me lea.»

Dentro.

«No sois vos á quien yo vengo;
»Dejadme, no me leáis.
»Vos, Señora, ¿no miráis
»El sobreescrito que tengo?
»Tornadme presto á cerrar,
»Y no llegue nadie á mí;
»Que no debe haber aquí
»Lo que yo vengo á buscar.»

CARTA Á UNA DAMA EN ELLA CONTENIDA.

Aunque no me conozcáis,
Reina de las hoy nacidas,
Suplicoos que recibáis
Esta carta, pues causáis
La muerte de vuestras vidas
Acabadas,
Pero bienaventuradas
Por las causas que les quita
El dolor de ser penadas,
Viéndose bien empleadas
En heldad tan infinita;
De quien mana
Una pasión tan ufana
A los ojos que os miraron,
Que la padecen de gana,
Y confiesan por villana
Otra cualquier que tomaron.
Y se olvida
Que la memoria, herida

De vos, en vos se convierte,
Y tiene, de vos vencida,
Por vos la muerte por vida,
Sin vos la vida por muerte.
¡Oh princesa!
Vos sois peso en que se pesa
De una parte mi tormento,
El cual traigo por enpresa;
De la otra, aunque me pesa,
Vuestro gran merecimiento;
Y al alzar,
Levántase sin parar
Mi pesa hasta do alcanza
Con la vuestra; á mi pesar
Queda, sin se levantar,
En el suelo la balanza.
Mas agora
No habeis de mirar, Señora,
Vuestro valor por el cabo,
Ni que sois merecedora
De ser vos emperadora
Mejor que yo vuestro esclavo;
Que baldad
Engastada en humildad
Os dará mayor corona;
Recibid con piedad
En mi rica voluntad
Las faltas de mi persona,
Si en loaros
No pudiere levantaros
Ni supiere encareceros
Tan bien como sé miraros,
Y mirando contemplaros,
Y contemplando quereros;
Porque fuimos
Dichosos los que nacimos
En tiempo de tal ventura,
Que con nuestros ojos vimos,
Y vemos por do morimos,
Tan extraña hermosura.
Ya es tornada
La edad florida, dorada,
Que cuentan antiguamente
En ser en esta criada,
Persona tan señalada
Y dama tan excelente.
No llegó
A vos con mil leguas, no,
Aquella de vuestro nombre,
Por quien Troya se perdió;
Ved qué debo sentir yo,
Fragil y pecador hombre.
Otra Elena,
Reina de virtudes llena,
Halló la cruz gloriosa;
Vos halláis la de mi pena:
Aquella fué toda buena,
La mía toda penosa.
Yo, cautivo,
Que nuevamente os escribo,
Mil años há que os adoro
Congojoso y pensativo,
Por gozar de ese tesoro
Deseado;
Y por no seros pesado,
No quiero mas escribiros;
Que he temor que os he enojado,
Hasta ver cómo es tomado
Mi deseo de serviros.
Ni diré
Aquí mi nombre, porque
No es nadie merecedor
Que sepais quién es ni fué,
Sin que mediante su fe
Le deis primero favor.
Mas, pues veis
Cuán vencido me teneis,
A vuesamerced suplico
Esta fe no desechéis;
Que es menor que mereceis,
Pero mayor que publico.

CARTA Á LA MISMA.

Mirá que muero por vos,
Y vuesamerced lo sabe;
Si suplicar yo no cabe,
Pidoos por amor de Dios
Que vuesamerced acabe
De acabarme.
Y si pensais remediarme,
Sea desde hoy á mañana;
Que si pasa esta semana,
Podréis mandar sepultarme.
Y si muero,
Solamente de vos quiero,
Porque mi gloria no cese,
Que vuesamerced confiese
Que fui vuestro verdadero
Servidor;
Y con solo este favor
Allá viviré contento,
Libre, seguro y exento
De las angustias de amor;
De las cuales,
Rematadas las señales,
El alma será librada;
Pero la carne euitada
Acá pagará sus males
En la tierra;
Escapada de la guerra
De vuestras cruels manos,
Aunque no de los guanos,
En cuyo reino se encierra
Mal lograda.
Y desque fuere gastada,
Suplicoos, si sois servida,
Pues que fui vuestro en la vida,
Esta merced señalada.
Me hagais:
Que mi cabeza pongais,
En pago de sus afrentas,
Por extremo de las cuentas
De muertos en que rezais.
Puesta así,
Por fuerza llegando allí,
Cuando rezardes en ellas,
A la voz de mis querellas
Os acordaréis de mí
Justamente.
Mas menor inconveniente
Es agora, que soy vivo,
Acordaros que recibo
La muerte continuamente
De tardanza.
Si mi dolor os alcanza,
En mis ansias proveed,
Pues sabe vuesamerced
Cuánto allige la esperanza
Que se alarga;
Que vos teneis por gran carga
Esperar un mozo un hora;
Yo, que espero á mi señora,
Ved si es pena mas amarga.

Á LA MISMA, Á OTRO PROPÓSITO, CONTRA UN JUEGO
MAL TRABADO.

Mal se lo demande Dios
A persona tan errada,
Atrevida y mal criada,
Que á una reina como vos
Vistió de ropa alquilada.
Bien sé yo
Que aquel sastre no tomó
A vuesamerced medida;
Que no érades nacida
Al tiempo que se cortó.

Es una antigua conseja
Esto que os han presentado,
Capuz del tiempo pasado,
Que en varal de ropa vieja

Me acuerdo verle colgado.
Yo me afrento
De tan grande atrevimiento:
A persona tan herinosa
Osarle servir con cosa
Que ya voló por el viento.

Y ya que aquel caballero
Quiso remediar sus males
Con dar cosas generales,
Enviara un Cancionero,
Que cuesta cinco reales;
Que loar
A dama tan singular
Con los que andan por las plazaz,
Es nadar con calabazas
En lo hondo de la mar.

Señora, para alabaros
No se sufre cada cual,
Que es menester oficial
Primo, que sepa pintaros
En el propio natural;
Y que sea
La labor que en vos se emplea
Tan vuestra, tan de vos uua,
Que jamás otra ninguna
No la merezca ni vea.

Y vuesamerced ¿qué tiene?
Tiene allá mi corazón
En tan sabrosa prision,
Que, aunque padezca pena,
No le tendré compasion.
Su excelencia
De toda esa diferencia
Tiene en sus manos mi vida,
Que está agora suspendida,
Esperando su sentencia.

¿Qué mas tiene, si sabeis?
Tiene mi señora un peso
En que se pesa mi seso.
Y pesa mas que otros seis,
Porque quiso ser su preso.
Tiene buena
Otra cosa que enajena
El sentido y la memoria:
Tiene que nos mezcla gloria
En lo grave de la pena.

OTRA EPÍSTOLA EXCLAMATORIA.

Contra mí los elementos,
El aire, fuego, agua y tierra,
Conciertan sus movimientos,
Y á solos mis pensamientos
Se juntan á hacer guerra.
Aire puro,
Adrede tornas oscuro
El cielo con tus nublados,
Porque mis penas de juro
No tengan punto seguro,
Ni descuido mis cuidados.
Y tú, fuego,
Padastro de mi sosiego,
Padre de mis desventuras,
Con tus relámpagos luego
Desbarataste mi juego,
Y tu luz me dejó á oscuras.
¡Oh traidora
Agua turbia, estorbadora
De mi descanso y placer!
¿Para qué veniste agora,
Que á mi reina y mi señora
Por ti la dejo de ver?
Tierra dura,
Ablandóte mi ventura
Porque quedases templada
Para darme sepultura,
Pues se secó mi holgura
Por estar hoy tú mojada.
¡Oh traidores
Elementos, causadores

De mi pesar y tormento!
 Seais con nuevos ardores
 Heridos de mal de amores,
 Porque sintais lo que siento.
 ¡Oh nublados!
 Aun os vea yo enamorados
 Y en el paso en que me veo;
 Que cuando mas alterados,
 Os hará ser sossegados
 La fuerza de mi deseo.
 Reina mia,
 Si sentis vos de este día
 Lo mismo que siento del;
 Si turba vuestra alegría,
 Si os enoja su porfía,
 Si le culpais de cruel
 Sin cesar;
 Si levantais á mirar
 Los vuestros ojos apríesa
 Por ver si quiere escampar;
 Si los tornais á bajar,
 Tristes de ver que no cesa;
 Si se da
 Vuesamerced desde allá
 Congoja de mi despecho;
 Si pensáis, como yo acá,
 Por el día que se va
 Sin entrarnos en provecho;
 Cuanto llueve
 Se aposenta donde debe,
 Que en mi sangre se convierte,
 Y en mis entrañas se embebe.
 Frio estoy como la nieve,
 Con mil angustias de muerte
 Que he tenido;
 Y cuanto veis que ha llovido,
 Mis propias lágrimas son;
 Que, segun lo que he sentido,
 Cuantas gotas han caído
 Me han dado en el corazón.

VILLANCICOS Y GLOSAS.

*Las ansias y penas mías
 Tan graves son de sufrir,
 Que es el remedio morir.*

La sobra de mi tormento,
 Mi deseo y vuestro olvido
 Han, Señora, enflaquecido
 Las fuerzas del sufrimiento;
 Tan lastimado me siento
 Del mal, que no sé decir
Que es el remedio morir.

Porque vuestra voluntad,
 Segun se me muestra esquivá,
 En mandarme que no viva
 Usa de gran piedad.
 Pues, ya que á tanta crueldad
 Yo no basto á resistir,
Remedio será morir.

LETRA.

Olvidar és lo mejor.

GLOSA.

*En las dolencias de amor,
 De pesar ó de placer,
 Al que lo puede hacer,
 Olvidar es lo mejor.*

Es amor una locura
 De tristeza ó de alegría,
 Que con memoria se cria
 Y con olvidar se cura;
 El urgalle es lo peor,
 Porque para guarecer
 Al que lo puede hacer,
Olvidar es lo mejor.

LETRA.

*Fáltome el contentamiento
 Al tiempo que mas quisiera.*

GLOSA.

*Par darmc conocimiento
 Que todo lo que se espera,
 Alcanzado es como viento,
 Fáltome el contentamiento
 Al tiempo que mas quisiera.*

Quiso fortuna subirme
 Al cabo de mi querer,
 No por hacerme placer,
 Sino por mejor herirme
 Do mas pudiese doler.
 Burlóse mi pensamiento
 Porque al fin de la carrera,
 Do pensé quedar contento,
*Fáltome el contentamiento
 Al tiempo que mas quisiera.*

LETRA.

*No tengo contentamiento
 En saber cuán poco dura.*

GLOSA.

*Porque sé que me arrepiento
 En fiar de mi ventura
 Cuando me hallo contento,
 No tengo contentamiento
 En saber cuán poco dura.*

Cuando viene el alegría,
 Tan fuera de mi se halla,
 Que, de pura cohardía,
 Apenas oso tocarla,
 Porque pienso que no es mía;
 Por uno le pago ciento
 Ese rato que asegura,
 Y cuando mas gloria siento,
*No tengo contentamiento
 En saber cuán poco dura.*

LETRA.

Lo que quiero me es contrario.

GLOSA.

*De pura necesidad
 Me es el morir necesario,
 Y será mas piedad,
 Porque en esta enfermedad
 Lo que quiero me es contrario.*

De nunca ser guarecido
 Es la causa muy notoria;
 Cuantos médicos ha habido
 Me mandan tomar olvido;
 Yo siempre tomo memoria.
 Este engaño y falsedad
 Todo va en el boticario,
 Que es mi propia voluntad;
 Porque en esta enfermedad
Lo que quiero me es contrario.

LETRA.

*Por el trabajo navego,
 Sin le poder ver el fin.*

GLOSA.

*A bien ninguno me llevo,
 Que no salga al gallarin,
 Pensando hallar sosiego;
 Por el trabajo navego,
 Sin le poder ver el fin.*

Confiado en la bonanza,
 Yo mismo me hice guerra;

Embarquéme en esperanza,
Y en asomando á la tierra,
Dentro del golfo me lanza.
A cada paso me anego,
Por ser la barca tan ruin;
Y esperando surgir luego,
Por el trabajo navego,
Sin le poder ver el fin.

LETRA.

*Yo misma fui contra mí,
Y contenta de lo ser.*

GLOSA.

*Aunque con razon abrí
Las puertas al bien quercer,
En dadas como las di
Yo misma fui contra mí,
Y contenta de lo ser.*

Si por dar consentimiento
Al amor, que es mi enemigo,
Ha sido cruel conmigo,
Mi mismo contentamiento
Será mi mismo castigo.
Con gran causa me ofendi,
No me debo de ofender;
Que en dar las puertas así
*Yo misma fui contra mí,
Y contenta de lo ser.*

LETRA.

Defiéndame Dios de mí.

GLOSA.

*En el campo me metí
A lidiar con mi deseo.
Contra mi mismo peleo (7);
Defiéndame Dios de mí.*

A tan mortal enemigo
Yo no basto á resistir,
Ni menos puedo huir,
Porque le llevo conmigo.
Rendirmele luego allí
Es un ejemplo muy feo.
En gran estrecho me veo;
Defiéndame Dios de mí.

La razon que me endereza,
Portia con mi porfia;
Pero vuelve todavía
Las manos en la cabeza.
Y esperar socorro aquí
De ninguno es devaneo;
Pues soy yo con quien peleo,
Defiéndame Dios de mí.

LETRA.

Contento de mí y de vos.

GLOSA.

*Ved qué milagro de Dios
Que pretendo yo de aquí:
Voy sin vos y voy sin mí,
Contento de mí y de vos.*

Por lo mucho que debeis,
Mis servicios os ofrezco,
Y lo poco que merezco
Manda que lo desecheis;
Y pues cumplimos los dos
Lo que debemos así,
*Yo voy sin vos y sin mí,
Contento de mí y de vos.*

VILLANCICO.

*Alguna vez,
Oh pensamiento,
Serás contento.*

Si amor cruel
Me hace la guerra,
Seis piés de la tierra
Podrán mas que él;
Allí sin él
Y sin tormento
Serás contento.

Lo no alcanzado
En esta vida,
Ella perdida;
Será hallado;
Que sin cuidado
Del mal que sienio,
Serás contento.

VILLANCICO DE UNA DAMA.

*Pues es tiempo de acabar
La mas próspera ventura,
Buscar quiero lo que dura.*

Pocas veces el amor
Fortuna bien satisface,
Porque ella misma deshace
Al que abraza y da favor;
Mas ser vuestro servidor
La plaza tiene segura
En el campo de ventura;

Porque en mí será la gloria
De serviros tan crecida,
Que acabándose mi vida,
Comenzará mi memoria;
Y pues morir es vitoria
A quien tan bien lo aventura,
Buscar quiero lo que dura.

VILLANCICO.

*No hay mayor mal en la vida
Que tenella
Al que le cumple perdella.*

Malo es mi mal de sufrir,
Mas podriase pasar
Si dél pensase escapar
O esperase de sanar;
Pero mi mortal herida
Tal es ella,
Que la muerte huye della.

LETRA.

*Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.*

GLOSA.

Las ansias con que peleo
Nunca las sintió mujer;
Desesperada me veo,
*Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.*

Para ser yo redimida
Es necesaria mudanza;
Pero temo su venida.
Porque he miedo á mi esperanza,
Tras la cual ando perdida.
No es atajo, mas rodeo,
Y esperar de haber placer;
Porque estoy, cuando lo creo.
*Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.*

(7) Otros leen esta copia:
Conmigo mismo peleo.

LETRA.

*No me quereis ver ni oír;
Quiérome ir.*

GLOSA.

Es cosa muy excusada
Perder tiempo con tal hembra,
Pues de lo que en vos se siembra
No se puede coger nada;
Sois una desamorada,
No sabeis sino gruñir.
Quiérome ir.

VILLANCICO

DE UN CABALLERO EN UNA PARTIDA DE UNA DAMA DE BURGOS
PARA ARAGON.

*Vos, Señora, en Aragon,
Y no en Castilla,
¿Quién habrá de mí mancilla?*

Si vuesamerced se va,
Aunque irá con vos mi fe,
Yo, Señora, ¿qué haré?
Mi corazon quedará
Con la soledad de acá;
Pues yo no basto á sufrilla,
¿Quién habrá de mí mancilla?

Sola vuestra compasion,
Segun lo que he de sentir,
Pudiera darme al partir
Alguna consolacion;
Mas estando en Aragon,
Donde no podeis sentilla,
¿Quién habrá de mí mancilla?

Pues viviendo tan penada
Mi vida en vuestra presencia,
Ved agora en vuestra ausencia
Cómo quedará librada;
Al menos será doblada
Mi pena, que era sencilla,
Estando vos en Castilla.

Mas suplico, pues os vais,
Cuando muy despacio estéis,
Señora, que os acordeis
Cuán llagado me dejais;
Y si vivo me hallais,
Tenedlo por maravilla,
Quedando con tal mancilla.

GLOSA DE LAS VACAS.

*Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he;
Si no, bésame tú á mí.
Que yo te las guardaré.*

En el troque que te pido,
Gil, no recibes engaño;
No te me muestres extraño
Por ser de mi requerido.
Tan ventajoso partido
No sé yo quién te lo dé;
*Si no, bésame tú á mí,
Que yo te las guardaré.*

Por un poco de cuidado
Ganarás de parte mia
Lo que á ninguno daría
Sino por don señalado.
No vale tanto el ganado
Como lo que te daré;
*Si no, dámelo tú á mí,
Que yo te las guardare.*

—No tengo necesidad
De hacerte este favor,
Sino sola la que amor

Ha puesto mi voluntad,
Y negarte la verdad
No lo consiente mi fe;
*Si no, quiéreme tú así,
Que yo te las guardaré.*

—Oh, cuántos me pedirían
Lo que yo te pido á ti,
Y en alcanzarlo de mí
Por dichosos se tendrían.
Toma lo que ellos querrian,
Haz lo que te mandaré;
*Si no, mándame tú á mí,
Que yo te las guardaré.*

Mas tú, Gil, si por ventura
Quieres ser tan perezoso,
Que precias mas tu reposo
Que gozar de esta dulzura,
Yo por darte á ti holgura
El cuidado tomaré
*Que tú me beses á mí,
Que yo te las guardaré.*

Yo seré mas diligente
Que tú sin darme pasion,
Porque con el galardón
El trabajo no se siente;
Y haré que se contente
Mi pena con el porqué,
*Que es que me beses tú á mí,
Que yo te las guardaré.*

VILLANCICO.

*Allá miran ojos,
A do quieren bien.*

Y bien que mirando
Buscan su dolor,
Fuérzalos amor
Que estén de su bando
Y digan callando
La causa por quién,
A do quieren bien.

Es fuerza mirar
Donde hay aficion,
Y el que sin pasion
Lo puede dejar
Podráse llamar
Amor de almacen,
Pues no quieren bien.

Amor lisonjero
No puede forzarse,
Ni no declararse
Si es falso y ligero;
Mas el verdadero
No sufre desden
Con quien quiere bien.

Que amor es la prueba
De la piedra iman:
Los ojos se van;
Despues que los ceba,
Tras si se los lleva,
Y el alma tambien,
A do quieren bien.

De aqui mil enojos
Nos suelen hacer,
Por poco placer
De solos los ojos,
Y que sus antojos
Tormento nos den
Por quien quiere bien.
Señora, los dos
Erramos el tiro,
Y siempre á vos miro,
Y nunca á mí vos.
Maldigame Dios
Si no os quiero bien.

VILLANCICO.

*No pueden dormir mis ojos,
No pueden dormir.*

Pero ¿cómo dormirán
Cercados en derredor
De soldados de dolor,
Que siempre en armas están?
Los combates que les dan,
No los pudiendo sufrir,
No pueden dormir.

Alguna vez, de cansados
Del angustia y del tormento,
Se duermen que no lo siento;
Que los hallo trasportados;
Pero los sueños pesados
No les quieren consentir
Que puedan dormir.

Mas ya que duerman un poco,
Están tan desvanecidos,
Que ellos quedan aturridos,
Yo poco menos de loco;
Y si los muevo y provoco
Con cerrar y con abrir,
No pueden dormir.

CANCION.

*Mis ojos, ¿qué os merecí,
Que buscats ambos á dos
Alegria para vos
Y congoja para mí?*

Vosotros vivis mirando,
Yo muero porque mirais;
Cuanto vosotros gozais
Yo lo pago deseando.
Claro me parece aquí
Que tiene ordenado Dios
Que no podais vivir vos
Sin que me maleis á mí.

CANCION.

*Consuélate, corazon,
Puesto que tengas gran pena;
Que, aunque es tuya la pasion,
La culpa della es ajena.*

Si el no quererte tu amiga (8)
Es causa que vivas triste,
Consuélese tu fatiga
Con que no la mereciste.
Ventura, que no es razon,
Es quien tu pesar ordena;
Ruin es la consolacion,
Pero tómalala por buena.

CANCION.

*Aquel caballero, madre,
Como á mí le quiero yo,
Y remedio no le dó.*

Él me quiere mas que á sí,
Yo le mato de cruel;
Mas en serlo contra él
Tambien lo soy contra mí.
De verle penar así
Muy penada vivo yo,
Y remedio no le dó.

CANCION.

*No se excusa la pasion
Que se gana de miraros;
Porque veros y olvidaros
Imposibles cosas son.*

Caro nos cuesta la gloria

(8) Otras ediciones dicen:
Si dejarle tu amiga.

De ver vuestros ojos bellos,
Pues nos queda á causa dellos
Lastimada la memoria,
Y el cuitado corazon
En perpetua obligacion
De penar y descaros;
*Porque veros y olvidaros
Imposibles cosas son.*

CANCION.

*La causa de mis enojos
Es tan dulce, que me suele
Consolar cuando mas duele.*

Contra mi triste ventura
La razon tanto porfia,
Que en la mas grave tristura
Siento mayor alegria;
Crece mi mal cada dia,
Mas la causa del me suele
Consolar cuando mas duele.

CANCION.

*No debe nadie fiar
En el amor tisonjero,
Pues el que es mas verdadero
No puede mucho durar.*

No es muy plático en amores
Quien de amor recibe daño,
Pues pocos cumplen el año
Sino á costa de dolores;
Y el que se quiere engañar,
Apercibase primero
Que el falso ni el verdadero
No puede mucho durar.

GLOSA

DE LA BELLA MAL MARIDADA (9).

Mal casada sin ventura,
¿Qué te vale tu lindeza?

(9) Muchas son las glosas que se han hecho del romance de la *Bella mal maridada*. Entre ellas están las que se leen en las obras de Gregorio Silvestre, imitador de CASTILLEJO. Véase una de estas glosas:

¿Qué desventura ha venido
Por la triste de la *bella*,
Que como en las del partido
Hacen ya todos en ella,
Teniendo propio marido!
No hacen sino arrojar
Una y otra badajada;
Como quien no dice nada,
Se ponen luego á glosar
La *bella mal maridada*.
Luego va la glosa perra
Tal, que no vale tres higos,
Dando en la *bella*, y no en tierra
Como en atabal de guerra
Puesto en real de enemigos.
Veréis disparar allí
Las trece de la hermandad,
Y el que mas mira por sí
Arroja una necesidad
De las mas lindas que ri.
Pues no es de tener querella
Que en sirviendo á una casada,
Aunque no lo sea ella,
A la segunda embajada
Va la glosa de la *bella*.
Pregúntoos, decid, señores,
¿No tomará gran fatiga
Con tan falsos servidores
La que fuere vuestra amiga,
Si habeis de tomar amores?
¿Oh *bella mal maridada*,
Ya que á manos has venido
Mal casada y mal glosada,
De los poetas tratada
Peor que de tu marido;
Si ello va por mas errar,
Y vos lo quereis así,
Ventaja hago yo aquí;
Y así, para mal glosar,
Vida no dejéis á mí.

Ocasiones de tristeza
Tu beldad y hermosura.
Para ser mal empleada
Mas te valiera ser fea,
Pues se ve y se desea
La bella mal maridada.

Por tiempo tan mal perdido
Es muy justa tu pasión,
A la cual dan ocasión
Las faltas de tu marido.
Lástima tengo de ti,
Que te fué cruel amor,
Siendo la rosa y la flor
De las lindas que yo vi.

Yo de verme en tu cadena
Ya no me duelo, porque
Sé que presto moriré,
Segun me pena tu pena.
Bastas tú, siendo mirada,
Para excusarme la muerte;
Mas cuando alcanzo de verte
Véote triste y enojada;

Por lo cual quedan mis ojos,
Con la sobra del pesar,
Obligados á llorar
Los nublados de tus enojos.
Tú penas en verte así,
Yo muero por tus amores,
Y el menor de tus dolores
Es gran dolor para mí.

NOTES.

Á UN CABALLERO QUE HABIÉNDOSELE CASADO SU DAMA,
POR DISIMULAR SU PESAR SACÓ ESTA LETRA.

*Rompiéronse las cadenas
Y acabáronse mis penas.*

Estos grillos ó cadenas
Que decís que se quebraron,
Es verdad, pues que cortaron
La esperanza; mas las penas
En su lugar se quedaron.
Y el ser libre es que dejastes
Mal con fin por mal eterno,
De suerte que no os soltastes,
Como escribis, mas trocastes
Purgatorio por infierno.

Mas si, como lo decís,
No se os da por ello nada,
Ya mostráis y descubrís
Haber vivido engañada;
Con vos está á quien servís.
De lo cual bien se vengó
Hiriéndoos de tiro franco,
Pues luego que lo sintió,
Como á rebelde, os dejó
Al tiempo mejor en blanco.

¿Deste lazo así quebrado
No sabeis qué digo yo?
Que quebró lo mas delgado,
Y que la dama os soltó
Por hombre ya sentenciado.
Huístes de las pasiones
Por aquel mismo lugar
Por do huyen los ladrones,
Que les quitan las prisiones
Al tiempo del justiciar.

MOTE DE UNA DAMA, EN PORTUGUÉS.

*O erro meu dano tein,
O acertamento tambein.*

Si meu mal e mal sobejo,
A gloria delle sobeja
Si son dono meu desejo,
A causa del ó deseja,

Si e mortal miña feida.
No me chore ya ninguém,
Si erre en ser omicida;
Acerté en perder a vida.
*O erro meu dano tein,
O acertamento tambein.*

EN CASTELLANO.

De cuanto daña y estraga
Amor y vuestro desden,
De fe que tan mal se paga,
De mi fiera y cruda llaga
O erro meu dano ten.

Pero visto que se gana
Una pena tan ufana
Cual es la causa por quien
La misma culpa me sana,
Porque es yerro de do mana
O acertamento tambien.

MOTE DE UN CABALLERO.

Dame, Dios, con que me olvide.

Mi seso cuenta me pide
Porque me olvidé de mí (10);
Mas yo le respondo así:
Dame, Dios, con que me olvide.

Hame dado tal porfia
En mi cuidado mi pena,
Que por la memoria ajena
Hago ajena de la mía;
Mas si con esto se mide
El bien que nace de aquí,
Muy justamente de mí
Me da Dios con que me olvide.

DE DOÑA PETRONILA.

De mí sola no quejosa.

Aunque guerra peligrosa
Muy sin peligro me deja
Con queja de quien me queja,
De mí sola no quejosa.

De infinitos combatida
Y de mí solo guardada,
Cuanto mas nias guerreada,
Dos tanto menos vencida.
El que mas cerca se osa
Llegar á mí, mas se aleja,
Y del quejosa me deja,
De mí sola no quejosa.

MOTE DE UNA DAMA.

*¿Quien de amores se mantiene,
Como yo?*

No pensé que tal mal era
Cuando por vuestra me di;
Mas ya que lo consentí,
Aunque por mi culpa muera,
No tengo queja de mí.
Mas, aunque deste mal viene
Descanso á quien lo buscó,
Harta desventura tiene
*Quien de amores se mantiene,
Como yo.*

DE OTRA DAMA.

*Lo imposible quiero yo,
Porque sé que no ha de ser.*

Cuanto por mí se desea
Huye do jamás se vee;

(10) En otras ediciones se lee:
Porque me olvidé á mí.

Basta que yo lo desee
Para que nunca lo vea.
Y pues tengo cierto el no
En cuanto puedo querer,
Lo imposible quiero yo
Porque sé que no ha de ser.

NOTE DE OTRA LOCA.

Lo que yo quiero es posible;
Imposible pues no es.

Grave se hace y terrible
Cuanto por mí se procura;
Que para quien se aventura
Lo que yo quiero es posible.
Para mí da de través
Todo, pues nunca sucede.
Es posible, pues ser puede,
Imposible pues no es.

NOTE DE UN CABALLERO.

Quien calla y sirve,
Mucho pide.

GLOSA DE UN COMPETIDOR, POR MANDADO DE LA DAMA.

Tibio parece que está
El corazón que no clama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

La verdadera pasión
Mal se calla si no es poca,
Porque es el caño la boca
Y alquilara el corazón.
Del dolor que queda allá
Da voces el que bien ama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

Y aunque reclame después,
Jamás debe ser oído,
Porque el tormento fingido
Luego se muestra quién es.
Lo que fuere sonará
Desde la primera llama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

A UNA LIBREA DE VERDE OSCURO Y LEONADO.

En colores se declara
El color de mi ventura;
Que la esperanza es oscura,
Pero la congoja clara.
Vestíme, como merezco,
De dos paños, en que veo
Oscuro lo que deseo
Y claro lo que padezco.

Pero bien considerado
Lo que se gana y se pierde,
Cuanto pierdo con lo verde
Cobro con lo leonado.
Así que, quedo contento
Con la suerte que me alcanza;
Porque á falta de esperanza,
Muy honroso es mi tormento.

CON OTRA LIBREA VERDE Y AMARILLA.

En la mayor esperanza
Nació desesperación
A mi triste corazón.

Como mancha que cayó
En la mas preciada ropa,
Como la nave que topa
En el puerto, y se perdió;
Así, sin pensarlo yo,

Fuí causa de perdición
A mi mismo corazón.

La cosa que mas amé
Y que mas me quiso á mí,
En un punto la perdí
Cuando menos lo pensé.
Por no temer lo que fué
He dado mortal pasión
A mi triste corazón.

NOTE.

Saldrá, Dios enhorabuena,
El triste envidado mío
Deste monte que se ordena,
Vestido de un atavío,
De que le viste mi pena.
De seda parda porná,
Por do trabajo empieza,
Caperuza en la cabeza,
Con un mote que dirá:
Porque no pueda huillo.

De raso pardo será
Y de terciopelo verde,
En que aforrado vendrá
El sayo, pues que se pierde
La esperanza que en él va.
Con solo el trabajo
Voy á caza;
Que la esperanza
Déjame, porque no alcanza.

De raso verde el capote,
De pelo verde aforrado,
El de encima acuchillado,
Y por su causa este mote:
Pues ya me faltó la una,
No hay que esperar en ninguna.

La cinta de terciopelo
Verde con cabos colgados,
Que muestran su desconsuelo,
De esmalte negro esmaltados,
Con esta letra de duelo:
Acabóse mi esperanza.

Lleva también un puñal
Con cabos de su mancilla,
Verdes con borla amarilla,
En que declara su mal:
Matóme quien te mató,
Cuando viro me dejó.

De la ballesta el tablero
De color de mi congoja,
La verga de negro acero,
La cuerda de seda floja
Verde, con que desespero.
Verde aljaba llevará,
Dentro tiros amarillos,
Erbolados los casquillos,
Con letra que sonará:
Solos dos palmos alcanza
Cuando tira, y estos son
Desde el ojo al corazón.

LETRA.

AL ALJABA.

No es engaño lo de fuera;
Que dentro va con que muera.

Serán verdes los calzones,
Zapatos de verde seda,
Do mis desesperaciones
Bien por el cabo ver pueda
Quien bien sabe de pasiones.
Y porque no os espanteis
Si esperanza le calzó,
La razón que le movió
En el mote la vereis:
Porque huya de tenella.

SUEÑO.

Yo, Señora, me soñaba
Un sueño que no debiera:
Que por mayo me hallaba
En un lugar do miraba
Una muy linda ribera,
Tan verde, florida y bella,
Que de miralla y de vella
Mil cuidados deseché,
Y con solo uno quedé
Muy grande, por gozar della.

Sin temer que allí podría
Haber pesares ni enojos,
Cuanto mas dentro me via,
Tanto mas me parecía
Que se gozaban mis ojos.
Entre las rosas y flores
Cantaban los ruiseñores,
Las calandrias y otras aves,
Con sonos dulces, suaves,
Pregonando sus amores.

Agua muy clara corría,
Muy serena al parecer,
Tan dulce si se bebía,
Que mayor sed me ponía
Acabada de beber.
Si á los árboles llegaba,
Entre las ramas andaba
Un airecito sereno,
Todo manso, todo bueno,
Que las hojas meneaba.

Buscando dónde me echar,
Apartéme del camino,
Y hallé para holgar
Un muy sabroso lugar
A la sombra de un espino;
Do tanto placer senti
Y tan contento me vi,
Que diré que sus espinas
En rosas y clavellinas
Se volvieron para mí.

En fin, que ninguna cosa
De placer y de alegría,
Agradable ni sabrosa,
En esta fresca y hermosa
Ribera me fallecía.
Yo, con sueño no liviano,
Tan alegre y tan ufano
Y seguro me sentía,
Que nunca pensé que había
De acabarse allí el verano.

Léjos de mi pensamiento
Desde á poco me hallé,
Que así durmiendo contento,
A la voz de mi tormento
El dulce sueño quebré;
Y hallé que la ribera
Es una montaña fiera,
Muy áspera de subir,
Donde no espero salir
De cautivo hasta que muera.

AUSENCIAS.

En el punto que me distes
La vida me la quitastes,
Pues el corazon llevastes
Del cuerpo que despedistes.
Allí nacieron las penas
Do la gloria se sembró,
La cual quedó, triste yo,
Pagando con las setenas.

EN UNA PARTIDA FUERA DE ESPAÑA.

¡Oh cruel de mí conmigo!
¿Dónde voy? ¿Dónde me alejo,
Lastimado?
¿Cómo soy tan mi enemigo,
Que me parto de do dejo

Mi cuidado?

¡Oh piés míos! ¿dónde vais
Sin mí por tierras ajenas,
Tan extrañas?
Decí, ¿adónde me lleváis,
Dejándome allá en cadenas
Las entrañas?

Ojos míos corporales,
Que no veis á quien os suele
Consolar,
Verted lágrimas leales,
Porque en algo se consuele
Mi pesar.
Ojos del entendimiento,
Que lleváis siempre presente
Mi deseo,
Gozad sin impedimento
De la imagen excelente
Que no veo.

¡Oh pecho donde se encierra
Mi dolor y penas tantas,
Tan sangrientas,
Pues dentro tienes tal guerra,
Di, ¿por qué no te quebrantas
Y revientas?

¡Oh pensamiento cuido,
Que un momento solamente
No me dejas,
Dame un poco de reposo;
No seas tan diligente
Con tus quejas.

¡Oh suspiros engendrados
De las ansias y pasión
Del sentido!
Salid, salid aquejados;
Dad descanso al corazon
Afligido.
Tristezas y angustias mías,
Que yo de mi voluntad
Busco y llamo,
Ayudadme en estos dias
A sentir la soledad
De quien amo.

¡Oh partida acelerada!
Oh cuchillo de dolor
Lastimero!
Partirás, por ser forzada,
La vida, mas no el amor
Verdadero.
Este cuerpo miserable
Podrá, por ser tú cruel,
Apartarse;
Que el ánima no mudable
Antes quedará sin él
Que mudarse.

Vos, mi fe, que comenzais
En la letra que comienzan
Mis amores,
Pues en su poder quedais,
Suplicalde que la vengas
Mis dolores.
Y selde tan importuna,
Pues sois con justo derecho
Su cautiva,
Que otra fe jamás alguna
No se aposente en su pecho
Mientras viva.

¡Oh muy fiel corazon mio,
Que quedas allá en servicio
De mi dueño,
En tu lealtad confío
Que harás bien el oficio
Que te enseño!
No te dolerás de tí,
Pues quedas donde el tormento
Se te paga;
Pero duelete de mí,
Que do quiera que estoy siento
Cruda llaga.

¡Oh descanso en que me vi,
Que un dia solo en mi mano

Reposaste!
 Ciertó no te merecí,
 Pues veniste, y tan temprano
 Me dejaste.
 Día de mayo postrero,
 Que fin y comienzo fuiste
 De mi gloria,
 Cuanto entonces placentero,
 Tanto me es agora triste
 Tu memoria.

¡Oh mi reina y mi señora!
 Pues os he sido en presencia
 Fiel amante,
 Sedme vos también agora
 En los peligros de ausencia
 Muy constante.
 Por la fe que me debeis,
 Y por el fuego encendido
 Que en mí arde,
 Os suplico que os guardéis
 De ofenderme con olvido,
 Aunque tarde.

Con vos queda mi ventura,
 Mi descanso y mi placer
 Y mi alegría;
 Va conmigo mi amargura
 Para siempre me tener
 Compañía.
 Muy buena conversación
 Llevo en iros deseando
 De continuo;
 Que en vuestra contemplación
 Con vos me voy razonando
 De camino.

Á UNA DAMA QUE SE ENOJÓ PORQUE NO FUÉ VISITADA
 EN UNA PARTIDA.

Vuestro enojo, reina mía,
 Merced fué, pues que me fué
 Mensajero de la fe
 Que vuesamerced tenía.
 Y aunque con él me pusistes
 En tinieblas de dolor,
 Extremado es el favor
 Que en tomarlo me hicistes.

Mi culpa no me dolió,
 Pues de culpa estaba ajena;
 Mas lastimóme la pena
 Que vuesamerced tomó.
 Cruel fuistes en ser brava
 Con quien no sabe ofenderos;
 Que el pecado de no veros
 Con él mismo se pagaba.

Mas, con enojo ó sin él,
 Siempre mana de vos gloria,
 Pues vuestra dulce memoria
 Cuando amarga tiene miel.
 Si estando sañuda y grave
 Hacedis obras de señora,
 ¿Qué tales serán agora,
 Que os mostráis dulce y suave?

Tras fiublado de braveza
 Amaneció claro día,
 Por lo cual es mi alegría
 Mayor que fué la tristeza.
 Y en fin, de tanta amargura
 Quedo, en verme perdonado,
 El mas bienaventurado
 De cuantos tienen ventura.

Por bienes tan soberanos,
 Do se lavan mis manchas,
 Quiero besar de rodillas
 Esas angélicas manos;
 En las cuales aposento
 El fin del bien que poseo,
 Porque de vuestro deseo
 Quedó lleno el pensamiento.

Á UNA DAMA QUE ESTANDO ÉL MALO SE VIÑO Á MADRID.

En mas peligro dejais
 Mi vida que la hallastes;
 De una muerte me librástes,
 Y en mil juntas me dejais.
 La salud que en la venida
 De vuesamerced cobré,
 Prestada diré que fué,
 Pues la pierdo en la partida.

Así que, podré loarme
 Que sané para morir,
 Y me hicistes vivir
 Para de nuevo matarme.
 Pero yo quedo contento
 Con mi muerte que sea así;
 Que en venir después que os vi
 Tan dulce es, que no la siento.

EN UNA PARTIDA DE LA CORTE PARA MADRID.

*A las tierras de Madrid
 Hemos de ir;
 Todos hemos de morir.*

Apercibid, cortesanos,
 Las armas del sufrimiento;
 Que el peligro y el tormento
 Ya los tenemos cercanos.
 De sus poderosas manos
 Es yerro pensar huir;
Todos hemos de morir.

Por condenadas tener,
 Si el corazón no es muy tierno,
 Las vidas para la muerte,
 Las entrañas á merced,
 En las almas proveed;
 Que á la hora del partir
Todos hemos de morir.

En esta guerra mortal
 Soldados son los dolores,
 Y el amor, con sus amores,
 Es capitán general;
 Puestos en un memorial
 Tiene los que ha de herir.
Todos hemos de morir.

En el trance que se espera,
 Decid, ¿morirá Escalante?
 Ya no, porque mucho ante
 Pagó la deuda postrera.
 Si muriera si viviera,
 Mas murió para vivir.
Los vivos han de morir.

¿Figueroa morirá
 Cuando esta nueva se cucute?
 Si, si la pena que siente
 Le deja llegar allá;
 Ausencia le matará,
 Que no la podrá sufrir
Sin matarse ó sin morir.

El Rey está de partida,
 Dicen que para Madrid;
 Parte de Valladolid,
 Yo partiré de la vida.
 Moriré de recaída,
 Partiendo para partir
Segunda vez á morir.

La primera vez morí
 Muerte de sola mudanza,
 Y en virtud de la esperanza
 He vivido hasta aquí,
 Alejándome de ahí;
 Ansias que no sé decir
Me condenan á morir.

Dentro me abraso de fuego,
 Defuera muero de frío;
 Cuanto de vos me desvío,
 Tanto á la muerte me llevo.

De tan peligroso juego
Es imposible salir
Menos que para morir.

Mi deseo vivirá,
Que va por otro camino
Caminando de continuo,
Do vuesa merced está,
El cuerpo quedará acá,
Que es pesado para ir
Y propio para morir.

DON JORGE MANRIQUE, DE LAS CONDICIONES DE AUSENCIA.

*Quien no estuviere en presencia,
No tenga en fe confianza (11),
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.*

*Quien quisiere ser amado
Trabaje por ser presente;
Que cuan presto fuere ausente,
Tan presto será olvidado.
Y pierda toda esperanza
Quien no estuviere en presencia;
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.*

GLOSA DE LA PRECEDENTE, Á UNA DAMA DESAGRADECIDA.

La muy sobrada razón
Que tengo de estar quejoso
Me hace ser malicioso,
Sin ser de mi condición.
Y si merezco por ello,
Por ser mérito hacello,
Merced delante de Dios,
Dénse las gracias á vos,
Que habeis sido causa dello.

(11) El texto mas autorizado de Jorge Manrique dice:

No tenga fe en esperanza.

Gregorio Silvestre, que parece que quiso competir con Casti-
llio, glosó también esta copla del modo siguiente:

Quien ama, sirve y padece,
Gaua favor y alición
Si porfia y permanece;
Y por la misma razón
Quien no parece perece.
Así que, en esta dolencia,
Por bien que haya sido amado,
Puede aparejar paciencia
Y darse por olvidado
Quien no estuviere en presencia.

Haga el que ama su cuenta
A cuenta de estar presente,
Y si quita ó acrecienta,
Perdone; que estando ausente,
El amor también se ausenta.
Juntos andan en la danza
Olvido y apartamiento;
Por eso quien seso alcanza,
Si quiere vivir contento,
No tenga fe en confianza.

Como el natural calor
Es causa de nuestro ser,
La vista lo es del querer;
Y así, se acaba el amor
En acabándose el ver.

Memoria y dulce esperanza
Se parten si os partís vos,
Y á suplir esta tardanza
Entran otras cosas dos,
Que son olvido y mudanza.

No hay otro tan mal partido
En todos los del amor
Como ser aborrecido
Y tener competidor
Presiado y favorecido.

De competencia y ausencia,
Mirados bien los tenores,
Sin ninguna conferencia
Se verán que son peores
Las condiciones de ausencia.

Comienza.

Si algún favor alcanzamos
De la dama á quien servimos,
Muy seguros nos partimos,
Mas muy peligrosos vamos;
Porque todas en ausencia
Son de tan buena conciencia,
Que está seguro á lo menos
De llorar duelos ajenos
Quien no estuviere en presencia.

Y aunque así va declarado
Por perdido el que se va,
No por eso el que se está
Se ha de contar por ganado;
Mas guarde tal ordenanza
Cualquiera que seso alcanza;
Si está ausente desespere,
Y si presente estuviere,
No tenga en fe confianza.

Porque así Dios las crió
Sujetas á liviandad,
Que no hay mas seguridad
Con su *si* que con su *no*.
Y en su mudable privanza
Los principios dan holganza
Mientras el daño no está claro;
Mas los fines cuestan caro,
Pues son olvido y mudanza.

Olvido de lo servido,
Mudanza de lo alcanzado,
Engaño de lo esperado,
Falta de lo prometido,
Nuevo enojo y diferencia,
Sobre cuernos penitencia:
Estas y otras tales son,
Puestas ya por condición,
Las condiciones de ausencia.

Mas con todos estos males
Con que dan causa de pena,
Una cosa tienen buena,
Que no son interesales.
Gentil hombre el requebrado,
Muy galán y bien hablado,
Méritos son muy livianos;
Que ha de ser largo de manos
Quien quisiere ser amado.

No que el dar haga mas sana
La intención de la mujer;
Que lo que se le dió ayer
Ya es olvidado mañana.
Mas que luego incontinente
Que algo les dan nuevamente,
El que con ello ha servido,
Antes que venga en olvido,
Trabaje por ser presente.

Porque burlan sin temor
Al que un poco se desvia,
Y no tienen cortesía
Con quien no tienen amor.
La mas verdadera miente,
Y el que de burlas se siente,
De ser burlado se guarde;
Que no lo será mas tarde
Que cuan presto fuere ausente.

Y es engaño de amadores
Fundarse en cosa pasada;
Que ellas no tienen en nada
Cuanto hacen por amores.
Y así olvidan lo pasado,
Que, aunque sea haber llegado
Al fin del mayor estrecho,
Tan presto como fué hecho
Tan presto será olvidado.

Y lo que es mas de reir,
Hay muchas que piden celos
Por quitarnos los recelos
De su burlar y mentir.

Pero de haber buena andanza,
Habiendo alguna tardanza,
Ni de haber firme favor,
Desconlie el amador
Y pierda toda esperanza.

No que aficion les fallezca,
Porque muchas quieren bien
Mientras no se ofrece quien
Mas y mejor les parezca;
Mas habiendo competencia,
Tienen tan ancha licencia
En mudarse y en negar,
Que las ha de perdonar
Quien no estuviere en presencia.

No nos niegan por bondad
La merced que les pedimos,
Sino porque no cupimos
En suerte á su voluntad;
Y aunque quepa la libranza,
No hagais dello confianza.
Querellas, mas no creellas;
Sus obras aborrecellas,
Pues son olvido y mudanza.

Ser verdad que no hay amigos
Al muerto y al que se va,
Harto bien probado está
Con tan mudables testigos;
Que en vestirse de paciencia
Pone luego diligencia,
La que mayor pena siente,
Por guardar con el ausente
Las condiciones de ausencia.

Veis aquí va la verdad,
Sin que della un punto salga,
Y ella, Señora, me valga
Como no va la mitad.
Y si algunas he ofendido
Por haberme así atrevido,
De vos deben ser quejosas,
De quien todas estas cosas
A mi costa he aprendido.

AL AMOR.

Dame, Amor, besos sin cuento,
Asido de mis cabellos,
Y mil y ciento tras ellos,
Y tras ellos mil y ciento,
Y despues
De muchos millares, tres;
Y porque nadie lo sienta (12),
Desbaratemos la cuenta
Y contemos al revés.

HISTORIA DE PIRAMO Y TISBE,

TRADUCIDA DE OVIDIO, PARA LA SEÑORA ANA DE NOMBURG.

Generosa y magnífica Señora: Con el deseo que siempre he tenido, y agora mas que nunca, de hacer algun servicio á vuesamerced, he mirado y revuelto mi recámara, y no hallo en toda ella para ello sino palabras y plumas, y no todas verdaderas ni de mucha autoridad; de las cuales, por no dilatar mas años mi propósito, he acordado de dar, en este de 28, alguna parte á vuesamerced, y presentarle la historia ó fábula de Piramo y Tisbe, antiguos y leales amadores, y tan leales, que si es verdad lo que Ovidio escribe de ellos y lo que yo he trasladado de él, les costó la vida á ambos, segun vuesamerced podrá ver por el desastrado suceso de sus penados amores. Simples fueron, á mi parecer, en matarse asi con el calor del amor y de la edad; porque pudieran esperar á resfriarse y envejecerse, especialmente si vinieran á palacio y á Alemania, como yo;

(12) «Porque ninguno lo sienta,» dicen otros ejemplares manuscritos de esta poesia.

pero quisieron perder la vida á trueco de la fama. Y pues es hecho, y no podemos ayudarles con consejo, obra piadosa y justa será acordarnos de ellos. Vuesamerced haga en el caso por su parte lo que le pareciere segun su limpia conciencia; que no quiero ponerla en obligacion, ni pedir otra merced de mi trabajo, sino que, no pudiendo bien leer ó entender estas locuras de amor, tome un acompañado para ello que le ayude de mala, el cual quede á voluntad y eleccion de vuesamerced, cuyas manos beso.

HISTORIA (13).

Grandes, muy grandes, Amor,
Son tus hechos por do vas,
Y fueron siempre jamás;
Sabido fué tu dolor
Cinco mil años atrás.
Con tus flechas triunfantes
Los morales, que de antes
Blanco nos daban el fruto,
Tú los cubriste de luto
Con sangre de dos amantes.
Piramo, gentil galan,
Y Tisbe, muy linda dania,
Los cuales al que bien ama
Puestos por ejemplo están
En los libros de la fama;
Siendo entrambos igualmente,
Entre la florida gente
De mancebos y doncellas,
Las dos personas mas bellas
Que nunca tuvo el Oriente,
Acertaron á tener
Las casas de sus moradas
Pared en medio pegadas;
Pero, como suele ser,
Con fuerte muro cerradas,

(13) La fábula de *Piramo y Tisbe* ha sido muy tratada por los poetas españoles. Gregorio Silvestre, tan imitador de CASTILLEJO, si bien muy inferior á este ingenio, escribió igualmente en quintillas los amores de Piramo y Tisbe. Véanse estas muestras:

A los tristes amadores
Es una sombra de gloria,
Y un alivio á sus dolores,
Recontar alguna historia
De otros que mueren de amores.
Ocupase el pensamiento
Del triste que está en tormento,
Oyendo la ajena impresa,
Y su mal hace represa
De falso contentamiento;
Y puesto que se declare
Ser tan flaco este edificio,
Aunque el mal no se repare,
Aplíquese el beneficio,
Y dure lo que durare.
Porque á cualquier amador
Que esta fábula leyere,
Viendo los fines de amor,
Si consuelo no le fuere,
Será ejemplo, que es mejor.

Piramo y Tisbe nacieron
Tan sin par en hermosura,
Que muestran por lo que fueron,
Ser por fuerza de natura
El amor que se tuvieron.
Ambos fueron de un metal,
Tan iguales sin igual,
Que si amor no los juntara,
Naturaleza quedara
En sus obras desigual.

Mientras no supieron qué era,
Gozaban del conversar;
Pero un bien de tal manera
No lo pudiera gozar
Quien entenderlo supiera;
Porque el falso del amor
Tan caro vende el favor,
Que suele dar la victoria
Para que mate la gloria
Cuando no puede el dolor.

En aquella muy nombrada
Y ciudad mas señalada
Que Semiramis creó,
Donde amor siempre reinó,
Gran Babilonia llamada.
Su primer conocimiento
Manó de la vecindad;
Y con el tiempo y edad,
Con igual contentamiento
Fué creciendo el amistad.
Y si libertad tuvieran,
De buena gana quisieran
Juntarse por casamiento;
Mas vedáronlo sin tiento
Sus padres, que no debieran.
Mas no pudieron vedar
Que la amorosa porfia
Que en sus entrañas ardía
Los dejase de quemar,
Amando mas cada día;
Antes el defendimiento
Y nuevo encarecimiento,
Segun suele acaecer,
Puso espuelas al querer
Y velas al pensamiento.
Medianero no tenían
Ni de nadie se liaban;
Solamente se miraban,
Y por señas se entendían
Y con los ojos hablaban;
Mediante lo cual crecía
Su tormento toda via,
Y el fuego que los quemaba,
Cuanto mas cubierto andaba,
Dos tantos mas se encendía.
De suerte que estas pasiones,
El mayor de sus cuidados
Era, viéndose penados,
No serles sus corazones
A boca comunicados.
Y no pudiendo hallar
Camino para hablar,
Penaban sin resistencia
Hasta que la diligencia
Al cabo halló lugar.
La pared á la ventura
Que las casas dividía,
De luengo tiempo tenía
Un resquicio ó hendedura
Desde cuando se hacia.
Este vicio señalado,
Que en tanto tiempo pasado,
Aunque no estaba escondido,
Hasta allí nunca habia sido
Jamás de nadie notado.
Entonces se echó de ver
¡Oh gran Dios omnipotente!
¿Qué es lo que el amor no siente,
Ó qué se puede esconder
A su calor diligente?
Vosotros, amantes, fuistes
Los que primero lo visteis,
Ambos por un mismo tino,
Y dél hicistes camino
Para vuestras voces tristes.
Por aquel lugar estrecho
Pasaban despues seguras
Las caricias y dulzuras
De su lastimado pecho,
Mezcladas con amarguras.
Por allí dentro enviaban
Del fuego en que se quemaban,
Muy pasito, las centellas,
Y las sabrosas querellas
Que el uno al otro se daban.
Los suspiros afligidos
Y halagos delicados,
De ambas partes enviados,
De ambas partes recibidos,
Iban por allí guiados.
Y muchas veces así
A hablarse por allí

Tisbe y Piramo venian,
Y daban y recibian
El dulce aliento de sí.
Aumentándose la sed,
Con ello, de sus amores,
Y creciendo sus ardores,
Maldecian la pared,
Dándole tales clamores:
«¡Oh cruel muro envidioso,
Que estorbas nuestro reposo!
¿Qué te costaba dejar
De todo punto juntar
Nuestro cuerpo deseoso?
»¿Por qué se nos encarece
Por ti lo que deseamos?
Y si lo que demandamos
Muy gran cosa te parece,
Así te lo confesamos.
Debrias, pues es mas poca,
Si nuestra angustia te loca;
Abrirte y darnos lugar
Siquiera para gozar
De la fruta de la boca.
»Pero no debemos serle
Ingratos, ni lo queremos;
Antes claro conocemos
Y confesamos deberte
El bien que agora tenemos,
Pues que por ti nos fué dado
Paso franco libertado
Para que nuestras fatigas
A las orejas amigas
Llevasen nuestro mandado.»
Habiendo hecho deste arte
En vano, sin galardón,
Su triste lamentación,
Cada uno por su parte,
Ambos por un corazón,
Ya que la noche llegaba,
Que el tiempo los apartaba,
Se despiden suspirando,
Cada cual dellos beseando
La parte por donde estaba.
Mas la mañana siguiente,
Despues que del cielo habia
Quitado el alba del día
Las lumbres generalmente
De la oscura noche y fría;
Y habiendo el sol colorado
Con sus rayos enjugado
Las verdes yerbas heladas,
Y las tinieblas pasadas
De todo el mundo alumbrado,
Los dos amantes leales,
No habiendo mucho dormido,
Vuelven al lugar sabido
A comunicar sus males
Con muy pequeño ruido;
Y habiendo primero dado
Ambos con igual cuidado
Muchas quejas, todas llenas
De las angustias y penas
De su vivir afanado;
No pudiendo mas sufrir
Las batallas y torneos
De sus ansias y deseos,
Ni para los conseguir
Andar por tantos rodeos,
Acuerdan, sin mas terceros,
Letrados y consejeros,
Que deben ambos tentar
En la noche de engañar
Las guardas y los porteros,
Y salir secretamente
De casa sin claridad,
Y en la misma oscuridad,
Por huir mas de la gente,
Desamparar la ciudad;
Y que fuesen á juntarse,
Sin torcer ni desmandarse
Por el campo y sin camino,
Al sepulcro del rey Nino,

Porque no puedan errarse;
Y que despues de llegados,
Para que menos pudiesen,
Si acaso gentes viniesen,
Ser de ninguno mirados,
Ordenan que se escondiesen
So la cubierta sombría
De un gran moral que cubría
Parte del campo labrado,
De moras blancas cargado,
Cerca de una fuente fría.

El concierto les agrada,
Cuando ya les parecia
Que caminaba tardía,
Tanto, que ya los enfada,
La luz del sol de aquel día,
La cual, sin se detener,
Da prisa por se meter
En las mismas aguas, donde
Tambien la noche se esconde,
Y dellas torna á nacer.

Pues la noche ya venida,
Y siendo el tiempo llegado,
Por ambos tan deseado,
A Tisbe no se le olvida
Lo que estaba concertado;
Y aunque era dama encerrada,
De padre y madre guardada,
Personas de autoridad,
No halla dificultad

Para cumplir su jornada
No da por inconveniente
Haber sido su salida
Antes de tiempo sentida,
Ni haber estado doliente,
Ocupada ó impedida;
Ni compone haber estado
Toda la noche á su lado
Su madre, siempre despierta,
Ni haber quedado la puerta
Cerrada con el candado.

Guárdeos Dios que amor atice
El fuego que él mismo hace;
Que aunque temor amenace,
El hace en fin lo que dice,
Y dice lo que os aplice.
De achaques anda desnudo,
De manera que no dudo,
Antes lo doy por aviso,
Que aquella pudo que quiso,
Y si no quiso, no pudo.

Así que, Tisbe primera
Los de su casa desmiente,
Y á oscuras muy diestramente
Vuelve el quicio y sale fuera,
Que ninguno no la siente;
Y con un velo delgado
Su lindo rostro tapado,
Al gran sepulcro llegó,
Y á la sombra se sentó
Del árbol atrás contado.

Amor le daba osadía,
Afición la acompañaba,
Deseo la apresuraba,
Su fe la favorecía;
Mas fortuna contrastaba.
A deshora, sin mas cuenta,
Ella estando muy contenta
De ver allí su persona,
Vió venir una leona,
La boca toda sangrienta.

La cual, habiendo aquel día
Hecho carne frescamente,
Con la hartura reciamente
A matar la sed venía
A aquella vecina fuente;
Y como Tisbe la vió
De lejos, y conoció
A los rayos de la luna,
Gota de sangre ninguna
En su cuerpo le quedó.

Así, con vista tan nueva,

Casi muerta, de espantada,
Fué corriendo apresurada
A meterse en una cueva,
De allí no muy apartada;
Pero mientras así huía,
El manto que le cubría
Se le cayó por detrás;
Y ella no curó del mas,
Con el temor que tenía.

La cruel leona brava,
Desque con agua infinita
Refrenó su sed maldita
Cuando al monte se tornaba
Por do su furia la incita,
Hallando acaso allí echada
Aquella ropa delgada
Sin la que allí la dejó,
Toda la despedazó
Con su boca ensangrentada.

Piramo, que mas tarde era
Salido, cuando llegó,
Y en el polvo claras vió
Las pisadas de la fiera,
Toda la color perdió;
Y como tambien caída
Viese, y en sangre teñida,
La ropa de la inocente,
Suspirando fieramente,
Dijo con voz dolorida:

«Pues el manto tal está,
Muerta es Tisbe; y pues los hados
Así se muestran airados,
Esta noche acabará
A entrambos enamorados;
De los cuales ella fuera,
Si ley en la vida hubiera,
Digna de muy larga vida;
Que mi alma, su homicida,
Es la que es justo que muera.

»Yo, yo, triste, miserable,
¡Triste de mí! te maté,
Y de noche ir te mandé
A lugar tan espantable,
Y antes que tú no llegué.
¡Oh leones! Oh alimañas
Que estáis en estas montañas!
Mi cuerpo despedazad
Y á bocados arracad
Estas malditas entrañas.

»Pero de hombre de vil suerto,
Temeroso y menos fiel
Es en caso tan cruel
Desear de otro la muerte,
Pudiendo dársela él.»
Esto dicho, levantó
El manto que allí halló
De la su Tisbe leal,
Y á la sombra del moral
Del concierto lo llevó.

Y despues de haber mojado
Con lágrimas á hartura
La sangrienta vestidura,
Y muchas veces besado,
Dijole con amargura:
«¡Oh ropa sin alegría!
Pues gustaste en compañía
La sangre de tu señora,
Recibe tambien agora
Algun gusto de la mía.»

Luego con su misma espada;
De su propia voluntad,
Se hirió sin piedad,
Metiéndola por la hijada
Con extraña crueldad;
Mas tornó súbitamente
A sacarla encontinente,
Ya muriendo desmayado,
Y cayó allí trastornado
Sobre la tierra caliente.

La sangre surte muy alta,
Ni mas ni menos que un caño
Que acaso recibe daño

Y se rompe por la falta
Del plomo, hierro ó estaño,
Y por un resquicio estrecho
Arroja muy largo trecho
Las aguas, que van con pena,
Y con sus golpes barrena
Y rompe el aire derecho.

La fruta del árbol, siendo
Con la sangre rociada,
La raíz también mojada,
Luego se fué convirtiendo
En forma negra mudada.
Y las moras á deshora,
Siendo la muerte pintora,
Se tiñeron desde allí
En color de carmesi,
Como las vemos agora.

Tisbe en este mismo instante,
Aun no habiendo despedido
El gran miedo recibido,
Por no burlar al amante,
Vuelve al puesto conocido;
Y con ojos y cuidado
Buscaba su enamorado,
Deseándole hallar
Para poderle contar
Su gran peligro pasado;

Y como mas se acercó,
Aunque el lugar conocia,
Y el árbol también, que habia
Bien visto cuando llegó,
Y en memoria lo tenia,
La nueva color trocada
De la fruta en él hallada
La desatina y altera;
Que no sabe si aquel era
Adonde estuvo sentada.

Mas estando de esta suerte
Dudosa, toda temblando,
Vió estar el cuerpo sangrando
Con la basea de la muerte
En el suelo golpeando;
Y vista cosa tan fiera,
Retiróse para afuera,
Con el espanto, de presto,
Llevando su blanco gesto
Mas amarillo que cera;

Y mas fria que la nieve,
Del pavor espeluzada,
Quedó tremitiendo turbada,
Como se estremece y mueve
La brava mar alterada
Cuando algun viento delgado,
De ella misma levantado,
A deshora la lastima,
Apremiándola por cima
Con rigor demasiado.

Mas despues que reparó,
Y conoció sus amores,
Con claros llantos mayores
Sus lindos pechos hirió,
Dello no merecedores;
Y sus cabellos mesando,
El cuerpo amado abrazando,
Con sus lágrimas suplia
En la herida vacia

La sangre que iba faltando;
Y mezclándola con ellas,
Y con muy grande agonía,
Besando la boca fria,
Clama y da tales querellas
Al alma que se salia:

«¡Oh Piramo deseado!
¿Qué caso tan desastrado,
¿Qué desastre tan cruel
Ha sido, Señor, aquel
Que así de mí te ha quitado?»

»Responde, Piramo mio,
Tu amada Tisbe te llama;
Oye y mira á quien te ama,
Levanta tu rostro frio,
Echado en tan dura cama.»

Piramo, cuando esto oyó,
Al nombre de Tisbe alzó
Sus ojos mortificados;
Mas luego fueron tornados
A cerrar, desque la vió.
Y ella, como conociése
Allí su ropa sutil,
Y la vaina de marfil
De Piramo también viese
Sin el espada gentil,
Conociendo el mal recado,
Dijo luego: «¡Oh desdichado!
Tu misma mano, Señor,
Y la sobra del amor
Son los que te han acabado

»Pues también tengo yo en mí
Manos fuertes y atrevidas,
Y amor á velas tendidas,
Que me darán, como á ti,
Fuerza para las heridas.
Muerto de muerte tan fiera,
Te seguire por do quiera;
Y si hui, porque no huya
Causa de la muerte tuya,
También seré compañera.

»Y tú, que con sola aquella
Podías ser apartado
De mí, mas no de mí grado,
No lo serás ni con ella,
Pues irás acompañado;
Mas vosotros, muy honrados
Padres desaventurados,
Sayo y mio en compañía,
De su parte y de la mia
Holgad de quedar rogados

»Que aquellos á quien así
Amor y fe verdadera
Y la hora postrimera
Ayuntaron hoy aquí
Con voluntad tan entera;
Porque su fuerte ventura,
Que en vida les fué tan dura,
Aun despues de ella convenga,
No hayais por mal que los tenga
Una misma sepultura.

»Y tú, moral, que al presente
Cubres aquí donde estás
Un cuerpo muerto, y no mas
Del uno, y encontinente
Los de los dos cubrirás,
Guarda muy bien las señales
Y los indicios mortales
De nuestra cruda matanza,
Pues tanta parte te alcanza
De nuestros últimos males.

»Y siempre tu fruta sea,
Cual es mi triste tesoro,
Negra de color de moro,
Que es comunmente librea
Para luto y para lloro;
Del cual tu vista adornada,
Tu tristeza señalada
A todos será notoria,
En remembranza y memoria
De la sangre en ti juntada.»

Esto dicho, levantó
Del suelo la triste espada,
Que aun no estaba resfiada
Del calor que recibió
En la matanza pasada;
Y poniéndola de hecho
En lo bajo de su pecho,
Dejóse caer sobre ella,
Dando fin á su querella
Y á sus angustias de hecho.

Mas su demanda á la hora
Fué por los dioses oída
Y por sus padres cumplida,
Como vemos ser la mora
Negra, su sazón venida;
Y lo que dellos sobró
Del fuego que los quemó,

Una sombra lo cobija
En una misma vasija,
Donde guardado quedó.

Final.

*No hay temor
Que no le prive el amor.*

El peligro de la vida,
Y á veces el de la fama,
Al que bien de veras ama
A mas osar le convida.
Si la llama está encendida
Del amor,
También se quema el temor.

CONTRA EL AMOR.

Al reclamo del deseo
Me llevas, Amor, tras tí,
Perdido tras lo que veo,
Engañado en lo que creo
Y enajenado de mí.
Bien burlado,
Pero mal escarmentado;
Mil veces preso y vendido,
Y algunas arrepentido,
Pero jamás enmendado (14).

Dime, Amor, perseguidor
Del flaco poder humano.
¿Cuándo habrá fin tu furor
Para sentir el error
Con que causas mi liviano
Desatino?
¿El apetito malino
Cuándo dormirá su sueño,
Que á despecho de su dueño
Está ladrando continuo?
¿Cuándo me tengo de ver
Libre deste desvario?
Que pienso no puede ser,
Pues nunca pude hacer
Que dejase de ser mío,
Ni yo suyo.
Entonces mas me destruyo
Cuando mas lo contradigo,

(14) Gregorio Silvestre, en la *Residencia de amor*, dice lo siguiente:

Y luego, entre sí pensando,
Salió triste y suspirando
Torres Naharro, admirado,
Y de sus penas turbado,
Desta manera hablando:
«¿Es posible que por vas
Aun suspirar no me vague?
¿Ay que sí, que es ley de Dios
Quien tal hace, que tal pague!
Mas, Señora,
¿Es posible pues ahora
Que me priveis de sosiego?
¿Ay que sí, que al que os adora,
Como hereje busca el fuego!»

Dijo el juez: «Este tal,
El se acusa y se condena;
Muy bien conoce su mal:
El merece bien su pena,
Aunque no le verná igual.
CASTILLEJO, que lo oyó,
En su compañía salió;
Que aunque enemigo de amor,
Por este mismo tenor
Igual culpa confesó:

«Al reclamo del deseo
Me llevas, amor, tras tí,
Perdido tras lo que veo, etc.»

«Con tus insolencias vanas
No me catas cortesía
Ni me las muestras mas llanas, etc.»

Pasó el viejo con dolor
Y dijo el juez: «Bien, basta
Para libralte su error,
Porque con la edad se gasta
La fuerza y poder de amor.»

Y mas de cerca lo sigo
Cuando pienso que lo huyo.
Bien como el fuego encendido,
Que, con el agua rociado,
Queda, sin ser resistido,
Muy mas ensoberbecido,
Con su contrario curado.
Y la ciencia,
En tan rebelde dolencia
No la bastando á curar,
Es fuerza de acrecentar
Las fuerzas de su potencia.

Amor ciego, tú me ciegas,
Tú me alliges, tú me aquejas;
Pidesme lo que me niegas,
Para herirme me allegas,
Para curarme me dejas

En poder
Y á manos de una mujer,
De quien, en lugar de cura,
Cien mil tragos de amargura
Me es forzado padecer.

Miedo he que esta importuna
Cruel guerra de natura,
Do no hay paz cierta ninguna,
Tuvo comienzo en la cuna
Y el fin en la sepultura;

Y el reposo
Aun allí será dudoso
Al espíritu penado,
Que siempre fué enamorado
Y de beldad desoso.

Contra lo cual no han valido
El seso ni la bondad,
Ni contigo amor podido
Hacer trato ni partido
Que les dé seguridad
Verdadera;

Y la tregua lisonjera
Que algunas veces han hecho,
Tú no la has por tu derecho
Tenido por valedera.

Fué mi suerte, fué mi hado
Dolencia casi continua
De amor á mal de mi grado,
De mi natura forzado,
Que, sin yo querer, me inclina
A querer

Y á no poderme abstener
De mirar y desear
Lo que sé que me ha de dar
Mas tormento que placer.

Con tus insolencias vanas
No me catas cortesía,
Ni me las muestras mas llanas
Con mis barbas y mis canas
Que cuando no las tenia;
Ni la edad,
Ya puesta en autoridad,
Honras y mayor estado,
Han contigo, Amor, bastado
A ponerme en libertad.

Contra tus locas pasiones
No aprovechan diligencias,
Negocios ni ocupaciones,
Ayunos ni confesiones,
Embarazos ni dolencias
Ni cuidados;
Que, todos examinados
En mi secreto sentido,
Siempre los tuyos han sido
Mas continuos y pesados.

Al flaco que defenderse
No puede de su adversario,
Retirarse ó esconderse
Le suele, para valerse,
Ser útil y necesario;
Mas contigo,
Amor loco y enemigo,
No vale esta diligencia,
Porque no hay contigo ausencia;
Que do quiera vas conmigo.

Tus cuidados y tus penas,
Con que el mundo se destruye,
Por el mar y sus arenas
Y por las tierras ajenas
Van siguiendo á quien te huye,
Sin dejallo.

En paz, á pié ni á caballo
Yo, triste, pues ¿qué haré?
Dime, Amor, ¿adonde iré?
Que do voy allá te hallo.
De mil maneras padezco,
Espero lo que no espero,
De lo que tengo carezco,
Y lo que mas aborrezco
Es lo mismo que mas quiero.

Soy cautivo
De amores, y fugitivo
Tornado por los cabellos;
No puedo vivir sin ellos,
Y con ellos menos vivo.

Dame, Amor, ya facultad
Que no piense en tí ni crea
Que puedes decir verdad,
Pues tanta dificultad
Hay en lo que se desea.
¡Guay del triste
A quien tú para amar diste
Inclinacion de natura,
Y le falta la ventura
Del gozo que prometiste!

Pon en libertad mis ojos,
Manos, piés y corazon,
Para excusar los enojos
Que causa con sus autojos
Tu mala conversacion
Trabajosa,
Por una parte sabrosa,
Por otra amarga y horrible,
En un momento apacible,
Y en el mismo rigurosa.

Y pues sin haber socorro
He sido, Amor, tu soldado,
Y tan viejo, que me corro,
Dame ya carta de horro
Para vivir descuidado,
Sin estar
En todo tiempo y lugar
Con mi seso peleando,
Y de continuo pensando
En qué poderte agradar.

¡Ay del pobre que padece
El dolor de que querello,
Que á cada paso se ofrece
Ver lo que bien me parece,
Y no poder gozar dello!
Y así ando,
Como Tantalo, penando
Por lo que delante está,
Y por lo que se me va
De las manos suspirando.

Suplicote que nos digas
Por qué, Amor, tus desafueros
Y sospechas enemigas
Me euestan tantas fatigas
Y congojas y dineros.
¡Oh mal grado!
Que pagado ó no pagado,
Quando mas me fuiste amigo
Nunca me tomé contigo
Sin salir descalabrado.

Entre las dificultades,
Trabajos, rabias y quejas,
Mudanzas y novedades,
De tus importunidades
Solo un consuelo me dejas,
Que es paciencia
Forzosa con penitencia,
Y que lo que no he alcanzado
Al menos no me ha quedado
Por descuido ó negligencia.

La libertad del mirar,
Que nos das, ¿por qué se quita

A la boca del hablar
Y á las manos de tocar
Lo que el alma solicita?
No es razon
Ser de menos condicion
Los otros miembros humanos,
Y que los ojos ufanos
Lleven todo el galardón.

Leyes son muy rigurosas
No poder gozar cualquiera
De las mujeres hermosas
Como de las otras cosas,
Por ley comun y soltera,
Sin andar
Obligados á pasar
Tantos enojos y males,
Al respeto de los cuales
Es nada nuestro gozar.

¡Oh gran Dios, y cuán gran mal
Fué poner nuestros placeres
En un tan descomunál
Y peligroso animal
Como lo son las mujeres,
Tras que andamos!
Y así el medio que buscamos
Para nuestra enfermedad,
Fundado en su liviandad,
Tarde ó nunca lo hallamos.

*Quid levius vento? falmen;
Quid fulmine? flamma;
Quid flamma? mulier;
Quid muliere? nihil.*

¿Cuál cosa hay que ligera
Pasa al viento y no reposa?
El rayo que sale fuera;
¿Y al rayo? La llama fiera;
Y á la llama ¿qué otra cosa?
La mujer;
Y á la mujer en su sér
¿Qué cosa ligera y vana
La vencerá de liviana?
Ninguna á mi parecer.

De do viene que tu oficio,
Amor loco, todo es viento,
Pues no puede el edificio
Carecer de falta y vicio
Donde es malo el fundamento
E imperfecto;
Y así al amante pobreto
Nunca le falta laceria,
Siendo vana la materia,
Y mucho mas el sugeto.

Mas, caso que los amores
Vayan bien por parte dellas,
Siempre hay duelos y dolores,
Que á los pobres amadores
Dan mil causas de querellas
Y fatigas.

De las mas ciertas amigas
No se excusan mil pasiones,
Gastos y tribulaciones,
A que tú, Amor, nos obligas.

Cuanto mas que de las tales
Muy pocas hay al presente;
Todas son interesales.
Ya murieron las leales
Que en España antiguamente
Diz que había;
Tal uso paso solia,
Que las Indias y mineras
Y otras gentes forasteras
Lo han hecho mercaderia.

Entre los daños sin cuento
De tus yerros y mudanzas,
No es el menor perdimiento
La porfia y seguimiento
De tus vanas esperanzas;
Con las cuales
Nos causas, Amor, mas males
Que si nos desesperases,
Y la cuenta rematasas
De las esperanzas tales.

Mas yo, por mi desventura,
Nunca la vi fenecida,
Y entre una y otra locura,
Sin tener hora segura,
He consumido la vida
En prision.
Mirad qué consolacion
Para el mal de mi querella,
Que el mayor bien que hay en ella
Es la desesperacion.

Gran ribaldo eres, Amor;
El Turco no se te ignora;
No quieres, por ser señor,
Que ningun tu servidor
Tenga fuerza que le vala;
Y si alguno,
De pesado é importuno
Y grave de soportar,
Se te puede comparar,
El gran Turco es solo uno.

El es grande en demasia,
Y tú grande sin igual;
El en hacer mal porfia,
Y tú de noche y de dia
No causas de hacer mal
A dos manos;
El á los presos cristianos
Fuerza su ley confesar;
Y tú la fe renegar
A los mas á ti cercanos.
El no guarda fe ni si
A hombre de su valia,
Tan poco como tú á mí;
Tan bien va contra el Sofi
Como contra el rey de Hungría.
El no popa
A nadie en Asia ni Europa,
De cualquiera ley que sea;
Tú matas toda ralea
Y haces á toda ropa.

El ha de todas naciones,
Suertes y formas de gentes,
Oficios y profesiones,
Estados y condiciones,
Por esclavos y sirvientes
Naturales;
Tú de estados desiguales
Tambien tienes gran gentío,
Y aun llega tu señorio
A los brutos animales.
Cahe él hay diversos grados
De cargos, como bajaues,
Y otros grandes y privados,
Genizaros y soldados,
Sanjacos y capitanes
De su gente;
Y así, Amor, por consiguiente,
De los á ti sometidos
Hay diversos repartidos
En estado diferente.

El Turco con su grandeza
Hace grandes á los suyos
De dineros y riqueza;
Y tú, de tu gentileza,
Amor, tambien á los tuyos;
De tal suerte,
Que tienen que agradecerte
El bien que de ti les viene;
Mas ninguno dellos tiene
Castillo ni casa fuerte.

Tú y el Turco á la fin fin
Haceis bienes y favores
Que salen al gallarin,
Como fué lo de Abrain,
A los tristes servidores;
Cualquier don,
Mando, gracia ó galardón
Que dais á vuestros vasallos,
Puede bien regocijillos,
Mas al fin esclavos son.

Ambos tratais con desden
A los malos y á los buenos;

El tirano y tú tambien;
El tiene á Jerusalem,
Y tú á Roma, que no es menos,
Tuya es.
De la haz y del envés
Sois una misma sustancia;
El tiene liga con Francia,
Y tú das el mal francés.

Al olor de tu placer
Se beben tristes jarabes
Por mujeres que, á mi ver,
Son para nos ofender,
Como en el campo las aves;
Que las vemos,
Y con los ojos podemos,
Mirando, dellas gozar,
Mas queriéndolas tomar,
Entre manos las perdemos.

Y si alguno las gozó,
No por eso está pagado,
Porque, á lo que alcanzo yo,
Nunca nadie se hartó
De aquello á que es inclinado.
No hay poder
Que baste á satisfacer
De amores al amador
Ni de juego al jugador
Ni al borracho de beber.

El avariento logrero
Cada vez sale á la plaza
Con mas hambre de dinero,
Y al cazador ó montero
Nunca le basta la caza
Que mató;
Si otra de nuevo salió,
Es fuerza que la desee,
Y cada ciervo que vea
Es el primero que vió.

No sé de dónde te vino
Este nombre que te dan,
Amor, aunque eres latino,
Pues de titulo tan dino
Tus obras tan lejos van.
Fué postizo
De algun loco advenedizo,
Inventado por error;
Porque quien te llamó amor
No supo lo que se hizo.

Mas justo fuera amargura
Que amor por nombre ponerte,
Mordaza, morbo, locura,
Furia, rabia, mordedura,
Mortaja, tártago, muerte.
Mal parece
Nombre que no se merece,
En poder del Can-Cerbero;
Porque el amor verdadero
A solo Dios pertenece.

SERMON DE AMORES,

DEL MAESTRO BUEN-TALANTE FRAY FIDEL, DE LA ÓRDEN
DEL TRISTEL (13).

Introduccion por un cura.

Huelgo que os hayais juntado
Los buenos de este lugar,
Porque viene á predicar
Un muy famoso letrado
De Florencia,
Extremado en toda ciencia,
Y en bien hablar sin segundo,

(13) De esta obrita puse varios pasajes de los suprimidos por la Inquisicion en mi *Exámen filosófico de las causas de la decadencia de España*; los cuales reimprimió mister Tomás Parker en la version inglesa de este libro, pero sin traducirlos.

Lopez de Velasco, comisionado por el Santo Oficio, hizo grandes mutilaciones en esta obrilla de CASTILLEJO. No solo le quitó el

Unico por todo el mundo
 Para casos de conciencia.
 En Levante
 Fué muy notable estudiante,
 Del Gran Turco muy bienquisto;
 Llámame, según he visto,
 El maestro Buen-Talante,
 Fray Fidel.
 Hacen mucho caso dél
 Cuantos saben su venida;
 Es hombre de muy gran vida,
 De la orden del Tristel;
 Extranjero,
 Mas no bozal ni grosero
 En la lengua castellana,
 Y en su habla palenciana
 Se muestra ser caballero
 Bien gracioso.
 Es cortés y virtuoso,
 Y notados sus primores,
 Debiera saber de amores
 Antes de ser religioso.
 Fué ventura
 Llegar á tal coyuntura,
 Que anoche bien tarde vino,
 Porque pasa de camino
 La vía de Extremadura.
 Y acertó
 A mi casa, é preguntó
 Si tenia en qué hospitalle.
 Yo holgué de aposentalle,
 Por no le decir que no.
 Y no quisiera,
 Agora que sé quién era,
 É cuán digno de servicio,
 Por todo mi beneficio
 Que de mi casa se fuera
 Descontento;
 Porque tengo en pensamiento,
 Si acabamos que predique,
 Que su sermón edifique
 En este nuestro convento.
 Mas no sé
 Si con él lo acabaré.
 Porque ya fuera partido,
 Mas yo lo he detenido,
 Y tengo sobre la fe
 Que me dió
 De esperar hasta que yo
 Dispense con su tardanza,
 Porque su buena crianza
 Hasta esto comedió
 Mi mandado.
 Y aun no estoy desconfiado,
 Antes que parta de aquí,
 Que él venga á buscar de mí,
 Porque él tiene ya ensillado
 Para andar,
 Acabando de rezar,
 Lo cual quedaba haciendo.
 Yo, señores, os le vendo
 Por persona singular
 Y excelente;
 Pésame terriblemente
 De no le haber mas servido,
 Y de haberle conocido,
 Pues se va tan brevemente,
 Sin gozalle.
 Si pudiera encaminalle
 Que predique entre nosotros,
 Cada uno de vosotros
 Puede muy bien preguntalle,
 Si quisiere,

Cualquier duda que tuviere
 O lo que saber querrá;
 Que este padre le dirá
 Cuanto pedido le fuere,
 Pues lo sabe.
 No cumple que mas le alabe;
 A su saber me refiero,
 Que será fiel mensajero
 Del saber que en él cabe;
 Mas conviene
 Que, en tanto que él se detiene,
 Le pongais aquí en qué este,
 Que hará lo que le dire;
 Y el alma me da que viene
 Por acá.
 Asomar le veo ya;
 Todo el mundo se sosiegne;
 Que al fin fin predicará,
 Muy rogado.
 Yo tomo dello cuidado,
 Sin que trabaje ninguno.
 Porque hasta un importuno
 A vencer á un bien criado,
 Si le apura.

(*Entra el predicador.*)

PREDICADOR.

Deo gratias, señor Cura;
 Mandadme ya dar licencia,
 Y soldadme la obediencia
 Por el tiempo que me dura
 La licencia,
 Que, por ser apresurada,
 No puedo mas asistiros;
 Mas despues para serviros
 Siempre quedará obligada
 Mientras vivo;
 Que de quien merced recibo (16)
 Nunca jamás se me olvida,
 Y la de vos recibida
 En la memoria la escribo,
 Do la llevo
 Muy bien pintada de nuevo
 Para siempre conocella,
 Y si puedo agradecella
 É servilla como debo,
 Si bastare,
 Y vuestra merced mandare
 Con las muchas que me hace,
 Predicara, si le place.

CURA.

Si yo le suplicare
 Un poquito,
 Aunque menoscabo y quito
 El tiempo del caminar,
 Porque goce este lugar
 De vuestro sermón bendito
 Con placer.

PREDICADOR.

No me lo mandéis hacer,
 Que el tiempo no sufre tanto.
 No se entiende sino en cuanto
 Aparejan de comer
 Como quiera;
 Que para jornada entera
 Es tarde para partir,
 Y no es razón de salir
 A buscar qué comer fuera
 De poblado.
 Cumpliré vuestro mandado
 Como debo y es honesto;
 Mas no me hallo dispuesto
 Ni tengo nada estudiado.

CURA.

No os dé pena;
 Que en casa tan rica y buena (17),

título, sino tambien la forma de sermón, dándole el epígrafe de *Capítulo del amor*, según queda dicho en otro lugar.

Los ejemplares impresos del *Sermón de amores* tienen tantos y tales yerros, y se contradicen tanto, que difícilmente puede sacarse un texto correcto. Se ha hecho todo lo posible por restaurar esta obra, publicándola, si no como salió de la pluma de su autor, al menos libre de las mutilaciones inquisitoriales.

(16) En el original antiguo habla desde aquí el cura.

(17) Parece que debe decir *llena*, al tenor del proverbio: «En casa llena presto se guisa la cena.»

Ya sabe vuestra merced
Que nadie muere de sed,
Pues presto se guisa cena.
No pedimos
Honduras, ni las sentimos,
Ni otras habilidades;
Bastarán moralidades,
É muy mejor las oímos (18)
Los de aldea.

PREDICADOR.

Ruégoo, Señor, que me sea
Licito ser descortés (19),
Porque no os pese despues
Que mi desgracia se vea,
Si predico.

CURA.

A vuestra merced suplico
No ponga dificultad,
Pues yo sé bien que es verdad
Lo que yo de vos explico (20),
Pues lo veo;
No nialtrateis mi deseo,
Pues vuestro saber, Señor,
Me ha quedado fiador
De todo cuanto yo creo,
Y es así.
Por eso no cabe aquí
Encarecer ni excusar;
Que os tengo de importunar
Hasta que digáis que sí (21).

PREDICADOR.

Ya lo digo,
Que por serviros me obligo
A haceros mal servicio,
Pues deseo con mi oficio
Conservaros por amigo
Verdadero,
Por ser cierto lo primero
En que mi duda se os muestra;
Mas la culpa sera vuestra,
De mi razonar grosero
Sin saber.
Pensar, Señor, dè vencer
A vuestra paternidad
En crianza y humildad (22),
Es buscar en qué entender
A mi cosla,
Por serviros, puesto en posta (23),
Los dichos é los primores;
Para tan anchos favores
Cierto vive muy angosta
Mi presencia.

CURA.

Suba vuestra reverencia,
Y no arguyamos los dos;
Hora por amor de vos
Doy contra mí la sentencia (24).

(18) Otras ediciones dicen :

E muy mejor las vivimos.

(19) Otras ediciones dicen :

Licito é descortés.

(20) En otras ediciones se lee :

Lo que yo de vos suplico.

(21) En otras :

Has que digais de sí.

(22) Otras ediciones dicen :

De crianza y humildad.

(23) Otras ediciones :

Que servicios puesto en posta.

(24) Creo, con Blasco de Garay, que no es de CASTILLEJO esta introduccion. Garay dice : «Lo mismo me parece de cierto *Sermon de amores*, el que por una entrada que tiene, y no sé si diga pedadiza de algun vano trovadorcillo que por aventura se la añadió, se llama vulgarmente de fray Puntel» (Sic).— *Prólogo al Dialogo de las mujeres*.

Comienza el sermón de amores.

TEMA.

¿Adónde irá? ¿Qué hará?
¿Qué mal vecino es el amor! (25)

Habeis de saber, señores,
Cuanto aquí sois venidos,
Que todos los hoy nacidos
Tienen su punta de amores (26);
De la cual
Se desapega muy mal
La muestra carne mezuquina,
Porque á ello nos inclina
La inclinacion natural
Que tenemos;
A cuyos grandes extremos
Apenas hay quien resista,
Que cuerpo que carne vista,
Carne pide que le demos

(25) Según CASTILLEJO, este tema es sacado de la novela intitulada *Cárcel de amor*, escrita por Diego de San Pedro, alcaide de los Donceles. En algunas ediciones del *Sermon de amores* se hallan mas adelante unos versos suprimidos por la Inquisicion, en que así lo dice. No en todos los textos consultados se hallan; lo cual me hace sospechar que tal vez fueron añadidos por alguno, como la introduccion.

Yo, cuitado pecador,
Putá vieja, ¿qué haré?
Madre mía, ¿adónde irá?
¿Qué mal vecino es el amor!
¿Adónde irá?
¿Qué mal vecino es el amor!
Las palabras que tomé,
Señores, por fundamento
De este sermón que os presento,
Señaladas las hallé
Sabidamente
En un tratado excelente,
De grande doctrina y fama,
Que *Cárcel de amor* se llama,
Muy sabido de la gente
Española;
Dijolas á Laureola
Su servidor Leriano,
Viéndose á muerte cercano
Por amores della sola,
Y en pasión.

La Inquisicion prohibió esta novela, notando que su mismo autor la habia reprobado. Y es así, según parece del *Desprecio de la fortuna*, poesia de Diego de San Pedro, que se lee en antiguos cancioneros :

Mi seso, lleno de canas,
De mi consejo engañado,
Hasta aquí con obras vanas
Por escrituras livianas
Siempre anduvo desterrado.

Y pues carga la edad,
Donde conozco mi yerro,
Afuera la liviandad,
Pues que ya mi vanidad
Ha cumplido su destierro.

Aquella *Cárcel de amor*,
Que así me plugo ordenar,
¿Qué propia para amador,
Qué dulce para sabor,
Qué salsa para pecar!

Y como la obra tal
No tuvo en leerse calma,
He sentido por mi mal
Cuán enemiga mortal
Fué la lengua para el alma.

Y los yerros que ponía
En un sermón que escribí,
Como fué el amor la guía,
Me hizo que no los vi.

Y aquellas cartas de amores,
Escritas de dos en dos,
¿Qué serán, decid, señores,
Sino mis acusadores
Para adelante de Dios?

(26) Lopez de Velasco, al convertir el *Sermon de amores* en *Capítulo de amor*, le puso este principio :

Dicen los sabios doctores,
Los expertos y leídos
Que todos los hoy nacidos, etc.

Abundante,
 Contra lo cual no es bastante
 El socorro de razon (27);
 Porque cuantas cosas son
 Codician su semejante
 De continuo,
 Y tenemos por vecino
 El natural apetito,
 En el cual, como en garlito,
 Caen por este camino
 Los sentidos.
 Todos van de amor heridos,
 Dice un devoto doctor (28),
 A las leyes del Amor
 Muchos están sometidos (29);
 En Oriente,
 En Levante y en Poniente,
 No solo los racionales,
 Mas los brutos animales,
 Le siguen naturalmente,
 Y se van
 Cuantos heridos están
 En busca de quien los hiera.
Similis similem quiere,
 Por la pena que le dan (30)
 Los deseos.
 No veréis amores feos,
 Ni caben en un subgeto;
 No parece mal lo prieto
 A los indios ni guineos,
 Ni los daña.
 Al que Amor hiere y apaña (31),
 El hierve sin que le aticen,
 Porque hay ojos, segun dicen,
 Que se pagan de legaña,
 A mi ver.
 Guárdeos Dios del bien querer,
 Que en él ponen el tesoro.
 Mama el cuervo granos de oro
 A sus hijos y mujer,
 Que es bonica.
 Si el aguijon de amor pica,
 Excusado es poner tregua;
 Va el caballo tras la yegua
 Y el asno tras la borrica
 Rebuznando,
 El toro sigue bramando
 A la vaca por la sierra,
 El perro va tras la perra,
 A las veces arrastrando
 Por el lodo;
 Embebecido y beodo
 Anda el gato por hebrero,
 Con voces de pregonero,
 Llanteando el día todo (32)
 Tras la gata.
 Ved cuánto ciervo se mata
 En el tiempo de la brama;
 El gamio va tras la gama,
 Y el raton busca la rata
 Por el suelo;
 Las avecicas del cielo,
 Heridas, sienten amores;
 Con ansia los ruiseñores
 Cantan cantares de duelo
 Dulcemente;
 Con lengua muy elocuente
 Se quejan las golondrinas,
 Y el gallo con las gallinas,
 De celoso, es diligente
 Y lozano.

Será trabajar en vano
 Traer mas comparaciones,
 Pues todas generaciones
 Publican de llano en llano
 Mi opinion.
 La hembra por el varon
 Ansias en su pecho siembra,
 Y el varon ha por la hembra
 En sus entrañas pasion;
 Y cualquiera
 Busca su forma primera;
 Que Adan en el paraíso
 Compañero no le quiso,
 Mas demandó compañera,
 En quien hubo
 Los hijos que después tuvo
 Por natural experiencia,
 Mediante concupiscencia
 Que entre ellos ambos anduvo.
 Y esta es
 La que nos quedó despues
 Por herencia que heredamos,
 De que vestidos andamos
 De la cabeza á los piés;
 Cuyo ardor
 Es un amargo dulzor,
 Que por honra le han querido
 Los doctores de Cupido
 Que lo llamemos amor.
 Y este es ciego,
 Que aunque se meta en el fuego
 No sabe por dó saltar,
 Antes quiere allí quedar
 Por vasallo solariego.
 Mas mirad
 Que para su ceguedad
 Tiene un mozo que le adiestra,
 Que se llama en lengua nuestra,
 Por su nombre, *Voluntad*,
 Que le gua;
 Esta es sorda todavía,
 Que á ninguno oye ni cree,
 Y el Amor, como no vee,
 Va tras ella en compañía
 Zaqueando,
 En sus piernas tropezando;
 Y la Razon desdichada
 A veces, de importunada,
 Va con ellos cojeando
 Con temor;
 De tan gran perseguidor
 Hecha esclava, que no fué,
 Va diciendo: «¿Adónde iré,
 Que me escape del Amor?
 No lo siento;
 Que el ligero pensamiento,
 Aunque muda la ocasion,
 No muda la condicion,
 Que es penar tras cada viento
 Que se sopla;
 Verso ni prosa ni copla
 No le pueden declarar,
 Porque hoy está en Gibraltar,
 Mañana en Constantinopla;
 Do redundo
 Que quien sobre amor se funda,
 Ha de vivir so su ley,
 Sometiendo, como buey,
 La cabeza á la coyunda
 Y al arado.
 Un gentil enamorado,
 Segun cuenta Juan Bocacio,
 Se estuvo muy de su espacio
 Ensilado y enfrenado
 Todo un día,
 Porque la que bien queria
 Holgaba de vello así;
 Y yo por mis ojos vi
 Otro galan que sufría
 Sin fatiga
 Que le saltase su amiga
 Con sus chapines y faldas,

(27) Contra lo cual es bastante
 El socorro á la razon.—*Texto antiguo.*
 Contra lo cual no es bastante
 El seso ni la razon.—*Texto de Velasco.*

(28) Dice un famoso doctor. — *Id.*

(29) Todos están sometidos. — *Id.*

(30) Por la pena que les dan. — *Textos antiguos.*

(31) Al que amor puede y apaña. — *Texto de Velasco.*

(32) «Llamado el día todo», dicen algunas ediciones antiguas.

El desnudo y de espaldas,
Encima de la barriga.
Todo va
De esta suerte por allá :
Amores son los que reinan.
¡Cuántos se pulen y peinan
Que tienen arrugas ya!
Porque Amor
Es tan gran rey y señor,
Que á cualquier parte que vals,
Hallaréis, si lo buscáis,
Sus angustias y dolor
Lastimero.
Todos le debemos fuero.
Porque es señor absoluto,
Y á pagar este tributo
El mas hidalgo es pechero
Sometido.
Vasallo bien poseído,
Pero mal gratificado,
Eslavo nunca aborrido,
Por mucho que haya servido;
No se escapa
Hombre vivo, desde el Papa,
Reyes ni emperadores,
Duques y grandes señores,
Hasta quien no tiene capa,
Desta guerra (35);
De los que están so la tierra
Muchos fueron lastimados.
Es mal que á todos estados
En sus cadenas afierra
Y aprisiona,
Y no conoce á persona;
Ninguno de este cuidado
Hallaréis privilegiado,
Aunque sea de corona
Ni de grados,
Ni obispos ni perlados;
Tambien entran en sus bretes
En él, en vez de roquetes.
Hay mil obispos llagados
Desta lanza (34);
Tan bien entran en la danza
Casados como solteros;
A pobres y caballeros
Igualmente les alcanza
Este pecho.
Empadronados á hecho,
Van los ruines y los buenos,
Y todos, cual mas, cual menos,
Le pagan este cohecho.
Cortesanos,
Labradores, ciudadanos,
Oficiales, escuderos,
Abades y ballesteros,
Todos vienen á sus manos.
De manera
Que es una red barredera,
Un cáncer universal,
Un pedido desigual
De la moneda forera
Que se paga.
Heridos van de esta llaga
Las tres partes de los vivos;

(35) Así se lee en las ediciones no expurgadas por la Inquisición. Lopez de Velasco puso :

No se escapa
Hombre vivo ni solapa
De reyes ni emperadores,
Duques y grandes señores,
Hasta el que no tiene capa,
Desta guerra.

(34) La Inquisición varió estos versos, poniendo:

No reconoce á persona,
Ni alguno deste cuidado
Hallaréis privilegiado,
Aunque sea de corona,
Sin tardanza;
Tambien entran en la danza
Casados como solteros, etc.

Ann á los contemplativos (35)
Muchas veces los amaga
Y rodea;
Por los yermos se pasea,
Buscando los ermitaños;
Por los desiertos extraños
Se deleita y se florea,
E se extiende
En los conventos, y asciendo
Sus dulzores amorosos,
Tentando los religiosos,
Y en su consuelo los prende
Con dulzura.
Es cazador de natura:
Caza con sutiles lonjas
Las entrañas de las monjas;
Que no valen cerradura
Ni paredes (36).
Tendidas tiene sus redes
Por casadas y doncellas,
Y él mediante, hacen ellas
Gentilezas y mercedes
Y favores
A los buenos servidores;
Y á las veces á los ruines
El les calza los chapines,
Porque parezcan mayores
De su estado;
Este las pone en cuidado
De vestirse y de tocarse,
De bruñirse y de afeitarse,
Y de tener á su lado
El espejo,
Con el cual toman consejo
Cuando salen do las yeau;
Si bien aman y desean,
Este les busca aparejo
Diligente;
Este delicadamente
El corazon les ahlanda;
Este otorga la demanda,
Sin temer inconveniente
Ni pesar;
Este enseña á desviar
Los estorbos y tropiezos,
Y á que se muerdan los bezos
Cuando no pueden hablar.
¡Oh amor mio,
Cuán grande es tu poderio!
Puedes quanto tu te quieres;
De los hombres y mujeres
Ordenas á tu albedrío,
Y les pones
En prision los corazones.
Viene un triste labrador,
Abrasado de calor,
Harto de quebrar terrones,
En verano,
Llena de callos la mano,
Un arado entre sus brazos,
Molido, hecho pedazos,
Mas hambriento que un alano
O camello,
Lleno de polvo el cabello,
Y la barriga de sopas.
La caperuza de estopas,
Que habréis mal asco de vello,

(35) La Inquisición puso en lugar de estos versos :

Heridos van de esta llaga
Las tres partes de los vivos.
Que á los severos y esquivos
Muchas veces los amaga.

(36) La Inquisición puso :

Por los desiertos extraños
Se deleita y se recrea
Con dulzura;
Es cazador de natura,
Caza con sutiles mañas
Las mas guardadas entrañas;
Que no valeu cerraduras
Ni paredes.

Y en su pecho
Trae el amor del barbecho,
Y si antes que recree,
A la zagala no vea,
Nada le hace provecho.
¿Qué afán
Ver un pobre sacristán
De una miserable aldea,
Que todo el año vocea
Por seis varas que le dan
De palmilla!
Vive ledo á maravilla,
Que amor le da gran consuelo,
Y pone el grito en el cielo
Cuando entra Marinilla.
¡Oh misterio! (37)
¿Quién te trajo al monesterio,
Amor poderoso, di,
Que muchas veces por ti
Mientan versos del psalterio,
Que es donaire?
Tú, que tienes con el fraire
En el coro qué entender;
Que allí le haces tener
Los sentidos en el aire,
Comediando
Lo que tú le estás diciendo;
Por estarte contemplando,
Va con su coro callando,
Y el otro respondiendo
Transportado;
No sabe si han acabado
O si hablan de Gaiferos;
A fray veinte y tres dineros
Responde, de descuidado.
¡Oh gran cosa!
Ved una dama hermosa,
De niña, monja metida,
Que no supo en esta vida
Sino vida religiosa
E apartada;
Tras mil torres encerrada (38)
Con su velo é campanilla;
Del coro al almohadilla
Continamente abezada
En rezar,
¿Quién la enseña á sospirar
Y á disimular amores?
Quién le muestra los primores
Del escribir y hablar?
Quién le quita
Del sueño, y solicita
Holgarse de ser amada,
Y á quedar regocijada
Cuando alguno la visita
Que desee?
Quién la fuerza á que se emplee
Con mil angustias de muerte
En quien la hace de suerte
Que lo que canta y que lee
Ni lo vea? (39)
Domine labia mea
Está cantando, y solloza
Diciendo: «¡Guay de la moza
Que se vea y se desee!» (40)

(37) Desde aquí suprimió la Inquisición versos, hasta el que dice:

Que se vea y se desee.

(38) Otras ediciones dicen:

Tres mil torres encerrada.

(39) Otras ediciones dicen:

Que la fuerza que se emplee
En mil angustias de muerte,
¿Quién la hace, que no siente
Lo que canta é lo que lee? etc.

(40) Hay una poesía antigua intitulada *Las doce coplas moniales*, que pinta las penas de una infeliz á quien habian violentado á ser monja. Véanse algunas destas coplas, suprimidas algunas, y entre ellas las que el autor adornó de pasajes latinos, sacados de libros de rezos.

Mayor que mi sentimiento
Es el mayor de mis daños;

¿Qué dirémos
De mil doncellas que vemos
So las alas de sus madres,
Temerosas de sus padres,
Que buscan, como sabemos,
Mil senderos,
Mil resquicios y agujeros
Para escribir y hablar?
¿Quién les enseña á enviar
Suspiros por mensajeros
De su pena?
Decidme: ¿quién tiene llena
Media España de cornudos?
Quién rompe los fuertes nudos
Que la santa Iglesia ordena?
Suspirando
Uno andaba, no sé cuándo,
De amores, en su posada,
De una bonica casada,
Y por su causa penando
Gravemente;
Y ella, por el consiguiente,
Penaba por gozar dél;
Mas su marido cruel
Era gran inconveniente
Para ello.
No habiendo para hacello
Manera cierta ninguna,
En manos de la fortuna

Gran linaje de tormento,
Ver que en descontentamiento
Se me van mis tristes años!

Sepultada estoy aquí,
Do muero hasta que muera;
¿Desventurada de mí!
De madre libre nascí,
¿Quién me hizo prisionera?

Yo desque monja metida,
Inocente de mi daño,
Hasta despues de crecida,
Que el dolor desta herida
Me da queja del engaño.

Desta causa, á mi pesar,
Estoy puesta en tal abismo
De tristeza y de penar,
Que no lo basta á contar
Ningun cuento de guarismo.

Júntanse también á esto
Otras cosas de quebranto,
Que hacen triste á mi gesto,
Porque con ellas me acuerdo
Y con ellas me levanto.

¿Qué diré de las pasiones,
De las congojas continas,
Pesadumbres á montones,
Y graves reprehensiones,
Castigos y disciplinas?

Las amigas que tomé
Leales nunca me fueron...
Mas ¿en quién busco yo fe,
Pues las tetas que mamé
Para mí no la tuvieron?

Queriendo darme mas pena,
Como padres indignados,
No bastó echarme en cadena,
Y en una prison tan buena,
Que quedaron bien vengados.

Ansí que, podré decir
Que el tener me hizo mal,
Pues me pudiera yo ir,
Y me pudiera venir
Sin tormento tan mortal.

¡Oh vosotras que escucháis
Por este torno traidor,
Yo vos ruego que creáis
Que ningún mal que sintáis
Iguala con mi dolor.

Acordaron de ponello,
 Sucedió
 Que el marido adoleció,
 Hablando con reverencia,
 De cámaras y corrençia
 De unas uvas que comió
 Sobre cena.
 Dióle Dios en hora buena
 Aquella noche tal gana,
 Que antes de la mañana
 Hizo mas de una docena;
 Y otro día,
 Creciendo el mal todavía,
 Y ellos viendo el aparejo,
 Entraron en su consejo
 Para ver lo que se haria.
 Fué acordado
 Que el gentil enamorado,
 Si mas cámaras hubiese
 Aquella noche, estoviese
 So la cama sepultado,
 Tras la sarga;
 De barriga y á la larga
 Estúvose muy tendido,
 Y el cuitado del marido,
 La boca seca y amarga,
 Se acostó.
 Fortuna favoreció
 El hecho de los amantes,
 Que si cámaras hubo antes,
 Con doblados acudió.
 No hubo entrado
 En la cama el desdichado,
 Y apenas cubrió la manta,
 Cuando luego se levanta,
 Con la prisa fatigado
 De su mal.
 Mostróse el Amor parcial
 Para que mejor se hiciese,
 Que era menester que fuese,
 A fuer de España, al corral
 De contino,
 Por partir con el vecino;
 Tan bien comedido estuvo,
 Que quince veces anduvo
 Por aquel mismo camino
 Que solia;
 Y cada vez que salia,
 Entre tanto que tornaba,
 El que tras la cama estaba
 En su lugar se ponía,
 Por guardar
 Aquel proverbio vulgar
 Y sentencia muy esquivá,
 Que el que fuese á lo que iba;
 Dice que pierda el lugar.
 Su tormento
 Creciendo mas con el viento
 Y el sereno que cogía,
 En rebatos le ponía
 Y en prietas cada momento
 Que venían.
 Los dos señores, que vian
 Los dolores con que andaba,
 Cuanto mas él se quejaba,
 Tanto mas ellos reian
 Y holgaban,
 Y muy sin pasión estahan
 De su pasión y querellas.
 Creciendo la causa dellas,
 Las cámaras aquejaban
 Bravamente;
 Vinóle súptamente
 Una prieta tan terrible,
 Que diz que no fué posible
 Sustener el accidente
 Presuroso.
 Como estaba correoso,
 Y le tomaba desnudo,
 Con mucho trabajo pudo
 Darse un poco de reposo,
 Congojado

Por pasar al otro lado
 Por cima de su mujer,
 A cumplir su menester,
 Do estaba el enamorado
 So las tejas,
 Descubiertas las orejas.
 No hallando mejor plaza,
 Descargó la viaraza
 Entre sus ojos y cejas
 De través;
 Y como puso los piés
 Sobre él, y lo halló blando,
 Dijo: «Mujer, ¿en qué ando?
 ¿Qué está aquí? ¿Qué cosa es
 Lo que piso?
 Ella, con gentil aviso,
 No perdida ni turbada,
 Sino muy disimulada,
 Respondióle de improviso,
 Sin temor,
 Diciendo: «¿Luego, Señor,
 ¿Habeis acabado ya?
 Dad presto la vuelta acá,
 Que es dañoso ese frescor
 Y os enfria;
 Y trayendo todo el día
 Congoja de vuestros males,
 Puse ahí dos cabezales,
 Temiendo lo que seria.»
 Y con esto,
 Ayudándole de presto
 Con las manos á subir,
 Dió lugar á se encubrir
 Peligro tan manifiesto.
 Y tornado
 A la cama el lacerado,
 Necio, ciego, sordo y mudo,
 Al cabo quedó cornudo,
 Y el otro salió cagado,
 Con perdon (41).
 Demos hora conclusion,
 Y digamos que en España
 Y en Italia y Alemaña,
 Y en todo el Setentrion,
 En Turquía,
 Oriente ni Mediodía,
 Y en fin fin por todo el mundo,

(41) Creo oportuno advertir que este cuento, nada decente y limpio, no fué suprimido por la Inquisición. Así se halla en todas las ediciones expurgadas.

Sobre la inmoralidad y las trapacerías de las mujeres casadas en aquel siglo, véase el siguiente cuento, tomado de la obra *Estilo de escribir cartas mensajeras*, por Gaspar de Tejeda (Valladolid, 1549).

«Dícame una señora por su carta, que un caballero cortesano deseaba como la vida trasegar el vino de una mujer casada y hermosa, y que no faltaba mas de que hubiese lugar, porque las voluntades eran conformes; y que el buen cortesano se aprovechó de la industria que pudo, escribiendo una carta á un caballero andaluz, su amigo, con el buen hombre portador de la cornamusa, en que le contaba muy por extenso el negocio á que iba, de la manera que lo hacen las mozas de casa cuando sus amos están en misa, y quieren almorzar ó hacer otra cosa sin que lo vea nadie, envían los muchachos de casa con ronces, diciendo: *vé á la señora Fulana, y dile que te dé un poco de temme acá*. Y así le detienen adonde va hasta que ven que es hora de soltarle. Esto mismo se hizo con el dicho mensajero, que llegado que fué, el caballero recibió la carta y le aposentó en su casa y le hizo los regalos que eran menester para entretenerle. Y porque le pareció que aquello no era cosa de gozarlo á solas, cabalgó una tarde, la carta en la mano, y llevó á las ancas el sobredicho; y á los caballeros que topaba amigos ó conocidos, y aun á los enemigos, dábales á leer la carta; y como en ella se contenía todo el hecho muy á lo descubierto, el que había leído la carta decía: *Y ¿quién es el portador de esta?* Respondía el andaluz: *Este señor que traigo conmigo*. Ellos decían al paciente: *¿Sois vos, Señor?* El respondía: *Si, Señor, yo soy*. Ellos á él: *Sedlo enhorabuena*. Esto duró todo el tiempo que duró la comision. Cumplido el tiempo, volvióse á su casa con toda la paciencia del mundo, á tiempo que las cosas estaban ya sossegadas.»

No reconoce segundo
 Amor en su compañía,
 Ni igualdad;
 Con soberbia y libertad
 Todo lo cifie y abarca;
 Es poderoso monarca,
 De nuestra sensualidad.
 No aprovecha
 Desviar á man derecha;
 Que, por mas artes que trayas,
 Por donde quiera que vayas
 Hallarás su ley estrecha
 Y extendida,
 Guardada y obedecida
 De todos ó de los mas;
 En cada reino verás
 Su bandera descogida,
 Sus soldados,
 Sus ansias y sus cuidados,
 Sus pífaros y atambores,
 Sus angustias y dolores,
 Sus reales asentados,
 Como digo,
 Deste señor enemigo,
 Que no perdona á ninguno;
 Y séase cada uno
 De su corazon testigo,
 Sin engaño.
 ¡Oh gran Dios, y cuán extraño
 Es el amor halagüeño!
 ¡Cuán alegre y cuán risueño
 Cuando todo va de un paño
 De ambas partes!
 Cuán sin cautelas ni artes
 Van los dos en sus peleas!
 Mas cuando el uno coxquea
 Son aciagos los mártes
 Y los juéves,
 Las horas de placer breves,
 Largas las de mohindad;
 El uno trata verdad,
 Y el otro cien mil alevés
 Y falsías,
 Despechos, descortesías,
 Mudanzas y novedades,
 Desvíos, dificultades,
 Mil sobras y demasías
 Y baldones;
 Falsas disimulaciones,
 Desdenes y disfavores,
 Desgracias y desamores
 Y mentiras á montones,
 Y ruindades;
 Engaños y falsedades,
 Mentiras y trampantojos,
 Cien mil fingidos enojos,
 Dolores y enfermedades
 Que levanta.
 Con la sogá á la garganta,
 Con muy clara voluntad,
 Con amor y lealtad,
 Con ansia que le quebranta
 Y le hiende,
 Con deseo que le enciende,
 Con afición que le inflama,
 Llega el triste del que ama
 Delante de quien le prende
 Y cautiva.
 La dama se muestra esquivá
 Y finge que está ocupada;
 Hácese grave y pesada,
 Honesta, contemplativa
 Y muy devota;
 Alérase y alborota
 De cualquier buena razón,
 Y cuanto ella dice son
 Razones de carta rota,
 Desatadas;
 Las ciertas desamoradas,
 Fingidas las amorosas,
 Las del sí son mentirosas,
 Las del no, determinadas,

Y de veras;
 Nuevas formas y maneras
 Busca para despedirse,
 Abrevia para partirse
 Con palabras lisonjeras
 Coloradas,
 Con la boca pronunciadas,
 Mas no con la verdadera;
 Que ya cuando salen fuera
 Como nieve van heladas,
 Del enfado.
 El pecador del penado
 Trabaja por entendellas,
 Y á las veces queda dellas
 Alegre, mas engañado
 Y vendido;
 Desvelado y embebido
 Se va pensando en aquello,
 Y ella rie del y dello,
 Diciendo: «Ved qué perdido;
 ¡Qué hastío!
 Ved con qué se viene el frío,
 Mas necio que su zapato;
 ¡Qué mal empleado rato!
 Qué donoso desvario!
 ¡Ved qué gesto,
 Qué flaco y qué mal dispuesto,
 Qué enfadoso y qué grosero!
 ¡No mirais qué majadero,
 Con qué se me viene el cesto
 Cada día?»
 El cuitado, todavía
 Esforzado en su pasión,
 Vuélvese á su petición,
 Continuando su porfía
 Trabajosa;
 Y visto cuán poca cosa
 Valen las buenas razones,
 Con presentes y con dones
 Hace de la desdenosa
 Amigable,
 Granjeando que le hable
 Con interés siquiera.
 Dásele desta manera
 Algun tanto favorable
 Con cohecho
 Mientras dura aquel provecho,
 Como la leña en el fuego;
 Mas tórnase á morir luego,
 Porque no sale de pecho
 Encendido.
 El miserable vencido,
 Aunque sospecha el engaño,
 Disimulando su daño,
 Hace del favorecido
 Deseando;
 Y tórnase suspirando
 Con ansia de tal tardanza,
 Entre temor y esperanza,
 La respuesta examinando
 Que le dió.
 Lleva de lo que pasó
 La memoria sospechosa.
 Aunque no se olvida cosa
 De cuantas ella habló,
 Va el cuitado
 Incrédulo y confiado
 Como si fuese el psalterio;
 Piensa que hay algun misterio,
 Y que puede ser fundado,
 Sobre cierto;
 El sentido siempre alerta
 Por ver cuándo será hora;
 Y quédase la señora
 Riendo de verlo muerto
 Y en cadena.
 Toma gloria de su pena
 Y que por ella se pierda;
 Mas del ido no se acuerda
 De cosa mala ni buena,
 Ni le da
 Por lo que viene ni va

Una blanca ni un cornado;
Y si le siente enojado,
Mucho mas alegre está,
De cruel.
Y por darle á beber hiel,
Aunque no se le da nada,
Fingese estar enojado
Y que tiene quejas del
Falsamente,
Haciendo que el inocente
Compre caros los enojos,
Con dos ligas en los ojos,
Cuando sienten que le siente
Sus ruindades.
Huelga de estas novedades,
Porque tiene averiguado
Que á costa del lacerado
Se harán las amistades;
Y aunque yerra,
Queda hecha mora perra
Contra el cautivo cristiano,
Porque sabe que en su mano
Está la paz y la guerra.
¡Oh gran Dios!
Y ¿cómo permitis vos
Tan peligrosa dolencia
Y tan grande diferencia
Entre estos amantes dos?
¿Cuál razon
Sufre que sufra pasión
El que trata la verdad,
Y viva á su voluntad
La que trata la traicion
Y falsia?
No puede haber en Turquía
Cautiverio mas esquivo
Que el del amante cautivo
Tratado con tiranía,
Sin favor.
Puede tanto el desamor
En el pecho de una dama,
Que por solo que la ama,
A veces al amador aborrece,
Sin mirar si le merece.
Siempre lo trata con ira,
Y cada vez que lo mira,
De un diablo le parece
Semejanza;
Y cuando ya el triste alcanza
A contalle sus mancillas,
No se amansa con oíllas,
Antes recibe venganza
Señalada.
Tan esquivia y desgraciada
Y tan desleñosa está,
Que apenas confesará
Que huelga de ser amada
Ni servida,
Y de mal agradecida,
Le aconseja que la olvide;
Con la boca lo despide,
Con los ojos lo convida
Y apiada.
Dale á entender que se enfada
De que siga tal empresa,
No porque dello le pesa,
Sino porque no le agrada
Ni contenta.
De verse libre y exenta
Desprecia su servidumbre,
Y tiene por pesadumbre
Las lástimas que le cuenta
Con dulzura.
Mientras el malquerer les dura
Pecan de mala crianza;
No saben tener templanza,
Cortesia ni mesura
Ni castigo.
Este desamor que digo,
Aun lo guardan en la cama;
Que la hembra al que desama
Tiénele por enemigo

Capital,
Y han por regla general
Con malquerencia desden;
No saben, no, querer bien (42),
Que luego no quieran mal,
Sin tener
Capacidad de poner
Entre dos extremos medio;
No se saben dar remedio
Entre amar y aborrecer,
Ni encubierta.
Si está cerrada la puerta
De la buena voluntad,
La mentira y falsedad
Luego la veréis abierta
A la clara.
No saben torcer la vara
De justicia á la razon,
Ni dejar el corazon
De dar muestras en la cara
Conocidas.
Las mas falsas y sabidas
No pueden disimular,
Que, sabiéndolo mirar,
Luego no sean entendidas
Claramente;
Que aunque Cupido consiento
Nuestros males y dolores,
No sufre que los amores
Engañen al inocente
Pecador;
Que bien que le ciegue amor
A que se deje vencer,
Mas no le priva de ver
Sus daños y disfavor
Y mancilla;
Y esta es grande maravilla
Y alta cosa de entender,
En que muestra su poder
Amor cuando nos humilla
Y encarcela.
Sin engaño ni cautela
Nos enseña sus zozobras,
Alumbrando con sus obras
Como con una candela,
Con que vemos
Sus reverses, sus extremos,
Por experiencia de otros.
Cuando huye de nosotros,
Entonces mas le queremos
Y seguimos.
Claro está que lo sentimos,
Que él mismo nos desengaña;
Pero cuando mas se ensaña,
Le adoramos y servimos
De rodillas.
Con achaques y rencillas
Nos hace vivir contentos;
Y así, cumple estar atentos
A entender sus maravillas
Y secretos;
Porque los que son discretos
Y mantienen presunción
Huyan de tal ocasion,
Por no ser della sujetos,
Como fueron
Otros muchos que perdieron
Por ella su autoridad;
Porque amor y majestad
Jamás se compadecieron.
Es de ver
Un ejemplo de placer:
Un maestro, gran letrado,
Era acaso enamorado
De una pobreta mujer,
Que él quería
Mas que á la lumbre del día,
Y ella tomábale cuenta.
El, por tenella contenta,

(42) Otras ediciones dicen:

Nunca saben querer bien,

Dábale cuanto tenía
Y alcanzaba.
No dormía ni velaba,
Con el ansia que traía;
Y ella mas le aborrecía
Cuanto mas él la trataba
Con paciencia.
Creciendo la malquerencia,
No valiendo el interese,
Fué menester que sufriese
Sobre cuernos penitencia
A la rasa;
Que, encendida como brasa
De un coraje que tomó,
La vergüenza le perdió,
Y ausentósele de casa
En un punto.
El triste quedó difunto,
Sin poder estudiar letra,
Porque amor, cuando penetra,
Cuerpo y seso roba junto,
Como diestro.
El miserable maestro,
Cargado de pensamientos,
Anda bebiendo los vientos,
Trayéndolo de cabestro
Su pasión;
Va de canton en canton
Por las calles á buscalla,
Y al cabo vino á hallalla
Metida en un bodegon,
Descuidada,
Dando, de regocijada,
Risadas en alta voz,
Con un soldado feroz
A su placer abrazada.
¿Qué haría
El sin ventura, que via
Tan sin pena de su pena,
Y tan presto tan ajena
La por quien él se moría?
Y vencido,
Con la pasión atrevido,
Desde el pié de la escalera
Le habló de esta manera
Como hombre desfallecido
Que se fina:
«¡Ah, señora Catalina!»
Y ella, visto que era él,
No hizo mas caso dél
Que de un mozo de cocina.
El porfia
A llamarla todavía
Con ansia que le forzaba;
Y ella, tornada mas brava
Que leona cuando eria,
Dijo así:
«Dotor, no cureis de mí,
Pues yo no curo de vos;
Si no, yo os prometo á Dios
Que os haga matar ahí.»
El cuitado
Cayó, de desconsolado,
Amortecido en el suelo;
De un cabo le cerca duelo,
De otro pena y cuidado.
En nonada,
De verla tan indignada,
Estuvo de traspasarse;
Y acordó de encomendarse
Al huésped de la posada
Por dinero;
El cual, siendo medianero,
Movido de piedad,
Con muy gran dificultad
Alcanzó que ante tercero
La hablase.
Un enemigo no pase
Por el paso que él pasó,
Ni sienta lo que sintió
Antes que la comenzase
A hablar.

Comenzóla de mirar
Todo perdido y turbado,
Temblando como azogado,
Con miedo de la enojar.
A tal hora
Dijole: «Decid, Señora,
¿Por qué holgais de mi muerte?
Por qué tratáis de tal suerte
Al que sabeis que os adora
Y padece?»
Catalina, ¿qué os parece
Por vuestra causa cuál vengo?
Cierto el grande amor que os tengo
Tan mal pago no merece,
Reina mía;
¿Por qué matais mi alegría?
Por qué enterrais mi placer?
¿Qué mas queréis que tener
Un maestro en teología
Por esclavo?
¿Por qué se muestra tan bravo
Vuestro corazon de acero
Contra tan manso cordero,
En cuya sangre me lavo
Por quereros?
A vos os sobran dineros,
Vestidos y de comer,
Y cuanto habeis menester
Para muy bien manteueros
En la vida;
Sois señora conocida
De mi casa sin mas cuenta;
De todo lo que os contenta
Es vuestra boca medida.
Pues decid:
¿Por qué me teneis en lid
Con vos, conmigo, con Dios,
Que ando perdido tras vos
Por toda Valladolid.
¿Qué os he hecho
Que merezca tal despecho?
No teneis otra razon
Sino seros mi afición
Mayor que vuestro provecho;
Mas, pues veis
Que estas dos cosas teneis
Ciertas á vuestro servicio,
Haced de mi sacrificio,
Y no me desampareis.»
¿Oh señores,
Los que saben de dolores!
Contemplen en este paso
Cuán avariento y escaso
Es el amor sin amores
Que le hieran.
¿A qué hombre no movieran
Palabras tan lastimeras?
Que aun las alimañas fieras
Es razon que las sintieran,
Siendo tal
Y tan crecido su mal;
Mas, aunque las oyó ella,
No le hicieron mas mella
Que pajas en pedernal;
Antes luego,
Encendida en vivo fuego,
Como vibora saltó,
Y con furia respondió
Al amante triste y ciego
Toda via,
Llena de melancolía:
«¿Queréis que os diga, dotor?
Los pasatiempos de amor
No han menester teología.»
Ved qué pago,
Ved qué le prestó el halago
Y la razon amigable,
Ved si pudo al miserable
Serle día mas aciago.
Dios nos guarde
De la mujer que no arde
En el fuego que os quemais;

Que, por mas que la sirvais,
Nunca la veréis, ó tarde,
Ser piadosa.
Quiero contar una cosa
De infinitas que yo vi
Mientras en el siglo fui,
Que os parecerá espantosa,
Mas es cierta.
En una noche desierta
Andábamos otro y yo,
Y ventura nos guió
Al rescuicio de una puerta,
Donde vimos
Un hombre, que conocimos
Que pasaba de setenta,
Puesto el triste en tal afrenta,
Que, aunque mozos, nos movimos
A mancilla.
No se tenga por hablilla,
Que lloraba de sus ojos,
Hincados ambos hinojos
Delante de una putilla
Que allí estaba,
Que cierto que no llegaba
A cumplidos trece años,
Aunque en mentiras y engaños
De los ochenta pasaba
La malvada.
Estaba en extremo airada,
Dándole con un chapín,
Diciéndole: «Viejo ruin,
No entreis mas en mi posada
Ni yo os vea;
Que sois la cosa mas fea
Que hay en el infierno todo,
Don Gargajiento beodo,
Difunto que se menea,
Balsamado;
Tomad cuanto me habeis dado,
Y llevadlo á los establos;
Idos con todos los diablos,
Monstruoso corcovado,
Asqueroso;
No me seais enojoso.
Que veros es vituperio,
Y hedeis á cimiterio,
Culecosido, lagañoso. —
Alma mia,
El pobre viejo decia.
No me des estos baldones,
¿No te basta que me pones
Los cuernos á mediodía?
Sin conciencia
Me los plantas en presencia;
Y pues yo lo sufro y callo,
Cese ya, Señora, el rallo,
Ten un poco de paciencia,
Ten empucho.»
Ella responde: «Borracho,
¿Y por cuáles negros duelos
Me habeis vos de pedir celos,
Viejo ruin, rapaz, mochacho,
Alfauqui?
No parezcáis ante mí
A decir esas vejeces;
Ya os lo he dicho muchas veces
Que no me vengais aquí,
Cazcarriento;
Si no, hago juramento
Por los huesos de mi padre
Y la vida de mi madre,
De hacer os un escarmiento
Señalado.»
Y con corazón airado
Dando con él en el suelo,
Le trabó del blanco pelo,
Y tal cual el mal pecado
Se lo para,
Escupiéndole la cara,
Dándole cien mil porrazos,
Y tan crudos chapinazos,
Que un asno no los llevara,

Ni pudiera.
Y él con voz muy lastimera,
Con los ojos arrasando,
El triste todo temblando,
Le daba de esta manera
Sus querellas:
«Agora, que me desuellas
Y me tratas como á moro,
Agora, Juana, te adoro,
Y beso lo que tú huellas.»
¡Oh Dios grande!
El no permita ni mande,
Ni acaezca en nuestros dias,
Que en semejantes porfias
Ninguno corra ni ande
De nosotros.
Miremos unos por otros,
Porque no seamos vasallos;
Que salen mansos caballos
Si se doman bien de potros;
Y mirad
Que de nuestra libertad
Solo un punto no perdamos,
Ni pudiendo, la pongamos
En ajena voluntad;
Que muy presto
Se suele perder por esto
Lo que muy tarde cobrar.
¡Donoso debiera estar
Virgilio dentro del cesto
Que colgaba,
Y Hércules cuando hilaba
Con aquellas mismas manos
Con que los bravos hircanos
Leones descarrillaba!
¡Gran placer
Fuera, cierto, ver coser
Al gran rey Sardanapalo!
Sea libera nos á malo.
No nos tienta la mujer
Tan adentro;
Bien que del primer encuentro
¿Cuál y cuál puede escapar?
Mas no deje aposentar
El apetito en el centro
Y rincón
Del secreto corazón,
Especialmente si viere
Que la dama á quien él quiere
No responde á la razón
Del pecado.
Pues los males que he contado
Hasta aquí del mal querer,
Todos se pueden tener
Por tortas y pan pintado.
Los dolores
Principales y mayores,
Las verdaderas cosquillas,
Las fatigas no sencillas
De los tristes enamorados
Desamados,
Aquestos no están contados
Ni está dada la sentencia.
Guarde Dios de competencia
Los que son enamorados;
Que esta es
Muy peor que el mal francés,
Cuando no son bien queridos;
Porque han de andar tullidos
De la cabeza á los pies.
Yo no siento
Otro mas grave tormento
Ni mas terrible dolor
Que tener competidor
De mayor contentamiento
Con la dama.
El calla y ella le llama;
Vos llamaís, y no responde;
Buscándola vos, se esconde,
Y vase el otro á la cama.
¡Ved qué vida!
Con vos está desabrida,

Mas amarga que la hiel;
 Al otro dale la miel,
 Y con ella le convida,
 Muy pagada.
 Con vos habla de pasada,
 Del otro nunca se harta;
 Del uno jamás se aparta,
 De vos contino se enfada
 Y se estrecha;
 El anda á la man derecha,
 Y vos debajo los piés;
 Y lo que mas dolor es,
 Que lo mismo que él desecha
 Deseais.
 Muy áspera la hallais,
 Y él muy amorosa y bianda;
 Mas vale lo que él le manda
 Que lo que vos suplicais.
 No teneis
 Cosa cierta en que os fieis,
 Ni él cosa que le desvele;
 Él delante della huele,
 Y vos contino hedeis.
 A la puerta
 Siempre la veis rostrituerta,
 Y él favorable y graciosa;
 Ya que otorgue alguna cosa,
 Los conciertos que concierta
 Son aviesos.
 Él comete los excesos,
 Y á vos se carga la culpa;
 Él se come al fin la pulpa,
 Y á vos os dan con los huesos
 Sobre cena.
 Vos no teneis hora buena,
 Y él se lleva la vitoria;
 Él holgando gana gloria,
 Y vos trabajando, pena
 Con querella.
 Al fin fin el goza della,
 Y vos la sentis cruel:
 Ella se muere por él,
 Y vos os perdeis por ella.
 ¡Oh amor loco!
 A propósito lo toco;
 Dice un refran: «Yo por tí,
 Tú por otro, y no por mí;
 Antes me tienes en poco.»
 ¡Ved qué albricias!
 Con vos usa de malicias,
 Con el otro de verdades;
 Con vos dos mil crueldades,
 Con el otro mil caricias
 Y ventajas;
 Estáis á lumbre de pajas,
 Y el otro con buen brasero;
 Él desecha el pan entero,
 Y vos cogéis las migajas.
 No hay morir
 Que se iguale con vivir
 Vida tan triste y amarga;
 Llevais á cuestras la carga,
 Y encima habeis de sufrir
 Mil pesares,
 Desabrimientos á pares.
 Cosa no se os endereza;
 Que si os duele la cabeza
 Os curan los carcañales.
 Pues; qué enojo
 Es ver los cuernos al ojo!
 Que si quereis demandallos,
 Diz que habeis de soportallos
 O que os echeis en remojo.
 Tolerallo
 Podéis, pero no quejallo;
 Porque es ley siciliana,
 Si la yegua está sin gana,
 Dar de coces al caballo.
 Si esperais
 De haber lo que deseais,
 Sois comendador de espera;
 Que esperais que aqueste muera,

En enya plaza quepais;
 Y entre tanto
 Olvidad vuestro quebranto,
 Ensanchad el corazon;
 Que muy ordinarios son,
 Por mas que seais un santo,
 Desafueros
 Que compran por sus dineros
 Los amantes; porque el rey
 Cupido no guarda ley
 Igual con sus caballeros,
 Que trabajan;
 Nunca los amores enajan
 Cuando amor á ambos no hiere,
 Porque cuando uno no quiere,
 Dicen que dos no barajan.
 Y es oficio
 Do no basta beneficio;
 Que por bien que hayas servido,
 Donde no sois bien querido
 No vale fe ni servicio.
 Desta cuenta
 No se entiende ser exenta
 La mujer, ni Dios lo quiera;
 Que de la misma manera
 El amor las atormenta;
 Y muchas dellas
 Se queman en sus centellas,
 Y le pagan este fuero;
 Que amor, como justiciero,
 Consiente que sientan ellas
 Sus heridas.
 Quieren y no son queridas,
 Aman y no son amadas;
 Por hombres viven penadas
 De quien son aborrecidas
 Con engaños.
 Estos agravios y daños,
 Estas burlas y entremeses,
 Estos trances y reveses,
 Estos tormentos extraños,
 Esta muerte,
 Por ellas tambien se vierte,
 Aunque no tan á menudo:
 Tambien roen este fudo
 Cuando les cabe la suerte
 Lisonjera.
 Con esta ley harredera
 Amor las juzga y maltrata,
 Porque quien á hierro mata
 A hierro es justo que muera,
 Y que trague
 Estos tragos y se llague
 Con la lanza que nos llaga;
 Porque es muy debida paga,
 Quien tal hace que tal pague
 Con razon.
 De esta grave maldicion,
 Para que mejor se crea,
 Es buen testigo Medea,
 Desdeñada de Jason;
 Do se arguye
 Y claramente concluye
 Ser lo que digo verdad;
 Porque es una enfermedad
 Ser malquistado, que destruye
 La salud.
 Pocas usan de virtud
 Si el amor no las calienta;
 Porque andan en una renta
 Desamor é ingratitud;
 Ni se entienda
 Que el amor de balde venda
 Sus gozos y sus venturas,
 Sino á vueltas de amarguras,
 Que se venden en su tienda
 Muy espesas.
 Muy ciertas son sus promesas
 Con los suyos, no lo niego;
 Muy sabroso es su sosiego;
 Pero no lo son sus prietas
 Y agonias;

Muy dulces sus alegrías,
Mas sus pesares pesados;
Con un barril de lenguados
Vienen euatro de acedias
Al mercado.
Aquel doctor afamado,
Nuestro Publio Ovidio Naso,
Habla muy bien en el caso,
Como bien acuchillado
Por amar.
Si supiésemos contar
Cuántas yerbas tiene el suelo,
Cuántas estrellas el cielo,
Cuántas arenas la mar.
Y la tierra
Animales de la sierra,
Y árboles con hoja y flores,
Tantas penas y dolores
Amor encubre y encierra;
Maguer bueno.
Lleno está su placer, lleno
De lacras y penas muchas;
Porque no se toman truchas
Con las manos en el seno,
Como digo;
Porque no me contradigo
Ni revoco mis sentencias
Por decir las diferencias
Que suele el amor consigo
Poseer.
Sabed que sabe hacer
Que sea blanco lo prieto,
Y caber en un sugeto
Los contrarios en un sér
Juntamente.
Claro está que está doliente
El que enamorado está;
Pero mientras bien le va,
Con el favor, no lo siente,
De contento.
Adormece el pensamiento
El sabor de este potaje,
Como cuando dan brevaaje
Al que quieren dar tormento.
¡Oh cuán varios,
Muy continuos y ordinarios
Suelen ser estos aferes!
Pero para sus placeres
A veces son necesarios
Con razon.
Habiendo contradicion,
Sabemos lo deseado;
Porque va tras lo vedado
Nuestra flaca inclinacion
Natural.
Como gentil oficial,
Envuelve amor en la miel
Los bocados de la hiel
Porque no sienta su mal
El goloso;
Encúbrellos, de mañoso,
Porque ninguno los tema;
Está frio, y diz que quema
Como caldo de raposo.
Más mirad
Que, para decir verdad,
Otras cosas bien miradas
Y con esta cotejadas,
No hallaréis novedad
Conocida.
¿Qué gozos hay en la vida,
De cuantos podeis decir,
Que no los veais medir
Con esta misma medida
De cuidados?
Todos están aforrados
De zozobras semejantes;
Higanlo los negociantes
En la corte sepultados
Sin que mueran;
Aunque hagan cuanto quieran
Y negocien á su gana,

Del mismo negocio mana
Confino con que se hieran
Y fatiguen;
Que por bien bien que litiguen
Los que en Granada pleitean,
Yo os digo que no se vean
Sin tramas que los obliguen
A pasion.
Siempre están en confusion,
Temerosos en audiencia;
Y aunque tengan la sentencia,
Temen el apelacion
Venidera.
La revista que se espera
Los pone luego en congoja;
Cuando de una parte ahoja,
Comienza en otra manera
A apretar;
Pues los que andan en la mar,
Aunque tengan esperanza,
Vienten en popa y mar bonanza,
No dejan de revesar,
Sin comer;
Cuando mas á su placer
Navegan á velas llenas,
Van temiendo las ajenas,
Y suspiran por se ver
En la tierra;
Cuando la noche se cierra,
Ved qué tristeza les viene.
Decidme, ¿que vida tiene
El gentilhombre de guerra,
Tan segura?
Ved si le falta amargura,
Aunque tenga doble paga;
Por merced que Dios le haga,
Le sobra mala ventura
Y temores,
Enojos y sinsabores,
Peligros y diferencias,
Mal francés y otras dolencias,
Y música de atambores,
Que da pena.
Ya que la fortuna ordena
La vitoria, como alcalde,
Mirad si la da de balde;
Digalo la de Ravena
Que sabemos.
Pues si comparar quereamos
La vida del amador
Con la del guerreador,
En mil cosas la verémos
Semejante.
Ainda en guerra todo amante;
No lo digo solo yo,
Porque Ovidio lo escribió
En verso muy elegante
Y polido:
Habet sua castra Cupido,
En que tiene mas soldados
Y á menos costa pagados,
Que ningun rey ha tenido,
Ni es posible.
La edad que es conveniente
Al que la guerra mantiene,
Esa misma le conviene
Al amador apacible
Requebrado.
Fea cosa es el soldado
Que so la pica envejece,
Y muy feo nos parece
Ser el viejo enamorado
Y galan.
Los años que el capitan
Pedirá al fuerte guerrero
Demanda en el compañero
La dama, si se le dan;
Pues el mal
Ambos le pasan igual,
Ambos velan, á mi ver;
Y entrambos suelen tener
La tierra por cabezal

De barriga.
A la puerta de su amiga
El uno hace la vela;
El otro la centinela (45)
En el campo, con fatiga,
No con vicio (44).
Luzga vida es el oficio
Del que en la guerra se emplea,
Y sin fin es la tarea
Del amor y su bullicio
Tras las dueñas (43).
Asperos montes y peñas,
Ríos altos y sin puente (46),
Nieves grandes fácilmente
Pasan ambos tras sus señas (47)
Y banderas;
Ambos andan tan de veras,
Que habiendo de navegar,
No se curan de esperar
Otoños ni primaveras (48),
Ni los vientos,
Ni aguardan los movimientos
Del cielo para partir;
Antes piensan de salir
Al son de sus pensamientos
Con su brio.
Las noches del bravo frío
Y las nieves sobre el hielo,
Las lluvias grandes del cielo,
¿Quién querrá por su albedrío
Padecellas?
Quién no se excusará dellas,
Sino el guerrero cruel
O el enamorado fiel.
Abrasado en sus centellas
Y calor?
Va el jinete corredor
A descubrir enemigos,
Sus ojos hace testigos
Contra su competidor,
Y el que ama;
El uno por ganar fama
Ciudades cerca y rodea,
El otro ronda y pasea
Los umbrales de su dama
Cada día.
El uno con batería
Muros y puertas destroza,
Y el otro, los de su moza,
Dando voces á portía,
Por entrar.
Del oficio militar
Es acometer, pudiendo,
Los enemigos durmiendo,
Por los prender ó matar
Desarmados.
Durmiendo fueron entrados
Los reales del rey Reso,
Y el mismo gran rey fué preso,
Y sus caballos tomados
Y perdidos.
Del sueño de los maridos
Usan así les amantes,
Que al concierto hecho de antes,
Cuando duermen son vendidos
Sin dinero.
Del amante y del guerrero
Es pasar guardas y velas,
Y escapar con sus cantelas
De las manos del portero

Por la puerta.
Dudosa cosa é incierta
Es la guerra y sus favores,
Y así son los amadores,
Metidos en encubierta
De ventura.
Los que hoy tienen estrechura,
Mañana gozan y cantan;
Los vencidos se levantan,
Como de la sepultura,
A vencer;
Y aquellos que al parecer
Invencibles parecían,
Si bien, cuando mas se fían,
Ser vencidos y caer;
De manera,
Señores, que donde quiera
Hallaréis un mal vecino,
Y un rato de mal camino,
De Toledo á Talavera
Caminando.
Y por esta ley y bando
Echa amor á las criaturas;
Dales duras y maduras,
Porque no os vais alabando
Los queridos.
Y pues de tales gemidos
Ninguno vive seguro,
Y las penas son de juro
A los mas favorecidos
Y privados,
Los que son enamorados,
Al repartir del despojo,
Echen la barba en remojo,
Esperando ser tocados
Mala vez.
Pocas veces sale el mes
Sin que algun pesar hayamos;
Pero, si bien lo miramos,
Mal de muchos gozo es;
Y está claro
Que á la fin nos cuestan caro,
Como aquí se ha discurrido,
Los placeres de Cupido,
Aunque de carta de amparo.
Bien sabemos
Que es mejor de dos extremos
Mucha paz que buena guerra,
Y mejor estar en tierra
Que llevar gentiles remos
Por la mar.
Mejor es no navegar
Que ver la mar mansa y rasa,
Y mejor estar en casa
Que á buen meson aportar
Quien camina.
Hacemos á la contina
De necesidad virtud;
Mas mejor es la salud
Que la buena medicina.
Pues mirado
El fin del enamorado,
Claro está que es muy mejor
No ser el hombre amador
Que serlo aunque sea amado;
Y de verdad,
Mas vale con libertad
Pan y agua con cebolla
Que cabecera de olla
Por ajena voluntad
Y privanza.
Mas decidme, ¿quién alcanza
En la vida este lugar?
Quién nace para gozar
Esta bienaventuranza
Con sosiego?
Quién está en paz con el fuego
De su carne pediguenea?
Quién es el que con su leña
No hace contra si fuego
Do se encienda?
Quién hay que tenga la rienda

(43) Y el otro la centinela.

(44) Y con vicio.

(45) E al fin él acarrea
Del amor e su bollicio
Tras las breñas.

(46) Ríos altos y con puente.

(47) Pasan ambos con sus señas.

(48) No se excusan de esperar
Por abatir sus trincheras.

De su propia inclinacion?
 O ¿quién no cae en tentacion,
 Por mucho que se defienda
 Y abroquele?
 Que el cuerpo sin carne huele (49),
 Y jamás podrá estar quedo.
 ¿Quién no muestra con el dedo
 El lugar donde le duele
 Señalado?
 Quién habrá tan concertado,
 Que á la corta, que á la luenga
 Su gironcillo no tenga
 De loco ó de regnebrado?

(49) Otras ediciones dicen:

Que el cuerpo su carne huele.

Final al Amor y á la Fortuna.

Dios, que somos bien librados
 Los hombres desde la cuna,
 Pues nacimos sentenciados
 A ser siempre gobernados
 Por amor ó por fortuna.
 El niño y ella mujer,
 Ella ciega y él con ella,
 Ambos locos y sin sér,
 ¿Qué reino pueden tener
 Donde no reine querrela? (50)

(50) Velasco, al terminar el *Capítulo de Amor*, dijo:

«El capítulo precedente de *Amor y su poder* es fragmento ó parte de una obra que por cierto respeto pareció que no se debía imprimir como estaba; y así, porque toda no se perdiese, se puso lo que de ella se pudo dejar, en la forma que se ha puesto.»

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS OBRAS DE CONVERSACION Y PASATIEMPO.

CONTRA LOS ENCARECIMIENTOS DE LAS COPLAS ESPAÑOLAS QUE TRATAN DE AMORES.

Estando conmigo á solas,
 Me viene un autojo loco
 De burlar con causa un poco
 De las trovas españolas
 Al presente;
 De aquellas principalmente
 Muy altas y encarecidas,
 Excelentes y pulidas,
 Que mucho estima la gente;

Y de aquellos extremados
 Que por estilo perfecto
 Sacan del pecho secreto
 Hondos amores penados.
 Son del cuento
 Garcí-Sánchez y otros ciento
 Muy gentiles caballeros,
 Que por esos cancioneros
 Echan suspiros al viento.

No se me achaque ó levante
 Que me meto á decir mal
 De aquel subido metal,
 De su decir elegante;
 Antes siento
 Pena de ver sin cimiento
 Un tan gentil edificio,
 Y unas obras tan sin vicio
 Sobre ningún fundamento.

Los requiebros y primores
 ¿Quién los niega, de Boscan,
 Y aquel estilo galán
 Con que cuenta sus amores?
 Mas trovada
 Una copla muy penada,
 El mismo confesará
 Que no sabe dónde va
 Ni se funda sobre nada.

Aunque no por un tener,
 Todos van por un camino,
 También sabe Guardamino
 Quejar su mal y dolor
 Sin paciencia;
 No hay del otra diferencia

Al que se cuelga de un hilo,
 Que no ser tal el estilo
 Sobre la misma sentencia.

Y de aquí debe venir
 Que contando sus pasiones,
 Las mas mas comparaciones
 Van á parar en morir;
 Y de suerte
 Que nunca salen de muerte
 Ó de perderse la vida;
 Quitáldes esta guarida,
 No habrá copla que se acierte (1).

Por donde los trovadores
 Son de burlar y reir,
 Que no se dan á escribir
 Sino penas y dolores.
 ¡Cosa vana,
 Que la lengua castellana,
 Tan cumplida y singular,
 Se haya toda de emplear
 En materia tan liviana!

Coplas dulces, placenteras,
 No pecan en liviandad,
 Pero pierde autoridad
 Quien las escribe de veras,
 Y entremete
 El seso por alcahuete
 En los misterios de amor;
 Cuanto mas si el trovador
 Pasa ya del caballete.

Y algunos hay, yo lo sé,
 Que hacen obras fundadas
 De coplas enamoradas,

(1) Garcí-Sánchez, en sus *Lamentaciones de amores*, dice:

Y ¡tú, fénix, que te quemas,
 Y con tus alas deshaces
 Por victoria;
 Y despues que así te extremas,
 Otro de ti mismo haces
 Por memoria!
 Así yo, triste, mezquino,
 Que muero por quien no espero
 Galardon,
 Dóme la muerte con tino,
 Y vuelvo como primero
 A mi pasión.

Sin tener causa por que.

Y esto está

En costumbre tanto ya,

Que muchos escriben penas

Por remedar las ajenas,

Sin saber quién se las da.

Pero digo que arda en ellas

De los pies á la cabeza,

Decidme : á quién endereza

Sus coplas y sus querellas?

Si las vende

A la dama que le prende,

¿Qué mayor desventura

Que hablar por escritura

Con quien sé que no la entiende?

Cuanto mas que ni leer

Saben las mas ni escribir,

Y en el dar ó recibir

Aun hay algo que hacer.

Mal mascada

Vais, copla desventurada,

Y la que mas os estima

Devana su seda encima,

Y quedais vos allí aislada.

Ved qué donoso presente,

Que la que mas fe aventura

Por gozar de esta locura,

Ni la gusta ni la siente;

Y el provecho

Es que la meta en su pecho

Alguna dama loquilla,

Y diga por maravilla :

«¡Ay, qué coplas que me han hecho!»

Pues si donde era razon

Tan pequeño fruto hacen,

Con los demás, aunque aplacen,

Deshonesta cosa son;

Y muy vano

Ejercicio, y aun profano,

Publicar yo mis flaquezas,

Liviandades y bajezas,

Y escribirlas de mi mano.

Sobra de bien y pan tierno

Hace que los amadores

Comparen el mal de amores

A las penas del infierno.

Tú, Cupido,

Estás muy favorecido

Pensando que aquello es,

Mas adonde hay mal francés

El tuyo queda en olvido.

Final.

Coplas y locuras mías,

Vuestro tiempo se ha llegado

Para aliviar el enfado

Destos trabajosos días.

Todas pasaréis por buenas,

Siendo aquel que os da favor,

Por natura mi señor,

Y por suerte mi Mecénas.

CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS
Y SIGUEN LOS ITALIANOS.

Pues la santa Inquisicion

Suele ser tan diligente

En castigar con razon

Cualquier secta y opinion

Levantada nuevamente,

Resucitese Lucero (2)

(2) Resucita tú el lucero.—*Texto de Ulloa, al fin de las obras de Boscan y Garcilaso.*

Lucero fué un inquisidor que en Córdoba, á principios del siglo xvi, persiguió á muchos como herejes. Su dicho constante no dia ser mas humanitario ni mas hijo de sus buenas entrañas. Páse aquí: *Dámelo judío, y darte-he-le quemado.*—Puigblanch, *quisicion sin mascara.*

A corregir en España (3)

Una muy nueva y extraña,

Como aquella de Lutero (4)

En las partes de Alemania.

Bien se pueden castigar (5)

A cuenta de anabaptistas,

Pues por ley particular

Se tornan á bautizar

Y se llaman petrarquistas.

Han renegado la fe

De las trovas castellanas,

Y tras las italianas

Se pierden, diciendo que

Son mas ricas y galanas (6).

El juicio de lo cual

Yo lo dejo á quien mas sabe (7);

Pero juzgar nadie mal

De su patria natural

En gentileza no cabe;

Y aquella cristiana musa

Del famoso Juan de Mena,

Sintiendo desto gran pena,

Por infieles los acusa

Y de alevos los condena (8).

«Recuerde el alma dormida»,

Dice don Jorge Manrique;

Y mostróse muy sentida (9)

De cosa tan atrevida,

Porque mas no se platique.

Garcí-Sánchez respondió :

«¡Quién me otorgase, Señora,

Vida y seso en esta hora

Para entrar en campo yo

Con gente tan pecadora!»

«Si algun Dios de amor habia,

Dijo luego Cartagena,

Muestre aqui su valentía

Contra tan gran osadía,

Venida de tierra ajena.»

Torres Naharro replica :

«Por hacer, Amor, tus hechos

Consientes tales despechos,

Y que nuestra España rica

Se prive de sus derechos.»

Dios dé su gloria á Boscan (10)

Y á Garcilaso, poeta,

Que con no pequeño afán

Y con estilo galán

Sostuvieron esta secta,

Y la dejaron acá

Ya sembrada entre la gente;

Por lo cual debidamente

Les vino lo que dirá

Este soneto siguiente :

Soneto.

Garcilaso y Boscan, siendo llegados
Al lugar donde están los trovadores
Que en esta nuestra lengua y sus primores
Fueron en este siglo señalados,
Los unos á los otros alterados
Se miran, demudadas las colores,
Temiéndose que fuesen corredores
O espías ó enemigos desmandados;
Y juzgando primero por el traje,
Pareciéronles ser, como debia (11),
Gentiles españoles caballeros;

(3) Así Ulloa; Velasco pone :

A castigar en España.

(4) Como aquella del Lutero.—*Texto de Ulloa.*

(5) Bien se puede castigar.—*Id.*

(6) Son mas ricas y lozanas.—*Id.*

(7) Yo lo dejo á quien lo sabe.—*Id.*

(8) Así Ulloa; Velasco pone :

Y de alevos los condena.

(9) Así Ulloa; Velasco pone :

Y muéstrase muy sentida.

(10) Dé Dios su gloria á Boscan.—*Texto de Ulloa.*

(11) Así Ulloa; Velasco pone :

Pareciéndoles ser como debia.

Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje (12),
Mezclado de extranjera poesía (13),
Con ojos los miraban de extranjeros (14).

Mas ellos, caso que estaban
Sin favor y tan á solas (15),
Contra todos se mostraban,
Y claramente burlaban
De las coplas españolas,
Canciones y villancicos,
Romances y cosa tal,
Arte mayor y real,
Y piés quebrados y clicos,
Y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras
De vocablos ya sabidos
En nuestras trovas caseras,
Cantan otras forasteras,
Nuevas á nuestros oídos:
Sonetos de grande estima,
Madrigales y canciones
De diferentes renglones,
De tercía y octava rima,
Y otras lindas invenciones (16).

Desprecian cualquiera cosa (17)
De coplas compuestas antes,
Por baja de ley, y astrosa
Usan ya de cierta prosa (18),
Medida sin consonantes.
Ya muchos de los que fueron
Elegantes y discretos
Tienen por simples pobretos,
Por solo que no cayeron
En la cuenta á los sonetos.

Daban en fin á entender
Aquellos viejos autores (19)
No haber sabido hacer
Buenos metros ni poner
En estilo los amores;
Y que el metro castellano
No tenía autoridad
De decir con majestad
Lo que se dice en toscano
Con mayor facilidad.

Mas esta falta ó manquera (20)
No la dan á nuestra lengua,
Que es bastante y verdadera,
Sino solo dicen que era
De buenos ingenios mengua;
Por lo cual en lo pasado
Fueron todos carecientes
Destas trovas excelentes
Que han descubierto y hallado
Los modernos y presentes.

(12) Sigo también á Ulloa, lo mismo que en las demás variantes del soneto. Velasco lee equivocadamente:

Y oyéndoles hablar nuestro lenguaje.

(15) Mezclado en extranjera poesía.—*Texto de Velasco.*

(14) Con ojos los miraron de extranjeros.—*Id.*

(15) Sin sabor y tan á solas.—*Id.*

(16) Así el texto de Ulloa; el de Velasco, seguido por Fernandez, dice:

Y en lugar destas maneras
Y vocablos ya sabidos
En nuestras trovas primeras,
Cantan otras forasteras,
Nuevas á nuestros oídos:
Sonetos de gran estima,
Madrigales y canciones
De diferentes renglones,
Octava y tercera rima,
Y otras bravas invenciones.

(17) Así Velasco; Ulloa pone:
Despreciaban cualquier cosa.

(18) Ulloa dice:
Y usaban de cierta prosa.

(19) Ulloa lee:
A aquellos viejos autores.

(20) Mas esta falta y manquera.—*Texto de Velasco.*

Viéndoles que presumían
Tanto de la nueva ciencia (21),
Dijéronles que querían
De aquello que referían
Ver algo por experiencia;
Para prueba de lo cual,
Por muestra de novel uso,
Cada cual de ellos compuso
Una rima en especial,
Cual se escribe aquí de yuso (22).

Soneto de Boscan (23).

Si las penas que dáis son verdaderas,
Como muy bien lo sabe el alma mía,
¿Por qué ya no me acabad? y seré;
Sin ellas mi morir muy más de veras (24);
Mas si por dicha son tan lisongeras,
Que quieren retozar con mi alegría (25),
Decid, ¿por qué me matan cada día?
Con muerte de dolor de mil maneras? (26)
Mostradme este secreto ya, Señora,
Y sepa yo de vos, pues por vos muero.
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;
Porque, siéndome vos la matadora,
Mayor gloria de pena ya no quiero (27)
Que poder yo tener tal honcida.

Octava rima de Garcilaso (28).

Y ya que mis tormentos son forzados,
Aunque vienen sin fuerza consentidos (29),
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados (30)
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados (31),
De vos fuesen, Señora, conocidos,
La mas crecida angustia de mi pena (32)
Sería de descanso y gloria lleña.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: «Segun la prueba,
Once sílabas por pié
No hallo causa por que
Se tenga por cosa nueva.
Pues yo mismo las usé (33).

(21) Viendo pues que presumían
Tanto de la buena ciencia.—*Texto de Velasco.*

(22) Como se sigue de yuso.—*Id.*

(23) Ulloa no dice cuyo sea este soneto; Velasco lo pone como de Boscan, sin embargo que no se halla impreso entre las obras de este.

(24) Sin ellas el morir muy más de veras.—*Texto de Ulloa.*

(25) Y quieren refozar con mi alegría.—*Id.*

(26) De muerte y de dolor de mil maneras.—*Id.*

(27) Mayor gloria de pena no la quiero.—*Id.*

(28) Ulloa no dice el autor de esta octava, que Velasco pone como de Garcilaso.

(29) Bien que son sin fuerza conocidos.—*Texto de Ulloa.*

(30) Que mayor alivio en mis cuidados.—*Id.*

(31) Y si como son en vos bien empleados.—*Id.*

(32) La mayor angustia de mi pena.—*Id.*

(33) Así Ulloa; Velasco pone:

Pues yo también las usé.

Comunmente se cree que CASTILLEJO afirma haber sido usados por Juan de Mena los versos endecasílabos. De otra manera entendió este pasaje Pedro de Cáceres y Espinosa, en la vida de Gregorio Silvestre, impresa al frente de las poesías de este ingenio. Véanse sus palabras:

«Y que en España no se supiesen, ni la trujesen, los que trujeron la poesía toscana á ella, parece en que CASTILLEJO aun no supo la medida española de arte mayor, pues queriendo conferir la una y la otra, introduce á Juan de Mena, diciendo de las trovas italianas:

Juan de Mena como oyó, etc.

«De suerte que CASTILLEJO quiere probar que las composturas de Juan de Mena y Juan Boscan son una misma cosa, pues constan de once sílabas. Y dejado que la española tiene doce, aunque fuera

Don Jorge dijo : « No veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo (34)
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y está trova, á la verdad,
Por el contrario, denota
Oscura prolijidad (35). »

Garci-Sanchez se mostró
Estar con alguna saña,
Y dijo : « No cumple, no,
Al que en España nació
Valerse de tierra extraña ;
Porque en solas mis lecciones,
Miradas bien sus estancias,
Veréis tales consonancias,
Que Petrarca y sus canciones
Queda atrás en elegancias (36). »

Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores :
« Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores ;
Muy mal entonadas son (37)
Estas trovas, á mi ver,
Enfadadas de leer
Y tardas de relacion (38),
Y enemigas de placer. »

Torres dijo : « Si yo viera
Que la lengua castellana
Sonetos de mi sufriera,
Fácilmente los hiciera,
Pues los hice en la romana ;
Pero ningun sabor tomo (39)
En coplas tan altaneras,
Escritas siempre de veras,
Que corren con piés de plomo,
Muy pesadas de caderas. »

Al cabo la conclusion
Fué que por buena crianza
Y por honrar la nacion

verdad que tuviera once, no supo que de once á doce hay mucha
diferencia, por no entender la medida de los piés, la cual se des-
cubrió en España en esta sazón, y en Granada fué el que las des-
cubrió, que no ha dado poca perfeccion al verso. »

(34) Velasco dice :

De vestir nuevo deseo.

(35) Estas dos quintillas no se leen en el texto de Ulloa.

(36) Alude CASTILLEJO á las *Lecciones de Job apropiadas á sus
pasiones de amor*, que escribió Garci-Sanchez, y mandó borrar en
el *Cancionero* la Inquisicion, segun se ve en los índices expurga-
torios. Comienzan las lecciones así :

Pues amor quiere que muera,
Y de tan penada muerte,
En tal edad,
Pues que vó en tiempo tan fuerte,
Quiero ordenar mi postrera
Voluntad.

Véase cómo Garci-Sanchez trova el *Homo natus de muliere* :

El hombre nacido de
Mujer vive brevemente ;
Mas amor no me consiente,
Porque siempre en pena está,
Sino que viva doliente,
De muchas tristezas lleno.
Así como flor sali
Y me sequé ;
Sequeme porque me di
A quien mas que como ajeno
Me trata, que en darme á mí
Me trate.

(37) Así Ulloa ; Velasco pone :

Muy malencónicas son.

(38) Así Ulloa ; Velasco lee :

Tardías de relacion.

(39) Así Ulloa ; Velasco pone :

Pero ningun gusto tomo.

De parte de la invencion
Sean dignas de alabanza (40).
Y para que á todos fuese
Manifiesto este favor,
Se dió cargo á un trovador
Que aquí debajo escribiese
Un soneto en su loor.

Soneto.

Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan extraña,
¿ Cómo habeis venido á nuestra España (41),
Tan nuevas y hermosas clavellinas ?
O ¿ quién os ha traído á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña ?
O ¿ quién es el que os guía ó acompaña (42)
De tierras tan ajenas peregrinas ? —
Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Nos trujeron, y Boscan y Luis de Haro (43),
Por órden y favor del dios Apolo,
Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman, y por amparo
Solo queda don Diego, y basta solo (44).

(40) Así Ulloa ; Velasco escribe :

Y por honrar la invencion,
De parte de la nacion
Eran dignos de alabanza.

(41) Deef, ¿ cómo venistes á la España?—*Texto de Velasco.*

(42) ; Oh, ¿ quién es el que os guía y acompaña!—*Id.*

(43) Así Ulloa ; Velasco pone :

Nos trujeron Boscan y Luis de Haro.

(44) Soliman el uno, y por amparo
Nos queda don Diego, y basta solo.

Gregorio Silvestre, en la *Visita de amor* (véase en sus obras,
Granada, 1599, se declaró enemigo, como CASTILLEJO, de los
versos italianos, en que mas tarde vino á escribir :

Unas coplas muy cansadas,
Con muchos piés arrastrando,
A lo toscano imitadas,
Entró un amador cantando
Enojosas y pesadas.
Cada pié con dos coreovas,
Y de peso doce arrobos,
Trovadas al tiempo vicio.
Dios perdone á CASTILLEJO,
Que bien habló de estas trovas.

Dijo Amor : « ¿ Dónde se aprende
Este metro tan prolijo,
Que las orejas ofende ?
Por estas coplas se dijo
Algarabia de allende.
El sugeto frio y duro,
Y el estilo tan oscuro,
Que la dama en quien se emplea
Duda, por sabia que sea,
Si es requiebro ó si es conjuro.

« Ved si la invencion es basta,
Pues Garcilaso y Boscan,
Las plumas puestas por asta,
Cada uno es un Roldán,
Y con todo no le basta.
Yo no alcanzo cuál engaño
Te hizo, para tu daño,
Con locura y desvarío
Meter en mi señorío
Moneda de reino extraño. »

Con dueñas y con doncellas
Dijo Vénus : « ¿ Qué pretende
Quien les dice sus querellas
En lenguaje que no entiende
El ni yo, ni vos ni ella ?
Sentencio al que tal hiciera
Que la daara por quien muera
Lo tenga por cascabel,
Y que haga burla de él
Y de cuanto le escribiere.

RESPUESTA Á UN CABALLERO QUE LE ENVIÓ UNA COPLA
MAL TROVADA.

Una copla me enviastes,
Señor, de mala yacía,
Hecha con piés de estornija;
El mal es que trasnochastes,
Y al cabo paristes hija.
Mas, sin mas satisfacción
De los yerros que hay en ella,
Sois digno de haber perdon
Siquiera por la pasión
Que pasastes en hacella.

Á OTRO, POR OTRO TANTO.

Vuestras coplas recibí,
Y es cierto que, si no fuera
Porque no digais de mí
Que de envidia no las vi,
De asco no las leyera.

Y porque daros razón
De los yerros que llevaban
Era daros mas pasión,
No os digo sino que son
Cuales de vos se esperaban.

Á OTRO, POR LO MISMO.

El que las coplas hicistes,
Todos los que las miramos
Sabed que en deuda os quedamos
De la risa que nos distes;
Pero vos de vos y dellas
Quejaros también podréis,
Porque el tiempo nos debeis
Que gastamos en leellas.

Á UNO QUE QUERIA QUE LE GLOSASE UN MOTE Á CIERTO
ENTENDIMIENTO FUERA DE PROPÓSITO.

No sufre glosa ninguna,
Porque buyen de rondon
La razón y la intención
Por su parte cada una.
Y de tal entendimiento
El mote tan lejos va,
Que no lo confesará
Sino á fuerza de tormento.

Á UNO QUE APOSTÓ DE SACAR UNA CIFRA Ó SACAR UNA COPLA.

Pues falta no la hay en vos,
Desempeñad vuestra prenda;
Que esta cifra de contienda,
Mejor me perdone Dios
Que vuesamerced la entienda.
Y mirad á qué me atrevo,
Que aunque la echéis en la cama,
Yo lo consiento y apruebo,
Tan sin temor de su fama
Como si fuese una dama.

RESPUESTA.

No sé si huya de vos
O busque quien me defienda;
Porque en tan estrecha senda
No ternéis en mucho á dos
Si correis suelta la rienda.
Y aunque el mote no fué nuevo,
Nueva querella me llama
De vengarme con renuevo
Si en mi prueba vuestra dama
Cuán justamente os desama.

Á UNA DAMA Á QUIEN UN CABALLERO DEJÓ POR HEREDERA
DE SU ALMA Y FE EN UN TESTAMENTO QUE HIZO.

¡Qué buen caballero era,
Perdónale Dios, amen,
Dejando tal heredera!
Si antes de escribir muriera,
¡Oh cómo muriera bien!
Su pensamiento fué vano,
Aunque sano
Si le terciara el estilo.
Válgale por codicilo,
Pues lo escribió de su mano.

Mas si acuerda de aceptar
Vuesamerced esta herencia,
Quiéroos, Señora, avisar
Que no os podeis excusar
De pleito ni diferencia;
Porque el alma que os dió á vos
Es de Dios,
Si quisierdes recibirla;
La fe no pudo partirla,
Pues no puede ser de dos.

Á UN AMIGO, CON UN PRESENTE DE VINO DE RIBADAVIA
Y UNAS RIENDAS.

No os burleis de la invención
De este mi nuevo presente;
Que se hace por razón
Que este caballo bridon
Espuelas no las consiente.
Por su nombre lo veréis,
Que deriva de lozano.
Mirad cómo arremeteis,
Porque á lo menos quedeis
Con las riendas en la mano.

Á UN MAL PAGADOR.

Pues no se excusa perderos,
Segun que camino va,
Yerro pienso que será
Dejar perder mis dineros.
Y pues por tan poco precio
Perderme, Señor, quereis,
Mas quiero que me acuseis
De importuno que de necio.

Á UNA QUE ESTANDO MAL CON SU AMIGO, SE CASÓ
CON UN BARBERO.

Hi de puta, ¿qué señal
De querer quitar baraja,
Estando conmigo mal,
Señora, pesar de tal,
Echáis mano á la navaja?
Bastaba para una mora
Los regalos y sainetes
No dármelos ya, Señora,
Sin que me queráis agora
Trasquilar á pandereites.

Á UN CABALLERO QUE TRAIA DE CONTINO UN COLLAR DE ORO
DE MUY POCO PESO.

Por grosera cosa ser
Los dejó toda la gente;
Y vos, por bien parecer,
Holgaís, Señor, de traer
El vuestro públicamente;
Por tanto, si no quereis
Que reniegue la paciencia,
Suplicoos que os le quiteis,
Salvo si no lo traéis
En señal de penitencia.

Que en traer tan sin razon
Collar que tan poco pesa,
A muchos dáis ocasion,
Señor, de murmuracion,
Juzgándolo por empresa;
Mas, pues para lo dejar
Hay uso sobre razon,
No lo debeis dilatar,
Porque tan pobre collar
Peor es que de jubon.

UNA GUARNICION DE TERCIOPELO QUE LE ENVIÓ UN CABALLERO.

En cueros me la envió
Con mil golpes por la cara;
Si el pelo no le faltara,
El tercio bien acudió;
Pues viene sobreraida,
Señal es que fué borron,
Porque para guarñicion
Viene muy desguarnecida.

LA FIESTA DE LAS CHAMARRAS.

MERCADO Á SU CHAMARRA.

¡Oh chamarra de papel!
En hora fuerte y menguada
Vos fuisteis invencionada,
Pues por vos me dicen cruel.
De cuya causa cuidado (43)
Nace que el alma me arranca;
Que ¿por qué, siendo vos blanca,
Me paro yo colorado?

SU CHAMARRA Á MERCADO.

Mas me siento yo injuriada
De vos, descorrés hidalgo.
Pues que siendo en paño algo,
En chamarra no soy nada.
Si quedó por mi ocasion
Vuestro pecho sin abrigo,
Vuestra fué la culpa, amigo;
Vuestra fué, que mia, non.

SU CHAMARRA Á CANSECO.

Señor, vos buscáis mi mengua;
Mucha queja de vos tengo,
Pues sabiendo dó yo vengo,
No teneis tiento en la lengua.
Mis tachas parecerán;
Que á vuestra causa mezquina
Caballeros de Medina
«Mal amenazado me han» (46).

CANSECO Á SU CHAMARRA.

No temáis, chamarra mia,
Que os puedan á vos decir
Sino que por me seguir
Dejastes la compañía.
Si me tuvistes amor,
No estuvistes engañada,
Pues yo os quise deshonrada,
Por veros de mi color.

PREGON GENERAL.

Hacer manda esta justicia
A las chamarras presentes,
Por los delitos siguientes,
La reina nuestra, Malicia.

Y el pregon de su querella
Desta manera comienza:
«Que salgan á la vergüenza,
Pues osan andar sin ella.»

Comienzan.

Salgan segun su vejez,
Hagamos honra á las canas.
Salid vos, la de Manzanas,
Hecha en el año de diez;
No alegueis por *leonada*;
Que ya, por tener teson,
Habeis perdido el *leon*,
Y quedastes en la *nada*.

Vos, Castillejo, salid
Con la que en azul fué novia,
Tejada dentro en Segovia,
Cortada en Valladolid;
Por todo el mundo traída,
Y en su triste senectud
Salió de Calatayud,
De viejo luto teñida.

Fernan Perez eche fuera
La suya, azul, clara y vieja,
A dar cuenta de una ceja
Que tuvo en la delantera.
No le valgan sus afanes,
Aunque alegue por raída,
Pues al cabo de su vida
Se puso de tafetanes.

Diego Ramirez presente
La suya, gris, tinta en lana,
Que tiene muestras de sana
Y secretos de doliente;
Y pasa muy á la clara
Vergüenza, pues la perdió
El día que consintió
Cuchillada por la cara.

La de Alvar Perez, morada,
Pague por su desamor;
Mas, pues es comendador,
Sea antes desgraciada;
Pero tómenla en los brazos,
Y miren bien á la luz,
Que al quitarla de la cruz
No se les haga pedazos.

Sin culpa sale ni tacha,
Al pregon, la de Tobar,
Pues que mantuvo collar
De seda cuando mochacha;
Mas los ribetes así
Dicen, mostrando su cuero:
«Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí (47).»

Meneses y su cuñado
Saquen sus dos alemanas
A pagar, pues son hermanas,
Juntamente su pecado.
Han cometido traicion;
Que en Castilla se criaron,
Y fueron luego, y dejaron
Lo mejor en Aragon.

La de Pinedo se olvida:
Salga acá, dará su vuelta;
Que aunque mal parece suelta,
Muy peor anda cebida;
Y á todos ponga mançilla;
Que el traidor que la cortó,
De los pliegues la quitó,
Por crecer en la capilla.

Salid vos, la de Sarmiento,
Vieja, oscura y leonada,
Que por mal guarneteada
Podeis perder casamiento;
Y decid esta cancion,
Llorando vuestro desastre:

(43) Velasco pone *Cuitado*.

(46) Verso del romance viejo de Doña Lambra y los siete infantes de Lara.

Los hijos de doña Sancha
Mal amenazado me han
Que me cortarian las haldas
Por vergonzoso lugar.

(47) Versos de un romance viejo, que mas adelante se verá gloriado.

«Por mi mal os vi yo sastre,
Que por vos salgo al pregon.»

Salinas salga, y escote
La suya, mangás de boba,
Que cuando moza fué loba
De luto con capirote;
Y por tales cuchilladas
No se escape de pregones,
Aunque muestre los botones
Con que las tiene cerradas.

La corta desvergonzada
De Piedra salga á las bodas,
Que para mengua de todas
Las chamarras fué criada;
Y por tan mala invencion,
Traje, color y planeta,
No se escape aunque se meta
So las faldas del sayon.

Tapia, el aposentador,
Saque la suya á la pena;
Que aunque su hechura es buena,
Es muy triste su color;
Y tambien su presuncion
Es caso que toca al Papa,
Porque le sirve de capa
Sin tener dispensacion.

Salga acá la de Villoria,
Que piensa, por ser ferrete,
De quedar con su ribete
In perpetua rei memoria;
Mas yo, como amigo fiel,
Que la despida le mando,
Porque le está amenazando
De vivir mas que no él.

Salga la desesperada
De Canseco, y dará fe
De cómo dos veces fué
Su mala guerra ganada (48);
Do cobró tales raíces
De codicia por el mundo,
Que aun con el amo segundo
Anda ganando perdices.

Salga con su gruesa lana
La de Somonte á la hora,
Que siete veces fué mora
Y otras tantas alemana;
Y al cabo de sus delitos,
Sin que el Papa lo otorgó,
A san Francisco negó
Por tornarse de benitos.

La de Mercado, alevosa,
Hecha con tanta miseria,
Desque revolvió la feria
Puso piés en polvorosa;
Que viendo que estas padecen
Sin culpa, por su pecado,
Dijo en secreto á Mercado:
«A los piés, Señor; que ofrecen.»

No falta quien las acuse,
Que las manden desterrar;
Mas tornóse á revocar
Porque no hay quien ya las use;
Y es el mal que sin consuelo
Ni esperanza quedarán;
Que esta mengua que les dan,
Jamás se la cubra pelo.

Á UN MAESTRESALA QUE LE MANDABAN TRAER EL MANJAR
CON LINTERNA.

Maestresala, sentir pena
No debeis de esta costumbre;
Que siendo tan ruin la cena,
Ruin ha de ser, y no buena;
La lumbré con que se alumbra;
Pero puédese pensar,

De veros ir con linterna
Acompañando el manjar,
Que quereis con él entrar
A cenar en la taberna.

CIERTOS CABALLEROS AL AUTOR.

Siempre en juéves de la Cena,
Por remembranza y memoria,
Solemos estar en pena;
Pero vos, segun se suena,
Diz que estuvistes en gloria.
Los banquetes son crueles
Do carne sola se da;
Mas esto no se dirá,
Pues las tortas y pasteles
Bien las supimos acá.

RESPUESTA DEL AUTOR.

Injustamente condena
Mi fama la falsa historia;
Mal se habla en culpa ajena
En una casa tan llena
De culpa, y culpa notoria.
Al repique de broqueles
Estáis tan á punto ya,
Que do quier que carne está,
No son puestos los manteles,
Cuando la huelen allá.

RAZONAMIENTO DE UN CAPITAN GENERAL Á SU GENTE.

Señores y compañeros
Que salistes de Bohemia
Por virtud, y no por premia,
A ganar honra y dineros,
Ya sabeis que hasta aquí,
Mientras quiso la fortuna,
No ha habido falta ninguna
Por vosotros ni por mí.

Ahora, por los pecados
De alguno, veis que nos vemos
Do de hambre perecemos,
De toda parte cerrados.
Veis los turcos poderosos,
Y mas fuertes á la fin,
Y muerto Pedro Rachin
Y otros hombres valerosos.

Pues ya que con osadía
Queramos acometellos,
Antes de tocar en ellos
Nos mata el artillería.
Para estar aquí perdidos
Estas causas grandes son,
Cuanto mas que hay traicion
Y estamos todos vendidos.

Y por nuestra mala suerte,
Si esperamos á mañana,
Morirémos, y no gana
El Rey nada en nuestra muerte.
El remedio es retraer,
Por excusar tanto mal,
Y el Capitan General
Es del mismo parecer.

Y caso que de este hecho
Alguna mengua ganemos,
Al menos excusarémos
De no morir sin provecho.
Cualquier daño y perdicion
Con la vida se repara;
Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.

Pero diga quien dijere;
Que si es honra el combatir,
No es menos saber huir
Cuando el tiempo lo requiere.
Aperciba pues cualquiera

(48) Velasco pone:
De mala guerra ganada.

Los piés, si quereis salvaros,
Porque yo pienso llevaros,
Si puedo, la delantera.

Á UN CABALLERO SU AMIGO EN CIERTA OCASION DE TIEMPO.

Pues estáis donde me vi
Con tan próspera ventura,
Gozad del bien mientras dura;
Dejen todos para mí
El dolor y la amargura.
Pideme la voluntad
Con grave necesidad
Que no esté sin veros hoy;
¿Qué haré; triste que soy!
Ajeno de libertad?

Mas, pues de las ansias mías
El remedio está apartado,
Quédese por excusado,
Y vuélvanse mis porfías
A cumplir vuestro mandado.
Juno, Vénus y Diana,
Todas tienen una gana
De dar al dueño su cuarta;
Mas la que menos se aparta
Piensa que es la mas anciana.

Á UN VIZCAÍNO PIDIENDO AGUINALDO.

Servido no ge lo tienes,
Aunque en gana le tenía;
Mas mire su señoría,
Generacio, dónde vienes.
No mires merecimiento
De barbero guipuzquiano,
Mas el razon que le cuento;
Y Machin raya contento
Con guinaldo de su mano.

EL MISMO.

El Navidad es pasado,
Y Reyes otro que sí;
Mas del copla que le di
Ya le tienes olvidado.
Prometido pues me habia
El aguinaldo, Señor.
Mande vuesa señoría
Que la cumpla todavía
Con Machin, su servidor.

Á UN HERMAFRODITO.

Cuando mi madre cuitada
En el vientre me traía,
Viéndose grave y pesada,
Diz que á los dioses, penada,
Consultó qué pariría.
Febo dijo: «Varon es;»
Marte hembra, y neutro Juno.
Yo, naciendo, era despues
Hermafrodito, y de tres,
Dijo verdad cada uno.

Preguntado el fin que habria
Tras esto, dijo la Diosa
Que con armas moriria;
Y mas dijo, que seria
Muerto de cruz espantosa.
Febo dijo: «En agua espera
Acabar su triste vida.»
La suerte, en fin, de cualquiera
Dellos en mí fué cumplida,
Y por mí mal valedera.

En un árbol que hacia
Sombra al agua me subió
La triste ventura mía,
Do la espada que ceñia

Abajo se me cayó;
Y yo, acaso desdichado,
Tambien allí desbarré;
Y cayendo así turbado,
Sobre ella quedé colgado
De las ramas por el pié.

La cabeza encontinente
Fué en el agua zapuzada,
Y el cuerpo quedó pendiente,
Quedando yo juntamente
Mal herido de mi espada.
Y desta suerte pendiente,
Perdí la vida y la luz.
Al fin merecí, muriendo,
Hembra, macho y neutro siendo,
Muerte de agua, hierro y cruz.

ENHORABUENA DEL CASAMIENTO DEL CONDE LEONARDO
DE NOGUEROL.

Por muchos años y buenos
Sea, Señor, este día,
De salud y de alegría
Y de prosperidad llenos;
Y sea muy en hora buena,
Tan en buena recibida,
Que dure muy luenga vida,
Sin un momento de pena;
Y la misma tambien sea
Con igual voluntad dada,
Y en igual hora tomada
Para la que en vos se emplea.
A ambos os haga Dios
Dichosos y sin querella,
Pues vos fuistes digno della,
Y ella fué digna de vos.
Y élos dé, para que deis,
Mas bien que vos deseais,
Dáudoos, sin que lo pidais,
Lo que, Señor, mereceis.
Y si parece sobrada
La demanda, como creo,
Déos lo que yo os deseo;
Que no se perderá nada.

ENHORABUENA DEL DESPOSORIO DE DON PEDRO LASO
DE CASTILLA.

Tan en hora buena sea
Cuanto en cosa nunca fué,
En tal punto y en tal pié,
Cual vuesa merced desea.
Todos os somos agora
En gran deudo nuevamente,
Pues ya que nos dais señora,
Nos la dais tan excelente.

Mia es la enhorabuena,
Aunque me toma en la cama,
Donde he ganado por ama
A la linda Policena.
Pues cobrastes tal amiga,
Alargad, Señor, el paso;
Porque es muy bien que se diga,
Mas no se sienta, lo laso.

EN ALABANZA.

Alabanza es no alabar
Persona tan excelente,
Porque es gran inconveniente
Querer que quepa la mar
En espacio de una fuente.
Para daros el loor
De que sois merecedor
No basta mi suficiencia;
Que mi principal herencia
Es ser vuestro servidor.

CONTRADICTORIA EN ALABANZA DE UN CABALLERO AMIGO SUYO.

Quien quiere loaros, ilustre Señor,
El mismo se amengua y pierde el caudal,
Pues pluma ni lengua, vos siendo ya tal,
No pueden doraros con oro mejor.
Serviros, honraros es noble labor;
Es por yerros nuestros dejar de hacello.
Los muy grandes vuestros no son un caballo,
Estando tan claros en vuestro favor.
Vos sois de los buenos muy cierta esperanza,
Mortal enemigo de toda maldad
Y muy grande amigo de toda bondad,
De males ajenos socorro y holganza.
Por mas ni por menos torceis la balanza,
Seguis lo mejor donde hay diferencia,
Y de lo peor huiis con prudencia;
Henchis vuestros senos de amor y templanza,
Gracioso y humano, sin mezcla de mal,
Menos que ninguno de vicios vencido,
Pesado, importuno á hombre nacido,
A todo cristiano os dais liberal.
Por primo ni hermano no torceis de leal,
Usais de virtud con todos á hecho,
Y la ingratitud os hace despecho;
Teneis á la mano verdad natural.

Á UNA BEATA MOZA, ENVIÁNDOLE UNA RUECA.

Pues tomastes religion
Que á estar recogida os ata,
Por no entrar en tentacion,
Cuando acabeis de oracion
Hulad, devota beata.
Y pues con conciencia sana
No podeis, aunque hayais gana,
Vestiros ropa de lino,
Por no torcer el camino,
Nunca hileis sino lana.

Á UNA DONCELLA QUE SE METIÓ MONJA.

Nueva planta sois, María,
Puesta en el huerto de Dios;
Desde hoy mirad por vos,
Que os cumple, de noche y día.
En buena tierra quedais;
Procurad de arraigaros,
Porque no pueda arrancaros
El viento cuando crezcáis.

Á OTRAS DOS QUE TOMABAN EL VELO.

Señoras, con este velo
Vuestra libertad se entierra;
Presas seréis en la tierra
Por ser libres en el cielo.
Procuren vuestras mercedes
De gozaros tras las redes,
Pues moris para vivir;
Que ya no podeis huir
Aunque salteis las paredes.

COMPARACION ENTRE LAS HUELGA DE BÚRGOS Y BELEN
DE VALLADOLID.

Ayer, señoras, entré
En las Huelgas á mirar;
Es casa muy singular,
Donde sin duda hallé
Muehas cosas que loar:
Sus anchuras y grandeza,
Su vejez y antigüedad,
Sus muros y fortaleza;
Lo que falta en gentileza
Suplen con autoridad.

Tú, Belen, tierra de gloria,
Ciertó no eres la menor;
Contemplado tu valor,
Quedaras en mi memoria
Escrita por la mejor.
De ti me saldrá cuidado
Que rija mi pensamiento;
Eres el mundo abreviado,
Palacio de rey privado,
Arca de contentamiento.

En fin, aunque de desdenes
Entrambas llenas estén,
Son el fin de todo bien:
Las Huelgas tienen mil bienes,
Diez mil sobran á Belen;
Una y otra bien mirada,
Tórnome á alirnar agora
En la sentencia pasada:
Ser las Huelgas encantada,
Y Belen encantadora.

LA FÁBULA DE ACTEON,

TRADUCIDA DE OVIDIO, MORALIZADA.

Segun Ovidio da nuevas
Y nos hace relacion,
Andando á caza Acteon,
Príncipe mozo de Tébas,
En peligrosa sazón,
Por desastre de ventura
Se metió por la espesura
De un bosque, donde nació
Una fuente clara y fría,
Hecha á manos de natura.

En la cual, segun solía
Cuando el sol la fatigaba,
La diosa Diana estaba
Con sola su compañía,
Y desnuda se bañaba,
Muy segura y descuidada,
Sin temor de ser mirada
De ningun hombre mortal;
Del colegio virginal
De sus niñfas rodeada.

Pues, como se viese ser
En tal forma conocida
De Acteon, toda encendida,
Quisiera luego tener
Con que quitarle la vida;
Pero no pudiendo mas,
En aquel punto y compás,
Tomando del agua clara,
Le dió con ella en la cara,
Vuelto los ojos atrás,

Y dijole muy sañuda:
«Vete agora do quisieres,
Y cuenta por donde fueres
Cómo me viste desnuda,
Si bien contarlo pudieres.»
Luego el triste se miró
En el agua, y se halló
En ciervo todo mudado,
De grandes cuernos cargado,
Que grande espanto le dió.

Y comenzando á pensar
Lo que en tal caso haria,
Si al palacio volveria,
O si se debe quedar
En el monte todavia,
No sabe lo que es mejor;
Porque su mismo dolor
Ni le toma ni le suelta;
Vergüenza impide la vuelta,
Y la quedada el temor.

Así que, mientras dudaba
Entre dos contrarios yerros,
Fué sentido de sus perros,
Que corren con furia brava
Tras él por valles y cerros.

Y al fin, por sus servidores,
Tornados perseguidores,
Rompidas piernas y brazos,
Acabó, hecho pedazos,
La vida con mil dolores.

MORALIDAD DE LA FÁBULA PRECEDENTE.

Este fabuloso cuento,
Puesto por comparacion,
Se escribe con intencion
Que nos sirva de escarmiento
El castigo de Acteon.
Por el cual así perdido,
Se muestra ser entendido
Cualquier persona de estado,
A caza muy inclinado,
Y tras ella embebecido

Por las selvas y boscajes,
Islas, montes y labrados,
Tras los ciervos espantados,
Osos y puercos salvajes
Y otros cualesquier venados,
Con redes, cuerdas y telas,
Bocina, guardas y velas,
Podencos, galgos, lebreles,
Ballestas y cascabeles,
Capirotos y pihuelas.

Por la diosa que halló,
De cuya beldad se prende,
La misma caza se entiende,
Que desde una vez la vió,
No pudo partirse dende;
Y así, preso enamorado,
A caza del todo dado
Sin orden y sin medida,
Aquel es en esta vida
Su soberano cuidado.

En el cual siempre metido
Y pensando noche y día,
Allí pone su alegría,
Allí todo su sentido
Con diligente porfía;
Aventurando á perder
Todo cuanto puede haber,
Peligro, cansancio, pena;
Recibiéndola por buena
Por gozar de este placer.

Así se encarna el deleite
Que aquel agua significa,
Con que el rostro le salpica,
Que, como mancha de aceite,
Pega y cunde do se aplica;
Del cual el corazon preso,
El juicio queda leso,
De libre tornado siervo,
Convertido en aquel ciervo,
Animal de poco seso.

De allí van en perdimiento
Las cosas mas substanciales,
Los negocios principales
Pospuestos cada momento
Por el trato de animales.
Hácese por consiguiente
Descuidado y negligente,
Descomedido y tardío;
En otras cosas muy frío,
Y en esta sola herviente.

Lo cuarto, que se embaraza
Cuando en el agua se vió,
Significa que entendió
Los afanes de la caza
Cuando bien se conoció;
Usando fuerzas y mañas
Contra brutas alimañas,
Batallas y escaramuzas,
Y trepando por camuzas
A las enhiestas montañas.

Do se sigue que de ver
Ser deleite peligroso,

Aunque dél esté goloso,
No puede dejar de ser
Como ciervo temeroso;
Mas, en fin, como cordura
Pueda menos que natura,
Cualquier peligro pasado
En un punto es olvidado
Al sabor desta locura.

Al fin le comen los canes;
Lo cual denota de veras
Perros de todas maneras,
Halcones y gavilanes
Y otras bestias placenteras;
Cazadores y monteros,
Caballos, mozos y perros,
Y cuanto la caza toca,
Que muerden y tienen boca,
Y cuestan muchos dineros.

Mas el sentido derecho
Es que sus mismos privados,
Viéndolo entre los cuidados,
Buscan con él su provecho
Y le comen á bocados.
Estos le hacen la guerra,
Cada cual traba y aferra,
Segun que tiene los dientes,
De sus carnes inocentes,
Hasta dar con él en tierra.

Así que, la conclusion
Y entendimiento moral
Desta fábula real
Es, que cualquier Acteon
O persona principal
Por su placer y servicio
Se ocupe en el ejercicio
Del campo templadamente,
Y no para que la gente
Se lo conozca por vicio.

Y no se deje olvidar
Por la caza en proveer
Lo que mas es menester,
Porque no venga el pesar
A ser mayor que el placer;
Ni menos tenga por uso,
Para no verse confuso
Por una vana holgura,
De ponerse á la ventura
Que el rey Favila se puso.

AL AÑO TRABAJOSO DE CUARENTA.

Allá irás el de cuarenta
Por esas ondas leateas,
Do nunca metado seas,
Ni se haga de ti cuenta
Sino con las furias feas.
Háznos hecho cien mil males,
Muerto muchos principales,
Y de los otros sin cuento,
Y trocado el movimiento
De los cursos celestiales.

Háznos abrasado el suelo
Con tus calores alevés,
Y con humidades breves
Desterrádonos del cielo
Las justas lluvias y nieves.
Háznos dado sequedad
En toda la cristiandad,
Desde Grecia hasta España,
Y traído en Alemania
Verano por Navidad.

Has dado licencia nueva
A Landgrave en bigamia,
Y al de Lóndres osadía
De dejar, hecha la prueba,
La mujer que ya tenía.
Háznos muerto cardenales
Buenos, limpios y leales,
Y escapado de la muerte

A Pero Luis el Fuerte
Para bodas obispaes.

Has tornado á concertar
El turco con venecianos,
Y al noble rey de romanos
Hecho fuerza de tomar
Las armas contra cristianos.
Has muerto al rey Juan de Hungria,
Y dado por peoria
Un niño que en ella queda,
Para que fray Jorge pueda
Colocar su tiranía (49).

Así que, vé donde vas,
Año de cuarenta triste;
No te alabes que nos viste
Ni vuelvas la cara atrás.
Pues con ella nos heriste.
No nos dejas qué comer,
Pero bien en qué entender
Por mill duelos por tí dados,
Y los ríos agotados,
Que apenas hay qué beber.

Vos, el de cuarenta y uno,
Que venís por sucesor,
Entrad manso y con amor;
No nos seáis importuno
Como vuestro antecesor.
Dadnos el aire templado,
Natural y concertado,
Lleno de fertilidad,
Y volved la sanidad
Que estoíro nos ha quitado.

Enmendad vos sus aviesos,
Corregid los temporales,
Sed propicio á los mortales,
Y dadnos buenos sucesos,
Privados y generales.
No seáis del bien escaso,
Y entrad vuestro paso á paso,
Próspero, alegre, dichoso,
Por casa del generoso
Mi señor don Pero Laso.

QUERRELLA DE UN MACHO CONTRA SU AMO, QUE LE CARGABA
DEMASIADO HACIENDO JORNADA EN LA CORTE DE REY DE
ROMANOS.

¿Qué es esto, noble Señor?
Qué crueldad tan indina?
¿Soy yo moro, ó soy traídor,
Que con tanto disfavor
Trataís mi carne mezquina?
No bastándoos el sillar,
Colgáis de mí flaco cuello
Lo que, por Dios, un camello

(49) Don Nicolás de Oliver y Fullana, en su *Recopilacion histórica de los reyes, guerras, tumultos y rebeliones de Hungria* (Colonia, 1687), obra notable por la enérgica concisión con que está escrita, dice lo siguiente:

«El rey Juan Zapotia, luego que estuvieron hechas las paces con el rey don Fernando, trató de casarse con Isabel, hija del rey Segismundo de Polonia. Celebráronse con majestuoso regocijo y suntuosas fiestas las bodas y coronacion de la Reina en los campos de Alba-Real, cubiertos de riquísimas tiendas, y á 7 de julio de 1540 parió la Reina un hijo, que, de los nombres del padre y abuelo, se llamó Juan Segismundo. Siguió catorce días despues la muerte del padre en edad de cincuenta y tres años, príncipe de grandes prendas, si no las hubiera manchado la ambicion, que afirma Salustio, *hace prevaricar á muchos hombres*. Fué sepultado con regia pompa en Alba-Real, nombró por tutor del hijo, asistente y consejero de la Reina viuda, y gobernador de sus estados, á Jorge Martinucio, natural de Dalmacia, educado en casa de Juan Corvino, hijo del rey Matías Huniades. Cansado de la corte, tomó el hábito de monje del órden de San Pablo, aunque sin letras, que aprendió con facilidad, y se ordenó.» Este Martinuzi fué muerto violentamente en 1547.

Apenas podrá llevar
Sin dar en tierra con ello.

Sayos, calzas y jubones,
Cabestros, herramental,
Botas, zapatos, calzones,
Colgados de mis arzones,
Como si fuese varal.
Yo, miserable machuelo,
Con el peso trasijado,
Llevo, como veis, forzado,
Los hocicos por el suelo
Por hacer vuestro mandado.

Pero vos, sin compasion
De cuanto sufro delante,
Asestaime un balijon
En mis ancas de cabron,
Que es carga de un elefante.
Y en la silla, otro que si,
Un mozo se me plantó;
Que nunca descanse, no,
Si lo que va sobre mí
No pesare mas que yo.

Yo voy ya para morir,
Y ¡ojalá fuese ya muerto,
Siquiera por no sentir
El escarnio de ver ir
El maletón descubierto,
Puesto á orza y recalado
De colchon y cabezales,
Que por ambos corneiales
Le salen al desdichado
Las tripas y los pañales!

De lo cual, por lo que os toca,
Aunque mal de muerte os quiero,
Por el mal que me provoca
Tengo congoja no poca,
Porque sois buen cahallero;
Y tambien de parte mia,
Como ya no soy mochacho,
Verme solo triste macho,
Con tanta caballeria,
Me causa, Señor, empacho,

Aliviadme de esta pena,
Pues no lo pido con vicio,
Y quitadlo de la avena,
Que me hallo en tierra ajena,
Y cojo en vuestro servicio.
Cargadme la barjuleta,
Que me basta, y no se entienda
Que yo pueda, aunque me hienda,
Soportar tan gran maleta
Con toda vuestra hacienda.

O ponedme dos cestones,
Como esotros caballeros,
Y no tales maletones,
Si quereis que mis riñones
Lleguen á Flándes enteros;
Mas, si ya quereis que al fin
Con mi desventura vaya,
Porque la carga no caya
Proveedme de un cojin
Al menos con que la traya.

Con todo, no quiero ser
Ingrato de la bondad
Que usasteis conmigo ayer,
Comenzándome á hacer
Un poco de caridad.
Y para mas obligaros
A servir siempre clemente
En el trabajo presente,
Acuerdo, Señor, cantaros
El villancico siguiente:

Villancico.

¡Oh cuán mala que sois! Mala
Para mí;
Por mí mal os conocí.

En casa del coronel,
Mi señor, gentil y bueno,

Con sola mi silla y freno
Era muy contento él.
Vos, Señor, como cruel,
Echaisme el albarda así;
Nunca yo os lo merecí.
*¡Oh cuán mala que sois! Mala
Para mí.*

RESPUESTA DEL AMO.

Macho falso, gruñidor,
Que echais palabras al viento,
¿Quién os hizo trovador?
¿Quién os ha dado favor
Para tanto atrevimiento?
Osaros así atrever
Y mostrarme así los dientes,
Indicios son evidentes
Que debeis, macho, tener
En esta corte parientes.

Si sospecha de traición
Me dais, en ello pensando,
Pues contra mí sin razón
Cuantos en la corte son
Se muestran de vuestro bando,
Hallastes procurador
Y relator bueno, y tal,
Mayordomo y Marichal;
Hasta el Rey, nuestro señor,
Os ha sido parcial.

Y aunque hay causa que me sienta
De contraste de tal arte,
Del cual se me sigue afrenta,
Quiero estar con vos á cuenta,
Puesto mi dolor aparte.
Ya sabeis, macho malvado,
Cuando á mi poder venistes
Los achaques que trajistes,
Hambriento, cojo, matado,
Y en mi casa guarecistes.

Ya sabeis que el que me os dió,
Si vuestra boca no miente,
Por do quiera que os llevó
Siempre de vos se sirvió
Con albarda solamente.
Yo, por haberos mancilla,
Bien que os planto sin pasion
Por albarda el balijon,
Mas échoos tambien la silla
Por vuestra reputacion.

En lo de la cobertura
Que pedis de la balija,
Bástale la hermosura
Del pelo que la natura
Le dió, con que se cobija;
Y en lo que toca al cojin,
Que asimismo habeis pedido,
Ya está tambien proveido;
Que no hay mulo ni rocin
Que os pueda ser preferido.

La carga, si os enojó
En este camino luengo,
No yendo sobre vos yo,
No puede ser mucha, no,
Con solo lo que yo tengo.
Mas la causa, á mi pensar,
De vuestra melancolia
Es, que teneis fantasia,
Y os quereis, macho, igualar
Con otros de mas valia.

No penseis de anteponeros
Al de Presinga privado,
Que lleva seda y dineros,
Y va con dos escuderos,
Como dueña, acompañado.
Si le hace cortesía
Y quiere bien su señor,
Es por ser de su color;
Y sin ser vos de la mia,
Os tengo tambien amor.

Ni juzgueis, macho, lo vuestro
Por lo de nadie mirado,
Que un mozo le va de diestro,
Tirando por el cabestro,
Y otro detrás azotando.
No os engañe el papaligo
De aljófár y terciopelo,
Que ya en tiempo de su abuelo
Fué, segun dice un testigo,
Capirote de mochnelo.

Ved el gran caballerizo,
Que, aunque no es hombre cruel,
Con sola su habla hizo
Un buen caballo castizo
Desmayar de miedo dél.
Ved á Marichal, que deja
Atrás su Turco garrido,
Perniquebrado, perdido,
Pagado con sola queja
De todo cuanto ha servido.

Mirad la haca preciada
Del gran Martín de Guzman,
Que á la segunda jornada
Con una carga de nada
Desmayó, con el afán.
Ved cuál lleva en su Castaña
Don Hermando su maleta,
Caballera á la jineta;
Cosa no vista en España
Ni en la ley de barjuleta.

Bien sé que vais envidioso
De la haca de Tovar
Por su descanso y reposo,
Pareciéndoos piadoso
Su cargo para llevar;
Mas no se queda detrás
A llorar duelos ajenos;
Todos vais de quejas llenos,
Unos por carga de mas,
Otros por carga de menos.

Ved cómo viene envarado
El terrible maletón,
Remendado de mercado,
Cubierto con un listado
Alfamar de recatón;
Caso que va como un gamo,
Se roza de dos en dos,
Diciendo: «Pluguiese á Dios
Que llevase yo á mi amo,
Y no, maletón, á vos.»

Y aun el pobre caballejo
Que lleva la sin ventura
Camilla de Castillejo
Ya tiene so el pestorejo
Una gentil matadura.
Ser la cama como un puño,
Y el caballo no mayor,
No carecen de primor,
Porque salieron de un cuño
Del tallo de su señor.

Mirad cuál va sin reir
El alfaraz de Jarava,
Diciendo: «Para morir,
Dejadme, Señor, ya ir
A descansar á la cava.
Bien habia yo escogido
Adonde con vos cai,
Sepultura para mí,
Si vos fuérais servido
Que yo me quedara allí.»

Ved cuál lleva su garrudo
Y gran frison Hazaila,
Desmembrado, aunque membrudo,
De su cabalgar muy crudo
Y golpazos de la silla.
Parece costal de nueces;
Y el pobre rocin querría
Por alivio y mejoría
Que se llevasen á veces,
Pues que van en compañía.

Ved el caballo en que va
Cristóbal el de Meneses,
Que el suelo le dice ya:
«Quita tu cabeza allá,
Guarda, rocín, no me beses.»
Bien que el mozo, como astuto,
Por alegrar al cuitado,
Se pone disimulado
Sobre el balandran de luto
Papahigo colorado.

Con estos ejemplos tales,
Y otros que contar podría
De personas principales,
Tened, macho, en vuestros males
Sufrimiento todavía;
Y aunque mas mas os aticen
Malas lenguas á quejar,
No las cureis de escuchar;
Que aun os queda, como dicen,
La cola por desollar.

Á UN CABALLO DE UN AMIGO LLAMADO TRISTAN.

Decidme cómo le va,
En breve, señor Tristan,
Y de duelos cómo está
Vuestro caballo alazan;
Porque acá dicho nos han
Cuántos vienen de allá fuera
Que sobre todo su afán,
De cuartos y esparavan
Le ha nacido una papera.

Tengo tanto sentimiento
De veros con tal fatiga,
Y el caballo en tal tormento,
Que no sé cómo os lo diga.
Cierto le tuvo enemiga
El planeta en que nació,
Pues le secó como espiga,
Sin caderas ni larriga,
Y tan enorme quedó.

Fuera harto autorizado,
Juzgado por su longura,
Pues hay en el desdichado
Media legua de andadura;
Mas es flaco de cintura,
Aunque largo de sillar,
Y de tan mala hechura,
Que, aunque está sin madadura,
Hace asco en lo mirar.

Los ojos tiene sumidos
Y el pescuezo prolongado,
Berramados los oídos
Como orejas de un arado;
Alto, pando, corcovado,
Muy carnuda la cabeza,
De los muslos muy delgado,
De los brazos estevado,
Y á cada paso tropieza.

Tiene el rostro conejuno
Y es muy corto de costillas;
No le puede ver ninguno
Sin ver en él maravillas;
Muy delgado de canillas,
Ambos á dos brazos mancos,
Pues mirando las cuartillas,
Son tan largas y sencillas,
Que parece que anda en zancos.

Tiene pequeña la frente,
Las caderas derribadas,
Las espuelas no las siente,
De ser largas las hijadas.
No sé, viendo sus quijadas,
Cómo no quedais corrido,
Siendo tan desvariadas,
Muy gordas y muy cerradas,
Y el pecho todo sumido.

Si alguna vez se alborozó,
No le pueden sosegar;

De piés y manos se roza
Solamente en pasear.
Aunque vos, por remediar
El daño que en él sentís,
Siempre le soleis calzar,
Mas no lo hasta á tapar
Un cuero de borcognis.

Otras sus tachas cubiertas
Bien las quisiera callar;
Pero por las descubiertas
Están claras de juzgar.
Vos podeis estercolar
Con lo que él echa, una haza;
Bébase toda la mar,
Es muy malo de berrar,
No consiente el almohaza.

Mulero, mal comedor,
Cazcorvo, mal enfrenado;
No tiene cosa mejor
Que ser de los piés calzado.
Es cenceno y alusado,
Que para galgo le basta;
Zancudo demasiado,
Que si en ello habeis mirado,
Parece pollo de casta.

Pasea con muy buen tiento,
Muy corto y muy sosegado;
Corre con tan buen aliento
Como un asno enalbardado.
Es izquierdo y desbocado
Y muy blando de carona;
Vos solo lo habeis librado
De andar á vender pescado
O moler en atahona.

No sé para qué nació
Bestia tan sin proporción;
La yegua que lo parió
Debiera tener torzón.
Causa ninguna ó razón
Yo por cierto no la hallo
Por que este lerdó harón
Sin tallo ni sin fación
Se haya de tomar caballo.

El no es para jineta,
Mucho menos para hrida;
Pero, puesto á la carreta,
Aun podrá ganar su vida;
Mas, porque quede perdida
Del todo ya su memoria,
Ponedle por despedida
En una huerta escondida
En servicio de una noria.

¿Dónde tuvistes las mentes
Cuando tal rocín comprastes?
Los amigos y parientes
En ello mal injuriastes.
Honra ninguna ganastes
Con bestia de tan mal tallo.
Lo que en tal gominia empleastes,
Decidme si lo hallastes,
Señor Tristan, en la calle.

SOBRE UN DESASTRE QUE ACONTECIÓ Á UN CONFESO.

(Habla con el médico.)

Mandad, señor bachiller,
Proveer
En un caso desastrado
De un hombre que, de espantado,
Está para perecer
Si presto no es remediado.
Ved ahina
Lo que manda medicina
Sobre males de esta suerte;
Porque este queda á la muerte,
Y entre manos se nos fina.

El hizo cierta jornada
Bien pensada,

Y provechosa le fuera,
Si mal no le sucediera
Con una haca alquilada,
Que nunca llevar debiera.
Fué avisado
Este malaventurado
Que no la deje jamás
Suelta, si como Jonás
No quiere verse tragado.

Mas, siendo ya su caída
Prevenida
Para el trance de esta lid,
Descuidado y sin ardid,
El aviso se le olvida
Entrando en Valladolid.
Muy ufano
Se levanta muy temprano
A entender en su cobranza,
Y en el establo se lanza
Con su cebada en la mano.

Ella, en viéndole asomar,
Por le dar
Gracias por esos cuidados,
Arrojóle dos bocados
Y empezóle á saludar
Con los dientes regañados.
Ved, Señor,
Qué trance de pecador,
Que, del miedo que cobró,
Ningun pulso le quedó
Arriba del salvo honor.

Pues en tan gran turbacion
Y pérdida,
Viéndole todo temblar,
Ofrecióse de llegar
Una moza del meson
A ayudársela á tomar.
La rabiosa
Haca falsa; maliciosa,
Teniendo por muerto á él,
Arremetió muy cruel
A la moza piadosa.

El, en vez de socorrer
La mujer,
Viendo la haca tan fiera,
No se acordando quién era,
Huyó, por se guarecer,
Aprieta por la escalera;
Y esto visto,
Argüido este malquisto
De los que huir le vieron,
Respondió: «Tambien huyeron
Los discípulos de Cristo»

La mujer amortecida,
Bien mordida,
Harto mejor que ayudada,
Quedó la desventurada
En aquel suelo tendida,
La garganta magullada;
Y el maldito,
Mas medroso que contrito,
Por quitarse de pasion,
Hízose luego lanzon,
Y lanzóse en San Benito.

Venció el temor la codicia
Y avaricia,
Por ser su complexion flaca;
De un cabo teme la haca,
Y del otro la justicia,
Que recia pesquisa saca.
No seguro
Tras aquel devoto muro,
Acordó de caminar
A pié, sin le embarazar
Camino largo ni duro;

Y es llegado aquí el mezquino
Vizcaino,
Muerto, flaco, trasijado,
Y del temor ha purgado
Tanta cosa en el camino,
Que viene desainado

Y deshecho;
Y dice que se le ha hecho
Una grande opilacion
Encima del corazon,
Hacia la parte del pecho.

RESPUESTA DEL MÉDICO.

Son dolencias peligrosas
Y penosas
Las que nacen de temor,
Porque llevan el calor
A las partes vergonzosas
De la parte interior;
Y acaece,
Cuando al hombre se le ofrece
Semejante sobresalto,
Que el huelgo deja lo alto,
Y la habla se enflaquece.

Y así, puede muy bien ser
Y acontecer
Que tanto miedo sobrase,
Que el corazon se quedase
Sin sangre do se valer,
Y que el hombre peligrase;
Y al presente,
Tornando á vuestro doliente,
Tiene un bien este su mal,
Que pienso ser natural,
Y no haber sido accidente.

Y en tal caso Galieno
Da por bueno
Que se apliquen drogas vivas,
Alegres, confortativas,
Y que le hagan ajeno
De viandas purgativas.
Son pasiones
Que huyen las ocasiones;
Y Avicena manda y quiere
Que le hagan, si muere,
La huesa de cagajones.

SOBRE UNA CIERTA CONTIENDA CON OTRO.

Hasta aquí con piedad
He esperado vuestra emienda;
Mas, pues vuestra necedad
Ha vencido mi bondad,
Contra vos suelto la rienda;
Y porque ya me teneis
Enfadado acá dedentro
Con lo poco que sabeis,
Quiero, porque despertéis,
Daros, Señor, un encuentro.

Mas, porque querer poner
Vuestras tachas por escrito
Del todo no puede ser,
De vuestro poco saber
Haré proceso infinito;
Que si mi vida durase
Tanto mientras que pudiese
Decir lo que en vos hallase,
Yo sé bien que no acabase
De morir, aunque quisiere.

Y si no tengo paciencia
Para callar lo que siento
De vuestra gran inocencia,
Es que mi mesma conciencia
Acusa mi sufrimiento;
Y es razon que lo sepais
De mí, que tambien lo sé,
Para que mas no vivais
Engañado, ni podais
Decir que no os avisé.

Cuando yo la grosería
Que en vos cabe, do no hay cabo,
Tan por cabo no sabia,
Quise vuestra compañía,
De lo cual me desalabo;

Pero despues de sabido,
Aunque me hallé burlado
Y de la burla corrido,
Helo callado y sufrido
Por no mostrarme engañado;

Mas nunca medre el trapero
Que me vendió tan ruin paño,
Que no llegó al mes entero,
Quando su hilo grosero
Me mostró claro el engaño;
Que vuestro primer hablar
Rayo del sol parecia (1)
De léjos en blasonar;
Mas quando quise apretar,
Hallé la mano vacía.

Quien no os ha visto, no os vió
Bien si en esto no ha caído;
Que el que bien os conoció,
Teneros ha, como yo,
Por necio no conocido;
De lo cual en tal manera
El que os hizo proveyó,
Que si de saber os diera
La mitad, él os hiciera
El mas sabio que nació.

Si miran vuestro semblante,
Segun andais mesurado,
No os tendrán por ignorante;
Mas si pasan adelante,
Necio sois disimulado.
No me doy, Señor, un cuarto
Por vuestra espada y broquel;
De necesidad estáis harto,
Necio sois antes del parto,
En el parto y despues dél.

Y vos, desto muy contento,
Por la falta de razón,
Armais sobre este cimientto
De necesidades sin cuento,
Gran torre de presuncion;
Y vuestra capacidad,
No bastando tan en lleno
A daros mas claridad,
Vivis en la necesidad
Como el albur en el cieno.

Teneis-os por bien hablado,
Mejor os perdone Dios;
Mas traén-os engañado,
Con el seso trastornado;
Catad que burlan de vos;
Que, porque toman placer
De ver que desto os picais,
Dicen que sabeis hacer;
Nas no dejan de saber
Cuánto de necio pecais.

Y segun dice el cantar,
Sois bueno para cornudo,
Y por mas lo confirmar,
Os quiso Dios remediar
Con el remedio del mudo,
Que en carecer del oído
El no hablar no le empece,
Y el necio desproveído,
Con carecer de sentido,
No siente de qué carece.

Ni yo siento, á la verdad,
Remedio con que saneis
De tan gran enfermedad,
Confirmada con edad,
Con que al cabo moriréis;
Pero si teneis dolor
De ver vuestro perdimiento,
Miráos en derredor;
Que la cabeza, Señor,
Tracis muy llena de viento.

Á UN CIERTO ESCRIBANO CONFESO, BARATON Y APAÑADOR,
PERO BUEN COMPAÑERO.

Al muy impotente, bestial, vagabundo
Hernando Corneja, bulharro, torzuelo;
Aquel contra quien de dichos abundo,
Aquel ante quien es lindo el mochuelo,
Aquel que de tierra jamás alzó vurlo,
Por ser como plomo su cuerpo pesado;
Milano tripero en cieno mudado,
Pilnelas de esparto, nariz por señelo.
Tus cascos enormes, enorme cantamos
Tus ansias crueles, codicias que tocas,
Ardites y cuartos y tarjas que trocas,
Y los que en tu tiuta borrados hallamos.
En esta proviucia adonde moramos
De bolsas ajenas codicia tu pluma
Por fas y por nefas hacer grande suma;
Fértiales á tí domingo de Ramos (2).

RECADO FALSO EN NOMBRE DE ESTE MISMO, CONTRA OTROS
QUE HACIAN PALACIO CON ÉL POR PASATIEMPO.

Ved qué grandeza la mía,
Que he subido con mi oficio
A tener en mi servicio
Aves de volateria.
Dos muy cobardes milanos,
Dos rateros cortesanos
Que caen á mi señuelo
Prenden las tripas del suelo;
Para mas no tienen manos.
No vuelan con mas de una ala,
Porque es muy baja la presa;
No toman mayor empresa
De cuanto monta su gala.
Son cernicalos galanes;
No llegan á gavilanes,
Aunque cazan codorniz;
Por tocarme en la nariz
Se abaten á ser truanes.

RECADO FALSO Á CANSECO, DE PARTE DE UN CONCEJO DONDE
LE PRENDIERON SU MACHO PORQUE ENTRÓ EN UN ALCACER.

Consentir tales locuras
No debeis á vuestro macho,
Pues sabeis que no es muchacho
Para hacer travesuras;
Y mirá que siendo preso,
Estuvistes en perder,
Por un poco de alcacer,
Él el cuero y vos el seso.

Y no piense que aunque vuela
Ha de huir, por ser bermejo,
La bebida del concejo
Como huye del espuela;
Que en tiempo del rey don Juan,
Que otro tal le aconteció,
Siendo de silla se vió
En manos de un ganapan (3).

Á UN MAESTRO MAS TEÓLOGO QUE TROYADOR, QUE ENTRE OTROS
MUCHOS HIZO UNAS COPLAS AL DICHO MACHO.

El proceso mal trovado
Que el maestro presentó,

(2) Estas dos octavas son trovas de las dos primeras de *El laberinto* de Juan de Mena:

Al muy prepotente don Juan el Segundo,
Aquel con quien Júpiter tuvo tal celo, etc.

(3) Aquí parece aludir CASTILLEJO á los versos de Juan de Mena sobre un macho que compró de un archipreste:

Quando ya pude tornallo
Mat ó bien, me di al trasache;
Rabiando por enviallo,
Dije al mozo que despache:
«Toma, toma este diablo,
Mételo allá en el establo
De aquel que vi en un retablo
Pintado por momarrache.»

(1) En unas ediciones se lee *rara*, y en otras *raza*.

A sentenciar se llevó
A un famoso letrado,
El mejor que se halló;
El cual, visto sabiamente,
Sin temer inconveniente,
Como varón de conciencia,
Pronunció luego sentencia
En esta forma siguiente:

«Maestro que tan mal trova
Hallamos que debe ser
Condenado á no traer
Monjil, bonete ni loba;
Si no fuere de alquiler;
Y que en su vida se vea
Con las barbas que desea,
Ni crezca mas adelante;
Y aunque yerre el consonante,
Que no lo alcance ni crea.

»Y por cuanto en su jardín
Tales posturas no vemos,
Justa sospecha tenemos
Que del macho ó del rocin
Saca los piés que leemos.
Por lo cual se determina
Que le cabalguen ahina
Sobre la haca al revés,
Y reciban todos tres
Juntamente disciplina.

»Venga delantero el macho,
Por guardar sus ancianias;
Que ya con los muchos días
Habrá perdido el empacho
De estas tales romerías;
Y el pregon de la sentencia
Diga y haga diferencia
Que sufren esta justicia
Macho y haca por malicia,
Y el amo por inocencia.»

RECADO FALSO Y RESPUESTA EN NOMBRE DE UNAS SEÑORAS
MONJAS Á UN CIERTO TROVADOR.

Sin nuestra respuesta os fuistes,
Malicioso descortés;
Señal es que os atrevistes
Para lo que mal dijistes
En esfuerzo de los piés;
Y vuestros renglones falsos
Y pensamientos livianos
Bien publican vuestra mengua,
Pues os servís de la lengua
En defecto de las manos.

Y de ver que os respondemos
No os engañe el pensamiento
A ponerlos en extremos
De pensar que lo hacemos
Por vuestro merecimiento;
Que vuestra razón culpada,
Digna de ser desechada
Por prolija y deshonestá,
Justamente de respuesta
Se juzga por excusada.

Mas por daros á entender
Que os tenemos por grosero,
Sin gana de responder,
Acordamos de hacer
Tras vos este mensajero,
Para que por él sepáis
Cuán falsamente juzgáis
El son de la campanilla,
Y os espanteis en oílla
Por donde quiera que váis.

No penseis que á cada uno
Es costumbre de tañerse;
Táñese cuando entra alguno
Cuyo mirar importuno
Da causa para esconderse;
Y el cubrirnos con el velo
No se hace por recelo

De ser vistas, más de ver
Cosa que pueda traer
A la vista desconuelo.

También se suele tocar
Para que secretamente
De algún secreto lugar
Nos paremos á mirar
Si hay algo que nos contente;
No para mal ni pecado,
Mas porque por lo criado
Loemos al Criador;
Y vuestra vista, Señor,
Nos quitó deste cuidado.

Así que, nuestro cubrir
No nos condena ni acusa,
Ni vos os debéis sentir,
Pues se hizo por huir
El peligro de Medusa.
Podeis—os quejar de vos,
No del velo ni de nos,
Ni menos del esquilon,
Que de pura compasión
Queda doblando por vos.

OTRO RECADO FALSO CON OTRO.

Unas coplas vuestras vi,
Señor padre fray Antonio,
Y por ellas entendí
Que os movistes contra mí
Por la boca del demonio;
Y según vos mal habláis,
No podeis ser bien pagado;
Pero seréis hostigado,
Porque sepáis que os tomáis
Con el señor del sobrado.

Yo, sobrado principal
De casas altas reales,
Tomarme parece mal
Con vos, que para por tal
Os faltaron los umbrales;
Pero disteme pasión,
Y es menester castigaros;
Que, pues osas lanzaros
En narices de león,
Es forzado estornudaros.

Mas no quiero mal traer
Del todo vuestras razones;
Que, como solemos ver,
No es cosa nueva roer
En el queso los ratones;
Pero fuistes importuno
En morder, para morderos,
Todos los quesos enteros;
Quedara siquiera uno
Para vuestros compañeros.

Que, según los mordiscais,
En temor me dejáis puesto,
Si con gato no topais
Primero que acá volváis,
Quereis entrar por el resto;
Pero podráse tener
En ello buena manera.
Rogad á Dios que no muera;
Que yo os mandaré hacer
Una gentil ratonera.

Lo que mas es de culparos
Es que culpáis su hechura.
Motejáis por motejaros;
Que ellos y vos mostráis claros
Los defectos de natura.
Falta parece de seso,
Mal aviso, acá entre nos,
Y soberbia para Dios,
Que no sufraís vos á un queso
Lo que ellos sufren á vos.

Vuestro y suyo es el dolor,
Vuestra y suya la ocasión;
Mas lo de ellos es mejor,

Que suplen con el sabor
La mala disposicion.
En este nombre se ahoga
Cuanto bien Dios os ha dado;
Mas tóquese delicado;
Que es peligro mentar sogá
En casa del ahorcado.

OTRO RECADO FALSO CONTRA EL MISMO.

Del monte de Matallana
Diz que fuistes querelloso;
Mal parece el religioso
De nada publicar gana,
Cuanto mas de ser goloso.
Yo mismo lo merecí,
Que dejé partir así,
Sin prenda, los convidados,
Pues otros mas estirados
La suelen dejar allí.

Acusais en la bajilla
Las manos del polbre ollero,
Sin considerar primero
Que en Valencia y en Sevilla
Puede haber barro grosero.
No es justo pedir primores
De los pobres pecadores;
Que á las veces hace Dios
(Si no, miradlo por vos)
Otras vasijas peores.

La salsera por candil,
Para veros, se sacó,
Y hubo alguno que juró
Que érades aguamanil,
A lo que le pareció.
Ella hizo su deber;
No hay por qué la maltracar;
Que si le faltó la mecha,
De vuestra propia cosecha
Se pudiera proveer.

Tampoco teneis razon
De decir mal del cabrito;
Que, segun vuestro apetito,
No bastará ser cabron
Para dejaros ahito.
No tengais por cosa extraña
Cuernos en una alimaña;
Que si á vos, padre, os nacieron,
Por el sátiro os tuvieron
Que vió Paulo en la montaña.

Culpa fué del cocinero
Las sopas mal remojadas;
Que, á estar ellas bien caladas,
Como alcuza de santero
Os quedarán las quijadas;
Mas teneis justicia poca
Si en lo gordo se les toca,
Porque quando las corté,
En mi verdad que os tomé
La medida de la boca.

Confitos sobre cocina
Digo ser impertinentes,
Especial en vuestros dientes,
Porque azúcar y cecina
Son cosas muy diferentes.
A falta de frutas verdes
Comed puerros, si quisierdes,
Que sé que os darán sabor;
Y otra vez pagad mejor
La comida que comierdes.

PREGUNTA DE UN HONRADO BACHILLER QUE PREGUNTA DE SI
MISMO AL AUTOR.

Segun de mi mismo yo pude juzgar,
No sienten algunos segun que yo siento;
Y algunos me juzgan por hombre sin tiento,
Y yo tengo á ellos por locos de atar.

Yo os ruego que vos me querais informar,
Y en lo que dijerdos os quiero creer,
Y en todo pregunto vuestro parecer,
Porque yo sepa en qué soy de tachar.

RESPUESTA DEL AUTOR.

No sé qué respuesta os pueda yo dar
A vuestra pregunta, la cual yo léi,
Sino cuatro coplas que os quise enviar;
Que son las siguientes escritas aquí.
Si fueren leidas enteras en sí,
Dirán de vos mismo lo que juzgais vos;
Empero si de una hiciéremos dos,
Es lo que parece á otros y á mi.

Dechado y espejo de buena crianza,
De necios beodos del todo quitado,
Por muchos de modos estáis ya marcado
En todo ya viejo, sin otra mudanza.
Razon y reposo no os falta jamás;
Vos nunca tuvistes en boca maldades,
Vos nunca entendistes en viles ruindades,
En ser virtuoso no puede ser mas.

Vos sois muy amigo de hablar verdad,
De envidia y codicia no es vuestra costumbre,
De amor y justicia estáis ya en la cumbre,
Mortal enemigo de toda maldad.
De hombres viciosos vos os apartais,
Vos sois estandarte de sabios prudentes,
Vos no teneis parte con pésimas gentes,
Con los virtuosos vivis y tratáis.

Sois acostumbrado huir de lujurias,
Decir necedades no lo acostumbrais,
Hablar las verdades vos nunca dudais,
Es muy excusado hablar con injurias.
En vos resplandece la santa prudencia,
La hipocresia es vuestro enemigo
Y la cortesia teneis por amigo,
En vos no parece ofender en ausencia.

Vos nada entendeis en hechiceria,
En hechos honestos muy buen compañero,
De sabios modestos vos sois el primero,
Ni ois ni aprendeis de trafagueria.
En murmuracion nunca sois hallado,
No teneis pereza en la devocion,
En toda nobleza teneis alicion,
Gran odio y pasion al naípe y al dado.

TRASFIGURACION DE UN VIZCAÍNO GRAN DEBEDOR DE VINO.

Hubo un hombre vizcaíno,
Por nombre llamado Juan,
Peor comedor de pan
Que bebedor de buen vino.
Humilde de condicion
Y de bajos pensamientos,
De corta disposicion
Y de flaca complexion,
Pero de grandes alientos.

Fué devoto en demasia,
Especial de san Martín
Y de los montes del Rin
Y valle de Malvasia;
Y con esta inclinacion,
Aunque delicado y flaco,
Prometió con devocion
Obediencia y religion
Al poderoso dios Baco;

En la cual fué tan constante,
Que el fervor de la niñez,
Creciendo con la vejez,
Iba con tino adelante;
Y con el fuego de amor
Su rostro todo inflamado
De aquel divino licor,
Mudó su propia color
En moreno y colorado (4).

(4) Otras ediciones dicen:

De moreno y colorado.

Tuvo con esto á la par
Una risica donosa
De Marta la piadosa,
Dispuesta para colar;
Y de la continuacion
Del estrecho coladero,
Hizosele en conclusion
Sed perpetua en el pulmon
Y callos en el gargüero.

Por lo cual fué menester,
Sin que excusar se pudiese,
Que siempre siempre tuviese
Por no morir, qué beber;
Pero junto al paladar
Tuvo una esponja por vena,
Que, acabada de mojar,
Se le tornaba á secar
Como el agua en el arena.

De suerte que todavia
La sed se le acrecentaba,
Porque lo que la mataba,
Eso mismo la encendia;
Y las ganas le crecian
Como llamas en la fragua,
Que se avivan y se crian
Cuanto mas mas las rocian
Los herreros con el agua.

Y con esta sed devota,
Hecha natural costumbre,
No le era mas una azumbre
Que si bebiera una gota;
Y de estar así embebido
En el beber de continuo
Andaba tan aturdido,
Encorvado y sometido
Al espíritu del vino.

En fin, su beber fué tal;
Que mil veces pereciera
Si Dios no le socorriera
Con un amo liberal;
Mas, no bastando á la larga
Renta, viña ni majuelo
A matar la sed amarga,
Hubo de dar con la carga,
Como dicen, en el suelo.

Mientras monedas habia,
Que la bolsa lo bastaba,
Con ella se remediaba
Lo que la gana pedia;
Pero no pudiendo dar
Fin á tan larga demanda,
A luego luego pagar,
Fué menester enviar
Sus prendas á Peñaranda.

Las mas partes de las cuales,
Por sus cuentas, rematadas
Y en un jarro sepultadas
Quedaron por sus cabales.
Es lástima de decir,
Y mayor era de ver,
Que al tiempo de despedir,
«Ojos que las vieron ir
Nunca las vieron volver» (3).

Bebió calzas y jubones,
Y en veces ciertas espadas,
Camisas de otro labradas (4),
Bolsas, cintas y cordones;
Bebió gorras y puñal,
Y papaligo y sombrero,
Y el sayo, que era el caudal,
Y el ajuar principal,
Que fué las botas y cnero.

En fin, bebió sus alhajas
Hasta no dejar ninguna,
Consumidas una á una
Al olor de las tinajas.

Y demas de eso, bebió
Todo cuanto pudo haber,
Hasta el encro en que paró;
Que cosa no le quedó,
Sino el alma, que beber.

Yéndose pues á morir
Porque el beber fallecia,
Y si siempre no bebia
Era imposible vivir,
Arimado á la pared,
Hincó en tierra los hinojos
Por pedir á Dios merced,
Y dijo, muerto de sed,
Llorándole entrambos ojos:

«¡Oh dios Baco poderoso,
Mira qué bien te he servido,
Y no me echies en olvido
En trance tan peligroso!
Mira que muero por ti
Y por seguir tu bandera,
Y haz siquiera por mí,
Si es fuerza morir aquí,
Que al menos de sed no muera.»

Acabada esta oracion,
Sin del lugar menearse,
Súbito sintió mudarse
En otra composicion.
El corpezuelo se troca,
Aunque antes era bien chico,
En otra cosa mas poca,
Y la cara con la boca
Se hicieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron
En unas zancuitas clicas,
Los brazos en dos alicas
Encima del asomaron;
Cobró mas el dolorido
Dos cornecicos por cejas,
Por voz un cierto sonido
A manera de ruido,
Enojoso á las orejas.

En fin, fué todo mudado
Y en otro sér convertido,
Pero no mudó el sentido,
Solicitud y cuidado.
Quedándole entera y sana
La inclinacion y apetito,
Sin mudársele la gana,
Mudó la figura humana,
Y quedó hecho un mosquito.

VIDA BUENA Y DESCANSADA.

Bienaventurada vida,
Si alguna lo puede ser,
Estas cosas á mi ver
Son, Señor, por su medida
Las que la pueden hacer:
Hacienda no mal ganada
Con sudor, mas heredada;
Campo bien agradecido,
Lugar durable sabido,
Y pleito jamás por nada.

Pocos cargos de que dar
Cuenta ni tener cuidado,
Y el ánimo sosegado;
Buenas fuerzas á la par
Y cuerpo sano templado,
Prudente simplicidad,
Y amigos con igualdad,
Y fácil conversacion,
La mesa sin presuncion
Y sin pompa y vanidad.

La noche no sepultada
En torpe borracheria,
Mas de congojas vacia;
Cama no desconsolada,
Pero casta todavia;
Sueño quieto y sabroso,

(3) Versos de un autor antiguo.

(4) «Camisas de oro labradas», dice el texto de Velasco.

Que haga con su reposo
Breves, dulces y seguras
Las tinieblas mas oscuras
Y el tiempo mas trabajoso.

Item, que mientras vivieres,
Para que vivas de veras,
Tan solamente ser quieras
Aquello mismo que fueres,
Y á nada no lo prefieras;
Y que la muerte que ciées,
En tanto que no la vees,
Porque no te dé posternas,
En ningún tiempo la temas
Ni tampoco la desees.

GLOSA DEL ROMANCE *Por la dolencia va el viejo*, CONTRAHE-
CHO AL QUE DICE *Por la matanza va el viejo* (7).

Gran señora sois, Fortuna,
Mas yo, Lacería, no menos
Que de ruines y buenos,
Sin diferencia ninguna.
Tengo muchos reinos llenos.
Perderéis la fantasia,
Si competimos las dos;
Porque duelos á porfia
Y negra postrimeria,
Yo las doy, yo; que no vos.

Vos usais de liviandad
Con los de vuestro jaez,
Yo á quien apaño una vez,
Si le azoto en mocedad,
Le desuello en la vejez
En los huesos y pellejo,
Con miserable semblante,
No valiéndole consejo;
Por la dolencia va el viejo,
Por la dolencia adelante (8).

Y pensar volver atrás
Por socorro es excusado;
Porque del bien ya pasado,
Cuanto caminar mas,
Hallará menos recado.
Suspirar y dar gemidos
Puede, mas no bracear,
Porque de males sabidos
Los brazos lleva tullidos,
No los puede rodear (9).

Desplaceres y desgrados
Van con él en compañía,
Enojos por alegría,
Por regocijo cuidados,
Por sangre malenconia.
Los pasatiempos de amores
Aquí vienen á parar,
Y en lugar de sus dulzores,
Halló en ellos mil dolores,
Mas no halló á dō holgar.

Y como necesidad
Haga al hombre diligente,
Aquejado reciamente
De la grave enfermedad
Y terrible mal presente;
Con gana de remediallo,
Mas que no de retozar,
Aunque en duda de ballallo,

(7) El romance no empieza así, sino de este modo:

En los campos de Alventosa
Mataron á don Beltran;
Nunca lo echaron de menos
Hasta los puertos pasar.

Mas adelante se halla el verso que dice:

Por la matanza va el viejo.

(8) Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante.

(9) Los brazos lleva cansados
De los muertos rodeare.

Vuelve riendas al caballo,
El remedio va á buscar.

No lo busca entre las damas,
Donde nunca se halló,
Ni entre dulce gente, no;
Porque es andar por las ramas
Buscallo de se perdió;
Mas siguiendo su destierro,
Entre gente de pesar,
Por fuerza mas que por yerro,
Vió un cirujano perro
Que velaba en el ganar (10).

No le fué mas su vision
Que ver la de Bercehud;
Mas hizo por la salud,
De las tripas corazon,
De necesidad virtud;
Y aunque de balar le pesa,
Porque fuese mas suave
Y conforme á tal empresa,
Hablóte en lengua francesa,
Como aquel que bien la sabe (11).

No le pregunta por nuevas
De papa ni emperador;
Otro cuidado mayor
Y otras mas amargas pruebas
Le cercan en derredor.
Con dulce rostro y humano,
Aunque el corazon no es tal,
Le dijo con voz de hermano:
«Dime, amigo cirujano,
Dios te guarde para mal (12),

» Siendo mucho menester,
Como es, tu diligencia
En una grave dolencia,
Que se rie del placer
Y hurta de la paciencia;
Sin sacarte condiciones,
Pues eres tan singular
En cuanto la mano pones,
Caballero con pasiones.
¿Si le sabrás tú sanar (13)?

»— Segun fuere la pasion,
Dió por respuesta, ó el vicio,
Asi valdrá el beneficio;
Mas en cualquiera ocasion
No faltará mi servicio.
Y porque pueda mejor
Mirar lo que converná
Hacer en vuestro favor,
Ese doliente señor,
Decidme ¿qué males ha? (14)

»— Conocida razon tienes
De preguntar por sus males,
El primero de los cuales
Es que nunca tuvo bienes
Ni persona sustanciales.
Las venas tiene vacías,
Que ya no sufren alán,
Y entre otras sus valentias,
El era viejo de dias,
Pero no gran barragan (15).

» A su mala complexion
Es su apetito contrario;
Y asi, tiene de ordinario
Forzada conversacion
Con fisico y boticario.

(10) Vido en esto estar un moro
Que velaba en un alarbe.

(11) Hablóte en algarabía
Como aquel que tan bien la sabe.

(12) Ruégote por Dios, el moro,
Me digas una verdade.

(13) Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasare.

(14) Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.

(15) Blancas armas son las suyas,
Y el caballo es barragane.

Cuántas lacras Dios ha hecho
Van con él do quier que él ande:
Achaques, penas, despecho,
Y en el su brazo derecho
Tenia un dolor muy grande (16).

»El cual es tan pertinaz
Y de natura tan perra,
Que le consume y atierra,
Y jamás le deja en paz,
Como fué ganado en guerra.
Cuyo principio maldito
No se puede averiguar
Ni lo hallarás escrito;
Que él, maguer que era chiquito,
Lo ganó por pelear (17).

»—Cualquiera, Señor, que oyere
Negocio tan trabajoso,
Lo terná por peligroso,
No que yo lo desespere,
Porque Dios es poderoso;
Mas por el arte que sigo,
Segun regla natural,
No hayais á mal lo que digo:
Ese caballero, amigo,
Morirá en el hospital (18).

»Y pues su suerte le lleva
A tan pobre sepultura,
Errará si no procura
Una cama en el de Esgueva,
Donde el alma está segura;
Que pensar en nuevas vidas
De que se puedan gozar,
Esperanzas son perdidas,
Porque tiene dos heridas
De que no puede sanar.»

Entre las cosas contadas,
Como veis, de ese doliente,
Venidas naturalmente
Y por su lanza ganadas,
Do remedio no se siente,
Y do no vale una nuez.
Medicina ni verdad,
Ni sentencia de juez,
La una era de vejez,
Cargada de enfermedad.

De quien no sin causa temo;
Pues se va tan de corrida
Apartando de la vida,
Y llegando al otro extremo,
Do la muerte la convida.
Esta pues de quien se reza
Ya veis que es llaga mortal,
Fin de toda gentileza,
Y la otra era pobreza,
Que es un águila caudal.

Final.

Pnes teniendo él estas dos,
Como parecen aquí,
En el campo contra sí,
Milagro será de Dios
Si se escapare de allí.
Mas durando el apetito,
Sus males un bien tendrán:
Que no morirá de abito,
Pues vive de día y vito,
Como hace el gavilán.

(16) En el carrillo derecho
El tenía una señal.

(17) Que siendo niño pequeño,
Se la hizo un gavilán.

(18) Ese caballero, amigo,
Muerto está en aquel portale.

EN ALABANZA DEL PALO DE LAS INDIAS, ESTANDO EN LA CURA DE ÉL (19).

Guayaco, si tú me sanas
Y sacas de estas pendencias,
Contaré tus excelencias
Y virtudes soberanas
Dulcemente;
No por estilo elocuente
Ni en lengua griega ó romana,
Sino por la castellana,
Que es bastante y suliciente;
Que, caso que la latina
Tenga mas autoridad,
No hay aqui necesidad
De elocuencia peregrina;
Y que la haya,
No es honra nuestra que caya
Tu loor en tanta mengua,
Que le calle nuestra lengua,
Y la ajena te la traya.

Si halló Marco Catón
Causa de alabar la berza,
Mas la terné yo, por fuerza,
De celebrar con razon
La virtud
De un árbol que da salud
Do se tiene por perdida,
Y á las veces vuelve en vida
El mal de la juventud.

Aunque no diera mas parte
De gloria á nuestra nacion
La conquista de Colón
Que ser causa de hallarte,
Es tamaña,
Tan divina, tan extraña
Esta, que por ella sola
Puede muy bien la Española
Competir con toda España.

Abajen los orientales
La presuncion y la vela,
Con sus clavos y canela,
Y otros mil árboles tales
Que hay entre ellos,
Ódoríferos y bellos,
En aquel vergel de Apolo;
Que nuestro Guayaco solo
Vale mas que todos ellos.

Todas las plantas preciosas
De saludables secretos
Comunican sus efetos,
Ayudadas de otras cosas;
De manera
Que la que mas mas se esmera,
Muy poquitas veces sana
La dolencia mas liviana
Si no le dan compañera.

Mas vos, guayaco gentil,
Descubiertó nuevamente
Por bien comun de la gente
Y remedio de cien mil,
Sin escudo
Y á solas contra el mas crudo
Mal que en el mundo se halla,
Do la medicina calla,
Entraís en campo desnudo.

Tiene el cedro por su altura,
La palma por su grandeza,

(19) El guayaco, el guayacan, el palo santo, el leño de Indias y cuatro leños: tales son los nombres de un vegetal americano que se empleaba mucho en la curacion de las bubas.

Citanlo los autores de las dos apologias de ellas: uno Gaspar Lucas Hidalgo, en sus *Carnestolendas de Castilla*, y el otro Cristóbal de Mosquera, que en 1569 compuso tres apologias, á saber: la de los cuernos, la de las narices largas y la de las mismas bubas. Estas tres existen manuscritas en la biblioteca Colombina sin nombre de autor, que declaran otras copias que corren en manos de curiosos.

El laurel por su nobleza
Y el ciprés por su hermosura,
Excelencia;
Mas, llegada en competencia
La de todos con la tuya,
De tu virtud á la suya
Hay muy grande diferencia.

No me burlo yo contigo,
Como el otro del nogal,
Pues te espero liberal
En tan gran trance conmigo;
Porque alcanzas
Tantas prendas y fianzas
Por do quiera ya de amigos,
Que tienes muchos testigos,
Sin mí, de tus alabanzas.

En las cuales pongo aquí
Un silencio por agora;
Ten mi fe por fiadora
De lo que te prometí,
Porque creo
Dirán que te lisonjeo
Por irme como me va;
Hasta ver lo que será
No acabo, mas sobreseo.

Pero ruegote y suplico
Que alargues en mi tu mano,
Porque pueda verme sano,
Pues no puedo verme rico.
¡Oh guayaco!
Enemigo del dios Baco
Y de Venus y Cupido,
Tu esperanza me ha traído
A estar contento, de flaco.

Mira que estoy encerrado,
En una estufa metido,
De amores arrepentido,
De los tuyos conliado.
Pan y pasas
Seis ó siete onzas escasas
Es la tasa la mas larga,
Agua caliente y amarga,
Y una cama en que me asas.

AL AGUA, HABIÉNDOLE MANDADO QUE DEBIERE VINO.

Bien sé que estáis enojada,
Señora Linfa hermosa,
Por una parte quejosa,
Por otra maravillada
De tan no pensada cosa;
Y que con la confianza
De los pasados favores
Estará vuestra esperanza
Muy cierta de mis amores
Y segura de mudanza.

Yo conozco que teneis
Ocasión de estar sentida,
Teniéndoos por ofendida
De mi fe, pues en mi veis
Mudanza tan conocida;
Y que de tanta afición
Era muy justo pensarse
Tan dulce conversacion,
Jamás poder apartarse
Sin la pala y azadon.

Todo lo podeis decir,
Señora, porque así fué,
Y nunca jamas pensé
Sino vivir y morir
En la ley que comencé;
Pero la necesidad,
Causada de la ocasión,
Madre de la novedad,
Hizo fuerza á la razon,
Sin pecar la voluntad.

Y si vos teneis espanto,
Maravillada de ver
Que se trocó mi querer,

Yo lo estoy, Señora, tanto,
Que no lo puedo creer;
Pero, si va bien mirado
Lo que por vos he sufrido,
Antes me debe ser dado
Galardon por lo servido
Que culpa por lo pecado.

Cincuenta años os servi
Como leal amador,
Hasta que por vuestro amor
Cerca de muerto me vi
Y enterrado en mi dolor;
Pero yo, con mi locura,
De muy vuestro enamorado,
Aun alla en la sepultura
Nunca pude ser mudado,
Por mal que dijo ventura.

Vos sabeis que por beberos
Cualquiera placer dejaba;
Tan preso de vos estaba,
Que dejaba de quereros,
Y por dios os adoraba.
Con tanta fidelidad
Y firmeza os quise bien
Y os mantuve la lealtad,
Que no hay moro en Tremecén
Que tuviese la mitad.

Mi alma, señora Linfa,
En vos estaba metida,
En vos mestaa convertida,
Teniéndoos por una ninfa
Entré todas escogida;
Tanto, que estando doliente,
De que no pensé escapar,
Me mandaba expresamente,
Si allí muriese, enterrar
En la boca de una fuente.

Arroyos, fuentes y rios,
Y especial las fuenteicas,
Do salen las arenicas,
Eran los deleites míos.
Y mis glorias las mas ricas.
Por do quiera que pasaba,
Señora Linfa, y os via,
Con los ojos os miraba,
Con la boca os requeria,
Con el alma os adoraba.

Fui tan aguado de veras,
Y vos de mí tan amada.
Que no temiendo de nada,
Os bebi de mil maneras
Y figuras transformada.
Por no probar otra cosa,
Os bebi tan á la larga,
No solo fria y sabrosa,
Pero caliente y amarga,
Y alguna vez peligrosa.

Cuando en Madrid me hallé,
Donde reinaba a la hora
La fuente de la Priora,
Por vuestra causa llegué
Hasta la muerte, Señora.
Y vuestra presencia bella,
Siéndome allí defendida,
Por gozar á furto de ella
Mil veces puse la vida
A peligro de perdella.

Ya sabeis que de camino
Yendo á Aranda, no bien sano,
Pascándome en verano
Por la isla de un molino
Que dios me puso á la mano.
Una fuenteica vi
Que manaba en la ribera,
Tan linda, que enmudecí,
Y alina casi me perdiera
Por un beso que le di.

Saltaban las arenillas
Como aljófar á la cara,
Y estaba tan fresca y clara.

Que me hinqué de rodillas
Con gana que me besara.
Y mirándola muy ledo
Con ojos enamorados,
Estaba suspenso y quedo,
Entre dos grandes cuidados
Metido, de amor y miedo.

«Si te bebo, le decia,
Dañarásme y moriré;
Si te dejo, llevaré
Lástima de mi alegría,
Que por ti la perderé.
Ninfa de tanta beldad,
Tú, que tan bien me pareces
Y robas mi voluntad,
Ciertamente no careces
De alguna divinidad.»

Así suspenso, turbado
Y sin sentido, dudoso,
De una parte temeroso,
De otra muy esforzado
Y sediento, deseoso,
La determinacion loca
Fué de tomarla siquiera
Para lavarme la boca,
Mas que en ninguna manera
Bebiese mucha ni poca.

Esto concertado así,
A la bocada primera
Tornéla á echar luego fuera,
En la segunda ofendí,
Y perdíme á la tercera;
La cual del todo tragada,
Dije: «Encomiéndome á Dios,
Que en cosa tan deseada
Y sabrosa un trago ó dos
No me puede dañar nada.»

Mas, tragados dos ó tres
Mas de lo capitulado,
El apetito malvado
No pudo tener despues
Templanza en lo comenzado;
Y dejándole tragar
Cuanto me quiso pedir,
Dije por me consolar:
«¿Dónde puedo yo morir
Mejor que en este lugar?»

En fin, fué tal el beber,
Que mi vientre todo entero
Se hinchó como pandero,
Hasta que entrar ni caber
No pudo mas en el cuero;
Pero, según la sed era,
Si lo sufrieran las venas,
Yo pienso que me bebiera
La fuente con sus arenas
Antes que de allí partiera.

La paga de estos amores
Y servicios tan leales
Fueron dolencias y males,
Y martirios y dolores,
Cual nunca se vieron tales;
Y por remate queria
Aun darme vuesa merced
Nuevo mal de hidropesia,
Porque muriese de sed
Aun en vuestra compañía.

Yo, vista la ingratitud
De que usábadis conmigo,
Di la vuelta, como digo,
Proveyendo en mi salud
Con consejo de un amigo;
Y fuéme fuerza hacer
Mudanza, no de mi gana,
Sino para guarecer,
Trocando por lo que sana
Lo que me daba placer.

Dejo aparte los placeres
De que he por vos carecido,
Que por beberos he sido

De los hombres y mujeres
Mil veces aborrecido;
Y aunque seáis bendita,
Me sois causa de flaqueza,
Y el vino me resucita;
Vos sois poner tristeza,
Mas estotro me la quita.

Y de esta causa forzado,
Señora Linfa, á dejaros,
Y aunque ya conozco claro
Los provechos que he ganado,
No puedo bien olvidaros.
Vuestros amores primeros
Durarán en mi memoria,
Pues fueron tan verdaderos;
Mas llévase la victoria
A la fin estos postreros.

Y aunque nuestro apartamiento
Se hizo con mi despecho,
Despues que una vez es hecho,
No me duelo ni arrepiento,
Conociendo su provecho.
Caso que me pone horror
En aquel primer encuentro
El vino con su sabor,
Despues que una vez va dentro,
Es sin duda muy mejor.

Conocedle la ventaja,
Señora Agua, con razon,
Sin tomar dello pasion,
Pues no debe haber baraja
Donde no hay comparacion.
Y no os pese del pesar
Que tengo de haber tardado
En negaros y dejar
A quien sé que me ha enfermado
Por quien me puede sanar.

Y pues esta diferencia
Es tan grande y conocida,
Y vos desagradecida,
Dadme, Señora, licencia,
Que es fuerza que me despida,
No de ser en escondido
Siempre vuestro servidor,
Aunque me viesse perdido,
Y amaros como amador,
Pero no como marido.

Entre dia y en la siesta
Nunca seréis olvidada
Con cualquier buena asomada,
Y en secreto una traspuesta
Jamás os será negada;
Mas, como pena notoria,
Como lo ha sido mi mal,
Vos, que antes en mi gloria
Fuistes parte principal,
Quedaréis por acesoria.

Y pues de vuestro consorcio
Me aparto tan justamente,
Recibid como prudente
El libelo de divorcio
En esta carta presente;
Que los muy buenos casados
Por diversas ocasiones
A veces son apartados,
Y los padres con pasiones
De los hijos muy amados.

Y vos, Baco, gran señor,
Padre de las alegrías,
Que en los mis postreros dias
Venistes á ser autor
De las no pensadas mias;
Triunfa ya de los licores
De las cisternas y pozos,
Fuentes y ríos mayores,
Pues vuestro placer y gozos
De todos son vencedores.

Y vos, Pedro, gran doctor,
Que tal consejo me distes,
Con que los mis dias tristes

Y cubiertos de dolor
En gloria los convertistes,
Vivaisme mas que Noé,
Pues nunca jamás tal hombre,
Después dél, para mí fué;
Que sobre esa piedra y nombre
Mi iglesia edificaré.

ESTANDO EN LOS BAÑOS.

Si quereis saber, señores,
Qué es la vida destos baños,
Es sabor de sinsabores,
Por un placer mil dolores,
Por un provecho mil daños.
Es un dulce desvario
Con que se engaña la gente,
Do combaten juntamente
Lo caliente con lo frío,
Lo frío con lo caliente.

Vienen de todos estados
Tras estos locos placeres
Muchos mal aconsejados,
Frailes, clérigos, casados,
Hombres varios y mujeres,
Caballeros y señores,
Hidalgos y cortesanos,
Mercaderes, ciudadanos,
Oficiales, labradores,
Niños, mancebos, ancianos.

Las mujeres á manadas,
Mozas y viejas barbudas,
Muchachas, amas, criadas,
De placer regocijadas
Solo por verse desnudas.
Vienen con mil ocasiones
Casadas y por casar,
Pero las mas á ganar.
Los muy devotos perdone
De parir ó de empreñar.

Andamos allí mezclados
En el agua á todas horas,
Después de una vez entrados,
Los amos con los criados,
Las mozas con las señoras.
Es forma de purgatorio,
Do cada cual comparece
A pagar lo que merece,
Sin ser á nadie notorio
Lo que el vecino padece.

Unos de mal de riñones,
Otros sarna y comezon,
Catarros y hinchazones,
Y otras diversas pasiones
Que no sufren relacion;
De las cuales con la gana
Que llevan de verse buenos,
Van todos de placer llenos;
Y aunque el baño no los sana,
Encúbrelas á lo menos.

Hay buena conversacion
Entre los ya conocidos;
Los que mas y menos son,
Dejan la reputacion
A vueltas de los vestidos;
Cuentan cuentos de placer,
De lo que acaso se ofrece
Y por el mundo acontece;
Mas los mas son de beber
O cosa que lo parece.

Por consiguiente, los cuentos
De las mujeres casacas
Son, según sus pensamientos,
Desposorios, casamientos,
Vientres, partos y parteras;
Cuántos hijos tiene Marta
Y cómo empreña Rodrigo,
Lo que ella pasa consigo
Cuando su tiempo se aparta
Del contorno del ombligo.

Hay licencia de mirar,
Si hay algo digno de vello,
De reir y de burlar,
Y á veces de retozar
Quien tiene plática de ello;
Mas al fin, habeis de ser
Como Tántalo, que toca
Las manzanas con la boca,
Y no las puede comer,
Teniendo hambre no poca.

ROMANCE

CONTRAHECHO AL QUE DICE *Tiempo es, el caballero.*

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí;
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir;
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí;
Ya no puedo estar en pie,
Ni al Rey, mi señor, servir.

Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí.
Tiempo es ya de retirar
Lo que queda del vivir,
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir;
Y el medrar, que nunca vino,
No hay ya para qué venir.
Adios, adios, vanidades,
Que no os quiero mas seguir.
Dadme licencia, buen Rey,
Porque me es fuerza el partir (20).

GLOSA.

Aunque mi deseo se olvida,
Bien me avisa la razon
Que para mudar de vida
No solamente es venida,
Mas pasada, la razon.
Y tomando este consejo,
Yo mismo me digo á mí:
Pues te vas haciendo viejo,
Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí.

Sirviendo, como debia,
Acabé la juventud;
Y siguiendo esta porfia,
Voy perdiendo cada día
Las fuerzas y la salud.
Los días me son mayores
De lo que puedo sufrir,
Y las noches muy peores;
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir.

Pasada la mocedad
Y el calor de su deporte,
Es muy grande ceguedad
Seguir sin prosperidad
Los trabajos de la corte;

(20) Muy glosado ha sido este romance viejo. Hay una glosa muy decente, donde se hallan sus versos de este modo:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de ir de aquí;
Que me crece la barriga
Y se me acorta el vestir.
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan de vestir,
Miranse unas á otras,
No hacen sino reir;
Si teneis algun castillo
Donde nos podamos ir,—
Paridlo vos, mi señora,
Que así hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador
Que á cavar es su vivir.

Ni ya por sus glorias vanas
Me doy un maravedí
Cuando miro á las mañanas
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí.

En fin, yo me siento tal,
Si no se muda fortuna,
Que á trueque del hospital
Daré la casa real,
Pues no tengo otra ninguna.
Tal me hallo, que no sé
Cómo ni dónde me ir
Ni cómo quedar, porque
Ya no puedo estar en pie.
Ni al Rey, mi señor, servir.

Asimismo me fatigo
Algun tanto y me confundo,
Que sirviendo, como digo,
Aunque he cumplido conmigo,
No he cumplido con el mundo.
Mis duelos, por conocellos,
Me tienen rendido así;
Que á veces por causa dellos
Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí.

Porque habiendo entonces sido
Señalado el fundamento,
Parece que estoy corrido
De ver que no ha respondido
El suceso al pensamiento.
Y de muchos cortesanos
Que en menos estado vi
Tienen empacho mis manos,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí

Pero, ya que la ocasion
De esta queja es acabada,
No pido otro galardón
Sino topar con mesón
Al cabo de la jornada.
No tengo casa ni hogar
Adonde poder huir;
Pues no conviene esperar,
Tiempo es ya de retirar
Lo que queda de vivir.

Si en treinta años que he seguido
La conquista de ventura,
Ella siempre me ha huido,
Y que haga algún partido
Será honrar la sepultura;
Y aun en esta confianza
No se debe hombre dormir,
Conocida su mudanza,
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir.

Gran estado ni interés
No hay para qué desearlo,
Ya que tan caro no fuese;
Porque, aunque agora viniese,
No hay tiempo para gozallo.
Pues todo va de camino
Cuanto se puede pedir,
El medrar, que nunca vino,
No hay ya para qué venir.

No se entienda que el deseo
De servir esté mudado,
Aunque sé que devanco;
Mas la angustia en que me veo
Me pone en otro cuidado;
Y porque con las edades
Suelen de nuevo acudir
Diversas enfermedades,
Adios, adios, vanidades;
Que no os quiero mas seguir.

Y no me tengan á mal
Esta confesion que hago,
Porque de lo principal,
Que es la fe de muy leal,
Ya tengo carta de pago;
Pues he cumplido la ley

Hasta aquí de bien servir
Tras el yugo como buey,
Dadme licencia, buen Rey,
Porque me es fuerza partir.

RESPUESTA DEL AUTOR Á UN CABALLERO QUE LE PREGUNTÓ
QUÉ ERA LA CAUSA DE HALLARSE TAN BIEN EN VIENA.

No sé si por darme pena
Se demandais, caballero,
Por qué yo, siendo extranjero,
Me huelgo tanto en Viena,
Y por morada la quiero.
Andemos á las verdades:
Yo confieso ser así
Por sus buenas calidades
Y grandes comodidades
Que todos hallan allí.

La ciudad llana y gentil,
Y capaz de mucha gente,
Iglesia muy excelente,
Cual puede ser entre mil,
Y en lugar muy competente.
Del un lado rodeada
Del Danubio poderoso,
Por la otra acompañada
De gran llanura, poblada
De campo muy abundoso.

Tanta abundancia y frecuencia,
Que apenas cabe en la plaza,
Y á las veces se embaraza;
Salidas por excelencia,
Y toda suerte de caza.
Nunca falta compañía,
Que allí acude á la continua
De Bohemia y su valía,
Y de Selesia y Hungría,
É Italia, que está vecina.

Pues la Cámara de Cuentas
Y Regimiento real,
Do se juzga el bien y el mal
Y se trata de las rentas,
Es cosa muy principal.
Hay docta universidad
Y devota clerecía,
Que dan honra á la ciudad,
Y gentes de autoridad
Que tratan mercadería.

Yo tengo buena posada,
Y en lugar bien conveniente,
Proveída honestamente,
Do, ya que no siembre nada,
Hambre ninguna se siente,
Porque amigos comarcanos,
Sin que se sienta ni vea,
Con muy liberales manos,
Como señores y hermanos,
Hacen que esto se provea.

De Laxambarque me viene
De heno, paja y avena
Tanta copia, que anda llena
Mi caballeriza, y tiene
Poca envidia de la ajena.
Crevices, otro que si,
Una gran copia y montón
Me suelen venir de allí,
Los mas hermosos que vi,
Cuando viene su sazón.

De Enzesfeld se me envía
El pescado muy copioso,
Trucha y axe muy hermoso,
Que en toda Austria no se cria
Otro tal ni tan sabroso.
Pájaros y salvajinas,
Y alcachofas tan agudas,
Tan duras, firmes y finas,
Que no sé yo para espinas
Cuáles pueden ser mas crudas.

De Rodan soy proveído,
Y de otras partes vecinas,

De frutas frescas continas
Y vino muy escogido,
Y cabritos y gallinas,
Hojaldres y pasteles,
Con sus torres y castillos,
Y otros tales regalejos
De rosquillas, artalejos
Y de carne de membrillos.

Con esta provision buena,
Ventajas y condiciones,
Ya veis. Señor, si hay razones
Del preferir á Viena
Á todas otras naciones.
Y cuando falta algo desto,
Que pocas veces se siente,
Hay un remedio de presto,
Muy suficiente y honesto,
Que continuo está presente.

En el Of hay paja y heno
Cuanto se puede querer,
Y en Ochoc-Marks á placer
Mucho pescado y muy bueno,
Cuanto se puede comer.
El Paud-Marks es un mar
De cosas, que de mirallas
Tomais placer singular,
Que no cuestan sino echar
Mano á la bolsa y llevallas.

¿Quién te engañó, Castillejo,
Estando bien en España,
A venirte en Alemania,
Para dejar tu pellejo
En tierra ajena y extraña?
Si el engaño de tus ganas
Y del mal yerro tamaño
Fueron esperanzas vanas,
Ya murieron, pues tus canas
Les han hecho el cabo de año.

No me engañara esperanza
Del interese traidor,
Ni apetito de favor,
Ni deseo de privanza,
Mas engañóme el amor;
Y este dió
Causa al yerro, porque amó
A su rey demasiado;
Con lo cual se han engañado
Otros muchos como yo.

DIALOGO

QUE HABLA DE LAS CONDICIONES DE LAS MUJERES.

Son interlocutores

*Aletio, que dice mal de mujeres,
y Fileno, que las defiende.*

ALETIO.

Bien se conoce, Fileno (21),
Que andais alegre y ufano.

PILENO.

¿No os parece, Aletio hermano,
Que es bien gozar de lo bueno
Y alaballo?
Cuanto mas que yo me hallo
Preso de lindos amores,
Y tan rico de favores,
Que peno cuando los callo.

ALETIO.

Sinrazon
Les haceis, si tales son,
Pues la ley de amor perfeto

Nos manda tener secreto
Lo que está en el corazon.

FILENO.

Bien seria,
Pero yo no tomaria
Placer grande ni sencillo
A trueque de no decillo (22),
Y gozar en compañía
Mi favor;
Porque, así como el dolor
Duele mas siendo callado,
El placer comunicado
Diz que se hace mayor.

ALETIO.

En buen hora;
Mas decidme vos agora,
¿En qué fundais vuestra gloria?

FILENO.

En el amor y memoria
De mi amiga y mi señora.

ALETIO.

Ceguedad.
Ya que eso fuese verdad,
Locura seria dañosa
Fundar el placer en cosa (23)
En que no hay seguridad.

FILENO.

¿Cómo no?

ALETIO.

Porque luego que crió
Dios la primera mujer,
Por su culpa aquel placer
Ya veis cuán poco duró.

FILENO.

Fué engañada.

ALETIO.

Es verdad, mas no forzada;
Y ella se dejó engañar;
De donde para burlar
Y mentir quedó vezada.

FILENO.

La serpiente
Con astucia diligente
La hizo ser pecadora.

ALETIO.

Ella fué consentidora,
Y cobró súbitamente
Mal siniestro
Para mal y daño nuestro;
Y pues fraude entre ellos hubo;
¿Qué se espera de quien tuvo
Al diablo por maestro?

FILENO.

Si el callara,
Ella nunca le buscara.

ALETIO.

Puede ser; mas si él no viera
Primero quién ella era,
Por dicha no la tentara
Para mal;
Y pues era el principal
Adán en aquel vergel,
¿Por qué no le tentó á él?
Sino por verle leal
Y constante,
Y no viéndose bastante
Para tentallo y vencillo,
Dióle á ella el cargo de ello,
Como á quien le va delante
En engaño;
Y así, del yerro tamaño

(21) Así la edicion de Blasco de Garay; la de Juan Lopez de Velasco y la de Fernandez dicen:

Bien se parece, Fileno.

(22) Así Garay; Velasco pone *A trueco*.

(23) Así Garay; Velasco pone:

Fundar el amor en cosa.

Dando Adam su testimonio,
A la mujer, no al demonio,
Echó la culpa del daño.

FILENO.

Si pecó
Eva porque se engañó,
Las otras ¿qué culpa tienen?

ALETIO.

De la misma cepa vienen
Donde tal fruto nació.

FILENO.

¡Mal pecado!
Vos debéis venir tentado
De decir mal de mujeres
Por estar de sus placeres
Por ventura desechado,
Con querella;
Y para satisfacella
Promoveis esta materia,
Pregonando de la feria
Segun ganastes en ella.

ALETIO.

Puede ser
Que para mejor saber
Su maldad por experiencia,
Disfamor y malquerencia
Me hayan sido menester (24);
Mas yo he sido
Alguna vez bien querido,
Y otras tambien desdeñado;
De unas mujeres amado
Y de otras aborrecido;
Y diria
Que al fin hallo todavía
En las unas liviandad,
Y en las otras crueldad
Y soberbia y tiranía.

FILENO.

Ciertamente,
Aletio, sois maldiciente,
Lo que no pensé de vos,
Y en cosa que es contra Dios (25)
Y en ofensa de la gente.

ALETIO.

Cuán ajeno
Estáis en esto, Fileno,
De lo que debéis sentir,
Si pensais ser mal decir
Llamar al negro moreno.

FILENO.

Mal hablar
No se puede colorar
Con elocuencia ninguna.

ALETIO.

Así es, si es contra alguna
Persona particular;
Mas si el mal
Es comun y general
En daño de los nacidos,
Atapalle los oidos
Es gran pecado mortal.
Y ¡ojalá
En cosa que tanto va
Fuese tal mi habilidad
Para decir la verdad
Cuanta causa ella me da!

FILENO.

Por tal via
En tan injusta porfia
No podeis quedar sin mengua.

ALETIO.

Es verdad, porque mi lengua

No llega donde la envia
La razon.

FILENO.

Léjos vais de mi opinion,
Porque tengo firmemente
Ser cosa mas excelente
La mujer que no el varon.

ALETIO.

¿De qué modo?

FILENO.

Cuando Dios lo crió todo,
Y formó el hombre primero,
Ya veis que como á grosero
Lo hizo de puro todo;
Mas á Eva,
Para testimonio y prueba
Que debemos preferilla,
Sacóla de la costilla
Por obra sutil y nueva;
Y mandó
Que el hombre que así crió,
Padre y madre desechase,
Y á la mujer se juntase,
Que por consorte le dió
Singular,
Mandándosela guardar (26)
Como á su propia persona,
Por espejo y por corona
En que se debe mirar.

ALETIO.

Así fuera
Si ella constancia tuviera,
Y luego no resbalara
Para que se conservara
En la dignidad primera;
Mas pecando,
Y á nuestro enemigo dando
Las sus orejas altivas,
Perdió las prerogativas,
Y tornóse de su bando
Y obediencia.
Pero nuestra diferencia
No es agora en conocer
Entre el hombre y la mujer
Cuál es de mas excelencia
En condicion.
Quitada está la cuestion
No tan clara es la ventaja,
Y cesa toda baraja
Donde no hay comparacion.
Solamente
Hablamos aqui al presente
De los males que la hembra
En el mundo causa y siembra
Y trata continuamente;
Sus ruindades,
Mudanzas de voluntades,
Todo para nuestros daños;
Trampas, mentiras, engaños
Y flaqueza de verdades.

FILENO.

Ya que hubiese
Alguna que tal no fuese,
No seria bien juzgado
Que el particular pecado
A todas se atribuyese;
Pues se sabe,
Aunque yo no las alabe,
Ser tantas las excelentes
De pasadas y presentes,
Que no hay lengua que lo acabe
De contar.
Cielos y tierras y mar
Están poblados y llenos
De hechos santos y buenos
Que nos mandan pregonar

(24) Así Garay; las demás ediciones ponen *haya*.

(25) Así Garay; las demás ediciones dicen *caso*, en vez de *cosa*.

(26) Velasco y Fernandez ponen:

Mandándosele guardar.

Bienes de ellas,
Casadas, viudas, doncellas,
Que al mundo con su grandeza
Adornan de gentileza,
Como al cielo las estrellas.
Siempre ha habido
Por el círculo sabido
De la tierra en derredor
Hembras que con su valor
Han el mundo esclarecido.
No hay historia
Do no se haga memoria
De algún caso señalado
De mujeres que han ganado
Inmortal y digna gloria;
Por lo cual
El que para decir mal
De mujeres tiene boca,
En él queda y en él toca
La vergüenza principal.

ALETIO.

No se entienda,
Fileño, ni se delienda
No haber hembras señaladas
Que deben ser exceptadas
De aquesta buena contienda
Y proceso;
Que claramente confieso
Haber siempre, á la verdad,
Hartas de cuya bondad
Se puede bien decir eso;
De las cuales,
Verdaderas y leales,
Vaya lejos tal afrenta,
Y solamente esta cuenta
Se entienda de las no tales;
Antes estas
Son causa que las honestas,
Viniendo á ser conocidas,
Queden mas esclarecidas (27),
Adornadas y compuestas
De virtud;
Mas en tanta multitud
De traidoras y alevosas,
Las buenas y virtuosas
Son deseo de salud.
Entre espinas
Suelen nacer rosas finas,
Y entre cardos lindas flores,
Y en tuestos de labradores
Gloriosas clavellinas.
A buscar
Se va el oro y á hallar
A montes y peñascales,
Y las perlas orientales
En las conchas de la mar.
Todas cosas
Por ser raras son preciosas.
Menos villas hay que aldeas,
Y al respeto de las feas
Muy pocas son las hermosas.
Y así, son
Las buenas, en conclusion,
Tomadas en especial.
No hay regla tan general,
Que no tenga su excepcion
A la mano;
No se hizo para el sano
La ciencia de medicina,
Y una sola golondrina
Diz que no hace verano.
Poderoso
Es Dios, como piadoso,
De estas piedras que aquí están
Hacer hijos de Abraham
Por caso maravilloso;
Mas si dar
A la verdad su lugar
Quereis, sin tocar extremos,

De lo general hablémos;
Dejad lo particular.

FILENO.

Diferente
Es en el mundo la gente;
Hay de mas y menos dignos.

ALETIO.

Los espíritus malignos
No son malos igualmente.

FILENO.

Vos, amigo,
Siempre como mal testigo,
Respondiéndome con arte,
A la mas siniestra parte
Interpretáis lo que digo,
Con falsia;
¿Qué os parece que valdria
El hombre sin la mujer?

ALETIO.

Lo que deja de valer
Por su mala compañía.

FILENO.

Pues ¿qué fuera
Del hombre si no tuviera
Mujer con quien entenderse?

ALETIO.

Si eso pudiera hacerse,
Mucho mejor se entenderia.

FILENO.

Mal quedara
Si Dios de ella le privara.

ALETIO.

Si fuera servido de ello,
Muy bien pudiera hacello,
Y á todo el mundo librara
De pendencia.

FILENO.

Pues si Dios con su sapiencia
Las mujeres ordenó,
No sin causa nos las dió.

ALETIO.

Diónoslas por penitencia,
Y pudiera
No criarlas, si quisiera;
Y ¡ojalá no las criara,
Y á nosotros nos formara
De otra materia cualquiera!

FILENO.

Sin mujeres
Carciera de placeres
Este mundo, y de alegría,
Y fuera como seria
La feria sin mercaderes.
Desabrida
Fuera sin ellas la vida,
Un pueblo de confusion,
Un cuerpo sin corazón,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razon sin entendimiento;
Arbol sin fruto ni flor,
Fusta sin gobernador,
Y casa sin fundamento.
¿Qué valemos,
Qué somos, qué merecemos,
Si la mujer nos faltase,
A la cual se enderezase
El fin de lo que hacemos
Y pensamos?

¿Quién es causa que seamos
Particioneros de amor,
Que es el mas dulce sabor
Que en esta vida gozamos?
¿Quién ternia
Cargo de la policia,
Y cuenta particular

(27) Así Garay; los demás dicen *quedan*.

De la casa y del hogar
Y hacienda y granjería?
Su consuelo,
Tan cierto, tan sin recelo,
En nuestras adversidades,
Trabajos y enfermedades,
Tenemos en este suelo.
De ellas mana
Cuanto bien el hombre gana,
Y ellas son la gloria de ello,
La guarda, firmeza y sello
De nuestra natura humana.

ALETIO.

Bien está;
No habéis mas de eso ya;
Que yo os quiero conceder
Que las hemos menester,
Como otras cosas, acá,
De que usamos:
Bestias en que caminamos,
Animales que comemos,
Alhajas que poseemos
Y casas en que moramos.
Cada cosa
Es mas y menos preciosa,
Segun en su calidad,
Y en nuestra necesidad
Nos puede ser provechosa;
Y en su sér
También tiene la mujer
Lo que todos saben de ella;
Mas no para encarecella
Como vos queréis hacer;
Que loada,
Luego queda levantada,
Cobrando nueva locura,
Y sale del andadura
En medio de la jornada,
Y tropieza.
En fin, es tan mala pieza
De la haz y del envés,
Que si la echáis á los piés,
Se nos sube á la cabeza (28).
Es razon
Que sirvan de lo que son,
Como caballos de caza
O como yeguas de raza,
Para la generacion.
Vanidad
Es de nuestra humanidad
Andar tras sus calabazas,
Y llevarlas por las plazas
En pompa y autoridad (29).

FILENO.

¿No mirais,
Aletio, que despreciais
Lo que todo el mundo estima,
Y lo que ha de estar encima
Por el suelo derribais?
No hay señor
Tan grande ni emperador
Que á mujeres no haya sido
Inclinado y sometido
Por gozar de su favor
Y aficion;
Y tras esta obligacion
Van debajo de sus leyes
Grandes, príncipes y reyes,
Como lo fué Salomon
Poderoso,
Y su padre glorioso,
Gran rey de Jerusalem;
Heródes despues también,
Y el gran Hércules famoso,
Y otros tales.

ALETIO.

Pero no decís los males
Que sacaron de querellas;
Y al fin fin usaban dellas (30)
Como de otros animales
En manadas;
Aseundidas y encerradas (31),
Como se hace en Turquía,
Do las tienen noche y día
En el serralte guardadas,
Sin les dar
Aparejo ni lugar
De ser vistas ni de ver,
Por quitalles el poder
De bullir y trafagar.

Casadas.

FILENO.

Mejor fuera
Que cualquier de esos tuviera,
Segun usamos agora,
Una sola por señora,
Por mujer y compañera
De su nido,
En quien tuviese imprimido
Su corazon todo entero,
Porque el amor verdadero
No debe ser repartido.

ALETIO.

Ya sería
No mala tal compañía
Si en una mujer hallase
El hombre lo que buscase,
Y fuese la que él querría
Y desea;
Que, puesto caso que sea
Mas hermosa que fué Elena,
No le basta si no es buena,
Ni buena, si fuere fea,
O en secreto
Tiene algun otro defeto
Que por defuera se calla,
Pues pocas veces se halla
Cuerpo de mujer perfecto;
Y á quien toca
Gustarlo no tiene poca
Necesidad de ventura,
Porque no hay suerte segura
Desde los piés á la boca.
Y por esto,
Como daño manifesto,
Se debrian (por ley nueva)
Dar las mujeres á prueba,
Si no fuese deshonesto.
Un caballo,
Que, como hoy puedo comprarlo,
Puedo mañana vendello,
Me dejan reconocello
Y corrello y paseallo.
La mujer,
Con quien he de padecer
Hasta el fin de la jornada,
Dánmela á carga cerrada,
Habiendo tanto que ver
Y tentar;
De do suelen resultar
Muchos casos desastrados
A los miseros casados
Que se dejan engañar
Del diablo.
En razon de esto que hablo
Pongo por comparacion
Un rey que tiene un monton
De caballos en su establo,

(28) Fernandez: Se subirá en la cabeza.

(29) Así Garay; otros dicen *con*.

(30) Así Garay y Velasco; Fernandez pone este verso:
Y al fin usaban de ellas.

(31) Así Garay; otros ponen:
Escondidas y encerradas.

Y acaece
 Entre ellos, cuando se ofrece
 Necesidad de buscallo,
 No haber uno en quien se halle
 Todo lo que pertenece.
 ¿Qué hará
 El desdichado que está
 Preso en una yegua sola,
 De cuya boca ni cola
 Ningun sabor se le da?
 Un pobreto
 Que por verse así sujeto
 Le tomó nueva codicia,
 Delante de la justicia
 Diz que fué puesto en aprieto
 Y acusado.
 Probósele ser casado
 Cinco, seis ó siete veces,
 Por lo cual de los jueces
 A muerte fué sentenciado;
 Y al sacar
 Para llevarle á ahorcar,
 El juez le preguntó:
 «Mal hombre, ¿qué te movió
 Tantas veces á quebrar
 Tan sin tiento
 Las leyes del casamiento?
 Di, ¿no te bastaba á ti
 Una mujer, como á mí,
 Como el santo sacramento
 Nos lo ordena?»
 Respondióle muy sin pena,
 Como quien dél se burlaba:
 «Si bastaba, y aun sobraba;
 Mas yo buscaba una buena
 Sin pecado;
 Y estaba determinado,
 De lo cual no me arrepiento,
 De no parar hasta ciento;
 Mas vos me habeis atajado.»

FILENO.

Son habilllas,
 Que en la forma de decillas
 Se conoce, Aletio, y sienta
 Cnán apasionadamente
 Os moveis á referillas;
 Y dejadas
 Aparte las lastimadas
 De esa lengua mordedora,
 Señaladamente agora
 Decís mal de las casadas,
 No mirando
 Que lo que así murmurando
 A las mujeres ofende,
 Por los maridos se entiende,
 Que han de ser de su bando,
 Pues les dáis
 Causa con lo que habláis
 De ser vuestros enemigos.

ALETIO.

Antes me serán testigos
 De lo que vos me negáis,
 Pues lo saben;
 Que, caso que las alaben,
 Vencidos de su placer,
 No dejan de conocer
 Los vicios que en ellas caben.

FILENO.

Bien lo creo;
 Mas con todq eso, los veo
 Satisfechos y contentos.

ALETIO.

No veis vos sus pensamientos,
 Voluntades y deseo
 Y gemidos.

FILENO.

No son todos los maridos
 De una suerte bien tratados.

ALETIO.

Ni querría mas ducados
 De los que hay arrepentidos.

FILENO.

Posible es
 Que se hallen mas de tres
 De contrarios pareceres.

ALETIO.

Sin culpa de las mujeres
 Muy pocos dan de través
 No forzados;
 Mas aunque viven pagados
 Y contentos tras sus muros,
 No por eso están seguros
 De no vivir engañados
 Y sujetos;
 Avisados y discretos
 Y bienquistos pueden ser,
 Mas no llegar á saber
 De ellas y de sus secretos
 La mitad;
 Y vos, Fileno, pensad
 Y creed, una por una,
 Que hay muy pocas ó ninguna
 Que diga entera verdad
 Por natura.

FILENO.

Eso será, por ventura,
 A los que ellas bien no quieren.

ALETIO.

Y aun con los que bien quisieren
 Nunca falta dobladura.
 Su querer
 No les puede defender
 De mentira todas veces,
 Porque ellas y sus dobleces
 No se pueden entender.
 Su afición
 No nos salva de pasión,
 De rencillas ni de enojos,
 Porque les toman antojos,
 Con que meten en quistion
 Y enidados
 A los mas de ellas amados;
 Y nunca les faltan duelos
 Con mil achaques y celos
 Que de ellas son demandados.
 Mala ó buena,
 Nunca deja de dar pena
 Con quejas y liviandades,
 Bajezas y poquedades,
 De que está la casa llena.
 Si es hermosa,
 Es soberbia y peligrosa,
 Y si fea, aborrecible;
 Si generosa, terrible,
 Y si sabia, desdenosa;
 Y si fuere
 Honesta cuanto quisiere,
 ¿Qué vale si es desgraciada
 O mal acondicionada
 Con el hombre que tuviere,
 O viciosa,
 Desperdiciada, costosa,
 Granjera de la ceniza,
 O liviana antojadiza;
 Que entre ellas es una cosa
 Muy usada?
 Una dueña, diz que honrada,
 Mujer de pompa y arreo,
 Adoleció de desco
 De una saya verdugada
 Muy lozana,
 Y, á su parecer, galana,
 Que yendo á la iglesia vió,
 De que luego le tomó
 Infinitísima gana;
 Y tornada
 A casa muy congojada,
 En sentándose á comer,

Comenzóse á entristecer
Y mostrar muy fatigada.
No comia,
Mas suspiraba y gemia;
Y como que enferma estaba,
La causa disimulaba
De la pasión que tenía.
El marido,
Congojado y afligido
De tan súbito accidente,
Cuanto ella estaba doliente
El estaba dolorido.
Y cuitado;
Y con temor y cuidado
Que fuese el daño mayor,
Envió por un doctor,
Médico muy señalado,
Conocido,
El cual, muy presto venido,
A la mujer se llegó,
Y los pulsos le tocó
Muy atento y sin ruido;
Y así, yendo
Después de eso procediendo
Por sus preguntas sabidas
Las causas bien entendidas,
Luego fué reconociendo
La dolencia;
Y por hacer experiencia
De lo que así conoció,
Al marido se volvió
Con alegre continencia,
Y muy quedo
Le dijo: « No tengáis miedo
Que de este mal muera ya
Vuestra mujer, ó no habrá
Mercaderes en Toledo.
Su pasión
Procede del corazón;
Y, á mi parecer, sería
Menester darle alegría
Y alguna recreación
Y consuelo.
Compradle sin mas recelo,
Si la quisierdes ver sana,
Seis varas de fina grana
Y cuatro de terciopelo (52)
Carmesí;
Y póngaselas allí,
Porque se alegre de verlas,
Algunas onzas de perlas (53);
Lo demás dejadlo á mí.»
En un punto
Ya estaba allí todo junto,
Sin momento de tardanza;
Y él, con sola esta esperanza,
Estando casi difunto,
Revivió;
Y ella luego que lo vió
Se le alegraron sus ojos,
Y cesando los enojos,
Doblado sana quedó.
¿Qué diré
De cien otras mil que sé,
Necias, torpes y pesadas,
Sucias y desaliñadas,
Sin bien, provecho ni fe?
Tanto mal
No se puede en especial
Relatar en poco espacio;
Remítolo á Juan Bocacio,
Torrellas y Juvenal.

FILENO.

Cierto os son
En muy poca obligación

Hoy, Aletio, las casadas,
Siendo así vituperadas,
Con tan falsa relación.
De loar
Son antes, á mi pesar,
Como buenas y discretas,
Que huelgan de estar sujetas
Por excusar de pecar,
Y en paciencia
Sufren con gran ohediencia
Nuestras importunidades,
Forzando sus voluntades
Por no hacer resistencia
Ni desman;
No vencidas del afán,
Trabajos, tribulaciones,
Y de muchas ocasiones
Que los maridos les dan
De flaqueza;
Antes con mucha firmeza,
Nunca haciendo mudanza,
Muchas veces de templanza
Nos vencen, y fortaleza.

ALETIO.

Eso es bueno,
Yo lo confieso, Fileno,
Y es justo que me convenza
Que alguna vez la vergüenza
Del mundo les pone freno,
Y el temor
De la fama, que es mayor,
De quien tienen escarmiento;
Mas no que su pensamiento
Sea por eso mejor
O en su ser.

Doncellas.

FILENO.

Pues no puedo convencer
Vuestra protervia malvada,
Dándola por condenada,
Quiero también entender
Y sentir
Lo que sabréis argüir
Contra las simples doncellas.

ALETIO.

Habiendo tan pocas de ellas,
No habrá mucho que decir.

FILENO.

¿Cómo pocas?

ALETIO.

Porque, allende que de locas
Pecan muchas que sé yo,
No son todas sanas, no,
Las que veis andar sin tocas,
Ni se crean;
Pero dado que lo sean
De la haz y del envés,
No pueden serlo después
Que ya no serlo descan;
Ni conviene
Tal nombre, por bien que suene,
A la virgen boba ó necia
Que al nombre de que se precia
Conformes obras no tiene.
Tales fueron
Las vírgenes que salieron,
Como el Evangelio cuenta,
Para recibir afrenta
Cuando los novios vinieron;
Que hallaron,
Al tiempo que despertaron,
Sus lámparas apagadas,
Y se quedaron burladas
Cuando á la puerta llegaron.

FILENO.

¡Gran error!
Siempre así es de lo peor;

52) Así Garay; Velasco pone:
Y el cuarto de terciopelo.

53) Así Velasco; Garay escribe:
Si os place, algunas perlas.

Contais las cinco excluidas,
Y no las cinco admitidas,
Por quitarles el favor
Que merecen,
Pues que veis qué resplandecen
En el cielo coronadas,
Y acá de todos honradas,
La tierra nos esclarecen,
Do tenemos,
Si conocerlo queremos
(No siendo vos el juez),
Muchas del mismo jaez,
A quien servicio debemos
Y alabanza.
Y esta bienaventuranza
Que de ellas al mundo mana,
Es la mas alta y ufana
Que en esta vida se alcanza.
Comparadas
Son a las perlas preciadas
Y margaritas preciosas,
Y á las yerbas olorosas
En los jardines criadas,
Y á las flores
Adornadas de colores,
Y al alba clara, serena,
Y á la linda luna llena,
Y al sol con sus resplandores,
Y á los prados
Floridos y no hollados,
Y al verano sin estío,
Y al delicado rocío
De los campos apartados,
Y á las aves,
Que con sus cantos suaves
Y sabrosas melodías
Hacen mas dulces los días,
Y las noches menos graves.
Tales son,
Haciendo comparacion,
Las doncellas de valor,
De quien mana á Dios loor
Y al mundo consolacion.

ALETIO.

Su partido
Es de vos favorecido
No poco pertinazmente;
Mas, pasado este accidente,
Quedaréis arrepentido.

FILENO.

No me curo
De amenazas de futuro
En tanta prosperidad;
Yo sé que digo verdad,
Lo cual me hace seguro
Y contento
De tal arrepentimiento,
Pues cuanto mas las alabo,
Tanto menos hallo el cabo
De tanto merecimiento.
Adornado
Está todo lo poblado
Del estado virginal,
Como sobre otro metal
Resplandece lo dorado.
No valiera,
Si de este don careciera,
Nuestra vida un caracol;
Fuera claridad sin sol
Y vestidura grosera.
Cesaria
Sin ellas la policía,
Las galas y los arcos,
Y las justas y torneos
Superflua cosa seria.
Los primores
Que nacen de los amores
Perderian su sabor,
Despojándose el amor
De sus honestos ardores
Y sus llamas.

Los palacios sin las damas
Serian cuerpos pintados,
Justamente comparados
A los árboles sin ramas.
Ellas dan
Nuevo espíritu al galán,
Con que muestre lo que vale;
De ellas le resulta y sale (34)
En el peligro y afán
Valentía;
Ellas son nuestra alegría,
Porque son nuestro tesoro;
Siendo las mujeres oro,
Estas son la pedrería.

ALETIO.

No condeno
De todo punto, Fileno,
Vuestra razón, pues la escucho.
Vos habeis hablado mucho,
Y es fuerza haber algo bueno;
Pero, dado
Que fuese todo brocado
Lo que por vos se nos vende,
De las doncellas se entiende
En quien va bien empleado,
De las cuales,
Por motivos naturales
Y reglas de astrología,
Hay hoy muy gran carestía,
Y muchas menos leales
Que pensais,
Caso que lo que hablais
Oro fino se os antoja;
Pero volviendo la hoja,
Luego veréis cómo vais
Muy errado;
Mas vos, como enamorado
Y á vuestra pasión sujeto,
Juzgais lo blanco por prieto
Y lo azul por colorado.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

¿Por qué me quereis aquí
Dar á entender una cosa
Por muy sana y muy sabrosa,
Donde muchas veces vi
Quebradura?
Bien que lo que se murmura
De ellas se disculpa en parte,
Porque si pecan por arte
Es vicio de su natura
Halagüeña,
Que en naciendo las enseña
Besagaires y damerías
Y otras mil hipocresías,
Con que el hombre se desdecía
O se envicia
Cuando al amor se acodicia;
Porque en sabiendo hablar
Comienzan á trampear
Y á descubrir la malicia
Que salió
Del vientre que las formó,
Apegada como tiña.
Si no, mirad una niña
Que há dos años que nació,
Si burlando
O con ella retozando
Le tocáis en el cabello,
No se hace caso de ello,
Antes lo sufre callando
Sin rílar;
O en cualquier otro lugar,
No siendo de los vedados,
No se le da dos cornados

(34) Así Garay; Velasco pone:

De ella se resulta y sale.

De cuanto queráis tocar;
Mas si vendo
En el juego procediendo,
Le tocaís en las tetillas,
Luego siente las cosquillas,
Y os rehusa sonriendo
Muy contenta;
Y creciendo en esta cuenta,
Cuando llega á los diez años
Ya saben puntos y engaños
Mas que un hombre de cuarenta.
Pues llegada
A los trece, aun siendo nada,
Ya se replica de dama,
Y se engrilla, aunque no ama,
A holgar de ser tentada (35)
Por amores,
Y de tener servidores
Y de saber despachallos,
Y á veces acariciallos
Con sus ojitos traidores
Retorcidos;
Y con todos sus sentidos
Hace ya de allí adelante
Guerra cruel al amante,
Y atápalle los oídos
Y los ojos,
Y causarle mil enojos
Con desdenes y desvíos,
Locuras y desvarios,
Y burlas y trampantojos
Setecientos,
Y dar sus entendimientos
A solo parecer bien,
Aunque no tengan á quien
Apliquen sus pensamientos
Y aliciones;
Y entre estas conversaciones
Y tratos de liviandad
Aprenden tanta riñidad,
Que lo callan mis renglones,
Por razon
De mas de la inclinacion
Que el diablo se lo dice;
Mas aunque él no las atice,
Lo sacan por discrecion.

FILENO.

Muy contrario
Es, Aletio, lo ordinario
De todo el mundo, á mi ver,
De ese vuestro parecer,
De doncellas adversario
Y enemigo;
Y si queréis ser testigo
De la verdad sin pasion,
Contra vuestra relacion
Confesaréis lo que digo,
Pues negar
No podéis que si loar
Alguna cosa queremos,
A una dama la solemos
Por mas gloria comparar.

ALETIO.

Yo os concedo
Ser así; mas lo que puedo
De esos chistes colegir
Son maneras de decir
Como rábanos de Olmedo,
Por la fama.
No es lo mesmo que se llama
Todas veces lo que oímos,
Y menos cuando decimos:
«Es cortés como una dama.»

FILENO.

¿Por qué via?

ALETIO.

Porque la descortesia
Del desprecio y del desden,
No sé yo gentes en quien
Mas que en ellas reina hoy dia
La locura,
Presuncion de hermosura,
Esquividad y aspereza,
Salvo cuando las aveza
Amor á tener dulzura
Y caridad.

FILENO.

Eso no es esquividad
Ni desprecio desdenoso,
Sino celo virtuoso
De guardar su honestidad
Y concierto;
Y vos les hacéis gran tuerto
En juzgar tan al revés.

ALETIO.

Menos digo de lo que es,
Porque todo no lo acierto
A relatar,
Bien que por disimular
Con su honra así lo hacen;
Mas á los que las aplacen,
No se les saben mostrar
Descortesces.
Los enojos y reveses
No son á todos iguales,
Porque ellas son animales
De una haz y dos cuveses.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

Por lo que mil veces vi
En ellas por mi fortuna,
Y especialmente con una
Que por mi mal conocí.
Mi pecado
En cierto tiempo pasado
Me mostró tras un canton
Un diablo en condicion,
En ángel transfigurado;
Una estrella
Que pintar cosa mas bella
A lo que fuera se via,
Pintar ninguno podria,
En figura de doncella.
A gran pena
Pudo ser la linda Elena
Mas linda siendo muchacha,
Si no se tiene por tacha
Ser un poquito morena.
Gesto era
Que á cualquier hombre pudiera
Mover á nuevos antojos,
Y especialmente sus ojos,
Hermosos sobre manera.
Su beldad
En tan nueva y tierna edad,
Y el semblante de su cara,
A cualquiera asegurara
De su engaño y falsedad.
Yo, espantado
De gesto tan extremado
Y tan digno de querer,
No me pude contener
De quedar enamorado
Y vencido;
Y sintiéndome herido.
Fui forzado á procurar (36)
Los medios que suele usar
Un enfermo de Cupido.
Mas, tentadas
Mis humildes embajadas

(35) Así Garay; Velasco y Fernandez Ileen:

Ya se engrie, aunque no ama,
Y huelga de ser tentada.

(36) Así Garay; Velasco escribe:

Fué forzado procurar,

Con cartas y con promesas,
 Todas salieron aviesas,
 Por ella menospreciadas,
 Y muy brava.
 Yo, triste de mí, pensaba,
 Viendo la dificultad,
 Que de su simple honrad
 El disfavor me manaba;
 Y sufría
 Mil angustias cada día
 Alongado de esperanza,
 Por la gran desconfianza (57)
 Que su virtud me ponía;
 Y en paciencia
 Encubriendo mi dolencia,
 Al cabo de muchos días
 Alcancé por ciertas vías
 A saber de cierta ciencia
 No ser todo
 Oro fino, sino todo,
 Aquello que reñecía,
 Y que la dama tenía
 Un disimulado modo
 De tratar,
 Dando á unos rejalgar
 Y á otros dulces bocados,
 Caso que en ser repelados
 Todos iban á la par.
 Avisado
 Yo de esto, como penado,
 Procuré, que no debiera,
 Por medio de una tercera
 De probar de nuevo el vado
 De la vida,
 Por gozar de recaída
 De cosa tan deseada,
 Y tomarla de quebrada,
 Pues no pude de herida.
 La respuesta
 De mi segunda requesta
 Vino un poco mas graciosa,
 Sobre falsa, algo piadosa,
 Y tirana sobre honesta;
 Do manó
 Que cuando le pareció,
 Como mujer de experiencia,
 Ser tiempo de darme audiencia,
 Al fin, al fin, me la dió,
 Muy rogada,
 Mostrándose tan turbada,
 Que cualquier necio creyera
 Ser aquella la primera
 Vez que se vió colorada
 Y vergonzosa;
 Con lo cual, sobre hermosa,
 Tan hermosa parecia
 Y tan buena, que hacia
 Ser la fama mentirosa;
 Y así yo
 No creía, loco, no,
 Ya lo que se publicaba.
 Porque el amor me quitaba
 La sospecha que me dió;
 Y ella era
 Tan astuta y tan arteña,
 Que bastaba por su parte
 A disimular por arte
 Mil delitos que hiciera;
 Hasta que
 Un poco mas la traté,
 Y en ciertas veces que así
 Nos juntamos conoci
 A do llegaba su fe
 Refalsada,
 Y sentí que era taimada,
 Y aunque muchacha, muy fina
 Ave nueva de rapina,
 En otras partes cebada;
 Y vi claros

Sus pensamientos avaros
 Y dichos engañadores,
 Vendíendome los favores
 Muy escasos y muy caros (58),
 Dilatando,
 No me asiendo ni soltando
 Ni negando voluntad,
 Mas falta de libertad
 Por su disculpa tomando,
 No lo siendo;
 Algunas veces fingiendo
 Lágrimas nunca vertidas,
 Que me fuesen referidas,
 Per mas prenderme mintiendo,
 Por tercero,
 Trayéndome al retortero
 De suerte, que conocía
 Que por las botas lo halja
 Mas que por el escudero;
 Bien que daba
 Muestras con que me engañaba:
 Con los ojos me hería,
 Con la boca me vendía,
 Con las manos me robaba (59).
 Yo, cautivo,
 Ni bien muerto ni bien vivo,
 Aun tenía oiro pesar,
 De no la poder hablar
 En la lengua que lo escribo.
 Y así andando
 A oscuras y tropezando,
 Nunca al vado ni á la puente,
 Ni bien sano ni doliente,
 En los amores soñando
 Comenzados,
 De mi parte muy penados,
 Leales y verdaderos,
 De la suya tisonjeros,
 Falsos y disimulados,
 Sucedió
 Que su madre adoleció
 De dolencia repentina,
 De que la pobre mezuina
 Muy brevemente murió;
 Y ella muerta,
 Quedando casi desierta
 Ya la casa y sin pastor (40),
 A las locuras de amor
 Se dió del todo la puerta,
 Y lugar
 Libre para negociar,
 Y se entraron de rondon
 Alcahuetas á monton
 Y galanes á la par,
 Sin recelo;
 Y vinole por consuelo
 Otra su hermana mayor;
 Mayor, pero no mejor
 Ni de mas honesto celo
 De su fama.
 Allí viéades la dama,
 Entre aquellas sus cuadrillas,
 Hacer grandes maravillas
 Desde el palacio á la cama,
 No turbada
 De verse tan rodeada
 De gente que combatía;
 Antes con su lozanía
 Daba muy asegurada
 Facultad
 De decirle en puridad (41)

(58) Así Garay; Velasco pone *claros*.

(59) Sigo á Garay; Velasco y Fernandez escriben:
 Con las manos maltrataba.

(40) Así Garay; las otras ediciones ponen:
 Y la casa sin pastor,
 A las locuras de amor
 Se dió, teniendo la puerta
 Y lugar, etc.

(41) Así Garay; Velasco y Fernandez escriben:
 Decirle con puridad.

(57) Así Garay; Velasco pone *muy*, en vez de *la*.

Sus conceptos cada uno,
No desechando á ninguno
Ni diciéndole verdad.
Tal andaba
En las tramas que tramaba,
A su parecer secretas,
Que las mismas alcahuetas
Mintiendo desbarataba.
Ya las niñas
Por las contrarias esplas
Andaban desatinadas,
Yendo las manos cargadas
Y tornándolas vacías.
Yo sentía
Mas novedad que solía,
Mas faltas y mas errores,
Porque los competidores
Uno á otro se impedía;
De los cuales
Uno de los principales,
Que debiera serme fiel,
Me hizo guerra cruel
Por medios interesales,
Por su mal,
Porque luego otro no tal
Me dió de él justa venganza
Mal segura es la privanza
Del que en mujer no leal
Se fiare,
Y á su prójimo dañare;
Porque, según el refrán,
Matarás y matarte han,
Y á quien á ti te matare.
La garrida,
Con tales formas de vida,
Tan ajenas de doncella,
Siempre á su parecer de ella
Por virgen era teuida.

FILENO.

Enfadado
Me teneis y muy cansado,
Aletio, con vuestro cuento,
Y de estar vos descontento,
Viene estar apasionado (42)
Con dolor
De la falta de favor
Que en esa moza sentistes,
Porque vos no le caistes
En mas gracia ni sabor;
Mas si os fuera
Agradable y placentera,
Favorable y amorosa,
Dijérais otra cosa,
Y otro mundo os pareciera
De dulzura;
Mas no teniendo ventura,
Los golpes que estando bravo
Habeis de dar en el clavo,
Los dais en la herradura.

ALETIO.

Algo hay de eso,
Fileno, yo lo confieso;
Porque quien nos da ocasion
De despecho y de pasión
Es en culpa del exceso (43),
Ni hay quien diga
Bien de semejante amiga;
Mas aunque bien me quisiera,
No por eso careciera
De molestia y de fatiga (44).
Sinsabores
Es fruta de los amores,
Por muy bien que se maten,

Porque ya sabeis que dicen
«Por un placer mil dolores.»
Ni consiento
Que vos tengais pensamiento
Que del mal que habeis oido
Toda la causa haya sido
Mi poco merecimiento;
Porque habia,
Al tiempo que lo sufría
De esta que mal me trataba,
Otra mejor que me amaba
Mas que ella me aborrecia,
Sin faltar
Un punto de me mostrar
Con verdad y diligencia
Toda la benevolencia
Que se puede desear;
De la cual,
Siéndome tan liberal,
Hay causa de decir bien;
Pero no faltará quien
La tenga de decir mal,
Porque á mí,
Bien que se me daba así,
Permitiéndolo mis hados,
Otros de ella eran tratados
Como de estotra yo fui;
Y aun alguno
Que en parte por importuno
Con la primera valió,
De esta segunda quedó
De todo favor ayuno.
Mas aun esta,
Estando siempre muy presta
A quererme sin dobleces,
No me dejó muchas veces
De ser pesada y molesta.
Y así va,
Porque pongamos fin ya
Al hablar de las doncellas,
Que el que menos eura de ellas
Mejor librado será;
Porque, dado
Que seais de ellas amado,
Hay dos mil inconvenientes
De madres y de parientes,
Con que andais embarazado
Y afligido.
Pues si sois aborrecido,
¿Qué mayor mal y mancilla
Que andar tras una loquilla
Desvelado, enloquecido
Por do quiera,
O tras una bestia fiera,
Desgraciada, zahareña,
Preciando á quien os desdeña,
Sirviendo do no se espera
Galardon?
Y si os cobran afición,
Luego sin comedimiento
Os demandan casamiento
Y os meten en tentación.

Monjas (45).

FILENO.

Dicho habeis,
Aletio, cuanto sabeis
De las doncellas seglares,
Y cosas particulares,

(45) Todo este pasaje, que trata de las monjas y de su mal vivir en aquel tiempo, solamente se halla en las ediciones de Venecia y Alcatá, y tal vez en alguna otra que no conozco. La Inquisicion mandó suprimir este pedazo de la obra de CASTILLEJO en las ediciones posteriores. Yo reimprimí los trozos mas importantes en nota al capítulo 17 de mi *Exámen filosófico de las principales causas de la decadencia de España* (Cádiz, 1832). Mi sabio amigo mister Tomás Parker los ha reimpresso en la página 149 de la elegante y fiel traducción que ha hecho de este libro (Londres, 1855.)

(42) Otras ediciones dicen:
Viene á estar apasionado.
(43) Velasco lee:
Es la culpa del exceso.
(44) Velasco pone:
De molestia ni fatiga.

Con que mas las ofendeis.
Pues dejadas
Estas ya por agraviadas
Tan sin causa y tan sin tiento,
Mostrad vuestro atrevimiento
Tambien contra las sagradas.

ALETIO.

¿Cuáles son?

FILENO.

Las que están en religion,
Ya del mundo despedidas,
Ocupadas y metidas
En obras de devocion
Solamente,
Con vida muy continente,
Sin trálagos y lisonjas.

ALETIO.

Ya sé que se llaman monjas
Y que es peligrosa gente.

FILENO.

¿Peligrosa?

ALETIO.

Peligrosa y desdosa,
Y aun, si mas quereis que os diga,
Alguna no muy amiga
De la vida religiosa.

FILENO.

¿Cuál es esa?

ALETIO.

Alguna que, aunque profesa,
Tomaria por partido
Servir mas á su marido
Que obedecer su abadesa.

FILENO.

Mal hablais;
Parece que despreciais
Aquel religioso estado.

ALETIO.

No confieso tal pecado,
Y vos me lo levantaiis;
Antes digo
Que apruebo y alabo y sigo
La religiosa doctrina,
Y al que á ella no se inclina
Le tengo por enemigo
De la fe.

FILENO.

Pues luego, Aletio, ¿por qué
Decis mal de las pobretas
A la religion sujetas?

ALETIO.

Solo digo lo que sé
Besta cuenta,
Que habrá mas de cuarenta
Discretas, nobles, hermosas,
Y aun algunas generosas
Que pudieran sin afrenta
Ser señoras,
Y querrian muchas horas
Verse mas en sus posadas,
Por aventura casadas,
Que quizá verse prioras
Del convento;
Porque sobre el fundamento
De nuestra natura humana,
Les acrecienta la gana
El mismo defendimiento,
Por estar
Donde para desear
Lo que pide el apetito
Tienen lugar infinito,
Y poco para gozar.

FILENO.

No mirais,
Aletio, que os condenais
En lo que dellas decis,
Pues con lo que las heris,

Con eso las alabais,
Confesando
Que padescen, descando,
Ansias y necesidad,
Contra su fragilidad
De continuo peleando,
Y en paciencia,
En vigiliass y abstinencia
Y oficios santos y buenos,
Por los pecados ajenos
Hacen allí penitencia
En la edad
Que se suele la hieldad
Gozar con la juventud,
Y prefieren la virtud
A la propia voluntad,
La razon
Al deseo y afeccion.
Lo grave á lo deleitoso,
Y lo amargo á lo sabroso,
Teniendo con su pasion
Sufrimiento;
Cuanto mas que son sin cuento
Las que en ser monjas se arrean,
Y en aquello solo emplean
Todo su contentamiento,
Sin pensar
En querer ni desear
Cosa en que haya resistencia,
Sino en sola su obediencia,
Y en ella perseverar
Sin graveza.
Pues mirada la flaqueza
Del estado mujeril,
Apenas el varonil
Usa de tanta firmeza
Y constancia.

ALETIO.

Por Dios, que les es ganancia
Ser vos su procurador,
Y que sois buen orador,
Si tal fuese la sustancia
Que tratais;
Y ¡ojalá lo que hablais
Fuese siempre así, Fileno,
Y todo fuese tan bueno
Como vos lo imaginais
En ausencia,
Como hombre sin experiencia
Y cosa de téjos vista,
Engañado por la vista
Y por sola la apariencia
Lisonjera;
Testigo de lo de fuera,
Pero no de lo de dentro,
Sin peligro del encuentro,
Porque veis de talanquera!
Dios os guarde
Del mal que en algunas arde,
De sus temas y portias,
Contiendas y banderías,
Cuando salen en alarde
Sus pasiones,
Con muy grandes escuadrones
De envidias, odios, cosquillas,
Diferencias y rencillas,
Y corajes y quistiones
Y barajas.
Por el fuero de dos pajas
Sostienen enemistades,
Que aun al fin de sus edades
Las llevan en las mortajas
Apegadas.
Despues que una vez airadas
Se desaman ó baldonan,
Con dificultad perdonan,
Aunque vayan inclinadas,
Sometidas;
Al sacramento rendidas,
Queriéndole rescibir,
Algunas podria ser ir,

No del todo arrepentidas,
Perdonando.
Al tiempo que están rezando
O cantando sus maitines,
Allí suelen los chapines
Alguna vez ir volando
Por el coro.
No hay saña de ningún moro
Que haga tal impresion,
Ni braveza de león,
Onza ni tigre ni toro
Ni de alano,
Ni con Héctor el troyano
Fue tanto el furor de Aquiles,
Ni el de las guerras civiles
Que nos escribe Lucano
De romanos,
Ni de aquellos dos hermanos
De Tébas y de sus llamas,
Cuanto son los destas damas
Cuando llegan á las manos (46).
Y el rencor
Crece con el desamor,
Viendo delante continuo
Por objeto y por vecino
El bando competidor
Faz á faz,
Con que se turba la paz
Detrás de aquellas cortinas,
Aunque están, como gallinas,
Metidas en alcahaz.

FILENO.

Desbocado
Vais, Aletio, y muy sobrado
Contra quien no os lo merece,
Sabiendo bien que acaece,
Sin ser caso reservado,
Algun momento
Que por un desabrimiento
Haya alguna inquietud
Donde hubiere multitud
De gentes en un convento,
Y ocasion
Honesta de disension,
Como sabeis que la hubo
Entre los mismos que tuvo
Cristo en su conversacion.

ALETIO.

Diferencia

(46) No andaban muy en paz en aquel tiempo las gentes que vivían en religion. Gaspar de Tejada, en su *Estilo de escribir cartas ensajeras cortesanas* (Valladolid, 1519, por Sebastian Martinez), cuenta lo siguiente: «Cerca deste logarejo hay un monesterio, donde algunas veces voy á misa. Es de unos padres que están en espacio. Diré á vuesamerced lo que le acaeció al superior ellos, que vino á ponellos en regla; y el cual comenzando á ordearlos, el convento ó comunidad, que en tal pararon, apelaron y motináronse; y andando en esta rebelion, cerróse la noche, y al ueno del reformador diéronle tres ó quatro cuchilladas. Al escuchando de la turba fueron allá algunos labradores á ver qué era, hallaron cerrado, y oyeron gran ruido de *fustibus et armis*, y vieron corriendo á mí á que fuese á poner paz. Yo, porque no me viesen por cobarde ó porque no me matasen villanos, hiceme en ellos, y lleváronme al monesterio. Y preguntando que qué era quello, respondieron: «Cosas de entre frailes.» Yo á ellos: «Pares, no haya mas; que no dais buen ejemplo.» Ellos á mí: «Señor, dad con Dios; que vos no podeis alzar el secreto destes negocios.» Yo á ellos: «Juro á tal que lo tengo de saber; porque por la sola una vez que mis ojos alcé me levantaron que habia reuelo unas monjas, é según soy desdichado, lo mismo me podria caecer agora.» Con esto sosegaron el bullicio un poco, y diéronme lugar á que saliese á una ventana y les predicase un poco. Comencé el tema en romance, porque yo ni ellos no sabemos latin. «*Cuchilladas tenéis, amigo, y dueñovos*, etc. Reverendo auditorio, las cuchilladas que habeis dado á fray Fulano por sus pedados, tuviéradestas vosotros, y no él. ¿Qué dirán las gentes, qué dirán los ángeles, los mártires, los confesores, que están en el cielo? Y ¿qué dirá el espejo de vuestra orden de una cosa tan mala? Con estas y otras cosas, que serían largas de escribir, lus apagué por aquella noche.»

Hay de esa desavenencia
A la de estas mis señoras,
Que la tienen todas horas
Con puntos y competencia
De dolor,
Hasta llegar el furor
A venir á los cabellos.

FILENO.

Tambien entendieron ellos
Sobre cuál era mejor.

ALETIO.

Fué un nublado
De simple pecho engendrado,
Deshecho luego en el viento;
Mas estotro encendimiento
No puede ser apagado,
Ni se cierra
El postigo de la guerra
En tales siervas de Dios,
De quien habrá mas de dos
Sobre la haz de la tierra.
Y aun os digo
Que, en falta de otro enemigo,
Porque la paz se turbase,
Que hay alguna que holgase
De no tenerla consigo.
Sus conquistas,
De las unas por baptistas,
A que son adiconadas,
Suelen llegar á puñadas
Contra las evangelistas,
Sus contrarias,
Inmortales adversarias.
Ved si fueron los san Juanes,
Al cabo de sus afanes
Y fatigas ordinarias,
Bandoleros;
Mas, si no son caballeros,
A las monjas no les placen,
Y desta causa los hacen,
Después de muertos, guerreros
Con espada.
Y á la bienaventurada
Magdalena, aunque mujer,
Hombre la quieren hacer,
Viendo ser apostolada;
Y en sus cantos
No les basta darle tantos,
Como á santa muy bendita,
Pero quieren que compita
Con los apóstoles santos,
Batallando,
Y que entre tambien en bando
A fin de sus liviandades.
Déjome obras liviandades
Que quiero pasar callando,
Por no dar
Ocasión de os enojar,
Ni cuenta de mas flaquezas
Que á vueltas de las bravezas
Las suelen aprisionar.

FILENO.

Si así fuese,
Como por vuestro interese
Lo decís, fuerza sería,
Aletio, que por tal via
La religion padeciese,
Recibiendo
Tal daño; mas no lo siendo,
Va creciendo de continuo,
Y vos por muy mal camino
Esas cosas componiendo,
No mirando
Que siempre van mejorando
Con Dios estas sus doncellas,
Y el número santo dellas
Mas y mas multiplicando
Por España.
Y una cosa es muy extraña,
No desnuda de misterios,

Ver llenos mil monesterios
 Desta bendita compañía
 Piadosa,
 Que con vida trabajosa,
 Ajena de libertad,
 Conservan su honestidad
 Y la hacen gloriosa,
 Sin noticia
 Del mundo ni su codicia.

ALETIO.

Mal estáis en la verdad;
 ¿Pensáis que sola bondad
 Las guarda, y no su malicia?

FILENO.

¿Qué decis?

ALETIO.

Esto, Fileno, que ois.

FILENO.

Oyolo, mas no lo entiendo.

ALETIO.

Entendido está, queriendo.
 Y cierto, si lo sentís
 A derechas,
 Digo que son contrahechas
 A veces sus santerías,
 Por desmentir las espías
 Y deshacer las sospechas
 Y pisadas,
 Viviendo tan recatadas
 Como en tierra de enemigos,
 Porque no habiendo testigos,
 No pueden ser acusadas,
 Ni tener
 De se someter
 A las lenguas que difaman,
 Ni á las monjas que desaman
 Dar sus brazos á torear,
 Ni la mano
 Al enemigo cercano;
 Mas, con todas estas mañas,
 Se les entra en las entrañas
 El venenoso gusano
 De Cupido,
 Que les ablanda el sentido
 Aunque esté como una peña,
 Y la carne balagüena
 Sigue luego su partido
 Con razones
 Que mueven los corazones
 De las mas bravas personas,
 Y las tornan, de leonas,
 Ovejas en condiciones,
 Y las ligan
 De suerte, que se mitigan
 Y someten á cuidados
 Amorosos y penados,
 Que las incitan y obligan
 A pensar,
 Y pensando, á desear,
 Y deseando, á querer,
 Y bien queriendo, á caer
 En las ondas de la mar (47).

Y ser puede
 Que, cuando así no sucede
 Por haber impedimentos,
 Al menos los pensamientos
 No hay torno que se los vede.

FILENO.

No lo creo,
 Aletio, pues no lo veo,
 Ni vos lo debeis creer;
 Levantado debe ser
 De algun malino deseo;
 Ni conviene
 Afirmarlo, pues que viene
 De gana de decir mal,
 Que es dolencia general
 Y que en el mundo se tiene
 Ya por uso.
 Patrañas son que compuso
 Por ventura algun juglar;
 Y queriéndolas probar,
 Os hallaréis muy confuso.

ALETIO.

No creamos,
 Si os place, lo que miramos;
 Mas, segun lo que leímos,
 Hablamos de lo que vimos,
 Lo visto testificamos.
 Una vi
 En cierta tierra do fui
 Vecino dos años buenos,
 Con un hombre muy de menos
 A quien dió parte de sí;
 Y tan dada,
 Que siendo monja encerrada,
 Forzosamente allí puesta,
 Del monesterio traspuesta,
 Se le vino á la posada,
 Do tenia
 Por dulce la compañía
 Que su locura le dió,
 Mas porque ella se venció
 Que porque él la merecia
 Ni trataba
 Tan bien como la gozaba;
 Y era lástima de ver
 Cómo tan linda mujer
 En un hombre se empleaba
 Tan grosero,
 Que si llegara primero
 Que ella el velo se tocara,
 Pienso que no le tomara
 Para mas que acemilero.
 Veis aqui
 Lo que os digo ser así,
 Y puedo bien afirmallo
 Mejor que no vos negallo,
 Porque yo los conocí
 En su morada,
 Y la vi cabe él sentada
 Con una saya de frisa,
 Remendando una camisa
 Que estaba mal baratada.
 Y tenia
 Otras cosas que os podria

(47) Como prueba del mal vivir de las monjas de aquel siglo, véase lo que Martin de Salinas escribía al infante don Fernando, en 22 de julio de 1524, acerca de la muerte del licenciado Vargas, tesorero general y de los consejos de Guerra y de Indias.

« Otro día, viernes á la noche, acaeció la muerte del licenciado Vargas de la manera siguiente: parece que el dicho licenciado tenia emprendido amores con una monja en las Huelgas de Burgos, y para cumplir su voluntad habia buscado persona que le supiese guiar dentro en el monesterio, y halló un cierto carpintero que habia labrado dentro, el cual servia de mozo de caballos al dicho licenciado, y el mozo le hizo una escala con que subia por las paredes, y entraba dentro en el monesterio. A los 22 del mes pasado acordó de ir á ver su dama, y llevó consigo el mozo de caballos y un escudero suyo.... Y el licenciado entró en el monesterio, y con él el mozo de caballos; y el escudero quedó defuera. Y despues de haber holgado con su dama, queriendo salir por la

escala, sintióse un poco mal dispuesto, y no embargante esto, determinó de subir, y á los dos escalones desmayó y cayó súptitamente muerto entre la monja y su criado; y ellos, viendo de la suerte que estaba, dieron aviso al escudero, que estaba defuera, el cual entró, y no pudieron sacalle, á la cual causa hubo de ir á la ciudad y traer sus hijos y compañía, y con cnerdas le sacaron fuera y le atravesaron en una mula, y así muerto le metieron á la alba del día en su posada y publicaron haberse muerto en su cama de un desmayo. Y como las tales cosas no pueden ser secretas, luego se supo la verdad, y á la hora fueron secretados sus bienes, así los que consigo tenia como los que en cualquiera parte. Su fin ha sido este que á vuestra alteza escribo, y ha hecho mucho daño á su hacienda é hijos; é al presente en otra cosa no se habla en esta corte. Su majestad manda ir al obispo de Canaria á la reformacion del monesterio. » (Códice C. 71 de la biblioteca de la Academia de la Historia.)

De vista testificar,
Y no las quiero contar
Por excusar longuería
Sin razón;
Mas de ajena relación
Supe una vez una cosa,
Que, si no fué mentirosa,
Fué de gentil invención
De pecado (48):
Dicen que en tiempo pasado
Una dama de un convento
De harto merecimiento,
Cuyo nombre está callado,
No miró,
Y cuando no se cató
Sintió crecer la barriga,
Con noticia de una amiga,
A quien lo comunicó;
De la cual,
Como persona leal,
En tan terrible jornada
Fué servida y ayudada
Con corazón liberal.
Ella era
Su secreta consejera;
Ella la que la encubría,
La que por ella suplía,
Y al cabo fué su partera.
Ella daba
Recaudo á lo que importaba,
Hasta que el tiempo llegó
Que ver la luz deseó
Lo que en tinieblas estaba.
Y llegado,
Allí se hizo doblado
El trabajo de las dos,
Si no socorriera Dios,
Que á todo desconsolado
Busca y llama.
Estando la pobre dama
En dos peligros metida,
De una parte el de la vida,
Y de otra el de la fama
Pregonera,
La discreta compañera
Ya de antes sabiamente
La fingió estar doliente,
Y la tuvo de manera
Prevenida,
Apartada y defendida,
Con solamente una sarga,
Que al fin descargó su carga
Sin ser de nadie sentida.
Mas valió
Que era noche, y Dios le dió
Lugar para se valer,
Y tiempo para poner
En cobro lo que nació
Con ventura,
Metiendo la criatura
Envuelta en cierta ropita,
En una sotil arquita,
La llave en la cerradura,
Ordenada
Con tiempo y aparejada
Para tal necesidad,
Y para mas brevedad,
Con un buen cordel atada
Gentilmente,
Y con priesa diligente
Se fué con ella á un lugar
Do podía bien mirar
Cuándo pasaba la gente;
Y en llegando,

Vió uno andar paseando
Calle arriba, calle abajo,
Que ventura se le trajo
Cual lo estaba descando;
Que allí á oscuras
Buscaba sus aventuras,
Muy callado y muy contrito;
Y llamándole pasito
Con voz llena de dulzuras
Y de amor,
Le dijo: « ¡ Ce, ce, Señor! »
El respondió: « ¡ Ce, Señora! —
¿ Parécenos, Señor, que es hora? —
No la puede ser mejor,
Dijo él. —
Pues asid de este cordel,
Dijo ella, y desta arquilla,
En que va mi hacendilla
Y rosarios y el joyel
Que sabeis;
Ponedlo donde quereis,
Y volved luego por mí
Al lugar que os escribí,
Porque allí me hallaréis;
Y corred. —
Descuelgue vuesà merced,
Dijo él; que es tiempo ya,
Y en un punto soy acá
A sombra de esta pared. »
Y tomado
Con sus manos el recado,
Y pensando que hurtaba
Bogas, y que la burlaba,
El al fin quedó burlado;
Porque yendo
A su posada corriendo,
A un amigo lo mostró,
Y abierto el cofre, halló
El pobre niño gimiendo,
Bien marchito,
Pero vivo y muy bonito,
Y un anillo allí con él,
Escondido en un papel,
En este tenor escrito,
Bien borrado:
« ¡ Oh vos, que llevais hurtado
» El tesoro que aquí va,
» Guardadlo, que no os será
» Por mí jamás demandado
» Ni pedido;
» Pero suplicoos y pido
» Por el ansia que me queda,
» Hagais de suerte que pueda
» Por tiempo ser conocido! »
El quedó
Corrido cuando se vió
Hecho por fuerza ser padre
Del infante, cuya madre
Nunca jamas conoció.

Viudas.

FILENO.

Bien sentis
De eso, Aletio, que decís
De casos así donosos,
Que son cuentos fabulosos
Como aquellos de Amadis.
No penseis
Que con ellos ofendeis
Las monjas santas honradas,
Pues se están por sí loadas (49),
Aunque vos las destoeis.
Quédense estas,
Y mirad si teneis prestas

(48) En el códice 113 de varios de la biblioteca de jesuitas de corte, hoy agregada á la de la real academia de la Historia, hay una relación escrita en febrero de 1545, donde se cuenta el mismo suceso de la monja y el niño encajonado como acaecido. Ehora á un platero el año anterior. La edición mas antigua que conozco de este diálogo es de Venecia (1544).

(49) Así Garay; Velasco y Fernandez ponen:

No penseis
Que con ellas ofendeis
Las doncellas no tocadas,
Pues se están por sí loadas.

Las manos del mal decir (1)
Para llagar y herir (2)
También las viudas honestas:

ALETIO.

No por cierto;
Mas querría verme muerto
Que á las de tal condicion
Que honestas y cuerdas son
Hacer agravio tan cierto.
Mas, juzgadas
Por esta ley, y sacadas
Las que podeis escoger,
No habría muchas, á mi ver,
Que puedan ser agraviadas
De este cuento.

FILENO.

Por Dios, que sois avariento
De virtud y compasion,
Pues que contra la aficion
Mostrais el mal pensamiento.
¿No os parece
Que á los buenos pertenece
Con las tristes lastimadas
Viudas y desamparadas
Mostrar donde se merece
Caridad,
Y haber de ellas piedad?

ALETIO.

En verdad yo se la he,
Salvo aquellas que yo sé
Que lo son por voluntad.

FILENO.

¿Hay alguna
Tan sin bien y sin fortuna,
Tan cruel ó tan liviana,
Que sea viuda de gana?

ALETIO.

Mas cierto de veinte y una
Que por sello
No se tuercen en cabello,
Y muchas, si se buscasen
Y en secreto examinasen,
Que fueron la culpa de ello.

FILENO.

Doloridas,
Angustiadas y afligidas
Las veo, y sin alegría,
Llorando la compañía
De que se hallan partidas
En la edad
En que mas necesidad
Por ventura tienen de ella,
Juntándose esta querella
A la pena y soledad.
Que cobraron
Cuando solas se hallaron.

ALETIO.

No os engañe su llorar,
Porque lo suelen usar
Con los mismos que mataron;
Por ventura,
O por odio que les dura,
Tienen su muerte por buena,
O al menos no les da pena
Verlos en la sepultura,
Por poder
Mas libremente hacer
A solas nueva moneda;
Y la que mas llora queda
A veces con mas placer,
Muy pagada
De verse ya libertada;
Mas si alguno la visita,
Luego está la lagrimita

En el ojo aparejada
Por el muerto.

FILENO.

No estáis, Aletio, en lo cierto;
Porque de estas muchas tales
Vierten lágrimas leales,
Sin dejar nada encubierto
Ni fingido
En su secreto sentido,
Publicando con amor
El verdadero dolor
Que tienen por su marido,
Como vemos
En muchas que conocemos;
Y de las que nunca vimos,
Por nuevas ciertas oímos
Fidelísimos extremos
De tristeza,
Cual la mostró con pureza
Y constante corazon
Porcia, hija de Caton,
Con grandísima firmeza.

ALETIO.

No os lo niego;
Mas aconhortasen luego
Las mas viudas de sus penas.
Esas de tierras ajenas
No las metais en el juego;
Que son vanas,
Muy curiosas y profanas,
Fundadas en vanagloria,
Por dejar de sí memoria
Esas griegas ó romanas.
Y al presente
Hallaréis en el Oriente
Y en la India occidental
Esa costumbre bestial,
Usos y fines de gente
Tan perdidos
Y á vanidad sometidos,
Que con fiestas y placeres
Se abrasan muchas mujeres
Cuando mueren sus maridos.
No hablamos
De esas, con quien no tratamos,
Peregrinas y extranjerías,
Sino de estórras caseras,
Con quien damos y tomamos
Comunmente;
Que aunque mas las atormente
Soledad y desconsuelo,
Y con verdadero celo
Queden fiel y limpiamente
Lastimadas,
Presto son aconhortadas,
Al menos las de Alemania;
Acá las de nuestra España
Van algo mas entonadas
De prestado;
Mas al fin aquel cuidado
Se les aparta y apoca,
Quedando solo en la boca
El nombre del mal logrado.

FILENO.

Mal sería
Si durasen todavía
Las congojas y dolor
En aquel mismo tenor
Que estaban el primer día.
No se sigue
Que toda viuda se obligue
A siempre siempre llorar;
No hay tristeza ni pesar
Que el tiempo no la mitigue
Y consuele;
Y á vueltas de lo que duele,
Siempre hay algo que hacer,
Que les ayude á poner
En olvido lo que suele
Dar pasión:

(1) Sigo á Garay. *De mal decir*, se lee en Velasco.

(2) *Leo llagar*; otros escriben *llegar*.

La buena gobernacion
De su casa y de sus cosas,
Y otras obras piadosas
Que les dan ocupacion
Virtuosa,
La vida triste penosa
Con virtud aconhortando,
Por pasatiempo tomando (3)
La soledad trabaja.

ALETIO.

Bien hablais;
Mas otra cosa olvidais
Con que ellas mas propiamente
Mitigan el accidente
Del dolor que publicais
Tan entero,
Que es pasar por el primero
Amor del otro marido,
Y puesto aquel en olvido,
Pensar en el venidero.
Bien escrita
Traen aquella muy bendita
Sentencia consoladora:
«La mancilla de la mora
Con mora verde se quita.»
Y no dura
Aquella negra tintura
De la muerte del difunto
Mas de llegar aquel punto
De probar otra ventura
Semejante;
De la mujer mas constante
No se debe esperar mas,
Porque olvidan lo de atrás
Por ir tras lo de adelante.
Moza ó vieja,
Todas son de esta conseja,
De se tornar á casar,
Y de no lo dilatar
Cuando hallan su pareja
Tal con tal;
Muchas veces por lo cual
Se hacen otras locuras,
Y no pocas criaturas
Se dejan al hospital (4),
Desechados
Los hijos ó maltratados,
En poder de su padrastro,
Sin mas respeto ni rastro
De los padres ya pasados.
Y entre tanto,
Después de aquel primer llanto,
Mientras dura la viudez,
Hasta que llegue la vez
De este otro término santo,
Son de ver
A quien lo sabe entender
Sus deseos, sus secretos,
Sus desinios y concetos (5),
Su tramar y revolver,
Y sus cuentos,
Motivos y pensamientos;
Cuanto se dice y replica,
Cuanto se trata y platica,
Todo huele á casamientos.
Su ayunar,
Sus limosnas y rezar,
Su velar y su dormir,
Su suspirar y gemir,
En aquello va á parar
De boleo;
Aquel es el jubileo
Por quien hacen romerías,
Y á veces hechicerías

Por alcanzar su deseo;
Y alcanzado,
Luego sale otro nublado;
Por eso rogad á Dios
Que os guarde, Fileño, á vos
De ser con viuda casado.

FILENO.

Si se nota,
Razon es de carta rota,
Aletio, lo que hablais,
Y parece que jugáis
Con ellas á la pelota.
Si tan dadas
A casarse y tan penadas
Como vos decís, están (6),
Argumento es que serán
Muy buenas siendo casadas;
De manera
Que podrá vivir quien quiera
Con descanso y alegría,
Tomando por esa vía
La viuda por compañera.

ALETIO.

Muy siniestra
Opinion es esa vuestra;
Y si á mí no me creéis,
Podeis probar, y veréis
A qué sabe la menestra
Que os darán.
A la hambre no hay mal pan;
Cuando estamos deseosos,
Y á to dulce los golosos
De buena gana se van.
Y así ellas,
Mientras saltan las centellas
De aquel fuego y agonía,
Con cualquiera compañía
Ponen fin á sus querellas,
Hasta ver
Con el tiempo y conocer
Si en el nuevo desposado,
Después de bien apalrado,
Hay algo que aborrecer.
Mas después,
Si por ventura no es
Tan á su contentamiento,
Luego el negro casamiento
Comienza á dar de través
Con desgrado,
Y cualquier tacha ó pecado
Que en el marido se siente,
Es en el que está presente
Muy mayor que en el pasado;
Que si fuera
Vivo ver no le quisiera,
Después de muerto le ama,
Y en su defensa le llama.
Ved qué donosa manera
De discante;
Que aunque haya tenido ante
Por marido algun escuerzo,
Luego toma en él esfuerzo
Para ponerle delante
Por memoria,
Trayéndole por historia
Contra el nuevo sucesor,
Oponiéndole el amor
Y bondad del que haya gloria;
Al cual quiso
Enviar á paraíso
Por mártir de sus enojos,
Y allí lo tiene en los ojos,
Como si fuera Narciso.

FILENO.

Puede ser
Haber alguna mujer
De seso menos templado;

(3) Así Garay; Velasco pone: *por pasar tiempo*.

(4) Así Garay; Velasco pone: *en especial*.

(5) Velasco pone, en contraposición de Garay:

Sus deseosos secretos,
Sus desinios, sus concetos.

(6) Así Garay; Velasco escribe:

Como vos decís que están.

Mas no siendo vos casado,
¿Cómo lo podeis saber?

ALETIO.

Ni querría:
Mas al tiempo que solía
Mirar mas en estas cosas,
Vi muchas harto donosas,
De quien contar os podría;
Mientras estuve
En lugares por do anduve
Tras la corte encantadora;
Y se me acuerda aun agora
De una huésped que tuve,
Madrigada,
Que habiendo sido casada
Con dos maridos primero,
Lo estaba con el tercero
Cuando allí tuve posada.
Los primeros
Decía que eran caballeros,
Grandes y ricos doctores,
Pero no tan hacedores
Cuales ella en vivos cueros
Los quería,
Ni como se los pedía
Su corazon deseoso;
Y el uno diz que potroso,
Hablando con cortesía;
Y la fama,
Que los secretos derrama,
Publicaba, y era cierto,
Ser alguno de ellos muerto
Por contiendas de la dama
Sin paciencia;
Que no le valió la ciencia
De Baldo ni de Galeno,
Padeciendo, como bueno,
Sobre cuernos penitencia
Sin razon.
Y por su misma ocasion
Y otras causas de ruido
Con el tercero marido
Nació tambien disension
Y quisiones,
Enojos y turbaciones,
Diferencias y rencillas
Tan grandes, que á referillas
No me bastan mis razones.
Tal andaba
La cosa, y ella tan brava,
Que no se os puede decir;
Y comenzando á reñir,
Sus doctores alegaba,
Blasfemando;
Y decía suspirando:
«Dotor Juan, ¿quién te llevó?
Muriera contigo yo
Para no vivir penando,
Como muero
Con este torpe grosero,
Perezoso, haragan,
Chocarrero, charlatan,
Alfarnate, mesonero,
Dormidor.»
Esta forma de loor,
Caricias y hendiciones
Eran las salutations
Del marido pecador
Cada día,
Alegando todavía
Con los doctores pasados,
Que fueron martirizados
Con la misma tiranía.
Y el pobreto
Pasaba, como discreto,
Por las mas de estas querellas,
Sabiendo la causa de ellas,
Y decíame en secreto,
Sonriendo:
«¿Veis el bien que está diciendo
De estos doctores que canta?

Yo os voto á la casa santa,
Que ella los malo riñendo
Como á mí.»
Ved ahora, Fileno, aquí
Por los casamientos tales
De viudas pestilenciales
Lo que se sigue de allí,
Por estar
Ya muy diestras en notar
Buenas y malas maneras;
Y como son ya materas,
No se pueden engañar
Ni rendir.

FILENO.

Mala forma de argüir
Es que por una medida
De esa mujer desabrida
Queáis, Aletio, medir
Las honradas,
Corteses y bien criadas,
Por el mundo repartidas,
Honestas y comedidas,
Continentes y templadas
Y discretas;
Y por pocas no perfetas
Penseis condenarlas todas.

ALETIO.

Al fin, las mas quieren bodas,
O públicas ó secretas;
De las cuales
Salen cuentos muy reales,
Y algunos malos recados
Y partos disimulados,
Ascondidos en costales
Por rincones,
Con sutiles invenciones
De dar color á lo hecho,
Porque no pierdan derecho
Sus honras y presunciones.
Mas aun estas
Que en demandas y respuestas
Se saben bien gobernar,
Se podrian perdonar,
Porque hay otras deshonestas,
Desmandadas,
Y de esto tan descuidadas,
Con el vicio á que se dan,
Que por do quiera que van
Dejan rastros y pisadas
Del delito,
Que llega á ser infinito
Desde una vez se comienza,
No teniendo en él vergüenza,
Ni modo en el apetito;
Mas tornando
A las que lo van callando,
¡Ay Dios, y cuán pocas son
Las que con su tentacion
No están siempre batallando!
Bien que halla
El rigor de esta batalla
Alguna vez resistencia,
Porque la fama y prudencia
Suelen servir de muralla
O de freno;
Mas no os engañen, Fileno,
Las locas azafranadas
Ni las colas arrastradas
Por el polvo y por el cieno,
A pensar
Que todo se ha de juzgar
Lo que anda en las conciencias
Por aquellas aparencias
Y señales de pesar
Lisonjero,
Ni aunque fuese verdadero;
Porque á sombra de aquel luto
Anda el ojo disoluto
Y el corazon carniceiro.

Solteras.

FILENO.

Ya que veo,
Aletio, vuestro deseo
Y propósito cruel
De con esa lengua infiel
Llevarlas todas arreo,
De tal arte
Levantando el estandarte
De mal decir y hablar,
Quiero de nuevo probar,
Y tentar por otra parte
Las almenas,
Y ver si culpas ajenas
Por ventura os darán alas
A decir bien de las malas,
Pues decís mal de las buenas,
Como veis.
Veamos lo que diréis
De las mujeres solteras.

ALETIO.

No son cosas decideras,
Fileno; no me tenteis,
Que desmayo;
Hágoos saber que no trayo
Suficiencia ni caudal
De poder bien decir mal
De gente de tanto ensayo,
Cautelosa;
Mas, porque es algo dudosa
La materia que tratáis,
Aclaráme, si mandáis,
Un poco mas esa cosa
Que pedís.
Las solteras que decís,
Cuáles son, si lo sabéis,
Y qué nombre les poneis
Y lo que de ellas sentís.

FILENO.

Soy contento:
Lo que de este nombre siento
Es un linaje de gente
Que vive mas libremente,
De todas leyes exento;
No obligadas
A ser viudas ni casadas,
Y menos á religion;
Doncellas ya no lo son
Ciertas ni disimuladas,
Como quiera
Que este nombre de soltera
Tambien se toma por bueno.

ALETIO.

Ya, ya lo entiendo, Fileno,
Y sé toda su manera:
Son mujeres
Que para darse á placeres
Tienen gracias singulares,
Y para darnos pesares
Bastantísimos poderes;
Son llamadas
Mujeres enamoradas,
Hembras del mundo profanas,
Damas tambien cortesanas,
Y otras menos estimadas
Cantoneras,
Con reverencia ramera,
Etcetera de esta vez,
Y algunas de este jaez
Con nombre de costureras,
Y otras tales
Personas interesales,
Que fuera de los estados
Arriba comemorados
Son causa de muchos males.

FILENO.

De esas digo; —
No por serles enemigo,

Pues no hay causa para sello,
Sino por ser despues de ello
Mas abonado testigo
Defensor.

ALETIO.

Careced de ese temor,
Pues nadie puede ofendellas;
Ni decirse cosa de ellas
Que no sea en su loor;
Porque excede
A lo que decir se puede
Lo que decir se podría,
Mas que el sol de mediodía
A la noche que sucede.
Darme os quiero
O demandar con Homero
A las musas su favor,
Para contar sin error
El ejército guerrero
De grecianos
Que salió contra troyanos;
Y yo le pido tambien
Para sentir el desden
De tan tiránicas manos,
Do se encierra
Mas luenga y áspera guerra
Que fué aquella de Elena (7),
Porque de estas anda llena
Toda la haz de la tierra
De continuo,
Cuyo espíritu malino
Y pensamiento cruel
Nos vende por dulce miel
Su ponzoñoso venino;
Bestias fieras
De mil formas y maneras,
Lobas continuo hambrientas,
Harpías crudas, avarientas,
Y leonas carníceras
O halcones,
Que viven de las prisiones
De sus uñas y sus picos;
Buitres que á pobres y ricos
Arrancan los corazones;
Sacomanos,
Enemigos inhumanos,
Que roban en tierra llana,
Sedientas de sangre humana
Y de ropas de cristianos.

FILENO.

No haya mas,
Aletio, volved atrás;
Decid mal, pero mas paso;
Sed un poco mas escaso,
Que vais fuera de compás.
No consiento
Que con tanto atrevimiento
Os mostreis así contrario
Al pueblo que es necesario
Para mas adornamiento (8)
De esta vida,
Que á no estar así afligida
De diversas profesiones
De hembras y de varones,
Sería muy desabrida
Y muy dura
Para toda criatura;
Porque por el variari;
Segun el refran vulgar,
Es hermosa la natura,
Y no en vano
Formó Dios el cuerpo humano
De miembros tan diferentes,
Como los ojos y dientes
Son del brazo y de la mano.

(7) Sigo á Garay; Velasco escribe así estos versos:

 Mas larga y áspera guerra
 Que fué de aquella de Elena.

(8) Así Velasco; Garay pone *adornamento*.

Desiguales
 Son tambien los animales
 En formas y condiciones;
 Cualesquier generaciones
 Tienen suertes especiales
 Que loar;
 Los pescados de la mar,
 Arboles, yerbas y plantas,
 Con diversidades tantas,
 Que no se pueden contar
 En presencia,
 Porque aquella diferencia
 Y diversidad de cosas
 Las hace muy mas hermosas
 Y de mayor excelencia
 Y perficion,
 Y por la misma razon
 Está muy bien ordenado
 Que haya hembras en su estado
 De diversa condicion
 Y poder
 Para pesar y placer,
 Y lo que mas se requiere;
 Y quien lo contradijere
 Terná tan mal parecer
 Como vos.

ALETIO.

Librenos, Fileno, Dios
 De hacer tal travesura,
 Que á las obras de natura
 Contradigamos los dos
 Locamente;
 Pero gran inconveniente
 Y peligroso embarazo
 Seria meter el brazo
 En boca de una serpiente
 Denodada,
 Por decir que fué criada
 Por la mano del Señor,
 Y por el mismo tenor
 En la mujer endiablada
 Que os despecha.
 Alabo el alma que es hecha
 A imágen de la divina,
 Mas no la mente malina
 Que tiene de su cosecha
 Natural;
 Y aunque es tacha general
 De todas, principalmente
 Las tienen las que al presente
 Entran en el memorial,
 A las cuales,
 Pues por leyes mundanales
 Se permite el tal oficio,
 Consintámosles su vicio,
 Mas no los descomunales
 Desafueros
 Con que á nobles caballeros,
 A quien Dios libres ha hecho,
 Hacen para su provecho
 Tributarios y pecheros.
 Sus maldades,
 Engaños y falsedades,
 Trampas, mentiras, ficciones,
 Malicias y traiciones,
 Bajezas y poquedades
 Y falsias;
 Cubiertas hipocresias,
 Tramas, astucias, cantelas,
 Trampantojos y novelas,
 Tráfigos y burlerias
 Y finezas;
 Ardides y sutilezas,
 Embustes y embaucamientos,
 Dobleces de pensamientos,
 Desvergüenzas y vilezas,
 Presunciones,
 Falsas disimulaciones,
 Novedades y entremeses,
 Contracambios y reverses
 Y baratos á montones,

Y mudanzas;
 Tratos dobles, asechanzas;
 Alevos y deslealtades,
 Injustas enemistades,
 Crueldades y venganzas;
 Demasias,
 Befas y descortesias,
 Enfadados, ascos, hastios,
 Esquivezas y desvios,
 Desprecios y roberias
 Y despojos;
 Atrevimientos, antojos,
 Fieros despechos, ultrajes,
 Resabios de mil linajes,
 Y lágrimas en los ojos
 Asestadas,
 Falsamente derramadas,
 Con fingidas aliciones
 O falsas denegaciones
 Indignamente tomadas
 Por partido,
 Para poner en olvido
 Con sobrada ingratitud
 El servicio y la virtud
 Que de vos ha recibido.
 Son diablos
 Detrás de aquellos retablos,
 Con que nos sacan de tiento,
 Que aunque los alcanzo y siento,
 Tengo falta de vocablos
 Suficientes
 Para hablar de estas gentes
 Y de sus obras y menguas,
 Aunque tuviese mil lenguas,
 Y todas muy elocuentes.

FILENO.

No peneis
 Por ellas, si me creéis,
 Ni las debeis desear (9);
 Porque para mal hablar
 Os basta lo que teneis.
 Yo no niego
 Poder ser dañoso el juego
 Al que á jugar quiere darse,
 Ni dejar de calentarse
 El que anda cerca del fuego;
 Mas mirad
 Que, pues teneis libertad
 De guardaros, useis de ella,
 Y no cargueis la querella
 Sino á vuestra voluntad.
 Provocaros
 Pueden, pero no forzaros,
 A que gustéis de su miel,
 De suerte que de su hiel
 Podeis muy bien apartaros
 Y holgar;
 Pero no podeis negar,
 Aletio, que muchas de ellas
 No son hermosas y bellas
 Y sabrosas de gozar
 Y dispuestas,
 Aparejadas y prestas
 A convites y banquetes,
 Regalos y sámetes,
 Y regocijos y fiestas,
 Y lindezas;
 A galas y gentilezas,
 Vestidos, pompas y arreos,
 Con que con dulces deseos
 Nos alivian las tristezas
 Y pesares,
 Con gracias particulares
 De danzar, cantar, tañer,
 Que suelen bien parecer
 En los tiempos y lugares
 Que conviene,
 Con que el hombre se despene

(9) Cureis, dicen Velasco y Fernandez.

Y deleite en las oír,
 Con libertad de decir
 Lo que en el corazón tiene,
 Sin ruido
 De madre ni de marido,
 De tornos ni campanillas,
 Ni de tocas amarillas,
 Que os hacen andar tullido
 Y penado,
 Cuando sois enamorado
 En otras partes mejores,
 Do el palacio y los primores
 Suelen ser mate ahogado,
 Por faltar
 La libertad y lugar
 Que sobran á las solteras,
 Con gracias de mil maneras
 De que se suelen hallar
 Rodeadas,
 Y muchas de ellas dotadas
 De virtudes excelentes,
 No pocas de las presentes
 Y muchas de las pasadas,
 Sus iguales;
 Thais, Flora y otras tales,
 Y Safo con armonía,
 Y Leoncia, que sabía
 Las siete artes liberales.

ALETIO.

Enlodadas
 Quedan mas que no loadas
 De esas gracias que alegais,
 Y cierto vos las dejais
 En mal lugar empleadas,
 Siendo buenas;
 Porque esas sus cantinclas
 Y músicas, yo las llamo
 Los cantares del reclamo
 O cantos de las sirenas
 Mal sentidos.
 Pues las galas y vestidos
 Que tanto pueden y valen,
 Decidme, ¿de dónde salen,
 Sino á costa de perdidos
 Que las dan?
 Y el placer tras que se van
 Es la manzana de Eva (10).
 Que le sale al que la prueba (11)
 Al precio de la de Adán.
 Ni alabéis
 Tampoco, pues no debeis,
 Aquellas sus libertades,
 Que son deshonestidades,
 Si por nombre las queréis
 Conocer;
 Tan solteras suelen ser
 Para mal, y desenvueltas,
 Que conviene echarles sueltas
 Porque las han menester,
 Y aun trabones
 Contra las inclinaciones
 Que tienen de liviandad,
 Á la cual la libertad
 Les da grandes ocasiones;
 Y es la entrada
 De la costumbre malvada
 A que despues se van dando
 Por oficio, y ley tomando
 La vida desvergonzada,
 Que es la fuente
 De do sale la corriente
 De tanta bellaquería,
 Teniendo por granjería
 Vendernos públicamente
 Sus deleites,
 Usando de mil afeites
 Y suciedades sin cuenta,

Por hacer mejor su venta
 A fuerza de los aceites
 Y posturas,
 Deformando sus figuras
 Para salir por las plazas
 Con pláticas y trapazas
 Engañadoras, oscuras
 Y bellacas
 Sacaliñas, redrosacas,
 Todas á fin de robar:
 En lo cual son de loar
 Las ovejas y las vacas
 Muy mas que estas,
 Pues se muestran mas honestas
 Con los toros y carneros,
 No les pidiendo dineros
 Por las semejantes fiestas
 De natura.
 La yegua tiene mesura
 De no pedir al caballo
 Interese por dejallo
 Gozar de su hermosura.
 Mirad cuáles
 Son los brutos animales,
 Que la hembra con el macho,
 Sin ningun precio ni empacho,
 Se juntan como leales
 A placer;
 Sola la falsa mujer
 Pone su recreacion
 En despojar al varon
 Los cueros, si puede ser.

FILENO.

Guárdense ellos
 De no venir á perdellos;
 Mire por si cada uno;
 Que ellas á galán ninguno
 Tirarán por los cabellos
 Ni pestanaas.

ALETIO.

Tíranle por las entrañas,
 Salteando con el gesto,
 Urdiendo por el fin de esto
 Diversas artes y mañas
 Cautelosas;
 Que bien que nos son forzosas
 Por el rigor de justicia,
 La fuerza de la malicia
 Las hace muy poderosas;
 Con las cuales
 Hacen insultos y males,
 Robos, fuerzas y destrozos,
 Que en el monte de Torozos
 Nunca se hicieron tales;
 Son polilla
 De las bolsas y mancilla,
 Y cáncer de cortesanos
 Cruel, que no hay cirujanos
 Que lo curen en Sevilla
 Ni aun en Roma;
 Son el pulgon y carcoma
 De la viña y de la casa;
 Vasisas en que se embasa
 Cuanto se hurta y se toma,
 Corre y gana;
 Mirad la corte romana,
 Que en estos silos ensila
 Cuanto Marta diz que hila
 Y cuanto Pedro devana.

FILENO.

No habéis,
 Aletio, que no sabeis
 Esas cosas cómo van;
 Mirad que dice el refrán
 Que creais lo que veréis (12)
 Solamente;
 Y cuando fuerdes presente,
Romano vivito more.

(10) Son, en vez de es, dice Garay.

(11) Garay escribe sabe.

(12) Así Garay; que creais lo que veis, dice Velasco.

ALETIO.

No hay, Fileno, quien ignore
Que habláis como prudente
Concertado;
Y si veis que voy errado,
Corregidme con paciencia;
Pero cierto acá en ausencia,
De muchos soy informado
Que hay ramera
Tan hábil y tan granjera,
Que, á falta de mejor paga,
En breve tiempo se traga
Una calongia entera
Con regreso;
Y sin fulminar proceso
Se mete en la posesion,
Comiéndola á discrecion
Hasta no le dejar hueso;
Y mujeres que gastan en alfileres
Mas que algunas en faldillas,
No comiendo sin vajillas,
Y pagando de alquileres
Necesarios
Y en tributos ordinarios
Muy gran suma de ducados,
Que pienso no ser ganados
A coser escapularios
Ni á hilar.
Pues si queremos entrar
Por nuestra corte española,
Ella nos bastará sola
Para poder murmurar
De tal fuero,
Dó se va tanto dinero
Desde aquel tiempo que aun era
Viva Isabel de Herrera (15)
Y Quartal el despensero,
Su querido (14),
Y otras que habeis conocido
Despues acá mas modernas;
Apañadoras eternas
De todo lo que han podido.
Son langosta,
Que despues que se regosta
A la espiga candeal,
No hay bolsa tan liberal,
Que no se le haga angosta.

FILENO.

No creais
Ser tanto como pensais;
Porque en todo hay su medida.

ALETIO.

Por Dios, que me dais la vida
Si esa virtud les hallais (15).
Mal diréis
Lo que de ellas entendeis,
Negando tan á la llana,
Pues solamente Fulana,
Que vos muy bien conoceis,
Bastaria,
Segun su gran tiranía,
Que muchos saben de coro,

(15) En el *Cancionero general* copilado por Hernando del Castillo se cita en las obras de burlas á esta *Isabel de Herrera*, famosa meretriz:

Vi sobre todas que estaba triunfando
Isabel de Herrera, tan mere profana,
Que gé insaciable, toda la humana
Lujuria querria tener á su mando.

La decencia prohibe trasladar aquí lo demás que se lee en dicha obra acerca de la *Isabel*.

(14) Velasco, á quien copia Fernandez, alteró estos versos del modo siguiente:

Viva la gran lavandera
Y su amigo el despensero
Muy querido.

Yo sigo las ediciones no expurgadas.

(15) Velasco dice *dais*.

A tragarse todo el oro
Que de las Indias se envía.
Pues los daños
Que demás de estos engaños
Y robos suelen causar,
No hay quien los baste á pintar,
Ni aun pensar en muchos años
Las quistiones
A que nos dan ocasiones,
Cuchilladas y ruidos,
Do muchos quedan heridos
O muertos por los cantones
Desastrados.
¡Cuántos gentiles soldados
Y valientes de loar
Han quedado al hospital
Y vívido deshonrados
Con querellas,
Y becho campo por ellas,
Donde quedaron tendidos,
Y otros muchos consumidos
En sus brasas y centellas,
O cobrado
Males que les han durado
Hasta meterlos so tierra!
Y ellas al fin son la guerra
Que mas hombres ha tragado
En poniente,
Y en Italia mayormente.
Que es sepulcro de naciones.

FILENO.

No se excusan disensiones
Do quiera que hay mucha gente;
Y si fuese
Ya posible que no hubiese
Mujeres de esta valia,
No por eso dejaría
De valer el interese
Muy de veras (16).

Alcabuetas.

No son solas las solteras
Las que van por tal camino.

ALETIO.

Bien decis, porque continuo
Andan otras aparceras
Cerca de estas,
Que no son menos molestas,
Y son sus colaterales,
Que las sirven de oficiales
En demandas y respuestas
De sus tramas.
Algunos las llaman amas
Honestas, viejas pobretas,
Cuyo nombre es alcabuetas,
Sin mas andar por las ramas.
Muy sin pena
Por cal os venden arena;
Es gente de rapapelo.
Que de nadie tienen duelo
Por comer á costa ajena.
Unas dueñas,
Amorosas, balagüeñas
En sus gestos y visajes,
Van y vienen con mensajes,
Mas son algo pedigüeñas
Y pesadas;
Y como están desarmadas
Algunas veces de muelas,
Chupan como sanguijuelas
La sangre, muy mesuradas,
Dulcemente.
Es pueblo muy diligente
En prometer y mentir,
Y nunca se arrepentir,
Porque no se lo consiente

(16) En Garay dice Aletio este último verso.

Su maldad.
 Ninguna seguridad
 Os da su prometimiento,
 Porque han hecho juramento
 De nunca decir verdad
 Sin cohecho;
 Y aun con él no hay nada hecho,
 Porque esta gente engañosa
 No tiene fin á otra cosa
 Sino solo á su provecho;
 Y su intento
 No es que vuestro pensamiento
 Venga jamás en efeto,
 Sino que su falso peto
 Quede del vuestro contento.
 Mientras tratan,
 Ellas mismas desbaratan
 Los negocios á las veces,
 Y como falsos jueces,
 Los estorban y dilatan
 Sin constancia;
 Y con mucha vigilancia
 Van alargando la cura,
 Porque mientras el pleito dura
 Dure tambien la ganancia
 Toda via,
 Y crezca la robería
 Por no mentiros en balde.

FILENO.

A nadie quita el alcalde,
 Aletio, su granjería
 Con razon;
 De cualquiera condiccion
 Que el servicio pueda ser,
 Nadie lo quiere hacer
 Sin esperar galardón.
 Todos van
 A sombra de aquel refran,
 Que el abad, adonde canta,
 De allí se dice que yanta
 Y suele ganar su pan
 Ordinario.
 Digno es el mercenario
 De su jornal cotidiano;
 Ninguno trabaja en vano
 Ni quiere ser tributario
 Del servicio
 Sin esperar beneficio;
 Cuanto mas, que estas terceras
 Algunas son verdaderas
 Y hacen bien el oficio
 Comenzado,
 Que si no fuese guiado
 Por su mano y tercería,
 Pocas veces se vernía
 Al fin de lo deseado.

ALETIO.

Parte son.
 Á veces de conclusion
 Y medio con la persona;
 Que ella misma se aliciona
 A teneros devocion;
 Con las cuales
 No van tampoco leales,
 Porque son dobles espías,
 Y quieren por ambas vías
 Mejorar sus cabezas
 Sin sudores,
 Como buenos corredores
 Que de ambas partes apañan;
 Y ellas mismas las engañan
 Por comer de los amores
 Semejantes.
 Así son participantes
 De los pechos y provechos
 Y despachos y despechos
 De los tristes negociantes
 Que desdennan.
 Ellas las joyas empeñan
 Por tener causa y color
 De pedir al amador,

Y las amuestran y enseñan
 A pelear (17),
 Fingir y disimular,
 Rehusar y prometer,
 Dilatar y encarecer,
 Con nunca se les quitar
 De la oreja.
 Guárdeos Dios de tal pareja
 Y de la ley en que vive,
 Segun lo que Ovidio escribe
 De cierta malvada vieja.
 Sus reportes
 De parte de sus consortes
 Siempre van con intencion
 De demanda y peticion,
 Porque allí van los deportes
 A parar;
 Y si aquello no ha lugar
 Por lo mucho que han llevado,
 Vienen á pedir prestado
 Para nunca lo tornar.
 En rebato
 Estáis puesto cada rato
 Con ellas; que no hay reparo,
 Porque os venden siempre caro,
 Y compran de vos barato
 Cualquier cosa.
 Una vieja maliciosa
 Que de esta arte conocí,
 Me trajo una vez á mí
 Una demanda donosa,
 Enviada
 Por parte de otra malvada
 Con dos anillos groseros,
 Harto pobres y ligeros,
 Y una manilla quebrada,
 Que pesado
 Todo ello, y bien contado,
 Cuatro escudos no valia;
 Pero con ello queria
 Hacer un cambio forzado,
 Y mandaba,
 Si servir la deseaba,
 Que yo recibiese aquello
 Y que pusiese sobre ello
 Si alguna cosa faltaba;
 Y tomados
 A cuenta los lacerados
 Anillejos y manilla,
 Le diese una cadenilla
 De hasta veinte ducados;
 Y aun sobre esto,
 La vieja de falso gesto
 Que vino con el mensaje
 Pedía su corretaje
 Para beberlo de presto
 Tras la lumbre;
 Y esta, en fin, es la costumbre
 De aquella gente non santa,
 Con que se acuesta y levanta
 Para darnos pesadumbre
 Y envidias
 Con reportes y recados,
 Las mas veces mentirosos,
 Pero caros y costosos,
 Envueltos en mil enfados
 De dolor.
 Trabajoso es el amor
 Que por sus manos se guia,
 Porque os venden cada día
 A vuestro competidor,
 Y malean,
 Mienten, burlan y trampean,
 Urdiendo tales secretas.
 Dios nos libre de alcahuetas,
 De cualquier edad que sean,
 Pues probadas,
 Si son viejas son taimadas,
 Avezadas á robar,

(17) Velascó pone pelar.

Y diestras en engañar
 Por haber sido engañadas,
 Y maestras;
 Y si mozas, no son diestras,
 Porque les falta experiencia,
 Y tienen otra dolencia,
 Que luego van dando muestras
 Para sí,
 Y como toquen allí,
 Es materia peligrosa,
 Y no hacen despues cosa
 Que valga un maravedi.
 ¡Oh cuitado
 Del cautivo enamorado
 Que por medio de traidoras
 Alcahuetas robadoras
 Esperaba ser librado
 De prision!
 Porque cuantas ellas son,
 Y sus madres y madrinas,
 Hijas, mozas y vecinas,
 Todas van con intencion
 De pelaros,
 Roeros y desollaros
 Por su parte cada una,
 Sin misericordia alguna,
 Hasta abrirlos y sacaros
 Los livianos
 Con mil ardidés tiranos,
 Astucias claras y ocultas;
 Porque *fit cito per multas*
 El robo donde hay mas manos.

FILENO.

Yo no apruebo
 Por buena, pues que no debo,
 La libertad de tal uso,
 Pero tampoco la acuso,
 Porque veo que no es nuevo
 Ni vedado.
 Siempre jamás se han usado
 En el mundo esas mujeres,
 Que, como otros mercaderes,
 Pueden vender su hilado;
 Muy peores
 Son los hombres, y mayores
 Tramposos y baratonés,
 Malvados, trincapiñones,
 Renegadores, traidores
 Y malinos,
 Que hacen hechos indinos
 Y cometen mil maldades,
 Hurtando por las ciudades
 Y robando en los caminos.
 Dejá estar
 La cuenta particular
 De semejantes estados,
 Que siendo bien cotejados,
 No podéis mucho ganar,
 Y volvamos
 Al punto que atrás dejamos
 De hablar en general,
 Pues que ya del especial
 En parte, Aletio, quedamos
 Satisfechos;
 Y si tenéis mas pertrechos
 Que tirar sin piedad,
 Soldados, ó confesados
 La verdad y los provechos
 Tan sobrados,
 Y consuelos señalados,
 Horas y comodidades,
 Ventajas y autoridades,
 Y bienes acompañados
 De alegría,
 Que la mujer noche y día,
 Por donde quiera que sea,
 A los hombres acarrea
 En su dulce compañía
 Natura
 Que es tan universal,
 Que quien de ella ha carecido

Va fuera de lo acaecido
 En esta vida mortal.
 Y de aquí
 Vemos que en el *Genesi*
 Se escribe que Dios crió
 Macho y hembra, y los juntó
 En conformidad allí;
 De manera
 Que por esta ley primera
 Tiene el hombre obligacion
 Al deseo y aficion
 De tan dulce compañera,
 Y á creer
 La autoridad y saber
 Del poeta castellano
 Que dice, y no en vano:
 «Gran corona es la mujer
 Del varon (18).»

ALETIO.

Pasad al otro renglon,
 Do dice, si sé leer:
 «Cuando quiere obedecer
 A la ley de la razon (19).»
 Y cumplilla;
 Y con esta palabrilla
 Queda, Fileno, borrado
 Eso que habeis alegado
 En favor de esta hablilla
 O sentencia;
 Porque si con diligencia
 Examinarlo quereis,
 Entre mil no hallaréis
 Una que tenga obediencia
 Verdadera,
 Ni que á la razon se quiera
 Someter de todo punto,
 Sin que haya allí luego junto
 Alguna falta ó manera
 Desabrida.
 Por una parte os convida
 Y por muchas os despecha,
 Mostrando bien que fué hecha
 Para darnos mala vida.
 ¡Oh animal
 Mas que bruto irracional,
 Y malvada bestia, á quien
 Ilizo Dios por nuestro bien,
 Y ella piensa nuestro mal
 Sin hartura!
 ¡Imperfecta criatura,
 Hecha para ser esclava,
 Cruel, enemiga brava
 Y soberbia de natura!
 ¡Careciente,
 General y comunmente (20),
 De razon, orden y ley;
 Reino loco, donde el rey
 Se rige por accidente
 De continuo!
 No se puede tomar tino
 A la hembra, ni le tiene,
 Porque nunca va ni viene

(18) Versos de los *Proverbios* de don Lúgo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana:

Gran corona del varon
 Es la mujer

(19) Cuando quiere obedecer
 A la razon.

Alguno que era del parecer de Aletio contrahizo esta copla, diciendo:

Gran carcoma del varon
 Es la mujer
 Si no quiere obedecer
 A la razon.

Véase la centuria cuarta de la *Filosofia vulgar* de Juan de Malara.

(20) Velasco dice:
 General inconveniente
 De razon, orden ni ley.

Sino fuera de camino;
 Desviada
 De los medios, y allegada
 Siempre mas á los extremos;
 De do viene que la vemos
 Por anteojos gobernada,
 En el viento
 Volando su pensamiento,
 Ora acá, ora acullá;
 Nunca por el medio va,
 Mas siempre fuera de tiento
 Y mesura;
 O como una peña dura
 Se queda, estando parada;
 O corre desenfrenada
 Tras el fin de su locura,
 Que la guía;
 Una vez helada y fria
 Muy mas que el invierno frio,
 Otra como el mismo estío
 Inflamada en demasia,
 Nunca alcanza
 La hembra cierta templanza
 De guiar tras la verdad
 Ni tener en igualdad
 Puesta jamás la balanza
 Del querer:
 O vos ama, sin poder
 Encubrir lo que padece,
 O sin causa os aborrece
 Hasta no poderos ver,
 Y vengarse.
 Si grave quiere mostrarse,
 Pónese triste, pesada,
 Rostrituerta, encapotada,
 Que apenas deja mirarse;
 Y si acuesta
 A ser cortés y modesta,
 Dejando la gravedad,
 Da muestras de liviandad
 Con risa menos honesta,
 Y muy presto
 Aquella gracia del gesto.
 Con que se muestra amigable,
 Se hace vituperable
 En su hocico compuesto.
 En un hora
 Canta y gruñe, rie y llora,
 Es sabia y loca en un punto,
 Osa y teme todo junto,
 Y niega al mismo que adora,
 Y le vende;
 Quiere y no quiere, ni entiende
 Lo que quiere ni desca;
 Consigo mismo pelea,
 Contraria de si, se ofende
 Y destruye;
 Sigue lo mismo que huye,
 Lo que sabe no lo sabe,
 Concierto ninguno cabe
 En lo que ordena y concluye
 Con razones,
 Porque contrarias pasiones
 Le perturban la razon,
 Y en una misma opinion
 Tiene muchas opiniones.
 Una dama,
 De mejor gesto que fama,
 Me acuerdo que vi en Toledo,
 Con tanta saña y denredo
 Como un toro de Jarama
 Carnicero,
 Que en brazos de un caballero,
 Casi bramando, decia:
 «¡Qué desventura la mia,
 Que no sé lo que me quiero!»
 Y de aqui
 Nace, como siempre vi,
 No poder en esta vida
 La mujer ser entendida,
 Porque no se entiende á sí,
 De mutable,

Inconstante, variable,
 Vaga, vana, charladora,
 Deslenguada, mordedora,
 Mentirosa, intolerable,
 Maliciosa,
 Arrogante, imperiosa,
 Mandona, descomedida,
 Temeraria de atrevida,
 Impaciente, querellosa,
 Robadora,
 Pesada, revolvedora;
 Ambiciosa y avarienta,
 Vindicativa, sangrienta,
 Sañuda, amenazadora,
 Envidiosa,
 Descomunál, desdeñosa,
 Creedora de ligero,
 Idólatra del dinero,
 Por quien hace toda cosa
 Lisonjera;
 Por una parte santera
 Y por otra muy profana,
 Supersticiosa, liviana,
 Adivina, hechicera,
 Perezosa,
 Deshonesta y lujuriosa
 Cuando el tiempo da lugar,
 Dotora del paladar
 Y tragadora golosa (21),
 Regalada;
 Por la mayor parte dada
 A toda delicadeza,
 Y á ser de su gentileza
 Curiosa y apasionada,
 Y á locuras
 Y deleites y blanduras,
 Y á caricias y halagos,
 Y á revueltas y trafagos
 Y secretas travесuras;
 Guardadora
 Del odio que en ella mora,
 Hasta que halla sazon
 De vengar su corazon,
 Del cual es ejecutora
 Muy airada;
 Malina, desvergonzada
 Y terrible, impetuosa,
 Corajuda y furiosa,
 Súpita y acelerada
 Y guerrera;
 Indomable, dura y fiera,
 Ingrata, falsa, traidora,
 Rebelde, pleiteadora,
 Achacosa, insufridera;
 Por su vicio
 Os zahiere el beneficio,
 Y con voces entonadas
 Y palabras muy osadas
 Defiende su maleficio
 Y pecados.
 Entre los mas sosegados
 Siembra y enciende quistiones,
 Conciertos y condiciones
 No los tiene en dos cornados,
 Ni verdades.
 Burla de las amistades
 Y hace de ellas barato,
 No metiendo en el contrato
 Sino sus comodidades,
 Y florea,
 Juega y mofa y lisonjea,
 Y murmura gravemente,
 Malsinando al inocente,
 Aunque ofendida no sea.
 Es parlera
 Y no menos novelera
 De cosas nunca sabidas,
 Y relata las oidas

(21) Velasco dice:

Traidora, falsa y golosa.

Continuo de otra manera,
 Añadiendo,
 Acrecentando y poniendo
 De su casa la mitad,
 Y de cualquier vanidad
 Muy grande historia haciendo.
 Pues fíaros
 De la que pensáis amaros
 No debeis, si sois discreto,
 Porque no guardan secreto
 Aunque muestren adoraros;
 Y es doblado
 El yerro si con cuidado
 La amonestéis que lo guarde,
 Porque tanto menos tarde
 Lo dirá, si él es vedado,
 Si se enoja,
 Y si tambien se le antoja,
 Como de su natural
 Sea infiel y desleal
 Y vuelva presto la hoja.
 Pues hablar
 De su gran disimular
 Y fingir causas compuestas
 Con muy sutiles respuestas,
 Es para nunca acabar
 En un año.
 Trama y urde cualquier daño
 Y maldad en un instante,
 Aplicando su semblante
 A la fraude y al engaño,
 Remedando
 Con él y representando
 Con muy fácil movimiento
 Cualquier caso ó pensamiento (22),
 Que la lengua va hablando
 Falsamente.
 No hay quien así represente
 Cualquier fábula en su sér
 Para dárosela á entender
 Al revés de lo que siente,
 Sin conciencia.
 Tened, Fileno, paciencia
 Si me alargo, porque os quiero
 Dar un ejemplo casero
 En razon de esta sentencia.
 Parad mientes:
 Yendo de gentes en gentes,
 Me vine á hallar un día
 En una casa do habia
 Aposentos diferentes;
 Y yo, estando
 En uno de ellos cenando,
 Entró por aquella parte
 Una mujer de buen arte,
 Mustia y triste, suspirando,
 Que venia
 Con una congoja pia
 Y demanda de dinero
 A cierto buen compañero
 Que por caso allí comia;
 Y en razon
 De aquella su peticion,
 Sin haber nunca tal sido,
 Alegaba haber parido
 Un hijo de maldicion,
 Que tocaba,
 Segun ella lo juraba,
 Poniendo á Dios por testigo,
 A un otro nuestro amigo
 Que en ausencia se hallaba;
 Informando
 Punto por punto del cuándo
 Y cómo aquello pasó,
 Y el peligro en que se vió;
 Húmilmente publicando
 Sus pasiones,
 Pobrezas, tribulaciones,
 Trabajos, peregrinajes,
 Con menecos y visajes

Conformes á las razones
 Piadosas
 Y palabras dolorosas,
 Mostrando su desventura
 Y la de la criatura
 Con lágrimas abundosas,
 Tan constante,
 Miserable y elegante,
 Que mal año en conclusion
 Para Tulio Ciceron,
 Aunque estuviera delante;
 Que pudiera
 Vencernos de tal manera,
 Porque todos en oïlla
 Nos movimos á mancilla,
 Creyendo lo que no era;
 Y creida,
 Luego fué bien proveida,
 Y llevó ciertos ducados,
 Dejándonos lastimados
 De verla tan dolorida
 Y cuitada;
 Y luego que fué apartada
 Fuera de aquel aposento,
 Se fué á otro apartamiento
 De aquella misma posada,
 Donde habia
 Gente, segun parecia,
 Con quien ella mas holgaba,
 Y con quien no se mostraba
 Tan triste y sin alegría.
 Yo sali
 Dende á un poco por allí,
 Y mirando por defuera,
 Vila estar tan chocarrera,
 Que apenas la conocí,
 Asentada en una mesa cuadrada
 Con otros, puestos de codos,
 Alegrándolos á todos,
 De puro regocijada,
 Placentera,
 De la tristeza primera
 Ningun indicio en su cara,
 Que pensé que le durara
 Todo el tiempo que viviera.
 Muy lozana
 Hacia de la truhana,
 Tanto, que, á mi parecer,
 En mi vida vi mujer
 Reir de tan buena gana.
 Yo, espantado
 De ver un tan gran nublado (23)
 En un momento esparcido,
 Volvime medio corrido
 Al aposento dejado,
 Por probar
 A enviarla á llamar;
 Vino luego allí en presencia
 Con la misma continencia
 Y semblante de pesar
 Que primero,
 Mostrando ser valedero
 Lo llorado y referido,
 Siendo del todo fingido,
 Mentiroso y lisonjero.
 ¿Qué diréis
 A esto, pues no podeis
 Huir de tales fianzas
 Y cautelas y asechanzas,
 Por bien que en ello os mireis,
 Ni escapar
 De sus formas de dañar?
 Tantas son siempre las artes
 Y astucias de todas partes
 Que tienen para engañar
 Los cristianos;
 Aunque con indicios llanos
 Las tomeis en el pecado

(22) Cosa, dice Velasco.

(23) Velasco pone:

De ver tan grande nublado.

A vista de ojos mirado,
Y con el bulto en las manos,
Os lo osa
Negar, porque es poderosa
Con sus ardidés sabidos
De embaucaros los sentidos
Y dorar enalquiera cosa,
Por mas fea
Y manifiesta que sea,
Y ninguna hay que poder
No tenga de hacer crecer
Lo que quiere que se crea.

FILENO.

Alargado
Os habeis, Aletio, y dado
Causa de nuevos aleres,
Pues decir mal de mujeres
Es hablar en lo excusado;
Que al fin somos
Sus mozos y mayordomos,
Obligados á sufrillas,
A querellas y servillas
Con piés y manos y lomos
Y hacienda;
Porque no hay quien se defienda
Contra su poder crecido,
Y es fuerza quedar vencido
Vos tambien en la contienda
Que tenemos;
Pero, pues seguis extremos
Contra cosa tan sabida,
Decidme por vuestra vida,
¿Que consejo tomaremos
Los soldados
Que ya estamos ocupados (24)
En esta guerra sabrosa?

ALETIO.

Que pues es tan peligrosa,
Vivamos muy recatados
Sin desmanes,
De los mismos capitanes
Tienen las mismas querellas,
Y que no fiemos de ellas
Ni aun un saco de alacranes
O de arena,
Pues el refran las condena
De sabiamente señala
«Que te guardes de la mala,
Y no fies de la buena».

FILENO.

Es forzado
Ser el hombre enamorado.

ALETIO.

Al freir pues lo veréis,
Y á la fin me lo diréis,
Cuando volvais del mercado.

FILENO

Pues decid:
Ya que la contienda y lid
De mujeres tanto empecce,
Segun a vos os parece,
¿Sabeis vos algun ardid
Y contraste
Tan suficiente, que baste
A huilla ó á vencella,
Porque el seguimiento de ella
No nos consuma ni gaste?

ALETIO.

Yo confieso,
Fileno, que no sé deso
Casi nada, aunque lo sigo,
Bien que soy del mal testigo,
Mas no toca mas en grueso
Mi doctrina.
Cerner sin echar harina

Es la alquimia de tal ciencia.
Conozco bien la dolencia,
Mas no sé la medicina
Ni la hallo;
Remedio no sé buseallo,
Que satisfaga y contente;
Alcanzo el inconveniente,
Pero no sé remediallo.
Comparado
Es en esto al aboracado
El que enamorado es,
Que se sube por sus piés
Donde ha de quedar colgado.
Es verdad
Que muestra sensualidad,
Con sus ardores y brios,
De estos tales desvarios
Nos hace necesidad,
Que se heredan,
Y que las mujeres puedan
Tanto, que nos humillemos
A ellas y las amemos;
Pero no por eso quedan
Desculpadas;
Antes muy mas condenadas
Con sus pliegues y dobleces;
Manos se besan á veces
Que debrian ser cortadas.
Asi que,
Perdonad, que no podré
Cumplir con vuestro deseco;
El daño conozco y veo,
El remedio no lo sé.

FILENO.

Sea así;
Dejaldo quedar ahí,
Que otro dia hablarémos,
Y solamente tratemos
De lo que me toca á mi
Por agora,
Y de aquella mi señora
Que os decia y sus amores,
Dignos y merecedores
De quien os ama y adora;
Porque son
De extremada perfeccion,
Dulces, graciosos y bellos;
Yo os quiero dar cuenta dellos
Para mi consolacion.

ALETIO.

Holgaria
Yo tambien de parte mia,
Pues vuestro placer, Fileno,
No lo tengo por ajeno,
Y en todo tiempo os querria
Complacer;
Pero tengo qué hacer
Agora, y es tarde ya;
Quédesse, si os placera,
Para despues de comer (25).

DIALOGO ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

Á MARTIN DE GUZMAN, CAMARERO DEL REY DE ROMANOS, ENVIÁN-
DOLE ESTA OBRA.

He acordado de presentar á vuesa merced antes que á otro esta obrecilla, por muchas causas que no digo; la menor de las cuales es mayor que yo y ella, y aun estoy por decir que vuesa merced, á quien suplico, pues sabe bien á qué saben los dolores del servir y no medrar, en la dicha obra contenidos, la reciba en su correccion y amparo; y si le pareciere digna de conmemorar y comunicar mas que

(25) En contraposicion de este libro hay uno impreso en Milan el año de 1580, escrito por Juan de Espinosa. Intitúlase *Dialogo en laude de las mujeres*. Es libro raro. Dedíendese en él con la autoridad de Ciceron el tiranicidio.

(24) Velasco lee:

Que estamos tan ocupados.

á si sçlo, le ponga de su casa lo que le falta de la mia, que es buena gracia de lealla; especialmente que la materia de que trata, de sí es desabrida, y por eso mezclé con ella las burletas y refranes que á la mano me vinieron; y en recompensa y servicio del trabajo que vuesa merced ha de tomar en promovella, si á bien saliere, quedaré obligado á hacer, y lo mismo en otra alguna que vuesa merced hará á este propósito; pues, á Dios gracias, tiene mejor causa para ello que para ocuparse en llorar duelos ajenos, si el valor de su ánimo no le aconhortase de los propios. Perdone vuesa merced el atrevimiento de mis palabras; porque, demás de la libertad de criado viejo, me regocijo y huelgo de hablar con él en semejante materia, por aquel verso que dice: *Solatium est miseris socium habere pœnarum*; y con todas las mias seré siempre, como he sido, servidor de vuesa merced.

DIALOGO.

Interlocutores.

Castillejo y su pluma.

CASTILLEJO.

Sus, sus péñola tardía;
Descúbranse los engaños,
Perded ya la fantasía,
Dadme cuenta de treinta años
Que os habeis llamado mia.
Decidme, ¿qué habeis ganado
En esta larga tardanza,
Perdida tras confianza?
No tengais mas mi cuidado
Suspenso con esperanza.
Decidme lo que habeis hecho
Con tanta tinta y papel
Gastado contra derecho,
Pues de vos, della ni dél
Tengo tan poco provecho.
Las muchas cuentas y sumas
Y cartas de tan gran cuento,
¿Qué es de ellas? Que á lo que siento,
Tales palabras y plumas
Son las que se lleva el viento.

El gavilan ó elalcon
Por la pluma se mantiene;
Ella le da el galardón,
Pues volando, al fin le viene
A las uñas la prision.
Vos, volando tanto há
Cabe la real laguna,
Por vuestra mala fortuna
La noche se os viene ya
Sin hacer presa ninguna.

¿Qué excusa me podeis dar
De haber sido desastrada?
Pues no podeis alegar
Que no fuistes empleada
En excelente lugar;
So las alas y favor
Y servicio muy leal
Del águila principal;
En el mundo, y la mejor
Despues de la imperial;

Cerca del esclarecido
Infante-rey don Fernando,
Al cual solo habeis servido
Poco menos desde quando
Por nuestro bien fué nacido;
Cuyo valor y virtud,
Adquirido y heredado,
Han ya tan alto volado,
Que se halla en juventud
Tres veces rey coronado (26).

Y aun le falta, siendo tal,
Mucho de lo que merece

Por humano y liberal,
Que es gracia que resplandece
En su persona real;
Lo cual se ha bien parecido
En muchos á quien sobró
La dicha que me faltó,
Que acerca dél han tenido
Mas favorable que yo.

Mas agora no digamos
De este señor excelente
Loores, pues no bastamos,
Ni la materia presente
Lo pide, de que tratamos.
A vos, péñola, tornemos,
De quien hemos comenzado,
Que llevando tal recado
De nave, velas y remos,
Tan mal habeis navegado.

Si por caso acaeciera
No daros tal amo Dios,
Medrando de esta manera,
Decid, ¿qué fuera de vos
Con otro que tal no fuera?
Sin duda nuestra laceria
Llegara por su natura
A morir de hambre pura,
Segun la larga miseria
De vuestra corta ventura.

Y aun con tanta mejoría
Y ventaja de tal dueño
Hallaréis muchos hoy día
Que con otro mas pequeño
Han hecho mas granjeria.
Y mil no bien empleados,
Que con plumas de gallina
Han volado tan ahia,
Que valen mas sus salvados
Que toda vuestra harina.

Empacho debeis tener
De mil vuestros conocidos
Que comenzaron ayer,
Y los vemos hoy subidos
Do no se soñaban ver.
Vos, por llegar muy temprano
A ver salir el estrella,
Distes causa á mi querella;
Que otros ganán por la mano,
Y vos perdistes por ella.

Pues de mí, si la aficion
De mí mismo no me ciega,
Pienso que no di ocasion
Al galardón que se os niega,
Confesando la razon;
Porque fe con diligencia
Tuve siempre por ganancia,
Y tanta perseverancia,
Que, aunque os falte suficiencia,
Se suple con mi constancia.

La cual y mi voluntad
Jamás se vieron mudadas
Por ninguna novedad,
Antes siempre confirmadas
Con verdad y lealtad;
Caso que pude escoger
Otros amos generosos,
No para mi tan honrosos,
Mas quizá pudieran ser
Para vos mas provechosos.

Y pues, como veis, cumplí
Mi deber tan á la luenga,
Bien se colige de aqui
Que no tengo por qué tenga
Ninguna queja de mí.
Y porque mas claro os diga
En el caso mi opinion,
De nuestro mal galardón
Vuestra fué la culpa, amiga;
«Vuestra fué, que mia non» (27).

(26) Don Fernando, hijo de Felipe el Hermoso, fue archiduque de Austria, rey de Bohemia y tambien de romanos.

(27) Versos de un antiguo romance.

Por donde estoy en cuidado
De qué podeis ya servir
Con que emendeis lo pasado,
Pues en volar y escribir
Tan mal habeis aprobado.
Y no hallo entre las gentes
Oficio que os pueda dar,
Ni de qué me aprovechar
De vos, que de mondadientes,
Si tuviese qué mondar.

Porque, ya que yo presuma
Jugar con vos de mas hotes,
Y por razon de ser pluma
Emplumar con vos birotos,
Y que en ello me consuma,
Sé que podeis alegrar
Para quedar excusada
Por no servirme de nada,
Que no podeis emplumar
Estando tan desplumada.

Así que, no sé qué sea
De vos y mí, ni dō vamos
Vestidos de una librea,
Segun con ella quedamos
Rotos en esta pelea.
La tierra toda tomada,
Ninguna guarida cierta,
La esperanza casi muerta,
Yo rendido y vos causada,
Y la vejez á la puerta.

PÉÑOLA.

Acabad, Señor, por Dios;
Que habláis mas que conviene,
En mengua de ambos á dos;
No deis quejas á quien tiene
Por ventura mas que vos.
Pero, pues me lo mandáis,
Yo soy de ello muy contenta,
De venir con vos á cuenta;
Paga no me la pidáis,
Pues no la sufre mi renta.

Y en querellar nuevamente
Mal de tan vieja herida,
Como cosa de presente,
Dais sospecha conocida
Que habláis con accidente;
Mas, ya que tengais razon
De mostraros mal contento,
Serlo de mí no consiento,
Que escribo vuestra pasion,
Y escribiéndola la siento.

Cuanto mas, que de haber sido
Vuestro trabajo tan vano,
La misma parte ha cabido
A la pluma que á la mano
Del poco fruto cogido;
Que si este respondiera
Como cualquiera pensara,
Ya yo triste descansara,
O á lo menos escribiera
Cosa que mas me agradara.

De suerte que no seria
Derecho juzgar el nuestro
Si en esta nuestra porfia
Fuese el daño mío y vuestro,
Y la culpa toda mia;
Antes hallaréis quien diga
Que vos por vuestro interese
Quisisteis que yo tuviese
Alas como la hormiga,
Para con que me perdiese.

Y pues que vos lo hecistes,
Y segun de ello sentis,
Por ganarme me perdistes.
¿Para que me zaheris
El lugar do me pusistes?
Que por mí pueden decir,
Como suelen, gran tocado,
Y con el chico recado,

Siendo mi pobre vivir
Con el nombre cojeado.

Fuera por cierto mejor
Para ganar de comer,
Que estuviera yo, Señor,
Con un gentil mercader
O con un buen recetor,
Pagador ó tesorero.
Que con una peñolada
Pudiera en una nonada
Rentaros mas mi tintoro
Que en toda estotra jornada.

Que las virtudes sin par
Del señor á quien servimos,
Bien es dejallas estar,
Pues ni yo ni vos subimos
Do las podamos loar;
Mas, ya que podais contallas
Como debeis conocellas,
No podeis aquí metellas,
Pues son mas para dorallas
Que no para comer dellas.

Ni de sus nuevos estados
Esperéis nuevos consuelos,
Pues lo ponen en cuidados,
Con que vos y vuestros duelos
Del todo estáis olvidados.
Antes le tienen trocado;
Que ya no se acuerda, no,
De Alcalá, donde nació,
Ni de Arévalo el honrado,
Donde niño se crió (28).

Pero, pues es ya pasada
La mas parte de la vida,
Puedo estar muy conhortada
De ser antes bien perdida
Que si fuera mal ganada.
Y vos, pues os sentis flaco
De provecho y de merced,
A la honra os acoged,
Pues no caben en un saco
Entrambos, ni en una red;

Que si otros han tenido
Ventura sin merecella,
Y os parece estar corrido
De no poder vos tenella
Habiéndola merecido,
Partidos son de fortuna,
Guiados por movimientos
Del mundo y acertamientos,
Do no se guarda ninguna
Orden de merecimientos.

Y en semejante dolencia,
Medicina señalada
Será que nuestra conciencia
No puede ser acusada
De culpa ni negligencia.
Yo hice vuestro mandado,
Vos lo que virtud obliga;
Si dicha nos fué enemiga,
Lo que á los otros ha dado,
San Pedro se lo bendiga.

Razon tenéis de sentir
Pena de haber madrugado
Tan de mañana á servir,
Y haberse tanto tardado
El galardón en venir;
Mas debeis considerar
Que no toda medicina
Obra bien á la continua,
Ni por mucho madrugár
Amanece mas ahina;

Que en suerte tan pecadora
Cual la nuestra no conviene
Aquel refrán por agora,
Que «quien á la postre viene
Dicen que primero llora».

(28) Nació don Fernando en Alcalá el 10 de marzo de 1503.

Antes, según la Escritura,
Los postreros son primeros,
Y los primeros postreros,
Porque nos llamó ventura
Para dejarnos en cueros.

Ni tengais por mejoría
Haber sido el delantero;
Que ya veis lo que decía
El de la viña al obrero
Que vino al alba del día;
Bien que podeis alegar
Que sois contento de ser
Igual en el alquiler
Con quien vino á trabajar
A las horas del comer.

Mas en fin no os aprovecha
De desdicha decir mal,
Ni buena ni mala trecha,
Porque es fruta natural
Propia de vuestra cosecha;
Y al derecho y al revés
Fué mal hado que os cubrió,
De que soy sin culpa yo,
Porque es como mal francés,
Que de vos se me pegó.

Así que, ningún provecho
Esperéis, Señor, de mí,
Sino trabajo y despecho;
Porque el medrar es aquí
Como el grano del helecho;
El remedio de lo cual
Será tornaros soldado,
Pues es camino trillado
Para ir al hospital,
Donde vais encaminado.

CASTILLEJO.

Con sobra de libertad
Sois, Pluma, descomedida,
Y no es poca necesidad
Que seais tan atrevida.
Caso que digais verdad:
Mas de esta vuestra sinpleza
Lo que mas me desagrada,
Por veros tan mal criada,
Es sentir que la pobreza
Os hace desvergonzada.

Mas no por eso os desamo,
Vista la causa del yerro;
Que, aunque me quejo y reclamo,
Bien sé que cualquiera perro
Con rabia muerde á su amo;
Y que del caso por quien
Mi justa queja os acusa,
No podeis quedar confusa,
Teniéndola vos tambien,
Ni os ha de faltar excusa.

Pero no puedo dejar
De quejarme como quejo
De vuestro mal acertar;
Porque si de vos me dejo,
No tengo á quien me tornar.
Mirad cuán mal entablada
Está mi suerte en el juego
Del viento con que navego,
Que con vos no gano nada,
Y sin vos soy mate luego.

Ni me queda con vos hoy
Suerte ninguna segura
Por el camino do voy;
Sino sola la locura
De haber sido cuyo soy.
Con lo cual seré contento,
Ya que no puedo dichoso;
Mas de vos siempre quejoso,
Pues al sastre su instrumento
Le debe ser provechoso.

Con el martillo el herrero
Hace su casa mas rica,
Con la lanza el caballero,

El soldado con la pica,
Con la azuela el carpintero;
Mantiene la lanzadera
En su estado al tejedor,
Las redes al pescador,
Al tundidor la tijera,
Y el arado al labrador.

La azada da de comer
Y vestir al hortelano,
Los libros al bachiller,
La pluma al escribano
Cuando hace su deber;
El horno no se calienta
Sin la paja y su servicio;
Y en fin fin, cualquier oficio
Saca de su herramienta
Señalado beneficio.

Sino yo, que porfiando
Tras el bien que nunca vi,
Sin éf me voy acabando
Con vos, que sois para mí
Pluma de buitre volando;
Y así quedamos en calma
En nuestra navegacion,
Esperando la sazón.
Vos como planta de palma,
Yo como camaleón.

Así que, no podeis ya
Agraviaros del castigo
Que por mi boca se os da,
Pues de vuestra feria digo
Segun que en ella me va.
Y aunque mas os disculpeis,
No me podeis sanear
De mi daño, ni negar,
Ya que no me aprovecheis
De ayudármelo á contar.

Y aun esto finalmente
Quedaré de vos pagado
En pajas en que me asiente
A contar de lo pasado,
Como lloro lo presente;
Que para lo venidero,
Si por camino mas llano
Por ventura no lo gano,
Por el vuestro no lo espero,
Pues ya me tiembla la mano.

PLÉÑOLA.

Por dar lugar al antojo
Hablaís, Señor, alterado,
Y vencido del enojo,
Mostrais haberme criado
Para sacaros el ojo;
Pero siendo yo obligada
A seguir vuestro partido,
Ya por mi mal he sabido
Que no puede ser ganada
Quien anda tras el perdido.

Mas si quereis corregir
Un poquito el pensamiento,
Para no le consentir
Que haga torres de viento,
Do no se puede subir;
Y no pintarme tamaños
Los agravios y despechos,
Usurpando los derechos,
Ni contar solo los daños,
No contando los provechos;

Hallaréis que no teneis
Razon en lo que deis
Contra mí, ni la veréis
Jamás de lo que pedí,
Si pedís lo que debéis;
Antes, si bien lo miráis
Con corazon sosegado,
Aunque estáis bien alcanzado,
Eso poco que alcanzais,
Conmigo lo habeis ganado.

Y pues sabeis que lo sé,
Perdonadme lo que digo,

Y poned en cuenta que
Siendo de Ciudad-Rodrigo,
Do nunca la corte fué,
Conversais entre señores,
Y á mi causa habeis venido,
No solo á ser conocido
De reyes y emperadores,
Mas tambien favorecido.

Bien que podeis responder
Que de tan bajo cimiento
Vienen muchos á tener
Mucho mejor cumplimiento
De lo que han menester;
Mas en caso semejante
Hay siempre menos y mas;
Vos saliendo de compás,
Mirais los que van delante,
No los que quedan atrás.

Esta consideracion
Es falta de donde os viene
El orgullo y presuncion,
Que no dice ni conviene
Con vuestra disposicion;
La cual, si yo me durmiese,
Aun os es inconveniente,
Porque muy ligeramente
Podeis, si por mí no fuese,
Perderos entre la gente.

Tambien os falta un primer
Que hace á los hombres ricos,
Y es, que sois bullidor
Como suelen ser los chicos
Acercá de su señor;
Que aunque sepais bien servir,
Si no sabeis demandar,

Poco puede aprovechar
Mi trabajo en escribir
Ni vuestro filosofar.

Mas, ya que en esto faltamos,
Será bien que lo emendemos,
Y que de nuevo aprendamos
Arte con que negociemos,
O del todo nos rindamos;
Pero, porque se requiere
Para tal filosofia
Mas tiempo del que hoy habria;
Si, Señor, os pareciere,
Quédese para otro día.

Y pues la mas larga vida
Está cogiendo de un hilo,
Tratemos de la partida;
Quizá mudando el estilo
Será menos desabrida.
Que si el bien se nos aleja,
Ya que nunca se nos haga
Alivio de nuestra llaga,
Es quedar con buena queja
A trueque de mala paga.

Villancico final.

*Vi los barcos, madre,
Vilos, y no me vale.*

Yo, loco, creia
Ser orden y ley
Salvar cualquier rey
Aquel que le via;
Mas esta fe mia
Muy vana me sale.
Vilos, y no me vale.

LIBRO TERCERO,

DE OBRAS MORALES Y DE DEVOCION.

OBRAS MORALES.

Mal engañado me has,
Mundo; ya siento tus daños;
Hasme llevado treinta años,
De lo que me pesa mas.
Jugaste con mi moneda
Sin poner tú solo un tanto;
Con pérdida me levanto,
Por no perder lo que queda.

Mas con todo mi dolor,
Alegre quedo al partir,
Con que te podré decir:
«Allá quedarás, traidor.»
No tengo de qué alabarme;
Mas tú quedarás corrido
De verte que me has perdido
Donde pensabas gozarme.

Muy gran peligro y afrenta
Es morir la libertad,
Quedando la voluntad
Viva, rebelde y exenta.
Vos, Virgen, de cuya cuenta
Es razon que esto se escriba,
Haced que muera la viva,
Porque la muerta consienta.

QUERRELLA CONTRA FORTUNA.

Sé ya contentá. Fortuna,
Ten ya segura tu rueda;
Cesa ya, pues no me queda
Bien ni esperanza ninguna,
Ni mal que venir me pueda.
De bienes me has despojado,
Y de males redeado
Fuera de toda medida,
Y hasme dejado la vida
Porque viva lastimado.

Quieres mostrar contra mí
Tan crudamente tus sañas,
Y no miras que te engañas,
Y que te ofendes á tí
En lo mucho que me dañás;
Porque del mal que querello
Así te plugo hacello
Y de tal tinta pintallo,
Que, aunque quieras remediallo,
Ya no bastas para ello.

No me queda, en conclusion,
Sino el alma que perder,
Do no basta tu poder;
Que de tu jurisdiccion
La quiso Dios defender.
Que de dilatar mi muerte

No tengo que agradecerte,
Pues la vida que dejaste,
Ya sé que la desechaste
Por la mas astrosa suerte.

De cuya causa mis quejas,
En mi corazon escritas,
No menos son inlinitas
De tí por lo que me dejás.
Que son por lo que me quitas.
Y si algun bien me heciste,
Tan presto te arrepentiste,
Que ya no lloro, cuitado,
Por ver que me lo has quitado,
Sino porque me lo diste.

Y así, no quedo dudoso
En esta mi desventura,
Viendo el bien cuán poco dura,
Que aquel es mas venturoso
Que nunca tuvo ventura;
Que do tu felicidad,
Mudada en adversidad,
Se vuelve en otro color,
Muy mayor es el dolor
Que fué la prosperidad.

Mas, ya que así me querias
Mostrar sañada tu cara,
Que llevaras te bastara
Lo que tú dado me habías,

Y lo demás me quedara.
 Pero jugaste conmigo
 Aguisa de falso amigo,
 Prestándome al gallarin,
 Porque quedase á la fin
 Lo de ambos á dos contigo.

Honra que tuve y favor,
 Y crédito y confianza,
 Muy gran cabida y privanza
 Acerca de mi señor,
 Y no pequeña esperanza;
 Amigos, otro que si,
 Y otras cosas que perdí,
 Por tu mano se me dió,
 Pero la libertad no;
 Que con ella me nací.

Y que todo lo llevaras,
 Salvo aquello, tuyo era;
 Que, aunque desnudo me viera,
 Si esta sola me dejaras,
 En muy poco te tuviera.
 Pero la libertad muerta,
 Así cerraste la puerta
 Del remedio á mi, cautivo,
 Que ya mientras fuere vivo
 No la espero ver abierta.

Que aquel á quien bienes das,
 Y despues es mal andante,
 Porque nunca se levante,
 Tan poco puede ir atrás
 Como pasar adelante.
 De este arte le descabezas
 La libertad cuando empiezas,
 Y lo dejas atajado,
 Dándole mate ahogado
 Entre medias de sus piezas.

¡Oh libertad deseada
 De quien te tiene perdida,
 Hasta allí no conocida,
 Y despues siempre llorada!
 Lástima es que no se olvida;
 Joya no bien apreciada,
 Por ningún oro comprada,
 Y mucho menos vendida;
 Quien te pierde sin la vida,
 La muerte gana doblada.

De estos daños de tu mano,
 Cuya memoria me atierra,
 Porque el remedio se cierra,
 El menor y mas liviano
 Me hace muy cruda guerra.
 Mas hay otro que sentí
 Sobre cuantos van aquí:
 Que, por mas me lastimar,
 Consentiste rebelar
 Mis amigos contra mí.

Do con Job podré llorar,
 Y con David cantaré,
 Que aquel á quien mas amé,
 En lugar de me ayudar,
 Mas adversario me fué;
 Que si mi enemigo fuera
 De quien daño me viniera,
 Fuera caso sufridero;
 Pero de quien bien espero
 Es cosa muy lastimera.

Así que, queda probado,
 Y por mi mal queda sabido,
 Fortuna, que me has buscado
 Cuantos males has podido,
 Y de ninguno guardado;
 Y que por todas las vías
 En que dañarme podías,
 Quisiste mi perdimiento,
 Condenando el pensamiento
 A llorar noches y días.

Causa me da que te arguya
 Mi justa queja rabiosa;
 Siendo yo tan poca cosa,
 ¿Qué poquedad fué la tuya

- Mostrarte tan poderosa?
 Contra castillo tan triste
 Mucha pólvora metiste,
 Y maravillado estás,
 Estando tan bajo yo,
 Cuán en lleno me cogiste.

Y tú, no bien satisfecha
 Con tenerme ya deshecho;
 Ann continúas mi despecho;
 No sé de qué te aprovecha,
 Pues ya no soy de provecho.
 Dejaste por mi enemiga,
 Que de continuo me siga,
 A mi memoria conmigo.
 Que por do quiera que siga,
 Acordando me fatiga.

Tus vanos bienes de ayer,
 Que hoy son causa de pesar,
 No me dejan olvidar
 Cuán buenos son de perder
 Y cuán malos de ganar.
 Das ansias en descaellos,
 Trabajos en alcanzallos,
 Congojas en poseellos,
 Mil dolores en perdellos,
 Y el mayor es acordallos.

¡Oh cara desvergonzada,
 Halagüeña, lisonjera!
 A aquel te muestras de fuera
 Mas alegre y mas pagada
 Que mas sañuda te espera.
 Amiga de novedad,
 Tu falsa seguridad
 Es como la paz de Júdas,
 Que al mejor tiempo te mudas
 Y cambias de voluntad.

Aquel que á favorecer
 Comienzas y á levantar,
 Sábesle tan bien cegar,
 Que le haces entender
 Que no le puedes faltar.
 En cuanto pone la mano,
 De todo se halla ufano,
 No juega de balde breta;
 De mil cazadas que meta,
 Ninguna le sale en vano.

Hácesle de su caída
 Tan seguro y confiado,
 Y de ti tan descuidado,
 Que de todo punto olvida
 Que puede verse burlado;
 Dástele tan sosegada,
 Que no temiendo de uada,
 Piensa tenerte de juro,
 Y cuando está mas seguro,
 Revuelves con tu celada.

Tan sin recelo vivimos,
 Que aun ya despues que te vemos
 Mudada no lo creemos;
 De los medios nos sentimos,
 Pero no de los extremos.
 Y mirando lo de atrás,
 Pensamos que volverás
 A lo mismo que solías,
 Hasta que de día en días
 Te vas alejando mas.

Caminas por nuestros males,
 Siempre en ellos te afirmando,
 Y los bienes desviando,
 Mostrando claras señales
 Que eres vuelta de otro bando.
 Cuanto pensamos despues,
 Todo nos sale al revés;
 No jugamos buena pieza,
 Ni nos basta la cabeza
 Do nos bastaban los piés.

Do queda que tu poder
 Es, Fortuna, general
 Para bien y para mal;
 Mas del mal, por mal hacer,

Usas como principal;
 Porque muchos abajaste,
 Que despues no levantaste,
 Pero de los que subiste,
 A muy pocos sostuviste,
 Que al fin no los derribaste.

Es tan grande tu grandeza,
 Que á toda grandeza sobra.
 Y toda bajaza cobra,
 Y sobre naturaleza
 Infinitas veces obra;
 Porque en subir y bajar
 Puedes, queriendo, alcanzar
 Donde el mismo pensamiento,
 Haciendo torres de viento,
 Apenas puede llegar.

Y con cuanto poder tienes,
 Muy pequeño le tuvieras,
 Si solamente pudieras
 Despojarnos de los bienes,
 Y en mas no te entremetieras;
 Mas eres tan atrevida,
 Cruel y descomedida,
 Que, despojados los hombres,
 Les robas también los nombres,
 Viéndolos ir de vencida.

Mejor es nombre de bueno,
 Como Salomon lo reza,
 Que multitud de riqueza;
 Y de este haces ajeno
 Al que abajas á pobreza.
 Siendo el mismo que solía,
 ¿Qué es del nombre que tenía?
 Porque suya ya no eres;
 Lo pierde al tiempo que quieres
 Deshacer la compañía.

Si buenas obras obró
 No le son galardoadas,
 Y muchas cosas pasadas,
 Que por virtudes usó,
 Por vicio le son contadas.
 Haces por serle cruel;
 Que del amigo mas fiel
 Reciba menos consuelo,
 Y que las piedras del suelo
 Se levanten contra él.

Sea ejemplo Cipion,
 Despues de tantas hazañas,
 Conquistadas las Españas
 Y librada su nacion
 De Anibal y de sus mañas;
 Despues de haber sojuzgado
 A Cartago, á su senado,
 En lugar de galardón,
 Acusado por ladrón,
 En fin murió desterrado.

Pues son contrario Anibal,
 Que por honra de su tierra,
 Haciendo llana la sierra,
 No popando ningún mal,
 Sostuvo tan luenga guerra,
 De sus mismos ciudadanos
 Prometido á los romanos,
 Buscando ajeno favor,
 Reputado por traidor,
 Muerte tomó por sus manos.

Y abajando desde aquí
 A otros que menos fueron,
 ¿Cuántos hay que recibieron
 Grandes favores de ti,
 Que ganando se perdieron?
 Que á la corta, que á la larga,
 Al que tu dulzor embarga,
 No se te escapa ninguno
 Que en su estado á cada uno
 No te le muestres amarga.

Por prueba de mi intencion
 Bastan estos alegados
 Que los de ti lastimados
 Sin ningún número son,

De diferentes estados;
A los cuales no asegura
Razon, bondad ni cordura,
Ni seso, maña ni arte;
Porque alegas por tu parte
No hay razon si no hay ventura.

Y esto bien considerado,
Muy bien puede ser tenido
En tu mudable partido
El perdido por ganado,
Y el ganado por perdido.
Pues no sabes ser igual,
Ni guardas en especial
Orden de cómo ni quién;
Y tu mal puede ser bien,
Y tu bien puede ser mal.

Pues bien lo considerando,
¿Qué mayor mal, tras ti yendo,
Podemos tener, viviendo,
Que es estar siempre esperrado
O de continuo temiendo?
Y con tal conocimiento,
Pienso que mi perdimiento
No fué pequeña ganancia,
Por quedar en pobre estancia,
Ya de ti libre y exento.

Que en el mal en que me veo,
Por muy crecido bien hallo
Ni temello ni esperallo,
Y refrenarse el deseo
Con miedo de deseallo.
Y aunque tengo qué llorar,
Tengo con qué me alegrar;
Que tengo con no tener
Seguro de no perder,
Pues no tengo qué ganar.

Caso que mi desconsuelo
Muchas veces me desvela,
Una cosa me consuela:
Que no puede venir duelo
Que ya lo medió me duela.
Mas mal del que recibí
Ya no le temo de tí,
Ni yo espero de ti nada;
De suerte que es acabada
Tu posesion sobre mí.

Y de hoy mas yo me despido,
Con temor de tus mudanzas,
De tus vanas esperanzas;
Ni te quiero ni te pido,
Ni temo tus asechanzas.
Todo cuanto puedes dar
De placer y de pesar,
Ya sé cuán presto se pasa,
Y que la mas larga tasa
No puede mucho durar.

En aquel bien soberano
Es de poner la esperanza,
Que si una vez se alcanza,
No se suelta de la mano
Ni se teme de mudanza;
Do el Dador de la riqueza
Usa de tanta largueza
Y de términos tamaños,
Que delante de él mil años
Son un dia en ligereza.

De tal orden se mantiene,
Sin igual merecimiento,
En tener contentamiento,
Que el que menos gloria tiene
Está del todo contento;
Do los servicios pasados,
Trabajos, penas, cuidados,
Bien padecidos acá,
Sin achaque son allá
Satisfechos y pagados.

Final.

Y pues hemos de morir,
Que no se puede excusar,

Excusado es porfiar
En de continuo seguir
Tras lo que se ha de acabar.
Y tú, mudable Fortuna,
Si es verdad que eres alguna,
Dañar puedes en el mundo;
Que allá en el otro segundo
No nos serás importuna.

CONSOLATORIA ESTANDO CON MIL MALES.

Quando las angustias mías
Mas se esfuerzan contra mí,
Que es al tiempo que los días
Juntan con las noches frías
La postrer parte de sí;
Quando á los que están sin pena,
Sin pasion y sin cadena,
Cual yo no me pienso ver,
Les causa nuevo placer
La nueva noche serena;

Sino á mí, qué quebrantado
De las fatigas del día,
Quedo con nuevo cuidado
De sufrir el mal doblado
Quando la luz se desvia;
Cercado de mil dolores,
No de burlas ni de amores,
Los cuales gran tiempo há
Rindieron sus armas ya
A las trabajos mayores;
Estando muy descontento,
Dentro de mi corazon
Luchando con mi tormento,
Y movido el pensamiento
A gran desesperacion,
No sé decir si dormia
O si me lo parecia;
Bien sé que lo procuraba,
Y que el dolor lo estorbaba,
Necesidad lo pedia.

Acaso súptitamente,
Si vale mi parecer,
Vi delante mi presente
Una persona excelente
En figura de mujer;
De limpieza guarnecida,
Con gravedad no fingida,
Honestidad extremada,
De locas blancas tocada
Y azules ropas vestida.

Espantéme á la verdad,
Entre mi mismo turbado,
De ver con tal novedad
Mujer de tal calidad
En tiempo tan no pensado;
Y mirando mas en ella,
Parecióme conocella
Y habella visto sin duda,
No con tocas de viuda,
Sino en colia de doncella.

Mas, porque la dilacion
No fuese mas que debía,
Con la tal admiracion
Hice disimulacion
De aquella mi fantasia.
Y dije: «¿Quién es, Señora,
Vuesamerced, que á tal hora
Me venis á visitar?
¿Quién os trajo á este lugar,
Do placer ninguno mora?»

»Porque si placeres fueron
Los que tales se pensaron,
De dos suertes me mintieron:
Unos que nunca vinieron,
Otros que ya se pasaron;
Y hame quedado tristeza,
Vejez, cansancio, flaqueza,
Indignacion y amargura,

Queja, dolor, desventura,
Enfermedad y pobreza.»

Atajó mi querellar
La dueña con su prudencia;
Que con gracia singular
Dijo: «Dejad el pesar,
Tened, hermano, paciencia,
Porque yo, por relacion
De vuestra tribulacion,
Vengo por vuestro consuelo,
Enviada desde el cielo;
Llámome Consolacion.

»Mi comision es poner
En vuestro mal medicina;
Pero será menester
Disponeros á tener
Atencion á mi doctrina,
Y hacer que el sentimiento
Dé lugar al sufrimiento
Y olvide un poco su llaga,
Para que la razon haga
Su ley sin impedimento. —

»Bien sea vuestra excelencia
Venida, respondi yo;
Que puede con su presencia,
Saber y benevolencia
Sanar á quien enfermó;
Mas hállome tan cobarde
Para salir en alarde,
Que estoy con mucho temor
Que este socorro y favor
Ha ya llegado muy tarde.

»Porque tengo ya creído
Que á mi desconsolacion,
Estando yo tan rendido,
No hay otro ningun partido
Sino desesperacion;
La cual me quita cuidado
De andar siempre desvelado
Tras el remedio á buscarlo,
Y es algnno no esperar lo
Do no puede ser hallado.

»Que lo que padezco yo
De males nuevos y viejos
No admite médico, no,
Como gota que añudo
Encima de los artojos;
Porque esta mi triste vida
Ha sido tan combatida
De miserias y pesares,
Que por docientos lugares
No puede ser defendida.

»Caso que tal embajada
Y con tal embajador,
Es merced muy señalada,
Que yo no puedo con nada
Ser della merecedor;
Y aunque no traya de hecho
Bien para mí, ni provecho,
Por la sobra de mis males,
Os doy gracias inmortales,
Puesto por tierra mi pecho.

»Y suplicoos, pues que así
Fuistes de verme servida,
Me digais, Señora, aquí
Cómo venistes á mí
Sin ser de mi requerida;
Y qué fué la principal
Causa que tan liberal
Se me da vuestra nobleza,
Y movió vuestra grandeza,
A moveros de mi mal. —

»Soy contenta, respondió,
De dar razon suficiente
De lo que antes precedió,
Y agora me convidó
A la jornada presente;
Y dos causas al fin fueron
Las que á venir me movieron;
De diversa calidad,

Fundadas en caridad,
De quien ambas procedieron.

»La primera es por razon
Del cargo que Dios me ha dado,
Con poder y comision
De buscar consolacion
Al que está desconsolado;
Y son leyes soberanas
Que á las personas cristianas
Acuda con medicina
La consolacion divina,
Cuando faltan las humanas.

»Para la cual no se miran
Las voces del que adolece,
Que lamentan y suspiran
Segun le pungén y tiran
Los dolores que padece;
Que el que sabe la intencion
No juzga por la pasion
De aquella querella loca
Los clamores de la boca;
Sino los del corazon.

»Y por deuda de oficio,
Que pide su cumplimiento,
No por privado servicio,
Os hago este beneficio
Sin vuestro requerimiento;
Y así, viendo ser llegada
La sazón aparejada,
Vengo, queriendo Dios,
A veros sin ser de vos
Con voz expresa llamada.

»La segunda razon que
Me ha dado causa de veros,
Es obligacion de fe,
Que privadamente sé
Mucho tiempo há teneros;
Desde aquella primavera
De vuestra vida primera,
Cuando todo parecia
Verde y lleno de alegría
Cuanto acerca de vos era.

»Cuando yo, desde la cuna
Criada con gran pujanza,
Era en estos mundos una
Mensajera de fortuna,
Y me llamaba Esperanza.
Y bien se os acordara
Que veinte y siete años há,
Siendo vos de veinte y tres,
Y algunas veces despues;
Os visité por acá.

»Yo confieso que moví
Vuestro nuevo pensamiento
A pensar mucho de sí,
Y con missoplos henchí
Vuestra cabeza de viento;
No con falta de verdad,
Con cautela ó falsedad,
Sino por lo que creia,
Juzgando por lo que via
De aquella oportunidad.

»Y vuestro seso cebé
De mi virtud á la clara;
Alterada, os alteré.
Engañada, os engañé;
Pero ¿quién no se engañara
Viéndoos en casas reales
A par de los principales
Y en gracia de vuestro dueño?
Si ha salido todo en sueño,
Engañaron las señales.

»De lo cual está sabido
El gran daño que os alcanza
Por el tiempo así perdido,
Cuerpo y seso consumido
Tras tan incierta libranza;
Y de tal loca porfia,
De todo fruto vacía,
Bien que fué, como se muestra,

La pérdida toda vuestra,
Mas la afrenta es toda mía.

»Vos perdistes sin razon
Sobre esta vana heredad,
La edad y la opinion;
De venir en posesion
Yo perdi la propiedad;
Pero para lo futuro
Vos podeis estar seguro
De semejantes errores,
Y tener ya mis favores
Por mas cierto que de juro.»

Atónito me tenia
Con su hablar mesurada,
Y aquello que me decia
Los ojos me enternecia
Con la memoria pasada;
Pensando con diligencia
En la muy gran diferencia
De aquellos tiempos floridos,
Y en las euitas y gemidos
De esta mi pobre presencia.

Y con angustia le digo:
«Oh Señora, y cuán aviesas
Mostró sus obras conmigo
El tiempo, que por testigo
Quedó de vuestras promesas;
El cual sin ningun cuidado
De cumplir vuestro mandado
Se echó á dormir como muerto,
Y si acaso le despierto,
Vuélvese del otro lado.

»Y con su mucho tardar,
Enfadéme tanto dello,
Que cansado de esperar,
Cuanto ya me puede dar
No lo estimo en lo que hueello.
Y ojalá se contentara
Que yo privado quedara
De todas mis esperanzas,
Y otras nuevas mal andanzas
A ello no me juntara.

»Y pues aquello faltó
Tenido por verdadero,
Y á vos misma os engañó,
¿Qué esperanza podré yo
Tener de lo venidero?
Si en aquella edad florida
Vuestra fe tan prometida
No tuvo seguridad,
¿Cuál será la de esta edad,
Ya por el suelo caida?»

Respondió con sufrimiento,
Y díjome: «Hermano niño,
Estad ya de hoy mas atento,
Y guiad el pensamiento
Al lugar do yo lo guío;
Y no os desasegureis
De la prenda que teneis
Ya de mí para adelante,
Por el ejemplo que ante
De lo contrario poneis.

»Que si mucho os prometí,
Y al cabo salió fruslera,
Caso que así lo creí,
No pequé solo por mí,
Sino como mensajera.
Fortuna sorda, sandía,
Yo ciega de su ufanía,
Ambas hembras y sin sér,
¿Qué pudimos prometer,
Que no mienta cada día?

»Especial que son profanas
Las cosas que prometemos;
Temporales y mundanas,
Perecederas y vanas,
Sujetas á mil extremos.
Y no solo prometidas,
Mas despues de poseidas,
Fortuna con su locura

A nadie las asegura,
Que no puedan ser perdidas.

»Cuanto mas, que sus favores,
Ya que conociesen leyes,
Tienen por ejecutores
A solos emperadores,
Papás, príncipes y reyes;
Los cuales, ó por error,
Por olvido ó desamor,
Como son hombres tambien,
No tienen respeto á quien
Es de ello merecedor.

»Do viene ver mil astrosos,
Indignos, ásperos, fieros
Levantados, poderosos,
Y á buenos y virtuosos
Hacerse mil desafuores;
Y sin temor ni recelo
Empinadas hasta el cielo
Personas no merecientes,
Y á otros hombres excelentes
Derrocados por el suelo.

»Porque con la ceguedad,
Que es de los príncipes loma,
Oyendo poca verdad,
Tienen ya la voluntad
Sometida á la lisonja.
Esta los ablanda y liga,
Y la otra su enemiga,
Necesidad, los enfrena,
Pero la virtud ajena
Pocas veces los obliga.

»Y siendo tambien tocados
De desagradecimiento,
Muchas veces los criados
Son al fin remunerados
Como lo sois en el viento;
Porque liberalidad
Y oficios de caridad
Bonde reina ingratitud
No se hacen por virtud,
Sino por necesidad.

»Y así, mirando el Profeta
Esta vanidad tan loca,
A toda gente discreta,
Como con una trompeta,
Amonesta con su boca,
Escribiendo en versos claros:
—No curéis de confiaros
De los príncipes mortales,
Hijos de hombres terrenales,
Porque no pueden salvaros.—

»Y yo, viendo ser así,
Y las trampas y accidentes
De la vivienda de aquí,
Con tiempo me recogí
Por no engañar á las gentes;
Y con el favor divino
Eché por otro camino,
Mudado mi propio sér,
Por no tener que hacer
Con pueblo tan serpentina.

»Agora, si os placera,
Volvamos á lo pasado
Por que fui venida acá,
Que en mi memoria no está,
Aunque suspenso, olvidado;
Y decidme, si os agrada,
Qué fué la causa fundada
Que desde Dios nos crió
En el mundo que fundó,
Y nos hizo de no nada,

»No quiso ni fué contento
Que ningún hombre estuviese
En paz con su pensamiento,
Ni tuviese cumplimiento
De todo lo que quisiese;
Sino porque esté dudoso,
Recatado y sospechoso,
Y nunca llegue á pensar

Que hay en el mundolugar
De verdadero reposo ;

»Ni piense jamás tener
En ésta mortal morada
Algun perfecto placer,
Pues aun la vida ha de ser
Por poco tiempo prestada ;
Sino que todas sus cosas
Estén siempre sospechosas,
Pendientes de las del cielo,
Y de allí espere el consuelo
Cuando le son trabajosas.

»Y en este sentido van
Las palabras á la clara,
Que se dijeron á Adán :
—Comerás de hoy mas tu pan
En el sudor de tu cara ;—
Mostrándonos que el cuidado,
A trabajos obligado,
Afan, consancio, dolencia,
Son la natural herencia,
Y lo demás es prestado.

»Pero Dios, con su largueza,
Con que nos gobierna y sana,
Usó de mayor grandeza,
Conociendo la flaqueza
De la condicion humana ;
Y mostrando su clemencia,
Quiso que aun acá en presencia
Hubiese consolaciones
Para aliviar las pasiones
Y entretenir la paciencia.

»Porque el hombre mas dichoso
Y mas bienaventurado,
Sano, sabio, virtuoso,
Bien dispuesto, generoso,
Manejo, rico, letrado,
Cuando bien se mirará,
Con queja se hallará
De cosas que le fallecen,
¿Qué harán los que carecen
De todo cuanto aquí va?

»Y pues por fuerza es haber
Mil cosas que se deseen,
Es medio y es menester
Consolarlas, á nri ver,
Con otras que se poseen ;
Y siguiendo esta razon,
Si interviene discrecion,
Por mano de Dios regida,
Imposible es que la vida
Esté sin consolacion.

»Con un honesto recado
De vida mausa, segura,
Puede estar aconhortado
Un hombre que á mas estado
No le subió su ventura ;
Con la virtud de la ciencia
Se consuela, y con prudencia,
La falta de juventud,
Y la mengua de salud
Con ventaja de conciencia.

»Bien que el dolor corporal,
Mientras punge y atormenta
En esta vida mortal,
Es de los males el mal
Que mas quebranta y afrenta ;
Mas la desesperacion,
De que hecistis mencion,
Nunca permitais que os venza,
Porque es terrible vergüenza
Del cristiano corazon.

»La falta de habilidad
Con bondad está pagada,
Y á la generosidad
La valerosa humildad
No le queda á deber nada ;
Las gracias y gentileza
Del cuerpo, y la fortaleza,
No son de mas cuenta y peso

Que las del ingenio y seso,
Ni tienen tanta firmeza.

»La falta de la esperanza,
Paciencia la recompensa,
Y lo riqueza no alcanza,
Moderacion y templanza
Son suficiente defensa ;
Mayormente si miramos
En lo que desperdiciamos
Y superfluo que se gasta,
Y lo poco que nos basta,
Y lo mucho que buscamos.

»Así que, todos los males
Y faltas, por mas que duelan,
Con recompensas iguales
De otros beneficios tales
Se aconhortan y consuelan ;
Y la pasada vitoria
Con la presente memoria,
Y la mala y triste suerte
Con el fin de buena muerte,
Y la muerte con la gloria.»

Con ánimo placentero
Estando gozando yo
De este sueño verdadero,
Despertóme un ballestero,
Que de lado me tiró ;
Y halléme sin la dama
En mi solitaria cama,
Harto ledo y consolado ;
Mas sujeto y obligado
Al tormento que me llama.

Final.

*No faltes, esfuerço ;
Que males y afan
Su fin se ternán.*

Si vos, penas mias,
Consuelo queréis,
Ejemplo teneis,
En Job y Tobias.
Los miseros dias
Que vienen y van
Su fin se ternán.

DIÁLOGO

ENTRE MEMORIA Y OLVIDO.

OLVIDO.

Dime tú, Memoria, ¿ti,
Que presumes sin derecho,
¿Por qué causa el mundo á ti
Loa y precia mas que á mi,
Que le soy de mas provecho?
Tú con tu importunidad
Les causas guerra continua,
Yo paz y tranquilidad ;
Fresles enfermedad,
Yo salud y medicina.

MEMORIA.

¿Quién eres tú, desastrado,
Que hablas tan atrevido ?

OLVIDO.

Soy un pobre desechado,
De todo el mundo olvidado,
Y así me llaman Olvido.
Soy libre de coudicion,
Que apenas conozco dueño,
Y contrario á tu opinion,
Porque no tomo pasion
De nada, ni pierdo el sueño.

MEMORIA.

Siendo pues eso verdad,
Que eres quien dices, amigo,
¿Qué locura y liviandad

Es querer tú en dignidad
Cotejarte aquí conmigo,
Y que por una medida
Pienses tú de ser medido
Con mi valor en la vida,
Siendo yo virtud sabida,
Y tú vicio conocido.

OLVIDO.

Sé tú quien tú te quisieres,
Que no me doy una paja,
Pues con todo cuanto fueres,
En provechos y placeres
No te conozco ventaja,
No te esfuerces ni te ayudes
De fieros y fantasias ;
Vengamos á las saludes,
Saca á plaza tus virtudes,
Yo tambien diré las mias.

MEMORIA.

No seas tan insolente,
Olvido desvergonzado ;
Porque Dios entre la gente
Potencia mas excelente
Que yo soy no la ha criado.
Bien sé que la alma, por ser
Sempiterna, es desigual ;
Péro yo con mi saber
Casi llevo á parecer
Tambien cosa celestial.

OLVIDO.

Si por celestial te tienes,
Memoria, súbete al cielo,
Donde vas y de do vienes ;
Que yo no pido mis bienes
Sino en este dulce suelo,
Donde sin ningún enaidado
De cosas mias ni ajenas,
De presente ni pasado,
Soy exento y reservado
De tus congojas y penas.

MEMORIA.

¿No sabes tú que yo soy,
Entre las cosas criadas,
La que en toda parte estoy,
Y que con mi lumbré doy
Sér y vida á las pasadas?
Mediante lo cual tenemos
Noticia de ellas tan cierta
Como de las que sabemos
Y con nuestros ojos vemos
Cada dia ante la puerta.

Pues los puntos y primores
De tantas ciencias y artes,
De que tan graves autores
Y de tan diversas partes
Fueron y son inventores ;
La verdad y autoridad
De todo cuanto pasó
En la vieja antigüedad,
¿Quién las hace en esta edad
Manifestas, sino yo?

¿Quién hace vivir la fama
De los excelentes hombres,
Que tan léjos se derrama,
Y á muchos otros inflama
En la invidia de sus nombres,
Sino yo, que si durmiese,
Y con virtud y fortuna
La cuenta se me perdiese,
No habria quien se moviese
A gentileza ninguna?

Pero la gloria mediante
De los ejemplos famosos
Que yo les pongo delante,
Convida á que se levante
El alma á los virtuosos,
Para estar siempre despiertos,
Menospreciando el morir,

Siendo seguros y ciertos
Que por mí, después de muertos,
Comenzarán á vivir.

OLVIDO.

Quizá que concedería,
Por complacerte, Memoria,
Y templar nuestra porfía,
Que de esa tu fantasía
Llevases alguna gloria,
Si de los hechos pasados
Acordases solamente
Los dignos de ser loados,
Excelentes, señalados
Para ejemplo de la gente;

Mas tan bien haces mención
Y llevas de mano en mano,
Por ejemplos y razón,
De Calígula y Neron
Como de Augusto y Trajano;
Tan bien cuentas del ladrón
Malo como del bienquisto,
Y nos das información
Tan bien de la condición
De Júdas como de Cristo.

No te hinchas pues los senos
De esos gozos y regalos,
Y si por ejemplos buenos
Haceis provecho, no menos
Haceis daño con los malos;
Porque el mundo pecador,
A todo vicio inclinado,
Siempre sigue lo peor;
De manera que es mejor
Quedar conmigo callado.

MEMORIA.

Calla, miserable Olvido,
Hijo de la misma muerte;
No compares tu partido,
Que ser tuyo ó no haber sido
Todo casi es una suerte;
Y ven en conocimiento
De mi gracia y excelencia;
Que yo soy de nacimiento,
Hija del entendimiento,
Madre de la providencia.

Mi cuidado y mi saber,
Que no se duermen ni trocan,
Dan aviso en proveer
Todo lo que es menester
De las cosas que nos tocan.
Yo hago que el hombre entienda
Con vigilancia y cuidado
En su honra y su hacienda,
Y con cordura defiende
Lo con fatiga ganado.

Yo doy lumbré á los errores
Que tú causas y procuras;
Alumbro á los oradores,
Letrados, predicadores,
Que sin mí quedan á oscuras.
Quito los inconvenientes,
Y por medio de testigos
Pongo paz entre las gentes,
Y hago que estén presentes
En ausencia los amigos.

OLVIDO.

Todo eso es la verdad,
Y está, Memoria, muy claro,
Y sería en calidad
De no poca utilidad,
Si no costasen tan caro;
Pero hágote saber
Que el que de mucho se acuerda,
Jamás pudo carecer
De algun duelo ó desplacer
Que le aflija y que le muerda.

Las dulces cosas pasadas,
Acordadas, dan pasión,
Y las duras y pesadas

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

También, no siendo olvidadas,
Apretan el corazón;
Y cuando nos apartamos
Del lugar do bien quisimos,
Cuanto mas nos acordamos,
Tanto mas y mas lloramos
La soledad que sentimos.

Alegas el buen servicio
Que haces á los humanos,
Pero de este tal oficio
Poco ó ningún beneficio
Se les signe de tus manos;
Que á los que vienes y vas
Con avisos singulares,
Y á los que visitas mas,
Por un placer que les das
Les causas treinta pesares.

Por tu medio son mayores
Cualesquier adversidades,
Penas y angustias de amores,
Y otros cualesquier dolores,
Pérdidas y enfermedades.
Todos los males serian
Menores si tú cesases,
Y los que pena ternian,
El descanso que querrian
Si tú no los atizases.

Enojos, enemistades,
Iras, bravezas y furias,
Bandos y parcialidades
Y vanas prosperidades,
Odios, afrentas, injurias,
Quisiciones, guerras, batallas,
Y cosas de este tenor
Tú entiendes en despertallas,
Y yo entiendo en olvidallas:
Mira cuál es lo peor.

Y porque esta competencia
Ya, Memoria, se concluya,
Yo te digo, ten paciencia,
Que hallo gran diferencia
De mi virtud á la tuya;
Porque es muy mas eficaz
Para el cuerpo y para el alma,
Pues durmiendo á su solaz,
Los placeres tienen paz
Y los pesares en calma.

Y que al fin soy una cosa,
Si no lo quieres negar,
Que, allende de ser sabrosa,
Muchos, por ser tan preciosa,
No la pueden alcanzar;
Por lo cual, si se hiciese
Mercado de'ti y de mí,
No dudo, dama, que hubiese
Quien por onza de mí diese
Mas que por libra de ti.

En cualquier cosa perdida
Que no puede ser cobrada,
Tu renuevas la herida;
Yo soy solo en esta vida
Medicina señalada.
Por tanto, Memoria amiga,
Piensa que estás en error,
Y si no te da fatiga,
Que mi mote te lo diga:
«Olvidar es lo mejor.»

DIÁLOGO

Y DISCURSO DE LA VIDA DE CORTE.

Interlocutores.

Lucrecio y Prudencio.

LUCRECIO.

No sé qué camino hallo
Para tener de comer,
Y conviéndeme buscallo,

Que á la fin es menester,
Pese á tal;
Que veo que cada cual
Pone todo su cuidado
Por ser rico y principal,
Y no vivir afrentado
Con pobreza;
La cual, aunque no es vileza,
Segun el dicho vulgar,
Eslo 'al fin si por pereza
Deja el hombre de llegar
A ser algo.

Yo, pobre gentil hidalgo,
De bienes desguarnecido,
Si por mi mismo no valgo,
Siempre viviré caído
Sin reposo;

Que al mancheo virtuoso,
Obligado á mas valer,
Para vivir deseoso,
Mas le valiera no ser
Entre gentes.

Pues confiar de parientes
El que no tiene de suyo,
Mis cerca tiene sus dientes,
Y es gran cosa, ave de tuyo.
No hay hermano

Ni pariente tan cercano,
Ni amigo tan de verdad,
Como el dinero en la mano
En cualquier necesidad.
Cualquier cosa,

Fácil ó dificultosa,
Se alcanza con el dinero,
Y se nos muestra graciosa
Donde él va por mensajero
Del deseo.

No hay tan despierto correo,
Ni cosa que haber se pueda,
Aunque venga de boleco
A cumplirse do hay moneda,
Sin que pene

Por ella aquel á quien viene;
Mas el pobre pena y muere,
Porque quien dineros tiene,
Dicen hace lo que quiere.

Y así va
El mundo, do nunca habrá
En este caso mudanza;
Que nadie vale mas ya
De cuanto tiene y alcanza,
Como vemos

En mil ruines que sabemos
Presumen de caballeros,
De quien gran caso hacemos
Por solo tener dineros
Y poder.

Y otros que, por carecer
De estos bienes temporales,
Ninguno los quiere ver,
Siendo nobles y leales;
De manera

Que me es fuerza, aunque no quiera,
Por no dormir en las pajas,
Buscar camino ó carrera
De mejorar mis alhajas,
Y salir

Por el mundo á descubrir,
Sin volver la cara atrás,
Algun modo de vivir
Para venir á ser mas.

Mas primero,
Segun hace el marinero
Cuando sale de arrancada,
Es de ver adónde quiero
Enderezar mi jornada,

Y mirar
Desde luego á encaminar
La nave á seguros puertos,
Pues dicen que al enhornar
Se hacen los panes tuertos;
Que despues

Que el barco da de través
La enmienda suele ser dura;
Y así, el bien acertar es
Do consiste la ventura.
Yo, mancebo,
Si agora que el tiempo nuevo
He escoger me da lugar,
No lo acierto como debo,
Siempre tendré qué llorar.
Ocho estados
Suelen ser los mas usados
Del vivir entre los buenos;
Los cuales, aqui notados,
Escogeré por lo menos
Uno honroso,
A vueltas de provechoso,
Sin lo cual no hay nada hecho;
Cosa que es dificultoso,
Juntar honra con provecho.
Oficial
No me parece muy mal
Si el nombre no fuese vicio;
Que aunque es suyo el delantal,
Quien ha oficio ha beneficio;
Y es seguro
Como hacienda de juro
Do quier que el hombre se vea;
Mas la honra que procuro
Lo excluye por cosa fea.
Mercader
Es cosa á mi parecer
Tambien de harta ganancia,
Y que lo puede bien ser
El que tuviere sustancia
Para ello;
Y así, yo no puedo sello
Ni aun de agujas y albaquias,
Si de orejas y cabello
No hago mercaderias.
Mas no sé,
Si ya que tuviere qué
Vender y sacar en tienda,
A mi verdad y á mi fe
Pornia en tanta contienda
Y conciencia;
Cuanto mas, que aquella ciencia,
Ya que traiga utilidad,
Tiene á vueltas penitencia
Y poca seguridad,
Y el sentido
Vigilante, embebecido,
Con recato y con aviso
En mil partes repartido,
Y muy poco en paraíso.
Pues letrado,
Para vivir de abogado,
O médico principal,
Que demás de ser honrado,
Es oficio interesal,
Bien vernia;
Mas no fué la suerte mia
Que yo letras aprendiese,
Ni que con tal granjeria
Mi necesidad pudiese
Proveer.
Léjos van de mi saber
Las leyes y medicina,
Salvo escribir y leer
Y mi latin de cocina;
Pero, dado
Que las hubiera estudiado,
No sé cómo usara dellas;
Porque pienso haber pecado
En la forma de vendellas
A la gente,
Por ser de otras diferente
El uso destas dos artes,
Vendiéndose comunmente
Al antojo de las partes,
Sin tasar
Lo que merecen ganar;
Y así se halla cirujano

Que es peor en desollar
Que Falaris el tirano.
El estado
De la guerra y ser soldado
Como muchos buenos son,
Es cosa tambien que ha dado
A muchos reputacion
Y dineros;
Señores y caballeros,
Personas de perfeccion,
Se precian de ser guerreros,
Y son desta profesion
Generosa;
Mas veo que es una cosa
En que anda de pasada
La vida muy peligrosa
Y la honra delicada,
Todo en vano;
Cuyo vivir inhumano
Nunca bien me pareció,
Porque es un pueblo profano,
Que hoy son y mañana no.
Y por via,
De la Iglesia no seria
Mal librado mi partido,
Si de cualquier canongia
Pudiese ser proveido,
Segun veo
Que lo son á su deseo
Otros de menos valor,
Que con pompa y con arreo
Pasan la vida á sabor,
Sin cuidado,
Quedándose reservado
Su derecho so la capa
De subir de grado en grado
Hasta llegar á ser papa
Cualquier prete;
Mas no se inclina ni mete
A serlo mi devocion,
Porque loba ni bonete
No son de mi condicion;
Ni me oso
Tampoco á ser religioso
Inclinár, que bien podria
Si en ello fuese dichoso
De alcanzar un abadia;
Mas es larga
La esperanza, y muy amarga
Aquella forma de vida,
Y aun para algunos es carga
Muy pesada y desabrida,
Y el reposo,
Que por defuera es sabroso
Y convida á tal vivienda,
Para otros achacoso
Y mezclado de contienda,
Que le atierra.
Pues quien no huelga de guerra,
Ni de oílla ni de vella,
Fresco está si se encierra
Do siempre viva con ella
Trabajado;
Después de todo probado
Cuanto el mundo puede dar,
Y de ello desesperado,
Esto no puede faltar.
Yo, si quiero
Darme como hombre granjero
Al campo y á la labor,
Y tornarme de escudero
Rico, honrado labrador,
No haria
Yerro, pues por esta via
Los padres del Testamento
Gozaron con alegria
De grandes bienes sin cuento,
Verdaderos.
Pues acá en los ganaderos
Del consejo de la Mesta,
De montones de dineros
No se hace mucha fiesta

Ni caudal;
Mas hay en el hombre un mal,
Que aunque yo quiera hacer
Lo mismo, no hay un real
Con que por obra poner
Tal afán,
Pues no alcanzo solo un pan,
Casa ni tierra ni viña,
Y como dice el reiran,
Ni una roza en la campiña
Que labrar.
Así que, cumple pensar
En otra suerte de cosa
De que yo me pueda honrar
Y me sea provechosa;
Y no veo,
Para cumplir mi deseo,
Pensando en ello de espacio,
Sin andar por mas rodeo,
Sino acogerme á palacio
De algun rey
O principe de mi ley,
Gran señor ó gran prelado;
Sometido como el bucy
Mi cabeza su mandado
Por medrar,
Y en algun tiempo llegar
A ser lo que otros han sido,
Pues hay muchos que notar,
Que por servir han subido,
Dios mediante
Y su industria vigilante,
A ser grandes de pequeños,
Y algunos tan adelante,
Que son dueños de sus dueños
Y señores,
Con privanzas y favores
Mas que yo puedo decir,
Y mas riquezas y honores
Que ellos pudieran pedir
Ni querer.
Ya pues podrá suceder,
Si mi ventura lo guia,
Que yo tambien llegue á ser
Uno destes algun día;
Y así, inclino
A tomar este camino
Mi voluntad sin mas ocio,
Caso que no determino
La ejecucion del negocio
Hasta ver
Cerca della el parecer
De Prudencio, mi pariente,
Que con su mucho saber
Dirá en ello lo que sienta
Claro y llano,
Y como fiel hombre anciano,
Me hablará sin engaños,
Cuanto mas que es cortesano
De cuarenta y tantos años;
Y no siento
A quien con mas fundamento
Comunique que á este viejo,
Que para mi pensamiento
Quede con su buen consejo
Descansado.
A la puerta está asentado,
Y es ya después de comer.
Tomarle he regocijado;
Parlarémos á placer.

PRUDENCIO.

¿Dónde bueno por acá?
¿Cómo va, señor sobrino?

LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, va
A ratos, y mal continuo.

PRUDENCIO.

¿Cómo así?

LUCRECIO.

Porque, aunque me veis aqui

Sano y bueno al parecer,
No alcanzo un maravedí,
Ni aun sé de dónde lo haber.

PRUDENCIO.

Con salud,
Que teneis, y juventud,
No hay riqueza que se iguale.

LUCRECIO.

Es verdad, mas la virtud
Sin riqueza poco vale;
Por lo cual,
Como á deudo principal,
Vengo á daros, Señor, cuenta
De mi bien y de mi mal,
Para atajar el afrenta
Con que vivo;
Que visto que la recibo
Con lo poco que aquí gano,
He tomado por motivo
De hacermé cortesano
Y servir
En palacio, por venir
A ser mejor algún día;
Lo cual pienso conseguir
Mejor por aquella vía,
Que es honrosa.
Mas, porque cualquiera cosa
Que ha de ser bien acertada
Se hace mas ventajosa
Con buen consejo guiada,
Y son raros
Los buenos consejos claros,
Quiero en esta mi ocurrencia,
Señor Prudencio, rogaros
Que con la mucha prudencia
Que teneis,
Por el bien que me quereis
Y gran virtud que en vos cabe,
Vuestro parecer me deis,
Como aquel que bien lo sabe.

PRUDENCIO.

Yo, Lucrecio.
Bien puedo pecar de necio,
Como otros muchos lo son,
Mas á lo menos me precio
De verdad y de razon;
Y estas dos,
Cuanto al mundo y cuanto á Dios,
Allende de lo que os quiero,
Me obligan á ser con vos
Fiel, leal y verdadero.
Claro veo
Dispuesto vuestro deseo
A la vida de palacio,
Y cosa tan de rodeo
Cumple tomalla de espacio,
Y vagar
Para podello tratar;
Y pues hay bien que hacer,
Debeis aquí sentar,
Que será bien menester
Yo os prometo;
Y decidme aquí en secreto
Qué es la causa y fundamento
De aqueste vuestro conceto,
Voluntad y pensamiento
Cortesano;
Porque suele el seso humano
A veces en escoger
Errarse, y salir en vano
Lo que piensa que ha de ser
Provechoso,
Y lo de léjos hermoso
Tener de cerca otra vista,
Y engañarse en lo dudoso
Muchas veces por la lista
La opinion.

LUCRECIO.

Teneis, Prudencio, razon,

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Yo os confieso ser así;
Pero desta mi intencion
Yo os diré la causa aquí
Brevemente,
Y es, que veo mucha gente
En palacio que de chicos
Llegan sin inconveniente
A ser muy grandes y ricos
Y dichosos,
Y los veo andar pomposos,
Ufanos y bien vestidos,
Honorados y poderosos,
Privados y favoritos
Y contentos,
Sin temer los movimientos
De la mar ni de la tierra,
Ni los acontecimientos
Ni peligros de la guerra
Trabajosa;
Y que es la corte una cosa
Alegre y regocijada,
De provechos abundosa,
Y á vueltas dellos honrosa;
Y á mi ver,
Aunque dicen no caber
En un saco honra y provecho,
En palacio á su placer
Duermen ambos en un lecho;
Y he pensado
Que yo, que soy inclinado
Al provecho con honor,
No podré en otro estado
Vivir mas á mi sabor.

PRUDENCIO.

Bien me agrada
Esa cuenta, y bien fundada
Va tambien vuestra esperanza,
Si de Dios está ordenada
Vuestra dicha y bien andanza
Sin afán,
Segun el dicho y refrán
Que dicen, «Todo es ventura,
Comer en palacio pan
A sabor y con hartura.»
Y ¡ojalá,
Señor Lucrecio, pues ya
Ser cortesano quereis,
Os vaya tan bien allá
Como vos lo mereceis
Y acordais!
Aunque á la corte do vais
Sea Dios el que os conduce,
No es, no, como pensais,
Todo oro lo que reluce,
Ni es igual
A todos en general
En palacio la fortuna;
Que á unos es parcial,
Y á otros brava é importuna,
Ruín y escasa;
A unos da muy por tasa
Los bienes muy merecidos,
Con otros excede y pasa
De los limites debidos
De favor.
Y porque entendaís mejor
Lo que de la corte pienso
Y he visto por mi dolor,
Tomemos mas por extenso
La materia.
Vos pensad que es una feria
La corte de trafagantes,
Donde unos pasan miseria
Y otros viven triunfautes,
Abastados;
Pero bien examinados
Los demás y los de menos,
Todos andan de cuidados,
Congojas y riñas llenos.
No es bastante
Bien ninguno, aunque abundante,

A que no pene por mas,
Y por pasar adelante,
O por no volver atrás,
Y crecer;
Pero el mas ó menos sér
No salva sus corazones
De invidia y de mal querér
Y despechos y pasiones.
Las riquezas,
Bienes, mandos y grandezas
Que alegais y encareceis,
Mezclados van de gravezas,
Que vos, Lucrecio, no veis;
De las cuales
Resultan trabajos tales,
Que á las veces es mejor
La cama de cabezales
En que duerme el labrador
Muy sin pena;
Y así, nuestro Juan de Mena
Canta por vida segura
La mansa pobreza, ajena (1)
De los tragos de amargura
Cortesanos,
Adonde los mas cercanos
Del favor que los convida
Andan mas ciegos y vanos
Y mas léjos de la vida
Descansada,
En la cual es todo nada
Si falta la libertad,
Y ha de andar siempre coigada
De la ajena voluntad,
Como el buey
Del arado, tras la ley -
Del dueño que lo posee;
Y así, dicen que ese es rey
El que al Rey jamás no vee,
Ni por ello
Se mata hasta tenello,
Obedeciendo sus pechos,
Pues cualquiera puede sello
En torno de sus provechos
Y hogar,
Conforme al dicho vulgar
Que dice: «Cien doblas vale,
Y no hay mas que desear,
Si ya de compás no sale.»
Ser merino,
Como dicen, de un molino,
De sabios es aprobado;
Pero no lo es ir continuo
Tras los reyes afanado
Locamente.
Cuatro suertes hay de gente
A quien esta profesion
De palacio se consiente
Por diferente razon:
Los primeros
Son nobles y caballeros,
Y otros mancebos de corte,
Que allí gastan sus dineros
Por su placer y deporte,
Por hallar
Conversacion y lugar
Conforme á sus ejercicios,
Con libertad de gozar
De sus virtudes ó vicios
Y deseos,
Galas y trajes y arreos,
Danzas, juegos y primores,
Fiestas, justas y torneos,
Con otros hechos de amores,
En que emplean
Sus tiempos, y se pasean
Por las cortes muy pulidos,
Y las adornan y arreaan
Como al cuerpo los vestidos;
Y es honor,

(1) ¡Oh vida segura la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida!

Cuanto al lustre exterior,
En la corte el tal oficio,
De que el Rey ó gran señor
Recibe mucho servicio,
Y un estado
En ella bien empleado
Durante la mocedad,
Que la pasa sin enfado
La nueva gentilidad
Mientras dura.
Otros hay que la ventura,
Como madrastra enemiga,
Les dió en corte sepultura
Y pobreza con fatiga
Perdurable;
Cuya suerte miserable,
De que los mete en miseria,
Nunca les es favorable
Para salir de laceria,
Ni poder
Llegar jamás á tener
Sino lo que el primer día,
Ni para se retræer
Tampoco de su porfia
Cortesana;
Y de la esperanza vana
Inducidos y engañados,
Do pensaron sacar lana
Se hallaron trasquilados,
Sin ser mas;
Y saliendo de compás
Ya su edad con lo esperado,
No pueden volver atrás,
Y quedan mate ahogado,
Como el pece,
Que en el agua al fin perece;
Y segun el refrán quiere,
El que en palacio envejece,
En pajas dicen que muere.
De estos tales
Se pueblan los hospitales,
Que no sabiendo dónde ir,
En los palacios reales
Les es forzado morir.
Los terceros
Son otros mas extranjeros,
Personas extravagantes,
Legados y mensajeros,
Factores y negociantes,
Que allí van,
Y en la corte donde están
Se tienen por peregrinos;
Mas con trabajo y afán
La siguen por los caminos
Y carreras,
Y de burlas y de veras,
Por el tiempo que les cabe,
Padecen de mil maneras,
Y prueban bien á qué sabe
Ser factores.
Por servir á los señores
O negociar de otra suerte
Sufren duelos y dolores,
Y algunas veces la muerte
Temerosa,
Tras la justicia dudosa,
Andando continuo en vela,
O como la mariposa
En torno de la candela
Deslumbrados;
Mas los menos mal librados
Son estos á la verdad,
Pues los pleitos acabados,
Vuelven á su libertad
Ausentada.
La cuarta gente granada
Que navega con buen norte,
A quien es licenciada
De la vivienda en la corte,
Son aquellos
Que la mandan, y en pos de ellos
Se va la gente golosa,

Y algunos por los cabellos,
Aunque muestran otra cosa.
Estos son
Los que en la gobernacion
Tienen poder, y con ello
Harto cuidado y pasion:
Pero al fin con padecello
Se enriquecen.
Estos son los que parecen
Al mundo cosa divina,
Y les sirven y obedecen
Con diligencia continua
Muy crecida,
Y su boca es su medida
Con sobrado cumplimiento
De cuanto hay en esta vida,
Excepto contentamiento
Y hartura,
Porque cuanto su ventura
Y astucia les acarrear
No basta, segun natura,
Al sosiego que desean;
Y al sabor
De la privanza y favor,
Riquezas, mandos y honores,
Créceles mas el ardor
De la corte y sus amores;
En la cual,
Segun dice Marcial,
Tres ó quatro comunmente
Se gozan lo principal,
Los otros andan á diente.
Estos grados
Aquí, Lucrecio, contados
Son los que, á mi parecer,
En palacio perdonados
Y admitidos, pueden ser
Constreñidos,
Convidados y movidos,
Unos por necesidad
Y otros por embebecidos
En la tal prosperidad
Y grandeza,
Otros por la gentileza
De la edad en su razon,
Y algunos por la graveza
De accidental ocasion,
Que se ofrece:
A uno porque carece
De otro medio de vivir,
Y á otro porque florece,
Y huelga de servir
De los buenos;
Los unos por estar llenos,
Y los otros por vacíos,
Por cartas de mas ó menos
Se quedan allí estantios,
Aislados;
Mas, fuera de estos estados,
Que tocan en los extremos,
Hay otros menos forzados,
A quien mas culpa ponemos;
Y estos son
Los que en esta profesion
Cortesana ni son ricos
Ni hombres de presuncion,
Ni muy grandes ni muy chicos,
Que podrían
Apartarse, y vivirían
Sin la corte ni querella,
Y aparte carecerían
De cien mil trabajos de ella
Que hay allí;
Y no lo haciendo así,
Estos son los mas honrados,
Y podeis contarme á mi
Por uno de los culpados.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, entiendo
Lo que antes no sabia,
Y me parece ir sintiendo

Un poco mas que solia
De este cuento.
Ya tomo conocimiento
Que en la corte hay bueno y malo,
Y que tras su seguimiento
Se da del pan y del palo;
Mas si os place,
Lo que á mi negocio hace,
Mas por menudo se note,
Porque antes que me enlace
Mire por dó va el birote,
Y me avise,
Porque ninguno me pise,
De arrimarme á lo mas firme,
Para que de esto que quise
No venga á arrepentirme,
Ni lo espero;
Pero suplicos y quiero
Que de esos estados todos
Me digais, Señor, primero
Las condiciones y modos,
Y su vida,
Para que, bien entendida,
Aunque sea brevemente,
Sepa buscalte salida,
Y huya de inconveniente,
Si pudiere
Y mi ventura quisiere,
Pues el hombre apercebido,
Dicen que do quier que fuere
Va ya medio defendido.

PRUDENCIO.

A mi ver,
Bien os será menester
Cualquier apercebimiento,
Lucrecio, para hacer
Tal jornada con buen tiento,
Y pensar
Que la corte es un gran mar,
Profundo y tempestuoso,
Por do habeis de navegar,
Que suele ser peligroso
De tormentas,
Contrastes y sobrevientas,
Con viento nunca bien cierto,
Do se pasan mil afrentas
Antes de llegar á puerto,
Y no llegan,
De dos mil que lo navegan,
A los puertos deseados,
Que en el camino se anegan,
Y son manjar de pescados;
Sin sacar,
Con velar y trasnochar,
De su hilado mazorca,
Y antes de ver el lugar
Les aparece la horca.
Y así andando,
Con fortuna navegando,
Por las ondas de la corte,
Van con el mar peleando,
Sin mostrárseles el norte
Jamás claro,
San Telmo ni san Amaro,
Y en lo mas grave del mar
Menos socorro y amparo,
Aparejo ni señal
De bonanza.
Y ya que haga mudanza,
Sale de contrario calma,
De que ningun bien alcanza
El cuerpo, menos el alma.
Pues mirados,
Demás de esto, los estados
De los que tras corte guian,
Bien pueden ser comparados
A los peces que se crían
En las mares,
Tantos cuentos y millares,
Formas y snertes de gentes,
De estados particulares

Y entre sí tan diferentes.
 Hay continas
 En las cortes por vecinas,
 Como están las mares llenas
 Desde muy chicas sardinas
 Hasta muy grandes ballenas;
 Mas pensad
 Que, aunque son de calidad
 Diversos y de figura,
 En buscar su utilidad
 Todos son de una natura
 Y de una arte,
 Y sin que nadie se harte,
 Unos á otros se tragan,
 Pero por la mayor parte
 Los mas pequeños lo pagan,
 Y se ahoga
 El que al remo bien no boga
 Por ser de fuerza menguado,
 Que, segun dicen, la sogá
 Quiebra por lo mas delgado;
 Y en la mar
 Suelen los vientos soplar,
 Dando pesar al placer,
 Y unas veces ayudar
 Y otras echar á perder;
 Y estos son
 En la corte la ambicion,
 Favor, invidia y maldad,
 Pobreza y uso ladron,
 Viciosa superfluidad,
 Y otros tal
 Nordestes y vendabales,
 Que llevan allí de vuelo,
 Unos á los arenales,
 Y otros levantan al cielo;
 La primera
 Es viento, que por do quiera
 Tiene fuerza principal,
 Mas en palacio se esmera
 Y muestra mas general,
 Y no hay cosa
 Tan ardua ni peligrosa,
 Tan pública ni secreta,
 Que la ambicion descosa
 No la emprenda ni acometa.
 Este viento
 Con continuo movimiento
 Hierre, sacude y altera
 Las velas del pensamiento,
 A que no pueda ni quiera
 Ver reposo;
 Y así, ningun ambicioso
 Puede jamás sossegar,
 Porque vive congojoso
 Por subir y por mandar
 Y poder,
 Por las ó nefas, crecer
 En honra y autoridad,
 Y por ellas posponer
 Cualquier deudo y amistad,
 Ley y amor.
 El segundo es el favor,
 Viento cierzo, que cercena
 Y sopla con gran furor
 Hasta romper la entena
 De la nave;
 Con unos blando, suave,
 Con mar bonanza y en popa,
 Y con otros duro y grave,
 Por proa, donde les topa,
 Y esto es
 El que levanta los piés
 En la corte á ruines gentes
 Y hace dar de través
 Á otros bien merecientes,
 Y desquicia
 Las puertas de la justicia,
 Vendiéndo las muchas veces,
 Porque de nuestra caricia
 Allí tuercen los jueces
 La balauza,

Y lo que un bueno no alcanza
 Con virtud y con razon,
 Lo suele dar la privanza.
 A muchos que no lo son.
 Pues pensad
 Que la invidia y la maldad
 Son de vientos regañones,
 Que aun contra la caridad
 Suelen mostrarse leones
 Mordedores,
 Que delante los señores
 Y do quiera que se hallan,
 Sirven de murmuradores
 Y tiran piedras y callan;
 Pues pobreza
 Es viento que en ligereza
 Suele entre otros señalarse,
 Porque hambre con pereza
 No pueden bien concertarse,
 Ni dejar
 Día y noche de buscar
 De lo que padecen mengua;
 Y de aquí vienen á hablar
 Las picazas nuestra lengua;
 Que ninguno
 Se huelga de estar ayuno;
 Y este viento de codicia,
 Demás de ser importuno,
 No carece de malicia,
 Por querer
 Por bien y mal proveer
 Con sus dichos y pesares,
 Y por tener de comer
 Roballo de los altares,
 Sin mas tiento.
 El otro terrible viento
 Es la costumbre de cosas,
 Ladron público y exento,
 Que las hace ser forzosas
 Por tal via,
 Que tras una bohería
 O locura cortesana
 Se van de noche y de día
 Con solicitud muy vana
 Mil perdidos,
 Burlados, embebecidos,
 Al hilo de la costumbre
 De los trajes y vestidos,
 Siguiendo la muchedumbre,
 Que los lleva
 Tras cualquiera cosa nueva,
 Sin saber por qué se hace,
 Sino porque se lo aprueba
 El uso que les aplace;
 Porque yo,
 Solo despues que volvió
 El Rey Católico á España
 Y en Búrgos se le juntó
 De gente nuestra y extraña
 Gran gentío,
 Creciendo á todos el brio
 Con las buenas experiencias
 He visto en el atavio
 Mas de treinta diferencias
 Palacianas,
 Pareciéndoles galanas
 Por ser de tierras ajenas,
 Aunque algunas harto vanas
 El uso las hace buenas;
 Con el cual
 Anda junto y al cabal
 Otro viento destemplado,
 Que es gasto descomunal,
 Superfluo, demasiado
 En comer,
 Vestir, jugar y hacer
 Otros excesos costosos,
 Con que al fin vienen á ser,
 De pródigos, codiciosos
 Y tiranos,
 Asiendo con ambas manos
 Lo que pueden apañar

De moros y de cristianos,
 Para tener qué gastar.
 Suele haber
 También, segun podeis ver,
 En la mar peñas y rocas,
 Donde se suelen romper
 En ellas fustas no pocas,
 Y estas son
 En corte la indignacion,
 Ira y saña y disfavor,
 Con razon ó sin razon,
 Del privado ó del señor,
 Y sospechas
 Derechas ó no derechas,
 Y malas informaciones,
 Que se tiran como flechas
 Y enclavan los corazones
 Y sentidos
 De los mas bien entendidos
 Principes y relatados
 A pensar ser ofendidos
 De sus mayores privados,
 Do el favor
 Se convierte en desamor,
 Y se toma en posesion
 El mas leal de traidor;
 Tanto puede la opinion
 Diferente,
 Teniendo por delincuente
 Al justo de allí adelante,
 Al bueno por negligente
 Y al sabio por ignorante.
 Estos tales
 Accidentes naturales
 Son escollos y bajos
 En los palacios reales,
 Do se pierden los navios
 Cuando topa
 En ellos la proa ó popa,
 Y cuando así estropeiza,
 Algunos pierden la ropa
 Y otros pierden la cabeza,
 Segun dan
 Ejemplo con su desman
 Dos condestables á una
 En tiempo del rey don Juan,
 Avalos y aquel de Luna
 Sin igual,
 Y aquel inglés cardenal,
 Que por hacerse tan bravo,
 Tratado tan bien y mal
 De su rey Enrique Octavo;
 Y tras él,
 Su sucesor Cramuel,
 A quien este rey nombrado
 Al cabo fué tan cruel,
 Habiéndolo gobernado
 Dulcemente;
 Mas dando en el accidente
 De su saña sospechosa,
 Perdieron en continente
 Honra y vida y toda cosa
 Con afan,
 Y al cabo por aquí van
 Muchos, como fué Abraín
 Acerca de Soliman.
 Con quien hizo amarga fin.
 Pues notad
 Que en la mar sin piedad,
 Demás destas sus tormentas,
 Tampoco hay seguridad
 De sus peligros y alientas
 Ordinarios,
 Y ladrones y corsarios,
 Que en palacio es cosa cierta
 Ser malsines adversarios,
 Metidos en encubierta
 Asechanza,
 Que aunque vais con mar bonanza
 Os saltan en poblado
 Y os atajan la esperanza
 Del descanso deseado.

Veis aquí
Por lo que antes prometí,
Lucrecio, entre estas y estas,
Lo que me parece á mi
Para en parte de propuestas
Cerca desto;
Lo cual así propuesto,
Pues lo entendeis, como pienso,
A lo demás estoy presto
De responder por extenso.

LUCRECIO.

Señor Prudencio, vien veo
Cuán por órden y razon
Y conforme á mi desco
Llevais esta relacion,
Como diestro.
Bien dice el proverbio nuestro
Que «El que las sabe, las tañe»;
Así yo con tal maestro
Bien es que me desengañe
Y aperciba
A subir la cuesta arriba,
Y el trabajo á que me atrevo
En paciencia lo reciba,
Y no le tenga por nuevo
Puesto en él,
Que, aunque mancebo novel,
Ya sé bien que en esta vida
No sule ser todo miel
Lo que con ella convida,
Ni hay estado
Tan seguro y descansado
En este mundo traidor,
Que al fin no esté rodeado
De afán, peligro y dolor
Comunmente;
Y así por el consiguiente,
Entiendo bien á la llana
No faltar inconveniente
En la vida cortesana,
Tras que voy;
Pero, como dije, estoy
Inclinado á darte un tiento,
Porque para quien yo soy
Otro mejor no lo siento;
Cuanto mas,
Que tornando á lo de atrás
Que decís de los estados,
Que en el término y compás
En corte son aceptados
Los primeros
Mancebos libres, solteros
Y de fresca juventud,
Hidalgos y caballeros
Inclinados á virtud
Singular;
En ningún otro lugar
De mas honra y mas deporte
Pueden tan bien emplear
Su tiempo como en la corte,
Triunfando,
Discurriendo y paseando
Por palacios y por salas,
A sí y á su rey honrando
Con gentilezas y galas,
Y aprendiendo
Mil lindezas, que viviendo
Sirven despues cada dia
Al arte que van siguiendo
De proeza y cortesía,
De do salen
Despues varones que valen,
Grandes para gobernar
Y para que se señalen
En el arte militar;
Y se eligen
Hombres sabios que corrigen
A otros con su prudencia,
Y que en paz y guerra rigen
El mundo con la experiencia
Con que van;

Segun el Gran Capitan,
Por dichos de muchos sé,
De cortesano galan
Salió á ser el que fué;
De manera
Que desde la edad primera
Parece que en el estado
De palacio está cualquiera
Hidalgo bien empleado,
Porque allí,
Segun me habeis dicho aquí,
Aprenden gentil crianza,
Y echan cargo al Rey de sí
Para tener esperanza
De medrar.

PRUDENCIO.

No os lo puede eso negar,
Cierto, Lucrecio, ninguno,
Ni nadie puede estorbar
Su desinio á cada uno,
Porque son
De diversa condicion
Los pareceres humanos,
Y cualquiera profesion
Tiene al fin sus parroquianos.
No hay oficio
De tan civil ejercicio,
Ni aun de sucios curtidores,
Que en su uso y su servicio
No tenga sus servidores
Y oficiales,
Y en los palacios reales
Tambien hay, por su natura,
Quien por causas especiales
Vaya á probar su ventura;
Mas si yo
Al tiempo que me llevó
Allá mi dicha supiera
Lo que despues me mostró
La experiencia verdadera
No sin daños,
Y entendiera los engaños,
Creedme, Lucrecio, á mi,
Que aquellos mis nueve años
No se gastaran así;
Mas yo, estando
So ajeno poder y mando,
A la corte fui llevado
En tiempo de don Fernando,
Inclito rey, señalado
En bondad,
Valor y prosperidad
Entre los principes buenos,
Siendo entonces yo de edad
De quinze años, y aun de menos,
No cumplidos,
Los cuales doy por servidos
Antes de venir allí,
Y los demás por perdidos
Despues que á la corte fui.
Y si fuese
Posible que yo pudiese
Tornarlos á recibir,
Daria buen interese
Por tornarlos á vivir,
Y pasar
En otra parte y lugar
De mas sosiego y asiento,
De do pudiese sacar
Menos arrepentimiento
Y manquera;
Y si Dios hijos me diera
En quien esto enmendara,
Tan mal padre no les fuera,
Que en corte los empleara.

LUCRECIO.

¿Cómo no,
Señor Prudencio? Pues yo
No creia ni pensaba
Sino aquel que se crió

En corte se aventajaba
Con servir,
Conversar, ver y oír
Diversas cosas y gentes,
De donde suelen salir
Mas discretos y prudentes,
Avisados,
Valerosos, bien criados.

PRUDENCIO.

Y aun podeis decir pomposos;
Mas muchos, desvergonzados,
Deshonestos y viciosos
Baratones,
Jugadores y glotones,
Y otras tales gallardias,
Con otras conversaciones
Y peores compañías;
Pues llegados
Mas adelante á los grados
De la edad del alear,
En que son enamorados,
Comienzan á loquear
Y estirarse,
Suspirar y requebrarse,
Echar ojos á las damas,
Y á la causa embarazarse
En muchos pleitos y tramas
Y honduras
De simplezas y locuras,
Barajas y competencias,
De do manan travesuras,
Enojos y diferencias
Y quistiones,
Discordias y disensiones,
Fruta de la ociosidad,
A que les dan ocasiones
La soberbia y vanidad
Tras que van.
A no pocos tambien dan
Ocasión sus vanidades
De comer despues su pan
Con dolor y enemistades
Y cuidados,
Porque quedan obligados
A punto de honra y afrenta;
De donde los afrentados
Viven vida descontenta
Con dolores,
Y si son afrentadores,
Peligrosa y mal segura,
Con celos y temores
De la venganza futura,
Que merecen;
Do se siguen y recrecen
Desastres y desvarios,
Con que á las veces perecen
En campos y desafios,
Y porfias,
Contiendas y fantasias,
Y sospechas y querellas,
Do viven amargos dias,
Y mueren al fin con ellas
En ruido,
Como creo habeis oido;
Mas, Lucrecio, de una vez
Que ha en la corte acacido
En cosa deste jaez
Poco há,
A muchos que sabeis ya,
Y por molestia no nombro,
Que les cumples acá y allá
Andar la barba en el hombro
Con pasion.
Y estos trances al fin son
Los que depriesa ó de espacio
Los mozos por galardon
Pueden sacar de palacio;
Sin lo cual
Hay entre ellos otro mal:
Que aun los mascuerdos y holgados
Andan siempre en general

No poco necesitados
Y corridos,
Empeñados, y aun vendidos,
Por valerse y sustentar
Las galas y los vestidos
Con que los veréis triunfar
Con arcos;
Ni os venzáis de los deseos
De la apariencia hermosa
De sus justas y torneos,
No mirando la tal cosa
Lo que cuesta;
Y como les es molesta,
Porque suele, bien que agrada,
Ser acabada la fiesta,
Y la ropa no pagada,
Y vacía
La bolsa lo mas del día,
Y aun el cofre sin dineros,
Y á su puerta todo el día
Los sastres y cordoneros;
Lo cual quiero
Probar con un caballero
De quien no poco se gusta,
Que habiendo sido el primero
Mantenedor de una justa
Bien galana,
Otro día de mañana
Con diligencia forzosa
Le convino sin su gana
Poner piés en polvorosa.
Los placeres
Y servicios de mujeres,
De vestir y festejar,
A manos de mercaderes
Al cabo van á parar;
Con los cuales
Los nobles galanes tales
Y manechos cortesanos
Tienen tratos muy reales
Y molatras á dos manos.
Mas ¿qué digo?
De lo cual fué buen testigo
En aquella sazón buena
Un trapero gran mi amigo
Y su mujer la morena,
Que solían,
Cuando en la corte vivían,
Saber destos repiquetes;
Los cuales me referían
De uno de los manechetes
Baste cuento,
Que sobre su juramento
Le pidió ropa fiada,
Dándole conocimiento
Con que fuese asegurada
De presente,
Prometiéndole gentilmente,
Demás del justo interés,
De pagarlo incontinentemente
Que su padre se muriese,
Que aun vivía;
Pero, según él decía,
Y es de creer deseaba,
Tres años solo podía
Vivir; y así, se obligaba
Que valiese,
Y si por dicha viviese
Mas deste tiempo pasado,
Desde allí adelante fuese
El interés doblado.

LUCRECIO.

¡Oh mal hijo,
Que por ningún regocijo,
Fiesta ni necesidad
De tan secreto escondrijo
Descubre tal poquedad
Descortés!

PRUDENCIO.

A la verdad así es;

Mas la corte y sus excesos
Causa que salgan despues
Los mozos así traviesos
Y atrevidos.
Pues de verlos ir pulidos
Invidia tampoco os hagan;
Que si fuera van lucidos,
Dentro de casa lo pagan,
Porque andando
A sus locuras pensando.
Es ley de aquella su empresa
De gallofar graujando
La vida de mesa en mesa,
Y agradar
Al Duque para yantar
Y al Conde para la cena,
Y a servir y acompañar
Por comer á costa ajena,
Y hacer para aquel negro comer
Zalemas é hipocresías,
Y aun usar, si es menester,
De algunas lisonjeras
Diestramente,
Y recibir de la gente
A ratos algun baldon,
Y aun beber agua caliente,
Los de menos condicion;
Pues pasadas
Ya por dicha, y no acertadas
Las horas de comer fuera,
El hacerlo en las posadas
Suele ser á la ligera;
Y es de ver
Que el remedio suele ser
Acogerse á los pasteles,
Y suplir su menester
A las veces sin manteles,
Porque en casa
No hay cocina, y menos bras,
Olla, sarten ni caldera,
Sino algun jarro sin asa,
Ajuar de la frontera;
De lo cual
Os puedo, sin decir mal,
Dar un ejemplo casero
De un galán muy principal
Y gentil aventurero,
Que tenía
Otro tal en compañía,
Y ambos eran á la iguala
La flor de la lozanía,
En su gentileza y gala
Señalados,
De las damas estimados,
En las danzas los primeros,
Y los mas regocijados
En hechos de caballeros;
Y traían
De mozos que les servían
Harta copia y apariencia,
Iban á corte y venían
Vestidos por excelencia.
Yo miraba
En ellos, porque posaba
Allí junto, y siempre vía
A un paje que tornaba
De la plaza á mediodía
Muy ligero
Y apriesa, y en un sombrero
Le vi traer muchas veces
Cosas de poco dinero:
Queso, ciruelas y nueces,
Pan y peras,
Y semejantes maneras
De frutas de tal linaje.
Que yo pensaba de veras
Ser golosinas del paje,
O señal
De merienda ó cosa tal,
Que algunas veces usamos;
Pero no lo sustancial
De la mesa de sus amos;

Ni creyera,
Según su rica manera,
Vestidos, galas y arreo,
Que su despensa cupiera
Toda junta en un chapco,
Hasta que
Ocasión dada me fué
De visitar su posada,
Y una vez que en ella entré
Por cierta causa privada
Bien honesta,
Con ser en medio la fiesta,
Y la tarde ya vecina,
Ni la mesa estaba puesta
Ni alumbraba la cocina.
La vajilla
Era un peine y escobilla,
Y los galanes sentados
Tras una pobre mesilla
En unos bancos quebrados,
Suspirando,
Y unas veces sollozando,
Y con un par de vilucetas
De rato en rato tocando,
Comían de sus ciruelas
Muy contentos.
Veis aquí los cumplimientos
Del vivir de los galanes,
Muy altos los pensamientos,
Mas envueltos en afanes.

LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, habría
Sobre eso qué replicar;
Mas, por exensar porfia,
Quiero dejarlo pasar
Adelante;
Y según dijiste ante,
La segunda profesion
Es de gente mendicante
Y de servil condicion,
Que forzados
De su suerte y de sus hados
Y hambre que los convida,
Quedan en corte arrastrados,
Como gente ya rendida,
Sin tener,
Para poderse valer,
Lugar mas cierto y estable
Do se puedan acoger,
Que á la vida miserable
Cortesana,
La cual, por fuerza ó de gana,
Tomada ya por costumbre,
Se quedan allí á la llana
En perpetua servidumbre;
De los cuales,
Y sus miserias y males,
Os ruego queráis contar,
Porque tenga de los tales
Relacion particular,
Cual se espera;
Bien pues que adonde quiera
Hay trabajos como en corte,
Sufridos en ella ó fuera,
Todos, en fin, por un norte.

PRUDENCIO.

Es verdad,
Lucrecio: pero mirad
Que miserias y fatigas
Sufridas con libertad
No nos son tan enemigas
Ni tan duras,
Y que las pobres venturas
Y bajeza de fortuna
Menos relucen á oscuras
Que al resplandor de la luna.
Y en la vida
Apartada y retraída
De bullicio cortesano
No hay tanta ocasión que pida

Al apetito liviano
 Gollorias,
 Con que en ver las fantasías
 En las ventajitas ajenas
 Andamos noches y días
 Combatidos con mil penas
 Y pasión
 De envidia y de ambición,
 Porque lo que el ojo vee
 Es fuerza que el corazón
 Lo codicie y lo desee,
 De tal arte,
 Que muchos que en otra parte
 Serían hombres templados,
 En corte no hay quien los harte
 De deseos excusados
 Sin holganza;
 Y en faltando la esperanza,
 Que consueta al que padece,
 La caridad y templanza
 También se acorta y perece;
 De manera
 Que al que en otra parte fuera
 De su fortuna contento,
 En palacio desespera
 De su descontentamiento,
 Sin paciencia;
 Y aun hay otra diferencia
 Del uno al otro dolor,
 Y es, que cuanto á la conciencia,
 Lo de corte es muy peor,
 Porque acá
 La pobreza, al que la ha,
 A veces es meritoria,
 Y el pobre soberbio allá
 No tiene parte en la gloria;
 Y los dos,
 Como al fin los veréis vos,
 Son mártires de quien hablo;
 Mas el uno lo es de Dios,
 Y el de corte es del diablo,
 Porque allí
 No se conocen á sí,
 Y se truecan de tal suerte,
 Que lo que es virtud aquí
 En vicio se les convierte.
 ¿No habeis visto
 Entre los siervos de Cristo
 Aquel padre tan honrado,
 De su señor tan bienquisto
 Y de sí tan confiado,
 Que no habia
 Cuatro horas que se ofrecia
 A morir por amor del,
 Y que con tanta osadia
 Combatió por serle fiel;
 Y en nonada,
 Aun no bien mete la espada,
 Ni aun amansa la furia y brio
 De la fiera cuchillada
 Que dió en el huerto al judío,
 Y en entrando
 Tras nuestro Dios, suspirando,
 En la corte de Caifás,
 Luego se fué retirando
 De su esfuerzo para atrás;
 Y el valiente,
 Cobarde súptamente,
 Negó luego á su Señor
 Por complacer á la gente
 Que allí estaba al rededor
 A su lado?
 Pues á Judas el malvado
 ¿Quién le hizo rebelar,
 Habiéndole Dios llegado
 A sí y al alto lugar
 Donde estaba,
 Sino que comunicaba
 Con hombres de esta ralea
 Cuando Cristo se hallaba
 En la corte de Judea?
 Mas, dejado

Esto aparte, por probado,
 Quiero, por obedecer
 A lo por vos preguntado,
 Si supiere, responder
 Brevemente:
 Notad pues que de presente,
 Y en los tiempos que ya fueron,
 Siempre de misera gente
 Los palacios anduvieron
 Proveídos;
 Unos desfavorecidos,
 Otros á quien no les bastan
 Los salarios y partidos
 Al tercio de lo que gastan
 Y querrian,
 Especial cuando solian
 Usarse en corte escuderos,
 Que lo mas del mes vivian
 Excusados de dineros
 Y ducados.
 Verlos heis muy estirados
 Y ufanos al parecer,
 Voceando de enfadados
 De esperar para comer
 A la una,
 Con su pobreza importuna
 Quejosos segun su cuenta,
 De la contraria fortuna,
 Que les fué tan avarienta
 De favor;
 Con cuidado del señor,
 Si cabalga ó no cabalga,
 Y fuera del corredor
 Esperándolo que salga
 Noche y dia.
 Mil trabajos os podria,
 Tomándolo de reposo,
 Contar, que saber soñia
 Deste pueblo deseoso
 De que ois,
 Cuando usaban borceguis
 Y era el sueldo un año entero
 Cinco mil maravedis,
 Y el tablon del despensero,
 Do el placer
 Del banquete suele ser
 Por ordinario manjar
 Vaca cocida á comer,
 Vaca hambra á cenar,
 Y aun helada,
 De sobremesa sobrada,
 Y escudilla de cocina,
 A veces mas apurada
 Que caldo de melecina
 O cristel,
 Y el despensero cruel
 Que os dice: «Muy desgraciado,
 Haced paciencia con él
 Hasta el dia del pescado;»
 En el cual
 Vuestro pecado cecial
 Dará á los mas favorecidos,
 Y si aquel les hace mal,
 Un par de huevos podridos.
 Pues hedor
 De la chusma y tajador
 Es pestilencia no poca,
 Y algunos que el salvo honor
 Hace ventaja á su boca,
 Asentados
 Juntos y muy apretados,
 Con voces y confusion,
 Y los manteles pegados,
 De muy sucios, al tablon.
 Dios os guarde,
 Lucrecio, temprano ó tarde
 Destas miserias y duelos,
 Y de entrar en el alarde
 De despensas y tinelos
 De señores,
 Y de la hambre y olores
 De la mas limpia y mejor,

Cuanto mas de los primores
 De la del Comendador;
 Digo aquel
 Cuya tasa y arancel
 Muy por lo delgado yendo,
 Diz que una vez vino á él
 Su despensero diciendo,
 Muy paciente:
 «Toda, Señor, esta gente
 De cas de vnesamerced
 Se queja terriblemente
 De la hambre y de la sed,
 Y de mí,
 Que no se lo mercedi,
 Y trátame de mal modo,
 Diciendo todos así,
 Que la causa dello todo
 Yo lo soy;
 Que han dado mil voces hoy,
 Diciendo que el año en peso
 A la cena no les doy
 Sino rábanos y queso;
 Y enojados,
 Dicen que están muy cansados
 De tal forma de vivir,
 Y que de muy enfadados,
 No lo pueden mas sufrir. —
 Gran razon,
 Dijo él, y aun ocasion
 Tienen esos de querella,
 Y tu poca discrecion
 Es toda la causa della;
 Y el enfado
 Del que se te han querrellado
 Nace de causa donosa,
 Que es darles demasiado,
 Y siempre una misma cosa
 A porfia;
 Pero dándoles un dia
 Los rábanos solamente,
 Y otra el queso, apostaria
 Que cada cual se contente;
 Hazlo así,
 Y el que torciere de allí
 Y se mostrare agraviado,
 Yo te doy licencia á tí
 Que lo hagas licenciado.»

LUCRECIO.

No me agrada
 Despensa tan estirada
 Y religion tan estrecha,
 Ni cena tan apocada,
 Ni poquedad tan derecha;
 Eso tal,
 Mas es cosa de hospital
 Que casa de caballero,
 Donde es menos liberal
 El señor que el despensero;
 Mas, ya que ese
 Tan escaso señor fuese,
 Otros mil habrá, do quiera
 Que al miserable interese
 No miren de esa manera.

PRUDENCIO.

Yo confieso
 Ser así; mas fuera deso,
 Hay miserias infinitas,
 Lucrecio, que en el proceso
 De palacio están escritas
 Y alegadas,
 Por necesarias forzadas,
 Que de la gente mezquina
 Suelen ser tambien guardadas,
 Y especial cuando camina,
 Con sufrir
 En el comer y vestir
 Diversas obras y menguas
 Y gravezas, que decir
 No pueden cincuenta lenguas,
 Con jornadas

Enojosas y pesadas,
Y las posadas porcinas,
Sucias y desventuradas,
Y muchas veces ningunas,
Por mesones,
Por pajares y rincones,
Con vientos y tempestades,
Y trabajos á montones
Y mil incomodidades;
Y pasando,
Tras los señores andando,
Hambre y sed, calor y frío,
Y otras molestias gustando
Del invierno y del estío,
Y rigores
Y enojosos sinsabores
De la via, polvo y pasiones,
De chinchies y sus hedores,
Pulgas, moscas y ratones,
Y otras tales
Vejeciones, generales
Al grande como al menor;
Mas el pobre en todos males
Al fin pasa lo peor.
Y aunque todos
Sufren duelos de mil modos,
Muy gran diferencia hallo
Del que va á pié por los lodos
Al que va en un buen caballo
Cabalgando;
Pero haber de ir arrancando
Los pobres acemileros
En invierno, renegando,
Por puertos y atoladeros
Como van,
Ver su trabajo y afán
Con una carga caída,
A dolor os moverán,
Aunque es gente desmedida,
Regañada,
Mayormente en la jornada
Del Rey por Extremadura,
Hasta ser su fin llegada
En el lugar de aventura,
Do salió
Ya tal, que cuando llegó
Con pena á Madrigalejos
Su santa vida acabó,
Que no valieron consejos
De Avicena.
Pues la gran fatiga y pena
Que por allí se sufría
En tierra extraña y ajena
De corte, ¿quién la podría
Referir?
Tierra se puede decir
Por todo extremo fragosa,
Sin camino por do ir,
Pero de aguas abundosa,
Y trampales,
Lagunas y tremedales,
Pocos y tristes lugares,
Arroyos y chapatales,
Dehesas y colmenares
Apartados,
Do victrades atolados
Acemileros caídos,
Mozos de espuelas mojados,
Y los pajes ateridos
En la silla,
Que era, cierto, gran mancilla
Cuando allí se caminaba
Ver la pobre gente cilla
Y el trabajo que pasaba.
Y aun decían
Algunos que se dolían,
Que las muchas maldiciones
De los que allí padecían
Dieron prisa á las pasiones
Del rey bueno,
Tocándole tan en lleno,
Y alcanzándole de suerte,

Que como á extraño y ajeno
Le llegaron á la muerte.
¿Qué os diré
De cosas que visto he
En la corte de Castilla,
Y á muchos andar á pié
Sin su gana por seguilla
Harto en vano,
Que, sin ser mas en su mano,
Andan con cuidado eterno
Por el polvo en el verano,
Por el lodo en el invierno,
Con dolor?
También vi, muy sin favor
De noble gente pobreta,
De casa de un gran señor
Ir quince en una carreta
Alquilada,
Que por fiesta señalada
Los íbamos á mirar
Al llegar de la posada
Y á la entrada del lugar,
Por reír.
Pues en casos de morir
Farsas he visto donosas,
Muy dignas para escribir,
Y de sufrir trabajosas;
Mas de ver,
Y de contar por placer,
Si el tiempo fuere bastante;
Y podéismelas creer,
Porque fui participante,
Y me vi
La primer noche que fui
A palacio á ser soldado,
Tal que no me conocí,
Entre tantos acostado,
Mis iguales,
El número de los cuales
Era, por nuestros pecados,
Sobre cinco cabezales
Once pajes estrellados.

LUCRECIO.

No hay, señor Prudencio, duda
Ser esa suerte de vida
Por una parte muy cruda
Y por otra desabrida,
Y aun estado
Harto desaventurado
De personas abatidas;
Que aunque no lo he probado,
Ya sé algo por oídas,
Y he placer,
Para mejor entender,
Que por ejemplo se muestre,
Porque eso tal debe ser
Los colchones del maestre
Que he oído;
Que aunque no lo habia entendido
Por el cabo hasta agora,
Que pienso verse cumplido
En quien en palacio mora
Bajamente.
Mas ya que la pobre gente
Tan mal se siente tratar,
Y que es inconveniente
El luego perseverar;
Que simpleza
Es, padeciendo pobreza
Y no teniendo esperanza,
Tener en corte firmeza
Sin hacer nueva mudanza,
Y buscar
En otra parte ó lugar
Otro pan menos amargo
Y otros artes de medrar.
Pues es el mundo tan largo,
Y huir
De palacio, por vivir
Sin sus duelos y querellas,
A parte do sin servir
Carezca dellos y dellas.

PRUDENCIO.

Vos habláis
Muy bien, Lucrecio, y estás
En un parecer conmigo,
Pues en eso os conformais
Con lo mismo que yo digo
Y querria,
Por ser lo que convernía
A muchos; y ¡ojalá fuese
Tal mi dicha qual seria
Huir el que lo pudiese
Bien hacer!
Mas ¡hágoos, Señor, saber
Que la mayor desventura
De palacio suele ser
Una constante locura
Con que ando,
La boca abierta, mirando
A los otros que mas son,
Y con ellos publicando
Lo que niega el corazón.
Infinitos
Son los que suelen dar gritos
Fingidos y verdaderos
Contra los usos malditos
De la corte, y vause en cueros
En pos della;
Que con toda su querella,
Jamás pueden olvidarla;
Bien pueden aborrecella,
Mas no del todo dejarla.
Muchos vi,
Comuniqué y conocí
De la corte descontentos,
Que al fin quedaron allí
Con todos sus pensamientos
Y cuidados;
Que estaban determinados
De no morir cortesanos,
Y al cabo los vi enterrados
En corte por otras manos
Que esperaban,
Léjos de donde pensaban;
Porque al fin las cortes tienen
Mil retrabos do se traban
Los piés de los que á ellas vienen
De morada,
Mayormente esta cuitada
Gente pobre, cuya suerte
Fué de ser allí arrastrada
Y en prision hasta la muerte.

LUCRECIO.

Bien está,
Señor Prudencio. Pues ya
Habemos desto hablado,
Tratemos, si os placera,
Del otro tercero estado,
Negociante,
Que, segun dijistes ante,
Aunque va por otro norte,
Es tambien participante
De los duelos de la corte.
Y aunque aquello
No me toca en un cabello,
Pues no voy á negociar,
Quiero saber algo dello,
Siquiera para avisar.

PRUDENCIO.

Ya os podría,
Si vuestra suerte lo guía,
Ser, Lucrecio, menester
Andar en pleito algun día,
Trafagar y revolver;
Que no enfada,
Por ser cosa muy usada
En palacio la codicia;
Y así, no se pierde nada
Que tengais dello noticia.
Y sabida
La condicion desabrida

Del mundo para adelante,
Y la maldicion y vida
Del cuitado pleiteante
Cortesano,
Que muchas veces en vano,
Y en peligro de perder,
Anda, como mal cristiano,
Con deseo de vencer
Y dañar;
Y así, lo veréis andar
Solicito y ocupado,
Y en todo tiempo y lugar
Pensativo y congojado,
Sin reposo,
Recatado y sospechoso,
Importuno y desabrido,
Descontento y enfadoso,
Y gastado y aborrido,
Rodeado
De congojas y cuidado,
Esperanzas y temor,
De casa del abogado
A cas del procurador.

LUCRECIO.

Donde quiera
Suelen ser desa manera
Los pleitos, según se suena;
Que el que mejor fin espera
Suele vivir con mas pena
Congojada;
Porque es guerra guerreada,
Y la sentencia es la lid,
Ahora sea en Granada,
Ahora en Valladolid.

PRUDENCIO.

Así son,
Lucrecio, teneis razon,
Los pleitos de cualquier parte;
Pero dan mayor pasion
En corte que en otra parte,
Porque van
Mas á la larga, y no están
En un lugar de continuo,
Y es muy terrible desman
Con pleitos en el camino
Tener cuentas,
Y aun con las Mil y quinientas
Para la corte apeladas,
Se pasan cien mil alientas
Antes de ser acabadas.
Pues dolores,
Cuidados, prietas, temores,
Y otros males semejantes
De los solicitadores
Y cualesquier negociantes
Cortesanos,
No hay notarios ni escribanos
Que los basten á decir.
Ni ellos pueden darse manos
De barbullar y mentir.
Por entrar
A descubrir y calar
El estado de las cosas,
Y entender y averiguar
Las inciertas y dudosas;
Pero saber
Avisar y proveer
En los casos convenientes;
Y así, les es menester
Ser sabios y diligentes,
Avisados,
Astutos y recatados,
Desenvueltos y sesudos,
Graciosos, disimulados,
Entremetidos, agudos
Y discretos
Para entender los secretos
De quien entra y de quien sale;
Lo cual todo á los pobretos
A las veces no les vale
A dejar

De engañarse y engañar,
Y ser ordinariamente
Enfadados de escuchar,
Y malquistos de la gente.
Gentil cesa
Es tambien, y muy honrosa,
Ser en corte embajador,
Que con pompa poderosa
Representa á su señor;
Y un legado
Reverendo, autorizado,
Que con debidos honores
Va á palacio acompañado
De nobles y servidores
Cabe si.

LUCRECIO.

Así me parece á mí,
Y veo ser cosa honrada
Cuando pasan por aquí
De Roma con la embajada
Que se ofrece,
Y sin duda me parece
Una gran felicidad,
Y cargo que respandece
Con favor y autoridad
Muy sin pena,
Y que van, la bolsa llena,
A gozar y ser honrados,
Y comen de bolsa ajena
Sin afanes ni cuidados.

PRUDENCIO.

Así es,
Lucrecio; pero despues
Hay cosas continuamente
En que la haz del envés
Suele ser muy diferente;
Que llegados
Adonde son enviados
A corte de cualquier rey,
Han de vivir obligados
A condiciones y ley
Muy estrecha.
Si no van á man derecha
Conforme á su comision,
El rey do está se despecha
Y no escucha su razon
Con placer,
Y aun suele acontecer
Al que en lo tal estropeiza,
Por cumplir con su deber
Dejar allí la cabeza
Por nonada,
Y alguna vez enclavada,
Segun lo hizo con rabia
Y soberbia acelerada
Un baiboda de Moldavia,
El tirano,
Al arador veneciano
Porque no se le humilló
Con el bonete en la mano
Al tiempo que le habló.
Y en autores
Muy ciertos historiadores
Hallaréis desta manera
Afrentas que á embajadores
Se hacen por donde quiera
Cada dia
Con desden y demasia,
De que están los libros llenos;
Y aun me dicen que en Turquia
Los empalan por lo menos,
Que es peor,
Pues el triste embajador
Desto se descuida y calla,
O quiere andar á sabor
Del principe do se halla,
Con intento
De darle contentamiento
Mas de lo que le es mandado,
Es culpable atrevimiento
Contra aquel que le ha enviado

Y elegido,
El cual quedando ofendido,
Va en peligro el orador
De ser por ello pugnido,
Por ser mal negociador;
Pero ya
Que en la corte donde está
No declina á los extremos,
Y navega por do va
Con buenas velas ó remos
Gobernando,
Sin faltar cómo ni cuándo,
Su embajada como quiere,
Y al cabo della sacando
El fruto que mereciere,
No penseis,
Lucrecio, por lo que veis
De su manera pomposa,
Que, aunque vos no lo entendeis,
Deja de ser trabajosa
Y molesta;
Que, demás de lo que cuesta
Aqueella forma de vida,
Es una prision honesta,
Despues de bien entendida;
Porque, entrados
Donde son aposentados,
Les es menester estar
Como dueñas encerrados,
Sin salir á pasear
Ni tener
Libertad de complacer
A su misma voluntad,
Por no se descomponer,
Y guardar su autoridad;
Y guardada,
No pueden gozar de nada,
Excepto de ir y volver
De palacio á su posada
Para tornarse á esconder,
Y esperar,
Si se quiere recrear,
Ya que ellos no salen fuera,
Que los vais á visitar
Como á gente prisionera.
Y de allí,
Segun de ellos aprendí,
Su pasatiempo y deporte
Es darse trabajo á si
Y guerra á toda la corte,
Entendiendo,
Trabajando y revolviendo,
Inquiriendo y preguntando,
Y con algunos mintiendo,
Con otros disimulando,
Por calar,
Para saber y avisar
De lo hecho y lo no hecho,
Y á vueltas dello encajar
La suya por su provecho.
Uno habia
(Dios nos guarde) que escribia
Por ejercicio ordinario
Mas cédulas cada dia
Que hay en cas de un boticario,
Que enviaba
A diversos, do pensaba
Hacer alguna levada;
Lo cual todo se cargaba
A cuenta de la embajada;
Y pedia
Lo que bien le parecia
Con desvergüenza muy suelta,
Y con sus tramas traia
Toda la corte revuelta.
Bien que son
Ajenos de tal pasion
Otros muchos oradores,
Y de cualquiera nacion
Suele haber embajadores
Generosos,
Excelentes, virtuosos

Y sabios en negociar ;
 Mas aun los mas oficiosos
 No se pueden excusar
 De pasiones ,
 Molestas contradicciones ,
 Trabajos , dificultades
 De duras negociaciones
 Y otras importunidades
 Cortesanas ,
 Y penas cotidianas
 De escribir , y cosa tal ,
 Y otras tambien no livianas
 Caseras que pueden mal
 Evitarse ,
 Y que es forzado pasarse
 Por posadas y caminos ;
 Asi que , pueden llamarse
 Cortesanos peregrinos ,
 Que , acabado
 El tiempo determinado
 De la corte do estuvieron ,
 Se vuelven á lo pasado ,
 Y al fin son los que antes fueron .
 Y el honor ,
 Aparato y resplandor
 Con que andan en figura
 De algun representador ,
 Con diversa vestidura
 desfrazada ,
 Que despues de la jornada
 Es como una burleria ;
 Que la máscara quitada ,
 Vuelve á ser lo que solia .
 Uno vi
 Destos una vez que fui
 A Venecia , y por mi fe ,
 Que apenas lo conoci
 Quando acaso le topé ,
 Que habia sido
 Donde fui su conocido
 Muy solemne embajador ,
 Y yo muy su favorito ,
 Gran amigo y servidor ;
 Mas venia
 (¡ Ved quién lo conoceria !)
 A solas como birote ,
 Sin mas pompa y compañía
 Que su toca y capirote ;
 De manera
 que si no se me riera ,
 Y primero me hablara ,
 Cierito no le conociera ,
 Y de largo me pasara .

LUCRECIO.

Señor Prudencio, dejados
 Esos aparte, si os place,
 Hablemos de los privados
 Y ricos, que es lo que hace
 Y se asienta
 Mas al caso desta cuenta
 Y materia que tratamos,
 Y lo que agrada y contenta
 A los que en ella miramos,
 Y aunque haya
 Ocasiones con que caya
 Alguna vez la privanza,
 O que por ventura vaya
 En peligro de mudanza
 Y revés,
 Que en buen vulgar cordobés
 Se dice rico pinjado,
 Porque al fin gran caso es
 Mandar y no ser mandado,
 Y hablar,
 Contratar y negociar
 Con reyes familiarmente,
 Con favor particular,
 De los otros diferente;
 Ser honrado,
 Estimado y acatado,
 De todos obedecido,

Requerido y granjeado,
 Aposentado y servido
 Y alabado;
 Seguido y acompañado
 De mil buenos á tropel,
 De nadie necesitado,
 Estándolo todos dél;
 Con mil dones
 Y presentes á montones
 Que les dan sin los pedir,
 Segun de vuestras razones
 Se puede bien colegir.

PRUDENCIO.

No pongais
 En eso que así tratáis;
 Lucrecio, duda ninguna;
 Que muchos mas que pensais
 Suele hacer la fortuna
 Y ventura,
 Unas veces por natura,
 Otras por merecimiento;
 Pero las mas por locura
 De ocasion ó acertamiento
 Temporal;
 Y quando el favor real
 A ser de veras acierta,
 Y se muestra liberal
 Con privanza descubierta,
 Verdadera,
 O tambien quando cualquiera
 En los palacios reales
 Llega, de cualquier manera,
 A cargos muy principales
 Y á mandar,
 Y comienza á tesorar
 Para poner en el arca,
 No se puede numerar
 Lo que junta, lo que abarca,
 Lo que allega,
 Lo que se le da y entrega,
 Lo que apaña y lo que traga,
 Y cuanto mas se le pega,
 Tanto menos le empalaga
 Ni le enfada;
 Porque sin costalle nada,
 Sobre lo mucho que tiene,
 Cuanto le place y agrada
 Ello mismo se le viene
 De boleó;
 No les pide su deseo
 Cosa, quando en un instante
 Ya llega apriesa el correo
 A ponérselo delante;
 Todos van
 A pecharles y les dan
 Hasta bencilirles los almaríos,
 Y aun los que lejos están
 Les son tambien tributarios
 Y pecheros;
 Principes y caballeros,
 Los unos les dan vajillas,
 Otros joyas y dineros,
 Y algunas veces las villas
 Y vasallos,
 Y forros, armas, caballos,
 Y otras cosas peregrinas
 Sin cuenta, que por ganillos
 Se les buscan muy continas
 Sin cesar;
 Al fin no podeis pensar
 Lo que amontona un privado,
 En quien todo va á parar,
 Como piedras al tablado.
 Así que,
 Quanto alegais bien lo sé
 Y lo confieso, Lucrecio;
 Pero vos, por vuestra le,
 No hagais dello gran preio;
 Y pensad
 No ser gran felicidad,
 Bien entendidas las leyes,

Mucha familiaridad
 Con los principes y reyes;
 Que el favor
 Que muestran al servidor
 No es siempre de corazon
 Ni lo hacen por amor,
 Sino por ostentacion
 Malagura,
 Afeitada por defuera
 Por cualquier necesidad,
 Engañosa ó verdadera,
 Que mueva la voluntad
 Y opinion.
 Pero, ya que la eleccion
 Proceda de buen querer
 Y se funde en alicion,
 Segun suele acacer,
 La privanza,
 La gracia, la confianza
 Y humana benevolencia,
 Las menos veces se alcanza
 Por méritos ni por ciencia
 Ni bondad,
 Ni aun por grande habilidad,
 Sino por cierta ocasion,
 Por antojo y liviandad,
 Beldad ó disposicion,
 Que alcanzada,
 Quanto mas está encumbrada,
 Encarecida y honrada,
 Hasta el fin de la jornada
 Siempre vive peligrosa
 De caída,
 Por holgar y estar tenida
 A voluntad que no dura
 Del hombre; que en esta vida
 No hay prenda menos segura
 Ni durable,
 Mas incierta y variable;
 Y así lo escriben autores,
 No haber cosa mas mudable
 Que el favor de los señores,
 Lisonjero,
 Y en un refran extranjero
 Se compara en movimiento.
 Al temporal del hebrero
 Y á las hojas con el viento;
 De manera
 Que el que en señores espera
 Le cumple, siendo privado,
 Velar bien hasta que muera
 Por sustentar lo ganado.

LUCRECIO.

Todavía,
 Si yo pudiese, querria,
 Con todas esas tormentas
 Verme, Señor, algun día
 Metido en esas afrentas
 Y cuidados;
 Porque, ya que los privados
 Abajan de lo que fueron,
 Siempre valen sus salvados
 Mas de lo que antes tuvieron;
 Y á mi ver,
 Siendo ya fuerza caer,
 Muy mejor puede gozar
 El que tiene que perdér
 Que el que comienza á ganar
 Nuevamente;
 Y de mil partes de gente
 No hay una que nos confiese
 Por menor inconveniente
 El tener, si se pusiese
 En eleccion.

PRUDENCIO.

No movais esa quistion,
 Lucrecio, que es odiosa,
 Y toda comparacion
 Suele ser escandalosa.
 Claro está
 Que el que no tiene ni ha

Otra hacienda ni abrigo,
 Por tener se meterá
 Por puertas del enemigo;
 Mas tornando
 A lo que os iba contando
 De las personas privadas,
 Y á lo que vais apuntando
 De sus riquezas sobradas,
 Que aunque cayán
 No por eso se desmayan,
 No padeciendo pobreza,
 Creed, Lucrecio, que aunque hayan
 Subido de gran bajeza
 Hasta el cielo,
 Cuanto mas alto fué el vuelo,
 Si de aquel mando y favor
 Les falta despues un pelo,
 Tanto mas es el dolor
 Y pesar,
 Sin poderse conhortar
 Con todo cuanto les queda,
 Aunque no sepan contar
 Las riquezas y moneda
 Que allegaron;
 Porque, como se llegaron
 Con el poder que tuvieron,
 No miran lo que ganaron,
 Sino aquello que perdieron,
 Que se acuerda;
 Mas, ya que nada se pierda,
 Y les dure el interés,
 Es forzado que le muerda
 La conciencia al ginovés
 Si pecó;
 Porque vos no dudeis, no,
 Y sabed de cierta ciencia
 Que nadie se enriqueció
 Mucho con buena conciencia;
 De do viene
 Aquel usado y solene
 Dicho, ya no muy moderno,
 Que es beato aquel que tiene
 Á su padre en el infierno,
 Donde están
 Algunos que de su afán
 Gozan al fin sus parientes.
 Pues los que decís que van
 Y son tanto de las gentes
 Estimados,
 Servidos y aun adorados,
 Tambien son los doloridos,
 De muchos importunados
 Y en secreto aborrecidos,
 Y han de etar,
 Si se quieren conservar,
 Ojo alerta de continuo
 Por no perder su lugar
 Ni apartarse del camino
 Del favor,
 Que suele con el señor
 Durar ordinariamente
 Mientra el caro servidor
 Le está delante presente
 Y le adora,
 Lisonjea y enamora,
 Haciendo del ladrón fiel;
 Mas olvidase á la hora
 Que quita los ojos dél;
 Y apartado,
 Aunque haya sido privado
 De los íntimos mayores,
 Presto se halló trocado
 Por otros nuevos amores.
 En presencia
 Regia con su prudencia
 La corte allende y aquende,
 Y en poco tiempo de ausencia,
 Cuando vuelve no la entiende,
 Ni aun la halla,
 Aunque solia gobernalla,
 Sino en grande diferencia;
 De suerte que entra en batalla,

O al menos en competencia,
 Por tornar,
 Si ser puede, á reparar
 Lo que la ausencia ha dañado,
 Y á residir y durar
 Mas por fuerza que de grado,
 Como preso;
 Y cierto que si con seso
 Se mira lo que á esto toca,
 Puestas ambas en un peso,
 Veréis que no tienen poca
 Semejanza,
 Porque la misma privanza
 Es cárcel de muchas penas,
 Y las riquezas que alcanza
 Son los grillos y cadenas
 Que los tirán;
 Y bien que los que los miran
 Defuera no pueden vellas,
 Hay privados que suspiran
 Dentro por verse sin ellas;
 Y á mí ver,
 Aunque van al parecer
 Altos, lozanos y bravos,
 Ellos se pueden tener
 Gentilmente por esclavos,
 Y lo son;
 Y el turco tiene razon
 En que al mas especial hombre,
 Bajá ó de otra condicion,
 Llama esclavo por renombre
 Positivo.
 Pues si yo, cuitado, vivo
 Sin libertad como el bucy,
 ¿Qué me da mas ser cautivo
 Del turco que de otro rey,
 Pues le adoro?
 Y si soy cautivo moro
 En cadenas como perro,
 ¿Qué importa ser mas de oro
 La cadena que de hierro?
 Y si queda
 Preso el pez á do se enreda,
 ¿Qué mas honra se le cata
 Por ser sus redes de seda
 O el anzuelo ser de plata?
 Pues juntar
 Bienes para los gozar,
 Cosa de cebones es,
 Que los dejan engordar
 Para comerlos despues;
 De los cuales
 En los palacios reales
 De grandes emperadores
 No pocos ejemplos tales
 Nos cuentan los escritores
 Verdaderos,
 De muy altos consejeros
 Y riquísimos privados,
 Que por solo seis dineros
 Han sido descabezados
 Y proscritos,
 Sin haber otros delitos;
 De que aquí, Lucrecio, daros
 Puedo ejemplos infinitos,
 Muy auténticos y claros
 Con verdad;
 Mas, por ser prolijidad,
 Dejo muchos que pasaron.
 Bástenos la autoridad
 De dos solos que se ataron
 En favor
 Cerca del emperador
 Nero, tirano nombrado:
 Séneca, su juez mayor,
 Y Pallanteos, su privado;
 Que, sabida
 Su muerte no merecida,
 Ninguno habrá que no entienda
 Haber perdido la vida
 Por tener mucha hacienda.
 Veis aquí

Lo que se me ofrece á mí
 Que de privados os cuente,
 De los cuales muchos vi
 Ensalzados altamente,
 Y he sabido,
 Magner que favorecido,
 Ser estado congojoso,
 Entricado, entremetido,
 Y á las veces peligroso,
 Comparado
 Al que estaba combatido,
 Asentado en rica silla,
 Proveido y abastado
 De manjares y vajilla;
 Mas tenia
 Una espada que pendia
 Sobre él, de un hilo colgada,
 Cuya punta le venia
 En la cabeza asentada.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, quedo
 En esa parte avisado,
 Y entiendo bien que no puedo
 Yo llegar á tal estado
 De valer;
 Bien que á buscar de comer
 Me levanta mi motivo,
 Pero no para tener
 Pensamiento tan activo
 De llegar
 En algun tiempo á medrar
 Con reyes tan adelante,
 Que tenga que me guardar
 De peligro semejante
 De caída.
 ¡Ojalá que la subida
 Estuviese ya en mi mano,
 Que para esotra herida
 Nunca falta cirujano!
 Y pues ya
 De las otras cuatro está
 Platicado como quiera,
 Oyamos, si os placera,
 La quinta forma y manera
 De sirvientes
 En palacio residentes,
 A quien mayor culpa distes,
 Y de los inconvenientes
 Que al presente propusistes
 De vivir.

PRUDENCIO.

Lo mismo torno á decir,
 Señor Lucrecio, aun agora,
 Que de muchos que á servir
 Van á corte cada hora
 A montones,
 Por diversas ocasiones
 Y por causas especiales
 De diversas profesiones,
 De que las salas reales
 Andan llenas,
 Hay unos que pasan penas
 Y molestias en gran copia,
 Y andan en casas ajenas
 Pudiendo estar en la propia
 Sin pasión;
 Mas, como los hombres son
 No todos de una natura,
 Voluntad ni condicion,
 Ni menos de una ventura
 Si porfian,
 Ni quieren, cuando podrian,
 Ser de las cortes exentos,
 Ni pueden, cuando querrian,
 Por muchos impedimentos
 Que se ofrecen;
 De suerte que permanecen
 Entre quieren y no quieren
 Hasta que allí se envejecen,
 Y no pocas veces mueren
 Mal su grado;

Y de los de tal estado
Que por vicio ó por virtud
Anda palacio poblado,
Hallaréis gran multitud,
Y mil gentes
Inclinadas y obedientes
Al servicio y sujecion,
Bien que sean diferentes
En estado y condicion,
Calidades,
Costumbres, habilidades,
Trajes y forma de vida,
Deseos y voluntades,
A quien la corte convida
A pesares;
Los mas dellos son seglares,
Pero clérigos tambien,
Y religiosos á pares
De aquella Hierusalem
Cortesana;
Los unos de propria gana,
Otros por ser convidados,
Y algunos que van por lana
Y al fin salen trasquilados.
Hay doctores,
Letrados, predicadores
Y personas de conciencia,
Maestros y profesores
De toda suerte de ciencia,
Caballeros;
Hay linajeros y escuderos,
Hombres de paz y de guerra,
Y al fin, de todas maneras
Y linajes de la tierra,
Muy costantes
Discipulos y estudiantes
De aquella devota escuela,
Que andan allí vigilantes
En torno de la candela
De valer
Por medrar y merecer,
Para lo cual los mas buenos
Han, Lucrecio, menester
Dios y ayuda por lo menos,
Y otras ciencias,
Que son odios, competencias
Y invidias con los iguales,
Lisonjas y reverencias
Para con los principales
Y privados,
Con quien los mas estirados,
Pretendiendo algun favor,
Cumple ser muy bien criados,
Y con el rey ó señor
Mucho mas.
Puestos los piés por compás,
Los ojos vivos, alertos,
Sin osar mirar atrás,
En pié siempre y descubiertos
Con cuidado,
Hablando muy atentado,
Humilde, blando y sabroso,
Todo dulce y requetado,
Y sobre falso, amoroso;
Estimando
En mucho cuando, alcanzando
Haber con el Rey audiencia,
Le estarán como adorando
Por la tal benevolencia
Y alicion,
Y con muy grande atencion
A escucharle, y cuando acaba,
Aprobarle su razon
Y alabar lo que él alaba,
Aunque sea
Por ventura cosa fea,
Dándole luego color,
Y caso que no lo sea,
Tenerlo por lo mejor
Necesario;
Y si el Rey, por el contrario,
De alguno dijere mal,

Mostrarse luego adversario
Y enemigo capital
Contra quien
El señor muestra desden,
Y ayudalle á que padezca,
Aunque sepa no ser bien
Ni ningun mal le merezca;
Y acacee
Que uno á otro al fin empeco
Y le mete la lanceta
Por la ocasion que se ofrece
De echar una lisonjeta,
Y querer,
Mal hablando, complacer;
Así que, tiene lugar
El triste de mal hacer,
Aunque no de aprovechar,
Y dañando,
Hace que burla burlando
De la mala relacion;
Al Rey, que le está escuchando,
Le queda mala impresion
Permanente;
Y aunque quiera el delincuente
Remediarla, ya no puede,
Porque continuamente
El Príncipe le concede
Sus oídos.
Guárdeos Dios de los ladridos
De los ocultos testigos,
De muchos son ofendidos
Aun de sus mismos amigos.
Fuera desto,
El andar siempre de presto
Y apresia por los señores
No es poco duro y molesto
A los pobres servidores,
Ser forzado,
Aunque mas estéis cansado,
De ir y venir por oficio
A palacio apresurado,
Por no faltar al servicio,
Muy ligero,
Y de andar al reterterero
De la sala á la capilla,
Tras las voces del portero
Y al son de la campanilla;
De manera
Que ni dentro ni defuera
De corte ni en la posada
Se puede tener, ni espera,
Hlora jamás descansada
Con sosiego,
Sin despecho y sin reniego,
De camino desoso,
De cosa que venga luego
A estorbarle su reposo.

LUCRECIO.

Bien lo creo,
Señor Prudencio, y deseo
Oír deso que decís;
Mas paréceme que veo
Esos de quien referís
Tantas penas,
Cargados de ropas buenas,
Joyas, alforros preciados,
Y de gentiles cadenas
Y collares adornados,
Que es señal
De hacienda y de caudal
Y bienes en abundancia;
Y así, no puede haber mal
Donde bulle la ganancia
Con honor.
Y tambien mirad, Señor,
Que la noble gente tal
A quien abriga el calor
De la vivienda real,
Los estiman,
Los ensalzan y subliman
Por ganalllos y tenellos,

Y se les pegan y arriman,
Y se favorecen dellos,
Por ganar
Por su medio y mejorar
Con el príncipe presente,
De do les suele quedar
En deuda perpetuamente;
Y he notado
Que me parece un estado
De calidad gloriosa
Ser el hombre así rogado
Para tan gloriosa cosa.

PRUDENCIO.

Tal es ella,
Lucrecio, si el conocella
Las gentes causa no fuese
De menosprecio y quereilla
Cuando falta el interese
O esperanza;
Que á la hora que se alcanza,
O viene en conocimiento
Ser el favor ó privanza
Desos á las veces viento,
Y en oliendo,
O con el tiempo sabiendo
Que bien no podeis hacelles,
Luego os va desconociendo
Mas de cuanto podeis selles
Provechoso;
Porque es ley y uso vicioso
De las cortes, do procede
Querer mal al poderoso
Y mofar al que no puede.
Bien sentís,
Lucrecio, desto que oís,
Que los mas andan vendidos,
Pues esotro que decís
De las ropas y vestidos
Y cadenas,
Que á las veces son ajenas,
Es una vana locura
De que van las cortes llenas,
Y lo nota la Escritura,
Si he mirado,
Diciendo el texto sagrado
Donde habla de san Juan:
«Los que visten delicado
En cas de reyes están.»
Y no son
De mas grado y condicion
Por ello, á mi parecer,
Porque aquella ostentacion
Una burla suele ser
Muy hermosa;
Que, aunque á la vista es graciosa,
Muchos dellos hallaréis
Que no tienen otra cosa
Mas de aquello que les veis
Sobre sí;
Muchos de los cuales vi
Andar arrastrando seda
Y brocado y carmesí,
Sin saber qué era moneda
Ni doblon;
Cargados de presuncion,
Ir con su rico collar
A comer á un bodegon
Y á dormir en un pajar.
Ni creais
Que los oros que mirais
En algunos cortesanos
Sean, como vos pensais,
Ganados allí á sus manos,
Ni que crecen
Todos los que se engrandecen
Por su vida, órden ni ley,
Ni que todos se enriquecen
Los que andan cerca del Rey;
Que muy dura
Es la ganancia, y escura,
De los que en cortes afanan,

Y muchos por su ventura
Pierden allí mas que ganan;
Que por ir,
Como suelen, á cumplir
Con sus honras á la raza,
Yendo ricos á servir,
Vuelven pobres á su casa
Y gastados,
Porque, sin otros cuidados
Que reyes deben tener,
Siempre están necesitados
De otros y han menester
Valedores,
Y los pobres servidores
Sacan dellos poco zumo;
De suerte que los sudores
Se les convierten en humo;
Si no fueren
Los que tienen mas que quieren
Por venturas especiales,
O los que á cargo tuvieron
Oficios interesales,
Como ya
Os he dicho, y así va;
Que á los otros desdichados
Solo el sueldo se les da,
Y aun de aquel no son pagados
Sin ruido;
Que acaece estar comido
Y el cortesano empeñado,
Y no haber dél recibido
En dos años un ducado,
Trabajando
En este medio y sudando
Por caminos y carreras,
Hacienda y cuerpo gastando
De mil suertes y maneras;
Y sabido
Lo que de ello ha merecido,
Y lo que se espera de ello,
Es el hombre andar molido,
Y el principe no sabello.
Y es gran mal,
Siendo el servicio leal,
Y que el señor le reciba,
El galardón no ser tal,
Y navegar agua arriba
Sin favor;
Pero aun suele ser peor,
Que habiendo algunos servido
Gentilmente á su señor,
Y hecho lo que era debido,
En monada,
Por algo que no le agrada
O por cualquier sospechuela,
Es la gracia rematada,
Y apagada la candela.
Pues que os diga,
Y hasta el cabo prosiga
Otros duelos no livianos
De congoja y de fatiga
Que pasan los cortesanos;
Novedades,
Mudanzas, dificultades,
O de asiento ó de camino,
Trabajos, necesidades,
Y otros que de continuo
Se padecen,
Y especial los que se ofrecen
Al partir de algun lugar,
Y se juntan y recrecen,
Seria nunca acabar;
Porque es vida
Sin reparo y dolorida.
Si no, ved si es harta plaga
En víspera de partida
No haber memoria de paga,
Y ciudades
Infinitos y pesados
De cosas que hay que hacer
Para estar aparejados,
Segun lo que es menester;

Pues partidos,
Aun los mismos favoritos
No carecen de dolores
Y contiendas y ruidos
Con los aposentadores,
Trabajando,
Padeciendo y tolerando
La misma vida inquieta,
Y por fuerza madrugando
A la voz de la trompeta
Que los llama,
Y á las horas que mas ama
Reposo la voluntad,
Y que de estar en la cama
Tienen gran necesidad.
Gaminando
El noble rey don Fernando
Con esa reina germana
De Toledo, no sé cuándo,
Por Córdoba la llana,
De pasada
Vi la corte aposentada
Toda y sus caballerizas
En una aldea cuitada
De siete casas pajizas,
Y llovía,
Que el cielo se deshacía,
Sobre la reina y las damas,
Y por otra parte ardía
Todo el campo en vivas llamas.
Unos daban
Voces porque se quemaban
Como si fueran herejes,
Y por otra parte andaban
Nadando los almofrejes;
Y veían
No pocos que no tenían
Mejor posada que el buey,
Y por fuerza se metían
En la cámara del Rey
En manada,
La ropa toda mojada
Dentro y fuera del lugar,
Que aun al fin de la jornada
Tuvimos bien qué enjugar
Y escurrir.
De aquí, Lucrecio, inferir
Podeis, poco mas ó menos,
Lo que es menester sufrir
En palacio muchos buenos;
Por lo cual
Dije y digo que esto tal,
Los que pueden excusallo,
Es de tenerse á mal
El sufrirlo y lacerallo.

LUCRECIO.

Semejantes ocasiones
De palacio y su vivienda,
Y trabajos y pasiones
Que manan de su contienda
Y porfia,
Bien creo que cada día
Son ordinarios allí;
Mas esto no bastaria
A ponerme espanto á mí,
Ni dejar
Por ello de ejecutar
El propósito tomado,
Si en lo que toca al medrar
No fuese tan estirado,
Ni los dones,
Mercedes y galardones
Con tanto pleito y cogijo
Como de vuestras razones,
Señor Prudencio, colijo;
Que sufrir
Trabajos por bien servir,
Y servir por merecer,
Y por merecer servir,
Dulce cosa es, á mí ver,
De prestado,

Porque, el trabajo pasado,
Quedará despues lugar
Para gozar lo ganado
Y tornarse á retirar.

PRUDENCIO.

¿Qué sabeis,
Lucrecio, si lo podréis
Hacer como lo pensais,
Y si de corte saldréis
Si una vez en ella entráis
A probar
Lo que sabe su manjar?
Porque, segun su natura,
No os podréis aconhortar
Ni tolerar por ventura
Buenamente
Con paciencia suficiente
Las molestias enojosas
Que allí hay, y mayormento
Viendo ser infrutuosas.
Y si os prende,
Muda y enlambia, y enciende
Y trastrueca el pensamiento,
No podeis libraros dende
Ni dejar su seguimiento,
Segun hace
Con muchos á quien aplice,
Como Circe á gente mucha,
Que la fuerza á que se enlace
Despues que una vez le escucha.

LUCRECIO.

Ya yo sé,
Por lo que entendido he
Hoy de vuestra relacion,
Que carecer no podré
De fatigas y pasión
Si una vez
Se me pegare la pez
De palacio ó su pesebre;
Mas quien quiere comer nuez
Es menester que la quiebre,
Aunque dura;
Pero desa otra locura
De prender mi voluntad,
La cosa está muy segura,
Porque es mi libertad
Muy preciada.

PRUDENCIO.

Eso de la nuez me agrada
Que lo hagais por despedida;
La cual, despues de quebrada,
Suele hallarse podrida,
Hecha heces;
Y las verdaderas nueces
Son las costumbres humanas,
Que en palacio muchas veces
Peligran y salen vanas
Y viciosas,
Y aun las de sí virtuosas;
Con algunas ocasiones
Estraga el uso de cosas
Y malas conversaciones;
De do vino
Aquel proverbio latino,
Que *corrumpunt bonus mores*
Colloquia pravi, y continuo
Se mudan con los honores.
Su consorte
Es otro antiguo deporte,
Que dice y habla con vos,
Que se aparte de la corte
Quien quiere estar bien con Dios;
Porque allí
Cumple, segun aprendí,
El que quiere sacar fruto
Tener alas de nobli
Y ser doblado y astuto,
Lisonjero,
Disimulado y artero,

Mostrando doblada cara ;
 Porque no vale un dinero
 La verdad desnuda y clara ,
 Fiel y pura ,
 Sino usar de la natura
 De Prometeo, que podia
 Transignar su figura
 En todas cuantas queria ;
 Y fingir
 Sin gana á veces reir,
 Sin gana á veces llorar,
 Por agradar y servir,
 Conplacer y granjear
 Los privados ,
 Y despues de granjeados ,
 Quando ya pensais tenellos
 Con servicios obligados ,
 Teneis poca parte en ellos.
 Nadie-osa
 Sin su ayuda peligrosa
 Pedir un maravedi.
 Daíse aviso de una cosa ,
 Y tómalas para si ,
 Sin cuidado
 De vos, que les habeis dado
 El aviso, y sin conciencia,
 Sobre haberos desollado,
 Quieren gracia y obediencia
 Con franqueza ;
 De suerte que su grandeza
 De provechos es desnuda ;
 Para otros es simpleza
 En sus palabras y ayuda
 Confiaros ,
 Porque, en lugar de ayudaros ,
 Si no interviene lo hecho ,
 Suele mas veces dañaros
 Que no haceros provecho.

LUCRECIO.

Ya que sea
 La gente de esa ralea ,
 Sin amor, sin caridad ,
 Y que en ellos no se vea
 Señal cierta de amistad ,
 Es de creer
 Que debe siempre haber
 Otros de otra condicion ,
 En quien se pueda tener
 Confianza y devocion
 Y alegria ;
 Y asi, entiendo cada dia
 Haber muchos cortesanos
 En muy dulce compañía ,
 Andar juntos como hermanos
 Y parientes ,
 Y parando en ello mientes
 Y pasándolo de espacio ,
 Creo haber muy excelentes
 Amistades en palacio
 Por abrigo ;
 Y asi, hablando conmigo ,
 Pienso hallar y tener
 En la corte algun amigo
 De quien me favorecer.

PRUDENCIO.

Vos podeis.
 Será cierto que hallaréis
 No solo, Lucrecio, alguno,
 Mas ciento si los queréis,
 Pero cual cumple, ninguno ;
 A manadas ,
 De fuera y en sus posadas ,
 Hallaréis mil de continuo ,
 Amigos de honetadas ,
 Sálveos Dios, taza de vino ,
 Con malicia ,
 Porque do reina codicia
 Es fingida la alicion ;
 La regla de la amicia
 Que compuso Ciceron
 Falta y yerra ;

Que amigo de buena guerra ,
 Leal, seguro y secreto ,
 Es ave rara en la tierra ,
 Semejante á cisne prieto.
 Mas notad
 No haber, Lucrecio, amistad
 En ninguna profesion
 De menos sinceridad
 Que los de la corte son ;
 Que notados
 Uno á uno los estados ,
 Haciendo dellos testigos ,
 Aun entre bravos soldados
 Suele haber fieles amigos ;
 Mas acá
 En corte apenas habrá
 Una amistad verdadera ,
 Porque comunmente va
 Interesal, lisonjera
 Y fundada
 En otras cosas de nada ,
 Livandades y placeres ;
 Y en esto es diferenciada
 De la de los mercaderes
 Solamente ,
 Que son rica, honrada gente ,
 Si tambien no pospusiese
 Al amigo y al pariente
 Y á cualquier otro interese ,
 Por ganar.
 Asi que, podeis pensar,
 Por estas razones llanas ,
 Haber poco que esperar
 De amistades cortesanas
 Ni aficion
 De sola conversacion ;
 Que aunque acierta en calidades ,
 Nunca hay confederacion
 De conjuntas voluntades
 Con verdad ,
 Porque alli la enemistad
 Es natural y vecina ,
 Y la amiga caridad
 Extranjera y peregrina ;
 Y lo bueno
 Es, que andando todo lleno
 De finezas y malicias ,
 Se os meterán en el seno
 Muchos haciendo caricias
 Amorosas
 Con palabras engañosas
 Y fingiendo ofrecimiento
 Por daros á entender cosas
 Que no tiene en pensamiento ,
 Y las calla
 Hasta que camino halla ,
 Si en hablar no sois discreto ,
 De descoseros la malla
 Y sacar algun secreto ;
 Y sacado ,
 Vos pensad que le habeis dado
 Cuchillo con que os degüelle ,
 Y despues de degollado ,
 Aun os abra y os desuelle ;
 Mayormente
 Si del hacedlo se siente
 Algun provecho cercano ,
 No será mas negligente
 En ganaros por la mano ,
 Y escondella
 Despues de haberos con ella
 Tirado la piedra y hecho
 Todo el daño, estorbo y mella
 Que puede en vuestro derecho
 Y partido.
 Cosas han acaecido
 A mi mismo en esta parte ,
 En que no poco ofendido
 Me senti de cruel arte
 Por aquellos
 De quien, fiándome dellos ,
 Pensaba ser ayudado ,

Y me hallé por creellos
 Prevenido y salteado.
 Es locura
 Y prenda poco segura
 La amistad en confusion
 De corte, porque no dura
 Mas de cuanto la ocasion ;
 Que si fueron
 Amistades que nacieron
 Por interese, aunque aplacen ,
 Como por él se hicieron ,
 Por él mismo se deshacen
 Y se quitan ;
 Que los que las solicitan ,
 Aquellos las desbaratan ,
 Y los que mas se visitan
 Son los que peor se tratan ;
 Y el primor
 De hablarse con amor
 Son armas con que se hieren ,
 Que á veces los que mejor
 Se hablan, peor se quieren.

LUCRECIO.

Bien está ,
 Señor Prudencio, que ya
 Entiendo bien esa cosa ;
 Y pues con amigos va
 En corte tan achacosa ,
 No querellos
 Ni perder tiempo tras ellos
 Será la cuenta derecha ;
 Y así, no pienso con ellos
 Tener amistad estrecha ,
 Sino ir
 Determinado á servir
 Al señor que Dios me diere ,
 Hasta medrar ó morir
 Lo mejor que yo pudiere ,
 Y tener
 Confianza de valer
 Por solo mi buen servicio ,
 Sin de nadie pretender
 Socorro ni beneficio ,
 Que haya alli.

PRUDENCIO.

Hacedlo, Lucrecio, asi ;
 Que al fin la pena es mas leve
 Quando el hombre está de si
 Satisfecho, como debe ;
 Y aunque en vano ,
 Yendo por camino llano ,
 El galardón le suceda ,
 El se paga de su mano
 Con la virtud que en él queda ;
 Mas querria
 Avisaros todavia ,
 Como á quien soy obligado ,
 Que vais tras vuestra porfia
 Algo menos conliado ;
 Que mas quiero ,
 Sea rey ó caballero
 O cualquier otro señor ,
 De quien pretendo y espero
 Premio, merced ó favor ,
 Sola una
 Libra y onza de fortuna
 Para ser hombre de cuenta ,
 Que de otra virtud alguna
 Ni de méritos cincuenta ;
 Porque, dado
 Que el servir vaya ordenado
 De diligencia y cordura ,
 Todo al fin es excusado
 Quando no terciá ventura.
 Demás desto ,
 Yo, sobrino, os amonesto ,
 Antes de ir esta jornada ,
 Que mireis en aquel texto
 De la Escritura sagrada ,
 Que guardad
 Nos manda y desconfiar

De los principes humanos,
Pues salud y gloria dar
No está en ellos ni en sus manos;
Y el sentido
De este texto referido
Es, que los reyes no dan
A todos por lo servido
Igual precio del afán
Y bondad,
Ni miran la voluntad
Con que el servicio fué hecho,
Ni obra necesidad,
Sino solo su provecho.
¿Que pensais,
Lucrecio, si, como vais
A medrar y ser honrado,
Adoleceis y os hallais
Sin escudo ni ducado,
O si yendo
En el servir procediendo,
Sucede guerra ó motivo,
De vuestro deber haciendo,
Fuerdes por dicha cautivo,
Quién será
El que allí socorrerá
Para vuestra enfermedad,
O el rescate pagará
Para vuestra libertad?

LUCRECIO.

Pienso yo
Que el señor no olvida, no,
Siendo la causa tan suya,
Al que por él padeció,
Para que se restituya
Con honor;
Porque, como al servidor
Toca ser constante y fiel,
Así conviene al señor
No ser ingrato con él.

PRUDENCIO.

Con razon;
Mas tras esa devocion
No os metais en tales leyes;
Que muchos vi de prision
Olvidados por sus reyes,
Que cumplidos
Los servicios, y partidos
Del ojo los servidores,
Y los muertos y huidos
Presto son de los señores
Olvidados,
Y pocas veces pagados
Sin grandes dificultades,
Porque tienen mil cuidados
Y cien mil dificultades
Que cumplir.
Pues la causa de haber de ir
A palacio el que allí va
Es ambicion de subir
Donde por subir está.
¿Qué simpleza
Es prometerse riqueza
Donde tantos la desean
Y con tanta sutileza
La procuran y granjean,
Y tener
Animo de pretender
Oficios, cargos, honores
Donde tantos ha de haber
Hambrientos competidores,
Y pensar
De conseguir y alcanzar
Potencias, mandos y rentas
En parte que han de costar
Tantos peligros y afrentas!

LUCRECIO.

Todas son
Gran verdad en conclusion,
Señor Prudencio, esas cosas;
Mas cualquiera profesion

Tiene trechas trabajosas
Bien notadas.
Y todas examinadas
Las de palacio, á mi ver,
Serán las menos pesadas
Y mas dignas de escoger
Y seguir.
Y bien que contradecir
No puedo á vuestra sentencia,
Todavía querria ir
A verlas por experiencia;
Salvo si
Ya de todo punto aqui
Dais por cosa averiguada
No me convenir á mi
Proseguir esta jornada.

PRUDENCIO.

Yo no quiero,
Por esto que aqui profiero
Estorbar vuestro deseo,
Aunque sé ser verdadero,
Lucrecio, lo que os enseño;
Que ya sé,
Porque yo tambien pequé,
Que aun en las cosas muy buenas
No se da á las veces fe
A relaciones ajenas
Sin probarse
Y en presencia examinarse;
Porque hay pocos ó ninguno
Que quieran desengañarse
Por consejo de otro alguno.
Y es vedado
En cosas así de estado
Y eleccion de nueva vida
Dar consejo averiguado
A ninguno, aunque lo pida;
Mas yo os digo
Como no falso testigo,
Si mi voto se tomase,
Que ni á pariente ni amigo
Yo nunca le aconsejase
Emplear
Con codicia de medrar
En palacio su servicio
Mientras pudiera ocupar
Su tiempo en otro ejercicio
Menos duro,
Donde sea mas seguro
El bien, y con mas reposo,
Y el galardón mas seguro
Y el gozar menos dudoso,
Sin dolor;
Y donde, siendo menor
Por dicha la utilidad,
El gozo será mayor.
Mediante la libertad;
Que no alcanza
Igual bienaventuranza
Hombre en esta vida humana
Con todo el bien y prianza
De la vida cortesana;
Que por ser
May sujeta á padecer
Destá tan preciosa prenda,
Se debria posponer
A cualquier otra vivienda,
Y pensar
Que habiendo campos de arar
Y molinos de moler,
Huertas, viñas que labrar,
Y do sembrar y coger,
Y pudiendo
Pasar la vida leyendo,
En estudiar ó escribir,
Es yerro irla perdiendo
En la corte por servir;
Y gastalla
O rompella ó cautivalla
En lo mejor de la edad
Entre la chusma y canalla

Es desvarío y vanidad,
Hinchazon,
Necedad y presuncion,
Y soberbias y locuras,
Aguinas y ambicion,
Y otras tales desventuras;
Cosas vanas,
Altaneras y profanas,
Y muchas lisonjerias
Que las gentes cortesas
Platican noches y dias,
Muy ufanos,
Y entre mancebos livianos
Y caballeros gloriosos,
Galancetes y lozanos,
Estirados y orgullosos,
Que vagando
Por las calles cabalgando,
A las veces dan y prueban,
Ser mas bestias, bien mirando,
Que las mismas que los llevan;
Y otros tales,
Hombrés vanos, mundanales,
Y pueblo de poco vaso,
Que de virtudes morales
Se hace muy poco caso;
De manera
Que pasada la carrera
De la corte y su costumbre,
Cuando al cabo salis fuera
De la loca servidumbre
Por partido,
Veis que habeis envejecido
Entre injurias y querellas,
Y que habiéndolas sufrido,
Aun distes gracias por ellas.

LUCRECIO.

Evidente
Cosa es que comunmente
El mundo va de este modo,
Y do hay copia de gente
Es fuerza lo haya de todo;
Mas tambien
Entiendo hallarse quien
En vejez y juventud,
Sin engaño si desden,
Use en corte de virtud
Con los buenos,
Y se hallan por lo menos
No pocos, á lo que siento,
Que aun á los pobres y ajenos
Hacen buen acogimiento,
Honra y fiesta,
Y sin llorar lo que cuesta,
Reparten de lo que tienen,
Teniendo la mesa puesta
A cuantos entran y vienen,
Muy sin pena.

PRUDENCIO.

Cierto, Lucrecio, muy buena
Es esa costumbre tal;
Pero vos de tabla ajena
No hagais mucho caudal
Ni reparo,
Ni del socorro y amparo
De mesas de caballeros,
Que suelen costar mas caro
Que comprado por dineros.
Y es el cuento
Que en el uso y seguimiento
De este tal pan de dolor,
Ni suele quedar contento
Quien lo come ni el señor
Que lo da,
El cual ha de estar y está,
Sin haber por qué, obligado
A cada necio que va,
A tenelle aparejado
De comer;
Y el donaire suele ser

Que de aquellos que á tragar
Van por dos que dan placer,
Doce suelen enfadar
Al patron,
Porque la conversacion
De todos no es de una suerte;
Que mos dan recreacion,
Y otros son la misma muerte,
De pesados;
Y á veces los convidados
Faltan cuando los querrian,
Y cuando están desennidados
Acaden mas que debrian.
Y el que viene,
Si el dicho señor no tiene
May á punto la comida,
Tambien es fuerza que pene
Esperando su venida,
Tras la cual,
Como cosa principal,
Se pierde lo mas del día;
Que seria menos mal
Pasalla en una hosteria
O meson.
Pues si veis la confusion
De la corte, veréis luego
Que el mar, con su alteracion,
No tiene menos sosiego.
Distruido
Anda siempre allí el sentido,
El ánimo enludado
En mil partes repartido,
En ninguna con reposo.
Toda cosa,
Aunque parezca sabrosa
Y próspera en lo presente,
En palacio es trabajosa,
De descanso careciente.
No hay lugar
Ni tiempo tan sin pesar,
Tan libre, tan reservado,
Do quien sirva pueda estar
Sin miella de algun cuidado.
Aun comiendo,
Cenando, y aun durmiendo,
Por respeto de servir,
Se ha de estar siempre diciendo
Que aun hay algo que cumplir;
De manera
Que do quiera y como quiera,
La mas dulce servitud
Desasosiega y altera
Y es causa de inquietud
Y amargura;
Y el que descanso procura
En corte, no piense habello;
Que mientras el servicio dura
Es imposible tenello;
Ni lo espere
Quien tras reyes anduviere,
Porque ellos mismos aquí,
Mientras otro mundo no hubiere,
No lo tienen para sí.
Pues pensad
Que faltando libertad
Al que sirve y á su dueño,
Cualquiera prosperidad
Debe tenerse por sueño
Y se olvida,
Pues la libertad perdida
Y el trabajo, aunque se acierte,
Anda en cuenta con la vida,
Y el descanso con la muerte.

LUCRECIO.

No creyera,
Señor Prudencio, que hubiera
En la vivienda de corte
Tantos duelos, ni que fuera
Tan sin placer y deporte,
Como entiendo
De lo que mostráis diciendo;

Que si otro lo dijera,
Menos crédito teniendo
Que vos, yo no lo creyera
Sin proballo;
Pero, como veo y hallo
Ir tantos aquel camino,
No facilmente á dejallo
Me persuado ni inclino.

PRUDENCIO.

Vos podréis
Hacer lo que bien veréis,
Si de vuestra condicion
Por ventura conocéis
Tan grande moderacion
Y templanza,
Que en parte que no se alcanza
Descanso podeis pensar,
Y do falta la esperanza,
Tan caro suele costar;
Porque son
De diversa inclinacion
Los hombres, y no se emplean;
Unos reciben passion
Con lo que otros se recrean;
Y así, hay tales
Que tienen por bien los males,
Y otros por malo lo bueno,
Segun veis que hay animales
Que su deleite es el cieno,
Agua, lodo.
En fin, por aquí va todo;
Que de todos es bienquisto
El apetito beodo.
Y yo me acuerdo haber visto
Mas de tres,
Aherrojados los piés,
Deleitarse en la galera;
Pero gran ventaja es
Mirarlos de talaquera
Cómo van
Con su miseria y afan
Muy contentos de engañados,
Y pocas veces están
En un lugar reposados,
Porque andando
Tras reyes devaneando
En vivienda peregrina,
Cada día enfardelando,
Porque siempre se camina
Sin reposo.
Y el que dél es deseoso
Y quieto de natura,
Ved si le será sabroso
No tener parte segura
De aposento;
Pero ya que esté de asiento
La corte en algun lugar,
Tampoco estará contento
El que piensa descansar,
Porque luego
Desaparece el sosiego.
Silencio y tranquilidad,
Y suceden en el juego
Estruendos por la ciudad
Y clamores
Tras los aposentadores,
Baraundas, turbaciones,
Alborotos y rumores,
Voces, gritos y quisiones
Y ruidos,
Alharacas y alaridos,
Y otras molestias y penas
Y bullicios desabridos,
De que andan las plazas llenas,
Y encontrones
Por las calles y cantones,
Que no podeis excusallo,
Embarazos y empujones,
Y aun pernadas de caballo,
Noche y día,
Y en lugar de policia,

Entre músicas y fiestas,
Desvergüenza y osadia,
Juegos y otras deshonestas
Alegrias,
Banquetes, borracherias,
Amores, disoluciones,
Tráfigos y burlerias
Y pecados á montones,
Muy sin cuenta,
Que do la corte frecuente
Suelen hacer residencia,
Porque el vicio se aposenta
Con muy bastante licencia
A placer.
Y si mas quereis saber
Del cortesano ejercicio,
Sabad que el aborrecer
Es el principal oficio,
Hazañar,
Meter mal y blasfemar,
Holgar, burlar y mentir,
Revolver y tragar,
Murmurar y maldecir
Muy frecuente,
Por do queda al que esto siente,
Viendo el tiempo malgastarse,
Decir dél mas propriamente
Perderse que no emplearse,
Pues se va
Tras solo lo que les da
A entender la voluntad,
Y apenas hay hombre allá
Sin secreta enemistad;
Y es de ver,
A quien lo sabe entender
Y desto tiene noticia,
Publicarse el bien querer
Y encubrirse la malicia,
Componiendo
Alegre rostro, temiendo,
Con los ojos halagando,
Con la boca bendiciendo
Y con el alma tirando
Sacradas
Cruelles, enherboladas,
Deseando verse allí,
Las cabezas derribadas,
Uno á otro cabe si
Con reñer;
Mas mirad otro primor.
Que al principio aun habrá alguno
Que os muestre y tenga amor,
Y andando el tiempo, ninguno,
Aunque deis
Por ello cuanto teneis,
Y lo hayáis bien merecido;
Vos tampoco no teneis
Amor á nadie cumplido
Ni de veras;
Que las artes y maneras
De corte, cuando se enticuden,
Van descubriendo manqueras
Con que los hombres se ofenden
Y aborrecen;
Y así, los que permanecen
En palacio lueganamente
Mas estudian que enriquecen,
En huir de inconveniente
Y mirar
De quién se deben guardar,
Sabiendo haber enemigos
Con quien han de conversar,
Y que aquellos son testigos
Avisados
Que andan dellos rodeados,
Y que el tiempo y seso apenas
Bastan para estar guardados
De las maldades ajenas;
Pues verdad,
Verdadera caridad,
En pocos vi que cupiese,
Salvo con necesidad

O con polvo de interese;
De lo cual
La causa mas esencial
Es la falta de virtud;
Pero tambien sale el mal
De sobra de ingratitud,
Que buscada,
Será do quiera hallada;
Pero la corte, á mi ver,
Es la mas cierta posada
Que se le puede saber;
Do veréis

No pocos á quien habréis
Hecho servicios sin cuento,
En quien despues hallaréis
Muy poco agradecimiento
O ninguno.

Ya diria yo de alguno,
Y aun de muchos que allí vi,
Especialmente de uno
A quien fielmente servi
Y ayudé,
Mas yo lo que dél saqué
Al cabo de la jornada
Fué malquerencia sin fe
Y enemistad declarada (2).

LUCRECIO.

Siendo eso
Verdad, segun del proceso
De vuestra relacion siento,
Yo conozco y lo confieso
Ser necio mi pensamiento,
Mayormente,
Pues se usa y se consiente
Que ingratitud prevalezca,
Que no hay vicio entre la gente
Que mas á Dios aborrezca,
Ni pecado
Claramente castigado
En el vicio Testamento
Con mas rigor y cuidado
Que desagradecimiento.

PRUDENCIO.

Con razon.
Pues demás desa pasion
Del estilo, orden y trato
De la corte, hay un monton
De otras cosas buen barato,
Do quien vive
Es causa que se cautive
En ellas muy á la clara,
Como en sus *Cartas* lo escribe
Fray Antonio de Guevara;
Que á su cuenta
Son ocho que andan en venta
En corte, do se platican,
Y sin empacho y afrenta
Se pregonan y predicán
Por verdades.
Mentiras y falsedades,
Nuevas vanas y fingidas,
Engañosas amistades
Hombres y hembras perdidas,
Y muy finas
Invidias allí continas
Y malicias redobladas,
Palabras locas malinas
Y esperanzas engañadas;
Y con estas
Andan tambien muy compuestas
Otras dolencias y males;
Unas pesadas, molestas
Y mas espirituales
Y perfitas,
Íras, zizañas secretas,
Odios, bandos, competencias,
Que enclavan como saetas
Las almas y las conciencias

(2) Algunas ediciones dicen:
Y enemistad de callada.

Y sentidos,
Con que muchos doloridos
Traen los bazoos hinchados
Y los livianos podridos
Y los higados dañados.

LUCRECIO.

Tantas cosas me decís,
Señor Prudencio, por ciertas,
Que no solo me rendís
Á meterme por las puertas
Del error,
Pero para aborrecer
Toda vida cortesana,
Y serle, sin la saber,
Como á religion profana,
Enemigo.

PRUDENCIO.

Pues creedme por testigo,
Lucrecio, sin duda alguna;
Que todo cuanto aqui digo
No es de treinta partes una
De los males
Continuos y generales
Que á cada paso se ofrecen,
Y trabajos desiguales
Que en la corte se padecen
Con dolor;
La cual sin duda es mejor
Para de lejos oílla
Por vía de relator,
Que para vella y seguilla
Ni gustalla,
Y sin entrar en batalla,
Saber lo que pasa en ella,
Que para experimentarla
Con engaños y querella;
En la cual
El que no tiene caudal
Ni favor está obligado;
Y el que vale es por lo tal
Perseguido y odiado,
Sin poder
Excusallo, y viene á ser
Que ni el pobre mantenerse
Ni alcanzar para comer,
Ni el rico puede valerse,
Con tormentos
Que les dan los pensamientos;
Y así, viven afligidos,
Y son pocos los contentos
Y muchos los aborrecidos
Con pasion,
Y es la causa la ambicion
Con que todos van á dar
Á enderezar su intencion
De privanzas y medrar;
Y así es
Que muchos mueven los piés
Por ganar de cualquier modo,
Y al fin uno ó dos ó tres
Lo vienen á mandar todo
En monton;
Por do digo en conclusion
Que la corte y sus cuidados
No es buena de condicion
Sino para los privados
Favoridos,
Que con los brazos tendidos
Recogen los frutos della,
Y mancebos atordidos
Que no saben entendella,
Ni entendida,
Saben tomalle medida
Ni tiento en ninguna cosa.
Es verdad pues que la vida
De palacio es muy sabrosa,
Descansada,
Apacible y concertada,
Teniendo della noticia,
Para que, siendo gastada,
Nos pongan mucha codicia

Sus extremos,
Sino que allí padecemos
Hambre, sed, causancio y frio,
Y duelos mas que podemos,
Del invierno y del estío,
Y pobreza,
Pesadumbres y gravezas,
Odios y persecuciones,
Disfavores y tristezas,
Enojos y tentaciones,
Y otros tales
Inconvenientes y males
Que sin fin contar podría;
De que las cortes reales
Andan llenas todavia;
Mas notad
Que muchos, á la verdad,
Sufren miseria importuna
So color de libertad,
No teniendo allí ninguna
Conocida,
Y porque no hay quien les pida
Cuenta de la vida ociosa,
Ocupada y consumida
En holganza trabajosa,
De do mana
Otra costumbre muy vana,
Que es darse á conversaciones
Livianas, do no se gana
Sino inútiles pasiones
Muy pesadas
Y aficiones excusadas
Para mayor perdimiento;
Por accidente tomadas,
Y fundadas en el viento.

LUCRECIO.

Desa suerte,
Peor que la misma muerte
Es la vida cortesana,
Pues al cabo se convierte
En una locura vana;
Y sería
Aun mas locura la mia
Si lo que antes que os oyese;
Como ignorante, quería,
A sabiendas lo hiciese,
Sin estar
Muy seguro de ganar;
Y tengo por dicha buena
El poder escarmentar
Con tiempo en cabeza ajena;
Bien que veo
Cosas que pide el deseo,
No yendo por otras vías
Sin grandísimo rodeo,
Cómo vengan á ser mías.

PRUDENCIO.

Mucho importa
Al hombre, si se aconhorta
De con poco contentarse,
Porque en esta vida corta
No puede todo gozarse
A la larga;
Antes á veces la carga
De bienes es desabrida,
Y se siente mas amarga
Al tiempo de la partida.

LUCRECIO.

Pues ¿por qué
Con tanto cuidado y fe
Buscan los hombres riqueza?

PRUDENCIO.

Por Dios, Lucrecio, no sé,
Sino por una simpleza
De gozar
En este mundo, y dejar
A los hijos cuando mueren,
Por lo cual suelen llegar
A no saber lo que quieren,

Y sufrir
Trabajos hasta morir
Tras los reyes y señores,
Por alcanzar con servir
Sus mercedes y favores,
Señorios
Y bienes con que baldíos
Sus hijos tomen placer.

LUCRECIO.

Yo por dejar á los míos
No querría padecer
Un mal día;
Mas por propia causa mía
Y mejorar mi partido,
Cualquier afán tomaría
Por ser del Rey bien querido
Y privado.

PRUDENCIO.

Va os he dicho ser estado,
Por una parte pomposo,
Rico, soberbio y honrado,
Y por otra peligroso;
Por lo cual
Yo para mí en especial
No querría, antes me temo
Que el Rey me quisiese mal,
Pero ni bien en extremo;
Porque amor
Es muy grave engañador,
Y así lo son, so sus leyes,
Las privanzas y favor
De los príncipes y reyes;
Y el saber
Es, pudiendo no los ver,
Honrarlos sin conocellos,
Y teniendo de comer,
No tener parte con ellos;
Porque al precio
Que lo dan, pensad ser necio
El que mucho lo porfia,
Y si me creéis, Lucrecio,
Buscando por otra vía
Cual quisiereis,
Que siendo los años verdes,
Podeis hallarlo de espacio;
Y huid mientras pudiesdes
De la prision de palacio.

LUCRECIO.

Así espero
Hacerlo, Señor; mas quiero
Avisar que esta consulta
Quede, cuanto á lo primero,
Entre nosotros oculta
Solos dos,
Y el tercero será Dios,
Porque la gente no entienda
El mal que me decís vos
De la corte y su vivienda,
Ni do quiera
Sepan la triste manera
Del proceder y vivir;
Que no habrá después quien quiera
Ir á palacio á servir
De su grado,
Y vos quedaréis culpado
De los príncipes por ello.

PRUDENCIO.

Careced deste cuidado,
Que no hay por qué tenello,
Ni pensar
Que mientras durare el mar
Los peces han de ser pocos,
Ni en tierra podrá faltar
Copia de necios y locos
De opinion,
Que con codicia y pasión
Se van tras el apetito;
De que, según Salomon,
Es el número infinito,

Que por ver,
Y por probar y saber,
Buscan la corte de veras,
En quien pueden escoger
Los príncipes como en peras.

LUCRECIO.

Pues así
Es, y no me cumple á mí
La tal profesion de vida,
Según habeis dicho aquí,
Y yo la tengo entendida,
Como veis,
Suplicoos, Señor, mireis
Por otra que mas convenga,
Y cerca de ella me deis
Buen consejo á que me atenga.

PRUDENCIO.

A la llana
Haré de buena gana,
Lucrecio, por complaceros;
Volveréis acá mañana,
Y habré de satisfaceros.

CONSILIATORIA

AL REY DE ROMANOS DON FERNANDO.

Sacra católica real majestad: De muchas trovas que en diversos tiempos he hecho, ninguna he presentado á vuestra majestad, por ser ejercicio de tan poca estima y no digno de hacerse cuenta dél; agora, por emendar lo pasado, me ha parecido ofrecer á vuestra majestad la presente obrecilla que aquí va, hecha después que entró el año nuevo, con el regocijo dél. Suplico á vuestra majestad la reciba con su acostumbrada gracia y benignidad, y no juzgue ni condene mi seso por hacer coplas; que antes de industria le ocupo en ellas, por no acabarle de perder con el enludo de tan larga enfermedad y ocio trabajoso. Y si vuestra majestad, mientras esta dura, quisiere emplearme en este ejercicio, aunque sea poco á propósito de sus cuidados, mándeme dar el argumento de su intencion, porque sirva de algo durante el tiempo desta prision en que estoy, donde no puedo ser de provecho para otra cosa; y junto con esto, me dé vuestra majestad por libre y desculpado de la liviandad de hacer esto, en tanto que no lo estoy de la persona para ocuparme en otro oficio de mas importancia en servicio de vuestra majestad, cuya muy alta y esclarecida persona, etc. De Vienna, á ocho de enero de quinientos y cuarenta y un años.

CONSILIATORIA.

Mientras voy en seguimiento
Desta salud fugitiva,
Por desmentir mi tormento
Busca el triste pensamiento
Alguna cosa que escriba;
Mas la memoria grosera
Y el juicio está ya tal,
Que de la pobre minera,

Por falta de buen metal,
No sale sino fruslera.

De la cual, cual es ó fuere,
Vuestra real majestad
Tomará, si le pluguiere,
No lo que yo mal dijere,
Mas mi buena voluntad;
Y con ella le suplico
Me dé favor, porque quiero
Ser, por lo que aquí publico,
Mas pobre y no lisonjero,
Que no lisonjero y rico.

Tachas de príncipes son
Comunes, cual mas, cual menos,
Guiarse por atencion
En la paga y galardón
De los malos y los buenos;
Y también no se dolo
De mal ajeno de alguno
De quien quiera carecer,
Ni acordarse de ninguno
No le habiendo menester.

Otras faltas ballaría,
Según este mundo es,
De que decir se podría;
Mas para la intencion mía
Bastan solas estas tres;
Y de ellas á los presentes
Príncipes y á los que fueron
En el trato de las gentes
Se siguen y se siguieron
Muy grandes inconvenientes;

Porque ya por la primera,
Que es el dar sin discrecion
A cualquiera y como quiera,
Es que ofende en gran manera
La justicia y la razon.
Allende que es cosa fea
Ante Dios, y muy gran vicio,
Que donde el hombre se emplea,
Siendo igual el buen servicio,
El galardón no lo sea.

Mas los reyes, sin mirar,
A unos dan cuanto quieren,
O se lo dejan tomar,
Y á otros dejan estar
Hasta que de hambre mueren;
Y en este tan mal partido
Queda el príncipe engañado,
De ambas partes ofendido,
Del rico menospreciado
Y del pobre aborrecido.

Y desta desigualdad
Viene el servicio á ser duro,
Hecho sin fidelidad,
Que es por la necesidad
Y por interese puro;
Y los buenos servidores
Se convierten en tiranos,
Viendo que con sus señores
Les han de valer las manos
Mas que virtud y primores.

La cual falta de cordura
A muchos reyes pasados
Causó vida mal segura,
Y les puso en aventura
Las honras y los estados,
Según se puede probar
Por ejemplos evidentes,
Mas que podemos contar
De príncipes excelentes
Y muy dignos de notar.

Pero baste el rey don Juan,
Que es persona conocida,
El cual por este desman
En contiendas y en afán
Consumió toda la vida;
Y don Enrique el postrero,
Su hijo, que sucedió,
Que por dador mal granjero

Como necio se perdió,
Siendo rey sabio primero.

Demás desto, ¿quién exenta
A ningún rey y señor
De haber de dar á Dios cuenta
De su casa y de su renta
Como cualquier labrador?
Y de los cinco talentos
Que el Evangelio les carga,
¿Quién allá los hará exentos
De dar la cuenta tan larga
Como los mas avarientos?

Acá por ser descuidados
En cosa que tanto va
Son del mundo importunados,
Y serán despues juzgados
Por ello mismo acullá;
Adonde como pecado
No digno de perdonar
Ha de ser lo aquí mal dado,
Y lo dejado de dar
Igualmente examinado.

¡Oh gran bien, si se ordenase
Que ningún príncipe diese,
Para que dando ganase
Al que se lo demandase
Sino al que lo mereciese!
Porque la liberalidad
No hecha segun justicia
No es franqueza ni bondad,
Sino causa de avaricia
Y muestra de liviandad.

De donde se sigue y viene
El otro yerro segundo,
Que el tal príncipe no tiene,
Si acaso no le conviene,
Companion de hombre del mundo,
Ni usa de caridad
Con aquel que la merece,
Ni sabe qué es piedad,
Y siendo humano, carece
De la misma humanidad.

De suerte que el mas pulido
Y sabio servidor fiel,
De su presencia partido,
Luego se pone en olvido,
Y no hay mas memoria dél.
Pues ¿qué si muere el cuitado,
Que no se espera ver mas?
Aunque haya sido privado,
Ya para siempre jamás
Queda del libro borrado.

Y en este caso, á mi ver,
Por no perder el favor,
Por ventaja tengo ser
El hombre quizá mujer,
O truhan ó cazador,
Caballo, perro ó halcon,
Y otras tales extremos,
Segun fuere la afecion
Del príncipe que tenemos,
Y segun su inclinacion.

Mas no por eso las gentes
Deben culpar á los reyes
Que en esto son negligentes,
Pues con sus mismos parientes
Usan de las mismas leyes;
Con los cuales par á par
Tienen la memoria muerta
Para nunca se acordar,
Si acaso no los despierta
Ocasión particular.

Y mirando estos errores
El vulgo como testigo,
Dice bien que los mayores
Reyes y grandes señores
No tienen deudo ni amigo,
Ni apenas hombre de quien
Se fien seguramente
Sin lisonja ni desden,

Aunque sea su pariente,
Porque á nadie quieren bien.

Mas en esto tambien ellos
No viven muy engañados
Con quien sabe conoçellos;
Lo mismo hacen aquellos
De quien van mas rodeados;
Y por el mismo rasero
Son medidos en Medina,
Do precian mas el traperio,
A fuer de la Fiorentina,
Las botas que al escudero.

Por tanto, si bien queremos
Considerar nuestro estado
Los que bajo lo tenemos,
En algo le hallaremos
De reyes aventajado;
Porque á lo menos gozamos
De los frutos de amistad
De aquellos á quien amamos,
Y del amor y verdad
De los con quien lo tratamos.

Mas todo nuestro gazar
Y toda nuestra ventaja,
La ceguedad del reinar
Y dñzura de niandar
No lo estima en una paja;
Que cuando bien lo buscareis,
Por do quiera que quisieris,
Será mucho si hallares
Rey que por nuestros placeres
Quiera trocar sus pesares.

De do nace que, cercados
De mil trabajos y llenos
De sus duelos y cuidados,
Los vemos tan apartados
De pensar en los ajenos;
Y así se les endurece
El corazon de metal,
Y el sentido se adormece
Para no sentir el mal
Del prójimo que padece.

Y la caridad preciosa,
Paciente, benigna y rica,
Que snele, de piadosa,
Sufrir y dar toda cosa,
Como san Pablo predica,
Está dellos tan ajena,
Que aunque quieran esforzarse
Y tener la intencion buena,
No pueden apiadarse
De ajeno daño ni pena.

Escribese de un señor,
Desto que quiero decir,
Que habiéndole un servidor
Servido con mucho amor
Un gran tiempo sin pedir,
Por una merced ligera
Que le pidió finalmente,
Como si nunca le viera,
Con turbado continente
Le preguntó cuyo era.

Ved qué memoria tan fina
La de Claudio, emperador,
Que habiendo por Agripina
Hecho matar con rigor
A su mujer Mesalina,
Asentándose otro día,
Segun costumbre, á comer,
Sin mirar lo que decia,
Preguntó por su mujer,
Como otras veces solia.

Al revés de tal olvido
Entra el tercero pecado,
Que es, por contrario partido,
Con otros que habréis oido,
Acuerdo demasiado,
Cuando por utilidad,
Como hombres interesales,
Por antojo ó voluntad,

Tienen los príncipes tales
De alguno necesidad.

Mediante la cual se miden
Con él en todo lugar,
Y le buscan y le piden,
Y aunque el quiera que le olviden,
No le quieren olvidar;
Antes, á fuer de quien ama,
No le dejan hora cierta
Ni en la mesa ni en la cama;
Que ya luego está á la puerta
El portero que los llama.

Mas esta buena ventura
Que á muchos hombres aplace,
No es de jiro ni segura,
Pues no dura mas que dura
La causa por que se hace:
Que en aquel mismo momento
Que esta pasa, va con ella
Aquel sopllito de viento,
Y se vuelve en mas querella
El mayor contentamiento.

Por lo cual los servidores
Que saben destos ñublados,
Procuran por sus primores
De tener á sus señores
Contino necesitados,
Y huelgan de su pobreza
Porque aquella es su abundancia,
Su bajeza es su grandeza,
Su pérdida es su ganancia,
Y su falta es su riqueza.

Esto es tras lo que van
Estos lobos tragadores,
Porque, segun el refran,
A rio vuelto tornán
Ganancia los pescadores;
Y á esta causa el rey debria,
Por huir tal embarazo,
No dar por ninguna vía
Jamás á torcer el brazo
Sino do virtud le guia.

Gran bajeza y poquedad
Es de un rey ó emperador,
Por propia comodidad
Abatir su autoridad
A ningún otro señor;
Cuanto mas á los menores,
Personas viles, soeces,
Perversos y robadores,
Segun vemos muchas veces
Hacerse con mil traidores;

Y darse grandes estados,
Oficios, grandes mercedes,
Dignidades, obisposados,
A hombres falsos, malvados,
Mas dignos de dos paredes;
Y hacerse en conclusion
Por la privada salud
Lo que nunca por razon,
Por méritos ni virtud
Venia en ejecucion.

Mas puede ya tanto el vicio
Con esto, que aunque del daño
Tengan los reyes indicio,
Lo reciben por servicio,
Aunque es manifiesto engaño;
Y así se dejan vencer,
Que aunque saben que son malos,
Se les quieren someter,
Y los hacen mil regalos
Cuando los han menester.

Dióse la muerte Caton
Por no mostrar que tenia
Necesidad de perdon,
Ni venir en posesion
De César, que lo seguia;
Y Cleopatra, mujer,
Tambien usó de su mano
Por no dejarse torcer

De César Octaviano,
Ni meterse en su poder.

A la persona real
Cosa parece muy fea
No ser con todos igual,
Y mostrarse interesal
Por ningún cuento que sea;
Y su muy gran dignidad
Les debe poner vergüenza
De que en magnanimidad
Otro ninguno los venza
De no tanta calidad.

Que á veces entre estos tales,
So las ropas de labores,
Se hallan viles metales,
Y debajo de sayales
Animos de emperadores;
Que la gracia y gentileza
Del ánimo liberal
No consiste en la grandeza
Del estado temporal,
Sino en la propia proeza.

Lo cual si quieren tener
Los reyes do debe estar,
Debrian no anteponer
Su provecho y su placer
Al bien común, y guardar
Que no se ofenda o condene
El nombre que Dios les dió,
Y si necesidad viene,
No mirar la suya, no,
Mas la que dellos se tiene.

Y no consentir entrar
Avaricia en sus confines,
Ni por su particular
Interese halagar,
Ni someterse á ruines;
Y huir del lisonjero,
Y no gustar de su miel,
Y abrazar al verdadero,
Aunque no pretenda del
Utilidad ni dinero.

Contra los tres que aquí reza
Esta trova, á lo que alcanza,
Hay cuatro de mas firmeza,
Justicia con fortaleza
Y prudencia con templanza;
Y estas pueden dar victoria
Al rey que las llega á sí,
Con que de dulce memoria
Le quede derecho aquí,
Y acullá de eterna gloria.

Ya no sé mas que decir,
Mas dijera si supiera;
Lo dicho podrá servir
De dar cansa de reir
A quien dello hurtar quiera.
A lo cual echando el sello,
Pongo silencio á la boca,
Y si de lo que querello
A alguno algo le toca,
No deje de ver en ello.

Á LA CORTESÍA.

Al sonido de la fama,
De oídas enamorado,
Puse todo mi cuidado
En la busca de una dama
De valia,
Que se llama Cortesía,
De todo el mundo bienquista,
Pero de ninguno vista
Jamás de noche ni día.

Hela buscado en España,
Francia, Italia, Esclavonia,
Flándes, Polonia y Hungría,
Inglaterra y Alemaña;
No he dejado,

Finalmente, en lo poblado,
Desde el uno al otro norte,
Reino, palacio ni corte
Donde no la haya buscado.

Con diligencia sagaz
He dado vuelta á la tierra
Entre la gente de guerra
Y entre la gente de paz.
Un correo
Soy hecho en este deseo
Por la tierra y por la mar;
Oyola en cada lugar,
Mas en ninguno la veo.

Búscola por los caminos,
Por las calles y cantones,
En las casas y mesones,
Entre amigos y vecinos
Y parientes,
Por las plazas, por las puentes,
En las iglesias y altares,
Y por todos los lugares
Donde hay concurso de gentes.

Las mesas también busqué,
Do suele ser convidada,
Y tampoco hallé nada
A que pueda darse fe,
Ni pensallo.
Búscola á pié y á caballo,
Pregunto acá y acullá;
Todos dicen «aquí está»,
Mas, en fin, yo no lo hallo.

Fuime á Roma, en conclusion,
Por estar allí la silla;
Remitiéronme á Castilla,
Do tiene su habitacion
Natural;
Hice allí muy principal
Pesquisa desta doncella,
Y no pude saber della
Mas de la voz general.

Viendo pues que no hallaba
Por ajena relacion
Ninguna cierta razon
De quien tanto deseaba
Conocer,
Tomé nuevo parecer.
A dar voces en el viento,
En demanda y seguimiento
Destá tan linda mujer.

Y dije: «¿A dó os habeis ido,
Cortesía, á retirar,
Que os oye el hombre chillar,
Y no os hallamos el nido?
No se os cree,
Y pienso, según se lee
(Perdonad si en ello peco),
Que vois sois la voz del eco,
Que se oye y no se vee.

»Si es así que no se puede
Ver vuestra cara hermosa,
Respondedme alguna cosa
Con que mi corazón quede
En sosiego.»
Respondiome una voz luego,
Que me dijo: «Amigo mío,
Pues decís tal desvario,
Por cierto venis muy ciego.

»Ciego de vuestros antojos,
Pues preguntáis y no veis
Lo que continuo teneis
Delante de vuestros ojos.
Igualar
Os podréis y comparar
Al que yendo cabalgando
En la mula, no mirando,
Diz que la andaba á buscar.

»Semejante boberia
Gran vergüenza os es, hermano,
Que, siendo vos cortesano,
No sepáis qué es cortesía,

Pues do estáis
Y por do quiera que vais
Os es fuerza siempre verme,
Y dejar de conocerme
No es posible aunque querais.

»Vos me habeis visto mil veces
Entre reyes y señores
Y papas y emperadores,
Y prelados y jueces
Palacianos,
Soldados y ciudadanos,
Nidalgos y caballeros,
Aunque, por serme groseros,
No me curo de villanos.

»Siempre me teneis presente
Por testigo y por ejemplo,
En la calle y en el templo,
Y en palacio especialmente.
Paniaguada
Soy de muchos, y criada
Y vos me habeis conocido
En mil partes do he servido;
Y dentro en vuestra posada.

»Suelo ser familiar
De personas principales,
Y acerca de cardenales
Tengo infinito lugar.
Mis primores
A nuncios y embajadores
Hacen siempre compañía,
Y la santa clerecía
Se huelga con mis amores.

»Soy amorosa y afable,
Dulce, blanca, halagüeña,
Alegre, mansa, risueña,
Apacible y amigable.
Las entradas

Con esto tengo ganadas
Ann en casas de tiranos;
Muchas veces beso manos
Que querria ver cortadas.

»Encubriendo la malicia,
Uso de benevolencia,
De requiebro y reverencia,
De regalo y de caricia
Y humildad.
Por ganar la voluntad
Ajena fuerzo la mia,
Muestro gesto de alegría,
Y Dios sabe la verdad.

»Saludo por cumplimiento
Al que encuentro acá y allá,
Y acompaño al que se va,
Por dejar su pensamiento
Sin querella.
Soy una simple doncella
Al parecer, y muy llana;
Ríome de buena gana,
Y algunas veces sin ella.

»Uso mucho de alabanza
En mis palabras compuestas,
Y siempre van mis respuestas
Llenas de buena crianza
Y de amor.
A todos presto favor
Y procuro de agradar;
Hacer honra y contentar
Al pequeño y al mayor.

»Bien que hago diferencia
De las personas y estados;
Que á los ricos y privados
Trato con mas apariencia
De alicion;
Y según la condicion
Del estado de las gentes
Tengo bocas diferentes,
Con que doy satisfacción.

»Soy natural de Medina,
Criada en Valladolid,
He platicado en Madrid

Y en Toledo á la continua,
De pasada.

Tengo tratos en Granada
Y en toda la Andalucía,
Mas fuime por mejoría
A Roma á ser coronada.

»De morada permanente
No tengo cierto lugar.
Porque me conviene estar
En todos continuamente;
Mas diría
Que residó todavía
Mas en la corte romana,
Y por ser tan cortesana
Soy llamada cortesía.—

»Sea mucho enhorabuena
(Dije yo), señora dama;
Pero quien tal nombre os llama
Sería digno de pena
Por errado;
Y segun lo confesado
Por vuestra boca, Señora,
Yo quedo burlado agora,
Y vengo descaminado.

»Mi congoja de buscaros
Muy peor está que estaba,
Porque mientras no os hallaba,
Esperaba de hallaros;
Mas hallada,
He hallado no ser nada
Lo que de vos esperé;
Sé que no conseguí
El fin desta mi jornada.

»No sois vos la que quería,
Engañado estaba yo;
Por el nombre se engañó
Mi simpleza y fantasía.
Mal recado
Hallo de lo deseado
Con tanto fervor y gana;
Yo venia acá por lana,
Y volveré trasquilado.

»Por las señas que me dais
De vos misma, no sois vos
Lo que busco, ó vos sois dos,
Que dos figuras tomáis
Cantelosas;
Porque todas esas cosas
Con que pensais alabaros,
Efectos tienen muy claros
De pesadas y enojosas.

»Las enales á mí no son
Cosa nueva ni escondida,
Pues he pasado la vida
Entre su conversacion
Importuna;
Y de todas, una á una,
Si su nombre les poneis,
Con el vuestro hallaréis
No conformarse ninguna.

»Pues siendo el efecto manco,
Cosa de risa es el nombre,
Como cuando suele el hombre
Llamar al negro Juan Blanco.
Y pensad
Que así el vuestro á la verdad,
Por cierta etimología,
Con mas razon se podría
Llamar importunidad,

»Embarazo, pesadumbre,
Estorbo, burla, graveza,
Necedad y gran simpleza,
Especie de servidumbre
Y de enbudo;
Molestia, loco cuidado,
Obligacion enojosa
Y licencia trabajosa,
Trabajo bien excusado.

»Yo pensé que cortesía
Era una cosa real,

Cortés, prudente, leal,
Y sabrosa en demasia,
Y excelente;
Pero viendo claramente
Que vos con vuestros errores
A todos dais sinsabores,
Hallo que el nombre nos miente.

»No niego que alguna vez,
Cuando vais bien corregida,
No merezcáis ser tenida
En mucho valor y prez
Por tal don;
Mas suele vuestra razon
Perdersse porque tropieza,
Descubriendo la cabeza
Y cubriendo el corazon.

»Porque por la mayor parte
Son vuestras mercaderías
Trampas y lisonjeras,
Por necesidad ó arte
Fabricadas,
Las mas de ellas aforradas
De simplezas y de engaño;
De do resulta mas daño
Que de quedarse calladas.

»Mas, ya que engaño ninguno
En vuestro trato no haya,
No han ninguno que no caya
En pecado de importuno
Y pesado;
Porque no siendo templado
A saber tener templanza,
Sobra de buena crianza
Le hace ser mal criado.

»Deseando ser cumplida,
No teneis en ello tiento,
Y en lugar de cumplimiento,
Soleis ser descomedida
Y sobrada;
Si me topais de pasada,
Quereis sin necesidad
Y contra mi voluntad
Ir conmigo á mi posada.

»Voy por mi calle seguro,
Salisme vos al atajo
A darme nuevo trabajo
Cuando menos lo procuro
Ni lo digo;
En parte me sois testigo
Do no son menester dos;
Y yo por cumplir con vos
Dejo de cumplir conmigo.

»Visitais á quien no os llama,
Y aun á quien con vos le pesa;
Dais molestias en la mesa,
Y aun á veces en la cama;
No hay lugar
Donde dejándoos entrar,
Si comenzais á argüir,
No huelguen veros salir,
O á lo menos acabar.

»Llegais en nombre de paz,
Y sois della estorbadora,
Y entre algunos á deshora
Muy gran derrama, solaz
Y placer.
Donde tengo en qué entender
Allí vais á embarazarme,
A molearme y molestarne,
Que no me puedo valer.

»Cuando solo estar deseo
Me matais con compañía,
Y cuando yo la querria,
No os hallo, dama, ni os veo;
Cuando os quiero
Por algun caso ligero
Jamás os puedo hallar,
Y venisme á importunar
Cuando menos os deseo.

»Vuestras obras, bien miradas,

Locuras son, á mi ver,
Que se fundan en hacer
Ceremonias excusadas.
¿Qué mas vano
Uso y estilo profano
Que, sin haber para qué,
Me hagais estar en pie
Con el bonete en la mano,

»Y que muriendo de frio,
Cuando he menester pellejas
Desabrigue mis orejas
Por cumplir un desvario
Inventado
Por algun desvariado,
Cuando primero se usó,
O que el tiempo lo mostró,
Que es tambien desvariado?

»Mas, ya que sois curiosa
De ceremonias loquillas,
Fuera bien constitullas
En otra suerte de cosa
Sin despecho:
Poner la mano en el pecho
O hacer otra señal,
Do no nos viniese mal,
Pues no nos viene provecho.

»Pecais en que vanamente
El tiempo hacedis perder
En hablar y responder,
Y sembrais entre la gente
Liviandades.
Quitaisnos las libertades
Con vuestros pesados modos,
Y manan de vos á todos
Cien mil incomodidades.

»Buscad quien os aconseje,
Porque os vais mucho de boca,
Y sobre tocar en loca,
Tocais tambien en hereje
Y pagana;
Adorais cada mañana
Al hombre, que es criatura,
Y no os curais por ventura
De Dios en una semana.

»A todos hacedis favores,
Como mujer del partido,
Por lo cual habeis venido
En manos de robadores;
Por tal via,
Que cuando su robería
Ya vienen á ejecutar,
Al que van á saltar
Dicen: —Haced cortesía.—

»Del mismo modo se mide
Tambien lo de las mujeres,
Pues lo que toca á placeres
Por vuestro nombre se pide
Y platica;
Y pidiendo el que suplica
Cortesía á la señora,
Se entiende luego á la hora
Lo que aquello significa.

»Sois doblada y mentirosa
Sobre vana y lisonjera,
Sobre enhadosa, grosera,
Sobre necia, maliciosa
Burladora;
Y así, el título, Señora,
Que ya las gentes os dan,
Es tracos por refran
De falsa y engañadora.

»Sois de casta de raposa
En la disimulacion,
Madre de la adnación,
Natural de la Ventosa
Y Llerena;
Edificio sobre arena,
Engaño bien manifestado,
Y por eso dice el texto:

—Cortesía, Juan de Mena.—

»Sois locura en que pecamos,
Amasada con falsia;
Por donde al que tras vos guia
Falso cortés le llamamos,
Cual él es;
Dos haces con un envés
Mostrais, y así no sois nada;
Y si sois, seréis llamada
Cortesía descortés.

»Habeis sido la inventora
De títulos excusados,
Superfluos, demasiados;
Que crecen mas cada hora,
Noveleros,
Tan altos, bravos y fieros,
Que no bastan los lenguajes
A hablar tantos linajes
De vocablos lisonjeros.

»Entonces Roma reinaba
En tiempo de su senado,
Cuando al cónsul mas honrado
Tú solamente llamaba;
Mas despues
Que vos metistes los piés
En vuestros títulos vanos,
Fuistes rencor de romanos,
Y todo dió de través.

»En el grado positivo
Era costumbre hablar;
Ya no podemos usar
Sino del superlativo
Con cualquiera.
Estáis ya tan altanera
En el hablar y escribir,
Que la forma del decir
Va mil leguas del que era.

»Con vuestra nueva habillila
Habeis del todo tirado
El estilo, y desterrado
Ya la virtud de Castilla
Sin honor;
Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se recibe
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.

»Por engrandeceros vos
Ensanchais fueros y leyes;
A los grandes haceis reyes,
Y á los reyes llamais dios,
Sois dolencia
Que cuando estáis en presencia
De quien engañar quereis,
Todos los miembros meteís
En negocio y en prudencia.

»La cabeza se menea,
Inclinando las sus manos,
Los ojos hacen caricias
Y la boca lisonjea;
Ocupadas
Van en risa las quijadas,
Las manos en el bonete,
Los piés en el repiquete
De reverencias sobradas.

»Toda teneis usurpada
La tierra con tiranía,
Y mi consejo seria
Que fuésedes desterrada,
Y que os vais
A los montes, que buscaís,
Hiperbóreos y Rifeos,
Con vuestros locos deseos,
Y nunca jamás volváis.»

DIALOGO

ENTRE LA VERDAD Y LA LISONJA.

Interlocutores.

Adulacion y Verdad.

ADULACION.

Si la lanza no me miente,
En estas mis romerías,
Yo haré que en pocos dias
Se mejore y acreciente
Mi partido.
Muy bien tengo conocido
Este mundo y sus enveses,
Y sé que á mis entremeses
Está todo sometido
Y sujeto;
Yo alcanzo bien el secreto
De los principes y reyes,
Y entre sus fueros y leyes
Tambien pongo y entremeto
Yo las mias.
Mis blandas filosofías,
Cubiertas con humildad,
A cualquiera voluntad
Hallan senderos y vias
Para entrar
A ganar y levantar
El corazon mas seguro,
Y hacerle, de muy duro,
Muy blando para gozar
De mi miel;
Yo sé tocar en el fiel
Del sentido mas exento,
Y darle contentamiento
Cuando bien se imprime en él
Mi dulzura;
Ya sé que de su natura
Cualquier hombre es ambicioso
De alabanza y deseoso
De regalo y de blandura
Y obediencia;
Ya sé que tengo licencia
Donde quiera de hablar
Al favor del paladar
Cuando me hallo en preseneia
De cualquiera;
Yo alcanzo bien la manera
De procurarme favor,
Benevolencia y amor
Con mi dulce y placentera
Relacion,
Y con disimulacion
Dar á entender á quien toca
Que lo que dice mi boca
Procede del corazon;
Con lo cual
Hallo siempre en general,
No solamente las puertas,
Mas las entrañas, abiertas
Del mas rico y principal
Por do voy;
Y tan agradable soy,
Que todo el mundo me quiere,
Se huelga conmigo y nuere
Por estar á do yo estoy,
Y me ama,
Admite, allega y llama,
Oye y escucha de grado,
Y da lugar á su lado
En su casa y en su cama
Y en su mesa,
Y me abraza y aun me besa,
Pareciéndole hermosa,
Porque nunca digo cosa
De las que á ninguno pesa;
Guardo y sigo
En cuanto respondo y digo,

Sin cubrirlo con silencio,
Lo que nos mandó Terencio
Del obsequio del amigo,
Al cual pago
Con caricia y con halago,
Porque, segun se refiere,
Cual palabra te dijere,
Un tal corazon te hago;
Sin tener
Otro fin ni parecer
Sino que vayan guiadas,
Compuestas y fabricadas
A agradar y complacer
Mis canciones;
Y así, con dulces razones,
Sin saber contradecir,
Sé mejor persuadir
Que cincuenta Cicerones
Lo que quiero,
Y por estilo ligero,
Do quiera que es menester,
Dar á todos á entender
Lo falso por verdadero;
De do mana
Que todos tienen por sana
La voluntad que publico,
Y á los que la comunico
Me miran de buena gana.
Mas aunque
Ya sepan como yo sé
Ser lo que digo compuesto,
Huelgan dello, aunque en el gesto
Dén muestras de no dar fe
A mi ciencia,
La cual tiene esta excelencia,
Que sabe y puede forzar
A que se deje engañar
Quien gusta de mi elocuencia
Amorosa;
Mas hay tambien otra cosa:
Que no solo con hablar,
Pero á tiempos con callar,
Me sé mostrar oficiosa;
Cuando veo
Que con el que lisonjeo
Es bien ir temporizando,
Salgo tras él, y callando
Otorgo con su deseo
Y lo apruebo.
Si él se mueve yo me muevo,
Y párome si se para,
Mírole siempre á la cara
Para saber lo que debo
De hacer.
Lo que le veo querer
Es la ley por do me guio:
Si él se rie yo me rio,
Y nuestro mucho placer
Sin tenello;
Lo dicho, sin entendolo,
Hago que lo entiendo y creo,
Y con alegre meneo
Me regocijo con ello
Dulcemente;
Y así, por el consiguiente,
Si le veo triste y mustio,
Yo me entristezco y angustio
Como quien recibe y siente
Gran tormento
De su discontentamiento.
Dice, digo; niega, niego;
Quiere, quiero; ruega, ruego,
Y en todo con él consiento,
Muy pagada,
Y del todo descuidada
De disputar ni argüir,
Sino de solo seguir
Lo que le place y agrada;
Maló ó bueno.
Desta suerte tengo lleno
El mundo con mis amores,
Y papas y emperadores

Me dan lugar en su seno
Con razon,
Porque sigo la opinion
Del filósofo Epicuro,
Y de Cenon no me curo
Ni del áspero Caton,
Su secuaz;
Huelgo de vivir en paz
Y no tener competencia,
Ni de estar en diferencia
Por rebelde y pertinaz,
Como aquella
Loca y áspera doncella
Desgraciada que allí viene,
Con quien todo el mundo tiene
Guerra, pesar y querella.

VERDAD.

En santo lugar nacida,
Y en virtudes la primera,
Segura voy por do quiera
Al menos de ser vencida.
Maltratada puedo ser
Y metida al parecer
En prision,
Pero no mi corazon,
Que no se puede vencer.

Preso no pocas veces
Soy de los bravos tiranos,
De ignorantes y livianos,
Malos y falsos jueces.
Desdichada y perseguida,
De algunos aborrecida
Por lo menos,
Solamente de los buenos
Abrazada y conocida.

David canta que sali
De la tierra en este suelo,
Y que miro desde el cielo
La justicia sobre mí;
De donde se da á entender
Que se debe anteponer
La justicia
A todo el bien y codicia
Que en el mundo puede haber.

Yo, siguiendo este partido
Y mandamiento divino,
Procedo por el camino
Enseñado y cometido;
No siempre por el mas llano
Ni por el mas á la mano
Del provecho,
Sino por el mas derecho
Y á justicia mas cercano.

Levante la mar sus olas,
La tierra sus bravos vientos,
Muévanse los elementos
Contra mis fuerzas á solas,
Amenace disfavor
De cualquier rey ó señor
Poderoso,
Esté todo peligroso
Y cubierto de temor;

No haya esperanza de bien,
Merced, galardón ni pago
De caricia ni halago,
Sino desprecio y desden;
Desespere el esperar,
Truéquese por el pesar
El placer,
Aventúrese á perder
Lo que se puede ganar;

Ilúndase el cielo si quiera,
Que yo no curo de nada,
Porque estoy determinada
De no torcer mi carrera
Ni dejar abiertamente
De decir lo que consiento
La razon,
Sin temer persecucion
Ni hallar inconveniente.

No pretendo ni demando
Intereses ni favores,
Ni á los grandes ni menores
Voy por ellos granjeando,
Porque mi fin principal
Es sentir del bien y el mal
Lo que debo,
Para lo cual no me muevo
Por ganancia temporal.

Yo conozco mi valor,
Aunque de humilde lo callo;
Lo bueno y lo malo hallo,
Mas uso de lo mejor;
Por premio ni galardón
Doy mi brazo á la pasión
A torcer;
Tengo nombre de mujer
Y los hechos de varón.

Soy como el oro enterrado
So la tierra, como muerto,
Que al fin siendo descubierto,
Se halla limpio apurado;
Como la perla preciada
Entre el cieno sepultada
Y perdida,
Que sale clara y pulida
Cuando viene á ser hallada.

Tal es la virtud real
De mi natura divina,
Que al fin se muestra mas fina
En su precioso metal;
Y aunque á tiempos esté oscura,
Con doblada hermosura
Resplandece
Cuando despues aparece
En su perfecta figura.

Bien que como en esta vida
Es muy varia toda cosa,
Aunque á unos soy sabrosa,
A otros soy desabrida;
Unos se huelgan conmigo
Y me toman por abrigo
Cabe si;
Otros no curan de mí
Ni me quieren por testigo.

Mil hay que quieren que huya
Léjos de su compañía,
No por culpa y falta mía,
Sino por malicia suya.
Como enfermo que apetece
Y pide lo que le empeece
Y es vedado,
Y su estómago dañado
Lo que le sana aborrece;
Así mi sana doctrina
Los apetitos embarga,
Y á las veces es amarga
Como toda medicina;
Mas á la fin el doliente,
Pasado aquel accidente
Que le ataja,
Reconoce la ventaja
De mi virtud excelente.

La cual tiene tanta fuerza
Do quiera que acuesta y mira,
Que destuerce la mentira
Por mucho que ella se esfuerza;
Porque lo que esta gobierna
No puede ser cosa eterna
Ni secreta;
Sola yo soy la perfecta,
Inmortal y sempiterna.

Por prueba de la cual cosa,
Como el rey Darío quisiese
Saber cuál de todas fuese
La mas fuerte y poderosa,
Sus grandes sabios juntó,
Y juntos, les preguntó
Cuatro cosas,
Las mas fuertes y forzosas

Que entre las otras halló.

La primera dellas fué
El vino con sus efectos,
Que á los necios indiscretos
Fuerza y torna de su fe;
La segunda, tras la cual
Fué la potencia real
Soberana,
A quien toda fuerza humana
Se humilla por principal.

En el término tercero
Fué propuesta la mujer,
Cuyo valor y poder
Trae el hombre al retortero;
La cuarta luego fui yo,
Que á quien bien me conoció
Le parece
Que todo al cabo perece
Lo que á mí no se arrimó.

Juntos pues á disputar
Sobre las cuatro opiniones,
Hubo puntos y razones
Excelentes que notar;
Mas al fin Zorobabel,
Varon fuerte, sabio y fiel,
Yo por guia,
Respondió por parte mia,
Y el campo quedó por él.

Entrar puedo pues en lid
Contra la contraria gente,
Y así mi nombre es frecuente
En los salmos de David;
Y los que los leerán
Con justicia me verán
En concordia
Y paz y misericordia,
Que siempre cabe mi están.

De donde, por el contrario,
La mentira y el engaño
Tienen, temiendo su daño,
Mi nombre por adversario;
Sin mí, do quiera que estoy,
No hay bien, porque yo lo soy
Esencial,
Y voy segura del mal
Por donde quiera que voy.

ADULACION.

A mí se viene derecha
Esta loca maliciosa;
Quiero dármele sabrosa
Por desmentir la sospecha
De su pecho.
Por camino muy estrecho
Va con tino y por nivel;
Mas haré del ladrón fiel,
Como otras veces he hecho;
Y no en vano
Ganar quiero por la mano,
Hablandole yo primero,
Pues no me cuesta dinero,
Antes con ello lo gano
Donde está.—
¿A qué vienes por acá?
Di, hermosa virgen.

VERDAD.

Vengo á ver qué haces tú,
Peligrosa mujer.

ADULACION.

¿Peligrosa?

VERDAD.

Peligrosa y muy dañosa,
Serpiente disimulada,
Por defuera muy pintada,
Y dedentro ponzoñosa,
Falsa, infiel,
Publicadora de miel,
Vendedora de veneno;
Donde pregonas buen vino,
Vendes vinagre con hiel.

ADULACION.

Tal ó cual,
Ninguno me quiere mal,
Sino tú, que sin razon
Tomas conmigo quistion
Y te muestras criminal,
Impaciente;
Persona tan excelente
Como tú no es bien ser brava
Contra mí, que soy tu esclava,
Y te he de ser obediente,

VERDAD.

Buenas son,
Si tal fuese el corazon,
Tus palabras coloradas,
Y no fuesen desviadas
Tan léjos de tu intencion
Y conciencia.

ADULACION.

Tú, Señora, ten paciencia,
Pues mis palabras y modos
Sabes que son para todos
Señal de benevolencia.
Y aun diria
Que por ley de cortesía
Debo ser cortés y blanda,
Por una regla que manda
Saludar con alegría,
Ser afable,
Dulce, mansa y amigable,
Mostrando gracioso gesto,
Y que en todo el mundo es esto
Natural y razonable
Y alabado.

VERDAD.

Y yo no llamo pecado
Ni culpo la gentileza
Cuando va con la limpieza
Que conviene, y no aforrado
De falsia.

ADULACION.

La culpa de eso no es mía,
Sino de la misma gente,
Que se huelga extrañamente
Con la tal hipocresía
Y humildad;
Yo, viendo su voluntad
A mis caricias tan presta,
Huyo de lo que amonesta
Tu grave severidad
Enconada,
Que por ser tan limitada
Con todos en esta vida,
Eres siempre aborrecida
De quien yo soy adorada.

VERDAD.

Quien te adora
Está claro que te ignora,
Y como tu rejalar,
O que se deja engañar
De tu lengua encantadora
Alquilada.
Pero, dime: si te agrada
Eso con que al mundo aplacas,
Si como dices lo haces
De cortés y bien criada,
Liberal,
Y con gentil natural
Tales dulzuras platícas,
Por qué no las comunicas
A todos en general
Igualmente?
¿Por qué vas tan diferente
En tus tratos importunos?
Con otros muy negligente,
Deseal,
Inconstante, parcial,
Hoy aquí, mañana allí;

¿Por qué no miras á mí;
Que con todos soy igual
En amor?
Con todos guardo un tenor
De vivir por una ley;
Tanto me doy por el rey
Como por el labrador.

ADULACION.

Muy gran yerro
Es, y digno de destierro,
Estrechar nuestra licencia,
Y no hacer diferencia
Entre la plata y el hierro;
Y tratar
A cualquiera en su lugar
Con caricias diferentes,
Y á los grandes y potentes
Con honra particular
Y gran celo;
Pues sabemos que en el cielo
Se guardan diversos grados
De méritos y de estados,
Cuanto mas acá en el suelo,
Do conviene
Al que de suyo no tiene
Arrimarse al que es mas rico,
Y valerse por su pico
Porque de hambre no pene,
Y hacer,
Por el fin de mas valer,
Cerimonias y regalos
A los buenos y á los malos
Cuando los han menester;
De los cuales,
Como sean principales
En linaje, estado y renta,
Se debe hacer gran cuenta,
Y obedecerlos por tales.

VERDAD.

Yo no siento,
En contrario de ese cuento,
Ni digo que los mayores
Se priveu de sus honores
Y debido acatamiento,
Pues es dada
De Dios y muy encargada
La honra y autoridad
De la superioridad,
Y debe ser acatada;
Pero, di:
Ya que lo haces así,
Y los sirves y acompañas,
¿Por qué los burlas y engañas,
No les diciendo de mí
La mitad,
Pagando con falsedad
El bien que de ellos procuras,
Y dejándolos á oscuras
Por negarles la verdad,
Y servir
De solamente mentir?

ADULACION.

¿Cómo quieres que la diga,
Que les es muy enemiga,
Y no la quieren oír
Ni escuchar?
Y debíaste de acordar,
Por no andar conmigo en puntas,
Que nos hemos vista juntas
Ante reyes á la par,
Y bien sabes,
Aunque mas me desalabes,
Que mientras mi voz les dura
Ninguno de tí se cura,
Y en ninguna parte cabes,
De malquista;
Y has visto que con mi vista
Cantan gloria y aleluya,
Y en asomando la tuya,

El mas sabio se contrista
Y emudece.
El placer desaparece,
Y se convierte en enojo;
Hácia mí se vuelve el ojo,
Y se alegra y favorece
Con mis enueños.
Bien has visto cuán atentos
Están á cuanto les digo;
Cómo me abrazan consigo,
Y quedan de mí contentos
Con amores,
Ora hable en sus loores
O cosas de su provecho;
Luego verás por su pecho
Correr diversos sabores
De alegría,
Oyendo mi melodía
Con voluntad muy despierta,
Y se están la boca abierta,
Mirándose á mí la mia,
Muy pagados;
Mas llegando tus enhados,
Luego el gesto se les troca;
Y en abriendo tú la boca,
Quedan mustios y añublados
Sin placer.
De mí se dejan querer,
Mostrando rostro risueño;
A ti te ponen el ceño,
Que apenas te pueden ver
Ni mirar.
Habráse de perdonar
Si me desmando á quien eres,
Porque veo que me quieres
Hacer hoy con tu hablar
Femasia;
Y también me da osadía
Ver pobre á quien te platíca;
Que si fueses franca y rica,
Quizá no me atrevería.

VERDAD.

¿Aun conmigo,
Que con razon te persigo,
Como si quien soy no fuese,
Pretendes el interese,
Que tengo por enemigo
Natural?
Como tu fin principal,
Con cuanto te has alabado,
Vaya siempre enderezado
A provecho interesal
Importuno,
Andando con cada uno
De falso, por engañarle,
O al menos por enlariarle,
Sin confesar á ninguno
Sus pecados;
Antes le son alabados
De ti por embebecellos;
Congraciándote con ellos
Los trases embaucados
Y vendidos,
Trastocados los sentidos;
Por no conocerte á tí
Se desconocen á sí,
Dejándolos adormidos
Tu brevaje;
Eres del mismo linaje
De Morfeo, señor del sueño,
Que representa á su dueño
En muy diverso visaje
Y visiones.
Los dineros que á montones
Se tocan con mano abierta,
Cuando del sueño despierta
Se le vuelven en carbonos;
Y así, en sueños
Con tus dichos halagüeños
Das á muchos á entender
Que es bien deberse tener

Por grandes siendo pequeños,
Y de astrosos,
Se sueñan ser valerosos,
Y de necios ignorantes,
Sabios y muy elegantes,
De crueles, piadosos,
Y de viles,
Generosos y gentiles,
Y de torpes negligentes,
Oficiosos y prudentes,
Y de Tersites, Aquiles
Principales
Se sueñan los comunales,
Y de malos y viciosos
Se piensan ser virtuosos,
Y de escasos, liberales
Aprobados;
De cobardes, esforzados,
Muy honrados, de muy ruines;
Lebreses siendo mastines,
De tus dichos confiados
Y dolientes.
Andas de gentes en gentes,
Como pública mujer,
Para vender y vender.
Los que te son obedientes
Y te creen
Oyente, mas no te ven.
Ni conocen a la clara,
Porque te afeitas la cara
Para que mas te deseen
Con su daño.
La falsa color del paño
Les encubre tu malicia,
Y faltando la noticia,
Crece muy mas el engaño
De creerte.
No los dejas conocerte
Con tus astucias malditas,
Porque jamas no te quitas
La máscara, para verte
Descubierta.
Defuera parece cierta
Tu figura que convida;
Pero dentro está escondida
La ponzoña tras la puerta,
Y en tu seno,
Que de abispos anda lleno,
En vez de dulce panar,
Se halla al fin rejalar,
Y por miel venden veneno
Tus colmenas.
Tus canciones, de amor llenas,
En desamor las acabas;
Al que con la boca alabas,
Con el alma le condenas
Y sentencias.
En solas las apariencias
Consiste tu devocion,
Y así tus ardidés son
Risicas y reverencias
Excusadas,
Requiebros y honetadas,
Por mostrarte muy cortés,
Besando manos y piés
Que querrias ver cortadas
Muy de veras.
Con tus formas lisonjeras
Turbas el entendimiento,
Quitás el conocimiento,
Los pensamientos alteras,
Que se van
Tras ti, y en lugar de pan,
Comen paja en tu pesebre;
Vendes el gato por liebre
A los que orejas te dan;
De tal son,
Que de tu conversacion
Mana al mundo ceguedad;
Eres dél enfermedad,
Y de reyes perdicion;
De los cuales

Y de los muy principales
Muchos por tu causa han sido
Los que daño han recibido
En sus estados reales
Y en su vida.
Tambien has sido homicida
De algunos emperadores
Y principes y señores
Por ser dellos admitida
Tu razon.
De su muy gran perficion
Derribaste el padre Adán;
Tú robaste á Rohoan,
Hijo del rey Salomon,
De una vez;
Lo mas del estado y prez
Que su padre le dejó,
Por tu consejo perdió
De doce partes las diez.
Tú mataste
A Alejandro y le burlaste
Cuando en Persia le dijiste
Que era dios, y le vendiste
Cuando por Dios le adoraste.
Y así á Nero,
Gentil principe primero,
Antes que te conociese,
Tú le hiciste que fuese
Después lobo carnicero.
A cristianos
Con tus deportes livianos
Tambien has hecho la guerra;
Muchos están so la tierra
Que murieron á tus manos
Sin abirgo.
Por tomarte por testigo
Y creer tus embarazos
Quedó sin armas y brazos
Y se perdió el rey Rodrigo
Y otros ciento
Que por abreviar no cuento;
Y en fin todos ó los mas,
Principes donde tú estás
Reciben gran detrimento
Y vaivenes
En vidas, honras y bienes,
Con tus trampas y finezas,
Falsedades y vilezas,
Con que vas y con que vienes
A tentillos,
Movellos y halagallos,
Sirviendo muy diligente
De pelillo solamente,
No mas de por engañallos
Por mil vias,
Usando chocarrerías,
Y abatiéndote á mil cosas
Muy torpes y vergonzosas,
Que tienes por granjerías,
Y sufriendo
Algunas veces, queriendo,
Vituperios y baldones,
Bofetadas, repelones
Y otras injurias riendo
Muy contenta;
No teniendo por afrenta
Humillarte á poquedades,
Bajezas y suciedades,
Y fealdades cincuenta
Cada dia.
Dime, ¿cómo te sabia
Entre tus lisonjerías
La saliva que comías,
Que Dionisio escupia
Gran tirano;
Y cuando á Galba, romano,
Le mandabas que hiciese
Otro tanto, y que dijese
Hallarse con ello sano,
Y mezclada
Con miel y confecionada
La saliva de Agripina,

Decia ser medicina
Excelente y delicada?
Siempre empleas
En obras torpes y feas
Tu enidad, y las procuras.
Del que en secreto murmurás,
Delante le lisonjeas
Y engrandece;
Por su servicio te ofreces
Con la boca á mil trabajos,
Y al que roes los zancajos
Levantas y favoreces
Y le allegas;
A los que burlas y niegas,
Y detras dellos blasfemas,
Haces delante zalemas
Y les suplicas y ruegas,
Por mostrar
Al que quieres adular
O por ventura vender,
Que desees su placer
Y le tienes singular
Aficion;
Y eres de la condicion
De las que á sus enamorados
Descan ver despojados
Del dinero y discrecion.

ADULACION.

Muy esquivá
Te muestras y muy aliva
Con quien culpa no te tiene,
Y estas brava, de do viene
Estar tan ejecutiva
Contra mí;
Y principalmente aquí
Tú, Señora, me condenas
Que hallo en bolsas ajenas
Lo que te niegan á ti
Justamente,
Porque eres tan impaciente,
Tan amarga y enojosa,
Que no te metes en cosa
Do no se enfade la gente
De mirarte.
Yo apenas me allego á parte
Donde no nepea y acierte,
Ni tú do huelgues de verte,
Y menos de scariciarte;
Ni sé puerta
Que para mí no esté abierta;
Mas á ti y á tus autojos
Os dan con ella en los ojos
Por verte tan rostruerta,
Desabrida;
En fin, soy reprehendida
De ti con harto despecho
Porque busco mi provecho
Do tú quedas excluida,
Y granjeo
Lo que me pide el deseo;
Y no te canses en eso,
Porque yo te lo confieso
Ser así, y en ello empleo
Yo mis dias,
Y tú con tus braverías,
Si un poco las olvidas,
Y una vez desto gustases,
Las manos te comerias
Tras la fiesta;
Pero por mostrarte honesta,
Con todos tienes horaja,
Y si piensas ser ventaja,
No me hagas otra que esta;
Que la gloria
Yo te la dejo notoria
De guardar tu autoridad,
Y que de la utilidad
Me lleve yo la vitoria;
Cuanto mas,
Que en la honra, en que tú estás
Tan constante y tan fundada,

De muchos me es á mí dada
Que á ti te dejan atrás.
Y he ganado
Con mil seso y mi cuidado,
No solamente riquezas,
Mas honores y grandezas,
A que tú nunca has llegado
Con mil partes;
Y con mis agudas artes,
Que tú tanto vituperas,
Escalo yo las barreras
Y rompo los baluartes
De tres suertes;
Y por mas que desconciertes
Mis arides y conciertos,
Hallo los pasos abiertos
Y entradas de muchas suertes
Por do quiera;
Pues me llamas lisonjera,
Quiero serlo en mi favor,
Y pues siento mi valor,
Bien es ser yo pregonera
De mi ciencia.
Poder tanto mi prudencia,
Valer tanto mi razon,
Me confirma la opinion
Que tengo de mi excelencia,
Que florece
Por el mundo, y siempre crece
Con fruto de mil maneras;
Lo cual, aunque tú no quieras,
Es claro que no carece
De misterios.
Yo gobierno los imperios,
Y á tiempo les hago mios,
Los reinos y señorios,
Iglesias y monasterios,
Y ciudades.
Muevo las comunidades
Y en las repúblicas ando,
Y tengo voto y aun mando
Entre sus parcialidades.
No hay estado
Ni lugar tan encerrado,
Donde hombres puedan entrar,
Que á mi virtud singular
Le pueda ser reservado;
Ni linaje
De personas ni lenguaje
Tan extraño y vizcaino,
A quien sea peregrino
Mi reporte y mi mensaje.
Mis primores
A reyes y emperadores,
Papas, obispos, prelados,
Y en fin á todos estados
Inclinan á sus favores
Naturales;
Mas aunque son generales
Mis grandes prerogativas,
Andan mas listas y vivas
En los palacios reales,
Do me es dada
Propia natural morada,
Como á la trucha en el agua,
Y do está la forja y fragua
De mi oficio colocada
Principal.
No me interpretes á mal
Tampoco, ni me baldones,
Porque mis gracias y dones
Comunico en general
A quien puedo.
Al que tú matas de miedo
Yo lo esfuerzo y aseguro,
Hago claro de lo oscuro;
Y del triste alegre y ledo,
Y gozoso;
Del frio hago donoso,
Del ignorante letrado,
Y del feo y maltratado
Muy bien dispuesto y hermoso;

Y pulido
Al viejo y al consumido,
Y á la vieja mucho mas,
Los hago volver atrás,
Remozando en su sentido
Sus intentos.
Levanto los pensamientos
Y pongo orgullo á los hombres,
Para que precien sus nombres
Y vivan de sí contentos
Sin cuidado.
Si esto llamas tú pecado,
Yo lo tengo por virtud,
Porque en falta de salud,
El consuelo es aprobado,
Y es sentencia
Loada que en la dolencia
Sola la imaginacion
Engendra consolacion,
Obrando con su apariencia
Mejoria;
Y así, yo por esta via
Cumpló con todas edades,
Y hago sus voluntades
Muy conformes á la mia,
Y de fieros
Leones torno corderos,
Y todas suertes de gentes
Me son al fin obedientes,
Excepto los mesueros,
Con los cuales
Ya sé tú cuán poco vales
Con tus asperezas duras,
Mas ni yo con mis blanduras
Los hallo mas liberales.
Finalmente,
Dices que soy diligente
Con las gentes poderosas,
Y me les humillo á cosas
Que la bondad no consiente.
Algo hay dello,
Yo lo confieso y querello,
Porque á veces va sin gana;
Mas la condicion humana
Me fuerza para hacello,
Porque trato
Con pueblo bravo é ingrato,
Prelados, principes, reyes,
Con quien, guardando mis leyes,
Es menester gran recato
Y razones,
Halagos, inclinaciones
Humildes para ganillos,
Atraellos y amansillos,
Como á tigres y leones
No domados,
Y pueden ser comparados
A cualquier bravo animal
Cuando de su natural
No son acaso inclinados
A bondad.
Su locura y su maldad
Es menester alaballa,
O al menos disimullalla,
Y seguir su voluntad
Tal cual fuere,
Y traer quien los siguiere
En palmas siempre su yerro,
Y la mano por el cerro
Al que contentar quisiere.
Por aqui
Van los mas de cuantos vienes,
Bien que hay otros diferentes,
De pasados y presentes,
Que hacen cuenta de ti
Y te miran;
Mas al fin por mi suspiran
Los mas dellos sin cesar,
Y á mi vienen á parar
Cuando de ti se retiran.
Es verdad
Que aunque mi sagacidad

Les tira de sus cabellos;
Puede mas que yo con ellos
La gentil necesidad
Valedera,
Que en poder es la primera
Con cualquier rey y señor;
Yo la segunda en favor,
Y tú apenas la tercera.

VERDAD.

Si no gano
Con ese pueblo mundano
Lo que tú, ni soy mirada,
Yo quedo mejor pagada,
Pues me pago de mi mano,
Y no espero
Que el rey ni el caballero
Me paguen como les place,
Que pocas veces se hace
Con respeto verdadero.
Siempre va
Lo mas de lo que se da
Por los reyes y señores
Mas por via de favores
Que do la virtud está;
Y enriquecen
A muchos que no merecen
Parecer entre las gentes,
Y á otros bien merecientes
Dejan y desfavorecen;
Y aun mas digo,
Lo cual probaré contigo,
Que creyendo á lisonjeros,
A veces dan sus dineros
A quien les es enemigo.
Y tu aqui
No te ensalces por ahí
Ni glorifiques por eso,
Porque yo te lo confieso,
Y sé muy bien ser así
Segun quieres;
Mas no por ello te alteres
Ni vistas de presuncion,
Pues ni por esa ocasion
Dejas tú de ser quien eres,
Amenguada,
Como mosca que asentada
En una mesa real,
No pierde su natural
De sucia desventurada.
Ni aunque crezcas
En honras te ensorberbezcas,
Pues te viene la ventura
Mas por ajena locura
Que porque tú lo merezcas,
Siendo tal;
Ni hagas mucho caudal
Tampoco de ver tendida
Tu privanza y tu cabida
Por el mundo en general.
No se dora
Con esto ni se mejora
Tu ruindad, antes ofende;
Porque cuanto mas se extiende,
Tanto mas es pecadora.
Tú te engañas
Si piensas en lo que dañas
Honrarte de tus cautelas,
Que tiendes como las telas
Que fabrican las arañas
Asquerosas,
Cuyas artes cautelosas
Son henchir de sucias redes
Los campos y las paredes
Y toda suerte de cosas
No guardada.
No hay parte tan apartada,
Hoja, ramo ni rincón,
Do no tome posesion
Y quiera tener posada,
Por prender
En seguro á su placer

Los animales cuitados
Que hallan descaminados,
Como tú sueles hacer,
De engañosa,
Doblada, falsa, raposa,
Deslavada, novelera,
En público chocarrera
Y en secreto maliciosa.
¿Qué sentías,
Me di, cuando, porque vías
Que los otros se reían,
Sin oír lo que decían,
Tú de lejos te reías?
¡Charlatana,
Que haces de la truhana
Delante del que escarneces,
Y de aquello que aborreces
Muestras tener mucha gana
Sin razón!
Peor es tu condición
Que robar por los caminos;
Por oprobrio los latinos
Te llaman adulacion,
Cosa fea;
Y de la misma librea
Aceptacion, blandimento,
Expalpacio, y otros cuento
Vocablos de esta calea,
Vergonzosos.
Los españoles honrosos
Otro mas propio buscaron,
Y lisonja te llamaron,
Como hombres mas curiosos,
Y hicieron
Pintarte segun sintieron
Convenir á tal vasija,
Y en figura de estornija
Con dos puntas te pusieron
Abusadas,
Desde el medio derribadas
Y agudas, dando á sentir
Que pueden ambas herir
Como lanzas amoladas
A quien cree
Lo que en tu libro se lee,
Y que eres, cuando mas places,
Falsa cara con dos haces,
Que una á otra no se vee,
Sin través,
Cuyo medio entre ambas es
Ancho, con que significan
Tu maldad, á quien se aplican
Por la parte de los pies
Para mal.
Eres, en fin, terrenal,
Y toda sabes al suelo;
Yo, como salí del cielo,
Gusto de lo celestial.

ADULACION.

Tú, si quieres,
Gusta de lo que quisieres;
Súbete siquiera allá,
Déjame á mí andar acá
Gozando de mis placeres
Terrenales;
Que con esas cosas tales,
Y por seguir tus extremos,
Sueles andar, como vemos,
Poblando los hospitales
De perdidos
Que tus quebrados partidos
Siguen acá, como locos;
Y aunque dellos hay bien pocos;
Esos que hay andan vendidos
En la tierra,
Do tienen continua guerra
Activa y pasiblemente
Con toda suerte de gente,
Que las orejas les cierra
Con razon,
Porque á todos dan pasion

Con sus importunidades;
Y no puede haber verdades
Do no intervenga quistion,
Mucha ó poca.
No puedes abrir la boca
Sin ser causa de contienda
Con que alguno al fin se ofenda
O á ti te tengan por loca
Sin sentido.
Continuamente has metido
Este mundo en disensiones
Con mil leyes y opiniones
Que por ti tienen ruido
Y pendencias.
Todas las artes y ciencias
Que á ciegas tras ti se van,
A tu causa siempre están
En terribles diferencias
Por hallarte;
Y tú, por no declararte,
Les causas guerra importuna,
Pareciendo á cada una
Que te tienen de su parte.
Engañados
Anduvieron y burlados
En pos de tu seguimiento,
Haciendo torres de viento,
Los filósofos pasados,
Preguntando
Por ti y en sueños hablando;
Y tú, con tus fantasías,
Siempre te les escondias,
Porque yéndote buscando
Se acabasen
Y ajenos de tí quedasen,
Como al cabo lo hicieron;
Y así todos se perdieron
Antes que á ti te hallasen,
Y hallada,
Después de muy deseada,
Cristo, que al fin te mostró,
Muerte por tí padeció
Al cabo de la jornada;
Y después
A Pedro, Paulo y Andrés,
Y otros tales cuya fuiste,
Mira qué pago les diste
Por armarse de tu amies.
Y creerte;
Mira las formas de muerte
De los mártires sin cuento
Que por tu conocimiento
Les cupieron en tu suerte.
Lo que dan
Tus favores á quien van,
Bien lo dijo aquellos días
La sierra de Jeremías
Y la espada de san Juan,
Que agnastete
Contra ambos, y los mataste
Abrazándose contigo;
Pues á Sócrates, tu amigo,
Ya sabes cuál le paraste
Por oírte.
Ya podria aquí decirte
De otros mas que han padecido
Por sostener tu partido,
Obedecerte y seguirte
Con constancia.
Si esto pues es la sustancia
Que me alegas de tu paga,
Muy buen provecho te haga;
No te arriendo la ganancia
Del loor.
Tómate todo el honor
Que se gana con morir;
Que yo mas quiero vivir
Y gozar á mi sabor
Esta vida,
Do ando favorecida,
Harta, abundosa, contenta;
Tú vives pobre, hambrienta,

Desechada y abatida;
Y perdona,
Que quien como tú baldona
A otro, cualquier que fuere,
No se ha de quejar si oyere
Las faltas de su persona,
A que has dado
Causa, habiéndome afrentado,
Y con tus hipocresías
Nuevas etimologías
Contra mi nombre buscado,
Harto dignas
De reírse por malignas,
Y en parte tambien por necias,
Pues de loca me desprecias
Y de mi letra examinas
La razon,
Cuya significacion,
Si la mas digna no fuera,
No estaria en cabecera
De nuestra pronunciacion
Y alfabeto;
Por donde cualquier discreto,
Solo en ver mi precedencia,
Verá la gran diferencia
Y lo poco que al respeto
De mí vales,
Y que no hay por qué te iguales
Conmigo, que soy primera,
Y tú última y postrera
De todas cinco vocales.
Demás que,
Por partirme de la B,
Con dos cuernos te pintaron,
Y por ruin te aposentaron
Al cabo del A B C,
Sin bondad.
Tú, por darte autoridad,
Mudaste, como arrogante,
La vocal en consonante,
Y llamástele Verdad
Mentirosa,
Tan oscura y tan dudosa
Y tan mala de entender,
Que con los mas sueles ser
Engañada ó engañosa;
Hoy ligera,
Mañana grave y severa
Con quien no te lo merece;
En lo que bien te parece
Muchas veces sales fuera
De compás.
Con todo el mundo te vas,
Y con nadie te declaras,
De suerte que las dos caras
Que me achacas, tú las has,
Y el que cree
Mejor verte, no te vee.
Con dudas que contravienen;
Todos piensan que te tienen,
Y ninguno te posee
Con muralla;
Eres guerra con batalla,
Rebusca sobre vendimia,
Y la ciencia del alquimia,
Que nadie jamás la halla.
De perdida;
Nueva de lejos oída,
Cuerpo fantástico vano,
Nombre compuesto profano,
Ave jamás conocida
Ni hallada,
Fama de cosa encantada,
Nunca vista en su figura,
Y si vista, grave y dura
Y á todo el mundo pesada.

VERDAD.

De las tales,
Perversas y desleales,
Como tú, falsa mujer,
Mal puedo yo vista ser

Con esos ojos carnales
Sin sosiego.
Mal puede juzgar el ciego
La gracia de los colores,
Ni el doliente de sabores,
Ni el hielo sentir que el fuego
Le caliente;
No sufre constantemente
Al llaco mirar humano
El resplandor soberano
Del rayo del sol fulgente;
Bien así,
Los que se llegan á tí,
Cegados de tu malicia,
Carecen de la noticia
Y vista cierta de mí;
Y sin guía,
Noche se les hace el día,
Y el sol tinieblas oscuras,
Por culpa de sus locuras,
Pero no por falta mía;
Que soy llana.
Mansa, amigable y humana,
Humilde, dulce, leal,
Y clara como el cristal
A quien me mira de gana.

ADULACION.

Yo, Verdad,
No te quito tu bondad,
Si la tienes ó lo eres;
Pero déjame, si quieres,
Gozar de mi libertad
Sin pasión;
Que mas quiero ser Gnaton
Y andarme tras mis ganancias,
Que todas las elegancias
Y virtudes de Platon
Ni de Ceno.

VERDAD.

¡Oh, cómo tienes muy lleno
El seso y el corazón
De vileza y ambición,
Y toda sabes al cieno
De avaricia!
Llena estás de la nequicia
Deste siglo temporal,
Sin tener del celestial
Un tantico de codicia
Ni cuidado.

ADULACION.

Téngolo por excusado,
Porque acá me sé valer,
Y tomar todo placer
Que puede ser deseado.
Lo de allá
En su tiempo se verná,
Como toda cosa viene;
Que quien bolsa y lengua tiene,
A Roma dicen que va.
Y aun te aviso
Que quien bienes acá quiso,
Para el cielo se aventura,
Porque son parte y alhaja
De ganar el paraíso
Sin ruido,
Y aun, según habrás oído
En esta sentencia mesma,
La cárcel y la cnaresma
Y el infierno dolorido,
Y otros males,
Y también los hospitales,
Fueron hechos por dos fines,
Para pobres y ruines
Y servidores leales;
Y do quiera
La pobreza es gran manquera,
Por lo cual el alemán
En su proverbio ó refrán
Le suele llamar ramera.

VERDAD.

Reprobada
Es esa razón malvada
Por la sagrada doctrina,
Que á la gente peregrina
Y pobre necesitada
Deste suelo
Les da y dice por consuelo:
«Bienaventurados son
Los pobres de corazón,
Porque dellos es el cielo.»

ADULACION.

Gran verdad
Es eso, y gran piedad
Que Dios en el pobre emplea;
Mas yo no sé quién lo sea
De espíritu y voluntad;
Y tú, hermana,
Pues lo quieres ser de gana,
Busca el galardón allí,
Y no lo esperes aquí
Entre la gente mundana,
Do no tienes
Sino ceños y desdenes,
Desgrados y desamor,
Careciendo de favor
Y toda suerte de bienes
Y placeres;
Lo cual si saber quisieres
Por experiencia algún día,
Yo te haré compañía
Y seguiré por do fueres.
No riñamos
Mas sobre ello, antes nos vamos
Mano á mano á pasear
Por el mundo, y á probar
Esto que aquí litigamos
Por demás;
Que en breve tiempo verás,
Si en paciencia lo recibes,
Cuán burlada andas y vivas
Por donde quiera que vas.

VERDAD.

Soy contenta,
Aunque se me sigue afrenta,
De hacer la tal jornada,
Por dejar averiguada
Con tus mentiras la cuenta.

ADULACION.

Caminemos;
Soy pues, luego averigüemos
Lo que toca á esta materia;
Todo el mundo es una feria
Para mí, donde podemos
Bien proballo.
Si en Asia quieres tentallo,
Mancilla tengo de tí,
Porque me sirven á mí
Los de pie y los de á caballo
En monton;
Todos siguen mi opinión,
Y allí tengo mis tesoros,
Porque los tureos y moros
Son desta mi profesión
Halaguera.
Y Africa, su compañera,
Con la misma ley se doma,
Después que la de Mahoma
Sucedió por heredera,
En la cual
Yo soy parte principal,
Y aquellas inclinaciones,
Humildades y oraciones
Son desta mi ley real
Buena pieza;
Todo aquello se endereza
A mí misma y á mí toca,
Donde, abriendo tú la boca,
Te derriban la cabeza.

VERDAD.

Calla ya,
Deja estar lo de acullá,
Que otra vez lo trataremos,
Y de Europa platiquemos,
Pues nos hallamos acá
Al presente,
Y entremos primeramente
Por España de rondón,
Do soberbia y presunción
Reina mas que en otra gente;
Y pasemos
A Francia, donde verémos
La mentira triunfante,
Y á Italia, pueblo inconstante,
Y á Hungría, do hallaremos
La maldad
De toda infidelidad,
Crueldad y tiranía,
Y á Grecia, que ser solía
Cuando tuvo autoridad,
Palabrera,
Y Moscovia la grosera,
Y á Polonia y á Rusia,
Donde la glotonería
Tiene puesta la bandera;
Y volvamos
Sobre el norte, y descendamos
A Alemania populosa,
Pero ingrata y codiciosa
Sobre cuantas hoy hallamos;
Y bajemos
A Flándes, donde verémos
La miseria y la avaricia;
A Inglaterra y su malicia
Tras esto visitaremos
De pasada.

ADULACION.

Bien me place la jornada
Por esas provincias bellas;
Mas poner la lengua en ellas,
Como pones, no me agrada,
Ni consiente
La razón debidamente
Que tú por tu gravedad,
So color de ser verdad,
Te piques de maldiciente
General;
Y siendo perjudicial
Contra todos de tal arte,
No debes maravillarte
Que todos te quieran mal.
Pero vamos
Mas adelante, y veamos
En qué corte ó qué lugar
Debemos primero entrar,
Que la experiencia bagamos;
Porque veas
Que aun en las pobres aldeas
Te hago mucha ventaja,
Y cese nuestra baraja,
Por mas soberbia que seas.

VERDAD.

Donde quiera
Es mi virtud valedera,
Llegando á ser conocida,
Y tú, después de entendida,
Quedarás por chocarrera
Desleal;
Mas por término final,
Do mas noticia se toma,
Vámonos derecho á Roma,
Que es la patria universal.

ADULACION.

No pudiera,
Aunque yo te lo pidiera
Con toda fidelidad,
Nombrarse corte ó ciudad
Que mas á mi gusto fuera;

Que aunque en todas,
Do tú te pierdes y enlodas,
Yo acrecienta mi caudal;
Pero en esa en especial
Hago mis fiestas y bodas
Principales
Con papas y cardenales,
Legados y embajadores,
Negociantes y señores,
Y gentes interesales
De gran cuento
Y mucho mecimiento,
Que allí acuden y allí van,
Y me hacen donde están
Gran favor y acogimiento.
Pero andemos,
Porque con tiempo lleguemos,
Y de camino hablando,
Irémos algo contando
Con que el cansancio pasemos.
¡Cuán perdido
Va quien sigue tu partido!
Y es ya cosa muy notoria,
Según un cuento de historia,
Que por dicha habrás oído,
Como yo,
Una nao que partió
A buscar sus desventuras,
Dando en unas peñas duras,
Cabe un puerto se perdió
Peregrino;
Y de aquel pueblo mezquino,
Que allí quedaron sin luz,
Diz que solo un andaluz
Se salvó y un vizcaíno,
Que nadaron
Hasta que á tierra llegaron;
Y como solos se viesan,
Sin saber dónde estuviesen,
A caminar comenzaron
Por la tierra,
Andando de sierra en sierra,
Con trabajo y desatino,
Sin saber si su camino
Fuese de paz ó de guerra,
Ni do andaban,
O qué gentes habitaban
En provincia tan extraña,
Ni ver casa ni cabaña
En todo cuanto miraban;
Y así, andando
Discurriendo y rodeando,
Sobre un valle al fin llegaron,
Do gran multitud hallaron
De monazas retozando
Por un prado,
Y en medio dellas sentado,
Como persona real,
Un monazo desigual,
Muy compuesto y mesurado;
Y llegados
Los dos pobretos enitados,
Fueron vistos y sentidos,
Y de los monos asidos,
Delante del rey llevados
Mano á mano;
El cual, muy ledo y ufano
Con la presa semejante,
Habló con gentil semblante,
Como principe lozano
De corona;
Y sin mirar que era mona,
Preguntó con lozanía
Qué cosa les parecía
De su gente y su persona
Singular;
A lo cual sin dilatar
El andaluz avisado
Respondió disimulado,
Según el tiempo y lugar
Convenia,
Diciendo que nunca había

Visto corte mas pomposa
Ni persona mas hermosa
Ni tan bella compañía,
Ni creyera
Que en el mundo todo hubiera
Tan perfecta criatura.
Ni que la sabia natura
Tal cosa hacer supiera.
Muy pagado
El mono desvergonzado,
Levantóse, y hizo el buz
Al buen gentil andaluz,
Y sentóse á su costado
Por vecino;
Y volviendo al vizcaíno,
Con el gozo que tomó,
Lo mismo le preguntó,
Pensando que el mismo vino
Vendería.
El vizcaíno, que via
La fiesta del compañero,
Como simple verdadero,
Entre sí mismo decia:
«Bien está;
Si á quien miente así le va
Con esta bestia enemiga,
Con quien la verdad le diga
Mucho mejor lo hará.»
Y volviendo
La cara al mono, riendo
Le dijo: «Monazo amigo,
Perdóname si te digo
La verdad de lo que entiendo,
Y esta sea,
Que eres la cosa mas fea
Y mas sucia, otro que si,
De cuantas yo jamás vi
Ni se hallan en Guinea,
Monstruosas,
Con tus nalgas asquerosas
Y tus vergüenzas defuera,
Que es una vision mas fiera
Que todas las espantosas
Ab aternio;
Animal de mal gobierno,
Mono viejo por vocablo,
Por delante eres diablo
Y por detrás el inferno
Bruto y feo.»
Luego aquel pueblo guineo,
Esto oyendo, asieron dél,
Y con ánimo cruel
Le mordieron á desseo
Bravamente;
De suerte que el inocente
Vizcaíno desdichado
Quedó allí despedazado
Por mostrarse tu pariente.

VERDAD.

Cual tú eres;
Y lo que buscas y quieres
Con tus bajos pensamientos,
Tales al fin son los cuentos
Que por ejemplo refieres
Fábuloso,
Al cual, por ser enojoso,
No hay respuesta que te dar,
Sino dejarlo pasar
Por reporte mentiroso
Novelero;
Mas, que fuese verdadero
Y pudiese ser así,
Mejor me parece á mi
El muerto que el chocarrero
Que á ti mira;
Porque do virtud inspira,
Muy mayor felicidad
Es morir por la verdad
Que vivir por la mentira.

ADULACION.

¡Bueno vas!

Siempre en tus trece te estás
Locamente apasionada,
De que al fin de la jornada
Poco fruto sacarás.
Pues do imos,
Pocos oimos ni vimos
Que sobre tí paren mientes;
Yo tengo cien mil parientes,
Tios, hermanos y primos
Naturales;
Muy pocos de los mortales
Me salen de parentesco,
Porque yo los busco y crezco
Con mis artes liberales
Y valor,
Y el linaje me da honor;
Que al tiempo tengo por padre
Y á la fortuna por madre,
Y por marido al favor.
Y tenemos
Una hija, que queremos
Mas que á la lumbre del día,
Que se llama Cortesía,
Hermosa en todos extremos
De doncella;
Tú te precias de muy bella
Y de virgen en cabello,
Y no voy en contra dello;
Pero no lo es menos ella.
Pues, cuitada,
¿Qué harás, desventurada,
Aquí en Roma, do no tienes
Otra ventaja ni bienes,
Excepto no ser casada,
Como yo?
Pero agnárdate, que no
Te desmandes a argüir,
Ni puedas después decir
Que ninguno te avisó
Del pecado;
Que ya casi hemos llegado
Nuestro poco á poco á Roma,
Y se nos muestra y asoma
Encima de su collado;
Y de hoy mas
Echa por donde verás
Que es bien que nos apartemos,
Con que después nos toruemos
A juntar cuando querrás
Por aquí,
Adonde dirá de sí
Cada una lo que ha sido:
Tú de cómo te habrás ido,
Yo de lo que toca á mi.

VERDAD.

Mucho puede la maldad
En esta vida mezquina;
Lo mas del mundo se inclina
A la propia voluntad.
Esta lisonja traidora,
Vil esclava enlabiadora
De las gentes,
Con engaños evidentes
Se quiere hacer señora.
Lastimera cosa es ver
Lo que puede la malicia.
La desvergüenza y codicia
Desta maldita mujer.
Es un cebo general,
Que entre la gente carnal
Se platica,
Cuyo dñor do se aplica
No se conoce su mal.

A muchos hace gran daño
Su afeitada razon bella,
Porque debajo de aquella
Se dice estar el engaño.
Es yerba de buen sabor
Cuanto al gusto exterior;
Mas comida

La ponzoña allí escondida,
Despues engendra dolor.
De lo cual su culpa está
Bien conocida y probada,
Pero tiénela doblada
El que la causa le da.
Los reyes y los señores
Son deste mal causadores,
Que, olvidados
De mí, son mal inclinados
A falsos aduladores.

Con lo cual dan ocasion
A que esta loca engreida
Se me muestre así atrevida
Con sobra de presuncion;
Porque los humanos brios,
Siguiendo su desvarios,
Mas estiman
La locura en que se arriman
Que no los consejos mios.

Los cuales dentro del fiel
Y sincero corazon
Dulces y sabrosos son
Mas que panales de miel;
Mas do llega y solicita
Esta lisonja maldita
Es veneno,
Con que el gusto de lo bueno
O se menoscaba ó quita.

Bien que desto no me quiero
Quejar por lo que á mí va,
Pues el mismo Dios acá
Pasó por este rasero;
Que en este mundo venido,
Del cual no fué conocido,
Se quejaba
Que en la verdad que hablaba
De pocos era creído.

Esta falsa fementida,
Nunca diciendo verdad,
Tiene tanta autoridad,
Que de todos es oída.
Héla va muy confiada,
Diligente, apresurada,
Sin temor
De carecer de favor
Adonde fuere escuchada.

Tras ella se van los mas,
Juzgando por el semblante;
Es hermosa por delante
Y disforme por detrás.
Yo, por contraria figura,
Aspera parezco y dura
A los ojos,
Mas pasados los antojos,
Se conoce mi dulzura.

En esfuerzo de la cual
No he temor, entrando en Roma,
Que su mal celo me coma,
Pues me come el celestial.
Debajo desta bandera
No temo en esta carrera
Peligrar;
Cuanto mas, que no hay lugar
Do falte quien bien me quiera.

Siempre hallo alguno y veo
Que me muestre alegre cara,
Bien que por ser cosa rara
La virtud dase á deseo;
Mas ya que falte en el suelo
La claridad y consuelo
Que procuro,
Tengo ganado de juro
Aquel recurso del cielo.

Y con tal segnridad
Quiero entrar con diligencia
A hacer de mi experiencia
En esta santa ciudad.
No me puede suceder
Con gañar y con perder

Cosa nueva,
Ni desastre que no deba
Recebirse por placer.

ADULACION.

El tiempo que me detengo
En esta corte romana,
No lo pierdo, pues se gana
Aquello tras que yo vengo,
Facilmente.
Pueblo es muy conveniente
Para mis recreaciones,
Porque de todas naciones
Hay gran concurso de gente,
De lenguajes
Diferentes y linajes,
Suertes, costumbres, edades,
Profesiones, calidades,
Estados, formas y trajes
Y opiniones.
Yo segun las aficiones
A que cualquiera se inclina
Aplico mi medicina
Conforme á las condiciones
Y maneras
De las gentes extranjerias,
Y las de aqui naturales,
De mi ley, entre las cuales
Escojo yo como en peras
Los mejores,
Como en yerbas de sabores
Busca su pasto la oveja,
O como hace la abeja
En campo de muchas flores.
Aqui hallo,
Sin ir léjos á buscallo,
Por entre estos cortesanos
Cuanto me bastan las manos,
Que nadie sabe negallo.
Todos son
Casi de mi profesion,
Y españoles mayormente,
Como pueblo inteligente,
Me tienen gran devocion;
Y se dan
A mi ciencia, tras que van,
Tanta priesa y buena maña,
Que ya pasan á Alemania
Y á Italia, donde están
De prestado.
Cualquier hombre trasladado
A esta Roma, gran señora,
Se renueva y se mejora,
Y queda mas avisado
En mis artes;
Bien que hallo en todas partes
Quien me cumple mis deseos,
Y aun los indios y guineos
Siguen tras mis estandartes;
Mas aqui
Es en fin adonde á mí
Me sucede todo á punto,
Porque lo tengo aqui junto
Cuanto en muchas partes vi.
¿Qué mas quiero
Yo, ni pido, ni aun espero,
Sino que en tan pocos dias
Tengo ya dos canongias,
Plata, ropas y dinero,
Y favores
De prelados y señores,
Gracias y prerogativas,
Oficios y espectativas
Para mis demandades
Y queridos;
Viendo andar aqui perdidos
No pocos hombres honrados,
Del mundo menospreciados,
De todos aborrecidos
Sin ventura,
Por seguir tras la locura
De aquella mi compañera,

Que por ser tan altanera
No tiene plaza segura?
Y yo sé
Que despues que la dejé,
Por aqui con su querella
Habrá pasado por ella
Cosas de que reiré
Cuando venga;
Que caso que no es muy luenga
La ausencia hecha despues,
Habrá visto, segun es,
Algun duelo de que tenga
Que contar.
Quiero un poco aqui esperar
Por cumplir lo concertado;
Que, segun lo platicado,
No puede mucho tardar
De venir
A reñir y debatir,
Como por oficio tiene;
Mas héla dónde ya viene;
No faltaré qué gruñir.
En buena hora
Vengas ya, Verdad señora,
Si vienes arrepetida;
Tambien soy recien venida
Yo, y mas contenta agora
Que jamás.
¿Tú no sé lo que dirás
De tus sucesos honrosos;
Los mios son gloriosos
Cada dia mas y mas.
Vesme aqui,
Que despues que me partí
De contigo el otro dia,
Tengo tanta mejoría,
Que puedo comprarte á tí
Y á tí fieros.
Principes y caballeros,
Y otras mil personas buenas,
Me han dado las manos llenas
De vestidos y dineros
Y otros bienes.
Tú me parece que vienes
Rostrituerta y maltratada,
Y encima descalabrada
Y cargada de desdenes,
Como sneles.
Pues cumple que te consueles
Y aconhortes de sufrir;
Que no lo puedes huir
Por mucho que te desveles.
Y pues eres
Espejo de las mujeres
En honra y autoridad,
Y llamándote Verdad,
La profesas y la quieres,
Sé contenta
De confesar sin afrenta
Cómo te fué en esta feria,
Y la mengua y la miseria
Que en tu casa se aposenta
Por alhaja;
Y conoce la ventaja
Que en este mundo te llevo,
Y que, segun él, no debo
Estimarte en una paja,
Pues te veo
Tan sin lustre y sin arreo,
Y venir tan destrozada
Al cabo desta jornada,
Hecha con tanto deseo,
Para prueba.

VERDAD.

Ya tú sabes no ser nueva
Desorden en esta vida
Que por ley desconocida
Lo mas del mundo se mueva,
Y que en ella,
Si bien quieres entendella,
No produce la natura

Cosa quieta y segura
Sin cuestion y sin querella;
Diferente
Es lo frio y lo caliente;
Lo blando contra lo duro,
Lo claro contra lo oscuro
Pelean continuamente,
Mal contento.
Los vientos contra los vientos
Son muy bravos adversarios,
Y, en fin, son en si contrarios
Todos los cuatro elementos
Naturales.
Cómense los animales
Uno á otro con sus dientes,
Las gentes contra las gentes
Con desamores mortales
Se levantan,
Con el hierro se quebrantan
Las piedras y las mineras,
Y las infernales fieras
De los del cielo se espantan,
Sin enmienda.
El vicio tiene contienda
Con la virtud por oficio,
Y la virtud contra el vicio
Busca con qué se defienda.
Su mal seno
Trae de ponzoña lleno
Contra lo bueno lo malo,
Y las manos en el palo,
Contra lo malo lo bueno.
Y así, digo
Que tú contiendes conmigo
Como el mal con la salud,
Y yo, por ley de virtud,
Hago lo mismo contigo,
Sin poder
Entre nosotras haber
En mi presencia concordia,
Tregua ni misericordia,
Sino morir ó vencer.
Mas, mirada
Tu pregunta mal criada,
Digo que en Roma me ha ido
Mas que bien, pues he cumplido
Con los que soy obligada
A quien soy,
Y lo mismo tendrás hoy
Que siempre, de nuestras lides;
Mas la ventaja que pides
Para mal, yo te la doy
Y concedo,
Sin tener invidia ó miedo
De tus bienes y favores,
Ni de esos tus valedores,
En quien fundas tu denuedo,
Lo cual todo
Estimo y tengo por lodo,
Como cosa baladí
Del mundo, que va tras tí,
De tu brebaje beodo;
Y del cual
Yo bago poco caudal,
Porque no ballando en él
Morada cierta ni fiel,
Me vuelvo á la celestial
Sin error;
Que, según David, cantor
De los divinos renombres,
La tierra se dió á los hombres,
Y el cielo para el Señor,
Que soy yo.

ADULACION.

No me pesa deso, no,
Antes me huelgo de oílo;
Mas dime, ese golpecillo
Del ojo ¿quién te lo dió?
¿Por qué via
Sufriste tal demasia?

VERDAD.

Deja, que es un cardenal,
Porque dije que era mal
Ir en máscara de día.

ADULACION.

Todo es nada;
Mas di tambien, si te agrada,
Pues nunca para atrás caes,
¿Qué cosa ha sido? Qué traes
Detrás la cofia, rasgada
Sin provecho?

VERDAD.

Eso tambien me fué hecho
En casa de un abogado
Porque dije ser pecador
De entrambas partes á hecho
Tomar dones;
Luego ciertos haladrones
Contra mí se levantaron,
Y la cofia me rasgaron
Por darme de repelones
Con pesar.
Mas si hubiese de contar
Yo semejantes levadas
De cosas por mí pasadas,
Sería nunca acabar
En un año.

ADULACION

En eso yo no te engaño,
Pues antes que te apartases,
Te apercibi que callases,
Y si hablaste, tu daño.

VERDAD.

Y aun por eso,
Conociendo cuán avieso
Va de mi sinceridad
El mundo con su maldad,
Por no escuchar tu proceso
Determino
De tomar otro camino,
Y levantando mi vuelo,
Dar la vuelta para el cielo,
Do tengo cierta contino
La morada.
Y tú, Lisouja malvada,
Pues me voy, reina sin guerra
Sobre la haz de la tierra,
Para que fuiste criada.

OBRAS DE DEVOCION.

A LAS PINTURAS DE UNA IGLESIA.

Á LA SALUTACION.

Tódo el mundo está esperando,
Virgen santa, vuestro sí;
No detengais mas ahí
Al mensajero dudando;
Dad presto consentimiento.
Sabed que está tan contento
De vuestra persona Dios,
Que no demanda de vos
Otra cosa en casamiento.

AL NACIMIENTO.

Para estar tan bien parida
Y tan bien acompañada,
Mal presto aposentada,
Virgen, y mal proveída.
Yo no sé, ni nadie sabe,

De qué manera os alabe;
Que sin sentir embarazo
Teneis en vuestro regazo
Al que en el cielo no cabe.

Á LA CIRCUNCISION.

Para darnos á entender
Que no venis á holgar,
Queréis luego comenzar,
Rey de gloria, á padecer;
Y ponéis en amargura
Vuestra carne tierna y pura
Para mostrarnos, Señor,
Lo que, siendo criador,
Sufrís por la criatura.

Á LOS REYES.

¿En qué conocéis que es rey,
Reyes, este que adorais,
Pues lo mas que le hallais
Es un asna con un buey?
Mas vuestro conocimiento
No es de humano acertamiento;
La estrella os muestra el camino,
Y el Espiritu divino
Alumbra el entendimiento.

Á LA HUIDA DE EGIPTO.

Aunque muy cansado vais,
Viejo bienaventurado,
Mayor es vuestro cuidado
Que el cansancio que llevais.
Seguro vais de mesones,
Josef, mas no de ladrones;
Y con corazon sereno
Pasais por el hijo ajeno
Por estas persecuciones.

Á LOS SANTOS INOCENTES.

Tirano, no tengas duelo;
Que esos que matas temprano
Plantas son que de tu mano
Se trasponen en el cielo.
Y el que buscas sin reposo,
Sabe que es tan poderoso,
Que estos, muriendo por él,
Ganan en ser tú cruel
Mas que siendo piadoso.

Á LA PURIFICACION.

Publicais con humildad
En vos, Señora, defecto
Por encubrir el secreto
De vuestra virginidad;
Mas no engaña á Simeon
Vuestra disimulacion;
Que cumplirse su esperanza,
Por obra de Dios alcanza
Ser hecho, no de varon.

EN UNA ALDEA PARA CANTAR LA NOCHE DE NAVIDAD.

Juicio será fuerte,
Aspero y cruel de muerte.

Tened memoria, mortales,
Del juicio que vendrá,
Adonde se os tomará
La cuenta de vuestros males.
Una sibila pagana,
Que á Cristo no conoció,
Antes lo profetizó
Que él tomase carne humana.

Del cielo decenderá
Y en carne será presente
A juzgar toda la gente
El Rey que siempre será.
El incrédulo y el fiel
Verán á Dios poderoso,

Con sus santos glorioso
Desde el siglo en el fin dél.

Las almas serán juntadas
En su carne, como fueron
Cuando en el mundo vivieron,
Para ser allí juzgadas.
Las hembras y los varones
Sus riquezas dejarán,
Las cuales se tornarán,
Con mar y tierra, carbonés.

Al infierno porná espantos,
Y las puertas quebrará
Por fuerza; pero será
Luz libre para los santos.
Los malos padecerán
Quemados de eterna llama,
Y lo que calló la fama
Ellos lo descubrirán.

Y Dios manifestará
Los secretos corazones;
Habrá flores á montones,
Y el malo regañará.
Perderá su claridad
El sol y luna y estrellas,
Y el resplandor dél y dellas
Se tornará oscuridad.

Los cielos se desharán,
Y abajarse han los collados,
Y los valles, abajados,
Con ellos se igualarán.
No habrá cosa alta en la tierra
Que puedan ver los humanos;
Igual a los campos llanos
Serán los montes y sierra.

La verde color del mar,
Con sus ondas presurosas,
Y todas las otras cosas
Entonces han de cesar.
La tierra perecerá,
Los ríos secará el fuego;
Triste son sonara luego,
Que de lo alto se oirá.

Entonces la tierra dura,
Abriéndose, mostrará
El infierno, donde está
En su confusión oscura;
Al Señor obedeciendo
Todos los reyes del suelo,
Caerá luego del cielo
Y piedra azulre hirviendo.

PROFETAS.

ISAÍAS.

Yo el profeta Isaías
Digo que concebirá
En su vientre y parirá
Una Virgen al Mesías,
Y aqueste será llamado
Emanuel, que es Dios con nos;
Para nos el niño Dios
Es nacido y encarnado.

JEREMÍAS.

Este es nuestro Dios eterno,
Y otro no será estimado;
Que es solo quien ha hallado
Todo el saber verdadero.
Y á Jacob sirvió lo dió,
Y en nuestras tierras fué visto
Dios y hombre Jesucristo,
Que con hombres conversó.

DANIEL.

Al tiempo que verná aquel
Que es santo sobre los santos
Cesará la unción de cuantos
Reyes hay en Israel;

Porque es justo que en el suelo
No reconozca la gente
Otro rey, siendo presente
El Rey muy alto del cielo.

HABACUC.

Oí, Señor, tu sonido
Y temeroso quedé;
Tús obras consideré
Y quedé desparavido.
Porque oyendo la grandeza
De la tu divinidad
Espantóme la humildad
Que escogiste, y la bajeza.

NABUCODONOSOR.

Hoy metimos tres varones
En el horno aprisionados,
Y ahora siendo mirados,
Veo cuatro sin prisiones;
Y el fuego no les empeece
Niles toca en los cabellos;
La vista del cuarto dellos
Hijo de Dios me parece.

VILLANCICO Á LA MISMA NOCHE.

*Pues hacemos alegrías
Cuando nace uno de nos,
¿Cuánto mas naciendo Dios?*

Grandes huéspedes tenemos,
Hagamos gran regocijo.
Pues pare la Madre al Hijo
Por quien todos hoy nacemos.
Nunca vimos ni veremos
Juntos otros tales dos,
El Hijo y Madre de Dios.

CANCION Á NUESTRA SEÑORA, VINIENDO EN LA MAR.

Clara estrella de la mar,
Dichosa puerta del cielo,
Madre de nuestro consuelo,
Virgen nacida sin par;
Reina bienaventurada,
De todos consolacion
En todo tiempo y sazón
Sed, pues sois nuestra ahogada;
Mas por gracia singular,
Las rodillas por el suelo,
Pedimos vuestro consuelo
Mientras estamos en la mar.

Guardad la fusta en que vamos,
Que es nuestro cuerpo vicioso,
Deste mar, tempestuoso
Mundo por do navegamos.
La quilla dél sustentar,
Que es la carne peligrosa,
Vaya siempre temerosa
Adónde podrá topar;

La proa, que es el deseo,
No se empache en lo que topa;
La voluntad, que es la popa,
No la hiera devaneo;
Y el piloto gobernar,
Que es el flaco seso humano,
Lleve tal tiento en la mano
Que la sepa encaminar.

El mástil, que es la razón,
De tantas cuerdas asido,
Vaya enhiesto, no torcido,
No le doblegue pasión.
Para atar y desatar
Suban y bajen ligeros
Otros que son marineros,
Puestos para ejecutar.

Las velas por do se guía,

Que son los cinco sentidos,
Sean de vientos heridos
Que vengán sin travesía;
Y si no pudiere andar
Nuestra flaqueza mezuquina,
Viento en popa á la hollina
Sepa al menos navegar.

Á NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

Pues no alcanzo á contemplaros,
Madre de Dios gloriosa,
Excusado es alabaros;
Pero quiero suplicaros
Que me digais una cosa,
Que aquí se debe encerrar
Algun misterio profundo:
¿Cómo quisistes morar,
Siendo Señora del mundo,
En tan áspero lugar?

También haceis vuestra estancia
En Guadalupe en las breñas,
Y así en la Peña de Francia;
Yo no siento qué ganancia
Sacais de andar por las peñas;
Mas lo que de ello sospecho
Es, que salís al atajo

A tomar, contra derecho,
Para vos este trabajo
A fin de nuestro provecho.

Por los llanos de la tierra
Los méritos son contados,
Por los montes y la sierra,
Donde nos viene la guerra,
Nuestros vicios y pecados.
Si por llano caminamos,
Ningun peligro tenemos;
En la sierra nos perdemos,
Y allí, Señora, os hallamos
Para que no peligremos.

HIJNO Á NUESTRA SEÑORA.

(Ave maris Stella.)

Pues navegáis, alma mía,
Por el mar de pensamientos,
Dorsois de contrarios vientos
Combatida cada día;
Para no tener fortuna
Mirad siempre aquella estrella
Del norte, porque sin ella
No habréis bonanza ninguna.

Y para mas la obligar,
Decidle por oración
Esta devota canción:
«Ave, Estrella de la mar,
Madre de Dios criadora,
Pero Virgen de continuo,
Dichosa puerta y camino
Del cielo, y emperadora.

Oyendo aquel dulce *ave*
De la boca de Gabriel,
Con que vos, Señora, y él
Al cielo hicistes llave,
Fundadnos en paz segura,
Mudando el nombre de Eva,
Porque no se nos atreva
Quien nuestro daño procura.

Soltadnos de las prisiones
De nuestros viciosos fuegos,
Dad lumbré á los que están ciegos
De sus propias aficiones;
Nuestros males apartad,
Nuestros bienes procurando,
Para que queden de un bando
La razón y voluntad.

Mostráos, Virgen, ser madre
A los tristes que padecen,

Sumat per te nostram preceem
El que, siendo vuestro padre,
Por nosotros quiso ser
Vuestro hijo, y siendo Dios,
Se hizo dentro de vos
Hombre para padecer.

Singular Virgen sagrada,
Entre todas la mas mansa,
Y tan mansa, que descansa
Dios dentro en vuestra morada;
Limpiadnos, que estamos llenos
De las culpas que criamos,
Y hacednos que seamos
Muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada
Y asegurad los caminos,
Porque nos hallen los dioses
Al cabo de la jornada,
Y en tal estado acabemos
Que do vamos deseando,
A Jesucristo mirando,
Siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza, por tanto,
A Dios Padre Criador
Y á Cristo, muy gran Señor,
Con el Espíritu Santo;
Una honra á todos tres,
Sin dar ventaja á ninguno;
Que así es lo que es de uno,
Que de todos ellos es.

LA VISITACION DE SANTA ISABEL.

(A instancia de una señora.)

Decid, Reina esclarecida,
¿Dónde vais á pie, cansada,
Por el monte apresurada,
Siendo por madre escogida
De Dios y estando preñada?
Siendo señora del cielo,
¿Cómo vais por este suelo
Con tan poca autoridad?
Cómo en tanta soledad
No habeis miedo ni recelo?

Mal parece á las doncellas
Andar fuera de poblado,
Y tanto mas es notado
Cuanto mayores son ellas
En linaje y en estado.
¿Qué negocio puede haber
En que sea menester
Por fuerza vuestra presencia,
Y hacer la diligencia
Tan excelente mujer?

Entre los grandes señores,
Si cosas se han de tratar,
Es costumbre de enviar
Legados ó embajadores
Que vayan á negociar.
Ejemplo desto nos dió
El ángel que descendió
Por mensajero de Dios,
Cuando entre él, Señora, y vos
El casamiento trató.

Pues si bien sé conoceros,
¡Oh Princesa celestial!
Vos sois de sangre real,
Y la con quien vais á veros
Persona muy principal.
Fuera pues mas cierta cuenta,
Por no recibir afrenta,
Que un gran señor ó prelado
Llevara vuestro mandado
A cas de vuestra parienta.

Pero, ya que camináis,
Hermosa dama excelente,
Sin mirar inconveniente,
Decid, ¿cómo no lleváis
De camino algun presente?

Parece descortesía
Ser con otros cada día
Tan franca, tan liberal,
Y á vuestra prima carnal
Visitar mano vacía.

Tambien quiero deseoso
Saber de vuestra excelencia;
Por eso tened paciencia,
Pues teneis, Señora esposo.
Si venis con su licencia,
Que no la debió dar él,
Siendo sabio y tan fiel,
Para ir sola una doncella;
Y ya que vengaís con ella,
¿Cómo venistes sin él?

RESPUESTA.

Mas con amor que con vicio
He preguntado, Señora;
Quiero responder agora,
Pues seréis de mi servicio
Muy abonada deudora.
Segura vais de cansaros,
A lo menos de enojaros,
Por cansada que os veais;
Que el cuidado que lleváis
Basta para descuidaros.

La priesa no la condeno,
Pues no se sufre tardanza
Cuando corre la esperanza
A gozar de algun fin bueno
Que nuevamente se alcanza;
Y así, vos siendo avisada
De nueva tan señalada,
Con la gana que en vos mora,
De llegar no veis la hora
Y acabar vuestra jornada.

Por do puede bien creerse
Que el misterio que os ha sido
Por seis meses escondido,
Si antes viniera á saberse,
Antes hubiéradades ido;
Mas no sin causa se ordena
Que del caso estéis ajena
Hasta el necesario punto,
Porque vais á cumplir junto
El servicio y norabuena.

Ni se sufre embajador,
Legado ni mensajero;
Vos lo debeis ser primero,
Porque los gozos de amor
No se gozan por tercero;
Y el despacho que en vos va,
Que se ha de mostrar allá,
Sola vos podeis traerlo,
Pues que para mercedello
Sola nacistes acá.

Rodeada en rededor
De celestiales compañías,
Con Dios dentro en las entrañas
No hay afrenta ni pavor
Que temer por las montañas.
Entre los robles y pinos
No careceis de vecinos,
Porque á sus ángeles Dios
Tiene mandado de vos
Que os guarden por los caminos.

Yendo vos, llevar presente
Con presencia tan hermosa
Parece superflua cosa,
Pues da gloria á toda gente
Vuestra cara tan gloriosa;
Cuanto mas que vuestra prima
Es mujer de mucha estima,
Y afrentarse ha, siendo rica,
Tomar de la pobrecica
Dones ni joyas encima.

Si Josef os dió licencia,
Yo no me meto á sabello;
Mas sé que debo creello,

Que vuestra gran obediencia
Me da testimonio dello.
Si vais con él ó con ella
La Escritura no lo sella,
Pero yo lo juraré,
Que si él con vos no fué,
Que vos no fuistes sin ella.

Agora pues caminad
A vuestra visitacion;
Que do llega la aficion,
La razon y voluntad
Una misma cosa son.
Para vos está guardada
Esta tan gran embajada,
Después de la de Gabriel,
Por la cual será Isabel
Del caso certificada.

Por eso no trabajéis
De disimular lo hecho;
Que seréis puesta en estrecho
Que por fuerza confeséis
Lo que lleváis en el pecho.
Yo quiero tras vos correr
Por gozar deste placer;
Que tan excelentes vistas
De personas tan bienquistas
Cosa será para ver.

Mas, porque es atrevimiento
Que vaya mi torpedad
Cabe tanta majestad,
Haré piés del pensamiento
Y ojos de la voluntad;
Y si no pudiere andando,
Seguiros he contemplando,
Reina nuestra, cómo vais,
Y al aposento llegais
Desta que vais deseando.

Y llegada á su presencia,
Con dulce rostro riendo,
La gravedad no perdiendo,
Con amor y reverencia
La saludades diciendo:
«Dios os salve, Madre mia;
La gracia del que me envia
Tanta parte os dé de sí,
Cuanta gloria me da á mí
Con miraros este día.

«Tan penada por vos vengo,
Tan vencida de deseo,
Tan llena de lo que veo,
Que ante mis ojos os tengo,
Y de gozo no lo creo,
Gran ventura fué la vuestra,
Gran dicha será la nuestra,
Oh señora prima, en quien
Dios para fin de gran bien
Tan gran maravilla muestra.

«Verdadera relacion
Iliró las orejas mías
Que en vuestros ancianos días
Oyó Dios la peticion
De vos y de Zacarías,
Y en tin os ha consolado
Con el fruto deseado,
Otorgado en senectud,
Que os ha sido en juventud
No sin misterio negado.

«Y aunque de vuestro celarme
Tantos meses esta cosa
Podría ser querellosa,
No quiero de ello acordarme,
Ni lo sufro, de gozosa.
Con el cuerpo me he tardado,
Pero no con el cuidado,
Que es mayor que sé deciros,
De gozaros y serviros
En tiempo tan señalado.»

Con ojos bajos y graves
La matrona generosa,
Algun tanto vergonzosa,

Con palabras muy suaves,
Con voz honda y poderosa,
De Espíritu Santo llena,
Dijo con cara serena:
« ¡Oh hija y señora mía,
Mensajero de alegría,
Vos vengaís en hora buena!

» Bendita vos y loada
Entre todas las mujeres,
Pues pueden vuestros poderes
Abrir la puerta cerrada
De los eternos placeres;
Y bendito también sea
El fruto, que se desea,
De vuestro vientre bendito;
El cual, siendo en sí infinito,
Se viste nuestra librea.

» Bendito el vientre que os trajo
Y las tetas que mamastes,
Pues que tan alto volastes,
Que distes con Dios abajo
La hora que lo encarnastes.
Tan gran merced y favor,
Tal linaje de loor
¿De dónde me viene á mí,
Que me venga á ver aquí
La Madre de mi Señor?

» Madre sois de vuestro padre;
No disimuleis, María;
Que Dios cuando os escogía,
A vos os tomó por madre,
Y á mí me quiso por tía.
Gloria de vuestro linaje,
Vestida de nuestro traje,
A Dios vestís por aforro;
Con él andais en el corro,
Y habláis nuestro lenguaje.

» En llegando á mis oídos
La voz y dulce canción
De vuestra salutación,
Concibieron mis sentidos
Divina revelación.
Y el infante aun no criado
Que en mi vientre está encerrado,
Delante su Criador,
Lleno de gozo y de amor,
Todo está regocijado.

» ¡Oh cuán bienaventurada
Sois, prima, porque creísteis
Lo que del ángel oísteis,
Pues mediante su embajada,
Hijo de Dios concebisteis!
Y las grandezas oídas,
Por el ángel prometidas,
Que por humilde se os dan,
En vos y por vos serán
Perfectamente cumplidas.

» Ya no es tiempo de callar,
Virgen bienaventurada,
Con el burto sois tomada;
Venisteis á saludar,
Y quedastes saludada.
Descubierto es el secreto:
Hombre parirá perfecto
Isabel, vos hombre y Dios;
Que en vos sola caben dos
Contrarios en un sugeto.

» Mas no cabe presunción
En toda vuestra morada;
Que aunque os veis ya declarada
De tan alta condición,
No sois por eso mudada.
Si os alteran los favores
De los divinos amores,
Por la respuesta parece.
—La mi ánima engrandeco
Al Señor de los señores.

» Y gozoso de verdad
El mi espíritu y memoria,
En Dios mi salud y gloria,

Porque miró la humildad
Desta su sierva notoria.
Por la cual me llamarán
Bendita, y acertarán,
Todas las generaciones,
Cuántas hembras y varones
En el siglo nacerán.

» Porque hizo el que servi,
Que es muy alto y poderoso,
Y su nombre glorioso,
Muy grandes cosas por mí,
Pues se me dió por esposo.
Y en edades venideras
Para siempre duraderas,
Será su misericordia,
Que gozarán en concordia
Los que le temen de veras.

» Su gran potencia mostró
En brazo de vencimiento,
Y como polvo con viento,
Los soberbios esparció
Lejos de su pensamiento.
Los grandes y poderosos,
Altivos y desdenosos,
De sus sillas abajó,
Y los bajos ensalzó
En estados gloriosos.

» Los probecillos hambrientos
Hinchó con sus largas manos
De los bienes soberanos,
Y á los ricos avarientos
Dejó desiertos y vanos.
Israel, que triste estaba
Porque tanto se tardaba
La vista de su Mesías,
Recibió ya en nuestros días
El niño que deseaba.

» Y Dios no puso en olvido
Su misericordia pia,
Como desde el primer día
Por su boca prometido
A nuestros padres lo había;
A Abraham, su sirviente,
Y después á su simiente
En los siglos venideros,
Habiendo siempre herederos
De padre tan excelente. —

» ¡Oh cuán bien habeis cantado,
Virgen y Madre bendita,
Con un tiple que nos quita
Cuanto tormento y cuidado
Nos daba la ley escrita!
Con lengua dulce y discreta
Nos mostráis que sois eleta
De la luz que viene ya,
Por la cual se nos dará
La ley de gracia perfecta.

» Y con toda esta grandeza
Que por vos se comunica,
Siendo tan grande y tan rica,
Quiere tomar vuestra alteza
Oficio de pobre y chica.
Y con trabajo y afán
Quereis comer vuestro pan
Sin popar ninguna pena,
Y servir en casa ajena
Hasta que nazca san Juan.»

Final.

Si yo tan gran servidor
De vuesa merced no fuera,
Harto mejor estuviera
Por hacer esta labor.
Y si no supe hacella
Tal que no vaya confusa,
Vuestro mandado me excusa
De las faltas que hay en ella.

Mas, pues es visitación,
Vuesa merced la visite,
Y á mí me descargue y quite

De tan grande obligación.
Si fuere merecedora
Del fuego, pague el papel;
Que yo salvo quedo dél,
Pues cumplo con mi señora.

HIMNO A LA CRUZ. (*Vexilla regis prodeunt.*)

Las banderas de la luz
Del Rey que por nos padece
Salen fuera, y resplandece
El misterio de la Cruz.
Por el cual el Hacedor
De la carne en carne humana
Fué puesto de propia gana
En el palo del dolor.

Y encima desto, llagado
Con hierro de cruda lanza,
Abrió fuente de esperanza
En su divino costado;
De do, para nos salvar
Del pecado que reinó,
Agua con sangre manó
Por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo.
En versos de dulce canto
Que en testimonio dejó;
Pregonando á boca llena
Por el mundo en general
Que Dios reina sin igual
Desde el madero de pena.

¡Oh árbol bello, hermoso,
Resplandeciente, sagrado;
De la púrpura adornado
De nuestro Rey glorioso!
Escogido por señales
De tronco digno sin par,
Que mereciste tocar
Tan santos miembros y tales.

Árbol bienaventurado,
De cuyos brazos colgó
El precio que se nos dió
Del siglo, por él comprado;
Y hecho balanza y peso
Del cuerpo precioso, tierno,
Trajo el robo del infierno,
Tantos tiempos allí preso.

¡Oh Cruz de consolación,
Única esperanza nuestra,
Dios te salve, pues te muestra
En tiempo de tal pasión!
Acrecienta la justicia
A los justos sin pecados,
Y á los miseros culpados
Da perdon de su malicia.

A tí solo Dios y trino,
Trinidad en unión,
Cuántos espíritus son
Dan alabanza continuo.
Pues tan caro nos compraste,
Gobierna perpetuamente
Los que por el excelente
Misterio de Cruz salvaste.

LA INVENCIÓN DE LA CRUZ. (*A instancia de una señora.*)

Proemios.

Vuesa merced me mandó,
Si dello tiene memoria,
Que le trovasse la historia
De la Cruz que nos salvó;
De cuya causa han estado
En batalla y diferencia,
De un cabo mi insuficiencia,
Y de otro vuestro mandado.

El uno dice que sí,
El otro dice que no,
Y quedé por juez yo
Para serlo contra mí;
Y di por nuestro servicio
Contra mí mismo sentencia,
Porque dicen que obediencia
Vale mas que sacrificio.

Pienso que fué la intencion
De vuesa merced, Señora,
Tentar de saber agora
Dó llega mi devocion;
La cual de vos se querella,
Porque tuvistes por bueno
Darle oficio tan ajeno
Del que suele tener ella.

Que mis vanos pensamientos,
Que paz no saben hallar,
Mejor supieran trovar
La invencion de mis tormentos.
La de la Cruz de alegría
Mal parece en mi poder;
Porque yo no sé traer
A cuestras sino la mia.

Mas donde tantos peones
Ha de haber para cavar,
Serviré yo de llevar
En brazos los azadones;
Y seré desta manera
Otro Simon Cireneo,
Tocando con el deseo
El cabo della siquiera.

Y en el Dios que en ella muere
Tomando esfuerço y aliento,
Haré vuestro mandamiento
Lo menos mal que supiere.
Y pues Cristóbal me llamo,
Valme, Cristo, y sé conmigo;
Que aunque sé que no te sigo,
Sabes que no te desamo.

Contemplacion.

¿Qué cavais en este suelo,
Gran Reina, tan deseosa?—
Busco la Cruz gloriosa
En que el alto Rey del cielo
Vertió su sangre preciosa.
Y con ansia de amor quiero
Que cojan polvo mis baldas,
Por sacar aqnel madero
En que el divino Cordero
Tuvo puestas sus espaldas.

Busco el palo vencedor,
Que siendo de su natura
Insensible criatura,
Sostuvo á su Criador
Hasta dalle sepultura.
Busco el árbol venturoso
Que la doliente manzana
Que Adam comió, de goloso,
Con fruto dulce y sabroso
Del todo la hizo sana.

Y cuando Cristo murió
Por la general querella,
So la tierra se entró ella
Porque en ella no halló
Manos dignas de tenella;
Y hase estado así enterrada
Doscientos y tantos años
Por no ser menospreciada,
Ni verse mal empleada
En poder de sus extraños.

Pues en empresa tan alta,
Y el galardón tan crecido,
No descansa mi sentido
Hasta que vea sin falta
Lo que busco y lo que pido.
Y en cosa tal que esta
Es justo perder el sueño,
Pues á Dios tanto le cuesta;

Que el trabajo en su recuesta
Amor le hace pequeño.

Y si Dios quiere que halle
Yo, por ser mas diligente,
Tesoro tan excelente.
Seré hecha por buscalle
Gloria de toda mi gente;
Y si por no ser yo tal,
Siendo viva no lo veo,
El alma, que es inmortal,
Quedará por principal
Heredera en mi deseo.

Mas tengo gran confianza
En el que esta devocion
Me puso en el corazon,
Que cumplirá mi esperanza
Y mi final intencion;
Y mi seso determina
De cavar en esta hoya,
Confianto que, aunque indina,
Verán mis ojos ahina
Esta riquísima joya.

La cual, segun he sabido,
No fué hecha de madera
Ofrecido como quiera,
Sino de palo escogido,
Plantado para lo que era;
Que Adam, segun supe yo,
En grande vejez venido,
En enfermedad cayó,
De la cual al fin murió
Por escotar lo comido.

Pues viéndole ya mortal
Su hijo Set, con cuidado
De ejecutar su mandado,
Fué corriendo al terrenal
Paraíso, ya cerrado,
Y con voz apresurado,
Como en casa conocida,
Pidió que le fuese dado
Del aceite deseado
Del gran árbol de la vida.

San Miguel le respondió
Que aquello ser no podia,
Porque Adam perdido habia
La gracia cuando pecó
Que de no morir tenia;
Y que conviene que muera
Y se parta deste mundo
Sin el remedio que espera,
Pues por la fruta primera
Perdió el remedio segundo.

Pero dióle todavia
Un ramo que se llevase
Y en el monte le plantase,
Porque ya que Adam moria,
En su memoria durase;
Y dijo: «No te adolezca
Ni desmaye el mal de Adam,
Aunque grave te parezca;
Que cuando este árbol florezca,
El y muchos sanarán.»

Habiendo Set este aviso,
Consolóse en gran manera,
Y aunque era larga la espera,
Partióse del Paraíso
Con cara mas placentera;
Pero cuando ya llegó,
Aunque se dió mucha prisa,
El padre muerto halló,
Y en su memoria plantó
El ramo sobre la huesa,

El cual se hizo plantando
Árbol de gran presuncion,
Y desde aquella sazón
Duró hasta ser cortado
En tiempo de Salomón;
Que á vueltas del muy precioso
Cedro que allí se cortaba,
Fué traído este dichoso

Para el templo muy famoso
Que á la sazón se labraba.

Viendo los maestros del
Palo tan hermoso y neto,
Liso, derecho y perfecto,
Ponien luego mano en él,
No sabiendo su secreto;
Mas muy burlados se van,
Que mil veces lo probaban
En la parte que querian,
Y en cuanto el ojo volvia,
Corto ó largo lo hallaban.

Los maestros de la obra
Con enojo y con despecho,
Como palo sin provecho
Por su falta y por su sobra,
Desecháronlo de hecho;
Y por darle el galardón
De su burlada porfia,
De general opinion
Le pusieron por pontón
De un arroyo que allí habia.

¡Oh madero de salud,
Por el cual es figurado
Cristo, en tí crucificado,
Pues declaras tu virtud
Cuando estás mas desechado!
De humildad me das ejemplo
Cuando, puesto en aquel suelo,
Hecho paso te contemplo
Entonces allí del templo
Como agora eres del cielo.

Y por eso levasteste,
Como del Salmista oyo,
Tu cabeza en este hoyo,
Porque bebiste y gustaste
De camino en el arroyo;
Mas la reina de Sábá
Luego vió, llegando allí,
El misterio que en tí está,
Pues por el agua se va
Por no pasar sobre tí.

La cual, visto este madero,
Y alcanzada su excelencia,
Por divina inteligencia,
Adorándole primero,
Le hizo gran reverencia;
Y despues que visitó
Al muy gran rey Salomón,
De su tierra le escribió
Deste misterio que vió
Muy cumplida relacion.

Y que por los poderios
Deste madero preciado
Seria por su pecado
El reino de los judios
Destruído y asolado;
Y con don de profecía
Alumbrado su sentido,
Dijo que en él se pondria
Un hombre por quien seria
Todo el mundo remediado.

Este rey y gran señor,
Avisado deste hecho,
Hallóse puesto en estrecho,
Porque temor con amor
Batallaban en su pecho;
Y hizo luego buscar
Este palo, y enterrólo
En un honesto lugar,
El misterio singular
Guardando para sí solo.

Pero la virtud divina,
Que ociosa estar no consiente,
Hizo encima allí por fuente
La profética picina,
Salud del pueblo doliente;
Y aunque soterrado estaba
Do ninguno lo sabia,
Sus maravillas obraba;

Que los enfermos sanaba
Cuando el agua se movía.

Mas de ciento que llegaban
Uno no mas iba sano,
Porque aquel pueblo villano
No sentía ni gustaba
Este dulzor soberano;
Que con su conocimiento
No queda enfermo ninguno;
Entonces con este ungüento
Uno sanaba de ciento,
Y ahora ciento por uno.

Pues cuando el tiempo llegó
De padecer Jesucristo,
El árbol de Dios bienquisto
Sobre el agua se salió,
Y nuevamente fué visto;
Y el que en el templo no fué
Hábil para el edificio.
Aquí le sobra la fe,
Pues se ofrece para que
Le manden hacer su oficio.

Pues andándose buscando
Madero de que labralle
Cruz para crucificalle,
Hallaron este nadando,
Hechizo para su talle;
Y pareciéndoles tal
Cual pedía su malicia,
Labran dél el principal
Tronco de la cruz real,
Ejecutor de justicia.

Que la cruz del Rey divino
De cuatro maderos es:
En oliva están los pies,
El mástil de cedro fino,
Y el título de aciprés;
Los brazos de palma fueron,
Do las manos se clavaron;
Los que en la cruz entendieron,
Cruz de gloria la hicieron,
Cruz de pena la pensaron.

Piedad y paz notoria
La oliva nos representa,
En la cual sus pies asienta,
Y la palma la victoria,
Do sus brazos aposenta;
Pompa del rey se figura
Por el cedro do se arrima,
Por el ciprés el altura
De la divina natura,
Que se levanta por cima.

Y según lo que se alcanza,
Cuatro veces fué mostrada
La Cruz bienaventurada
En diversa semejanza
Antes de santificada.
A Set en ramo se da,
Y en árbol á Salomon
En el Libano, do está,
Y á la reina de Sabá
En palo hecho ponton.

En la laguna la miran
En madero los judíos;
Pero con sus desvarios,
Aunque la sacan y tiran,
No sienten sus señorios;
Y aunque sin forma la vieron
Cuanto ojos la miraron,
Dichosos diré que fueron,
Pues en la fuente bebieron
Do tantos bienes manaron.

Pues ¿de cuánta diferencia
Mi bienandanza sería,
Cuán sin igual mi alegría,
Cuán rica mi diligencia,
Cuán gran ventura la mía?
¿Quién como la reina Elena,
Quién tan digna de memoria,
Quién de tales gozos llena,

Quién tan extraña de pena,
Quién tan vecina de gloria,

Si la Cruz ya consagrada
En el divino sagrario,
Hecha ya su relicario,
Hoy fuese por mí hallada
En este monte Calvario;
Y saliese este gran don
Por las mis manos á luz,
Y que por esta razón
Esta fuese la invención
Verdadera de la Cruz?

Y será, según confío,
Hoy descubierta por mí;
Que no dudo estar aquí,
Porque el espíritu mío
Me está diciendo que sí;
Mas, porque el propio loor
Parece desmesurado
En la boca del autor,
Será otro el relator
De este hecho señalado.

PROSIGUE LA INVENCION DE LA CRUZ.

Imperando Constantino,
Emperador justo y fiel,
Levantóse contra él
Majencio, varon malino
Y tirano muy cruel;
Y como fuese señor
En maldades poderoso,
Púsole tanto temor,
Que este noble emperador
Carecía de reposo.

Y aplazada la batalla
Entre ellos muy temerosa,
Constantino no reposa,
Porque en su pecho la halla
Muy terrible y peligrosa;
No sabiendo qué hacer,
Guerreaba en su sentido,
Con miedo de se perder,
El deseo de vencer
Y el temor de ser vencido.

Y estando en esta agonía
Congojado y con recelo,
Alzó sus ojos al cielo
A hora de mediodía
Por buscar algun consuelo;
Y cebó supitamente
Su vista de novedad,
Viendo á la parte de oriente
Una cruz resplandeciente
De extremada claridad;

Al rededor de la cual
Muy claras letras habia,
Cuya sentencia decía:
«En esta sola señal
Vencerás esta porfía.»
El, no pudiendo hartarse,
Después que la vió, de vella,
Comenzó á maravillarse,
Sin saber determinarse
Qué figura fuese aquella.

Pero la noche venida,
Constantino se acostó,
No para dormirla, no,
Sino para dar salida
Al nuevo caso que vió;
Del cual estando ignorante,
Admirado de lo visto,
Aparecióle delante
Con otra cruz semejante
El redentor Jesucristo;

Y dijo: «No tengas duda,
Rev, en lo que visto has,
Ni del trance temas mas,
Porque yo seré en tu ayuda,
Y con esta vencerás,

Arma con ella tu frente
Para trabar la pelea,
Y rompe seguramente
Por Majencio y por su gente,
Por mas que valiente sea.»

El dichoso Empeador,
Quedando muy confiado,
Muy seguro y esforzado
Con el divino favor,
Perdió temor y cuidado;
Y mandó luego quitar
De la bandera romana
Su divisa militar,
Y solamente pintar
La de la Cruz soberana.

La cual puesta en su pendon,
Y él llevando otra en la mano,
Muy alegre y muy ufano
Entró con gran corazon
Contra el soberbio tirano;
Y tal ventura le dió
El que llevaba en el alma,
Que sin sangre le venció,
Y por su muerte ganó
Rica corona de palma.

Pues quedando vencedor,
Vuelto su temor en gloria,
No perdió de su memoria
La Cruz, por cuyo favor
Hubo tan alta vitoria;
Y sabida la verdad
Del misterio que hay en ella,
Propuso en su voluntad
De poner su autoridad
Por buscalla y por habella.

Y tomando quien le muestre
La fe, porque era pagano,
Tornóse luego cristiano
Por mano de san Silvestre,
Gran pontífice romano;
Y queriendo caminar
A cumplir su romería,
El tiempo no dió lugar,
Mas procuró de enviar
Persona cual convenia.

No se contenta ni ordena
Que vaya rey ni señor;
Mas que sea embajador
Su madre la reina Elena;
Que no halló otro mejor.
Sin dilacion ni tardanza
Por cartas le certifica
Su ventura y buena andanza,
Y que cumpla su esperanza
Con humildad le suplica.

Ella, contemplando bien
Milagro tan excelente,
Partió luego incontinentemente
La via de Hierusalem
Con voluntad diligente;
Caso que cuando llegó
Con esta nueva el correo
A Bitina, do partió,
Inflamada la halló
Deste divino deseo.

De cuyos amores presa,
Encendida y alumbrada,
Y del hijo suplicada,
Emprendió tan alta empresa
Con diligencia doblada.
Y por gran señora que es,
Camina tan sin pasion,
Sin guardar año ni mes,
Que un paso da con los pies
Y mil con el corazon.

Con trabajo y diligencia
Llegada donde desea,
En mandar luego se emplea
Que vengan en su presencia
Los letrados de Judea;

Entre los cuales se llega
Un sabio llamado Júdas,
Que aunque á los príncipes niega
Lo que la Reina le ruega,
Al fin declara las dudas.

Este á los otros avisa :
« Sabed que nos ha juntado
La Reina por su mandato
Para sacar la pesquisa
De Cristo crucificado.
Todos negad como yo ;
Que la Cruz, tras que ella anda,
En que Cristo padeció,
Yo sé dó está ; pero no
Conseguirá su demanda. »

Ante la Reina venidos,
Por ella son preguntados,
La primera vez rogados,
La segunda requeridos,
La tercera amenazados,
Que digan sin dilatar
Si oyeron, saben ó han visto
Lo que ella viene á buscar,
Y le muestren el lugar
Do padeció Jesucristo.

Todos responden callando,
Por mostrar que no sabían ;
Mas, con miedo que tenían,
Están entre sí dudando
Si se lo descubrirían.
No dan respuesta ninguna,
Porque en su boca no cabe ;
Mas ella siendo importuna,
Todos responden á una
Que solo Júdas lo sabe.

El cual, por ella rogado,
Dijo : « Señora, no sé
Yo nada de eso, porque
Lo que nos has preguntado
Há muy gran tiempo que fué.
Y estando yo por nacer
En ese tiempo y sazón,
Mal testigo puedo ser
De lo que no vi hacer,
Ni darte de ello razón. »

Ella, visto que á su gozo
Tan contrario le hallaba,
De mansa tornada brava,
Mandólo echar en un pozo
Seco y hondo que allí estaba ;
Y mandó que no le diese
De comer hombre ninguno,
Porque de hambre muriese,
O que la verdad confiese
Con la fuerza del ayuno.

El, no pudiendo sufrir
Tan dura carcelería,
Dió voces al sexto día,
Que le saquen á decir
Lo que cubierto tenía.
Pero ya cuando salió
Hombre nuevo y bien hecho,
Muy otro de que allá entró,
Porque dentro le inspiró
Dios la verdad en su pecho.

Este Júdas fué después
Obispo muy señalado,
San Quiríaco llamado,
De Cristo gran feligrés,
Y por él martirizado.
De cuyo convertimiento
Quedó, según parecía,
El diablo mal contento,
Que volando por el viento,
Daba voces y decía :

« ¡ Oh Júdas falso, traidor,
Enemigo de tu nombre,
Digno de que de ti me asombre,
Pues partes de tu favor
A mi Júdas, tan gran hombre.

Confiesas al que él negó,
Y la cruz en que fué muerto,
Comprar hoy al que él vendió ;
La muerte que él encubrió,
Tú, cruel, la has descubierto ! »

Sabida pues la verdad
Por la Reina generosa,
Muy alegre y muy gozosa,
Salió con solemnidad
A buscar la Cruz preciosa ;
Y después de haber llegado
Al lugar de la justicia,
Mostró Júdas el collado
Donde fué crucificado
El Justo por la malicia.

Mas no hallando dó fué puesta
La Cruz del Rey soberano,
Porque hizo allí Adriano
A Venus la deshonesto
Un muy gran templo profano,
A fin que cuando llegaban
Cristianos en romería,
Pareciese que adoraban,
No lo que ellos deseaban,
Mas la imágen que se vía,

Mandó la Reina, celosa
De Dios y de su servicio,
Derribar este edificio
Y la imágen de la diosa,
Tienda pública de vicio ;
Y mandó que se quemase
Lo que de madera fuese,
Y la piedra se apartase,
Y que la tierra se arase,
Porque todo pereciese.

Hincados pues los hinojos,
Júdas, el santo varón,
Con muy limpia devoción
Puestos en tierra los ojos
Y en el cielo el corazón,
Muy contrito y humillado,
A Dios demandó con lloro
Que le fuese revelado
El lugar do está enterrado
Aquel divino tesoro.

Y levantado de allí
Con la merced que pedia,
Dijo con gran osadía :
« Caven, caven por aquí
Sin temor ni cobardía. »
No bien dichas ni formadas
Estas palabras serian,
Cuando están aparejadas
Tantas espuelas y azadas,
Que en el campo no cabian.

La Reina santa y bendita,
Llena de gozos ufanos,
Rodeada de cristianos,
Los peones solícita,
Que no se daban á manos.
¡ Oh venturosos peones,
Que tan tanto suelo cavan ;
Dichosos los azadones,
Las espuelas y serones
Que de tal tierra gozaban !

Entre los hombres al sol
Andaba con alegría,
Dando prisa todavía ;
El polvo le es alcohol
Y las piedras pedrería ;
Y aunque es larga la labor,
No le estorba la tardanza,
Porque la fuerza de amor
Pone esfuerzo al amor
Cuando va tras la esperanza.

Ya de cansados y lasos
Los peones desfallecen,
Cuando tres cruces se ofrecen
A cabo de veinte pasos,
Que juntas les aparecen ;

Las cuales con diligencia
Sacadas muy limpiamente,
Subidas con reverencia
Fueron puestas en presencia
De la Reina y de la gente.

Y puestas así á la par,
Una gran duda causaban,
Porque cuantos allí estaban
No saben determinar
Cuál era la que buscaban ;
Caso que cuando las vió
Esta señora de estíma,
Y la de Cristo miró,
Dicen que la conoció
Por el título de encima.

Mas, por mas certificarse,
Y salir de diferencia,
Hicieron una experiencia,
En que pudo bien mostrarse
Su ventaja y excelencia.
Un cuerpo muerto trajeron,
Que de las andas tomaron,
Encima del cual pusieron
Una cruz, la que quisieron,
De aquellas tres que sacaron.

El cuerpo se quedó entero
Sin hacer nueva mudanza,
Porque no llega ni alcanza
La virtud de aquel madero
Para mas larga probanza.
Y quitando la primera,
La segunda ponen luego ;
Mas el cuerpo no se altera,
Quedando muerto cual era
Y en aquel mismo sosiego.

La tercera cruz se pone,
La segunda removida ;
La cual del muerto sentida,
Al instante se dispone
A recibir nueva vida ;
Y sin que le dén la mano,
Por sí se levanta en pié,
Mas alegre y mas lozano,
Mas hermoso, recio y sano
Que jamás nunca lo fué.

¡ Oh venturosa mujer,
Reina Elena, emperadora !
¿ Qué sentís, decid, Señora ?
¿ Adónde llega el placer
De que gozais esta hora ?
Especial que en aquel punto,
Por mas os certificar,
Prueban la Cruz allí junto
Encima de otro difunto
Que llevaban á enterrar ;

El cual, fuerza virtud tanta
Sobre su cuerpo sintiendo,
Con vida muerte venciendo,
Ante todos se levanta
Vivo, alegre y riendo.
Santa Elena ¿ qué hará
Viendo tales maravillas ?
A mi parecer dirá,
Con el pueblo que allí está,
Por el suelo las rodillas :

« ¡ Oh Cruz de mi Redentor,
Que sin mostrar embrazos,
Abrazaste con tus brazos
El cuerpo de tal Señor,
Rompió y hecho pedazos !
¡ Tú, que mereciste ser
Escaño do se arrimase,
Y serviste de doser,
Y te supiste hacer
Cama donde se acostase !

» Hazme que de compasión
Se crucifique este día
La cruel ánima mía,
Porque sienta la pasión
Del que tal la recibía ;

Y la crueldad esquivá
De sus penas tan extrañas
En mi corazón se escriba,
Y quede con sangre viva
Imprimida en mis entrañas.

»Toda memoria y cuidado
Huya de mi pensamiento,
Sino solo aquel tormento
De Cristo crucificado,
Llagado, muerto, sangriento.
Nunca plega á Dios ni quiera
Que yo en nada tome gloria
Sino en la Cruz de madera,
Que sirviendo de bandera,
Me dió parte en la vitoria.»

Habiendo ganado así
La Reina tan alto prez,
Congojada está otra vez
Porque le faltan allí
Los clavos deste jaez;
Pero fué Júdas corriendo

Adonde la Cruz hallaron,
Y á Dios oración haciendo,
Viólos estar reluciendo
So la tierra do quedaron.

Y después que los adora,
A la Reina los presenta,
La cual del todo contenta
Se halla en verse señora
De quien por sierva se cuenta.
Así que, la Cruz sagrada,
Tantos tiempos escondida,
En el desta fué hallada,
Y en tan buen punto ganada,
Que nunca será perdida.

En manos está de quien
No la comerá carcoma,
Que la mitad della toma
Para sí á Hierusalem
Y la mitad para Roma;
Do por la Reina traída,
No se maltrata ni quiebra,

Y por su santa venida
La Iglesia fiesta cumplida
A tres de mayo celebra.

Final.

Lo que esta mi trova reza
No fué, Señora, excusado,
Pues sirve de haber mostrado
A dó llega mi simpleza.
Ya no dejará de ser
Invención de alguna cosa,
Pues os será nueva glosa
De mi poquito saber.

Y pues ambos lo pecamos,
Porque la mengua excusemos,
Será bien que lo rasguemos
Antes que lo descubramos.
Vuesamerced no le duela
Darle un tajo y un revés,
Pero mas seguro es
Arrimarle una candela.

POESIAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

JUICIOS CRITICOS.

DEL MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.

(Prólogo á las Obras de Garcilaso, con notas de HERRERA.)

Si en nuestra edad ha habido excelentes poetas, tanto que puedan ser comparados con los antiguos, uno de los mejores es Garcilaso, cuya lengua sin duda escogerán las musas todas las veces que hubieren de hablar castellano. A nadie de los que con mas ardor han acometido esta empresa me parece haré agravio si despues de Garcilaso pusiere á FERNANDO DE HERRERA, pues si su modestia no lo rehusara, no sé si debiamos dalle el primero... Es suya propia la elocuencia de nuestra lengua, en la cual se aventaja tanto, ó bien escriba prosa ó bien verso, que si la pertinacia de tan loables trabajos no le estraga antes de tiempo la salud, tendrá España quien pueda poner en competencia de los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa. Pudo la aficion deste generoso espíritu, alentada solamente con el premio de la virtud, romper por tan grandes dificultades, y con la perseverancia de tan honestos ejercicios aquistar los tesoros de la verdadera elocuencia; los cuales con hidalga franqueza de ánimo ha querido comunicar á su patria, enriqueciendo con ellos la pobreza del lenguaje comun. Primeramente ha reducido á concordia las voces de nuestra pronunciacion con las figuras de las letras, que hasta ahora andaban desacordadas, inventando una manera de escribir mas fácil y cierta que las usadas. Despues, porque la forma de nuestra plática no desagradase á los curiosos por su simplicidad y llaneza, la compuso con ropas tan variadas y tan lucidas, que ya la desconocen, de vistosa y galana. Al fin, viendo que nuestros razonamientos ordinariamente discurrían sin armonía, nos enseñó con su ejemplo cómo sin hacer violencia á las palabras las torciésemos blandamente á la suavidad de los números.

DE DON ALONSO DE ERCILLA.

(Aprobacion de las Obras de HERRERA, en 1582.)

Yo he visto este libro de sonetos y canciones en buen lenguaje y verso justo; tócanse en ellas cosas y fábulas de mucho gusto para los aficionados á la poesía, en las cuales muestra HERNANDO DE HERRERA su buen ingenio y gentil espíritu, y no hallo en ellas cosa por donde no se puedan imprimir.

DE LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

(*En carta á un señor de estos reinos sobre la nueva poesia.*)

Nunca se me aparta de los ojos FERNANDO DE HERRERA, por tantas causas divino; sus sonetos y canciones son el mas verdadero arte de poesia. Quien quisiere saber su verdad imitele; que de Garcilaso no pienso hablar palabra, pues han llegado algunos á tanta libertad, que llaman poetas mecánicos á los que le imitan; cosa tan lastimosa, que por locura declarada carece de respuesta.

DE FRANCISCO DE RIOJA.

(*En la dedicatoria de las Poesías de HERRERA al conde-duque de Olivares.*)

Los versos que hizo en la lengua castellana son cultos, llenos de luces y colores poéticos; tienen nervios y fuerza, y esto no sin venustidad y hermosura. Ni carecen de afectos, como dicen algunos; antes tienen muchos y generosos, sino que se asconden y pierden á la vista entre los ornatos poéticos; cosa que sucede á los que levantan el estilo de la humildad ordinaria. Los sentimientos del ánimo afectuosos, cuanto mas delgados y sutiles, se deben tratar con palabras mas sencillas y propias, solo porque se descubran á los ojos y hieran el ánimo con su viveza; en fin, ellos se han de ofrecer, no se han de buscar entre las palabras. Quien vistiese un cuerpo muy apuesto y gentil, ó sea en el arte ó en la naturaleza, con demasiado ornato, no haria otra cosa que oscurecer y ocultar la hermosura de sus partes... De manera que las cosas, cuanto mayores, menos se han de ocultar con los modos y figuras. La grandeza se debe reservar solamente para lo humilde, porque tenga vida y se levante á la estimacion... Con esto he dicho á vuestra señoría la causa de que los versos de FERNANDO DE HERRERA no parezcan á los ojos de muchos afectuosos, que es no verse los afectos tan desnudos como en Ausias March y en Boscan; pero algo se debe conceder á quien ilustró tanto y engrandeció las musas castellanas; que verdaderamente fué el primero que dió á nuestros números en el lenguaje arte y grandeza. Tambien hay quien diga que no se ven en sus escritos imitaciones de los antiguos; y esto, á la verdad, no merece respuesta, porque quien tuviere alguna leccion siempre se encontrará en sus obras con lugares ó traducidos ó imitados... Esparció en sus versos algunas palabras antiguas, ó por el sonido ó por la significacion, ó por dar artificiosamente antigüedad á la oracion; cosa que hicieron los ilustres poetas y escritores de no vulgar saber en las letras. Tambien redujo otras voces á su entereza, que la licencia ó la ignorancia popular habia cortado y disminuido. Fué diligentísimo en los números, cuidando siempre con arte que ayudasen á significar las cosas que trataban... Ninguna cosa hay en este autor que no sea cuidado y estudio, aun en la trasposicion de las palabras, de que usa tal vez, siendo así que se oscurece la oracion; pero lo que fuera culpable no habiendo causa para hacerlo, cuando se hace con ella es digno de toda admiracion... Nada de lo que escribió deja de ser muy lleno de arte; pero nunca la ejecutó con tan poca prudencia, que no la ocultase con destreza. En las canciones es comparable á todos los mayores poetas de España y de Italia; en las elegías á cuantos las han escrito.

DE DON JOSÉ LUIS VELAZQUEZ.

(*Orígenes de la Poesía Castellana.*)

FERNANDO DE HERRERA mereció por este tiempo el renombre de *divino*, y no se puede negar que tenia espíritu y fuerzas en el decir, aunque el demasiado esmero que puso en limar sus versos los hace algo desagradables á los que aman la armonía y suavidad de la rima.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En el prólogo á sus Lecciones de filosofía moral.)

Los mayores poetas españoles parafraseaban los salmos hebreos, los valientes pensamientos y las osadas imágenes de Job, los encendidos suspiros de la enamorada Esposa de los Cantares. Revestíase el sublime HERRERA de todo el estro de Moisés cuando, habiendo á la cabeza de sus israelitas atravesado á pié enjuto el mar Rojo, ve el brazo de Jehová, que para el tránsito de su pueblo escogido las contenía, despeñar las olas sobre las olas, y sepultar en los abismos de la mar las cuatregas de Faraon y sus peones y sus jinetes, para entonar el canto de loor de la victoria de Lepanto; resonaba su lira lamentando la temprana muerte del rey don Sebastian, los pendones de Lusitania arrollados y derribados, sus legiones desbaratadas, derrocado y desmoronado su antiguo poderío; con son no menos doliente que el del arpa que acompañaba los lamentos de Judá, que sentado triste á las orillas del rio de Babilonia, recuerda las caras ondas del patrio Jordan, huérfano de sus hijos, el templo de Jehová yermo de víctimas, de pueblo y de sacerdotes, el alcázar de Sion sin guardas, Jerusalem viuda de sus moradores... Un estudio profundo de la lengua castellana y de los poetas españoles sus coetáneos y que le habian precedido, una severa critica, un oído sobremanera versado en la armonía y el ritmo poético, distinguen especialmente á HERRERA, á quien apellidó su siglo con el dictado de divino, á que le hacen acreedor sus cantos líricos, puesto que el petrarquismo que en sus inacabables elegías domina infunde miedo al mas osado lector. A las dos composiciones maestras que ya de él hemos citado se ha de agregar la oda á don Juan de Austria despues de la batalla de Lepanto (1), en que introduce á Apolo celebrando el impávido esfuerzo de Marte en la rota de los gigantes, pronosticando, empero, que ha de venir día en que las hazañas del vencedor de Lepanto oscurezcan y eclipsen las del númen de la guerra. Su cancion al sueño respira la molicie tanto como la otra el ardor marcial; y con tal tino ha manejado el idioma, con maestría tal están las sílabas encadenadas, que en la primera retratan sus fuertes sonidos el estrépito de las armas, el ronco estruendo de las trompas bélicas, y en la última la dulzura del sueño, el blando sosiego del mundo, de su beleño tocado, el silencioso y suave vuelo de sus perezosas alas.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DON FERNANDO ENRIQUEZ DE RIBERA, MARQUES DE TARIFA.

(Dedicatoria que puso HERRERA en la edicion primitiva de sus poesías.)

Bien conozco que no ha sido mucho acertamiento haber prometido á vuestra señoría ilustrísima hacelle servicio en publicar estos versos, poco merecedores de la estimacion que les da vuestra señoría; y así, temo grandemente perder en la opinion de todos el crédito de recatado y escrupuloso en este estudio, que es lo último que me podía quedar en consuelo, ya que me hallaba falto en las demás cosas; y por esto quisiera no haber ofrecido tan liberalmente lo que descubrirá la oscuridad y rudeza de mi ingenio. Mas tengo tanto respeto á la satisfaccion que mostró tener vuestra señoría cuando me hizo merced de ampararlos con su nombre, que quiero antes aventurarme al juicio, no solo de los hombres que saben, pero de los inorantes, que retraerme de mi propósito, cuanto mas que tiene fuerza de imperio el ruego de los príncipes, y no podía yo rehusar de obedecer á vuestra señoría sin caer en culpa. Suplico pues á vuestra señoría ilustrísima que los favorezca de la suerte que suele hacerme merced; que si por ventura merecieren ser vistos y acogidos de algunos, deberán eso á vuestra señoría, aunque no lo espero de su poco merecimiento.—Ilustrísimo Señor.—Besa las manos á vuestra señoría ilustrísima su servidor,

FERNANDO DE HERRERA.

(1) No es despues de la batalla de Lepanto, como dice Marchena, sino despues de la reduccion de los moriscos de las Alpujarras á la obediencia de Felipe II.

PREFACION DE FERNANDO DE HERRERA A SUS VERSOS.

(Edicion de Pacheco.)

Bien quisiera, ya que me dispongo tan tarde á publicar estos juegos de la juventud, que fueran tales, que me librasen en parte de la culpa que suelen dar los hombres cuerdos á los que embarazan lo mejor de su vida en semejante ocupacion. Pero, ya que estoy obligado á este riesgo, si en ellos no descubriese algun rastro de la perfeccion y excelencia que se halla en las obras de los buenos escritores, no ha sido falta de diligencia y cuidado, sino infelicidad de mi genio, que el conocerla me ha retirado muchas veces de la publicacion de estos versos; mas el deseo de agradar á quien, satisfecho dellos, piensa que merecen salir á luz, me obliga á que me sujete á la pena de este atrevimiento. Y si he de decir verdad, no ha tenido pequeña parte en mi determinacion el amor, que es tan natural en todos los que escriben, de querer ver sus obras en alguna estimacion y cuenta. Conozco de mí que no merezco esperar memoria en la edad venidera; que fuera demasiada soberbia esperarle; pero, si por estudio y trabajo y por admiracion de los antiguos se debe alguna, bien podia merecerla. Lo que ha sido en mí he hecho por acercarme á la perfeccion con la imitacion de los mejores; lo demás lo juzgará el tiempo, cierto y desapasionado censor de estas cosas, que cuando son tan pequeñas como las que yo ofrezco, es simpleza querer engrandecerlas con el aparato de luengas prefaciones.

POESÍAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

LIBRO PRIMERO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Sufro llorando, en vano error perdido,
El miedo y el dolor de mi cuidado,
Sin esperanza, ajeno y entregado
Al imperio tirano del sentido.

Mueve la voz amor de mi gemido,
Y esfuerza el triste corazón cansado,
Porque siendo en mis cartas celebrado,
Del se aproveche nunca el ciego olvido.

Quien sabe y ve el rigor de su tormento,
Si alcanza sus hazañas en mi llanto,
Muestre alegre semblante á mi memoria.

Quien no, huya, y no escuche mi lamento;
Que para libres almas no es el cauto
De quien sus daños cuenta por vitoria.

II.

Luz en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante fulgor está apurado,
De dulces rayos bello ardor sagrado,
Do enriqueció Eufrosina su tesoro;

Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado
Y en sortijas lucientes encrespado,
A quien me inclino humilde, alegre adoro;

Cuello apuesto, serena y blanca frente,
Gloria de amor, gentil semblante y mano,
Que desmaya la rosa y nieve pura,

Es esta por quien fuerzo al mal presente
Que pruebe su furor, y siempre en vano
Aventajar intento mi ventura.

III.

Pues de este luengo mal penando muero,
Sin que remedio alguno estorbe el daño,
Amor me dé, en consuelo de mi engaño,
Falso placer ajeno, aunque postrero;

Que mi dolor anime el duro acero,
Y en blanda saña el tibio desengaño,
Y el desden manso, en cuya ausencia engaño
Mi perdición, y en vano el bien espero;

Para que de mi muerte la memoria,
Y en voluntad ingrata mi firmeza
Haga á la edad siguiente insigne historia,

Que de mis esperanzas y riqueza
Fincarán (¡corto premio á tanta gloria!)
Deseos acabados en tristeza,

P. XVI,

IV.

¡Oh, fuera yo el olimpo, que con vuelo
De eterna luz girando resplandee
Cuando mengua Timbreo y Cintia crece
En el medroso horror del negro velo!

En lo mejor del noble hesperio suelo,
Que cerca y baña el Bétis, y enriquece,
Viera la alma belleza que florece
Y esparce lumbré y puro ardor del cielo;

Y en su candor clarísimo encendido,
Volviera todo en llama, como espira
En fuego cuanto asciende al alta etra.

Tal vigor en sus rayos escondido
Yace, que si con fuerza alguno mira
En ella, con mas fuerza en él penetra.

V.

Amor, que me vió libre y no ofendido,
Torcí, de mil despojos ricos llena,
En lazos de oro y perlas la cadena,
Y en nieve escondió y púrpura, atrevido.

Con la flor de las luces yo perdido,
Llegué y apresuré mi eterna pena;
Tiembra el pecho liél y me condena;
Huyo, doy en la red, caigo rendido (1).

La culpa de mis daños no merezco,
Que fué el nudo hermoso, y de mi grado
No una vez le entregara la vitoria.

Cuanto sufro en mis cuitas y padezco
Hallo en bien de mis yerros engañado,
Y del engaño salgo á mayor gloria.

VI.

Con el puro sereno en campo abierto
Vuela mi alado carro, y fresco llega
El viento arando el golfo; la paz niega
Cielo airado, aire adverso, flujo incierto.

Desampara huyendo el mar desierto;
Mas el miedo y horror lo aflige y ciega;
Noto cruel, que su furor despliega,
Las velas rompe, impide entrar el puerto.

Cuando rie una luz en occidente
Que alegra el orbe etéreo, y desfallece
El soplo austrino y cesa el ponto oscuro,

La prora vuelvo, y léjos tardamente
La tierra sola en puntas aparece,
Y nunca al puerto arriba que procuro.

(1) Así Fernandez; Pacheco pone *cayo*.

VII.

Vuela y cerca la lumbre y no reposa,
Y huye y vuelve, á su beldad rendida,
Figura simple suya, y encendida,
Siente que fué á su muerte presurosa;
Mas yo, alegre en mi luz maravillosa,
A consagrar osando voy mi vida,
Que espera, de su bello ardor vencida,
Ó perderse ó cobrarse venturosa.
Amor, que en mi engrandece su memoria,
Entibia mi esperanza en lento engaño,
Y en llama ingrata ufano me consumo.
Cuidé (; tal fué mi mal!) ganar la gloria
Del bien que vi, y al fin halló en mi daño
Que solo de mi incendio resta el humo.

VIII.

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena
Con tierno ardor, en quien amor airado
Me enciende el corazón, y en un cuidado
Duro y terrible siempre me enajena?
El oro que al Gange indo en su ancha vena
Luciente orna, y en hebras dilatado,
Con luengo cerco y terso ensortijado,
Gentil corona en blanca frente ordena.
¡Oh vos, que al sol vencido, prestais fuego,
En quien mi pensamiento no medroso
Las alas metió libre, y perdió el vuelo!
Lazos que me estrechais, mi pecho ciego
Abrasad, porque en prez del mal penoso
Segura mi fe rinda su recelo.

ELEGÍA PRIMERA.

Esperanza enamorada.

Un divino esplendor de la belleza,
Pasando dulcemente por mis ojos,
Mi afán cuidadoso causa, y mi tristeza.
Peno, pero el valor de mis enojos
Agradezco á mi llama, por quien amo
Dolor que da á mi estrella mis despojos.
Nuevo amador, en nuevo ardor me inflamo
Y me renuevo en su vigor, y espero
Aquel bien que suspiro ausente y llamo.
Primero es este mal, será postrero;
Que no podrá sufrir el tierno pecho
O mayor otro fuego ó menos fiero.
Si amor do el hielo en el rifeo lecho
Cobra rigor eterno me llevara,
Se viera de mi incendio al fin deshecho.
Cuido que el frío ponto no engendrara
Veneno mas terrible que su vista,
Ni que mas algun rayo penetrara.
Mas ¿qué fuera si acaso y cerca vista
Tal vez de mí, y gozara yo rendido
El precio de abrasarme en tal conquista?
Cuántas flechas desarma en mi herido
Corazón el tirano, tanta gloria
Atiendo, de mis males ofendido.
No me dará el cruel por mas vitoria
Que las cuitas me acaben que padezco,
Negando tanta estima á mi memoria.
Bien sé que con mi pena no merezco
Honrarme, y el sentido devanea
Osado en la pasión á que me ofrezco.
Díome el impio sus ojos, con que vea
Mi sola perdición; mas mi ventura
Esta mi perdición por bien desea.
El valor, la grandeza y hermosa
Me esfuerzan al peligro, y me sustenta
En medio del dolor mi lumbre pura.
El áspero trabajo que me afrenta,
En descanso se vuelve; y si la miro,
El daño mas molesto me contenta.
Si sale de su pecho algun suspiro,
Quedo ingrato á mis males, y deseo
Y debo la razón por que suspiro.
Corto en la mucha gloria que poseo,
Por mi excelso y felice pensamiento
Hallo el humano nombre al bien que veo;

Y mas temo en la envidia del tormento
El que me excusa y roba este inhumano
Que cuanto mal me causa y cuanto siento.
No toca el puro fuego soberano
A quien no muere amando, á quien perdido
No se deja llevar de ajena mano.
Dichoso yo, que aventuré atrevido
La amada libertad en que vivía,
Y me gané, venciendo, de vencido.
Láuceme el caso vario donde enfria
Arturo y la desnuda tierra en cielo
Nevoso hiela, ó Fecho do porfia.
De Africa el seco rostro con el vuelo
Abrasado, y feroz con hacha ardiente
Recocer y teñir de oscuro velo;
Que en la impresion, ó rígida ó caliente,
Alentará mi pecho desmayado
Con suave beldad mi luz presente.
Quien el deleite sabe regalado
Del triste, y el placer que encubre y tiene
El tierno corazón en su cuidado,
Solo puede entender cuán bien me aviene
En mi dulce pesar, y la holganza
Que en mi pena á mi espíritu proviene.
No puedo de mi afán hacer mudanza;
Que amor no me consiente que descanse
Del dolor que sostiene mi esperanza,
Antes quiere que en él muriendo canse.

SONETO IX.

Pues de mi bello sol el rayo ardiente
Mi débil vista ofende en claro día,
Y tarde la suave llama envía
Al pecho, que su aliento apenas siente,
Vea yo en blanca luna su fulgente
Esplendor, que dé fuerza al alma mía,
No por mi daño incierta siempre y fría,
Mas con florida luz y ardor presente.
Que la celeste hacha será oscura,
Y la nocturna sombra luminosa,
Y podrá gloriarse en mis despojos;
Y sin cobrar temor á mi ventura,
Veré (; oh gran bien!) mi Delia piadosa
Volver, cual á Endimion, los tiernos ojos.

X.

Lento y pesado olvido, que del daño
Eres que mas me aqueja, mayor parte,
Si á mi memoria ocupas esta parte
Que siempre me recuerda el desengaño,
Y ajeno del amor y de su engaño
Respiro, y mi dolor de mí se parte,
Prometo agradecerle celebrarte
En la mesma sazón del día y año,
De suerte que á tu nombre igual no sea
Nemosisa, y se humille el claro asiento,
Y á la umbrosa region rinda tu gloria;
Si no, desierto olvido yo te vea
Padeecer, olvidado con tormento,
Y eterna de tus males la memoria.

XI.

Bellas flechas del alma, ardiente llama,
Do afina y avalora sus despojos,
Lazos purpúreos, lúcidos manojos,
En cuyo cerco amor mi espíritu inflama,
Volved la luz serena á quien vos llama,
Crespas hebras floridas, dulces ojos;
Que los nudos bien siente y los abrojos
Quien pena y su mal sufre y por vos ama.
En solo un corazón tentad el fuego
Y el arco que, aunque solo, su firmeza
El precio del mayor amante encierra;
Que gastará la aljaba el niño ciego,
Y los rayos que enciende esa belleza,
Primero que desmaye en tanta guerra.

XII.

Yacia sin memoria entorpecido
Con fría sangre el corazón helado;
Amor hizo que escriba en mi cuidado
Cosas que me enajenen del olvido.

Vi una luz bella, en ella vi encendido
Que el rigor corrió en llamas desatado,
Y todo en ardor vivo transformado,
Espero ver el tiempo al fin vencido.
Levanto ya el cuidado y pensamiento;
Quieren amor y honor que ensale el vuelo
De mas noble osadía que Perseo.
Trabajo dulce, amado sufrimiento,
Que sin pavor podeis llevarme al cielo,
Acompañad eternos mi deseo.

XIII.

A la derrota del duque de Sajonia por Carlos V.

Do el suelo hórrido el Albis frío baña
Al sajón, que oprimió con muerta gente
Y rebosó espumoso su corriente
En la esparcida sangre de Alemaña;
Al celo del excelso rey de España,
Al seguro consejo y pecho ardiente,
Inclina el duro orgullo de su frente,
Medroso, y su pujanza, á tal bazaña.
La desleal cerviz cayó, que pudo
Sus ondas con semblante sobrar fiero
Y sus bosques romper con osadía.
Marte vió, y dijo, y sacudió el escudo:
«¡Oh gran Emperador, gran caballero!
¡Cuánto debo á tu esfuerzo en este día!»

XIV.

La púrpura en la nieve desteñida,
El dulce ardor con tibia luz perdía,
Y en los cercos y oro parecía
Vénus desfallecer con voz vencida.
La enemiga cruel de humana vida
Su niebla alegremente esclarecía,
Y mi alma el fin último traía
En vuestros graves ojos escondida.
Mas espirando amor suave y tierno
En el hielo y las rosas, la vitoria
Portó y consiguió en dichosa suerte.
Centelló en vuestra faz su fuego eterno,
Y á la belleza nñano dió la gloria
Que en vida volvió leda la impia muerte.

XV.

Corta alegría, inútil vanagloria,
Deseos en ingrato afán perdidos,
Suspiros tarde en mi dolor crecidos,
Despojos que aborrezco, de impia historia,
Para amargo temor de la memoria
Vos hallais en mi daño reducidos;
Mas, despues de mis males pretendidos,
Mal podeis pretender mayor vitoria.
Conozco al fin y siento bien mi engaño,
Que el dardo que en mi pecho temblar veo
Mostró fiera experiencia de mi afrenta.
Dejadme, pues hui, mi desengaño;
Que ni vuestra promesa ya deseo,
Ni el bien de vuestra pena me contenta.

XVI.

Veo el ajeno bien, veo el contento
Que ofrece blando amor al pobre estado;
Y como al fin doliente, congojado,
Busco un liviano engaño á mi tormento.
Aparto de la pena el pensamiento,
Y espero, osadamente aventurado,
Nueva gloria en la fuerza del cuidado,
Y doy valor seguro al sufrimiento.
Surte incierto mil veces mi deseo,
La presa desaparece por quien muero,
Y se remonta con desden perdido.
Temo ser otro insano Salomoneo,
Que fingió el no imitable rayo fiero,
Y fué con rayo abrasador herido.

XVII.

Las hebras que cogia en lazos de oro
Con arte vuestra blanca y tierna mano,
Miraba, y el semblante altivo y llano
Y la florida luz que amando adoro.
Creia en vos del sacro excelso coro
Que el esplendor se unia soberano;
Porque en sombra, aunque bella, y traje humano
No vió tal bien el orbe y tal tesoro.
Cuando rompiste leda el dulce espanto,
Que de vos parte ausente y solo apena,
Preguntando: «¿Qué fuerza me arrebató?»
Yo, que temo partirme, suelto en llanto,
Digo: «Pienso que á muerte me condena
Del cruel vuestro amor la saña ingrata.»

CANCION PRIMERA.

Al sueño.

Suave sueño, tú, que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo,
Vén á la última parte de occidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes; que cansado
Y rendido al furor de mi tormento,
No admito algun sosiego,
Y el dolor desconsueta al sufrimiento.
Vén á mi humilde ruego,
Vén á mi ruego humilde; ¡oh amor de aquella
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella!
Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al misero afligido;
Sueño amoroso, vén á quien espera
Cesar del ejercicio de sus males,
Y al descanso volver todo el sentido.
¿Cómo sufres que muera
Léjos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien que al mundo has hecho?
De tu vigor se ajena?
Vén, sueño alegre, sueño, vén, dichoso;
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza;
Baja y esparce líquido el rocío,
Huya la alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuánta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece;
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora,
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora;
Y lo que en mi faltó la noche fria
Termine la cercana luz del día.
Una corona; ¡oh sueño! de tus flores
Ofrezco; tú produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos;
Que el aire, entretejido con olores,
Halaga y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Vén pues, amado sueño, vén, liviano;
Que del rico oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Vén ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor; así te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

SONETO XVIII.

En este que prosigo, espacio inclerto,
Armado con los riscos y espantoso,
Descubro estrecho paso y afanoso,
Dudosa salud siempre y daño cierto.
Huyendo entre las peñas el desierto,
Dilató el rastro del dolor penoso;
Resuena áspero el viento, y el hermoso
Cielo yace en tinieblas encubierto.

Ya corro despeñándome sin tiento,
Ya doy en las espinas con los ojos,
Y no hallo algún fin en mi camino.
Cánsase y desespera el sufrimiento,
Y no teme el peligro y los abrojos
Cuanto llevar presente el mal continuo.

XIX.

Crece y alienta fiero en el nemeo
Leon, y imprime su furor presente,
Y en el orbe terrestre esfuerza ardiente
Las llamas el dañoso lperioneo.
Y cuando amor, ingrato á mi deseo,
Descubre en su leon mas inclemente
Los rayos, acabar indignamente
Mi estéril esperanza triste veo.
Abraza el corazon, do nunca el frío
Tuvo lugar, ¡ay, oh dolor penoso,
A quien otro ninguno es semejante!
No puede amortiguar el llanto mío
Este incendio; que el Bétis espumoso
Ni todo el grande Océano es bastante.

XX.

Ardia, en varios cercos recogido,
Del crispante-cabello en torno el oro,
Que en bellos lazos coronado adoro,
Dichoso en el dolor del mal sufrido.
Vibraba el esplendor esclarecido
Y dulces rayos, del amor tesoro,
Por quien perdida busco siempre y lloro
La gloria de mi daño consentido.
Veste negra, descuido recatado,
Suave voz de angélica armonía
Era, mesura y trato soberano.
Yo, que tal no esperaba, transportado,
Dije, en la pura luz que me encendia:
«No encierra tal valor semblante humano.»

XXI.

De bosque en bosque, de uno en otro llano,
Solo, en medroso horror y en sombra oscura,
Voy suspirando ausente, y la luz pura
Busco, que me encubrió el amor tirano.
Corto el río y traspaso el monte en vano;
Que no se debe mas á mi ventura;
El bien que la esperanza me procura
Huye y se me desliza de la mano.
En este duro estrecho me lamento,
Porque sea mi daño manifiesto
Y alguno se conduela en mi cuidado.
No conhorta al fin esto mi tormento;
Que tanto mi dolor es mas molesto
Cuanto de ajeno pecho mas llorado.

XXII.

En tu cristal movable la belleza
Veo, Nereo padre, figurada
De mi luz, que de rayos coronada,
Muestra alegre su gracia y su grandeza.
Tus ondas vibran y arden con la alteza
De la llama titania, y la rosada
Frente alabo, y de púrpura imitada
En ellas, y de nieve la pureza.
Si alzo al polo los ojos, donde junto
Te pinta su color, presente miro
De mi lucero el dulce ardor florido.
Y dudoso del bien, al mismo punto
Vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro
Su esplendor, y en el cielo dividido.

XXIII.

Del fiero Marte el canto numeroso
Y de la selva olvido, y verde prado
La avena, porque vuelvo al fin cuitado,
En gloria de quien turba mi reposo;
De aquel cruel, que fuerte y poderoso,
Terror de hombres y dioses y cuidado,
Me forzó á tolerar el mal de grado,
Y en mi pasión me agrada estar lloroso.

El silencio, el semblante descontento
Y el confuso gemido es muestra abierta
De mi penoso y luengo desvario.
No me duele aunque inmenso, mi tormento;
Duéleme que mi pena, á todos cierta,
No conozca quien causa el error mío.

XXIV.

Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza,
Que mereció perderse en su osadía;
Yo bien lo sospechaba, y le temía
De su atrevida empresa la venganza.
No me escuchó, y siguió una confianza,
Que huyó con los bienes que tenía;
Y conmigo en tal cuita y agonía
Se adolece y lamenta en la mudanza.
Para aliviar la culpa en tanto daño,
De Facton el rayo le recuerdo,
Y de su intento ufano la memoria;
Que solo ya me sirvo del engaño
En mi mal, y en mi error penando, pierdo
Sin sazón las promesas de mi gloria.

SEXTINA PRIMERA.

Poder de unas tristezas.

Un verde lauro en mi dichoso tiempo
Solia darme sombra, y con sus hojas
Mi frente coronaba junto á Bétis;
Entonces yo en su gloria alzaba el canto,
Y resonaba como el blanco cisne;
La soledad testigo fué, y el bosque.
Después que al bien me dió principio el bosque,
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,
Y canté como cuando muere el cisne,
El lauro me negó sus verdes hojas;
Y en triste se trocó el alegre canto,
Y se admiró de mi lamento Bétis.
Yo busco el lauro junto al grande Bétis,
Y está cerrado en el espeso bosque,
Do apenas llega el lastimoso canto
Que le ofrecí el pasado alegre tiempo;
Mas él huye de darme mas sus hojas,
Y yo me quejo como suele el cisne.
Jamás cantó tan triste el dulce cisne
En el sonante sulco del gran Bétis,
Como yo por el lauro y verdes hojas,
Que me impiden tratar el duro bosque;
Y con memoria del suave tiempo,
Resuena todo en lástimas mi canto.
Ya no sonaré yo el felice canto
Que puso envidia en Bétis al gran cisne;
Pues es contrario á mi esperanza el tiempo,
Tristeza oirá y lágrimas ya Bétis,
Y al cielo moveré contra aquel bosque
Que del lauro defiéndeme las hojas.
Pues ya no me coronó de las hojas,
Enmudezca de hoy mas el tierno canto;
Así vea desnudo al triste bosque,
Y lllore mi dolor el blanco cisne
Que tiende el lecho en el soberbio Bétis,
Pues el lauro me falta, y deja el tiempo.
Entristécese el tiempo, el lauro y hojas,
El canto no me agrada, el blanco cisne
Lamente en Bétis, y arda en fuego el bosque.

SONETO XXV.

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,
Y dulce de mi daño es la memoria
Cuando renueva amor la antigua historia
Que á su grave tormento me condena;
Mas cuando hallo mi esperanza llena
De bien y de promesas de vitoria,
Un súbito dolor turba mi gloria,
Y todos mis contentos desordena;
Que será esta luz pura de belleza
La fe del justo amor en poca tierra
Vuelta, y el fuego muerto que me inflama.
¡Oh vano ardor de la inmortal flaqueza!
Si el fin que ofrece paz de tanta guerra
No dejará aun ceniza de mi llama?

XXVI.

¿A dó tienes la luz, lléspero mío,
La luz, gloria y honor del Occidente?
¿Estás puesto en el cielo reluciente
En importuno tiempo y seco estío?
Lleva tu resplandor al sacro río,
Que tu belleza espera alegremente,
Y el cófiro te sea otro oriente,
Hecho lucero, y no lléspero tardío.
Merezca Bétis fértil tanta gloria,
Que solo él destas luces ilustrado,
A tierra y cielo lleva la vitoria;
Que tu belleza y resplandor sagrado
Hará perpetuo, de inmortal memoria,
Mientras corriere al mar arrebatado.

XXVII.

Las luces do el amor su fuerza apura
Con el sereno ardor de sus centellas;
El oro crespó, en mil sortijas bellas
De rayos coronado, y llama pura;
Las palabras vestidas de dulzura,
Que la armonía celestial en ellas
Parece, el pecho duro á mis querellas,
La mano que á la nieve vuelve oscura.
Son causa del tormento y dolor mío,
Con muchas que callando siento y veo,
Y no me valen en mi esquivada suerte.
En su dureza solo el bien confío;
Porque á vana esperanza y gran deseo
No se debe pedir sino la muerte.

XXVIII.

Incendio de Troya.

El bravo fuego sobre el alto muro
Del soberbio Ilion crecía airado,
Y todo por mil partes derramado,
Se envolvía confuso en humo oscuro.
Caía traspassado por el duro
Hierro, y ardía en llamas abrasado,
Y se rendía al ímpetu del hado
Del Frige osado el corazón seguro.
Solo el rey de Asia, muerto en la ribera,
Grande tronco ¡ay cruel dolor! yacía,
Y su cuerpo bañaba el ponto ciego.
¡Oh fuerza oculta de la suerte fiera!
Que cuando Troya en fuego perecía,
Faltó á Priamo tierra y faltó fuego.

XXIX.

Acabe ya el lamento grande mío,
Con quien inundo, Bétis, tu corriente;
Que mi dolor acerbo no consiente
Perpetuo estado á tanto desvarío.
Este fuego en quien ardo gaste el frío,
Rompa este yugo estrecho ya mi frente,
Y amor en sus rendidos no me cuente;
Que dél á luengo paso me desvío.
No me tendrá en confuso error su olvido,
Su desden, su rigor y su tormento,
Que tanto se cansaron en mi pena.
Mas yo ¿qué digo, ausente y ofendido,
Si el impío ofrece siempre al pensamiento
De mi astro fatal la luz serena?

XXX.

Bétis, que en este tiempo solo y frío
Escuchas mi dolor, del hondo asiento,
Acoge en tu quieto movimiento (2)
Los últimos suspiros que yo envío;
Y, si tiene valor tu sacro río,
Dame que en árbol verde mi tormento
Lamente transformado, que ya siento
Débil la voz, cual cisne, al canto mío (3);

(2) HERRERA, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, pone este soneto con las variantes que siguen:

Acoge en tu callado movimiento.

(3) Cual cisne débil voz al canto mío.

Porque con nuevas ramas tu corriente
Cercaré coronando, y destilado
Iré en tu luengo curso y extendido (4);
Que mi luz ceñirá su bella frente
De mis hojas, ó en llanto desatado,
Seré en sus blancas manos recogido.

XXXI.

Yo vi á mi dulce Lumbre que esparcía
Sus crespas ondas de oro al manso viento,
Y con tierno y suave movimiento
Mi duro corazón enterneceja;
Mi rustiqueza y torpe rebeldía
Perdió, vencida, el ostinado intento,
Y en blando y regalado sentimiento
Trocó mi alma la aspereza mía.
Nunca me vi mas preso ni rendido,
Y nunca vi en mi Luz mayor dureza,
Ni mas recio desden ni largo olvido.
A término tan grave y estrechez,
Casas, mi triste suerte me ha traído,
Que temo de mi Lumbre la belleza.

ELEGIA II.

Poder de un desden.

Si ya la Luz que causa mi alegría
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del día?
¿Para ver por ventura mis despojos
En ajeno poder, y mi memoria
Muerta, y vueltas las flores en abrojos?
Amor, porque me dió breve vitoria,
Y no entera, con daño de la vida,
Que fortuna en sus hechos nueva gloria;
Mas grave siente la inmortal herida
Con la fuerza del mal, y triste temo
A la alma á tales ímpetus rendida.
Espero ya llegar á tal extremo,
Que á todos ponga lástima mi pena,
Y no espero tornar al bien supremo.
Libre quisiera estar de la cadena
Que en los dorados nudos me ha forzado
A padecer el daño que me ordena.
Adonde la luz vuelvo fatigado,
Una sombra, un horror, un gran tormento
Se presenta en la fuerza del cuidado.
El prado, que solía estar contento,
Y el río de mi canto entretenido,
Muestran de mi dolor el sentimiento.
Los árboles las ramas han perdido,
La yerba se consume y se deshace,
El calor en las flores esparcido.
A nadie de mi lástima le place;
Sola mi bella Luz ¡ay dura suerte!
Se alegra, y mi dolor le satisface.
¿A dó me volveré con mal tan fuerte?
¿Quién podrá remediar mi desventura,
Sino la cruda y espantosa muerte?
Aquella claridad y hermosura
Que ya algún tiempo se llamaba mía
Deshizo mi esperanza y mi ventura.
Pues me deja mi luz y mi alegría,
Y no deja el dolor, quiere que muera,
Porfiando con misera agonía
Que vanagloria de mi muerte espera.

SONETO XXXII.

Largos, sutiles lazos esparcidos
Por el rosado cuello y blanca frente;
Dorada diadema, ardor luciente,
Llenos de mis despojos ofrecidos;
Tiernos y bellos ojos encendidos,
Rayos de amor, por quien mi pecho siente
La herida inmortal que llevo ausente,
Abrasada mi fuerza y mis sentidos;

(4) Iré en tu curso largo y extendido.

Dichoso yo, que merecí cadena
De vuestras ricas hebras, y la llama
Que de vos procedió en estos mis ojos.
¡Oh, si pudiera acrecentar la pena
Y avivar mas el fuego que me inflama,
Para daros debidos los despojos!

XXXIII.

El duro hierro agudo que la mano,
Rica de mis despojos por vos siento,
Y la sangre esparció que amor ardiente
Guardó cual néctar puro y soberano;
Guiólo amor, y abrió manso y humano
Lugar al dolor vuestro tiernamente:
Que el mal que siento grave y vehemente,
Blando siente el cruel pecho tirano.
La herida terrible que en mis ojos
De los vuestros entró, y causo mi pena;
Venganza toma ahora en vuestro yerro.
No esculpa vuestra, es gloria á mis despojos;
Y así, que os hiera el dulce amor ordena,
Como á mi vuestros ojos, vuestro hierro.

XXXIV.

Las hebras de oro puro que lá frente
Cercan en ricas vueltas, do el tirano
Señor teje los lazos con su mano,
Y arde en la dulce luz resplandeciente;
Cuando el invierno frío se presente,
Vencedor de las flores del verano,
El purpureo color tornando vano,
En plata volverán su lustre ardiente.
Y no por eso amor mudará el puesto;
Que el valor lo asegura y cortesía,
El ingenio y del alma la nobleza.
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,
Y virtud generosa lumbre mía,
De vuestra eterna, angélica belleza.

XXXV.

Si á mi triste memoria en hondo olvido
Desierta sepultase sombra oscura,
Jamás yo ausente en misera figura
Lamentaría el daño no debido;
Mas presente la llevo, y voy perdido
Por cierto error á estrecha desventura,
Y es muerte fiera él, ya de mi ventura
Rico despojo al corazón caído.
De mi gloria me acuerdo para pena,
Del mal para dolor, y nunca veo
O piense cosa ajena de mi engaño.
Pobre de bien mi suerte, y de afán llena
Fué; y aunque no, bastara mi deseo
Para no dar lugar al desengaño.

XXXVI.

Mario en Cartago.

Del peligro del mar, del hierro abierto
Que vibró el fiero Cimbro, y espantado,
Huyó la airada voz, salió cansado
De la infelice Birsa Mario al puerto.
Viendo el estéril campo y el desierto
Sitio de aquel lugar infortunado,
Lloró con él su mal, y lastimado,
Rompió así en triste son el aire incierto (3):
«En tus ruinas miseras contemplo
¡Oh destruido muro! cuánto el cielo
Trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.
«¿Cuál mas terrible caso, cual ejemplo
Mayor habrá, si puede ser consuelo
A Mario en su dolor el de Cartago?»

XXXVII.

No es tan duro mi pecho, que no sienta
La fuerza del dolor que en él descende;
Mas amor, por mas daño, me defiende
Que descubra las llagas de mi afrenta.

Quiere que calle el mal y que consienta
La pena que me aqueja y siempre ofende,
Y en fuego desusado tarde enciende
El corazón, que en llama se sustenta.
Si esta grave pasión no perturbara
El pecho, bien pudiera confiado
Llegar al dulce fin de la alegría:
Mas ¡ay, cuánto es esta esperanza cara!
Y por mirar su bien ¡cuánto ha pasado
De afán y de tormento la alma mía!

XXXVIII.

Este lauro que tiene en su corteza
Verde escrita la honra de mi pena,
Y en él el manso céfiro resuena
Mi mal, su resplandor y su belleza;
Cuando el sol elevado en mas alteza
Se vió, me dió en sus hojas sombra llena;
Fué el calor blando y la congoja buena,
Y entonces me alegraba la aspereza.
Ahora, ¡oh triste hado, avaro cielo!
Que deja el sol ardiente el paso abierto,
Y todo el mal y daño en mi fortuna.
Con llanto eterno y faltar de consuelo
Miro el lauro, y padezco en el desierto,
Por su culpa, el calor que me importuna.

XXXIX.

Del mar las ondas quebrantarse vía
En las desnudas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves, que el desierto
Bóreas, bramando con furor, batía,
Cuando, gozoso de la suerte mía,
Aunque aligido del naufragio cierto,
Dije: «No cortará del ponto incierto
Jamás mi nave la temida vía.»
Mas ¡ay triste! que apenas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Cuando las velas tiendo sin recelo:
Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo

ELEGIA III.

A unas lágrimas.

¡Oh suspiros, oh lágrimas hermosas,
Gloria del alma mía y mi cuidado,
Que de mi pena fuisteis piadosas!
¡Oh sentimiento de amoroso estado!
Oh prendas de mi alma y mi esperanza,
Que reparais el mal del bien pasado!
Si alguna vez hallare yo mudanza
Y algún desden en quien está mi vida,
Vos seréis mi reparo y confianza.
No temeré por vos ira encendida,
Si el amor no temiese; vos sois puerto
Al alma en peligroso mar perdida.
Suspiros míos, que me teneis muerto,
¡Sueño yo a queste bien? Decí, ¿es fingido?
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?
¡Oh lágrimas, si hubiera concedido
Amor que yo os bebiera, porque el pecho
Regárades, que en fuego está encendido!
No para que pudiera ser deshecho,
Mas para que tomara blando aliento,
Y fuera este de amor ilustre hecho;
Y para que tuviera su aposento
Propio en el corazón, y relevara
Parte de mi dolor y mi tormento.
No hay néctar dulce por quien yo os trocara,
Ni lluvia de oro ¡oh lágrimas hermosas!
Por quien mi alma su dolor repara.
Tales lágrimas dulces, piadosas,
Vénus Cítarea derramó, dejando
A Adónis en las selvas amorosas;
Y tales fueron los suspiros cuando
De amor de Marte presa suspiraba,
Ardiendo en fuego deleitoso y blando.
Con estas bellas lágrimas bañaba

(3) La edición de Pacheco dice en *son triste*.

Diana el rostro blanco tiernamente
Cuando de Endimion triste se apartaba.

Hermosas perlas, que del oriente
Nacidas en la concha generosa,
Se esparcen por el último occidente,
Vendidas por la púrpura hermosa,
No dan tal resplandor cual habeis dado,
Cayendo en los colores de la rosa.

El rocío del cielo derramado,
Y en olorosas flores esculpido,
A vuestra gran belleza no ha igualado.
¡Oh lágrimas dichosas, que el olvido
Nunca podrá borrar de mi memoria,
Con quien jamás espero ser perdido!
¡Oh mi vida, mi alma, bien y gloria!
Y vos, suspiros de amorosa suerte
Por quien gané vencido la victoria,
Vivid alegres, sin que enojo fuerle
O aspereza revoque esta alegría,
Que no podrá romper la dura muerte.
Conmigo fallaréis á un mismo día,
Y renovándoos los celestes ojos,
Lloraréis en la pena y muerte mía,
Y seréis del amor dulces despojos.

SONETO XL.

Ardientes helbras, do se ilustra el oro,
De celestial ambrosia rociado,
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,
Cuanto sois del amor mayor tesoro,
Luces que al estrellado y alto coro.
Prestais el bello resplandor sagrado,
Cuanto es amor por vos mas estimado,
Tanto humilmente os honro mas y adoro.
Purpúreas rosas, perlas de Oriente,
Marfil terso y angélica armonía,
Cuanto os contemplo, tanto en vos me inflamo,
Y cuanto pena la alma por vos siente,
Tanto es mayor valor y gloria mía,
Y tanto os temó cuanto mas os amo.

XLI.

Viví gran tiempo en confusion perdido,
Y todo de mi mismo enajenado,
Desesperé de bien: que en tal estado
Perdí la mejor luz de mi sentido.
Mas cuando de mí tuve mas olvido,
Rompió los duros lazos al cuidado
De amor el enemigo mas honrado,
Y ante mis piés lo derribó vencido.
Ahora, que procuro mi provecho,
Puedo decir que vivo, pues soy mío,
Libre, ajeno de amor y de sus daños.
Pueda el desden, Antonio, en vuestro pecho
Acabar semejante desvarío
Antes que prevalezcan sus engaños.

XLII.

Desea descansar de tanta pena,
Conociendo ya tarde el desengaño,
Mi alma, hecha á su dolor extraño,
Y del perdido tiempo se condena.
Ve su triste esperanza de ansias llena,
Poco bien, mucho mal, perpetuo daño,
Y las glorias debidas cierto engaño,
Que el su dulce tirano al fin ordena.
Siente sus fuerzas flacas y sin brio,
Y su deseo vano y peligroso,
Y medrosa levanta apenas el vuelo.
Amor, porque no crezca en ella el frio,
El fuego aviva do arde, y sin reposo
Busca y gime, hallando luz del cielo.

XLIII.

El suave color que dulcemente
Espira, el tierno ardor de rosa pura,
La viva luz de eterna hermosura,
El sereno candor y alegre frente;
El semblante do yace amor presente,
La mano que á la nieve de blancura

Orna, pueden volver la noche oscura
En día y claridad resplandeciente.

En vos el sol se ilustra, y se colora
El blanco cerco, y ledas las estrellas
Fulguran, y las puntas de liana.

Tal vos contemplo, que la roja aurora
Y de Venus la lumbre soberana.
En vuestra faz ardiendo son mas bellas.

XLIV.

Alzo el cansado paso, y á la cumbre,
Sufriendo encima esta pesada carga,
Pruebo llegar; mas la distancia larga
Me ofende, y mas la grave pesadumbre.
Bien que me esfuerza una pequeña lumbre
Que vco léjos; pero no descarga
Esto mi afán penoso, antes alarga
De mí prolijo error la incertidumbre:
Con el peso abrazado desfallezco;
Que mi ostinada afrenta no consiente
Que desampare ya esta empresa mía.
Luchando con el mal, pruebo, y me ofrezco
Al peligro, esperando ver presente
Alegre en tantos tristes algun día.

XLV.

El fuego que en mi alma se alimenta,
Y consume al estéril duro frio,
Da vida al casi muerto pecho mío,
Y en virtud de sus llamas me sustenta.
Justo es que muera y viva en él y sienta
La gloria de mi dulce desvarío,
Porque de mis trabajos yo confío
La esperanza del premio en quien me alienta.
Como en inmenso frio junta espira
Inmensa oscuridad, cuya tristeza
Ocupa el corazón con grave pena;
Así con el excelso ardor conspira
Excelsa luz, que deja en su belleza
Mi alma de alegría y de bien llena.

XLVI.

De vos ausente, ocupó en llanto el día,
Y la noche me acoge en mi lamento,
Y para mas dolor, conmigo cuento
Mi breve bien perdido y alegría.
Vuestro duro rigor ya bien debria
Enternecerse de mi sentimiento,
Y descubrirme en tanto apartamiento
Un rayo solo de la lumbre mía.
Pero si vos quereis con este olvido
Alentar la pasión que me maltrata,
Lo hecho sobra ya para venganza.
Mas aunque en soledad y ahorrécido,
No podréis, aunque mas podáis, ingrata,
Que yo no os ame, ajeno de esperanza.

XLVII.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas lleva el llanto;
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que pongas justo fin al dolor mío;
Que sigo ausente sin tu desvarío,
Y en tu vana esperanza me levanto,
Y en este paso desaniparas cuanto
De tu promesa y tu valor confío.
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe, ó que mi vida se deshaga,
La esperanza, el deseo y osadía;
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,
Y el crudo golpe desta acerba llaga
Al íntimo llegó de la alma mía.

XLVIII.

Pues la flor do crecía mi esperanza
Quemó duro rigor de ingrato hielo,
Y á mi ardiente deseo negó el cielo
De fortuna mejor mas confianza,
Do el sol con tibio rayo tarde alcanza,
Y luenga sombra ofende el mustio suelo,

Daré ausente, olvidado, sin consuelo,
A mi injusta osadía igual venganza.
Mas no sufre la fuerza que padezco
Tan corta paga en tanto atrevimiento;
Que en la ausencia el dolor es menos fiero.
Llega ya á estrecho tal, que no merezco
Alabanza ni culpa en mi tormento;
Tanto es grande mi mal, que desespero.

SEXTINA II.

Cautiverio amoroso.

Al bello resplandor de vuestros ojos
Mi pecho abrasó amor en dulce llama,
Y desató el rigor de fría nieve,
Que entorpecía el fuego de mi alma,
Y en los estrechos lazos de oro y hebras
Senti preso y sujeto al yugo el cuello.
Cayó mi altiva presunción del cuello,
Y en vos vieron su pérdida mis ojos
Luego que me rindieron vuestras hebras,
Luego que ardi, Señora, en tierna llama;
Pero alegre en su mal vive mi alma,
Y no teme la fuerza de la nieve.
Yo en fuego ardo, vos helais en nieve,
Y libre del amor alzais el cuello,
Ingrata á los tormentos de mi alma,
Que aun blandos á su mal no dáis los ojos;
Mas siempre le abrasais en viva llama,
Y sus alas prendéis en vuestras hebras.
Viese yo las doradas ricas hebras
Bañadas de mi llanto, si la nieve
Vuestra diese lugar á esta mi llama,
Que la dureza de ese yerto cuello
La lluvia ablandaría de mis ojos,
Y en dos cuerpos habría sola una alma.
La celestial belleza de vuestra alma
Mi alma enlaza en sus eternas hebras,
Y penetra la luz de ardientes ojos
Con divino valor la helada nieve,
Y lleva al alto cielo alegre el cuello,
Que enciende el limpio ardor inmortal llama.
Amor, que me sustentas en tu llama,
Da fuerza al vuelo presto de mi alma,
Y del terreno peso alzando el cuello,
Inflamarás la luz de sacras hebras;
Que ya, sin recelar la dura nieve,
Miro tu claridad con puros ojos.
Por vos viven mis ojos en su llama,
¡Oh luz de la alma! y las doradas hebras
La nieve rompen, y dan gloria al cuello.

ELEGIA IV.

Esperanza de consuelo.

Si es ley de amor que quien os ama muera
Y pague con la vida la osadía,
Mi pena y muerte sea la primera;
Mas si pretende Amor; ¡oh Lumbre mía!
Que quien merece amarnos siempre viva,
¿Por qué queréis matarme con porfía?
Acabe ya vuestra dureza esquivo;
Que no sufre razón tan gran crueldad,
Ni es bien al tierno amante ser altiva.
Si no merezco amar vuestra belleza,
Y buscáis con la muerte mi castigo,
Por ser indigno yo de tanta alteza,
Este amoroso puesto es buen testigo
De quien fué la ocasión de mi tormento,
Dando principio al mal que yo prosigo.
Nunca osé levantar el pensamiento
A mas que contemplar la hermosura,
Vuestro valor y blando acogimiento.
Nunca me conlité de mi ventura
Tanto, que pretendiese tal victoria,
Siendo justo perder tal coyuntura.
Vos disteis causa á mi primera gloria,
Vos pusisteis aliento á la esperanza,
Prometiéndome certísima memoria.
Creí vuestro deseo, y la bonanza

Que vi en el mar quieto y sosegado
Dióme vuestra amorosa confianza.
Ahora veo mi dichoso estado
En miserable vuelto, y mi alegría
En tristeza, y mi bien en mal trocado.
No sé á quién yo me vuelva en mi porfía,
Que pueda consolarme en tal fortuna,
Sino á vos, enemiga dulce mía.
Mis quejas os publico de una en una,
Muéstroos mi pena y lástima presente
Y veo que mi mal os importuna.
Estáis á mis tormentos inclemente,
Ingrata, esquivo, dura y desdenosa,
Y de vuestra memoria estoy ausente.
Mi alma, que con vos era dichosa,
Sin vos triste, sin vos es desdichada,
Sin vos de su dolor jamás reposa.
No hay quien de mi pena lastimada
No suspire y no tenga descontento,
Y vos estáis mas cruda y ostinada.
¡Oh Luz, gloria de Hesperia y ornamento,
Cria da por mostrarnos la belleza
Del alto, claro y celestial asiento!
Mirad que si en vos falta la ternura,
Perdeis parte mayor de vuestra gloria
Y el mas ilustre nombre de la alteza.
¿Sufriréis que os escriba la memoria
Por bella y por cruel? ¡oh Lumbre mía!
No deis á tal pecado tal victoria.
Sed, pues que sois mi luz hermosa y pia,
Dad á quien os adora algun consuelo
En premio de sus penas y agonía.
No me dejéis morir con desconsuelo,
De vuestra crueldad desamparado;
Baste el dolor sufrido y su recelo.
¿Cómo sufrís que muera en tal estado
Quien era vuestro amor, vuestro contento,
Y dulcemente fué de vos tratado?
Mas si vuestra dureza y mi tormento
Quieren cortar el hilo de mi vida,
Y esto es ya de los dos postrero intento,
En este breve espacio y despedida
Mostrad dolor alguno de mi muerte,
En término tan áspero ofrecida;
Que despues no habrá pena ó mal tan fuerte,
Que pueda deshacerme esta memoria,
Último bien de mi infelice suerte
Y despojo dichoso de mi gloria.

SONETO XLIX.

Lloré y canté de Amor la saña ardiente,
Y lloro y canto ya la ardiente saña
Desta cruel por quien mi pena extraña
Ningun descanso al corazón consiente.
Esperé y temí el bien tal vez ausente,
Y espero y temo el mal que me acompaña,
Y en un error, que en soledad me engaña,
Me pierdo sin provecho vanamente.
Veó la noche antes que luya el día,
Y la sombra crecer, contrario agüero;
Mas ¿qué me vale conocer mi suerte?
La dura ostinación de mi porfía
No cansa ni se rinde al dolor fiero,
Mas siempre va al encuentro de mi suerte.

L.

A un capitán valeroso.

El trabajo de Fidia ingenioso.
Que á Júpiter Olimpio dió la gloria,
Fué soberbio despojo de victoria
Al tiempo, en nuestra injuria presuroso;
Pero al valor de Aquiles animoso
El siempre insigne Homero alzó la historia,
Y dió á la fama eterna su memoria
Con alta voz del canto generoso.
Yo, que mal puedo ser en honra vuestra
Nuevo Homero, consagro, luz de España,
De mis incultos versos la armonía;
Mas si me mira Caliope diestra,
Valdrá, si mi deseo no me engaña,
Mas que Fidia mortal la musa mía.

LI.

Triste esperanza, incierta, en blando pecho
 Por luengo tiempo inútil engendrada,
 Que mi descanso y gloria aventurada
 En temor truecas vano y en estrecho.
 Huye de mí, que sobra el daño hecho;
 Sigue en otra ocasión mejor entrada;
 Porque en vida tan misera y cansada
 Es toda tu porfía sin provecho.

Si este lugar lloroso te contenta,
 Busca mejor fortuna al pobre estado,
 Y sosiego al furor del dolor mío;
 Que atendiendo el deseo me atormenta,
 Y caído sin fuerzas mi cuidado,
 Me estrecha el corazón con torpe frío.

LII.

Razon es ya que la cansada vida,
 Tanto tiempo sujeta al amor vano,
 Lluya el fiero poder de este tirano,
 Y ya deslace mi cerviz caída.
 Perezca la esperanza aborrecida,
 El deseo abatido y mi liviano
 Intento; que mi bien ya está en mi mano,
 Ya tengo mi fortuna conocida.

Seguro podré ver de hoy mas la suerte
 Del misero amador, el vil denuesto,
 El congojoso miedo, el celo frío;
 Que no podrá respeto de mi muerte
 Hacer que mude el curso al fin propuesto;
 Tal ejemplo es el grave dolor mío.

LIII.

Fueron de un corto bien que huye luego,
 Antes que vuelva la ocasión la frente,
 Muestras las que el Amor halló presente,
 Con que mi alma ardió en su eterno fuego.

Pero glorias de un niño solo y ciego,
 Que cedo las deshace un accidente,
 ¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
 Que en su dolor no alcanza algun sosiego?

Fundé mis esperanzas en arena,
 Que el viento esparce, airado, sin concierto,
 Y rendido al temor, perdí el recelo.

Cayeron, y el cruel, por mayor pena,
 En altas nubes desmayó desierto,
 Ni alzar osando ni inclinar el vuelo.

LIV.

Duro es este peñasco levantado,
 Que no teme el furor del bravo viento,
 Fria esta nieve que el soberbio aliento
 Del aquilon arroja apresurado;

Mas duro es vuestro pecho y mas helado,
 En quien la piedad no ha hecho asiento,
 Ni el fuego de amoroso sentimiento
 En él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.

Sordas las ondas son de aqueste río,
 Pero mas sorda vos á mis clamores.
 Que aun poco os pareció ser dura y fria.

Mas todo este dolor al pecho mío
 No causa tantas penas y dolores,
 Cuanto la soledad de la alma mía.

ELEGIA V.

Los ojos, que son luz de la alma mía,
 Húmedos vi tornarse con lamento,
 La púrpura bañando y nieve fria.

Un tierno y congojoso sentimiento
 Con suspiros forzados fatigaba
 El pecho, donde inspira amor su aliento.

A la armonía y llanto atento estaba
 El aire, suspendido el alto cielo,
 Y á mi junto con ella se quejaba.

¿Cuándo oyó tan suave canto el suelo,
 Aunque tenga de Orfeo la memoria,
 Y de Febo cubierto en mortal velo?

¿Cuándo tuvo el amor tan gran victoria?
 Cuando sintió el valor de su grandeza,
 Sino en esta dichosa y sola gloria?

¿Qué piedad fué ver en tal tristeza
 Los dulces ojos, que jamás vió tales
 La luz del rojo sol puesto en altura?
 Los dulces verdes ojos celestiales,
 Que entre la blanca nieve y frescas rosas,
 A quien son las de Pesto desiguales,
 Esparcian las lágrimas hermosas,
 Avivando el color con el rocío
 Que cubria las flores amorosas.

¿Qué lástima era ver en el sol mío
 El puro resplandor que me encendia,
 Amortiguado, sin aliento y frío!

¿Qué compasión mirar la gloria mía
 Sujeta á un triste y miserable estado,
 Y ver que Amor en ella padecía!

No hubiera pecho, aunque de acero armado,
 Que al dolor no entregara sus despojos,
 De la aspereza en piedad trocado;

El licor que bajaba de los ojos
 Por los pechos y veste variada,
 De lazos plateados y de abrojos,

En nieve con dureza congelada,
 Convertida su forma en la figura
 De una luciente perla bien tallada.

No cria con tal luz y hermosura
 En sí el rosado y oloroso oriente
 Perla de tan perfecta compostura.

Si tuviera esta perla resplandiente
 Juno, de la alta Samo sacra diosa,
 París le diera el premio fácilmente.

Con esta fuera Venus mas dichosa,
 Y el resplandor mas blanco de Diana,
 Y de Febo la luz mas poderosa.

Llegué yo á esta mi perla soberana,
 ¡Ay triste! inadvertido por mi daño
 Que su luz á mis ojos fué tirana.

No me temí del amoroso engaño,
 No pude persuadirme á tal afrenta,
 No siendo de la ley de amor extraño.

A la luz que en mis ojos se aposenta
 Iba para quejarme de la pena
 Que la fortuna adversa le presenta;

Cuando cerca del mal que amor ordena
 Miré con piedad y confiado
 La que todas mis glorias enajena.

La luz y el dulce resplandor nevado
 El corazón venció con su belleza,
 Y la tomé en mis manos admirado.

Lloroso y con temor de su tristeza,
 Me olvidé de la perla que traía,
 Y á mi boca llevéla con simpleza.

Disuelta al punto, ¡oh dura suerte mía!
 A las entrañas descendió, y en fuego
 Se trasmutó la nieve dura y fria.

El corazón se abrasa ardiendo luego,
 Como si por mi bella Luz no ardiera,
 Y su calor dejónme á un tiempo ciego.

¡Oh crudo engaño, quién jamás creyera
 Que en un cuajado y recogido hielo
 Oculto un fuego líquido estuviera!

¿Qué, fuera del amor, virtud del cielo,
 Pudo mostrar en lágrimas hermosas
 Un nuevo efecto nunca visto al suelo?

Estas lágrimas puras y amorosas
 Eran fuego de amor, eran mi muerte
 Estas lágrimas tiernas y dichosas.

Si estas pudo arrojar con triste suerte
 Por los ojos, doblando el desvario
 Al pecho que rindió su brazo fuerte;

Si estas pudo enviar en hielo frío,
 Conociendo en la luz de su belleza
 Mas virtud que en su fuerza el amor mío.

¿Por qué quiere que viva en su dureza
 Siempre sujeto y preso y engañado,
 Pues no trató conmigo con laneza?

Mejor fuera que, ya que maltratado
 Debía yo vivir en su tormento,
 Me llevara al dolor sin ser forzado;

Y no que con su fraude y crudo intento
 Me robara la gloria de mi pena,
 Dejándome en confuso sentimiento,
 Rebelde el cuello siempre á la cadena.

SONETO LV.

Al Bétis.

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro;
Superior al Tajo y Duero y Ebro,
Sagrado Ispalo río, á quien celebro,
Corre ufano al ondoso ponto mauro.

Tu bello mirto rinde al verde lauro
Y á las menores hojas del enebro;
Cuanto es mayor el lauro que el enebro,
Tanto es al mirto inferior el lauro.

Solo falta, conforme á tu alta gloria,
Lugar en el luciente y firme cielo,
Con el nombre de Eridano trocado.

Mas, ya que se te niegue esta victoria,
Serás en el dichoso hesperio suelo
Cual Eliconio Olmeo venerado.

LVI.

La viva llama dais y luz ardiente
Del rosado esplendor y faz serena,
La gracia y risa tierna, de amor llena,
A Vénus bella, á Faeton luciente;
Al cielo el que vos dió valor presente,
La suave armonía que resuena

En vuestra dulce boca á su sirena,
El olor, perlas y oro al Oriente;

La mano y color lúcido al aurora,
Las flechas al Amor, que en mi herido
Pecho gusta cruel con ardor ciego;
A mi triste vos place dar, Señora,
Solo esquivo desden, ingrato olvido,
Que en vuestro hielo encienden mi impio fuego.

LVII.

Probó atento el artífice dichoso
A la imágen impresa y forma pura
Hacer no inferior la hermosura,
Por quien Bétis va al piélago pomposo.

La gracia dió, dió el esplendor hermoso
Que en la nieve la púrpura figura,
Lumbre que á la tiniebla vence oscura,
Mas que todos osado y temeroso;

Pero la majestad de la belleza
Tierna, y serena gloria de la frente,
Y ojos dulces do el blando amor se cria,

No pudo, y justo fué que su rudeza
Vuestra beldad no alcance floreciente,
Sola entre tantas, ¡oh inclita Maria!

LVIII.

La muerte pido, un corazon amante
Vos me entregais, y me dejais ausente
De las bellas lazadas de oro ardiente
Y del sereno y celestial semblante.

¿Por qué no temo pues el mal instante,
Aunque sus rayos Marte ya clemente
Contraiga, si el dolor que está presente
Cansa el pecho en sus lástimas constante?

Este afán no esperado, esta partida
El errante furor enciende fiero,
No el trabajo cruel de enferma suerte.

Tal me hallo en la ausencia aborrecida,
Que el dado corazon fué triste agüero
Al duro cierto riesgo de la muerte.

CANCION II.

La soledad.

Algun tiempo esperé de aquellos ojos
Gozar la dulce luz que tiernamente
Se mostraba á mi llanto piadosa,
Del sol cuando Diana estuvo ausente,
Y no le desplazieron mis enojos.
Ahora, que esta sombra tenebrosa,
Se entrepone á mi lumbre venturosa,
Su esplendor me fallece en el desierto,
Cercado de terror y niebla oscura,
Y crece el mal, y el daño se apresura.
Procuro salir dél con paso incierto,

Y doy en la espesura,
Donde todo me estorba, y la esperanza
Desmaya con dolor de la mudanza;
Cualquier fulgor presente á la memoria
Vuelve de mi perdido bien la gloria.

Fué en mi luengo camino cierta guía
Mi luz, y mi cuidado embebecido
Adestraba por ella el pensamiento.
Ahora, ¡ay triste! ausente y ofendido,
En soledad confusa y agonía
La veo oscurecida sin aliento,
Culpa de quien me causa tal tormento.
Cuando en la asperidad del bosque espeso
Me enselvo mas, la claridad se aparta,
Y de su ajena gloria al alma aparta;
Temo otro nuevo error en mi progreso.
De este agravio no harta
La fortuna, un nublado cerco opone,
Que lluvioso el bien me descompone,
Y mi estrella arrebatada de los ojos;
Yo ciego voy por ásperos abrojos.

Ya subo apenas y nunca descansando
Por yertos riscos, pasos despeñados,
Ya en hondos valles bajo con presteza,
Lugares de las fieras no tratados,
El pensamiento en ellos variando.
Un frio horror y súbita tristeza
Roba el vigor y engendra la flaqueza;
Cualquier soplo de viento que resuena
Entre árboles desnudos quebrantado,
Aqueja la esperanza y el cuidado,
Que piensa ser la causa de su pena;
Pero luego, engañado,
Hallo el cuidado y la esperanza vana,
Que, como sombra, se me va liviana,
Mas luego en la memoria amor despierta,
Para cobrar su bien la gloria muerta.

Salgo de esta aspereza á un verde llano,
De flores y de violas vestido,
Y de mi Luz el claro lampo veo;
La belleza el olor lleva el sentido,
Y el sereno esplendor y soberano;
Contemplo en su vigor cuanto deseo,
Y es el amor semblante á mi deseo.
El pecho abierto admite el blando fuego,
Y pruebo en la dulzura de este hecho
Que no arde con viva fuerza el pecho.
Todo mi gran placer se turba luego,
Al principio deshecho;
Admírame la culpa, que no es mía,
Y procuro encenderme con porfia,
Y tanto lo procuro por mi daño,
Que me abraso y consumo en este engaño.

Cuando oso descubrir el mal que siento,
Hallo tanta tibieza al bien que espero,
Que desconfío luego de mi gloria,
Y vuelvo al llanto y al dolor primero,
Desesperado de mi pensamiento;
Viendo muerta en mis bienes la memoria,
Olvido el dulce tiempo y dulce historia
De mi leda fortuna y apacible.
Veo mi mala andanza estar presente,
Y el remedio que aguardo siempre ausente.
Torno á la soledad; que mas terrible
Es la luz al doliente,
Y estoy en soledad con luengo llanto,
Do suena solo y gime el triste canto,
Y no espero volver al bien pasado,
Ni fin al vano error de mi cuidado.

SEXTINA III.

Por este umbroso bosque y verde selva
Con mi prolija pena ofendo el día,
Y cuando cerca á Febo ciega noche
Renuevo mis gemidos en el llanto
Y acrecienta las ondas á este río,
Ausente de los rayos de mi Lumbre.

Tal vez pienso cuidados que mi Lumbre
Hiere con el sereno ardor la selva,
Y cansa de mis lágrimas el río;
Mas cuando se me aparta y huye el día,

Desierto me resuelto todo en llanto,
Y á mis ojos deseo eterna noche.

Si en el silencio oscuro de la noche
Riela por el cielo alguna lumbré,
Luego la que fué causa de mi llanto
Me parece presente en esta selva,
Y hace esclarecer un nuevo día,
Y alegra el mustio bosque y hondo río.

Testigo de mi gloria ha sido el río,
Que engañado me vió en profunda noche,
Hasta que apareció rosado el día,
Y allí representándose mi Lumbré,
Que enriquece la fría estéril selva,
Así dije tal vez, cesando el llanto:

«Mi sol, si á compasión vos mueve el llanto
Que produce de lágrimas un río,
Sufrid que rompa yo esta espesa selva,
Y vaya envuelto siempre en dulce noche,
Para encender mi pecho en vuestra lumbré,
Pues me es niebla sin vos el claro día.

» ¡Oh qué seguro bien tendré en el día
Que enjuguéis de estos ojos vos el llanto,
Y enviéis á mi alma aquella lumbré
Que consume en su fuego el tardo río!
Que no verán mis ojos triste noche,
Y será alegre el tiempo en esta selva.

«La selva alcanzará un perpetuo día,
Y estancará del llanto el grande río
En la noche en quien viere yo mi Lumbré.»

SONETO LIX.

Después que en mí tentaron su crueza
De Amor y vos las flechas y los ojos,
Di honra al uno, al otro los despojos,
Y sufrí saña de ambos y aspereza.

El fuego que encendió vuestra belleza
Hizo dulces y alegres mis enojos,
Y suave entre espinas y entre abrojos
El dolor que causaba mi tristeza.

Tuve esperanza incierta de mi ufana
Muerte, viendo el valor de mi tormento;
Y confié este error de mi osadía.

Mas ¡ay! que tanta gloria suerte humana
No alcanza, y no se debe al mal que siento
El bien que me negáis, Estrella mía.

LX.

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto;
Que de mis esperanzas derribado,
Me veo en tal miseria y apartado
De aquella luz que ausente alabo y canto?

Mi alma no soporta pesar tanto,
Y el nudo que la estrecha desatado,
Ligera irá con vuelo acelerado,
Sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda,
Y lenta engaña el gozo de su gloria,
Corta, Amor, corta presto el llaco aliento;

Que solo el bien que en mi dolor me guarda,
Por la vida que pierdo tal vitoria
Daré, que en precio exceda á mi tormento.

LXI.

Aquí donde florece la belleza,
En cuyo dulce fuego el Amor prueba
Su flecha y mil trofeos nobles lleva,
Vi de mi luz serena la pureza.

Mi bien, que fué el valor y su grandeza,
En mi memoria misera renueva,
Y entre pasado afán y cuanta muela
No espero algún remedio á mi tristeza.

De mi gloria ¡oh dichoso antiguo puesto!
¡Cuán desigual semblante en ti contemplo!
Cuán gran mudanza alige la alma mía!

Oscuro el día, y siempre el sol molesto
Te hiera, y seas de mi mal ejemplo
Hasta que en ti renazca mi alegría.

LXII.

Mientras Amor vos entrega los despojos
De quien suspira tierna y cuida y ama,

Yo en vano ausente ardo en tibia llama,
Viendo trocar mis flores en abrojos.

Vos en vuestro esplendor honrais los ojos,
Yo voy á do mi ciego error me llama;
Vuestro sol vos regala y vos inflama,
Yo en lenta pena enciendo mis enojos.

Dichoso vos, que nunca ó vuestra gloria
Fué de penosas ansias ofendida,
O sentisteis la fuerza del veneno;

Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,
Sin triste mal de amor pasé la vida,
Y del mas corto bien fui siempre ajeno.

LXIII.

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho
Ufano dulcemente con mi pena,
Y que anudarnos pudo en su cadena
El ya cortés amor con lazo estrecho.

Yo veo el bien que tuve ya deshecho,
Y mi segura fe de cuantas llena,
Y que el ingrato en impio afán condena
A quien halla en su agravio satishecho.

Yo vi que no fui indigno de la gloria
Que en su rigor me usurpa la mudanza,
Y en sombra del olvido ya me veo.

Entristézcame siempre en la memoria,
Désállezco medroso en la esperanza,
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

LXIV.

Si el fuego idalio el tierno canto inspira,
Y en tu pecho, Amalteo, algún enidado
La estrella infunde ya que en mar turbado
Te guía, osa herir tu culta lira.

Por ti Bétis humilde al Tebro admira,
Tebro, mayor que el Arno celebrado,
Y entre lucientes astros colocado,
Envidioso Eridano lo mira.

Contigo calla el coro de Elicona,
Que baña el cuerpo en su cristal corriente,
Y pierde el dulce niño los despojos;

Que del materno manto la corona
Teje para ceñir tu sabia frente,
O canta ó cierre siempre Amor sus ojos.

LXV.

Si yo puedo vivir de vos ausente,
Fálteme siempre el bien y ofenda el cielo,
Y al débil cuerpo mío en leve velo
La alma, suelta del peso, no sustente.

Si puedo respirar sin el presente
Vigor de vuestra luz, el impio suelo,
Lleno de eterna sombra y desconsuelo,
Entre el perdido número me cuente.

Si padezco doliente y apartado,
Si se enajena el bien que en vos tenía,
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?

Si muero do se pierde mi cuidado,
A mis ojos Amor ¿por qué no envía
Un solo rayo dulce de esperanza?

LXVI.

**A Alfonso Ramirez de Arellano, autor
de un soneto en su elogio.**

Alfonso, vuestro noble y grave canto,
Con quien de eternos giros la armonía
Asuena, celebrar de la Luz mía
Debiera la belleza que honro y canto;

Que yo la dura fuerza de mi llanto
Muestro, y mal fiero y la ponzoña fría,
Y el bien que á mi esperanza se desvía,
Cuando en cuitoso son la voz levanto.

No que á mi nombre humilde diera gloria,
Que ya osa alzar igual por vos la frente,
A quien ilustra el Arno, grato al cielo;

Mas estimar si puedo esta memoria
Verá el ilustre reino de Occidente
Cuánto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo,

LXVII.

A los que murieron en Africa con el rey
don Sebastian.

Con triste voz; oh triste musa! suena
De estos excelsos héroes la memoria,
De quien recela el hado la vitoria,
Y las mustias exequias mustia ordena.

Porque pueda cantar, si en tanta pena
Da lugar el dolor, la ingrata historia,
Esparece en tanto en hora suya y gloria
El jacinto, amaranto y azucena.

Vos, no rendidas almas generosas,
Con desigual asedio y dura suerte
En la ribera Libia, que el mar baña,
Al cielo id veneradas, id dichosas;
Que no osará negar soberbia muerte
Que sois eterna luz y prez de España.

ELEGÍA VI.

A Juan de Malara.

En tanto que, Malara, el fiero Marte
Y el no vencido pecho del tebanó
Ensanzas por do el sol su luz reparte,
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,
Vivo en usadas quejas y lamento,
Y crezco en mi dolor, temiendo en vano.

Doy culpa á la ocasion de mi tormento,
Que no pueda ablandar de su dureza
La fuerza y el rigor del mal que siento.

No encarezco del daño la grandeza;
Que no soy en mi llanto ambicioso,
Ni procuro alabanza en mi tristeza.

Sirvo mas al dolor impetuoso
Y á la infelice suerte de mi estado
Que al deseo de nombre ingenioso.

Esto es último fin de mi cuidado,
En esto espero merecer la gloria,
Igualmente penoso y engañado.

Solo es el bien que busco y la vitoria
Agradar á mi Luz, y que mi canto
Ilaga de mis trabajos la memoria.

Entre suspiros dieron y entre llanto
La edad florida, el pensamiento incierto,
Ley á los versos miseros que canto.

Rendida juventud mi estrago cierto
Dudando lea, y quien en lazo eterno,
Cual yo, espera acabar de bien desierto;

Que alguno que tuviere pecho tierno
Celebrará en mis penas la firmeza,
Y culpará el furor del mal interno.

En mi Luz admirando la belleza,
El rico cerco de oro y dulces ojos,
No alabará el desden y su tibieza.

Hallará de amor triste los despojos,
Oscura piedad, poca alegría,
Claro el dolor y muchos los enojos.

Y alguna á quien la indigna suerte mia
Y su no cierta fe inclinar apena
Puede, dirá llorosa en su agonía:

«Si Amor, que á sus cruces me condena,
Tanto bien me hiciera, que estrechara
A mi y á ti en su yugo una cadena,

«Ni yo de amante ingrato me quejara,
Ni tú de mi dureza; que antes diera
Debido y justo premio á fe tan rara.

«Mas tú, si este cruel con diestra fiera
Te hiere el pecho, dignamente airado,
Que altivo de su imperio salgas fuera (6),

«A Alcides dejarás desamparado,
Y será aquel soberbio y alto canto
En cuitoso y humilde trasformado.

Cubrirá del olvido el negro manto

(6) HERRERA, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, puso este terceto con las variantes que se verán:

Mas tú, si amor con flecha diestra y fiera
Te hiere el pecho, dinamente airado
De verte, altivo, de su imperio fuera.

Sus hechos, y tendrán fiel memoria
Tus cuidados afanes y tu llanto.

Otra mas grave lástima y mudanza
Te ofrecerá el dolor terrible cuando
Faltare á tus fatigas la esperanza.

Codiciarás en vano el verso blando
Que mitigue suave aquella saña
Que te aflige, ya misero llorando.

Verás entonces bien que Amor se extraña
De administrar el canto piadoso,
Que en deleitoso ardor al alma engaña.

Estimarás entonces congojoso
La lira que cantar mis males usa,
Y el verso antes caído y lagrimoso;

Y al duro son del hierro y voz confusa
Del marcial estruendo preferida
Será por ti mi tierna y simple musa;

Y no podrás callar en tu crecida
Desdicha y ansia; tu amoroso pecho
Ardió siempre en su llama esclarecida.

No te pese que tenga Amor deshecho
Tu preso corazon en dulce fuego,
Y que esté de tu agravio satishecho.

Si te da de su gloria parte luego,
Si consagra tu canto, si vencido
De él, yace el vencedor olvido ciego,

Por ti será su cetro conocido
De los purpúreos fines de Oriente
Hasta el lecho de céfiro escondido;

Y de la fria Cintia al cerco ardiente
Irá perpetuo el nombre glorioso
Mientras encendiere en Ida el sol la frente.

El verso dulcemente generoso
Tendrá sublime honor y soberano
Del terso y culto Laso y amoroso.

Tal á su bella Laura el gran toscano
Cantó con alta, insigne y noble lira,
Guiando el niño rey su diestra mano;

Y de su Delia tal gemir la ira
Se vió el romano amante en voz quejosa,
Y por la ausente Némesis suspira.

Será eterna la llama milagrosa
De aquel que ciñe Febo el verde lauro,
Y enciende amor con fuerza poderosa;

Que do en Genil se mezcla el breve Dauro,
Ardiendo osadamente en furia pia,
Suena en el seno arabio y ponto mauro,

Vivirá de Vandalio la porfia,
La aquejada pasión y el puro canto,
Que murmurando Bétis hondo oia;

Y tú tambien harás con tierno llanto
De tu afanada pena honrosa historia,
Que te dará este premio el furor santo.

Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,
Loando de mi Luz la hermosura,
Temo que no merezca esta vitoria;

Porque ausente el rigor de mi ventura
De toda mi esperanza y bien me tiene,
Y siempre aguardo nueva desventura

Al dolor, que penando me sostiene.

ESTANZAS PRIMERAS.

Podrá fuerza cruel de airado cielo,
Y hacer suerte adversa de mi hado,
Que pise peregrino estéril suelo
O sulque el ancho piélago apartado;
Y no que de la fe el seguro celo
Se mude y dé lugar á otro cuidado,
Y entre, á grado de la alma ó á despecho,
Nueva llama de amor en este pecho.

No es brio de lozano pensamiento
Ni liviana promesa y mal cumplida;
Certeza firme si de noble intento,
Que durará en el curso de mi vida;
Aunque ofendo al honor de mi tormento
Declarando verdad tan conocida,
Pues basta ser la causa de mi pena
La gran beldad de vuestra luz serena.

La luz serena vuestra y beldad pura,
Que sola en vos eterna resplandece,
El tierno acogimiento y la dulzura

Do espira, y en mi alma el amor crece;
Así me desvanecen la ventura,
Que se pierde en el bien que no merece;
Porque es la mayor gloria que se alcanza,
Padecer en mi mal sin esperanza.

Tan encogido estuvo mi deseo,
Que aun del dolor no pretendió memoria;
Nunca se aventuró mi devaneo,
Y puse siempre en el temor mi gloria.
Amando me contento, y no deseo
Esto de vos, y pierdo esta vitoria,
Si se puede decir que la ha perdido
Quien ama tan cortés y comedido.

Volved la alegre luz de vuestros ojos,
Y afijad en los míos su belleza,
Porque renueva en ella los despojos
Y afine la alma de esta vil corteza;
No querría mas bien de mis enojos,
Que publicarse en toda la grandeza
Que el cielo ve, que tuve sufrimiento
Igual á mi osadía y mi tormento.

Después que ya no pudo estar cubierto
El dolor en que vivo, de mi extraño,
Y amor me hizo osado al descubierto,
Lo menos de mi afrenta fué y mi daño
Lo mucho que sabeis; que el riesgo cierto
Que paso en mi temor y usado engaño,
Ni se puede decir como se siente,
Ni sentirse de pecho diferente.

Solo espero en dolor tan inhumano
Que conozcáis que sin algun reposo
Lo sufro, y estoy siempre mas ufano
Cuando en mi afán me hallo mas penoso;
Si mereciese yo de Amor tirano
Este bien, en mis lástimas dichoso,
Podría ya cuidar que en vos no prenda
Menos el vivo fuego que me enciende.

No cabe en la fortuna humilde mía
Tanto bien; sobra haber de vos oído
Que no vos desagrada mi osadía,
Y place ver en este error perdido;
El grande amor, medroso, desconfía,
El pequeño confino es atrevido;
Quien ama poco espere mucho; pero
Yo, que amo mucho, poco bien espero.

SEXTINA IV.

Dejo la mas florida planta de oro,
Y lloro ausente y solo aquella lumbre
Que sigo, y siento el pecho arder en fuego;
Mas el estrecho lazo de la mano
Me alienta, y la dulzura de la boca,
Que puede regalar la intensa nieve.

Yo recelé la fuerza de la nieve
Cuando no pude ver el árbol de oro,
Y perdí las palabras de su boca;
Pero volvió al partir la alegre lumbre,
Y con el blanco hielo de la mano
Todo me destempló en ardiente fuego.

Ardió conmigo junto en dulce fuego,
Y el rigor desató de fria nieve,
Y el corazón me puso de su mano
En la mía, y tendió los ramos de oro;
Y vibrando en mis ojos con su lumbre,
Ambrosia y néctar espiró en su boca.

Si oyese el blando acento de su boca,
Y fuese de mi pecho al suyo el fuego
Que procedió á mi alma de su lumbre,
Yo jamás temería ingrata nieve;
Y cogiendo las tersas hojas de oro,
Cincharía mi frente con su mano.

Mas ya me hallo lejos de la mano,
Y no escucho el sonido de su boca
Ni veo la raíz luciente de oro;
Y no me abraso todo y vuelvo en fuego,
Pues crece siempre en mi dolor la nieve,
Y ¿no ofenden mis lástimas mi lumbre?

Abre, dulce, suave, clara lumbre,
Las nieblas, y mitiga con tu mano
Mi sed, y la dureza de mi nieve
Desencoge y resuelve, pues tu boca

Fué la última causa de mi fuego,
Y contigo me enreda el tronco de oro.
Yo espero ya, flor de oro y pura lumbre,
Tocar la tierna mano y vuestra boca,
Que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

ELEGIA VII.

La llama que destruye el pecho mío,
Y consume cruel en fuego eterno,
Se alienta en el rigor de vuestro frío.
¿Qué nieve que engendró sintonio ivierno
Basta contra su fuerza? ¿Qué dureza
Cerca ese corazón medroso y tierno?

De mi encendido Etna la braveza
No puede regalar el tardo hielo
De vuestra blanda y áspera belleza.
Aunque de la herviente Libia el cielo
Con intensos ardores abrasase,
Y siempre el rojo sirio nuestro suelo;

Y aunque las llamas todas exhalase
De su ahumada cumbre Tifeo,
Y con guerra al olimpo fatigase;
Con mi dolor, con mi denuesto creo
Que no podrán romper el hielo vuestro,
Ni el incendio podrá de mi deseo.

Favoreció al ardor el amor diestro,
Que le dió vida luenga en mis entrañas,
Y fui yo mesmo en mi pasión maestro.

Aquí tienen principio sus hazañas
En la tibieza vuestra y en mi llama,
Con gloria en el suceso y pena extrañas.

Mielase en vos Amor, en mí se inflama,
La pena que me daís tengo por gloria.
Vuestro desden me aparta, Amor me llama.

Gran valor y honra es la victoria
De un vencido, y soberbios los despojos
De un desdichado amante y sin memoria.

Conoció yo el poder de vuestros ojos,
Rendime, y sujeté mi libre cuello
Con aquejada cuita á mis enojos.

Tejióme en bellos lazos el cabello,
Que excede al oro arabio, la cadena
Que el mal me causa y fuerza á sostenello.

La boca, en que el alado niño suena
Con armonía alegre y risa honesta,
El furor acrecienta de mi pena.

Grave error, grave culpa mía es esta,
Pues admito recelo en mi tormento,
Y á mi osadía miedo vil molesta;

Porque mi aventurado pensamiento
Halla bienes de amor jamás pensados,
Y regalos de tierno sentimiento.

¡Ay! los favores casi á fuerza dados,
La habla, la dulzura y el consuelo,
Que dan tarde los ojos recatados,

Transportado me tienen en el cielo,
Y ledo en su memoria el bien contemplo,
Que igual no estrenó amante en mortal velo.

Yo sé que muero ya y que soy ejemplo,
Aunque ofrecido al mal de mi cuidado,
De venturoso amor en alto templo.

Solo estoy de un afán desconhortado,
Que del fuego que sufro una centella
No entra en vuestro corazón helado.

Si Amor permite que esa luz, mi bella
Llama, vibre sus rayos en mi vista,
Y que el ardor y resente lleve en ella,

Sé que no haré tormento que resista
Mi gloria, y cuido ufano que el trofeo
Alzaré vencedor en mi conquista;

Que la divina fuerza que en vos veo,
Podría desatar la nieve fria
Y el hielo envejecido del Rifeo.

Gloriosa, serena estrella mía,
Relucid en el fuego que consiento,
Y dad nuevo vigor á mi osadía;

Que á vuestra alteza inclita presento
Mi dolor, mi cuidado, el daño cierto
Y el blando y lastimoso sentimiento.

Los suspiros fogosos que yo vierto
Darán fe de mis males, y admirada,

Enterneced tal vez el pecho yerto.

Sois vos mi estrella sola venerada
De la alma, que vos honra con firmeza,
Aunque no agradecida, no mudada.

Yo procuro hacer vuestra belleza
Perpetua con osado y noble canto,
Que en el tiempo asegure su grandeza.

Aliento me da Amor, con que levanto
La voz, no inferior á eterna fama,
Cubierto de púrpureo y rico manto.

Y en el ardor dichoso de mi llama
Se deshará quien viere el nombre escrito,
El nombre que en suave amor me inflama,

Tendrá jamás el término prescrito;
Porque como su inmensa hermosura
Y su valor, así será infinito.

Cual vuela la paloma blanca y pura,
Tal en la gloria, que suspenso honero,
Mi canto volará con voz segura.

Luces bellas, sortijas crespas de oro,
Mano en nieve y en púrpura teñida,
Dulce boca, de amor dulce tesoro;

Gracia, risa, armonía nunca oída,
Valor, ingenio, conceded la gloria
A quien por vos de todo el bien se olvida;

Que aunque se debe al cielo esta victoria,
Mi fe es digna que sola tal hazña
Celebre y alce en vuelo su memoria
Por cuanto señorea y vence España.

SONETO LXVIII.

De aquella ardiente luz y ardor luciente,
En quien los ojos abre el amor ciego,
Centellas de suave y blando fuego
Vuelan con alas de oro dulcemente.

Unas llegan al orbe, á do presente
Vénus, estrellas puras forma luego,
Que le ornán mas, errando en bello fuego,
Que el Héspero hermoso al occidente;

Mas otras, descendiendo por mi suerte,
Para darme valor, al tierno pecho,
Lo abrasan, condenado á eterna pena.

Yo pido, por envidia de mi muerte,
Que en este corazon, de amor deshecho,
Todas ponga mi alegre Luz serena.

LXIX.

Suave Filomela, que tu llanto
Descubres al sereno y limpio cielo,
Si lamentaras tú mi desconsuelo,
O si alcanzara yo tu dulce canto,

Prometer á mi cuita osara tanto (7),
Que esperara el dolor algun consuelo,
Y que tal vez moviera tierno celo
Los ojos cuya bella lumbre canto (8).

Mas tú con puro acento y armonía
Tu afrenta, y gimes bárbaros despojos,
Yo, triste, mayor daño ausente lloro (9).

Quiera Amor que tu voz la pena mía
Resuene, ó que yo alivie mis enojos.
Vuelto en tí, ruiñeñor blando y canoro (10).

(7) Yo prometiera á mis trabajos tanto,
Que esperara al dolor algun consuelo.

(8) Los bellos ojos, cuya lumbre canto.

(9) Mas tú, con la voz dulce y armonía
Cantas tu afrenta y bárbaros despojos;
Yo lloro mayor daño en son quejoso.

(10) O haga el cielo que la pena mía
Tu voz suene, ó yo cante mis enojos,
Vuelto en tí, ruiñeñor blando y lloroso.

Pedro de Quirós, poeta sevillano del siglo XVII, cuyas obras están inéditas en la biblioteca Colombina, imitó este soneto en el que principia:

Ruiñeñor amoroso, cuyo llanto
No hay roblo á quien no deje enternecido,
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
Oh, si gimiese mi dolor tu canto!

LXX.

Velved, suaves ojos, la luz pura,
Si á esto da lugar vuestra grandeza,
Y templad mi dolor; que la dureza
No cabe en vuestra inmensa hermosura.

La soberbia y desden harán oscura
La mucha claridad de vuestra alteza,
Y no es blason de singular belleza
Trocar en mal el bien de mi ventura.

Después que Amor dejó, serenos ojos,
Por vos el celeste orbe, el dulce puesto
Mejoró alegre en vos, y honró la tierra.

Mirad ó no mi cuita y mis enojos
(¡Tal es mi noble afán!), yo estoy dispuesto
Para morir ufano en esta guerra.

LXXI.

El roto lazo había ya del muerto
Fuego alegre, del cuello sacudido,
Mas fué en vano el reposo concedido,
Y recreció mayor el desconcierto.

Amor á vuestros ojos trajo cierto
El corazon, y en ellos defendido,
Allí encendió su flecha, allí herido
Vos entregué mi pecho, al hierro abierto.

En la tibia ceniza resplandece
De vuestra dulce luz centella ardiente,
Y su blando calor desata el frío.

¡Oh cuál venganza al justo rey se ofrece!
Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,
Y siente vuestro pecho el hielo mío.

LXXII.

Amor, ¿para qué vale el sufrimiento
En un pecho enseñado á tanta gloria,
Si es todo lo que guarda la memoria
Causa de afán al alma, y de tormento?

Porque no pierde triste el flaco aliento
Quien perdió, y no en su culpa, la victoria,
Y de su dulce bien la alegre historia
Vió trocar en eterno sentimiento.

¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,
Y ajeno en lengua ausencia de mi suerte,
Me sostiene en dolor y llanto fiero?

¡Llanto es al que padece en tal mudanza
Poder honrar su vida con la muerte,
Que lentamente llega al fin postrero.

ESTANZAS SEGUNDAS.

Oid atenta el son del tierno canto,
Hermosa estrella mía; que yo veo
En vuestra luz la llama en quien levanto
Ardiendo prestas alas al deseo.

Por vos venzo el dolor y rindo el llanto,
Y lleno de la gloria que posco,
Hallo que en vos mi pena me disculpa,
Y en mi dichoso mal estoy sin culpa.

Enciéndeme las venas este fuego,
Las junturas y entrañas abrasadas
Siento y nervios, y siento correr luego
Las llamas por los huesos dilatadas.

Mi llanto el ardor tiembla, y si sosiego,
Las centellas resuenan alentadas.
El fuego en la ceniza me revuelve,

Y en lágrimas el pecho el amor vuelve.

Cuando en vos cuido, en alta fantasía
Me arrebató y ausente me presente;
Y crece, contemplando, mi alegría,

Donde vuestra belleza represento
Las partes con que siente la alma mía,
Enlazada en mortal ayuntamiento,

Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas (11).

(11) HERRERA puso esta octava y la siguiente en sus *Anotaciones á Garcilaso*, con las variantes que observará el curioso:

Cuando en vos pienso, en alta fantasía
Me arrebató y ausente me presente,
Y crece contemplándos mi alegría
Donde vuestra belleza represento.

Aunque en honda tiniebla sepultado,
Y esté en silencio oscuro y escondido,
Casi en perpetua vela del cuidado
Se aduermen, y en el dulce bien perdido,
De esta memoria, en puro amor formado,
Se vencen, y allí todo suspendido
El espíritu vos halla, y tanto veo
Cuanto pide y espera mi deseo (12).

Con la grande igualdad que en la belleza
Vuestra mi alma tiene semejante,
Que trasligure en mi vuestra grandeza
Me fuerza, y á mi en vos, y del semblante
Suave y luz procede con ternura
A los ojos de vuestro humilde amante
Un furor blando, en que me pierdo, y cuanto
La vista alegre, crece el mal y el llanto.

Amor me hiere, y hace que mi pena
Exceda á la que ha sido mas terrible,
Y sufre, de mi alma hecha ajena,
Mas dolor que el que puede ser sufrible.
Solo estoy do se ufana y se condena,
Y estoy do al tardo cuerpo no es posible;
Perogozo en mi afán de tanta gloria,
Que si es fiero, es eterna mi memoria.

Casi sin esperar, mi Luz, vos temo,
Y en temor infinito sirvo y amo
Con infinito amor, y en tanto extremo
Mas dudo cuanto siempre mas me inflamo;
Y llega mi recelo á lo supremo
Del peligro, y tal vez si triste llamo
La esperanza al favor, se me retira
Y lejos de salud mi empresa mira.

Peno, y por vos estoy sin esperanza,
Y menos me debiera si aplacara
La fuerza del tormento en confianza,
Pues por mi bien honrándome penara,
Y no por el valor que la alma alcanza;
Y esta suerte de mal, dichosa y rara,
Me obliga á presumir en mi cuidado,
Ajeno de remedio y olvidado.

Tengo esperanza de mas pena, y tengo
Por ella alguna cuenta de esta vida,
Que aborrezco, y la culita que sostengo,
Menos, cuanto es mas áspera, es temida.
Desamo el bien, y en el dolor me vengo
De la engañada libertad perdida
Y de mí, que temia, simple y vano,
La gloria de morir á vuestra mano.

No tengo de vos bien, sino el cuidado
Que siente el corazón, y es mejor parte
Esto del don mas noble y estimado
Que vuestra incierta piedad reparte.
Tan secreto lo enebro y tan guardado,
Que jamás daré de él alguna parte;
Que solo nací yo para tenello,
Y él para darme muerte en merecello.

No esperé yo algun bien cuando mis ojos
Vos dieron de mi alma la vitoria;
Los males esperé de mis despojos,
Y ellos aplacen tanto á mi memoria,
Que ya no trocaré de mis enojos
El menor por el bien de mayor gloria
Que no venga de vos, y en ellos vivo
Tan hecho, que al descanso estoy esquivo.

Procuró, si el dolor ya nunca muere,
Que nazca mas dolor de vuestra mano,
Porque me esfuerce con razon y espere
Ser digno del tormento soberano;
Y Amor jamás podrá que desespere
Quien ve que su sandez no salió en vano,

Las partes con que siente la alma mia
Enlazada en mortal ayuntamiento,
Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas.

(12) Aunque en honda tiniebla sepultado
Y esté, y grave silencio y escondido,
Casi en perpetua vela del cuidado
Se me adormece, y en el bien crecido
Esta memoria con amor formado
Se vencen, y allí todo suspendido
El espíritu os halla, y tanto veo
Cuanto pide el amor y mi deseo.

No para confiar de bien alguno,
Sino para otro mal mas importuno.

Solo mi bien, mi galardón crecido
Es, que cuideis que, aunque por vos yo peno,
Haciendo lo que debo, en lo servido
De esperanza de premio estoy ajeno;
Que en admitir mi pena agradecido
Queda cuanto en mis males hay de bueno;
Y no que vos lo agradezcáis, Luz mia;
Que no se inclina á tanto mi osadía.

Deuda es esta de amor, que siempre hago;
Si la compenso, gloria no merezco,
Pena sí, con la cual no satisfago
Si el tormento huyere, á que me ofrezco;
Bien conozco esta culpa, y no la pago
Por su valor en cuanto mal padezco;
A perder de tal suerte me aventuro,
Que en la vida la muerte me aseguro.

El premio que se guarda á la fe mia
En fin de mis trabajos y mi engaño,
Es quedar con mas fuerza y agonía
Otro para pasar cruel y extraño.
Amenázame un mal, y se desvia
Para otro nuevo mal y nuevo daño;
El que viene mas liero no me mata,
Porque de otro mayor se desbarata.

Ausente en soledad, me huelgo tanto
Por el mal que me causa mi tristeza,
Que es mi gloria en la fuerza de mi llanto
Atender solo á él y á su dureza
Las horas que pasé y el tiempo canto
Del bien perdido, y puesto en su aspeza,
Pienso lo que ya fui, y en ello espere;
Que en lo que soy ahora desespero.

Si vos puede acordar alguna muestra
De esa inmensa belleza esclarecida,
Dadle toda la culpa, y será vuestra
La osadía á mi alma consentida;
Sea, si sufris vos la culpa nuestra,
Sea la pena sola de mi vida;
Que mi fe del error que ufano intento
Me asegura en mis miedos y tormento.

Aquite piedad tan corta y justa
Sola mi voluntad, por quien soy vuestro;
Que será presuncion y saña injusta
Si no dais al amor el error nuestro;
Y si vuestro desden airado gusta
De mi muerte, bañad el brazo diestro
Con hierro agudo en sangre de mi pecho;
Que yo estimaré alegre el daño hecho.

Haced cuanto vos place y vos enseña
La ingrata condicion y suerte altiva;
Que mis despojos conocer desleña,
Terrible á mi pasión y siempre esquivo;
Que aunque estéis mas instable y zahareña,
De tal parte mi lástima deriva,
Que ni volver podrá rigor ni pena
Mi voluntad de vos un punto ajena.

Si compasion vos mueve al dolor mio,
Por el bien donde ledo me vi puesto
Sea, no por el mal, en quien porfio,
Pues de mi grado me es, y fué molesto.
Mirad cuánto en mis ansias me confio,
Que no salir de sujecion protesto;
Y si cuido que en esto vos obligo,
Sedme vos y Amor siempre mi enemigo.

¿Cuánto me sois en deuda si he temido
Nunca en difícil trance la mudanza!
Mas ¿qué mal contrastar al atrevido
Pecho puede, que honrais con la esperanza?
Si en peligrosas ondas sacudido
Temí, desesperado de bonanza,
Vuestro favor me falte, que el cuidado
Ni ausente recelé ni desdennado.

Si en honra de mi pena vos agrada,
Permitid cortesmente mi osadía;
Volved con luz serena y regalada
Los ojos que me tornan la alegría,
Porque en mortal trabajo desmayada,
No acabeis esta ufana suerte mia;
Pero si no sufris mi mucha gloria,
Y entregais al olvido mi memoria;

Aunque no lo merezca el pensamiento,
Siempre á vuestros deseos enseñado,
Pues buscáis, dura y áspera, el tormento
Y última afrenta al corazón cansado,
Porque nunca me duela el sentimiento,
Quejoso de no haberos agradado,
Mis males pido solos y mi engaño,
Y vos quedad contenta con mi daño.

ELEGIA VIII.

A Galatea.

El sol del alto cerco descendía,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fría,
Cuando suspenso el curso con que lava
El sacro muro, honor de hesperia fama,
Bétis la frente ovosa triste alzaba.

No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros llorosos, en voz ajena
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama :

«¿Adónde estás? Escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.

«Vén, ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuerta hiedra está sombrío,
Y do, al timbre igualando, el pobo crece;

«Que todo cuanto abraza este gran río
Es mío, y será tuvo si tú vienes.

Vén, ¡oh! vén, Galatea, al llanto mío.

«¿Qué tardas? ¿Por qué, ingrata, te detienes?

No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.

«Una guirnalda guardo retejida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida;

«Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el Oriente fortunado,
Encenderás los sátiros de amores.

«Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las naidas y cuidado.

«Consagraré á tu nombre un bosque oscuro,
Con empinados árboles tendido,
Que nunca ose cortar el hierro duro.

«Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazón, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.

«Las torres que el tebanó alzó primero
Mira, ¿a quien la cerúlea y alta frente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;

«Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre maura, y llena de ira
Pone á la aurora el yugo y occidente;

«Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza, el imperio glorioso
Y felice fortuna siempre aspira.

«En estos dará Febo poderoso
A sublimes espíritus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.

«Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien beligeró horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento;

«Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frío,
Y del lascivo sulmonés cantada,

«Si atiendes á su alegre desvarío,
Te agradará en mis brazos blandamente
Su canto, que suspira el dolor mío.

«Vén pues, vén, Galatea, que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el céfiro presente;

«Y en la secreta urna y escondida
Tratarémos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.

«Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho, al fin irá cesando.

«Dichoso yo si alcanzo lo que pido;
Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.

«Aunque á la siracusia ninfa Alfeo

Busque, y con lla el Tebro venturoso,
Y este con Tiro el hórrido Enipeo,
«Ensalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleitoso;
«Y el vaso de cristal y claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.
«Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.

«¿Qué lira habrá, qué cítara llorosa,
Que no se rienda humilde y de la gloria?
¿Qué silvestre zampoña y amorosa?

«Será eterna y sagrada tu memoria
En cuanto ciña el mar y Cintio vea,
Pues das al amor mío esta vitoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.»

SONETO LXXXII.

La luz serena mía, el oro ardiente,
En mil cercos lucientes dividido,

Y en dulce nieve y púrpura teñido,
Casa, el color suave de la frente,

Canto, y como el ingrato Amor consiente,
Ciego en su esplendor bello, estoy herido,

Y oscurezco sus glorias, ofendido
De tanto bien, con lira y voz doliente.

Oso, y aunque el deseo me levante,
El peso es grande, y culpa mi osadía

Quien amara el peligro de mi pena;
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante,

Y no es mayor su empresa que la mía,
Pero si el vano error que me condena.

LXXIV.

Quando el dolor desmaya al sufrimiento,
Estoy de todo bien desamparado,
Y sacudir del cuello quebrantado

Pruebo el yugo inmortal de mi tormento;
Mas, viendo el oro terso suelto al viento,

O entre sortijas bellas enlazado,
Vuelvo alegre de nuevo á mi cuidado;
¡Tan dulce me es por él el mal que siento!

Al ardiente crispar de dulces ojos
Del tierno y puro amor hermosa llama,
Descubro sin temor el pecho abierto.

Mal puedo yo negalle mis despojos
Si blanda enciende y áspera me inflama,
Y con el mal y el bien me tiene incierto.

LXXV.

Ahora, que cubrió de blanco hielo
El oro la hermosa aurora mía,
Blanco es el puro sol y blanco el día,
Y blanco el color lúcido del cielo.

Blancas todas tus viras, que recelo
Es blanco el arco y rayos de alegría,
Amor, con que me hieres á porfía;

Blanco tu ardiente fuego y frío hielo.
Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,
Pues tiene en blanca nieve el pecho tierno

Contra mi fiera llama defendido?

¡Oh beldad sin amor! Oh mi ventura!
Que abrasado en vigor de fuego eterno,
Muero en un blanco hielo convertido.

LXXVI.

Por estrecho camino, al sol abierto (13),
De espinas y de abrojos mal sembrado,
El tardo paso nuevo, y voy cansado
A do cierra la vuelta el mar incierto.

Silencio triste habita este desierto,
Y el mal que hay me importa ser callado;
Quando acaballo cuido, acrecentado
Veo el sendero y veo el daño cierto (14).

(13) Por un camino solo al sol abierto.

(14) Y el mal que hay conviene ser callado;
Quando pienso acaballo, acrecentado
Veo el camino, y mi trabajo cierto.

A un lado empina yerto inmensa cumbre
El monte hórrido, opuesto al alto cielo;
Corta un despeñadero la otra parte.
Crecer la sombra y anublar la lumbré
Siento, y no hallo, solo en mi recelo,
A dó pueda valerme alguna parte (15).

LXXVII.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
Sublime Carlo, el bárbaro africano
Y el espantoso á todos otomano
La altiva frente inclina quebrantada (16).
Italia, en propia sangre sepultada,
El invencible, el áspero germano,
Y del francés osado el pecho ufano
Al yugo rinde la cerviz cansada (17).
Álce España los arcos en memoria,
Y en columnas á una y otra parte (18)
Despojos y coronas de vitoria;
Que ya en tierra y en mar no queda parte (19)
Que no sea trofeo de tu gloria,
Ni resta mas honor al fiero Marte (20).

LXXVIII.

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,
Muera en ausencia vuestra perseguido,
Y en ciego engaño y confusion perdido,
A remediar mi daño nunca atienda;
Y jamás la esperanza me defienda
De ese injusto desden y tibio olvido;
Y cuando mas me importe ser oído,
Tarde la voz de mi dolor se entienda.
Pero si no da entrada el pensamiento
A cosa que no sea vuestra gloria,
Y de cuanto es ajeno se desvia,
¿Por qué negais, ingrata á mi tormento,
Que se ufane mi mal con la memoria
De ser la causa vos, Estrella mía?

CANCION III.

Desnuda el campo y valle el yerto invierno,
Y empañá en torno al cielo desvelado
Negra faz de enemiga oscura niebla,
Y el sereno esplendor del sol eterno
Se confunde en una hórrida tiniebla,
Y rendido á mis lástimas, cuitado,
Miro el misero estado
Que mi gloria enflaquece y confianza,
Cobrando siempre fuerzas la olvidanza,
Y la luz que en mi bien resplandecía
Asombró con mudanza
En triste noche al fin mi alegre vía.
Esclarece en el último ocidente
El cielo, y los colores matizando,
Baña y orla la tierra de su lumbré;
Su claridad la yerba y la flor siente,
Y el árbol que corona su alta cumbre;
Mas yo, mezquino, mi dolor llorando,
Vó en vano lamentando;
Y la luz que mostraba su grandeza
Y me cubría de inmortal belleza,
Cerrada nube ofusca, y de mis ojos
La roba con presteza,
Y mi llanto acrecienta y mis enojos.
Con instable fulgor y rayos de oro

(15) A un lado levantan su grandeza
Los ricos puntos, con el cielo iguales;
Al otro cae un gran despeñadero.
No sé de quién me valga en mi estrechez,
Que me libre de amor y destos males,
Pues remedio sin vos, mi luz, no espero.

(16) Y el bravo horror del impetu otomano
La altiva frente humilla quebrantada.

(17) Y el osado francés con fuerte mano
Al yugo la cerviz trae inclinada.

(18) Y en colosos á una y otra parte.

(19) Que ya en la tierra y mar no queda parte;

(20) Ni le resta mas honra al fiero Marte.

Cintia entre sombras altas aparece,
Y lleva al dulce amante á su cuidado,
A quien para gozar de su tesoro
La sazón y la suerte favorece;
Yo, laso, que me veo maltrado,
Solo y desconfiado,
Siu mi Lumbré en desierta noche y fria,
¿Qué traza seguiré? ¿Qué cierta guía?
¿Quién podrá en esta niebla aborrecida
Adestrarme á la vía
Que escogí de mi bien, tan mal perdida?

Va el piclago sulcando presurosa
La nave, enderezada de la estrella
Que gobierna su curso, y sin recelo
Sufre la ira del ponto proceloso,
Que con terror descarga toda en ella;
Yo, en quien su saña toda vierte el cielo,
El hondo mar del celo
Abro con frágil pino, y la luz clara
Veo anublarse y asconderse avara,
Ondas gemir, subir el golfo en alto;
¿Y cuán poco repara

Mi vida de la muerte el duro asalto!

En el horror nocturno brama airado
Y quebranta los árboles el viento,
Hasta que muestra el día luz alguna,
Que retarda su impetu indignado,
Y espira deleitoso un blando aliento;
Mas en mi oscuridad y en mi fortuna
Una sombra importuna
Crece, encubriendo el lustre de la aurora,
Y su imagen los astros descolora.
Estruendo es todo, es ira, es furia horrible,
Y al enfermo que llora
Su mal es el remedio ya imposible.

Al dulce ardor primero y pura llama,
Las aves cantan ledas, y el rocío
Las flores cerca de esplendor luciente,
Que tiembla entre las perlas que derrama,
Y alegra el campo un aire tierno y frío;
Y cuando mi luz sale, el mal presente
Lloro, y de humor caliente
El suelo con mis mustios ojos baño,
Y no descanso con llorar mi daño;
Que mi dolor no admite algun consuelo.
Solo este desengaño
Del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

SONETO LXXIX.

Cuando el fiero tirano de Oriente
La afrenta que sufrió, con osadía
Se aventura á pagar, y España mía,
Contrastas con valor su saña ardiente,
Amor se esfuerza en mi pasión doliente,
Y finge y me presenta una alegría
Vana, para que sienta en mi porfía,
Del bien cayendo, el mal mas duramente.
Yo cuido defenderme en mejor suerte,
Y resistir seguro el duro asalto,
Y descansar sin miedo en mi sosiego.
Cuando importa mostrar el pecho fuerte,
Me pierdo y hallo de valor mas falto,
Y rindo el corazón al hierro y fuego.

LXXX.

El sátiro que el fuego vió primero,
En su alegre esplendor embebecido,
Llegó á tocar, y conoció, encendido (21)
Que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.
Yo, que la luz vi, misero, en quien muero,
Vuelto llama, engañado y ofrecido
A mi dolor, no en llanto convertido,
Cuidé triste acabar, como ya espero (22).
Belleza y claridad nunca antes vista (23)

(21) De su vivo esplendor todo vencido,
Llegó á tocallo, mas probó encendido.

(22) Yo, que la pura luz do ardiendo muero,
Misero vi, engañado, y ofrecido
A mi dolor, en llanto convertido,
Acabar no pensé, como ya espero.

(23) Belleza y claridad antes no vista,

Dieron principio al mal de mi deseo,
Dura pena y afán á un rudo pecho;
Padezco el dulce engaño de la vista;
Mas, pues me pierdo al fin con cuanto veo,
¿Cómo todo ceniza no estoy hecho? (24)

LXXXI.

Alcé la vista acaso, descuidado
De mi futuro afán y cierta pena,
Destejida del cuello la cadena,
Que me trajo en mil males enredado;
Y queriendo mirar ¡ay duro hado!
El puro ardor de aquella Luz serena,
En quien amor me inflama y me condena
Y con sus flechas vibra el arco armado,
Sus ojos en los míos se encontraron,
Y con la fuerza de su fuego el pecho
Sentí la aguda vira en las entrañas,
Que no livianamente me abrasaron,
Y el golpe fiero descendió derecho
A mostrar en mi alma sus hazañas.

LXXXII.

Eustacio, yo seguí al Amor tirano
Esperando en su fe, por dolor mío;
Que al intenso rigor y ardiente estío
Prometido descanso busqué en vano.
Veo, y seme desliza de la mano,
La ocasion, y aunque en este invierno frío
Inundo en luengo llanto el hondo río,
Siento crecer el mal mas inhumano.
Vos, á quien Febo dió la dulce lira
Y la arte gloriosa de Melampo,
Remediad la pasión de un vuestro amigo;
Que la pocion de aquella que suspira
Por su cruel belleza el frigio campo,
Tal vez podrá tener valor conmigo.

ELEGIA IX.

Gustos de amor (25).

Rubio Febo y crinado, que escondido
En el ondoso seno de occidente,
Dejas el cielo en torno oscurecido;
Si en las rosadas puertas de oriente
Rielaren tus puros rayos y oro
Con ardor de luz nueva y roja frente,
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;
Que hoy vi los ojos do perdí herida
Mi alma en la beldad que amando adoro.
Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida,
Ya puedo esperar bien en mi tormento,
Sin recelar mi muerte aborrecida.
Verás de lo sublime y rico asiento
La trenza que en mi afán se enreda y crece,
Suelta al tierno espirar del manso viento;
Las luces do rendido Amor se ofrece,
El semblante que en púrpura y en nieve
Dulcemente mezclado resplandece.
Pero sea, Titan, la vista breve;
Que si tu llama en ella se detiene,
Hará que en ti la suya el niño pruebe.
Clarar la tierra y polo te conviene,
Y no, ciego de aquella luz hermosa,
Que en medrosa tiniebla te condene.
Solamente á mi alma venturosa
El amor concedió de su belleza,
Y la vida y la muerte gloriosa.
Sienta el persa animoso mi riqueza,
Quien del Rin bebe osado la corriente
Y del Vistula admira la grandeza,
Mi gloria á la primera incierta fuente
Del fario Nilo, imitador del cielo,
Y corra á la apartada inculca gente,
Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,

(24) Mas si me pierdo con el bien que veo,
¿Cómo no estoy ceniza todo hecho?

(25) Así Marchena intitula esta elegía.

Dende el curso de Ganges resonante
Hasta el dichoso nuestro hesperio suelo,
Yo he sido el mas felice y cierto amante,
Y mi luz entre todas la mas bella,
Aunque el troyano incendio Homero cante.
No ilustra el giro excelso alguna estrella,
O corone á la esposa de Perseo,
O á quien de ti, Teseo, se querella,
Igual á esta mi luz, que alegre veo
Vibrar suaves rayos á mis ojos,
Y contiendo en el mío su deseo,
Que de mi luengo afán de mis enojos
Repuso la ocasion, y abrió camino
Fácil entre el horror de los abrojos.
Mi alma siente ya el ardor divino
Con dulzura amorosa, y renovado
El regalo y sin fuerza el mal indino.
Vi su belleza inmensa, y vi alterado
Que el ánimo el placer me confundía,
Y la voz me dejó desamparado.

Llegó mi bien, y vi con alegría,
De favor blando el pecho enriquecido,
Y escuché el tierno acento y armonía.
Si del cielo me fuera concedido
Levantar en grandeza el nombre mío
Con diadema y cetro esclarecido,
Y al lido ardiente y al bisalta frío
Sujeto á mi poder, y al fiero viera
Que riega del Danubio el grande río,
Sin esta luz serena, por quien diera
La vida, si Amor sufre tanta gloria,
El imperio y tiara no quisiera;
Que mas deseo solo y sin memoria
Estar humilde en pobre apartamiento,
Cantando de mi bien la ufana historia,
Que con ella viviera mas contento;
Y sé bien que alcanzara con su lumbrere
Gloria al dolor y grave mal que siento,
Y á mi nombre lugar en alta cumbre.

SONETO LXXXIII.

Si la fuerza que ponen y cuidado
En mi dolor las lágrimas, pusiera
La voz de mi doliente suerte, fuera
El dulce son y llanto bien gastado;
Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado
Con piedad y lástima se viera,
Y á mi estrecha esperanza no ofendiera
Desden tibio, ira injusta de mi bado.
Mas cuido que si el misero lamento
Para gemir mi mal, y el nuevo canto
Que me enseña el amor, me ofrece el cielo,
Que, cual áspide sorda al tierno acento,
Negara al corazon, que temo tanto
Que ablande su rigor vuestro impio celo.

LXXXIV.

Esta desnuda playa, esta llanura;
De astas y rotas armas mal sembrada,
Do acabó al vencedor la iberá espada (26),
Es de España sangrienta sepultura.
Mostró virtud su precio, y la ventura (27)
Negó el suceso y dió á la muerte entrada,
Que rehuyó, dudosa y admirada
Del heroico valor la suerte oscura (28).
Venció otomano al español ya muerto,
Antes del muerto el vivo fué vencido,
Y Hesperia llora y Grecia la vitoria (29);
Pero será testigo este desierto
Que, si cayó muriendo, no rendido,
Tracia le rinde y Asia el nombre y gloria (30).

(26) Do el vencedor cayó con muerte airada.
(27) Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura.
(28) Del temido furor la suerte dura.
(29) Y España y Grecia lloran la vitoria.
(30) Llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

LXXXV.

Duro el pecho, y fué grande el sufrimiento
Que enceló la crueza de esta llaga;
Mas hien no sé, mezquino, ya qué haga
En el dolor esquivo que consiento.
Oso y fallece el ánimo al tormento,
De mi arrojado intento justa paga;
Pero, aunque mas la pena me deshaga,
Acabará en silencio el sentimiento.
Tan grave el golpe fué, que el fiero arquero
De las purpúreas alas quedó ufano
Viéndome atravesado las entrañas.
Temblé al furor que trajo y gemí; empero
Después ¡oh simple yo! alabé la mano
Ocasión de estas ásperas hazañas.

LXXXVI.

Aura suave y mansa de occidente (31),
Que con el tierno soplo y blando frío
Halagaste el ardor del pecho mío (32),
¿Que espíritu te mueve vehementemente?
Ni Euro espira, ni suena el austro ardiente
En el furor desierto del estío;
Y tú secas, cruel, el prado y río (33),
Cual al suelo africano el sol caliente.
Mas ¡ay! tú te encendiste en mi luz bella,
Y envidiando el bien de mi ventura,
Las flores y ondas abrasaste luego (34).
Cesa, aura, no me enciendas mas, que en ella
Ardo y me abraso siempre en llama pura;
No acrecientes mas fuego á mi gran fuego (35).

LXXXVII.

Si deseáis que muera á vuestra mano,
¿Por qué dais vida á un corazón abierto?
Es crueldad vengar en cuerpo muerto,
Culpa, si la hay, de un simple error liviano.
Si con saña buscáis de Amor tirano
Dolor eterno á un misero desierto,
¿Por qué hacéis ¡oh extraño desconcierto!
Que mengue, y mi pasión falteza en vano?
Poco es esto si debo yo, Luz mía,
Que mis entrañas corte el hierro y parta,
Y me acabe el desden que el mal me ha hecho.
Mas que mis esperanzas y alegría
Rompa quien tanto bien, cruel, me aparta,
¿Cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

CANCION IV.

Desciende de la cumbre de Parnaso,
Cantando dulcemente en noble lira,
¡Oh tú, de eterna juventud, Talia!
Y nuevo aliento al corazón me inspira
Aquí, donde el torcido y luengo paso
Bétis al hondo mar corriente envía,
Porque de la voz mía
Suenen el canto y florezca la memoria
Hasta el término rojo de oriente,
Y do al nública ardiente
Abrasa Iperion, y en alta gloria
El nombre de la insigne hesperia planta
Que de Córdoba y Cerda se levanta
Aquite honor, y al céliro templado
Ensálce este iucero venerado
Los despojos, y en árboles alzados
Los insignes trofeos, el sangriento
Conflicto del feroz dudoso Marte,
Las enseñas que mueve en torno el viento,
Los presos y los reinos conquistados

(31) Aura mansa y templada de occidente.

(32) Halagas el ardor del pecho mío.

(33) Ni Euro espira ni Austro suena ardiente
En el furor mas grave del estío;
Y tú abrasas el verde prado y río.

(34) Y enemiga del bien de mi ventura,
Abrastaste las ondas y las flores.

(35) Ardo siempre y me abraso en llama pura;
¡Ah! no añadas mas fuego á mis ardores.

Con segura prudencia, esfuerzo y arte,
Que dieron tanta parte
De la rota y herida y muerta Francia
Al que fué éprez y honor del orbe hispano,
Que al soberbio otomano
Quebró en las jonias ondas la arrogancia,
Y en la Ausonia adquirió el heroico nombre
Con mas valor que cabe en mortal hombre,
Con alas de vitoria al fin levantan
Las vitorias que Europa y Asia cantan.
El ánimo del nieto esclarecido,
Conforme en hechos inclitos y en fama,
Que trajo al yugo al galo quebrantado,
Cual del luciente Febo ardiente llama,
Que deshace al nublado oscurecido;
Tal parece, de luz y honor cercado,
Puesto en sublime grado,
Mezclando al blando Cintio y á Belona,
Y de lauro y de yedra floreciente
En su sagrada frente
Doblada cíñe y orna la corona;
Pero alabar su pecho generoso
Conviene á un grande espíritu dichoso.
Mas ¿qué, si canto yo la soberana
Francisca, al uno nieta, al otro hermana?
¡Oh alma enriquecida de honra y gloria,
De grandeza real excelsa muestra,
A quien mas favorable aspira el cielo,
Y sus bienes rendir con larga diestra
Se esfuerza, y cansa en vos nuestra memoria,
Que igual no ve el fulgor Cirreo, el nuestro
Reino Tartesio al vuestro
Nombre consagra humilde un claro templo
De excelente valor virtud ardiente,
Cual en la edad ausente
Acaya dedicó por noble ejemplo
A la armada doncella que sin madre
Salió de la alta frente de su padre!
¿Qué mucho que este precio vuestro sea,
Si á vos cede la virgen Atenea?
De vos procede ¡oh sola luz de España!
El heroico valor que mi deseo
Inflama en nuevo ardor y glorioso.
Ya inferior á mí la tierra veo,
Veo el ondoso ponto que la baña,
Cortando el giro aerio, luminoso,
Y veo en el hermoso
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,
Cuanta abundancia el cielo en sí contiene,
Que vos guarda y sostiene,
Y el número de gracias que en vos crecen;
Y en vuestra claridad contemplo atento
Seso, ingenio, inmortal merecimiento,
Y hallo alegre en vuestra lumbre pura
Rayos de aquella inmensa hermosura.
Como el vigor de Apolo á la ancha tierra
Ilustra y junto enciende y enriquece,
Haciendo el valle fértil, lledo el prado,
Que con mil varios dones rebosce,
Y el paso á la sazón estéril cierra;
Tiene así el esplendor aventajado
Nuestro ingenio alumbrado.
Y produce, esparciendo su riqueza,
El fruto del espíritu divino
Con valor peregrino,
Y ensalza las hazañas y grandeza
Con alta voz y con eterna lira;
Y tanto en vos alcanza, que se admira
Porque ve el cielo en vos y el suelo ufano
Con tanto bien, que sobra al sér humano.
Todo cuanto al terrestre cuerpo alienta,
De la celeste fuerza deducido.
Se halla en vos casi en igual efeto:
De vos el fijo globo y el tendido
Humor y el vago cerca se sustenta,
Y el ardor de las llamas inquieto;
Que con vigor secreto
A tierra y agua, al aire y puro fuego,
Cual etérea virtud y las estrellas,
Son vuestras obras bellas
La tierra, la agua, el aire, el puro fuego.
¡Oh glorioso cielo en nuestro suelo!

Oh suelo glorioso con tal cielo!
¿Quién podrá celebrar vuestra nobleza?
¿Quién osará alabar vuestra belleza?

Vuestro valor excede, soberano,
Al mas claro y excelso entendimiento,
Y ciega vuestra luz resplandeciente
Los ojos del humano sentimiento.
Yo, aunque el osado Amor me da la mano,
Temo del hondo Pado la corriente,
Y el mar, que dentro siente
Del atrevido jóven la caída.
No soy el insolente Salmonco,
Que imitó con deseo
Vano del rayo la ira embravecida.
Cuanto ve Delio y cuanto el polo cubre,
Todo en vuestra alabanza se descubre,
Y toda se presenta á gloria vuestra
La grande, ingeniosa madre nuestra.

SONETO LXXXVIII.

Bello cerco y ondoso, que enlazado
En sutil vuelta y varia de ámbar pura
Teneis mi preso cuello, que aun procura
Hallarse mas revuelto y anudado;
Si el vigor de ese fuego renovado
Veo que abrasa ¡oh bien de mi ventura!
A aquella que me tiene, ingrata y dura,
Ausente y de mí todo enajenado.
No habrá en el suelo nuestro ni en el cielo
Hebras lucientes de oro terso tales,
No de amor tan hermosa red y llama;
Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo
Despojos de cabello ilustre iguales,
Honor ó rica trenza de quien ama.

LXXXIX.

Trenzas que en la serena y limpia frente,
De anillos de oro crespo coronadas,
Formais lucientes vueltas y lazadas,
Donde el mayor Vulcano espira ardiente;
El sol, ó que aparezca en oriente
Con las puntas de llamas dilatadas,
O que las junte, de subir cansadas,
Se rinde á vuestra luz resplandeciente.
Vos, mis hermosos cercos, anudado
Teneis mi cuello, y nunca espero el día
Principio á libertad, fin á la pena;
Porque alegre en el mal de mi cuidado,
De la prision huir no pienso mia,
Ni los lazos romper de esta cadena.

XC.

Aquí do lloro en tí, fiel desierto,
Y aquejo con mi llanto el son del río,
Vi la luz y belleza y amor mio
En la serena noche al cielo abierto.
Esperé entonces vida, espero, muerto,
Sepulcro ahora en este asiento frío,
Y en el aliento último que envío,
Perdon humilde haber de quien me ha muerto;
Porque á tanta grandeza y hermosura
Fué mi error temerario, y justa pena
La muerte, aunque menor que mis tormentos.
Mas nunca mi memoria será oscura;
Que amor no siempre á olvido me condena,
Pues muero osando grandes pensamientos.

XCI.

Alma, que ya en la luz del puro cielo
Ardes de santo fuego, á quien respira
Tu ausencia con suaves ojos mira,
Y alienta á levantar el flaco vuelo.
Ceñida en torno tú de rojo velo,
La llama en mi lloroso pecho inspira,
Porque sin odio, sin temor, sin ira
Desprecie el vano amor y error del suelo.
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,
Y en tu último dolor creció mi pena,
Para sentir continuo el mismo hado.

Si la fe te renueva la memoria
En esta sombra, vén con faz serena
A consolar el corazon cuitado.

XCH.

Justo es que la cansada incierta vida,
Tiempo tanto sujeta al amor vano,
Desdeñe al rigor impio, y del tirano
Yugo ose alzarse mi cerviz caída.
Perezca la esperanza aborrecida,
El deseo abatido y mi liviano
Intento; que mi bien ya está en mi mano,
Ya tengo mi fortuna conocida.
Seguro podré ver la indigna suerte
Del misero amador, el vil denuesto,
El congojoso miedo, el celo frío;
Que no podrá respeto de mi muerte
Hacer que mude el curso al fin propuesto;
¡Tal ejemplo es el grave dolor mio!

ELEGÍA X.

Dulce y bello dolor de mi cuidado,
Que el corazon, cubierto de esperanza,
En temor teneis puesto y engañado,
Si en esta de mi bien cruel mudanza
Mi triste afan conhorto y sufrimiento,
De fortuna mejor no es confianza.
Hallo dispuesto al mal el sentimiento
Para mostrar la causa de mi pena,
No para pretender merecimiento.
No sufre vuestra inmensa luz serena
Que miren su esplendor aquellos ojos
Que hacen su esperanza de bien llena.
Débense á la belleza mis enojos,
Y que se pierda en cambio la vitoria
De contar como vuestros mis despojos:
No merece la vida quien la gloria
Espera de su amor por bien sufrido,
O quien intenta mas que la memoria.
El que pudo llegar á tal partido,
Que descubrió una muestra de alegría,
Conténtese del bien con ser perdido.
Venturoso fué el claro y dulce día
Que señaló el favor del bien ya hecho
Con piedra de oriente al alma mia.
Si no fuera en sazón de tiempo estrecho,
Temor habia justo de la vida;
Que no era en tanta gloria diestro el pecho.
Pero si ser debia, bien perdida
Fuera si feneciera allí, y quedara
Recuerdo de mi suerte esclarecida.
El valor del deseo allí gozara
Si desmayado, en vuestros brazos puesto,
Tiernamente muriendo descansara.
Mas, á mi duro afan y ausencia expuesto,
Padezco en soledad, de bien desierto,
Y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.
Y si despues que ausente fuere muerto,
Se buscare la causa de mi daño,
Muéstrese en claridad el pecho abierto;
Que en él sin velo y sin error de engaño
Escrito el nombre se verá, mi Estrella,
Vuestro el favor que tuve el día, el año.
Veráse rutilar vuestra luz bella
En él con la suave fuerza ardiente,
Y á quien la ve que abrasa su centella.
Que ya que vos dió el cielo al occidente,
Solo en el pecho mio pertenece
Tener lugar debido y excelente.
Ni amaros ni mirar la luz merece
El que no rinde á vos los pensamientos
Con la primera vista que se ofrece.
Despues que se mudaron mis intentos
Peno, y holgara estar, si mas pudiera,
Sujeto á nuevos y ásperos tormentos.
No cuido recelar mi suerte fiera,
Aunque aparte mis ojos de su lumbré;
Que poco duele el hado á quien lo espera.
Estáis, mi sol sereno, en alta cumbre,
Do no puede llegar nuestra baja,
Y de allí me mirais con mansedumbre.

Mostráis dulces vislumbres de terneza
Para dar á mi pecho algun consuelo,
Ocupado de lástima y tristeza.

Mas yo, que no levanto presto el vuelo,
Culpa del ser humano, á vuestro asiento,
Gimo desamparado en este suelo.

¿Quién me diera las fuerzas al intento
Igual para alzarme de la tierra,
Do solo llegará mi atrevimiento!

Y hecho vencedor en esta guerra,
Entrara en los lugares que deseo,
Que la distancia y ocasion los cierra.

Dichoso tú, que al monstro Meduseo
La soberbia y frente hórrida cortaste,
Que en mármóreo rigor trocó á Fineo.

Pues con tálares de oro sin contraste
Sublime al oriente y glorioso,
Por no usado camino traspasaste.

Yo, desdichado y triste, que el hermoso
Lucero de mi alma aun con la vista
Cercar no puedo ya, ni espero ni oso,

Si la vida perdiera en tal conquista
De males amorosos, esta pena
Hay sola que á su impetu resista.

Desdeñar, de dulzura tierna ajena;
Que ofenda á vuestro pecho soberano,
La gloria en que la muerte me condena;

Que no se debe á mi tormento insano
Tanto bien, que deshaga con la vida
Mi sufrimiento y mi dolor tirano.

Pero si en esta ausencia aborrecida
Del cuidado acercáis la esquivá muerte,
Digna de mi esperanza mal perdida,

Pienso que usais conmigo en esta suerte
De última piedad en tiempo indino,
Por acortar la pena á mi mal fuerte.

Y acabarás aquel temor continuo
En este caso injusto, y la engañada
Opinion del ánimo mezquino.

Mi alma, alegremente aventurada,
Volará triunfando en los despojos
De mi afán y mi ausia, no cansada.

En tanto que se aluengan mis enojos,
Vos ¡oh mi sol hermoso! con terneza
Mirad mi cuita y húmedos mis ojos.

Y si el deseo ausente á la belleza
Sin igual me llevare en algun día,
Volviendo á mi los rayos de esa alteza,

Tornadme á la primera suerte mía.

SONETO XCIII.

En esta selva bórrida y desierta,
Que tiene en temor triste el viento airado,
Contemplo, en mis desdichas ostinado,
Mi peligroso estado y vida incierta.

Hallo del impio amor la senda abierta,
Que descubrió el principio á mi cuidado;
Espacio luengo veo y no tratado,
Salud siempre difícil, muerte cierta.

No veo árbol ramoso ni desnudo
Que no sea mi bella fiera, y siento
Cuajármeme la sangre al pecho fria.

¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo
Contrastar su pasión! Mas el tormento
Que sufro no se rinde á mi porfía.

XCIV.

Luces en quien su luz el sol renueva,
Y Cupido su llama, y las estrellas,
Con cuya claridad florecen bellas
Con el nocturno horror, con la alba nueva,
¿Qué pesar os destine osado y prueba
Desmayar el vigor de esas centellas
¿Por qué no descubris con fuerza en ellas
De vuestro puro fuego alguna prueba?

Así podrá con llanto, dulces ojos,
Turbar vuestro esplendor oscuro velo,
Cual nube rara al vivo ardor de Apolo.

Después que al dolor dáis estos despojos,
De luto cubre Amor su faz, y el cielo
Confuso yace en triste sombra y solo.

XCV.

Quejoso ya del tiempo mal perdido,
Las armas con que al dulce rey tirano
Ofrecido seguí, esperando en vano,
Pongo, de mis deseos ofendido.

Basta en mi tierna edad haber crecido
Amor, que en mi cansó su diestra mano;
Consejo me parece ya bien sano
Desviarme del curso proseguido.

Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,
Y valgo á contrastar su gran dureza
Y negar de mis males la vitoria.

Mas no sufre el cruel que en la alma mia
Mi luz no me presente su belleza;
Y así, me aflige y vence la memoria.

XCVI.

Suspiro y pruebo ya con voz doliente
Que en sus cuitas espire la alma mia (56);
Greece el suspiro en vano y mi agonía,
Y el mal renueva siempre su accidente.

Las penas en que solo peno ausente (57)
Rompe mi suspirar en noche y día.
Y no toca ¡oh dolor de mi porfía! (58)

A quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no muero y no deshago
Parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto,
Y cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerzo amor el suspirar que hago,
Y como el cisne acaba en dulce canto,
Así pierdo la vida en el suspiro (59).

XCVII.

El tiempo que se aluenga al mal extraño,
Y mis pasos me muestra bien contados (40),
Si término pusiese á mis cuidados,
Sería á mi esperanza desengaño;

Que el oro que me enlaza en nuevo engaño (41)
Los ojos, dulcemente regalados,
Sin vigor á mis años mal gastados (42)

El remedio serian de su daño.

Pero si en él se aumenta el dolor mio,
Si el cabello y las luces inmortales

Son, y eterno el valor de heroico intento (45);

Será de amor perpetuo el desvario,
Y en los que al fin perecen, grandes males (44)
Renacerá continuo mi tormento.

XCVIII.

A Alfonso Ramirez de Arellano.

Sola y en alto mar, sin luz alguna,
Con tempestad sañosa yace y viento
Mi popa abierta, y no abre el negro asiento
Del cielo la confusa incierta luna.

Esperanza, Arellano, ya ninguna
Procuro, ni se debe al pensamiento;
Fallecen fuerza y arte, y triste siento
La muerte apresurármeme importuna.

Pues el amor me olvida y cierra el puerto,
Y veo en las reliquias de mi nave
Que el ponto esparce y vuelve mis despojos,

La veste y armas de este amante muerto
Colgad, que restan del naufragio grave,
A la ara de mis bellos dulces ojos.

(56) Que en su dolor espire el alma mia.

(57) Estas penas do solo muero ausente.

(58) Y no hieres ¡oh dolor de mi porfía!

(59) Y como el cisne muere en dulce canto,
Así acabo la vida en un suspiro.

(40) El tiempo que se alarga al mal extraño,
Y me muestra mis pasos bien contados.

(41) Que el oro, que me tiene en nuevo engaño.

(42) Sin valor á mis años malgastados.

(45) Si el oro es y las luces inmortales,
Y es eterno el valor y altivo intento.

(44) Y en las penas que á todos son mortales.

CANCION V.

De las mas ricas trenzas y hermosas
 Que ve de Febo el carro esclarecido
 Estoy ausente y solo en el desierto,
 Que á mis quejas responde con gemido;
 De las mas puras luces y amorosas
 Peno en mi soledad, de bien incierto,
 Rendido á dolor cierto;
 Ve aquellas hebras bellas
 Y suaves estrellas
 ¡Av tormento cruel! mi suerte dura
 Me aparta. ¿Quién en esta noche oscura
 Me llevará al cabello y luz serena,
 A cuya hermosura
 Mi alma en los despojos se condena?
 No son mas rutilantes y encendidos,
 Cuando salen mas rojos en el día,
 Los claros rayos de Titan luciente,
 Que son de la enemiga dulce mia
 Los hilos, ó enlazados ó esparcidos,
 Con que enriquece Amor la blanca frente,
 Donde tiene presente
 De fuerte red y estrecha
 Noble cadena hecha
 A la alma, que procura ser vencida,
 Y comportar sujeta y bien perdida
 La fuerza de los males que merece,
 Y en su cuitosa vida
 Crece el amor, y el desear mas crece.
 Las llamas que fulcan en el cielo,
 Con quien la noche sola se corona,
 De lumbrosas figuras esmaltada,
 Relazando en su frente una corona
 De cáldido esplendor, que ilustra el suelo,
 Vence mi luz, de puro ardor ornada,
 Do al impio niño agrada
 Establecer su gloria
 Vestrenar su vitoria,
 Y con fogosas flechas en la mano
 En ella muestra bien si es rey tirano;
 Y de fulgor hermoso al crispar tierno
 No deja pecho sano,
 Que cuanto mira, obliga á daño eterno.
 Cuanto crece la sombra y mengua el día,
 Me enciende el fuego al corazon cuidadoso,
 Y descubrir no puedo al dolor mio
 Remedio; que se esfuerza el mal penoso
 En esta miserable ausencia mia.
 Llora, y mis ojos vierten un gran rio,
 Que en el invierno frio
 El rigor de la nieve
 Disuelve en trecho breve;
 Mas de las luces blandas la terneza,
 Vigor florido y llama de belleza,
 Pudieran mitigar su fuerza ardiente,
 Si en esta mi tristeza
 No estuviera apartado y siempre ausente.
 ¡Ingrato amor, no dulce, amor amargo,
 ¿Con qué virtud me vales, que no muero,
 De mi dichosa Estrella no alumbrado?
 ¿A dó está el bien? ¿A dó el favor primero?
 ¿Qué tiempo de destierro es este largo?
 Los ojos, de mi todo enajenado,
 Vuelvo al lugar amado,
 Y en un tormento intenso
 Paso el día, y suspenso
 Gasto la noche en misero lamento,
 Y mi deseo, alzando el pensamiento,
 Inquieta si mi Luz pensosa yace
 Y si mi apartamiento
 Le duele y mi pasión le satisface.
 Mil cosas imagino que deseo;
 Hácelas verdaderas la esperanza,
 Último bien del amador mezquino.
 Doy crédito á mi vana confianza
 Para aquistar el fin de mi deseo.
 Ya corre el pensamiento sin camino
 Por el error continuo
 De mi antigua fortuna;
 Halla tal vez alguna
 Trazas de su dolor, y duda y huye;

Y el fingido contento se destruye;
 Y por el mesmo rastro que ha llevado
 Teme entrar, y rehuye,
 Tal vez de su peligro acobardado.
 ¿Qué podré yo, doliente, en tal extremo,
 Pues mi suerte á mis lastimas me inclina,
 Sino atender el mal que Amor me diere?
 Estoy dispuesto ya á mi pena indina,
 Y antes que reconozca el daño, temo,
 Porque ni el bien me venga ni lo espere;
 Y aunque cruel me hiere,
 No se dirá que quiera
 Rehúsar la carrera.
 Haga pues el dolor en mí su oficio,
 Y acabe ya aquel fiero su ejercicio;
 Que no podrá el tormento ser mas fuerte
 Que honrar en sacrificio
 Las aras de mi Lumbre con mi muerte;
 Solo permita, ya que muero ausente,
 Quejarme de mi afán al campo abierto,
 Primero que á la espada entregue el cuello
 Y al fuego abrasador el cuerpo muerto;
 Y mis pasadas glorias que reciente,
 Cuando el oro enlazado del cabello,
 Crespo, sutil y bello,
 En mi cerviz se puso,
 Y me enredó confuso;
 Y que escriba la causa de mi afrenta
 En esta arena estéril y sedienta;
 Y repitiendo de principio el daño,
 Haré que el bosque sienta,
 Y las fieras, la fuerza de mi engaño.
 Será el desierto y mi pesar testigo
 De mi liviana culpa y grave pena,
 Y cuán en vano, triste, me deshago,
 Porque es quien me atormenta y me condena,
 Tibia, mudable y áspera conmigo,
 Y no se causa en mi mortal estrago;
 Pero si el mal que pago
 Sin mi ofensa turbase
 Un día, y me llevase
 Mi Luz, y viese alegres yo sus ojos,
 Serian dulce gloria mis enojos;
 Y daria, por verme en tal estado,
 Entregar mis despojos
 Al olvido, á la ausencia y al cuidado.

SONETO XCIX.

En los lucientes nudos enlazado,
 Ufano yo sufría mi tormento,
 Y en llama dulce ardia y puro aliento,
 Cual ave arabia, en ella renovado.
 Creia en tales lazos anulado
 Se escondia el cruel que el mal que siento
 Causa de su cadena, tan contento
 Cuan sin memoria alguna en mi cuidado.
 Cuando los ricos cercos relazaron
 El oro terso, á la aura desparcido,
 Y quedé nuevamente asido en ellos,
 En los ramos que á suerte se enredaron
 Me abrasé, en vivo fuego convertido,
 Y amor se consumió en los ojos bellos.

C.

Sombra y vano terror del pensamiento
 Mi alma en un confuso error condena,
 Y aparece, de horror medroso llena,
 La sañosa aspereza que lamento.
 Desmaya en el silencio el sufrimiento,
 Y la ausencia ensandee mas la pena;
 Crece y arde el desden, y el miedo enfrena
 Las iras de un honrado sentimiento.
 Revuelvo en la inquieta fantasía
 Cosas que dan principio á mayor daño,
 Y no acierto el remedio en tal mudanza.
 ¿De qué sirve huir, si mi porfía
 Contrasta, asegurada de su engaño,
 Y abraza en el peligro á la esperanza?

CI.

¿Podrá ser que este afán indigno acabe,
Y que de mi debida gloria cobre
Un bien pequeño, y en mi mal me sobre
Razon con que tu nombre Amor, alabe?
Gran bien te pido, pero en mi bien cabe;
Mas cuando tu favor en mi mas obre,
La esperanza se halla ya tan pobre,
Que ni gozallo puede ya, ni sabe.
Si no valgo este bien, ¿á cuándo aguarda
Tu crueldad, que su furor no harta
En lo que mas me vale y me disculpa?
O muerte ó vida luego, que si tarda
Cualquiera, y tu dudanza no se aparta,
Será la dilacion la mayor culpa.

CII.

A Fernando de Cángas.

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento
Muchos dias dichoso, y si el turbado
Reino de amor no tiene fiel estado,
Entre los presos yo viví contento.
Después, por dar la vela al blando viento,
Cuando la luz del cielo se ha mostrado,
De aquel estrecho nudo desatado,
Espareí con el pié la llama al viento;
Mas la imagen de Amor airada y fiera
Siempre delante trae á mi enemiga,
Tal, que estoy á la orilla de Leteo.
Si muriendo pasare su ribera,
Escribase en mi mármol que huía,
Y que murió luchando mi deseo.

CIII.

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo
Del contino servicio de mis años?
¿Esta es la cierta fe de tus engaños?
¿De tus promesas este es el despojo?
¡Ay, qué bien yo merezco el mal que escojo,
Pues que cierro los ojos en mis daños,
Y huyo de tus claros desengaños,
Y contra mí tan sin razon me enojo!
Porque no debe un noble entendimiento
Tanto abatirse, que te dé el imperio,
Y de tí solo penda su esperanza.
Mas ¿qué, si yo amo y sigo mi tormento,
Y por la gloria abrazo el vituperio,
Y estimo por firmeza la mudanza?

CIV.

Aquel sagrado ardor que resplandece
En la belleza de la Aurora mia,
Mi espíritu moviendo, al pecho envía
La pura imagen que en mi alma crece.
En ella está fijada, y de allí ofrece
Al pecho su valor en compañía,
Y de sí misma efectos altos cria,
Con que mi ingenio y nombre se engrandece.
Vuelo tan alto, que con rayo fiero
O con ardiente sol fuera impedido
Si no me diera aliento mi Luz pura;
Mas, ya que muero como siempre espero,
Ni en mar seré ni en río sumergido;
Que el mundo me será la sepultura.

CV.

Temerario pintor, ¿por qué, di, en vano
Te cansas en mostrar la hermosura
De la excelsa Eliodora y la luz pura
Y el semblante amoroso y soberano?
Será trabajo el tuyo sobrehumano,
Que no debe esperar lo que procura;
Mas ¿cuándo ofreció el cielo tal ventura
Al rudo conseguir de mortal mano?
Si tú, muy confiado en la grandeza
De toda la beldad que espira en ella,
Osares descubrir alguna parte,

Pinta la mesma imagen de belleza;
Y si puede imitar las luces della,
Habrás llegado á perfeccion de la arte.

CVI.

Muestras de breve bien, que huye luego,
Antes que la ocasion vuelva la frente,
Fueron las que el Amor halló presente,
Con que mi alma ardió en su eterno fuego;
Pero glorias de un niño solo y ciego,
Que presto las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
Que no sabe qué es tiempo de sosiego?
Alcé mis esperanzas sobre arena,
Que el viento aparta y lleva sin concierto,
Y no temo los golpes de mudanza;
Cayeron, y el amor, por mayor pena,
Quedó en las altas nubes descubierto,
Con temor, y sin fuerza y conliauza.

ELEGIA XI.

Al desengaño (45).

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda
Do paso humano apenas está esculpido.
Procuró antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último occidente,
Llegar al fin desta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal, de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego
Que enciende mis entrañas me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta;
Y derriba con vuelo presuroso
Cuantos el hombre fabrica y cuanto planta.
¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
Oh grave confusion de nuestro yerro,
Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro
De cuanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna, en tantas penas que sostuve,
Puso merecimiento al amor mio
Cuando de merecer mas cerca estuve.
Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envío.
Tus mudanzas ¡oh tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo y levantan
Deste cansado peso, que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la utania,
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Cuántas cosas mostró el sereno día
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?
Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó, y en su ruina se postraron
Los muros de Micénas estlinada.
Las vencedoras llamas abrasaron

(45) Así Marchena intitula esta elegía.

Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.
El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano española, y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de occidente,
Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa, pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía y brazo fuerte
En cuanto cerca en uno y otro polo.
Tú, domador de toda humana gente,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio turco fiero,
Y del persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero
Arajes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo trace y medo caballero.
Osadas gentes, duras y sañosas
A la ambición, de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas,
Tenid en sangre el hierro, y el estrecho,
Paso abrid; ¡oh crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho;
No volvais la fiereza y brazo fuerte
Y el furor de la ira no vencida
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte;
Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud, que tanto fué temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata
Y no le da lugar; antes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura.
Bañado en noble sangre el africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Lejos Atlante, y Ávila cercano.
El impio Cimbrio osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡oh infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.
¡Oh cuánto en vano se ha expendido! Oh cuánto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto el que ve todo inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo,
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento.
¿Dó está la fe que á la real alteza
Debes? ¿A dó huyó de tu memoria,
A dó, la religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar vitoria
Contra Dios, contra el Rey? ¡Oh ciego intento,
Digno de vituperio, y no de gloria!
¡Oh cómo crias en tu pecho el fuego
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra ti España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho

Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos, y á mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Osó temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi ostinacion y desvario;
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.
¿Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su impetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi desseo,
Dejadme ya curar esta herida;
Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
Dichoso aquel á quien jamás inflama
Vano amor, ambicion y lo que adora,
Y teme el vulgo incierto siempre y ama.
Que el miedo y la esperanza engañadora,
Con gran pecho seguro y sossegado,
En todo trance doma, á cualquier hora;
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, paciente,
En todos los peligros no turbado;
Y no sufre en su pecho ni consiente
Que algun liviano afeto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente;
Antes mayor, mas glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va continuo,
Y cualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo, pero
Dispuesto si á seguille en su camino.
Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos,
Y pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre,
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo airado no bate al yerto asiento
Del elevado olimpo si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado;
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

SONETO CVIII.

A Baltasar de Escobar.

Esas columnas y arcos, grande muestra
Del antiguo valor, que admira el suelo,
Olvidad, Escobar; moved el vuelo
A la insigne y dichosa patria vuestra;
Que no menos alegre acá se muestra
O menos favorable el claro cielo,
Antes en dulce paz y sin recelo
Vida suave y ocio y suerte diestra.
No con menor grandeza y ufania
Que el generoso Tebro al mar Tirreno,
Béis honra al Océano pujante;
Mas si oye vuestra lira y armonia,
No temerá vencer, de gloria lleno,
La corriente del Nilo resonante.

CVIII.

¿Adónde me dejais al fin perdido,
Ingratas horas de mi bien pasado?

¿Por qué no llevais todo mi cuidado,
Y con favor tan corto mi sentido?
Nunca volvais del puesto conocido
A amancillar el corazon cuitado;
Torced antes el curso apresurado
A la oscura region del hondo olvido.
Corred, huid con alas presurosas,
Horas de mi dolor, y mi memoria
Arrebatad, el vuelo acelerando.
Si sois crueles tanto, envidiosas
Por usurpar la sombra de mi gloria,
Que á vosotras vais mismas acabando.

CIX.

Quien la luz de belleza amando adora,
Si quiere ver la vuestra, al sol dorado
Y al lucero de Vénus estimado
Mire, y la claridad de blanca aurora;
Los rayos que esparciendo muestra Flora,
De Diana el semblante venerado,
El valor, la grandeza, ingenio, estado
Y cuanto el sér humano en sí atesora;
Que en ellos vuestra alteza y hermosura
Verá, y la aurora y Flora y sol vencido,
Y rendirse el lucero con Diana;
Mas si hermosa, blanca la luz pura
Volveis, de casto amor dirá encendido,
Que sois toda inmortal y soberana.

CX.

Al mar desierto en el profundo estrecho
Entre las duras rocas con mi nave
Desnuda tras el canto voy suave
Que forzado me lleva á mi despecho.
Temerario deseo, incauto pecho,
A quien rendí de mi poder la llave,
Al peligro me entregan fiero y grave,
Sin que pueda apartarme del mal hecho.
Veo los huesos blanquear, y siento
El triste son de la engañada gente,
Y vercer de las ondas el bramido.
Huir no puedo ya mi perdimiento;
Que no me da lugar el mal presente,
Ni osar me vale en el temor perdido.

CXI.

Estoy pensando en mi dolor presente,
Y procuro remedio al mal instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que á cualquier ocasion vuelvo la frente.
Cuando me aparto y pienso estar ausente,
De mi peligro estoy menos distante;
Siempre voy con mis yerros adelante,
Sin que de tantos daños escarmiente.
Noble vergüenza del valor perdido,
¿Por qué no abrasas este frio pecho,
Y deshaces mi ciego desvario?
Si tú me sacas de este error de olvido,
Podré decir, en honra de este hecho,
Que solo debo á ti poder ser mio.

CXII.

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
Tú, monte y bosque de árboles hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado;
Bétis, con puras ondas enlazado
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,
Pues eres de mi Aglaya visitado!
Siempre tendréis perpetua primavera,
Y del Elisio campo tiernas flores,
Si os viere el resplandor de la luz mia.
Ni estéril hielo ó sopro crudo os hiera;
Antes Vénus, las Gracias, los Amores
Os miren, y en vos reine la alegría.

CXIII.

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,
Que el desmayado corazon doliente

Ve el grave mal que mas temió, presente,
Y no cuida rendirse al triste hecho.
Ostinada porfia esfuerza el pecho,
Y vence endurecido este accidente;
Honra es, y no es valor, quien no consiento
Que el mal tejido nudo esté deshecho.
Vos, que con generoso y alto vuelo
Alzais alegre el noble y dulce canto,
Libre de este amoroso sentimiento,
Herid la lira, y dad algun consuelo
A mi pena y afán antes que el llanto
Ultimo ponga fin á mi tormento.

ELEGIA XII.

Por el seguido paso de mi gloria
Amor me llevó triste y lastimado
A perder con la vida la memoria.
Allí se renovó mi bien pasado,
Los dichosos lugares de esperanza,
El tiempo de mis premios engañado.
Desfalleció mi alma en la mudanza,
Y rehuyó seguir por el camino
Que le dió en otro estado confianza.
Vió su presente suerte y su destino,
Y el mal que la afligia no apartarse
Del bien, que ausente causa afán continuo.
Allí sintió sus fuerzas acabarse,
Y como sabidora de su daño,
En la ocasion que tiene repararse.
Mas ¿qué pudiera al fin contra el engaño
De amor, aunque excusara su presencia,
Si la trajo á perder su error extraño?
Si yo no me valia con la ausencia,
¿Cómo podia verme defendido
Presente y sin hacelle resistencia?
Por no usado tormento estoy rendido,
Y por usado mal sufro y espero,
Si puede ser, hallarme mas vencido;
Mas luego torno á ver mi dolor fiero,
Y conozco su impetu y braveza,
Y huyo y vuelvo á él, y con él muero.
Helado fué mi pecho, de aspereza
Se vistió en otros años por bien mio,
No se abatió al regalo y la terneza.
Lleno de noble ardor y osado brio,
Seguro se hallaba y confiado,
Juzgando el dulce bien por desvario.
Viviera yo contento en tal estado
Si no viera la luz resplandeciente
Que encendió el corazon en fuego airado.
En lazos de oro y ámbar que su frente
Ufanos esmaltaban, dió á mi cuello
El yugo, que padece mansamente.
Ni desatallo pude ni rompello,
Ni pude desdeñar el duro imperio;
Que me perdió mi mal para querello.
Estoy en un estrecho cautiverio,
Ya sin algun valor, y en mi tormento
Descubre siempre Amor nuevo misterio.
Ahora, que reciente el daño siento
Con la memoria dulcemente amarga,
Busco alguna ocasion al sufrimiento.
Mas esta del dolor pesada carga
Las fuerzas enflaquece, y mi deseo.
Para crecer mas pena, el vuelo alarga.
Bien puede mi impio rey alzar trofeo
Solo de mis miserias, pues me lleva
Donde mayor afrenta siempre veo.
Si desease yo segunda prueba
De mis pasadas glorias, cobraría
Esfuerzo en el afán, que se renueva;
Mas ya no tengo fuerza ni osadia
Para sufrir presente el bien incierto,
Ni me contentan casos de alegría.
Moriré solo, ausente en el desierto,
O ante mi soberana luz presente,
Si primero que llegue no soy muerto.
Pero temo que la aura se presente
Del favor que tenia, y se deshaga
Mi triste confianza vanamente.
Amor estas mis deudas tan mal paga,

Que no pretendo premio, y solo quiero
Que de mi voluntad se satisfaga.

Promesa fué de muerte el bien primero,
Y yo la consentí, y con la mudanza
Muerte será por bien el mal postrero,
Pues niego á mis trabajos la esperanza.

SONETO CXIV.

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
Con dulce flecha un corazón cuitado,
Y que para encender mortal cuitado,
Sus fuerzas á las mías opusieron (46).

Yo vi que muchas veces prometieron
Remedio al mal que sufro, no cansado,
Y que cuando me vi en mejor estado,
Poco mis conlanzas me valieron (47).

Yo veo que se ascenden ya mis ojos
Y crece mi dolor, y llevo, ausente,
En el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse mis despojos
Y el caro premio de mi bien presente (48),
Y en ciego engaño de esperanza muero.

CXV.

Llegado al fin del cierto desengaño,
¿Qué debo hacer mas en mi tormento,
Sino mostrar al ciego entendimiento
El error de su curso, siempre extraño?

Desespero, no temo ya algun daño,
Huyo, osando en el mal mi perdimiento;
Y aunque no gusto bien el bien que siento,
Iluelgo hallarme libre de mi engaño.

Mas todo es vanidad, todo es braveza
De estos mis pensamientos desvalidos,
Que con cualquier favor harán mudanza.

Mal excusar ya puedo mi flaqueza
Si amor á mis mejores dos sentidos
Promete viva lumbre de esperanza.

CXVI.

Yo voy; oh bello sol del alma mia!
Buscando el nuevo ardor del sol luciente,
Porque desamparado el ocidente,
Vuestro esplendor no veo y mi alegría.

Podré decir que voy en noche fría
Por donde humano paso no se siente;
Mas llévame el osado amor presente,
Pensando que á nacerme torna el día.

Encubrense las luces que aparecen,
Cuando en ellas humilde á vos me inclino,
Y el oriente tardo se me aparta;

Que las vuestras en l'pal resplandecen,
Y la tersa corona de oro fino,
Do procuro que el cuerpo á veros parta.

CXVII.

La falda y el tendido yerto lado
Del abrasado Etna, á do suspira

Del peso opreso, y con furor respira
El espantoso Encélado inflamado,

Con yerba y verdes árboles ornado
Florece, y todo el fuego que con ira
Resonando su cumbre excelsa espira,
No ofende al fresco sitio variado;

Mas el cruel incendio de mi pecho
Consume, aunque pequeña, si aparece
La flor de la esperanza incierta mia.

Ardo todo, y en fuego al fin deshecho,
Me rehago en su llama, y siempre crece
Con el ardor la fuerza y la porfía.

(46) Yo vi unos ojos bellos, que hirieron
Con dulce flecha un corazón cuitado,
Y que para encender nuevo cuitado,
Su fuerza toda contra mí pusieron.

(47) Y que cuando esperé vello acabado,
Poco mis esperanzas me valieron.

(48) Y la memoria de mi bien presente.

CXVIII.

La red, la hacha, la cadena, el dardo
Que en el bello esplendor alegre vco
De mi luz, al Amor dieron trofeo,
Y al fuego me llevaron en que ardo.

A presa tan veloz jamás el pardo
Saltó como el cruel á mi deseo;
Yo resistí en mi ofensa, y no deseo
Ser ya contra sus fuerzas mas gallardo.

El orgullo, el desden, el libre pecho
Y ufanas esperanzas de vitoria
Son vergüenza del daño que consiento.

Tan sujeto y sin gloria alguna y hecho
Estoy, por mi dolor, en mi tormento,
Que solo reina el mal en mi memoria.

CXIX.

Si Amor el generoso y dulce aliento
En mi rendido pecho ardiendo inspira,
Yo ufano ensalzare con noble lira
La hermosa ocasion de mi tormento.

Aquel que en tierno y nuevo y alto acento
Celebró el verde lauro en quien espira
Erato, y á quien sigue, honra y admira
De Italia bella el docto ayuntamiento,

Oiría en el puro Elisio prado

Entre felices almas la armonía

Que llevaría deleitosa la aura,

Y diría, del canto arrebatado:

«O es esta la suave lira mia,
O Bétis, cual mi Sorgia, tiene á Laura.»

CXX.

Rojosol, que con hacha luminosa

Coloras el purpúreo y alto cielo,

¿Hallaste tal belleza en todo el suelo

Que iguale á mi serena luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa,

Que nos halagas con tu fresco vuelo,

Cuando el oro descubre y rico velo

Mi luz, ¿trenza tocaste mas hermosa? (49).

Luna, honor de la noche, ilustre coro

De los errantes astros y lijados (50),

¿Consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, aura, luna, luces de oro,

¿Oísteis mis dolores nunca usados? (51),

¿Visteis luz mas ingrata á mis querellas?

CXXI.

Hebras que Amor purpura con el oro,

En inmortal ambrosia rociado,

Tanto mi gloria sois y mi cuitado,

Cuanto de él solo sois mayor tesoro.

Vos, que los bellos astros y alto coro

Ornaís, mis luces, de esplendor sagrado,

Cuanto el impio es por vos mas estimado,

Tanto vos homo humilde y vos adoro.

Ardientes rosas, perlas de Oriente,

Marfil vivo y angélica armonía,

Cuanto vos miro mas, tanto me inflamo;

Y por vos cuanta pena la alma siente,

Tanto es mayor valor y gloria mia,

Y tanto temo mas, cuanto mas amo.

CXXII.

El bello nombre quiere Amor que cante

De mi Luz, por do en propia ó tierra ajena

Nunca otro español pié imprimió la arena,

Siguiendo Cintia y Delia á vuestro amante.

Seré el primero osado que levante

La humilde voz do el Betis grande sueña,

Y que las flores coja á mano llena

Del rico huerto nuestro y abundante.

Vos, á quien de Cefiso, Eurota, Ismeno

Las dulces ondas bañan, y del Tebro,

Oid mi canto y dad á Amor la gloria;

(49) Cuando se cubre del dorado velo.

(50) De las errantes lumbres y lijadas.

(51) Sol puro, aura, luna, llamas de oro,
¿Oísteis vos mis penas nunca usadas?

Porque admirando el esplendor sereno
De mi Luz, ni al Eridano ni al Ebro
Pensaréis honrar con la victoria.

CXXIII.

Al puro ardor que vibran mis estrellas,
Do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego,
Siente abierto mi pecho el daño luego,
Apurando mi alma en sus centellas.

Cruelles, aunque siempre luces bellas,
Que no me sufren consentir sosiego;
Y es el mal que herido y preso y ciego,
La pena es galardón que nace de ellas.

Si algún lugar me finca de esperanza,
Es para padecer, y en dura suerte
Nueva ocasión presente á mis enojos.

Tal me tiene este ingrato en viva muerte,
Que puedo ya decir sin confianza:
«Amor para mi error cerró los ojos.»

CXXIV.

Puede oponerse, osando, mi cuidado
Con razón al rigor del amor fiero,
Y de este afán en que penando muero
Buscar tarde el remedio no hallado.

Puede traer la culpa del pasado
Error, y del presente y del que espero,
Y darme á conocer que sigo y quiero
Y amo mi perdición mas ostinado.

Y no podrá romper el nudo estrecho
Ni aliviar la cerviz del grave peso;
Que tal valor su vil temor no encierra.

Solo me muestra el mal al fin del hecho,
Y aconseja que huya estando preso,
Porque me haga el impio mayor guerra.

CXXV.

¡Oh cómo vuela en alto mi deseo,
Sin que de su osadía el premio tema (1);
Que ya las puntas de sus alas quema,
Donde ningún remedio al triste veo!

Que mal podrá alabarse del trofeo
Si cae, estando ufano, en la suprema
Parte del fuego, en esta banda extrema,
Y acaba con su error y devaneo (2).

Debía en mi fortuna ser ejemplo
Dédalo, no aquel joven atrevido
Que houró el mar con la gloria de su nombre (3);

Mas ya tarde mis lástimas contemplo;
Si porque osé yo muero al fin perdido,
Jamás empresa igual osó algún hombre (4).

CXXVI.

Cual planta que pidiendo el alto cielo,
Muestra el verde remate y la belleza,
Y del sonante rayo la braveza

La arroja con estruendo rota al suelo;
Tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo;
Mas de vuestro desden cruel dureza
Sin gloria la derriba con tristeza
Cuando menos debía á su recelo.

La aura que de Favonio blando espira
No concede, indignado, á la alma mia
Amor, que no se harta de mi daño.

Rendido al desamor y á vuestra ira,
Sufro desesperado con porfía
De mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

- (1) Sin que de su osadía el mal fin tema.
(2) Si estando ufano en la region suprema
Del fuego ardiente en esta banda extrema,
Cae por su siniestro devaneo.
(3) Que dió al ceruleo piélago su nombre.
(4) Pero si muero porque osé, perdido,
Jamás á igual empresa osó algún hombre.

CXXVII.

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,
Mal grado de tu saña, Amor tirano,
Librarme, y fué mi pensamiento vano;
Que tú no me sufriste algún sosiego.
Tenté de tus engaños, rudo y ciego,
Escaparme, y huyendo en campo llano,
Vine á caer ¡oh misero! en tu mano,
Que tarde se conmueve á tierno ruego.
¡Cuánto, decia entonces, fortunado
Es quien se te defiende, Señor fiero!
Mas ¿quién, fiero Señor, se te defiende?
¡Ay! que todo es esfuerzo imaginado;
Que tu fuerza deshace al fuerte acero,
Y tu ingenio al mas cauto engaña y prende.

CXXVIII.

Do el mauritano ponto fiero baña
De la soberbia Argel el fuerte muro,
El cielo con terror y horror oscuro
Amenazó la muerte á toda España.
Bramaba el mar, ardiendo en ira extraña;
Bramando ardía airado el mar perjuro;
Solo en tanto pavor domó seguro
César del hado adverso la impia saña.
El piélago y aliento embavecido
Abatieron su ímpetu indignado,
Y respiró el medroso libio suelo.
Vé alegre, corazón nunca vencido;
Que la victoria no te impide el hado,
Ni el viento y mar cruel; mas todo el ciclo.

CXXIX.

Si en mano del Amor yo puse el freno
De esta mi voluntad, no bien sujeta,
¿De qué me espanto pues que se prometa
Traerme tan rendido y siempre ajeno?

Tarde llego al remedio; que el veneno
Cruel destiempla el pecho con secreta
Virtud; no es justo ya en edad perfeta
Andar lleno de afán, de afrenta lleno.

Pueda abrir la razón la niebla oscura,
Y ose romper por esta selva espesa,
Que mil buenos deseos embaraza
Bura resolución, mas bien segura;
Que quien teme el trabajo, y lento cesa,
El premio de la gloria en vano abraza.

ELEGIA XIII.

En este bosque frío, que sostiene
Mi cítara, en el sauce levantada,
Mas pena de mi triste amor no suene.

Cébro la aura blanda y sosegada
Aparte de las cuerdas que heria
Con armonía dulce y regalada;

Que la serena Luz de la alma mia
Cubre sus bellos rayos á mis ojos,
Y del favor que tuve la alegría.

Vencen el sufrimiento mis enojos,
Porque tengo en mis cuitas tierno pecho,
No usado á caminar por los abrojos.

Ya no espero mudanza al daño hecho;
Que amor, fortuna y mi luciente Estrella
Me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.

Cual del fuego se informa la centella,
Procede mi dolor del amor mio,
Y el luengo afán de mi mortal querella.
Sigo un error y sigo un desvario
Por el confuso rastro de mi vida,
Y aunque alcanzo mi engaño, en él porfio.

¿Cómo podré esta suerte aborrecida
Huir? Cómo podrá el cansado cuello
Sacudir esta carga desabrida?

Un blando hilo de un sutil cabello
En un lazo lo aflige apremiado,
Sin que pueda quebrarlo ó deshacerlo.
Si fuera con acero fabricado,
O en terribles cadenas gravemente
De hierro duro y rígido labrado,
Segun el corazón la pena siente,

Poco era quebrantallo entre los brazos,
 Roto con fuerza airada y saña ardiente;
 Y el esparcido peso en mil pedazos
 Mostrara el indignado sentimiento,
 Embiesto y libre el cuello de embarazos;
 Mas ¡ay! que da este áspero tormento
 Del amoroso yugo que sostengo,
 Lugar, sin que se rompa, al movimiento.
 Y cuando pienso, triste, que el bien tengo,
 El cuello hallo atado al mismo instante,
 Y de nuevo á sufrir mis ansias vengo.

Ojos, rayos de amor, fulgor crispante
 De mi alma abrasada en su veneno,
 Oid esto que dice un pobre amaute.
 Belleza inmensa y puro ardor sereno
 Do Amor su flecha, el polo sus estrellas
 Tiempla, y baña de honor y gloria lleno;
 La ilustre claridad de esas centellas
 Me inclina al fuego, y su vigor inflama
 Mi pecho en las celestes luces bellas.

Nunca tocado fui de ajena llama,
 Ni de semblante dulce fui vencido;
 Que el vuestro la beldad mayor desama.

Soporté mi mal siempre, no rendido,
 Subiendo á do no llega otra ventura,
 Y no esperé el favor jamás debido.

Ni ardiente sol ni fria noche oscura,
 Ni peligros que turban la osadía
 Me impidieron mirar vuestra luz pura.

Solo fué mi regalo y mi alegría,
 Con sujecion de la alma venerada,
 Cuanto pudo sufrir la suerte mia.

¿Qué cosa vos dijisteis que admirada
 De mi no fuese? Qué memoria angusta
 Pudo ser con mas honra celebrada?

Ahora, que en mi pena gloria justa
 Yo atendia por premio á mi firmeza,
 Que de vos no presumo cosa injusta,

En esta soledad de mi tristeza,
 Do me olvidais ausente, se dilata,
 Probando en mil contrastes, mi flaqueza.

¡Ay cuánto de mis bienes desbarata
 Esta grave mudanza! ¡Cuánto siente
 La alma, que en daño tal amor maltrata!

Triste aquel que sus lástimas consiente,
 Y ve herir su pecho rayos de ira,
 Y está siempre á su agravio obediente.

Como el que en alto y bravo mar suspira,
 Temiendo con pavor el furor crudo,
 Y mustio el cielo oscuro en torno mira,

El rauda soplo de Aquilon desnudo
 El horror le presenta de la muerte,
 Cuyo golpe atraviesa el duro escudo;

Así yo, del desden sañudo y fuerte
 En el golfo de olvido enajenado,
 Temo el último trance de mi suerte:

El cielo, antes quieto y sossegado
 Turbar veo, y trocarse en hielo frio
 Blando espíritu del céliro templado.

Crece con mi lamento el grande rio,
 Y corre entre estas peñas espumoso,
 Llevando al sacro Océano el mal mio.

Un tiempo, ledo en él y venturoso,
 Canté la gloria ufana de mi llanto
 Con lira y verso humilde y piadoso.

Bétis apareció con fresco manto
 De verdes hojas, y escuchóme atento,
 Y agradó á Galatea el vario canto.

Entonces con dichoso y noble aliento
 Crinó mi frente el árbol de victoria,
 Y di en mi patria á amor primero asiento.

Mas ¿para qué refiero yo la historia
 De mis daños, pues hacen mis despojos
 Indignos de caber en su memoria?

¡Ay mis bellos, floridos, dulces ojos!
 No vos cansé si al fin saber deseo
 Por qué vos placen tanto mis enojos;

Que el singular honor de mi trofeo
 Perdeis con tales hechos, y no debo
 Padecer la esperanza del deseo.

No soy en vuestro amor, mis luces, nuevo;
 Que dende que nací me dió por pena

Mi impio rey el afán que ausente llevo.

Puso á mi cuello preso una cadena,
 Para señal de aquella que arrastrando
 Con mi vergüenza y confusion resuena.
 No sabia su fuerza, aunque penando
 Andaba en esta prueba amarga mia,
 Mi futura pasión pronosticando,

Hasta que en el alegre y triste dia
 De mi bien y mi mal crecer presente
 Vi mi ardor en la nieve vuestra fria.

Resplandeció en mis ojos dulcemente,
 Cual lucido relámpago vibrado,
 Pura vislumbre de un vigor luciente.

El error descubrió y dolor pasado,
 Incierta y rudamente padecido,
 Que siento con mas fuerza renovado.

El soldado en la guerra envejecido
 Del trabajo y horror del duro Marte
 Descansa con el premio merecido;

Yo, abrazando de Amor el estandarte,
 Traigo roto el pavés, cortado el pecho,
 Atravesado de una y otra parte;

De espantosas heridas ya deshecho,
 Que abiertas con peligro y rigor fiero,
 Me arrojaron corriendo al mismo estrecho.

Y cual si mármol fuera, ó fuera acero,
 Tal desdeñoso y áspero me trata
 Semblante blando y corazon severo.

Pues mi fatal Estrella me es ingrata,
 Lo que esperar se debe de mi daño
 Es no temer, porque el temor me mata;

Que mas vale esforzarme en el engaño,
 Y no rendirme á un simple movimiento,
 Y juzgarme en la pena por extraño;

Que con esto, si puedo, mi tormento
 Será menos terrible; y si no basta,
 Al fin acabaráse el sufrimiento

Con la vida, que opuesta al mal contrasta.

SONETO CXXX.

Grande fué, aunque infelice, tu osadía,
 Que por guiar ¡oh hijo de Climene!
 El carro en que gobierna solo y tiene
 Febo el vivo esplendor que ilustra el dia.

Del fiero rayo muerto en yerta via,
 Eridano en sus ondas te sostiene;
 Glorioso sepulcro, cual conviene
 A tu alto corazon y á tu porfia.

Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,
 Y de mi sol regir los cerros de oro,
 Dichoso Automedon, con diestra suerte,
 Cai, abierto el pecho, de la cumbre,
 Y perdi, no la vida, el bien que lloro;
 Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

CXXXI.

El corazon huido busco y llamo;
 El do el rigor esfuerza el duro hielo
 Entra, y sin miedo pisa estéril suelo;
 Yo, esquivando el dolor, mis males amo.

Las lágrimas y quejas que derramo
 No vencen su porfia, y sin recelo
 Allí se pierde, y no osa alzar el vuelo,
 Y su ostinado error al fin desamo.

No porque tema ya peligro alguno;
 Que no doy mas lugar á miedo cierto,
 Ni admito en tanto afán remedio vano;

Mas porque es poquedad ser importuno
 A un lento pecho, y ser mas precio muerto
 Que esperar la salud de ingrata mano.

CXXXII.

Amor, si el fuego en quien inunda el pecho,
 Que mal puede contibar la fria nieve,
 Con tus alas avivas, muerto en breve
 Será tu ardor, y el corazon deshecho.

Procura, en esta llama satisfecho,
 Que sin cesar en mi su fuerza pruebe,
 Porque del mal mi alma el premio lleve,
 Causando el daño luengo algun provecho.

Este suave incendio me sustenta,
Y consagra en honor de mi Luz pura
Mis entrañas, que crecen apuradas.
Dichoso el corazón á quien alienta
Tal virtud, que engrandee con ventura
La gloria de mis penas renovadas.

CXXXIII.

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente
Toear mi pecho, y nunca ser vencido
De oro podrá, en madejas esparcido,
Con gloria de otra ilustre y bella frente;
Que vuestra luz, do yace Amor presente,
Tiene, y el rico cerco recogido,
Mi cuello y pecho preso y mal herido,
Y dulcemente el yugo y fuego siente.
Nací yo destinado á vuestra llama,
Amor me dió valor para mi muerte,
Y pago, amando á vos, la deuda nuestra.
Volando voy do el ciego ardor me inflama,
Cual va á su fuerza el cielo, y es mi suerte
En vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

CXXXIV.

La llama crece y arde, y crece luego
El dolor que mi gloria y bien deshace;
El pecho exhala todo, y se rehace,
Cual Ticio, sin hallar algún sosiego.
No sé dó alienta Amor, do esfuerza el fuego,
Ni de qué pena ya se satisfice;
Mal me quejo del daño que me hace,
Si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.
Felice Meleagro, cuya muerte
Gastó su ardiente bado; mas yo veo
Que renace mi vida en el tormento.
No huyo la aspereza de mi suerte,
Aunque si por la causa la deseo,
La temo por el fiero mal que siento.

CXXXV.

Regando enciendo todo, ardiendo baño
Con triste humor, prolijo, el campo abierto,
Y mi afán canso, y lloro sin concierto,
Y el llanto con suspiros acompaño.
Esperanza y razón mi injusto daño
Causa; esta y aquella al fin desierto
Me tienen de salud, y tan incierto,
Que con el bien y con el mal me engaño.
Voy como sombra pálida, y cuitoso
Doy gemidos, y asombro el bosque oscuro,
Que tarde en lisa y honda voz responde.
En tanta confusion, do estoy medroso,
Una luz se me ofrece y ardor puro
Distante, pero cerca se me asconde.

ELEGIA XIV.

Yo siempre culparé los ojos míos,
Que, enemigos del ocio de mi vida,
Siguiéron de mi error los desvarios.
Por ellos llama tal fué despedida
Al corazón, que ardiendo en las entrañas,
Crece, con nuevo impetu encendida.
Todo el valor de Amor y sus hazañas,
Su bien, su mal, su gloria y su tormento,
Eran á mi memoria muy extrañas;
Mas cuando con un tierno sentimiento
En mi sus rayos descubrí mi Estrella,
Y mis daños honró mi sufrimiento,
Conoci su poder y mi querella,
Y el temor que me aflige no apartado,
Y no me dolió arder en su centella.
Dulce me era el dolor, caro el cuidado,
Dichosa la membranza de mi pena,
Ledo el tiempo lloroso de mi estado.
Aquel bello esplendor de luz serena
Me miró blandamente de su alteza,
Y la culpa admitió que me condena.
El bien que cabe en la mortal flaqueza
(¿Dirélo, ó no?) me dió, si se consiente,
Que ose yo pensar tanta grandeza;

Porque sufre que abrase mi doliente
Pecho su llama, y suelto el torpe frío,
Lo afine siempre en su vigor presente.
Mas ¿este, qué me vale esfuerzo mío,
Si muero en soledad, y si mis ojos
Son causa del engaño en que porfio?
Tiranos de mi gloria y mis despojos,
Que los llevais do esperan ser perdidos,
Llorad, si por vos peno, mis enojos.
El uso y la virtud de mis sentidos
Vos ocupasteis todos en mi muerte,
Sin ser á mi remedio consentidos.
La vida vence al fin el riesgo fuerte,
Y vos, como si hubierades victoria,
Este daño escogéis por mejor suerte.
Si visteis y gozasteis de la gloria,
Si ufanos abrazais el bien primero,
Perded ya con la vista la memoria.

Estoy tal, que otro bien de Amor no espero;
Y vos no lo esperéis, pues tarde entiendo
En mi mal, que es á todos el postrero.
Aborrezco el lugar do estoy muriendo;
Ved cuán corta firmeza es esta mía,
Porque ante de mi Luz no espiro ardiendo.
Sandeces de amorosa fantasía
Son estas, que me traen en dudanza,
Ausente, con temor, sin alegría.
Mis ojos, poco debo á la esperanza
Si me duelo de vos, y temo, ajeno
De cuita, en mis dolores la mudanza.
Y aunque en mi soledad con ansia peno,
Nunca veré al Amor tan mi enemigo,
Que no juzgue mi afán por justo y bueno.
La noche, que me escucha lo que digo,
Y el cielo, de sus astros esparcido,
Será de este mi crédito testigo.
Los ojos que hué un tiempo aborrecido
Por ser principio al mal de mi deseo,
Donde quedé á mis lástimas rendido,
Mas dulces que la vida que poseo
Son, y á mi gloria vienen tan iguales,
Que al mérito el dolor ceder no creo.
Y aunque lleve victoria de mis males
La que el progreso rompe al curso humano,
Serán en mi sus bienes inmortales.
Y porque jamás esto salga en vano,
Ante mi Lumbre alirma el amor puro
Que nunca en bien tan alto y soberano
Otro felice amante vió seguro.

SONETO CXXXVI.

Verto y doblado monte, y tú, luciente
Río, de mi zampoña conocido
Cuando de los pastores el gemido
Canté, y mi mal, con citara doliente,
Si en vuestra cima siempre y pura fuente (5)
Se escucha el son de mi dolor crecido,
Y si por el camino que han seguido
Su afán otros llorando, voy presente (6),
Una Luz bella es causa, y un honesto
Semblante, que tentar en canto osara
La origen y orden firme de las cosas.
Del curso eterno es en sazón dispuesto
Todo; espero (la edad si no es avara) (7)
Mostrar cuán varias son y cuán hermosas.

CXXXVII.

A Martin R. de Arellano.

Dura por mí fué al Tajo tu partida,
Dejando solo el Bétis, Arellano,
Y en llanto me obligó y dolor insano
Tu ausencia, de mi siempre aborrecida.

- (5) Si nunca en vuestra cima y pura frente,
De oír se deja un dolor crecido.
(6) Otros su afán llorando, voy presente.
(7) Dos bellos ojos y un semblante honesto
Son causa que cantar bien deseara
El principio y los fines de las cosas;
El tiempo á todo pone en ser perfecto;
Espero pues, si me es la edad no avara.

Tú sabes que esparció á mi triste vida
 Afan el cielo y cuita en larga mano,
 Y en mi mal dulce amigo eras y hermano,
 Y no hay quien me consuele ya en tu ida.
 Iliríome liera el pecho mi Luz bella,
 Y se escondió á mi vista, y con ardiente
 Fuego á la alma abrasó, en su mal envuelta;
 Y tú, que eras descauso á mi querella,
 Te vas en tanto, sin dejar presente
 Una incierta esperanza de tu vuelta.

CXXXVIII.

Canso la vida, y siempre espero un día (8)
 De fingido placer; huyen los años,
 Y nacen de ellos mil sabrosos daños,
 Que esfuerzan el error de mi porfía.
 Son, por do salir pienso á mi alegría,
 Tan inciertos los pasos, tan extraños,
 Que rematan el curso en mis engaños (9),
 Y de ellos vuelvo á comenzar la vía.
 Descubro en el principio otra esperanza,
 Si no mayor, igual á la pasada,
 Y en el mismo deseo persevero;
 Mas torno sin cesar á la mudanza (10)
 De la suerte, en mi daño conjurada,
 Y esperando el fin cierto, desespero (11).

CXXXIX.

Estos ojos, no hartos de su llanto,
 Que á tan estrecha suerte me han traido,
 Lloren sin descansar el bien perdido,
 Si lágrimas prolijas valen tanto;
 Que cuando mi dolor subiere cuanto
 Debe al mal y al amor, en lento olvido
 Solo, á la ira y al desden rendido,
 Cual cisne espiraré en funesto canto.
 Y este cielo, enseñado á mi lamento,
 Podrá llevar por este campo abierto
 Mi voz triste á la causa de mi daño;
 Porque yo oso esperar que mi tormento,
 Pues es venganza indigna contra un muerto,
 O venza ó junto acabe con mi daño.

CXL.

Si tiene á do reináis, mi pura Estrella,
 Lugar la fe, en la pena que consiento
 Mostrad algún pequeño sentimiento
 Y el premio vendrá á ser que espero de ella;
 Pero si vos quereis que pierda en ella
 Este bien, acabad con mi tormento;
 Que á quien daña el valor del pensamiento
 No es justo permitais vivir con ella.
 Y si estas obras, de afición ausente,
 En vuestra voluntad tal vez la gloria
 Gozan que se concede al venturoso,
 Aquí do estoy diré que estoy presente,
 Y que mas vale el mal de mi memoria
 Que el bien que causa ajeno amor dichoso.

CXLI.

Dulces contentos míos ya pasados,
 Que sostuve en error de mi esperanza,
 Lo que vuestro recuerdo mas alcanza
 Es dolor de mis días mal gastados;
 Porque, envuelto en deseos y cuidados,
 Me consumo llorando la mudanza,
 Y Amor, que reconoce su venganza,
 Mis daños me descubre renovados.
 ¿Qué puedo yo si ausente me condeno,
 Sino solo al olvido y niebla fría
 Esta memoria ingrata rendir muerta?
 Mas ¡ay! que tiene el corazón, ajeno
 De bien, presente siempre la Luz mía,
 Y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

Al señor don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de las Alpujarras.

Cuando con resonante
 Rayo y furor del brazo impetuoso (12)
 A Encelado arrogante
 Júpiter poderoso
 Despeñó airado en Etna cavernoso (13);
 Y la vencida tierra,
 A su imperio rebelde quebrantada (14),
 Desamparó la guerra
 Por la sangrienta espada
 De Marte, aun con mil muertes no domada (15);
 En el sereno polo
 Con la suave cítara presente
 Cantó el crinado Apolo
 Entonces dulcemente (16),
 Y en oro y lauro coronó su frente.
 La canora armonía
 Suspendía de dioses el senado (17);
 Y el cielo, que movía
 Su curso arrebatado,
 El vuelo reprimía enajenado (18).
 Halagaba el sonido
 Al piélago sañudo, al raudó viento (19)
 Su fragor encogido (20),
 Y con divino aliento
 Las musas consonaban á su intento.
 Cantaba la vitoria
 Del ejército etéreo, y fortaleza (21)
 Que engrandeció su gloria,
 El horror y aspereza
 De la titania estirpe, y su fiereza;
 De Pálas atenea
 El gorgóneo terror, la ardiente lanza,
 Del rey de la onda egea (22)
 La indómita pujanza,
 Y del hercúleo brazo la venganza.
 Mas del histonio Marte
 Hizo en grande alabanza luenga muestra,
 Cantando fuerza y arte
 De aquella armada diestra
 Que á la flegría bueste fué siniestra (23).
 «A tí, decía, escudo,
 A tí, del cielo esfuerzo generoso (24),

- (12) Rayo y furor del brazo poderoso.
 (13) Júpiter poderoso
 En Etna despeñó vitorioso.
 (14) A su imperio sujeta y condenada.
 (15) De Marte, con mil muertes no domada.
 (16) En la celeste cumbre
 Es fama que con dulce voz presente
 Febo, autor de la lumbré,
 Cantó suavemente,
 Revuelto en oro la enerespada frente.

En el verso del texto cometió HERRERA la figura *enlyndis*, poco usada por nuestros poetas, diciendo *en oro y lauro* en vez de *en lauro de oro*, á semejanza de Virgilio, que escribió:

Paterisque libamus et auro.

- (17) La sonora armonía
 Suspende atento al inmortal senado.
 (18) Se reparaba, al canto consagrado.
 (19) Al alto y bravo mar y airado viento.
 (20) Su furor encogido.
 (21) Del cielo y el horror y la aspereza
 Que les dió mayor gloria,
 Temiendo la cruceza
 De la titania estirpe, y su bruteza.
 (22) Cantaba el rayo fiero,
 Y de Minerva la vibrada lanza,
 Del rey del mar ligero
 La temible pujanza.
 (23) Mas del sangriento Marte
 Las fuerzas alabo y desnuda espada,
 Y la braveza y arte
 De aquella diestra armada
 Cuya furia fué en Flegría lamentada.
 (24) A tí, valor del cielo poderoso.

- (8) Como la vida en esperar un día.
 (9) Que al fin van á acabarse en mis engaños.
 (10) Mas luego torno á la comun mudanza.
 (11) Y esperando continuo, desespero.

Poner temor no pudo
 El escuadron sañoso,
 Con sierpes enroscadas espantoso (25).
 »Tú solo á Oromedonte
 Trajiste al hierro agudo de la muerte (26)
 Junto al doblado monte,
 Y abrió con diestra suerte
 El pecho de Peloro tu asta fuerte (27).
 »Oh hijo esclarecido
 De Juno, oh duro y no cansado pecho,
 Por quién cayó vencido (28),
 Y en peligroso estrecho
 Mimente pavoroso fué deshecho! (29).
 »Tú, cubierto de acero,
 Tú, estrago de los hombres indinado (30),
 Con sangre hórrido y fiero
 Rompes acelerado
 Del ancho muro el torreón alzado (31).
 »A tí, libre ya, debe,
 De recelo Saturnio, que el profano (32)
 Linaje que se atreve
 Alzar la osada mano
 Sienta su bravo orgullo salir vano (33).
 »Mas aunque resplandezca
 Esta vitoria tuya conocida (34)
 Con gloria que merezca
 Cozar eterna vida,
 Sin que yaga en tinieblas ofendida,
 »Vendrá tiempo en que tenga
 Tu memoria el olvido y la termine,
 Y la tierra sostenga
 Un valor tan insigne,
 Que ante él desmaye el tuyo y se le incline (35);
 »Y el fértil Occidente,
 Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
 Descubrirá presente.
 Con prez y honor de España,
 La lumbré singular de esta hazaña (36);
 »Que el cielo le concede
 Aquel ramo de César invencible (37),
 Que su valor herede,
 Para que al turco horrible
 Derribe el corazón y ardor terrible (38).

- (25) El escuadron dudoso,
 Con enroscadas sierpes espantoso.
 (26) Diste bravo y feroz horrible muerte.
 (27) Y con dichosa suerte
 A Peloro abatió tu diestra fuerte.
 (28) Por quien Mimas vencido.
 (29) El pavoroso Runco fué deshecho.
 (30) Tú, ceñido de acero;
 Tú, estrago de los hombres rabioso.
 (31) Y todo impetuoso,
 El grande muro rompes presuroso.

HERRERA después de estos dos versos puso la siguiente estrofa, que luego suprimió, como se ve en el texto:

- Tú encendiste en aliento
 Y amor de guerra y generosa gloria
 Al sacro ayuntamiento,
 Dándole la vitoria
 Que hará siempre eterna su memoria.
 (32) A tí, Júpiter, debe,
 Libre ya de peligro, que el profano.
 (33) Alzar armada mano,
 Sujeto sienta ser su orgullo vano.
 (34) Esta vitoria tuya esclarecida
 Con fama que merezca
 Tener eterna vida,
 Sin que de oscuridad esté ofendida.
 (35) Vendrá tiempo en que sea
 Tu nombre, tu valor puesto en olvido,
 Y la tierra posea
 Valor tan escogido,
 Que ante él el tuyo quede oscurecido.
 (36) En cuyo inmenso piélago se baña
 Mi veloz carro ardiente,
 Con claro honor de España
 Te mostrará la luz desta hazaña.
 (37) De César sacro el ramo glorioso.
 (38) Para que al espantoso
 Turco quebrante el brio corajoso.

»Vese el pérfido bando
 En la fragosa, yerta, aceria cumbre (39),
 Que sube amenazando
 La soberana lumbré,
 Fiado en su animosa muchedumbre (40);
 »Y allí, de miedo ajeno,
 Corre cual suelta cabra y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estanza,
 Y sigue de sus odios la venganza;
 »Mas despues que aparece
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,
 Frio miedo entorpece
 Al rebelde, y lo atierra
 Con espanto y con muerte la impia guerra (41).
 »Cual tempestad oncosa
 Con horrisono estruendo se levanta,
 Y la nave, medrosa
 De rabia y furia tanta (42),
 Entre peñascos ásperos quebranta;
 »O cual del cerco estrecho
 El flamígero rayo se desata,
 Con luengosulco hecho (43),
 Y rompe y desbarata
 Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá;
 »La fama alzará luego,
 Y con las alas de oro la vitoria
 Sobre el giro del fuego,
 Resonando su gloria
 Con puro lampo de inmortal memoria (44);
 »Y extenderá su nombre
 Por do céfiro espira en blando vuelo
 Con inclito renombre,
 Al remoto indio suelo
 Y á do esparce el rigor helado el ciclo (45).
 »Si Peloro tuviera
 Parte de su destreza y valentia (46),
 El solo te venciera,
 Gradivo, aunque á porfia
 Tu esfuerzo acrecentaras y osadia (47).
 »Si este al cielo amparara
 Contra las duras fuerzas de Mimante,
 Ni el trance recelara
 El vencedor tonante,
 Ni sacudiera el brazo fulminante (48).
 »Traed, cielos, huyendo
 Este cansado tiempo espacioso
 Que oprime deteniendo (49)
 El curso glorioso;
 Haced que se adelante presuroso.»

- (39) Veráse el impio
 En la fragosa, inaccesible cumbre.
 (40) A la celeste lumbré
 Confiado en su osada muchedumbre.
 (41) Mas luego que aparece
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,
 El temor entorpece
 A la enemiga tierra,
 Y con ella acabó toda la guerra.
 (42) De aquella furia tanta.
 (43) Con largo sulco hecho.
 (24) Y con doradas alas la vitoria,
 Sobre el orbe del fuego
 Resonando su gloria
 Con puro resplandor de su memoria.
 (45) Y llevarán su nombre
 De los últimos soplos de occidente,
 Con inmortal renombre,
 Al purpúreo oriente
 Y á do hiel y abrasa el cielo ardiente.
 (46) De su excelso valor alguna parte.
 (47) Aunque tuvieras, Marte,
 Doblado esfuerzo y osadía y arte.
 (48) Si este valiera al cielo
 Contra el profano ejército arrogante,
 No tuvieras recelo
 Tú, Júpiter tonante,
 Ni arrojaras el rayo resonante.
 (49) Traed pues ya volando
 Oh cielos! este tiempo espacioso,
 Que fuerza dilatando.

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El olimpo, y resuena (1)
En torno y resplandece,
Y Mavorie dudoso se oscurece (2).

SONETO CXLII.

Alzo ligeras alas al desseo,
Sigo el bello esplendor de mi alegría,
Hállolo reluciente en la osa fría,
Y desespero el bien que mas deseo.
Suspense en un incierto devaneo,
Que mi esperanza causa y mi porfía,
Digo: «¿Por qué, serena Lumbre mía,
Leda en estéril parte arder vos veo?»
«Llevar debía el céfiro vitoria,
Siempre de vuestra llama esclarecido,
Al euro ufano, que con él contiene;
»Mas; oh! que el cielo causa mi gemido
Por honrar gente indigna de memoria,
Que el sol con tibio rayo apenas enciende.»

CXLIII.

Amor con todo el fuego que el humoso
Eua espira y las islas de Vulcano
Me abrasa el pecho, que asegura en vano
A su mortal ardor algun reposo.
Con la nieve que el Cáucaso nevoso
Y el desnudo Rifeo hace cano,
Mi alma enfria, y rompe el inhumano
A la esperanza el paso temeroso;
Que en los ojos do siempre el hielo y llama
Suya en mi muerte acuerdan, fijo tiene
El ímpetu y furor de su braveza;
Y por vengarse mas, la seca rama
Do estoy asido sin quebrar sostiene,
Probando en nuevas penas mi flaqueza.

CXLIV.

Un tiempo ave caristra viví en fuego,
Pero ya blanco cisne en ondas vivo;
Que solo de mi mal cuitoso escribo
Cuanto escribí de bien en mi sosiego.
Pensé, trocando grado, trocar luego
Suerte, y fué vano error; que Amor esquivo
En uno y otro estado al fin cautivo
Me oprime y en igual desasosiego.
De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,
Ahora de mis ojos despedido
Corre un Istro nevoso desatado.
No esfuerza con la nieve la creciente,
Antes con el ardor mas encendido
Va en abundoso curso dilatado.

CXLV.

Ningun remedio espero en mi tormento,
Y de mejor fortuna desespero;
Muriendo vivo, aunque viviendo muero,
Ajeno y ocupado en pensamiento.
Temo el fiero dolor, y si contento
Alguno tengo, temo el dolor fiero;
Cansado, mi pasión abrazo y quiero,
Y el mal que mas rehuyo mas consiento.

(1) Sacudido y resuena.

(2) El cielo y resplandece,
Y Mavorie medroso se oscurece.

Han notado, y con razon, algunos críticos la incongruencia que hay en esto de pronosticar Apolo en presencia del olimpo y en el acto de la celebracion de la victoria alcanzada por Marte sobre los gigantes, que habia de llegar un dia en que un mortal oscureciese sus glorias. Decia á este propósito un mi amigo, censurando el descuido de HERRERA en una obra tan digna de alabanza eterna, que si Apolo tal cosa hubiera hecho, seguramente Júpiter lo hubiera enviado otra vez á guardar cabras á Admeto. Lo extraño es que HERRERA, que, segun se ve, escribió dos veces esta obra, no advirtiese el error en que habia caído.

Tan ufano estoy siempre en la tristeza,
Que nunca ceso de alabar el día
Que fué ocasion de merecer mi daño.
No doy lugar al bien, y en mi estrechez,
Perdiendo vanamente la edad mia,
No sé hallarme libre de mi engaño.

CXLVI.

Venció mi duro pecho Amor tirano,
Y los nervios cortó su aguda espada
De aquella ajena libertad amada
Que misero suspiro y lloro en vano (3).
El me vuelve y me trae por la mano
A do mi afrenta y perdicion le agrada;
Mas de su afán la vida ya cansada,
Tomar procura al curso usado y llano (4);
Pero es flaca osadía, y con la muerte
Luchando, abrazo alegre el dulce engaño,
Y me aventuro en el desseo y pierdo;
Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
Que contraste gran tiempo á tanto daño,
Ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

CXLVII.

«¿Dó vas, dó vas, cruel, dó vas? Refrena,
Refrena el presuroso paso en tanto
Que de mi grave afán el luengo llanto
Abre en prolífico curso honda vena (5).
»Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto
Que no te mueva al fin mi acerba pena (6).
»Vuelve á mi tu espolin, vuelve tus ojos
Antes que oscuro quede en ciega niebla,»
Decia en sueño ó ilusion perdido (7).
Volvi, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz, cercado de tiniebla
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA XV.

¿Quién me daria, Amor, una voz fuerte
Y espíritu en mis lástimas osado
Para cantar las cuitas de mi suerte?
Que el luengo error de mi primer cuidado
Ocupada me tiene la memoria,
Y todo mi sosiego enajenado.
Yo nací para ver, cruel, tu gloria,
Cual Tántalo engañado y al extremo,
Para llorar perdido mi vitoria.
Sufro el dolor; que ya algun mal no temo,
Si, á tan estrecho paso reducido,
De ti desesperar es bien supremo;
Pero al freno me traes tan rendido,
Que en mi furor enciendes la esperanza,
Que me vuelva suspenso y confundido.
Nuevo mal al antiguo mal alcanza;
Y tal es el pasado y el que viene,
Que en su rigor no siento la mudanza.
Ni huir ni esperar ya me conviene,
Y huyo, espero, temo ya y confío,
Y lo que me desmaya me sostiene.
¿Por qué este porfioso desvarío
No extirpas, rey ingrato, y de mi pecho
No arrancas este indigno dolor mio?

(3) Venció las fuerzas el Amor tirano,
Cortó los nervios con aguda espada
De aquella dulce libertad amada,
Que sin vigor suspiro siempre en vano.(4) El me vuelve y me trae por la mano
A do mi error y perdicion le agrada;
Mas ya la vida, de su mal cansada,
Osa tornarse al curso usado y llano.(5) Que de mi dolor grave el largo llanto
A abrir comienza esta honda vena.(6) Que no podrás ser fiera y dura tanto,
Que no te mueva esta mi acerba pena.(7) «Vuelve tu luz á mi, vuelve tus ojos
Antes que quede oscuro en ciega niebla,»
Decia en sueño ó en ilusion perdido,

Téngate ya mi daño satisfecho;
Que poca es la venganza en el sujeto,
Y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto
Tu estandarte, y al carro aherradojo,
Tu valor celebre con tierno afeto.

Si no eres en las rocas engendrado
Del alto yerto Cáucaso espantoso,
Y de la Armenia tigre alimentado,
Serás á mis tormentos piadoso;
Que de la pena ya que la alma siente
No sé gran tiempo há lo que es reposo.

El resplandor de Febo y la fulgente
Escuadra de las lúcidas estrellas
Recoge al hondo seno de occidente.

Yo, mezquino, constante en mis querellas,
Jamás descanso doy al mustio canto,
Y se envuelven mis lágrimas con ellas.

Que no acabe en tan duro mal me espanto,
Y que crezca á los cercos de mis ojos
Perpetua exhalacion de ardiente llanto.

Si cuidas tú, que llevas mas despojos
En mi pasión, ó gloria mas dichosa,
Y por eso acrecientas mis enojos,

Yo te protesto, Amor, por la penosa
Historia de la vida que prosigo,
Que la vitoria alcanzas afrentosa.

Fortuna que te sirva ¡oh mi enemigo!
Quiere; su imperio temo, y temo el tuyo,
Ya vasallo rebelde, infiel amigo.

En mi muerte, tirano, te destruyo,
Pues nací para amar, y solo quiero
Que se entienda cuán poco de ti huyo.

Bien sé que en vano me lamento y muero
Por ablandar esa cruel dureza,
Que sin provecho mitigar espero.

Cual revuelve la rueda con presteza
A Ixion, que se huye y va signiendo,
Tal me revuelve y tuerce tu fiereza;

Y cual el triste Sisifo subiendo
Va el gran peñasco alzado á la alta cumbre
Siempre, descanso alguno no admitiendo;

Tal de mi afán la grave pesadumbre
Llevando léjos voy, do ausente veo
Triste sin alcanzar mi pura Lumbre.

Et nieto ilustre del insigne Alceo,
En mil grandes empresas glorioso,
Se inclinó al duro yugo de Euristeo;

Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,
Y de tu fuego, Amor, estoy herido,
¿Por qué estaré soberbio y animoso?

Mírame ante tus piés preso y rendido,
Y suena en mi cerviz el hierro puesto,
Humilde á tus cruces, ofrecido.

Perdona mi dolor; que ya dispuesto
Estó á sufrir sin quejas mi tormento,
Y escoger por mas gloria mi denuesto.

Aspire el deleitoso y vivo aliento
A mi encendido pecho, porque en llama
Se tiempe el hielo en que enfriarme siento.

Ya que mi muerte no se excusa, inflama
Mi alma en el vigor de la Luz mia,
Porque ensalce mi nombre eterna fama;

Que el helado rigor y nieve fria
De su olvido y desden turba y detiene
A tu fuego el valor con osadia.

Si volver por los tuyos te conviene,
Por mis ojos arroja en sus entrañas
El fuego que abrasado al orbe tiene;

Que si yo veo, Amor, tales hazañas,
Daré, en justo rescate de tal pena,
Mi hierro y el ardor con que te ensañas;

Porque su libre cuello en la cadena
Ver, y encenderse el frio de su pecho,
Es todo el bien que tu poder ordena,
Si tu poder se extiende á tan gran hecho.

SONETO CXLVIII.

Quando pienso, cansado del tormento,
Que con mi afrenta Amor herirme pudo
De una serena luz con rayo agudo,
Y que rendí el valor y entendimiento,

P.XVI.

Vuelvo triste á mirar mi perdimiento;
Mas tan solo me hallo y tan desnudo
De fuerza, que romper el débil nudo
Que me enlazó el deseo nunca intento.

Seguir el mismo curso en el cerrado
Laberinto, y sufrir ya mas denuesto
No debo si en mí queda algun sentido.
Acabe el vano error de mi cuidado;
Pero ¿qué digo, simple? Yo protesto
Que hablo enajenado y ofendido.

CXLIX.

Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?
Mi alma de lamento se mantiene;
Con él crece el ardor y se sostiene,
Y la lluvia se alienta en sus despojos.

Un tiempo esperé premio á mis enojos,
Mas tarde es ya que mi pasión previene;
Pero acabar en lágrimas conviene
A quien de flores nacen los abrojos.

En llanto me consumo, y cuando espero,
Grande y nuevo milagro, dar memoria
A mi nombre resuelto en triste rio,
Ocorre el fuego, en él me abraso y muero,
Desvaneciendo en llama con mas gloria
Justo aunque grave bien al dolor mio.

CL.

Al sereno esplendor de luz ardiente,
De celestial zafiro á la belleza
La alma, volando en torno con presteza,
Las alas rojas mueve dulcemente.

Amor, que de este cielo nunca ausente
Respira, le descubre su grandeza,
Y de gloria mil bienes y riqueza,
Que sola ella los conoce y siente.

En este engaño siempre va, y se olvida
De quien, cuidadoso de su afán, la llama,
Y en conocido error cansa y porfia;

Porque espera tal vez allí, encendida
De aquellas puras luces en la llama,
Hallar sepulcro igual á su osadia.

CLI.

Al Bétis.

Corre soberbio al mar del llanto mio,
Bétis claro, sagrado honor de rios,
Y no acaben mis grandes desvarios
Donde se acaba en él tu grande rio;

Antes oyan mi afán y desvario
Entre el fuego y rigor de hielos frios,
Y se conduelan de los males mios
Libia ardiente y desnudo Islando frio;

Y el Indo, que primero ve la aurora,
Y el otro que mas tarde alumbró Apolo,
Hagan memoria eterna de mis daños;

Y tú lamenta esta postrera hora
En que muero, de bien ausente y solo,
Rico de pensamientos, pobre de años.

CLII.

No espero en mi dolor lo que deseo,
Que tanto bien no cabe en mi mal fiero;
Mas deseo ya solo, lo que espero,
Acabar en mi ciego devaneo (8).

Tan cansado me tiene este deseo,
Que del misero efeto desespero,
Y engañado en mi intento persevero,
El vano error que sigo, al cabo veo (9).

Pero ¿qué vale ver el mal presente,
Si porfio y contraste, no espantado,
A los asaltos bravos de Amor crudo (10)?

No temo y oso todo libremente,
Porque es al corazón desesperado
La dura obstinacion vulcanico escudo (11).

(8) Que es acabar en este devaneo.

(9) Y al cabo el vano error que sigo veo.

(10) A los bravos asaltos de Amor crudo.

(11) La obstinacion impenetrable escudo.

ELECIA XVI.

Si este inmortal dolor y sentimiento
Que me fuerza a pensar sin esperanza
No puedo desatir del pensamiento;
Si esta fortuna suba y mudanza
A una prolija ausencia me condena,
¿Por que tengo en mi daño confianza?
Quien vio mi día y vio mi luz serena
Podrá juzgar á cuánto mal me ofrezco
En noche de tiniebla y de horror llena.
Tormento nuevo en viejo mal padezo;
Que quiere este inipio rey que solo sienta
Lo que espero ninguno y no merezo.
Lidio en mi soledad, que me presecata
Siempre el pasado bien y la ventura,
Y la perdida gloria me atormenta.
Rayos de amor, inmensa hermosura,
Que suspiro y deseo y busco ausente,
Vueved la claridad excelsa y pura:
Que si veo los cerceos y oro ardiente
Que vos ciñe y corona en rico velo,
Descansaré del llanto y voz doliente
Y en el herboso, fresco y fértil suelo
Que el padre y sacro Bétis deleitoso
Baña, agradable al alto y claro cielo,
Aizaré á vuestro nombre generoso,
Cual fué en Páfo á Bione consagrado,
Un templo insinamente suntuoso,
Do quien el peligroso mar sulcado
Hubiere del amor, ya salvo en puerto,
A las aras atento y humillado,
Los votos que en el ancho golfo incierto
Prometió, pagará, dejando escuita
La causa del peligro y temor cierto.
Mas voy por do yo sufro la infinita
Fuera de mi pasión y suerte indina
Que alguna muestra de esperanza admita;
Y antes que pueda ver la luz divina
Vuestra, aquel rigor último á la vida
Vendrá del mal, en que mi ardor me inclina;
Y en breve espacio fincará perdida
La esperanza desierta y el desseo.
Triunfando de mi muerte aborrecida.
Nunca temi el dolor del mal que veo;
Que entró al descuido amor blando y sereno
Para aquistar de mi el mayor trofeo.
En tal sazón ya sin remedio peno;
Que lo que menos duele es el tormento.
¡Tanto de mi me aparto y enajeno!
Quien abrir del mar ciego el alto asiento
En mi ligera nave verme pudo
Con alegre bonanza y manso viento,
Y viese el cielo oscurecer, desnudo
De luces, horrascoso el ponto, el fiero
Noto con negro horror soplar sañudo;
Amén que su pacho armase duro acero,
En tan cruel mudanza y suerte míta,
Donde solo y sin fuerzas desespero,
De humana compasión se vencería,
Si puede un grave caso sucedido
Turbar de mortal pecho la alegría.
Ya que estoy á mis lastimas rendido,
De mis hermosos ojos, triste, ausente,
En soledad y en confusión perdido,
A do torciere el paso irá presente
El florido esplendor de la belleza.
Que me tiene abrasado en fuego ardiente.
Por difíciles riesgos y aspereza
En la nocturna sombra celebrada
Será del canto mío su grandeza;
Adonde no se halle alguna entrada
De hombre ó fiera mostrará el desierto
Su figura en los árboles labrada.
Allí mi error y engaño y desconcierto
Escrito, y en mi llanto lamentado,
Será de mi dolor testigo cierto.
Aquel tierno semblante venerado,
La bella luz do el cielo gracias llueve,
La rica falda de oro enortijado,
Y el suave color de rosa y nieve,
Las perlas por do amor alegre envía

La voz al corazón y el daño alevé,
Presentes en mi triste compañía
Para temor del alma, á la memoria
Renovarán la ufana suerte mía,
Y del perdido bien de la victoria
Darán las ocasiones que hayeron
En el progreso luego de mi historia.
No sé por dó los lados inducieren
Esta mi soledad en el extremo
Que en el principio nunca prometieron.
Vos, ojos, de quien cuido solo y temo
Morir penoso ausente, cuando fuere
De mi dolor el término supremo,
Humildos en mi muerte á quien vos viere
Vos descubrid, y vuestra faz llorosa
Muestre cómo mi mal vos duele y hiera;
Porque sea mi suerte mas dichosa
Que en vida, en muerte, y el tormento mío
Venza á la vuestra condición sañosa.
¿Por qué en ausencia por el bien porfio,
Si en presencia me niegan el derecho,
Y me engaño en tan alto desvario?
Destinado nací para este hecho,
Y sujeto á belleza ingrata y dura,
Siempre afligido y triste y roto el pecho.
La aurora pareció con veste oscura,
Présaga de mi afán, y el nuevo día
Mudó el semblante lido y luz segura.
Jamás gocé algun hora de alegría,
Que no fuese téñida de tristeza,
Si merecí tal bien en mi osadía.
No culpo yo el rigor y la dureza
De mi luciente Estrella en tanto engaño,
Mi obstinacion si culpo, y mi firmeza.
Debía no huir mi desengaño;
Mas consiento la pena, y no rehúso,
Si abracé la ocasion, sufrir el daño;
Pero la ausencia así me descompuso
De toda la paciencia, que no hallo
En mí el lugar que la razón dispuso.
Sufriendo peno y muero, y siempre callo,
Pues me conozco al fin de Amor tirano
Humilde y pobre y sin valor vasallo.
Yo sé que un tierno pecho y soberano
Del mezuquino se acuita y condolece,
Y procura su bien con larga mano;
Mas á quien la ventura desfallece,
Y no vale esperanza, es bien la muerte,
Pues en la vida misera el mal crece.
Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte
Desmaya, porque estoy determinado
En seguimiento siempre de mi suerte;
Y de esta soledad acompañado,
Con un deseo en otro convertido,
De mis glorias iré desamparado;
Y cuando no pudiese haber olvido,
Que difícil será, no es ya tan largo
El tiempo en los trabajos consumido,
Que no me halle luego el trance amargo;
Y al cuerpo suelta el alma en vuelo presto,
Cansada dejará el pesado cargo;
Y en sombra yacerán y oscuro puesto
Mis dolores, conmigo sepultados,
Y cesarán del vago error molesto;
Que ahora no reposan mis cuidados.

SONETO CLIII.

Al doctor Martín Martínez.

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,
Y del Bétis ondoso el curso ufano
Dejas, y el precio antiguo italiano
Miras en el sepulcro del olvido,
¿Por ventura, del yugo sacudido,
La cerviz alzas libre, y del tirano
Amor en ti desmaya el furor vano,
O en fiero ardor espiras encendido?
Que yo en la patria sin mi Luz me veo
Triste, preso, herido, solo, ausente,
Y perseguido siempre de un cuidado.
Sin esperanza aviva mi deseo,
Y apena de este río á la corriente
Descubro el mal que sufro no cansado.

CLIV.

Mi Luz, así en la vuestra bella frente
Nunca ofenda las rosas hielo frío,
Y así blando al ingrato señor mío
Vea en esas estrellas yo presente,
Que me digáis, humilde amante ausente,
Si en vuestro corazón hallo desvío,
Si vuestro pecho tierno el desvario
Dulce como en mi tiempo alegre siente;
Porque por esa púrpura templada
En blanca y pura nieve y por los ojos
Suaves, do respira mi esperanza,
Que en la mas luenga ausencia y apartada
No vos negó mi alma los despojos,
Ni en mi temió el amor jamás mudanza.

CLV.

Cuando cantar deseo la belleza
Vuestra y serena luz, que humilde honro,
El esplendor y puros rayos de oro,
Do alisan los de Febo su riqueza,
Reconozco el valor y la grandeza
En quien de eterno ardor celeste coro
Ensalzó de sus bienes el tesoro,
Y desigual me inclino á tanta alteza.
Dadme favor alguno en vuestra gloria,
De honesto amor oh llama generosa,
Y de nuestra edad oh raro ejemplo,
Porque á la eternidad de la memoria
Por precio de beldad maravillosa
Consagre vuestro nombre yo en su templo.

CLVI.

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,
A desatar esta secreta llaga
Que no me deja reposar, y haga
Ante quien temo el justo oficio el llanto;
Que cuando desenhíere de ello cuanto
Mostrar se debe á quien tan mal se paga
De mi mal, podrá ser que se deshaga
La sombra del peligro y de mi espanto.
Si no, escondido en esta oscura niebla
Acabe á gusto ajeno, mas de suerte
Que falte del remedio la esperanza;
Porque quien siempre yace en la tiniebla
No espere ver la luz sino en la muerte;
Que la gloria de amor tarde se alcanza.

CLVII.

Al conde de Gelves.

Señor, si este dolor del mal que siento
Veo desvanecer en mi memoria,
Y en olvido yacer la triste historia
Que fué dura ocasion á mi tormento,
De España con voz alta y noble aliento
Cantaré los triunfos y vitoria,
Y daré entre su honor y eterna gloria
Al valor vuestro insigne igual asiento;
Mas un dulce esplendor, un cerco y oro,
Que en crespas hebras arde, una armonía
Y gracia que florece y orna el suelo,
Una belleza á quien suspenso adoro,
Impiden esta altiva empresa mía,
Y en su furor me llevan hasta el cielo.

CANCION VII.

A don Luis Ponce de Leon, duque de Arcos.

¡Oh clara luz y honor del Occidente,
Espíritu real, do puso el cielo
De su inmenso valor grandeza tanta,
En quien cubierta de oro el vario velo,
Con puro ardor de púrpura luciente
La gloria su riqueza esparce y planta;
Si el molesto dolor que me quebranta
Y me instiga á cantar la grave pena
Que aborrezco y procuro,
Me dejase algun tanto ya seguro

Del fuego en que mi pecho ardiendo sucua,
Y del cruel rigor del hielo duro
Que me condena á doloroso llanto
Y á perpetua cadena,
Consagraria en honra vuestra el canto.
Mas yo siguiendo voy con paso incierto
En horror de la noche, en ciego día,
Por los riscos y cerros no tratados,
Léjos el fulgor bello y la Luz mía,
Que me lleva á morir en temor cierto
Adonde solo entraron desdichados;
Que esto es premio á mis penas y cuidados.
Ya en la doblada imagen espartana
La coronada frente
Muestra la quinta vuelta el sol caliente,
Después que abierto el corazón, con hiervo
Me trajo amor al yugo obediente;
Siempre sonó de allí mi lira triste
En mi luengo destierro,
Y el desden, que en mi daño mi Luz viste.

La memoria, los hechos valerosos
Las columnas, del fiero armado Marte
Los trofeos alzados, que en rocío
Sangriento manan; la destreza y arte
De los inclitos pechos generosos
Que bañó Bétis, Tajo y Duero frío,
A que aspiraba el rudo canto mío,
Oscurcidos yacen en olvido;
Solo es amor mi canto,
Los ojos bellos y oro puro canto.
¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,
Y entregado á la fuerza de mi llanto!
Recíbeme la noche y deja el día,
Celebrando perdido

El sereno esplendor de la Luz mía.
Aquel que el glorioso y rico lauro
Coronó con sus verdes hojas de oro,
Que con suave y culta noble lira,
Igual de Grecia y de Castalia al coro,
Suspende el indo piélago y el mauro,
Y con el canto al mesmo Febo admira,
Y osadamente levantarse aspira
Con felice armonía á la memoria
Y romana alabanza,
Del itálico honor clara esperanza,
Y de las almas grandes con vitoria;
Aquel vuestro valor dichoso alcanza
Solo á esculpir en el etéreo velo
Con venturosa historia;
Que no mi canto, ajeno de consuelo.
El peso inmenso y movimiento ardiente
Sufrir y sustenta apena el grande Atlante,
Que siente grave, y la cerviz inclina;
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,
Temo caer con él, y juntamente
Mi deseo ilustrar con fama indina;
Y la muerte que á Eridano destina
El impetu paléneo acelerado
En la corriente umbrosa
Que hubo del hecho el nombre, do en llorosa
Honra el dudoso eletro fué engendrado,
La suerte acerba suya y lastimosa
Aparta mi esperanza y mi deseo,
Y el miserable hado
De quien perdió el caballo de Perseo.

Vuestro valor excelso, la grandeza
Del ánimo, la gloria verdadera,
El alto y vigilante pensamiento
A Esmirna ya cansado y Mantua hubiera,
Y del cisne dirceo aquella alteza
De no imitado vuelo y grave acento,
Y de Olmeo al insigne ayuntamiento,
Cuanto mas una pobre estéril vena,
Aunque el oro abundoso
Que Ermo tuerce en sus ondas y el dichoso
Tajo con su luciente y rica arena,
Y del Idáspes medo el curso ondoso
Sonasen de mi canto en la corriente
De vuestra gloria llena,
Y la pluvia que Ródas vió presente.
Querer cerrar en poco el bien que el cielo
Largo y felice ofrece al nombre vuestro,

Será como quien piensa y osa en vano
 Dinumerar del mar sagrado nuestro
 Las ondas, ó en el seco ardiente suelo
 Las arenas que mira el africano,
 O los astros del cerco soberano.
 Mejor es con silencio á vuestra fama
 Dar la gloria debida,
 Y venerar tanta virtud crecida,
 Que luce y resplandece en viva llama,
 Como estrella del polo esclarecida;
 Que contra el tiempo y todo el rigor crudo
 La lumbre en que se inflama
 Es de inmortal firmeza eterno escudo.

SONETO CLVIII.

Profundo y luengo, eterno y sacro rio,
 Que el ancho curso tuyo y grande frente
 Mezclas en el mar hondo de Occidente,
 Y en él junto el amargo llanto mio;
 De mi deseo vano, en quien porfio,
 De esperanza y remedio siempre ausente,
 En esta soledad por tu corriente
 Ilago ocasion á nuevo desvario.
 Tú, si del canto mio un tiempo oiste
 El tierno son, aunque mayor que el Ebro,
 Y yo; cuánto menor que el claro Orfeo!
 Admite en estas ondas mi voz triste;
 Que serás en los males que celebro
 Solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

CLIX.

No puedo sufrir mas el dolor fiero
 Ni ya tolerar mas el duro asalto
 De vuestras bellas luces; antes falto
 De paciencia y valor en el postrero
 Trance, arrojando el yugo, desespero,
 Y por do voy huyendo el suelo esmalto
 De rotos lazos, y alzo osado en alto
 El cuello, y verme libre alegre espero (12).
 Mas ¿qué vale mostrar estos despojos
 Y la ufanía de alcanzar la palma
 De un vano atrevimiento sin provecho?
 El rayo que salió de vuestros ojos
 Puso su fuerza en abrasar mi alma,
 Dejando casi sin tocar el pecho.

CLX.

Cubre en oscuro cerco y sombra fria
 Del cielo puro el esplendor sereno (15)
 La noche triste, y lloro, de afán lleno,
 Perdido el bien que tuve y mi alegría.
 Ningun alivio en la miseria mia
 Hallo, de ningun mal me siento ajeno (14);
 Cuanto en la confusion nublada peno,
 Padezco en la purpúrea luz del día (13).
 En otro yerto Cáucaso el cuidado
 Profundo mio y mi mortal deseo
 El pecho despedaza que renueva;
 Do nunca en mi tormento no cansado
 Pudiera el hijo inclito de Alceo
 Mostrar de su valor segunda prueba (16).

CLXI.

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado
 Ufano y sin temor; mas mi destino
 No sufrió que este bien fuese contino;
 Que no dura en amor un dulce estado.

- (12) De rotos lazos, y levanto en alto
 El cuello osado, y libértalo espero.
 (13) Del cielo puro el resplandor sereno,
 La húmida noche, y yo, de dolor lleno,
 Llora mi bien perdido y mi alegría.
 (14) Hallo, de ningun mal estoy ajeno.
 (15) Padezco en la rosada luz del día.
 (16) En otro nuevo Cáucaso enclavado,
 Mi cuidado mortal y mi deseo
 El corazón me comen renovado;
 Do no pudiera el sucesor de Alceo
 Librarme del tormento no cansado,
 Que excede al del antiguo Prometeo.

Desierto de remedio y engañado,
 Cual misero y errante peregrino
 Por los montes voy solo, sin camino,
 De mi mismo y de Amor desamparado.
 En medio del dolor, en la memoria
 Tal vez consiento sombras de alegría,
 Que engañan dulcemente la esperanza.
 Mas esto es la segur que de mi gloria
 Corta lo extremo; que en la suerte mia
 Del bien nace en mis daños la venganza.

CLXII.

Cuando miro el fino oro al manso viento
 En lucientes rieles esparcido
 O en hermosas lazadas recogido,
 Mil causas justas hallo á mi tormento;
 Cuando la llama y luz de puro aliento
 Rutilar veo en torno, y que el vencido
 Pecho tiene en su fuego convertido,
 Mil causas justas hallo al mal que siento;
 Cuando escucho la angélica armonía
 Y admiro el valor vuestro y gentileza,
 Mil causas hallo justas á serviros;
 Mas cuando en la humildad contemplo mia,
 Y en vuestro dulce afeto y su nobleza,
 No hallo causa justa á mas suspiros.

ELEGÍA XVII.

Pues la luz que escogí por cierta guía
 Sombra oscura del cielo me defiende,
 Llora conmigo, Amor, la pena mia.
 Ya sobre mi nublado horror descendiendo
 Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
 Que el fuego que me abraza airado enciende.
 En lágrimas deshago el triste canto,
 Y en ellas ya debria estar deshecho
 El duro corazón, que sufre tanto.
 ¿Qué áspera condicion de fiero pecho
 En tan siniestro caso me levanta
 Y me tuerece á sufrir tan impio hecho?
 ¿Cómo explicar podré congoja tanta,
 Si faltan las palabras, si el efeto
 Triste el sentido misero quebranta?
 ¿Qué podré ya temer, qué tierno afeto
 Habrá que ablande en parte mi dureza,
 Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
 ¿Quién me impide mirar la gran belleza,
 El celestial semblante y armonía
 Que desterraban toda mi tristeza?
 Ya para mí se ha oscurecido el día;
 Y pues en las tinieblas me lamento,
 Llora conmigo, Amor, la pena mia.
 El puro fuego, aquel divino aliento
 Que en el blando y rendido pecho mio
 Mi sol bello envió de su alto asiento,
 Se altera con rigor en hielo frio,
 Y acaba de la vida, ya suspensa,
 La parte que estrenó mi desvario.
 Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
 Que me llevaba sin graveza al cielo,
 Entorpecida está de nieve intensa.
 Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
 A algun favor; que estoy desconfiado,
 Sin bien, oscuro y derribado al suelo.
 Queda solo este bien á mi cuidado,
 Renovar con dolor esta memoria;
 Amor, floremos mi dichoso estado.
 ¿A dó el favor antiguo, á dó la gloria
 De mi pasado tiempo y venturoso?
 A dó tantos despojos y vitoria?
 Collados altos, bosque deleitoso,
 Fuente abundosa y agradable puesto;
 Testigos de mi bien y mi reposo,
 ¿A dó las luces y el semblante honesto,
 El oro en rico cerco recogido
 Con bello error en torno ó descompuesto?
 ¿A dó el cora lustrado y encendido
 Y el color dulce de suave rosa,
 Tiernamente tal vez descolorido?
 ¿A dó la blanca mano y generosa
 Que el yugo puso blandamente al cuello,

Y fué prenda á mi alma dolorosa?

¿A dó el ardor luciente del cabello,
A dó mas que mártir y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello?

¿A dó la perfeccion nunca imitada
De aquella imágen viva y hermosura,
Con envidia de todas admirada?

¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi desseo?
De mi grave temor ¿quién me asegura?

En un mismo lugar estó, y no veo
La Luz que al alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver desco.
¡Grande dolor! Pero en cuidada vida
Bien lo debe abrazar quien la consiente,
Y sufre sustentar esta caída.

Si donde el sol se esconde de la gente,
O á do en rosado carro va la Aurora
Con púrpuro celaje y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta Luz serena y bella,
Que humilde reconozco por señora,
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del día
Buscando iría mi fatal Estrella.

Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.

¿Quién espera en Amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto mas halaga mas terrible?

Si pudiese perderse la esperanza,
¡Oh cuán breve sería el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriría el desengaño
Presente al cielo, que mis cuantas mira,
La vanidad y causa de mi daño.

Misero quien estima y quien admira,
Simple, tan frágil fuerza, y olvidado
De sí, su perdición busca y suspira.

Pues yo ausente aun no estoy desesperado,
Para que no desmaye el dolor crudo;
Amor, lloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oiga el impetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo;

Y traspase de allí al caliente bando
Y á la llena region de fría nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.

Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno,
Y quien ¡oh Marte! á tu furor se atreve.

Si se hallare desdichado alguno
Que tuvo bien y lo perdió, este puede
Consuelo en mi tener mas oportuno.

Escrita mi infelice historia quede
En bronce, y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.

Si algun amante en esta parte incierta
Llegare lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita diga:

Señale en esta arena y mustio diga:
«Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afán obliga.»

En tanto que se acerca el impio hado
Y nos escucha esta ribera fría,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.

Llore Bétis los versos que me oía,
Y tú, que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento;
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.

Mas este que padezco va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.

Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Testigo es de mis males el desierto,
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido del dolor y casi muerto.

Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mío,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo río
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frío.

Repara el carro inestable á mi gemido,
Y pues amor tocó tu exento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.

Así el dormido jóven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamás tu alegre lecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura
Para mirar el tiempo ufano y ledo
Cuando pude esperar de mi ventura,

En este mal, en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño,
Pues valarme en mis ansias nunca puedo;

Que en este mi infortunio y mal extraño
Por ventura la suerte ofrecería
Algun flaco reparo á tal engaño.

Mas, pues Diana sigue su alta via,
Y acógida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega,

De este sonante río en la ribera
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasión conmigo muera.

Y seré en esta tierra triste indino
Ejemplo del dolor que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo día,
Y un verso que declare así mi afrenta:

«Dió ausencia y soledad, siendo su guía,
A un misero amador injusta muerte;
Amor, que siempre fué en su compañía,
Yace con él en una mesma suerte.»

SONETO CLXIII.

¿Qué espíritu encendido amor envía
En este frío corazon esquivo.
Que á la alba en calor grande el pecho avivo (17),
Y ardo al aparecer del nuevo día?

Yo me inflamo si á Febo se desvia
La sombra, y cuando de aquel puesto altivo
Declina el sol, me quemo en fuego vivo,
Y abraso cuando tuerce al mar la via (18).

Centella soy si el lubrican parece,
Llama cuando se ven las luces bellas,
Y el blanco rostro á Delia se colora.

Fuego soy cuando el orbe se adormece,
Incendio al esconder de las estrellas,
Y ceniza al volver de nueva aurora (19).

CLXIV.

Lloro solo mi mal, y el hondo río
En sus turbadas ondas mezcla el llanto;
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que el cierto fin termine el dolor mío.

Sigo ausente sin bien tu desvarío,
Y en tu vana esperanza me levanto;
Y ahora desamparas todo cuanto
De tu incierta promesa mas confío.

Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe ó que en mi vida se deshaga
El desigual deseo y la osadía;

(17) Que con la alba en calor el pecho avivo.

(18) Y abraso cuando al mar tuerce la via.

(19) Y ceniza á volver de nueva aurora.

Que en tanto afán ya falta el sufrimiento,
Y el golpe de esta siempre acerba llaga
Lo íntimo penetró de la alma mía.

CLXV.

Clara, suave Luz, alegre y bella,
Que el saíro y color del puro cielo
Templais de la esmeralda con el velo (20)
Que resplandece en una y otra estrella;
Fulgor divino, lúcida centella (21),
Por quien libre mi alma en alto vuelo
Las alas rojas bate y luce el suelo,
Ardiendo vuestro dulce fuego en ella;
Si vo no solo abraso el pecho mío,
Mas tierra y giro aerio, y en mi llama
Doy principio inmortál de incendio eterno (22),
¿Por qué el rigor no puedo y vuestro fío
Antiguo regalar? Por qué no inflama (23)
Mi estío ardiente á vuestro helado invierno?

CLXVI.

Cuando de mi Luz bella el desden siento
Y fenecer mi gloria en tibio olvido,
Huyo señero y triste, aborrecido,
El áspero dolor de mi tormento.
Mis vanas esperanzas represento,
El poco bien, el mucho mal sufrido,
Y ausente, despagado y ofendido,
Mi libertad horada osado intento.
Pero si vos despues rendido el cuello
Y viéredes colgados mis despojos,
Dulad las duras armas de amor ciego;
Que en las lucientes hebras del cabello
Y alegre fucilar de dulces ojos
Preso me pierdo todo, y ardo en fuego.

CLXVII.

Vuelvo al ufano corazon el día
En que mi Luz mostró su luz hermosa
Y relució suave y amorosa,
Bella en mis ojos igualmente y pia;
Y acuérdome que el sol que descendía
Paró al ardiente Flegon la espumosa
Rienda, y con su tardanza espaciosa
Sintió el ínfimo polo ausencia fría.
Entonces, inflamado en dulce fuego,
Mi gloria alabo y bien, y alegre digo:
¿Cual buena suerte alcanza á mi ventura?
No el cetro del romano envidio y griego,
Porque imperio mayor tiene consigo
Quien ama soberana hermosura.

CLXVIII.

El color bello en el humor de Tiro
Ardió, y la nieve vuestra en llama pura,
Cuando, Estrella, vibrastes con dulzura (24)
Los rayos por quien misero suspiro.
Vivo esplendor de lúcido saíro,
Serenó cielo, eterna hermosura,
Pues merecí alcanzar esta ventura,
Acoged blandamente mi suspiro.
Con él mi alma en el celeste luego
Vuestro abrasada viene, y se transforma
En la belleza vuestra soberana;
Y en tanto gozo, en su mayor sosiego,
Su bien en cuantas halla alegre informa;
Que en el solo menor la gloria gana (25).

ELEGÍA XVIII.

A la muerte de don Pedro de Zúñiga,
hijo del duque de Béjar.

Luego que el pecho me hirió el esquivo
Y triste son del caso sucedido,
Enfrió el corazon un hielo vivo.
Quise, empero, turbar á mi sentido
Y vencer á la fama con engaño;
Que tanto mal no debe ser creído;
Mas el quejoso sentimiento extraño
En el común dolor que se veía
Me descubrió cuánto era grande el daño.
¿Cuán de otra suerte ¡ay misero! fingía
El suceso y memoria de las cosas
Que en la pompa real se me ofrecía!
Mas ¡oh mis esperanzas gloriosas
Cuán mal surten! ¡Cuán mal divides, muerte,
La union de tantas gracias venturosas!
¿Qué corazon se ve tan duro y fuerte,
Que no acabe en sus lágrimas deshecho,
Que no estalle estrechado de tal snerte?
¿Murió ¡ay dolor! y no rompió mi pecho?
¿Qué mal, qué pena espera mi dureza
Despues de este cruel y acerho hecho?
¿Qué señales daré de mi tristeza?
Suspiros tristes y lloroso acento,
Que condenen del hado la aspereza,
Y en exequias de eterno sentimiento
Estos versos, que sean los despojos
Del bien que ya perdí, del mal que siento.
¿Lágrimas quién dará para mis ojos?
¿Suspiros quién al corazon doliente?
¿Quién palabras que espinen como abrojos?
Ya veo, ya conozco aquí presente
Aquel semblante en viva luz cubierto,
Con pura claridad resplandeciente,
Y me culpa su espíritu desierto
Si lloro, que en region de la alegría
Está, desamparando el cuerpo muerto.
Grande causa de llanto es esta mía,
Pues contemplo cuán alta confianza,
España, te robó un oscuro día.
Pero si vuelvo, intento esta mudanza,
Y veo á quien suspiro venerable
Donde el poder terreno tarde alcanza.
Envidia es, no congoja lamentable,
Al que huve en la senda peligrosa
Los trabajos del suelo miserable.
¿Quién llora porque goce en paz dichosa,
Lejos de estos euripos de la vida,
La alma de quien amó mas gloriosa?
Allí la ambicion vana y sin medida,
O hio y codicia, y miedo y error ciego,
Su quietud no alteran escogida;
Mas la simpleza amable y el sosiego
Que en celestes espíritus presenta
De la iamortal belleza ardiente fuego.
Nuestra misera vida ¡á quién contenta?
¿Quién desea luchar en las cadenas
Donde la alma se cansa y atormenta?
Nuestras glorias, de afán y dolor llenas,
Sin bien, sin esperanza, sin consuelo,
Descubren con mas cuantas nuevas penas
Nunca alzamos los ojos en el cielo,
Opresos con la carga y peso humano,
Que á la alma impide levantar el vuelo.
Revueltos en deseo y temor vano,
Temblamos, enenigos de la gloria,
De aquel felice asiento soberano.
¿A quién no ofende la cruel memoria
Do mas ensancha Bétis la alta frente,
Y da al mar de sus ondas la vitoria?
Hambre, peste, furor de Marte ardiente,
Rigor del cielo nunca mitigado
Y ansioso temor del mal ausente.
Entonces ¡oh dolor! el impio hado
Arrebató aquel jóven animoso
Con la cumbre de un moate quebrantado.
Quedó tendido el cuerpo generoso
Sin vida en la desnuda tierra, helada

(20) Teñis de la esmeralda con el velo.

(21) Divino resplandor, pura centella.

(22) Mas la tierra y el cielo, y en mi llama
Doy principio inmortál de fuego eterno.(23) ¿Por qué el rigor de vuestro antiguo frío
No podre ya encender? ¿Por qué no inflama.

(24) Cuando, Estrella, volvísteis con dulzura.

(25) Su bien en cuantas almas halla informa;
Que en el comunicar mas gloria gana.

Con el horror del golpe impetuoso.
 No cala con tal furia acelerada
 El rayo penetrante, despedido
 De la nube, con impetu rasgada.
 Turbó sus ondas béntis con gemido,
 Y sus ninfas lloraron a su amante,
 Y del leon sonó el feroz rugido.
 Jamás dolor á este semejante
 Sintieron las riberas caudalosas
 Que toca el hondo piélago de Atlante.
 Crecieron las membranzas congojosas
 Con su muerte, y hesperia fué testigo
 Del llanto y de las quejas lastimosas.
 A ti, ¡oh gran Pedro! á ti, su estrecho amigo,
 Lleva ahora también de nuestro río
 Léjos la suerte, desigual consigo.
 Quema el fogoso ardor del seco estío
 La bella flor, y de la tierna planta
 Las hojas el nevoso invierno frío;
 Mas Célio suave las levanta
 Hermosas, con alegre y blando vuelo,
 Y Filomela en ellas dulce canta.
 Nosotros, cuando rompe el mortal velo
 Y fallece el vital y amado aliento,
 Jamás el pié impudimos en el suelo.
 Breve, dudosa vida con tormento,
 Cierta temor, deseos no acabados
 Son de nuestra miseria el fundamento.
 Aspera y justa ley, que los cuidados
 Y amor desvanecido y ciego enfrenia
 De humanos corazones engañados.
 Yo mismo aquel dolor que me condena
 Busco, y mi perdición, y hago queja
 Del cielo, que mis impetus refrena.
 ¡Cuán pocas veces la pasión nos deja!
 Cuán presto la alegría queda muerta,
 Y no siendo aun hallado, el bien se aleja!
 Como desierta, oscura, vía incierta,
 Que se revuelve en sí, sin dar camino
 A quien, de ella saliendo, apenas acierta;
 Así es la vida nuestra, que continuo
 Segnimos ofuscados, sin que atienda
 A remediar el ánimo mezquino;
 Hasta que allana el fin de la contienda
 El yerto paso, y con tormento interno
 Muestra el mortal rigor abierta senda.
 Entonces de la tierra el amor tierno
 Y la gloria caduca á la alma ingrata
 Son congoja y temor de fuego eterno.
 Las esperanzas todas desbarata
 La muerte, y al que en vicio sepultado
 Yace, en pena inmortal afflige y trata.
 Dichoso tú, que al cielo arrebatado,
 Alegre relucir ves las estrellas,
 Y usos de tus piés el mar hinchado;
 Y del viento los soplos, las centellas
 Que ilustran esparcido el aire errante,
 Y vuestras voces oyes y querellas;
 Y al Rey del alto olimpo triunfante,
 Que la tierra gobierna y pone freno
 Al mar, que no se extiende resonante;
 De gloria y piedad celeste lleno,
 Ruegas por nuestras culpas, por ventura
 De amor santo alargando el ancho seno.
 Aunque la voz del llanto y veste oscura
 No sufra de tu suerte la alegría
 Que goza de la excelsa hermosura,
 Permite que tu muerte y pena mía
 Publique en cuanto la grandeza hispana
 Dilata la pujante monarquía.
 Afeto son de la rudeza humana
 Estos suspiros, que osan, y lamento,
 Mostrar su afán y tu honra soberana;
 Porque perpetuo siempre el sentimiento
 Con memoria sera del bien perdido,
 Pues eras nuestra gloria y ornamento.
 Yo, al amor que te debo agradecido
 (Si algo pueden mis versos), te prometo
 Que no asconda tu nombre ingrato olvido (26);

(26) HERRERA puso este terceto en sus *Anotaciones á Garcilaso* con la variante que sigue:

Que tu nombre no asconda eterno olvido.

Antes por do el Tarteso va quieto
 Al caso inmensurable de Nereo,
 Y acoge en su profundo al sol secreto;
 Do los abetes mira fecho Ideo,
 Que lleva del mar nuevo á la corriente,
 El español muriendo en su deseo;
 Y do el limite rojo de oriente (27)
 Viste de pura luz la bella aurora,
 Do rigida impresion Islanda siente;
 Do el ludo bebe el Nilo y se colora,
 Será con mas estima venerado,
 No solo por tu ausencia, de quien llora,
 Mas de quien tu valor aventajado,
 Y oyere la excelencia de tu gloria;
 Porque, siempre de todos celebrado,
 Hará igual con el tiempo tu memoria.

SONETO CLXIX.

Hórrido invierno, que la luz serena
 Y agradable color del puro cielo
 Cubres de oscura sombra y turbio velo
 Con la mojada faz, de nieblas llena,
 Vuelve á la fria gruta y la cadena
 Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo (28)
 Que oprime con rigor el duro suelo,
 Las furias de tu impetu refrena;
 Que en tanto que en tu ira embravecido,
 Asaltas el divino hispalio río (29),
 Que corre al sacro seno de occidente,
 Yo, triste, en nube eterna del olvido
 (Culpa tuya), apartado del sol mio,
 No me enciendo en los rayos de su frente.

CLXX.

Cual dejando el olimpo soberano,
 Por la columna ebúrnea y roja frente
 Las ondas y sortijas de luciente
 Oro mi luz movió en semblante humano.
 En ellas centellando Amor tirano,
 Me anudó el corazon con red ardiente,
 Y blando puso el yngo á mi doliente
 Cuello entonces la tierna y blanca mano.
 Promesa fué este dulce acogimiento
 Para el bien de esperanza glorioso
 Y fin del peso que sufrí cansado.
 ¿Qué no podré esperar de mi tormento,
 Si en hebras que el sol mira envidioso
 Me hallo estrechamente relajado?

CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro río,
 El grave y místico son de mi lamento,
 Y confuso en tu grande crecimiento,
 Mezcla en el ponto innepso el llanto mio (30).
 Los suspiros ardientes que á ti envío,
 Antes que los derrame airado viento (31),
 Acoge en tu sonante movimiento,
 Porque se asconda en ti mi desvarío.
 No sean mas testigos de mi pena
 Los árboles, las peñas, que solían
 Responder y quejarse á mi gemido;
 Y en estas ondas altas y esta llena
 Corriente que mis lágrimas porían
 Vencer, vivan mi mal y amor crecido (32).

CLXXII.

Del fresco seno lúcido la aurora
 De tierno hielo perlas esparcía,

(27) HERRERA puso este verso en su canción á la pérdida de don Sebastian:

(28) Del nevoso Aquilon, y en aquel hielo.

(29) Asaltas el divino hesperio río.

(30) Y mezclado en tu grande crecimiento,

Lleva al padre Nereo el llanto mio.

(31) Antes que los derrame leve viento.

(32) Y en estas ondas y corriente llena,

A quien vencer mis lágrimas porían,

Viva siempre mi mal y amor crecido.

Y con purpúrea frente alegre abría (33)
 El esplendor suave que atesora.
 El sereno confin de Euro y de Flora (34)
 Con la rosada llama que enciendia
 Delio, aun no rojo bien, al nuevo día (35)
 Esclarece y esmalta, orla y colora.
 Cuando sale mi Luz, y en oriente
 Desmaya el puro ardor, ¡oh vos del cielo (36)
 Yagás lumbres! si tanto se consiente,
 Digo con vuestra paz que en mortal velo,
 Mas que vos bella apareció y fulgente
 Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo (37).

CLXXIII.

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,
 Que desdeñó el valor nunca vencido
 De su inmortal espíritu encendido,
 Quedar mortal, sujeto al comun fuero;
 Tal yo, que en la sercua lumbre mnero
 De mi Estrella inflamado, aunque el perdido
 Dolor me trae misero, rendido,
 Eterno en su vigor vivir espero;
 Mas ¡cuánto desigual es nuestra suerte!
 Que el veneno acabó su fuerte pecho,
 Y del error nació su grande gloria;
 Pero mi luz no se preció en mi muerte,
 Y yo en sus rayos vivo, incendio hecho;
 Perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

CLXXIV.

Dichoso fué el ardor, dichoso el vuelo
 Con que, desamparado de la vida,
 Ió Icaro en su gloria esclarecida
 Nombre insigne al salado y hondo suelo (38),
 Y quien despeñó el rayo dende el cielo
 En la onda del Eridano encendidá,
 Que llorosa lamenta y afligida
 Lampecie en el hojoso y duro velo (39).
 Pues de uno y otro eterna es la osadía
 Y el generoso intento, que á la muerte
 Negaron el valor de sus despojos,
 Yo, mas dichoso en la alta empresa mia.
 Que en el olimpo me encumbró mi suerte (40),
 Y ardi vivo en la luz de vuestros ojos.

CANCION VII.

Este lugar desierto
 Y este silencio oscuro y escondido,
 Do el sol no halla abierto
 El paso al carro ardiente,
 Testigos de mi dulce bien perdido
 Son, y del daño cierto;
 Memoria amarga de mi gloria ausente,
 Do cansa al pensamiento
 El molesto dolor de mi tormento.
 Aquí junto á las flores,
 Al pié de este alto lauro coronado,
 Volaban los amores
 Por la purpúrea frente,
 Que el cerco, en hebras de oro relazado,
 Con los varios colores
 De las dichosas piedras de Oriente

A la aura desecubria,
 Y al Amor mesmo de su amor heria.
 Volaban rociando
 Con la ambrosia el rosado apuesto cuello,
 Y suspenso mirando
 Su luz, yo ardia en fuego,
 Preso en sortijas bellas del cabello;
 Y vi mi muerte cuando
 Vi en sus ojos opuesto el niño ciego,
 Y en su nevado pecho
 Quedó espíritu dulce el Amor hecho.
 Perlas, que en rojo seno
 Y del Niseo Idáspes relucian
 En el curso sereno,
 Muchas coronas juntas
 Formaban en las trenzas que ceñían
 El oro, de ámbar lleno,
 Y esparciendo distantes ricas puntas
 Por la frente, ardió luego
 Mi alma precurosa en vivo saego.
 Cuál fué mi acerba pena
 Viendo en su pura luz nacer mi muerte,
 Conoce quien ordena
 Que muera en tibio olvido
 Con esquivo enidado de mi suerte.
 ¡Cuán presto desordena
 Amor lo que desea un afligido!
 Que luego en la mudanza
 Corta el vuelo, sin tiempo á la esperanza.

Pequeña fué mi gloria,
 Pero grande el afán y grande el daño
 Que dejó en la memoria
 De belleza deseo,
 Y dejé á la alma triste cierto engaño;
 Que en su misera historia
 Vuelve y revuelve el simple devaneo;
 Y lleva por despojos
 Fuego en el corazon, llanto en los ojos.
 Vago y sereno rio,
 Tú, que alegre aspirabas á mi canto;
 Alto monte, y tú, frio
 Bosque, solo y oscuro,
 ¿Cuántas veces oído habeis mi llanto?
 Cuántas el pesar mio
 Vuestro silencio perturbó seguro,
 Sin ver de aquella ingrata
 Menos desden ó voluntad mas grata?
 Su nombre en la corteza
 Vuestra extendiendo, en llanto deshacia
 Mis ojos con terneza,
 Y en el lugar donde ella
 Se reclinó, cuitoso me tendia;
 Y atento en su belleza,
 Hasta que daba luz la Idalia estrella,
 Allí estaba llorando,
 Y en mis quejas al cielo importunando.
 Pasó mi bien ligero
 Cual niebla, que la esparce y rompe el viento;
 Quédome dolor fiero,
 Que nunca de mi parte,
 Y en su memoria desmayarme siento,
 Y siempre desespero
 Que el tiempo en mí deshaga alguna parte;
 Y puesto en tal extremo,
 Ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

ELEGIA XIX.

Si el grave mal que el corazon me parte,
 Y tiene siempre en áspero tormento (41),
 Sin darme de sosiego alguna parte,
 Pusiese fin al misero lamento
 Que en mis ojos conoce lastimoso
 Solo en eterna pena propio asiento,
 Podría yo vuestro dolor quejoso
 Consolar, como bien ejercitado,
 Señor, en mi pasión y afán cuitoso (42);

- (41) Y siempre tiene en áspero tormento.— Edición 1.^a
 (42) Pusiese fin al misero lamento
 Que en los húmidos cercos de mis ojos
 Conoce solo su perpetuo asiento;
 Podría yo, Señor, vuestros enojos

- (33) Del fresco seno ya la blanca aurora
 Perlas de hielo puras esparcia,
 Y con serena frente alegre abría
 El esplendor suave que atesora.
 (34) El túbido confin de Euro y de Flora.
 (35) Delio, aun no rojo, al tierno y nuevo día.
 (36) Desmaya el vivo lustre; ¡oh vos del cielo.
 (37) Pareció mas que vos bella y fulgente
 Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo.
 (38) En las Anotaciones á Garcilaso se halla este soneto con
 variantes:

- Dió nombre á su memoria esclarecida
 Icaro en el salado y hondo suelo.
 (39) Y quien el rayo derribó del cielo,
 Culpa de la carrera mal regida,
 Que Lampecie llorosa y afligida
 Lamenta en el hojoso y duro velo.
 (40) Pues al cielo llegué con nueva suerte.

Pero nunca permite Amor airado,
O que levante la cerviz cansada (43),
O en algo desocupe mi cuidado.
Por la prolija senda y no acabada
De mi dolor prosigo, y mi porfía
En el mayor peligro es mas osada.
En silencio de oscura noche fria
Me aflige el miedo triste del olvido (44),
Ausente de la luz de la alma mia;
Y en la sombra del aire desparcido
Se me presenta la vision dichosa,
Cierto descanso al ánimo afligido;
Mas veo mi serena Luz hermosa
Cubrirse, porque en ella haber espero
Sepulcro, cual perdida mariposa (45).
Entonces me derriba el dolor fiero,
Y mi llorosa faz fijando en ella,
Como cisne que hiere el son postrero (46),
Digo: Luz de mi alma, pura Estrella,
Si vos turba el osado intento mio (47),
Y por eso celais la imagen bella,
Ponedme, no en rigor de duro frio (48),
Mas donde á la abrasada Africa enciende
El horrible calor del seco estio (49);
Y allí veréis que al corazon no ofende
Su fuerza toda; que el sutil veneno
Que de vos lo penetra, lo defiende.
No me escondais el resplandor sereno;
Que siempre he de seguir vuestra belleza,
Cual Cielic al sol, de ardientes rayos lleno.
Aho, mas con temor, vuestra grandeza
Para afinar ufano en vuestro fuego (50),
Lo que esta en mí defiende vil corteza (1).
Que es mucha gloria mia yo no niego (2);
Pero por este paso en alto vuelo
Do sin vos no es posible, osando llevo (3);
Y separada del umbroso velo,
Como desea estar, mi alma pura
Se halla, y mira leda el claro cielo (4).
Espero á vuestra sola hermosura,
Por bien tan excelente, con memoria
Del tiempo y su furor hacer segura (5).
No grabaré en columnas vuestra historia,
Ni en las tablas con lumbres engañadas,
Ni vos daré con sombras falsas gloria (6);
Mas en eternas cartas y sagradas,
Con la virtud que Febo Apolo inspira
De las Cirreas cumbres ensalzadas.
Y si á do opreso Atlante no respira
Con la pesada carga, y á do suena
Turbado el alto Ganges, lleno de ira;
Y si á do el hondo Argiro la ancha vena
Derrama, y el Duina grande y frio (7)
Las tardas ondas con el hielo enfrena,
No pudiere alcanzar el canlo mio,
Honraré vuestra gloria y mis enojos (8)
Cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro rio.
Seré dichoso yo, el que los despojos
Con pecho humilde y con rendida frente

Consolar, como bien ejercitado,
Del ansioso afán en los despojos.
(43) Que yo levante la cerviz cansada.
(44) En el silencio de la noche fria
Me hiere el miedo del eterno olvido.
(45) Sepulcro, como simple mariposa.
(46) Cual cisne hiere el aire en son postrero.
(47) Si os perturba el osado intento mio.
(48) Ponedme, no en horror de duro frio.
(49) El cálido vapor del seco estio.
(50) Para apurar en vuestro sacro fuego.
(1) Lo que en mí guarda esta mortal corteza.
(2) Que sea inmensa gloria yo no niego.
(3) Do es sin vos imposible alcanzar, llevo.
(4) Se halla alegre en el luciente cielo.
(5) Yo espero á vuestra sola hermosura,
(6) Por tanto bien, con immortal memoria
Hacer del tiempo y su furor segura.
(7) Y sombras falsas os daré la gloria.
(8) Y si á do el Nilo la secreta vena
Derrama, y á do el Duina grande y frio.
(9) Al menos honraré vuestra belleza.

Osé entregar, mi Luz, á vuestros ojos (9).
Así le digo; y virudo el oriente,
Do el cielo y tierra tocan, esmaltado,
Y que mi Luz se asconde en occidente,
Al triste ministerio del cuidado
Vuelvo, ofendido de mi pena intensa (10),
De vida si, no de pasión cansado.
En tal suerte con la alma al mil suspenso
Me halla el canto vuestro, que florece,
Y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa (11);
Y al rudo ingenio oscuro mio ofrece
Con eterno valor perpetua fama,
Del ardor premio justo, que en vos crece (12).
Si do el deseo noble que me inflama
Fuese mi voz, seria, en honra vuestra,
Una siempre immortal y viva llama (13);
Mas fortuna no sufre, al fin siniestra,
Que intente este gran bien; y así, me deja
Hacer solo esta corta y simple muestra (14).
El tracio amante, á cuya dulce queja
El severo Pluton enternecido
Rinde aquella que en sombra se le aleja (15),
Cuando en el frio Ródope y tendido
Yugo del alto y áspero Pangeo
Llorando se acuitó y gimió perdido (16),
Y trajo al son del número febeo
Las peñas, fieras y árboles mezclados,
Y el coro que baño el florido Olmeo (17),
Con inmortales versos y sagrados
En la escondida niebla refería
Los principios del mundo comenzados,
El sol ardiente, Cintia blanca y fria,
Los celestiales giros y pureza (18)
De la alta inmensa luz, y la armonía.
Arrebatado en la mayor grandeza
Del tenebroso cerco reluciente,
Cantó el candor profundo y su riqueza;
Mas porque al mortal ánimo doliente,
De sentir su belleza excelsa indino,
Turbaba aquel fulgor y ardor presente (19),
Con otro canto menos puro y dino,
Pero sublime y que rudeza humana
Huye, y sigue difícil el camino (20),
Volvió á herir la lira soberana,
Honrando á quien la bella Melpomene
Con blandos ojos mira, y la profusa (21)
Multitud despreciada lo sostiene,
Do alegre nunca verse el héroe puede:
Que el favor largo suyo jamás tiene (22).
A este solo el felice bien concede
Que libre, cuando llegue la impia muerte,

- (9) Seré el primero yo que con pureza
De corazon y con humilde frente
Osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.
(10) Al lloroso ejercicio del cuidado
Vuelvo, de mis trabajos perseguido.
(11) En tal misero estado aquí perdido
Me halla el canto vuestro, que esclarece
Y guarda vuestra gloria del olvido.
(12) Y al rudo ingenio y nombre mio ofrece
Eternamente no causada fama,
Merced del ardor sacro que en vos crece.
(13) Si do el deseo justo que me inflama
Fuese mi voz, seria en honra vuestra
Una immortal y siempre viva llama.
(14) Pero no sufre la fortuna vuestra
Que intente tanto bien; y así, me deja
Desplegar solo esta pequeña muestra.
(15) Vuelve aquella que en sombra del se aleja.
(16) Cantó llorando con dolor perdido.
(17) Y atento el coro que baño el Olmeo.
(18) Los celestiales giros y belleza.
(19) Indino de sentir su hermosura,
Se ofuscaba en aquella luz presente.
(20) Con otra voz menos excelsa y pura,
Pero sublime y que rudeza humana
Desdeña, y solo la virtud procura.
(21) Volvió á sonar la lira soberana;
Honrando á quien la bella Melpomene
Léjos de tanta multitud profana.
(22) Con blandos ojos mira y lo sostiene
En alteza, do nunca ver se puede
El gran varon que su favor no tiene.

De su furor y olvido y sombra quede (25).

Aquel también que mereció tal suerte
Que el sacro ve su ensalce su alabanza (24),
No temerá el agudo hierro fuerte.

Tal, de las ansas gloria y esperanza,
Dió a la inmortaldad el paso abierto
Quien celebró de Grecia la venganza (23);

Y el otro no menor (y no es incierto
Lo que tú, fama, alfinas) que el troyano
Piadoso cantó, y al dañado muerto (26).

Tal el suave espíritu romano
Huyó con Delia el lago Estigio lento (27),
Y el blando, el terso y el gentil Toscano (28).

Por esta senda sube con aliento
El culto Laso, prez y honor de España,
Mezclado en el pierro ayuntamiento (29).

Do, si al deseo mío Amor no engaña,
Pierso en la cumbre veros venturoso,
Que riega, y la Castalia hufa baña (50),

Si en medio el curso no perdeis dudoso (51)

La vía llana á vos, y no ofendido

Llevais por ella el paso trabajado (52).

El rico Tajo vuestro conocido

Será por vos do extiende el curso el Indo (53),

Y el collado de Cintia, esclarecido (54)

Con tal honra, será otro nuevo Pindo.

SONETO CLXXV.

Ya pues que no resiste mi esperanza

De esta ausencia mortal el golpe fiero,

Y cuido que será dolor postrero

Este que renació en vuestra mudanza,

Acabado con mis ansias la venganza,

Que si de esta ocasion injusta muero,

Libre, que en vida triste nunca espero,

Sentiré en tanto afán tal vez bonanza.

Y si vos no sufrís que mi tormento

Ponga término al daño con la muerte,

Porque jamás descanse de mi pena,

Diré contra mí mal que mas contento

Estoy con la dureza de mi suerte,

Pues esto quiere en mí quien me condena.

CLXXVI.

Voy siguiendo la fuerza de mi hado

Por este campo estéril y escondido;

Todo calla, y no cesa mi gemido,

Y lloro ansente el bien que vi engañado (55).

Crece el camino y crece mi cuidado,

Que nunca mi dolor pone en olvido;

El curso al fin acaba, aunque extendido,

Pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué aprovecha en un duro afán presente

Rehuir, si se esculpe en la memoria (56),

Y frescas muestra siempre las señales?

Vuela Amor en mi alcance, y no consiente

(25) A este solo tanto bien concede,
Que cuando llegue la implacable muerte,
Libre de su furor, viviendo quede.

(24) Que el sacro verso haga del memoria
No temerá su agudo hierro fuerte.

(23) Tal por este camino dió á la gloria
De la inmortalidad el paso abierto
Quien celebró de Grecia la vitoria.

(26) Y el otro mayor que él (si no es incierto
Lo que la fama alfinas), que el troyano
Puso en Italia y cantó á Turno muerto.

(27) Huyó con Delia del mortal tormento.

(28) Y el puro, el terso y el gentil Toscano.

(29) Por esta senda sube al alto asiento
Laso, gloria inmortal de toda España,
Mezclado en el sagrado ayuntamiento.

(50) Yo espero veros siendo colocado
En la alta cumbre que Castalia baña.

(51) Si en medio el curso no dejais cansado.

(52) Llevais por ella el paso acostumbrado.

(53) Será por vos, adonde riega el Indo.

(54) Y el collado de Cintia esclarecido.

(55) Y lloro la desdicha de mi estado.

(56) ¿Qué vale contra un mal siempre presente

Apartarse y huir, si en la memoria

Se estampá y muestra frescas las señales?

En mi afrenta que olvide aquella historia
Que descubrió la senda de mis males.

CLXXVII.

A do inclino los ojos, allí veo

De mi ingrata enemiga la belleza,

Y en dulce sentimiento de terneza

Cuitoso con mi pena devaneo

Cuanto deho en mi mal á mi deseo,

Que entibia mi dolor con tal destreza;

Que cuando mas envuelto en mi tristeza,

Desenturo lo que busco y mas deseo.

Si este engañoso velo de mi daño

No sustentara el pecho, acostumbrado

Al perpetuo furor de mi tormento,

¿Ya fuera muerto; mas dañoso engaño,

Que me enlazas de nuevo en mi cuidado,

¿Por qué me huyes mas veloz que el viento?

CLXXVIII.

¿Nací yo por ventura destinado

Al amoroso engaño, y ofrecido

En mi ofensa á desden, á ingrato olvido (57),

Sujeto siempre á miserable estado?

Rompa la aguda espada el impicado

Nudo, pues de mi industria nunca ha sido

Suelto por mi dolor, que en mal perdido

El mas cruel dolor es acertado (58)

Cuelgen de este alto robe los despojos

De mi penoso error, y la que incierto

Me sostuvo esperanza un tiempo, muera (59);

Que ya no doy lugar á bellos ojos

Ni á dulce risa y habla lisonjera (40):

Y en él se escriba: «Amor quedó aquí muerto.»

CLXXIX.

Mi bien, que tardo fué á llegar, en vuelo

Pasó, cual rota niebla por el viento,

Y creció siempre horrible mi tormento (41)

Después que me cercó el temor y el hielo.

Alzaba mi esperanza al alto cielo;

Pero en el comenzado movimiento

Cayó muerta, y llorando sin aliento,

Me lastimo, desierto en este suelo (42),

Donde, pagado solo de mi llanto,

Huyo aun livianas muestras de alegría (43),

Ausente, aborrecido y olvidado.

Triste memoria indina esfuerza el canto,

Y quejoso en la instante pena mía,

Descanso cuando gimo mas cuitado (44).

CLXXX.

Nó espero mas de Faeton luciente

Ni de la blanca Cintia noche ó día;

Discurra Iperion por otra vía,

Y Proserpina ocupe el Oriente;

Porque los dulces rayos de la frente

Que el cielo de la Estrella ilustran mía,

Son mi Apolo y mi Delia, cierta guía

En la oscura tiniebla y luz presente.

En tanta gloria ofende mi flaqueza;

Que tolerar no puedo en ella atento,

Cual águila, el ardor de su belleza.

Dichoso yo si, como el gran deseo

De cegar en la causa del tormento,

Argos fuera tal vez, después Fínco.

(57) HERRERA, en SUS Anotaciones á Garcilaso:

Al amoroso fuego, y que encendido

Me vea á desden grave, á duro olvido.

(58) El remedio cruel es acertado.

(59) De mi engañado amor, y la esperanza

Muera que un tiempo me sostuvo muerto.

(40) Ni á falsa risa y vana confianza,

(41) Y fué siempre terrible mi tormento.

(42) Cayó muerta, y sin fuerza y sin aliento

Llorando estoy, desierto en este suelo.

(43) Do solo, satisfecho de mi llanto,

Huyo todas las muestras de alegría.

(44) Membranzas tristes viven en mi canto;

Y puesto en la instante pena mía,

Descanso cuando estoy mas lastimado.

LIBRO SEGUNDO.

ELEGIA PRIMERA.

Mi Luz, el esplendor de esa belleza
 Dió aliento al simple mío y débil canto,
 Y de Pieria me encumbró en la alteza.
 Ni del pedido carro el miedo tanto,
 Ni el fuego me cortó el atrevimiento,
 Que Faetusa por mí acabase en llanto.
 Llegó á mi solo bien el pensamiento;
 Que solo se debía á mi ventura
 Tal bien, tal esperanza y tal tormento.
 Tanto puede el valor y hermosa
 De vuestros ojos, que temer ya dudo
 Que me encubra en olvido muerte oscura.
 No alcanzara tal bien mi ingenio rudo
 Si vuestro alegre espíritu amoroso
 No armara al miedo el corazón desnudo.
 Creció el ardor con ímpetu dichoso,
 Y abrasó en su virtud mi tibio pecho,
 Vuelto ligero todo y generoso.
 El gran toscano amante, que deshecho
 De amor, cantó su pena dulcemente,
 Y quien de Adria lo sigue en el estrecho;
 Y aquel por quien Sebeto alza la frente
 Con guirnaldas hermosas y corales,
 Do Pausilipo al mar airado siente;
 Y quien del rico Tajo los cristales
 Mezcla, no inferior al Arno frío,
 Tierno en encarecer sus propios males,
 No igualan con la pena y dolor mío;
 Bien que suena menor al fin mi lira,
 Ni fué tal su famoso desvarío.
 Mas pues mi alma misera suspira
 Por vos, mis ojos, donde muero y vivo,
 Flaqueza es mía si á exceder no aspira.
 En no acabado incendio yo me avivo,
 Y hallo efectos que jamás pensados
 Pueden ser de otro pecho á vos esquivo.
 Estos pasos, que llevo tan contados,
 El temor, el respeto, la esperanza,
 Los favores sin tiempo enajenados,
 En dudoso recelo y confianza
 Me tienen trasportado, y mi porfía
 Sigue por toda parte su mudanza.
 Si adonde el rojo sol su luz desvia,
 O á do hiere su fuerza ardiente arena,
 Me pudiese poner la suerte mia,
 Entre el hielo desierto con mi pena
 Estaría contento, entre la llama
 Sonando en mis piés presos la cadena.
 Yo sé con qué vigor amor inflama
 Sujetas voluntades, y que nieve
 Lento en amado corazón derrama.
 Yo sé que, aunque de nuevo ingrato pruebe
 Su saña en mí, no olvidaré el cuidado
 Ni el daño luengo ni el descanso breve;
 Que solo á do estuviere y apartado,
 La imagen de belleza soberana
 Ya sabe que en mi pecho he transformado;
 Donde jamás entró beldad profana
 Despues que vi su luz, y á su deseo
 Quedó mi voluntad rendida y llana.
 Y allí, cuando á occidente el rayo ideo
 Va, ó la aurora su limite esclarece,
 Con la mas pura lumbré arder la veo.
 Mi alma goza el bien que amor le ofrece,
 Y humilde envía nuevos los despojos;
 Y cuanto mas vencida, tanto crece
 En ella el fuego vuestro, bellos ojos.

SONETO PRIMERO.

De la luz en que espira amor herido
 Al corazón altivo y desdeñoso
 Pasó, rompiendo el rayo glorioso
 La sombra, en que dormía, del olvido.
 Bolióme entonces mucho haber perdido
 Un punto y vi, en mi mal dolor dudoso,
 Gloria cierta, afán breve, bien dichoso,
 Y el deseo en sus votos ya vencido.
 De hoy mas amo y adoro cuantos daños,
 Celoso de mi suerte, Amor procura,
 Bienes viendo exhalar sus ojos bellos.
 Eternos corran mis felices años,
 Y á mi alma abrasada en llama pura
 Siempre enlace la red de sus cabellos.

II.

Si fuera esta la misma de belleza
 Luz que mi dulce rey pintó serena,
 Juzgando lo que siento de mi pena,
 Pensara en ella ver vuestra grandeza;
 Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza
 No admite, y del deseo me condena:
 Que Amor no sufre, oh celestial sirena,
 Ni sufre veros cerca vuestra alteza.
 Y es justo; que si viera de otra suerte,
 Creciera con tal ímpetu mi llama,
 Que mis cenizas fueran los despojos.
 Mas, ¡oh dichoso yo si de tal muerte
 Acabara; que el fuego que me inflama,
 Cual fénix, me avivara en vuestros ojos.

III.

Tú gozas la luz bella en claro día,
 Dichoso Endimión, de tu Diana;
 Mi Luz yo veo con la luz temprana,
 Y deseando pierdo mi alegría.
 Tú duermes blando sueño en noche fría,
 Hasta que sale la alba roja y cana;
 Yo velo con herida nunca sana
 La sombra siempre y luz sin la Luz mia.
 En tu rosada frente y dulces ojos
 Delia suspira, y tu robado aliento
 De su pasado afán le aquista gloria;
 Yo mi Luz sin dolor de mis enojos
 Veo con rayos de oro en alto asiento
 Ingrata al que padece en su memoria.

IV.

El suave esplendor de la belleza,
 Que alegre en vos espira dulcemente,
 Y ta serena luz do Amor presente
 Tempa los puros rayos de terneza,
 En el mas claro asiento de la alteza
 Vos hacen entre tantas diferente,
 Que por vos glorioso el Occidente
 Su nombre solo ensalza con grandeza.
 Mas el valor, el noble entendimiento,
 El espíritu, el intento generoso,
 Aseñando á la region de luz serena;
 Y fuera del humano sentimiento
 De envidia, sin temor llamarnos oso
 ¡Oh sola en nuestra edad, bella sirena!

V.

Cuán bien, oscura noche, al dolor mío
 Conformas, y resuenas á mi llanto,

Murmurando con sordo y triste canto
Entre estas duras peñas, alto río.
Oyame este desnudo cielo frío
Si tanto con mis quejas me levanto;
Mas, pues no espero bien en daño tanto,
Vana es la queja y mal en que porfio.
Rompa del corazón mas tierna parte
Mi gran pesar, acábase encubierto,
Y á tal agravio falte la memoria;
Que no es justo que en esta ú otra parte
Se diga que perdí, sin culpa muerto,
Las debidas promesas de mi gloria,

CANCION PRIMERA.

Amor, tú que en los tiernos, bellos ojos,
Bañados dulcemente en lluvia de oro,
Centellaste, las alas esparciendo,
Y mi pecho encendiendo,
Nuevamente aquistaste los despojos;
Tu hacha pido y tu favor adoro
Para ensalzar la Luz de mi cuidado.
Las trenzas que aura mueve
Por el mármoleo cuello, que la nieve
Pura vence en blancura, y el rosado
Color, que yace al fin con pena grave
En sombra desteñido
Tiernamente de viola suave,
Do me enredé otra vez preso y perdido,
Y en la robada forma de belleza
Cantaré tu valor y su grandeza.

Cual fucila en la sola noche oscura,
Honor del cielo y astros, el lucero,
De ti, Venus hermosa, Amor hermoso;
Tal con ardor dichoso
De mi Luz el vigor y hermosura
En el horror se descubrió primero,
Y la niebla rompió, mostrando el día
En el nubloso manto,
Y con el regalado y dulce llanto
Enterneció el dolor á la alma mia.
Rocio celestial, que en vario lustre
Las nubes hace bellas,
Cuando esparce sus rayos Febo ilustre
No iguala en el color á sus centellas;
Que en perlas, esmeraldas y safiros
Trajeron de mi pecho mil suspiros.

No mereció esta lluvia el suelo indino,
Aunque el repuesto sitio y escondido
Enriquezca por ella alegre Flora,
Que ya excede á la aurora;
Esta, de quien el cielo era bien dino,
Herido destiló el amor ufano,
Y quien dejó las ondas de Citera
Por el asirio amante.
Esta, ocasion instante
De mi afán y mi muerte lastimera,
En fuego me abrasó, dando á mis males
Nueva suerte de pena
Y origen á mis cuitas desiguales.
No habrá canto agradable de sirena,
Ni de perseida circe tal engaño,
Que cual mi Luz llorosa cause daño.

Las hebras esparcidas por el cuello,
Cual oro en hilos vuelto y derramado
Sobre el terso márfil, que el nanso viento
Toca ledo y contento,
Cogidas unas van en lazo bello,
Sin arte libres otras y cuidado.
Cuál juega errando incierta por la frente,
Cuál cubre un sutil velo;
Así el dorado ardor y luz del cielo,
Aun no enciellan las nubes de occidente,
En unas hace amor el yugo, y tiene
En otras fabricada
La red en que mi amado error sostiene,
Presas de ricas piedras y esmaltada,
De todas vida y muerte se me ofrece,
Y siempre en el dolor mi suerte crece.

No he visto yo de púrpura encendida
Desvanecer la gracia á nueva rosa,
Que solo se descubra su blancura,

Que así quede tan pura,
Tan bella, tierna y de color perdida,
Cuanto mi Luz, turbada y lastimosa.
Blanco alabastro el rostro parecía,
Blando y descolorido,
De pasión y de lástima ofendido,
Que me robó el sosiego y alegría.
La alba, cuando enlazado al hombro ciñe
El manto entretejido,
Que la concha sidonia en orlas tiñe,
Se rinde á su semblante eternecido;
Tal es Amor hermoso y Venus bella,
Cual mi pura y luciente y clara Estrella.
La luz mielrosa pues, y esmaltes de oro
Sin orden apartados, la belleza
Del rostro blandamente desmayado,
Si no fuera el cuidado
Que tengo suyo, y el valor que honoro,
Me inclinara al poder de su grandeza.
Y aunque de su señal halló apuntada
Mi frente, y preso el cuello
Del glorioso cerco del cabello,
Mi alma se sintió y paró alterada,
Las alas sacudió, y ardió en el fuego
Que en sus centellas luce;
Quedé, cual rindo amante, opreso y ciego.
Crece la llama súbita y reluce
En las entrañas mías, y conmigo
De mi mal en la ausencia soy testigo.

Bien creo yo que puede una luz bella
Arder en amoroso pecho y tierno,
Y desatallar en la ceniza ardiente;
Mas que pueda á mi ausente
Pecho atraer la fuerza de mi estrella,
Y abrasar en un Etna ó Vesbio eterno,
Estando triste, sin cuidado, ajena
Del apuesto ornamento
Y llena de cuitoso sentimiento,
Que mueve mas á lástima que á pena,
Y que en ella se admira aquella gloria
De eterna hermosura
Con el dolor que siente en la memoria
Y en la virtud que resta en su figura;
Esto es prez de belleza soberana,
Que no debe alabar lengua profana.

Ya no procure Amor para mi daño
La dorada raíz, el vario nudo,
La luz, púrpura, nieve y el rocío,
Pues no es al dolor mio
Remedio alguno del tormento extraño
Luz llorosa, oro suelto y el desnudo
Color de no tocada y blanca nieve;
Que en ellos estoy solo
Atento, como Clíctie al rojo Apolo.
Y aunque ya mi temor en vano pruebe
Sacarme de este fuego que me enciende,
Ni el amor lo permite,
Ni quiero de la llama que me ofende
Huir, ni que el pavor mi afrenta evite;
Porque yo sé que gano con la muerte
Presente nueva vida y alta suerte.

Tú, sacro Amor, que con doradas alas
Atraviesas del austro al oriente,
Y abres con tu fuerza el mar sonante,
Y á Febo, al arrogante
Marte subiendo vences, y alto igualas
A Jove y sobrepujas; tú presente,
Pues viste la Luz mia, dame aliento
Para extremar sus glorias,
Tus engaños, tus fuerzas y vitorias,
Mi firmeza, mi cuita y mi lamento.
Yo no demandó premio ni deseo;
Que bien sé que no debo
Esperar algún bien á mi deseo;
Mas por el mal que siempre humilde llevo,
Te pido, no remedio, sino alguna
Mudanza en el tenor de mi fortuna.

Tú esculpiste, admitiendo bien mis ojos
La belleza, en el pecho su semblanza,
Y en él resplandeciendo por las venas,
De su forma no ajenas,
Cobro aliento y reparo á mis enojos,

Y descubro á mis ansias esperanzas.
De aquí nace el valor que de la tierra
Me alza á la inmensa alteza,
Y hace que aborrezca esta corteza,
Que lo mejor que es mío dentro encierra;
Y el puro ardor me vuelve en pura llama,
Y en la sagrada cumbre
La vista hermosa mas me llama
De la inmortal, celeste, impírea lumbre;
Y todo el bien, Amor, de tí proviene,
Y el ancho mundo en tu poder sostiene.

SONETO VI.

Serena Luz, presente, en quien espira (1)
Divino amor, que enciende y junto enfrena
Pecho gentil, que en la mortal cadena
Al alto olimpo glorioso aspira (2);
Ricos cercos y oro, do se mira (3)
Tesoro celestial de eterna vena;
Armonía de angélica sirena,
Que entre las perlas y el coral respira,
¿Cuál nueva maravilla, cuál ejemplo
De la inmortal grandeza nos descubre
La sombra del hermoso y puro velo? (4).
Que yo en esa belleza que contemplo,
Aunque á mi flaca vista fende y cubre,
La inmensa busco y voy siguiendo al cielo.

VII.

En sortijas y flores de oro ardiente,
De perlas y rubies coronada,
Con hermosas figuras enlazada,
Cercó mi Luz la bella y blanca frente.
Los olores que siembra el oriente,
Y la ámbra que en sus hebras fué sagrada,
Se movieron con la aura sosegada,
Cual en el manso mar el sol luciente.
Espíritus de amor en aquel fuego
Armaron las saetas y cadena,
Y ardió el cruel, herido y preso cuello.
Yo, traspasado el pecho, quedé ciego;
Mas fué mucho mayor mi acerba pena,
Que en llama eterna me enredó el cabello.

VIII.

Si intentas imitar mi luz hermosa,
Templar, oh grande artífice, procura
En el candor de nieve llama pura,
Y confundir los lirios con la rosa;
Y será el color de ellos la amorosa
Terneza que florece con dulzura
Suaavemente en su gentil figura,
Si la arte es para tanto poderosa.
Mezcla cinamo negro y sirio nardo,
Casia, encienso, en que cubre el rico nido
Vivo el arabio fénix en su muerte;
Que si no te atraviesa el duro dardo
De su vista, dichoso y atrevido,
Dar podrás muestra alguna de esta suerte.

IX.

Cual de oro era el cabello ensortijado,
Y en mil varias lazadas dividido,
Y en tanto en mas figuras esparcido,
Tanto de mas centellas ilustrado.
Tal, de lucientes hebras coronado,
Fébo aparece en llamas encendido;
Tal discurre en el polo esclarecido (5)
Un ardiente cometa arrebatado.
Debajo el puro, propio y sutil velo,
Amor, gracia, valor, y la belleza (6)
Templada en nieve y púrpura se vía.

- (1) Serena luz en quien presente espira.
(2) El noble pecho que en mortal cadena
Al alto olimpo levantarse aspira.
(3) Ricos cercos dorados, do se mira.
(4) Aquesa sombra del hermoso velo.
(5) Tal discurre en el cielo esclarecido.
(6) Amor, gracia y valor y la belleza.

Pensara que se abrió esta vez el cielo,
Y mostró su poder y su riqueza,
Si no fuera la luz de la alma mía.

X.

En esta helada parte, do no envía
Su agudo rayo el sol á intensa nieve,
Quiere Amor que en ausencia el dolor lleve,
Siempre en sombra y horror y en luz del día.
De estos ojos el llanto se desvía
Jamás, y si descanso un tiempo breve,
Con soledad llorosa pluvia llueve
De ellos continuo á la alma triste mía.
No me rinde mi mal, que en él ya hecho
Estoy á padecer; mas verme ausente
Y en una vida muerta condenado,
Do el fuego me atormenta en vano el pecho,
Do veo sin remedio el bien presente
Para mas confusion de mi cuidado.

XI.

En vano error de dulce engaño espero,
Y en la esperanza de mi bien portio;
Y aunque veo acabarme, el desvario
Me inclina del amor adonde muero (7).
Ojos, de mi deseo fin postrero,
Sola ocasion al alto furor mío,
Abrid la luz, romped el temor frío
Que me derriba opreso en dolor fiero (8);
Porque es mi pena tal, que tanta gloria
No cabe en ella, y pierdo el seso cuando
Al mal que no merezco osando llevo (9).
Pues venzo mi pasión con la memoria,
Y con la honra de saber pensando
Que á Troya no encendió tan bello fuego (10).

ELEGIA II.

Rendimiento enamorado (11).

Esta amorosa Luz, serena y bella,
Que en el usado curso á la alma mía
Es eterno esplendor, y al cielo estrella;
Esta, que en sombra oscura, en claro día,
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en si nevada y fria;
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me trajo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega
El sentido, acabó el dolor primero.
Salco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo portioso mi desseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguridad
En la fortuna mía, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza;
Ni ya huyo ni oso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me excuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.
Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues di ocasion en ello,
Su flecha cuando Amor al pecho puso.
Mi osado orgullo y mi lozano cuello,
La razon y el gallardo pensamiento

- (7) Y aunque veo perderme, el desvario
Me lleva del amor adonde muero.
(8) Sola ocasion del alto furor mío,
Tended la luz, romped aqueste frío,
Temor que me derriba en dolor fiero.
(9) Porque mi pena es tal, que tanta gloria
En mí no cabe, y desespero cuando
Veo que el mal no debo merecello.
(10) Que nunca á Troya ardió fuego tan bello.
(11) Así la intituló Marchena.

Quedaron enredados de un cabello.

No siente en el ynsano oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relajado,
Egeon con sus nudos mas tormento.

Las trenzas de oro crespo, enortijado,
Que cual cometa ardiente resplandecen,
Esparcidas con arte ó sin cuidado;

De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,

Y en color y belleza se engrandecen,

Juntas en ricos cerros y corona,

Entre tucientes piedras anudadas,

Do mi impio rey alegre se corona;

En sus hermosas vueltas y sagradas

El corazon llevaron, y herido,

Halló el error y muerte en sus lazadas.

De allí quedé sujeto y sin sentido,

Sino para dolor, y de alegría,

En cuanto amando viva, despedido.

Conmigo este mi afán y suerte mia

Temprano acabará con pena indina,

Que no dura en dolor lengua porfia.

Pues consiente mi excelsa Luz divina

Que celebre la gloria de su nombre,

Y al cuerpo humano el fuego suyo afina,

Hacer sublime espero su renombre,

Y que en sus fines últimos la aurora

Y el negro Melo y frio mar lo nombre.

Envalce el verde lauro en voz canora

El tierno, dulce y amador Toscano,

La belleza y el bien que humilde honora;

Que yo canto, aunque el duro Amor tirano

En mis entrañas liero el odio incita,

El valor de mi Lumbre soberano.

Y si en mi pena y lástima infinita

Se me concede espacio de reposo,

Su memoria en el tiempo será escrita.

En tanto, á do alza Bétis deleitoso

Las verdes cañas y la ovasa frente

Del puro vaso de cristal hermoso;

Y con llena, espumosa, alta corriente

Entra donde Neptuno la ancha y honda

Ribera ocupa y ciñe de Occidente,

En la rica, dorada y fértil onda

Haré los sacros juegos en su gloria,

Y que el coro de náyades responda;

Y el árbol generoso de vitoria

Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto

Por sí no espera honrarse en tal memoria.

¡Cuántas veces rei del blando llanto

De Laso, cuyo igual no sufre España,

Ni tiene á quien vengre y precie tanto!

Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña

Me pareció, y aquel temor, fingido,

Que ahora siento bien su fuerza extraña.

Amor, que no comporta un atrevido

Y libertado pecho, el arco fiero

Torció, y al desarmar dió un gran sonido.

Pasóme el corazon, y con severo

Imperio me usurpó el dichoso estado

En que ufano cuidé vivir primero.

Quedé siempre cautivo y sojuzgado

De tales dos estrellas, que en el cielo

A todas la beldad han despojado;

Y en la purpúrea red y rico velo

De la hermosa frente vi mi vida

Fresa, sin esperar algun consuelo;

Mas tal bien y tal honra vi ofrecida

A los trabajos míos, que contento

Justamente la di por bien perdida.

De allí el soberbio y animoso intento

Oscuro de mi canto quedar pudo,

Que solo dió lugar á mi tormento;

Y aquel rayo de Júpiter sañudo,

Y los fieros gigantes derribados,

Principio de mis versos grande y rudo;

Y el valor de españoles olvidados

Fincaron; que pudieron en mi pena

Las mis nuevos dolores y enlodados.

Entre armas y entre liero mal resuena

Cansado el noble espíritu amoroso

Del mal, que su sosiego desordena.

Dichoso quien en verso generoso

Celebra las hazañas inmortales

Y el vigor y el esfuerzo valeroso,

O quien en las regiones celestiales

Termina el vuelo, y de su cumbre mira

La vanidad y cosas de mortales.

Quien de una bella Luz arde y suspira,

Quien se ve condenado al mal presente,

Que de su pensamiento no retira,

No puede contemplar al sol luciente

Ni admirar la virtud y el nombre ajeno;

Que amor tanto reposo no consiente.

Basta el dolor en que muriendo peno,

Si cabe esta memoria en el mal mio,

Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.

Mas yo temo que yace en horror frio

(Que el ánimo es présago de su daño)

Del olvido, en que triste desconfío

Fué siempre á mi deseo Amor extraño,

Indució mi congoja y sentimiento,

Y me encubrió la sombra de mi engaño;

Mas, pues que descontento el pensamiento,

O siga olvido ó el desden me hiera,

Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.

Por do me lleva injusta suerte fiera

Irán conmigo solos mis enojos

Hasta el fin miserable que me espera;

Y si npre volveré los mustios ojos

Donde quedó (y do yo quedar deseo)

Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.

Si de ellos levantara algun trofeo

Mi Luz, espero ver que por ventura

Tierna se muestre y mansa á mi deseo.

No es de roca engendradora alpestre y dura;

Es blanda y cortesmente piadosa,

Y causa mi pasión mi desventura.

En color de suave y pura rosa,

Dulces ojos y angélica armonia,

Y noble trato y gracia deleitosa

No reina crueldad, ni ser podria

Que en celestial belleza se hallase

Deseo de la pena y muerte mia.

Si á los hondos estrechos me llevase

Amor del indo Océano, ó perdido

En la africana arena me abrasase,

Firme siempre estaria, no rendido;

Que en pecho, mas que fino diamante,

Está fijo el cuidado y esculpido.

Si puede ser que Iperion levante

Primera luz de España, y que el corriente

Gárges no entre en el golfo resonante,

Esperar se podrá que el pecho ardiente

Oprima el frio intenso de la nieve

O mitigue su fuego vehementemente.

La lluvia que en mi faz continuo llueve

Regalar puede bien el duro hielo,

Aunque apretar su fuerza Aquilon pruebe.

Gracias humilde hago al alto cielo,

Que, ya que me perdi en mi daño cierto,

Mostró en mi tiempo esta mi estrella al suelo.

Amor, cuando el pesado cuerpo muerto

Mi espíritu dejare, á mi Luz bella

Presenta mi peligro descubierto:

Que una lágrima puede sola de ella

Renovarme la gloria de la vida.

¡Dichosa si tal bien hallase en ella!

En tanto que mi suerte aborrecida

Me aqueja, cantaré desamparado

Mi presente fortuna y la perdida,

De todas esperanzas apartado.

SONETO XII.

A Fernando Melendez de Cangas.

Ya que nublada sombra cubre, y frio,

La blanca frente de este monte alzado,

Y del grave Aquilon aliento helado

Retarda el lento curso al hondo rio,

Siento de ingrata mano al pecho mio

Nieve arrojada, y siento desmayado

Mi fuego, y culpo mi deseo osado

Y de Amor el tirano señorío;

Que por un vano h'ien, que huye luego
Y me deja dolor eterno, pierdo
De libertad amada la nobleza.
Mas ¡oh qué aierta mal quien anda ciego!
Y el que cuida, Fernando, ser mas cuerdo,
Descubre en tal hazaña mas flaqueza.

XIII.

Canté quejas y afán de injusta pena
Que padeci cuitoso y ofendido,
A todas las desdichas ofrecido
En que el amor a un misero condena.
Fué el premio en tibia voluntad ajena
Polor con esperanza, á do perdido
Deseó me inclinó, y al fin vencido,
Trayo á fuerza arrastrando la cadena.
Tú, á quien riuden su gloria insignes rios,
Favorece, Tarteso padre, el canto
Que tierno y simple en honra tuya espira;
Que si me dan lugar los males nios,
No solo oirás de amor gemido y llanto,
Mas hazañas que Marte airado inspira.

XIV.

La hidra de amoroso pensamiento,
Que rota del acero siempre crece,
Contienda áspera á la alma triste ofrece,
Rendida á la impia fuerza del tormento.
Si del olvido justo y sentimiento
La aguda espada en ella se entorpece,
Y con su daño fértil reverdece,
Por un cuidoado muerto alzando ciento,
Forzoso es el socorro al ya cansado
Alcides del trabajo, porque en fuego
Con el desden la acabe el duro hierro;
Mas recelo que en Juno Amor trocado,
La suba al cielo, y crezca en vano luego
Con nueva confusion mas grande el yerro.

XV.

Pienso en mi pena atento y mal presente,
Y procuro algun medio al daño instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que vuelvo á la ocasion la incierta frente.
Cuando me aparto y cuido estar ausente,
Menos de mi peligro estoy distante;
Voy siempre con mis culpas adelante,
Sin que de tantos yerros escarmiente.
Noble vergüenza mia, que el perdido
Valor sientes, ¿por qué no abrasa el pecho
Y vence tu virtud mi desvario?
Si del error y sombra del olvido
Me sacas, diré, en honra de este hecho,
Que solo debo á ti poder ser mio.

XVI.

De mi blanca sirena la luz pura
De tierna y bella nieve se vestía,
Y entre aquel frio dulce Amor traía
Llamas en que mi alma ardiendo apura.
Al son suave, lleno de dulzura,
Mi preso corazon con gloria mia
Deja el cuerpo, y las alas, de alegría,
A perderse en sus ojos apresura.
Cuando el hielo se rompe y encendido
Reluce, y el color de ardiente rosa
Y el pecho afina en su beldad serena;
Y yo, con tanto bien enriquecido,
Me renuevo con vida gloriosa
En la inmensa virtud de mi sirena.

XVII.

Voy por esta desierta, estéril tierra,
De antiguos pensamientos molestado,
Sin el bello esplendor del sol rosado
Que de sus puras luces me destierra (12).

(12)

Yo voy por esta solitaria tierra,
De antiguos pensamientos molestado,
Sin el bello esplendor del sol rosado,
Que de sus puras luces me destierra.

El paso á la esperanza se me cierra,
De una ardua cumbre á un cerro vó curiscado,
Con los ojos volviendo al apartado
Lugar, so'o principio de mi guerra.
Tanto bien representa la memoria,
Y tanto mal encuentra la presencia,
A que desmaya el corazon vendido (13).
¡Oh crueles despojos de mi gloria!
Descontianza, olvido, celo, ausencia!
¿Por qué estrechais á un misero rendido? (14).

CANCION II.

A doña Leonor de Milan, condesa de Gelves.

Esparece en estas flores
Pura nieve y rocío,
Blanca y serena luz de nueva aurora,
Y con varios colores
Estrene el bosque frio (13)
Los esmaltes de Céfito y de Flora (16),
Pues la excelsa Eliodora
Descubre su belleza
Do con lodo semblante
Bétis corre pujante
Y del Ponto acrecienta la grandeza;
Y vos, astros hermosos,
Mirad la última Hesperia venturosos (17).
Rojo sol, que el luciente (18)
Cercó de tu corona
Sacas del hondo piélago, mirando
Del Ganges la corriente (19),
El Darién, la Sona
Y del divino Nilo el fértil bando,
Si tú llegares cuando
Esta cándida Estrella
Alza el celeste velo (20),
Dando alegría al suelo
De los floridos ojos la luz bella (21),
De aquellos rayos ciego,
Ardorás en tus llamas hecho fuego.
Luna, que resplandeces
Sola, fria, argentada
En el callado cielo tenebroso,
Y tu sombra enriqueces (22)
En la hacha inflamada
De Titan con vigor maravilloso (23);
Si el lucero hermoso
Do el tierno amor se apura (24)
Mirares encendida
En su virtud crecida (25),

- (13) Que me desmaya el corazon vencido.
(14) ¿Por qué cansais á un misero rendido?
(15) Se vista el bosque frio.
(16) De los esmaltes de la rica Flora.
(17) Ya muestra su belleza
A do con alta frente
Da Bétis su corriente,
Llevando al mar tendida su grandeza;
Y vos, lumbres del cielo,
Mirad felices nuestro hesperio suelo.
(18) Rojo sol, que el dorado.
(19) El Ganges derramado.
(20) Esta serena Estrella
Alza al rosado cielo.
(21) Los ojos de esta Venus casta y bella.
(22) En el callado velo tenebroso,
Y tu luz enriquece.
(23) Del sol con resplandor maravilloso.
(24) Do el tierno amor se alienta.
(25) En llama esclarecida
Que á limpias almas en vigor sustenta,
Correrás por la cumbre
Con grande y siempre eterna y clara lumbre.

Después de estos versos se lee en la edicion primitiva de Herrera la siguiente estrofa, que luego suprimió en sus correcciones:

Junta á inmensa belleza
Ya está la cortesía
Y suma honestidad y humilde trato;
Con valor y grandeza,

Con mas claro esplendor y hermosura
Volarás por la cumbre,
Y la tierra ornarás de eterna lumbre.

El sacro rey de ríos,
Que nuestros campos baña,
Al bello aparecer de este lucero
Cubrió los vados fríos
Al pié de la montaña
Do vió su Febo fulgurar primero (26),
Del oro que el ibero
En las cavernas hondas
Halló, y con flores puras
Compuso en mil figuras (27),
Y con perlas el curso de las ondas,
Y rutilando el cielo,
Suave olor en torno esparció el suelo (28).

Las gracias amorosas
Con las ninfas un coro
Tejieron en el claro ondoso seno,
Y de purpúreas rosas
Envueltas en el oro
Con ámbar olorosa y flores lleno (29),
Dulce despojo ameno
Del revestido prado,
Las guirnaldas mezclaron,
Y alegres coronaron
Los lazos del cabello ensortijado (30);
Que cual de las estrellas,
Por el aire volaron sus centellas.

El alto monte verde
Que de Pálas es gloria
Su tristeza ya pierde,
Sintiendo en sí los piés de su señora,
Y le da la vitoria
Aquel do Prometeo gime y llora,
Y aquel do la sonora (31)
Lira de Tracia espira
Y el olimpo, que sube
Y vence á la aeria nube,
Y Atlante, que del peso aun no respira (32),
Pues su cumbre sostiene
La belleza que el cielo en tierra tiene.

Yo entretejer quisiera
Su nombre esclarecido
Entre la blanca luna y sol rosado (33),
Y su gloria pusiera
En el pepló extendido
Que en otra edad Aténas vió estimado,
Cuando, el tiempo llegado,
Minerva es celebrada.
¡Dichoso el año y día
Y quien ve el año y día!
Herido yace allí con asta airada (34)
El áspero Tifeo,
Que muerto pierde todo su deseo.
Mas, pues que la rudeza
De este mi indigno canto,

En el dichoso día
Que el cielo largo la volvió mas grato,
Vivo y puro retrato
De inmortal hermosura,
Rayo de amor sagrado,
Que á su consorte amado,
Consigo junto, en fuego eterno apura,
Y si parte le ofende
Es que el velo mortal su bien comprende.

- (26) Do vió resplandecer su sol primero.
(27) Procura, y con las flores
Compuso en mil colores.
(28) Y esclareciendo el cielo,
esparció olor suave en torno el suelo.
(29) Con ámbar oloroso y flores lleno.
(30) El cabello sutil, crespo y dorado.
(31) Y donde la sonora.
(32) El sagrado Heliceona
Con florida corona,
Y do Atlante, del peso, no respira.
(33) Entre la blanca luna y sol dorado.
(34) Y es quien ve el año y día,
Allí herido está con asta airada.

Que un deseo produce simple y llano (35),
No puede á su belleza
Dar nombre y gloria cuanto
Se debe al valor suyo soberano,
Y mi intento es en vano,
Cisnes que la corriente
De Bétis vais cortando,
El cuello levantando,
Do el Indo rompe el mar, llevad presente
Su nombre y canto mio
Do el Bálteo seno hiela el cielo frio (36).

SONETO XVIII.

Pura, bella, suave Estrella mia,
Que sin temor de oscuridad profana (37),
Vestís de luz serena la mañana,
Y la tierra encendeis desnuda y fria;
Pues vos, á quien mi alma triste envia
Mil suspiros, moveis la soberana
Vuestra empresa, cual inelita Diana (38),
Contra Vénus y Amor con osadía,
Yo seré como aquel que su belleza
Con hierro amancilló, y el casto hecho
Lo mostró con mas gloria y hermosura;
Pero, si luna sois, tendré en la alteza
Latmia del cazador el tierno pecho (39),
Y no del que honró Arcadia la figura.

XIX.

Fértil, riente, lido y fresco prado,
Tú, monte y bosque húmido y hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado;
Bétis, con puras ondas ensalzado
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,
Pues quedas de mi Aglaya acompañado!
Tendréis perpetua y dulce primavera
Y del Elisio campo tiernas flores
Si vos viere el fulgor de la Luz mia.
Ni estéril soplo ni rigor vos hiera;
Antes Vénus, las gracias, los amores
Vos miren, y en vos reine la alegría.

XX.

A vuestro grave y muerto hielo frio,
Temiendo el niño ciego su aspereza,
Opuso con inútil rustiqueza
El leve y vivo ardiente fuego mio.
Su nieve muestra y llama el fuego y frio,
Y reluchando esfuerza su grandeza;
El fuego al frio ablanda la dureza
Y dispone veloz cual suelto rio.
Quedó Amor del asalto glorioso,
Y vos y yo contentos nos hallamos,
Pero todo mi bien turbóse luego;
Que por un triste caso y lastimoso
Con mi afrenta y dolor ambos quedamos,
Con mayor frio vos, yo con mas fuego.

- (35) Deste mi débil canto,
Causado de un deseo simple y vano.
(36) En la edición primitiva se lee este fin:
De Bétis vais cortando,
El canto vuestro alzando,
Su nombre y gloria resonad presente,
Y oyan Céfiro y Flora
Su inmensa hermosura con la aurora
Di humilde á esta luz pura;
Sufrá vuestra belleza
Mi rústica simpleza.
(37) Que sin que os dañe oscuridad profana.
(38) Pues vos, por quien suspiros mil envia
Mi alma, cual castisima Diana,
Moveis la empresa vuestra soberana.
(39) Pero tendré de Ladmo en la esperanza,
Si luna sois, del cazador el pecho.

XXI.

Por la condesa de Gálves.

¿Quién osa desnudar la bella frente
Del fulgente esplendor y luz del cielo? (40)
¿Quién veda el ornamento y gloria al suelo
De las crespas lazadas de oro ardiente?

Impio Febo esta lástima consiente
Con envidia sacrilega y con celo (41),
Después que ve cubrir de oscuro velo
La llama de sus hebras reluciente.

Con dura mano arranca los despojos
Y atiende á mejorar cuanto perdía,
Y activo de sus rayos se corona (42),

Porque ya puedan ver mortales ojos
Con luz serena siempre un claro día
En sus lúcidas trenzas y corona (43).

ELEGIA III.

¿Qué señales presentes de tristeza
Me roban la esperanza de alegría,
Y me rinden sujeto á su dureza?

¿Qué noche de dolor me cierra el día?
Y ¿qué niebla del cielo oscurecida
Destine el fulgor puro á la Luz mía?

¡Oh misero quien sufre en triste vida
Los asaltos de amor, y ya no siente
Remedio á su fortuna aborrecida!

¿No veré yo mi Luz resplandeciente
Que esclarezca en mis ojos, y el hermoso
Ardor y crespos lazos de la frente?

Aun no es grave este mal; que si penoso
Esperase después mudar ventura
Y ver aquel semblante generoso,

No vendría á tener por desventura
La soledad, que muerta en quien bien ama,
Pierde en él su rigor la muerte oscura.

Y tornaría aquella ardiente llama
Con la vista á abrasarme en la presencia
Del fuego en que mi alma ausente inflama.

Temo, empero, que en esta lengua ausencia
Me desaparezca solo en el camino,
Y desfallezca el mal con la paciencia.

El cielo, que entre el cerco cristalino
De sus astros intenta sostenella,
Claro día podrá tener continuo.

Será, si esparce mi luciente Estrella
Su esplendor y su fuerza al frío suelo,
Mas dichosa la tierra y siempre bella.

Mas hermoso el purpúreo, abierto cielo;
Pero yo mas mezquino y desdichado,
Y entregado á perpetuo desconsuelo.

¿Qué corazón tendré en mi mal, quitado?
¿Qué dureza habrá en mí, si yo no muero
De terrible dolor atravesado?

Tu ánimo, presago lastimero
De mi infelice suerte, el cuerpo al punto
Desnuda del sutil vigor ligero.

Que como en el amor le fuiste junto,
Justo es que en tal estrecho no te alejes
De aquel divino y celestial trasunto.

Y antes que el peso inútil veloz dejes,
Lleva del muerto amante la memoria,
Aunque, tardando, con razón te quejes.

Sienta el misero cuerpo alguna gloria
(Si puede sentir bien helado y frío),
Y tú goza felice tu vitoria.

Mas ¡oh dolor! Oh extraño desvario!
¿Quién me ofreció este mal de triste muerte?
¿De qué nace este vil recelo mio?

(40) Del puro resplandor y luz del cielo
¿Quién niega el ornamento y gloria al suelo?

(41) El impio Febo este dolor consiente
Con sacrilega invidia y mortal celo.

(42) Con dura mano lleva los despojos
Y quiere mejorar cuanto perdía,
Y activo, de sus trenzas se corona.

(43) Porque vean los mortales ojos
Siempre con viva luz un claro día
En sus sagrados cerros y corona.

Es de alta y soberana, eterna suerte
Esta mi sola lumbre de belleza,
Y el hado, opuesto á ella, es poco fuerte.

Tan rara perfeccion, tanta grandeza
No sufre, como yo, mortal mudanza;
¿Es luego eterno su valor y alteza?

Pero en el golfo airado sin bonanza,
Donde se halla nunca algun sosiego,
Y falta en el peligro la esperanza,

Se cansa y se fatiga el vital fuego,
Y desea arribar al rico asiento
Do segura desprecie el furor ciego.

Esto es lo que recelo descontento;
Y porque el corazón, jamás rendido,
Se desmaya y se muere al sufrimiento,

Siempre cuidado tal cayó en olvido;
Que si el temor que tengo me hiriera,
Hallara amor el paso defendido.

Si la pasión de la alma consintiera,
Venciera esta aflicción que me atormenta,
Y descansado de este afán viviera;

Mas amo y busco y hallo al fin mi afrenta,
Y sigo el ancho paso de mi daño
Por donde la ocasión me lo presenta.

Nueva pena y temer, furor extraño,
Y vos, en quien mi rostro se humedece,
Lágrimas, esperanza, error y engaño,

¿Por qué el usado brio en mí fallece,
Pues en esta sospecha no estoy cierto?
Por qué el frío mis venas entorpece?

Si es porque nunca ausente, ya estoy muerto
Después que mis dos luces me dejaron
Con soledad penando en el desierto.

Todas las esperanzas me faltaron,
Y contra la fortuna de mi vida
Amor y el cielo airados conspiraron.

Ella será temprano mal perdida;
Que en tan terrible mal muy poco puede
La fuerza que en sí tiene enflaquecida.

Si amor este deseo me concede,
Que faltando primero del aliento
Libre de este pesar y afrenta quede,

Daré por bueno yo mi apartamiento,
Y triste, sepultado en este ajeno
Campo, descansaré de mi tormento;

Que mi lucero el esplendor sereno
Difundirá á mi tumulto dichoso,
De eterna y nueva lumbre siempre lleno;

Y entonces con el vuelo glorioso,
Ilustrando la sombra de ocidente,
Al cielo se alzaré vitorioso.

Saturno frío, el impio Marte ardiente
Tendrán do sus clarisimas centellas
Virtud y luz mas pura y excelente,

Y el coro de las candidas estrellas.

SONETO XXII.

Un tiempo, aunque fué breve, osé atrevido,
Por ventura atendiendo la vitoria,
Quejarme, y de mi afán mostrar la historia
A quien me trae en ciego error perdido.

Ahora, ó con mas lástima ofendido,
O cierto de la falta de mi gloria,
No hago de mis males mas memoria
Que si yacieran solos en olvido.

Pero el silencio al fin no puede tanto,
Que en soledad no rompa, y lo que impide
Su vista escribo, del dolor forzado.

Comienza el día, y doy principio al canto
Y llanto que en la noche amor despidió,
Y llanto y canto avivan mi cuidado.

XXIII.

Inmenso ardor de eterna hermosura
En vuestra dulce faz se me aparece,
Y en mis entrañas arde y siempre crece
Con inmortal incendio virtud pura.

Con alteza y valor vuestra figura
Sin igual en mi alma resplandece,
Y pues ufana sufre, bien merece
Algun corto favor de su ventura.

No puede ser mayor vuestra belleza,
Y no es ya justo que cegueis mis ojos,
Su flaca luz gastando en tanto fuego;
Que si al pecho mostrais vuestra grandeza,
Muriendo en llama no daré despojos,
Los que pudiera dar viviendo ciego.

XXIV.

Mi pura Luz, si olvidas el fértil suelo
Que Bétis enriquece en Occidente,
Y abre las frías nubes con ardiente
Rayo, esparciendo en torno el rico velo,
El asiento mas dino será el cielo
Al sacro esplendor suyo reluciente,
Y de allí con las llamas de su frente
Romperá el rigor duro al torpe hielo;
O ya que aun no se debe á la belleza
Sin el riesgo de ausencia, será el grado
Propio el pecho do yace obediencia;
Que á tal valor del mundo la grandeza,
O la alma en sus centellas encendida
Es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

XXV.

Nunca mi mal terrible sentiría,
Ni descansar quería de mi pena,
Si cuidase tal vez que mi serena
Luz, alegre y suave me sería;
Mas no sufre la indina suerte mía
Esta gloria, y de sí la aparta ajena,
Y á rendir la esperanza me condena,
Porque osé y di lugar á esta osadía.
Haga el cielo que pierda en menor daño
La memoria de aquel atrevimiento
Que tuve en ver mi afán no aborrecido,
Cuando agradó á mi bien que en dulce engaño
Sufriese ufano y ledo el mal que siento;
Mas ¿qué vale á quien muere en tibio olvido?

XXVI.

A Cristóbal Mosquera de Figueroa.

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,
Osé cantar, Mosquera, el mal que siento,
Y dióme al tierno canto ufano aliento
El sol en cuyo ardor estuve ciego.
Osé mostrar mi llanto en blando ruego
A quien á amor desprecia y su tormento,
Y el humilde quejarse de mi lamento
Me dió osadía y dió esperanza luego.
Ahora, que la luz yo pierdo ausente,
Y crece mi dolor con su belleza,
Notad el grande error de mi porfía.
Lloro el pasado bien y el mal presente;
Y puesto en soledad de mi tristeza,
La esperanza me falta y la osadía.

CANCION III.

Por la vitoria de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Tráce fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero;
Sus escogidos principes cubrieron
Los abismos del mar y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, conchado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima
Y el árbol que mas yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas y atrevido

Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños, confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Ilesperias, que el mar baña,
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdenoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos,
O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Ródas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?
»Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
»Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano.
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus virgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frio,
Cuanto el sol alto mira todo es mío.»
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su vitoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hechos ya su oprobrio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quién se asconde?»
Por la delida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los miseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre;
Y las honras que celas tú consiente,
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Desahagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártese en muerte suya nuestros ojos.»
Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los árabes y leves africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito,
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.
Ocuparon del piélagos los senos,

Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el joven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.

Cual león á la presa apercebido,
Sin recelo los impíos esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo;
Que el corazón desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retiró á su cueva, del silvando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu león temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturrido.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varón y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipto y gloria de su confianza,
Triste que á ella pareces, no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo,
¿Por qué, ingrata, tus hijas adormaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte:
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ¿quién, cultada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra,
De temor la cubrías con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus inclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar; que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensaminto.
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,

Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
Quién mostrará un liviano sentimiento?
Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su príncipe cristiano
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta vitoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que después de los daños padecidos,
Después de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO XXVII.

Por la vitoria de Lepanto.

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno;
Mira tu campo arder ensangrentado;

Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el impío quebrantado.

Con profundo murmurio la vitoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña;
Y di que solo mereció la gloria
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El joven de Austria y el valor de España.

XXVIII.

Si trasformar pudiese mi figura
Como el Ideo Júpiter solía,
En blanco cisne vuelto ya sería,
Mirando de mi Leda la luz pura;
Y sin algún temor de muerte oscura,
En honra suya el canto ensalzaria,
Su frente y bellos ojos tocaría,
Ensandeciéndolo ufano en tal ventura;
Mas en luciente pluvia convertido,
Perdería el eletro la fineza,
Si el velo esparce suelto en rayos de oro;
Pero siendo en la falda recogido,
Y junto al esplendor de la belleza,
Tendría el precio del mayor tesoro.

XXIX.

Mi bello Sol, si voy de vos ausente
A parte extraña, do el dolor me ofende,
Y el fuego que mi alma presa enciende
En dulce ardor continuo está presente.
Aunque el color purpúreo de oriente,
Do el sol menor de vuestra luz deciente,
Vea cerca, y do el manto oscuro tiende
El apartado extremo de occidente,
Conmigo irá el amor, igual en parte
Con la mitad de la alma que me alienta,
Que el resto vive en vuestra faz, que adora;
Y dividido en una y otra parte,
Presente con el bien que me sustenta,
Siempre veré resplandecer mi aurora.

XXX.

Aquí do me persiguen mis cuidados,
Solo, sin mi Luz bella y ofendido,

En noche de dolor siempre escondido,
Lamento mis deseos engañados.
Vuelvo á ver mis contentos ya pasados
Para mayor afán; que el bien perdido
Mas duele al que se ve en confuso olvido,
Y contra sí sus males conjurados.
Cuanto intento alejar mi acerba pena,
Y cuanto fundo en esperanza y tengo,
Todo gasta y destruye mi tormento.
Vos, que rota de amor la impia cadena,
Respirais del trabajo que sostengo,
Dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

ELEGÍA IV.

Yo envidé, dulce bien del alma mía,
Que primero con muerte al cuerpo ausente
Desamparara en tierra sola y fría,
Y que el rigor pudiera del presente
Dolor humedecer en vuestros ojos
La pura claridad y luz ardiente;
Que apartado y rendido á mil enojos,
Alejar las congojas de mi vida,
Acrecentando al mal nuevos despojos;
Mas vivo ya en ausencia aborrecida,
Y no muero en la sombra del olvido,
Donde hincó mi gloria oscurecida.
Si esto sufro, ¿qué afán no habré sufrido?
Qué puede ya imprimir el sentimiento
En este corazón endurecido?
Mayor es que el dolor el sufrimiento,
Y tal es el dolor, que debe el pecho
Justamente acabarse al mal que siento.
De heladas rocas ásperas fui hecho,
Y me crió la fiera tigre hircana,
Pues no estoy de mis lástimas deshecho.
En esta parte estéril y profana,
Do la noche con tela tenebrosa
Vence á la luz de Febo soberana,
Vuestra inmensa belleza y generosa
Conmigo veo atento, y considero
Las molestias de ausencia lastimosa.
Alguna vez me tiene el dolor fiero
Tan oprimido en sus ansias y cansado,
Que á mi despecho temo y desespero.
Bétis, de mi lamento acrecentado,
Vuelve mis tristes lágrimas, sonando
En el veloz Océano mezclado.
Y creo que do la alba el rojo bando
Con las flores purpura, y la luz nueva
Abre el sol los colores matizando,
Es mi mal conocido; que la prueba
Que amor extrema en mí, señala que sea
Quiere á do sus desdichas todas lleva.
Si mi alma procura y ver desea
Vuestra serena faz, arde en su fuego
Sin que en ella su gloria y su bien vea.
Porque el dulce tirano, que en mi ciego
Pecho está siempre, ofrece á la memoria
Mi pérdida y dolor presente luego.
La muerte, si viniere, será gloria;
Pero á tan duro corazón no quiere
Dar alguna esperanza de victoria.
Un continuo temor me aflige y hiere;
Que ya, si no me mata el mal de ausencia,
No habrá por qué mi muerte amor espere;
Porque yo, que vivía en la presencia
Venturoso, deseo, estando ajeno
Y ausente, poner fin á mi dolencia.
Mi alma, en el fulgor bello y sereno
Preso de vuestra frente, me tendría
Siempre de vuestra luz ufano y lleno;
Y con el precio igual á mi osadía,
Gozara merecer; que por vos muerto,
Consagré á vuestro honor la vida mía.
Y á quien de bien alguno estaba incierto,
¿Qué mayor gloria diera su fortuna,
Si solo y sepultado en el desierto,
Mereciera gozar de sola una
Lágrima de esos bellos, tiernos ojos,
Lo que esperar no pude en suerte alguna?
Dichosos mas que flores los abrojos,

Que desahogada lluvia rociados,
Hoyaran la ocasión de mis enojos.
No sepulcros de mármoles labrados,
Reliquias de memoria gloriosa,
Fueran cual fuera el mío celebrados.
Mas ¡oh mi eterno Sol y Luz hermosa,
Que ni bañado de ese llanto puro,
Ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa!
Antes, como rendido ya y seguro
En las penas de amor, me veo ausente,
Sin temer el dolor acerbo y duro.
A un tío y lento pecho vuelve ardiente
El uso del amor, y quien bien ama,
Esperando su gloria, el mal no siente.
Mi pecho, que arde y en su afán se inflama,
Si en su tormento ingrato desfallece,
Otro aliento no siente que su llama;
Pero en sola esta llama aviva y crece,
Y solo espira en la ligera fuerza
De aquel movable ardor, que no perece.
El temor amoroso, que se esfuerza
En mi alma, sujeta al mal instante,
A perder la esperanza y bien me fuerza.
El mesurado trato y el semblante,
La bella luz en quien amor espira,
El oro en crepadas ondas rutilante;
Si un tierno amante gime ya y suspira,
Que en otro tiempo alegre con ventura
Gozó mirar presente, y ya no mira;
Y desierto en la noche siempre oscura,
Lamenta con dolor solo y perdido,
Que no merece ver su hermosura;
Cúlpenle si la vida aborrecido
Desea, y si esperar mas bien pretende,
Por no perder ya mas que lo perdido.
De tal causa mi lástima deciente,
Que aun vitupero en tanto mal mi suerte
Si algún pequeño espacio no me ofende.
Por el paso que voy á ver mi muerte
Tanta envidia merezco, que no siento
En alguno dolor de mí mal fuerte.
Después que vi y gocé de mi tormento,
Y conocí el valor de esa belleza
Y de mi libertad y pensamiento,
Mis entrañas cerco vuestra grandeza,
Y ocupó vuestro nombre mi memoria,
Y amor hizo en mí asiento de firmeza.
Sin vos estuve ajeno de mi gloria,
Y quedé, siempre amando, á amar forzado,
Llevando desta fuerza la victoria.
Siempre vive en mi alma venerado
Vuestro valor y gracia y cortesía,
De quien se halla rico mi cuidado.
Pero si ahora lejos de alegría
Padezco, á vuestros ojos yo lo debo,
Que prometieron bien á mi porfía.
Vuestra beldad merece el mal que llevo;
Que no es bien que asegure la esperanza,
Pues á tan alta empresa al fin me atrevo.
Si el amor prometiera confianza
Sin temor de peligro y desventura,
Y no trocara el bien con la mudanza,
Ofendiera el agravio esa luz pura;
Porque es deuda de pena y de tormento
Osar tanto, ofrecido á la ventura,
Mas á la ausencia, en que morir me siento,
No hallo causa alguna, y solo espero
Acabar con la vida el sufrimiento.
En esta soledad padezco y muero,
Y en la razón mis penas entretengo,
Para dar nueva fuerza al dolor fiero.
Tal vez que suspendido acaso tengo
El ímpetu de males, me levanto,
A do sin esperanza me sostengo.
Allí rompo las venas de mi llanto,
Y de la lluvia exhala el fuego ardiente,
Que en ceniza convierte el mortal manto,
Etna, que el duro hielo y frío siente
En sus coronas altas ensalzado,
Y con el blanco velo reluciente,
Cuando del impio Encelado abrasado,
Es con serpientes ásperas herido,

Y se revuelve de uno y otro lado;

El fuego, en nube espesa reducido

De ardientes globos y furor humoso,

Arroja con horrisono estampido.

El estruendo de peñas tempestoso

Con alto horror resuena en torno y brama,

Y tiembla todo el monte cavernoso.

Mi pecho, que de fuera es nieve, y llama

Dentro, cuando el amor lo mueve y hiere,

Gime, y sonando el bravo ardor derrama.

Rebosan mil incendios cuando quiere

Feroz, que á la alma abraza su cruz,

Sin jamás condolerse de quien muere.

El rayo, que sepulta con fiebre

Al terrible gigante que del cielo

Pensó regir soberbio la grandeza,

No iguala al que en eterno desconsuelo

Me deja atravesado, sin la culpa

Que el tuvo en el terrestre patrio suelo.

Sola una cosa habrá con que me culpa

Amor, que es en ausencia tener vida;

Mas el desemio me disculpa.

Aunque apartado siempre en mi perdida

Soledad tan hermosa y estimada

Vos hallo, que doy la hora merecida,

Con el mismo respeto venerada

Estáis, y con el mismo sentimiento

Y tierno afecto humilde siempre amada;

Ya veo vuestros ojos, y consiento

Por los míos la pena que proviene,

Ya temo el rostro airado y descontento;

Ya el temor con ligeras alas viene,

Y me deja sin luz de bien incierto,

Y preso la tristeza el pecho tiene;

Ya veo con mi gloria el cielo abierto,

Que vos contemplo alegre y piadosa,

Y honrais con vuestras plantas el desierto.

Consuelo son de ausencia congojosa

Estas muestras de vana fantasía,

Aunque es cierta mi pena lastimosa.

La esquivia soledad y mi porfía,

La tristeza y temor de mi cuidado

Me dividen de vos, ¡oh alma mía!

Muera pues quien de vos está apartado,

Acábase en la vida la memoria;

Que á un prolijo dolor desesperado

Mal puede venir bien que le dé gloria.

SONETO XXXI.

¡Oh cara perdición! oh dulce engaño!

Suave mal, sabroso descontento,

Amado error del tierno pensamiento;

Luz que nunca descubre el desengaño;

Puerta por la cual entra el bien y el daño,

Descanso y grave pena del tormento,

Vida del mal, vigor del sufrimiento (44),

De confusion revuelta cerco extraño;

Vario mar de tormenta y de bonanza,

Segura playa y peligroso puerto,

Sereno, instable, oscuro y claro cielo;

¡Por qué, como me diste confianza

De osar perderme, ya que estoy desierto

De bien, no pones á mi afán consuelo? (45).

XXXII.

Solo y medroso ya del daño cierto (46)

Que en la guerra de amor temido había,

Tarde con mejor suerte al fin huía

Seguro, en tempestad tan grande, al puerto;

Mas de un golpe en el medio curso incierto (47),

Cuando con mas descuido proseguía,

Amor, que en vuestros ojos me atendía,

(44) Descanso y pena grave del tormento,
Vida del mal, alma del sufrimiento.

(45) De bien, no pones á mi mal consuelo?

(46) Solo y medroso del peligro cierto.

(47) Con fortuna mejor tarde huía
En tanta tempestad seguro al puerto;
Mas en el paso del camino incierto.

Atravesó, cruel, mi pecho abierto (48);

Y antes que yo pudiera de mi pena (49)

Alabar la ventura, envidioso

Iluyó con vos, y me olvidó perdido;

Cual huye el parto del el Eufrates suena,

Y revuelve el caballo presuroso,

Dejando al fiero contendor herido.

XXXIII.

En esta soledad, que el sol ardiente,

Y rehuyen sus rayos, estoy puesto (50),

A todo mal de ingrato amor dispuesto,

Triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente,

Finjo y cuido tal vez estar presente,

Alegre en el dichoso y fresco puesto (1),

Y en la gloria me pierdo; que el molesto

Dolor de la alma aparta este accidente.

Nunca silencio y soledad oscura

Pueden dar á quien ama tal contento,

Si no se cambiase la alegría.

Poco en memoria el bien de amor me dura;

Que aun en este ocioso apartamiento

No se afirma en segura fantasía.

XXXIV.

Flaca esperanza en todas mis porfias,

Deseo vano en desigual tormento,

Y inútil fruto del afán que siento (2),

Lágrimas sin descanso y ansias mías,

Sufrid que una hora alegre en tantos días

Tristes merezca un triste descontento (3),

Y que pueda sentir tal vez contento

La gloria de fingidas alegrías.

No es justo, no, que siempre quebrantado

Me oprima el mal, y me deshaga el pecho

Nueva pena de antiguo desvario.

Mas ¡oh! que temo tanto el dulce estado,

Que, como perdí al bien todo el derecho (4),

Abrazo ufano el grave dolor mío.

XXXV.

Huyo la blanda voz y el tierno canto,

Que celesté armonía espira y suena,

Esta, de España luz, gentil sirena;

Mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.

Bien sé que este placer acaba en llanto;

Que esto esimágen cierta de mi pena,

Y amor injusto siempre me condena,

Porque sirvo y padezco y sufro tanto.

Ulises, que pudiste venturoso

Sulcar seguro y sin temor del daño

El golfo de la bella Leucosía,

¡Cuánto fueras mas grande y valeroso

Si tentarás perderte en este engaño

Oyendo á la inmortal sirena mía?

CANCION IV.

Ya bien podrás hartar de tu cruz,

Amor, en mi herido pecho el hierro,

Y tu rabia enseñar en mis entrañas;

Mas no podrás hacer que mi dureza

Bude ya mayor mal, ni en mi destierro

Que la vengza el temor de tus hazañas.

Son tales tus extrañas

Leyes y condicion, que ya no espero

Remedio, ni lo quiero;

(48) De un golpe atravesó mi pecho abierto.

(49) Y antes que yo pudiese de mi pena.

(50) No ofende con sus rayos, estoy puesto.

(1) Tal vez me finjo y creo estar presente
En el dichoso, alegre y fresco puesto.

(2) Vano deseo en desigual tormento,
Y inútil fruto del dolor que siento.

(3) Una hora alegre en tantos tristes días
Sufrid que tenga un triste descontento.

(4) Que, como al bien no esté enseñado y hecho;

Antes ufano abrazo el daño todo
 Desta mi perdición; que el dolor fiero
 No da lugar al bien en algun modo.
 Vengate en mí, cruel, que estoy desierto,
 En pena vivo siempre, en gloria muerto.

No deja respirar el golpe crudo
 Al triste corazón, ni deja el llanto
 Que quiebre su furor; antes los ojos
 Secos y el rostro de pasión desnudo
 Fingen ledo semblante, pero cuanto
 Procuran encerrar, de sus enojos
 Son miseros despojos
 De ostinación confusa y clara afrenta.
 ¿Quién habrá que consienta
 Tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,
 Sin que memoria alguna del se sienta?
 Mas ¡oh cuánto es mejor que esté perdido
 En silencio, pues cabe tal cuidado
 Solo en mi corazón desesperado!

Es cuanto pienso lástima, es tormento;
 El bien me cansa, aflige la alegría
 Que sin envidia en otra gente veo.
 Temo el favor, procuro el descontento,
 Reposo en la mudanza esquiva mía,
 Y tan ajeno estoy de buen deseo,
 Que olvidarme deseo
 De todo lo que fué mi bien y gloria.
 ¿Qué presta la memoria
 De perdidos contentos en un triste?
 ¿Qué pequeño triunfo, qué vitoria
 Tan corta, Amor, en acabarme hubiste?
 Tuviste, Amor, vitoria de tal suerte,
 Que estoy vencido al fin, mas duro y fuerte.

Los ojos abro solo á ver mi daño,
 Y holgarme con él sin confianza,
 Pues desamparo ya sin ella el miedo;
 Y valgo tanto ya en el desengaño,
 Que, aunque me siento extraño de esperanza,
 Como volver á ella nunca puedo,
 Cobro tanto denuedo,
 Que, si tal vez me acuerdo que la tuve,
 Y con ella sostuve
 Dos males que me dió tu mano fiera
 Cuando en mas bien con mas favor estuve,
 Alhorrezco los días y primera
 Ocasión que me trajo al desvario,
 Y alabo esta ventura del mal mío.

El rayo de los tiernos ojos bellos,
 El color dulce y pura luz serena,
 Que mi soberbia frente quebrantaron;
 El rico y terso lazo de cabellos,
 Que prendieron mi alma en su cadena,
 Y mil trofeos della levantaron,
 Y en tu templo colgaron
 Mis despojos, Amor, ya poca parte
 Serán para estimarte.
 Osado pecho tengo y generoso,
 Que se atreve á mostrarse, sin dudarte,
 Contrario de tu nombre poderoso;
 Bien puedes revolver en guerra luego
 Contra mí el aire, el mar, la tierra, el fuego.

Si en cuantos impio ofendes hay alguno
 Que se espante de ver mi atrevimiento,
 Y tenga de mi pérdida recelo,
 Crea que mi dolor me fué importuno;
 Y que un desesperado pensamiento
 Se obliga mal á recibir consuelo.
 Pero yo ¿qué recelo,
 Que contra ti, oh cruel, oh mi enemigo,
 Pocas injurias digo?
 Y pues llevo en el daño á tanto extremo,
 Que estoy solo en estrecho, sin amigo,
 Esfuérzome en el mal y no le temo;
 Que no rehuye alguna desventura
 Quien tiene tan perdida la ventura.

SÓNETO XXXVI.

Cual rociada aurora en blanco velo
 Descubre el candor nuevo al claro día (3);

(3) Muestra la nueva luz al claro día.

Cual sagrado lucero, del sol guía,
 Sus rayos abre ufano al puro cielo (6);
 Cuál Vénus á honrar parte el fértil suelo (7)
 De Cipro, y va en hermosa compañía
 Con ella Amor, las gracias y alegría,
 Que Céforo las lleva en blando vuelo;
 Tal salistes, mi Luz serena y bella (8),
 Al día y cielo y suelo dando gloria.
 Y aquistastes de todos los despojos (9).
 Tendió á aquel punto Amor su red, y en ella
 Las alas quemó, preso, y la vitoria
 Rindió de la alma mía á vuestros ojos (10).

XXXVII.

Sol, que con alas de oro vas lúcente,
 Y al Euro tu primer ardor colora,
 Mostrando al blanco cerco de la aurora
 La fogosa corona y roja frente;

Cuando el ondoso claustro de ocidente
 Entrares, donde reina alegre Flora,
 Si la luz que este ausente amante adora
 Vieres, lleva esta triste voz doliente:
 «Después que vos dejé, mis bellos ojos,
 Y en puras perlas hebras enlazadas,
 La noche oscureció al sereno día;
 »El bien me falta, y sobran los enojos,
 Y en horas de tristeza mal contadas
 Ningun lugar me queda de alegría.»

XXXVIII.

Tiempo fué de dolor el que yo tuve
 Sujeto á dura voluntad ajena;
 Tiempo fué en que perdí mi grande pena;
 Mas en perder mas fiero mal sostuve.

Tiempo fué de mi afrenta aquel do estuve
 Atado y sin valor en la cadena;
 Tiempo fué en que cerré á la luz serena
 Los ojos, y en error perdido anduve.

Tiempo es ya que no duerman en su engaño
 Mis sentidos; ya es tiempo que deshaga
 La razón mi porfía y devaneo;
 Que ya no es justo conocer el daño
 Y abrazar la ocasión aunque en la llaga
 Siempre abierta respire mi deseo.

XXXIX.

Ya que la grande fe del amor mío
 Y el eterno dolor de mi tormento
 No pueden descubrir un sentimiento
 Liviano en vuestro ingrato pecho frío,
 Mostrad con mas desden mayor desvío,
 Porque con el afán que triste siento,
 O acabe en triste muerte el descontento,
 O huya este confuso desvario;
 Antes, pues mas no sufre el mal presente,
 Volved, fiera enemiga de mi gloria;
 La dulce libertad que yo tenía:
 Porque de vos ya pierdo osadamento,
 Sin esperanza alguna, la memoria;
 Mas ¡ay cómo me engaña esta osadía!

XL.

Bien puede el vano error y la porfía
 De mi ardiente deseo desenfrenado
 Llevarme en su furor arrebatado,
 Y oscurecerme el cielo en claro día;
 Que al fin la luz serena que me guía
 La vista abre de nuevo á mi cuidado,
 Y de improviso horror todo ocupado,
 Repugno á la perdida suerte mía.
 Respiro ya del importuno peso;
 Y aunque no arrojo el yugo sacudido,
 No me oprime la fuerza del tormento.

- (6) Sus rayos abre y tiende al limpio cielo.
 (7) Cual va Vénus á honrar el fértil suelo.
 (8) Tal ó mas pura, esclareciente y bella.
 (9) Salistes aquistando mil despojos.
 (10) Entregó de mi alma á vuestros ojos.

Ni libre canto ya, ni lloro preso,
Ni sano de mi llaga ni herido;
Dudoso está en confuso sentimiento.

XLI.

Ya comienza á mudar su faz el cielo
Sereno de mis días no turbados,
Ya tornan á estrecharme mis cuidados,
A amor en fuego vuelve el tibio hielo.

Incauto en tantos daños alzo el vuelo
De atrevidos deseos no cansados,
Que van en lo que siguen tan cebados,
Que pierden al peligro ya el recelo.

Ufano intento, débil esperanza
Y pocas fuerzas hacen que falezca
En medio del camino la osadía.

Cuando trocare el caso esta mudanza,
Será para que siempre en mal padezca
Quien yerra y persevera en su porfía.

ELEGIA V.

Las quejas y suspiro y llanto luego
Demi pasado daño, en tanto extremo
Descubran la pasión del mal que tengo.

Presente está el cruel dolor que temo,
Y conmigo no finca la esperanza,
Que de mi triste afán fué el bien supremo.

Miserables efectos de mudanza,
Que roban de mi dulce primavera
Las flores con perpetua malandanza.

Perdida bien en otro tiempo fuera
La vida, cuando lleno de alegría
Mi muerte mas plañida ser pudiera.

Pero en esta mezquina suerte mía
¿Qué consuelo tendré, si en tal estado
Mi niebla oscureció á la luz del día?

Si yo me hubiera tanto revelado
De peligros de amor, con mas paciencia
Sufriera este dolor necesitado;

Mas quien favorecido en la presencia
Estuvo siempre, no esperó á su gloria,
Que vuciera la fuerza de la ausencia.

Antiguas ocasiones y memoria
Y mis nuevos trabajos representan
La esperada promesa de vitoria.

Los bienes y los males mas me afrentan
Cuando inquiereo razon para librarme
De los lazos de amor, que me atormentan.

Pueden mis pensamientos animarme
Para mostrar ausente sufrimiento,
No osando en el peligro conhortarme.

No se debe á mi grave sentimiento
Ya compasión alguna; antes conviene
Un extraño linaje de tormento.

En tanto mal no sé por qué sostiene
Mi espíritu la vida, ni si es justo
Que en misero tenor se canse y pene.

Amor me lleva ausente por su gusto,
Para extremar en mi toda crueza,
Y obedezco por fuerza el mando injusto.

Si mi pecho constante con dureza
Se vió sin confianza y osadía,
Conocerá su ímpetu y braveza.

No doy lugar al bien en que me via,
Después que, puesto solo en el desierto,
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Cuanto al dolor terrible ya estoy muerto;
Pero en la honra de sufrir tan vivo,
Que á su rigor opongo el pecho abierto.

Quien me juzgó otro tiempo muy esquivo
No me culpe si estoy sin fuerza alguna;
Que con el mal perdí el intento altivo.

Cúlpeme si abrazare esta importuna
Cuita en el corto espacio de mi vida,
Si otra vez esperare en tal fortuna.

Yo tengo la esperanza aborrecida,
Y tengo amor, y sé que no me engaño;
Pero no sé en qué parte en mí se anida.

No siente quien no sabe qué es el daño
De amor desesperado, cual el mío,
Revuelto en el horror del desengaño.

No espero, y amo y huyo ya y porfio,
Y si busco pretexto á mi ventura,
Es inútil, pues temo y desconfio.

No se vió cual la mia desventura;
Mas mirando á la causa do procede,
Bien debida al furor de tal locura,

El temor de no ver tanto en mi puede,
Que derriba mis vanos fundamentos,
Y ver mi adversa suerte no concede.

Cuidé tener seguros mis intentos
Cuando en mar sosegado navegaba
Con próspera bonanza y frescos vientos;

Mas ensañóse tempestad tan brava,
Que las crespadas ondas de alegría
En altos montes de agua levantaba.

Corrió fortuna allí la nave mia,
Y sin que me valiera confianza,
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Ya tarde puedo yo aguardar mudanza,
Si no espero remedio, ni lo pido,
Ni me asegura amor mas esperanza.

Tan misero me veo y confundido,
Y rendido á la pena, que imposible
Será cual yo hallar otro perdido.

¿Falan que padezco es insufrible;
Mas por aquella luz do amor florece,
Cuanto es mas grave me es mas apacible.

Favor de la ventura no merece
Quien, por temor del mal, del bien rehuye,
Y al peligro su vida nunca ofrece.

El suceso en mil casos varios huye,
Cuando se pesa mas y considera,
Y toda la esperanza se destruye.

A la entrada difícil y carrera
Defamorado y ciego laberinto
No aprovechó temer mi suerte fiera.

Amor halló mi pecho en el procinto
Tan gallardo y soberbio, que no pudo
Ser mas bravo el que rige á Delo y Cinto.

Mas vibrando sañoso el rayo crudo,
Temblóme el corazón, y desmayado
Dejó caer, medroso, el fuerte escudo.

Allí, cuando yo fui desamparado,
Fuera justa la muerte por castigo,
Pues perdí mi temor y mi cuidado.

¿Confío yo mi vida á mi enemigo,
Muéstrole la ocasión para mi pena,
Y laméntome de él como de amigo?

Ya no daré razon tan cierta y buena,
Que me excuse de afrenta en mi porfía,
Ni habrá ya á quien admire mi cadena.

En soledad estoy sin alegría,
Y me asombra el dolor, porque en un hora
Mi niebla oscureció á la luz del día.

Gime conmigo el sol, conmigo llora
El béspero, y la noche se lamenta,
Y conmigo te quejas, roja aurora.

¿Quién es tan olvidado, que consienta
Y procure lugar para su muerte,
Tomando la ocasión que se presenta?

No recelo el dolor del trance fuerte,
Sino que estoy ausente, y que si muero,
No puede haber memoria de mi suerte.

Si fuera piedra yo, si duro acero,
Comportara mis ansias; mas, cuitado,
No tengo en tanto mal el pecho fiero.

El ánimo, en mis llamas abrasado,
Después de roto el nudo alzaré el vuelo
Al trono donde está sacrificado;

Yo quedaré desierto en este suelo,
Premio digno á mi lástima penosa,
Y lo espera quien ve mi desconuelo.

Tú, si bañare tu ribera ondosa,
Tartésio río, mi sepulcro, suena,
Hiriendo triste en él, con voz quejosa,

Pues no se condolece de mi pena
Un pecho ingrato y sin amor, lloroso,
Sus iras impías y mi mal resuena.

Podrá ser que en la muerte venturoso,
Alcance claro nombre y escogido
De constante amador y no dichoso.

Pero, ya que me veo al fin partido,

De mis bellas estrellas desterrado,
De no puedo ni espero ser oído,
Y que a molesta ausencia condenado,
Relucho, contrastando al dolor mío,
Protesto que en mí mal no soy culpado.
No para atender bien, que en pecho frío
No cabe compasión, de mal extraño,
Ni aunite amor tan áspero desvío;
Mas para no dar fuerzas al engaño,
Por donde me conduce solo, ausente,
Con que pueda culparme en tanto daño.

Y pues amor mis lástimas consiente,
No quiero yo vedar á mi memoria
Cosas con que mi pena se acrecienta.
Los favores, que fueron rica historia
Y dichosos despojos de alegría,
Los perdidos contentos de mi gloria,
Sean triste desdicha y suerte mía,
Pues en seguro y llano y lido estado
Mi niebla oscureció á la luz del día.
Mas porque no se ofenda el bien pasado,
Aunque es agravio injusto al pensamiento,
Quiero el dolor por él sufrir doblado.

Pero tengo tan tierno el sentimiento,
Que me enflaquece, y temo la caída;
Que mal se pierde tanto lasamiento.
El riesgo no me turba de la vida;
Que abandono el temor con el deseo,
Y la esperanza yace confundida.

Bien puedo ya decir que no deseo,
Mas dudo la memoria que persigue
Mi alma, á do mis bienes, triste, veo.
Amor ¿qué bien ó qué valor consigue,
Trocando á cada paso mi tristeza?
Qué gloria de mal nuevo se le sigue?
Si yo me viera rico y en grandeza,
Si estuviera rebelde y no vencido,
Si pudiera perder en mi pobreza,
Mostrara en mí la fuerza de su olvido,
Vengara su desden su airado pecho,
Y trajera continuo perseguido;

Mas á quien olvidado ya y deshecho
Está de su furor, á quien no siente,
A quien llegar no puede á mas estrecho,
¿Para que lo maltrata? Que ni ausente,
Ni preso y desdeñado ni sujeto,

Tengo mas que sentir que me atormente.
Si algun bien esperara, yo prometo
Que de grado escogiera este importuno
Dolor, que no permite estar secreto.

Mis males cuento todos de uno en uno;
Hallo poca razon, y no me atrevo
A consolar mi ofensa con alguno.

Confórtome con esto, que no delo
Mas á mí bien que no haya merecido,
Y que en estos mis males no soy nuevo.

Y así, triste y lloroso me despidió
Del alma, que me da el postrer aliento,
Si del cielo no soy favorecido.

La voluntad rendida le presente
Otra vez, y consagro los despojos
De este mal y cuitoso apartamiento;

Que no es mucho que guarde mis enojos
Con las ricas memorias de alegría,
Pues voy solo y ausente de sus ojos.

Pero si la infelice suerte mia
La mueve tiernamente á mi cuidado,
Huirá mi niebla de la luz del día;

Y siendo de sus rayos inflamado,
Aqui, do estoy ausente en dolor fiero,
Renovaré la gloria al mal pasado.

Después de tanta sombra el sol espero,
Que el día ilustrará á la noche oscura,
Y en aquel dulce bien de amor primero
Los ojos fijaré en mi lumbrere pura.

SONETO XLII.

En la oscura tiniebla del olvido
Y fria sombra, do tu luz no alcanza,
Amor, me tiene oprimido sin mudanza (11)

(11) Amor, me tiene puesto sin mudanza.

Este fiero desden aborrecido;
Porque de su aspezeza perseguido (12),
Hecho misero ejemplo de venganza,
Del todo desampare la esperanza
De volver al favor y al bien perdido.
Tú, que sabes mi fe y que ves mi llanto,
Rompe las densas nieblas con tu fuego (13),
Y tórname á la dulce suerte mia.
Mas ¡oh! si oyese yo tal vez el canto
De mi ingrata cruel, saldría luego (14)
A la pura region de la alegría.

XLIII.

Ya siento el dulce espíritu de la aura,
Que mansamente murmurando aspira;
Ya veo el puesto adonde amor me tira,
Y á do su muerta llama el fuego instaura.
¿Cuál amor de Cintia ó Delia ó Laura
Temió mas el desden, la ardiente ira,
Que yo la Luz que tiernamente mira
Mi mal, y de la pena me restaura?
Como al que espantó el rayo con el trueno
Lumbre, que aun le queda en la memoria
El alto estruendo del terror pasado;
Tal yo, que estuve triste y siempre lleno
De males, huyo en muestras de mi gloria,
Temiendo el bien que no esperé, engañado.

XLIV.

Tú, que con la robusta y ancha frente
Y grandes hombros sustentaste alzado,
Rey africano, el polo apresurado
Y cerco de los astros reluciente (15);
Y tú, que cuando Atlante temblar siente
La inmensa carga, sin doblar cansado
El yerto cuello tuyo levantado (16),
Sufriste tanto peso osadamente;
Aunque en valor no igual ni en la grandeza,
No vos invidio yo, porque el sereno
Cielo y estrellas, donde amor se cria (17)
Y donde reina eterna la belleza,
Sostuve glorioso y de bien lleno,
Cuanto sufrió la corta suerte mia.

XLV.

Amor en mí se muestra ardiente fuego (18),
Y en las entrañas de mi Luz es nieve;
Fuego no hay que ella no torne nieve,
Ni nieve que no mude yo en mi fuego.
La fria zona abraso con mi fuego,
La tórrida mi Luz convierte en nieve (19);
Pero no puedo yo encender su nieve,
Ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.
Contrastan igualmente hielo y llama;
Que fuera de otra suerte el mundo hielo,
O su máquina toda viva llama;
Mas fuera; que resuelto ya en el hielo (20),
O el corazon desvanecido en llama,
Ni temiera mi llama ni su hielo.

- (12) Porque de su crueza perseguido.
- (13) Rompe las nieblas con tu ardiente fuego.
- (14) De mi eneuiga, que saldría luego.
- (15) Rey africano, todo el consagrado
Cerro de las estrellas reluciente.
- (16) El vigor de tu cuello levantado.
- (17) Yo no os invidio, aunque en la grandeza
Y en valor desigual, porque el sereno
Cielo y estrellas, do el amor se cria.
- (18) Amor en mí se muestra todo fuego.
- (19) La ardiente mi luz vuelve helada nieve.
- (20) Mas fuera; porque ya resuelto en hielo.

Este juego de consonantes, indigno del talento de Herrera, se halla en varios poetas de los siglos XVI y XVII. Sirva de prueba y ejemplo esta octava en que el doctor Alonso de Acebedo pretendió descubrir el caos en su poema *La Creacion del mundo* (Roma, 1615).

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,

XLVI.

Hurta las glorias de esperanza incierta,
 Vanos efectos, días mal gastados
 Dieron triste principio á mis cuidados
 Y ocasion á mis lástimas abierta.
 De mi favor y mi alegría cierta
 Los pasos fueron súbito cortados,
 Y fueron mis dolores renovados
 Con la memoria de mi gloria muerta.
 Ahora queda inútil esperanza,
 Frio, calor, temor, suspiro y llanto,
 Y solo amor en mi engañada suerte.
 No deseo tornar en confianza;
 Que no hay corazón que sufra tanto,
 Ni aun bien que me defienda de la muerte.

XLVII.

Solo de unos honestos dulces ojos
 Tengo lleno mi alto pensamiento;
 Solo de una belleza cuido y siento,
 Que da justa ocasion á mis enojos;
 Solo me prende un lazo, que en manojos
 De oro esparce el amor al manto viento;
 Solo de una grandeza mi tormento
 Procede, que enriquece mis despojos.
 No escucho otra voz ni amo, y no me acuerdo
 De otra gracia jamás, ni espero y veo
 Otro valor igual en mortal velo;
 Si no fuese saber que ausente pierdo
 La gloria que se debe á mi deseo,
 Nunca mas bien de amor me diese el cielo.

XLVIII.

Llevarme puede bien la suerte mía
 Al destemplado cerco y fuego ardiente
 De la abrasada Libia ó donde siente
 Prolija sombra Tile y noche fría (21);
 Que en la niebla tendré la luz del día (22),
 Templanza en el calor, aunque esté ausente
 De vos, mi bien, y niegue el inclemente
 Amor dulce esperanza á mi porfía (23).
 Y no podrá mi áspero tormento,
 Y el inmenso dolor que temo tanto,
 Turbarme un solo punto de mi gloria;
 Que en medio de mi grave sentimiento,
 De mi hielo y mi llama alegre canto
 De mi dichoso afán la rica historia (24).

XLIX.

Aquí yo vi el luciente y puro velo
 Por los hermosos hombros esparcido,
 Que se puso en mi cuello, y sacudido
 A la aurora, el oro retocé en su velo.
 Cual baja el bello Amor del alto cielo
 Con crispante esplendor esclarecido,
 Tal mi Luz pareció con encendido
 Vigor, que hace ilustre y rico el suelo.
 Mis ojos, que gozaron esta gloria,
 Son dichosos, y guardan la alegría
 Para el dolor que el alma presa siente.
 ¡Oh qué dulce holganza á la memoria,
 Bulce bien y regalo de aquel día,
 Que siempre alabo en soledad ausente!

- (21) Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra
 Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;
 Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra
 Discordes tierra y mar, fuego, aire y cielo,
 Era el cielo en mar, aire en fuego, en tierra,
 Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.
- (22) De la abrasada Libia ó do se siente
 Casi perpetua sombra y noche fría.
- (23) Que en la niebla tendré lumbre del día.
- (25) De vos, mi bien y amor, siempre inclemente
 Me niegue la esperanza de alegría.
- (24) De mi dichoso mal la rica historia.

L.

A don Pedro Tello.

En tanto que en el fiero hórrido seno
 De la antigua Cartago el estandarte
 De España honrais, y al sarraceno Marte
 El pecho de temor mostrais ajeno,
 Yo aquí, do el rico Bétis, de honor lleno,
 El fértil curso ufano en vueltas parte,
 Dando de mí al amor la mejor parte,
 De mí lucierta esperanza me enajeno.
 Mi Luz bella y sus lazos y oro canto,
 Y aunque el valor insigne vuestro admiro,
 De lauro á vos no invidio la corona;
 Que á mayor premio el ánimo levanto
 Si mi divina Luz, por quien suspiro,
 De sus hermosas hebras me corona.

LI.

Pensoso vuelvo á la alma del pasado
 Tiempo el dolor que tuve, y el presente,
 Ya que razon alguna no consiente
 Que en dulce error padezca enajenado.
 El cuello ya levanto deslizado,
 Que la señal del yugo impresa siente;
 ¡Cuál tuyo, oh impio Amor, grave accidente,
 Digo, podrá mudar mi ufano estado?
 Yo sé bien cuánto duele una esperanza
 Que huye y un temor que crece en pena,
 Y cuán vano es el fin de mi deseo;
 Mas deshaces, cruel, mi confianza
 Simple, que á tus engaños me condena,
 Y voy alegre al mal que temo y veo.

LII.

Las armas fieras cante el triste hado
 Del soberbio lion, ceniza hecho
 El impio orgullo, el temerario pecho
 Con saeta celeste atravesado;
 El mar nunca primero navegado,
 Y duras peñas del concurso estrecho,
 De centauros el ímpetu deshecho,
 O Egeon con cien brazos indinado;
 Quien en la Aonia selva ornó su frente,
 Habitador de la Cirrea cumbre,
 Para vencer la muerte con memoria;
 Que yo solo, si Amor tal bien consiente,
 Mi pura Estrella, canto vuestra lumbre,
 Que me afina en las llamas de su gloria.

LIII.

¿Por qué abrasas en nuevo encendimiento,
 Impio, ingrato Señor, mi ciego pecho (25)?
 Que ya casi olvidado del mal hecho,
 En soledad vivía del tormento (26).
 Cuando mas descuidado y mas contento
 Revuelves á meterme en tal estrecho,
 Obligasme, cruel, que á mi despecho
 Procure contrastar tu fiero intento.
 Las armas en el templo ya colgadas
 Visto y el acerado escudo embrazo,
 Y en mi venganza salgo á la batalla.
 Mas ¡ay! queni á las flechas que templadas (27)
 En la luz de mi Estrella están, ni al brazo
 Tuyo resistes bien segura malla (28).

LIV.

¿Quién rompe mi reposo? Quién desata
 El dulce sueño al corazón cansado?
 Quién despierta el temor de mi cuidado?
 Quién mi sosiego amado desbarata?

- (25) ¿Por qué renuevas este encendimiento,
 Tirano Amor, en mi herido pecho?
- (26) Vivía en soledad de mi tormento.
- (27) Mas ¡ay! que á las saetas que templadas.
- (28) Tuyo no puede resistir la malla.

La fuerza de mi afán, que me maltrata,
 Turbando mi descanso; y tan pagado
 Estoy del mal, que en él enajenado,
 De lo mas el sentido se recata.
 Fuera yo á mi pasión no agradecido
 Si no buscara extremos en la pena,
 Como en la presunción de mi osadía.
 El bien de mi dolor tan bien sufrido
 Es pensar que cuán fiero me condena,
 Tanto es mayor con él la gloria mía.

LV.

Ojos en quien mi espíritu respira
 Tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;
 Ojos no, mas purísimas estrellas,
 Rayos que el sol menor celoso mira;
 Rico puesto, á do solo amor espira,
 Dichoso en las eternas luces bellas,
 Y sus llamas afina, y tiembla en ellas,
 Siempre fiero y cruel, la aguda vira;
 No alcanza nombre alguno á la belleza
 Vuestra; y así, no digo cuánto siento,
 Que tanto bien no cabe en voz humana.
 Baste que para osar á vuestra alteza
 Vos llame ¡oh dulce causa á mi tormento!
 Ojos de mi sirena soberana.

LVI.

Céfiro renovó en mi tierno pecho
 Floridas ramas de esperanza cierta,
 A mansa lluvia, á sol templado abierta,
 Y todo se mostraba en mi provecho;
 Cuando de hielo un crudo soplo hecho
 De aquella parte de calor desierta,
 Abate en tierra mi esperanza muerta,
 Y el trabajo en un punto fué deshecho.
 Quedó en el mesmo puesto el hielo frío,
 Que con el fuego en mi dolor contiene,
 Y vence alguna vez, otra es vencido.
 De allí siempre temí en el pecho mío
 La nieve; que aunque el fuego me defiende,
 Medroso estoy del daño recibido.

LVII.

Salen mil pensamientos al encuentro
 Cuando estoy mas ajeno, y pueden tanto,
 Que apenas de mis males me levanto,
 Y doy en el peligro siempre dentro (29).
 Sin recelo mi afrenta sigo, y entro
 Osando ¡oh ciego error! para mas llanto;
 Alcanzo, aunque me esfuerzo, á valer cuanto
 A las mudanzas debo en que me encuentro (50).
 El esquivo dolor no es el que hace (51)
 La guerra que padezco de mi daño;
 Que el mal no espanta á quien lo tiene en uso.
 El bien que espero y temo me deshace (52);
 Que yo sé bien por el ausente engaño
 Juzgar de este presente el fin confuso.

ELEGÍA VI.

¿En debes asconder, sereno cielo,
 Tus luces, y tejer de oscuro manto
 En torno luengamente el ancho velo,
 Y España deshacerse en mustio llanto,
 Y volver en un triste sentimiento
 Siempre la dulce voz y alegre canto,
 Y Bétis remover del hondo asiento
 Negras ondas, creciendo el mar hinchado
 El curso de su misero lamento,
 Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
 Pudo airado robar la luz hermosa
 Al suelo eternamente despojado.
 Perpetua sombra y niebla tenebrosa
 Desconhorte los pechos espantados

- (29) Y ya me hallo en el peligro dentro.
 (50) Y aunque me esfuerzo al fin, no puedo cuanto
 Debo en tantas mudanzas con que encuentro.
 (51) No es la tristeza ni el dolor quien hace.
 (52) El bien que temo y dudo me deshace.

De dureza tan áspera y llorosa:

Acábense con este los cuidados,
 Las congojas antiguas y el gemido
 Por todos los sucesos desdichados.
 El sol de hermosura esclarecido,
 Rayo de la divina hermosura,
 Yace en fría tiniebla oscurecido.

Quien pudo ver la luz suave y pura,
 Clarísima Eliodora, de tus ojos,
 Nunca esperó tan grande desventura.

Las ricas hebras, lúcidos manojos
 De oro terso, sutil y ensortijado,
 Son ya de muerte miseros despojos.

Vese el dulce color amortiguado,
 Y sin vigor la bella y blanca frente,
 Y queda el cuello apuesto derribado.

El blando trato, el corazon clemente,
 La gracia generosa y cortesía,
 La fe y modestia y la virtud presente

Entrega un desdichado y cruel día
 En duros brazos de la muerte fiera,
 Cuando menos al miedo se debía.

Esta engañosa vida lisonjera,
 Desierta y en confuso error perdida,
 Después de tanto mal, ¿qué bien espera?

Con esta triste y última partida
 Es dulce vida ya la amarga muerte,
 Y amarga muerte ya la dulce vida.

Ningun caso tan áspero ó tan fuerte
 Estrago, y ningun impetu sañoso
 Del cielo que contrasta nuestra suerte

Puede, aunque quebrantando proceloso
 Arranque gruesos muros bien trabados,
 Y se confunda el orbe temeroso,

Rendir los corazones levantados;
 Que el valor glorioso los alienta
 Entre peligros mil nunca turbados.

Mas esta, que enemiga se presenta,
 Y deshace cruel con impia mano
 La verde flor, indina de esta afrenta,

Al mas excelso pecho y sobrehumano
 Desnuda de la usada fortaleza
 Que contra su rigor se opone en vano.

Terrible mal, pero comun tristeza,
 Que desbarata la ambición profana,
 Freno de vanas pompas y grandeza,

Contra esta furia rígida, tirana,
 Solo finca un reparo no ofendido,
 Que es la ardiente virtud y soberana.

Rompa el cielo en mil rayos encendido,
 Y con pavor horrisono cayendo,
 Se despedace en hórrido estampido.

Tal es, que este furor y horror tremendo,
 Y cuanto conspirare por su daño,
 Rendido ante ella quedará gimiendo.

Bien puede al hombre ciego y della extraño
 Entlaquecer, y su memoria injusta
 Acabar del olvido en lento engaño;

Mas nunca podrá haber vitoria justa
 De quien se aparta, y singular contino
 Sigue y alcanza al bien con gloria augusta.

Dichoso aquel espíritu divino
 Que la alta frente descubrió seguro,
 Sin temer el comun peligro indino,

Y al estrellado claustro y ardor puro
 Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
 De corteza mortal y error oscuro.

Si amor de la virtud jamás cansado,
 Si piedad, si corazon honesto,
 Si sufrimiento apenas enseñado,

Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
 Si trabajos de inmenso sentimiento,
 Si á santas obras pecho firme y puesto,

Pueden de este apartado y grave asiento
 Colocarte ¡oh sin par bella Eliodora!
 En los giros de eterno movimiento,

Tú serás en el cielo nueva aurora,
 Antes luciente sol que muestre al día
 La riqueza y valor que en tí atesora;

Y cuando la desnuda noche fria
 Oscurezca el fulgor, serás lucero
 Que descubra en su horror serena vía.

Y viendo el color tuyo verdadero
 Variado en la púrpura y la nieve,
 Y el oro que igual nunca vió el íbero,
 Dirá quien te mirare, si osar debe
 En tanto mal, ingrato á tu belleza :
 «¿El impio bado á tanto bien se atreve?»
 Tú jamás descausaste en la estrechez
 Que tu alma ofendía, y padeciste
 Dolor, y siempre afares y tristeza.
 No quiso el claro olimpo, ni pudiste
 Ya esperar mas trabajos, y dejaste
 Alegre al cielo todo, á España triste.
 Contigo arrebatado nos llevaste
 El deseo de amor honesto y santo
 Con el que en nuestros pechos inflamaste.
 Yo canté tu valor, y ahora canto
 El premio merecido de tu gloria,
 Aunque á la voz impide el tierno llanto.
 Mas en mí no desmaya la memoria
 De tu virtud, de quien el tibio olvido
 Desespere ganar jamás vitoria;
 Y veo que es el llanto mal perdido,
 Porque descansas libre ya y segura,
 Y la ocasion de mi dolor olvido.
 No podía tu inmensa hermosura,
 Tu valor, tu divino entendimiento
 Contento sosegar en sombra oscura;
 Y desdeñando el duro ligamento,
 Deslazaste, y en leve vuelo suelta,
 Pisas el cerco etéreo y firme asiento.
 Si puede renovarte alguna vuelta
 La memoria del suelo despreciado,
 En dichosa alegría y bien envuelta,
 Da esfuerzo á este mi espíritu enitado
 Para sufrir la acerba y lengua pena
 De esta vida, la lástima y cuidado,
 Que ya de la esperanza se enajena,
 Ya su intento engañado y error siente,
 Y en tormento molesto se condena.
 Que en tu honra inclinado el Occidente,
 El frío Ebro, el Tajo caudaloso
 Venerará este día humildemente.
 Y Bétis, que contigo fué dichoso,
 Pero ya desdichado, que te pierde,
 Y triste y sin el ancho curso hondoso,
 En medio de su fértil campo verde
 Hará que el coro todo se levante
 De ninfas que con dulce voz concuerde;
 Y metiendo en el piélago de Atlante
 La frente por su abierto y hondo seno
 Con ímpetu extendido resonante,
 Dará ocasion que el mar, de peñas lleno,
 Alce el canto en tu gloria, rodeando
 Sus bandas, de otra alguna voz ajeno;
 Hasta que el claro son multiplicando,
 Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
 En el último Euxino reparando,
 Yo, si el cielo, presente á mi deseo,
 No corta el hilo frágil de esta vida,
 Y al canto aspira espíritu febeo.
 Espero tu memoria esclarecida
 Hacer insigne ejemplo de la fama,
 Prenda solo á mis lágrimas debida.
 Y quien oír pudiere de tu llama
 Viva el puro esplendor y la belleza
 Que por cuanto el sol cerca se derrama,
 Culpará de sus hados la dureza,
 Que le negó admirar en este suelo
 La luz excelsa de inclita grandeza.
 Alma dichosa, tú, que al alto cielo
 Enriqueces alegre, y gloriosa
 Te cubres de púrpureo y sutil velo,
 Vuelve á mirar á España lastimosa
 En tu partida, que de bien ya ajena,
 Yace en terreno afeto congojosa.
 Esta triste ribera, de afán llena,
 Que vió desaparecer su blanca aurora,
 Con mustio verso mnrurando suera.
 La sublime y bellísima Etíodora,
 Roto el cansado y grave peso frío,
 Abrasada en la eterna luz que adora,
 Es tutela del sacro hesperio rio.

CANCION V.

A don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina

Príncipe excelso, á quien el hondo seno,
 Por su luciente curso y extendido,
 El sacro padre Océano inclinado
 Ofrece, de respeto humilde lleno,
 En el corriente estrecho celebrado
 El tributo debido,
 Si del dirceo cisne esclarecido
 La voz grande y sonora, el alto canto,
 Y de Cirra el aliento en mí inspirara,
 Yo nunca las hazañas ensalzara
 De aquel que causó en Troya último llanto,
 Ni el que, ofendido tanto
 De la sañosa Juno, limpió en guerra
 De fieras y tiranos la ancha tierra;
 Antes pensara, alzando osado el vuelo
 Por la inmensa region de vuestra gloria,
 Sin perder el dichoso atrevimiento,
 Entre los puros astros que orna el cielo
 Con cercos de lumbroso movimiento
 Vuestra insigne memoria
 Entrelazar, negando la vitoria
 Del claro nombre al tiempo desdeñoso;
 Mas, aunque el valor vuestro y su grandeza
 No admiten de más versos la rudeza,
 Y de learo el suceso peligroso
 Me vuelva temeroso,
 Y el riesgo á que me obligo atento veo,
 No puedo contrastar á mi deseo.
 Si el noble, liberal y cortés liecho,
 Y piedad del ánimo excelente
 No sufrió que la sangre generosa,
 Aunque contraria con disorde pecho,
 De la estirpe real y gloriosa
 Casa vuestra en la ardiente
 Libia acabase presa indinamente,
 Premio teneis ya de esta cortesía;
 Que toda en tanto es grande admira España
 La honra singular de esta hazaña,
 Y vencida la invidia, se desvia
 De su antigua porfía,
 Y á su pesar conoce en tanta muestra
 Que solo pudo ser tal obra vuestra.
 Vos, que cual sol, que luce entre las nieblas,
 Resplandecéis en esta edad oscura,
 A renovar la bella edad pasada
 Cuando, venciendo alegre las tinieblas,
 Fué la sola virtud mas estimada,
 Pues ya por vos procura
 Subir á su grandeza y lumbré pura,
 Y del olvido ingrato, en quien se asconde,
 Vuestro favor invoca y vuestra mano
 Pide, y osa elevar el vuelo ufano
 A su difícil yerta cumbre, donde
 El premio igual responde;
 No la desampareis, que en vos espera
 Vibrar su llama y descubrir entera.
 No esperéis en el marmol esculpido
 O en el sujeto bronce bien labrado,
 Que figurado vuestro nombre espire,
 Que en breve espacio yace oscurecido,
 Aunque el ingenio junto y arte inspire
 De Fidia aventajado;
 Que este es mortal trabajo limitado;
 Porque el divino coro de Elícóna,
 Intento á vuestra gloria, el árbol verde,
 Que su esplendor florido nunca pierde,
 Teje en hojas de roble y lo corona
 De una inmortal corona,
 Para ceñir en torno de oro ardiente,
 Con siempre eterno nombre vuestra frente.
 Nunca la luz jamás y la grandeza,
 Que de amable virtud el fuego inflama,
 Y el brio generoso el alto pecho,
 Despues de la fatal comun tristeza,
 Cuando al valor se niega su derecho,
 Centellará en la llama,
 Do la memoria mas vos busca y llama,

Si la sagrada musa, agradecida,
No deshace la sombra del olvido;
Es vano intento, es ciego error perdido,
Cuidar que pueda alguno alcanzar vida
A su nombre debida,
Si este favor pujante no proviene
De aquella inclita voz de Melpomene.
¿Cuántos famosos principes encubre?
Cuántos heróicos pechos encerrados
Tiene el silencio oscuro en negro velo?
El tiempo vencedor asconde y cubre
Todo cuanto valor ilustró al suelo.
De aquellos que admirados
Y fueron de los hombres venerados,
Aun rastro de su gloria no se alcanza.
Vos de tanta engañada muchedumbre
Distinto vos vereis en alta cumbre,
Con pocos alcanzando esta afabanza;
No engaños la esperanza
Que de vos nos promete y hace cierta
La natural virtud que está encubierta.

Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,
No menos en la paz que en dura guerra,
De los vuestros clarísimos mayores,
Cuyo valor sublime, cuyos pechos
Quebrantaron los bárbaros furores;
Que nuestra rica tierra
Por donde el africano mar la cierra
Anegaron en sangre, y la abrasada
Arenosa Numidia, helada y fría,
Roto su orgullo todo y su porfía
Vencida, en tristes lágrimas bañada,
Se les rindió humillada;
Y Atlante con horror temió presente,
Gimiendo el postrer bado amargamente.

Del mas preciado nombre y glorioso
Que España, de las gentes domadora,
Puede alabarse, sois felice lumbre;
Grande honor, gran cuidado trabajos
Para pedir las puntas de su cumbre,
Porque la roja aurora,
Y la lista que intenso ardor colora,
Y la que en hielo torpe se condena,
Y las partes del orbe mas extrañas
Conocen el fulgor de sus hazañas;
Que su valor en todas crece y suena
Con luz de gloria llena.
Vos, á igualar sus hechos obligado,
Solo sois de todos admirado.

SONETO LVIII.

Si puede celebrar mi rudo canto
La luz de vuestro ingenio y la nobleza,
Tendrá perpetua gloria con grandeza
De fama en el dorado y rico manto;
Pero si de mi mal no me levanto,
Y amor me ocupa todo en la belleza,
Sola y grave ocasion de mi tristeza,
Por quien suspiro y me deshago en llanto,
Será en cuanto sostenga la alma mia
El duro peso, sin temor de olvido,
Siempre vuestro valor de mi estimado;
Porque el sosiego y trato y cortesía
A vos todo me tienen ofrecido.
¡Oh ilustre honor del nombre Maldonado.

LIX.

Tal vez abrasa con vapor fogoso,
Tal vez enfria con horror helado,
De la africana fuente desatado
El cristal en el mismo trato ondoso.
Cuando el cielo en la sombra está medroso,
Hierve en ardor su curso destemplado,
Y cuando yace el sol mas inflamado,
Corre un invierno de rigor nevoso.
Son tales los milagros que en mi pecho,
Sujeto y condenado á tu crueldad,
Ilaces, fiero tirano y señor mio,
Que estoy en el calor un hielo hecho,
Y un fuego de immortal naturaleza
En la fuerza y vigor del mayor frio.

LX.

A don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.

Asconde, tardo Bágrada, en tu seno
La fiera armada de tu osada gente,
Y arrancando los cuernos de la frente,
Pierde el orgullo, ya de esfuerzo ajeno;
Que á todo el ancho ponto pone freno,
Vengando con la aguda espada ardiente
Los insultos que sufre el Occidente,
El domador del cita y sarraçeno (53).
Verás la tierra presa, el mar sangriento,
Y al nombre de Bazan temblar medroso
El corazon mas bravo y arrogante.
Y atado en hierro el cuello descontento,
Rendirse al brazo suyo poderoso
Cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

LXI.

Ausente pienso en mi dolor conmigo,
Si alguna vez estuve tan contento,
Que no diese al cuitoso sentimiento
El lugar que se debe al mas amigo;
Y hallo al fin en este mal que sigo
Que nunca un hora libre de tormento
Puede alcanzar; que al cabo el pensamiento
Es mi mayor contrario y enemigo.
Bien que pruebo traer á la memoria
Sombras de un bien que descubri tan vano,
Que se desapareció luego á mis ojos;
Mas esto no me puede causar gloria;
Antes da siempre á mi dolor la mano
Para que no se acaben mis enojos.

LXII.

A Luis Barahona de Soto.

Vos celebrando al son de noble lira,
Insine Soto, vuestra dulce pena,
Del Dauro la ribera teneis llena,
Y el bosque verde vuestro nombre admira (54).
Yo aquí, do amor en mi dolor conspira,
Solo en esta desierta ardiente arena
Mis ojos rompo triste en honda vena (55),
Y el grande Bétis con mi mal suspira.
Dichoso vos, que en luz de immortal fuego
De vuestra fénix renovais la gloria,
Que no podrá cubrir niebla de olvido.
Yo, misero, sin bien, herido y ciego,
Avivo de mis males la memoria,
Desesperado y nunca arrepentido.

ELEGIA VII.

¿Qué honor vos pudo dar, bella enemiga,
Rendir mi pecho, que con tal cuidado
Buscastes la ocasion de mi fatiga?
Si yo nací sujeto y obligado
A perderme en las ondas del mar fiero,
Cual navegante misero engañado,
¿Por qué con dulce canto y lisonjero
Suspense, me llevastes compelido
Al dolor grave en que lloroso muero?
Bien conocia yo, ¡aimé perdido!
De vuestro corazon el falso engaño,
Y el áspero rigor de vuestro olvido.
Huía, temeroso de mi daño,
La luz de vuestros ojos y belleza,
Como si del amor naciera extraño.
No me valió vestirme de dureza
Contra las crudas flechas del tirano,
Que solo se contenta en mi tristeza.
Porque viendo que el golpe de su mano
No abría bien el corazon constante,
Y que su intento sucedia en vano,

(53) El domador del cita y agareno.

(54) Y el verde bosque, que de vos se admira.

(55) Rompo mis ojos en profunda vena.

Y que el arco de duro diamante
Perdía su vigor, vuelto indignado
Contra mi presuncion tan arrogante,
Se puso en vuestros ojos regalado,
Blando, lleno de tierna cortesía,
Suave y dulcemente lastimado.
Con esto mi firmeza y mi porfía
Rota, quedó vencida y entregada
A vuestra voluntad siempre la mía.

Mostrásteisvos alegre y agrada
Tanto del grave afán que por vos siento,
De rigor y desden tan apartada,
Que os di de mi libertad, y el pensamiento
Ocupé solo en vos, y fué mi gloria
Merecer en virtud de mi tormento.

Ahora, que soberbia en la vitoria,
Vos descubris á mi pasión esquivo,
A mi nombre negais vuestra memoria;

En vuestro pecho no sufrís que viva
De tanto amor una pequeña parte
Sin deslazar mi ánima cautiva.

Este es el mal que me deshace y parte
El corazón mezquino, y con crueza
A mil varios peligros lo reparte.

Si ofende al valor vuestro y su grandeza
Que es tanto fiar de mi cuidado,
Que adore mi humildad vuestra belleza,

No merezco por ello ser culpado:
Porque conozco bien cuán poco alcanza
Al cielo alto mi vuelo desmayado;
Pero vos alentastes mi esperanza,
Y vuestra luz me dió merecimiento
Para abrazar tan alta confianza.

La honra de mi noble pensamiento,
Mi fe y amor, á sola vos debido,
Son dignos de mas grato acogimiento.

Memorias tristes de mi bien perdido
Me siguen siempre, y me molestan tanto,
Que deseo acaballas en olvido.

Deshecho todo en miserable llanto,
Hago testigos este prado y fuente
Del mal que sufro ausente en mustio canto.

Solo un cuidado tengo que contente
El corazón cuitado en tanta pena,
Que descansan ninguno me consiente;

Yes, que al fin quedo en esta suerte ajena
Alegre de haber muerto á vuestra mano
Antes que despedace esta cadena.

Mas yo ¿qué digo? ¿á quién me quejo en vano?
A un bello rostro y corazón de fiera,
Tierno en vista y en obras inhumano.

Mejor será que antes que yo muera
En este error huya mi suerte dura,
Y lo que la razón me ofrece quiera.

Esta luz soberana y hermosa,
Que tanto hacer pueden en mi daño,
Se cubran para mí de sombra oscura.

Otra extraña region y cielo extraño
Me conviene buscar, porque perezca
En la ausencia la causa de mi engaño.

Do nunca á la memoria se me ofrezca
El dulce nombre iré, y á do conmigo
Siempre ocasion de justo desden crezca.

Mas ¿qué valdrá? que nunca mi enemigo
Se aparta de mi pecho y me presenta
Mi para Estrella en mi favor consigo?

A vos, mi bien, así jamás consenta
El cielo que la luz de esa belleza
Del tiempo la comun ofensa sienta.

Pido que no sufráis que mi firmeza
Acabe sin que sea agradecida,
Conforme al merecer de esa grandeza.

¿Por ventura será cosa debida
A vuestro gran valor ser vos llamada
Ingrata, desleal, desconocida?

La dulce Vénus, madre regalada
Del tierno Amor, estaba lastimosa,
Y en fatiga continua congojada (56),

Porque su hijo, cuya poderosa
Diestra rinde herido y humillado
Cuanto cerca del sol la luz fogosa,
Aunque bello y en ella figurado,
Cual parto de su inmensa hermosura,
Divinamente puro y acabado,
No crecía en grandeza y compostura
Igual á la belleza, y que vivía
Mucho tiempo sujeto á tal ventura;

Doliéndose del daño, no sabía
Qué remedio tuviese nua extrañeza
Nunca vista jamás hasta aquel día.

Al fin, del triste caso la graveza
La llevó á consultar, por mas seguro,
De las secretas cosas la certeza.

Témis, que revelaba lo futuro,
Viendo su confusion, le dice: «Olvida,
Vénus, este temor del lado oscuro.

«Este tu amor, en esa edad florida
Si no crece, aunque solo es engendrado,
Es por oculta causa y escondida,

«Puede solo nacer y ser criado,
Y no crecer; si quieres tú que crezca,
Pare otro hijo, Contramor llamado;

«Con tal suerte, que el uno favorezca
Mirando al otro hermano en crecimiento,
Cobrando cuerpo que al igual florezca;

«Pero si el uno falta, á un movimiento
Ambos acabarán forzosamente,
Y este es decreto de infalible asiento.»

Volvió Vénus alegre, y juntamente
Al regalo del dulce amado Marte,
Y cuanto dijo Témis vió presente.

jandro Afrodiseo. Antes lo trasladó en prosa, del modo que á continuación se puede leer:

«Había engendrado Vénus á Eros, que es el amor. El niño era agraciado y hermoso, porque mostraba en su rostro la figura y belleza de su madre, en ninguna cosa degenerando de la belleza della; pero no podía crecer en grandeza y estatura de cuerpo, que respondiese á la hermosura; y así, quedó mucho tiempo en aquel hábito con que nació. Congojada y falta de consejo su madre, maravillábase desta extrañeza, y no entendía qué causa impidiese su crecimiento; y no menos que ella se fatigaban las Cárites, diosas de las gracias, que tenían á su cargo la crianza del niño. Al fin fueron á consultar el oráculo de la diosa Témis, que pronunciaba lo que estaba por suceder de los hados, porque aun no había comenzado Apolo á presidir en Delfos, ni revelaba aun los secretos de las cosas escondidas en oscuridad; y humildemente le suplicaron que buscase y les descubriese algun remedio para aquella no acostumbrada calamidad, digna de toda gran admiracion. Entonces respondió Témis:—Yo libraré vuestro ánimo desa congoja, porque aun no habéis conocido bien la naturaleza y el ingenio deste niño; porque este tu verdadero Amor, oh Vénus, puede por ventura nacer solo, pero no puede crecer solo. Y si tú quieres que él crezca en la proporcion justa del cuerpo, tienes necesidad de otro hijo llamado Anteros, que con reciproco y trocado amor satisfaga y compense las fuerzas de la benevolencia. Y será esta naturaleza á los dos hermanos, quel uno al otro se presten y den con igual cambio el crecimiento y grandeza, y mirándose trocadamente, serán autores de su aumento, cobrando cuerpo con igual grandeza y estatura. Pero si faltare el uno, acabarán ambos forzosamente.—Con esta respuesta de Témis, vuelta Vénus á los regalos de Marte, engendró otro hijo, á quien puso por nombre Anteros, como si dijésemos Contramor. Entonces con maravillosa novedad comenzó súbitamente Cupido á crecer en grandeza de cuerpo, y naciéndole repentinamente las alas, las extendió con lozanía y hermosura, corriendo y volando con el cuerpo igual á la belleza del rostro. Parecia que los dos hermanos competían en portada contienda cuál de ellos crecía mas hermoso y mas grande. Admirábanse los dioses, y mas su madre, de ver crecer tan excelente generacion suya. Así creció el Amor, que siendo sujeto á esta suerte, muchas veces es perseguido y molestado de admirables y nunca oídos trabajos y fatigas; porque unas veces crece, otras mengua, y torna de nuevo á cobrar la grandeza perdida del cuerpo; mas de tal manera, que siempre está necesitado de la presencia de su hermano, el cual si ve crecer, contiene y se esfuerza en precedelle; pero si lo halla pequeño, muchas veces aun contra su voluntad se desmaya y derriba; porque el Amor, si no responden con agradecimiento de amor, no crece, antes se acaba.»

(56) HERRERA, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, puso este Apólogo, tomado de uno de Porfirio, que se atribuía tambien á Ale-

Amor luego creció, mirando aparte
A su hermano, y de sí con gran porfía
El uno daba al otro mejor parte.

El uno y otro en igualdad crecía,
Hermoso en la figura y la grandeza,
Que á Cítereá admiración ponía.

Señora, si al amor que á vuestra alteza
Tengo fallece amor agradecido
En parte alguna á mi mayor firmeza,

No digo que por mí será perdido;
Que mi fe tal error nunca ha pensado;
Mas es amor tan tierno y tan sentido,
Que temo que se acabe mal mi grado.

SONETO LXIII.

Amor, en un incendio no acabado
Ardi del fuego tuyo, en la florida
Sazon y alegre de mi dulce vida,
Todo en tu viva imagen trasformado;

Y ahora ¡oh vano error! en este estado,
No con llama en cenizas escondida,
Mas descubierta, clara y encendida,
Pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.

No mas; baste, cruel, ya en tantos años
Rendido haber al yugo el cuello yerto,
Y haber visto en el fin tu desvarío.
Abra la luz la niebla á tus engaños
Antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto
Sea el fuego del tardo hielo mío,

LXIV.

**A la muerte de don Alvaro de Bazan,
marqués de Santa Cruz.**

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,
La virtud militar y la vitoria
Grandes ciudades presas en memoria,
Y todo el noble mar que á Grecia baña.

Tú solo, tú con singular hazaña
Ganaste vencedor tan alta gloria;
Que las voces se cansan de la historia
Que tus inclitos hechos acompaña.

El furor de Otomano quebrantado
Será justo despojo que esculpido
En lengua de la fama alce tu nombre.

Con tal blason, valor nunca domado,
Ingenio y arte hacen que vencido
No pueda ser del tiempo un mortal hombre.

LXV.

El triste afán del corazón doliente,
Con la memoria de mis males llena,
Vó repitiendo solo por tu arena,
Sacro rey de las aguas de Occidente.

Las ondas acrecienta á tu corriente,
Socorriendo á tu curso con la vena
De mis ojos llorosa, y junto suena
El suspiro, que esfuerza á la creciente.

Al fin gasto el humor y cesa el viento,
Y exhala el fuego con incendio tanto,
Que de húmido te hace ardiente río.

En vano intentas á este encendimiento
Resistir, pues no pudo el grave llanto
Quebrantar su furor del dolor mío (37).

LXVI.

Como en la cumbre excelsa de Mimante,
Do en eterna prision arde y procura
Alzar la frente airada, y guerra oscura
Mover de nuevo al cielo el gran gigante,

Se nota de las nubes, que delante
Vuelan y encima, en horrida figura,
La calidad de tempestad futura,
Que amenaza con áspero semblante;

Así de mis suspiros y tristeza,
Del grave llanto y grande sentimiento
Se muestra el mal que encierra el duro pecho.

Por eso no vos canse mi flaqueza,
Bella Estrella de amor; que mi tormento
No cabe bien en vaso tan estrecho.

LXVII.

Fiero dolor, que el corazón cuitado
Tanto afliges y cansas; dolor fiero,
Que por templar mi mal con honra quiero
Llamar solo dolor desesperado;

Pues al extremo ha tu rigor llegado,
Y del amor ningún remedio espero,
Acaba ya mi vida, ó, pues no muero,
Acábase contigo mi cuidado,

Porque si del furor de mi tormento
Puedo alentar, ya nunca mas vitoria
Daré de mí al autor de tu crueldad;

Y el horror de la pena y mal que siento
Quedará siempre vivo en mi memoria,
Para huir continuo tu dureza.

LXVIII.

Preso en la red de Amor dorada y pura,
Y ardiendo en vivos rayos de belleza,
Mueve el sutil pincel, y con destreza
Su fuerza en vuestra luz mostrar procura.

La arte á su fin llegó, la hermosura
Al intento excedió en extrema alteza;
En ella infunde él mismo su grandeza,
Y espíritu se hace en su figura.

Su llama en él enciende á quien la mira,
Y en la virtud, que halla soberana,
Lleva la alma abrasada en alto vuelo;
Y con la gloria eterna, que le inspira,
Goza, excelsa y bellísima Diana,
El sereno esplendor del alto cielo.

LXIX.

Esta sola desierta, ardiente arena,
Fatal sepulcro al último occidente,
De armas rotas, de muerte y presa gente
Y de sangrientos ríos está llena.

Infamia y honra en un error condena
Al corazón cobarde y al valiente:
El premio es desigual; que el uno siente
Perpetua gloria, el otro eterna pena.

Con un súbito estrago y espantoso
Y confuso desórden acabado,
Cedió el valor heróico al africano.

Grave crimen del vulgo temeroso;
Que, pues murió, muriera peleando
Do murió, todo el reino lusitano.

LXX.

A Fernando de Cángas.

Fernando, yo sulqué con viento lleno
Del dulce amor el grande mar abierto;
Y libre de temor, sin buscar puerto,
Atravesé de un seno en otro seno.

En medio el curso se turbó el sereno
Cielo, y revuelto todo el ponto incierto,
Rompe mi flaca nave, y ya desierto
De salud, en las ondas voy ajeno.

Si en esta tempestad es tal mi suerte,
Que escape de peligro, nunca el fiero
Tirano llevará de mí vitoria;

Mas antes que en olvido cubra muerte
Mi nombre humilde, celebrar espero
Del español beligeró la gloria.

LXXI.

Si no sufría ya la adversa suerte
Que mas viviera el reino lusitano,
Ardiera en guerra llera, y Marte insano
Moviera del contrario el brazo fuerte.

Cuanta saña y furor la furia vierte,
Hierro, fuego enemigo de impia mano
Armara, y no entregara al africano
Los cobardes despojos en su muerte.

No es vergüenza morir, y la vitoria
Y vida, el honor no, rendir osado
Al impetu de Libia violenta.
Fuera sin culpa misero con gloria,
Honrárase en la queja de su lado,
Y faltara á sus lágrimas la afrenta.

LXXII.

Soberbio Tajo, que en la gran corriente
Entrabas de Neptuno impetuoso,
¿Por qué con tardo paso y temeroso
Vas humilde abatiendo tu creciente?
Si el fiero Luco osado alza la frente,
Domador de tu ejército famoso,
No debes tú por eso estar medroso,
Ni el furor libio recelar presente;
Que en tu favor el Ebro grande, el Duero
Y el sacro ondoso Bétis á porfia
El valor juntarán, la fuerza y arte.
Luego verás al nública guerrero
Perder roto el orgullo y la osadía,
Y cautivo humillado venerarte.

CANCION VI.

Por la pérdida del rey don Sebastian.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel día fatal, aborrecido,
Que Lusitania misera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria;
Y la llorosa historia
Aombre con horror funesto y triste
Dende el áfrico Atlante y senó ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste,
Y do el límite rojo de oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta,
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz, mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto,
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto,
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes,
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado (38).

Los impíos y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza;

(38) En la edición primitiva puso HERRERA:

No busquen oro, mas con crudo hierro
Venguen la ofensa y cometido yerro.

Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron
Tanto heroico valor en solo un día;
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados (39)?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Libano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido (40),
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo;
No igualó en celsitud y en hermosura (41)
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presunción su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impíos y ajenos entregado,
Por la raíz cortado;
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron del los hombres, espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo;
En su ruina y ramos cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufania llena;
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

SONETO LXXXII.

A Francisco de Medina.

Ya que en vano contraste al dolor fiero,
Y faltándome el bien, crece el tormento,
Y la esperanza sin ningún aliento
Me olvida, y de remedio desespero,

(39) Variantes de la edición de 1582:

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes y beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto, en cruda guerra,
Cuanto enfrena y encierra
El mar Indo, y feroces destruyeron
Grandes ciudades? ¿Dó la valentía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron, etc.

(40) Variantes de la edición de 1582:

Tales fueron aquestos, cual hermoso
Cedro del alto Libano, vestido
De ramos, hojas con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso
Sobre empinados árboles subido, etc.

(41) En celsitud y hermosura.—Edición de 1582.

Este desierto puesto solo quiero,
Pues lo aquejó mil veces mi lamento;
Que al triste cuerpo, siempre descontento,
Sea el sepulcro de su mal postrero.
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano
Tal vez imperio, á lástima movido,
Este verso cortad en mi memoria:
«Uno aquí vace que amó firme en vano,
Y cuando esperó bien, aborrecido
La vida lo dejó, y huyó su gloria.»

LXXIV.

Fria ceniza de mi ardiente fuego,
Y rotas hebras del mal firme nudo
Que me enlazó, de cuitas ya desnudo,
Vos miro alegre y libre en mi sosiego.
No es este el tiempo, no, en que anduve ciego,
Ni la ocasion que así perderme pudo;
Que contra el mal embraza el fuerte escudo
Razon, y el feudo argüo ya vos niego.
La luz pura, en mi oscura niebla abierta,
Me descubre el error que proseguia,
Y lleva osando por el paso estrecho.
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,
Y sin fuerza vosotros, ¿qué porfia
Vos mueve á molestar mi duro pecho?

LXXV.

Cuando rendia la arrogante frente
El ya vencido reino lusitano,
Y de Filipo el brazo soberano
Ponia el freno estrecho al Occidente,
Con fiero influjo, con señal ardiente,
Que dió sospecha y dió temor no en vano,
El cielo se llevó con dura mano
La luz mas pura de Austria y excelente;
Mas, de estrelladas hebras coronada,
Esculpió entre los astros su belleza,
Do alegre mira el rico hesperio suelo.
¿Cuanto puedes virtud, que arrebatada
De esta humildad á la inmortal grandeza,
Eres amor y eres honor del cielo!

LXXVI.

Donde el dolor me inclina vuelvo el paso (42)
Tan cansado y perdido, que no tengo
Para arribar fuerza, y nunca vengo
A conceder holganza al cuerpo laso.
El mal me sigue de uno en otro paso,
Perpetuo y grave tal, que lo sostengo
Por entender que en mi las penas vengo (43),
Que por amor cruel ausente paso.
Si en este afán, que ha de acabarse tarde,
Osara esperar bien, fuera descanso
Dulce y regalo mi mortal congoja;
Mas ya remedio no vendrá que guarde
El corazon caído, y mas me canso
Cuando el trabajo intenso en algo alloja.

LXXVII.

Alma bella, que en este oscuro velo
Cubriste un tiempo tu vigor luciente,
Y en hondo y ciego olvido gravemente
Fuiste escondida sin alzar el vuelo;
Ya, despreciando este lugar, do el cielo
Te encerró y apuró con fuerza ardiente,
Y roto el mortal nudo, vas presente
A eterna paz, dejando en guerra el suelo,
Vuelve tu luz á mi, y del centro tira
Al ancho cerco de inmortal belleza,
Como vapor terrestre levantado,
Este espíritu opreso, que suspira
En vano por huir desta estrechez,
Que impide estar contigo descansado.

(42) Donde el dolor me lleva vuelvo el paso.

(43) Solo por entender que en mi me vengo
De cuanta pena por amor yo paso.

LXXVIII.

En noche sola voy con sombra, oscuro,
Sin bien, perdido, ajeno de reposo,
Con débil paso y corazon medroso,
Buscando del amor lugar seguro.
Siento al lado del arco el golpe duro,
Y de mayor peligro receloso,
Vuelvo sujeto á mi dolor penoso,
Y en mal antiguo nuevo mal procuro.
El yerto, hórrido risco despeñado,
Y la montaña áspera parece
Llana senda al deseo que me lleva.
Culpa no es dél, que siempre va engañado;
Mas la razon, que ve, ¿por qué se ofrece
Al conocido error que nunca aprueba?

LXXIX (44).

Osé y temí, mas pudo la osadía
Tanto, que desprecie el temor cobarde;
Subi á do el fuego mas me enciende y arde
Cuanto mas la esperanza se desvia.
Gasté en error la edad florida mia;
Ahora veo el daño, pero tarde;
Que ya mal puede ser que el seso guarde
A quien se entrega ciego á su porfia.
Tal vez pruebo (mas ¿qué me vale?) alzar
Del grave peso que mi cuello oprime,
Aunque falta á la poca fuerza el hecho.
Sigo al fin mi furor, porque mudarme
No es honra ya, ni justo que se estime
Tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

LXXX.

A Pompeyo.

Después que Mitridates rindió al hado
El fiero pecho, y Asia sacudida,
Cayó rota, y la tierra, al fin vencida,
Vió el mar de los piratas despojado,
Lo que no pudo el medo, el parto osado,
Ni virtud de Sertorio esclarecida,
Una vil, flaca diestra la temida
Cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado;
Y el cuerpo, mal cubierto de la arena,
Triste ultraje y cruel de humana gloria,
Desierto yace. ¡Oh cuánto en ti la dura
Suerte discordé se mostró y ajena!
Pues falleciendo tierra á tu vitoria,
La tierra falleció á tu sepultura.

LXXXI.

A Felipe II.

Ya que el sujeto reino lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente,
Y todo el grande esfuerzo de Occidente
Teneis, sacro Señor, en vuestra mano,
Volved contra el suelo hórrido africano
El firme pecho y vuestra osada gente,
Que su poder, su corazon valiente,
Que tanto fué, será ante el vuestro en vano.
Cristo os da la pujanza de este imperio
Para que la fe vuestra se adelante
Por do su santo nombre es ofendido.
¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
Bastará alzar la frente, que al instante
No se derriba á vuestros piés rendido?

LXXXII.

Al marqués de Santa Cruz, en la rendicion
de las Terceras.

«Yo, que el temor al piélago Adriano
Quité, y de Etolia en el famoso estrecho

(44) Con este soneto empieza la edicion príncipe de las poesías
de HERRERA. Lope, al alabar á este en *El laurel de Apolo*, recuerda
este soneto:

Cuando en sus rimas comenzó diciendo:
«Osé y temí, mas pudo la osadía.»

Quebré el orgullo, y sin valor deshecho

Dejé primero el impetu otomano,

»En este peligroso golfo insano,

Do Francia llora rota el crudo hecho,

Osando en tu valor, con fuerte pecho
Pongo fin al imperio lusitano.

»Alargue el mar su derramado seno,

Que en todo él pienso ser vitoriosa,
Siguiendo en cualquier trance tu bandera.»

España así con esplendor sereno

Dijo al grande Bazan en la dudosa

Conquista de la presa ya Tercera.

ELEGIA VIII.

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,
Que duramente me consume el pecho,

Por estas venas mías se derrama?

Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho;

Cese, Amor, el rigor de mi tormento,

Basten los males que en mí mal has hecho.

Este dolor, que nuevo siempre siento,

Esta llaga mortal, continuo abierta,

Este grave y perpetuo sentimiento,

Esta corta esperanza y siempre incierta,

Este vano deseo peligroso,

Esta, fin de mis penas, muerte cierta (45),

Tal me tienen confuso y temeroso,

Y sin valor perdido y quebrantado,

Que ni aun huir de mis pasiones oso.

No es amor, es furor jamás cansado,

Rabia es que despedaza mis entrañas

Este eterno dolor de mí cuidado.

¿Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,

Atravesar un corazón rendido,

Un corazón que dulcemente engañás,

Ya que me tienes preso y tan herido,

Que en mi pecho no hallas lugar sano,

No me acabes, cruel, en duro olvido.

Mi fe y mi pensamiento soberano,

De mí grande osadía la nobleza,

No sufren que me dejes de la mano.

Nací para inflamarme en la pureza

De aquellas vivas luces que al sagrado

Cielo ilustran con rayos de belleza;

Y de sus flechas todo traspasado,

Por gloria estimo mi quejosa pena,

Mi dolor por descanso regalado.

Tal es la dulce Luz que me condena

Al tormento, y tal es, por suerte mía,

De mi enemiga la beldad serena;

Mas, aunque sin igual fué mi osadía

Y el mal que sufro, por tu fuego juro

Que contrastar no puedo á mi porfía;

Y cuanto en él mi corazón apuro

Y afino, tanto mas crece el deseo,

Y un temor con que nunca me aseguro.

¿Quién me daría, Amor, que él bien que veo

Gozase solo y libre de recelo

En aquella verdad con que lo creo?

Que nunca mi ofensor, medroso celo,

Que tan grave me aligie y desharata,

Podría derribarme por el suelo.

»Ay, cuánto tu crueldad me maltrata!

Ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,

Que continuo me aviva y siempre mata!

Bella Señora, si mi voz cansada

Alcanza tanto bien que no os ofende,

Oídla blandamente sosegada.

Luz de eterna belleza, en quien me enciende

Y gasta Amor, y en un lloroso río

Vuelto, contra sus llamas me defiende;

Si os puede enternecer el dolor mío,

Comiencen á ablandaros mis enojos,

No deis ya mas lugar á mas desvío.

No me neguéis esos divinos ojos,

Que todo en vos me han ya trasfigurado,

Llevándose consigo mis despojos.

Si ausente estoy de vos, muero cuitado,

Y vivo alegre solo cuando os miro;

»Mas ay, cuán poco duro en este estado!

Que cuando á verme en vos presente aspiro,

Mi enemiga fortuna no consiente

Que falte causa al mal por quien suspiro;

Y así, estoy ante vos solo y ausente.

CANCION VII.

Con dulce lira el amoroso canto

En alabanza de los bellos ojos,

Causa de mi error luengo y desvarío,

Probé, y aunque robaron los despojos

De mi gloria el dolor y el grave llanto,

Que acrecentó las ondas á este río,

Oyendo el canto mío

Fecho y el coro eterno de Helicón,

De mirto delicado y oloroso,

En honra de mi intento cuidadoso,

Tejiendo de sus manos la corona,

Dijeron, enlazándose la frente,

Que cantase de Amor la fuerza ardiente.

Yo entonces, de mis males ofendido,

Puse en olvido al belicoso Marte

Y los fieros gigantes fulminados,

Y celebré en la Hesperia alguna parte

Del dulce tiempo en mi dolor perdido;

Aunque en los años en amor gastados.

Mis penosos cuidados

El espacio mejor todo ocuparon,

Y dende allí huyó de mi memoria

De los iberos inclitos la gloria

Y cuantos hechos grandes acabaron

En tierra y mar, en uno y otro polo,

Iguando en el curso al mismo Apolo.

Y justo fué que entre el furor del hierro

El flaco son de esta mi humilde lira

Perdiese, si la tuvo, su osadía.

Mi débil canto á débil gloria aspira.

El desden, pena acerba, y mi destierro

Puede llorar la triste musa mía,

Y la antigua porfía

De mi dolor. ¿Quién á Mavorte crudo,

De adamantina túnica cubierto,

Cuando en la áspera Tracia el campo abierto

Mueve, teñido en sangre el duro escudo,

Podrá escribir, si al fin le falta el vuelo,

Y se despeña dende el alto cielo?

Bien veo, oh gloria generosa y lumbre

De la invencible y bien dichosa España,

Que en vano el canto levantar intento,

Y que es mas temeraria esta hazaña

Que la de aquel que en la celeste cumbre

Pensó regir del carro el movimiento.

Desfallece mi aliento

Cuando presumo alzar vuestra grandeza

Y aquellos altos soberanos pechos

De los mayores vuestros, cuyos hechos

Exceden toda humana fortaleza.

No cabe, no, en la inculta musa mía

Tanto valor y heroica valentía.

Mas un deseo, que á alabaros mueve

Y compele mi ánimo, no deja

Que tenga en mí lugar el temor vano;

Y aunque Amor forme toda justa queja

Que en honra ajena yo las voces pruebo

De la lira ofrecida de su mano,

Tanto entiendo que gano

En celebrar el nombre glorioso

De vuestro león claro y excelente,

Que olvido sin temor su flecha ardiente,

Y con furor divino y venturoso

Subir de un giro en otro presto espero

Al orbe do reside Marte fiero.

Ya con no usado vuelo me sublimo

Con fuertes alas por el grande campo

Del líquido sereno, y confiado

En el instable globo el paso estampo,

Y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,

Y en el sanguino, do feroz armado

Marte, nunca aplacado,

Vibra la asta cruel y arroja fuego,

(45) Fin de mis penas, esta muerte cierta.

Sin miedo entro, do veo tan extrañas
De los abuelos vuestros las hazañas,
Que cuando á dalles justa estima llego,
Veo que mi osadía en vano emprende
Lo que su luz clarísima deliende;
Que espíritu tan alto y generoso
No dudará cantar el brazo fuerte,
Y el corazón indómito que pudo
Con singular valor y diestra suerte
Romper en tierna edad al espantoso
Moro, y después, de vil temer desnudo,
Ser de tantos escudo
En el asedio de la presa Alhama.
¿Por quién Genil temblando volvió el paso,
Lloroso, ensangrentado, triste y laso,
Oyendo del divino héroe la fama,
Que al bárbaro feroz y su denuedo
Hizo siempre cubrir de frío miedo?

Pirámides sublimes levantadas,
Ostentación de la soberbia humana,
Grandes colosos de elevada cumbre,
El tiempo domador huyendo allana;
Mas las obras insínes y extremadas,
Ardiendo con fulgor de eterna lumbre
Entre la muchedumbre
De tantos que oscurece el torpe olvido,
Sobran la inmensidad de luengos años,
La muerte, invidia, tiempo y sus engaños
Con su esplendor venciendo esclarecido,
Y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,
Que lo sigais al glorioso templo.

Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,
En una y otra suerte siempre entero,
El amor de virtud firme y constante
No sufre que su ímpetu ligero
El tiempo contra vos muestre inclemente,
Ni que el fatal olvido se adelante;
Antes piden que cante
En honra vuestra aquel suave Orfeo
Que revocó del reino inexorable
Su esposa, y que de vos continuo hable
Con grave lira el escritor Dirceo,
Y vuele vuestra luz hasta la aurora
Dende los fines de Favonio y Flora.

Quisiera yo que fuera tal mi canto,
Que mereciera la grandeza vuestra,
Y me inspirara Clio y Melpomene;
Mas pobre vena y temerosa diestra
No me dejan alzar el vuelo tanto,
Que lo menor que en vos yo siento suene.
Quien lo poco que tiene
Ofrece no merece alguna culpa,
Y en una empresa tan dudosa y alta
Quien se atreviere, si hiciere falta,
Haber osado vale por disculpa;
Y pues vuestro valor es soberano,
No os merece ensalzar ingenio humano.
Mas, cual fuere, acoged mi simple musa;

Que yo, si no me engaña mi esperanza,
Pienso en la eternidad de la memoria
Esculpir vuestro nombre y alabanza,
Y hacer la futura edad confusa
Que invidie á la que goza vuestra gloria.
No estreñará vitoria
Ira del cielo, fuego, hierro airado,
Ni envejecido curso sin reposo,
Ni el tiempo, no cansado y presuroso,
Del canto á vuestro nombre consagrado;
Antes por la desierta Libia ardiente
Torcerá el gran Danubio su corriente.

SONETO LXXXIII.

A Juan Antonio del Alcázar.

Osé subir con poca diestra suerte
Al florido Helicon, y donde baña
El cristal de Hipocrene la campaña,
Y Castalia las puras ondas vierte,
Para alabar el pecho osado y fuerte
Los grandes hechos que honran nuestra España;
Mas no se debe á mi tan gran hazaña,
No es vencedor mi canto de la muerte.

Por no entregarme al ocio descuidado,
Antonio, escribo, y mi serena Estrella
Voy con mis rudos versos ofuscando;
Mas, si en sus vivos rayos inflamado
Me veo, vos veréis en gloria de ella
Honrando á España ir vuestro Fernando.

LXXXIV.

Dejad ya de seguir el paso incierto
Del militar honor, y aquel cuidado
De igualar al abuelo celebrado,
Y en paz tomad, Señor, seguro puerto.
Ya vuestro sol va al occidente cierto,
De dolencia y afán y años cargado.
¿Qué esperáis? Romped ya el embarazado
Camino, y escoged el mas abierto.
Harta gloria habeis dado á nuestra España
Con el valor y la real largueza,
Que sin igual en vos conoce el suelo.
Creed que no será menor hazaña
Vivir con vos de hoy mas, y dar al cielo
Parte de vuestras obras y grandeza.

LXXXV.

Aunque el dolor que la alma triste oprime
No deja respirar al buen deseo,
Si tal vez descargado el peso veo,
Y el duro afán que menos me lastime,
Podrá ser, por ventura, que se estime
Mi canto igual con el del trácico Orfeo,
Y que el sacro furor del gran Timbreo
En la celeste cumbre me sublime.
Entonces, cuando ya vencida incline
La invidia, entre los pocos que sostiene
Mostrará vuestro nombre la memoria;
Y allí el valor y el corazón insine
Vuestro honrarán las musas de Hipocrene,
Del hesperio león oh excelsa gloria.

LXXXVI.

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
Que respirando de su ardor injusto,
Pruebo á sentir este pequeño gusto
De ver mi rostro humedecido en llanto;
Que nunca el alto Etna con espanto
Los grandes miembros y el rebelde busto
Del ímpio que cayó con rayo justo
Puede encender, ni nunca encendió tanto.
No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
Antes avivan su furor creciendo,
Aunque venzan del Nilo la corriente.
Si suelto en agua rompo el nudo luego,
¿Qué mas te agrada desatallo ardiendo?
¿Es menos mal lo que es mas diferente?

LXXXVII.

Sigo por un desierto no tratado,
Sin luz, sin guía, en confusion perdido,
El vano error que solo me ha traído
A la miseria del mas triste estado.
Cuanto me alargo mas, voy mas errado
Y á mayores peligros ofrecido;
Dejar atrás el mal me es defendido;
Que el paso del remedio está cerrado.
En ira enciende el daño manifesto
Al corazón caído, y cobra aliento,
Contra la instante tempestad osando.
O venceré tanto rigor molesto,
O en los concursos de su movimiento
Moriré, con mis males acabando.

LXXXVIII.

Dulces halagos, tierno sentimiento,
Regalos amorosos, blando engaño,
Que á un rudo pecho y de su error extraño
Ocasión siempre fuistes de tormento (46),
Regalos blandos y amoroso engaño,
Que á un rudo pecho y del amor extraño,
Fuistes grave ocasión de su tormento.

¿Qué dura fuerza y grande movimiento
 Vos deshizo, y abrió el cubierto daño (47)?
 ¿Por qué no me consuela el desengaño,
 Ya que me ofende ver mi perdimiento?
 No me distes herida tan liviana,
 Que en lo íntimo de la alma no tocara,
 Yaciendo en ella eternamente abierta (48).
 ¿Faltastes porque nunca yo alcanzase
 Del bien, que tuve en esperanza vana,
 De alegría segura un hora cierta (49).

ELEGIA IX.

No bañes en el mar sagrado y cano
 Tu estrellada corona, noche oscura,
 Antes de oír este amador ufano.
 Y tú, ¿briendo la húmida hondona (50),
 Alza las verdes hebras de la frente (1),
 De náyades lozana hermosura.
 Aquí, do el grande Bétis ve presente
 La armada vencedora que el Egeo
 Con sangre coloró de turca gente (2),
 Quiero decir la gloria en que me veo;
 Pero no cause envidia este bien mío
 A quien aun no merece mi deseo.
 Sosiega el curso tuyo, insigne río (3),
 Oye mi gloria, pues también oíste
 Mis quejas en tu ondoso asiento frío (4).
 Tú amaste, y como yo también supiste
 Del mal dolerte, y celebrar la gloria
 De los pequeños bienes que tuviste.
 Corta será en mi bien la alegre historia
 De mi favor; que corta es la alegría (5)
 Que tiene algún lugar en mi memoria.
 Cuando en el claro cielo se desvía
 Del sol luciente el alto carro apena (6),
 Y casi igual espacio muestra el día.
 Con voz que entre las perlas blanda suena,
 Teñida en puro ardor de fresca rosa,
 De honesto miedo y tierno y de amor llena (7),
 Me dijo así la bella desdenosa
 Que me negaba un tiempo la esperanza,
 Sorda y dura á mi lástima llorosa (8):
 «Si por firmeza y dulce amar se alcanza
 Premio de Amor, tener yo espero y debo (9)
 De los males que sufro mas holganza.
 «Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
 Vencer tu mucho amor, mas nunca puedo (10);
 Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.
 «Si en sufrir mas me vences, yo te excedo
 En pura fe y afetos de ternura;
 Vive y confía, osado amante y ledo » (11).
 No sé si oí, si fui de su belleza
 Arrebatado, si perdí el sentido;
 Sé que allí se perdió mi fortaleza.
 Turbado dije al fin: «Por no haber sido
 Este sublime bien de mi esperado (12),
 Pienso que debe ser (si es bien) fingido.
 «Señora, bien sabeis que mi cuidado

Todo se ocupa en vos; que yo no siento
 Ni pueco sino en verme mas penado.
 «Mayor es que el humano mi tormento,
 Y al mayor mal igual esfuerzo tengo,
 Igual con el trabajo el sufrimiento (13).
 «Las que por vos padezco y que sostengo
 Penas me dan valor, y siempre crece
 Mi fe cuanto en mis males me entretengo (14).
 «No quiero concederos que merece
 Mi mal tal bien que vos probeis el daño (15);
 Mas ama quien mas sufre y mas padece.
 «No es mi pecho tan rudo ó tan extraño,
 Que no sienta en el dulce afán primero (16)
 Si en esto que dijistes cabe engaño.
 «Armado un corazón de fuerte acero (17)
 Tengopara sufrir, y está mas fuerte
 Cuanto mas el asalto es bravo y fiero.
 «Díome el cielo la causa de esta suerte (18),
 Y yo la procuré, y hallé el camino
 Para poder honrarme con mi muerte.»
 Lo que mas entre nos pasó no es dino (19),
 Noche, de oír, el austro presuroso,
 Ni el viento, de tus lechos mas vecino.
 Mete en el ancho piélago espumoso
 Tus lenguas trenzas negras y semblante (20);
 Que en tanto que tú yaces en reposo,
 Podrá Amor darme gloria semejante.

SONETO LXXXIX.

Al triste humor que misero destilo,
 ¿Cómo no falto? Cómo crece tanto
 En medio de la vena de mi llanto
 De ardientes ondas este eterno Nilo?
 La llama esfuerza mi lloroso hilo,
 Las lágrimas mi fuego, porque cuanto
 Templallos pruebo, en mi dolor levanto
 De su concurso un mal mezclado estilo.
 No inundó mayor lluvia el duro suelo
 De la ancha tierra, ni Etna de su cumbre
 Exhaló mayor llama sin sosiego.
 Deucalion y quien pensó del cielo
 Regir incauto la perpetua lumbre,
 Mas agua aquí hallaran y mas fuego.

XC.

Yo envidé, cuando en duro hielo el justo
 Desden refriar pudo el fuego ardiente (21)
 Del corazón, y con osada frente
 Se opuso contra Amor liero y robusto,
 Que no bastara á derribarme el gusto
 Ni á torcerme el intento otro accidente;
 Que ya me conocia diferente
 Y libre de un tirano tan injusto;
 Mas al primer sonido del asalto
 Desamparo la fuerza, y el escudo
 Rindo y armas, temblando antes del hecho.
 Bien sé que en lo que debo á la honra falto;
 Mas el temor, que de ella está desnudo,
 Y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

XCI.

¿Cuitado yo! ¿De cuál furor perdido,
 Olvido el sentimiento mejor mío?
 Al peligroso error y desvarío
 Por do voy, ¿á dó vuelo aborrecido?
 El orgullo del austro embravecido,
 El cielo oscuro y solo y horror frío

- (47) Os deshizo, y mostró el cubierto daño.
 (48) Quedando en ella eternamente abierta.
 (49) Segura un hora de alegría cierta.
 (50) Y tú, alza de la húmida hondona.
 (1) Las verdes hebras de la bella frente.
 (2) Manchó con sangre de la turca gente.
 (3) Sosiega el curso, tú, profundo río.
 (4) Mis quejas en tu puro asiento frío.
 (5) Breve será la venturosa historia
 De mi favor; que breve es la alegría.
 (6) Cuando del claro cielo se desvía
 Del sol ardiente el alto carro apena.
 (7) Con blanda voz, que entre las perlas suena,
 Teñido el rostro de color de rosa,
 De honesto miedo y de amor tierno llena.
 (8) Sorda á mi llanto y ansia congojosa.
 (9) Premio de amor yo tener bien debo.
 (10) Vencer tu amor, pero al fin no puedo.
 (11) Vive de hoy mas ya confiado y ledo.
 (12) Este tan grande bien de mi esperado.

- (13) Igual con el trabajo el sentimiento.
 (14) Las penas que por sola vos sostengo
 Me dan valor, y mi firmeza crece
 Cuanto mas en mis males me entretengo.
 (15) Mi afán tal bien que vos sintais el daño.
 (16) Que no conozca en el dolor primero.
 (17) Díome el cielo en destino aquesta suerte.
 (18) Un corazón de impenetrable acero.
 (19) Lo demás que entre nos pasó no es dino.
 (20) Tus negras trenzas y húmido semblante.
 (21) Yo bien pensaba, cuando el desden justo
 Refrió en duro hielo el fuego ardiente.

No me ponen temor; que al fin porfío,
Y venzo la razón con el sentido.
No cierro yo los ojos á mi daño;
Que quien me tiene opreso no consiente
Que merezca en mi mal hallar disculpa.
Delito es voluntario, no es engaño;
Pero si es; que en voluntad doliente
Siempre amor da ocasión á nueva culpa.

XCH.

Pensé, mas fué engañoso pensamiento,
Armar de intensa nieve el pecho mío (22),
Porque el rayo de Amor no al lento frío
Rompiere el rigor duro en vivo aliento (22).
Procuré no rendirme al mal que siento,
Y fué todo mi esfuerzo desvarío;
Mi libertad perdí y mi usado brío (21),
Cobré un dolor perpetuo en mi tormento.
La llama al hielo destempló en tal suerte (23),
Que, gastando su humor, quedó ardor hecho,
Y es inextinguible fuego cuanto espíro (26).
No puede estemi incendio darme muerte (27);
Que cuanto de su fuerza mas deshecho,
Tanto mas de su eterno alán respiro.

ELEGIA X.

En tanto que el furor del seco estío
Arde y deja de sombra ya desierto
Cuanto de Bétis parte el hondo río,
Vos en sosiego y en seguro puerto
Vivís, luz de Cabrera, descansado
De los peligros de este mar incierto.
No os turba el corazón grave cuidado,
Ni la molestia y desigual tristeza,
Ni un trabajo con otro encadenado.
De la ambición, el fasto y la grandeza
No os cansa; que sabéis cuán poco dura
En cosas tan caducas la firmeza.
Lo que el vulgo confuso ama y procura
Huis, y en las tinieblas veis la lumbré
Que la virtud descubre en su faz pura.
Subiendo su alta y su difícil cumbre,
Miráis abajo tanto error y engaño
De la ignorante y ciega muchedumbre.
Y apartando del cierto bien el daño,
Mostráis no haber gastado vanamente
El tiempo, causador del desengaño.
Y cuando el ocio algun lugar consiente,
Con vuestra bella esposa recogido,
Vuestro pasado amor haceis presente.
Y en su dulce memoria entretenido,
Referís con señales de alegría
Cuando por ella os vistes mas perdido.
Y satisfecho bendecís el día
Que poseor os hizo un ledo estado
Del bien que en esperanza os ofendía.
Mas yo, misero amante, enajenado
De mí, siempre rendido y temeroso,
En frágil tabla corto el mar turbado.
Solo, sin esperanza, sospechoso,
Seguido de un perpetuo descontento,
Nunca en mi mal admito algun reposo.
Cuando quise perderme en mi tormento,
Fuera acabar la vida mejor suerte
Que abrazar un eterno sentimiento;
Mas mi hado no quiere que yo acierte
A huir los peligros, y me obliga
A padecer, viviendo, inmortal muerte.
Yo vi, no sé si será bien que diga
O si calle mi mal; yo vi mezuño
Mi dulce y hermosísima enemiga.

- (22) Armar de duro hielo el pecho mío.
(23) Porque el fuego de amor al grave frío
No desatase en nuevo encendimiento.
(24) Perdí mi libertad, perdí mi brío,
Cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.
(25) La llama al hielo destempló en tal suerte.
(26) Y es llama, es fuego todo cuanto espíro.
(27) Este incendio no puede darme muerte.

Ya otras veces la vi, y perdí contino,
Temiendo mi dolor, aquella gloria
Debida solo á espíritu divino;
Mas esta vez, que comenzó la historia
Prolifja y no acabada de mi pena,
Su imágen pintó Amor en mi memoria.
Aunque la mortal suerte no es tan llena
De bien, que alcance el nombre soberano
De esta mi pura y celestial Sirena,
Mi pecho, que sufrió de Amor tirano
Los mas bravos asaltos y dureza,
Y mereció mas honra que hombre humano,
Cuando atento notó la gran belleza,
Las luces, donde de amor solo respira
Y del color suave la pureza.
Cual mariposa que á perderse aspira
En la llama, corriendo con engaño
Al dulce fucilar que en ella mira,
Tal se arrojó; mas, cierto de mi daño,
A consumirme en este sacro fuego,
Y aunque veo mi mal en él, me engaño.
Mas ¡oh! deseo vano y ciego!
¿Por qué me haces renovar memorias
Que no me sufren consentir sosiego?
Amor, en tus despojos y victorias
Cuenta esta mía, y cuenta juntamente
Esta gloria mayor entre tus glorias.
Si yo pensaba descansar ausente
Y libre de mis males acabados
El breve curso de esta edad presente,
Ya estoy con nuevas penas y cuidados
Sujeto, derribado y tan rendido,
Que soy solo entre amantes desdichados.
Pero ¿cuánto es mejor ser yo perdido
Y lamentar por ella, que contento
Ser de alguna jamás favorecido?
Amor, inspira en mí el divino aliento.
Para dejar perpetuo en letras de oro
Su valor, mi firmeza y mi tormento;
Que en cuanto baña y cerca el seno moro,
Y el Indo riega y el Danubio frío,
El nombre eterno irá que siempre honoro;
Y el caudaloso y rico Bétis mío,
De verde sauz la frente coronado,
Humillará á su voz el grande río;
Y cuando por ventura mi cuidado
Pudiere relajar de tanta pena,
Que me fatiga el corazón cansado,
Diré: «Dulce y bellísima Sirena,
Cuya snave voz y tierno canto
Con celeste armonía espira y suena,
«Si puede mi tormento valer tanto,
Que satisfaga en parte mi osadía,
Yo á padecer me obligo siempre en llanto;
«Pero sufrid que piense la alma mía,
Por haberse ofrecido á vuestra alteza,
Que merece perderse en su porfía,
«No condeneis ingrata su firmeza
En sombra del olvido, y desdeñosa
Su vuelo no turbeis con asperceza.
«Sed, pues tan bella sois, sed piadosa,
Porque bien debe ser favorecido
Quien en tan alta empresa espera y osa;
«Y en honra de mis males busco y pido
Solo una corta muestra de esperanza
De ser perpetuamente mas perdido;
«Que en mi fortuna injusta la bonanza
No procuro ni atiendo, y solo quiero
Que mi pasión no alivie la mudanza.
«Otras cosas diría; mas el fiero
Dolor me aqueja tanto, que cuidado,
De todo mi remedio desespero.
«Vos, que sabéis cuán mal este enidad
Puede arrancarse de un vencido pecho,
Con inmortales nudos enlazado,
«Vivid de vuestro estado satisfecho
Con la bella Isabela dulcemente,
En yugo honesto con blandura estrecho.
«Yo, pues mi dura suerte no consiente
Que pueda descansar de mi querella,
Solo, sin esperanza, firme, ausente,
Seguiré siempre mi cruel estrella.

SONETO XCHII.

Hacer no puede ausencia que presente
No vos tenga, mi Estrella; que en la hora
Que se viste de púrpura la aurora (28)
En su rosada falda estáis luciente.

Cuando Febo esclarece el oriente,
En su espléndida imagen vos colora,
Y en sus rayos florecen á deshora
Con puro ardor las hebras y la frente (29);

Cuando, honor de los astros, el lucero
Ilustra el orbe, entre los brazos veo (30)
De Vénus encenderse esa belleza.

Allí vos hablo, allí suspiro y muero;
Mas vos, dulce enemiga á mi desseo,
Despreciais el dolor en mi tristeza (31).

XCIV.

Huyo apriesa medroso el horror frío
Y la aspereza y aterido invierno,
Y espero de Favonio el soplo tierno (32)
Contra su fuerza y contra el seco estío;

Mas, Herrera, en el grave estado mio
Me ofende el prevenir, y al fin dicierno
Céfiro breve y aquilon eterno,
Y siempre en un error, por mal porfio.

Al cabó habrá de ser que el destemplado
Estío acabe en fuego, ó en tanta nieve
Rígida bruma el pecho endurecido (33).

Vos, que en sosiego, si de amor cansado
Estáis ó si pasión presente os mueve,
Tened dolor de verme tan perdido.

XCV.

A Marco Bruto.

Al fin yaces ¡oh del valor latino (34)
Ultima gloria! por tu fuerte mano,
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.

Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar que fuiste capitán romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.

¡Oh si ajena ambición no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera tu hazaña la ventura!

Que ninguno tu igual en Roma hubiera;
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

XCVI.

Tú, que del sacro imperio de Occidente,
Francia, fuiste cabeza, y del cristiano
Valor, misera ya, el orgullo insano
Pierde, y humilla al fin la yerta frente;
No tientes del ibero pecho ardiente,
Signiando el odio ciego del tirano,
Mas el poder y esfuerzo soberano;
Que á injusta empresa el cielo es inclemente.

¿A dó huyó el desseo que tenías
De imitar piadosa las hazañas
Del grande Carlo y fuerte Godofredo?

Mas, oh mezquina, en impio error porfías,
Y enciendes fiera el fuego en tus entrañas,
Y corres á tu muerte ya sin miedo.

(28) No os vea yo, mi estrella, en cualquier hora;
Que cuando sale la púrpura aurora.

(29) Y cuando el sol alumbra el oriente,
En su dorada imagen os colora,
Y en sus rayos parecen á deshora
Rutilar los cabellos y la frente.

(30) Cuando ilustra el bellísimo lucero
El orbe, entre los brazos puros veo

(31) Mas vos, siempre enemiga á mi desseo,
Os mostrais sin dolor á mi tristeza.

(32) Y el aura espero de Favonio tierno.
(33) Rígido invierno el pecho endurecido.

(34) Mejor estaria este verso así:

Yaces al fin, oh del valor latino.

XCVII.

Esta rota y cansada pesadumbre,
Osada muestra de soberbios pechos;
Estos quebrados arcos y deshechos
Y abierto cerco de espantosa cumbre,
Descubren á la ruda muchedumbre
Su error ciego y sus términos estrechos;
Y solo yo en mis grandes males hechos
Nunca sé abrir los ojos á la lumbre.

Pienso que mi esperanza ha fabricado
Edificio mas firme; y aunque veo
Que se derriba, sigo al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio aun osinado,
Que la razón oprime en la desseo?
De ver su error y padecer mas daño.

CANCION VIII.

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, lira mia,
Y en la desierta arena
De este campo extendido
Bende la oscura noche al claro día
Rompiste mi gemido,
Ahora olvida el llanto,
Y vuelve al desusado y alto canto (35).

No celebro los hechos
Del duro Marte, y sin temor osados
Los valerosos pechos,
La siempre insigne gloria
De aquellos españoles no domados;
Que para la memoria
Que canto me da aliento
Febo á la voz y vida al pensamiento.

Escriba otro la guerra,
Y en turca sangre el ancho mar cuajado,
Y en la abrasada tierra
El conflicto terrible,
Y el lusitano orgullo quebrautado
Con estrago increíble;
Que no menor corona
Teje á mi frente el coro de Helicon.

A la grandeza vuestra
No ofenda el rudo son de osada lira;
Que en lo poco que muestra,
Glorioso Fernando,
Aunque desnuda y sin destreza espira,
El curso refrenando
El sacro hesperio rio,
Mil veces se detuvo al canto mio.

El linaje y grandeza,
Y ser de tantos reyes decendiente;
La pura gentileza
Y el ingenio dichoso,
Que entre todos vos hacen excelente (36),
Y el pecho generoso
En esa edad florida (37),
De vos prometen una heroica vida.

No basta, no, el imperio,
Ni traer las cervices humilladas
Presas en cativerio
Con vencedor mano,
Ni que de las banderas ensalzadas
El cita y africano
Con medroso semblante,
Y el indio y persa sin valor se espante;

Que quien al miedo obliga
Y rinde el corazón, y desfallece
De la virtud amiga,
Y va por el camino
De la profana multitud perece,
Sujeto al yugo indino,
Pierde la gloria y nombre,
Pues siendo mas, se hace menos hombre.
Los héroes famosos
Los niervos al deleite derribaron;

(35) Y vuelve al alto y desusado canto.

(36) Que entre todos os hacen excelente.

(37) Y la virtud florida.

Que ni en los engañosos
Gustos ni en lisonjeras
Voces de la sirenas peligrosaron;
Antes las ondas fieras
Atravesando fueron,
Por do ningunos escapar pudieron.
Seguid, Señor, la llama
De la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;
Que si bien vos inflama
De su amor en el fuego,
Viendo su bella luz, con fuerza nueva,
Sin admitir sosiego,
Buscaréis en el suelo
La que consigo os alzaré en el cielo.
No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostreis estrecho;
Que para aventajaros
Entre las sombras desta edad culpada
Debeis siempre esforzaros;
Que solo aquello es vuestro
Que á vos debeis y á vuestro brazo diestro (38).
Aquel que libre tiene
De engaño el corazón, y solo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Solo señor merece y reyllamarse;
Que no son diferentes
En la terrena masa los mortales;
Pero en ser excelentes
En valor y hazañas
Se hacen unos de otros desiguales.
Estas glorias extrañas,
En los que resplandecen,
Si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.
Por el camino cierto
De las divinas musas vais seguro,
Do el cielo os muestra abierto
El bien, á otros secreto,
Con guía tal, que en el peligro oscuro
De perturbado afeto
Venciendo el duro asalto,
Subiréis de la gloria en lo mas alto.
Y porque las tinieblas,
Fatal estorbo á la grandeza humana,
No escondan en sus nieblas
El valor admirable,
Haré que en vuestra gloria soberana
Siempre Talia hable;
Y que la bella Flora
Y los reinos la canten de la aurora.

SONETO XCVIII.

Bárbara tierra, que en tu frío seno
Cubres los grandes cuerpos derribados
De aquellos españoles que, domados,
Dejaron de terror el orbe lleno,
Mira en los altos troncos el ajeno
Trofeo, y gime viendo allí colgados
Los despojos, jamás nunca esperados
En tanto honor del impio sarraceno.
Y tú, mar, que manchaste tu corriente
Con generosa sangre, suena airado,
Y decid ambos tristes desta suerte:
«Heróicas almas, gloria de Occidente,
Id dichosas; que ya el acerbo hado
Lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

XCIX.

Rompió la prora en dura roca abierta
Mi frágil nave, que con viento lleno
Velo cortaba el piélago sereno,
Y apenas escapó al fin de muerte cierta (39).

- (38) Que solo es vuestro aquello
Que por virtud pudistes merecello.
(39) Y apenas escapo de la muerte cierta.

Afirme el pié yo en tierra; que la incierta
Onda no me tendrá en su instable seno (40),
Ni la vana esperanza podrá ajeno
Traerme de mis glórias, ya desierta.
Si la sombra del daño padecido
Puede mover, Filipo, vuestro pecho,
Huid sulcar del ponto la llanura;
Y creed que ninguno de Cupido
Seguro navegó el profundo estrecho,
Que no perdiese al cabo la ventura (41).

C.

A Fernando de Cángas.

Desle tan grave peso que cansado
Sufro, Fernando, y sin valor contraste,
Procura alzar el cuello; mas no basto;
Que al fin doy con la carga desmayado.
De mil flaquezas mías alentado,
Me enciendo en ira y la paciencia gasto;
Pero nunca leon hambriento al pasto
Va como yo al error de mi cuidado;
Mas, aunque imprima en mi mi mejor parte,
Ved si estoy ya de amor aborrecido,
Oso al fin, y me opongo á mi deseo;
Y en estos trances de dudoso Marte
Será de mí, si soy varón, vencido
Otro mayor que el africano Anteo.

CI.

Despoja la hermosa y verde frente
De los árboles altos el turbado
Otoño, y dando paso al viento helado,
Queda lugar á la aura de occidente.
Las plantas que ofendió, con el presente
Espíritu de céfiro templado
Cobran honra y color, y esparce el prado
Olor de bellas flores dulcemente;
Mas ¡oh triste! que nunca mi esperanza,
Después que la abatí desnuda el hielo,
Torna avivar para su bien perdido.
¡Cruda suerte de amor, dura mudanza,
Firme á mi mal, que el variar del cielo
Tiene contra su fuerza suspendido!

CII.

Esperé un tiempo, y fué esperanza vana,
Librar desta congoja el pensamiento
Subiendo de Castalia al alto asiento,
Do no puede alcanzar musa profana.
Para cantar la honra soberana
Ved cuán grande es, Giron, mi atrevimiento,
De quien con immortal merecimiento
Contrasta al hado, y su furor allana;
Que bien sé que es mayor la insigne gloria
De quien Mélas bañó y el Mincio frío,
Que de quien lloró en Tebro sus enojos.
Mas ¿qué haré, si toda mi memoria
Ocupa Amor, tirano señor mio?
Qué, si me fuerzan de mi Luz los ojos?

CIII.

Error fué disponer el tierno pecho,
Usado en el dolor de amor esquivo (42),
A nueva libertad; que al fin cautivo
Vuelvo, no sé si diga á mi despecho.
Pudo traerme el crudo á tal estrecho,
Que abrió la fuerza de un semblante altivo
La vena que encendió en un fuego vivo
Al corazón, ya en vano un hielo hecho (43);

- (40) Onda del mar no me tendrá en su seno,
Ni de mí me podrá traer ajeno
Vana esperanza, de salud desierta.
(41) Y creed que en el golfo de Cupido
Ninguno navegó, que al fin deshecho
No se perdiese, faltar de ventura.
(42) Error fué vano disponer el pecho,
Enseñado al dolor de amor esquivo.
(43) Que abrió en la fuerza de un semblante altivo
La vena que de nuevo en fuego vivo
Encendió al corazón, ya un hielo hecho.

Mas ¿qué mucho? ¿No vemos inflamarse
Un pedernal herido, y encontrado
Un hierro en otro, despedir centellas?
¿Cómo puede mi pecho no abrasarse
Al golpe del amor, si está tocado
Siempre en el fuego de mis dos estrellas?

CIV.

Al Bétis.

Así perturbe pluvia nunca ó viento
Tus bellas ondas, sacro hesperio río,
Y á tu nombre se incline el Ebro frío,
Y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;
Si á piedad te mueve mi tormento,
Do siempre muero y sin temor porfío,
Ausente entre mil males del bien mío,
Sin que pueda aun valerme el pensamiento,
En estos troncos guarda mi cuidado,
Y en estas penas mi gemido y pena
Tus naides suenen con lloroso canto;
Que nadie habrá que habiendo aquí aportado,
Lea mi mal, y con la faz serena
Pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

CV.

Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado,
Siguiendo tu esperanza prometida,
El mas florido tiempo de mi vida,
Sin nombre, en ciego olvido sepultado.
Ya no mas; baste haber siempre ocupado
El pensamiento y la razon perdida
En tu gloria y mi infamia aborrecida;
Que quien muda la edad trueca el cuidado.
Yo he visto á los piés puesto un duro hierro,
Y torcello la mano del cativo,
Y desatar de aquel nudo fuerte;
Mas ¡oh! que ni el desden ni mi destierro
Pueden borrar del corazon esquivo
Lo que nunca podrá gastar la muerte.

CVI.

La fria falda y cumbre de Pirene,
Que parte al franco y al osado ibero,
Cuando hiela desierto aquilon fiero
Tanta copia de nieve no sostiene,
Cuanto hielo en mi pecho el temor tiene
Cuando aparta sus rayos mi lucero,
Y retraído su esplendor primero,
De avivarme en su bella luz se astiene.
Libia arenosa, aunque el ardor presente
Del sol te abrasa, si del hielo mío
El rigor sientes, perderás la fama;
Que mayor fuego me encendió este ausente
Corazon; mas en mí ya acaba el frío
El vigor, y deshace de su llama.

ELEGIA XI.

A la pequeña luz del breve día
Y al grande cerco de la sombra oscura
Veó llegar la corta vida mía.
La flor de mis primeros años pura
Siento perder su fuerza en todo, y siento (44)
Ótro deseo que mi bien procura.
Voluntad diferente y pensamiento
Reina dentro en mi pecho, que deshace
El no seguro y flaco fundamento.
Lo que mas me agradó no satisface
Al ofendido gusto, y solo admito
Lo que sola razon intenta y hace.
Del ancho mar el término infinito,
La inmensa tierra, que su curso enfrena,
Al bien que estimo son lugar finito.
Lo que la gloria vana alcanza apenas (45),
Por quien se cansa la ambicion profana,
Y en mil graves peligros se condena,

La virtud menosprecia soberana,
Y contenta de sí, no para en cosa
De las que admira la grandeza humana.

Yo léjos por la senda trabajosa
Sigo entre las tinieblas á su lumbre,
Abrasado en su llama gloriosa.

Y si no rompe antes que á la cumbre
Suba, el hilo mortal, hallarme espero
Libre desta confusa muchedumbre;

Porque ya veo apresurar ligero
Y volar como rayo acelerado,
Del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen como saeta que el armado
Areo arroja, los días, no parando,
Invidiosos del no firme estado.

Va el tiempo, siempre avaro, derribando
Nuestra esperanza, y llévase consigo
Las cosas todas del terreno bando.

Esta caduca vida, por quien sigo
Lo que en su gusto conformar no debe,
Y soy de mí por ella mi enemigo,

Sombra es desnuda, humo, polvo, niere,
Que el sol ardiente gasta con el viento
En un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prision do el pensamiento
Repara, y ven en la niebla una luz clara
De la razon; que oprime al sentimiento.

Y como quien mi libertad prepara,
Siento que, de mi sueño entorpecido,
Me llama, y desta suerte se declara:

«¡Oh misero, oh anegado en el olvido,
O en cimeria tiniebla sepultado,
Recuerda de ese sueño adormecido!

«Estás en ciego error enajenado,
Que contigo se eria y envejece,
¿Y no das fin á tu mortal cuidado?

«Por ventura, mezquino, te parece
Que el sol no toca el medio de su alteza,
Y la cercana noche te oscurece?

«En tanto que está verde esta corteza
Frágil, y no la cubre torpe hielo,
Y blanca nieve llena de graveza,

«Vuelve por tí, refrena el presto vuelo,
Y coge al tiempo la mal suelta rienda;
No te condene de ignorancia el velo;

«Porque si vas por esta abierta senda,
Serás uno en la errada y ciega gente,
Do nunca el fuego de virtud te encienda.

«Cuanto Febo de aurora al occidente,
Y ciñe dende el austro hasta Arturo,
Perece sin virtud indinamente,

«Aquel dichoso espíritu seguro
De estos asaltos vivirá confino,
Que fuere en obras y en palabras puro.

«Fuerza es de la virtud, y no destino,
Romper el hielo y desatar el frio
Con vivo fuego de favor divino.

«Desampara tu osado desvario,
No des mas ocasion á tanto engaño;
Que la edad huye cual corriente río.

«Serán de tu fatiga premio extraño
Dolor confuso, vergonzosa afrenta,
Tristes despojos de tu eterno daño.

«Si esto no te congoja y descontenta,
¿Qué puede dar congoja y descontento
A quien del suelo levantarse intenta?

«Tú te acabas en misero tormento,
Pensando vanamente ser dichoso,
Y contigo tu incierto fundamento.

«Arranca de tu pecho desdeñoso
La impia raíz, que eria tu esperanza
Falsa en loco deseo y engañoso;

«Y no es otra tu gloria y confianza,
Sino perder y aborrecer, cuitado,
A ti, por quien descansa en la mudanza.»

Este sano consejo acertado
La venda de los ojos me descubre,
Y me hace mirar con mas cuidado.

Viéndome en el error, y que se encubre
La luz que me guiaba en el desierto,
Un frio miedo el corazon me cubre;

Mas yo no puedo de mi engaño cierto

(44) Siento, Medina, ya gastarse, y siento.

(45) Lo que la vana gloria alcanza apenas

Librarme, porque el fuego espira ardiente
Que al mal me tiene vivo y al bien muerto ;

Y cuando espero con la luz presente
Sacalla del incendio , con dulzura
Extraña la alma presa se resiente.

Al resplandor de la belleza pura
Corre encendida con tan alta gloria,
Que ni otro bien ni otro placer procura ;

Porque Amor me refiere á la memoria
De mi dulce pasión el triste día
Que le dió nueva causa á su vitoria.

Yo ya del mil peligros recogía
El corazón cansado con reposo,
Y conmigo indignado, así decía :

« Después de este trabajo congojoso,
Razon será que en agradable estado
Viva algún tiempo alegre y no medroso.

» ¿ Qué fuerza del Amor, qué brazo airado
Penetrará mi pecho endurecido
Con un hielo perpetuo y ostinado ?

» No sufra el cielo ya que mas perdido
Ser pueda yo en tan luengo desvario ;
Baste el tiempo en engaños expendido (46).

» El grave yugo y duro peso frío
Que oprime á la alma y entorpece el vuelo
Al generoso pensamiento mío

» Decienda roto y sacudido al suelo ;
Que la cerviz ya siento deslazada,
Ya niego el fendo á Amor, ya me rebelo.

» Será el prado y la selva de mi amada,
Y cantaré como canté la guerra
De la gente de Flegra conjurada (47) ;

» Y levantando la alma de la tierra,
Subiré á las regiones celestiales,
Do todo el bien y quietud se cierra.

» La vanidad de miseros mortales
Miraré, despreciando su grandeza,
Causa de siempre miserables males. »

En estos pensamientos y nobleza
Pasar contento y ledo yo pensaba
De esta edad corta y breve la estrechez ;

Que aun ya de la cruel tormenta y brava
No estaba enjuto mi húmido vestido,
Ni apena el pié en la tierra yo afirmaba,

Cuando Amor, que me trae perseguido,
En tempestad mas áspera pretende
Que yo peligre, en confusión perdido.

Con tal belleza el corazón me ofende,
Que no puede huir su nueva pena,
Ni del mal que padece se defiende.

Un furor bello, que con luz serena
Me representa una inmortal figura,
En perpetuo tormento me condena.

De la suave faz la nieve pura,
La limpia, alegre y mesurada frente,
Do mostrarse la púrpura procura,

Y apena osa, y al fin osadamente
Quiere mostrarse, fueron en mi daño
Causa de este pestífero accidente.

Cuál yo quedase, hecho de mí extraño,
Sábelo Amor, que en la miseria mía
Me da ocasion para mayor engaño.

Suspiro y lloro cuanto es luengo el día (48),
Y nunca cesan el suspiro y llanto
Cuanto es lengua la noche oscura y fría (49).

La dulce voz de aquel su dulce canto
Mi alma tiene toda suspendida ;
Mas no es canto la voz, es fuerte encanto ;

Que tras su viva fuerza y encendida
Me lleva compelido sin provecho,
Para perder en tal dolor la vida.

Duro jaspe cercó su tierno pecho,
Do Amor despunta con trabajo vano
Las flechas todas del carcax deshecho ;

El rostro, do escribió Amor de su mano :
« Dichoso quien por mí pena y suspira ,

Si cabe tanto bien en pecho humano. »

De este bien y peligro me retira,
Y hace que levante el pensamiento
A la grandeza que en su lumbré mira.

A todos pone espanto mi tormento,
Y ¿ á quién no espantará el dolor que paso ?
Y lo menos descubro en lo que siento.

Yo voy signiando de uno en otro paso
A mi bella enemiga presurosa,
Y la pienso alcanzar con tardo paso.

Cuando la pura aurora y luminosa
Muestra la blanca mano al nuevo día,
Veo la de mi Estrella mas hermosa ;

Mas cuanto mi fortuna me desvia
De su grandeza, tanto mas osado
Por ella sigo la esperanza mía.

Tus viras en mi pecho traspasado
Ya no caben, Amor, porque está lleno
De tantas como en él has arrojado.

En la luz bella y resplandor sereno
Estabas de sus ojos ascondido,
Y me penetré dellos el veneno.

De allí arrojaste, en impetu encendido,
Flechas de mi enemiga, y tu vitoria
Dellos nació, y fui dellos yo herido.

Amor, tú bien les debes esta gloria ;
Que, si no fuera por la fuerza dellos,
En mí ya se perdía tu memoria.

Tal es la nieve de los ojos bellos,
Tal es el fuego de la luz serena,
Que hielo y ardo á un mismo punto en ellos.

Del frío Euxino á la encendida arena
Que el sol requema en Africa abrasada
No se ve cual la mía otra igual pena ;

Pero podrá dichosa ser llamada
Por quien me causa esta pasión interna,
Con invidia de todos admirada.

Así fuese yo el cielo que gobierna
En cerco las figuras enclavadas,
Para siempre mirar su luz eterna ;

Así sus puras luces y sagradas
Volviese siempre á mis vencidos ojos,
Y me abrasase en llamas regaladas ;

Como todas mis ansias, mis enojos
Serían bien y gloria, y mi tormento
Descanso en el ardor de mis despojos.

Mal podré yo decir mi sentimiento,
Si el dolor no me deja de la mano,
Si vence su rigor al sufrimiento.

Grande esperanza en un deseo vano
Es la molesta causa de mi pena,
Y un ciego error de dulce amor tirano.

No me espanto que esté mi Estrella ajena
De amor, pues he el amor todo ocupado,
Y del solo mi ánima está llena ;

Que en él todo se ha toda trasformado ;
Y así, amo solo, y ella sola amada
Es, no amando un amor tan extremado.

Tal vez suele poner la faz rosada
De aquel color que suele al tierno día
Mostrar la fresca aurora rociada ;

Y te digo : « Señora dulce mía,
Si pura fe, debida á vuestra alteza,
Merece algún perdon de su osadía,

» Vuestro excelso valor y gran belleza
No se ofendan en ver que oso y espero
Premio que se compare á su grandeza.

» Tanto peno por vos, tanto vos quiero,
Y tanto di, que puedo ya atrevido
Decir que por vos vivo y por vos muero. »

Así digo ; y en esto embebecido,
Con dulce engaño desamparo el puerto,
Y me abandono por el mar tendido.

Sopla el fiero aquilon, de bien desierto,
Las ondas alza, y vuelve un torbellino,
Y el cielo en negra sombra está cubierto.

No puedo ¡ ay oh dolor, ay oh mezquino !
Remediar el peligro que recela
El corazón en su dolor indino.

Bien fuera tiempo de coger la vela
Con presta mano, y revolver á tierra
La prora que cortando el ponto vuela ;

(46) Baste el tiempo en engaño despendido.

(47) Alusión á su perdido poema *La Gigantomaquia*.

(48) Suspiro y lloro cuanto es largo el día.

(49) Cuanto es larga la noche oscura y fría.

Mas yo para morir en esta guerra
Nací inclinado, y sigo el furor mio
Por donde del sosiego me destierra.
El que deste amoroso desvario
Vive libre, si puedo ser culpado
Por volver á este mal con tanto brio,
Sepa que deho mas á mi cuidado.

SONETO CVII.

A Felipe de Ribera.

Este dolor que nace en mí y se cria,
Si tal vez, desdeñoso dél, me atrevo
A darte muerte, con furor de nuevo
Torna á crecer sin miedo en su porfía.
Poca defensa hace la alma mia,
Que en el último extremo, ya no pruebo
Poner el pecho al trance, como debo,
Mas cansado que ajeno de osadía.
Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,
No me culpeis; que el mal que así recelo
Combate con gran impetu conmigo;
Cual fiero Anteo, siendo derribado,
Que, tocando la dura faz del suelo,
Mas feroz revolvía al enemigo.

CVIII.

Al marqués de Santa Cruz.

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Occidente,
Teñiste del Ionio la corriente
Con la vertida sangre de otomano;
Y volviendo, en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del francés y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo;
Que la tierra era poca á tanta gloria;
Ahora, que amenaza cruda guerra
El impio cila y tiembla todo el suelo,
Vén, ó envía á los tuyos la vitoria.

CIX.

Aquí do estoy ausente y escondido
Lloro mi mal; pero es el dolor tanto,
Que en mis ojos desmaya el triste llanto,
Y fallece en silencio mi gemido.
Por esta oscura soledad perdido,
Huyo y vo alejándome; mas cuanto
Me aparto, el mal me sigue y pone espanto,
Y no me vence en tanto afán sufrido.
Duro pecho, porfía no cansada,
Rebelde condicion, que osa y contrasta
A tan grande mudanza y desventura,
Llevadme por la senda acostumbrada
De mi error al peligro; que ya hasta
Ver el fin sin tentar nueva ventura.

CX.

Rayo de guerra, grande honor de Marte,
Fatal ruina al bárbaro africano,
Que en la temida España del romano
Imperio levantaste el estandarte;
Si la voz de la fama en esa parte
Do estás puede llegar al reino vano,
Teme con el vencido italiano
Del osado español la fuerza y arte.
Otro mayor que tú en el yugo indino
Lo puso, y un gran Leiva la vitoria
De Italia conquistó en sangrienta guerra.
Y al fin un nuevo César, que al latino
En clemencia y valor ganó la gloria,
Y añadió mar al mar, tierra á la tierra.

CANCION IX.

Al santo rey don Fernando.

Inclinen á tu nombre, oh luz de España,
Ardiente rayo del divino Marte,
Camilo y el beligeró africano
Y el vencedor de Francia y de Alemaña,
La frente armada de valor y de arte,
Pues tú con grave seso y fuerte mano
Por el pueblo cristiano
Contra el impetu bárbaro sañudo
Pusiste osado el generoso pecho.
Cayó el furor ante tus piés desnudo,
Y el impio orgullo vándalo deshecho,
Con la fulminea espada traspasado,
Rindió la acerba vida al fiero lado.

De ti temblaron todas las riberas,
Todas las ondas, cuantas juntamente
Las columnas del grande Briareo
Miran, y al tremolar de tus banderas
Torció el Nilo, medroso, la corriente,
Y el monte Libio, á quien mostró Perseo
El rostro meduseo,
Las cimas altas humilló rendido
Con mas pavor que cuando los gigantes
Y el áspero Tifeo fué vencido.
Prostráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza
El vigor de tu excelsa fortaleza.

Pero en tantos triunfos y vitorias,
La que mas te sublima y esclarece,
De Cristo oh excelso capitán, Fernando,
Y remata la cumbre de tus glorias,
Con que á la eternidad tu nombre ofrece,
Es que, peligros mil sobrepujando,
Volviste al sacro baudo,
Y á la cristiana religion trajiste
Esta insigne ciudad y generosa;
Que en cuanto Febo Apolo de luz viste,
Y ciñe la grande orla espaciosa
Del mar cerúleo, no se ve otra alguna
De mas nobleza y de mayor fortuna.

Cubrió el sagrado Bétis de florida
Párpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movable cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo;
Que al cerco de la tierra en vario lustre
De soberbia corona hace ilustre (50).

(50) Al citar el gran Lope de Vega en una de sus obras esta estrofa, prorumpió en la siguiente exclamacion, famosa entre las famosas: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina.»

Esta estrofa me parece que fué inspirada por el recuerdo de los siguientes versos, que, traduciendo á Claudiano, puso HERRERA en las *Anotaciones á Garcilaso*, precedidos de estas palabras: «Claudio en el noveno consulado de Honorio pinta diferentemente esta tristeza del Po con grandísima belleza y gallardía, por que todo su cuidado puso en la pompa de las palabras y en las figuras y modos de decir hermosamente.» Esto mismo puede aplicarse á los versos de la cancion de HERRERA. Los que se leen en las dichas anotaciones son:

Levantó en alto la sublime frente
De su corriente blanda y agradable,
Y relucieron los dorados cuernos
Con rociado rostro, desparciendo
Viva lumbré por todas las riberas;
No cubre y ciñe con humilde caña,
El vulgar ornamento de otros rios,
A su mojada crin, porque dan sombra
A su cabeza los floridos ramos
De las hijas del sol, y el ámbur puro
Corriendo va por todos sus cabellos.

Como se ve, HERRERA quiso adelantarse á Claudiano, excediendo á sí mismo como traductor.

Tú, después que tu espíritu divino,
De los mortales nudos desatado,
Subió ligero á la celeste alteza,
Con justo culto, aunque en lugar no dino
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;
Hasta que ahora la real grandeza
Con heroica largueza
En este sacro templo y alta cumbre
Trasfiere tus despojos venerados;
Do toda esta devota muchedumbre
Y sublimes varones humillados,
Honran tu santo nombre glorioso,
Tu religion, tu esfuerzo belicoso.
Salve, oh defensa nuestra, tú, que tanto
Domaste las cervices agarenas,
Y la fe verdadera acrecentaste;
Tu cubriste á Ismael de miedo y llanto,
Y en su sangre ahogaste las arenas
Que en las campañas béticas hollaste;
Tú solo nos mostraste
Entre el rigor de Marte violento,
Entre el peso y molestias del gobierno,
Juntas en bien trabado ligamento
Justicia, piedad, valor eterno,
Y como puede, despreciando el suelo,
Un príncipe guerrero alzarse al cielo.

SONETO CXI.

Subo, con tan gran peso quebrantado,
Por esa alta, empinada, aguda sierra,
Que aun no llego á la cumbre, cuando yerra
El pié, y trabuco, al fondo despeñado.
Del golpe y de la carga maltratado,
Me alzo apenas, y á mi antigua guerra
Vuelvo; mas ¿qué me vale? que la tierra
Mesma me falta al curso acostumbrado.
Pero, aunque en el peligro desfallezco,
No desamparo el peso, que antes torno
Mil veces á cansarme en este engaño.
Crece el temor y en la porfía erezco,
Y sin cesar, cual rueda vuelve en torno,
Así revuelvo á despeñarme al daño.

CXII.

¿Adónde está el placer que yo sentía
En pensar que de vos era querido?
Adónde el bien que tuve me ha huido,
Cuando mas mi esperanza prometía?
¿Cuán presto gustais ver, Señora mía,
Deshecho el lazo en vos de amor tejido,
Aunque á vuestro desgrado mas torcido,
Lo siento mi cerviz en su porfía!
Excusé siempre, y recelé dudando
Vuestra altiva exención; mas en mi daño
No me pude valer de mi cordura;
Que Amor vos tuvo, y distisme burlando
Dulces promesas, arras del engaño,
Que da fin no debido á mi ventura.

CXIII.

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,
Jerónimo, moriste, y apartado
De los tuyos el piélago sagrado
Honraste con tu cuerpo eternamente,
Recibe, no de mármol excelente
Digno sepulcro, del mortal cuidado
Breve gloria, do al fin yace olvidado,
Mas lágrimas de triste amor ardiente.
Recibe esta memoria de mi pena,
Que te será perpetua por ventura,
Pequeña prenda del amor estrecho.
Tú gozas de la pura luz serena,
Tú tienes todo el mar por sepultura,
Y siempre eterno vives en mi pecho.

ELEGIA XII.

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo
Fuerza con que levante mi esperanza,
Quejarme de las penas que sostengo.

No temo ya ni siento la mudanza
Que en la sombra de un bien me dió mil daños,
Nacidos de una vana confianza.

Luenga experiencia en estos cortos años (1)
De tantos males trueca á mi deseo
El curso, enderezado á sus engaños.

Pienso mil veces, y ninguna creo,
Que he de llegar á tiempo en que descanse
Del grave afán en que morir me veo.

Mas, porque tu furor tal vez se amanse,
No tienes condicion que se conduela
De ver que yo de padecer no cause.

Tendi al próspero céliro la vela
De mi ligera nave en mar abierto,
Donde el peligro en vano se recela.

El cielo, el viento, el golfo siempre incierto
Cambiaron tantas veces mi ventura,
Que nunca tuve un breve estado cierto.

Anduve ciego viendo la luz pura,
Y para no esperar algun sosiego,
Abri los ojos en la sombra oscura.

La fria nieve me abrasó en tu fuego,
La llama que busqué me hizo hielo;
El desden me valió, no el tierno ruego.

Subi sin procurallo hasta el cielo;
Que se perdió en tal hecho mi osadía.
Quando me aventuré me vi en el suelo.

No estoy ya en tiempo donde á la alegría
Dé algun lugar, ni puedo á mi cuidado
Sacar del vano error de su porfía.

¿Dó está la gloria de mi bien pasado,
Que como en sueño vi tal vez delante?
¿A dó el favor á un punto arrebatado?

Misera vida de un mezquino amante,
Siempre en cualquier sazón necesitada
Del bien que huye y pierde en un instante.

Mal puedo hallar fin á la intrincada
Senda por donde solo voy medroso,
Si no la tuerzo ó rompo en la jornada.

Tan alcanzado estoy y menesteroso,
Que desespero de salud y pienso
Que vale osar en hecho tan dudoso.

Mas; oh cuán mal en este error dispenso
Las cosas que contienen mi remedio!
¿Con cuánto engaño voy al mal suspenso!

Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;
Yo no sé si me rindo ó me defiendo,
Ni sé hallar á tanto daño un medio.

Nuevo fuego no es este en que me enciendo;
Pero es nuevo el dolor que me desbace;
Tan ciega la ocasion, que no la entiendo.

La soledad abrazo, y no me aplice
El trato de la gente; en el olvido
El cuidado mil cosas muda y hace.

En árboles y peñas esculpido
El nombre de la causa de mi pena,
Honro con mis suspiros y gemido.

Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena
Primero el llanto, con la voz quejosa
Decir mi mal; mas el temor me enfrena.

Pienso, y siempre me engaño en cualquier cosa
Que encuentra con el vago pensamiento
La atrevida esperanza y temerosa.

Disteme fuerza, Amor, disteme aliento
Para emprender una tan gran bazaña,
Y me olvidaste en el seguido intento.

No tiene el alto mar, cuando se ensaña,
Igual furor, ni el impetu fragoso
Del rayo tanto estraga y tanto daña,

Cuanto en un tierno pecho y amoroso
Se embravece tu furia cuando siente
Firme valor y corazon brioso.

¿Qué me valió hallarme diferente
En tu gloria, que huye, y conocerme
Mayor en tu vencida y presa gente? (2).

Ni tú podias mas ya sostenerme,
Ni yo en tan grande bien pude, mezquino,
Aunque mas me esforzaba, contenerme.

(1) Larga experiencia en estos cortos años.
(2) Superior entre tu presa gente?

Siempre fui de tan alta gloria indino,
Y también de este fiero mal que paso;
Ni tú ni yo acertamos el camino.

Una ocasión y otra á un mismo paso
Se me presentan, que perdí, y conmigo
Me culpo y avergüenzo en este paso.

Tú solo puedes ser, Amor, testigo
De aquellos días dulces de mi gloria
Y cuán ufano me hallé contigo.

No te refiero yo mi alegre historia
Con presunción; antes la traigo á cuenta (5)
Para mas confusión de mi memoria.

No es tanto el grave mal que me atormenta,
Que no merezca mas, pues viendo abierto
El cielo al bien, me hallo en esta afrenta.

Austro cruel, que en breve espacio has muerto
La bella flor en cuyo olor vivía,
Y me dejaste de salud desierto,

Siempre te hiera nieve, y sombra fría
Te cerque, y á tu soplo falte el vuelo,
Impío ofensor de la ventura mía.

Yo me vi en tiempo libre de recelo,
Que aun el bien me dañaba; ahora veo
Que el mas misero soy que tiene el suelo.

Desespero, y no mengua mi deseo,
Y en igual peso están villano miedo,
Osadía, cordura y devaneo.

Estos cuidados, que olvido no puedo,
Me desafían á sangrienta guerra,
Porque esperan vencerme ó tarde ó cedo.

El hijo de Agenor la dura tierra
Labra, y le ofende el fruto belicoso
Que en armadas escuadras desencierra.

A mí de mi trabajo sin reposo
Nace de cuitas una lúeste entera,
Que me trae alligido y temeroso.

Del lago Argivo la serpiente fiera
No se multiplicó con tal espanto
Como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto
Del mal tal vez, y luego desfallezco,
Y me acuso de haber osado tanto.

El tormento que sufro no encarezco;
Que pasar mal no es hecho de alabanza;
Mas descanso en decir cómo padezco.

Horas que tuve un tiempo de holganza,
Cuando pensaba que era agradecida
Mi pena, tomad ya de mi venganza.

Yo soy, yo, el que pensé en tan dulce vida
No mudar algún punto de mi suerte;
Yo soy, yo, el que la tengo ya perdida.

El corazón en fuego se convierte,
En lágrimas los ojos, y ninguno
Puede tanto, que venza por mas fuerte.

A ti me vuelvo, amigo no oportuno,
Antes cruel contrario, antes tirano,
Robador de mis glorias importuno.

Tú me traes á una y otra mano
Sujeto al freno, y voy á mi despecho
Por fragoso camino y por lo llano (4).

Condición tuya es rendir el pecho
Feroz; oso decir que ya te olvidas
De ella con quien me pone en tanto estrecho.

¿Tu arco y flechas dónde están, temidas?
¿Dó está el ardiente hacha abrasadora
De tantas almas á tu ley rendidas?

¿Eres tú aquel que al padre de la aurora,
Vencedor de la fiera temerosa,
Quebró el orgullo y sojuzgó á deshora?

Aquella diestra y fuerza poderosa
Que derriba los pechos arrogantes,
¿Dó está ocupada ó dónde está ociosa?

Puedes vencer los ásperos gigantes,
Los grandes reyes abatir, trocando
A un punto sus intentos inconstantes,

Y ¿no te ofendes ver ahora, cuando
Mas tu valor mostrabas, que perdiste
Las honras que ganaste triunfando?

Misero Amor, ¿tan poco, di, pudiste,
Que un tierno pecho, á tanta furia opuesto,
Sin temor te desprecia y te resiste?

Ya conozco el engaño manifiesto
En que viví; ninguna fuerza tienes,
Jamás á quien te huye eres molesto.

Solo en mi triste corazón te vienes
A mostrar tu poder; no mas; ¡oh crudo!
Que ni quiero tus males ni tus bienes.

¿Ves este pecho de valor desnudo,
Abierto, trasgado á tantas flechas?
Hará de tu desden un fuerte escudo.

Aunque pesadas vengan y derechas,
Puede tanto el agravio de mi ofensa,
Que sin efecto volverán deshechas.

No sé, cuitado, si hacer defensa
Será mas daño; que tu dura fuerza
Ya siento cada hora mas intensa (3).

¿Quién puede haber tan bravo, quién, que tuerza
Un impetu tan grande, y que destaga
Tu furor cuando mas furor lo esfuerza?

Tan dulce es el dolor de esta mi llaga,
Que en sentirme quejoso soy ingrato,
Porque en mi pena el mal es mucha paga.

Atrevido deseo sin recato,
Memoria que del bien ya tuve, ufana,
Mueven mi lengua al triste mal que trato.

Engaño es este de esperanza vana,
Que piensa en sus mudanzas mejorarse,
Instable siempre y sin valor liviana.

No pueden las raíces arrancarse
Que en lo hondo del pecho están trabadas,
Donde pueden del pecho asegurarse.

No esperen pues tus penas, nunca usadas,
Ni espere amor la voluntad de aquella
Que las tiene en mi daño concertadas.

Hacer que de ellas yo me aparte y de ella
Me olvide un punto, porque el vivo fuego
Que nace de su luz serena y bella,

Cual siempre, me trairá vencido y ciego.

SONETO CXIV.

A Sevilla.

Reina del grande Océano dichosa,
Sin quien á España falta la grandeza,
A quien valor, ingenio y la nobleza

Hacen mas estimada y generosa,
¿Cuál diré que tú seas, luz hermosa
De Europa? Tierra no, que tu riqueza
Y gloria no se cierra en su estrechez;

Cielo sí, de virtud maravillosa.
Oye y se espanta y no te cree el que mira
Tu poder y abundancia; de tal modo
Con la presencia ve menor la fama.

No ciudad, eres orbe; en ti se admira
Junto cuanto en las otras se derrama
Parte de España mas mejor que el todo.

CXV.

No siento ya del modo que sentía
Del dulce amor los hechos, ni el contento
Que en el tierno dolor de mi tormento
Y en mi sola tristeza descubría;

Porque esto que perpetuo yo fingía
No alcanza mi doliente sentimiento,
Y no se puede ¡ay! haberlo violento!
Guardar bien tanto en la memoria mía.

Pierdo triste el sentido con la pena
Que tengo en verme en tal estado puesto,
Lleno de confusión, de bien desierto.

Del cuello flojo arrastra la cadena
A mi despecho, y voy al fin dispuesto
Para sulrir de grado el daño cierto.

CXVI.

Vos, que ajeno del mal en que rendido
Fuistes al duro Amor, alzais la frente,

(5) Con presunción; antes lo traigo á cuenta.
(4) Por el fragoso y el camino llano.

(3) La siento cada hora mas intensa.

Y libre ya de su dolor presente,
Señor, vivis alegre y no ofendido.
No penseis que del todo sacudido
Habeis el yugo á la cerviz doliente,
Ni estéis ulano; porque el fuego ardiente
En la muerta ceniza está escondido;
Que no tal vez la lumbré de esperanza
Descubrirá camino, cuando luego
Volveréis, como yo, al error pasado;
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,
Que no déis mas lugar al furor ciego,
Seréis de mi mas que varon llamado.

CXVII.

Si de nuestra amistad el nudo estrecho
Por desden ó liviano movimiento
(Que culpa no conozco en mí ni siento)
Quereis que sea sin razon deshecho;
Aunque no me saldrá del firme pecho
Del justo amor el gran merecimiento,
Y he de llevar contino, descontento,
La injusta pena de este injusto hecho,
Romped los lazos ya de esta cadena
Que suelto á mi pesar, si al cabo os place
Poner fin triste á nuestro dulce trato.
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena,
Pues tarde sé que en esto satisface
A tanta voluntad un pecho ingrato.

CXVIII.

Temor me impide, esfuerza la esperanza,
Y cuanto me entorpece, Alfonso, el hielo,
Tanto el ardor me alienta y alza el vuelo,
Y llega do el deseo apenas alcanza.
Fijo la vista, sin temer mudanza,
En la luz bella de mi eterno cielo,
Y oso traer una centella al suelo,
Que abrasará con él mi confianza.
Si fue con pena inmensa la osadía
Que robó el fuego á la celeste rueda
Terror y ejemplo á humano atrevimiento,
Podré alabarme en la fortuna mía;
Que aunque mi grande afán al suyo exceda,
Deseo que no acabe mi tormento.

CXIX.

A Luis Barahona de Soto.

Soto, no es justo que tu canto suene,
Y honre solo al humilde Danro frio;
Mas digno es dél el sacro Bétis mio,
Que el nombre tuyo en tanta estima tiene.
Las venas de Castalia y de Pirene
Rebosarán por ti en su ondoso rio,
Y vendrá á conocelle señorío
Quien fué sepulcro al hijo de Climene.
Aqui es la rica Arabia y el dichoso
Nido en que tu inmortal fénix enciende
El fuego que en ti afina su belleza.
Vén al florido asiento y oloroso;
Huye el desierto, do su luz se ofende
Y de tu excelso ingenio la grandeza.

CXX.

El frigio nudo deslazar procura
El grande vencedor del Oriente,
Y en vano causa, aunque mil modos tiente,
Contra aquella difícil ligadura.
Con arte no, con fuerza se aventura
Al fin, y rompe con la espada ardiente
Toda su confusion, y juntamente
Cumple ó burla del bado la ventura.
Yo, que mal puedo con industria alguna
Desatar este lazo que mi cuello
Oprime y de valor muestra desnudo,
Hacer debo lo mesmo en mi fortuna;
Mas puedo mal; que no es cortar un nudo,
Fernando, quebrantar este cabello.

ELEGIA XIII.

De aquel error en que viví engañado
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso que sufrí causado.
Pudo mi desconcierto crecer tanto,
Que anduve de mí mesmo aborrecido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.
Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán perdido
Rendí el lozano corazon sin miedo
A los dañados gustos del sentido.
Mas sé que aunque me esfuerzo apenas puedo
Abrazar la razon, porque el engaño
No se me aparta de la vista un dedo.
Y no me vale, aunque en mí bien me engaño,
Pensar quién soy ni deducir del cielo
La clara origen contra un dulce daño.
¡Cuán mal se limpian del corpóreo velo
Las manchas, y cuán tarde se desata
De su pasion quien anda en este suelo!
Mil buenos pensamientos desbarata
La ocasion, á deleites ofrecida,
Cuando menos el hombre se recata.
Mas estos son peñascos de la vida,
Do se rompe la nave en mar ondoso,
Si no va con destreza bien regida.
¿Quién es tan temerario y desdeñoso,
Que se entregue á la muerte en esperanza
Del caso siempre incierto y peligroso?
Quién quisiera hartarse en la venganza
De mis males, hallara á su deseo
Colmada la medida sin mudanza,
Si, conociendo yo mi devaneo,
No diera al vano gusto de la mano
Y alzara de la tierra al fiero Anteo.
Grande trabajo es, aunque no es vano,
Querer mudar una costumbre larga;
Grande es, pero es el premio soberano.
Traje en los hombros esta grave carga
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,
En quien de todo el cielo el peso carga.
No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufría,
Y de mí ostinacion, que no me espante.
Ahora voy por una llana via
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mía (6).
Considero, apartado yo conmigo,
Del rojo sol la inmensa ligereza
Y en cuanto infunde su calor amigo;
La tibia, instable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vario movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.
Juzgo cuánto es el gusto y el contento
De gozar la belleza diferente
Que en sí contiene este terrestre asiento,
Y cuán dulce es vivir alegremente
Espacios liengos de una edad dichosa (7),
Y contemplar tan alto bien presente,
Do en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalce el vuelo
A la profunda claridad hermosa;
Y allí se afine de aquel torpe velo
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida
La gruesa niebla ni el error del suelo.
¡Cuánta miseria es perder la vida
En la purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozar de la luz del sol crecida!
¡Cuán vana eres, humana hermosura!
Cuán presto se consume y se deshace
La gracia y el donaire y apostura! (8).
La bella vírgen, cuya vista aplice
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mesmo que agrado no satisface.
No así tan presto aparta el viento leve
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor de helada nieve,

(6) Do no acertar será desdicha mía.
(7) Espacios largos de una edad dichosa.
(8) La gracia y el donaire y compostura.

Como á la tierna edad la flor luciente
Huye y los años vuelan, y perece
El valor y belleza juntamente.

¡Cuán breve y cuán caduca resplandece
Nuestra gloria! Cuán súbito en el punto
Que deleita á los ojos desaparece!

Mas ¡oh, si ser pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!

Cuál, de ambición y de avaricia ciego,
Sulca el piélago inmenso, peregrino,
Y ve del sol mas tarde el claro fuego;

Cual, ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho deudo y el vecino;
Cuál, de si mismo puesto en un destierro,
Niega su voluntad por otra ajena,
Y sigue inferior el mayor yerro.

Lisonjeros halagos, dulce pena,
Buscando nial del desvario humano,
Traen de gusto la esperanza llena.

Ningun monte ó desierto, ningun llano
A do pueda llegar gente atrevida
Nos librará del ciego error profano.

Ira, miedo, codicia aborrecida
Nos cercan, y huir no es de provecho;
Que las llevamos siempre en la huida.

Incierto y congojoso tiene el pecho
Quien espera; no goza ni sosiega
Si sus vanos contentos no ha deshecho.

Quien sabe que se goza, y nunca entrega
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,
De la virtud á la alta cumbre llega.

Estos deleites, que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron
Siempre de confusion y temor lleno.

Ni fueron firmes ni fieles furor;
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,
Que no, huyó con cuantos me huyeron.

Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpetuo en cuanto
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.

Sola virtud, tú sola puedes tanto,
Que el gozo dar perpetuo y bien seguro
Puedes si en amor tuyo me levanto.

Lugar puede hallarse tan oscuro
Do se asconda algun tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.

La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vengador de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierto.

El delito y las culpas son ajenas
De nuestra condicion; pero nacimos
Con flaquezas de mil miserias llenas (9);

Y tan mal nuestros bienes conocimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.

¿Dó está el deseo ya del honor justo?
Dó el amor verdadero de la gloria?
Dó contra el vicio el corazon robusto?

Gran hazaña es gozar de la vitoria
Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria;

Pero es mucho mayor ante los ojos
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrejos,

Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,
Do no alcance el nublado ni le ofenda.

Mas ¿quién podrá subir sin viva lumbre?
Quién sin favor que aliente su flaqueza,
Y le alce de esta grave pesadumbre?

Si yo pudiese bien en tu belleza
Fijar mis ojos, musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza,

Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpece en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana;

Antes con libertad libre y segura (10),

Abrasado en tu amor, ocuparía
La vida en admirar tu hermosura.
Y aquí do el Bétis desigual varía
El curso y vuelve y trueca la creciente,
Un apartado puesto escogería,
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente,
En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarne del sosiego
Que en la discreta soledad se alcanza.
Rompa los senos otro del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró romano ó griego;
Llegue do el sacro Océano se trabe
Con el piélago Austral, y no causado
Cerque el golfo que el hielo torna grave;
Que bien puede alabarse, confiado
De haber visto, tratado y conocido,
Y mil varios peligros allanado;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto
Da á un corazon modesto y bien regido,
Fuera de todo humano desconcierto.

SONETO CXXI.

Mira, del sacro Amor oh bella esposa,
Este luciente espejo que Urania
Te ofrece, el cual de la inmortal Sofia
Es den que muestra su virtud hermosa.
Alíja en él la vista generosa,
Su concierto percibe y armonía,
Y conociendo tu valor, desvia
Los ojos de esta niebla tenebrosa;
Porque, si bien estimas tu grandeza,
No te podrá teñir el claro velo
Humo ó sombra de error y de mancilla;
Antes, ardiendo en fuego de pureza,
Alzarás con tal fuerza el noble vuelo,
Que merezcas la eterna y alta silla.

CXXII.

No bastó el daño al fin y estrago fiero
Del fuerte muro y del sidonio techo,
Y el cuello haber traído al yugo estrecho
De quien domó al Tesin y al grande Ibero;
Sino á un infame Dárdano extranjero,
A quien ¡oh Roma! padre tuyo has hecho,
Decir que de rendida el limpio pecho,
Y pagué al impio amor injusto fuero.
¿Tanto pudo la envidia? ¿Pudo tanto
La musa de Virgilio mentirosa,
Que osó manchar mi nombre esclarecido?
Mas la verdad, mayor que su alto canto,
Dirá que menos casta y generosa
Lucrecia fué que la fenisa Dido.

CXXIII.

Podrá imitar la singular destreza
Del pintor el semblante generoso
Y el rayo de esas luces amoroso,
Si tanto cabe en la mortal bajeza;
Mas ¿cómo imitará tanta grandeza,
Tantos bienes que el alto y poderoso
Olimpo os dió, si al que es en ver dichoso
Ciega la luz de esa inmortal belleza?
No puede merecer la suerte humana
Bien de tanto valor, porque encogiera
En este corto espacio todo el cielo.
Baje Amor, ¡oh Francisca soberana!
Y descubra esa imagen verdadera,
Para que nunca envidie al cielo el suelo.

CANCION X.

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,
Pues el silencio ocupa este desierto,
Romper la voz y quejas de mi llanto.
Sufri la fuerza del dolor molesto
Cuando en el mal cabia algun concierto;

(9) Con mil flaquezas de miseria llenas.
(10) Antes con voluntad libre y segura.

Ya ni esfuerzo ni seso valen tanto,
Que le resistan cuanto
Pensé y osé esperar; mas, ¡oh perdido,
Cuán bien merezco verme en tal estado!
¿De qué sirve injuriar al alligido?
Que la pena que siento
Es harta confusión de mi cuidado.
Asconda al fin el triste apartamiento
De este cerrado bosque mi lamento.

Vos, que por lengua edad teneis en uso,
Arboles altos, de escuchar atentos
Quejas de otros amantes desdichados,
Oíd tristes mi llanto y mal confuso;
Que nunca pena igual á mis tormentos
Ni cuidado se vió cual mis cuidados.
En pasos bien contados
Perdí el camino, no en la sombra oscura,
Que fuera á mi dolor algún consuelo
Hallar disculpa; mas la lumbre pura
Siguiendo atentamente,
Erré por donde me guiaba el cielo.
Pensando á la ocasión tener la frente,
Perdí todo mi bien, halléme ausente.

Procuré quebrantar mi esquiva suerte,
Poniendo el pecho osado á todo trance;
Que el dolor dió licencia á mi osadía.
Creció el furor de males, y en alcance
No vino de ellos, no, la dura muerte,
Que pusiera remedio á mi porfía.
Triste y acerbo día,

Que siempre estará vivo en mi memoria;
Mas ¿dó me lleva mi pasión ajena?
Desesperado bien y muerta gloria,
Vos, ¡oh! vos me trajistes
Adonde sin remedio en vano peno,
Y como si debieran ser, me distes,
Sin un alegre día, tantos tristes.

Ahora veo tarde el desencanto;
Mas llega á tiempo que aprovecha poco:
Que pierde en mi fortuna el bien su efecto.
Aunque pensar contar parte del daño
O descubrir de este dolor que toco
Será imposible; pero en este aprieto
Alguna vez prometo

Romper por el camino mas espeso
Para salir del mal, y es error mío.
Porque me lleva con el mismo exceso
Por la revuelta senda
Donde me cansa el ciego desvarío,
Y desespero el bien, y á suelta rienda
Voy adonde no habrá quien me defienda.

Segura es la fortuna al miserable;
Porque de mayor daño falta el miedo;
Yo en última miseria estoy, y temo,
Si ya no mayor mal, mal variable;
No es mucho que lo tema, pues no puedo
Asegurarme. ¡Oh mi dolor supremo!

Sácame de este extremo,
Entrégame á los brazos de la muerte,
Pues no sé quién mi afrenta satisfaga,
Y es de linaje tal y de tal suerte,
Que es mejor no tocalla,
No pudiendo sanar esta mi llaga.
¡Triste quien solo y sin vigor se halla
Herido y sin escudo en la batalla!

Bien sé que mi pasión secreta entiendo
Solo quien conoció mi pensamiento,
Y que esta queja otro ninguno alcanza;
Mas, como quien ventura ya no atiende,
No oso mostrar mi grande sufrimiento,
Y confuso en mis ansias y mudanza,
Tomo de mi venganza.

¿Qué no pudiera al fin mover mi llanto,
Si otro con menor causa mover pudo
El negro lago y sombras del espanto?
Oyóse su requesta.

Náufrago, temo el piélago sañudo;
Pero no era sazón de quejas esta
En ocasión tan grave y tan molesta.

Quiero hablar mas claro, y la vergüenza
Que tengo de mí solo no concede
Que pueda respirar el dolor fiero.

Crece el mal siempre, y siempre en él comienza
La esperanza del bien; ninguno puede
No engañarse en su daño lisonjero
Si sigue al mal primero
El bien que se conforma á su deseo.
Descubríome la usanza de mis males,
Por el pasado engaño, este que veo;
Que me tuvo dudoso
En cuanlo descubría sus señales,
Y quedé tan cobarde y sospechoso,
Que ni aun mirar de lejos el bien oso.

SONETO CXXIV.

Si para que yo sienta cuánto fuego
Abrasa vuestro pecho á la luz pura,
Y á los rayos de eterna hermosura
Quereis que llegue deslumbrado luego,
No me digáis que mire con sosiego
Su resplandor y su gentil figura;
Mas que huya su ardor, si la ventura
Puede librarme ya encendido y ciego.
¿Qué maravilla es que en viva llama
Os consumáis, teniendo el sol presente,
Y siendo vos á su calor de cera?
Conoce el mal ajeno quien bien ama,
Y mi pasión en su presencia siente
La fuerza de la vuestra mas entera.

CXXV.

Fué gloria de mi alto pensamiento
Osar y ver vuestra beldad serena,
Y de firmeza arder mi alma llena,
Desesperando el fin de su tormento.
Si como merecí mi atrevimiento
La honra y el valor de tanta pena,
Consintiera el cruel que me enajena
No ofenderos el bien del mal que siento,
Pensara merecer con la fe mía
Nombre de vuestro; mas á tanta alteza
La humilde mortal suerte no conviene.
Mas, ya que no vos canse mi osadía,
No pretendo consuelo á mi tristeza,
Sino que consintáis que por vos pene.

CXXVI.

Pues cubre el orbe en asombrado velo
La negra oscuridad, y las estrellas
Miran, errando en torno en formas bellas,
Dudosas el desierto y hondo suelo,
Tú, noche, á quien mis lástimas revelo,
Y al gemido respondes triste de ellas,
Oye mi mal, atiende á mis querellas,
Así á ti sola sirva el vago cielo;
Que no quiero que el día vea el llanto
De estos ojos mezquinos; que en tal pena
No conviene la luz al dolor mío.
Escucha tú, que del color el manto
De mi ventura tienes, ¡oh serena
Noche! mi queja en tu silencio y frío.

CXXVII.

Estos que al impio turco en cruda guerra,
Al moro, al anglo y al escoto airado,
Y vencen al tudesco y al dudado
Francés, y al belga en su cercada tierra,
Y los estrechos que el mar hondo encierra
Sobran, pasando por lugar vedado
Con valor cual vió nunca el estrellado
Cielo, que tantas cosas mira y cierra,
Bien muestran en la gloria de sus hechos
Que son tus hijos, ¡oh felice España!
Honra del alto imperio de Occidente.
Alabe Roma los famosos pechos
De los suyos; que nunca, y no me engaña
El amor, fué á esta igual su osada gente.

ELEGÍA XIV.

Si el presente dolor de vuestra pena
Sufrir escuchar de la pasión que siento
Esta mi musa, de dulzura ajena,

Estad, Señor, un breve espacio atento

A las llorosas lástimas que canto

Solo, puesto en olvido y descontento;

Que si yo puedo declarar bien cuánto

Estrago hace amor en mis entrañas,

En vano no será el quejoso llanto.

Mas ¿cómo las cruzeas y hazañas

Del fiero usurpador de la alma mía

Decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?

Seguro, alegre, en quietud vivía,

Con libertad y corazón ufano,

Mostrando contra Amor grande osadía.

Pensaba, mas al fin pensaba en vano,

Que contra la dureza de mi pecho

No pudiera el rigor de este tirano.

No me valió; que al cabo á mi despecho

Rendí á su yugo el quebrantado cuello,

Y fué mi orgullo sin valor deshecho.

Un sutil hilo pudo de un cabello,

Mas bello que la luz del sol dorado,

Traerme preso sin jamás rompello;

Y unos ojuelos de color mezclado,

Que prometen mil bienes sin dar uno,

Tomaron el imperio en mi cuidado.

Vilos, y me perdi; mas ¡oh importuno

Remedio, que no viéndolos me pierdo

Del mayor mal que tuvo amante alguno!

El seso pierdo cuando estoy mas cuerdo;

Pero amor es furor; quien no está loco

Dirá que hablo sin algun acuerdo.

Las cosas que de amor apunto y toco

No alcanza esa profana y ruda gente;

Vos sí, que de su mal no sabeis poco.

Yo voy por un camino diferente

En los males que tengo, y nunca espero

Sanar de este dolor que la alma siente.

Al bien medroso, al mal osado y fiero,

Y estoy de gloria y ufanía lleno

Cuando en la fuerza del tormento muero.

Si puedo alguna vez contristar ajenos

De mi pasión, ocupo la memoria

En cuán poco merezco lo que peno.

No cabe en mí pensar que tanta gloria

Se debe á mi dolor, ni que se entienda

De mi afán la dichosa y rica historia (11).

No hallo ya razón que me defienda

De perdición, pues corro tras mi engaño,

Y me despeño sin cobrar la rienda.

De un día en otro voy al fin del año,

Desvanecido y lleno de esperanza,

Sin abrazar el claro desengaño.

Pienso y entiendo que hacer mudanza

Podrá valerme; mas la cruda vida

De Amor, ó cerca ó lejos, todo alcanza.

Mil veces contra mí me pongo en ira,

Y culpo mi temor y mi flaqueza,

Que del honrado intento me retira;

Mas ¿quién tiene tan grande fortaleza?

Quién ve libre del mal aquel semblante

Y pura flor de angélica belleza?

No soy pena ni duro diamante;

Tal furor tierno vive en estos ojos,

Que de su luz se enciende en un instante.

Son pequeños, no alcanzan mis enojos

A merecer la gloria del mal mío,

Ni verse juntos entre sus despojos.

Nevosos invierno y abrasado estío

Destruyen mi esperanza de tal suerte,

Que me acaba el calor y mata el frío (12).

Mas que otro pudo ser, mi pecho es fuerte,

Pues no fallece en tal dolor, sufriendo

Los extremos efectos de la muerte.

Cual suele Febo aparecer trayendo

La luz y los colores á las cosas

Cuando del sacro mar sale luciendo,

Tales sus dos estrellas gloriosas

Dan á mi alma claridad divina,

Que me enciende en mil llamas amorosas.

Y cual se muestra el cielo si declina

La luz, y con la sombra tenebrosa

El horror de la noche se acerca,

Tal yo sin su beldad maravillosa

Estoy confuso y lleno de recelo,

Desierto y triste, en soledad penosa.

Las ricas hebras del dorado velo

Vencen á las que cerean á Ariana

En el eterno resplandor del cielo.

¿Cuánto me engaña esta esperanza vana

En contar de mi afán la triste historia,

Y el desden de mi estrella soberana!

No sufre mi fortuna tanta gloria,

Que espere merecer alguna parte

De mi dolor lugar en su memoria.

El fiero estruendo del sangriento Marte,

De que tiembla medroso el lusitano,

Atónito de tanto esfuerzo y arte,

Incita este mi canto humilde y llano

En su alabanza; pero apenas puedo

Juntar las musas al furor insano.

Otro que tenga espíritu y denuedo

Podrá cantar igual á tan gran hecho;

Que yo en decir mis males estoy ledo.

El dolor que padece vuestro pecho

Permita, y la serena luz ardiente

Y el oro que os enlaza en nudo estrecho,

Que yo ¡oh sublime gloria de Occidente!

Ose mostrar en este rudo canto

Lo que el deseo publicar consiente;

Que si como pretendo yo levanto

La voz, el indio extremo, el lapón frío,

Y aquel que el alto Febo abraza tanto,

Y quien habita el amazonio río,

Honrarán vuestro nombre generoso,

Admirados de oír el canto mío.

¿Cuándo será aquel día en que el hermoso

Rayo de amor y celestial lucero

Hiera este campo y río venturoso?

Bétis, que al grande Océano ligero

Con curso ulano vez contrarista porlas,

Sin espantarte su semblante fiero,

Con creciente mayor que la que envías

Rebosa, y salgan del ondoso seno

Tus ninfas á ayudar las voces mías.

Descubra el cielo el resplandor sereno,

Y virtud nueva infunda á tu ribera,

Y al campo, de mil flores siempre lleno.

La luz de hermosura verdadera,

Por quien suspira el venturoso amante,

Por quien en esperanza desespera,

De rosas con faz pura, semejante (13)

A la bella y divina cazadora,

Se te muestra, y ya casi está delante.

Pinta pues variando, orna y colora

De perlas y esmeraldas tus cristales,

Y tus arenas enriquece y dora;

Y cñie con mil ramos de corales

La venerable frente, á cuya alteza

Son los mas grandes rios desiguales;

Y ofrece humildemente á su belleza

Los nobles dones que abundante cria

De tu fértil corriente la riqueza.

Venid diciendo: «Ya, Señora mía,

Merezca ya por vos aquesta tierra

El bien que mereció esa tierra fría,

»En esta parte el largo cielo encierra;

Tanto puede alcanzar la suerte humana,

Cuanto aparta de otras y destierra.

»Sola vuestra grandeza soberana

Le falta para ser siempre dichosa;

Venid pues, oh clarísima Diana.

»Este prado y ribera venturosa,

Este bosque, esta selva y esta fuente

Vos llama y vos suspira deseosa (14).

»Cenid vuestra serena y limpia frente

De este florido cerco, entrelazado

De los ricos esmaltes de Oriente.

»Humilde don, mas debe ser preciado;

Que yo doy solo á vos estos despojos,

(11) De mis afanes la dichosa historia.

(12) Que me mata el calor y acaba el frío.

(13) Con pura faz de rosas, semejante.

(14) Os llama y os suspira deseosa.

A pagar mayor censo condenado.

» Ya son eternas flores los abrojos,
Y el frío invierno vuelto ya en verano
Con la cercana luz de vuestros ojos.

» En medio de este abierto y fértil llano
Alzará de mis ninfas todo el coro

Un templo á vuestro nombre soberano;

» Y con guirnalda en las hebras de oro

Tejerán vueltas, y traerán consigo

Las que en sus ondas cria el seno moro,

» Y todas juntas cantarán conmigo

Del sagrado himeneo en alabanza,

De que el cielo ha querido ser testigo.

» Venid, oh gloria nuestra y esperanza;

Desbaga vuestra vista el sentimiento

De quien tanto se ofende en la tardanza.»

Mas ¿dónde me arrebató el pensamiento?

¿Dó en tan alta grandeza me levanto

Con vano y temerario atrevimiento?

Vos tenéis, gran Marqués, de esto que canto

La culpa, y me hicistes atrevido;

Que yo de mí no pienso ni oso tanto.

Mi ruda musa solo en mi gemido

Se ocupa, y en memoria de los daños

Que á tan misero estado me han traído.

Sabrosa perdición, dulces engaños,

Siempre tenido mal, eterna pena,

Que sufrí, triste, de mis tiernos años.

Gloria de mil desdichas dieron llena (15)

Al simple canto, á cuya rustiqueza

Abrió el Amor una profunda vena.

Mas para celebrar la gran belleza

De la inmortal Diana y su luz pura,

Y del mucho amor vuestro la grandeza,

Ni puedo ni merezco tal ventura.

SONETO CXXVIII.

A Garcilaso.

Musa, esparce purpúreas, frescas flores

Al tûmulo del sacro Laso muerto;

Los lazos de oro suelte sin concierto

Vénus, lloren su muerte los amores;

Arda la rota aljaba y pasadores,

La mirra y casia y cuanto el encubierto

Fénix quema, y con verso grave y cierto

Cante su gloria Febo y tus dolores.

Laso, por quien el Tajo al rico Tebro

Y excede al Arno puro, sepultado

Yace entre verdes hojas de amaranto.

Incline al nombre claro que celebro

Sus coronas Parnaso, y admirado,

Venere el alto y noble y tierno canto (16).

EGLOGA PRIMERA.

SALICIO.

Entre los verdes árboles do suena

Bétis con altas ondas extendido,

Llevando al mar la frente de ovas llena,

Alcon y Tirsis tristes con gemido

Lloraban de Salicio tiernamente

El miserable caso sucedido.

Cual simple tortolilla gime y siente

El caro esposo que perdió muriendo,

Y su dolor descubre en son doliente,

Viólos llorar el rubio sol, naciendo

Del bosque, al uno y otro descuidado;

Viólos llorar la luna apareciendo.

(15) Dieron la gloria de desdichas llena.

(16) Este soneto y la siguiente égloga se hallan al frente de las obras de Garcilaso (edición de HERRERA). El autor, al poner una y otra composición, dijo que fueron hechas «en los primeros años de la edad floreciente, cuando son menos culpables los descuidos y el error de la noticia destas cosas; y así, espero que merecerán perdon las muchas faltas destes versos».

En mi opinión, el soneto puede muy bien competir con el famoso idilio de Bion en la muerte de Adonis. ¡Lástima, en verdad, que los tercetos estén asonantados!

Alcon sobre el un brazo recostado,

«Salicio, dijo, del ganado fuerte

Un tiempo gloria y su mayor cuidado,

» Dolor cruel ahora y dura suerte

Entre nosotros siempre aborrecida,

¿Quién te llevó con rigurosa muerte?

» Contigo el dulce Amor perdió la vida;

No resuena tu canto en la aspereza

Al tierno son del aura desparcida.

» Cual Febo cuando oía su tristeza

Y suspiros de amor y afán penoso

De Anfriso la corriente ligereza,

» Cubra el cielo el color claro y hermoso;

Llorad vos, ninfas, del sonante río

Multiplicando el curso doloroso;

» Llorad, lauros y plátano sombrío,

Y tú, Fauno, en el suelo reclinado,

Y contad en su muerte el dolor mío.

» Valles, crezca el suspiro apresurado

Por una y otra parte, y no cesando,

Suene en llanto confuso todo el prado.

» Decid, hijas de Bétis, suspirando,

Y el cisne entre sus ondas espumosas

Alce el lloroso cuello lamentando.

» Ahí, ahí pinta, Jacinto, en tus hermosas

Y tristes letras con el mal presente,

Y derrama mil quejas lastimosas.

» Oh Febo, Febo, ahora en el corriente

Xanto ó en Delo estés, vén ya ceñido

De funesto ciprés la triste frente;

» Quebranta el arco de oro guarnecido,

Despedaza los duros pasadores,

Pues tu gloria y cuidado es ya perdido.

» Vén, no esparciendo al aire tus olores,

Citerea, ni en mirto coronada

Ni mezclando las rosas á las flores;

» Mas con cerúlea veste congojada,

Y en triste hábito venga la alegría

Con negras hachas y con luz turbada.

» Y tú, lloroso Amor, en compañía,

Rotas flechas y aljaba y arco, alzando

Con las gracias del llanto la armonía.

» Traed, valles, suspiros, vos llorando,

Y el lamentable acento vaya luego

Por campo y selva y bosque resonando.

» Oh crudas parcas, duro hado ciego!

¿Correrá el río con perpetua fuente?

¿Vivirán estas penas en sosiego?

» Salicio, honor de la silvestre gente,

¿No se verá en la selva, en este cielo

Nunca se verá mas estar presente?

» Como la flor purpúrea, á quien el hielo

Del penetrable invierno y rigor frío,

O dañó el rojo Sirio el tierno vello.

» Corred, largas ondas del gran río,

Durad vos, penas, alargad la vida;

Que á vos el hado es amoroso y pio.

» Mas ya no otro Salicio en la escondida

Selva ni en alto monte y valle abierto

Sonará su zampoña coicocida.

» Gimen los montes mudos y el desierto

Y las matosas peñas inclinadas,

Do el aire hierre; ya Salicio es muerto.

» Sus ondas Tajo, en lágrimas trocadas,

Bañó la gruta oscura en tristes sonos,

Y las montosas vueltas y apartadas.

» La vana imagen busca tus razones

Por las selvas callada, que no siente

El blando y tierno son de tus canciones;

» Que ya no te responde dulcemente

Y no imita tus labios, y se esconde

Filomela con mustia voz doliente.

» Y al canto de palomas ya responde

El llanto con murmurio, suspirando,

Que al dolor de tu muerte corresponde;

» Y nosotros, los versos resonando,

Con simple avena alzamos tus loores.

Decid, náyades tristes, lamentando,

» ¿Quién sonará entre rústicos pastores

La zampoña que al mismo Febo espanta,

Y aun espira tu canto y tus amores?

» Llorá y los versos Galatea canta

Que te oía, aunque dura, helada y fiera,
Y con su voz al cielo los levanta;

»Y no los del ciclope en la ribera,
Cuyo nombre, en el canto celebrado,
De mi memoria está del todo fuera.

»A ti, de verde hiedra coronado,
Todos nuestros pastores rodearon,
Y te dieron la gloria en todo el prado.
»Oyendo tus canciones se admiraron
Las driades, los faunos su aposento
Por oírte cantar desampararon.

»Lloróte, pastor sacro, el frío asiento
Del claro Tórmes y ribera umbrrosa
Con mas dolor y con mayor lamento
»Que á sus pastores dos con voz quejosa
Sicilia, y á Sincero y Meliseo
Sebeto con corriente no abundosa.

»Nunca sintió, mezclada con Alfeo,
Aretusa en sus ondas tal gemido,
Ni el Ebro por la muerte de su Orfeo.

»Yo te lloro, Salicio, enternecido,
Tú el canto que engendró el dolor consiente,
Pues mas de amor que de arte va vestido;

»Que si algun tiempo el rudo son doliente
De Bétis pasa la ribera llena,
Que mete en el gran mar la altiva frente,
»Tú verás en el verso que resuena
Tu memoria y tu nombre glorioso,
Do el puro Tebro y donde el Arno suena.»

Aquí el pastor con llanto lastimoso
Paró, y al triste canto dió un gemido
Del hondo rio el curso presuroso.

Tirsis luego siguió el son esparcido,
Y atentas á su voz, fueron cesando
Las ondas en el vaso recogido:

»No resoneis ya, ninfas, lamentando;
Dejad vos, montes y peñascos frios,
Las quejas que extendisteis suspirando.

»Ahora derramad, pastores míos,
En la pintada tierra frescas flores,
Traed sombra á las fuentes y á los ríos.

»Venid vosotros, faunos amadores,
A las driades bellas descubriendo
Vuestro amor, vuestros celos y dolores;

»Porque Salicio, al cielo alto subiéndolo,
Así lo quiere; y llenos de alegría,
Alzad el canto, versos componiendo;

»Y junto aquella pura fuente fria
Este verso cantad en el sagrado
Lauro que de sus hojas lo ceñia;

»Porque si algun pastor allí cansado
Llegare, pueda vello y dar memoria
Del tûmulo que cerca está labrado.

»Salicio, al campo y á pastores gloria,
En brazos de las musas muere puesto,
Y en el cielo está vivo con vitoria.

»Yo te pondré, Salicio, despues de esto,
Dos consagradas aras, levantando
Una á ti y otra á Febo en este puesto;

»Pues le iguales en canto dulce y blando;
Y aquí pondré dos vasos espumosos,
Ambos con leche nueva rebosando.

»Vendrán aquí pastores venturosos,
Menalca, Olimpio y Epolo, que en danza
Imitarán los sátiros vellosos.

»Y cuando honrare con antigua usanza
Tu sepulcro, esparciendo el dulce vino,
Serás de los pastores esperanza,

»Y pediremos tu favor divino
Para guardar el pasto y campo lleno
Contra el rigor del duro cielo indino.

»Tu tûmulo adornando el verde seno
De Flora cubrirá, que al fresco prado
Las rosas quitará y color ameno.

»Aquí vendrán en coro concertado
Faunos, sátiros, Pan, Cintio hermoso,
Las náyades de Bétis venerado,

»Las ninfas del monte alto y confragoso,
Las de árboles y selvas, consagrandolo
En honra tuya el canto numeroso.

»Aquí soplará manso el viento blando
Del templado Favonio, habrá continuo

Verano nuevo, y Clóris con su bando.

»Palma, plátano, pobo, álamo y pino,
El grande ciclamor, el lauro verde,
Que á tu divina frente bien convino,

»Extenderán con son que nos acuerde
De tí las hojas, y con rico manto
Mostrará el prado que el color no pierde.

»Nacerá siempre eterno el amaranto,
Narciso y eliocriso deleitoso,
Y suave jacinto y tierno acanto.

»Torcerá el curso el rio no espumoso,
Con blandas ondas largo y extendido,
Para regar el campo espacioso.

»Cantarte han con dulcísimo sonido
Las selvas y los bosques altamente.
En verso noble y canto esclarecido.

»Arbol no habrá que á Febo mas contente
Que el que tu nombre escrito en si tuviere;
Tu nombre, entre pastores excelente.

»Y cuando el viento de través hiriere,
Resonará en el aire con tu gloria
El árbol que sus hojas conmoviere.

»Por tí al Tajo dará el nombre y vitoria
El puro Eurótas y el nevoso Ebro,
Que refiere de Orfeo la memoria;

»Y el mismo grande y caudaloso Tebro
Inclinará sus ondas, admirado
Del canto y del avena que celebro.

»En tanto que en el monte levantado
El jabali espumoso tenga asiento,
Y cayere el rocío al verde prado,

»En todo el pastoral ayuntamiento
Será tu nombre eterno, y la dulzura
Y tierna voz del amoroso acento.»

Calló Tirsí, y del bosque la espesura
Hirió el viento en señal de su grandeza,
Y resonó Salicio con voz pura
El rio y de los montes la aspereza.

SONETO CXXXIX (17).

¡Oh breve don de un agradable engaño,
Dulce mal del contento aborrecido,
Cuán presto pierdes el color florido,
Y muestras los despojos de tu díaño!

El oro, vuelto en plata, un blanco paño
Cubre, y el color vivo y encendido
De los ojos, sin fuerza ya y perdido,
De tu vencido orgullo es desengaño.

Acabas, y tu dulce tiranía,
Y al fin, si acabas, mueres con vitoria
De nuestro error en devaneo tanto;

Mas quien por tí se olvida y desvaria
Del camino, parece sin memoria,
Con mayor culpa, en un perpetuo llanto.

CXXX.

A Francisco Pacheco.

Ya el rigor importuno y grave hielo
Desnuda los esmaltes y belleza
De la pintada tierra, y con tristeza
Se ofende en niebla oscura el claro cielo;

Mas, Pacheco, este mesino horrible suelo
Reverdece, y pomposo su riqueza
Muestra, y del blanco mármol la dureza
Desata de Favonio el tibio vuelo;

Pero el dulce color y hermosura
De nuestra humana vida cuando huye
No torna, ¡oh mortal suerte, oh breve gloria!

Mas sola la virtud nos asegura,
Que el tiempo avaro, aunque esta flor destruye,
Contra ella nunca osó intentar victoria.

REDONDILLAS.

Faeton con ardor ciego
Del sol llevó los caballos,

(17) Este soneto y el siguiente se hallan en la edición principal de las obras de Herrerra. Pacheco no lo puso en la suya, con todo de estarle dedicado el segundo.

Con que el mundo abrasó en fuego,
 Porque no supo guiallos;
 Y de un rayo derrihido,
 Puso fin á su ventura,
 En el río sepultado,
 Cuyo nombre siempre dura.
 Yo, que de mí sol hermoso
 Presumi la pura lumbre,
 Y atrevido y animoso
 No desmayo en la alta cumbre,
 Si quiere Amor que del cielo
 Encendido baje y muerto,
 Lugar pequeño es el suelo
 Para tanto desconcierto.

ELEGIA XV (18).

Desterrado el invierno frío y cano,
 La tierra se vestía en mil colores
 Con vivo lustre y fuerza del verano;
 Y esparcidas las rosas y las flores,
 Con aura fresca espiran dulcemente
 En el aire tendido sus olores;
 Cuando la alba salía de oriente
 Cubierta de oro y púrpura hermosa,
 El variado manto refulgente,
 Y alegrando á la tierra deleitosa,
 Con rociadas gotas regalaba
 A la yerba florida y abundosa.
 Yo entonces en el campo me ballaba
 Cogiendo el fresco del templado aliento,
 Que blandamente entre árboles sonaba.
 Traía la marea un movimiento
 Suave y tierno, en torno desparcido,
 Que hería con dulce sentimiento.
 Vi el campo en flores varias revestido,
 Que del rocío estaban esmaltadas,
 Con que mas su belleza ha florecido;
 Vi las húmidas rosas levantadas
 Abrir las hojas bellas, que primero
 Tenían todas juntas y cerradas,
 Y alegres con la vuelta del lucero,
 Mostraban su color entremezclado,
 Mas hermoso que nunca y mas entero.
 No sé si la alba había á rosas dado
 O tornado el color; y si á las flores
 Había el día nuevo retocado.
 Uno el rocío y unos los colores,
 Uno el día, y de Vénus amorosa
 Ambos, y por ventura unos olores;
 Mas aquel con mas fuerza poderosa
 Por el aire se tiende en grande alteza,
 Acá mas cerca espira el de la rosa.
 La reina de las gracias y belleza,
 En su flor mesma y astro reluciente
 Pinta del puro rojo la fineza.
 Las flores ya extendían juntamente,
 Con hermosas figuras reluciendo,
 Su color y postura diferente.
 Unas en punta suben, esparciendo
 Sus tiernas hojas al abierto cielo,
 Otras una corona van tejiendo,
 Otras se tuere en al herboso suelo,
 De verde, azul y jalde señaladas
 Con violado ó con purpúreo velo;
 Y casi unas con otras enlazadas,
 Heridos los colores van mudando,
 Y á los ojos engañan ayuntadas.
 Esto miraba atónito yo, cuando
 Vi toda su belleza ir de caída,
 El resplandor y olores olvidando.
 Maravilléme viendo así perdida
 La beldad y la edad de tantas flores,
 Y muerta ya la rosa aun no nacida.
 Tanta belleza y varios resplandores
 Un día mesmo adorna y descompone,
 Ofreciendo y robando sus colores.

(18) Es traducción libre de Ausonio, que empieza:

*Ver erat, et blando mordentia frigora, sensu, etc.*Se imprimió por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Nosotros nos quejamos porque pone
 Naturaliza con avara mano
 Tan breve gracia en flores que compone.
 Aun no salen los dones del verano,
 Cuando ella los derriba con la muerte,
 Dejando al tiempo del despojo ufano.
 Cuan largo el día, es tan larga suerte
 De las rosas, que junto en un momento
 Su juventud en senectud convierte.
 La que ya vió nacer el blando aliento
 Del nuevo sol, morir aquesta vida
 Cuando del mar bajaba al hondo asiento;
 Mas bien les ha la suerte concedido
 Si así mueren tan presto, que naciendo,
 Sucedan á su término cumplido.
 Coged las rosas vos que vais perdiendo,
 Mientras la flor y edad, Señora, es nueva,
 Y acordáos que va desfalleciendo
 Vuestro tiempo, y que nunca se renueva.

SONETO CXXXI (19).

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!
 Cuando la no esperada edad forzosa
 Del oro, que aura mueve deleitosa,
 Mude en la blanca plata la fineza,
 Y tiña al rojo lustre con flaqueza
 En la amarilla viola la rosa,
 Y el dulce resplandor de luz hermosa
 Pierda la viva llama y su pureza,
 Dirás, mirando en el cristal luciente
 Otra la imagen tuya: «Este deseo
 ¿Por qué no fué en la flor primera mía?
 »¿Por qué, ya que conozco el mal presente,
 Con esta voluntad con que me veo
 No vuelve la belleza que solía?»

REDONDILLAS (20).

No así en el nuevo verano
 Despoja al prado hermoso
 El vapor mas inhumano
 Del estío caluroso,
 Cuando abrasa el mediodía
 Con el sol, que está inflamado
 En su carrera tardía,
 Y arroja en el mar sagrado
 A la breve noche fría;
 Y el lilio, el color perdido,
 Se desmaya y desfallece,
 Y del verde astil florido
 La dulce rosa perece;
 Como el lustre reluciente
 Que arde en la tierna belleza
 Robar y perder se siente,
 Y deshace su viveza
 Cualquier pequeño accidente.
 Ningun día no llevó
 Despojos de hermosura,
 Y huyendo, nos mostró
 La beldad no estar segura.
 ¿Qué sabio fia en bien vano?
 Goza si el tiempo lo deja;
 Mas ya te apremia liviano,
 Y á la hora que se aleja
 Otra peor va á la mano.

EPIGRAMA (21).

Quando el osado Leandro,
 Olvidado de temor,

(19) Traducido de otro de Tomás Mocenigo, que empieza:

*E sempre á me più disdegnosa e fiera, etc.*Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

(20) Traducción de unos versos de Séneca en el Hipólito, q empiezan:

*Non sic prata novo veré decetia, etc.*Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

(21) Traducido del de Marcial:

*Cum peteret dulces audax Leander amores, etc.*Salió á luz por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Iba por el mar estrecho
A gozar su dulce amor,
Cansado y puesto en peligro
Del mar lleno de furor,
Ya que las hinchadas aguas
Causaban su perdición,
A las ondas que lo siguen
Dijo así el triste amador,
Como si jamás las ondas
Se muevan á compasión:
«Perdonadme mientras llevo
A do dejé el corazón,
Y mostrad en mí á la vuelta
Vuestro impetu y furor.

EPISTOLA (22).

A Cristóbal de las Casas, por su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* (Venecia, 1376).

Bien debe coronarte Febo Ideo,
Casas, la ingeniosa y docta frente
Con las hermosas hojas de Peneo,
Pues tú primero diste á la corriente
Del rey de ríos, Bétis generoso,
Las perlas que Arno y Po en sus ondas siente.

Ya el casto amor y fuego deleitoso
De aquel por quien va Laura con vitoria,
Premio justo de ardor maravilloso,
Y quien dió á Mergilina insigne gloria,
Y aquel grave escritor de Marte airado,
Que de Rugier celebra la memoria,
Y todo el coro á Cintio consagrado,
Que la rica Toscana ha producido,
Igual de Augusto al tiempo afortunado,
Roto el velo de error oscurecido
Con la luz que les das, al claro día
Salen de las tinieblas del olvido.

Grande, pero dichosa, tu osadía,
Que consiguió este fin de una esperanza
Que solo en noble corazón se eria.

Ahora nueva vida Laura alcanza,
Y á tí debe lo mismo que al toscano,
Pues reparas del tiempo la mudanza.

En tanto que hiriere Amor tirano
A su rendida escuadra, y en los ojos
Se viere de quien aman inhumano,
Y por un breve bien largos enojos
Diere en quien mas espera, en su crueza
Trocando y renovando sus despojos,
Deste trabajo tuyo la grandeza
Celebrarás con eterna vida,
Que no sienta del tiempo la dureza.

Y España, á tu memoria agradescida,
Tu nombre cantará perpetuamente
Entre los que la hacen conocida.

Bétis levantará la altiva frente,
De esmeraldas lucientes adornado,
Tu gloria murmurando en su corriente,
Y llevando su curso al mar sagrado,
¡Casas! resonará en el seno Mauro;
Y de allí al ludo extremo dilatado
Irá el nombre en que Delio ilustra el lauro.

TRADUCCION (23).

Corra mi edad callada
Y sin ser de los nobles conocida,
Y cuando así mis años
Sientan los duros daños
De la muerte inclinada,
Viejo, sin nombre, acabaré mi vida
Entre la humilde plebe desvalida.

TRADUCCION (24).

Dime, te ruego, Lidia;
Di por todos los dioses, ¿por qué á Sibáris
Quieres perder, amándote?
Di, ¿por qué ha aborrecido el campo Marcio,
Pues tiene fuerza y ánimo
Para sufrir el polvo y el sol cálido?
¿Por qué entre iguales jóvenes
A caballo no prueba la milicia,
Ni rige con freno áspero
La dura boca del brido de Francia?
¿Por qué se muestra tímido,
Y no toca del Tebro el vaso líquido?
¿Por qué la lucha rígida
Huye mas que la sangre de la víbora,
Y no descubre cárdenos
Los fuertes brazos con las armas hórridas,
Llevando la vitoria
Con disco y dardo que traspase el término?
¿Por qué en grave silencio
Se esconde, como el animoso Tésalo
Poco antes que en Asia
Se destruyese el ilion de Dárdano,
Porque en varonil hábito
No fuese á muerte del troiano ejército?

ELEGIA XVI.

A la muerte del maestro Juan de Malara.

No se entristece tanto cuando pierde
Desnudo el ramo fértil y florido,
Ya sin vigor cortado, el árbol verde,
Cuanto yo viendo suelto y dividido
De la alma el lazo estrecho con la muerte,
Que velo no podrá cubrir de olvido.

¡Oh duro corazón, que en mal tan fuerte
No rompes! ¿Cuándo esperas ablandarte?
¿Después de esta terrible y grave suerte?

De mi alma murió la mayor parte;
Y el cielo, que en mi llanto es buen testigo,
Ve que nunca el dolor de mí se aparte.

¡Oh ejemplo de virtud y caro amigo,
Que en mis entrañas vives juntamente!
Lo mismo que ya fuiste eres conmigo;
Que la fe del amor jamás consiente
Que la muerte consuma con tu vida
La llama que mi pecho ardiendo siente.

Cortóse el paso á la amistad crecida;
Que nuestro dulce trato es acabado,
Y el corazón de amarte no se olvida.

Pensaba yo que el cuerpo desatado
De los nudos de la alma antes viviera
Que yo sin tí esperar solo, apartado.

Al fin pasé esta vida lastimera,
Y la sufrí. ¿Qué aguardo? ¿Por qué al ciclo
No te muestras mi guía verdadera?

Cansado ya, procuro alzar el vuelo
Al lugar glorioso y soberano;
Que al ánimo es pequeño asiento el suelo.

Amor terreno y un deseo vano,
Cuidado y engañosa la esperanza
No me dejan un punto de la mano.
¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza,
Que solo amor celeste en mí respire
Con segura firmeza y confianza?

Divino celo al corazón inspire,
Y le dé tal virtud, que solo sienta
El alto bien que á mortal pecho admire.

No me deje caer en esta afrenta,
Donde me veo en confusion perdidó,
Donde el mal que conozco me atermienta.

Tú, que en el cielo estás esclarecido,
Ruega por mí al Señor de cielo y tierra
Porque no muera en sombra del olvido.

Valga la peligrosa y larga guerra
Que en mi alma se trabó noche y día

(22) No se halla esta epístola en las colecciones de poesías de HERRERA.

(23) De Séneca en el *Thiestes*:

Nullis nota Quiritibus, etc.

(24) De la oda de Horacio:

Lidia, dic per omnes, etc.

Hállanse estas dos poesías en las *Anotaciones á Garcilaso*.

Con quien el paso á bien obrar me cierra.

Después que llevó muerte oscura y fría
De tu mortal cuidado los despojos,
Huyó de mí el contento y la alegría.
Lágrimas abundaron en mis ojos,
Y por tu arrebatado apartamiento
En mí se renovaron los enojos.

El inmortal y claro ayuntamiento
Celebró los troleos de tu gloria,
Y gimió Bétis, lleno de lamento.

Sonó una voz llorosa en tu memoria,
El ingenio y hondad junto acabaron;
Cuando el hado gozó de tu victoria

El valle y alto monte suspiraron,
Y á Híspalis, vestida en negro manto,
Pluvias y ciegas nubes ocuparon.

Contigo pereció el alegre canto,
Y en reliquias del daño doloroso
Quedó grave y quejoso y triste llanto.

Bétis, que al sacro Océano espumoso
Llevaba el son de tu dorada lira,
Altivo y con grandeza glorioso

Mudo en su gruta oscura se retira,
Y en el profundo vaso con gemido
Las tardas ondas discurriendo mira.

De tu canto quedaba suspendido
El español osado y el romano,
Y el francés orgulloso y atrevido.

Por tí el ilustre príncipe tebano
Es mas famoso y vive su memoria,
Que por vencer al bárbaro africano.

Aunque se estime con eterna gloria
Por la fiera de Arabia embravecida,
Mas valor le dará tu noble historia.

Era trueno tu voz; pero tu vida
Claro rayo que puro resplandece
Con llama presurosa y encendida:

Que tu virtud y nombre reflorece
Con perpetua memoria, y sube al cielo
La fama, que con honra tuya crece.

Aunque tú me dejaste en este suelo,
Queda con bios, oh alma venturosa,
Cubierta de purpúreo y rico velo;

Que si mi pena grave y dolorosa
Me da lugar en la pasión que siento,
Yo cantaré su gloria generosa.

En tanto lo que sufre mi lamento
Permite estos llorosos versos míos,
Triste muestra de duro sentimiento:

«Aquí yace sin vida el cuerpo frío
De Malara, que roto el mortal mudo
Donde á Vandalia riega el grande río,
Voló al cielo su espíritu desnudo» (23).

EGLOGA II.

VENATORIA.

A Diana.

De aljaba y arco tú, Diana, armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,

Huye del alto Ladino, desdichada;
Donde tu cazador duérme escondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa

Persigue impetuosa
Al jabali espumoso y enojado,
Que ya otra mas hermosa cazadora

Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de la sierra la braveza,

Te dejara por ella con tristeza.
A Endimion no dejes tú, Diana;
Queda con él, no siga al amor mío,
Tu amor Endimion esté contigo.

En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frío,
Mi dulce cazadora este conmigo.
Este bosque es testigo

Cuántas veces la llamo y busco en vano;
La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante

Cuando espera las fieras en lo llano.
Suspira ella su amor, yo lloro el mío;
Si al monte mira, yo á mi valle y río.

Hermosa cazadora, que has llevado
Del frío bosque mi herido pecho
Con el cabello de oro suelto al viento

Y de flores y rosas coronado,
¿Eres Napea deste valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento

Al jabali sediento
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,

Mas que mortal grandeza,
Descubre á tu Menalio, que te adora.
Tal va Cintia con traje soberano

Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿Qué dios; oh Clearista! te ha ofrecido

A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor; y vista. luego
Te me llevó, dejándome perdido.

Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano ciego
Con mi daño su fuego:

Mas tú, habites el bosque oscuro y prado
O la tendida selva deste río,
Jamás del pecho mío

Se apartará el amor que me ha ahrasado.
El bosque y prado, del amor testigo,
A amante aprenderá tambien conmigo.

O la ligera garza levantando,
Mire al alcon veloce y atrevido,
O espere al jabali cerdosos y fiero,

O la aura entre los árboles gozando;
Con silencio y voz muda en lo escondido
Del pecho solo lloraré primero

El dolor en que muero.
Sin tí el feroz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno y la sabrosa

Caza me es enojosa;
Pues tú me dejas misero y doliente,
Todo me agradará y sera mi gloria

Si vuelves y de mí tienes memoria.
¿Por qué huyes y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,

Y no miras tu amante, que te llama?
Baja de esa fragosa y alta cumbre;
Que, según el ruido grave siento

Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz jabali se ha recogido.

Con el arco en la blanca y tierna mano
Baja; que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido

De mi venablo y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás vitoriosa.

No fies, Clearista, en tu belleza;
Que vendrá el día en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata;

Antes muera que vea tu tristeza.
Mas ¿para qué suspiro, triste, y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?

Si tu dureza mata
A quien te sigue, aquel que te aborrece
¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?

Pero ¿quién no me culpa,
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspense en el amor y en el deseo,

Al fin doy en ciego devaneo.
Mas vos, amores, rojos dulcemente,
Dejad las ondas claras de Citera,

Y á mi niña herid con vuestra llama,
Que su hermosa flor perder no siente
Sin fruto inútil en la edad primera;

Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
Cuando el monte te llama,

(23) No fué esta elegía publicada por Pacheco en su coleccion, sin embargo de conocerla. Púsola en la vida de Juan de Malara, que dejó inédita con otros apuntes de los hechos de ingenios andaluces. En el *Semanario Pintoresco* (2 de febrero de 1843) vió por vez primera la luz esta elegía.

Por el dormido amante, y ya el tormento
 Conoces del amor, si he venerado
 Tus aras y colgado
 Del jabali temible y violento
 La alta frente y del ciervo la ramosa,
 Muéstrate á mis dolores piadosa.
 Si contigo viviera, niña mia,
 En esta selva, tu sutil cabello
 Adornara de rosas y cogiera
 Las frutas varias en el nuevo día,
 Las blancas plumas del gallardo cuello
 De la garza ofreciendo, y te trajera
 De la silvestre fiera
 Los despojos, contigo recostado;
 Y en la sombra cantando tu belleza,
 Y en la verde corteza
 De tu frondosa encina mi cuidado
 Extendiendo, conmigo lo leyeras
 Y sobre mi las flores esparcieras.
 ¡Ah cuántas veces entre aqueste juego
 A tu cuello los brazos rodeara,
 Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
 Cuando mas descuidada de mi fuego
 A tu boca el espíritu burlara,
 Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
 Dulcemente muriendo.
 Esto preciara mas que ver el vuelo
 Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
 Al jabali mas fuerte,
 O alcanzar por el ancho y largo suelo,
 Junto al agua, herido y sin aliento,
 El ciervo que atrás deja el presto viento.
 No dudes, vén conmigo, niña mia;
 Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
 No se muestra á la tuya semejante;
 Mas tengo amor y fuerza y osadía,
 Y tengo parecer de hombre valiente;
 Que al cazador conviene este semblante
 Robusto y arrogante.
 Irémos á la fuente, al dulce frío,
 Y en blando sueño puestos, al ruido
 Del murmurio esparecido
 Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
 Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
 A los faunos haria envidiosos;
 Mas si te agrada ó si te agradas,
 Vén conmigo á esta sombra, do resuena
 La aura en los ciclamoros revestidos
 De yedra, do se vió jamás que entrase
 Alzado el sol con luz ardiente y llena.
 Aquí hay álamos verdes y crecidos
 Y los pobos floridos,
 Y el fresco prado riega la alta fuente
 Con murmurio suave y sosegado;
 Aquí el tiempo templado
 Te convida á huir el sol caliente.
 Vén, Clearista, vén ya, niña mia;
 Este prado te llama y fuente fria (26).

REDONDILLAS (27).

Hermosos ojos, serenos;
 Serenos ojos, hermosos,
 De dulzura y de amor llenos,
 Lisonjeros y engañosos,
 Quien no os ve pierde la vida,
 Y el que os ve halla su muerte;
 Mas quien muere desta suerte
 Cobra la vida perdida.

(26) Hállase esta égloga en la edicion príncipe de las obras de HERRERA. Pacheco no la reimprimió en la que hizo. Despues ha visto de nuevo la luz pública en otras colecciones.

(27) Esta composicion y las dos que siguen fueron impresas por vez primera en la *Revista andaluza*, periódico que por los años de 1840, 1841 y 1842 se publicaba en Sevilla. El erudito don Juan Colon y Colon las sacó del olvido. No honran seguramente la memoria de HERRERA. A no estar publicadas, no ocuparan un lugar en la presente coleccion, caso de que hubieran sido por mí conocidas.

Cuan lo veros merecí,
 Tan contento me hallé
 Con el gozo que sentí,
 Que todo el mundo olvidé;
 Y viendo tanta belleza
 Fué tan grande mi placer,
 Que vivo ya sin mas ver,
 Con extremo de tristeza;
 Porque no consistente Amor
 Que viva sin sus enojos,
 Que es hacer flaco el dolor
 Que nace de vos, mis ojos.
 Soberbio en el pensamiento
 De estar en vuestra memoria,
 Solo me acaba la gloria
 De penar en tal tormento;
 Y con tan alta locura
 Consigo de mi pasión,
 Por favor de mi ventura,
 Lo que no cabe en razon.
 Cuando me aflige el deseo
 Desállezco en mi tormento;
 Mas por una hora que os veo,
 Mil años vivo contento.
 Torno siempre de mi pena
 Al descanso de miraros,
 Y alabo mi suerte buena
 Porque tan bien supe amaros;
 Pero despues que os miré
 Vi un mal que nunca sentí,
 Y troqué el bien que perdí
 Por los males que gané.
 Ojos en cuya blandura
 Nos hace el Amor la guerra,
 Y en dichosa sepultura
 A cuantos os miran cierra,
 ¿Por qué en mi pecho sembrais
 Tan dulce y ciego furor,
 Que no os viendo sin dolor,
 Sin respeto me tratais?
 Poco ó nada me debeis
 En querer yo mis enojos;
 Es fuerza que me haceis
 Cuando me miran mis ojos.
 Adonde quiera que os veo
 Todos mis males olvido,
 Y en vuestra luz encendido
 Llevais cual hado el deseo.

QUINTILLAS.

Vos, que sabeis conocer
 Lo que yo supe entender,
 Podeis bien considerar
 Cuánto mas nuestro en callar
 Lo que me debeis doler.
 Causado ya de la vida,
 Pero nunca del deseo,
 Conmigo solo peleo
 Con la voluntad perdida
 Al dolor en que me veo;
 Y no hallo otro tormento
 En el grave sentimiento
 De mi pasión inmortal,
 Sino abrazar mas mi mal
 Cuando mas crece el tormento.
 Sufro mas penas que puede
 Mi cuidado comportar,
 Y de tanto bien amar
 Solo por dolor me queda
 Padecer sin descansar,
 Por ventura vuestros ojos,
 Hermosa luz celestial,
 En mi dolor desigual
 Pueden solo dar enojos,
 Y no remediar el mal.
 Vuestras manos me acabaron
 Los bienes que en mí hicieron,
 Y aunque ellos me deshicieron,
 Mis deseos me mataron
 Cuando ante vos me trajeron.
 No cabia en mi memoria

Presumir esta vitoria
De ser de vos bien querido;
Nadie fué jamás nacido
Que alcanzase tanta gloria.
Acerté solo en miraros
Cuando mas temia veros,
Para errar siempre en quereros;
Mas, pues yo merecí amaros,
Cómo merecí perderos?

Ninguno sufrió tormento
Que igual sea al que yo siento;
Y en penas siempre mortales,
Ninguno alcanzó mis males,
Ninguno mi sufrimiento.

REDONDILLAS.

Daba por veros un hora
Serena y sin turbación
Los bienes que mi señora
Promete por galardón;
Pero no sufre ventura
Este espacio de alegría,
Porque el bien huye y no dura
En alguna cosa mia.

Confuso y aborrecido,
Medroso y desesperado,
¿Para qué temo el olvido,
Si muero al fin olvidado?

Si la esperanza no falta,
Siempre doblará mi pena;
Que cuanto sube mas alta,
Tanto mas peligro ordena.

Solo me queda presente
De mis bienes la memoria,
Y jamás estará ausente
De mi pecho aquesta gloria.

Amor muestre su dureza
Y encienda su crueldad;
Que ya nunca su aspereza
Mudará mi voluntad;

Que en memoria del tormento
Permiso mi perdición,
Porque igualo el pensamiento
Con mi desesperación.

En tal lugar me levanto,
Que desespero el remedio;
Mas quien piensa y osa tanto,
A su mal no busca medio.

Yo, que de mi sol hermoso
Presumi la pura lumbré,
Atrevido y animoso,
No desmayo en alta cumbre.

Si quiere Amor que del cielo
Encendido baje muerto,
Lugar pequeño es el cielo
Para tanto desconcierto (28).

¿Oh vanidad, don perdido,
Que se conoce engañado!
¿Para qué pretendo y pido
Lo que me ha de ser negado?

Quien no debe esperar bien,
Sus fantasías deshaga;
Que los golpes del desden
No dejan cerrar la llaga.

Mas crean que no porfío
Por la mudanza que viene;
Porque solo el desvario
A la esperanza entretiene;
Y la fuerza del deseo
Me consume de tal suerte,
Que á mis males yo no veo
Otro bien sino la muerte.

SONETO CXXXII.

Ardo. Amor, y no enciende el fuego al hielo,
Y con el hielo no entorpezco al fuego;
Contrasta el muerto hielo al vivo fuego,
Todo soy vivo fuego y muerto hielo.

No tiene el frio polo tanto hielo
Ni ocupa el cerco ideo tanto fuego;
Tan igual es mi pena, que ni el fuego
Me ofende mas, ni menos daña el hielo.

Muero y vivo en la vida y en la muerte,
Y la muerte no acaba ni la vida,
Porque la vida crece con la muerte.

Tú, que puedes hacer la muerte vida,
¿Por qué me tienes vivo en esta muerte?
Por qué me tienes muerto en esta vida?

CXXXIII.

A una obra espiritual que escribió don Luis
Ponce de Leon.

Vuestro canto y aliento excelso y pio
Con armonia dulce así resuena,
Que se le riude el cisne cuando suena
En el corriente vaso del gran rio.

Dichoso vos, á quien no seca el frio,
Mas puro fuego de virtud serena;
Y yo, pues vuestro noble canto ordena
Vida inmortal al nombre humilde mio,

Ya veo transferirse d' Helicon
La cumbre y de Parnaso la ribera
Al asiento de náyades ondoso,
Y que del lauro verde la corona
Os da Bétis, oh gloria de Ribera,
Y del leon mas fuerte y generoso.

CXXXIV (29).

A la muerte de don Luis Ponce de Leon.

Aquí, donde tú yaces sepultado,
Oh gloria de Leon mas excelente,
El valor todo yace de Occidente
Con invidia de Marte derribado.

No culpes la dureza de tu hado,
Qu'en tierra ajena tu dolor consiente,
Pues cuanto ves del austro al oriente
Es sepulcro á los fuertes consagrado.

Será eterna en nosotros tu memoria,
Y puesto en el dorado y alto asiento,
Defenderás mejor tu patrio suelo.

No queda ya á la muerte mayor gloria,
Pero queda igualado el sentimiento,
Tristeza á España y alegría al cielo!

(29) Estos dos sonetos últimos han sido sacados de un manuscrito que se intitula *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, por Francisco Pacheco.

Debo las copias que han servido de original á la bizarría de mi queridísimo amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno.

(23) Los ocho versos anteriores se encuentran repetidos en las redondillas de la página 338.

POESÍAS

DE

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON NICOLAS ANTONIO.

(En su *Biblioteca Nova.*)

«Publicata una cum DON FRANCISCI DE MEDRANO, eximii poetae, variis carminibus.»

DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(En los *Origenes de la poesia castellana.*)

Las poesías líricas de DON FRANCISCO DE MEDRANO, publicadas al fin del poema los *Remedios de amor*, de don Pedro Venegas de Saavedra, son de las mejores de aquel siglo, y se conoce el buen gusto con que se aplicó su autor á imitar la gravedad y juicio de Horacio... La traduccion del *Arte poética* de Horacio, hecha por don Vicente Espinel, es excelente, y se encuentra al fin de sus poesías. Tambien la tradujo en verso castellano don Luis de Zapata, y se publicó en Lisboa, 1592. Fray Luis de Leon tradujo algunas odas, que están con sus demás poesías impresas. Otras muchas se hallan traducidas con singular acierto por DON FRANCISCO MEDRANO entre sus rimas.

POESIAS

DE

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

A Fernando de Soria Galvarro (1).

Sé que allá corre el mundo asaz ligero
Donde, fatal ministro de su muerte,
Pródigamente ponzoñoso vierte
Mas de dulzura el verso lisonjero;
Bien como á infante pues, que sin entero
Seso, el remedio de su mal no advierte,
Beba lo falso y á beber acierte,
Yendo engañado al bien, lo verdadero.
Solo aquel tocó el punto que prudente
Con lo dulce templó lo provechoso,
Y ¿á quién fué Apolo, á quién finé así clemente?
Yo, Soriano, lo intento, codicioso
Del pro comun; tú apruebas que lo intente;
Suceso dén los ciclos venturoso.

II.

A Flora.

Tus ojos, bella Flora, soberanos,
Y la bruñida plata de tu cuello,
Y ese, envidia del oro, tu cabello,
Y el marfil torneado de tus manos,
No fueron, no, los que de tan ufanos
Cnauto unos pensamientos pueden sellar,
Hicieron á los míos, sin querello,
Tan á su gusto victorioso llanar.
Tu alma fué la que venció la mía,
Que espirando con fuerza aventajada
Por ese corporal apto instrumento,
Se lanzó dentro en mí, donde no había
Quien resistiese al vencedor la entrada,
Porque tuve por gloria el vencimiento.

III.

A san Pedro, en una borrasca, viniendo de Roma.

Pescador soberano, en cuyas redes
Los mayores monarcas han estado
Dichosamente presos, y cambiado
En gloria sus prisiones, y en mercedes;
Tú, que abrir y cerrar el cielo puedes
Con poderosa llave á tu ganado,
Y alcázar en la tierra has alcanzado
Con columnas de pórfido y paredes,
Los ojos vuelve al mar enfurecido;
Y pues tal vez osó mojar tu planta
Aun siendo hollado de tu fe animosa,
Su hinchazon rompe, acalla su ruido,
Y enseñado discípulo, levanta
Mi fe y mis piés con mano poderosa.

IV.

En la playa de Barcelona, volviendo de Roma.

Pláceme ver el mar cuando se enoja
Y á montes de agua montes acumula,
Y al experto patron que disimula,
Prudente, su temor, puesto en congoja.
Tambien me place verlo cuando moja
La orilla mala vez, y en leche adula
A quien sus culpas llevan ó su gula
A cortejar cualquier birreta roja.
Turbio me place y pláceme sereno;
Verlo seguro, digo, dende afuera,
Y este medroso ver, y este engañado;
No porque me dé gusto el mal ajeno,
Mas por hallarme libre en la ribera
Y del mar falso asaz desengañado.

ODA PRIMERA.

A don Alonso Santillan, alférez real de los galeones (2).

Santiso, ¿ahora, ahora la riqueza
De los ingas invidias, y guerrero
Ya oprimes con acero
La frente, y con destreza
Juegas ya el hierro fiero?
Fabricas al flamenco é inglés pirata
Cadenas, y amenaza tú estandarte
A aquella oculta parte
Do sediento de plata
Osó penetrar Marte.
Sea, y ufano tus rebeldes huella,
Dellos violento dueño apoderado;
¿Servirte han de su grado
Esclava la doncella
O el mozo aprisionado?
Ardes por oro; bebe, bebe, y tanto
El avaro, y mas que Atalo poseas;
Poder matar no crea
Su sed. ¿fáltale, oh, cuánto
A quien mucho desea!
Bien posible será volver el rio
Que de altas cumbres viene despeñado
A sus fuentes de grado,
Verse helado el estío,
Y el invierno abrasado,
Cuando tú aquellas con razon divinas
Letras del Aristótil que estimaste
Ya, y Sédulo aquistaste,
¿En cuales disciplinas
Mal constante trocaste!
La ciencia noble en mercantil cuidado,
Y la que sobre todas alabanzas
Toga modesta, en lanzas,
Habiendo de ti dado
Tan otras esperanzas.

(1) Este soneto es como prefacio y dedicacion de los demás. Así se lee en el libro original de MEDRANO.

(2) Imitacion de la oda xxix del libro primero de Horacio: *Idi, beatis nunc*, en que se reprende á Iccio por su mudanza de filósofo en soldado por la codicia.

II.

A fray Pedro Maldonado, por la constancia.

Firmio constante á las dificultades
El pecho ofrece, y ciérralo prudente
Al orgullo insolente
En las prosperidades.

Ya te embista el dolor, ya la alegría,
Atrás se vuelvan sin hacerte ofensa,
Y sabio recompensa
Uno con otro día.

Vive despacio, olvida cuerdate
Lo pasado, no temas lo futuro;
Mas con seso maduro
Goza del bien presente;
Que todo es humo y sombra y desaparece;
Dejará Eutropio sus preciosos lares,
Sus rentas, sus lugares
Y cuanto lo envanece

Dejará, y del tesoro amontonado
Con afán gozará cual heredero;
Que no acata el dinero
Ni á la privanza el hado.

Todos serémos, todos, cuán temprana
Victima de la muerte. ¿Qué cansamos
La vida? Hoy, hoy vivamos;
Que nadie vió á mañana.

III.

A N., hermosa y astuta dama de Sevilla (3).

Si pena alguna, Lamia, te alcanzara
Por cada voto que perjura quebras;
Si al menos una de tus rubias hebras
En cana se trocara,

Creyérate; mas luego que engañosa
La fe rompes debida al juramento,
Tú, de la juventud comun tormento,
Despiertas mas hermosa.

Falta pues, Lamia bella, al siglo honrado
De tu difunta madre sin recelo;
Falta á tu vida mesma, falta al cielo
La fe que les has dado;

Pues de ver cuánto número confie
De mozos en tus juras, y que artera
Burlas al mas atento que te espera,
Todo el cielo se rie.

Mas ¿qué? la juventud para ti crece
Toda, creciento nuevos servidores,
Y de los que hoy desprecias amadores
Ninguno te aborrece.

De ti la madre teme á su querido
Hijo, teme de ti el viejo avariento,
Teme la esposa que tu dulce aliento
Detenga á su marido.

SONETO V.

Vine y vi, y sujetóme la hermosura
De un serafín que en apariencia humana
A los mortales ojos tal se allana,
Que aunque flacos, sostengan su luz pura.

Así mirarse deja con segura
Vista el temprano sol de la mañana,
Y entre nubes de nieve, tinta en grana,
Permite á nuestra vista su figura.

Vencióme, y tan dichoso fui vencido
Cuanto sin tiempo de gozarme en sello,
Porque me priva ausencia de gozallo;

Que de muy sin ventura siempre ha sido
Llegar al bien, y vello ya y tocalle,
Y para mas dolor luego perdello.

VI.

Al licenciado Cristóbal de Mesa, en su poema
de la *Restauracion de España*.

Hizo astillas el yugo, y la coyunda
Afrentosa rompió con que oprimida

Se vió España, y la espada no vencida
Que imperio nuevo al gran Pelayo fundó.

Tanto malgrado el tiempo con profunda
Invidia olvida gloria tan crecida,
Y á los ojos del sol y á nueva vida
Hoy la ofrece tu pluma sin segunda.

A aquella la morisina infame muerta,
A esta el olvido bárbaro vencido,
Y á una y otra su gloria debe España.

Mas, si una de los moros la liberta,
Y si otra la liberta del olvido,
¿Cuál hace de las dos mayor hazaña?

VII.

Estaba de mi edad en el florido
Abril, que fruto asaz me prometía,
Y de mi Flora en el regazo un día
Vi reposar al niño Amor dormido.

Las alas que tan alto lo han subido,
Por no bajar, abandonado había:
Yo, que de celos y de invidia ardía,
Tenté con ellas usurparle el nido.

Volar tenté; mas, de la luz medroso
De tus soles, ¡oh Flora! mudé intento,
Con el fracaso de Icaro avisado;

Que es mal valor tal vez ser temeroso,
Y no siempre fortuna da al osado
Favor, ni quiere el gusto ser violento.

VIII.

Borde Tórmes de perlas sus orillas
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
Hurte para adornarlas, á la aurora
Las rosas que arrebolan sus mejillas.

Viertan las turquesadas maravillas
Y junquillos dorados que atesora
La rica gruta, donde el viejo mora,
Sus driadras en cándidas cestillas,

Para que pise Margarita ufana,
Tierra y agua llenando de favores;
Mas si uno y otro mira con desvío.

Ni las ninfas de Tórmes viertan flores,
Ni rosas hurte Flora á la mañana,
Ni su orilla de perlas borde el río.

ODA IV.

A Felipe III, entrando en Salamanca.

Ilustre joven, cuya rubia frente
En edad tan dichosa el oro ciñe,
Cuya diestra ya rige el cetro justo,
Ya del venablo vengativo tiñe
Los aceros en púrpura caliente
Del fiero jabalí, del oso adusto,
Entra gozoso, cual tu padre augusto,
En pacífica toga, alegre mira
De la ciudad vistosa el rico adorno,
La turba que te adora y ciñe en torno,
Cuál pasma, cuál te aclama, cuál se admira.
Manso escucha la lira,
Goza en julio del mayo que te ofrece
Tierra que huellas de tus piés merece.

Y si bien la florida adolescencia
Tus mejillas, adulta, apenas cubre,
Y en ellas vierte sus primeras flores,
Y aun están lejos del lluvioso octubre
Los frutos que madura la experiencia,
Pues los da el seso y el valor mejores,
Entre estos gustos que cual ruseñores
Las memorias aduermen y cuidados,
Prudente advierte ¡oh sin igual monarca!
Que cuanto el uno y otro mundo abarca,
Cuanto atalayan dellos las dos osas
Que el mar huyen medrosas,
Tanto en este sustentas y aquel hombro,
Siendo envidia á la tierra, al cielo asombro.

Aplica, Señor, pues sabio el oído,
Y en él retumbaran los atambores
Del inconstante galo é inglés pirata;
Tiende la vista pródigo, y de flores

Mira el aire sutil enriquecido,
Que las despliega blando y las dilata.
Mira en el golfo de crespada plata
Mil portátiles torres fabricadas,
Y en la campaña joves mil valientes,
Escupiendo de sí rayos ardientes,
Cuerpos de acero y almas de ira armadas,
Con la muerte aliadas,
En una voz y en un conforme hipo
De oscurecer el nombre de Filipo.
Alienta, alienta tu nativo instinto,
Generoso leon, y con la cola,
Que atrás de mil bazañas vas dejando,
Azota tu coraje, pues no es sola
La sangre de un invicto Carlos Quinto,
De un Juan y de un Alfonso y de un Fernando
La que en tus venas arma está tocando;
Mas la de una Isabela y otras mujeres
Que á sus piés derribaron con la rueca
El orgullo del ídolo de Meca.
Y con sus vestes, Galia y sus haberes
Temió sus alfileres,
Del capitán francés glorioso ultraje,
Y gloria eterna de tu real linaje.

Pongaya al malo horror, dé audacia al bueno
Ver que tu justa indignacion se enoja;
Desciña el oro y el acero oprima,
Nuevo David, esa melena roja;
Sienta España la espuela, sienta el freno
Quien desbocado no te sufre encima,
Y esa diestra, Señor, tal vez esgrima
Contra cien mil estoques una espada,
Tal una lanza oponga á cien mil dardos,
Y tal vez de tus jóvenes gallardos
Con el baston gobierne respetada
La poderosa armada,
Hasta que el galo y el inglés molesto
Rindan al yugo tuyo el cuello enhiesto.
Del hispano atambor rimbombe el parche,
Y al aire asorde tu sonora trompa;
El acero luciente al sol deslumbre,
Tu armada la salobre plata rompa,
Mientras que por la tierra el campo marche
Vitorioso, cual tiene de costumbre.
Suspire en afrentosa sendumbra
El pueblo que en desprecio del halago
Su castigo imprudente solicita;
Con muda lengua adore y fe marchita
Al vencedor pendon de Santiago,
Que desde el aire vago
Escupirá de rayos un diluvio
Contra el fiero britano y franco rubio.

Que pues ni en fe ni en religion ni en celo
Era mayor Teodosio, y la perfidia
De tus émulos lleva delantera
A los suyos, mal grado de la envidia,
Espera venturoso ver el cielo
Conducido, Señor, á tu bandera,
Militando por tí en escuadra fiera
La piedra, el huracán, la nube oscura,
Rayos, truenos, relámpagos, dragones,
Y otras cien mil aéreas impresiones,
Si ya con luces solas de fe pura
(Pues la insignia en tí dura
Del vellocino), cual Gedeon celoso,
Vencedor no salieres milagroso.

Verás risueño entonces sus banderas;
Prosperes el cielo agüeros tan felices,
Besar la tierra humildes por ejemplo,
Arrastradas sus naves infelices
A horro por tus ágiles galeras,
Y de su gran despojo ornado el templo.
Mil tablas luego y piedras mil contemplo,
Eternizados tus trofeos en ellas
Por pompa deste siglo y por invidia
Del pincel y buril de Ceuci y Fidia;
Y subir de tí, asida á las estrellas,
La fama, y colgar dellas
Tu nombre, aunque Tercero, sin segundo,
Para favor y emulacion del mundo.

Cancion, si hallas lugar entre los cisnes
Que el Tórnes rompen, y entre sus espumas,

Vueltas para mejor pulirse en ojos,
Piés ostentan y picos de oro rojos
Y de cándida plata blancas plumas,
De altiva no presumas;
Pasa entre las demás llana y sin ceño,
Cual se precia de ser tu humilde dueño.

SONETO IX.

Al mismo, entrando en las escuelas de Salamanca:

Soberano Señor, cuyo semblante
Tal vez nos representa á Marte crudo
Con el estoque vengador desnudo
Y la túnica estrecha de diamante,
Tal nos pone pacífico delante
Preso el cabello con curioso ñudo
De lauro, y con un libro por escudo,
No menos sabio á Apolo que elegante.
Honra ahora las letras, y con ellas,
Emulo de tu padre y de sus leyes,
Da á la paz el dominio de tu tierra.
De tu abuelo despues sigue las huellas,
Pues igualmente es propio de los reyes
Amar la paz y ejercitar la guerra.

X.

A Fernando de Soria Galvarro.

Vos ¡oh comun Señor! esta criatura
Vuestra hiciste del polvo, y vuestro aliento
Le prestó ser y vida y movimiento,
Y la razon derecha y la figura.
Yo ciego, y, como ciego, la dulzura
Seguí, de un breve y falso bien sediento
(¿Qué útil pudo al polvo traer el viento?),
Y olvidéos, fuente llena y siempre pura.
¡Oh agravio sin igual! ¿Qué recompensa
Dar puedo, si aun me duelo escasamente,
Y otra repito luego y otra ofensa?
Largádmelas, Señor: que si las sañas
Guardais vos, un tan franco y tan paciente
Dios, ¿en quién habrá fáciles entrañas?

ODA V.

A Luis Ferri, entrando el invierno (4).

Ves, Fabio, ya de nieve coronados
Los montes, ves el soto ya desnudo,,
Y con el hielo agudo
Los arroyos parados.
Llégate al fuego, y quitame delante
Esos leños mayores. ¡Oh qué brasa!
¡Y qué á sabor las asa
Nise y el Alicante!
¿Qué tales? Come bien, que están suaves
Las batatas, y bebe alegremente;
Que no serás prudente
Si necio ser no sabes.
Remite á Dios, remite, otros cuidados;
Que él sabe y puede encarcelar los vientos
Cuando mas turbulentos
Los mares traen hinchados.

Huye saber lo que será mañana;
Salga la luz templada ó salga fria,
Tú no pierdas el día,
No, que jamás se gauda.

Y mientras no con rigorosas nieves
Tu edad marchita el tiempo y tus verdores,
Coge de tus amores,
Coge, las rosas breves.
Ahora da lugar la noche oscura
Y larga al instrumento bien templado,
Y al requiebro aplazado
Ocasión da segura.

Baja á la puerta, de su madre en vano
Guardada, con pie sordo la doncella,
Y por debajo della
Te deja asir la mano.

(4) Es imitacion de la oda de Horacio á Taliarco, libro primero
oda ix: *Vides ut alta stet nive candidum.*

«Suelto (risueña), que esperar no puedo»,
Dice, y turbada, «Suelto, no me ofenda.»
Quitarle has tú la preuda
Del mal rebelde dedo.

VI.

Al licenciado Antonio Rosel (3).

Mas dulcemente vivirás, Licino,
Si ni continuo el golfo sulcar osas,
Ni huyéndolo, á las costas peligrosas
Animas tu camino;
Quien quier que ama el mediano rico estado
Seguro, ni la choza le envilece,
Y templado, del rey no le envanece
El palacio envidiado.

Mas veces bate el viento los crecidos
Pinos, y caen mas presta y gravemente
Las altas torres, hiere el rayo ardiente
Los montes mas erguidos.

Espera en el dolor, en la alegría
Teme el ánimo bien disciplinado
Otra suerte; que el cielo, un día nublado,
Serénase otro día.

No porque vaya mal hoy, adelante
Irás así; Apolo mismo tal vez usa
Del arco y de la flecha y de la musa,
Tal vez y del discante.

Fuerte en los casos arduos y alentado,
Te muestra sabio él mismo; en la serena
Bonanza amainarás la vela, llena
Del favor demasiado.

SONETO XI.

Veré al tiempo tomar de tí, Señora,
Por mi venganza, hurtando tu hermosura;
Veré el cabello vuelto en nieve pura,
Que el arte y juventud encrespa y dora.

Y en vez de rosas, en que tiene ahora
Tus mejillas la edad ¡ay! mal segura,
Lilios sucederán en la madura,
Que el pesar quiten y la envidia á Flora.

Mas, cuando á tu belleza el tiempo ciego
Los filos embotare, y el aliento
A tu boca hurtare soberana,

Bullir verás mi herida, arder el fuego
Que ni mueve la llama, calmo el viento,
Ni la herida, embotado el hielro, sana.

XII.

A Fernando de Soria Galvarro.

En el secreto de la noche suelo,
Sorino, contemplar las luces bellas,
Y mudo platicar así con ellas,
Porque invidioso no me estorbe el suelo:

«Ya, ya, soberbios astros, vuestro cielo
Flora pisa inmortal con firmes huellas:
Ya, eternamente hermosa, pisa estrellas;
Y ¡cuál sin ella yo! mas cese el duelo.

«Tú fuiste, Flora, y vos, que la robaste,
Divinas luces, para mi inhumanas,
Pues solo y vida y seso me dejastes.

«Mas, porque tú no toda mueras, Flora,
Ni en las miserias vivas toda humanas,
Viva yo y pene, y tú los cielos mora.»

XIII.

Ya sentí de la muerte el postrer hielo
Correr á largo paso por mis venas,
Y dos nubes, de angustia y rabia llenas,
Un mar dende mis ojos dar al suelo,
Cuando, así ardiendo en compasivo celo,
A Flora vi turbar sus dos serenas
Luces, por no aliviar solo mis penas,
Mas pudo en el abismo abrirme un cielo.

«Vete, me dijo triste, y si el camino
Así te es grave, pide á tu deseo
Alas para volver, y á mi esperanza.»

Dichoso mal, que alcanza tan divino
Remedio; amable infierno, donde vco,
No ya por fe, mi bienaventuranza.

XIV.

Suelta la carta y brújula el piloto,
Causado de luchar con agua y viento;
Azota de la nave el mar hambriento
Este costado abierto y aquel roto.

Del impio marinero, ya devoto,
Envuelto en voces sube el sentimiento
Al cielo, que desprecia mal contento
Del pasajero humilde el casto voto.

Embiste el casco en un escollo duro,
Y al mas dichoso, en una tabla asido,
Escupe el mar en las arenas muerto.

Yo lucho con la ausencia y sostenido
De mi esperanza, ¿llegaré seguro,
Flora, á tus ojos? Muera yo en tal puerto.

ODA VII.

A don Juan de Argüjo, veinticuatro de Sevilla.

Tú escribesh, otro Pindaro, otro Homero,
Aquellos, ó deidades celestiales,
O héroes milagrosos,
Que en pacífica toga ó en acero
Sangriento, ya praderentes, ya espantosos,
Tus inmortales versos
Con hechos merecieron gloriosos.

Nosotros, oh don Juan, abrir el labio
Cantando el singular valor de Alcides,
El mal sano de Elena

Robo y fuego, la astucia de algun sabio
Gran dictador, la cueva inmensa llena
De Curcio, ó á Tídides,
De sus deidades par, con flaca avena.

Pequeños, tanto acometer no osamos,
Ni las á ti debidas alabanzas;
Que entre los inmortales

Héroes luz desta edad te saludamos.
Tú, don Juan, tú á tamaña alteza iguales
Versos único alcanzas,
Debido ya á las mentes celestiales.

¿Quién dinamente escribe á Marte fiero
En malla luminoso de diamante,
O al mozo aventurado

Breve dueño del orbe, ó ya severo
A Júpiter tonando, quebrantado
El orgullo arrogante

De quien turbar la paz del cielo ha osado?

Nosotros, si ayer algo conferimos
Con amigos, si el tiempo nos provoca
Con calores terribles,

Honestamente ociosos escribimos
Fáciles mesas, sombras apacibles,
Y tal vez, si nos toca
Humano ardor, no torpes ni insensibles.

VIII (6).

¿Qué pide al cielo el bien disciplinado
Filósofo? De Crespo no el tesoro
Ni de Midas el oro

Ni de Augusto el estado,

Ni el trigo que Sicilia fértil siega,
Ni las vacadas de Calabria gruesas,
Ni las anchas dehesas

Que el Guadalquivir riega.

Poden aquellos á quien dió fortuna

Viña, y la plata con primor labrada

Sirva al que estima en nada

El golfo y lo importuna,

Y sulca tres y mas veces sin pena,

(3) Imitación de la oda x del libro 2.º de Horacio á Licinio Murena: *Rectius vives, Licine, neque altum*, en que se aconseja mediana igualdad de ánimo en la próspera y adversa fortuna.

(6) Imitación de la oda xxxi del libro primero de Horacio: *Quid dedicatum poscit Apollinem*. Pide el poeta á Apolo, no riquezas, sino vida ocupada en placeres inocentes, con salud y juicio.

Caro á los cielos mismos; yo, contento
 Con poco, el mar violento
 Veré dende la arena,
 Y al cielo pediré sola una honesta
 Y mediana fortuna con buen seso,
 Una vez de peso,
 Ni á mí ni á otro molesta.

IX (7).

Si las vertientes últimas hebias
 Del Tánais, oh Amaranta, y de un molesto
 Y bárbaro marido esposa fueras,
 De mí en tu puerta, opuesto
 Al cierzo, te dolieras.

¿Oyes con qué ruido entre la puerta
 Y entre los cidros del jardín rebrama
 El viento que furioso te despierta,
 Y sereno derrama
 El cielo escarcha yerta?

La altivez deja, odiosa en las mujeres;
 Teme no vuelva atrás de los favores
 La rueda, y pues Penélope no eres,
 No así á tus pretensores
 Difícil perseveres.

¡Oh! aunque ni las dádivas ni el ruego
 Doblarle puedan, ni la ansiosa pena
 De los amantes, ni saber que el fuego
 De la hermosa Filena
 Arde á tu esposo ciego,

Duélaste deste humilde tu rendido,
 No ya igual á los duros pedernales,
 Pues no así siempre ser podré sufrido
 De tus duros umbrales
 Y del hielo crecido.

SONETO XV.

De Fernando de Soria Galvarro al autor, al cual pidió que en el mismo argumento escribiese otro en concurrencia.

Flavio, ¿qué? ¿Admiras ver mal detenida
 Alguna rara lágrima, ó amante
 Que mucho tiempo ardió, trocar semblante
 Alguna vez y fastidiar la vida?
 ¿Por qué ries la historia aborrecida
 De mi amor infeliz, cuando delante
 De la ocasion me juzgas inconstante,
 Y ves que vierte sangre la herida?
 ¿Pienzas que amamos? No; mas del pasado
 Ardor centellas son, y del violento
 Fuego humo ó cenizas que han quedado.
 Así verás despues que calmó el viento,
 El golfo, con las olas agitado,
 Conservar luego espacio el movimiento.

XVI.

Escrito del autor en el mismo argumento.

¿Qué ansias, Flavio, son estas? Qué montones
 De fatigas me embisten desiguales?
 O ¿cómo eterno juzgarás mis males
 De este aparato inmenso de pasiones?
 Pues, Flavio, no amo, no, que á sinrazones
 Mi amor calmó; tú cuántas piensa y cuáles,
 Pues de lo que fué aun restan las señales,
 Estas que grandes ves alteraciones.
 Así por dicha viste enfurecidos
 Los mares, ya del ábrego violento
 Estremecer la tierra con bramidos;
 Y en las olas, despues que calmó el viento,
 Batiendo unas con otras los quejidos,
 Luego espacio durar y el movimiento.

XVII.

Al sepulcro de don Rodrigo de Castro, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Mientras que la alma con seguras huellas,
 En diadema de luz vuelto el capelo,
 Del mundo desdeñosa, pisa el cielo,
 Y al sol da luz, invidia á las estrellas,

Tú, helada piedra, en competencia de ellas
 El cuerpo guarda, que inmortal, del suelo,
 Nueva fénix hermosa, alzará el vuelo,
 De luz cubierto en vez de plumas bellas.

El Tíbre y Bétis, ambos invidiosos,
 Te acatarán por el sin par tesoro
 Que á su pesar, una felice, adquieres.

Los astros, influyendo en ti amorosos,
 Te ofrendarán por trigo granos de oro,
 Neptano perlas, y guirnaldas Céres.

XVIII.

Al mismo sepulcro.

Recibe, oh mármol sacro, unos despojos,
 Con quien del cielo y tierra en uno tienes
 La esperanza de aquel, de esta los bienes,
 Y de uno y otro en tu favor los ojos.

No por las perlas y topacios rojos,
 De las manos adorno y de las sienas,
 Que al cielo usurpas provído en rehenes,
 Breve consuelo á así justos enojos,

Mas por los polvos que ambicioso espera
 Para crecer el cielo su riqueza,
 Despojando tus senos de alabastro;
 Por quienes hoy el mundo en ti venera
 Los elemos puros de nobleza,
 Osorio, Andrade, Portugal y Castro.

ODA X.

Voto por el viaje de don Alonso Santillan (8).

Así de Cipro la valiente diosa,
 Así los dos hermanos
 De Elena, estrellas claras, luz piadosa
 Te den, y los tiranos

Vientos en cárcel, céfiro templado
 Te ponga al mar sosiego.
 ¡Oh nave á quien Santiso va fiado,
 Que lo vuelvas te ruego,

Cuanto lo espera salvo su llorosa
 Patria, y de bien cumplido,
 Y mi media alma guardes cuidadosa
 Del mar enfurecido!

Con tres hojas mal sano armó de accro
 Su pecho codicioso
 Quien de una frágil tabla fió el primero
 Su vida al mar furioso,

Sin recelar que el Africo violento
 Airado contrastase
 Con el fiero Aquilon, y el turbulento
 Noto el mar ensañase.

¿Qué linaje temió de muerte cruda
 Quien con ojos enjutos
 Vió los escollos vertos, la Bermuda
 Y los caimanes brutos?

Si porque Dios prudente dividia,
 Cuando zanjaba el mundo,
 De la Europa la América, y ponía
 Por muro el mar profundo;

Si los bajeles impios, despreciando
 Los acuerdos divinos,
 El mar como la tierra van rayando
 Con sendas y caminos,

Mal usada á sufrir la gente humana
 Todo mal, lo vedado
 Ciega apetece, y la fatal manzana
 Probó aquel mal osado

Primer hombre; tras ella los ardores
 De las fiebres y el resto
 Entró al mundo de penas y dolores,
 Y el vivir fué molesto.

Y la que de nos léjos había estado,
 Horrible muerte esquivo,
 Se avecinó con paso acelerado,
 Y es siempre intempestiva.

Dédalo osó romper, dicen, el viento

(7) Es imitación de la oda x del libro 3.º de Horacio: *Extremum Tanaim si biberes, Lyce.*

(8) Es imitación de la oda de Horacio á Virgilio cuando este se encaminaba á Atenas. Libro primero, oda 11: *Sic te diva potens Cypri.*

Con ambicioso vuelo,
Negado al hombre, y escalar violento
Tentó Nembrot el cielo.

Nada difícil es á los mortales,
¿Qué no montes hollamos?
Y á Dios, de furias llenos infernales,
Mal enojar osamos.

Y nuestra vida torpe no consiente
Con vicios portentosos
Que deponga su diestra omnipotente
Los rayos espantosos.

XI (9).

El entero varon, de culpas puro,
Por do quiera sin flecha enherbolada
Y sin arco, Sabino, y sin cargada
Aljaba irá seguro,

Ora atraviése páramos desiertos,
De humanas plantas no jamás hollados,
Ora cerradas breñas ó empinados
Y mal seguros puertos.

Tal vez pasé con religioso antojo
De ver el gran pastor que el Vaticano
Mora, los montes donde el africano
Caudillo perdió un ojo;

Y de Flora cantando la belleza,
Sin armas, con que dél me defendiera,
Huyó un lobo de mí, que mayor fiera
No vió naturaleza.

Véame pues en la region ardiente,
Negra y estéril, con eterno estio;
Véame en la que siempre abrasa el frio,
Y al sol no ve luciente;

Que en cuanto el cielo vueltas multiplica
Para que el sol al mundo luz envíe
Amaré á Flora, la que dulce rie,
La que dulce platica.

SONETO XIX.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

Aquella sola, Flavio, suerte una
Justamente es del sabio suspirada,
Que ni falta en lo azaz ni sobra en nada,
Limitada igualmente y no importuna.

Quiero, á fuer de la toga, la fortuna
Limpia, de mi medida y concertada,
Ni con grandeza pródiga sobrada
Ni corta y miserablemente ayuna.

Llegue á los piés al tanto que ceñida
No bese el suelo, no, la toga, y sea
Tal mi suerte, que sirva y luzca toda.

No, Flavio, no la quiero desceñida
Ni arrastre, no; que el desaliño afea,
Y no honra lo que arrastra, sino enloda.

XX.

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

El cielo experimenta aquel propicio
A quien lo azaz da Dios con parca mano,
Fortuna honesta, y seso y cuerpo sano,
De los extremos léjos y del vicio.

No envidies, no, mal pródigo, Salicio,
En el que ves espléndido tirano,
De la humana grandeza el humo vano,
Y un mundo y otro atento á su servicio.

Cuando Guadalquivir con avenida
Soberbia hinchado sobre sus riberas,
Lánzase al mar con mas veloz corrida,

Bien así las que ves perecederas
Glorias, tarde aquisitadas, desta vida,
Cuando mas crecen, huyen mas ligeras.

XXI.

Esta que te consagro fresca rosa,
Primicia, Galatina, del verano,

Haya virtud, tocándola tu mano,
De hablarte muda así, tirana hermosa:

«Esa faz, esa misma que invidiosa

Vió la mañana y admiró el temprano

Sol, con desprecio la verá y ufano

El hesperio ya mustia y mentirosa.

»Yo nací hoy tal, que á emulacion del dia

Robé los ojos; ya no soy cual era;

Que la belleza es breve tiranía.»

Y tú ¡av! dirás: «¡Oh nunca hermosa fuera

Si así de breve marchitarme habia

Para mas llorar siempre que me viera!»

XXII.

El rubi de tu boca me rendiera,

A no me haber tu bello pié rendido;

Hubiéranme tus manos ya prendido,

Si preso tu cabello no me hubiera.

Los del cielo por arcos conociera,

Si tus ojos no hubiera conocido;

Fuera su polo norte á mi sentido,

Si la luz de tus ojos no lo fuera.

Así le plugo al cielo señalarte,

Que no ya solo al norte y arco bello

Tus cejas venzan y ojos soberanos;

Mas, queriendo á tí misma aventajarte,

Tu pié la fuerza usurpa, y tu cabello

A tu boca, Amarili, y á tus manos.

ODA XII.

Ya, ya, y fiera y hermosa

Madre de los amores, quebrantado

Desamparé tu enseña, y tú, invidiosa,

A mí. ¿Tú á mí malsano, y derramado?

¿Qué te podré yo ser? Al vulgo vano

Risa y silbo afrentoso;

Al sabio ¡oh cuánto espanto! y al piadoso,

¡Cuál fábula al profano!

Del venusto semblante

La ya florida tez huyó marchita,

Y el pelo que en la frente alzó arrogante

Cresta, desnudo otonño lo ejercita.

Ni contender con el rival podria,

Ni esperar vanamente

Crédulo amor reciproco en la ardiente

Llama sabrosa mía.

Puedo apenas sufrirme

Ínutil carga, y ¿burlas ¡oh hermosa!

O provocarme seria? Y ¿conducirme

A tu milicia esperas, peligrosa?

Su Cipro ¡ay! Vénus ha desamparado,

Y en fuego convertida

Y en belleza (ya tal se mostró en Ida),

Toda en mí se ha lanzado.

Ardenme aquellos ojos

Negros de la Amarili, que serenos

Roban el sol; aquellos sus enojos

Ardenme, de sal mas que de ira llenos;

Su dulcemente acerba rebeldia,

Y de su negro pelo

El oro, el fuego. Arabia y Mongibelo

¿Tal fuego, oro tal cria?

¿Quién trocará prudente

Por cuanto el Inga atesoró, el cabello

De Amarili, y por todo el rico Oriente

Cuando ella tuerce? ¡Oh cómo hermosa, el cuello

A mis ardientes besos, y rogada,

Con saña fácil niega

Lo que ella mas que el mismo que le ruega

Dar quisiera robada!

XIII (10).

Allicenciado Francisco Flores, capellan de los Reyes Nuevos
de Toledo.

No tiene lustre alguno la ocultada

Plata en las avarientas venas, Floro,

(10) Imitacion de la oda II del libro 2.º, de Horacio, á Cayo Crispo Salustio, nieto del famoso historiador del mismo nombre. Prueba que el buen uso de las riquezas y la templanza hacen al hombre dichoso: *Nullus argento color est avaris.*

(9) Imitation de Horacio, oda xxii del libro primero, á Aristio Fusco, sobre que la inocencia de vida en todo lugar está segura: *Integer vitae scelerisque purus.*

De la tierra, y estimo en nada el oro,
Que me sirve de nada.

Vivirá de Alejandro glorioso,
Pese á la invidia, el apellido cuanto
Rodare el sol, no por valiente tanto,
Cuanto por dadivoso.

Y reinarás mas luenga y noblemente
Si tu ambicioso corazon rindieres
Que si cuanto ve el sol oriente adquieres,
Y ve el sol occidente.

No será que el hidrópico remita
La sed, si mal de sí compadecido,
Mas bebe y mas; pero si bien sufrido,
La causa della quita,

Vencerla ha; y solo es rey el que desea
Nada, con lo que tiene satisfecho;
No aquel, no, á quien codicia rompe el pecho,
Bien que un mundo posea.

Entre las aves al imperio aspira,
No por herencia ó sangre, la que osada
A su valor, con vista no turbada
Al sol derecha mira;

Y á aquel solo varon uno es debido
El cetro, yo juez, que mira, Floro,
Y sufrir osa el resplandor del oro
Con ojo no torcido.

SONETO XXIII.

A don Alonso de Santillan, que se embarcaba en los galeones
de la armada de las Indias.

Tú sulcas ¡oh Santiso! el mar furioso,
Y de este sol huyendo la tardanza,
Te avecinas al otro en esperanza
Del hado, que te aguarda mas piadoso;

Y sabio el rostro opones y animoso
A una y otra fortuna sin mudanza;
Uno te ve y te admira la bonanza,
Y uno el Euro mas turbio y proceloso.

Yo quedo en tierra firme y mal constante;
De dolor embestido y de alegría,
Altero por momentos el semblante;
Mas si un mar brama dentro en la alma mia,
No fuera, no, cual tú lo ves delante.
Júpiter ¿cuántas formas mudaría?

XXIV.

Mustia la vid, de aquella y de esta vara
Llora el robo, y del fruto que le espera
Mal cierta, á la hoz culpa. ¡Oh si supiera,
Oh cómo si supiera no llorara!

El rústico novel con mano avara
Fia á la tierra en breve sementera
El grano, de cogerlo en fértil era
Medroso; el bien esperto ¡oh cómo osara!

El otoño enriquece, y el estío
Corona al uno y otro de racimos
Y de espigas los senos y las sienas.

Sufre y osa, varon corazon mio;
Que á la paciencia y á la audacia vimos
Ricas y coronadas de mil bienes.

XXV.

A don Gutierre de Ocampo.

Cuanta la tierra es toda comparada
Con el inmenso cóncavo del cielo
Un punto breve, y deste punto el hielo
Dos partes y una el sol tiene abrasada,

De otras que restan dos, que está ocupada
De tierra con los mares, ¡qué de suelo
Yermo está por inútil, oh Marcelo!
Y á nos un quinto resta deste nada.

Sobre él naciones tantas á porfia
Sangrientas, y sin fin se mueven guerra
(Durarles ha su posesion, ¿qué día?);

Mas, pues tal es, y á éstos llaman bienes,
En el quinto de un punto, que es la tierra,
Para te envanecer ¿qué parte tienes?

XXVI.

A las ruinas de Itálica, que ahora llaman Sevilla la Vieja,
junto de las cuales está su heredamiento Mirar-Bueno.

Estos de pan llevar campos ahora,
Fueron un tiempo Itálica, este llano
Fué templo; aquí á Teodosio, allí á Trajano
Puso estatuas su patria vencedora.

En este cerco fueron Lania y Flora
Llama y admiracion del vulgo vano;
En este cerco el luchador profano
Del aplauso esperó la voz sonora.

¡Cómo feneció todo! ¡ay! Mas seguras,
A pesar de fortuna y tiempo, vemos
Estas y aquellas piedras combatidas;
Mas, si vencen la edad y los extremos
Del mal piedras calladas y sufridas,
Suframos, Amarilis, y calleinos.

ODA XIV (11).

¡Huyó la nieve, y árboles y prados
De hoja y grama se visten;
La tierra se reveza, y amenguados
Los rios, no la embisten.

El año te amonesta que no esperes
Bienes aquí inmortales;
Y el día, que arrebató los placeres
Y gustos no cabales,

Amansa del invierno verto el frio
Con favonios templados,
Y el verano ahuyenta del estío
Los soles requemados.

Este fallece luego que el sabroso
Otoño nos madura
Los frutos, y el invierno perezoso
Por tornar se apresura;

Mas los daños del tiempo presurosas
Las lunas los reparan,
Y restituye el céfiro las rosas
Que los cierzos robaran.

Nos, de peor condicion, si tal vez una
A aquella luz cedemos,
¿En qué abril, á qué viento, con qué luna
Renovarnos podremos?

XV (12).

¿Quién es ¡oh Pirra! el mozo delicado
Que, en ámbares bañado y entre flores,
Hoy goza tus amores?

¿Para quién has trenzado
Tus rubias hebras con sencillo aseo?

¡Av, cuántas veces, ay, tu fe y su hado
Ya llorar ha mudado!

Y admirará el Egeo,
Con vientos negros áspero, en la fiera
Tormenta nuevo, el que te cree y te adora
Por hecha de oro ahora,

El que siempre te espera
De otro cuidado ajena y siempre amable,
No advertido del viento mentiroso,
Que le espira amoroso

Aquel ¡oh miserable!
A quien tu faz de nuevo resplandece;
A mi del mar y la tormenta esquivada
Una tabla votiva
Libre al templo me ofrece.

XVI.

A Fernando de Soria Galvarro.

Todos erramos, todos,
En cuantos bienes sin acuerdo amamos,
Y aunque por varios modos,
Todos, Sorino, ciegame erramos;

(11) Es imitacion de la oda de Horacio á Torcuato (VII del II bro 4.), convidándolo á disfrutar de una vida deliciosa mientras pueda: *Difugere nives: redeunt jam gramina campis.*

(12) Imitacion de la oda V del libro primero de Horacio: *Qui multa.*

Mas ¿qué jamás huimos,
O qué guiados de razon, seguimos?
Nadie principio ha dado
Con tan dichoso pié á felice empresa,
Que no de haberla osado
Confiese malcontento que le pesa;
Ya lo muelle nos daña
De la paz, de la guerra ya la saña.
España triste gime
De la fortuna en la mas alta cumbre;
Que la sobra y oprime
De su gran majestad la pesadumbre;
Y máquinas que el cielo
No apoya vienen con su peso al suelo.
Ríe Francia hollada
Del español jinete y del infante,
Su gente acudillada
Contra sí mesma, y de su fe inconstante
Los sucesos siniestros,
Horror y asombro de los siglos nuestros.

De fruto y paz copiosa
Italia, emulacion de sus vecinas,
Sorbe con sed rabiosa
Cuanto sudan de América las minas,
Y con juicio ciego
Cansado llana y largo á su sosiego.
Allá Grecia remisa
Sufre el yugo tirano, y el pié besa
Que la cerviz le pisa,
De así gentiles pechos digna empresa;
¿Dónde tus soberanos
Ingenios, Grecia? ¿Dónde están tus manos?
Yo, si oponer conviene
En parangon á tan crecidas cosas
Lo que apenas sé tiene
A sombra de provincias tan gloriosas,
Que se gozan errando,
De mi acertado error me iré gozando.

No á mi peso rendido
Ni á mi lloroso estrago así risueño,
De la paz no ofendido,
Ni alegre esclavo de tan triste dueño,
Como á dicha se precia
De errar España, Francia, Italia y Grecia;
Mas, en prision dichosa,
Asido al carro do triunfando sale
De entrambos victoriosa
La que mas que este mundo y aquel vale;
La que es de las estrellas
Emulacion y pasmo á todas ellas;
Aquella hermosa, aquella
En fuerte hora nacida para dueño
De cuantas almas huella
Con pié señor ó con sabroso ceño,
De cuantas mide al dia,
Única en todo y sin igual María.

Alegre iré y ufano
Entre los grandes presos venturosos,
Que del ciego tirano
Órnan el triunfo, y ellos envidiosos
De mi suerte y ajenos
De emulacion irán y rabia llenos.
Verán que erré yo solo
Por fuerza de belleza mas divina,
Que fué la que dió á Apolo,
Y á Jove dió figura peregrina.
¡Oh yerro venturoso,
El que nació de objeto tan hermoso!

SONETO XXVII.

A don Juan de Arguijo.

Si con poco nos basta, ¿por qué, Argio,
Porque no, y animoso yo y prudente,
Mi breve censo estimaré igualmente
Que de América el ancho señorío?
Dulce es de un gran monton de plata mio
Suplir mi falta, y ¿no es tan suficiente
Cogida el agua de una breve fuente
A mitigar la sed, como de un rio?
Bebe pues de él; que suele arrebatado
Guadalquivir con súbita avenida

Llevarse á quien lo bebe mal templado.
¿Quién hay, quién hay que con lo asaz semida?
Ni charcos este apurara afanado,
Ni entre ondas fieras perderá la vida.

XXVIII.

¡Oh tú, que al sol tan desdeñosa miras,
Y de verte mas bella que él te engries!
¿Por qué en mi dolor triste alegre ries
Después que las osadas flechas tiras?
Reserva esas en risa envueltas iras
Para cuando mas cuerda te desvies
De ese que porque de él tu pecho fies
Colora con lisonjas sus mentiras.
Cambia, Amarili, cambia pensamiento,
Da luz á la razon; que es grave daño
Haberte á error ó deslealtad rendido.
Mas ¡oh, cómo eres ciego, Amor! al viento
Das y a la ingratitud un bien tamaño,
Debiéndolo á los años que he servido.

XXIX.

No sé cómo ni cuándo ni qué cosa
Sentí que me llenaba de dulzura;
Sé que llegó á mis brazos la hermosura,
De gozarse conmigo cudiciosa;
Sé que llegó, si bien con temerosa
Vista resisti apenas su figura;
Luego pasmé como el que en noche oscura,
Perdido el tino, el pié mover no osa.
Siguió un grangozo á aqueste pasmo ó sueño;
No sé cuándo ni cómo ni qué ha sido,
Que lo sensible todo puso en calma.
Ignorarlo es saber; que es bien pequeño
El que puede abarcar solo el sentido,
Y este pudo caber en sola la alma.

XXX.

A don Juan de Arguijo, contra el artificio.

Cansa la vista el artificio humano
Cuanto mayor mas presto; la mas clara
Fuente y jardin compuestos dan en cara
Que nuestro ingenio es breve y nuestra mano.
Aquel, aquel descuido soberano
De la naturaleza, en nada avara,
Con lengua admiracion suspende y para
A quien lo advierte con sentido sano.
Ver cómo corre eternamente un rio,
Cómo el campo se tiende en las llanuras,
Y en los montes se anuda y se reduce,
Grandeza es siempre nueva y grata, Argio,
Tal, pero es el autor que las produce
¡Oh Dios inmenso! en todas tus criaturas.

ODA XVII (15).

Cuando tú me encareces
¡Oh Amarili! de Julio el talle hermoso,
Y mirando enmudeces
A Julio con descuido mal curioso,
¡Ay cómo arde en mi pecho
Infernal rabia, y con dolor esquivo
Revienta á mi despecho
Por los ojos el llanto fugitivo!
Y cambiando colores,
Indicacion da el rostro fatigado
De cuán fieros ardores
En mi alma lentamente se han lanzado.
¿Quéname ver señales
De burlas en tus brazos de alabastro,
¿Quéname en los colores
De tus labios ver de otro fuego el rastro.
No, si tú bien me escuchas,
Con mozos libres, so color de juego,
Osada emprendas luchas;

(15) Es imitacion de la oda xii del libro primero de Horacio. El argumento, segun las palabras de Biedma, es desavenir de la amistad de Telefo á Lidia; *Cum tu Lydia Telephi.*

Que allí oculto de Vénus raze el fuego.
 ¡Oh tres veces dichosos
 Los que anda con lazo Amor tan fuerte,
 Que celos rigurosos
 Primero no lo rompan que la muerte.

XVIII (14).

Si de renta mas cuantos
 Que los ingas y chinos alcanzares,
 Y tus anchos cimientos
 Las tierras ocuparen y los mares,
 Ni la certera flecha
 De la muerte huirás, ni de su miedo
 La importuna sospecha
 Tenerte dejará el ánimo ledo.
 ¡Oh! mejor el gitano,
 Sin patria conocida ni solares,
 Vive, y el africano
 En movedizas casas y aduares;
 A quien fruto crecido,
 No con lindes tasado ni mojonos,
 El campo agradecido
 Rinde, y de trigo fértiles montones;
 Y con labor de un año
 Llenos, holgar permiten á la tierra,
 Y al que administra ogano
 Igual otro sucede, paz y guerra.

Allí al varon no rige,
 Soberbia con la dote, su casada,
 Ni el vicio mal carrige,
 Del poderoso adultero fiada.
 Gran dote es la nobleza
 Y honestidad allí de los mayores;
 El pecar gran vileza,
 Y su precio morir con los favores.
 ¡Oh tú, quien quier que seas,
 De los siglos prudentes inmortales
 Si escrito ser deseas
 Padre del pueblo en públicos anales,
 Osa enfrenar severo
 Cuerdamente la vida licenciosa,
 Y al siglo venidero
 Virtud que imite ofrezga generosa.
 Pues tal es, que envidiosos
 En los presentes la virtud odiamos,
 Y de ella codiciosos,
 Si á los ojos fallece, la buscamos.
 ¿Qué sirven las querellas
 Si el castigo las culpas no descrece?
 ¿Qué las leyes, cual ellas
 Vanas, si exento el pueblo, no obedece.
 Ni ya el estéril suelo
 De la tórrida ardiente siempre y solo,
 Ni ya el eterno hielo
 De los siete triones y del polo,
 Al mercader desvia
 De sus torpes ganancias. Vence artero
 Con pertinaz porfia
 Tamaño golfo un breve marinero,
 Y presta la pobreza
 ¡Grande oprobio! hoy paciencia y ardimiento
 Para cualquier vileza,
 Y pone en torpe olvido el santo intento;
 O al comun, do la fama
 Y aplauso popular con gloriosos
 Apellidos nos llama,
 O al mar vecino los rubies preciosos;
 Y el oro inútil demos,
 ¡De todo mal cuán ciertas ocasiones!
 Y si nos mal queremos,
 Las maldades, si bien somos varones.
 De la torpe avaricia
 Las letras no se aprendan, no, primeras;
 Mas heba en la puericia
 Disciplinas el ánimo severas.
 No cual hoy, que no gusta

Ni andar sabe á caballo el ahembrado
 Mozuelo, y la robusta
 Caza teme, ó ¿el naípe así y el dado?
 Y tú, ¡oh padre perjuro
 Y trefe á tus amigos y usurero,
 ¿Con recambios el juro
 Apresuras y el censo á ese heredero?
 Está bien, y sin tasa
 Crezca la hacienda, crezca; más ¿qué importa,
 Si la codicia escasas
 Siempre en un no sé qué la llora eorta?

SONETO XXXI.

De Fernando de Soria al autor.

No puedo desatar deste cuidado
 Un punto mi engañado pensamiento,
 Que está, cual Ixion en su tormento,
 A la cadena y dura rueda atado.
 En balde del camino comenzado
 Apartarlo con fuerza ó maña intento,
 Si de mi sangre y mal está sediento
 El tirano de Amor fiero y airado.
 Medrano, ¿qué haré? Romper los lazos
 No puede fuerza flaca ya y rendida,
 Ni vencer tanto monte de embarazos.
 Mostradme vos de afuera la salida,
 Sin remitirla á mi vigor ni brazos;
 Que si es así no la hallaré en mi vida.

XXXII.

Respuesta del anterior soneto.

Si ya de la razon el rayo ha dado
 Luz á nuestro cerrado pensamiento;
 Si estimais cuerdo ahora por tormento
 Lo que un tiempo placer se os ha antojado,
 Osad, osad romper el anudado
 Lazo que el alma os mide y el aliento;
 Que por sí tiene al cielo un noble intento,
 Y á la fortuna tiene el que es osado.
 Diréis, Sorino: ¿Cómo y tantos lazos
 Romper podrá una fuerza ya rendida,
 Y vencerá un tal monte de embarazos?
 En el Dios muerto para darnos vida
 Hallaréis fuego vos, hallaréis brazos
 Que abraze el monte y libre os den salida.

XXXIII.

Otra respuesta en el mismo argumento.

Despierto al fiero incendio y del cereado
 Veis ya, veis que el caballo fué don griego,
 Y no mujer Elena, sino fuego;
 Mal admitido don, bien mal buseado.
 ¿Qué teméis? Qué esperais así ocupado,
 Sordo á las voces, y á las llamas ciego?
 Salid por medio de ellas, salid luego;
 No esperéis, no; huid, y habréis triunfado.
 Mas ya, si con el uso envejecido
 Para vencer huyendo un mal tamaño,
 La fuerza os ha, Fernando, fallecido,
 En sus hombros el nuevo desengaño,
 Por do estuviere el fuego mas tendido,
 Sacaros sin lesion podrá y sin daño.

XXXIV.

Vive engañada mi fortuna loca
 Si de mi centro desasirme piensa,
 Porque no vió del mar la furia inmensa
 Opuesta á su rigor mas firme roca.
 Será que con distancia mucha ó poca
 El sentido divida sin defensa
 De su gusto. Mas ¿cómo hará ofensa
 Al alma do su bien ó mal no toca?
 ¿Qué? Destiérreme á Italia ó á Castilla,
 Que mientras de Amarili arder me veo,
 Mas distante es mi ardor, mas infinito.
 ¿Quién pero forma desto maravilla,
 Si es tan madre la ausencia del deseo
 Como la privacion del apetito?

(14) Imitacion de la oda xxiv del libro 3.º de Horacio: *Intactis apulentiore*. Es contra los vicios de su siglo, originados de la insaciable sed de oro.

ODA XIX.

A Francisco de Acosta, en la muerte del padre José de Acosta, su hermano.

¿Quién pondrá freno y término al deseo
De una vida, Faustino, así preciosa?
¡Oh, cómo fuera digno aquí el empleo
De tu voz numerosa
Y de tu lira, Orfeo!
Eterno sueño al grande Acosta oprime,
Cuya par no vió el sol, y la fe pura
Y la entereza sin consuelo gime
Sobre la sepultura;
Ni hay quien no se lastime.
Faltó en dolor de muchos, mas ninguno
Al tuyo igual. Tú aquel piadoso en vano
Al cerrado sepulcro, tú aquel uno
Al cielo soberano
Demandas importuno.
Bájase fácil á la hoya oscura;
Pero dar paso atrás y á aquesto aliento
Y luz comun volver, ¡oh cómo es dura
Provincia! no es intento
Permitido á criatura.
Es grave asaz la pérdida y temible,
Y fiero es el dolor que della avino;
Mas si enmendar el hado es imposible,
Modéralo, Faustino,
La paciencia invencible.

XX.

No estimes, no, por afrentoso el nudo
Que con esclava te enlazó tan bella,
Pues otra ya menos hermosa que ella
A Aquiles arder pudo.
Agamenon, la prez y honor del griego
Bando, ¿trunfo no fué de su cautiva?
Y otra la condicion de Ayace activa
Rendir pudo á su fuego.
¿Qué, Tirso, no será, que illustre padre
Engendrarse á tu Fili, y que los cielos
Le diesen, como á ti, nobles abuelos,
Si no bien igual madre?
Su aquel ánimo, al menos generoso,
Aquel su corazon, así arredrado
De interés y doblez, no fué heredado,
No, de padre afrentoso.
¿Y el rostro? ¿Dó se vió par hermosa?
¡Qué pié, qué manos tan á torno hechas!
Sano la alabo, Tirso; ¿qué sospechas?
Ya la edad me asegura.

SONETO XXXV.

Hecho en concurrencia del que se sigue de Fernando de Soria, que le pidió que escribiese en este argumento.

Solo uno el hombre nace despojado
De bien todo, y de todos invidioso;
Misero él solo, y solo él ambicioso,
Para nada despierto y enseñado.
A llorar sí, que solo esto de grado
Le dió naturaleza, y tan vicioso
Y tan rudo animal, y así lieroso
Para dueño de todos fué criado.
El solo ni ofender ni defenderse
En diferencia tanta de animales,
Ni comer puede ó sabe, ni moverse.
¡Oh loco! y pensará nacer de tales
Principios para solo envanecerse!
¡Cuál es la presuncion de los mortales!

XXXVI.

De Fernando de Soria á Bartolomé Leonardo de Argensola.

El hombre solo en tantos animales,
Leonardo, nació al llanto; él solo atado
Es el día en que nace, desarmado,
Sin defensa ni piés contra los males.
Así empieza la vida: á los umbrales
Della ofreciendo llanto anticipado,

P.xvi-1.

No entonces por algun otro pecado
Que el de nacer para miserias tales.
A él fué dada insaciable sed de vida;
El solo cuida de la sepultura,
Y en su alma brama un mar de ansia y afeto,
Por do algunos dijeron: «No es natura
Madre, sino madrastra aborrecida.»
Mira si error oíste mas discreto.

ODA XXI.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

La inexpugnable torre y la ferrada
Puerta y los canes, tristes veladores,
Asaz pudieran conservar guardada
De osados amadores
A Danaes encerrada,
Si Vénus, ingeniosa, no burlara
De Acrisio, padre y guarda recatado
De la virgen, si no se transformara
Jove en metal sagrado,
Que el camino allanara.
Penetra victorioso las escuadras,
Y romper quiere el oro por las peñas
Duras, mas que los rayos poderoso,
¿Qué fuerte á sus enseñás
No se allana medroso?
Desmentidas las puertas mas leales
De los pueblos Filipo abrió con dones,
Y venció émulos reyes; sus iguales
Son ¡oh cuáles prisiones!
Las dádivas reales.
Sigue al oro el cuidado congojoso
Y la sed de mas oro. Yo prudente
El fausto siempre aborreci ambicioso,
Flavio, luz del presente
Siglo, por ti dichoso.
Quien mas negare á su deseo mendigo,
Habrá del cielo mas; de los que nada
Codician el estrecho bando sigo,
De la chusma afanada
Tras la plata enemigo.
Dueño, y mas noble de unas pocas plantas
Que si me diera luz la fama ciega,
Porque en mis torres ocultara cuantas
Mieses Sicilia siega,
Pobre en riquezas tantas.
Con un arroyo breve de agua pura,
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,
En desprecio me viene quien la anchura
Del indio imperio alcanza
Con suerte mal segura.
Y aunque ni las abejas calabresas
Me labran miel, ni vinos regalados
De Ribadavia añejos ven mis mesas,
Ni ocupar mis ganados
De Alcadia las dehesas,
No pobreza importuna me atormenta,
Ni tú lo permitirás, y enfrenada
La codicia, ni así del fisco aumenta
Mi hacienda limitada
La mal habida renta,
Como la del que siempre afana en vano.
Fáltale á quien de poco es enemigo,
Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sauo
Dios le dió bien amigo,
Lo asaz con parca mano!

XXII (15).

Menos veces te baten las cerradas
Ventanas ya mancheos porfiados,
Ni te rompen el sueño, y desvelados
No traen así alteradas
Tus vecinas; y tú, que los umbrales
Solicita y los quicios fatigabas,
Menos ya, menos oyes las aldabas,
Y las noches cabales

(15) Es imitación de la oda xxiv del libro primero de Horacio: *Parcius junctas quatunt fenestras.*

Duermes, Licisca, ó lloras insidiosa,
La memoria ocupando en las portias
Lenguas de los rivales que traías
En guerra peligrosa;
Y vieja y sola ya, cuando la luna
Descree mas ó el céfiro mas crece,
Cuando te enciende Vénus y enfurece,
Acusas importuna
Los mozos, que desprecian con enfado
Rosas que desmayó una tarde fria,
Y de las que hoy apenas abrió el día
Se coronan de grado.

SONETO XXXVII.

Al retrato de Luciano de Negron, arcediano de Sevilla, por mano de Francisco Pacheco, pintor y insigne retratador.

Este breve retrato los mayores
Dos varones que al mundo dió Sevilla
Nos ofrece á los ojos; maravilla
Ambos y emulacion á los mejores.
Los primores del cielo, los primores
Del arte aquí la envidia vió amarilla,
Y sobrada de entrambos la rodilla
Dobla, y suelta la lengua en sus loores.
En tí ¡oh Negron! sin limite así crece
La ciencia y la bondad, que en todos mengua;
La pintura ¡oh Pacheco! en tí se suma.
Mi pluma y lengua para y se enmudece
Por no llegar á tu virtud mi lengua,
Por no llegar á tu pincel mi pluma.

XXXVIII.

En unas grandes máquinas de fuegos que se hicieron sobre el rio de Sevilla en el nacimiento del príncipe de Castilla.

Arde la llama, y á la oscura y fria
Noche el festivo incendio vence, y cuanto
De estruendo y fuego horror fué ya en Lepanto
Sirve al gusto brevisimo de un día.
Sola una tú lo atiendes, alma mia,
De placer no alterada ni de espanto,
Siendo en tan nueva luz y en fuego tanto
La admiracion comun y la alegría.
Arde ¿quién duda? en tu mas noble parte
Mas fiera llama y mas tambien luciente.
¿Qué te podrá alegrar ó qué admirarte?
Así, presente el sol, no hay luz hermosa
Ni grande; así ningun pincel valiente,
Presente la verdad, parecer osa.

XXXIX.

Las almas son eternas, son iguales,
Son libres, son espíritus, Maria;
Si en ellas hay amor, con la porfia
De los estorbos crece y de los males.
Nacimos en fortuna desiguales,
No en gustos; la violencia nos desvia;
El tiempo corre lento y deja el día
De sí hasta en los mármolos señales.
Mas tú ni á tiempo alguno ni á violencia,
Ni á aquello desigual de la fortuna,
Ni temas á la mas prolija ausencia;
Que si nuestras dos almas son á una,
¿En quién, si no ya en Dios, habrá potencia
Que las gaste ó las fuerce ó las destina?

XL.

A don Juan de Argüjo.

Ya sonla turbio el ábrego, ya hinchado
Se encona sordo y turba el golfo Argio,
Ya el aquilon arrebatado y frío
Crece en montes las olas, ensañado.
Rónpense unas con otras, y erizado
Brama espantable el mar, lanzando impio
Espumas contra el cielo, y tu navío
Vacila entre las ondas, afanado.
¿Qué? depon el temor, á humilde playa

Dios el que admiras piélagro insolente
Rincho, «y esta, le dijo, sea tu raya.
»Jamás de aquí con ambicioso antojo
Osas pasar; aquí tu vanamente
Espantosa hinchazon rompe y tu enojo.»

ODA XXIII (16).

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

Ya, Salicio, al arado las reales
Fábricas dejarán pocas yugadas;
Estanques ocupadas
Tendrán, y al mar iguales,
Las hoy tierras labradas.
Sucedará á las rústicas encinas
El solitario plátano lascivo,
Y al tomillo nativo
Las flores peregrinas
Del ciclamor estivo.
Todo ministra al gusto del sentido
Ciego; ¿qué á la razon? Tras el privado
Bien, ¡oh reino amenguado!
Al comun preferido,
Corres desalenta lo.
De cidros y de mirtos olorosos
Bosques nos guardarán templanza y flores
En los soles mayores;
No así los gloriosos
Nuestros progenitores.
No del inculto Wamba la severa
Disciplina ó del Cid en nuestra curia
Con así grave injuria
De la nacion sufrida
Tan profana lujuria.
De los particulares era estrecho
El censo; el comun grande asaz servia
A quien lo poseia,
De abrigo y sombra el techo,
No al ocio y fantasía.
Del público con virgenes sillares
Y robres que el cepillo despreciaban
Los pueblos reparaban,
Y á Dios nuevos altares
Y templos levantaban.

XXIV (17).

A don Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Sosiego pide á Dios en su desierta
Y alta mar el piloto, á quien la luna
Nubes roban con tristes, y ninguna
Le luce estrella cierta;
Sosiego el aleman infante armado,
Sosiego el volador jinete moro;
Que no con perlas, Niño, ni tesoro
El sosiego es comprado;
No la América toda es de provecho
Ni las flamenca guardas ni españolas,
O á mitigar las enañadas olas
Que baten el real pecho,
O á arredrar dél los tímidos cuidados,
Que importunos sin término rodean
Los techos que al gran dueño lisonjean,
Con oro artesanos.
Vivese bien con poco, y quien codicia
De sus abuelos el hogar pequeño,
No romperá con miedo el fácil sueño,
Ni con bruta avaricia.
¿Qué tiramos en vida, mal valientes,
Tan breve, á tan prolijas pretensiones?
¿Qué inquirimos, solicitos, regiones
Con otro sol caliente?
Sube á caballo, y en la nao primero
Entra que yo el cuicado congoso,
Mas ligero que el gamo y que el nevoso
Aquilon mas ligero.
A lo presente el ánimo alentado,

(16) Imitacion de Horacio, libro 2.º, oda xv: *Jam parca aratro.*

(17) Imitacion de Horacio, libro 2.º, oda xvi, á Cropspho: *Optum divos rogat in patenti.*

Del porvenir no cuide, y la precisa
Ocasión de pesar temple con risa;
Que no hay bien consumado.

Robó a Alejandro el hado intempestivo,
Al rgóse, invidioso de Adriano,
Y á mi por dicha el tiempo dará humano
Lo que a ti niega esquivo.

De apriscos á ti mi ciento en torno ciñen,
Mil vacas para ti las ubres crecen,
Y para ti el reliacho ensorberbeccn
Mil yeguas, y se tiñen.

Tus paños una y otra vez en grana;
A mi una grey dió el cielo, de vil precio,
Un grato ingenio, un señoril desprecio
De la chusma profana.

XXV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

Vimos'ta ya, Leucido, ya la vimos
Ser de Guadalquivir madre arenosa
Esta que pueblan hoy, madre hermosa,
Ricas plantas de fértiles racimos,
Y si la edad, pues tanto es poderosa,
Estos pagos de viñas
Y estas de mieses hoy rubias campiñas,
¿A ser volverán rio?
¿Qué no esperar podré en el dolor mio?
Traeráme un sol, traerá á mi compañía
A Amarilis gozosa,
Si ya llorosa me la robó un día.

SONETO XLI.

Quien te dice que ausencia causa olvido
Mal supo amar, porque si amar supiera,
¿Qué la ausencia? La muerte nunca hubiera
Las mientes de su amor adormecido.
¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido
Del acertado bierro, cuando quiera
Huir medroso con veloz carrera
Las manos que la flecha han despedido?
Herida es el amor tan penetrante,
Que llega al alma, y tuya fué la flecha
De quien la mia dichosa fué herida.
No temas pues en verme así distante;
Que la herida, Amarili, una vez hecha,
Siempre, siempre y do quiera será herida.

XLII.

Cuando invidioso el tiempo haya robado
El tu cabello, espanto ahora de Flora,
Y el verano, que alegre gozo ahora
Y la flor de mi edad haya robado,
No seré, no, Amarili, á tu sagrado
Nombre ingrato que la alma humilde adora,
Ni el fuego celestial que en esta mora
De la edad sentirá el invierno helado;
Mas del cisne imitando la costumbre,
Con acento, por dicha mas divino,
Te cantaré, para morirme luego;
Y como llama que vigor y lumbre
Cobra cuando su fin es mas vecino,
Mas resplandecerá mi hermoso fuego.

XLIII.

Otra vez, Amarili, el proceloso
Invierno ensaña el mar y ciega el día;
Otra vez flaca y rota nave mta
El cielo experimenta invidioso.
El se ostenta en tu daño poderoso
Y ¿un cielo santo iras tamañas cria?
¿Oh, cómo no te basta la osadía!
Piloto has menester sabio, y no ocioso.
¿Tememos? No, Amarili, aunque veamos
O embestir ei bajel en los mas yertos
Escollos ó sorberlo ya el abismo.
¿Qué temeré, si juntos así estamos?
Que una ola mesma nos sepulte muertos,
O salvos nos dé al templo un voto mismo.

ODA XXVI (18).

A don Alonso de Medrano, su hermano.

Al cielo si las manos levantares
Y los ojos, Mirardo, vergonzosos;
Si con votos pidiolos
Sus iras aplacares,
No sentirá los astros pestilentes;
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes.
El rico, á quien el oro ensorberbece,
Diez escogidas vacas, las mas g uesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.
A ti, de un hogar pobre humilde dueño,
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor preuda
De tu redil pequeño;
Que si imploraren su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla han mas propicia
Que las del rico, llenas.

XXVII (19).

Aun la tierna cerviz no es poderosa
Del yugo y de igualar con el usado
Compañero el arado,
Ni bien tolerar osa
El peso demasiado
Del encendido toro que la asalta.
Ahora solo gusá tu novilla
De retozar bobilla
Con las otras, y salta
Del Bétis á la orilla.
El apetito deja mal seguro
Del hermoso racimo, que aun acedo
Está; llegará cedo
El otoño maduro,
Y probarlo nas sin miedo.
Ella te buscará; que la edad fiera
Corre sin freno, y cuantos, no sentida,
Años hurta á tu vida,
Los añade ligera
A su niñez florida.
Tu la espera la mas sabrosa y bella
Que ha visto el sol, y el suelo producido;
Mas con seso advertido
Piensa que será della
Lo que de otras ha sido.

SONETO XLIV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

La violencia, Leucido, de los hados
¿En qué los ofendi? Llévame mi vida,
Llévate, oh Amarilis, ofrecida
A mal seguros golfos y apartados.
¿Cómo pues yo de ajenas y envidadas
Batido miro el mar con tan erguida
Frente y muda paciencia, no vencida
Destos escollos rentos y callados?
Cedo á la fuerza cuerdo, y cedo al día,
La esperanza alargando, y si no engaña
Su arte al sabio, Amarilis será mía.
Así del pece es dueño, cuando siente
Fuerzas en él mayores que en la caña,
Si le da cuerda el pescador prudente.

(18) Imitacion de la oda xxiii del libro 3.º de Horacio: *Caelo si tuleris manus*, dirigida á Phidyle, acerca de que el don ofrecido á los dioses con manos puras, no por ser corio ó pobre es menos acepto que los sacrificios mas magníficos.

(19) Imitacion de la oda v de Horacio, del libro 2.º: *Nondum subacta*.

ODA XXVIII.

A don Alonso de Santillan.

Fió, Santiso, España sus banderas
 De tu constancia y fe; tú al mar violento,
 Y expuesto vas al viento
 Y á las escuadras fieras
 Del holandés sangriento.
 El se apresta, y á duro cautiverio
 Reducir nuestras gentes se asegura,
 Y por darse apresura
 Al español imperio
 En el mar sepultura.
 Llegue; que puños hallará y consejo
 Buenos así, que cuando á ver su muerte
 De su engaño despierte,
 Cual medroso conejo
 Huir quiera, y no acierte.
 Tú al menos, cuando el viento ó mar derrame
 A los tuyos, ansioso de mas gloria,
 La muerte ó la victoria
 Al cautiverio infame
 Prefiere; ten memoria
 De aquella hermosa y varonil gitana
 Que ver pudo con frente no turbada
 Vencida y destrozada
 Por la gente romana
 Su poderosa armada;
 Y ni siguió la vergonzosa huida,
 Ni la alteró cual hembra el ya desnudo
 Puñal, de industria agudo;
 Mas al pecho, atrevida,
 Aplicó el áspid crudo.
 Tal es. Osó con ánimo robusto
 A morir generosa antes que viva
 Verse llevar cativa,
 Triunfando de ella Augusto.
 ¡Mujer asaz altiva!

XXIX (20).

Oyó el cielo mi voto, Elisa; el cielo
 Lo oyó, Elisa; eres vieja, y linda quieres
 Parecer, y á placeres
 Aun te das sin recelo,
 Y al amor, lento ya, con inconstante
 Voz despiertas; él, pero, ama de Flora,
 La hermosa, la cantora,
 El sin igual semblante,
 Y con alas de ti huye livianas;
 De ti, á quien ya las rugas de la frente,
 De ti, á quien negro el diente
 Afean, y las canas.
 Ni la púrpura rica ni el precioso
 Rubí pueden volverte ya el pasado
 Tiempo que te ha robado
 El día presuroso.
 ¿Dó bujó la beldad, ¡ay! dó el que te ornaba
 Color, dó el brio? ¿De aquella qué has, de aquella
 Que amores salían della,
 Que de mí me robaba?
 Dichosa y conocida y de cien sales
 Llena faz, tras de Clori; á Clori ha dado
 Breves años el hado,
 Y con la cuerva iguales
 Los dió á ti; porque pueda la traviesa
 Juventud no sin risa ver la ardiente
 Hacha así lentamente
 Convertida en pavesa.

XXX.

A Fernando de Sorla, volviendo el autor de Roma y de Madrid á Sevilla:

Sorino, rindo al cielo
 Gracias veces sin par porque piadoso
 A mi nativo suelo
 Y del desierto al señorial reposo
 Hoy me ha restituido,
 De desengaño asaz enriquecido.

(20) Imitacion de la oda xiii del libro 4.º de Horacio: *Audivere, Lyce, dii mea vota.*

El avaro medroso
 Las olas vea con el euro hinchadas
 Del mar impetuoso,
 Y de fuego las nubes vea prendidas,
 Despechado el piloto,
 La nave abierta, un árbol y otro roto.
 De la muerte le oprima
 El miedo antes que el agua, si el tesoro
 Mas que la vida estima,
 O como á Crespo lo macice el oro,
 Pues osa, de él sediento,
 Luchar con el mar fiero y con el viento.

A la corte, enemiga
 De verdad y reposo, siga el vano;
 A la mentira siga
 Del privado soberbio, que la mano
 Indina y loca frente
 Promete ornarle con rubís de Oriente.

Dóblele agradecido
 Una y otra rodilla; el pensamiento
 Traya desvanecido,
 En sustentarle el paladar contento;
 Falto de seso y sueño
 Espire, si tal vez lo vió con ceño.

Y tú, que el triunfo creces
 Del amor fiero, puesto en sa cadena,
 De que libre tres veces
 Te viste, de contrarios la alma llena
 Trae; que en sus gustos gime,
 Sobrada de la carga que la oprime.

Sufre los levaneos
 De un rapaz ciego y de una hembra loca,
 Sujeto á sus deseos
 Y al inconstante aliento de su boca.
 ¿Cuál mas duro castigo
 Dar puede el cielo airado á un su enemigo?

Que yo, experimentado
 En iguales peligros, dende afuera
 Seguro, el mar turbado,
 Miro inquieta la corte lisonjera
 Y al Amor retozando,
 Y á los que aquí y allí van peligrando.

No porque ajeno daño,
 Tirano afecto, alegre mi sentido;
 Mas porque es bien tamaño
 De tan sin par peligro haber salido,
 Que puede ser comprado
 Con las ansias de haber en él buscado.

Así paso la vida,
 Dueño de mí y del tiempo, ¡haber inmenso!
 En nada sometida,
 Cual yo la vi y la lloro, al duro censo
 Y al peligro crecido
 Del mar y de la corte y de Cupido.

SONETO XLV.

¡Ay de mí! siempre, vana fantasía,
 Sin término dilatas tu remedio.
 ¿Cuándo será que libre de este asedio
 De males me amanezca libre un día?
 Rendirme será infame cobardía;
 ¿Aguardaré? La muerte antes que el tedio
 De una esperanza. Osar solo es el medio.
 Osemos; que es dichosa la osadía.
 Hoy pondrás fin á vida tan amarga;
 Hoy, si bien sales hoy, corazón nio,
 De ti sacudirás tan grave carga.
 ¿Quién aguarda á mañana mal prudente?
 Que acabe de correr espera un río,
 Y él corre y correrá perpetuamente.

ODA XXXI.

A don Alonso de Santillan, que volvía de las Indias.

¡Oh mil veces conmigo reducido
 Al postrer punto de la vida odioso!
 ¿Cuál astro poderoso
 Hoy te ha restituido
 A tu suelo dichoso?
 Santiso, la mitad del alma mía,
 Contigo alegremente los ardores

De los soles mayores,
Contigo no sentía
Del cierzo los rigores.

Ambos del mar huimos proceloso
La saña; á mi por medio del cerrado
Peligro mi buen hado
Alegre y victorioso
A puerto me ha sacado;
A ti, segunda vez mal advertido,
La resaca sorbió del mar hambriento,
Y al arbitrio del viento
Y al caso permitido
Te viste, y sin aliento.

Cumple tu voto, y grato al cielo santo,
Con lágrimas gozarás; ya el sereno
Rostro baña y el seno;
Que yo, Santiso, al tanto
Te espero en Mirar-Bueno.

¡Oh, fuere á mi vez firme reposo
Este lugar! De mis navegaciones
Y peregrinaciones,
¡Oh término dichoso
Fuese, y de mis pasiones!

Este rincón, de todos los del suelo
Me place mas, do brota la primera
Y la rosa postrera,
Do siempre es uno el cielo,
Do siempre es primavera.

Este á la mesa espléndida y al vino
Y al brindis te convida. ¡Oh cuerdo! exceso!
Dulce me es ser travieso,
Cobrado no tal amigo,
Dulce perder el seso.

SONETO XLVI.

¿Qué busco, ciego yo, con tan mortales
Y ansiosas bascas? Pienso que podría
Satisfacer la sed inmensa mía
Un mar de aquestos... ¿bienes diré, ó males?
¿No vi ya? No probé cuán desiguales
Son de aquello preciso que ofrecía
Su vanamente hermosos: flor que el día
Robó, descubridor de engaños tales?

Paremos ya, paremos; que el sosiego
En solo aquel, mi bien, que sin mudanza
Mueve cuanto ve el sol, hallar podremos;
Mas ¡ay! que cuando verlo pienso y llego
Ya á asirlo, me deslumbra, y sin tardanza
Cual rayo pasa, y ciegos lo perdemos.

ODA XXXII.

Profecía del Tajo en la pérdida de España (21).

Rendido el postrer godo á la primera
Y última hermosura que en el suelo
Vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,
Moviendo envidia al cielo
De su adorada fiera.

La real corona y cetro el ciego amante
Derribaba, y ¿qué no? á los pies de aquella;
Huéllalo todo activa, y con semblante
Fiero otra vez lo huella;
Y él ¡ay! pasó adelante.

¡Oh mal dulce deleite! Puso luego
Calma enojosa en su corriente el río
Para advertir, aunque ofendido, al ciego
Rey en su desvarío
Del hierro así y del fuego

Que le amenaza: «En punto desdichado
Ofendiste á esa hermosa, ¡oh godo injusto!
Que vengará con tanto y tal soldado
África, de tu gusto
Y de tu real estado

»Despojándote. ¡Ay, ay! ¡Cuánta fatiga,
Cuánto afán al caballo y al valiente
Infante anaga! Á lanza y á loriga

Mueves contra tu gente;
¡Cuanta diestra enemiga!

»Ya suena el atambor, ya las banderas
Se despliegan al viento, ya obedientes
Al acicate, corren en hileras
Los jinetes ardientes
Y las yeguas ligeras.

»No excusas, no, la lanza y el trenzado
Armés, en solo el ámbor y el enrioso
Peine ¡oh varón! ¡oh rey! ¡ejercitado.
¿No ves cuán espantoso
Baja el campo formado?

»Mirá cómo Tarife atravesando
Osado por las huestes, y valiente
Tu enseña abate, y Muza destrozando,
Asombra de tu gente,
Los campos va talando.

»Conocerás allí al nunca vencido
Almanzor, que en tu mengua se engrandece;
Mas al Conde ¡ay! ¿no ves cuán sin sentido,
Y hierve y se enfurece,
Buscándote ofendido?

»No así medroso gamo, no así presto
Será que del hambriento lobo luya,
Cual flaco tú del émulo molesto,
Habiendo á aquesta tuya
Prometido no aquesto.

»Traerá, presago yo, al godo su día,
Tras no muchos diciembres, la africana
Armada, que ya el cielo airado guía;
Caerá tu soberana
Y antigua monarquía.»

SONETO XLVII.

A Fernando de Soria.

Yo vi romper aquestas vegas llanas,
Y crecer vi y romper en pocos meses
Estas ayer, Sorino, rubias mieses,
Breves manojos hoy de espigas canas.

Estas vi que hoy son pajas mas ufanas,
Sus hojas desplegar para que vieses
Vencida la esmeralda en sus envases,
Las perlas en su haz por las mañanás.

Nació, creció, espigó y granó en un día
Lo que ves con la hoz hoy derrocado,
Lo que entonces tan otro parecía.

¿Qué somos pues, qué somos? Un traslado
Desto, una mies, Sorino, mas tardía;
Y ¡á cuántos sin granar los han segado!

ODA XXXIII (22).

Respuesta á otra de Juan Antonio del Alcázar, en que
le convidaba á una casa de recreacion sobre el río.

No inquieras cuidadoso
Lo que maquina el tureo y el britano,
Dueño de nuestros mares afrentoso,
¡Oh Flavio! ni te altere el miedo vano
De si podrá cualquiera larga renta
Servir al uso breve de la vida,
Que del profano exceso
A grandeza modesta reducida,
Con tu profundo seso
Pequeño censo hacer podrá contenta.

Atrás huye ligera
La alegre juventud (¡quién la alcanzara!)
Mas ¡oh! antes de irse, ¡asírla quién pudiera,
Y la tez nueva y fresca de la cara!
La vejez llega siempre intempestiva,
Y aquellos pierde, aquellos orgullosos
Amores, con el ceño
Grave, y de los sentidos deseosos
Desvia el fácil sueño
Sabroso ¡oh cuánto ya á la edad lasciva.

Si los ojos al suelo
Próvidos inclinamos, ¡cómo hermosa
Cuando se rie con la luz el cielo,

(21) Imitacion de la oda xv del libro primero de Horacio: *Pastor cum traheret*, en donde el poeta propone á Antonio el ejemplo de París para apartarlo de Cleopatra. Véase el artículo de Madrano.

(22) Imitacion de la oda viii del libro 2.º de Horacio: *Quid bellus*.

Sus hojas abre al nuevo sol la rosa!
Y tú, ingrato, ¿de envidia la marchitas?
Al cielo si volvemos, en la luna
No un semblante hallamos;
¿Por qué pues con prudencia así importuna
El ánimo cansamos
Menos que para trazas infinitas?

Dejemos bien prudentes,
Oh mi dulce Mencías, oh mi amparo,
Penas que nos oprimen insolentes;
Y allí a la orilla, allí del Bétis claro
(Casas, á ti, gran dueño tuyo, estrechas
A la pequenez nuestra gran palacio)
Vivamos desceñidos,
Descendidos vivamos y despacio,
Del río entretenidos,
Pocas, fáciles horas y derechas.

Tú así como rogando
Lo mandas, mas o última fuerza tiene,
Fuerza de ley, aquel tu imperio blando.
¿Podrélo resistir? Barquero viene,
Tollado el barco y fresco. Mueve, mueve
Los remos á compás, y apriesa; lenta-
Mente vamos do armada
De paz ya espera fácil, ya contenta,
La mesa coronada
De flores y de frutas y de nieve,

Y de amistad sabrosa,
Sazon de todo. Y ¿Julio tuvo en precio
De un breve cetro la ambición medrosa?
Y ¿era varón? ¡Oh deslumbrado! oh necio!
Suena la lira, Anfriso; y tú, Nerea,
Dame agua. Beso el búcaro, bebamos,
Por los pechos se vierta;
Todo es salud. ¡Oh así vivir podamos!
La ventana esté abierta,
Por si bullere un soplo de marea.

SONETO XLVIII.

A don Diego de Quíñones.

¿Quién jamás en tan luengo y espacioso
Proceso de los siglos ha nacido,
Y en mundo tan sin términos tendido,
Que usurpar ose el nombre de dichoso?
El sobresalto solo temeroso
De cambiar suerte á aquel (si alguno ha sido)
Que mas pródigo el cielo ha enriquecido
Para hacerlo infelice es poderoso;
Y ¿á cuántos, Sergio, á cuántos traen á extremos
Males, extremos bienes, estos bienes
Que los blasfemas junto y los adoras?
Mas cuando otras miserias no acusemos,
¿Cómo bien será alguno aventurado,
Si hombre ninguno hay sabio á todas horas?

XLIX.

A Filipo III, luego que heredó y se casó.

Majestad soberana, en quien el cielo
Tanto valor encierra y saber tanto,
Que ya á la envidia sobras, ya al espanto,
Hollando sabio el mar, valiente el suelo.

Enmulo de tu padre y Je tu abuelo,
Rompe con la memoria por Lepanto,
Y adora en Asia el monumento santo
Guardado para pompa de tu celo.

El cielo esta victoria solicita,
Y á Marte y Pálas ha juntado en uno
(Del siro y persa victorioso bando).

Un mundo es poco para cada uno,
Pues ni Isabel fué mas que Margarita,
Ni debes tú ser menos que Fernando.

L.

No siempre fiero el mar zahonda el barco,
Ni acosa el galgo á la medrosa liebre,
Ni sin que ella afloje ó él se quiebre,
La cuerda siempre trae violento el arco.
Lo que es rastrojos hoy, ayer fué charco,
Frio dos horas antes lo que es fiebre;

Tal vez al yugo el buey, tal va al pesebre,
Y no siempre severo esta Aristarco.

Todo es mudanza, y de mudanza vive
Cuanto en la mar aumento de la luna,
Y en la tierra del sol vida recibe.

Y solo yo, sin que haya brisa alguna
Con que del gozo al dulce puerto arribe,
Prosigo el llanto que empecé en la cuna.

LI.

Si por ser, Amarili, el amor fuego
Lo pintan los filósofos desuado,
Y la belleza tuya sola pudo
Dar entrada en mi alma á aqueste ciego;
Pues bella y sabia eres sin par, te ruego
Quieras soltarme aqueste sutil nudo.
¿Por qué, de ti arredrado, ardiendo sudo,
Y tiemblo helado cuando á ti me llevo?

Dirás que eres mi fuego y que aborrezco
El morir abrasado cuando veo
Tus llamas cerca, y de temor me enfrio;

Mas ¿cómo, si arder todo en ti deseo?
Fiebre debe de ser lo que padezco;
Que para mas arder comienza en frio.

LII.

A la renunciación que hizo el emperador Cárlos en el hijo
y el hermano.

De sostener cual nuevo Atlante el mundo
El siempre agosto Cárlos ya cansado,
«Gentes, dice, no vistas he domado,
Hollado el suelo, hollado el mar profundo.

»Hecho el persa monarca á mi segundo,
Preso al francés, al moro leyes dado,
El cielo en ambos hombros sustentado,
Mas grave con las glorias que en él fundo.»

Luego, del mundo desdeñoso y harto,
«Tú gobierna (al hermano le decia)
De Roma el ancho imperio y de Alemania.»

Y al hijo: «Tú de la invencible España
Y del indio tendrás la monarquía,
Y entre ambos junte amor lo que yo parto.»

LIII.

Robóme; ¡oh Julio! una cobarde fiera
(Fiera y cobarde, Julio, cruel seria),
La mitad me robó del alma mía,
Y tú, ¿un vives, mitad? ¿Quién lo creyera!

Ira al fin mujeril; que no cupiera
En varón semeje; nte villanía
Necia; los que el amor y el cielo unia,
¿Quién, sino tú apartarlos pretendiera?

¿Qué se puede? Vivamos divididos,
Dulce Amarilis mía, en esperanza
De vencer con paciencia y vida el hado.

Julio, ¿quién desordena mis sentidos?
Iba á hablarte, y hanme arrebatado,
Ya el amor, ya el dolor, ya la venganza.

ODA XXXIV.

A Fernando de Soria (23).

¡Ay Sorino, Sorino, cómo el día
Huyendo se desliza,
Y unos atropellando y otros años,
A la muerte corremos á porfía!

¿Tanta prisa á volvernos en ceniza!
Y á tales desengaños,
Mal ciegos, con afanes ¡ay! tamaños,
¿Tras una sombra de ambición mentida
Fatigamos la vida?

En vano temerosos desviamos
De nos á Marte airado,
Y al mar con Euro y Noto enfurecido,
En vano los malsanos exensamos
Abregos del otoño destemplado;

(23) Imitación de la oda ix del libro segundo de Horacio: *Ne fugaces*.

Tal vez una el temido
Y no excusado golfo del olvido
Navegarémos; rústicos sayales
Y púrpuras reales

No atiendas, no, si en vaso cristalino
El vino resplandece
A menosprecio del rubí, y despierta
Tu paladar su dulce peregrino.
Entra suave; y; cómo, cómo empece
La ponzoña encubierta
De su tan breve duracion, y muerta
La alma huye! Así vibora engañosa
Ofende envuelta en rosa.

Ni te desvele el vano crecimiento
Del cense y del cuidado
(Un par de siempre males compañeros);
Mas al sér de las cosas breve atento
Aprende á ser, no sabio demasiado,
Y mezcla á los severos
Consejos, necios ratos placentercs.

¡Oh, cómo es gran saber ser en debido
Lugar desentendido!

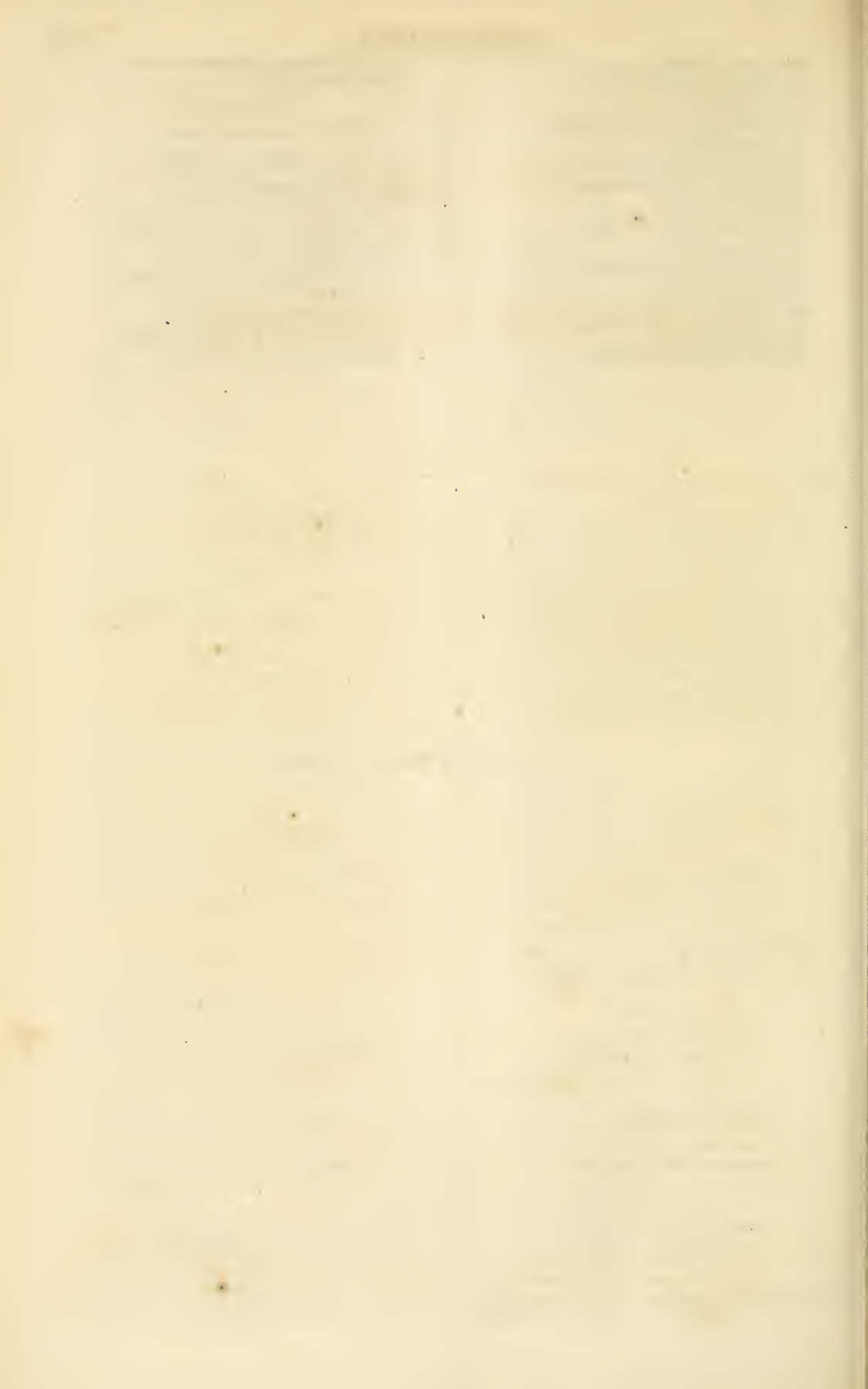
SONETO LIV.

A Dios nuestro Señor.

¡Cómo esperaré yo que de mi pena
Tibias las quejas toquen en tu oído,
Si con la lengua libertad te pido,
Y el corazon se goza en la cadena?

Tú, Señor uno, ves cuánto esté ajena
La voz, que te importuna, del sentido;
Y así, en bandos injustos dividido,
¿Ver placada tu faz podré y serena?

Tal es; haber piedad de un quebrantado
Corazon aun es obra que en un crudo
Pecao mortal halló tal vez entrada;
Mas tirar del infierno á un obstinado
Mal grado suyo, en tí, Uno, caber pudo,
Arbitro de la muerte y de la vida.



FRAGMENTOS POETICOS

DE

PABLO DE CÉSPEDES.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

(En un Discurso leído en la real academia de San Fernando en 14 de julio de 1781.)

DEDICADO continuamente CÉSPEDES á las artes y á las letras, hizo en uno y otro los mas brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaria para darle un lugar muy distinguido entre los poetas literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué menos feliz que su pluma, pues escribia y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caracteres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino lo reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

DE DON JUAN AGUSTIN CEAN BERMUDEZ.

(En el tomo primero del *Diccionario de los ilustres profesores de las Bellas Artes*; Madrid, 1800.)

Su poema de la pintura, cuyos trozos conservamos por el celo de Francisco Pacheco, es superior al que escribió en latin Du-Fresnoy, y á los de Le-Mierre y Watelet en francés, por su mejor plan y division, por la elevacion y claridad de ideas, por la pureza del idioma y por la armoniosa versificacion de sus octavas rimas.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofia moral y elocuencia*.)

Entre las clases hay de poemas filosóficos: los primeros, que con mas propiedad se llaman didascálicos, y son aquellos en que se dan preceptos de un arte ó ciencia, como las geórgicas de Virgilio, el de la naturaleza de Lucrecio y el de la agricultura de Arato. De esta especie es el de Pablo de CÉSPEDES sobre la pintura, del cual, por desgracia, solamente pocos fragmentos nos han quedado... Lo poco que de él... poseemos será materia de eterno desconsuelo por lo que de él hemos perdido. El episodio, en que con el motivo de la tinta introduce el elogio de los escritores que han ilustrado el linaje humano, de los grandes poetas, y especialmente de Virgilio, nada tiene que envidiar al mas perfecto de cuantos en las geórgicas de este leemos.

FRAGMENTOS

DE

EL ARTE DE LA PINTURA ⁽¹⁾.

LIBRO PRIMERO.

Mueve al alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento;
Arde, que nos parece ser divinidad;
Inspiración de pretendido intento;
Si el desierto vigor donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diría el arácnido soberano
Sin par do llegar pudo estudio humano.

¿Cuál principio conviene á la noble arte?
¿El dibujo, que él solo representa (2)
Con vivas líneas que redobra y parte,
Cuanto el aire, la tierra y mar sustentan?
El concierto de músculos y parte
Que a la invención las fuerzas acrecienta?
El bello colorido y los mejores
Modos con que florece, ó los colores? (3).

Comenzaré de aquí: «Pintor del mundo,
Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último día del reposo
A luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asiento luminoso
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura,

»Con que tan lejos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
Y el traslucido esmalte soberano
Con inflamadas luces y distintas
Muestras tu diestra y poderosa mano
Cuando con tanta maravilla pinta
Los grandes signos del etéreo claustro
De la parte del Elice y del Austro;

»Al ufano pavón alas y falda
De oro bordaste y de matiz divino,
No vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce y el zafiro alegre y fino;
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino,
Y la tierra amenisima que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

»Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario globo;
Todo volante género atrevido,
Que al aire y niebla hiende en presto vuelo;

(1) Sigo el texto de Pacheco en *El Arte de la pintura*, y también el orden con que puso estos fragmentos.

(2) Toda esta estancia se halla en el texto de don Ramon Fernandez sin interrogancia. El segundo verso dice en este:

Del dibujo, que él solo representa.

(3) Modos con que florece, y los colores.

Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De tí, mi inculco ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance, y yo a tí solo invoco.»

DE LA FORMACION DEL HOMBRE.

Un mundo en leve forma reducido,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna,
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la exterior parte avive, y mueva (4)
Los miembros frios de la imagen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada;
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusión mezclada,
O del indio marilil traslucida y pintada
La limpia tez con la sidonia tinta.

LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS PARA LA PINTURA (5).

Será entre todos el pincel primero
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero
(El bégido es mejor y en mas tenido);
Sedas el jabali cerdosos y fiero
Parejas ha de dar al mas crecido;
Será grande ó mayor, según que fuere
Formado á la ocasión que se ofreciere (6).

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano (7),
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el tenido pincel vacile en vano;
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas na elegante mano,
De ébano ó de marilil, asta que se entre
Por el cañon y con el pelo encuentre (8).

Demás un tablancillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,

(4) Que la parte exterior avive, y mueva.—*Texto de Fernandez*
(5) Pacheco dice que estas estancias son del libro primero. Si
gun se ve en el *Arte de la pintura* de este autor, preceden las si
primeras á la que empieza:

Una ampolla de vidrio cristalina.

Se restituyen pues á su lugar, no obstante que don Ramon Fe
nandez y otros las colocan al fin de los Fragmentos.

(6) Según Pacheco, alusión á las brochas.

(7) Según el mismo, el tiento.

(8) Según el mismo, astas de los pinceles

O de aquel otro que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores (9).

Un pórvido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara (10),
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara;
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco mas que vara (11),
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alcas ó bajas.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla, que el perill recuadra,
Tendrás tambien, de acero bien labrado,
No faltará ocasion, la justa escuadra;
El compás del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta
El salto donde el paso mas se aumenta.

Demás de esto, un cuchillo acomodado (12),
De sus perdidos filos ya desnudo (13),
Que incorpore el color, y otro delgado
Que corte sin sentir, fino y agudo (14);
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos á olio en blando frío,
Del calor los defienda y del estío (15).

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio con que mas cómodo se pinta (16);
Con estas otra que á la par destina (17)
A la letra, y dibujo oscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fértil Soma.

DE LA DURACION DE LA TINTA.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos,
No en el oro ó el bronce, ni ornamento
Pario ni en los colores exquisitos;
La vaga fama con robusto aliento
En él espárese los caneros gritos (18)
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella (19)

(9) Segun Pacheco, tablon de peral ó de boj.

(10) Segun el mismo, losa.

(11) Segun el mismo, el caballete.

(12) Segun el mismo, cuchillo de templar colores.

(13) En la coleccion de Fernandez, en la de Quintana y otros se lee así el verso:

De sus páfidos filos ya desnudo.

Sigo el texto de Pacheco.

(14) Segun Pacheco, el cuchillo de cortar plumas.

(15) Segun el mismo, colores en sus conchas dentro y fuera del agua.

(16) Así Pacheco; Fernandez y Marchena leen:

Olio con que mas cómoda se pinta.

(17) Así Pacheco; Fernandez, Marchena y otros dicen:

Con estas otras que á la par destina.

(18) Fernandez, Marchena y otros escriben:

En él espárese los sonoros gritos.

(19) Con la soberbia sepultura bella.—*Textos de Fernandez y otros.*

De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reina, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejara y los colores
De versos y cruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo va que cubre el yermo suelo;
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un día
Deshizo el reino tan temido y fuerte;
Crece la inculta yerba do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte;
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte;
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista, desaparece;
Breve suma de números que allana
La Parca cuando multiplica y crece;
Tirana suerte en condicion humana,
Que con nuestros despojos enriquece.
Deuda cierta nacemos y tributo
Del gran tesoro del hambriento Pluto (20).

Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos;
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en si y deshechos,
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte;
Ella lo sabe y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hervió de parte á parte,
Caverna ahora del leon velloso,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis tambien menos amigos
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor, último daño (21),
¡Oh Numancia! oh Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño;
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué? Si la edad hambrienta lleva (22)
Las peñas enricadas y subidas,
El fiero diente y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas;
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas;
Hiéndose y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar y cuanto asconde en el profundo,
¿No vemos que refrena ó va á la mano
De la natura el gran poder sereno?
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?

(20) Fernandez omitió esta octava.

(21) Mas por vuestro valor ó último daño.—*Texto de Fernandez.*
Mas por vuestro valor el postrer daño.—*Texto de Marchena.*

(22) Así Pacheco; Fernandez lee:

¿Que si el tiempo y la edad hambrienta lleva.

Marchena pone:

Que así el tiempo y la edad hambrienta lleva.

¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde,
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra de morir ó se diliere.

No creo que otro fuese el sacro rio
Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente,
Ataja de los siglos la corriente;

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
Del áurea eternidad halló el camino;
Puso en el trono del púrpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasaje y la creciente de Numico.

PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO.

Primero romperás lo menos duro
Deste arte, poco á poco conquistando;
Procura un orden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comiezu de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo lineal el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el continuo
Trabajo hace práctico y despierto,
Y después que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino
Ni por allí te engañe cerca el puerto;
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y coniazas enemigas.

Así la universal naturaleza
Cuantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza
Ni con osado pié huellan el suelo;
Que el sabor de la leche la ternieza
Funde y condense del púrpúreo velo (25);
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de mas perfecto estado,
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado;
No quieras adornar mas tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado;
Que cuanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agujero,
No puede, según esto, sucederte
Menos el resto que el sudor primero;
Por ende con abinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guía
La libre obstinacion de tu porfía.

La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamás pintado,
Que hizo el Bonarrot de su mano
Divina en el etrusco Vaticano (24).

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,

Que puesto eneima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosa
El siglo inocente y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del gran Augusto (25).

¡Oh, mas que mortal hombre, ángel divino!
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Esto sé; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto,
De la reina virtud; á ti se debe
Honra que en cierto día el sol renueve.

LIBRO II.

DE LA PROPORCION DE LOS HOMBRES.

Y aunque en la proporcion generalmente
De los antiguos muchos dilirieron,
Una intento seguir, la mas corriente
Que en las mayores obras eligieron;
Yo la vi y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.

Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es mas crecido
Y do mas bajo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

DE LA PROPORCION DE LOS ANIMALES.

El estudio no menos y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones;
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebel, el crudo alano
Pintado, ser de grande ornato hallo;
El jabali espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande numero que callo;
Mas sobre todo ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura (26).

PINTURA DE UN CABALLO.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera;
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

(25) Funde y condensa en el corpóreo velo. — *Texto de Fernandez.*

(24) Según Pacheco, en el *Arte de la pintura*, alude aquí CÉSPEDES al fresco del Juicio final hecho por Miguel Angel.

(25) Según Pacheco, alude CÉSPEDES al tiempo del emperador Cárlos V. Fernandez lee este último verso:

La fortunada edad del grande Augusto.

(26) El aliento, el caudal y la hermosura. — *Texto de Fernandez.*

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulfa hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdenosos,
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso caminando ignota puente
Se le opone al encuentro, y delantero
Precede á todo el escuadron siguiente (27);
Seguro, osado, denodado y fiero
No dude de arrojarle á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de léjos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en un parte;
Crece el resuello, y recogido el viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte;
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cílaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales;
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales;
Tal con el tremolar de líbia pluma (28)
Volaban por los campos designales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles (29),

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mío (30);
Que la vitoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio;
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frío,
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelagosa lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece harto
Mas vivo y puro que el diurno eletro,
Rendido el persa, el agareno y parto
A su valor con sonoro pleto;
Si, el suelo tiene aun quien venza y quiebre
De Esmirna* y Roma el presumir celebre.

Cuales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van alabrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones;
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de ti tales varones,
Cuya virtud cual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran marqués de Priego (31).

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos,
Córdoba, de laureles adornada
Y de palmas sus altos fundamentos;
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.

Y si tú, grave citara, pretendes
Seguir este subido heroico intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento;
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera
Que ya tomaste á proseguir primera.

DE LA PERSPECTIVA.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva
Los primeros abriera, y los secretos
Que encierra en sí la docta perspectiva;
Como extendidos por el aire y rectos
Los rayos salen de la vista esquivo;
Como al término llegan de su intento,
Do paran como en basa y fundamento;

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza andaz, que al fin sucede,
De mirar dónde acaba y dónde parte
El corte de las líneas, y dó quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma y con mayor belleza.

DEL ESCORZO.

Acórtase por esto, y sè retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman *escorzo*, introducido
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extranjeras conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre;
Ora pues ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperle el paso á la sublime rueda.

LA PINTURA DE ALEJANDRO POR APÉLES.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envía
El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió el Asia, y la porfía
De los partos huyendo vencedores,
Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.

(27) Preceda á todo el escuadron siguiente. — *Texto de Fernandez.*

(28) Tal con el tremolar de Lidia pluma. — *Texto de Marchena.*

(29) Así Pacheco; Fernandez y Marchena dicen:

Las del carro feroz del grande Aquiles.

(30) Segun Cean Bermudez, aquí aludió Céspedes al marqués do Pego, de quien se habla en la nota siguiente.

(31) Segun Cean Bermudez, fué don Pedro Fernandez de Córdoba y Aguilar, tercer marqués de Priego, cuya casa se señaló por la mejor casta de caballos.

DE LA CUADRICULA.

Bien hay donde extender la blanca vela
 Por ancho campo, donde el fin no es cierto (32),
 Y traer mil preceptos que la escuela
 Tuvo de los antiguos y el concierto;
 Mas mientras la intencion mas se desvela,
 Mas cerca pide el deseado puerto;
 Con todo, descubrir el fin se debe
 Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz, sabrás que hay una
 Industria con que muchos han obrado,
 Y acudiendo el favor de la fortuna (33),
 Y el suceso al estudio y al cuidado,
 Sus pinturas ilustres una á una
 Las colocaron en tan alto grado,
 Tan firmes, que la fuerza no ha podido
 Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido (34).

Harás de cuatro listas bien labradas,
 Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
 Y por iguales trechos señaladas
 A la redonda sean del recuadro;
 De señal á señal atravesadas (35)
 Vayan las hebras á encontrarse en cuadro,
 Cual el vario ajedrez suele mostrarse,
 Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás como quisieres la figura
 En tabla ó en papel representarla,
 En la cual se descubra en la escultura
 Un movimiento vivo en que mirarla;
 De suerte la acomoda en la postura
 Que habrás despues con tintas de pintarla,
 Si aspira el noble pecho á la alta gloria
 Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
 De esta figura y de tu opuesta vista,
 La membrana ó papel tendrás dispuesto,
 Do tu dibujo con razon consista;
 Un trazo suba por derecho enhiesto,
 Y corra por través la ciega lista
 Con otros tantos cuadros y señales,
 Todas al justo ó todas desiguales.

Y luego mirarás por dónde pasa
 Cierta el contorno de la bella idea,
 De rincon en rincon, de casa en casa
 De aquella red que contrapuesta sea;
 A tus cuadrados los perfíles casa
 Con oscura ematite, do se vea (36)
 El escorzo tan justo, con efeto
 Igual en todo al imitado objeto.

DE LA IMITACION DE LA NATURALEZA.

Y pues ya sale y resplandece y dora
 Con belleza de luz del nuevo día
 El cielo oscuro la florida aurora,
 Y alza la faz rosada al aura fria,
 A vos llamo y á vos convoco ahora,
 Ilustre y animosa compañía,
 Que conmigo entendido aquella parte
 Habeis de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar, si al vivo
 Despliega el matiz y apenas llega,
 Si con humilde ingenio lo que escribo
 Mal el verso declara ó mal despliega?

(32) Por ancho campo, donde el fin es cierto. — *Texto de Fernandez.*

(33) Y acudiendo el favor en la fortuna. — *Texto del mismo.*

(34) Del tiempo oscurecerlos, ni el olvido. — *Texto del mismo.*

(35) El texto de Pacheco dice:

De señal la señal atravesadas.

(36) Segun Pacheco, alude al lápiz negro.

Del natural pretende alto motivo
 Seguir que á solo estudio no se entrega;
 Del natural recoge los despojos
 De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y si supieres
 Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
 No te canses mirarlo, y lo que vieres
 Conserva en los diseños que sacares;
 En la honrosa ocasion y menesteres
 Te alegrará el provecho que hallares;
 Y con vivos colores rescita
 El vivo que el pincel é ingenio imita.

No me atrevo á decir ni me prometo
 Todas las bellas partes requeridas
 Hallarse de continuo en un sugeto,
 Todas veces sin falta recogidas;
 Aunque las cria sin ningún defeto,
 A todas en belleza preferidas,
 Naturaleza, tú entresaca el modo,
 Y de partes perfectas haz un todo.

DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA.

En el silencio oscuro su belleza,
 Desnuda de alectadas fantasías,
 Le descubre al pintor naturaleza
 Por tantos modos y por tantas vías,
 Para que el arte atienda á su lindeza
 Con nuevo ardor cuando en las cumbres frias
 La luna embiste blanca y en cabello
 Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
 De arboresdos silvestres y sombríos,
 Los sacros bosques, selvas extendidas
 Entre corrientes de cerúleos rios;
 Vivos lagos y perlas esparcidas
 Entre esmeraldas y jacintos frios
 Contemple, y la memoria entretenida
 De varias cosas queda enriquecida.

PREDICCIÓN DE SÍ MISMO.

Si dispusiese el soberano cielo,
 Cuyo imperio corrige y ley gobierna
 Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,
 Y el estado mortal siguiendo alterna,
 Que despues que dé vuelta el leve vuelo
 Del tiempo, que consume y desgobierna
 Cuanto produce y cria el universo,
 Viviese la memoria de mi verso,

Será quizá que entre otros desvarios
 En que dan los que aquesta humana senda
 Huellan, mirase en los preceptos míos
 Uno que alzarse á la virtud pretenda,
 Y añadiendo al cuidado nuevos brios,
 Levantar á su antiguo honor empresa
 Esta arte ya perdida y cosechada,
 Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estubo,
 Y pasaron mil años, escondida,
 En tanto que la niebla oscura tuvo
 De la ignorancia la venda sin vida,
 Hasta que afortunadamente hubo
 Quien la ensalzó do ahora está subida;
 Mas, como todas cosas, nunca puede
 Firmarse donde perinanezca y quede.

No asienta en nada el pié ni permanece
 Cosa jamás criada en un estado;
 Este hermoso sol que resplandece
 Y el coro de los astros levantado,
 El vago aire y sonante, y cuanto crece
 En la tierra y el mar de grado en grado
 Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
 Y revuelven los grandes elementos.

FRAGMENTO

EN ELOGIO DE FERNANDO DE HERRERA ⁽³⁷⁾.

A FRANCISCO PACHECO.

Bien puedo confiar de la bonanza
Que tantas veces prometió el engaño,
Y trocar en dolor tierna esperanza;
Que el corazon alimentó en mi daño;
Mas ya no mas, no burlé confianza
Con mentirosa faz al desengaño,
Y cambie el aura presurosa y viva
La fortuna, el amor mi mente esquivá.

Volví mis ojos con descuido un día,
Con descuido volví los ojos míos
A dos soles bellísimos, y vía
Con un casto desden mostrarse pios.
¡Oh qué breve contento! Oh qué alegría
Cada día! Oh bienes de mí bien vacíos!
Niebla oscura y cruel cubrió el tesoro
Que vi por las patentes puertas de oro.

¿Qué hago pues? ¿Adónde iré, que pueda
O remediar ó desterrar mis males?
Allá quizá do el gran planeta veda
Aliento á los ardientes arenales,
Y con perpetua sed la Libia queda
Yerma de gentes, bosques y animales,
O con pié vago por contrarios axes
De Scitia fiera o del gortinio Oaxes.

Dichoso tú, pues tan dichoso hubiste
El raro don del cielo soberano,
Donde el cielo, ¡oh Pacheco! en que consiste
La flor suprema del ingenio humano,
Que con vivos colores mereciste
Llegar do llega artificiosa mano,
Y con el verso numeroso en suma
A emparejar con el pincel la pluma.

Tú, que del torpe olvido soñoliento
Levantaste la imágen verdadera
Contra la ley del tiempo y movimiento
Al divino Fernando de Herrera;
A tí pues toca con sublime acento
Celebrar sus despojos de manera,
Que no envidie de Mausolo la gloria
Ni de la antigua Méfisis la memoria.

Tú, Pacheco, en la sombra opaca y fría
Enseñas sosegado al monte, al llano,

El nombre á resonar, que en tí confia
Vivir, y al tiempo no resiste en vano;
Dichoso si los dos en compañía
El sagrado argumento mano á mano
Proseguirán contigo; ver espero
El echionio Pindaro y Homero.

Dos que exceden al rayo almo y sereno
Que á la hermeja aurora va delante,
Dos esparcidas luces del terreno
Que el hermano ilustró del mauro Atlante:
Don Juan de Arguijo, en el aonio seno
Criado en Pindo ú Olmo resonante,
Y Juan Antonio del Alcázar, guía
De valor, de nobleza y cortesía.

Carta ninguna habrá que aceta sea
De laureado Febo y rubio, cuanto
Aquella en cuya frente escrito lea
El nombre de Herrera ilustre bando.
Herrera el bosque resonar se vea,
Y forme al viento volador su canto,
El verde mirto y el laurel florido,
Y el álamo de Alcides escogido.

Desplegaba ya el aura el áureo velo
Do resplandece su inmortal tesoro,
Y el aire alegre en el color de hielo
Muestra un misto matiz de fuego y oro.
Ni recoge del todo el dubio cielo
Las bellas luces del ardiente coro,
Ni el cándido ligustro y amaranto
Rehuye en parte el colorido manto.

En aquella sazón con paso lento
La reina del amor y hermosa,ura,
Dejando el mar cerúleo y el asiento
De Nereo y la onda mal segura,
Sulcaba el campo del sereno viento
Entre una niebla transparente y pura,
Arriba acaso, do con voz, Fernando,
Triste cantaba y con acento blando.

Repíte dulcemente sus querellas
Al vario son de resonante plectro,
A la par los dos soles y las bellas
Idalias flores y esplendor de electro;
Culpa el fiero destino y las estrellas
Señoras y el soberbio indigino cetor
Que le sujeta á dura ley y esquivá,
Que del mal de que muere espire y viva.

Como el concierto oyó la cipria diosa,
La voz suave y la meonía lira,
Revuelve el carro de obra artificiosa,
Donde el oro y valor menos se admira;
Hace callar la escuadra numerosa
Que el rico peso por el aire tira;
Todas se ven enmudecer, y en tanto
Vénus comienza el regalado canto.

(37) Este fragmento fué publicado por vez primera en el *Semanario pintoresco* (número 38, año de 1843). Hállase al fin de la vida de Herrera en el manuscrito intitulado *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, por Francisco Pacheco. Para el texto me he servido de una copia que me facilitó mi erudito amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno. Pacheco dice al copiar estos versos: «Aunque muchos aventajados ingenios hicieron versos en su alabanza, me pareció poner aquí parte de un elogio de PABLO DE CÉSPEDES, por ser persona á quien estimó mucho Fernando de Herrera.»



POESIAS

DE

FRANCISCO PACHECO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

En loor de Fernando de Herrera (1).

Goza, oh naci6n osada, el don fecundo
Que te ofrezco en la forma verdadera
Que imaginé del culto y gran Herrera,
Y el fruto de su ingenio alto y profundo.
Ya que amaste al primero, ama el segundo,
Pues pudo el uno y otro en su manera,
Aquel honrar del Tajo la ribera,
Este del Bétis, y los dos el mundo.
El dulce y grande canto el espumoso
Océano á naciones diferentes
Lleve, y dilate infano su pureza,
Porque tu nombre ilustre y generoso
No invidie ya otras liras mas valiente,
Ni del latino ó griego la grandeza.

II.

A la muerte de Miguel Angel.

(Traduccion del que escribió Laura Batiferra
de gli Ammannati.)

Razon es ya que el mármol duro, helado,
Que espíritu de ti recibió ardiente,
Vierta lágrimas tristes, pura frente
Vuelto, de vida y honra despojado;

Razon es que el color vil ó preciado
Que á tanta forma ministró valiente,
Persuadiendo verdad en lo aparente,
Sin valor muera en su primer estado;

Razon es ya que el alto ilustre templo
Que adornaste con sacro y real decoro,
Oscuro quede del dolor vecino;

Y que lloroso de Aganipe el coro
Viva, pues no de hoy mas, cual raro ejemplo,
Versos te oirá cantar, Angel divino.

III.

A Diego de Silva Velazquez (2).

Vuela, oh jóven valiente, en la ventura
De tu raro principio; la prauanza

Honre la posesion, no la esperanza
Del lugar que alcanzaste en la pintura.
Animete la angusta alta figura
Del monarca mayor que el orbe alcanza,
En cuyo aspecto teme la mudanza
Aquel que tanta luz mirar procura.
Al calor deste sol tiembla tu vuelo,
Y verás cuánto extiende tu memoria
La fama por tu ingenio y tus pinceles;
Que el planeta benigno á tanto cielo
Tu nombre ilustrará con nueva gloria,
Pues es mas que Alejandro, y tú su Apéles.

IV.

Andrómeda y Perseo.

La virgen del color patrio teñida
En duro lazo aguarda en alta roca,
Por la voraz armada horrible boca
El triste fin de su fatal partida.

Por azabache y perlas conocida
Pluvia y cabello que la cubre y toca
Fué del jóven vendido, á quien provoca,
Por no morir, á darle dulce vida.

Y mi parte inmortal por culpa oscura
Del dragon casi ya en la boca tiera,
Aun á su libertad niega el desseo;

Y aunque fuerza del cielo la asegura,
Ni el daño teme ni el remedio espera;
¡Tanto es ingrata al celestial Perseo!

V (3).

A Cristo.

Pudieron numerarse las señales
Que en vuestra carne delicada y pura
¡Oh imagen de la eterna hermosura!
El reparo imprimió de nuestros males;

Aunque fueron en si tantas y tales,
Que el ingenio, no solo á la pintura,
Vencen, y tú; oh sagrada vestidura!
A trasladar en ti su gloria vales.

Mas el amor que ceta el rojo velo
¡Quién lo podrá contar, si aun el efeto
La arte roble á formarlo no es bastante?

Fué sin principio, eterno será. ¡Oh cielo!
¿Cómo á tan grande amor no me sujeto?

¿Qué hago ¡oh piedra! en deuda semejante?

(1) Hállase este soneto al frente de la edicion de las obras de Fernando de Herrera hecha por Pacheco.

(2) Léese este soneto en el *Arte de la pintura* con el epígrafe siguiente: «A Diego de Silva Velazquez, pintor de nuestro católico rey Felipe IV, habiendo pintado su retrato á caballo, le ofreció su suegro Francisco Pacheco, estando en Madrid, este soneto.»

(3) Pacheco dice en el *Arte de la pintura*: «Es decir, el Señor que une estrechamente consigo aquella veste incorporea sutil que representa sus escogidos, estando bañado en su propia sangre, para que, teñida en la flor della, quede hecha purpura real.»

VI.

A don Fernando Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá (4).

Osé dar nueva vida al nuevo vuelo
Del que cayendo al piélago dió fama,
Príncipe excelso, viendo que me llama
El honor de volar por vuestro cielo.

Temo á mis alas, mi subir recelo;
Oh gran Febo! á la luz de vuestra llama;
Que tal vez en mi espíritu derrama
Esta imaginacion un mortal hielo.

Mas promete al temor la confianza
No del jóven la muerte, antes la vida
Que se debe á una empresa gloriosa;
Y esta por acercarse á vos se alcanza;
Que no es tan temeraria mi subida,
Puesto que es vuestra luz mas poderosa.

MADRIGAL.

(Traduccion del Marino.)

A una imágen de la Virgen con Cristo muerto en su regazo,
obra de Miguel Angel.

No es piedra esta Señora
Que sostiene piadosa, reclinado
En sus brazos, al muerto Hijo helado;
Mas piedra eres ahora
Tú cuya vista á su piedad no llora,
Antes eres mas duro;
Que á muerte tal las piedras con espanto
Se rompieron, y aun suelen hacer llanto.

A LA IMÁGEN DE LA NOCHE,
obra de Miguel Angel.

(Traduccion de unos versos latinos.)

La noche, que en accion dulce al reposo
Rendida ves, de un ángel fué esculpida
En esta piedra, y dale el sueño vida;
Llámalas y hablará, si estás dudoso.

(Traduccion de la respuesta de Miguel Angel.)

Dormir y aun ser de piedra es mejor suerte,
Mientras la invidia y la vergüenza dura,
Y no ver ni sentir me es gran ventura;
Pues calla ó habla bajo, no despierte.

SOBRE LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA.

Fragmento (5).

¡Cuán frágil eres, hermosura humana!
Tu gloria en esplendor es cuanto dura
Breve sueño, vil humo, sombra vana.
Eres humana y frágil, hermosura,
A la mezclada rosa semejante,
Que alegre se levanta en la luz pura;

Pero vuelta la vista en un instante,
Cuanto cambia el azul el puro cielo
Las hojas trueca en pálido semblante.
Yace sin honra en el humilde suelo;
¿Quién no ve en esta flor el desengaño,
Que abre, cae, seca el sol, el viento, el hielo?

Á LA MUERTE DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Habiendo llevado el cielo
El primer Lope del mundo,
¿Qué mucho lleve el segundo,
Si no los mercede el suelo?
Mas déjanos un consuelo
Con pérdida tan extraña:
Que cuanto sol y mar baña
Celebrará la memoria
De los dos, que fueron gloria
La mayor que tuvo España.

EL PINCEL.

Enigma.

De un humilde animal vengo,
Soy blando de condicion,
Y sin lengua doy razon
De todo, aunque no la tengo;
Y aun parece mas que humano,
De mi poder la grandeza,
Porque otra naturaleza
Hago al que me da la mano.

Lo que estimo sobre todo,
Que no solo artificiales,
Pero sobrenaturales
Cosas hago en alto modo.

Todo cuanto quiero hago,
Y lo vuelvo á deshacer;
Sin término es mi poder
Y sin término mi estrago.

Es mi poder en el suelo
Tan semejante al Eterno,
Que puedo echar al infierno
Y puedo llevar al cielo;

Y aquí para entre los dos,
Llega mi poder á tanto,
Que no solo haré un santo,
Pero haré al mismo Dios.

Á PABLO DE CÉSPEDES.

Fragmento.

Mas; oh cuán desusado del camino
Que intenté proseguir tomé la via,
Honor de España, Céspedes divino!

Vos podeis la ignorancia y noche mia,
Mas que Apéles y Apolo, ilustremente
Volver en agradable y claro dia;

Que en vano esperará la edad presente
En la muda poesia igual sugeto,
Ni en la ornada pintura y elocuente.

A la futura edad prometo
Que el nombre vuestro vivirá seguro
Sin la industria de Sostrato, arquitecto.

El faro excelsa torre, el grande muro,
Mausoleo, pirámides y templo,
Simulacro, coloso en bronce duro,

Vuelto todo én cenizas lo contemplo;
Que el tiempo á dura muerte condenadas
Tiene las obras nuestras para ejemplo.

Mas si en eternas cartas y sagradas
Por nos se extiende heroica la pintura
A naciones remotas y apartadas,
Cercando de una luz excelsa y pura
En el sagrado templo la alta fama,
En oro esculpirá vuestra figura.

Ahora para la luz de vuestra llama
Sigo el intento y fin de mi deseo,
Encendido del celo que me inflama.

(4) «Así tambien comencé el año de 1605 á pintar de colores los lienzos de fábulas del camarín de don Fernando Enriquez de Ribera, tercero duque de Alcalá, á la sazón que Pablo de Céspedes estaba en Sevilla, el cual quiso ver cómo manejaba el temple, y yo le mostré el primer lienzo que hice para muestra... Esta era la fábula de Dédalo y su hijo Icaro, cuando, derretidas las alas, cae al mar por no haber creído á su padre. Y me acuerdo que viendo el desnudo del mancebo pintado, dijo Céspedes que aquel era el temple que habian usado los antiguos, y que él se acomodaba al que habia aprendido en Italia, llamado aguazo... Pues este lienzo en el techo vi que conseguia lo que habia deseado, concerté la obra en mil ducados, y ofrecí con el lienzo un soneto al Duque, que por descansar y dar gusto al lector lo pongo aquí.»—FRANCISCO PACHECO, *Arte de la pintura*.

(5) «Hurtaré estos versos de una epístola que envié á don Juan de Jáuregui estando (este) en Roma, y pasen por variedad y por pintura.» PACHECO, *Arte de la pintura*.

LA DEVOCION INDISCRETA.

Cuento.

Era en la sazón dichosa
 Cuando ajena de alegría
 A su esposo y rey hacia
 Honras la sagrada esposa;
 Y andando en su movimiento,
 Un loco encontró un lanzon,
 Y al punto le dió afición
 De guardar un monumento.

Puesto en su ejercicio pio,
 Vido acercarse á rezar
 A un honrado del lugar,
 Pero en fama de judío.

Con la aprehension ó el celo
 Enarboló la cruel
 Asta, con que dió con él
 Mas que aturrido en el suelo;

Y al pueblo, que le cercó
 Para vengar esta injuria,
 Daba voces con gran furia:
 ¿Hemos de guardar ó no?

Falio mío, la razón
 Siga un camino quieto;
 Que nunca el celo indiscreto
 Alcanzó reformation.

EPIGRAMA.

Sacó un conejo pintado
 Un pintor mal entendido;
 Como no fué conocido,
 Estaba desesperado;

Mas halló un nuevo consejo
 Para consolarse, y fué,
 Poner de su mano al pié
 De letra grande *conejo*.

EPIGRAMA (6).

Pintó un gallo un mal pintor,
 Y entró un vivo de repente,
 En todo tan diferente,
 Cuanto ignorante su autor.
 Su falta de habilidad
 Satisfizo con matallo;
 De suerte que murió el gallo
 Por sustentar la verdad (7).

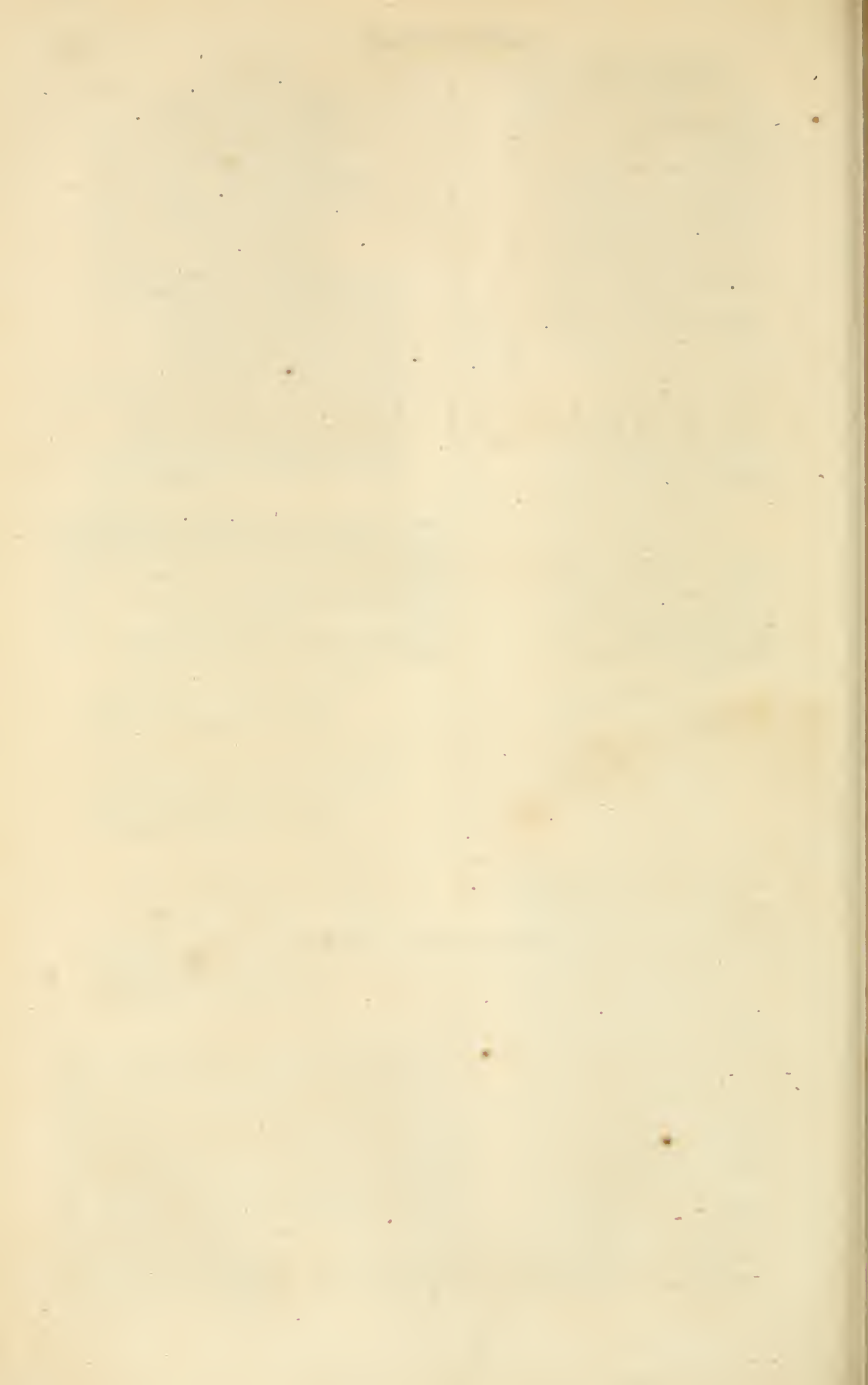
SONETO VII (8).

En medio del silencio y sombra oscura,
 Manto de horribles formas espantosas,
 Veo la bella imagen de tres diosas,
 Compuesta de oro, grana y nieve pura.
 Su ornato, resplandor y hermosura
 Son partes para mí tan poderosas,
 Que aunque enlazado estoy en varias cosas,
 Me arrebatada, entretiene y asegura.
 ¡Oh vos, luces del cielo las mayores!
 Digo, con vuestra paz, que sois vencidas
 De dos soles que en gloria juzgo iguales,
 Y que precio sus claros resplandores
 Tanto, que en estas sombras extendidas
 No envidio vuestros rayos celestiales.

(6) Este epigrama fué primero publicado por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*. Reimprimiólo Pacheco en el *Arte de la pintura*. Corre equivocadamente como obra del conde de Villamediana entre las poesías de este autor. Tradújolo en lengua francesa monsieur de Gramvenville.

(7) Porque dijo la verdad. — *Edición de las obras de Villamediana*.

(8) Publicó este soneto Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres*.



POESIAS

DE

FRANCISCO DE RIOJA.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON J. J. LOPEZ DE SEDANO.

(En el tomo iv de *El Parnaso español*, Madrid, 1770.)

Las obras de este excelentísimo poeta español, aunque son bastantes, no existen impresas ni conocidas. No les falta requisito de cuantos pide la buena poesía, ni de hermosura de pensamientos, ni de propiedad de imágenes, ni de pureza de estilo, ni de armonía y dulzura de la versificación, que no resalten en ellas, principalmente del fondo de moral sobre que las establece; porque no ignorando nuestro autor, como poeta tan docto, que las poesías de asuntos amorios ó tomados de imágenes simples y materiales, pero desnudas de ejemplo ó moralidad provechosa, no tienen mas utilidad que el mérito del buen lenguaje y la viveza de las pasiones, para darlas mas realce dirigió todas sus obras á ejemplos y alusiones morales de mucha oportunidad y conveniencia.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*.)

Mas quien elevó hasta el ápice de la perfeccion la poesía lírica fué su paisano, y acaso su discípulo, RIOJA (1). El afecto que la célebre cancion á las ruinas de Itálica anima es la melancolía filosófica que las vastas reliquias de los edificios en que se ufanaba el humano poderío en los mortales infunde. Tremendos documentos de la flaqueza del hombre y la fuerza de la naturaleza, el moho que sus derribadas columnas carcome, el amarillo jaramago que en los fragmentos mal seguros de sus medio allanadas paredes crece, nos están contino señalando la honda sima que á nosotros, las obras nuestras, nuestros vicios y nuestras virtudes nos ha de sepultar un dia. La aniquilada potencia del pueblo-rey que fundó á Itálica, los soberbios edificios de esta colonia, la gloria de sus hijos, señores los unos del universo, ilustres otros por sus tareas literarias, todo se retrata con viveza á la mente del autor. Las regaladas termas, el vasto anfiteatro, los palacios que habitaron los Césares, hijos de Itálica, las piedras que publicaban sus hazañas, todo

(1) Marchena habla de Fernando de Herrera.

ha sido víctima del tiempo y la muerte. La sacra Troya, la altiva Roma, la docta Atenas se le representan entonces; y tan nobles ruinas aumentan su dolor. Por fin, en el silencio de la noche oye una lamentable voz que grita *cayó Itálica*, eco repite *Itálica*; y al oír tan claro nombre lanzan profundos gemidos las nobles sombras de los altos varones que en su antiguo esplendor la poblaron... La epístola satírica de RIOJA combate con fuerza la loca solícitud de los que pasan la vida pretendiéndolo cargos y humillándose ante los palaciegos; pero mas bien es un elogio de la vida exenta de ambición y codicia, que la expresión de un enérgico encono contra los ambiciosos. Los únicos contra quien se irrita el virtuoso y filósofo poeta son los frailes hipócritas que, ennegados en los vicios mas torpes, predicán la virtud en las plazas y sitios públicos:

No quiera Dios que imite á los varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos atentos
Al aplauso vulgar, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.
¡Qué plácida resuena en las montañas
El aura, respirando blandamente!
Qué gárrula y sonante por las cañas!

POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA.

SONETOS AMOROSOS.

I.

Súplica al Guadalquivir (2).

Corre con albos piés al espacioso
Océano, veloz tarteso río,
Así no cña el abrasado estío,
Tu dilatado curso glorioso,

Y di á mi amor que crece tu espumoso
Seno á las muchas lágrimas que envío,
O esparza la dudosa luz rocío,
O muestre Cintia lustre generoso;

Que viendo en mustio son mi afan ardiente
De ti con crespas lengua resonado
En verde prado ó en sedienta arena,
Será que blandas luces al herviente
Humor muestre, ya en vano derramado,
Mi acerba y dulce y clara luz serena.

II.

A la vid.

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo que al corriente
Cristal yace, de honor destituido;

Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro hielo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido;

Que pues cuando en su lustre florecia
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía,

Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozania
Ornes agora en su funesto estado.

III.

A unos álamos blancos (3).

Ya del sañudo Bóreas el nevoso
Soplo cesó, y el triste ivierno helado,
Dando paso al divino ardor templado,
Huyó al profundo centro tenebroso;

Y vuelve el verde honor al espacioso
Seno vuestro, del hielo despojado,
Sacros pobos, que ornais el intrincado
Curso del claro Guadiamar ondoso.

¡Felices vos, que ufanos al suave
Rayo de Febo coronais la frente,
Libres del yerto humor que os oprimia!

Mas ¡triste yo, que de importuno y grave
Hielo siento oprimir la frente mia,
Léjos de ver mi altiva luz ardiente!

IV.

A un río.

Ménova, que con turbia y alta frente
Vuelas veloz al gran tartesio río,
Horrible á fuerza del pluvioso y frío
Austro, la selva oprime tu corriente;

Y vi yo cuando en la sazón ardiente,
Corriendo apena, de cristal vacío,
Ella te defendió del cano estío,
De tu ceñudo humor mustia y doliente.

No des al aire pues, oh río sagrado,
Raíces de tan tiel y generosa
Selva, que te asombró al estivo fuego.

Templa la saña y el confuso y ciego
Hervir de tu profunda agua espumosa,
Así discurras puro y dilatado.

V.

A unos labios.

Marchite ¡oh! nunca frío y cano hielo
De tus labios la dulce y blanda rosa,
Do la gracia de amor siempre reposa,
Ni otro sitio envidiando ni otro cielo.

De ellos nunca á herir levanta el vuelo
Ni hacha cruda ó flecha rigurosa,
Que una blanda palabra generosa
Arma y enciende en el purpúreo velo.

De éstos pues blandos, rojos y suaves
Labios, do se arma Amor, y que encendieron
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,

Nunca ¡oh tiempo! permitas que los graves
Hielos de edad la púrpura ardiente
Amortigüen, y llama en que me ardieron.

VI.

Al Héspero.

Salve, oh mancebo, flor de la hermosa
Llama que enciende y cerca el puro cielo;
Cuanto menos que Cintia generosa,
Tanto luces mas cándido en el suelo.

Apacible destierra en la sombrasa
Noche el horror de su medroso velo;
Que aun no vibra su hacha luminosa
Vénus, mirando al gran señor de Delo.

Luce en su vez ¡oh Héspero dichoso!
En su silencio, y con tu luz me invia
A mi dulce esplendor y mi cuidado;

Y si tal vez sentiste el amoroso
Fuego que así encendió mi pecho helado,
Dame no errar por tenebrosa via.

VII.

Al Guadalquivir.

Otro tiempo profundo y dilatado
Te vi correr, ¡oh sacro hesperio río!
Y ya te cñe el abrasado estío,
Y tu luciente mármol seca airado.

(2) Mas parece el estilo de Herrera que de RIOJA.

(3) Mas parece el estilo de Herrera que de RIOJA. Lo mismo puede decirse de algunos de los sonetos que van en esta coleccion.

Triste pensaba yo nunca sobrado
Sentir tal vez el ardimiento mío,
O helase el Tánaís el invierno frío,
O regalase el sol su curso helado;
Pero si tú, gran lustre de occidente,
Bétis, siendo deidad del inhumano
Tiempo, la ves y sientes la crueza,
No desespero de mi ardor insano;
Vuelta veré en ceniza la grandeza
Mientras Febo rayare en oriente.

VIII.

Lánguida flor de Vénus, que escondida
Yaces y en triste sombra y tenebrosa,
Verte impiden la faz del sol hermosa
Hojas y espigas, de que estás ceñida;
Y ellas el puro lustre y la vistosa
Púrpura en que apuntar te vi teñida
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre ardiente rosa.
Igual es, mustia flor, tu mal al mío;
Que si nieve tu frente descolora
Por no sentir el vivo rayo ardiente,
A mí, en profunda oscuridad y frío,
Hielo también de muerte me colora
La ausencia de mi luz resplandeciente.

IX.

A don Juan de Arguijo.

Ya la hoja que verde ornó la frente
Desta selva, don Juan, en el verano,
Tiende amarilla por el suelo cano
Fuerza de helado espíritu inclemente;
Y la ova que en agua vi pendiente
De un hueco risco con verdor lozano,
Mustio ya y sin color, despojo vano,
Bétis esplava con mayor corriente;
Y yo así bien no desigual mudanza
Siento en mi mal; que ya mi ardor intenso
Cambia el hielo en ceniza vana y fría.
¿Quién esperó igual bien? ¡Oh grata usanza
Del tiempo, pues fallece á par del día,
Si un hermoso verdor, un fuego inmenso.

X.

Imitación de Horacio.

Aunque pisaras. Laida, la sedienta
Arena que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el aquilon me ofende,
Y del hielo y rigor la pluvia lenta.
Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardín se extiende,
Y que apenas aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.
Pon la soberbia, oh Laida, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El miral que adorné de blanda rosa;
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

XI.

Sobre la inconstancia.

Claro y tranquilo el mar me conducía
A que sulcara su profundo seno,
Y apenas entré, cuando el color sereno
Huyó de Bóreas con la saña fría.
Crespos montes de humor al cielo vía
Subir, y el mar, de oscura sombra lleno,
Cambiar varios semblantes, y el terreno
Asiento entre las olas parecía.
Entonces ¡ay, oh mezuquino! un mortal hielo
Me cubría, y el hueco leño roto
Luchaba con las aguas fatigado.
En tanto afán, con voz ya incierta al cielo
Moví á piedad; libróme, é hice voto
De fiar nunca en ponto sosegado.

XII.

El dolor de la ausencia.

Cuando entre luz y púrpura aparece
La alba, y despierto ¡ay triste! y miro el día,
Y no hallo la dulce Laida mía,
Alba y púrpura y luz se me oscurece.
Lloro, y crece mi llanto cuanto crece
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,
Y un torpe hielo así me ata y resfria,
Que aun la voz para alivio me fallece.
Y á un tiempo apura amor con alto fuego
En este ancho desierto el pecho mío,
Donde el pesar lo aviva mas y enciende.
Lloro pues y ardo; así mi amor se extiende
Tanto, que á luz y á sombra y á rocío
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

XIII.

A una selva.

¡Ay, amarilla selva, que desnuda
Yaces, y en cano y verto humor cubierta!
¿Cómo tu horrible faz en mi despierta
Nuevo mal á mi incendio y llama eruda!
Siéntome ¡ay, triste! arder cuando se muda
Tu frente, y se descubre blanca y yerta;
Y cuando el alma tierra mas desierta
Se ve de luz, mi llama es mas aguda.
Pero ¡qué mucho, oh selva, si la ardiente
Hacha con que te alienta el claro día
Declina tanto al Austro pluvioso!
Y yo estoy tan cercano al resfulgente
Rayo, que de sus luces siempre envía
Mi dulce ardor, Aglaya, y glorioso.

XIV.

Exhortación á amar.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente
¡Oh Aglaya! lisa tez, ni que tu boca,
Que al mas helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente.
¿Ves el sol, que nació resplandeciente,
Cuál con luz desvanece tibia y poca?
Y tú sorda á mis ruegos como roca
Estás, en quien se rompe alta corriente.
Goza la nieve y rosa que los años
Te ofrecen; mira, Aglaya, que los días
Llevan tras sí la flor y la belleza;
Que cuando de la edad sientas los daños
Has de envidiar el lustre que tenías,
Y has de llorar en vano tu dureza.

XV.

A un fresno.

Cuando te miro ¡oh fresno! así al helado
Soplo del aquilon calvo la frente,
Y altivo y blando soplo de occidente,
De purpúreo verdor la cima ornado,
Alegre vuelvo á mi infelice estado,
Y esfuerzo así mi corazón doliente:
«Espera, no importunes al luciente
Cielo con voces y con llanto airado.
»Tiempo será que tan crecida pena
Acabe, y tú luz goces, si oprímido
Yaces ahora en tan profundo hielo.
»Y si el volver del incansable cielo
Da á un mudo tronco el verde honor perdido,
¿Cómo á tí no tu pura luz serena?»

XVI.

De un naufragio.

Yo acaharé infelice en el ondoso
Golfo que ensaña y turba el viento airado,
Pues en nevoso invierno sulqué osado
Piélago así profundo y proceloso.
Ya me arrebató el ponto furioso,
Y miro el leño en piezas desatado.

Entre la espuma errar, ¡ay yo cuitado!
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.

Yo acabaré, pues me rei imprudente
Del manto mar, que inmenso me rodea,
Y volverá en sus olas mis desnudos
Huesos. No lie de cristal luciente,
Tome ejemplo en mí mal quien no desea
Ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

XVII.

Del escarmiento.

Onda náufraga, ¡oh cuál tu leda frente,
Mientras el ocio fácil poseía,
Otra vez me ha engañado, que creía
Siempre tranquilo tu cristal luciente!

Ya no miro encrespase dulcemente
El mar con la aura que occidente invía;
Mas espumosos montes que á porfía
Levanta al cielo el euro furiente.

Tres veces fueron ya que el hondo Egeo
Rompi mal cauto con aguda prora,
Náufrago, y tantas lo sulqué animoso.

Debiera escarmantar, porque no ahora,
Opuesto en vano al mar impetuoso,
Llorara el cierto fin en que me veo.

XVIII.

Pertinacia de un afecto amoroso.

Este sediento campo, que abundoso
De roja mies contemplo en el estío,
Vi cubierto de humor luciente y frío
En el hórrido invierno y proceloso.

Y este de luengos cuernos caudaloso,
Bétis, correr con nuevo orgullo y brio
Vi ya, y descrece, y con angosto río
Entra en el ancho piélagos espumoso.

Mas nunca ¡ay, oh dolor! mi incendio veo
Menguarme un punto, ó robe soplo helado
Honra á la selva, ó tibio la corone.

Y el hado aun en tal grave mal dispone
Que muera en mi importuno devaneo,
En lágrimas y en fuego desatado.

XIX.

A Lesbía.

¿En qué excelso lugar, Lesbía, formada
La nieve fué de tu hermosa frente?
La que á Moncayo coronó luciente
No es blanca, á su pureza comparada.

¿Con cuál purpúrea llama retocada
Fué á partes su belleza floreciente,
Que desmaya y abrasa ocultamente
A la alma mas soberbia y mas helada?

Tus puras luces, dulcemente atroces,
¿Qué rayo celestial cerca y enciende?
¿Cómo suspende tu razon divina?

Mas ¡oh necio, cuán poco las veloces
Palabras pueden! Lesbía peregrina,
Quien menos habla en tí, menos te ofende.

XX.

Poder del amor.

Donde con presto paso y frente leda,
Fedro amigo, caminas diligente,
Llevas ¡oh cuán en vano! la hacha ardiente
Que esparce de la cumbre el humo en rueda.

¿Ignoras por ventura cuánto pueda
Mas extender su luz resplandeciente
La llama que en mi pecho acerbamente,
Y dulce el engañoso amor hospeda?

Esa puede apagar fuerza de viento,
Y la lluvia que ya se precipita
Con impetu del cielo y con ruido;

Pero de Vénus el ardor que siento,
Si la misma deidad no le marchita,
Nunca será de otro poder rendido.

XXI.

A Fabio.

Fabio, tú viste, y luego á la amorosa
Hacha ardiste; no culpo la presteza;
Que es nueva admiracion la alma belleza
De la en tí dulcemente poderosa.

Los cándidos jazmines y la rosa
Que en su frente esparció naturaleza
¿Quién vió jamás, y quién la alta belleza
Y llama de sus luces gloriosa?

Y tú, prudente, que el correr no ignoras
Del puro sol, á oscura noche fria
Ardes en viendo lumbre soberana.

Arde, que huyen las veloces horas,
Y no se sabe si al presente día,
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

XXII.

A Lesbía.

¡Oh cómo cuando vi tu blanca frente,
Lesbía, yo parecí! Cómo encendido
Con nueva llama el pecho endurecido
Ya siento regalar sabrosamente!

Mas ¿cuál admiracion, si á un excelente
Y peregrino amor se ve rendido,
De altivas luces quien miró atrevido
Resplandor que vibraron refulgente?

Pero que en transparente, tersa y pura
Nieve se asconda del helado ciego
La no vencida hacha abrasadora,

Y que muera en incendios cada hora
Quien de nieve tocó humana figura,
¿Oh admiracion! Oh no entendido fuego!

XXIII.

A un pintor.

No canses el ingenio ni la mano
En imitar las luces á la nieve,
Lelio, de aquella faz con que se atreve
Arte sublime á competir en vano.

Que ni el negro cabello simple y vano,
Que tal vez por la frente el aura mueve,
Imitará la tinta aunque mas pruebe
Sobrar en fuerzas al saber humano;

Y ¿podrá las palabras y el aliento
Mentir temple ingenioso de colores?
¡Oh! no hagas tan grave injuria al arte.

Cuando el calor me pintes á las flores,
Y la llama del sol y el movimiento,
De Egle podrás la mas difícil parte.

XXIV.

A Manlio.

Manlio, las pocas horas que solía
Contar al suelo, al ocio y al engaño,
Dolor tuyo y tu incendio con extraño
Sentimiento á mí mente les debía.

Y ni en la sombra ni en la luz del día
Me da apenas alguna desengaño,
Ni la piedad lo ofrece de tu daño,
Llama que no será ceniza fria.

Pues érame escarmiento, peregrina
Forma de padecer, porque temiera
Errar, cual tú, por un Vesubio ciego;

Mas ¿cómo ¡ay! si es la causa tan divina?
¿Oh bien dichoso, aunque abrasado muera!
¿Quién pudo arder en tan ilustre fuego?

XXV.

Consuelo á una hermosura eclipsada por la edad.

Sin razon contra el cielo, Aglaya mía,
Mueves airada el labio porque ha dado
Veloz fin ya á tu lustre y al dorado

Pelo que en tu alba frente relucía,
Si la flor que aparece al mediodía
El crespó seno, en purpura bañado,

Con color se ve en tierra desmayado
Antes que él mismo al mar-tuerza la via;
Porque el fuego y la nieve dulcemente
En tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa
Son que una breve flor? Templa la saña;
Que la fatal disposicion no engaña,
Si á quien alta belleza floreciente
La edad le da de la purpúrea rosa.

XXVI.

Ardo en la llama mas hermosa y pura
Que amante generoso arder pudiera,
Y necia envidia, no piedad severa,
Tan dulce incendio en mí apagar procura.
¡Oh, cómo vanamente se aventura
Quien con violencia y con rigor espera
Que un alto fuego en la ceniza muera,
Mientras un alma á sabor en él se apura!
Si yo entre vagas luces de alba frente
Me abraso, y entre blanda nieve y roja,
Es culpa de tu amor no hacer caso.
No es la lumbré del sol mas poderosa,
Y agrada mas naciendo en el oriente
Que cuando se nos muere en el ocaso.

XXVII.

De los rosados cereos donde suena
Dulcemente ofendido el puro aliento
Pendes ufano, ¡oh búcaro sangriento!
Dando á envidioso amante acerba pena.
Mas que á la mano de artificio llena,
Tanto bien debes al ardor violento,
Y mas que á su primero naciimiento,
Aunque de rara fué y purpúrea arena.
No así de amor sucede al rayo airado,
Que alto, encendido en mi alma se eterniza.
Ardo sin dicha entre la llama ciego;
Mas ¡ay! que sientes tanta gloria helado,
Y si el favor no se comprehende al fuego,
Filis, y no lo envidio en la ceniza.

XXVIII.

Prende sutil metal entre la seda
Que el pelo envuelve y ciñe ilustremente,
El rico lazo que de excelsa frente
Sobre el puro alabastro en punta queda;
O prende la vistosa pompa y rueda
Del traslucido velo refrigente
Debajo el cuello tierno y floreciente,
En quien ó ni el pesar ni el tiempo pueda;
Que en mí será tu aguda punta ociosa,
Y de nuevo herir ó dar favores
No puede otra virtud en ti escondida.
Mientras hay viva nieve y blanda rosa,
Y en desmayados ojos resplandores
Arbitros de la muerte y de la vida.

XXIX.

Filís, la destemplanza con que suena
Tu voz á mi desden siempre me advierte
Que también para ti guardó la suerte
El fuego á que severa me condena.
A tratar nueva injuria como ajena,
Filis, mal puede ser que el arte acierte;
Que no hay remedio á no prevista muerte
Ni prevencion en no advertida pena.
En vano á persuadirme te dispones
Con forzada razon tus falsos hielos,
Si tus alientos no te son propicios.
¿Sabes que dieron providos los cielos
Al humano secreto las acciones,
Solas de su verdad fieles indicios?

XXX.

Rompo con lisa frente las prisiones,
Filis, que tus engaños fabricaron;
Lágrimas tu mentir acreditaron
Contra hábitos de fieles presunciones.
¡Oh cuántas veces, Fili, á tus acciones,
Que mal ardiente llama en mí apagaron,

En mis hielos piedad solicitaron,
Y turbaron prudentes prevenciones!
Pero ya de tu llanto la elocuencia
Y de tus modos el silencio, el arte
No podrá introducir nuevos engaños;
Y yo mas quiero á solas envidiarte
Que ver siempre obstinada la prudencia
Al persuadir de tantos desengaños.

XXXI.

¿Qué secretos no vistos en mis males
Inventas, Cloe? Miro las acciones
Que fabricaron á mi paz prisiones,
Como cuando en tus gracias siempre iguales
También las puras luces celestiales,
Contra quien no hay humanas prevenciones;
Mas ¿qué oculto veneno en ellas pones,
Pues las siento, muriendo, desiguales?
¡Oh modos eficaces y elocuentes,
Cómo habláis en las injurias mías
Lo que niegan palabras y favores!
Que no entendida fuerza de temores
Descubris en silencio; ¡ay! florecientes
Mis glorias llevan los veloces días.

XXXII.

Movió mi fuego á compasión los días,
Y llevaron veloces y severos,
Fili, á tus ojos dulcemente fieros
La flor que perturbó las paces mías;
Y á los que en competencias y en porfías
De pretender vió tu verdor primeros,
Aun la piedad no hace lisonjeros
De las cenizas que contemplan frías;
Como si fuera al tiempo permitido
Volver, y por las luces de tu frente
Rayo de risa centellando ardiera;
Fueras con tu belleza mas prudente,
Y el hermoso color nunca se viera
Con tanto aplauso á sombras reducido.

XXXIII.

Hiere con saña el mar y con porfía
La seca arena á su crueldad desnuda,
Y el agua, siempre en el herir mas cruda,
Temblor envuelto en su furor le envía;
Pero nunca á sus ímpetus desvia
La frente el polvo numeroso, ó duda
Permanecer en su constancia muda,
Por mas que oculto se repare el día.
Solo ofendiendo el ponto entre sus iras,
Suspira en el silencio del arena,
Como si alguna vez fuera ofendido;
Tal, Lisi, entre las lágrimas suspiros,
Y el repetido aliento en mi mal sueña,
Mudo yo á tu furor y endurecido.

SONETOS MORALES.

I.

Pasa, Tirsís, cual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir, y como nieve
Al tibio rayo, desvanece en breve
Todo apacible bien y gloria humana.
Mira cuánto en color, cuánto en lozana
Juventud confiar el hombre debe,
Si así acabó Medrano en vuelo leve,
Subido ya á la estancia soberana.
Siento tu fin veloz, aunque no incierto;
Triste imaginó á aquel que nos aguarda
Solo por no avenirle en pena, en lloro.
Tirsís, deja este mar, vuelve ya al puerto
La nave y busca el celestial tesoro;
Que á nos quizá tan triste fin no tarda.

II.

Este que ves, oh huésped, vasto pino,
Útil solo á la llama ya en el puerto,
Selva frondosa un tiempo en descuberto
Cielo dió amiga sombra al peregrino.

De la cumbre citoria al ponto vino
 Por la mordaz segur el tronco abierto,
 Y despues alta máquina el incierto
 Golfo abrió siempre con linchado lino.
 Vientos, agua sufrió; llegó al aurora,
 Veloz nave, rompió luengos caminos,
 Y á su patria volvió soberbia y rica;
 Mas no firme á sufrir del mar ahora
 Los impetus, por voto á los marinos
 Dioses Cástor y Pólux se dedica.

III.

Almo, divino sol, que en refulgente
 Carro sacas y escondes siempre el día
 Y otro, y el mismo naces tras la fría
 Sombra que huye la alba luz ardiente.
 Pura y cándida Iltia, que luciente
 Eres del cielo honor, si se desvia
 El áurco rayo que tu hermano envía
 A tu hermosa faz resplandeciente,
 Venid ambos, venid, lustre del cielo,
 Fáciles á mis ruegos; tú, Lucina,
 Seas blanda á Celia en la cercana hora.
 Y pues te honra, oh Febo, con divina
 Voz, da al infante, cuando sienta el hiel
 Del aire, ingenio y dulce voz sonora.

IV.

A las ruinas de una ciudad sepultada en el mar.

Este ambicioso mar, que en leño alado
 Sulcas hoy, pesadumbre peregrina,
 De fundacion en otra edad divina,
 Ha entre soberbias olas sepultado.
 Cuando se ve ceñido y retirado
 Aparece admirable alta ruina,
 Y la llaman; oh Manlio! Salmedina,
 Que sombra de su nombre aunno ha quedado.
 ¿Quién creyera que envidia de grandeza
 En lisoujero ponto se hallara?
 Oh mal segura fe de agua inconstante!
 Borró desta ciudad la ilustre alteza
 Por dilatarse, como ya borrara
 El aucho imperio y el poder de Atlante.

V.

Date en qué ejercitar el sufrimiento
 Y la grandeza de ánimo fortuna,
 ¿Y desmayas así? Ocasión alguna
 Menospreciar debieras de tormento.
 ¿Sabes que es infelice el siempre exento
 De padecer debajo de la luna;
 Que un mal sufrido, y aspereza una
 Número da entre dioses y alto asiento?
 Mira cómo del hierro y la herida
 La mal derecha vid orna su frente
 Con verde veste y con purpúrea gloria.
 Pues la inclita Sagunto, por sufrida,
 Mas que á sus fuertes muros y á su gente,
 Debe á la adversidad su alta memoria.

VI.

Manlio, si alguna vez la igualdad mia,
 De la fortuna en el mayor aprieto,
 Te causó admiracion, verme sujeto
 A tan facil rigor, risa podria;
 Pero si sabes bien de valentia,
 No engañe lo exterior tu alto conceto;
 Que ¿quién sabe si mas violento efeto
 Hizo este mal en mí que en otro haria?
 Nave que pudo al mar embravecido
 Firme sufrir, y al viento mas airado,
 Ya vi perder un arenoso asiento.
 Y el vidrio, á luenga edad nunca rendido,
 Ni del agua y la llama sojuzgado,
 Lo vence y lo consume el blando aliento.

VII.

En vano del incendio que te inflama
 Eternidad presumes, aunque extienda

Su fuerza mas, y el pecho tuyo encienda;
 Que fin breve y veloz tiene quien ama.
 Si furioso y violento se derrama
 Por tus venas en áspera contienda,
 Por mas que el rojo humor se le defienda,
 Pasto será de su ambiciosa llama.
 No temas pues del inconstante y ciego
 Vulgo ser habla un poco, que alterado
 Súbito, como el mar su furia deja;
 Que si soberbio ardor así te aqueja,
 Serás en breve al no sonante fuego
 En humo y en cenizas desatado.

VIII.

A las ruinas de la Atlántida.

Este mar, que de Atlante se apellida,
 En inmensas llanuras extendido,
 Que á la tierra amenaza embravecido,
 Y ella tiembla á sus olas impelida,
 Cubre, Antonio, la parte mas lucida
 Del orbe, y yace envuelta en alto olvido;
 Vivir el hombre apenas ha podido.
 Y fué mayor que el Africa encendida.
 En un sol y una sombra esta grandeza
 La agua cubrió; di, ¿y temes alterado
 De tus males eterna la aspereza?
 ¿Oh cuán cerca te juzgo de engañado
 Si imaginas en animos firmezas!
 Que todo huye cual sombra ó viento airado.

IX.

¿Es esta vez, oh Manlio, la primera
 Que sentiste las iras temeroso
 Del agua y del vulturno proceloso,
 O que llegaste á ver la muerte fiera?
 ¿Por qué la frente con la paz severa
 Turbas ora con llanto vergonzoso?
 De estas olas y viento impetuoso
 En vano acusas la celeste esfera;
 Que no ignorabas tú cuán mal seguras
 Son del mal las lisonjas, y cuán ciertas
 A deslizarse sus tranquilas horas.
 Lloro la humana condicion, si lloras,
 Manlio, y que al mar de ayer nunca despiertas
 Las mientes con que hoy mides tus venturas.

X.

Temes en vano el rayo que te ofende
 Ser en polvo y en humo convertido,
 Aunque del pecho tuyo en lo escondido
 Tanto con ambicioso ardor se extiende.
 El regalo ¿á cuál ánimo defiende?
 Antes lo tiene débil y oprimido,
 Solo constante te hará y sufrido
 A padecer el fuego que te enciende.
 Como el barro, que diestra mano informa
 De la impelida rueda al movimiento,
 Apenas estable en su primer figura,
 Que mientras al agua y viento se conforma
 Yace frágil, y firme sufrimiento
 Le dé la llama con que eterno dura.

XI.

¿Sabes cuán raro bien sigue á las horas,
 Y que podrás apenas en el día
 Contar alguno, y la tristeza mia
 Ya admiras y ya culpas y ya lloras?
 Engañaste si piensas que mejoras,
 O borras así el mal que el cielo envía;
 ¿No ves que al sol, como á la sombra fria,
 Siempre acompañan penas voladoras?
 Juzgó, Manlio, tu mente que sin duda
 El ánimo y el tiempo se mudara
 Si otro el lugar y si otro el aire fuera;
 Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara
 E incógnitas naciones anduviera?
 Que el cielo, ¡ay! y no el ánimo, se muda.

XII.

Vime del Adria en la soberbia fiera
El vigor y el aliento desmayado;
Luego ya de las olas arrojado,
Soy náfrago despojo en la ribera.
Don Juan, ¿en mi ventura quién creyera
Tan súbita piedad de ponto airado?
Temime entre sus iras sepultado,
Y salvo á un tiempo me contemplo fuera.
Colgar húmida veste en sacro templo
Al eterno y comun Señor por voto;
Seré acaso escarmiento al atrevido.
Mas como á mí, inconstante, si al sentido
No asiste en viva imágen para ejemplo,
Viento, y turbado mar y pino roto.

XIII.

Levanto el cuerpo, que sustento apena,
Esta playa, que el ponto hiere y baña,
Libre ya de los impetus y saña
Que teme y tiembla la azotada arena;
Y miro la agua, de piedad ajena,
Que entre montes de espuma con extraña
Cruceza me volvió, cómo ahora engaña,
Que mansamente por la playa suena;
Pero yo, que me vi en el trance extremo
Tantas veces, y sé cuánta distancia
Hay de su alegre á su turbada frente,
Huyo su imágen, aunque vanamente;
Que si conozco su mudanza, temo
Como igual á sus olas mi constancia.

XIV.

¿No viste siempre en firme lazo atadas
La piedad y la fe á la mansedumbre?
Ya en líquida y sonante pesadumbre
Son con frecuente ejemplo desatadas.
Mira cuántas ciudades fabricadas,
Que al cielo amenazaran con su cumbre,
Y arriba fueron por su excesa lumbré,
Callan entre las aguas sepultadas.
Este pues tan cruel, tan ambicioso
Humor, que lame fiero altas ruinas,
Es fiel y pio á la tierra un tronco helado.
¡Oh afectos oh piedad, que al proceloso
Ponto ilustran tus obras peregrinas,
Y á mi ni aun sombra fria no haya tocado!

XV.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
Depósito, Señor, el barro mío?
Llama á polvo fiar mojado y frío
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.
¿Qué superior, qué puro movimiento
Habrá en ardor á quien el peso impio
Pesta tierra mortal apaga el brio,
Y los esfuerzos á su ilustre asiento?
Piedad este encendido soplo aguarda,
Que en mí se balla duramente atado,
Mientra el postrer desmayo se difiere;
Y si entre tanta oposicion dejado
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda;
Que un breve fuego aun sin contrarios muere.

XVI.

A Itálica.

Estas ya de la edad canas ruinas,
Que aparecen en puntas desiguales,
Fueron anfiteatro, y son señales
Apenas de sus fábricas divinas.
¡Oh á cuán misero fin, tiempo, destinas
Obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
Así á igual fenecer los encaminas.
A este barro que llama endureciera
Y blanco polvo humedecido atara,
¡Cuanto admiró y pisó número humano!
Y ya el fausto y la pompa lisonjera
De pesadumbre tan ilustre y rara
Cubre yerba y silencio y horror vano.

XVII.

En mi prision y en mi profunda pena
Solo el llanto me hace compañía,
Y el horrendo metal que noche y día
En torno al pié moleestamente suena.
No vine á este rigor por culpa ajena,
Yo dejé el ocio y paz en que vivía,
Y corrí al mal, corrí á la llama mía,
Y muero ardiendo en áspera cadena.
Así del manso mar en la llanura,
Levantando la frente onda lozana,
La tierra al agua en que nació prefiere;
Mueve su pompa á la ribera ufana,
Y cuanto mas sus cercos apresura,
Rota mas presto en las arenas muere.

XVIII.

No se acredita el día, antes se infama
Con la injuria que hace á la belleza;
Húyenos con oculta ligereza,
Y va tras él la mas ilustre llama.
¿Qué breve fin no temerá quien ama?
Clorí, la dulce flor y la pureza
De tus luces y nieve con presteza
Desvaneciò y enmudeciò la fama (4).
Así en el aire discurrir lucientes
Vi de la tierra alientos estivales,
Y morir cuanto mas resplandecientes;
Y así á importunas lluvias celestiales
Formarse en la agua cercos transparentes,
Sin dejar de su pompa aun las señales.

XIX.

A la fugacidad del tiempo.

Como se van las aguas de este rio
Para nunca volver, así los años,
Y solo dejan infalibles daños,
Que reparar no puede voto mío.
Fundamos esperanzas al estío
Desde el invierno, ¡oh ciego error! oh engaños!
Y nos huyen los tiempos por extraños
Modos, y huye el floreciente brio.
La dulce atrocidad de aquellos ojos,
Ante quien ya perdi color y aliento,
Tras si la lleva á mas andar el día.
Vive tú á la opinion, de honor sediento;
Que yo al ocio plebeyo viviria,
Si apenas hay de lo que fui despojos.

XX.

Si mides tu ambicion con tu fortuna
Mientras la edad sin detenerse vuela,
Sin causa, Fabio, tu razon desvela,
Que haya á tu suerte oposicion alguna.
En lo interior del orbe de la luna
No esperes paz al bien que el almá anhela;
Antes, oh Fabio, al sufrimiento vela
Alegre al que contrario lo importuna.
Como la siempre floreciente llama
Por quien renace y por quien muere el día,
Que igual raya en el cielo y resplandee,
Ya montañas de nubes á portía
En su mayor oposicion parece
Que de hermosas luces las inflama.

XXI.

A un ánimo inecontrastable.

¡Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe, en piezas dividido,
Cae con impetu horrendo, y con ruido
Intrepido te hieren sus ruinas,
Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones; del número embestido,
Ni pasas á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.

(4) Así el texto de Fernandez; Sedano lee:
Desvaneciò y enmudeciò aun la fama.

Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el oriente,
Furioso can latiendo va erizado,
Y ella igual y segura y refulgente
Sube mal advertida á la importuna
Voz del can simple, en daño suyo airado.

XXII.

¡Oh rotos leños y mojado lino;
Horror á la ambicion mas lisonjera,
Que mal fundado error tu luz primera
En la selva turbó robusto pino!
Y tú, atrevida yerba, que camino
A fábrica naval diste en la llera
Agua, ya por su injuria en la ribera
Eres triste escarmiento al peregrino.
¡Oh mil veces dichoso el que igual cuenta
Largas horas en ocio entre sus lares,
Superior á vulgares opiniones!
Que ni la suerte envidiará sedienta,
Ni, inútil peso, temerá en los mares
Espedriñar sus íntimas regiones.

XXIII.

Cánsome en fabricar lenta fortuna
Con el error que á los humanos lleva;
Mas la experiencia á mi razon le prueba
Que igual me ha de seguir la de la cuna.
Esta luz, para mi nunca oportuna,
Solamente en mi daño se renueva,
Ni sé qué mas á sus orientes deba
Que la vez de los casos importuna.
Y estoy ya tan de parte del engaño,
Que fabulosas glorias me propone,
Que accion no acuso de funesta suerte;
Así á sus leyes ambicion dispone
El ánimo, y en tanto errar no advierte
La verdad, que le avisa el desengaño.

XXIV (3).

Quintinio Mesio, pintor.

(Traduccion de un epigrama latino de Sampsonio) (8).

El cántabro metal formé en la llama,
Que impelido y secreto soplo alienta,
Cual ciclope en el monte, que alimenta
Los eternos incendios que derrama;
Y Amor, que raras glorias dió á quien ama,
Mi pecho ardió con hacha violenta,
Y con desden solicitó mi afrenta
En la soberbia lumbré que me inflama.
Pintor, émulo amante, preferido
Vi, y al hierro sonante el pincel mudo,
Pintar me hizo Amor; mis tablas muestra
Breve martillo, oh Pueblo; así en ti pudo
Ser Vulcano pintor introducido
Cuando á Enéas Dione armó la diestra.

Á SAN CRISTÓBAL (7).

(Traduccion de unos versos latinos de Francisco Pacheco
[el tio].)

Cristóbal y fortísimo gigante
Es á quien, caminando en las tinieblas,
La fe, de maravillas obradora,
Amanece; no teme de las sombras

(5) Pacheco pone este soneto en el *Arte de la pintura*, diciendo que «solicitada una honesta doncella en Flándes de un pintor y un herrero, aficionada á la pintura, quisiera que trocaran oficios por admitir al herrero por marido, que era gentil manco de hasta treinta años, el cual no eslimó. Sintiendo él esto mucho, por conseguir su virtuoso intento se aplicó á la pintura, aunque era famoso en su oficio.»

(6) Hallase este epigrama en el libro de Domingo Lampsonius, intitulado *Elogia in effigies pictorum celeberrim Germanie inferioris*, 1572, en 4.º

(7) Pacheco en el *Arte de la pintura* publicó estos versos de Rioja. Los versos latinos del tio fueron escritos para el san Cristóbal de la catedral de Sevilla.

Las vanas amenazas, ni anegarse
En las ondas inmensas de las cosas;
Estriba siempre en Dios. Tal te creemos,
¡Oh grande entre los santos! y del templo
Te ponemos ejemplo á los piadosos
En los sacros umbrales, y á tus aras
Ofrecemos honores merecidos.

SILVAS.

I.

A la rosa.

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama (8)
Ni tu púrpura hermosa
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespó seno
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas;
Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

Al clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora;
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas ¿quién sabe si á Flora el color debes
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, Amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente
Y te dió el puro aliento soberano;
Que eres flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de Amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡Oh flor de alta fortuna!
Cuántas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,

(8) Así el texto de Sedano; otros leen:
Y ni saldrán las puntas de tu rama.

Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A suave deleite al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay, oh dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡Oh yo dichoso á habérsese negado!
¡Fable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

III.

A la rosa amarilla.

¿Cuál suprema piedad, rosa divina,
De alta belleza transformó colores
En tu flor peregrina,
Teñida del color de los amores?
Cuando en ti floreció el aliento humano,
Sin dula fué soberbio, amante y necio
Cuidado tuyo y llama,
Y tú descuido suyo y su desprecio;
Distes voces al aire, fiel en vano.
¡Oh triste, y cuántas veces
Y cuántas, ay, tu lengua enmudecieron
Lágrimas que copiosas la ciñeron!
Mas tal hubo deidad que conmovida
(Fuese al rigor del amoroso fuego,
O al pio afecto del humilde ruego),
Borró tus luces bellas
Y apagó de tu incendio las centellas,
Desvaneció la púrpura y la nieve
De tu belleza pura
En corteza y en hojas y astil breve.
El oro solamente
Que en crespos lazos coronó tu frente,
En igual copia dura,
Sombra de la belleza,
Que pródiga te dió naturaleza
Para que seas, oh flor resplandeciente,
Ejemplo eterno y solo de amadores,
Sola eterna amarilla entre las flores.

IV.

Al jazmín (9).

¡Oh, en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmín, gloria y honor del caño estío!
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presume
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el ponto en Chio,
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus también, de su rocío;
O si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pie ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en su cerco alado,
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento
Que impele, vuelto en nieve, el cierzo frio,
Y la luz mas flamante

Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
E igual al mayor hielo resplandece.
¡Oh jazmín glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citera,
Y tú también su imagen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada
Por nueva emulación de la belleza
De la altiva luz mía,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione;
A tu excelsa blancura
Admiración se debe
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos
Por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renace el día
Fegoso en oriente,
Y con color medroso en occidente
De la espantable sombra se desvia,
Y el dulce olor que vuelve
Que apaga el frio y que el calor resuelve,
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale,
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh, corona mis sienes,
Flor que al olvido de mí luz previenes.

V.

A la arreholera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú, á su eterna ley mal obediente,
A no fáciles iras lo provocas;
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo,
Y mustia y encogida y desmayada,
Llegas á ver del día
La blanca luz rosada.
¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es pues de alto decreto
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afeto
De acrecentarle instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino,
Y en vez de la acogida
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime, ¿cuál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Oh, cómo es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano
Que impio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú, admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol se apaga,
¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años

(9) Sedano publicó incompleta en el *Parnaso español* esta silva (tomo iv). Despues la reimprimió íntegra (tomo ix).

Que un espacioso número de daños.
 Si vives breves horas,
 ¡Oh cuántas glorias tienes!
 Tú las divinas sienes
 Ciñes de la callada noche oscura,
 Y no una vez ofrece á las auroras
 La soñolienta diosa
 De tus colores bellos
 Tintas para su frente y sus cabellos.
 Deja el mar ambiciosa;
 Que por tu errar inmenso y dilatado
 No añadirá fortuna
 Hora á tu edad alguna,
 Ni por mudar lugar tan apartado,
 Que otro sol lo visite y otra luna;
 Y pasa en ocio y paz aventurada
 De tu vivir el tiempo oscuro y breve,
 Esperando aquel último desmayo
 A quien tu luz y púrpura se debe.

VI.

Al verano.

Fonseca, ya las horas
 Del invierno aterido,
 Aunque tarde, se fueron,
 Y su vez agradable permitieron
 Al céfiro florido.
 Ya el verano risueño
 Nos descubre su frente,
 De rosas y de púrpura ceñido.
 Remite el aire el desabrido ceño,
 Y el sol libra sus rayos
 De las nubes oscuras,
 Y con luces mas vivas y mas puras
 Regalando la nieve
 Al blando pié de los parados rios (10),
 Las prisiones de hielo alegre quita,
 Y su antiguo correr les sollicita.
 Viste de yerba el suelo,
 Y de verdor lozano
 Frentes que desnudara el cierzo cano;
 En la copia de flores que aparece
 Por los troncos desnudos,
 Que rara y breve hoja cubre apenas,
 Esperanzas ofrece
 Del rústico al sudor, premio mal cierto,
 Bien que sabroso engaño
 De los frutos que espera
 En el copioso ramo y en la era.
 La pesadumbre líquida no crece
 Con el sudor de los oscuros vientos (11),
 Que ásperos la levantan y remueven
 De sus hondos asientos;
 Mas antes ya serena y clara gime
 Con el peso de máquinas aladas,
 Que su tranquila y lisa frente oprime.
 Filomena con voces acordadas
 Se oye sonar en los confusos senos
 De ramas intrincadas
 Y en los prados amenos.
 ¡Oh, cómo es el verano
 Tiempo el mas genial y mas humano (12)
 Que otro alguno que da el volver del cielo!
 ¡Oh cuál número y cuánto trae de flores!
 ¡Oh cuál admiración en sus colores!
 De la imagen de Amor, ardiente rosa,
 Las encendidas alas,
 Que fueron ya de sus espinas galas (13),
 Con el color, con el olor divino
 Son lustre y ornamento al blanco lino,
 Do al gusto se ministra coronando
 La mesa regalada
 Y fruta sazónada
 Con el puro rocío blanqueando.

(10) Sedano lee:

Al blanco pié de los parados rios.

(11) Con el furor de los oscuros vientos.—*Texto de Sedano.*(12) Tiempo mas genial y mas humano.—*Id.*(13) Que fueron ya de sus espinas galas.—*Id.*

Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento
 De flores esparcido,
 Y el cristal veneciano,
 A quien la agua, de helada,
 La tersa frente le dejó empañada!
 ¡A cuál vaga lazada de oro crespó,
 A cuál púrpura y nieve
 Por do las gracias y el Amor se mueve,
 No aumentó hermosura peregrina
 Alguna flor divina?
 ¡Oh florido verano!
 Si á mi afecto se debe,
 Camina á lento paso,
 Deja el volar, deja el volar ligero
 Para tiempo mas triste y mas severo.
 Tú, cándido y suave y blando espira,
 Y tardo te retira (14);
 Pero sordo y difícil á mi ruego,
 Veloz pasas volando (15).
 Al humano linaje amonestando,
 Viendo las rosas que su aliento cria
 Cómo nacen y mueren en un día;
 Que las humanas cosas,
 Cuanto con mas belleza resplandecen,
 Mas presto desvanecen.
 ¡Y tú la edad no miras de las rosas?
 Arde, Fonseca, en el divino fuego (16)
 Que dulcemente engaña tu cuidado;
 Toma ejemplo del tiempo, que nos huye,
 Y en sus flores de tardos nos arguye,
 Y no dejes pasar en ocio un punto;
 Que tan excelsa llama
 A nueva gloria y resplandor te llama.
 ¡Y sabes si á este día claro y puro
 Otro podrás contar lido y seguro,
 O si del bello incendio que te apura
 Ha de lucir eterna la hermosura? (17).

VII.

A un pintor que no acertaba á pintar á Apolo en una tabla de laurel (18).

Mancho el pincel con el color en vano
 Para imitar ¡oh Febo! tu figura
 En tabla de laurel, ó los colores
 No obedecen la mente ni la mano,
 O huye tambien Dafne tu pintura,
 Arbol, aun no olvidando tus amores.
 Perdió la grana y nieve que solia
 Teñir su boca y frente,
 El casto afecto no con que vivia,
 Pues aun lo guarda en la corteza dura;
 Si perdió solamente
 El color y hermosura,
 Y anima el duro tronco Dafne esquivia,
 En tu desden aun á tu imagen viva.
 A la aurora pinté en el horizonte
 Entre inflamadas nubes y distintas,
 Con puras luces y rosado arreo.
 De la ninfa que habita el hueco monte
 Mentí con los pinceles el deseo,
 Cuerpo dando á la voz con varias tintas.

(14) Así Sedano; Fernandez lee:

Y tarde te retira.

(15) Veloz pasa volando.—*Texto de Sedano.*(16) Arde en aquel ilustre y blando fuego.—*Id.*

(17) Así el texto de don Ramon Fernandez; Sedano escribe:

O si el hermoso incendio que te apura
 Lucirá con eterna hermosura?

(18) «Si no tienen por verdad el ingenioso y poético pensamiento de Libanio, sofista griego, traído á nuestra lengua en una valiente silva por don FRANCISCO DE RIOJA, honra desta ciudad, que porque, á mi ver, viene aquí muy á propósito, con él daremos glorioso remate á este discurso. Introduce pues un famoso pintor que, habiendo salido gloriosamente con su intento en sus obras, se queja en una, donde queriendo pintar la imagen de Apolo, y poniendo toda la industria de su arte, la tabla de laurel sobre que pintaba le resistia, no admitiendo semejante forma.» —Pacheco, *Arte de la pintura*.

Y tú, Marte soberbio, aunque guerrero,
 Contra mí no vibraste el limpio acero
 Porque con los colores te mostrara
 Espirando fiereza;
 Sola esta vírgen prueba su dureza
 En mí, porque intentara
 Que, leño informe, Apolo la abrazara.
 Dafne al arte ha vencido,
 Venció ya Dafne al arte;
 ¡Oh Cinto! culpa tuya (19).
 ¿Do está el arco? dó está el divino aliento?
 A tan llaco poder mengua es que huya,
 Y que de él se remita alguna parte.
 Dime, ¡la antigua llama
 Con imperio en tu sangre se derrama?
 Que el desden solo puede en un rendido.
 Ya tu desprecio, y no el del arte, siento;
 Que se queda sin gloria, intonso Apolo (20),
 Tu fábula, y sin lustre al mundo solo.

VIII.

A la tranquilidad.

(Imitación de Horacio.)

Ocio á los dioses pide
 Pálido, con helada voz é incierta,
 El que en mal firme nave
 Aspero mira el campo del Egeo,
 Y aquel que apenas con el peso grave
 De las armas respira
 Cuando el metal horrendo, envuelto en humo,
 Hierro ó plomo despide,
 Y el que entre el fuego y el furor no acierta
 A hacer en el ocio de sí empleo,
 Lo huelga frecuentar con el desceo.
 Yo pues, cuánto me engaño si presumo
 Entre el polvo que vuelto en llama espira
 El hueco bronce, ó entre turbias olas,
 Ocio hallar en frágil leño. ¡Oh Mario,
 No venal por la purpura ni el oro!
 En vano me aconsejas que sulquemos
 Mares que en breve airados temeremos.
 Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
 No con alas de lino, el ponto vario,
 Y que lleguen al puerto, y las arenas
 Ya pisemos de playas peregrinas;
 Y doy que luego las profundas minas,
 No como siempre avaras, el tesoro
 Nos ofrezcan que esconden en sus venas
 Por los montes de oro levantados;
 ¡Ay! que no libra el oro y la grandeza
 De alborotos la mente,
 Ni la region con otro sol caliente.
 Daste al agua atrevido y su aspereza,
 Y huyes esta patria, este elemento
 Que primero espiraste
 Y en quien primeras lágrimas vertiste.
 No huyas; que aunque huyas al abismo,
 No podrás de tí mismo,
 Y todos los pesares
 Que en la tierra tuviste
 También te han de seguir por altos mares.
 No dejes por un pino el firme asiento,
 Donde mas de una vez el ocio hallaste.
 ¿Sabes que los cuidados voladores
 Suben ligeros mas que airado viento
 A las naves mayores?
 Sábeslo, y la codicia
 Tu alta razon pervierte.
 Mira que la avaricia
 A nadie quita la debida muerte
 O le aumenta al vivir un solo día.
 Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,
 No he de huir de mi nativo suelo,
 Y aunque de mí te alejes,

(19) Fernandez pone:

¡Oh Cinto! culpa es tuya!

(20) Así el texto de Pacheco; Fernandez lee:

Que si queda sin gloria, illustre Apolo.

Pacheco no pone, sin embargo, que se queda. Siempre hay confusión en los dos últimos versos.

Como dices, á mas beniguo cielo,
 Que es lo que mas de tí sentir podria;
 Que ya en segura paz y en descuidado
 Ocio alegre, desprecio
 El diverso sentir de vulgo necio,
 Sin esperanza alguna
 De mas blanda fortuna;
 Y aguardo sosegado el día postrero,
 Que verá poco alegre mi heredero.

IX.

A la constancia.

(A Francisco Pacheco.)

¡Yes cómo las riberas permanecen
 Firmes, Pacheco, al ponto embravecido,
 Que aunque al horrendo golpe se estremecen
 Con el temor quizá del gran ruido,
 Despues de roto un mar con igual frente,
 Animosas aguardan el siguiente?
 Tal juzga mi firmeza,
 Aunque cambio semblante
 A los golpes del vulgo enfurecido;
 Que el ánimo constante
 No ostenta su grandeza
 En negar á los males sentimiento,
 Mas solo en no abatirse á su apereza.
 Armense ciento á ciento
 Los que muerden con rabia envidiosa,
 Y furiosos en mí su fuerza prueben;
 Que en lo adverso constancia se acredita.
 ¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
 Con frente no marchita!
 Que los valientes ánimos mas deben
 A la acerba ocasion que á la dichosa,
 Porque en el daño su valor se aumenta,
 Como el estéril campo, que acrecienta
 Su virtud abrasado
 En incendio sonante, y dilatado;
 Su vicio se destierra,
 Y la copia de frutos producida
 Debe mas á la llama que á la tierra.
 ¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
 Breve pasa olvidado!
 Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
 Yace en alto silencio sepultado!
 ¡Y cuánto aquel dichoso
 Que la comun envidia mereciere,
 Pues que vive envidiado, no envidioso,
 De cuanto bien reparte la fortuna
 Debajo el arco de la blanca luna!
 Presente la virtud no resplandece
 Como debe, con honra no manchada,
 Antes es perseguida y denostada;
 Mas descúbrese ausente, y aparece
 El puro lustre suyo,
 Y entonces aun del contrario es deseada.
 Con este fundamento nunca huyo
 Mientras vivo, Pacheco, peregrino,
 Del enemigo el diente mas agudo,
 Ni formo queja alguna
 Del mas amigo en mi alabanza mudo;
 Que en el último día
 Comenzará á vivir la gloria mía.
 Tú pues que en la pintura con destreza
 A la naturaleza
 Ya vences y ya iguales,
 No temas de enemiga
 Pluma ó de acerba lengua lo que diga;
 Que tu nombre divino
 El tiempo llevará sobre sus alas,
 Y por tu ingenio y arte
 Dirá del orbe en la escondida parte,
 Nunca en tus alabanzas importuno;
 Que antes te envidia que te imita alguno.

X.

A la riqueza.

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa
 Riqueza, y cómo á sombra de alegría
 Y de sosiego engañas!

El que vela en tu alcance y se desvia
 Del pobre estado y la quietud dichosa,
 Ocio y seguridad pretende en vano,
 Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
 Cuando el metal precioso coja a mano,
 No ha de ver sin cuidado abrir el día.
 No sin causa los dioses te escondieron
 En las entrañas de la tierra dura;
 Mas ¿qué halló difícil y encubierto
 La sedienta codicia?
 Turbó la paz segura
 Con que en la antigua selva florecieron
 El abeto y el pino,
 Y trájolos al puerto,
 Y por campos de mar les dió camino.
 Abrióse el mar y abrióse
 Altamente la tierra,
 Y saliste del centro al aire claro,
 Hija de la avaricia,
 A hacer á los hombres cruda guerra.
 Saliste tú, y perdióse
 La piedad, que no habita en pecho avaro.
 Tantos daños, riqueza,
 Han venido contigo á los mortales,
 Que aun cuando nos pagamos á la muerte,
 No cesan nuestros males,
 Pues el cadáver que acompaña el oro
 O el costoso vestido,
 Solo por opulento es perseguido;
 Y el último descanso y el reposo
 Que tuviera en pobreza le es negado,
 Siendo de su sepulcro conmovido.
 ¿A cuántos armó el oro de crueza,
 Y á cuántos ha dejado
 En el último trance ó dura suerte!
 Pierde su flor la virginal pureza
 Por tí, y vese manchado
 Con adulterio el lecho no esperado.
 Al menos animoso,
 Para que te posea,
 Das, riqueza, ardimiento licencioso.
 Ninguno hay que se vea
 Por tí tan abastado y poderoso,
 Que carezca de miedo.
 ¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
 Pues ora pretendida, ora alcanzada,
 Y aun estando en deseos,
 Pena ocultan tus ciegos devaneos?
 Pero cansome en vano, decir puedo;
 Que si sombras de bien en tí se vieran,
 Los inmortales dioses te tuvieran.

XI.

A la pobreza.

Desde el infausto día
 Que visité con lágrimas primeras
 Me tienes ¡oh pobreza! compaña;
 Aunque tan buena como dicen fueras,
 Por ser tanto de mí comunicada,
 Me vinieras á ser menospreciada.
 Diré tus males, sin que mucho ahonde
 En ellos; que es muy raro
 Lo que por glorias tuyas contar puedes.
 Tal vez el que en su casa un monte asconde
 De Nubidia y de Paro
 En aras y paredes,
 Cuando entre el blando lino se rodea,
 Puesto de los cuidados en el fuego,
 Sin conocerte alaba tu sosiego,
 Y nunca, aunque lo alaba, lo desea.
 Llegas á ser de alguno al fin loada;
 Mas de ninguno apenas deseada.
 Si eres tú de los males
 El que nos trata con mayor crueza,
 ¿Cómo podrá ninguno codiciarte?
 Despues que nació el oro,
 Y con él la grandeza,
 Murió tu ser, murió tu igual decoro,
 En otra edad divino;
 Si, por eso, pobreza, en toda parte
 Con enfermo color andas continuo.

P.xvi.-.

Con preciosos metales
 Siempre veo levantado
 Lo que tienes tú sola derribado.
 ¿Qué ciudad populosa
 Se sabe que por tí se haya fundado?
 Qué fuerza inexpugnable y espantosa
 Por tí se ha fabricado?
 El suave color, la hermosura,
 Solo en tu ausencia con su lustre dura.
 Pintame la belleza
 Mayor que imaginares,
 Compuesta de jazmines y de grana,
 Si con vestido tuyo la adornares,
 Su lustre pierde y gracia soberana,
 Pues cuando el agro invierno,
 Hijo tuyo sin duda,
 Que como tú también, siempre desnudo,
 Roba al bosque el verdor, y lo despoja,
 Pobre por tí su frente,
 Ni su sombra codicia ya la gente
 Ni sus ramas las aves.
 Y si yo vanamente no discierno,
 ¿Cuándo armarse pudieron vastas naves
 Donde se vió tu sombra?
 Cuándo ejércitos gruesos?
 El número infinito de sucesos
 Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?
 Hablen los nunca sepultados huesos
 Que en las playas blanquean,
 De tantos que por falta de sustento
 Al mar rindieron el vital aliento.
 ¿Cuántos has escondido
 En los anchos desiertos
 Para que al mal seguro caminante
 Asalten encubiertos?
 O ¿en cuántas partes se verá teñido
 El campo con la sangre de los muertos?
 No hay voz, aunque de hierro, que bastante
 Sea á decir los males que acarrear
 Duras necesidades.
 Los que pobres habitan las ciudades,
 ¿Qué afrenta no padecen?
 Lo que por sus ingenios merecieron,
 ¡Oh pobreza! por tí lo desmerecen.
 ¿Qué pobre hubo discreto?
 ¿Cuándo tuvo amistades,
 Que aun con pequeño honor correspondieron?
 Cuándo con la pobreza algun respeto
 Jamás se tuvo á las tendidas cañas,
 Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
 ¡Oh de la humana gente mentes vanas!
 No enudeis á despecho
 De vuestra pobre y misera fortuna
 Levantaros al cerco de la luna.
 Mirad que cuantos hijos van saliendo
 Del nunca en vano frecuentado lecho,
 Tantos esclavos hoy os van creciendo
 Que ocupéis en mezquina servidumbre,
 No sin tormento vuestro, no sin llanto;
 ¿Qué vale ¡oh pobres! levantaros tanto?
 Mirad que es necio error, necia costumbre
 Soltar á la soberbia así la rienda;
 Que yo apenas, humilde y sin contienda,
 Puedo contar en paz algunas horas
 De las que paso en el silencio obscuro,
 Ovidado en pobreza y no seguro.

XII (21).

Herviente ardor en los primeros años
 Así rigió tu acero,
 Que su furor temblaba Marte fiero,
 Llorando al mismo tiempo los engaños
 De Lais y Flora, á Vénus obediente.
 Luego, en edad mas alta y floreciente,
 Al britano pirata, al enemigo

(21) Fernandez dice en su coleccion:

«Este fragmento y el siguiente se han sacado del códice donde están las poesías de Rioja. Parecen semejantes á las cosas que él hacia, y por eso los hemos colocado aquí, sin que nos atrevamos á asegurar que sean efectivamente suyos.»

Belga, que con airada y fuerte mano
 Intestaba la paz del Océano,
 Fuiste horror y castigo.
 Ya fiel á la natura, que te llama
 Con las musas el templo de la Fama,
 Tan culto el plectro suena,
 Que iguala, si no vence, tu camena
 La de Minturno y Taso,
 Y es esplendor del español Parnaso.
 Así lebrez valiente y geueroso,
 De la ira llevado,
 Indómito y furioso,
 Rompe los hierros á que estaba atado,
 Y á la primera voz del dueño ausente,
 Confuso, la prision dura consiente,
 Venciendo con leal naturaleza
 La llama juvenil de su fiera.

XIII.

Al fuego.

El fuego que emprendió leves materias,
 Ligeras y atrevidas,
 Cuanto fueron mas fáciles y aerias,
 Cuanto mas estorbadas y oprimidas,
 Tanto con mas espíritu se esfuerza
 A levantar en sus ardientes alas
 Los palacios augustos
 Y los montes mas altos y robustos;
 Mas apenas tonante
 De los cóncavos senos de la mina
 El aire se arrebató
 Y en círculos de humo se dilata,
 Cuando no se ve mas que la ruina,
 Rotas columnas y deshechas basas,
 Ceniza y polvo obscuro
 Del alta mole y del trabado muro.
 Impia hazaña y fiera,
 Por conseguir el natural intento
 Resolver la firmeza al grave asiento
 De inmutable montaña;
 Impia y atroz hazaña
 Y cruda condicion, dar al deseo
 Imperio de tirano
 Y al vano afecto poderosa mano.
 No así vagante llama
 Tiende el cabello sobre antigua selva,
 Y rompe y se derrama
 Por los hojosos senos, ambiciosa
 De conservar su luz maravillosa,
 Y esforzada del viento,
 Discurre por el bosque á paso lento.
 Esplende y arde en el silencio obscuro,
 Emula de los astros;
 Arde y esplende al rutilante y puro
 Cándido aparecer de la mañana,
 Y sobra y vence al sol siempre segura.
 Abrasadora del verdor del pino,
 Levanta entre sus ramas
 Globos de fuego y máquinas de llamas,
 Y en el sólido tronco y mas secreto
 Del laurel y el abeto
 Estalla y gime y luce,
 Nunca del Euro ó Noto escurecida
 Ni de la inmensa lluvia destruida;
 Tal en mi pecho inapagable incendio
 Eterno se sustenta,
 Y tal como violenta
 Y vana y leve exhalacion huyeron
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

CANCION.

A las ruinas de Itálica (22).

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa;
 Aqui de Cipion la vencedora

Colonia fué; por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosas
 Reliquia es solamente
 De su invencible gente.
 Solo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas

crita en la biblioteca Colombina). Rioja aprovechó algunos versos de su paisano, dejando la cancion con mayor mérito. El principio de la suya es semejante á un soneto al mismo asunto que escribió Medrano, como puede verse en sus poesías. La cancion de Rodrigo Caro, que ha sido en varias ocasiones publicada, dice así:

Este es, si no me engaño, el edificio
 De Publio Scipion, de Roma gloria,
 Colonia de sus gentes victoriosas;
 Con él el tiempo ejerció su oficio,
 Y porque se leyese su memoria
 Dejó aquestas reliquias espantosas,
 Que las manos rabiosas
 De el alarbe fiero
 En el día postrero
 Le consagró en sus aras inmortales.
 Los muros, ya que tan ilustres fueron,
 Combatidos de arietes cayeron
 Para campos de incultos matorrales.
 ¡Qué de dorados lazos tragó el fuego,
 Qué de soberbias torres sumió luego
 El hondo abismo! ¡Aun apenas vemos
 Iguales en la tierra sus extremos!
 Aqueste destrozado anfiteatro,
 Donde por daño antiguo y nueva afrenta
 Renace ahora el verde jaramago,
 Ya convertido en trágico teatro,
 ¡Cuán miserablemente representa
 Que su labor se iguala con su estrago!
 ¡Cómo, desierto y vago,
 La grita y vocería
 Que oírse en él solia
 Se ha convertido en un silencio mudo,
 Que aun siendo herido en cavernosos huecos,
 Apenas vuelve mis dolientes ecos,
 De su artificio natural desnudo!
 Mas, si para entender estos despojos
 Los oídos del alma son los ojos,
 Aunque confusos miran lo presente,
 Mil voces de dolor el alma siente.
 En esta turbia y solitaria fuente,
 Que un tiempo sus purísimos cristales
 En mármol y alabastro derramaba,
 Dejando el padre Bétis su corriente,
 Con debido laurel las inmortales
 Sieneas del docto Silio coronaba,
 Y claras le mostraba
 En sus ondas azules
 Las fúscas y curules
 Con que á Roma y al mundo mandaria,
 Y aquel sangriento y lamentable estrago
 Que por los hados de la gran Cartago
 En grave y alto estilo cantaria.
 ¡Bétis! ¡ah Bétis! Sordo pasa el río.
 Silio ¿dónde estás? ¡Silio, Silio mío!
 Silio desapareció, y la fuente ahora
 Con el agua que vierte á Silio llora.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Columna de la paz, honor de España,
 Felice triunfador, regio Trajano,
 Ante quien muda se postro la tierra
 De las islas que el mar pérsico baña
 Hasta el límite patrio gaditano;
 Aquel de Elio Adriano,
 De Teodosio excelente,
 De su padre valiente
 Rodaron de marfil y oro las cunas;
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines
 Coronados los vieron los jardines,
 Que ahora son zarzales y lagunas;
 La casa para el César fabricada,
 Hoy del lagarto vil es habitada;
 Casas, jardines, césaes murieron,
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Mas, ya que en balde lloro tu ruina,
 Y con el mío tu dolor renuevo,
 ¡Oh para siempre Itálica famosa!
 Pues de toda tu historia peregrina
 Solo el dolor y la memoria llevo,
 A quien te mira como yo, forzosa,

(22) Esta poesia, segun opinion comun entre los literatos, está escrita á imitacion de una sobre el mismo asunto que compuso en 1604 Rodrigo Caro. Hallase en el *Memorial de Utrera* (manus-

Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde pues, lieras, ¡ay! está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna y la que baña
El mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elío Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada;
Casas, jardines, céspedes murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas;
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas,
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Mas ¡para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que, llorando,

Permíteme pladosa,
En pago de mi llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado;
Dame de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que cubren su sarcófago sagrado;
Pero mal pido tu único consuelo,
Pues solo aqueso bien te dejó el cielo.
Guarda en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.
¡Ay, despojada y de conceptos llena,
Itálica hermosa,
Que los que comunicas lastimosa
Los borra al producir la grave pena;
Y como muda lloras tu ruina,
Lágrimas y silencio es tu doctrina!

Cayó Itálica dice, y lastimosa,
Eco reclama Itálica en la hojosa
Selva que se le opone, resonando
Itálica, y el claro nombre oído
De Itálica renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina;
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido
Huésped, á tus sagrados manes debo,
Les do y consagro, Itálica famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas, de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme, piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado.
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado;
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para invidia del mundo y las estrellas (23).

EPÍSTOLA MORAL (24).

Sobre la vida del filósofo.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas (25).
El que no las limare ó las rompiere (26),
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído;
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna (27)
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna (28).

Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud ó qué confia?

Vén y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
Adonde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea,» al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca pues el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo

(25) Los modernos colectores de poesías acostumbran suprimir esta última estancia por creerla indigna de Ríora. Es verdad que este ingenio anduvo en ella mas cristiano que poeta.

(24) Sedano puso esta epístola en el tomo primero de *El Parnaso español* como obra de Bartolomé Leonardo de Argensola.

(25) Así Sedano; Fernandez, Marchena y otros leen:

Y donde al mas activo nacen canas.

(26) Y el que no las limare ó las rompiere.—*Texto de Sedano.*

(27) Esta invasion prolija é importuna.—*Id.*

(28) Desde el primer sollozo hasta la cuna.—*Id.*

Busca el piloto el eminente faro;
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;
Que la opinión vulgar es devaneo.»
Mas precia el ruiseñor su pobre nido (29)
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun principe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas,
Triste de aquel que vive destituado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don y burla del intento
El idolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿qué esperas (30),
Oh error perpetuo de la suerte humana?
Las enseñanzas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras (31).
¿Qué es nuestra vida mas que un breve día (32)
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?
¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ; Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde (33)?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios, que en veloz corrida (34)
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
O ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?
;Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;
Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano (35);
Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, ; y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía (36).
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para rayo de la guerra (37),
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
;Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

(29) Mas quiere el ruiseñor su pobre nido.—*Texto de Sedano.*

(30) Así el texto de Marchena; Sedano dice:

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas.

Don Ramon Fernandez lee:

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, ; y esperas?

(31) Murieron acabando sus carreras.—*Texto de Sedano.*

(32) ¿Qué es nuestra vida mas de un breve día?—*Id.*

(33) Así Sedano y Marchena; Fernandez escribe:

¿Será que de este sueño se recuerde?

(34) Como los rios en veloz corrida.—*Texto de Sedano.*

(35) Pasó el invierno con sus nubes cano.—*Id.*

(36) Y la temprana mies y la tardía.—*Id.*

(37) Así Marchena; Sedano, Fernandez y otros leen:

El varon para el rayo de la guerra.

Esta nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella que al hombre solo es dada (38),
Sacra razon y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama (39),
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto á los nombres ni la fama (40).

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo misma ruega á todos.
;Pobre de aquel que corre y se dilata (41)
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares (42),
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturban deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto (43),
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio (44);
Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio (45),
Y el ánimo enseñar á ser modesto;
Después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud; que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto (46);

Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella Inteligencia que mensura
La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura;
Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones (47);

Esos inmundos trágicos, á tentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos (48).

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

(38) Así aquella que á solo el hombre es dada.—*Texto de Sedano.*

(39) De aqueste pecho enciende viva llama.—*Id.*

(40) Que no afecto los nombres ni la fama.—*Textos de Sedano, Fernandez y otros.*

(41) ;Misero aquel que corre y se dilata!—*Texto de Sedano.*

(42) Un ángulo me falta entre mis lares.—*Id.*

(43) Fernandez, Marchena y otros leen:

Naturaleza al parco y al discreto.

(44) Que pongo la verdad en ejercicio.—*Texto de Sedano.*

(45) Basta que empiece á aborrecer el vicio,
Y del camino enseñe al que es modesto.—*Id.*

(46) En sí propio le trata de modesto.—*Id.*

(47) Copio el texto de Marchena; Sedano escribe:

No quiera Dios que siga los varones
Que moran nuestras plazas macilentos.

Fernandez pone:

Ni quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos.

(48) Así Sedano, Marchena y otros; Fernandez lee:
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Qué gárrula y sonante por las cañas! (49);

¡Qué muda la virtud por el prudente!

Qué redundante y llena de ruido (50)

Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,

En las costumbres solo á los mejores,

Sin presumir de roto y mal ceñido (1).

No resplandezca el oro y los colores

En nuestro traje, ni tampoco sea

Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,

Un estilo comun y moderado,

Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado

Hubo ya quien bebió tan ambicioso

Como en el vaso Murino preciado;

Y alguno tan ilustre y generoso,

Que usó, como si fuera plata neta,

De cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta

Alguna cosa? ¡Oh muerte! vén callada (2),

Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada

De fuego y de rumor; que no es mi puerta

De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra se cubierta,

Su esencia la verdad, y mi albedrío (3)

Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío (4),

Ni al arte de decir, vana y pomposa,

El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa

Que el vicio la virtud? Es menos fuerte (5)?

No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar, la ira á las espadas,

Y la ambicion se rie de la muerte.

Y ¿no serán siquiera tan osadas

Las opuestas acciones, si las miro

De mas ilustres genios ayudadas?

(49) ¡Qué calada que pasa á las montañas
El aura, respirando blandamente!
¡Qué jarrula sonante por las cañas.—*Texto de Sedano.*

(50) Que redundante altera de ruido.—*Id.*

(1) Sin presumir de roto ó mal ceñido.—*Id.*

(2) Alguna cosa ó muerte ó encallada.—*Id.*

(3) Su esencia la verdad y el albedrío.—*Id.*

(4) No te burles de mí cuando confío.—*Id.*

(5) Que el vicio la virtud ó menos fuerte.—*Id.*

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompi los lazos.
Vén y verás al alto fin que aspiro (6),
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

SEXTINA (7).

Crespas, dulces, ardientes hebras de oro,

Que ondas formais por la caliente nieve,

¿Cuándo veré salir las albas luces,

Contento de encenderme en vuestro fuego,

Que deje de volver al triste llanto,

Bañado en cana espuma como cisne?

Igual entonces al tehano cisne,

Siempre ilustrara los celajes de oro,

Por quien el corazon destilo en llanto,

O asombren sueltos la purpúrea nieve

Que esparce rayos de invisible fuego,

O recojan en áurea red sus luces.

Mas mientras viere tus divinas luces

No dejaré de andar cual blanco cisne,

Cantando en muerte el amoroso fuego

En que me encienden, y los cercos de oro

Que me desatan, como el sol la nieve,

Por los ojos continuo en dulce llanto.

Siempre resuelto estoy en puro llanto,

Salgan de Febo ó del Dragon las luces,

Caya dulce rocío ó caya nieve;

Y aunque mas dulce cante que albo cisne,

Nunca veré el compuesto en nieve y oro

Con blandos ojos á mi ardiente fuego:

¡Oh, si ya consumiese el duro fuego

El miserable corazon en llanto,

Y nunca vieses mas bordarse en oro

El cielo á la mañana aquestas luces!

Pues ando siempre en ondas, como cisne,

Cuando sale la noche y cae la nieve.

Bien sé, triste, que puede arder la nieve

Cuando se acabe mi infinito fuego,

Y que habitar en él bien puede el cisne

Cuando toque piedad del grave llanto

A mi Eliodora en sus acerbas luces,

Y cuando esté ligado en lazos de oro.

Pues no me enlaza el oro ni la nieve,

Dén fin tus luces á mi ardiente fuego,

Y en llanto y muerte cantaré cual cisne.

(6) Vén, y verás el grande fin que aspiro.—*Texto de Sedano.*

(7) Hállase en el tomo viii de *El Parnaso español*. No se reimprimió en la coleccion de Fernandez. El estilo mas parece de Herrera que de Rioja.

POESIAS

DE

DON JUAN DE ARGUIJO.

JUICIOS CRITICOS.

DE LOPE DE VEGA.

(*En la dedicatoria de la Dragontea al mismo ARGUIJO.*)

Si como de amigos familiares, fueran de todos vistos los versos que vuestra merced escribe, no era menester mayor probanza de lo que aquí se trata; que huyendo toda lisonja, como quien sabe cuánto vuestra merced la aborrece... dudo que se hayan visto mas graves, limpios y de mayor decoro, y en que tan altamente se conoce su peregrino ingenio.

DEL MAESTRO FRANCISCO MEDINA.

(*En los Apuntamientos á los sonetos de ARGUIJO; Sevilla, 1841.*)

O yo estoy tan olvidado de esta facultad, ó es el autor de los sonetos tan aventajado en ella, que los dientes de la lima no hallan en qué hacer presa, por mas que los aguce la mala intencion de quien tiene mas de Zoilo que de Aristarco.

DE RODRIGO CARO.

(*En los Claros varones en letras, naturales de Sevilla.*)

DON JUAN DE ARGUIJO, veinte y cuatro de Sevilla, no solo elegantísimo poeta, sino el Apolo de todos los poetas de España.

DE LORENZO GRACIAN.

(*En la Agudeza y arte de su ingenio; Madrid, 1674.*)

DON JUAN DE ARGUIJO, uno de los mayores ingenios de España... atiende mas á la profundidad y gravedad del concepto que á la verbosa altanería.

POESÍAS

DE DON JUAN DE ARGUIJO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Dido y Enéas.

De la fenisa reina importunado
El tencro huésped, le contaba el duro
Estrago que asoló el troyano muro (1)
Y echó por tierra el Ilión sagrado;
Contaba la traicion y no esperado
Engaño de Sinon falso y perjuro,
El derramado fuego, el humo oscuro,
Y Anquises en sus hombros reservado;
Contó la tempestad que, embravecida,
Causó á sus naves lamentable daño,
Y de Juno el rigor no satisfecho;
Y mientras Dido escucha enternecida
Las griegas armas y el incendio extraño,
Otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

II.

Troya.

El que soberbio á no temer se atreve
La fuerza oculta del violento hado (2),
Y en alegre fortuna confiado,
De los dioses creyó el aplauso leve,
Ejemplo tome de mi gloria breve,
En cuyo fin dejó el egipcio armado
El turbio Nilo, y vino el scita osado (3)
Que el puro Tánaís y el Orona bebe.
Troya fui, de los dioses obra ilustre,
Honor del Asia, hermosa, rica y fuerte (4),
Madre de reinos, y del mundo espanto.
Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
Solo han quedado ¡oh miserable suerte! (5)
Cenizas viles y afrentoso llanto.

III.

La constancia.

Aunque en soberbias olas se revuelva (6)
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva (7);
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,

(1) El texto de Colon dice:

Estrago que abrasó el troyano muro.

(2) La varia fuerza del mudable hado.—*Texto de Colon.*

El maestro Medina decia que *mudable* «epiteto es que no le he visto dar al hado, aunque veo se lo da vuestra merced por el efecto. Yo dijera la *varia* fuerza del violento hado.»

(3) Al claro Nilo, y vino el scita osado.—*Texto de Colon.*

(4) De la Asia honor, hermosa, rica y fuerte.—*Id.*

(5) Solo ha quedado ¡miserable suerte! —*Id.*

(6) Aunque en furiosas ondas se revuelva.—*Id.*

(7) Talen la cumbre de robusta selva.—*Id.*

No desfallece ni se ve oprimido
Del varon justo el ánimo constante (3),
Que su mal como ajeno considera;
Y en la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

IV.

A Baco.

A tí, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; á tí, que blandamente
Tiemplas la fuerza del mayor cuidado;
Ora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente (9)
En sus convites dulce y regalado,
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona (10),
Ven fácil, ven humano al canto mío;
Que si no desmerece el sacro aliento (11),
Mi voz penetrará la opuesta zona,
Y al Tibre envidiará el Hispalio río.

V.

A la muerte de Cicron (12).

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua; derribado (13)
Deja el valor, y la elocuencia muda.

(8) Del varon fuerte el corazon constante.—*Texto de Fernandez.*

(9) Ora te halle la festiva gente.—*Texto de Colon.*

(10) Subas ufano la inmortal corona.—*Id.*

(11) Que si no desmerezo el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio río.—*Texto de Fernandez.*

El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos*:

«La fanfarria poética de este último terceto parece de algun trovador nacido y crecido en la *rua nova de Lisboa*. Salga por ende de Castilla.

«Este soneto seria bueno á sus solas, pero no lo parece puesto en decena de otros mejores; podemos decir del lo que dijo el cazador vizcaino del ruiseñor que mató: «Amigo, amigo, todo sois palabras.» Habiale agradado el estruendo del canto, mas no le agradó la sustancia del cuerpo.»

(12) El maestro Medina dice:

«Vos, soneto, sois el mejor que leí en mi vida, y sin tocaros, os venero deléjos.»

(13) De la latina lengua y derribado.—*Texto de Colon.*

VI.

Júpiter á Ganimédes.

No temas ; oh bellísimo troyano !
Viendo que, arrebatado en nuevo vuelo,
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el aire vano.

¿ Nunca has oído el nombre soberano
Del alto olimpo, la piedad y el celo
De Júpiter, que da la lluvia al suelo
Y arma con rayos la tonante mano ,

A cuyas sacras aras humillado,
Gruesos toros ofrece el teucro en Ida ,
Implorando remedio á sus querellas ?

El mismo soy ; no al águila eres dado
En despojo ; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya y sube á las estrellas (14).

VII.

Psíquis á Cupido.

A tu divina frente ; oh poderoso
Niño ! una venda con trabajo y arte
Teji de oro y colores, donde parte
Dibujé de tu triunfo glorioso (15) ;

En ella se ve atado al vitorioso
Carro el gran Febo, que la luz reparte,
Preso Mercurio, encadenado Marte,
Y Vulcano con muestras de celoso.

No se pudo librar con las reales (16)
Insiguias Jove ; mal pudiera Psique
Resistir, si á estos rindes la fiera (17).

Agravan mi prision mayores males.
Pues es fuerza que á un niño sacrifique (18)
Mi firme amor, y á un ciego mi belleza.

VIII.

Del tiempo.

(A Fernando de Saavedra.)

Mira con cuánta prisa se desvía
De nosotros el sol, al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve día.

Antes que en tenebrosa noche fía
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino,
Vagues errando por incierta vía.

Hágante ajenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado (19)
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IX.

Al Guadalquivir, en una avenida.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata (20),
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo (21) ;

Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo ;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente (22)
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respecta humilde los antiguos muros.

(14) Tu amada Troya, y sube á mis estrellas.—*Texto de Colon.*(15) Retraté de tu triunfo glorioso.—*Id.*(16) Ni se pudo librar con las reales.—*Id.*(17) Resistir si á estos rindes la fiera.—*Id.*(18) Siendo fuerza que á un niño sacrifique.—*Id.*(19) Larga jornada, plazo limitado.—*Id.*(20) Preciosos dones y luciente plata.—*Id.*(21) Y cuando envidia el Tajo y el Pactolo.—*Id.*(22) Con prestas ondas y mayor corriente.—*Id.*

X.

Fabio y Licori, ramera.

De la astuta Licori á los umbrales
Te vió saliendo el sol, ¡oh Fabio amigo!
Creció en su luz el día, y fué testigo
De tu lamento y quejas desiguales.

Oyó tambien el lléspero tus males,
La blanca luna se dolió contigo ;
Mas el ingrato dueño, tu enemigo,
Ni aun de corta piedad mostró señales.

¿ Cuál otro galardón en tal porfía,
Inútil yedra de su puerta, esperas ?
¿ Hasta cuándo tu propio engaño adoras ?

Huye la fiera Circe y cruel arpía,
Que alegre en ver que por su causa mueras,
Riendo está lo mismo que tú lloras.

XI.

Vénus en la muerte de Adónis.

Después que en tierno llanto desordena
Citera la voz por el violento

Fin de su Adónis, y con triste acento
El bosque Idalio á su dolor resuena,

Y en flor sobre el acanto y azucena
Hermosa trueca el misero y sangriento
Jóven, modera el grave sentimiento,
Y el impetu á sus lágrimas enfrena ;

Y no hallando en su tristeza medio (23),
Vuelve al usado ornato, y reflorece
Del ya sereno rostro la luz pura ;

Así el pesar con la razón descrece
Desesperado el bien ; que tal vez cura
A un grande mal la falta de remedio.

XII.

Las estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora (24)

Bienes la primavera, da colores
Al campo y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora (25) ;

Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores (26)
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora ;

Signe el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere (27) ;
Luego el invierno en su rigor se extrema (28).

¡ Oh variedad común, mudanza cierta !
¿ Quién habrá que en sus males no te espere ?
¿ Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

XIII.

Apolo á Dafne.

« Victorioso laurel, Dafnes esquivá,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor y de mi triste historia (29)
Quiere el amor que eternamente viva.

« La antigua palma y abundante oliva (30)
A ti de hoy mas inclinarán su gloria ;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva. »

Dijo el burlado Cintio, y á la dura (31)
Corteza asido, la contempla, y luego
Repite : « ¡ Dafne fiera ! ¡ Mármol frío !

« Del rayo ardiente vivirás segura ;
Que no es bien que consienta ajeno fuego
Quien pudo resistir al fuego mío. »

(25) Y no hallando á su tristeza medio.—*Texto de Colon.*(24) Vierte alegre su copia, en que atesora.—*Id.*(25) Da el premio de su fe la bella Flora.—*Id.*(26) El cancro destruidor, que en sus ardores.—*Id.*(27) Baco de dulces dones vestir quiere.—*Id.*(28) Sigue el invierno, y su rigor se extrema.—*Id.*(29) De tu desden y de mi triste historia.—*Id.*(30) La antigua palma y la abundosa oliva.—*Id.*(31) Dijo el crinado Apolo, y á la dura.—*Id.*

XIV.

Sísifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sísifo al alto monte, y cuando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afán renueva (32);
Vuelve otra vez á la difícil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdicha mía,
Pues algún tiempo alivia en su tormento
Los hombros, á tal carga desiguales (33).

Sufro peso mayor con tal porfía;
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

XV.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la obscura sombra, do vengada.
Aun duda si su agravio ha satisfecho (34).

Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío (35).
«Ceda al debido honor la dulce vida (36):
Que no es bien, dijo, que otra menos casta (37)
Ose vivir con el ejemplo mío.»

XVI.

Cassandra.

Cuando en horror medroso y ciego espanto
Por los teucros discurre Alecto airada,
Y el impio acero de la griega espada
Hace crecer con fría sangre el Janto,

Entre los gritos y confuso llanto (38)
De la misera gente descuidada
Alza la voz. Cassandra, arrebatada
De profético aliento y furor santo (39).

«En tus cenizas, dice, ¡oh patria cara!
Se guarda el fuego cuya llama ardiente
Hará costosa á Grecia esta vitoria.

»Otra renacerá de ti mas clara
Troya, por quien tu nombre eternamente
Vuelva á vivir en mas dichosa historia.»

XVII.

La avaricia (40).

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca.
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,

¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

XVIII.

Ulises.

El griego vencedor que tantos años
Vió contra si constante la fortuna;
El que pudo sagaz de la importuna
Circe vencer los mágicos engaños;

El que en nuevas regiones y en extraños
Mares temer no supo vez alguna;
El que, bajando á la infernal laguna,
Libre volvió de los eternos daños,

Los ojos cubre y cierra los oídos
De las sirenas á la vista y canto,
Y se manda ligar á un mástil duro;
Y negando al objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

XIX.

Piramo

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas;
Y vosotras, clarísimas estrellas,
Luciente honor del alto firmamento,

»Pues ha subido allá de mi lamento (41)
El son y de mi fuego las centellas,
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!
Si la merece; mi amoroso intento.»

Esto diciendo, deja el patrio muro
El desdichado Piramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.

»Pronóstico infeliz, presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó el destino
Que un tálamo por tálamo escogiera!

XX.

Al mismo asunto.

El triste fin, la suerte infortunada (42)
(Ajeno premio de la fe constante)
Del uno y otro miserable amante,
A quien perdió una noche y una espada,

Oculta en sombra oscura esta labrada (43)
Piedra. Tú, peregrino caminante,
Repara el grave caso, y con semblante
Pió suspende el curso á tu jornada;

Que darás tiernas lágrimas no dudo
A estas cenizas, donde aun dura ardiente (44)
El fuego que causó desdicha tanta (45);
Debida compasión al mal que pudo

Mudar color en la cercana fuente,
Y el de su fruto en la silvestre planta (46).

XXI.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del egipcio soberbio, y no contenta,
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo (47)
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas, de su amor sedienta,
Bebe con ansias de inmortal deseo (48).

«En vano, dice, pretendió la muerte (49)
Deti, dulce Mausolo, dividirme,

(32) Suerte cruel su duro afán renueva.—*Texto de Colon.*

(33) Los hombros á la carga desiguales.—*Id.*

(34) Aun duda si su ofensa ha satisfecho.—*Id.*

(35) Desestimó con un mortal desvío.—*Id.*

(36) Ceda el debido honor la dulce vida.—*Texto de Fernandez.*

(37) Que no es justo que otra menos casta.—*Texto de Colon.*

(38) Entre las quejas y confuso llanto.—*Id.*

(39) El maestro Medina tiene por admirables estos cuartetos.

(40) Este soneto, antes que por Fernandez, fué publicado por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*, y despues por Gracian en la *Agudeza y arte de ingenio*.

(41) Pues han subido allá de mi lamento.—*Texto de Colon.*

(42) El nuevo fin, la suerte infortunada.—*Id.*

(43) Encierra en sombra oscura esta labrada.—*Id.*

(44) A las cenizas donde aun dura ardiente.—*Id.*

(45) El fuego en que cayó desdicha tanta.—*Texto de Fernandez.*

(46) Y el de su fruto en la insensible planta.—*Id.*

(47) Del tierno y casto pecho nuevo empleo.—*Texto de Colon.*

(48) Bebe con ansias de mortal deseo.—*Id.*

(49) Mal podrá, dice, la enemiga muerte.—*Id.*

Y en largo olvido sepultar tu gloria (1);
 »Que de su injuria basta á defenderte (2)
 Mi pecho, mas que el bronce y mármol firme,
 Y eternizar mi amor y tu memoria.

XXII.

Ariadna.

«¿A quién me quejaré del cruel engaño,
 Árboles mudos, en mi triste duelo?
 »Sordo mar! ¡Tierra extraña! ¡Nuevo cielo!
 »Fingido amor! ¡Costoso desengaño!
 »Huyó el pérfido autor de tanto daño,
 Y quedé sola en peregrino suelo (3),
 Do no espero á mis lágrimas consuelo;
 Que no permite alivio mal tamaño (4).
 »Dioses, si entre vosotros hizo alguno
 De un desamor ingrato amarga prueba,
 Vengadme, os ruego, del traidor Teseo.»
 Tal se queja Ariadna en importuno (5)
 Lamento al cielo, y entre tanto lleva
 El mar su llanto, el viento su deseo.

XXIII.

Narciso.

Crece el insano amor, crece el engaño (6)
 Del que en las aguas vió su imagen bella;
 Y él, sola causa en su mortal querrela,
 Busca el remedio y acrecienta el daño.
 Vuelve á ver en la fuente ¡caso extraño! (7)
 Que della sale el fuego; mas en ella
 Templarlo piensa, y la enemiga estrella
 Sus ojos cierra al fácil desengaño (8).
 Fallecieron las fuerzas y el sentido
 Al ciego amante amado; que á su suerte
 La belleza fatal cayó rendida (9);
 Y ahora, en flor purpúrea convertido,
 La agua, que fué principio de su muerte,
 Hace que crezca, y prueba á darle vida.

XXIV.

Orfeo.

«Desiertas selvas, monte yerto y frío,
 Ródope, que en el cielo tocar osas (10);
 Vosotras, de Estrimon ondas hermosas,
 A quien vencer presume el llanto mío,
 »Seréis testigos largo tiempo, fio,
 De mi dolor y quejas lastimosas (11),
 Que en vano esparzo al aire, y con piadosas
 Voces al rey del lago obscuro envio.»
 Así cantando llora el trácico amante;
 Y á sus blandos acentos enmudece (12)
 El viento, y la agua su corriente enfrena;
 Y enternecidas truecan el semblante
 Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
 Del ya perdido bien la justa pena.

XXV.

Al mismo.

A tí en los versos dulce y numeroso (13)
 ¡Oh primer padre de la lira, Orfeo!
 Lloré por largo tiempo de Nereo
 Cuanto contiene el término espacioso;
 A tí lloré Estrimon, á tí el fragoso
 Ródope y altas cumbres de Pangeo (14),
 A tí las ninfas del sagrado Alfeo,
 Obligadas del canto generoso.
 Tus divididos miembros, no estimados
 Del bacanal furor, que osadamente
 Los esparció por el ingrato suelo,
 Como á precioso don en sus sagrados
 Senos Ebro recogió, y la prudente
 Cabeza Lésbos, y la lira el cielo.

XXVI.

Andrómeda y Perseo:

Expuesta en firme escollo al mar insano (15)
 La no culpada hija de Cefeo,
 Mueve á piedad el reino de Nereo,
 Remedio á su dolor pidiendo en vano,
 Cuando rompiendo el aire con liviano
 Vuelo se muestra el vencedor Perseo,
 Que con el gran despojo meduseo
 Orna glorioso la triunfante mano.
 De la doncella el llanto y la hermosura
 Enviaron á un tiempo al pecho fuerte
 De lástima y amor agudas flechas.
 Del mar la libra y de la bestia dura,
 Trocando en vida la temida muerte,
 Y en nupciales cantares las endechas.

XXVII.

La tempestad y la calma.

Yo vi del rojo sol la luz serena
 Turbarse, y que en un punto desaparece (16)
 Su alegre luz, y en torno se oscurece
 El cielo con tiniebla de horror llena.
 El austro proceloso airado suena,
 »Crece su furia, y la tormenta crece,
 Y en los hombros de Atlante se estremece
 El alto olimpo y con espanto trueno;
 Mas luego vi romperse el negro velo
 Deshecho en agua, y á su luz primera (17)
 Restituirse alegre el claro día,
 Y de nuevo esplendor ornado el ciclo
 Miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
 Igual mudanza á la fortuna mía?

XXVIII.

La recaída.

Otras dos veces del furioso noto
 Probé las iras en el mar turbado,
 Y no volver jamás á tal estado,
 Arrepentido, prometí y devoto.
 De la deshecha jarcia y leño roto
 Di los despojos al altar sagrado,
 Y apenas pisé el puerto deseado,
 Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;
 Y ahora, que continua y fiera lucha,
 Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
 Y sus enojos aplacar porfio,
 Mis sordas voces sin piedad escucha
 El justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
 Cuán tarde llegas al remedio mío!

(1) Ni en largo olvido sepultar tu gloria. — *Texto de Colon.*
 (2) Que de su injuria puede defenderte. — *Texto de Fernandez.*
 (3) Así Espinosa y así Gracian; Fernandez y Colon escriben:

Huye el pérfido autor de tanto daño,
 Y quedo sola en peregrino suelo.

(4) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez pone:
 Pues no permite alivio mal tamaño.

(5) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez escribe:

Tal se quejaba Ariadna en importuno.

(6) Crece el insano ardor, crece el engaño. — *Texto de Colon.*

(7) Vuelve á verse en la fuente, ¡caso extraño!
 Del agua sale el fuego mas en ella. — *Texto de Fernandez.*

(8) Sus ojos cierra al frágil desengaño. — *Id.*

(9) La costosa beldad cayó rendida. — *Id.*

(10) De Ródope, que al cielo tocar osas. — *Texto de Colon.*

(11) De mi dolor y quejas lamentosas. — *Id.*

(12) Y á los tiernos acentos enmudece. — *Id.*

(13) A tí, en los dulces versos numeroso. — *Texto de Colon.*

(14) Ródope y altas cumbres del Pangeo. — *Id.*

(15) En duro escollo expuesta al mar insano. — *Id.*

(16) Turbarse, y que en un punto desfallece. — *Texto de Fernandez.*

(17) Deshecho en agua y á la luz primera. — *Id.*

XXIX.

Horacio Coeles.

Con prodigioso ejemplo de osadía
 Un hombre miro en la romana puente (18)
 Resistir solo de la etrusca gente
 El grueso campo que pasar porfia.
 Ni la enemiga fuerza le desvia,
 Ni de su vida el cierto fin presente (19);
 Que su valor dejar no le consiente
 La difícil empresa en que insistía (20).
 Oigo del roto puente el son fragoso
 Cuando al Tibre el varon se precipita
 Armado, y sale de él con nueva gloria;
 Y al mismo punto escucho del gozoso
 Pueblo las voces, que aclamando grita:
 «¡Viva Horacio; de Horacio es la victoria!»

CANCION (21).

En la fiesta que la ciudad de Jerez hizo á los mártires
 Eutiquio y Estéban.

Celebra ufana el venturoso día
 ¡Oh cesárea ciudad! en que levantas
 A divinos honores la memoria
 De aquellos sacros héroes por quien cantas,
 Llena de pio afecto y alegría,
 Los ínclitos trofeos y alta gloria,
 Y con clara victoria
 Contra el olvido avaro, que pretende
 Sus nombres esconder, sus nombres lleva,
 Y con ellos tu fama á la mas nueva
 Region, por donde el mar su curso extiende,
 Y en cuanto de su luz Febo enriquece
 Del rojo toro el argentado pece.

Las suntuosas aras que dedicas
 A los nuevos patronos, ya obligados
 De tu amor noble y generoso celo,
 Ornen, á su firmeza dedicados,
 Claros diamantes, esmeraldas ricas,
 Y el zafiro, que imita al puro cielo.
 Ante el devoto suelo
 Tiendan sus hojas los olivos sacros,
 Ilumíllense las palmas vitoriosas;
 Blancos jazmines, encendidas rosas
 Coronen sus ilustres simulacros,
 Y el mas precioso olor entre el incienso
 Pague á los aires agradable censo.

Plectro dorado en acordada lira
 Resuene dulcemente los gloriosos
 Hechos, que exceden al valor humano;
 Blandas canciones, versos numerosos,
 Que del sagrado monte Cinto inspira,
 Canten aquel esfuerzo soberano
 Que al soberbio tirano
 Burló de sus intentos la esperanza.
 Y tú, divina Euterpe, pues segura
 Con tu favor, á tanto se aventura,
 Mi voz esfuerza, que á subir no alcanza
 Loca osadía, si á tan alto empleo
 Es desigual la lira y voz de Orfeo.

Mas enfrene mi vuelo en su carrera
 La memoria del jóven imprudente
 Y flacas alas, en su mal rendidas;
 Vosotros, que de Bétis dignamente
 Ilustrais, blancos cisnes, la ribera,
 Alzad las voces largo espacio oidas;
 Cantad las ofrecidas
 Víctimas al cuchillo, el celo ardiente,
 Religiosa piedad y fe sincera
 De Honorio, Eutiquio, Estéban; ved que espera
 Vuestras canciones la festiva gente.

(18) Un hombre miro en el romano puente. — *Texto de Fernandez.*

(19) Ni la enemiga furia le desvia,
 Ni de la vida el cierto fin presente. — *Texto de Colon.*

(20) La temeraria empresa en que insistía. — *Id.*

(21) Esta cancion fué publicada por el padre Martin de Roa en sus *Santos de Jerez*.

Suene, suene el dulcísimo contento,
 Que enfrena el agua y enmudece al viento.

Cual canta el triste fin y estrago de Asta,
 De Asta cruel las miserables ruinas,
 Fábricas, templos, máquinas deshechas,
 Los reales alcázares, la vasta
 Mole de sus murallas peregrinas,
 Inútil polvo y vil ceniza hechas;
 Y las tristes endechas
 Trueque, anunciando venturosa suerte
 A ti, Jerez, que alegre te apercibes
 A la celebridad con que recibes
 Los hijos á quien Asta dió la muerte.
 Honor, felicidad, corona ilustre
 Te pronostique con eterno lustre.

Cual celebre el afecto poderoso,
 Y al devoto espectáculo presentes
 Junte en grata concordia las edades;
 Diga cómo sus diestras las lucientes
 Antorchas ornan, cómo ante el precioso
 Altar con nuevo ejemplo á las ciudades,
 Rendidas voluntades
 Entre espléndidos dones sacrifican,
 Y con humilde ruego confiados,
 El firme patrocinio á sus cuidados
 Como remedio mas seguro aplican;
 Y vos, lumbres clarísimas del cielo,
 Mirad propicias el vandálico suelo.

Huya medroso el escuadrón de males
 Que furioso amenaza, y asegure
 Tan alta proteccion nuestro deseo;
 La dulce paz eternos años dure,
 Ofrezcan ya con manos liberales
 Copiosos frutos Cérés y Lico;
 Por sus ondas Nereo
 Seguro paso muestre al conducido
 Tesoro que el Américo apartado
 A nuestras playas rinde, y el nombrado
 Guadalete, perdiendo de su olvido
 El nombre, de este día y de su gloria
 Conserve eternamente la memoria.

EPÍSTOLA.

Aquí, donde el rigor del hado misero
 Me conduce á vivir entre los árboles,
 Léjos, á mi pesar, de los domésticos
 Lares, mi pensamiento melancólico
 Corre á veces por sendas tan difíciles,
 Llenas de espinas y de abrojos ásperos,
 De ponzoñosas y revueltas viboras,
 Que acobardan el paso al mas intrépido;
 Donde no encuentra sino casos fútiles,
 Historias tristes y sucesos trágicos,
 Que cansan la memoria. Como Sisifo
 La grave carga del peñasco horrible
 Discurre por su mal con priesa súbita,
 Que excede el curso del ligero Hipómenes,
 Y ve de males un inmenso número;
 Mas, como no descubre fin ni limite
 Del incierto viaje, teme viéndose
 De desventuras en un ancho piélago,
 Y arrepentido, busca otros mas fáciles
 Caminos, que le vuelvan al pacífico
 Puerto de do partiera tan impróvido.

Mas, tarde lo procura, y un ejército
 De daños hace á su demanda obstáculo;
 Lloy con duros martirios, como en Lippara
 La membruda cuadrilla de los calibes,
 Le combaten con una fuerza indomita
 Y le deshacen en pequeños átomos.
 Otras veces levanto el flaco espíritu
 Al corto arrimo de consuelos débiles,
 Y á mi mismo me engaño, prometiéndome,
 Como si fuese cierto, un fin fantástico,
 Y sobre tanto mal, sucesos prósperos,
 Una salud segura y tiempos fértiles;
 Pues no da lluvias siempre el austro húmedo,
 Que tal vez se convierte en blando céfiro,
 Y el fiero mar, que amenazó colérico
 Al cielo con sus ondas, reprimiéndolas,

Serena sesgo sus cristales plácidos,
Y ofrece paso á la ambición hidrópica.

Mas ¿qué aprovechan esperanzas frágiles
Con que me alienta el mentiroso oráculo
De la imaginación con falsa máscara,
Que á sus bienes soñados, como fábula;
Quiere que preste entendimiento crédulo?
Salgo de aqueste error, y cual frenético
Al tema usado vuelvo, y de propósito
Hago segunda vez nuevo catálogo.

¿Cuál gente vió jamás de la pretérita
Edad, desde do vive el scita frígido
Hasta do quema el sol á los etíopes,
De desventuras tan crecido cúmulo?
¿Cuándo tan fiero se mostró el beligeró
Marte, vestido de acerada túnica,
Como despues que del furor británico
Se vió ofendida la ribera bética
Con gruesas naves que sostiene el Támesis?
¿En qué siglo se vieron los maléficos
Planetas á la vida tan opósitos?
O ¿cuándo mas aprieta de Prosérpina
Pobló los tenebrosos regnos Atropos?
¿Qué bien nos queda, ó cuál infausto género
De males no acrecienta justas lágrimas?

Entre estos pensamientos tan inútiles,
Por dar, si puedo, algun alivio al ánimo,
Determiné escribiros esta epístola
Con el divino aliento de Melpómene,
Que inspira las camenas elegíacas.
Perdonadme si, en vez de alegre plática,
Os entristece mi aligido cántico;
Que no permite el tiempo versos líricos.
Este el exordio fué, y este el epilogo
Tambien habrá de ser de mis esdrújulos.

Digo pues que el rigor del mal pestífero
Muestra en esta ciudad su fuerza indómita
Con no menor estrago que vió Nápoles
En nuestra edad, cuya ruina insólita
Aun no ha acabado de llorar Parténope.
Pero ¿qué fuerza oculta de malévolas
Estrellas hiere á las ciudades inclitas
Con semejante plaga castigándolas?
Cual en su daño ve la region Bélgica,
Y de la antigua Grecia la metrópolis,
Y la que mira el fin del Tajo aurífero,
A quien hizo famosa el señor de Itaca.
Mas sobre todas, deste suelo vandalo
La mejor parte con dolor legitimo,
Poderoso á mover en las Emunídes,
Del no visto contagio nueva lástima,
Confusa atiende de sus hijos únicos
El grave mal y enfermedad mortífera,
Sin que les pueda socorrer la física.

Discurrén presurosos con Tesífone
Sus dos hermanas, de la muerte pálida
Fieros ministros, y su ardiente cólera
Hace mil suertes en robustos jóvenes,
En tiernos niños y en hermosas vírgenes,
Sin reservar la senectud flemática;
Que todos son sus obedientes súbditos.
Baten la humilde casa del mecánico,
Y con igual denuedo los alcázares,
Y aun desprecian la estimada púrpura
Como el tosco sayal y vasto cáñamo;
Y hacen en medio de las plazas públicas
Los despojos del mal, duro espectáculo,
Que aun á los nobles no permite Némesis
La pompa funeral y honroso túmulo.
Todo es suspiros y dolor acérrimo,
Y de llanto materia abundantísima.

Bien predijeron esto los astrólogos,
Atentos á mirar el curso rápido
De airados euros, y la madre provida
Naturaleza con señales lúgubres
No se abstuvo en mostrar el daño próximo.
Largo tiempo corrieron vientos áfricos,
Que del vapor confuso y nubes tétricas
Poblaron la region del aire lúcido.
Armó de rayos el tonante Júpiter

La fuerte diestra, y con estruendo horrisono
Hizo temblar, airado, el orbe esférico,
Y al peso estremeciése el homlro atlántico,
Bramó Orion y las llorosas Iliadas,
Que la ciudad volvieron largo océano.
Saltó soberbio el Bétis por sus márgenes,
Y acometió á romper la fuerte fábrica
Que ciñe en torno el edificio de Hércules.
Resonó por el aire en son tristísimo
El endechoso canto de aves fúnebres,
Y el pico anunciador y los murciélagos
Infaustos discurrieron como atónitos,
Dejando sus nocturnas casas lóbregas,
Sin extrañar el resplandor olímpico;
Y las fieras que habitan en las cóncavas
Cavernas de los montes y las rústicas
Y humildes chozas se volvieron pavidas;
Y ahora el sol, de los planetas príncipe,
Su luz vital, á los mortales prodiga,
Doliénte nos la muestra, escasa y trémula,
Y al levantarse del dorado tálamo
Parece que rehusa del Zodíaco
La sabida carrera, y los aligeros
Caballos con un paso lento y tímido
Del carro tiran la luciente máquina;
Triste portento, que llegando á Géminis,
Su alegre faz nos representa túrbida,
Como si viera en el diciembre rígido
Del Capricornio las estancias húmidas.

Tal canta quien se vió del campo Tésalo
En el contorno y extendidos términos,
El heroico escritor de la Farsálica;
Ni á ti, ciudad antigua del gran Priamo,
Sobre quien se mostró la fuerza Argólica,
Faltó en su acervo tin igual pronóstico.
Mas ¡ay dolor cruel! que cuando el ímpetu
De males que amenazan el fin último
Debiera á cada cual de su propósito
Reducir con razon á mejor método,
Con loco frenesí se están inmóviles,
Sin sentimiento, duros mas que mármoles;
Y tan soberbios como el alto Lívano,
Se prometen vivir años nestóricos,
Siguiendo de sus gustos falsos ídolos.

¡Dichoso vos que del antigua Iliberis
Gozaís los campos y vistosos cármenes
Aventajados al romano Tivoli,
Y mas de estima que los huertos Pénsiles,
Con que á la Babilonia ornó Semiramis,
Veís correr del Genil el agua líquida,
Que del nevado risco despeñándose,
Al canto se acomoda de los pájaros
Con apacible y no aprendida música;
Y retirado del bullicio y tráfago,
Gastaís el tiempo en los estudios útiles,
Vuestra suerte gozad con beneplácito
Del cielo, que se os muestra tan benévolo,
Y no olvideís á quien por justo título
Debeis amor y voluntad reciproca.

SILVA.

A la vihuela.

En vano os apercibo,
Dulce instrumento mio,
Si templar mi dolor con vos pretendo;
Y la grandeza de mi mal ofendo,
Si alentado confío
Que pueda el corto alivio que recibo
Con vuestro blando acento,
De mi antiguo tormento
En la memoria introducir olvido.
¡Oh, como en vano tanto bien os pido!
¿Sois por ventura la famosa lira
Del que al mar arrojado
Supo aplacar su ira,
O la que pudo en número acordado
Ceñir de muro á Tébas? Sois acaso
Aquel plectro divino
Que por nuevo camino
A las ondas Estigias halló paso

Para hajar seguro
De la infelice gente al reino oscuro?
Mayor hazaña fuera
Suspender mi dolor y pena fiera.
Responderéis que no desprecie ahora
La antigua compañía
Que en soledad tan larga me habeis hecho,
Ya cuando huye de la noche el día,
O ya cuando el aurora
La anuncia, y deja de Titan el lecho,
O cuando el sol en la mitad del cielo,
Piadoso de mi mal, oye mi duelo.
El comun beneficio
De la dulce armonía
Alegaréis, y aquel piadoso oficio
Con que á sufrir esfuerza
Su cautiverio aquel, su prision este.
Apenas hay trabajo á quien no preste
Algun alivio: el que con remo á fuerza
Iliere la blanca espuma,
Su desventura suma
Cuida olvidar, y al son de la cadena
Cantando, intenta mitigar su pena.
Así lo experimento
En medio de mis males,
¡Oh suave instrumento!
Pero cuántame caro alivios tales,
Cuando el discurso, un rato suspendido
Con el grato sonido,
Cobra para afligirme fuerza nueva,
Con que despues mis lágrimas renueva,
Y de la amarga historia
Mi enemiga memoria
Vuelve al usado empleo,
Y relucha mas fuerte como Anteo.
Ya me tiene enseñado
La continua miseria de mi estado
Que es socorro engañoso, corto y leve
El que me dais, y que admitir no debe
La música sonora
Quien sus desdichas sin remedio llora.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS DE SAN GREGORIO
NACIANCENO (22).

Fácil al blando ruego,
Y en vil precio obligada
A ser víctima impura de amor ciego,
Codiciosa ramera
Corria apresurada
A los profanos lares
Del impúdico jóven que la espera.
Mas apenas pisó de la primera
Puerta el umbral, cuando ocupó sus ojos
La imágen venerable y fiel trasunto
Del grande Polemon, que al mismo punto
Con eficaz modestia, bien que mudo,
Su culpa acusar pudo;
Y usurpándole á Vénus los despojos,
Enfrenó el libre paso,
Reprimió el torpe afecto,
Venció el ardor lascivo.
¡Qué otro mayor efecto
Esperarse debiera
Si presente le viera,
Si le mirara vivo?

SONETO XXX.

A Rómulo, que mató á su hermano Remo.

Las armas tomó apriesa el esforzado
Quirino, de su hermano mal seguro,
Y en la nueva ciudad el primer muro
Con la sangre fraterna fué manchado.
Primero dividido que fundado,
Sintió el pueblo en su daño el hervor duro,

Presagio cierto del rigor futuro,
Que amenazaba el disponer del hado.
No consintió á sus ojos ver presente
Algun igual al ánimo ambicioso,
Ni sufrió compañero la corona.
Al natural amor venció impaciente
El amor de reinar, mas poderoso,
Pues á su mismo hermano no perdona.

XXXI.

A Fabio contra Aníbal Africano.

Mientras que de Cartago las banderas
Triunfar intentan del valor romano,
Y esperar vitorioso el africano
Pisar del vago Tíbre las riberas,

Tú, grande dictador, entre las fieras
Trompas, con lento pié y segura mano,
Sin sangre alguna derribaste el vano
Orgullo de las armas extranjeras.

No te venció de la opinión contraria
El opuesto rumor á tu alabanza,
Que fácilmente lo desprecia el sabio.
¡Oh prudente esperar, oh voluntaria
Constancia, por quien Roma ver alcanza
A Aníbal roto; y vencedor á Fabio!

XXXII.

A Dido (23).

La tirana codicia del hermano,
Impia ocasion del fin de tu Siqueo,
Iluiste fiel por el airado Egeo,
Elisa, hasta el término africano;
Donde reliquias del ardor troyano
Encendieron en ti nuevo deseo,
Y entregaste en infausto himeneo
Al Tencero engañador la fe y la mano.

Despreciaste, en tu daño presurosa,
La merecida fama, que destruyes
Con el engaño que obstinada quieres.
¡Oh en ambas bodas poco venturosa!
Muriendo el uno, perseguida huyes;
Huyendo el otro, desdeñada mueres.

XXXIII.

A Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo.

Julia, si de la Parca el furor ciego
Permitiera en tu vida mas tardanza,
No viera Roma en su mayor pujanza
De las guerras domésticas el fuego;

Que semejante en el piadoso ruego
A las sabinas, la furiosa lanza
Redujeras, depuesta la venganza,
A paz alegre y á comun sosiego.

Al detenido daño y armas fieras
Tu acelerada muerte abrió camino,
Rota la fe, que violentada estaba.

Tú sola el istmo destas ondas eras;
Mas acabó la fuerza del destino
Vida que tantas muertes excusaba.

XXXIV.

A Julio César mirando la cabeza de Pompeyo.

Presenta ufano á César vitorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La temida cabeza que al Oriente
Tuvo al son de las armas temeroso.

(23) Imitacion de un famoso epigrama de Ausonio Gallo, que dice:

*Infelix Dido, nulli benè nupta marito;
Hoc pereunte fugis; hoc fugiente peris.*

Está elegantemente traducido en lengua castellana por don Manuel Salinas,

¡Ay Dido desdichada;
Con marido ninguno bien casada!
Muere el uno, y te pones en huida;
Huye el otro, y te quitas tú la vida.

(22) Publicó esta version Francisco Pacheco en el *Arte de la pintura*. Sigo su texto, apartándome del de don Ramon Fernandez por lo incorrecto.

No pudo dar el corazón piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al don funesto; mas gimió impaciente
De tal crueldad, y repitió lloroso:
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.
» ¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto (24).»

XXXV.

A Curcio.

La sima horrible con espanto mira (25)
En su gran plaza Roma, y el dudoso
Portento, grave al pueblo victorioso.
No enseñado á temer, suspenso admira.
En tanta confusión turbado aspira
A buscar el remedio, y presuroso
Consulta si de Jove poderoso
Se pudiese aplacar la justa ira.
Asegura el oráculo invocado
De daño al pueblo si á la grande cueva (26)
Lo mas ilustre ofrece de su gloria.
Curcio, de acero y de valor armado,
Se arroja dentro, y deja con tal prueba
Libre la patria, eterna su memoria (27).

XXXVI.

A Diógenes.

Con una lumbré en la mayor del día
Corre la llena plaza atentamente
Diógenes, mostrando entre la gente
Buscaba alguna cosa que no vía;
Mas el confuso pueblo, que atendía,
La causa pide, y el varón prudente,
«Hombres busco,» responde, y diligente
Con nuevo ahínco vuelve á su porfía.
¿Qué maravilla que buscase un hombre
El sabio entre aquel número perdido,
Que imitaba de fieras las costumbres,
Si en los que agora tienen este nombre,
Y en mejor tiempo, oh mal poco sentido,
Lo hallarán apenas muchas lumbres!

XXXVII.

A los gigantes que combatieron el cielo.

Oprime el Etna ardiente á los osados
Encelado y Tifón, que el claro asiento
De Júpiter con vano atrevimiento
Conquistar intentaron confiados;
Donde sus pensamientos castigados
Con pena digna de tan loco intento,
En las cavernas yacen, con violento
Rayo de la alta cumbre derribados.
Vió el cielo la ambición que impetuosa
Cual fuego á lo mas alto se avecina,
Y con el fuego castigarla quiso;
Porque la tierra advierta temerosa
Cómo de la soberbia en su ruina
No queda sino el humo por aviso.

(24) El texto de Colón dice:

Vivo te aborrecí, y te lloro muerto.

(25) Aunque Colón tuvo por inédito este soneto, hállase en las
Flores de poetas ilustres, que ordenó y publicó Pedro de Espino-
sa. El texto de este dice:

La horrible sima con espanto mira
En la gran plaza Roma, y el dudoso
Portento al grave pueblo victorioso.

(26) Al pueblo de temor si á la gran cueva.—*Texto de Espinosa.*(27) Libre su patria, eterna su memoria.—*Id.*El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos*:

«Libre la patria.—*Salva.* Libre se refiere á cautividad ó tiranía,
el portento amenazaba mayor mal, total ruina y destruímento.
Además que libre es de flacos unido para este lugar. La patria,
porque es común; su memoria, porque es de él propia.»

XXXVIII.

A Pompeyo.

Del vencedor huyendo, á Lésbos deja
Pompeyo, roto en la farsalia guerra;
Con su esposa se embarca, y á la tierra
Que inunda el Nilo, por su mal se aleja;
Que el hado riguroso que le aqueja,
Y al extranjero reino le destierra,
En la seguridad que busca encierra
El fin que dió á Cornelia eterna queja.
Fiera tormenta en el buscado puerto
El gran Pompeyo halla en vez de abrigo.
¿Quién las mudanzas de la suerte ignora?
¿Quién no recelará el suceso incierto,
Si da la muerte el obligado amigo,
Si el enemigo vencedor le llora?

XXXIX.

A Polimnéster, que mató á Polidoro.

Vuelta en ceniza Troya, y su tesoro
En despojo del dólpe extranjero,
El codicioso Polimnéster liero
La muerte ordena al tierno Polidoro.
¿A qué no obligarás, hambre del oro,
Sacrilega codicia del dinero,
Si quebrantas el inviolable fuero
Del sagrado hospedaje y real decoro?
Con justa indignación reprueba el suelo
La culpa avara del cruel tirano,
Que poco gozará tales despojos.
Nueva venganza le previene el cielo;
Porque de una mujer la débil mano
Hará que su castigo vea sin ojos.

XL.

A Alejandro, envidioso de Aquiles.

Sobre el sepulcro del ilustre griego
Que houró con sus cenizas el Sigeo
Mejor que á Caria el rico mausoleo,
Alejandro paró, y exclamó luego:
«¡Oh gloria de la Grecia, claro fuego,
Cuya llama las nieblas del Leteo
No bastan á encubrir, ni su trofeo
Robar podrá jamás olvido ciego.
» A tí, dichoso jóven, guardó el cielo,
Porque eterno tu nombre al mundo fuera,
Del grande Homero la divina historia;
» Que si de aquella pluma el alto vuelo
Faltara, un mismo túmulo cubriera
Tu mortal suerte y tu inmortal memoria.»

XLI.

A Apolo y Dafne.

Con presto curso y con veloz denuesto
Sigue Apolo la hija de Peneo;
Iluró el uno las alas al deseo,
Y al otro le prestó sus piés el miedo.
«¿Por qué te alejas, si alcanzar te puedo,
Le dijo, de mi amor oh digno empleo?
¿Piensas, cual Arctusa de su Alfeo,
Huir de mí, que al vago viento excedo?»
Alentó la carrera, y ya vencida
Cuidó tener de Dafne la dureza;
Tanto se le acercó el amante ciego;
Mas del piadoso padre socorrida,
Trocando en árbol su mortal belleza,
Burló sus brazos y avivó su fuego.

XLII.

A Cartago.

Este soberbio monte y levantada
Cumbre, ciudad un tiempo, hoy sepultura
De la grandeza, cuya fama dura
Contra la fuerza de la suerte airada,
Ejemplo cierto fué en la edad pasada,
Y será fiel testigo á la futura,
Del fin que ha de tener la mas segura
Pujanza, vanamente confiada.

Mas en tanta ruina nueva gloria
No os pudo fallecer, ¡oh! celebrados
De la antigua Cartago ilustres muros!
Que mucho mas creció vuestra memoria
Porque fuistes del tiempo derribados
Que si permanecierades seguros.

XLIII.

Al mismo asunto.

No los mármoles rotos que contemplo,
Reliquias nobles de la gran Cartago,
Ni de Numancia el miserable estrago,
Ni los despojos del efesio templo;
No de Sagunto el fin, único ejemplo
De la lealtad y de su injusto pago,
Descrecen mi dolor, ni satisfago
Con su memoria el mal que nunca templo.
Bien que prueba tal vez la fantasia,
Mas en vano, aliviar su desventura
Con el desastre de sucesos tales;
Mas la razon advierte que confia
En remedio engañoso si procura
Con los ajenos consolar sus males.

XLIV.

A Hércules.

El jabalí de Arcadia, el leon nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis piés, y vitorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo.
El can de tres gargantas y Tifeo,
Fieras guardas del claustro tenebroso,
No burlaron mi intento generoso,
Ni le valió caer al fuerte Anteo.
Ejemplos de mi ilustre vencimiento
Son Aceloo, Busiris y Diomedes,
Y el rey á quien huir Hesperia mira;
Mas ¿por qué ufano mis vitorias cuento,
Cautivo en tu prision? ¿Cuánto mas puedes
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

XLV.

A don Enrique de Cuzman.

Enrique, cuatro veces el estío
Robó al florido campo sus colores,
Y al verano otras tantas vertió flores
Por los márgenes verdes de este rio,
Despues que lisonjero desvario,
Sulcando el falso mar de los amores,
Corri fortuna, y roto entre clamores
Dados en vano, se anegó el navío.
Libre á tierra salí, besé la arena,
Y los despojos de la undosa furia
Pagué, cumpliendo el voto, al sacro templo.
¿Qué me llama otra vez la faz serena
Del mar? Vuelva por mí mi propia injuria,
Y de la ajena basta en ti el ejemplo.

XLVI.

Al gran señor del Asia y venerado
Padre de tantos reyes ¡suerte fiera!
Falta sepulcro, y yace en la ribera
Sin cabeza y sin nombre el cuerpo helado.
Y cuando se ve en Troya derramado
Mas fuego que contiene la alta esfera,
Falta al desnudo tronco la postrera
Llama, y solo le baña el ponto airado.
En ti admiramos de la humana suerte
La inconstancia, ¡oh ejemplo sin segundo!
En ti las vueltas de la incierta vida.
¿Cuál voz habrá que dignamente acierte
A lamentar tu fin? ¿Cuándo vió el mundo
Ni grandeza mayor ni igual caída? (28).

(28) El maestro Medina enmienda en sus *Apuntamientos*:
O grandeza mayor ó igual caída;
diciendo que la interrogacion sola niega, y así, es superflua la voz
de negar *ni, ni*.

XLVII.

A la amistad.

Contienden por morir en importuna
Porfia Orétes y el focense amigo,
Niso se ofrece al rútilo enemigo,
Y sigue de su tucro la fortuna.
En la fe de Damon sospecha alguna
No sufre Pitias, aunque ve el castigo,
Ni rehusa bajar Teseo contigo,
Pirotoo, fiel á la infernal laguna.
Pólux con Cástor parte el don divino,
Y porque el Orco satisfecho quede,
Muriendo compra la fraterna vida.
Teme vivir el jóven Prenestino
Faltando Caspio. Tales cosas puede
De la amistad la fuerza no vencida.

XLVIII.

A Orfeo.

Pudo con diestra lira y dulce canto
Bajar Orfeo á la region oscura,
Y del dolor que eternamente dura
La fuerza suspender y el triste llanto.
Del divino concento pudo tanto
La fuerza, y de su fe constante y pura,
Que á recobrar su prenda mal segura
Halló entrada en los reinos del espanto.
Venturoso amador, si no rompiera
El precepto fatal, y conservara
El bien que con tan largo afan conquista;
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
Que cuanto con la voz dulce ganara,
Vuelva á perder con la atrevida vista.

XLIX.

Pues ya del desengaño la luz pura
Descubre el vano error de mi cuidado,
Y del camino que escogi engañado
Me reduce á otra senda mal segura,
¿Cómo no rompo el lazo que en tan dura
Prision me tiene gravemente atado?
¿Por qué tardo? ¿Qué espero, sepultado
Del ciego olvido en la region oscura?
¡Afrentoso temor, tarda pereza,
Que estorbais la vitoria al desengaño!
Rindase á su valor vuestra porfia;
No se diga, culpando mi flaqueza:
«Al que atrevido se arrojó en su daño,
Para seguir el bien faltó osadía.»

L.

A Icaro.

Osaste alzar el peligroso vuelo,
Icaro, vanamente confiado
En mal seguras alas, y olvidado
Del sano aviso, te acercaste al cielo,
Donde el ardor del que gobierna Delo,
Deshaciendo tus plumas, castigado
Tearrojó al mar, á quien tu nombre has dado,
Y sepultura á ti en el hondo suelo.
Por mas cierto camino el sabio viejo
De tal peligro discurrió ligero,
Y á Febo dedicó el camano templo (29).
¡Oh, si guardar supieras su consejo,
Y no quedara en tu castigo duro
De las rendidas alas el ejemplo!

LI.

A Arion, músico.

Mientras llevado de un delfin piadoso
Pasa Arion el mar, suspende el viento
Y las aguas enfrena el blando acento
De la citara y canto artificioso.

(29) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos*:
«Y á Febo dedicó. — Levantó. Mas propio es de un artífice la-
brar un templo que dedicarlo; no sabemos que Dédalo lo dedicó,
mas sabemos que lo edificó. *Posúitque inmania templa.*»

Las nereidas, dejando el espumoso
Albergue, al dulce son de su instrumento
Tejen en concertado movimiento
Festivo coro en el teatro undoso.

Tétis, Nereo y Dóris con espanto
Oyeron su armonía; ni faltaste,
Grande Neptuno, y tú, Glauco, saliste.
¡Oh inmensa fuerza del suave canto!
Si la fiera codicia no amansaste,
Aguas, vientos, delfín, dioses venciste.

LII.

A Mucio Scévola:

Ofrece al fuego la engañada diestra
Ante el rey enemigo el esforzado
Scévola, y de aquel yerro no culpado,
Con dentado espantoso el pesar muestra (30).

Del fuerte corazón la insigne muestra
El ofendido rey miró turbado,
Y aquella mano respetó admirado,
Que supo errando á tantas ser maestro.
«No castigues, le dijo, valeroso
Mancebo, el fuerte brazo, cuyo engaño (31)
Me dió vida y á dártela me mueve.

»Hoy Roma por tu intento generoso
Verá que, libre de tan cierto daño,
Mas á tu hierro que á sus fuerzas debe.»

LIII.

A Julio César.

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte
Llega en oscura noche al pobre techo
Do Amiclas con seguro y libre pecho
Ni teme daño ni recela muerte.

Ya que llamar segunda vez advierte,
Rogado deja el mal compuesto lecho,
Y en frágil barca el peligroso estrecho
Corta, présago de siniestra suerte.

Brama furioso el mar, sintiendo el peso
Que sostiene, y al tímido piloto
César anima y dice: «Rema, amigo,

»Y olvida el miedo de infeliz sucesos;
Aunque mas se contrasten Euro y Noto,
La fortuna de César va contigo.»

LIV.

A una estatua de Niobe que labró Praxitéles.

(De Ausonio.)

Viví, y en dura piedra convertida,
Labrada por la mano artificiosa
De Praxitéles, Niobe hermosa,
Vengo segunda vez á tener vida.

A todo me volvió restituida,
Mas no al sentido, la arte poderosa,
Que no lo tuve yo cuando furiosa
Los altos dioses ofendí atrevida.

¡Ay triste, cómo en vano me consuelo
Si ardiente llanto espira el mármol frío,
Sin que mi antigua pena el tiempo cure,

Pues ha querido el riguroso cielo,
Para que sea eterno el dolor mío,
Que, faltándome la alma, el llanto dure!

LV.

A Leandro.

En la pequeña luz de Sesto pone
Desde el puerto los ojos, y atrevido
Rompe Leandro el mar, que embravecido,
A sus intentos con furor se opone.

Mas él, cuidando que la muerte abone
Su grande amor, se ofrece al conocido
Peligro, y de las ondas ya vencido,
A amansallas en vano se dispone.

«Ondas, dijo muriendo, si consiente
Vuestro furor de un triste amante el ruego,
Sed por un rato á mi dolor piadosas;

»Frenad el curso á la veloz corriente,
Mostráos benignas solo mientras llevo,
Y cuando vuelva me acogad furiosas.»

LVI.

A César viendo la estatua de Alejandro en Cádiz.

De Alejandro el trasunto, muda historia
Que animó en bronce artificiosa mano,
Do fijó sus columnas el tebanos,
César mira, envidioso de su gloria.

Viendo que en corta edad larga victoria
Ganó del orbe el macedon ufano,
De sus años lamenta el curso vano,
Que aun no ha dado principio á su memoria.
«Tú, ilustre jóven, dice, solo viste
Glorioso fin de tu alto pensamiento;
Tú al mundo grande, á tí pequeño el mundo.

«¿Quién á la excelsa cumbre que subiste
Podrá llegar? Ni ¿cuál osado intento
Presume ser á tu valor segundo?»

LVII.

A Damócles, que no quiso ser rey.

Si sobre su cabeza ve pendiente
De un sutil hilo la desnuda espada;
Si cada punto espera ver llegada
La postrera hora, y mira el fin presente,

¿Qué mucho que despidas de su frente
Damócles la corona, y la estimada
Púrpura menosprecie, que obligada
A tal temor y á tal peligro sienta?

En aparente bien cubierto daño
Descubrió del imperio codicioso,
Y en caduco placer tormento fiero.

Hazaña fué de un claro desengaño,
Que el cetro renunciase el ambicioso,
Y dijese verdad el lisonjero.

LVIII.

A Faeton.

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
Bello hijo del sol, la dulce vida;
La memoria no pudo, que extendida
Dejó la fama de tan alto intento (32).

Glorioso aunque infelice pensamiento
Disculpó la carrera mal regida,
Y del paterno carro la caída

Subió tu nombre á mas ilustre asiento.

En tal demanda al mundo aseguraste
Que de Apolo eras hijo, pues pudiste
Del alcanzar la empresa á que aspiraste.

Término ponga á su lamento triste
Climene, si la gloria que ganaste
Excede al bien que por osar perdiste.

LIX.

En segura pobreza vive Eumelo
Con dulce libertad, y le mantienen
Las simples aves, que engañadas vienen
A los lazos y liga sin recelo.

(32) Dice el maestro Medina en sus *Apuntamientos*, á propósito del primer cuarteto de este soneto:

«Vicios juzgan ser los lógicos atribuir á una causa por efecto el que no lo es, como si dijésemos: *El vino pudo quitar á Lot el uso de la razón, pero no el brío para hacer madres á sus hijas*. Efecto del vino es privar de razón, pero no lo es privar de fuerza para engendrar; bien así se puede decir ser efecto del atrevimiento quitar la vida, pero no lo es quitar la fama, antes la dió á muchos que sin ella no fueran conocidos; por esto pienso no es la sentencia de este primer cuarteto de la viveza que se imagina.»

(30) El texto de Colon dice *afecto* en vez de *denuedo*. Sigo la corrección del maestro Medina.

(31) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos*: *Mancebo, el fuerte brazo. — Soldado*; no sé la edad que tenía Scévola, pienso que sería mejor *Soldado*, que es palabra mas general y decente á un rey que no conocía en particular á Scévola.»

Por mejor suerte no importuna al cielo,
Ni se muestra envidioso á la que tienen
Los que con ansia de subir sostienen
En flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras luengos años no le espanta,
Ni la recibe con indigna queja,
Mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin, muriendo con pobreza tanta,
Ricos juzga sus hijos, pues les deja
La libertad, las aves y la liga.

LX.

Si pudo de Anfiton el dulce canto
Juntar las piedras del tebanu muro (33);
Si con suave lira osó seguro
Bajar el tracio al reino del espanto;

Si la voz regalada pudo tanto,
Que abrió las puertas de diamante duro,
Y un rato suspendió de aquel oscuro
Lugar la pena y miserable llanto;

Y si del canto la admirable fuerza
Enternece los fieros animales,
Si enfrena la corriente de los rios (34),
¿Qué nueva en mi dolor se esfuerza,
Pues con lo que descrecen otros males (35),
Se van acrecentando mas los míos?

LXI.

A Curcio.

Ya el jóven fuerte que con muestra hermosa
Y con doradas armas fulgente
Librar intenta la romana gente
De la profunda sima peligrosa,

Abrevia la carrera presurosa;
Que no sufre tardanza el impaciente
Amor de gloria, y con alegre frente (36)
Se arroja en la caverna prodigiosa.

¡Dichoso tú, que contra injustos hados,
Comprando tantas vidas con la muerte (37),
No recibí tu pensamiento engaño.

Yo, que en mas hondo abismo de cuidados
Me arrojé, ¿qué esperar podré en mi suerte,
Si á nadie causó bien mi mortal daño?

CANCION.

En la sazón dichosa
Que viste Flora el campo de colores,
Y con artificiosa
Labor le diferencia de mil flores,
Quedando nuestro suelo
Hecho un retrato del octavo cielo;

Y en el mayor reposo
De una serena noche, que la falta
De Febo luminoso
Puso en olvido, porque el prado esmalta,
Descubriendo mas clara
La esposa de Titan su alegre cara,

(33) Colon dió como inédito este soneto, sin embargo de estar impreso en las *Flores de poetas ilustres* y en la *Agudeza y arte de ingenio*:

Juntar las piedras del troiano muro.
(*Textos de Espinosa y Gracian.*)

(34) Domestica los fieros animales
Y enfrena la corriente de los rios.
(*Textos de Espinosa y de Gracian.*)

(35) ¿Qué nueva pena en mi dolor se esfuerza,
Que con lo que descrecen otros males.
(*Texto de Colon.*)

Sigo el de Espinosa y el de Gracian.

(36) Tambien dió Colon como inédito este soneto. Hállase en las *Flores de poetas ilustres*:

Deseo de gloria y con alegre frente.
(*Texto de Espinosa.*)

(37) Así el texto de Espinosa; el de Colon dice:

Dichoso tú, que contra infaustos hados,
Tantas vidas comprando con la muerte.

Del Bétis en la orilla
Está el pastor Arcicio recostado;
La mano en la mejilla,
Todo en sudor y lágrimas bañado,
Con tan copiosa vena,
Que abrió camino en la menuda arena.

Al rumor que sonaba
Del céfiro que sueña blandamente;
Y al agua que pasaba
Se quejaba el pastor tan tiernamente
Como si dar pudiera
Con llorar el remedio que quisiera;

Y aunque el alegre puesto
Bastara á consolar un afligido,
Tan al contrario de esto
Siente el efecto Arcicio, y tan rendido
Le tiene su ventura,
Que le es dañoso lo que á muchos cura.

Allí llora su suerte,
Y de Tircerio el fin apresurado,
Pastor á quien la muerte
Con injusto furor y rostro airado
Hizo sentir sus daños
En juveniles y floridos años.

Siente tambien la falta
De una firme amistad, mayor tesoro
Y dádiva mas alta
Que otorga al mundo el estrellado coro;
Y en tales ocasiones
No sobra el llanto, sobran las razones;

Porque si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
A un alma generosa
Ocasionar tan misero accidente,
Es perder un amigo
Que fué del pensamiento fiel testigo.

No con tantos gemidos
En la egipciana playa Codro anciano
Quemó los esparcidos
Huesos del gran Pompeyo, que el tirano
Mató dentro en su tierra,
Do se acogió de la sangrienta guerra;

Ni con dolor tan fiero
Lloró el Tebacio, músico divino,
El caso lastimero
De su consorte, á quien el cruel destino
Le trajolamentando,
Por las selvas de Ródope vagando;

Y al fin ningunos males
Humanos pechos han sentido tanto,
Que hayan de ser iguales
A nuestro Arcicio, cuyo triste llanto
Fué tanto mas copioso
Cuanto á cualquier de aquellos mas famoso;

Que todo lo merece
La limpia fe de un verdadero pecho
Que al amigo se ofrece
Cuando, de su bondad ya satisfecho,
Le tiene la experiencia,
Que en tales casos es la mejor ciencia;

Y mas en un sugeto
Como Tircerio, á quien con larga mano
Y poderoso efeto
Hizo tan rico el cielo soberano
De celestiales dones,
Que fué un nuevo algaucil de corazones.

Mas, porque nadie extrañe
Cómo es posible que á un pastor grosero
Tal virtud acompañe,
Este suceso trataré primero
Que prosiga mi intento,
Volviendo luego al comenzado cuento.

En Córdoba dichosa,
A quien sus hijos por extrañas tierras
Han hecho ser famosa,
Cuál escribiendo las civiles guerras,
Cuál en modos suaves
Dejando libros de sentencias graves,

El amigo de Arcicio
Aquí nació, no en pastoril cabaña,
Sujeto al ejercicio
Que acostumbra el pastor en la campaña,
Ni á guardar el ganado
Ni al tratar del zurrón, honda y cayado;

Antes entre parientes
Y en medio del bullicio peligroso
Del trato de las gentes
Vivió un tiempo, no poco temeroso
De verse en un estado
Poco seguro y menos sosegado.

Fué con la edad creciendo
Este temor en los primeros años,
Hasta que, conociendo
Cuán cerca está de peligrosos daños
La incanta muchedumbre,
Su vista aclara la divina lumbre.

Ve crecidos enojos,
Tristes envidias, ásperas mudanzas,
Atrevidos antojos,
Un número infinito de esperanzas
Postradas por el suelo
De quien se levantaba hasta el cielo;

Ve al pobre descontento,
Y al rico en medio de su plata y oro
Mas faltar de contento
Cuando está mas sobrado de tesoro;
Que á muchos acaece
Menguar el gusto si el estado crece.

Solo juzga por buena
La pacífica vida del que á solas
La suya en paz ordena,
Libre del mundo y sus hinchadas olas,
Sin buscar pretensiones,
Infierno de ambiciosos corazones.

Siguiendo aqueste intento
E inspiración que á su deseo convino,
Dejó su patrio asiento,
Guiando á la ribera su camino,
Donde tú, fuerte Alcides,
Al sacro Bétis con tus torres mides.

Estaba en estos llanos
Arcicio, otro pastor, de cuyos tratos,
Aunque humildes y llanos,
Tanto gustó Tircerío algunos ratos,
Que en amistad estrecha
De las dos almas una quedó hecha.

No el Tebano y Teseo,
Ni Plotino y Amelio, que mostraron
Un conforme deseo,
En amistad tan firme se trataron,
Ni Tolomeo y Galétes,
Ni Timágoras, Celio y Malétes;

Que los que de mayores
Amigos alcanzaron nombre y gloria
Le fueron inferiores,
Aunque se nos renueva la memoria
De Niso y del Troyano
Que en sus versos celebra el Mantuano.

Hasta en los mayores
De Tircerío creció un amor secreto,
Porque entre los zagales
Otro pastor que fuese mas discreto
No pisó la campaña
Que Tórmes riega ó el Henáres baña;

Pero de este nudo fuerte
No duró mucho en tan feliz pujanza;
Que la envidiosa suerte
En lo que está mas libre de mudanza
La furia insana muestra
De su voltaria y mal segura diestra.

Ofreció el tiempo airado
A Tircerío forzosas ocasiones
Para dejar el prado,
El caro amigo y los demás garzones
Que habitaban la vega,
Y al rigor de esta ausencia el pecho entrega.

Llegó á los prados bellos

Que términos al suelo hispano ponen,
Aunque no gozó de ellos,
Porque los hados en su mal disponen
Que la Parca atrevida
También los ponga allí á su dulce vida.

Apenas las columnas
De Hércules vido en la arenosa tierra,
Cuando con importunas
Fiebres le hizo la Parca cruel guerra,
Que usurpó los despojos
Que á Arcicio ocasionaron sus enojos;

Pero su justa pena
Y doloroso llanto á todas horas
Con abundante vena
Contadlo vos, ¡oh ninfas moradoras
De Pierio! que á tanto
No se puede obligar mi débil canto.

Mil veces á la orilla
Del claro Bétis, en la noche oscura,
Mueve á nueva mancilla
Los que habitan del agua la hondura,
Y en la sazón presente
Esta es la causa del dolor que siente;

A cuyo triste acento,
Y al son de sus querellas lastimosas,
Del húmedo aposento
Las náyades salieron presurosas
A do estaban las driades
Con las enredadoras amadriades;

Y á un punto se juntaron
Sátiros, fannos, Pan, que conducidos
De sus voces, llegaron
Á tal tiempo, que Bétis con gemidos
En las cavernas hondas
Su casa oscureció con turbias hondas;

Mas ya que el dolor fiero
Dió lugar que la muerte lamentase
Del dulce compañero
Antes que Febo el curso apresurase,
De sus glorias deshechas
Celebraron el fin estas enredas:

«¡Oh dioses moradores
Del sacro olimpo, que con rostro enjuto
Mirais nuestros dolores,
Y libres ya deste mortal tributo,
Con eterno consuelo
Las sillas ocupais del alto cielo!

»Si el rigor é inclemencia
Vuestros benignos pechos ya renuncian,
¿Cómo aquesta sentencia
Contra la firme fe del mío pronuncian?
¿Por qué como á enemigo
Privan á Arcicio de su fiel amigo?

»Si vuestras justas leyes
Como atrevido acaso he quebrantado,
Pues sois supremos reyes,
Haced que sea mi yerro castigado,
Sin admitir disculpa,
Y no padezca quien está sin culpa;

»Que yo estoy satisfecho
De que vuestra piedad sacra y inmensa
De su hidalgo pecho
Jamás ha recibido injusta ofensa;
Que sus glorias mayores
Eran daros continuo mil loores;

»Mas, pues todos lo hicistes,
A vuestra voluntad el cuello inclino;
Sin duda fué que vistes
Que no era de tal bien el suelo dino;
Y así, la Parca cruda
Cortó la hebra, de piedad desnuda;

»Y pues su golpe fiero
Tan presto de tal bien pudo privarme,
A ella volverme quiero;
Quizá hallaré remedio con quejarme
A mi pena crecida,
O fin mas breve de mi triste vida.

»Parca cruel, airada,
Reina de agravios, contra cuyas leyes

Sirven poco ó no nada
Coronas altas de temidos reyes,
Por ser tus armas tales,
Que al ceiro bacen y al cayado iguales;

»Tú, que mas glorias tienes
Cuando las nuestras en pesares tornas;
Tú, que de ajenos bienes
Tus cavernosos páramos adornas;
Tú, que en ser cruel y fiera
Los privilegios gozas de primera;

»Tú, que al mas fuerte pecho
Con tu mano sujetas y acobardas,
Y hasta el triste lecho,
Sin respetar las vigilantes guardas,
Con tu guadaña llegas,
Y al duro yugo de tu ley lo entregas;

Tú, que en nuestra memoria
La tuya engendras cual cicuta amarga;
Tú, que á mi triste historia
Materia has dado tan copiosa y larga
Para que en este prado
Llore el fin triste de Tircerio amado;

»Mas dura, inexorable,
Cual suele ser el animoso viento
Cuando el mar variable
Parece que le muda de su asiento;
Mas temida que Arturo
Y el tempestuoso Orion cuando está oscuro:

»Si tu crueldad celebras,
Y de ser impia cobras arrogancia,
¿Cómo conmigo quiebras
La triste y desabrida consonancia,
Dándome ajena vida,
Si en tus manos quedó la mia perdida?

»¿Cómo tu golpe esquivo
Hizo en un corazon tales efectos,
Que muera y quede vivo?
Pero son cautelosos tus secretos,
Y menos entendidos
Cuanto de mi con mas dolor sentidos.

»No pienses que apetezco
La vida amarga que gozar me dejas;
Que aunque vivo parezco,
Solo viven en mi mis justas quejas;
Y si mas me concedes,
Muerte será; que vida dar no puedes;

»Pero si lo parece,
Dada por mano tuya no la quiero;
De grado Arcicio ofrece
La suya al golpe de tu brazo fiero.
Si puedes ser piadosa,
Sélo siendo conmigo rigurosa;

»Pero cánsome en vano;
Que si en llamarte por mi bien me empleo,
Tu poco cortés mano
Hará el tiro al revés de mi deseo;
Que al que huye destruyes,
Y del cuidado, que te busca, huyes.

»Seráme necesario
Al trocado contigo armar el fuego,
Pues haces lo contrario
De mi tan justo cuan humilde ruego;
Pido que te detengas;
Quizá vendrás diciendo que no vengas.

»Sin causa me detengo
Si aplico leña al fuego que me quema.
»Triste, que ya no tengo
Ni bien que espere ni dolor que tema!
Cierto es el desengaño
Que quien no espera bien no tema el daño.

»Tú; ¡oh celestial teatro!
Y vosotras, estrellas, sabidoras
De nuestro limpio trato,
Habeis sido testigos que á las horas

Que Febo está en oriente
O ya traspuesto dora el occidente,

»Cuando la noche oscura
Al mundo hace acostumbrado ultraje,
La amarilla figura
Del caro amigo en desusado traje
Ante mí se presenta,
Con que las fuerzas al dolor aumenta;

»Y aun el pasado día,
¡A cuántos esto ¡ay triste! ha sucedido!
Soñaba que tenia
Presente al que ya lloro por perdido,
Y que con él hablando
Andaba, nuestros campos paseando.

»Con tal acaecimiento
Alegre estaba yo; mas la fortuna,
Que en caso de contento
No supo detenerse en cosa alguna,
Hizo mi pena cierta,
Huyendo el sueño por la ebúrnea puerta.

»Salté despavorido,
Y cual otra Lamprecie congojada,
Que al hermano atrevido,
Faeton, con voz amarga y lastimada
Llamaba iusamente,
Orillas del Eridano inclemente;

»Así yo en este llano,
Turbando de las aves el reposo,
Llamaba el nombre en vano
De Tircerio, y con eco doloroso
Las selvas acudieron,
Y los montes *Tircerio* respondieron.

»¡Oh alma felice tanto
Cuanto es rabiosa mi crecida pena
Y sin igual quebranto,
Que en esta vega, de amargura llena,
Es la mas rica y grave
Que ha visto Bétis ni que el Tajo sabe!

»Pues de este trago esquivo
Saliste, cual la fénix, renovado,
Para Dios siempre vivo,
Segura de perder tan firme estado,
Ten ahora memoria
De quien celebra tu pasada historia;

»Porque en la mia de suerte
La perfeccion de la amistad se halla,
Que ni la dura muerte
Ni nueva voluntad podrá apartalla;
Antes mas cada día
Lloraré tu perdida compañía.

»Los versos mal compuestos
De mi corto caudal y tosca pluma
Con honores funestos
Dedicaré á tu nombre en breve suma;
Que por solo este empleo
Codiciaré la lira de Tirteo.

»Será tu sepultura
De mí no pocas veces visitada,
Y con víctima pura
De mis humildes manos ofrendada,
Coronando mis sienas
De los cipreses que en tu campo tienes;

»Aunque por mas dichoso
Entre tantos trabajos me tuviera,
Si del dulce reposo
Que tú tienes, gozando yo estuviera,
Y no donde me dejas.»
Así dió fin á sus piadosas quejas;

Que con la pesadumbre
Del dolor grave se traspuso cuando
Febo, autor de la lumbre,
La altura de los montes va rayando;
Que de ellos alcanzado,
Al sueño entregó el cuerpo fatigado.

POESIAS

DE

BALTASAR DEL ALCÁZAR.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Los versos de BALTASAR DEL ALCÁZAR descubren tal gracia y sutileza, que no solo lo juzgo superior á todos, sino entre todos singular, porque no vemos otro que haya seguido lo particularísimo de aquella suerte de escribir. Suelen los que escriben donaires, por lograr alguno, perder muchas palabras; mas este solo autor usa lo festivo y gracioso mas cultivado que las veras de Horacio. No sé que consiguiese Marcial salir tan corregido y limpio de sus epigramas. Y lo que mas admira es, que á veces con sencilla sentencia ó ninguna liace sabroso plato de lo mas rico, y labra en sus burlas un estilo tan torneado, que solo el rodar de sus versos tiene donaire, y con lo mas descuidado despierta el gusto. En fin, su modo de componer, así como no se deja imitar, apenas se acierta á descubrir.

DE FRANCISCO PACHECO.

Las cosas que hizo este ilustre varon viven por mi solicitud y diligencia; porque siempre que le visitaba, escribia algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su felice memoria. Pero entre tantos sonetos, epístolas, epigramas y cosas de donaire, la *Cena jocosa* es una de las mas lucidas obras que compuso, y el *Eco*, de lo mas trabajoso y artificioso que hay en nuestra lengua.

POESÍAS

DE BALTASAR DEL ALCAZAR.

COMPOSICIONES VARIAS.

SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ.

Deseáis, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan usada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.

Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.

Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

SECRETO PARA CONCILIAR Y SACUDIR EL SUEÑO.

No es el sueño cierto lance;
Variedades tiene el sueño (1);
Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede d'alle alcance.

Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto;

(1) Sus caprichos tiene el sueño.

Yo le corrijo y ajusto

Con el aviso siguiente :

Cuando el sueño se detiene
Rezo por poder pasar (2),
Y en comenzando á rezar,
En el mismo punto viene.

Si carga mas que debía,
Pienso en las deudas que debo,
Y el sueño huye de nuevo,
Como la sombra del día.

Ved el áspero y cruel
Cuán manso vuelve al oficio,
Y con cuán poco artificio.
Hago lo que quiero de él,

Con tanta puntualidad,
Que como galán y dama,
Tenemos á mesa y cama
Perpetua conformidad.

Revelóme este secreto
Una vieja de Antequera,
Que desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.

Y así, por larga experiencia
He venido á conocer
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

EPIGRAMA PRIMERO.

En un muladar un día
Cierta vieja sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería,

Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.

Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo : « Maldito seas. »

UNA CENA (3).

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portugués...

(2) Rezo para reposar.

(3) Sedano publicó del modo siguiente esta poesía ; yo sigo el texto de Fernandez.

En Ronda, donde resido,
Mora don Diego de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido :

Tenia este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la hota,
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Ma ya... de la del Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invención moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fué
La invención de la taberna;
Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voime contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!
¿Qué oronda viene y qué bella!
¿Qué través y enjundía tiene!
Páreceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de comer junto,
Y el vino y tazas á punto;
Pues comiéndose la fiesta.
Rebana pan; bueno está;
La ensaladilla es del cielo,
Y el salpicon y el ajuelo,
No miras qué tufio da?
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sola una falta le hallo:
Que con la priesa se acaba.
Echa vino, y por tu vida,
Que le des tu bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar la bebida.
Bueno fué, Inés, este toque,
Franco fué; mas yo ¿qué bago?
Vale un florin cada trago
De aqueste vinillo aloque.
La taberna de la esquina
Le suele á veces vender;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Echa otra vez, serán dos,
Ya que la cosa va rota;
¿Quién de él tuviera una hota
Para mas servir á Dios?
La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿quién viene agora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!
¿Qué oronda sale y qué bella!
Qué bizarro garbo tiene!
Yo sospecho, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que sale angosto el camino,
No echas agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.

No echas agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¿Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¿Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Echas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer; no sé de ti,
¿Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estas contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil,
¿No pusiste allí un candel?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candelles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene qué ver con él.
¿Qué suavidad! qué clareza!
Qué rancio gusto y olor!
Qué paladar! qué color!
¿Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
Ande apríase el tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, el buen consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¿Cómo la traidora pica!
Tal debe de estar de especias.
¿Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
¿Vive Dios, que se podía
Poner al lado del Rey!
Al fin puerco á toda ley,
Que hinche tripa vacía.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene qué ver con él.
¿Qué suavidad, qué clareza!
Qué cuerpo rancio y olor!
Qué paladar, qué color!
¿Todo con tanta fineza!
El corazon me revienta
De placer, y á ti te veo
Muerta de risa; yo creo
Que debes de estar contenta.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo;
El de Pinto no le iguala,
Y la aceituna no es mala;
Bien puede bogar su remo.
Pues haz, Inés, lo que sueles;
Dame de la hota llena;
Behamos, hecha es la cena;
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado, etc.

Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

DIALOGO ENTRE UN GALAN Y EL ECO.

GALAN. En este lugar me vide
Cuando de mi amor partí;
Quisiera saber de mí,
Si mi suerte no lo impide.

ECO. Pide.

GALAN. Temo novedad ó truco,
Que es fruto de una partida;
Mas ¿quién me dice que pida
Con un término tan seco?

ECO. Eco.

GALAN. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
La que por Jupiter quiso
Ser contra Juno traviesa?

ECO. Esa.

GALAN. ¿Qué andas por aquí buscando,
Bella ninfa? ¿Es á tu amor,
O vencida del dolor,
Andas tus males llorando?

ECO. Ando.

GALAN. Así Narciso te vea
Con mas piedad que solia,
Que informes al alma mia
De las cosas que desea.

ECO. Sea.

GALAN. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso: ¿haberme ido
Fué yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?

ECO. Yerro.

GALAN. Hora debió ser menguada,
Donde reinó el interés;
La lealtad y fe de Inés
¿Qué han medrado en mi jornada?

ECO. Nada.

GALAN. El caso va descubierto,
Algun desconcierto ha hecho;
¿Es cierto lo que sospecho
De haber hecho desconcierto?

ECO. Cierto.

GALAN. ¿Vístele romper el hilo
Que anudó nuestra amistad?
No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavilo.

ECO. Vilo.

GALAN. A vilo no hay que dudarse,
Yo te doy entera fe;
Mas lo que viste ¿qué fué?
¿Fué olvidarme ó fué mudarse?

ECO. Darse.

GALAN. ¿Qué, en tales trances y puntos
Inés con otro se halla!
Di cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.

ECO. Juntos.

GALAN. Ella fué nave sin lastre,
Que dió conmigo al través;

Y ¿de qué calidad es
El autor de mi desastre?

ECO. Sastre.

GALAN. Mira no se lo levantes;
Antes que la conociese
Pudo ser que sastre fuese,
Mas no en tiempos semejantes.

ECO. Antes.

GALAN. Pues ya no usando el oficio,
Que mucho es que se engañase,
¿Quién la obligó á que olvidase
Mi tierno amor y servicio?

ECO. Vicio.

GALAN. Acaba de resumirte;
De este vicio y perdicion,
¿Cuál fué la cierta ocasion?
Que tenga yo que servirme.

ECO. Irte.

GALAN. Pues presto vine, mas tarde
Para corazon tan varío;
¿Quiere bien á mi contrario?
Dimelo, así Dios te guarde.

ECO. Arde.

GALAN. Arda, pues tan poco valgo,
Que dejo arder esos fuegos;
¿Resistió mucho á los ruegos
De ese venturoso hidalgo?

ECO. Algo.

GALAN. ¿Las amorosas porfias
Y recaudos importunos
Duraron meses algunos?
Dilo, pues que lo entendias.

ECO. Dias.

GALAN. La paga parece breve;
Y pues que lo redujeron
A dias, di cuántos fueron,
Aunque mi mal se renueve.

ECO. Nueve.

GALAN. Corta en palabras anduvo,
Propiedad de vizcainos;
Y ¿hubo acaso en los vecinos
Quien tanta ventura tuvo?

ECO. Hubo.

GALAN. Pues á propósito llega,
Dime el nombre sin tardanza
De aquel que el mar en bonanza
Y el viento á popa navega.

ECO. Vegã.

GALAN. Primero que me partiese
Tuve yo del mal espina;
No es Vega, junto á la esquina,
Con quien tuve el interese.

ECO. Ese.

GALAN. Que cometió aquel delito
Que todos saben del trigo,
Por quien le vino el castigo
Que en flor lo dejó marchito.

ECO. Chito.

GALAN. ¿Que calle? Donosa estás.
¿No fué público el engaño,
Y él no me ha hecho mas daño
Que yo le haré jamás?

ECO. Mas.

GALAN. Al fin su amor fué al desgairé;
Debí ser, porque en efeto
Cuanto le di fué un soneto
Y otros versos de donaire.

ECO. Aire.

GALAN. Yo se los di por dinero
De mas valor y provecho;

Mas ¿qué son versos en pecho
Sin amor, hecho de acero?

ECO. Cero.

GALAN. Por experiencia lo vi,
Que realmente en mis amores
Codició fruto, y no flores;
¿Tú no lo entendiste así?

ECO. Sí.

GALAN. ¿Cómo la ingrata olvidó
Lo que mostraba estimar!
Y él ¿de qué ardor supo usar,
Que tan presto la rindió?

ECO. Dió.

GALAN. Acertó, y es el decoro
Que ha de guardar el que ama;
Pero ¿qué le dió á la dama
Que tan sin término adoro?

ECO. Oro.

GALAN. Artillería es que expugna
La mayor fuerza de amor;
Y ¿hubo á caso en su favor
Del galán tercera alguna?

ECO. Una.

GALAN. Digolo porque esta allana
Cualquier, duda y la atropella;
Bien sé que fué hermana de ella,
Pero no sé cuál hermana.

ECO. Ana.

GALAN. Si alguna tercera hubiere,
Esa ha de ser, y otra no;
La madre ¿cómo calló,
Visto el deshonor que adquiere?

ECO. Quiere.

GALAN. Mis versos quisiera solos
Cobrar, pero no me atrevo;
¿Diólos al amante nuevo,
O por ventura escondiólos?

ECO. Diólos.

GALAN. ¿Que á tal cosa se dispuso
La desenvuelta muchacha!
¿Y él puso en los versos tacha,
Sabiendo quien los compuso.

ECO. Puso.

GALAN. Hallárialos oscuros,
Versos inútiles, cojos,
Duros, bajos, y tan flojos,
Que se caen de maduros.

ECO. Duros.

GALAN. Bien sabe de cortesano;
¿No está llano que en blandura
Son sin igual, y en lisura,
Y en estilo castellano?

ECO. Llano.

GALAN. Pero el sugeto fué indino,
No me espanto; y la infiel
¿Vino á murmurar con él
También del verso divino?

ECO. Vino.

GALAN. ¿Quién tan gran maldad hiciera
Por un amante segundo?
¿Cómo ha de llamalla el mundo
Cuando el caso se refiera?

ECO. Fiera.

GALAN. Poco es fiera, yo le hallo
Mejor nombre que le den;
Mas calla, que yo también
Me corro de publicallo.

ECO. Callo.

GALAN. Que sufra yo una querella
Tan justa no quiera Dios,

Muera el uno de los dos;
¿Cuál será, di, ninfa bella?

ECO. Ella.

GALAN. ¿La palomilla sin hiel
Ha de morir? ¡ay dolor!
¿Cuál hallas tú que fué autor
De este delito cruel?

ECO. El.

GALAN. Pues muera, que yo no soy
De quien es bien que se alabe.
¿Cuándo quieres que le acabe?
Porque resolutó estoy.

ECO. Hoy.

GALAN. Mucha prisa es para mí;
Pero hoy no me determino;
Oye otro nuevo camino
Mejor del que yo entendí.

ECO. Di.

GALAN. Rematar este debate
Con muerte, hay Dios que lo vede,
Pues mátele Dios, que puede,
Y asegúrase el remate.

ECO. Mate.

GALAN. Si yo lo mato me pierdo,
Porque no hay caso escondido;
¿Qué te parece que ha sido
Todo este mi nuevo acuerdo?

ECO. Cuerdo.

GALAN. Viva lo que Dios mandare;
Solo me di lo que haga
Del sexo que así me estraga,
Para que mi mal repare.

ECO. Pare.

GALAN. ¿Cómo ha de parar un potro
Cerrero y desenfrenado?
Y ¿cuál amor hay criado
Que me haga olvidar este otro?

ECO. Otro.

GALAN. Ya te entiendo, y es exceso;
¿Quieres decir que procure
Nuevo amor, que el viejo cure
Por haber salido avieso?

ECO. Eso.

GALAN. No osaré intentar tal cosa,
Porque quizá es escapar
De una desventura, y dar
En otra mas peligrosa.

ECO. Osa.

GALAN. Y cuando me aventurara,
¿Qué dama fuera mejor
Para servir sin temor
Que con otro se mezclara?

ECO. Clara.

GALAN. De su madrastra he sabido
Que es bellísima y honrada,
Blanda, humilde y avisada;
Pero tiene un mal marido.

ECO. Ido.

GALAN. Ya sé que se fué á la guerra;
Mas hay quien le profetice,
Si no yerra el que lo dice,
Que será presto en la tierra.

ECO. Yerra.

GALAN. Quieres decir que mintió.
¿Al fin fin no ha de volver
A su casa y su mujer,
Como al partir lo ordenó?

ECO. No.

GALAN. Pues el mayor sobresalto
Me allanas, yo he de probar

Por tu consejo asaltar
Ese peligroso salto.

ECO.

Alto.

GALAN. Que ya entiendo que lo manda
Quien la rueda mueve y guia;
Y siendo así, niña mía,
Yo me parto en la demanda.

ECO.

Anda.

IMITACION DE UN APÓLOGO.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimacion que en el mundo
Su deidad pudo tener.
Y halló ser necesario
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho
De un insigne estatuario.
En esto pues resumido,
Hizo al punto su viaje,
Mudando el divino traje
Para no ser conocido,
Sin mirar cuán fácil es
Al escarbar la gallina
Descubrir la aguda espina
Que le lastima los piés.
Vido llena la oficina
De tablas artificiosas,
Todas de dioses y diosas
De belleza peregrina.
También vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demás con la ventaja
Que el sol hace á las estrellas.
Hallóse á todo presente
El artífice discreto,
Con quien el Dios inquieto
Tuvo el coloquio siguiente:
«Esta tabla principal
De Júpiter ¿cuánto vale?
—Esa de ordinario sale
Vendida en medio real.
¿Y esta de la diosa Juno
En qué se suele vender?
—Esta, por ser de mujer,
Suele venderse por uno.
¿Y esta del famoso dios
Mercurio en qué suele dalla?
—De balde suele llevalla
Quien me compra esotras dos.»
Amargóle esta verdad,
Pero juzgo sin pasión
Que la propia estimacion
No suele dar calidad,
Y que los que mas están
Con su estimacion casados,
Solo tienen de estimados
Lo que los otros les dan

CANCION.

Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme cual estoy,
Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Sufriendo las sinrazones
Que me hiciste, me han salido
Dos bultos tras el oído,
Que parecen laniparones.
Si lo son yo no lo sé;
Mas por la duda en que estoy
Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Si no fueras melindrosa
Pasara con buen gobierno,
Sin intentar sobre invierno
Jornada tan trabajosa;
Pero, como en ella esté
Tan cursado como esloy,

Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.

CANCION.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon:
La bella Inés, el jamon (4)
Y berengenas con queso.
Esta Inés, amantes, es (5)
Quien tuvo en mi tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Inés.
Trájome un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon
Y berengenas con queso.
Fué de Inés la primer palma,
Pero ya juzgase mal
Entre todos ellos cuál
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion;
Ya quiero Inés, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Inés su beldad,
El jamon que es de Aracena,
El queso y la berengena
La española antigüedad (6).
Y está tan en fiel el peso,
Que, juzgado sin pasión,
Todo es uno: Inés, jamon
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato (7)
Destos mis nuevos amores
Hará que Inés sus favores
Me los venda mas barato.
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiciere la razon,
Una louja de jamon
Y berengenas con queso.

SOBRE LOS CONSONANTES.

Quisiera la pena mia
Contártela, Juana, en verso;
Pero temo el fin diverso
De cómo yo lo querría;
Porque si en verso refiero
Mis cosas mas importantes,
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.
Ejemplo: Inés me provoca
A decir mil bienes della;
Si en verso la llamo bella,
Dice el consonante *loca*;
Y así, vengo á descubrir
Con término descompuesto,
Que es una *loca*, y no es esto
Lo que yo quiero decir.
Y si la alabo de aguda,
Y mas ardiente que fuego (8),
A la aguda dice luego
Su consonante *picuda*.
Y así la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello,
Por solo la consonancia;
El verso en todo me impide,
Y podrán hacerme cargo
Que en la relacion me alargó
Mas de lo que el cuento pide;
Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es excesivo,
Pues si miento en lo que escribo,
Por los consonantes miento.

(4) La dulce Inés, el jamon. — *Texto de Sedano.*(5) Una Inés, amantes, es. — *Id.*(6) Su andaluza antigüedad. — *Id.*(7) Servirá este nuevo trato. — *Id.*(8) Presta, ardiente como fuego. — *Texto de Fernandez.*

Demás desto, tengo duda
Que mi verso te contente,
Mirado menudamente,
Porque despuntas de aguda;
Y no siendo cual deseas,
Te fastidian versos malos,
Y será darte de palos
Obligarte á que los leas.

Pues, Juana, si hago fúncia
De tratar contigo en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa,
Y es mi prosa un poco sucia;

Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo;

Y la experiencia me avisa
Que no será maravilla
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa;

Y así, si yo no me engaño,
Parecerá menos feo
Desamparar mi deseo
Que seguillo con mi daño.

Y de estas dificultades
Resulta, si bien lo miras,
Que en el verso irán mentiras,
Y en la prosa necedades.

CONSEJOS Á UNA VIUDA.

Deja el llanto y la tristeza,
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.

La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido;

Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida;

Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.

Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo, y verás
El estado en que te ha puesto;

Porque visto el daño, espero,
Compadecida de ti,
Que recibirás de mi
Lo que aconsejarte quiero.

Deja el triste luto aparte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adónis recrearte.

Ardan los ricos pebetes
Que en tus regalos consumes
Y usa de nuevos perfumes,
Y de varios ramilletes.

Cubre de perlas el cuello;
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa
Y esparce al viento el cabello.

Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos,
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.

Haz ventana para ver
Los ratos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.

Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas y los ojos
De los que á verte se atreven.

La arpa ya olvidada encuerda,
Tañe y canta letra mía,

Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.

Bebe clarete, que quita
Melancolias y alegría;
Di luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.

Recibe á brazos abiertos
Cualquier placer que viniere;
Si Vénus algo pidiere,
No te acuerdes de los muertos;

Porque en cualquiera razon
Que madama se declara,
Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.

Tus afligidas doncellas,
Que ya no se lo desean,
Ten por bien que no lo sean;
Serás adorada de ellas.

Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.

Andepues tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada
Por el fruto que habrás della;

Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin dél
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

EPIGRAMA II.

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo (9);
Díjeme, picado, quedo,
Pero ya lo estaba yo.

Rióse, y con su cordura
Acudió al remedio presto;
Chupome el dedo, y con esto
Sané de la picadura.

III (10).

Mostróme Inés por retrato
De su belleza los pies;
Yo le dije: «Eso es, Inés,
Buscar cinco piés al gato.»

Rióse; y como eran bellos,
Y ella por extremo bella,
Arremeti por cojella,
Y escapóseme por ellos.

EL PINTOR PROTÓGENES (11).

Intentó con osadía
Protógenes los pinceles
Vencer y el arte de Apéles
Y su ufana valentía;

Para lo cual sabiamente
De la Grecia las mas bellas
Y aquestas cinco doncellas
Buscó y halló diligente.

Del ornato las despoja,
Y libres de compostura,
Descubrió su hermosura,
Sin dejarles ni una hoja.

Contemplaba su belleza
Y admiraba cada parte,
Atendiendo siempre al arte,
Nunca á la naturaleza.

(9) Con un alfiler el dedo. — *Texto de Espinosa.*

(10) *Flores de poetas ilustres.*

(11) Según dicen otros autores, este caso fué de Cénsi. Trae estos versos Pacheco en su *Arte de la pintura*, diciendo: «Galánamente pintó este caso (aunque atribuido á Protógenes) don Melchor del Alcázar, florido ingenio sevillano, que murió en la corte, de treinta y siete años, el de 1627, en estas coplas castellanas.» Como se ve, los versos del texto fueron obra de Melchor, hermano de Baltasar.

La gracia y color sacó
De esta , y la parte mas bella
Y artificiosa de aquella,
Y una imagen acabó ,
Tal que á Vénus , que el hermoso
Velo estrellado oscurece ,
Por trasunto se la ofrece
De Apéles vitorioso ;
Pero si atrevido osara
Hoy la luz de mi cuidado
Retratar, della abrasado,
Tabla y pincel arrojará ;
Y de sus rayos vencido,
Ufano de padecer,
No cuidara de vencer,
Cuidara de ser vencido.

FRAGMENTO DE UN ELOGIO AL RETRATO DE FRANCISCO PACHECO,
PINTADO POR ESTE MISMO (12).

Allí sujetó la idea
De su arte no vencida,
Deseada , mas no habida
Jamás de quien la desea ;
Y él , glorioso de tenella,
Con ingenio soberano
Va sacando de su mano
Divinos traslados della ;
Y así , no es de humano intento
Lo que Pacheco nos pinta ;
De otra materia es distinta,
De celestial fundamento ,
Pues con destreza invencible
Lo que es espiritual,
Dándole retrato igual,
Le forma cuerpo visible.

EPIGRAMA IV (13).

Revelóme ayer Luisa
Un caso bien de reír ;
Quiérotelo , Inés , decir
Porque te caigas de risa :
Has de saber que su tía ..
No puedo de risa , Inés ;
Quiero reirme , y despues
Lo diré , cuando me ria.

V (14).

Donde el sacro Bétis baña
Con manso curso la tierra
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España ,
Reside Inés la graciosa ,
La del dorado cabello ;
Pero ¿ á mí qué me va en ello ?
Maldita de Dios la cosa.

MADRIGAL (15).

Dejó la venda , el arco y el aljaba
El lascivo rapaz , ¿ donosa cosa !
Por coger una bella mariposa
Que por el aire andaba.
Magdalena la ninfa , que miraba
Su descuido , hurtóle
Las armas y dejóle
En el hermoso prado ,
Como á muchacho bobo y descuidado.
Ya de hoy mas no da Amor gloria ni pena ;
Que el verdadero amor es Magdalena.

(12) Hállanse en el *Arte de la pintura* de Pacheco, precedidos de estas palabras : « Con mucha gracia explicó esto Baltasar del Alcázar en las coplas castellanas del elogio que hizo á mi retrato. »

(13) *Flores de poetas ilustres*.

(14) *Id.*, *id.*

(15) Colección de Sedano , tomo ix.

ODA (16).

Al amor.

Suelta la venda , sucio y asqueroso ,
Lava los ojos llenos de legañas ,
Cubre las carnes y lngares feos ,
Hijo de Vénus.

Deja las alas , las doradas flechas ,
Arco y aljaba y el ardiente fuego,
Para que en falta tuya lo gobierne
Hombre de seso.

Cuando tu madre se sintiere de esto
Puedes decille que como á muchacho
Loco , atrevido , vano , antojadizo ,
No te queremos ;

Y que pues tiene de quien ella sabe
Mil cupidillos , que nos dé , de tantos ,
Uno que rijá su amoroso imperio ,
Menos infame.

Tú , miserable , viéndote sin honra ,
Vuélvete á casa de tu bella madre ,
Porque te vista ; que andas deshonesto ,
Picaro hecho.

Ponlo por obra , porque no me hagas
Que ande el azote ; mas , si no me engaño ,
De estos azotes y aun de mí te ries ,
Fiero tirano.

LETRILLA PRIMERA (17).

*De la dama que da luego ,
Sin decir « vuelva á la tarde » ,
Dios os guarde.*

*De la que á nadie despide ,
Y al que le pide á las nueve ,
A las diez ya no le debe
Nada de lo que le pide ;
De la que así se comide ,
Como si no hubiese tarde ,
Dios os guarde.*

*De la que no da esperanza ,
Porque no consiente medio
Entre esperanza y remedio ,
Que el uno al otro se alcanza ;
De quien desde su crianza
Siempre aborreció dar tarde ,
Dios os guarde.*

*De la que en tal punto está ,
Que de todo se adolece ,
Y al que no le pide ofrece
Lo que al que le pide da ;
De quien dice al que se va
Sin pedirle que es cobarde ,
Dios os guarde.*

*De la que forma querella
De quien en su tierna edad
Le impidió la caridad
Y los ejercicios de ella ;
De la que si fué doncella
No se acuerda , por ser tarde ,
Dios os guarde.*

II (18).

*Si te casas con Juan Perez ,
¿ Qué mas quieres ?*

*Si te trae del mercadillo
Saya y manto de soplillo ,
Y un don para el colodrillo ,
Prendido con alfileres ,
¿ Qué mas quieres ?*

(16) Colección de Sedano , tomo ix.

(17) *Id.*, *id.*

(18) *Id.*, *id.*

Si es de tan buena conciencia,
Que llevará con paciencia
Sobre cuernos penitencia
La vez que se los pusieres,
¿Qué mas quieres?

Si te permite que veas
Y goces lo que desees,
Y al fin, pasa porque seas
La peor de las mujeres,
¿Qué mas quieres?

Si para tu condicion
Le desees dormilon,
Y él duerme mas que un liron
Cuando menester lo hubieres,
¿Qué mas quieres?

Si el Juan Perez es de hechura
Que todo el año procura
Que todos por tu figura
Te hagan dos mil placeres,
¿Qué mas quieres?

EPIGRAMA VI (19).

Tiene Inés por su apetito
Dos puertas en su posada:
En una un hoyo á la entrada,
En otra colgado un pito.
Esto es avisar que cuando
Viniera alguno pidiendo,
Si ha de entrar, entre cayendo;
Si no cayendo, pitando.

EPIGRAMA VII (20).

Tu nariz, hermana Clara,
Ya vemos visiblemente
Que parte desde la frente;
No hay quien sepa dónde para.
Mas, puesto que no haya quien,
Por derivacion se saca
Que una cosa tan bellaca
No puede parar en bien.

DÍALOGO ENTRE DOS PERRILLOS.

¿Cómo os llamais, gentil hombre?
— Zarpilla, Señor, me llamo.
— Pues *¿por qué?* — Porque mi amo
Quiso ponerme este nombre.
— *¿Quién sois ó de dónde ó cuyo?*
— Gozquejo soy sevillano,
Y de un alcaide inhumano;
Que ojalá no fuera suyo.
— *¿Tan mal te va en tu posada?*
¿Qué es esto de par del ojo?
— Si no lo habeis por enojo,
Sacóme una rebanada.
— *¿De dónde, cómo ó por quién?*
— Daré relacion cumplida
Del discurso de mi vida,
Para que lo entendais bien.
Yo, Señor, nací en Sevilla,
De padres gozques honrados,
Y entonces, por mis pecados,
No me llamaban Zarpilla.
Era un sastre á quien servia,
Y con los años aviesos
Vine á quedarme en los huesos,
De lo poco que comia.
Dióme despues un bellaco
En el pie con un ladrado.
Considerad un gozquillo
Hambriento, cojuelo y flaco.
Todo el dia echado al sol,
De tal manera me vi,
Que no diérades por mí
Lo que vale un caracol.

(19) Hállase en las *Flores de poetas ilustres*.(20) *Flores de poetas ilustres*.

Viéndome en tan mala vida,
Acordé buscar señor
Que me tratase mejor
En esto de la comida.

Fuíme de mi amo el sastre,
Dí conmigo dondestoy,
Y cuán venturoso soy
Lo veréis en mi desastre.

Topé un señor de buen arte,
Que me quiso en pocos dias,
Puesto que mis mouerías
Y donaires fueron parte.

La pasada vida estrecha
Y la codicia del pan
Me hacían ser truhan
Sin serlo de mi cosecha.

Daba saltos en el aire,
Triscaba por complacelle,
Y acertaron á caelle
Estas cosas en donaire,
Y con esto me hartaba.
Limpiéme, que estaba sucio,
Púseme tan gordo y lucio,
Que mil gozques me envidiaban.

Y estando así, sucedió
Que un gato, mi compañero,
Comió á mi amo un síguero,
Que privaba como yo.

Siendo mi amo informado
Del homicida cruel,
Quisiera vengarse de él,
Mas no quiso mi pecado.

No acertó donde él quisiera,
Ni donde quisiera yo;
Que de acertar, si acertó;
Que acertar nunca debiera.

Yo estaba en el otro cabo,
Y viendo el golpe venir,
Con el temor de morir,
Hice broquel de su rabo.
Fué tan bellaco el broquel,
Que lo rebanó por medio,
Y rebanó sin remedio
Cuanto abroquelé con él.

Llevóme el cruel ingrato
Lo que falta de esta pieza;
Y así pagó mi cabeza
Lo que hizo la del gato.

SONETOS

DIRIGIDOS Á GUTIERRE DE CETINA.

I.

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,
Que al deseo igualara que la inclina
A celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo,
Viérades, en honor del patrio suelo,
La clara fama que la rueda empuña
Del gran hijo de Tétis, como indina,
Cubierta á vuestros piés de negro velo;
Mas ya que el hado le negó esta palma (21)
Al tardo ingenio, porque tal supuesto (22)
Pide mas alta (23), numerosa suma,
Yo os celebro, Señor, dentro mi alma,
Donde os veréis en aquel punto puesto
Do no llegó (24) el ingenio ni la pluma.

II.

Si el llanto, Febo, á tu deidad indino,
Que los desiertos téсалos (25) oían;
Si los ojos de amor que te hacían (26)

- (21) Esta gloriosa palma.
(22) De alabaros me impide y el sugeto.
(23) Pide alabanzas de infinita.
(24) Habré de celebraros en mi alma.
(25) Campos tesálicos.
(26) Si los hermosos ojos que podían.

Quedar en este mundo (27) por vecino;
 Si los rubios cabellos de oro fino,
 Que con el fresco viento se esparcian;
 Si aquellas blancas manos que tenían
 Presa tu libertad, siendo divino,
 Está ya oscurecido en tu memoria (28)
 O por el tiempo ó grave inconveniente (29),
 Vuelve á la vida tu amorosa historia (30);
 Y honra de hoy mas tu lauro eternamente (31),
 Pues le vemos ceñir con nueva gloria (32)
 Del gran Cetina la ingeniosa frente (33).

ROMANCE.

El pastor mas triste
 Que en el valle y sierra
 Pácea su ganado
 La fragante yerba,
 Con lágrimas dice
 A la causa de ellas
 Sus ansias mortales,
 Que mucho le aquejan:
Morena bella,
Tóquete de mi fuego
Una centella.

Del alado dios
 Un rayo te encienda,
 Pues al de tus ojos
 No hallo defensas,
 Aunque para verte
 En ceniza vuelva
 Lo que mas deseo
 Y menos deseas.
Morena bella, etc.

Me llamas, Belisa,
 Mas falso que Enéas,
 Y sin conocerme,
 Por tal me condenas;
 Si á otro cielo adoro,
 Fálteme la tierra,
 Y el de tu hermosura
 Me falte en ausencia.
Morena bella, etc.

La luz de tu rostro,
 Que mis ojos ciega,
 Destierre del mio
 Las tristes tinieblas;
 Hasta que te ablandes
 Crezcan mis endechas,
 Crezcan mis suspiros,
 Mis lágrimas crezcan.
Morena bella, etc.

Y que cuando caigan
 De las altas sierras
 Las oscuras sombras
 De la noche negra,
 Hacia su majada
 El pastor da vuelta,
 Y en el monte y valle
 El eco resuena,
Morena bella, etc.

REDONDILLAS.

Esclavo soy, pero cuyo
 Eso no lo diré yo;

- (27) Detenerte en el mundo.
 (28) Si por el tiempo, robador del gusto.
 (29) O por otro cualquier grave accidente.
 (30) Ha hecho en tu memoria nuevo truco.
 (31) De hoy mas podrás honrar mas propiamente.
 (32) Tu olvidado laurel, que es premio justo.
 (33) De la ingeniosa frente de Pacheco.

Hállanse estos sonetos en la traducción de la *Historia de la literatura española de Sismondi*. Van con las mismas variantes allí indicadas, por las cuales se ve que el segundo fué corregido y dedicado á Francisco Pacheco.

Que cuyo soy me mandó
 Que no diga que soy suyo (34).

Cuyo soy jurado tiene
 De ahorcarme si lo digo;
 Libreme Dios de un castigo
 Que á tales términos viene.
 ¡Yo horro, siendo de un cuyo
 Tal cual quien me cautivó?
 Bien librado estaba yo
 Si dijera que soy suyo.

Ando á ganar para mí;
 Mas no quiero libertad;
 Que esto de mi soledad
 Por ser esclavo la di.

Harto he dicho; pero cuyo
 Puedo yo ser, eso no;
 Dígalo quien me mandó
 Que no diga que soy suyo.

Púsome en el alma un clavo
 Su dulce nombre y la ese,
 Porque ninguno pudiese
 Saber de quién soy esclavo.

Quien quisiere saber cuyo
 Lea donde se escribió,
 Y verá quién me mandó
 Que no diga que soy suyo.

Quiero al fin decir quién es,
 Si no me lo estorba el miedo.
 Soy de Inés... ¡Perdido quedo!
 Señores, no soy de Inés.

Burlando estaba en el cuyo.
 ¡Mal haya quien me engañó!
 No estaba en mi seso, no,
 Si he dicho que soy suyo.

OTRAS.

Tengo la cabeza rota,
 En esta cama tendido,
 Del cruel dolor herido.
 Que el médico llama gota.

Las horas que el sufrimiento
 Con el alivio cobraba,
 Eran que se preparaba
 Para el futuro tormento.

Considerando mi mal
 Y el que padece un amante,
 Hálléle tan semejante,
 Y el martirio tan igual,

Que vengo á dar por sentencia,
 Compadre mio y señor,
 Que entre la gota y amor
 No hay ninguna diferencia.

(34) El padre Benito Remigio Noydens, en la *Historia moral del dios Momo* (Madrid, 1666), dice: «El que se precia de buen ingenio tambien se precia de buen entendimiento. No escriba cosa que ofenda los oídos y manche el alma, que es bien de ponderar que há pocos años andaba un cantar profano que un poeta habia inventado, y era, como dicen los cortesanos, muy valido, y era este: «Esclavo soy, pero cuyo, etc.» Y sucedió que sacando un sacerdote los espíritus de una endemoniada, preguntó por curiosidad (que siempre se ha de huir en tales casos) al demonio qué sabia. Respondió que era músico. Hizo el sacerdote traer una vihuela, y de tal manera meneaba los dedos de la villana, que parecia el hombre mas diestro del mundo; y diciéndole que cantase, dijo:

Esclavo soy, pero el cuyo
 No puedo negarlo yo,
 Pues cuyo soy me mandó
 Que dijese que era suyo,
 Pues al infierno me envié.»

Bien merece glosa el cantar del demonio. Como se ve por esta cita del padre Noydens, el diablo tenia en lo antaño muy buen gusto literario, y era aficionado á los versos de BALTASAR DE ALCAZAR, hasta el punto de servirse de ellos para sus glosas y otras diabluras literarias. Esto siempre honra á nuestra literatura, pues aunque el aplauso de los malos no debe lisonjear mucho, sin embargo, aplauso es.

La gota generalmente
De un humor caliente empieza,
Que corre de la cabeza
Como de su propia fuente;
Así amor de fuego viene,
Que en la cabeza se cria
Cuando la encuentra vacía
Del seso que le conviene.

Si la gota quita el sueño,
La paciencia y el comer,
No es amor ni suele ser
Mas hidalgo con su dueño;

Y si el cuitado paciente
Ayes entona diversos,
El amador hace versos,
Que descubren lo que siente.

En las coyunturas duele
La gota con mas vigor,
Y en coyunturas amor
Hacer maravillas suele;

Y si suele dar en cama
La gota con el mas fuerte,
Amor de la misma suerte
Con el amante y su dama.

Cuando el mal al pié descende.
Y el dolor hiere sin tasa,
La sombra y aire que pasa
Todo lo agravia y ofende.

Así quien de veras ama
Tales celos forma y cria,
Que aun el aire no querria
Que le tocase á su dama.

Cuando la gota convida
A que echen la sangre fuera,
Al amante una tercera
Le chupa la sangre y vida.

Al gotoso en su dolor
Suelen por todas las vias
Aplicarle cosas frias
Que resistan el dolor;

Y aplicada de este modo
La nieve de larga ausencia
En la amorosa dolencia
Suele curarla del todo.

Al gotoso comunmente,
Cuando mas salud alcanza,
Si el tiempo hace mudanza,
Luego la salud lo siente;

Y al galan que sin razon
Su dama se le retira,
Luego veréis que suspira,
Y enferma del corazon.

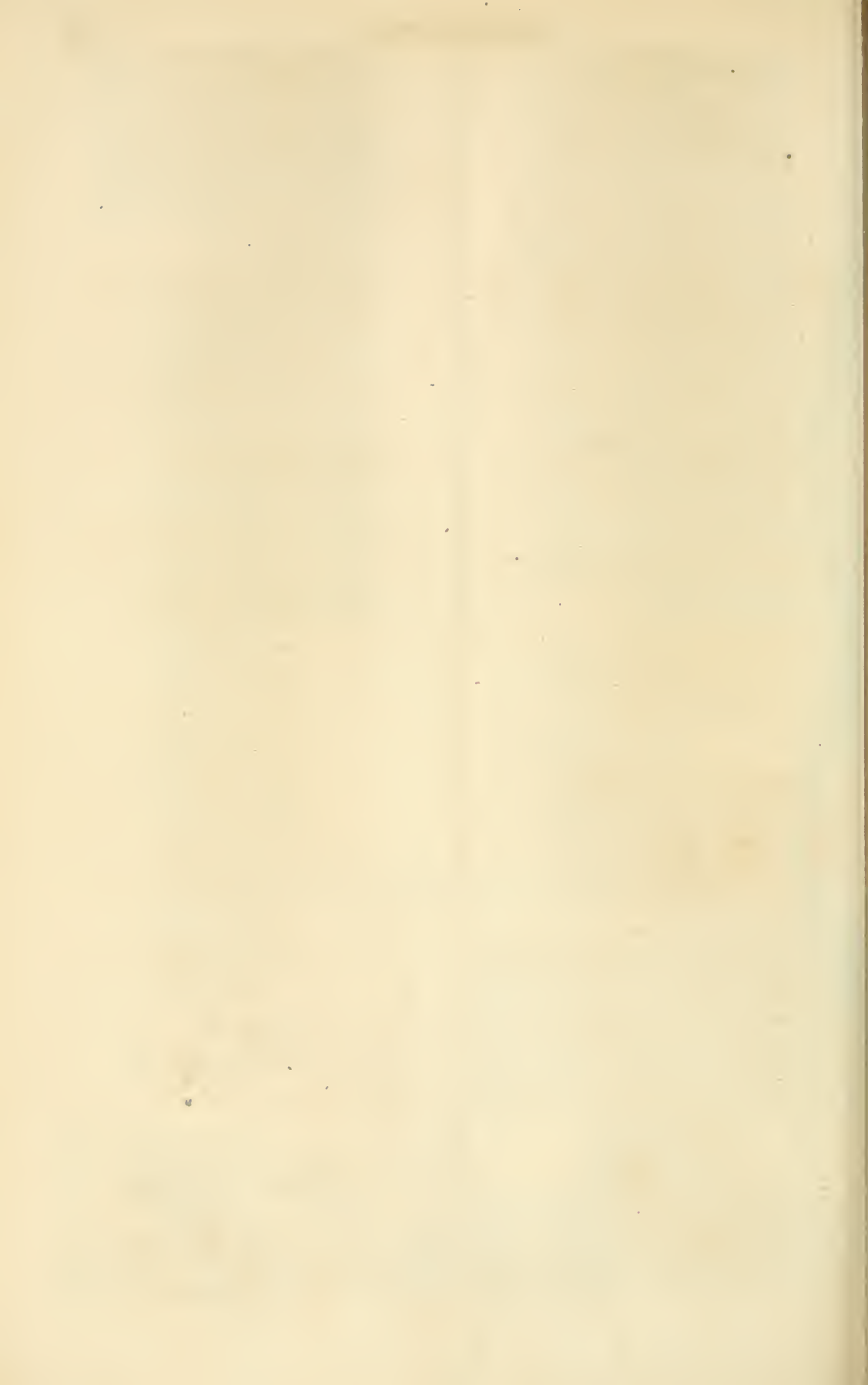
Cuando la gota se ensaña,
Lo que mas es menester
Es la templanza en comer,
Porque todo exceso daña;

Y el galan no vale un cuarto,
Si lo da de comedor,
Porque en el juego de amor
Se suele morir de harto.

La gota curada en vano,
Viene el negocio á parar
Por un tiempo en cojear
Con un bordon en la mano;

Así amor por galardón
Regala con mal francés,
Y no se tiene en los piés
El galan sin su bordon.

Esto es, en resolución,
Lo que me movió á tener
Un tan nuevo parecer:
Juzgad si tengo razon.



POESÍAS

DEL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

COMPOSICIONES VARIAS.

EPITAFIO Á UN JABALÍ QUE MATÓ LA DUQUESA DE OSUNA,
QUE FUÉ HERMOSÍSIMA SEÑORA.

Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué solo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que este murió de la herida,
Y de envidia los demás.

CELEBRA EL DOCTOR UN TIRO QUE LA MISMA DUQUESA HIZO
Á UNOS GORRIONES.

Belisa á cinco tiró
Gorriones, y á cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos
Que con el tiro mató.
El otro solo quedó,
Y luego se fué á un desierto,
Y sobre un peñasco yerto
Escribió el pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto.»

FINJE QUE UNA DAMA RECELA QUE SU AMANTE LA OLVIDASE
EN AUSENCIA.

Pregunta. Viva Bras, aunque es partido;
Mas su fe buen siglo baya.

Respuesta. Aunque es partido Pelaya,
Seguro está tu partido;
Porque habiendo merecido
Ver tus bellos ojos Bras,
Que en matar dejan atrás
Los mas activos venenos,
Ni debe abatirse á menos
Ni puede aspirar á mas.

CELEBRA EL DOCTOR UN DICHO DEL PADRE MAESTRO FARFAN
DE SAN AGUSTIN.

Determinaron echar
Un novicio que solia
A todos cuanto podia
De las celdas agarrar.
Viendo al padre lamentar,
Farfan en esta ocasion

P. XVI-I.

Dijo con gran compasion:
«Todos lo hemos lamentado;
Que nos tenia robado
Hasta el mismo corazon.»

Á DOÑA ANA DE MENDOZA Y MELGAREJO, CUANDO TOMÓ EL
HÁBITO DE RELIGIOSA EN EL CONVENTO DE SAN LEANDRO.

Mucho os pareceis, Señora,
A Dios en los atributos,
Pues dais de esas manos frutos
Que aun el pensarlos ignora.
Calificada está agora
En esta pródiga accion
Vuestra real condicion;
La mia pide que os dé,
Yo no sé, Señora, qué,
Si teneis mi corazon.

Á LA CRUZ Y TRIBULACION.

Los que me vieron en cruz
Mil parabienes me dén;
Que en la cruz está mi bien,
Pues mi bien está en la cruz.

Á UNA CONTEMPLACION QUE TENIA EL DOCTOR, Y DESEÁNDOLA,
NO LA QUERIA LOGRAR.

SONETO.

Si desdicha en amor desdicha fuera,
Yo fuera mas que todos desdichado,
Pues siempre pretendi desesperado,
Porque nunca alcancé lo que quisiera;
Mas si dejar de amarte yo pudiera,
Al punto diera fin á mi cuidado,
Con la experiencia ya desengañado
De que mi amor sin fruto en vano espera.
Quisiera no quererte por gozarte;
Que es ya desdicha en mi haberte querido,
Pues si te gozo tengo de perderte.
No quiero bien si he de dejar de amarte;
Que el amarte no mas mi vida ha sido,
Y no quiero gozarte por perderte.

Á UNA DAMA QUE FINGIENDO DESCUIDO ENSEÑÓ LAS LIGAS
AL DOCTOR.

Cubrid las ligas, amiga,
Sin meterme en tentacion;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Hallaisme ya tan de paz
Y tan templado á los viejos,
Que no bastan rapacejos
Para tornarme rapaz.
No esperéis á que os lo diga
Por segunda monición;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

La receta que os parece
Que ha de ponerme osadia
Es rosa de Alejandria,
Que me estraga y enflaquece.
Acabad de echar, amiga,
A la jaula el pabellon,
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Aunque puede en la refriega
Armar la liga morada,
No es de la liga esta armada,
Ni contra el turco navega.
No penseis que me perdiga
Tan moderada ocasion;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Á UN CLÉRIGO QUE NO QUISO PRESTAR AL DOCTOR LA MULA,
Y ERA MUY PUERCO.

Cierto abad de Cantillana,
Tan viejo como guardoso
(Dejo aparte lo asqueroso,
Que eso dirá la sotana),
Su mulilla rabicana
Jamás la quiso prestar,
Verificando á la par
Con evidencias notorias
En sí dos contradictorias:
No dar mula y muladar.

Á UN FRAILE VIEJO, MENTIROSO Y FALTO DE DIENTES.

Vuestra dentadura poca
Dice vuestra mucha edad,
Y es la primera verdad
Que se ha visto en vuestra boca.

Á UNA HECHURA DE UN SANTO CRISTO DE CERA.

Pecador, que estás temblando
De mi justicia severa,
Llégate; que soy de cera
Y fácilmente me ablando.

EPITAFIO Á DOÑA LUISA MALDONADO, MUJER QUE FUÉ DE DON
FERNANDO MELGAREJO, Á QUIEN POR MAL NOMBRE LLAMABAN
BARRABÁS.

Quien vivió con Barrabás
Yace en esta losa fria;
Que la vida que tenia
No pudo sufrirla mas;
Y así, nos queda el consuelo
En muerte tan á deshora,
Que, pues Barrabás la hora,
Sin duda que está en el cielo.

ROMANCE (1).

De amor con intercadencias,
Que es de linaje de pulsos

(1) Este romance ha corrido hasta ahora impreso como de don Luis de Góngora. En el código de las *Obras del doctor Juan de Salinas* se lee:

«En las obras de don Luis de Góngora, que recogió é imprimió don Gonzalo de Hoces y Córdoba el año de 1633, pusieron el ro-

que por momentos se mueve (2),
Y se para por minutos,
Abrenuncio.

De doncellas alcorzadas,
Que siendo plantas sin fruto,
Pretenden adoracion
Por lo blanco y por lo rubio,
Abrenuncio.

De terceras disonantes,
Que pegan en mil de agudo,
Teniéndome por tan necio,
Que no entiendo el contrapunto,
Abrenuncio.

De peticiones en tercio,
Hechas con traza y estudio,
Y dichas despues á versos,
Como salmos de nocturno,
Abrenuncio.

De damas que si os ofrecen
Medio cornado de gusto,
A fuer de la vida eterna
Esperan ciento por uno,
Abrenuncio.

De aficiones repartidas
Mas que pecho ni tributo.
Que en admitir variedades
Son el arca del diluvio,
Abrenuncio.

De reinas en cuyas cortes,
Sin guardar á nadie el turno,
Habla, si es rico, Toledo,
Y calla, si es pobre, Búrgos,
Abrenuncio.

De tablas de malos léjos,
Damas que aunque quieran mucho
Hacen las mismas obsequias
Al ausente que al difunto (3),
Abrenuncio.

De las que no se enternecen
No siendo de oros el triunfo,
Si les tañen mas guitarras
Que fueron contra el Maluco,
Abrenuncio.

De poetas que no escriben
Sino Apolo el rubicundo,
Y por mas soles que gastan,
No deja de hacer oscuro,
Abrenuncio.

De tiples que meten letra,
Y dan tan bajos los puntos,
Que podian ser polilla
Del serrallo del Gran Turco,
Abrenuncio.

mance que comienza *De amor con intercadencias*, y lo hizo el doctor SALINAS, el cual, viéndolo en la dicha impresion, hizo esta:

Delito á mis ojos es,
No de los menos atroces,
Entrarse violentas hoces
En ajena y pobre mies;
Estas mis querellas pues
Aunque en metáfora van,
Por ventura sacarán
Algun *miserere mei*,
Como al adúltero rey
La conseja de Natan.

Hijo ingrato, así disfamas,
En pobres paños nacido,
A tus padres, y engreído,
A caballero te llamas.
El festivo entre las damas
Ya en soledades se ve,
Do no huella humano pié;
O yo no alcanzo el misterio,
O me cometió adulterio
La musa con quien casé.»

(2) *Que por momentos aguja*, dicen otras ediciones.

(3) En muchas ediciones se lee:

Al presente que al difunto.

De cascos desvanecidos.
Bonetes que tienen humos
De nuncios del Padre Santo,
Pudiendo estar en el Nuncio,
Abrenuncio.

De fanfarrones del ampa,
Que pretenden, por lo rufo,
Dar á las damas en votos
Lo que ellas quieren en juro,
Abrenuncio.

De varas que al primer toque,
Cual de otro Moises segundo,
Sacan arroyos de plata
De los peñascos mas duros,
Abrenuncio.

De discretos putativos
En el aplauso del vulgo,
Que por mas que anden compuestos,
Son simples en todo el mundo,
Abrenuncio.

De buenas caras al olio,
Que á pura fuerza del unto
Piensan dejar encubiertos
Los defectos del dibujo,
Abrenuncio.

De otras mil cosas que veo
En estos siglos caducos,
Que las he por expresadas,
Y de mi porque las sufro,
Abrenuncio.

Á DOÑA MANUELA DEL ALCÁZAR, CUANDO NIÑA SE PUSO
CHAPINES LA PRIMERA VEZ, Y ERA HERMOSÍSIMA.

Peces que á vuestro albedrío
En deleitoso país
Por el seno discurreis
Deste claro y manso río,
Huid por consejo mío
Del corvo anzuelo á la mar;
Que á Filis vi preparar,
Famosa en la pesquería,
El corcho que no tenía
En su caña de pescar.

Guarte, Gil, de entre esos riscos
De una zagala en chapines,
Como dos mil serafines,
Como dos mil basiliscos.
Cien mil arcos berberiscos
Con bécicas algazaras
No matizan tantas jaras
De vivos esmaltes rojos,
Como un flechar de sus ojos.
¡Ay de ti, si lo miraras!

DECIMAS.

EN ALABANZA DE LA ROSA EN COMPETENCIA DEL JAZMÍN.

El que eligió en el jardín
El jazmín no fué discreto,
Que no tiene olor perfeto
Si se marchita el jazmín;
Mas la rosa hasta su fin,
Porque aun su morir se alabe,
Tiene olor mas dulce y suave,
Fragancia mas olorosa;
Luego mejor es la rosa,
Y el jazmín menos suave.

Tú, que rosa y jazmín ves,
Eliges la pompa breve
Del jazmín, fragante nieve
Que un soplo al céfiro es;
Mas conociendo despnes
La altiva lisonja hermosa
De la rosa, envidiosa
La antepondrás á mi amor;
Que es el jazmín poca flor,
Mucha fragancia la rosa.

ENVÍO EL DOCTOR Á UNA RELIGIOSA UNAS PLUMAS PARA ESCRIBIR
Y ARENILLA PARA LAS CARTAS.

Las plumas símbolo son
Del vuelo á que el alma santa
Fervorosa se levanta
En alta contemplacion;
Y porque en esa region
Cuando soplar violento
De la vanidad el viento
No os precipite y arrastre,
Las arenas son el lastre
Del propio conocimiento.

CONSOLANDO Á UNA PERSONA QUE PADECIA TRABAJOS.

No te amargues en lo fuerte
De tan duras extorsiones;
Que en su rigor te dispones
Para mas dichosa muerte,
Pues llegando á empobrecerte,
No habrá en las horas postreras
Ricas prendas lisonjeras
De que con dolor te acuerdes,
Turbando con lo que pierdes
El gozo de lo que esperas.



POESIAS

DE PEDRO DE QUIRÓS.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

A Itálica.

Itálica, ¿dó estás? Tu lozanía
Rendida yace al peso de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fía?

Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambicion de los extraños;
Mas hizote el ejemplo de tus daños
Libro de sabios, de ignorantes guía.

Mal dije; no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulacion con manos fieras;
Que, á resistirte, de los dos triunfaras.

Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,
Ni á tus héroes mas triunfos les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

II.

Al último duque de Alcalá.

El coronado yelmo, el real escudo,
Primor que admiras del cincel valiente,
De esta urna de pórvido luciente
Lengua es que rompe su silencio mudo.

Sellado el mármol ocultar no pudo
Tanto sol retirado al occidente;
Que sus glorias la fama reverente
En bronce graba con buril agudo.

Alma del tiempo es esta pira grave,
Que al postrimer Afán le da reposo,
Cuyo nombre en su fama apenas cabe;

Su fama, que es el triunfo mas glorioso
Que á la inmortalidad torció la llave;
Deidad, le veneró Marte dichoso.

III.

A una perla, alusion á la Virgen María.

Del cristalino piélago se atreve
Tal vez marina concha á la ribera,
Y el fulgor puro de la luz primera
Su seo, menor que su avaricia, bebe.

De la preciosa perla apenas debe
Quedar fecunda el alba lisonjera
Cuando al mar se retira, porque fuera
Ve los rayos del sol manchar su nieve.

En el mar de la gracia ¿quien no mira
Que eres ¡oh Virgen! tú la perla pura
Por cuya luz aun la del sol suspira?

Mancha el sol de tu perla la blancura;
Mas que en tí no haya mancha; ¿quién admira,
Si aun al sol presta rayos tu hermosura?

IV.

¡Oh tú, cualquier que fueses, el primero
Que á verdes canas el enrubio diste,
Y rotos dientes con marfil supliste,
Seas pasto infeliz del Cancerbero!

Por tí, á pesar de casi un siglo entero
De años que tiene doña Guzmia, insiste
En que es niña, y del malo se reviste
Porque yo por sus rugas no me muero.

Niña dentipostiza y trencicana,
No quieras que arrastrando el apetito,
Por tí sea yo mártir del demonio.

¡Ay! olvídamme; así, cuando mañana
Rapagona te llame aquel bendito,
Nadie diga: «¡Oh qué falso testimonio!»

V.

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay robre que no deje enternecido,
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
Oh, si gimiera mi dolor tu canto!

Esperar mi desvelo osara tanto,
Que mereciese por lo bien sentido
Ser escuchado, cuando no creído,
De la que es de mi amor hermoso encanto;

¡Qué mal empleas tu raudal sonoro
Cantando la alba y á las flores bellas!
Canta tú; oh ruiseñor! lo que yo lloro.

Acomoda en tu pico mis querellas;
Que si las dices á quien tierno adoro,
Con tu voz llegarás á las estrellas.

REDONDILLAS.

Dulce Ardenia bella,
A quien mi albedrío
Llama norte mío
Como el mar su estrella;
Por quien de llorar
Tus duros enojos

Son rios mis ojos,
Que corren al mar;
Agora que el manso
Vieculo el mar serena
Y ofrece á mi pena
La noche descanso;
Mientras lloujero
Va el viento veloz,
Escucha la voz
De tu marinero.
Oye, no te abscondas,
La luz manifiesta
De un sol que se acuesta
En las rubias ondas;
Oye los suspiros
De quien firme te ama,
Si porque te llama
No son tus retiros;
Si hay en tí afición,
Dueño hermoso, vén.
Las horas del bien
; Oh qué tardas son!
Si amor no te obliga
Cuando me despeña,
Dame alguna seña
Para que te siga.
En vano te alejas,
Pues para alcanzarte
El amor reparte
Plumas á mis quejas;
Si huyes de amar,
Buscarte es error;
Que quien no halla amor,
Nada puede hallar.
Sin tí se ven solas,
Y en sus escarceos
A mudos gorgoros
Te llaman las olas.
Su voz cristalina
Acordes rompieran
Si heridas se vieran
De tu luz divina.
Y la noche oscura
Luciera tan clara,
Que el día envidiara
Su alegre hermosura.
No mar, sino cielo
Debiera llamarse,
A poder copiarse
En el mar tu velo.
Mas fuera mi mal;
Que no hallo un amante
En lienzo inconstante
Firme original.
A tus niñas bellas
Haciendo reflejo,
No estimara espejo
Ser de las estrellas.
Gozara bonanza
El mar de mis ojos,
Pues libre de enojos
Viera su esperanza.
Sin tí nada veo
De serenidad,
Porque es tu beldad
Fin de mi deseo.

CANCION PRIMERA.

El tiempo que vivieron
Sin ser tuyos mis ojos, Celia mía,
A cuanto entonces vieron
Miran hoy como noche, porque el día,
Vestido de arreboles,
No pudo amanecer sin tus dos soles.
Ya de tus luces bellas,
Mi amor, si mariposa no encendida,
Será por medio de ellas
El ave rara que en Arabia anida,
Pues si abrasado yace,
Fénix será el amor que en tí renace.

; Ay dulce, hermoso dueño!
Si es sueño grave mi felice suerte,
Como hay vida que es sueño,
Sea mi vida dilatada muerte,
Porque esté mas segura
Vida que es muerte, sueño que es ventura.
Morir por adorarte,
Aunque sin esperar el merecerte,
Amar por solo amarte,
Tener por dulce fin solo el quererte,
Es gloria donde el alma
Tiene sin interés su fe por palma.
Mas ¡ay, Celia divina!
Que cuando me acreditó mas de amante
Y cuando mas camina
Mi amor en su propósito constante,
En un grave tormento
Vacila el alma, gime el pensamiento.
No sé si declararte
Podrá su pena el corazon difunto,
Pues con imaginarte
De mas dichoso amor posible asunto,
En lágrimas deshecho,
Triste á los ojos se traslada el pecho.
Ya te he dicho la causa,
Con brevedad, de mi insufrible daño;
Que no es bien hacer pausa
En el dolor quien teme un desengaño;
Mal mi pasión resisto...
¡Ay Celia, quién tu luz no hubiera visto!

II.

Altivo pensamiento,
No afectes ardimiento soberano,
Porque es atrevimiento
Seguir tanta deidad con vuelo humano.
Mira que la ventura
Está, cuando mayor, menos segura.
Pensamiento atrevido,
Para estar de tí mismo confiado
Eres tan desvalido
Como de nobles causas engendrado;
Teme, si al sol te igualas,
Que á su calor se quemarán tus alas.
No busques tanta gloria,
Pues te falta caudal para el empleo;
Imposible victoria
Es la que pretendió solo el deseo,
Y á una luz tan divina
El atreverse es la primer ruina.
Incontrastable muro
Mal combatir intenta tu cuidado;
Mas rebelde, mas duro
Le hallarás mientras fueres mas osado;
Que está en un amor muerto
Dormido el gusto, y el rigor despierto.
En la luz de su esfera
Rigor fatal conocerás de muerte,
Si con alas de cera
De leáo sigues la ambiciosa suerte.
Mira que es desvarío
Esperar que amor venza un mármol frío.

MADRIGAL.

Tórtola amante, que en el robre moras,
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras,
Y pocos son tus males, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvia,
No durará el desden, pues tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mía,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

ROMANCE.

Hería el sol en las ondas,
Que unas con otras combaten,
Desconcertados los vientos,
Desaliados los mares;

Amedrentados los riscos
O gimen ó se deshacen;
Que no á la vista tan fieros
Son como el cierzo cobardes.

En la sorda playa quiebran
Las olas que flecha el aire,
Amenazando al romperse
A medio mundo tragarse.

En una pobre barquilla,
Que aun parece que no cabe
En todo el mar, que furioso
La arroja de una á otra parte,

Remando á vista de tierra,
Una de abril fiera tarde
(Que ni es abril siempre flores,
Ni siempre enero huracanes),

Al compás de la tormenta
Y al tenor de sus pesares
Así cantaba Daliso,
Mas que venturoso, amante:

«Amarilis ingrata,
Desde que te vi
El mar no me mata,
El amarte sí.»

» Aunque el mar juró
Sus olas por bravas,
Tú eres quien me acabas;
Que las olas no.
Mi muerte temi
Al temerte ingrata;
El mar no me mata,
El amarte sí.

» Si mi pecho vieras,
Bien conocerías
Cuánto mas podías
Que las aguas fieras,
Pues es para mí
La tormenta grata;
Que el mar no me mata,
El amarte sí.»

Mientras al viento dispensa
Estos acentos suaves,
De enamorados delirios

Le escucha escuadron nadante;
Pero al golpe de las olas
Se rinde el barquillo frágil,
Y busca Daliso tierra

En hombros de los cristales.
Viendo que las aguas fueron
Sepulcro á su leño errante,
Sentado sobre una roca,
Vuelve á decir y á quejarse:

«Amarilis ingrata,
Desde que te vi
El mar no me mata,
El amarte sí.»

REDONDILLAS.

Al breve hermoso pié de una dama.

Zagala, yo vi tu pié;
Si digo lo que sentí,
En mi mucho fuego fué
La poca nieve que vi.

Dándome pié para hablar,
Mudo estoy, mi te te empuño;
Y es que no hallo qué glosar
Sobre pié que es tan pequeño.

Flecha que el alma penetra,
Pues ves mi pluma turbada,

Vén tú, y al pié de la letra
El pié á la letra traslada.

Del bello pié y de mi amor,
Lisi, soló decir sé
Que cuanto puede el amor
Lo puedes tú con tu pié,

Pues con él así triunfaste,
Lisi divina, esta vez,
Que por el pié derribaste
La torre de mi altivez.

Hoy me hace pagar aprieta
Amor la deuda forzosa.
Si no al pié de la francesa,
Al tuyo, española hermosa;

Y para dejar deshecha
La dureza que mostré,
En vez de punta de flecha
Se valió de puntapié.

Aunque del bien que hoy me ofrece
Casi quiero presumir
Que darme el pié mas parece
Que es ayudarme á subir.

No mi bien nacido amor
Profanará el tiempo osado,
Pues mi dicha y tu favor
Con tan buen pié ha comenzado.

Esta esperanza alentó,
Dulcisima Lisi, el ver
Que amor que de piés nació
Dichoso promete ser.

Si albergue en tu pecho hallara
Dichosa fuera mi fe,
Pues no hay duda que medrara
En casa de tan buen pié;

Mas en mi dulce penar,
Amado ó aborrecido,
A tus piés siempre he de estar,
Como agora estoy, rendido.

EPIGRAMA PRIMERO.

Amarilis, si no fuera
Por el desden que padezco,
El amor de que adolezco
Mi vida acabado hubiera.

De amor la llama hace fiera
Del pecho ardiente despojos;
Llanto causan tus enojos;
Mas téplase en proporcion
El fuego del corazón
Con el llanto de los ojos.

II.

A una que se casó con un calvo.

Hoy la tierna Lisi pudo
Darse á tallado velado
En copete mal velado
Y en barba bien copetudo;
Muestra el capitel desnudo
Cascos, dureza y osario;
O ya salga temerario,
Pobre ó necio el tal testuz,
Temo que haya mucha cruz,
Lisi, donde hay tal calvario.

III.

Signiome Filis, hui;
Seguí yo á Filis, huyó.
¡Oh, si mi no fuera sí!
¡Oh, si mi si fuera no!

IV.

No amaba yo, vi á Leonor ;
 Miré incauto, hirióme hermosa ;
 Rie mi amor rigurosa ;
 Lloro tierno su rigor.
 Nieve fui, sol es mi ingrata ;
 Mi llanto admirar no debe ;
 Que hiriendo el sol á la nieve,
 En arroyos la desata.

V.

Bellos ojos tiene Filis,
 Cienarda hermoso cabello,
 Cristal es de Elisa el cuello,
 Rubi el labio de Amarilis ;
 ¿Cuál de tan dulces despojos
 Quisiera emprender tu fuego,
 Amor? Pero siendo ciego,
 ¿Quién duda que quieres ojos?

FIN DE LAS POESÍAS DE PEDRO DE QUIROS.

POESIAS

DE

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

JUICIOS CRITICOS.

DE LOPE DE VEGA.

(En una respuesta á un señor de estos reinos, en que da su parecer en razon de la nueva poesia.)

El ingenio de este caballero... en mi opinion... es el mas raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su patria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos... Escribió en todos estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho mas honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudicion y dulzura, dos partes de que debe constar el arte... Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, á lo que siempre he creído, con buena y sana intencion, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas.

DE FRANCISCO CASCALES.

(En carta á Luis Tribaldos de Toledo.)

¿Quién puede presumir de un ingenio tan divino, que ha ilustrado la poesia española á satisfaccion de todo el mundo, ha engendrado tan peregrinos conceptos, ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas y felicemente recibidas con general aplauso, ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estilo sumo lo que ni la lengua puede encarecer ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambajiosos hipérbatos y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion?

(En carta á don Francisco del Villar.)

Digo pues, conformándome con vuestra merced, que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y mas eminente de España en la poesia, sin excepcion alguna, y que es el cisne que mas bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero,

como yo concedo esto, me ha de conceder vuestra merced y todos los doctos que han de ser en esto solamente oídos, que aquella oscuridad perpetua debe ser condenada.

DE DON JOSÉ PELLICER Y TOBAR.

(*En el Fénix; Madrid, 1630.*)

El príncipe de los poetas españoles, nuestro gran cordobés DON LUIS DE GÓNGORA, solo comparable á Píndaro de los griegos, cuyas obras salieron á luz póstumas con nombre del Homero español, título desigual, si no por el genio, por lo escrito; que DON LUIS jamás escribió poema épico. Solo vagó como Claudiano, igualando á Marcial en las sales.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la República literaria.*)

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en DON LUIS DE GÓNGORA, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió después queriendo retirarse del vulgo y afectar la oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló después tanto mas estimado, cuanto con mas cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

DE FRAY ANDRÉS FERRER DE VALDECEBRO.

(*En el Templo de la Fama; Madrid, 1680.*)

A todas estas estatuas hacían frente en orden diferente otras tan valientes y famosas, y se leía el letrero de la primera, que decía: *El Taso*. Este ¿no es el *Torcuato*? Sí, y puede ser collar de oro del mismo Apolo. Le hacía lado la de *Garcilaso*, príncipe de lo lírico, y á ambas otra con culto artificio fabricada, y decía la letra de la tarjeta: GÓNGORA, *natural de Córdoba*. Este no ha tenido segundo ni quien le imite, y si igualaran á los versos los asuntos, había de tener mejor lugar que Homero.

POESIAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

SONETOS.

I.

A la historia de Felipe II que escribió Luis de Cabrera,
su coronista.

Vive en este volúmen el que yace
En aquel mármol, rey siempre glorioso;
Sus cenizas allí tienen reposo,
Y dellas hoy él mismo aquí renace.
Con vuestra pluma vuella, y ella os hace,
Culto Cabrera, en nuestra edad famoso;
Con las suyas le haceis victorioso
Del francés, belga, lusitano y trace.
Plumas de un fénix tal, y en vuestra mano
¿Qué tiempo puede haber que las consuma?
Y ¿qué invidia ofenderos, sino en vano?
Escriba, lo que vieron, tan gran pluma,
De los dos mundos uno y otro plano,
De los dos mares una y otra espuma.

II.

A la segunda parte de la dicha historia de Felipe II.

Segundas plumas son, oh lector, cuantas
Letras contiene este volúmen grave;
Plumas siempre gloriosas, no del ave
Cuyo túmulo son aromas tantas;
De aquel sí cuyas hoy cenizas santas
Breve pórvido sella en paz suave;
Que en poco mármol mucho fénix cabe,
Si altamente negado á nuestras plantas.
De sus hazañas pues hoy renacido,
Debe á Cabrera el fénix, debe el mundo,
Cuantas segundas hata plumas bellas.
A Cabrera, español Livio segundo,
Eternizado, cuando no ceñido
De iguales hojas que Felipe estrellas.

III.

A la *Austriada*, que en octava rima compuso Juan Rufo,
jurado de Córdoba.

Cantastes, Rufo, tan heroicamente
De aquel César novel la augusta historia,
Que está dudosa entre los dos la gloria,
Y á cuál se deba dar ninguno siente.
Y así la fama, que hoy de gente en gente
Quiere que de los dos la igual memoria
Del tiempo y del olvido haya victoria,
Ciñe del lauro á cada cual la frente.
Debeis con gran razon ser igualados.
Pues fuisteis cada cual único en su arte:
El solo en armas, vos en letras solo,
Y al fin ambos igualmente ayudados:
El de la espada del sangriento Marte,
Vos de la lira del dorado Apolo.

IV.

A la fábula de Faeton, que compuso el conde de Villamediana.

En vez de las Heliadas, agora
Coronan las Pírides el prado,
Y tronco la mas culta levantado,
Suda electro en los números que llora.
Plumas vestido, ya las aguas mora
Apolo, en vez del pájaro nevado,
Que á la fatal del jóven fulminado
Alta ruina, voz debe canora.
¿Quién pues, verdes cortezas, blanca pluma
Les dió, quién de Faeton el ardimiento?
A cuantos dora el sol, á cuantos baña
Términos del Océano la espuma,
Dulce fias tu métrico instrumento,
Oh Mercurio, del Jupiter de España.

V.

Al obispo de Sigüenza, pasando por Córdoba, donde le hicieron
unas fiestas de toros y juego de cañas.

¡Oh de alto valor, de virtud rara
Sacro esplendor, en toda edad luciente,
Cuya fama los términos de oriente
Ecos los hace de su trompa clara!
Vuestro cayado pastoral, hoy vara,
Dará flores, y vos gloriosamente
Del pellico á la púrpura ascendiente,
Subiréis de la mitra á la tiara.
No es voz de fabulosa deidad esta,
Consultada en oráculo profano,
Sino de la razon muda respuesta.
Deja su urna el Bétis, y lozano,
Cuantos engendra toros la floresta
Por vos fatiga en hábito africano.

VI.

A don Antonio Venégas, obispo de Sigüenza.

Sacro pastor de pueblos, que en florida
Edad pastor, gobiernas tu ganado
Mas con el silbo que con el cayado,
Y mas que con el silbo con la vida;
Canten otros tu casa esclarecida,
Mas tu palacio, con razon sagrado,
Cante Apolo, de rayos coronado,
No humilde nusa, de laurel ceñida.
Tienda es gloriosa, donde en lechos de oro
Victoriosos duermen los soldados,
Que ya despertarán á triunfo y palmas;
Milagroso sepulcro, mudo coro
De muertos vivos, de ángeles callados,
Cielo de cuerpos, vestuario de almas.

VII.

A un niño, hijo del conde de Salinas.

Del leon que en la selva apenas cabe,
O ya por fiero ó ya por generoso,

Que á dos sarmientos, cada cual glorioso,
Obedeció mejor que al garzon grave (1),
Real cachorro y pámpano suave
Es este infante, en tierna edad dichoso,
Cupido con dos soles, que hermoso,
De ángeles tiene lo que el otro de ave.
La alta esperanza en él se vea lograda
Del claro padre y de la antigua casa
Que á España le da héroes, si no leyes;
Tal, que do el norte huela al mar, su espada
Temida, y donde el sol la arena abrasa,
Triunfador siempre, coma con sus reyes.

VIII.

Al conde de Lemos, desde Monfort, donde el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, fundó una universidad.

Llegué á este monte fuerte, coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre real de tus abuelos,
Del reino escudo y silla de tu estado.
El tiempo vi á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos (2),
Si todo lo moderno tiene celos,
Tuviera envidia todo lo pasado.
Sacra erección de príncipe glorioso,
Que ya de mejor púrpura vestido,
Rayos cune de luz, estrellas pisa.
¡Oh cuánto deste monte imperioso
Descubrí! Un mundo veo; poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.

IX.

A los campos de Lepe, á las arenas
Del abreviado mar en una ría,
Extranjero pastor llegué sin guía,
Con pocas vacas y con muchas penas.
Muro real, orlado de cadenas,
A cuyo capitel se debe el día,
Ofreció á la turbada vista mía
El templo sacro de las dos sirenas (3).
Casta madre, hija bella, veneradas
Con humildad de prósperos vaqueros,
Con devoción de pobres pescadores,
Si ya á sus aras no les di terneros,
Dieron mis ojos lágrimas cansadas,
Mi fe suspiros y mis manos flores.

X.

Vencidas de los montes Marianos
Las altas cumbres, con rigor armadas,
De calvos riscos, de hayas levantadas,
Cunas inaccesibles de milanos;
Y el río que á piratas africanos
Espadañas opone en vez de espadas,
Testigos son las torres coronadas
De Lepe, cuando no lo sean los llanos.
Pisado el yugo, al Tajo y sus espumas,
Que salpicando os dorarán la espuela,
El nido venerad humildemente
Del Fénix hoy que reinos son sus plumas;
¿Qué mucho si el oriente es, cuando vuela,
Una ala suya, y otra el occidente?

XI.

A la armada en que los marqueses de Ayamonte pasaban á ser vireyes de Méjico.

Velero bosque, de árboles poblado,
Que visten hojas de inquieto lino:
Puente instable y prolija, que vecino
El occidente haces apartado;
Mañana ilustrará tu seno alado (4)
Soberana beldad, valor divino,
No ya el de la manzana de oro fino,

Griego premio, hermoso, mas robado.
Consorte generosa del prudente
Moderador del freno mejicano,
Lisonjeen el mar vientos segundos;
Que en su tiempo, cerrado el templo á Jano,
Coronada la paz, verá la gente
Multiplicarse imperios, nacer mundos.

XII.

A la duquesa de Ayamonte, enviándole unas piedras bezares.

Corona de Ayamonte, honor del día,
Estas piedras que dió un enfermo á un sano,
Hoy os tiro, mas no escondo la mano,
Porque no digan que es cordobesa;
Que dar piedras á vuestra señoría
Tirarlas es por medio de ese llano,
Pesadas señas de un deseo liviano,
Lisonjas duras de la musa mía.
Término sean pues y fundamento
De vuestro imperio, y de mi fe constante
Tributo humilde, sino ofrecimiento.
Camino, y sin pasar mas adelante,
A vuestra deidad hago el rendimiento
Que al monte (5) de Mercurio el caminante.

XIII.

A los poetas de la casa del marqués de Ayamonte.

Cisnes de Guadiana, á sus riberas
Llegué y á vuestra dulce compañía,
Cuya suave métrica armonía
Desata montes y reduce fieras;
No á escuchar vuestras voces lisonjeras,
Sino al segundo ilustrador del día
Consagrarle la humilde musa mía,
Que cantó burlas y eterniza veras;
Al Apolo de España, al de Ayamonte
Culto honor. Si labraren vuestras plumas
Digna corona á su gloriosa frente,
Flores á vuestro estilo dará el monte,
Candor á vuestros versos las espumas
De Helicon darán, y de su fuente.

XIV.

Al marqués de Ayamonte, enseñándole un retrato de la Marquesa.

Clarísimo Marqués, dos veces claro,
Por vuestra sangre y vuestro entendimiento
Claro dos veces, otra y otras ciento
Por la luz de que no me sois avaro;
De los dos soles que aquel pincel raro
Dió de su luminoso firmamento
A vuestro seno, ilustre atrevimiento
Que aun en cenizas no saliera caro,
¿Qué águila, Señor, dichosamente
La región penetró de su hermosura
Con copiaros los rayos de su frente?
Cebado vos los ojos de pintura,
En noche camináis, noche luciente;
Que mal será con dos soles oscura.

XV.

Al marqués de Ayamonte.

Alta esperanza, gloria del Estado,
No solo de Ayamonte, mas de España,
Si quien me da su lira no me engaña,
A mas os tiene el cielo destinado.
De vuestra fama oír el clarín dorado,
Emulo ya del sol, cuanto el mar baña;
Que trompas hasta aquí han sido de caña
Las que memorias han solicitado.
Alma al tiempo dará, vida á la historia
Vuestro nombre inmortal, ¡oh digno esposo
De hieldad soberana y peregrina!
Corónense estos muros ya de gloria,
Que serán cuna y nido generoso
De sucesión real, si no divina.

(5) Otros leen *monton*.

(1) Algunas ediciones dicen *baston* en vez de *garzon*.

(2) Otros leen *desvelos*.

(3) Otros leen *santo*.

(4) Otros leen *helado*.

XVI.

A un retrato de don Juan de Acuña, presidente de Castilla.

Este que en traje lo admirais togado,
Claro no á luces hoy de lisonjero
Pincel, sino de claro caballero,
Esplendor del buen día que lo ha dado;

Este, ya de justicia, ya de estado,
Oráculo en España verdadero,
A quien por tan legal, por tan entero,
Sus balanzas Astrea le ha fiado,
Clava serin de Alcides en su diestra,
Que de monstros la edad purgue presente,
Y á los siglos invidia sea futuros.

Este pues, gloria de la nacion nuestra,
Don Juan de Acuña es; buril valiente
Al tiempo lo vincule en bronce duros.

XVII.

A don Cristóbal de Mora, primer marqués de Castel-Rodrigo, gran privado de Felipe II.

Arbol de cuyos ramos fortunados
Las nobles moras son quinas reales,
Teñidas en la sangre de leales
Capitanes, no amantes desdichados,

En los campos de Tajo mas dorados
Y que mas privilegian sus cristales,
Apar de la sublime palma sales,
Y mas que los laureles levantados.

Gusano, de tus hojas me alimentos (6);
Pajarillo, sosténganme tus ramas,
Y ampáreme tu sombra, peregrino.
Hilaré tu memoria entre las gentes,
Cantaré enmudeciendo ajenas famas,
Y votaré á tu templo mi camino.

XVIII.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, que estaba en Granada.

Hojas de inciertos chopos, el nevado
Cabello, oirá el Genil tu dulce avena,
Sin invidiar al Dauro en poca arena
Mucho oro de sus piedras mal linado;

Y del leño vocal solicitado,
Perdonará no el mármol á tu vena,
Ocioso, mas la siempre orilla amena
Canoro ceñirá muro animado.

Camina pues, oh tú, Anfon segundo,
Si culto no revocador suave
Aun de los moradores del profundo;

Que el Bétis hoy, que en menos gruta cabe,
Urna suya los términos del mundo
Lagrimosos hará, en tu ausencia grave.

XIX.

A don Luis de Ulloa, un caballero de Toro que pasó por Córdoba.

Generoso esplendor, si no luciente,
No solo es ya de cuanto el Duero baña
Toro, mas del zodiaco de España,
Y gloria vos de su murada frente.

¿Quién pues region os hizo diferente
Pisar amante? Mal la fuga engaña,
Mortal saeta, dura en la montaña,
Y en las ondas mas dura de la fuente.

De venenosas plumas os lo diga
Corcillo atravesado, restituía
Sus trofeos el pie á vuestra enemiga.

Timida fiera, bella ninfa huya,
Espíritu gentil, no solo siga,
Mas bese en el arpon la mano suya.

XX.

Al licenciado Soto de Rójas, abogado en la real chancillería de Granada.

Poco despues que su cristal dilata,
Orla el Dauro los márgenes de un Soto,

(6) La mora es la hoja que come el gusano de seda.

Cuyas plantas Genil besa devoto;
Genil, que de las nieves se desata.

Sus corrientes por el cada cual trata,
Las escuche el antipoda remoto,
Y el culto seno de sus minas roto,
Oro al Dauro le preste, al Genil plata.

El pues de rojas flores coronado,
Nobles en nuestra España por ser Rojas,
Como bellas al mundo por ser flores,

Con rayos dulces mil de sol templado
Al mirto peina y al laurel las hojas,
Monte de musas ya, jardin de amores.

XXI.

A la tercera parte de la *Historia pontifical*, que escribió el doctor Babia, capellan de la capilla real de Granada.

Este que Babia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no á números atado,
De la disposicion antes linado
Y de la erudicion despues lamado,

Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, si no métrico, peinado
Tres ya pilotos del bajel sagrado
Hurta al tiempo y redime del olvido.

Pluma pues que claveros celestiales
Eterniza en los bronce de su historia (7),
Clave es ya de los siglos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortalés
Abre, no de caduca, no, memoria;
Que sombras sella en tálamos de espuma.

XXII.

A un retrato de don Alvaro Bazan, primer marqués de Santa Cruz.

No en bronce que caducan mortal mano,
Oh católico sol de los Bazanes,
Que ya entre gloriosos capitanes
Éres deidad armada, Marte humano,

Esculpirá tus hechos, si no en vano,
Cuando describir quiera tus afanes,
Y los bien repartidos tafetanes (8)
Del turco, del inglés, del lusitano.

El un mar de tus velas coronado,
De tus remos el otro encanecido,
Tablas serán de cosas tan extrañas.

De la inmortalidad el no cansado
Pincel las logre, y sean tus hazañas
Alma del tiempo, espada del olvido.

XXIII.

A don fray Diego de Mardónes, obispo de Córdoba, en la dedicacion de unos villancicos que le hizo Juan Risco, maestro de capilla de la santa iglesia de Córdoba.

Un culto Risco en venas hoy suaves
Concetosamente se desata,

Cuyo néctar, no ya liquida plata,
Hlaze canoras aun las piedras graves.

Tu pues que el pastoral cavado sabes
Con mano administrar al cielo grata,
De vestir digno manto de escaurla
Y de heredar á Pedro en las dos llaves,

Este, si numeroso, dulce escucha
Torrente, que besar desea la playa
De tus ondas, ¡oh mar! siempre serenas.

Si armonioso leño selva mucha
Atraer pudo, vocal risco atraya
Un Mardónes hoy todo á sus arenas.

XXIV.

A la retórica que compuso el padre Francisco de Castro, de la compañía de Jesus.

Si ya el griego orador la edad presente,
O el de Arpina dulcisimo abogado,
Merecieran gozar, mas enseñado
Este quedara, aquel mas elocuente,

(7) Gracian lee *tiempos*.

(8) Otros leen *reportados*.

Del bien decir bebiendo en la alta fuente,
Que en tantos rios boy se ha desatado
Cuantos en culto estilo nos ha dado
Libros vuestra retórica excelente.

Vos reducis ; oh Castro ! á breve suma
El difuso canal desta agua viva ;
Trabajo tal el tiempo no consuma,
Pues de laurel ceñido y sacra oliva,
Haceis á cada lengua , á cada pluma
Que hable néctar y que ambrosía escriba.

XXV.

A la toma de Larache, fuerte de Africa, año de 1610.

La fuerza que infestando las ajenas,
Argentó luna de menguante plata,
Puerto hasta aqui del bélgico pirata,
Puerta ya de las líbicas arenas,
A las señas de España sus almenas
Rindió al hiero leon que en escarlata
Altera el mar, y al viento que lo trata
Imperioso aun obedece apenas.

Alta haya de hoy mas volante lino
Al Euro dé , y al seno gaditano
Flacas redes seguro humilde pino ;
De que ya deste ó de aquel mar tirano
Leño holandés disturbe su camino,
Prenda su libertad bajel pagano.

XXVI.

A la grandeza y dilatacion de Madrid, corte de los reyes de España.

Nilo no sufre márgenes ni muros ;
Madrid , ¡ oh peregrino , tú , que pasas !
Que á su menor inundacion de casas
Ni aun los campos de Tajo están seguros.

Emula la verán siglos futuros
De Ménfis no, que el término le tasas ;
Del tiempo sí , que sus profundas basas (9)
No son en vano pedernales diuros.

Dosel de reyes, de sus hijos cuna
Ha sido y es, zodiaco luciente
De la beldad, teatro de fortuna.

La invidia aquí su venenoso diente
Ceban suele, á privanzas importuna ;
Camina en paz, refiérela á tu gente.

XXVII.

A la pasada de los condes de Lémos por los puertos de Guadarrama.

Montaña inaccesible, opuesta en vano
Al atrevido paso de la gente,
O nubes humedezcan tu alta frente,
O nieblas ciñan tu cabello cano.

Caistro el mayoral, en cuya mano
En vez de baston vemos el tridente,
Con su hermosa Clóris, sol luciente
De rayos negros, serafín humano.

Tu cerviz pisa dura, y la pastora
Yugo te pone de cristal, calzada
Coturnos de oro el pié, armiños vestida.

Huirá la nieve de la nieve agora,
O ya de los dos soles desatada,
O ya de los dos blancos piés vencida.

XXVIII.

A la consagracion de don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Granada.

Consagróse el seráfico Mendoza,
Gran dueño mio, y con invidia deja
Al bordon flaco, á la capilla vieja,
Báculo tan galan, mitra tan moza.

Pastor, que una Granada es vuestra choza,
Y cada grano suyo vuestra oveja,
Pues cada lengua acusa, cada oreja
La sal que busca, el silbo que no goza.

Silbelas desde allá vuestro apellido,
Y al Cenil, que esperándoos peina nieve,
No frustreis mas sus dulces esperanzas ;
Que sobre el márgen , para vos florido,
Al son alternan del cristal que mueve,
Sus ninfas coros y sus faunos danzas.

XXIX.

A una galería que en la casa arzobispal de Sevilla hizo el cardenal y arzobispo don Fernando Niño de Guevara, donde pintó todos los papas y padres del yermo.

Oh tú , cualquiera que entras, peregrino,
Si mudo admiras , admirado para
En esta bien por sus cristales clara,
Y clara mas por su pincel divino,
Tebaida celestial , sacro Aventino,
Donde hoy te ofrece con grandeza rara
El cardenal heróico de Guevara
Freno al deseo, término al camino.
Del yermo ves aquí los ciudadanos,
Del galeon de Pedro los pilotos ;
El arca allí , donde hasta el día postrero
Sus vestidos esperan , aunque rotos ,
Algunos celestiales cortesanos.
Guarnécelos de flores, pasajero.

XXX.

A una casa de placer del conde de Salinas, orillas de Duero.

De rios soy el Duero acompañado
En estas apacibles soledades,
Que despreciando muros de ciudades,
De álamos camino coronado.

Este que siemprereis alegre prado
Teatro finé de rústicas deidades,
Plaza agora , á pesar de las edades,
Beste edificio, á Flora dedicado.

Aquí se hurta al popular ruido
El sarmiento real, y sus cuidados
Parte aquí con la alegre primavera.
El yugo de esta puente he sacudido
Por hurtarle á su ocio mi ribera.
Perdonad , caminantes fatigados.

XXXI.

Al Escorial, convento de San Jerónimo, dedicado á san Lorenzo, á quien llaman octava maravilla, por haberlo erigido con grandísimas expensas el rey Felipe II para sepulcro de los reyes de España.

Sacros, altos, dorados capiteles,
Que á las nubes robais los arreboles (10),
Rebo os teme por mas lucientes soles,
Y el cielo por gigantes mas crueles.

Depon tus rayos, Júpiter ; no celes
Los tuyos, sol ; de un templo son faroles,
Que al mayor mártir de los españoles
Erigió el mayor rey de los fieles.

Religiosa grandeza del monarca
Cuya diestra real al Nuevo Mundo
Abrevia y el Oriente se le humilla,
Perdone el tiempo, lisonjee la parca
La verdad desta octava maravilla,
Los años deste Salomon segundo.

XXXII.

A don Tomás Tamayo de Vargas, coronista de su majestad, exhortándole á la publicacion y ilustracion de las obras de Garcilaso, natural de Toledo, principe de los poetas castellanos.

Tú, cuyo ilustre entre una y otra almena
De la imperial ciudad, patrio edificio,
Al Tajo mira en su húmido ejercicio
Pintar los campos y dorar la arena,
Descuelga de aquel lauro en hora buena
Aquellas dos, ya mudas en su oficio,
Reliquias dulces del gentil Salicio,
Heróica lira, pastoral avena.

(10) Así el texto de Espinosa; Hoces lee:
Que á las nubes borrais sus arreboles.

(9) La edicion de Faria dice *profanas* en vez de *profundas*.

Llégalas ¡oh clarísimo mancebo!
Al docto pecho, á la suave boca,
Poniendo ley al mar, freno á los vientos;
Sucede en todo al castellano Febo,
Que agora es gloria mucha y tierra poca
En patria, en profesion, en instrumentos.

XXXIII.

A don Diego Paez de Castillejo y Valenzuela, veinticuatro de Córdoba.

No entre las flores, no, señor don Diego,
De vuestros años áspid, duerna breve
El ocio, salamandra mas de nieve
Que el vigilante estudio lo es de fuego:
De cuantas os clavó flechas el ciego,
A la que dulce mas la sangre os bebo
Hurtadle un rato alguna pluma leve,
Que el aire vago solicite luego.
Quejáos, Señor, ó celebrad con ella
El desden ó el favor de vuestra dama,
Sirena dulce, si no esfinge bella.
Escribid, que á mas gloria Apolo os llama,
Del cielo la haréis tercera estrella,
Y vuestra pluma vuelo de la fama.

XXXIV.

A una casa de placer de don Antonio de Venégas, obispo de Pamplona, que está en una aldea llamada Burlada.

Este á Pomona, cuando ya no sea
Edificio al silencio dedicado
(Que si el cristal le rompe desatado,
Suave el ruiseñor le lisonjea),
Dulce es refugio, donde se pasea
La quietud, y donde otro cuidado
Despedido, si no digo burlado,
De los términos huye desta aldea.
Aquí la primavera ofrece flores
Al gran pastor de pueblos, que enriquece
De luz á España y gloria á los Venégas.
Oh peregrino, tú, cualquier que llegas,
Paga en admiracion las que te ofrece
El huerto frutas y el jardín olores.

XXXV.

A una montería que hizo Felipe III nuestro señor, con la Reina nuestra señora.

Clavar victorioso y fatigado
Al español Adónis vió la aurora
Al trouco de una encina vividora
Las prodigiosas armas de un venado.
Conducida, llegó á pisar el prado,
Del blanco cisne que en las aguas mora,
Su Venus alemana, y fué á tal hora,
Que en sus brazos depuso su enidado.
«Este trofeo, dijo, á tu infinita
Beldad consagro;» y la lisonja creo
Que en ambos labios se la dejó escrita.
Silbó el aire, y la voz de algun deseo,
«Viva Felipe, viva Margarita,
Dijo, los años de tan gran trofeo.»

XXXVI.

Al sol peinaba Clori sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecía el peine en ella
Como se oscurecia el sol en ellos.
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos,
Segunda mayor luz descubrió aquella
Delante quien el sol es una estrella,
Y esfera España de sus rayos bellos.
Divinos ojos, que en su dulce oriente
Dan luz al mundo, quitan luz al cielo,
Y espera idolatrarlos occidente.
Esto amor solicita con su vuelo,
Que en tanto mar será un arpon luciente,
De la cerda inmortal mortal anzuelo.

XXXVII.

Descaminado, enfermo, peregrino,
En tenebrosa noche, con pié incierto,
La confusion pisando del desierto,
Voces en vano dió, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto
Piedad halló, si no halló camino.
Salió el sol, y entre arañiños escondida,
Soñolienta beldad con dulce saña
Salteó al no bien sano pasajero.
Pagara el hospedaje con la vida;
Mas le valiera errar en la montaña
Que morir de la suerte que yo muero.

XXXVIII.

Soneto cuatrilingüe: castellano, latino, toscano y portugués.

Las tablas del bajel desperlazadas,
Signum naufragii pium et crudele,
Del templo sacro con le rotte vele,
Ficaron nas paredes penduradas.
Del tiempo las injurias perdonadas,
Et orionis vi nimbose stelle
Racoglio l' smarrite pecorelle
Nas ribeiras d' ó Betis espalhadas.
Volveré á ser pastor, pues marinero
Que Dio non vuo che col suo strale sprona,
Do austro os sopros è do Oceano as agoas;
Haciendo al triste son, aunque grosero,
Di questa canna, gia selvaggia donna,
Saudade á as feras, è aos peneos magoas.

XXXIX.

A las damas de palacio.

Hermosas damas, si la pasion ciega
No os arma de desden, no os arma de ira,
¿Quién con piedad al andaluz no mira,
Y quién al andaluz su favor niega?
En el terrero ¿quién humilde ruega,
Fiel adora, idolatra suspira?
Quién en la plaza los bohordos tira,
Mata los toros y las cañas juega?
En los saraos ¿quién lleva las mas veces
Los dulcísimos ojos de la sala,
Sino galanes de la Andalucia?
A ellos les dan siempre los jueces,
En la sortija el premio de la gala,
En el torneo el de la valentia.

XL.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no invidiar aquel licor sagrado
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,
Amantes, no toqueis si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que al aurora
Diréis que, aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

XLI.

A una dama que, habiéndola conocido hermosa niña, la vió despues hermosísima mujer.

Si Amor entre las plumas de su nido
Prendió mi libertad, ¿qué hará agora,
Que en tus ojos, dulcísima señora,
Armado vuela, ya que no vestido?
Entre las violetas fui herido
Del áspid que hoy entre los lilios mora;
Igual fuerza tenias siendo aurora
Que ya como sol tienes bien nacido.

Saludaré tu luz con voz doliente,
Cual tierno ruiseñor en prision dura
Despide quejas, pero dulcemente
Diré cómo de rayos vi tu frente
Coronada, y que hace tu hermosura
Cantar las aves y llorar la gente.

XLII.

¡Oh marinero, tú, que cortesano,
Al palacio le fias tus entenas,
Al palacio real, que de sirenas
Es un segundo mar napolitano,
Los remos deja, y una y otra mano
De las orejas las desvia apenas;
Que escollo es, cuando no sirte de arenas,
La dulce voz de un serafín humano.
Cual su acento tu muerte será clara
Si espira suavidad, si gloria espira
Su armonía mortal, su beldad rara.
Huye de la que, armada de una lira,
Si rocas mueve, si bajeles para,
Cantando mata al que cantando mira (11).

XLIII.

Ilustre y hermosísima María,
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus mejillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos y en tu frente el día;
Y mientras con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que la Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
El claro día vuelva en noche oscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve su blancura.
Goza, goza el color, la luz, el oro (12).

XLIV.

Mientras por competir con tu cabello,
Oro bruñado, el sol relumbra en vano;
Mientras con menosprecio en medio el llano
Mira á tu blanca frente el lilio bello;
Mientras á cada labio, por cogello,
Siguen mas ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desden lozano
Del luciente marfil tu gentil cuello;
Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fué en tu edad dorada
Oro, lilio, clavel, marfil luciente (15),
No solo en plata ó viola truncada
Se vuelva, mas tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

XLV.

Ya que con mas regalo el campo mira,
Pues del nubloso manto se desnuda,
El rojo sol, y aunque con lengua muda
Suave Filomena ya suspira,
Templa, noble garzon, la noble lira,
Honren tu dulce plectro y mano aguda

(11) Otros leen: *al que malando mira*.

(12) Este soneto tiene las variantes que siguen:

*Hermoso dueño de la vida mía,
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus mejillas la dorada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el día;
Mientras que con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que el Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro día vuelto en noche oscura,
Haya la aurora de inmortal cuidado,
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza la blanca nieve en su blancura,
Goza, goza el color, la luz el oro.*

(13) *Cristal en vez de marfil dice el texto de Faria.*

Lo que al son torpe de mi avena ruda
Me dicta Amor, Caliope me inspira.

Ayúdame á cantar los dos extremos
De mi pastora, y cual parlaras aves,
Que á saludar al sol á otros convidan,
Yo ronco y tú sonoro despertemos
Cuantos en nuestra orilla cisnes graves
Sus blancas plumas bañan y se anidan.

XLVI.

A unos álamos.

Verdes hermanas del audaz mozelio
Por quien orilla el Po dejastes presos
En verdes hojas y en troncos gruesos (14)
El delicado pié, el dorado pelo;
Pues entre las ruinas de su vuelo
Sus cenizas bajar en vez de huesos,
Y sus errores largamente impresos
De ardientes llamas vistes en el cielo (15),
Acabad con mi loco pensamiento
Que gobernar tal carro no presuma
Antes que lo desate por el viento
Con rayos de desden la beldad suma,
Y las reliquias de su atrevimiento
Envuelva el desengaño en poca espuma.

XLVII.

No destrozada nave en roca dura
Tocó la playa mas arrepentida,
Ni pajarillo de la red tendida
Voló mas temeroso á la espesura;
Bella ninfa la planta mal segura,
No tan alborotada ni aligida,
Hurtó de verde prado que escondida
Vibora regalaba en su verdura,
Como yo, Amor, la condicion airada,
Las rubias trenzas y la vista bella
Huyendo voy, con pié ya desatado,
De mi enemiga, en vano celebrada.
Adios, ninfa cruel; quedáos con ella,
Dura roca, red de oro, alegre prado.

XLVIII.

Verdes juncos del Duero á mi pastora
Tejieron dulce y generosa cuna;
Blancas palmas, si el Tajo tiene alguna,
Cubren su pastoral albergue agora.
Los montes mide y las campañas mora,
Flechando una dorada media luna,
Cual dicen que á las fieras fué importuna
Del Eurótas la casta cazadora.
De un blanco armiño el esplendor vestida,
Los blancos piés distinguen de la nieve
Los coturnos que calza esta homicida;
Bien tal pues montaraz y endurecida
Contra las fieras solo un arco mueve,
Y dos arcos tendió contra mi vida.

XLIX.

Tras la bermeja aurora el sol dorado
Por las puertas salia del oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Y él de encendidos rayos coronado.
Sembraban su contento ó su cuidado,
Cuál con voz dulce, cuál con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente,
En el fresco aire y en el verde prado.
Cuando salió bastante á dar Leonora
Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni oí las aves mas ni vi la aurora;
Porque al salir, ó todo quedó en calma,
O yo, que es lo mas cierto, sordo y ciego.

(14) Así Espinosa; Hoces y Faria leen:

En verdes hojas ya y en troncos gruesos.

(15) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen *suelo*.

L.

Ni en este monte, este aire, ni este rio
Corre fiera, vuela avé, pece nada,
De quien con atención no sea escuchada
La triste voz del triste llanto mio;
Y aunque en la fuerza sea del estío
Al viento mi querella encomendada,
Cuando á cada cual dellos mas le agrada,
Fresca cueva, árbol verde, arroyo frio,
A compasion movidos de mi llanto,
Dejan la sombra, el ramo y la hondura,
Cual ya por escuchar el dulce canto
De aquel que de Strimon en la espesura
Los suspendia cien mil veces. ¡ Tanto
Puede mi mal y pudo su dulzura!

LI.

Tres veces de Aquilon el soplo airado
Del verde honor privó las verdes plantas,
Y al animal de Colcos otras tantas
Ilustró Febo su vellon dorado,
Despues que sigo, el pecho traspasado
De aguda flecha, con humildes plantas
¡ Oh rubia Clori! tus pisadas santas
Por las floridas señas que da el prado.
A vista voy, tiñendo los alcores
En roja sangre, de tu dulce vuelo,
Que el suelo pinta de cien mil colores (16):
Tanto, que ya nos siguen los pastores
Por los extraños rastros que en el suelo
Dejamos, yo de sangre, tú de flores.

LII.

Al tramontar del sol la ninfa mia,
De flores despojando el verde llano,
Cuantas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pié crecer hacia.
Ondeábale el viento que corría
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del día;
Mas luego que ciñó sus sienas bellas
De los varios despojos de su falda,
Término puesto al oro y á la nieve,
Juraré que lució mas su guirnalda
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

LIII.

En el cristal de tu divina mano
De amor bebi el dulcísimo veneno,
Néctar ardiente que me abraza el seno,
Y templar con la ausencia pensé en vano;
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
Es arpon de oro tu mirar sereno,
Que cuanto mas ausente dél, mas peno,
De sus golpes el pecho menos sano (17).
Tus cadenas al pié, lloro al ruido
De un eslabon y otro mi destierro,
Mas desviado, pero mas perdido.
¡ Cuándo será aquel día que por yerro
¡ Oh serafín! desates, bien nacido,
Con manos de cristal nudos de hierro?

LIV.

A un ruiseñor.

Con diferencia tal, con gracia tanta
Aquel ruiseñor llora, que sospecho
Que tiene otros cien mil dentro del pecho (18),
Que alternan su dolor por su garganta;
Y aun creo que el espíritu levanta,
Como en informacion de su derecho,
A escribir del cuñado el atroz hecho
En las hojas de aquella verde planta.
Ponga pues fin á las querellas que usa,

(16) Otros leen: *que el cielo pinta.*

(17) Faria lee: *de tus golpes.*

(18) *Dentro en el pecho*, dice Espinosa.

Pues ni quejarse ni mudar estanza
Por pico ni por pluma se le veda;
Y flore solo aquel que su Medusa
En piedra convirtió, porque no pueda
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

LV.

Si ya la vista, de llorar cansada,
De cosa puede prometer certeza,
Bellísima es aquella fortaleza
Y generosamente edificada.
Palacio es de mi bella celebrada,
Templo de amor, alcázar de nobleza,
Nido del fénix de mayor belleza
Que bate en nuestra edad pluma dorada.
Muro que sojuzga el verde llano,
Torres que defendeis el noble muro,
Almenas que á las torres sois corona;
Cuando de vuestro dueño soberano
Merezcais ver la celestial persona
Representadle mi destierro duro.

LVI.

Descripcion de una dama.

De pura honestidad templo sagrado,
Cuyo bello cimiento y gentil muro
De blanco nácar y alabastro duro
Fué por divina mano fabricado;
Pequeña puerta de coral preciado,
Claras lumbreras de mirar seguro,
Que á la esmeralda fina el verde puro
Habeis para viriles usurpado;
Soberbio techo, cuyas cimbrias de oro (19)
Al claro sol, en cuanto en torno gira,
Ornan de luz, coronan de belleza;
Idolo bello, á quien humilde adoro (20),
Oye piadoso al que por ti suspira,
Tus himnos canta y tus virtudes reza.

LVII.

A un arroyo.

¡ Oh claro honor del liquido elemento,
Dulce arroyuelo de luciente plata (21),
Cuya agua entre la yerba se dilata
Con regalado son y paso lento (22);
Pues la por quien helar y arder mesiento (23),
Mientras en ti se mira, Aínor retrata
De su rostro la nieve y escarlata
En tu tranquilo y blando movimiento,
Véte como te vas; no dejes floja
La nudosa rienda al cristalino freno
Con que gobiernas tu veloz corriente;
Que no es bien que confusamente acoja
Tanta belleza en su profundo seno
El gran señor del húmido tridente.

LVIII.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbré
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora,
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérida, de flores (24);

(19) *A cuyas hebras de oro.* — *Texto de Espinosa.*

(20) Así Espinosa y Hoces; Faria lee:

Alto de amor, dulcísimo decoro.

(21) Así Espinosa y Hoces; Faria lee: *de corriente plata.*

(22) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria escriben:

Con regalado son, con paso lento.

(23) Pues ya por quien helar. — *Texto de Faria.*

(24) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria pusieron:

Borde, saliendo Flérida de flores.

Parece mas natural que el obsequio sea dirigido á Flérida, y no

Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes ni los campos dores.

LIX.

Varia imaginacion, que en mil intentos,
A pesar gastas de tu triste dueño (23),
La dulce munitcion del blando sueño,
Alimentando vanos pensamientos,
Si traes los espiritus atentos (26)
Solo á representarme el grave ceño
Del rostro dulcemente zahareño,
Gloriosa suspension de mis tormentos,
El sueño, autor de representaciones,
En su teatro, sobre el viento armado,
Sombras suele vestir de buito bello.
Siguelo: mostraráte el rostro amado,
Y engañarán un rato tus pasiones
Dos bienes, que serán dormir y vello.

LX.

Cual parece al romper de la mañana
Aljófar blanco sobre frescas rosas (27),
O cual por manos hecha artificiosas
Bordadura de perlas sobre grana,
Tales de mi pastora soberana
Parecian las lágrimas hermosas
Sobre las dos mejillas milagrosas
De quien mezcladas leche y sangre mana.
Lanzando á vueltas de su tierno llanto
Un ardiente suspiro de su pecho,
Tal que al mas duro canto enterneciera,
Si enternecer bastara un duro canto:
Mirad qué hará con un corazon hecho (28)
Que al llanto y al suspiro fué de cera.

LXI.

¿Cuál del Ganges máfil ó cuál de Paro
Blanco mármol, cual ébano luciente,
Cual ámbar rubio ó cual oro fulgente (29),
Cual fina plata ó cual cristal tan claro,
Cual tan menudo aljófar, cual tan caro
Oriental zafir, cual rubi ardiente,
O cual en la dichosa edad presente,
Mano tan docta de escultor tan raro,
Bulto dellos formara, aunque hiciera
Ultraje milagroso á la hermosura
Su labor bella, su gentil fatiga,
Que no fuera figura al sol, de cera,
Delante de sus ojos su figura,
Oh rubia Clori, oh dulce mi enemiga?

LXII.

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,
Que lanza el corazon, los ojos llueven,
Los troncos bañan y las ramas mueven
Destas plantas, á Alcides consagradas,
Mas del viento las fuerzas conjuradas
Los suspiros desatan y remueven,
Y los troncos las lágrimas se beben,
Por ellos y por ellas derramadas (30).
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo
Que dan mis ojos, invisible mano
De sombra ó de aire me lo deja enjuto,
Porque aquel ángel fieramente humano
No crea mi dolor; y así, es mi fruto
Llorar sin premio y suspirar en vano.

que Flérida borde el campo, sin duda para que el poeta se recree.
Como se ve, el texto legitimo parece ser el de Espinosa.

(25) Así Espinosa; Hoces y Faria leen *dulce*.

(26) Así Espinosa; el texto de Hoces y Faria dicen: *pues traes*.

(27) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen: *blancas rosas*.

(28) Todas las ediciones dicen equivocadamente *habrá por hará*.

(29) Así Hoces: Espinosa lee: *a cual oro excelente*. Lo mismo lee Faria.

(30) Así Espinosa; Hoces y Faria dicen:

Mas ellos, y peor ellas derramadas.

LXIII.

A la sangría del tobillo de una dama.

Herido el blanco pié del hierro breve,
Saludable si agudo, amiga mía,
Mi rostro tiñes de melancolia
Mientras de rosicler tiñes la nieve.
Temo, que quien bien ama tener debe,
El triste fin de la que perdió el día,
En roja sangre y en ponzoña fría
Bañado el pié que desentado mueve.
Temo aquel fin, porque el remedio para
Si no me presta el sonoro Orfeo
Con su instrumento dulce su voz clara.
Mas ¡ay! que cuando no mi lira, creo
Que mil veces mi voz te revocara,
Y otras mil te perdiera mi deseo.

LXIV.

No enfrene tu gallardo pensamiento (31)
Del animoso jóven mal logrado
El loco fin, de cuyo vuelo osado
Fué ilustre tumba el liquido elemento (32).
Las dulces alas tiende al blando viento,
Y sin que el torpe mar del miedo helado
Tus plantas moje, toca levantado
La encendida region del ardimiento.
Corona en puntas la dorada esfera
Do el pájaro real su vista afina,
Y al noble ardor regálese la cera;
Que al mar, do su sepulcro se destina,
Gran honra le será, y á su ribera
Que le hurte su nombre tu ruina.

LXV.

A unos álamos.

Gallardas plantas, que con voz doliente
Al osado Faeton llorastes vivas,
Y ya sin envidiar palmas ni olivas,
Muertas podeis cenir cualquiera frente,
Así del sol estivo al rayo ardiente
Blanco coro de náyades lascivas
Preeie mas vuestras sombras fugitivas
Que verde margen de escondida fuente;
Así bese, á pesar del seco estio (33),
Vuestros troncos, y á un tiempo piés humanos,
El rauda curso deste undoso río,
Que lloreis, pues llorar solo á vos toca
Locas empresas, ardimientos vanos,
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

LXVI.

Caminando en dias lluviosos.

Cosas, Celalva mía, he visto extrañas:
Rasgarse nubes, deshocarse vientos (34),
Altas torres besar sus fundamentos,
Y vomitar la tierra sus entrañas;
Duras puentes romper cual tiernas cañas
Arroyos prodigiosos, rios violentos,
Mal vadeados de los pensamientos,
Y enfrenados peor de las montañas;
Los dias de Noé, gentes subidas
En los mas altos pinos levantados,
En las robustas hayas mas crecidas.
Pastores, perros, chozas y ganados
Sobre las aguas vi, sin forma y vidas,
Y nada temi mas que mis cuidados.

LXVII.

A una dama vestida de leonado.

Del color noble que á la piel vellosa
De aquel animal dió naturaleza,

(31) No pene tu gallardo pensamiento. — *Texto de Espinosa*.

(32) El húmedo elemento. — *Id.*

(33) Así Espinosa; Hoces escribe: *Y así bese*.

(34) Otros leen *cascarse*, y otros *casarse*.

Que de corona ciñe su cabeza,
 Rey de las otras, fiera generosa,
 Vestida vi á la bella desdenosa,
 Tal, que juzgué, no viendo su belleza,
 Según decía el color con su liereza,
 Que la engendró la Libia ponzoñosa;
 Mas viéndola, que Alcides muy ufano
 Por ella en tales paños bien podía
 Mentir su natural, seguir su antojo,
 Cual ya en Lidia torció con torpe mano
 El huso, y presumir que se vestía
 Del nenéico león el gran despojo.

LXVIII.

A la enfermedad grave de una dama.

Sacra planta de Alcides, cuya rama
 Fué toido de la yerba, fértil soto,
 Que al tiempo mil libreas le habeis roto,
 De verdes hojas, de menuda grama,
 Sed hoy testigos destas que derrama
 Lágrimas Licio, y de esté humilde voto
 Que al rubio Febo hace, viendo á Cloto
 De su Clori romper la vital trama.
 Ardiente morador del sacro coro,
 Si libre á Clori por tus manos deja
 De alguna yerba algun secreto jugo,
 Tus aras teñirá este blanco toro,
 Cuya cerviz así desprecia el yugo
 Como el de amor la enferma zagaleja.

LXIX.

A una casa de campo de una dama á quien celebraba.

¡Oh piadosa pared, merecedora
 De que el tiempo os reserve de sus daños,
 Pues sois tela do justan mis engaños
 Con el fiero desden de mi señora!
 Cubra esas nobles salas desde agora (35),
 No estofa humilde de flamencos paños,
 Do el tiempo pueda mas, sino en mil años
 Verde tapiz de yedra vividora;
 Y vos, aunque pequeño, fiel resquicio,
 Porque del carro del cruel destino
 No pendan mis amores por trofeos,
 Ya que secreto, sedme mas propicio
 Que aquel que fué en la gran ciudad de Nino
 Barco de vistas, puente de descos.

LXX.

A Guadalquivir, río de Andalucía.

Rey de los otros ríos caudaloso (36),
 Que en fama claro, en ondas cristalino,
 Tosca guirnalda de robusto pino
 Ciñe tu frente y tu cabello undoso,
 Pues dejando tu nido cavernoso
 De Segura en el monte mas vecino,
 Por el suelo andaluz tu real camino (37)
 Tuercas soberbio, rauda y espumoso,
 A mí, que de tus fértiles orillas
 Piso, aunque ilustremente enamorado,
 La noble arena con humilde planta (38),
 Dime si entre las rubias pastorcillas
 Has visto que en tus aguas se han mirado
 Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

LXXI.

A los cielos.

¡Oh niebla del estado mas sereno,
 Furia infernal, serpiente mal nacida!
 Oh ponzoñosa vibora escondida
 De verde prado en oloroso seno!
 ¡Oh entre el néctar de amor mortal veneno,
 Que en vaso de cristal quitas la vida!

Oh espada sobre mí de un pelo asida,
 De la amorosa espuela duro freno!
 Vuélvete al lugar triste donde estabas,
 ¡Oh cielo, del favor verdugo eterno!
 O al reino, si allá cabes, del espanto (39);
 Mas no cabrás allá, que pues há tanto
 Que comes de tí mismo y no te acabas,
 Mayor debes de ser que el mismo infierno.

LXXII.

A Juan Rufo, jurado de Córdoba.

Culto jurado, si mi bella dama,
 En cuyo generoso mortal manto
 Arde como en cristal de templo santo,
 De un limpio amor la mas ilustre llama (40),
 Tu musa inspira, vivirá tu fama
 Sin invidiar tu noble patria á Manto (41).
 Y ornarte ha, en premio de tu dulce canto,
 No de verde laurel caduca rama,
 Sino de estrellas inmortal corona.
 Haga pues tu dulcísimo instrumento
 Bellos efectos, pues la causa es bella;
 Que no habrá piedra, planta ni persona
 Que suspensa no siga el tierno acento,
 Siendo tuya la voz, y el canto de ella.

LXXIII.

Contra los que dijeron mal de las Soledades de don Luis.

Con poca luz y menos disciplina
 Al voto de un muy crítico y muy lego
 Salió en Madrid la Soledad, y luego
 A palacio con lento pié camina.
 Las puertas le cerró de la Latina
 Quién duerme en español y sueña en griego (42),
 Pedante golo, que de pasión ciego,
 La suya reza, y calla la divina.
 Del viento es el pendón pompa ligera,
 No hay paso concedido á mayor gloria,
 Ni voz que no la acusen de extranjera.
 Gastando pues en tanto la memoria
 Ajena invidia mas que propia cera,
 Por el Cármen la lleva á la vitoria.

LXXIV.

Sentéme á las riberas de un bufete
 A jugar con el tiempo á la primera;
 Pasóse el año, y luego á la tercera
 Carta bruñuleada me entró un siete.
 Hizo mi edad cuarenta y cinco, y mete
 Una corona la ambicion fallera,
 Y aunque es de falso, dice que la quiera
 La que traigo debajo del bonete.
 Pierdese un vale, que el valer hogaño
 No es muy seguro; no haya mazo alguno
 Cuya madera pueda dar cuidado.
 Entróme en la baraja, y no me engaño;
 Que aunque pueda ganar ciento por uno,
 Yo no quiero ver vacas en mi prado.

LXXV.

A cierta dama que se dejaba vencer del interés
 antes que del gusto.

Mientras Corinto, en lágrimas deshecho,
 La sangre de su pecho vierte en vano,
 Vende Lice á un decrepito indiano
 Por cien escudos la mitad del lecho;
 Mas ¿quién se maravilla deste hecho,
 Sabiendo que halla ya paso mas llano,
 La bolsa abierta, el rico pelicano,
 Que el pelicano pobre abierto el pecho?

(39) En Hoces y Faria están trocados estos versos. El que es aquí primero es en sus textos segundo, y el segundo es primero. Sigo á Espinosa.

(40) De un limpio amor la mas profunda llama. — Texto de Espinosa.

(41) A tanto, dice el texto de Espinosa.

(42) Alusión á Quevedo.

(35) Equivocadamente dicen las demás ediciones *falla*.

(36) Así Espinosa y Hoces; Faria y otros leen: *río caudaloso*.

(37) *Por el monte*, dice Faria.

(38) *Tu noble arena*, dice Espinosa.

Interés, ojos de oro como gato,
Y gato de doblones, no amor ciego,
Que leña y plumas gasta, cien arpones
Le flechó del aljaba de un talego.
¿Qué Tremecen no desmantela un trato,
Arrimando á este trato cien cañones?

LXXXVI.

A la bajada de muchos señores caballeros de Madrid á socorrer
la fuerza de la Maamora, que estaba cercada de moros (45).

¡A la Maamora, militares cruces!
¡Galanes de la corte, á la Maamora!
Sed capitanes en latín ahora
Los que en romance há tanto que sois duces.
¡Arma, arma, ensilla, carga! ¿Qué arcabuces?
No gofo, sino aquella cantimplora,
Las plumas riza, las espuelas dora,
Armese España ya contra avestruces.
Pica, Bufon, ¡oh tú, mi dulce dueño!
Partiendo me quedé, y quedando paso
A acumularte en Africa despojos.
¡Oh tú, cualquier que el agua pisas leño,
Escuche la vitoria yo, ó el fracaso
A la lengua del agua de mis ojos.

LXXXVII.

A una señora de Cuenca, á quien llevó cartas de otras señoras de
Córdoba, y le pagó el porte con hacer muestra de unas donce-
llas suyas muy feas.

¿Son de Tolú, ó son de Puerto-Rico,
Ilustre y hermosísima María,
O son de las montañas de Bugía
La fiera mona y el disforme mico?
Gracioso está el balcon, yo os certifico;
Desnudadle de hoy mas de celosia,
Goce Cuenca una y otra moneria,
Dén á unos de cola, á otros de hocico.
Un papagayo os dejaré, Señora,
Pues ya tan mal se corresponde á ruegos
Y á cartas de señores principales,
Que os repita el parlero cada hora
Cómo es ya mejor Cuenca para ciegos,
Habiéndose de ver visiones tales.

LXXXVIII.

A la ciudad de Valladolid, estando allí la corte.

Valladolid, de lágrimas sois valle,
Y no quiero deciros quien las llora;
Valle de Josafat, sin que en vos hora,
Cuanto mas día, de juicio se halle.
Pisado he vuestros muros calle á calle,
Donde el engaño con la corte mora,
Y cortesano sucio os hallo agora,
Siendo villano un tiempo de buen talle.
Todos sois condes, no sin nuestro daño;
Dígalos el andaluz, que en un infierno
Debajo de una tabla escrita posa.
No encuentro al de Buendía en todo el año,
Al de Chinchon si agora, y el invierno
Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

LXXXIX.

A la confusion de la corte.

Grandes mas que elefantes y que abadas,
Títulos liberales como rocas,
Gentiles-hombres solo de sus bocas,
Ilustre cavaglier, llaves doradas;
Hábitos, capas digo remendadas,
Damas de haz y envés, dueñas con tocas,
Carrozas de á ocho bestias, y aun son pocas,
Con las que tiran y que son tiradas;

Cata-riberas, ánimas en pena,
Con Bártulos y Baldos la milicia (44),
Y los derechos con espada y daga;
Casas y pechos todo á la malicia,
Lodos con perejil y yerba-buena:
Esta es la corte; buena pro les haga.

LXXX.

Entrando en Valladolid, estando allí la corte.

Llegué á Valladolid; registré luego
Desde el bonete al clavo de la mula;
Guardo el registro, que será mi bula
Contra el cuidado del señor don Diego.
Busqué la corte en él, y yo estoy ciego,
O en la ciudad no está ó se disimula;
Haciendo penitencia vi á la gula,
Que Platon para todos está en griego;
La lisonja hallé y la ceremonia
Con luto, idolatrados los caciques,
Amor sin fe, interés con sus biotes (43).
Todo se halla en esta Babilonia,
Como en botica grandes alambiques,
Y mas en ella títulos que botes.

LXXXI.

A la misma ciudad.

¿Vos sois Valladolid? Vos sois el valle
De olor? ¡Oh fragrantísima ironía!
A rosa oleis, y sois de Alejandría,
Que pide al cuerpo mas que puede dalle.
Serentisimas damas de buen talle,
No os andeis cocheando todo el día,
Que en dos mulas mejores que la mia
Se pasea el estiércol por la calle.
Los que en esquinas vuestros corazones
Asais por quien alguna noche clara,
O vertió el pebre y os mechó sin clavos,
¿Pasais por tal, que sirvan los balcones,
Los días á los ojos de la cara,
Las noches á los ojos de los rabos?

LXXXII.

A la tela de jistar de Madrid, que la sacaron al campo.

Téngoos, señora Tela, gran mancilla.
— Dios la tenga de vos, señor soldado.
— ¿Cómo estáis acá fuera?— Hoy me han echado,
Por vagamunda, fuera de la villa.
— ¿Dónde están los galanes de Castilla?
— ¿Dónde pueden estar sino en el Prado?
— ¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
— Mas respeto me tienen; ni una astilla.
— Pues ¿qué haceis ahí?— Lo que esta puente,
Puente de anillo; tela de cedazo,
Desear hombres como rios ella,
Hombres de duro pecho y fuerte brazo.
— Adios, Tela; que sois muy maldiciente,
Y esas no son palabras de doncella.

LXXXIII.

A una creciente del rio Manzanares.

Duélete de esa puente, Manzanares;
Mira que dice por ahí la gente
Que no eres rio para media puente,
Y que ella es puente para treinta mares.
Hoy arrogante te ha brotado á pares
Humildes crestas tu soberbia frente,
Y ayer me dijo humilde tu corriente
Que eran en marzo los caniculares.
Por el alma de aquel que ha pretendido
Con cuatro dragmas de agua de achicoria
Purgar la villa y darte lo purgado,
Me di cómo has menguado y has crecido,
Cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria.
— Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado.

(43) Así Faria; Hocces lee *abades*.

(45) Así Hocces; Faria lee *digotes*.

(45) Los nombres de los principales caballeros que acudieron al socorro de la villa de la Maamora se hallan en un curioso y raro librito intitulado: *Discurso historial de la presa que del puerto de la Maamora hizo el armada real de España en el año 1614*, por Agustín de Horozco. Madrid, por Miguel Serrano, 1615.

LXXXIV.

A la puente segoviana de Madrid, que está sobre el río Manzanares.

Señora doña puente Segoviana,
Cuyos ojos están llorando arena,
Si es por el río, muy en hora buena,
Aunque estás para viuda muy galana.
De estrañarria murió; no hay castellana
Lavandera que no llore de pena,
Y Fulano Sotillo se condena
De olmos negros á loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
Que no es muerto, sino que del estío
Le causan parasismos los calores;
Que á los principios de diciembre frío
De sus mulas harán estos señores
Que los orines dén salud al río.

LXXXV.

A Pisuerga, río que pasa por los muros de Valladolid.

Jura Pisuerga á fe de caballero
Que de vergüenza corre colorado
En pensar que de Esgueva acompañado
Ha de entrar á besar la mano á Duero.
Es sucio Esgueva para compañero,
Culpa de la mujer de algún privado,
Y perezoso para darle el lado,
Y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados á la puente de Simáncas,
Teme Pisuerga; que una estrecha puente
Temella puede el mar sin cobardía.
No se le da á Esguevilla cuatro blancas;
Mas ¿qué mucho, si pasa su corriente
Por mas estrechos ojos cada día?

LXXXVI.

Al auto general de la fe que se celebró en la ciudad de Granada (46).

Bien dispuesta madera en nueva traza,
Que un cadabalso forma levantado,
Admiración del pueblo desgranado
Por el humilde suelo de la plaza (47);
Cincuenta mujercillas de la raza
Del que halló en el mar enjuto vado,
Y la jurisprudencia de un letrado,
Cuyo ejemplo confunde y embaraza (48);
Dos torpes, seis blasfemos, la corona
De un fraile mal abierta y peor casada,
Y otro dos veces que él no menos ciego;
Cinco en estatua, solo uno en persona,
Encomendados justamente al fuego,
Fueron el auto de la fe en Granada.

(46) En el códice S 106 de la biblioteca Nacional se lee este mismo soneto contrahecho y con el epigrafe y las variantes que siguen:

Soneto de Diego de Soto y Aguilar, cuyo es lo escrito en el auto de la fe.

Bien dispuesta madera en nueva traza,
De cadabalso en forma levantado,
Admiración del pueblo ya sentado
En el húmido suelo de la plaza;
Trece mujercillas de la raza
Del que halló en el mar enjuto vado
Y la jurisprudencia de un letrado,
Cuyo ejemplo confunde y amenaza;
Diez torpes, seis blasfemos, la corona
De un fraile mal abierta sin ardid,
Y otro no menos que él dos veces ciego;
Cuatro estatuas y siete en persona
Encomendados justamente al fuego
Fueron el auto de la fe en Madrid.

El auto este se hizo en 4 de julio de 1632.

(47) Por el húmido suelo de la plaza. — *Texto de Faria.*

(48) Así Hoces; Faria lee *amenaza*.

LXXXVII.

A Esgueva, río que pasa por medio de Valladolid, donde echan todas las inmundicias de la ciudad.

¡Oh qué malquisto con Esgueva quedo,
Con su agua turbia y con su verde puente!
Miedo le tengo, y hallará la gente
En mis calzas los titulos del miedo.
Quiere ser río, yo se lo concedo;
Corra, que necesaria es su corriente,
Con orden y ruido el que consiente
Antonio en su regilla de ordo-pedo (49).
Camíe ya con estos pliegos míos
Peon particular, quitado el parte (50),
Y ejecute en mis versos sus enojos;
Que le confesaré de cualquier arte
Que, como el mas notable de los ríos,
Tiene llenos los márgenes de ojos.

LXXXVIII.

El Conde mi señor se va á Nápoles,
Y el Duque mi señor se va á Francia;
Príncipes, buen viaje, que este día
Pesadumbre daré á unos caçacoles.
Como sobran tan doctos españoles,
A ninguno ofreci la musa mia;
A un pobre albergue si de Andalucía,
Que ha resistido á grandes, digo á soles.
Con pocos libros libres, libres digo
De expurgaciones, paso, y me paseo (51),
Ya que el tiempo me pasa como higo.
No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo,
Mi salvacion, que es lo que mas deseo.

LXXXIX.

A la salida de la corte del duque de Humena, embajador del rey de Francia.

Despidióse el francés con grasa huena
(Con buena gracia digo, señor Momo);
Hizo España el deber con el Bandomo,
Y el pagar lo hará con el de Pena.
Reales fiestas le pidió al de Humena
La ya engastada Margarita en plomo.
Aunque no hay toros para Francia como
Los de Guisando su comida y cena.
Estrellóse la gala de diamantes
Tan al tope, que alguno fué topacio,
Y á un don Cristóbal mintió finezas.
Partióse al fin, y tan brindadas antes
Nos dejó las saludes de palacio,
Que otro día enfermaron sus altezas.

XC.

Contra los que dijeron mal del *Polifemo* de don LUIS.

Pisó las calles de Madrid el fiero
Monoculo, galán de Galatea,
Y cual suele tejer bárbara aldea
Soga de gozques contra forastero;
Rígido un bachiller, otro severo,
Crítica turba al fin, si no pigmea,
Su diente afila y su veneno emplea
En el disforme ciclope cabrero.
A pesar del lucero de su frente,
Lo hacen escuro, y él en dos razones,
Que en dos truenos libró de su occidente,
«Si quieren, respondió, los pedantones
Luz nueva en hemisferio diferente,
Dén su memorial á mis calzones.»

XCI.

A lo poco que hay que fiar en el favor de los señores de la corte.

Señores cortegiantes, ¿quién sus días
De codicioso gasta ó lisonjero

(49) Así Hoces; Faria lee *vido-pedo*.

(50) Y con particular, dice Faria.

(51) Así Faria; otros leen *expurgaciones*.

Con todos estos principes de acero,
Que me han desmepdrado las encias?

Nunca yo tope con sus señorías,
Sino con media libra de carnero,
Tope manso, alimento verdadero
De jesuitas, santas compañías.

Con nadie hablo, todos son mis amos,
Quien no me da, no quiero que me oste;
Que un árbol grande tiene gruesos ramos.

No me pidan que lie ni que preste,
Sino que algunas veces nos veamos,
Y sea el fin de mi soneto este.

XCH.

A cierto caballero que juzgaba lo que no entendia.

Música le pidió aver su albedrío
A un descendiente de don Peranzúles;
Templáronle al momento dos bauls
Con mas cuerdas que jarcias un navío.

Cantáronle de cierto amigo mío
Un desafio campal con dos gazules,
Que en ser por unos ojos entre azules,
Fué peor que gatesco el desafio.

Romance fué el cantado, y que no pudo
Dejarlo de entender, si el muy discreto
No era sordo, ó el músico era mudo;

Y de que lo entendió yo os lo prometo,
Pues envió á decir con don Bermudo
Que vuelvan á cantar aquel soneto.

XCH.

A un señor titulado, que queriendo por Luis salir de la corte, le
pidió le esperase para venirse juntos, y por Luis le esperó mas
de un mes, pagando de vacío las mulas, y el señor se vino sin
avisalle.

De chinchas y de mulas voy comido;
Las unas culpa de una cama vieja (1),
Las otras de un señor que me las deja
Veinte días y mas, y se ha partido.

De vos, madera anciana, me despidó,
Miembros de algun navío de vendeja,
Patria comun de la nacion hermeja,
Que un mes sin dendo de mí sangre ha sido.
Venid, mulas, con cuyos piés me ha dado
Tal cox el que quizás tendrá mancilla
De ver que me comeis el otro lado.

Adios, corte enchainada en una villa,
Adios, toril de los que has sido prado;
Que en mi rincon me espera una morcilla.

XCIV.

No mas moralidades de corrientes,
Bien sean de arroyuelos, bien de rios,
Corran apresurados ó tardios;
Que no me hizo Dios conde de Fuentes.

A un rincon desviado de las gentes
Apelaré de todos sus desvios,
Cioza que abrigue ya los años míos,
Aunque pajas me cueste impertinentes.

Ministros de mi rey, mis desengaños
Los piés os besan desde acá, sea miedo
O reverencia á sátrapas tamaños.

Adios, mundazo, en mi quietud me quedo.
Por esconder mis postrimeros años
Al señor Nuncio, digo, al de Toledo.

XCV.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, dispudiéndole de salir al toro
á la tarde, por ser muy manso.

Salí, señor don Pedro, esta mañana
A ver un toro que en un nacimiento
Con mi mula estuviera mas contento
Que alborotando á Córdoba la llana.

Romper la tierra he visto en su avezana (2)
Mas prójimos con paso menos lento (3),

Que él se entró en la ciudad tan sin aliento,
Y aun mas, que me dejó en la barbacana.
No desherreis vuestro zagal; que un clavo (4)
No ha de valer la causa, si no miente
Quien de la cuerda apela para el rabo.
Perdonadme el hablar tan cortesmente
De quien, ya que no alcalde por lo bravo,
Podrá ser, por lo manso, presidente.

XCVI.

Por niferia un picarillo tierno (5),
Huron de faltriqueras, sutil caza,
A la cola de un perro ató por maza,
Con perdon de los clérigos, un cuerno (6).

El triste perrinchon en el gobierno
De una tan gran carroza se embaraza;
Gritale el pueblo, haciendo de la plaza,
Si allá se alegran, un alegre infierno.

Llegó en esto una viuda mesurada,
Que entre los signos, ya que no en la gloria,
Tiene á su esposo, y dijo: «Es gran bajeza
«Que un gozque arrastre así una ejecutoria
Que ha obedecido tanta gente honrada,
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza» (7).

XCVII.

Al timulo de la reina nuestra señora doña Margarita.

No de fino diamante ó rubí ardiente (8),
Luces brillando aquel, este centellas,
Crespo volumen vió de plumas bellas
Nacer la gala mas vistosamente.

Que obscuro el vuelo, y con razon doliente (9),
De la perla católica que sellas,
A besar te levantas las estrellas,
Melancólica aguja, si luciente.

Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad; digalo el viento,
Que, ya de aromas, ya de luces, tanto
Ilumo te debe. ¡Ay ambicion humana,
Prudente pavon, hoy con ojos ciento,
Si al desengaño se los das y al hanto!

XCVIII.

Al mismo asunto.

Máquina funeral, que de esta vida
Nos dices la mudanza, estando queda,
Pira, no de aromática arboleda,
Si á mas gloriosa fénix construida;

Bajel en cuya gabiá esclarecida
Estrellas hijas de otra mejor Leda
Serenan la fortuna de su rueda,
La volubilidad reconocida;

Farol luciente sois, que solicita
La razon, entre escollos naufragante,
Al puerto, y á pesar de lo luciente,
Oscura concha de una Margarita
Que, rubí en caridad, en fe diamante,
Renace á nuevo sol ya en nuevo oriente.

XCIX.

Al timulo que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reina
nuestra señora doña Margarita de Austria.

A la que España toda humilde estrado,
Y su horizonte fué dosel apenas,
El Bétis esta urna en sus arenas
Majestuosamente ha levantado.
¡Oh peligroso, oh lisonjero estado,
Golfo de escollo, playa de sirenas!
Trofeo son del agua mil entenas,
Que, aun rompidas, no sé si han recordado.
La Margarita pues, luciente gloria

(4) Zagal se llamaba un caballo deste caballero.

(5) Por niferar, dicen Faria y Gracian.

(6) Con perdon del bonete, un lego cuerno.—*Texto de Gracian.*

(7) Texto de Gracian; otros dicen: y se la ha puesto.

(8) Así Gracian; otros leen y rubí.

(9) Otros leen oscura.

(1) De una encina vieja.—*Texto de Faria.*

(2) Avezana es una cuadrilla de yuntas de arados.

(3) Mis prójimos, dice el texto de Faria.

Del sol de Austria, y la concha de Baviera,
Mas coronas ceñidas que vió años,

En polvo ya el clarín final espera,
Siempre sonante á aquel cuya memoria
Antes peinó que caras desengaños.

C.

A la capilla de nuestra Señora del Sagrario, que para entierro suyo reedificó suntuosísimamente en la santa iglesia de Toledo el cardenal arzobispo de ella, don Bernardo de Rojas y Sandoval.

Esta que admiras fábrica, esta prima
Pompa de la escultura, oh caminante,
En pórfidos rebeldes al diamante,
En metales mordidos de la lima,
Tierra sella que tierra nunca oprima;
Si ignoras ésta, el pié enfrena ignorante,
Y esa inscripción consulta que elegante
Informa bronce, mármoles anima.

Generosa piedad urnas hoy bellas
Con majestad vincula, con decoro
A las heroicas ya cenizas santas
De los que á un campo de oro cinco estrellas
Dejando azules con mejores plantas,
En campo azul estrellas pisan de oro.

CI.

A la muerte de tres niñas hijas del duque de Feria.

Entre las hojas cinco generosa,
Si verde pompa, no de campo de oro,
Prendas sin pluma á ruiseñor canoro
Degolló mudas sierpe venenosa;

Al culto padre, no con voz piadosa,
Mas con gemido alterno y dulce lloro,
Armoniosas lágrimas al coro
De las aves oyó la selva umbrrosa.

Lloró el Turia cristal, á cuya espuma
Dió poca sangre el mal logrado terno,
Terno de aladas cítaras suaves.

Que rayos hoy, sus cuerdas y su pluma,
Brillante siempre luz de un sol eterno,
Dulcemente dejaron de ser aves.

CII.

Al sepulcro de Dominico Greco, excelente pintor.

Esta forma elegante, oh peregrino,
De pólido luciente dura llave,
El pincel niega al mundo mas suave,
Que dió espíritu al teño, vida al lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave:
Venéralo, y prosigue tu camino.

Yace el Griego; heredó naturaleza
Arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luces, si no sombras Morfeo.

Tanta urna, á pesar de su dureza,
Lágrimas beba y cuantos suda olores,
Corteza funeral de árbol sabeo.

CIII.

Pálida restituye á su elemento
Su ya esplendor púrpureo casta rosa,
Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
Gloria del sol, lisonja fué del viento.

El mismo que espiró suave aliento
Fresca, espira marchita, y siempre hermosa,
No yace, no, en la tierra, mas reposa
Negándole aun el hado lo violento.

Sus hojas sí, no su fragancia, llora
En polvo el patrio Bétis, hojas bellas,
Que aun en polvo el marmóreo Tajo dora.

Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
Flores que ilustra otra mejor aurora,
Cuyo caduco aljófár son estrellas.

CIV.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma, mujer del primer duque don Francisco de Rojas y Sandoval, gran privado de Felipe III.

Ayer deidad humana, hoy poca tierra;

Aras ayer, hoy túmulo; ¡oh mortales!

Plumas, aunque de águilas reales,

Plumas son; quien lo ignora, mucho yerra.

Los micémbros que hoy este sepulcro encierra,

A no estar entre aromas orientales,

Mortales señas dieran de mortales;

La razon abra lo que el mármol cierra.

La lénix que ayer Lerma fué su Arabia

Es hoy entre cenizas un gusano,

Y de conciencia á la persona sabia.

Si una urca se traga el Oceano,

¿Qué espera un bajel luces en la gabiá?

Tome tierra, que es tierra el ser humano.

CV.

A la muerte violenta que Francisco Ravallac dió al rey Enrique IV de Francia.

El Cuarto Enrico yace mal herido

Y peor muerto de plebeya mano,

El que rompió escuadrones y dió al llano

Mas sangre que agua Orion humedecido.

Glorioso francés esclarecido,

Conducidor de ejércitos, que en vano

De lilió de oro el ya cabello cano,

Y de guardia real ibas ceñido.

Una temeridad astas desprecia,

Una traicion cuidados mil engaña;

Que muros rompe en un caballo Grecia.

Armas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España! (10)

Belona de dos mundos bien te precia,

Y armada teme la nacion extraña.

CVI.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma.

Lilió siempre real nació en Medina

Del cielo con razon, pues nació en ella;

Ceñí de un duque excelso, aunque flor bella,

De rayos mas que flores frente dina.

Lo caduco esta urna peregrina,

Oh peregrino, con majestad sella

Lo fragante, entre una y otra estrella,

Vista no fabulosa deteraina.

Estrellas son de la gárgala griega,

Lisonjas luminosas de la mia,

Señas oscuras, pues ya el sol corona

La suavidad que espira el mármol. Llega:

Del muerto lilió es; que aun no perdona

El santo olor á la ceniza fria.

CVII.

Ceñí la no, asombrada sí, la frente

De una y de otra ver la rama obscura,

A los pínos dejando de Segura

Su urna lagrimosa, en son doliente

Llora el Bétis no lejos de su fuente,

En poca tierra ya mucha hermosura (11),

Tiernos rayos en una piedra dura

De un sol antes caduco que luciente.

¿Cuán triste sobre el pólido se mira

Castá Venus llorar su cuarta gracia,

Si lágrimas las perlas son que vierte!

¡Oh Antonio, oh tú, del músico de Tracia

Prudente imitador! tu dulce ira

Sus privilegios rompa hoy á la muerte.

CVIII.

A la muerte de dos damas de Córdoba.

Sobre dos urnas de cristal labradas,

De vidrio en pedestales sostenidas,

Llorando está dos ninfas ya sin vidas

El Bétis en sus húmidas amoradas;

(10) Otros leen: *arcas burló el fatal cuchillo.*

(11) En poca tierra ver mucha hermosura

Tanto por su hermosura dél amadas,
Que, aunque las demás niñas doloridas
Se muestran por tan tierno fin sentidas (12),
El, derramando lágrimas cansadas,
«Almas, les dice, vuestro vuelo santo
Seguir pienso hasta aqueos sacros nidos,
Do el bien se goza sin temer contrario;
Que vista esa belleza y mi gran llanto
Por el cielo, seremos convertidos,
En Géminis vosotras, y en Acuario.

CIX.

Famoso monte, en cuyo vasto seno
Duras cortezas de robustas plantas
Conservan aquel nombre en partes tantas (15)
De quien pagó á la tierra lo terreno;
Así cubra de hoy mas cielo sereno
La siempre verde cumbre que levantas,
Que me escondas aquellas letras santas
De que á pesar del tiempo has de estar lleno.
La corteza do están desnuda, ó viste
Su villano troncon de hierba verde,
De suerte que mis ojos no las vean.
Quédense en tu arboleda, ella se acuerde
De fin tan tierno, y su memoria triste,
Pues en troncos está, troncos la lean.

CX.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Pender de un leño, traspasado el pecho,
Y de espinas clavadas ambas sienes,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fué heróico hecho;
Pero mas fué nacer en tanto estrecho (14),
Donde para mostrar en nuestros bienes,
Adónde bajas y de dónde vienes,
No quiere un portalillo tener techo.
No fué esta mas bazaña; oh gran Dios mio! (15)
Del tiempo, por haber la helada ofensa
Vencido en tierna edad con pecho fuerte (16);
Que mas fué sudar sangre que haber lrio (17),
Sino porque hay distancia mas inmensa
De Dios á hombre que de hombre á muerte.

CXI.

Al monte Santo de Granada.

Este monte, de cruces coronado,
Cuya siempre dichosa excelsa cumbre
Espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado,
Trofeo es dulcemente levantado,
No ponderosa y grave pesadumbre,
Para oprimir en Flegra la costumbre (18)
Del bando contra el cielo conjurado.
Gigantes miden sus ocultas faldas,
Que á los cielos hielos hicieron fuerza, aquella
Que los cielos padecen fuerza santa.
Sus miembros cubre y sus reliquias sella
La bien pisada tierra; veneraldas
Con tiernos ojos, con devotas plantas.

CXII (19).

Urnas plebeyas; túmulos reales
Penetrad sin temor, memorias mías,
Por donde ya el verdugo de los días
Con igual pié dió pasos desiguales;

(12) Así Espinosa; Hoces y Faria leen: *de su tierno fin sentidas*.
(15) Así Espinosa; Hoces lee *contienen*. Lo mismo pone Faria.
(14) Pero qué fué nacer en tanto estrecho?— *Textos de Faria y de Gracian*.

(15) *No fué esta gran bazaña*, dicen Hoces y Faria. Sigo el texto de Espinosa.

(16) Espinosa lee: *venciendo en flaca edad*.

(17) Espinosa escribe: *que hacer frío*.

(18) Así Espinosa; Hoces lee:

Para oprimir sacrilega costumbre.

(19) Según parece del código de Ribas Tafur, hoy del señor Guerra y Orbe, este soneto no es de GÓNGORA.

Revolved tantas señas de mortales,
Desnudos huesos y cenizas frias,
A pesar de las vanas, si no pias,
Caras preservaciones orientales;
Bajad luego al abismo, en cuyos senos
Blasfeman almas, y en su prision fuerte
Hierros se escuchan siempre y llanto eterno,
Si quereis, oh memorias, por lo menos
Con la muerte libraros de la muerte
Y el infierno vencer con el infierno,

CXIII.

A la purísima Concepcion de nuestra Señora, donde se glosó el último pié en un certámen poético:

Virgen pura, si el sol, luna y estrellas.

GLOSA.

Si ociosa no asistió naturaleza,
Admirada, á la tuya, oh gran Señora,
Concepcion limpia, donde ciega ignora
Lo que muda admiró de tu pureza,
Diganelo, oh Virgen, la mayor belleza
Del día cuya luz tu manto dora,
La que calza nocturna brilladora,
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.
Pura la iglesia ya, *pura* te llama
La escuela, y todo pio afecto sabio
Cultas en tu favor da plumas bellas;
¿Qué mucho pues, si aun hoy sellado el labio,
Si la naturaleza aun hoy te aclama
Virgen pura, si el sol, luna y estrellas?

CXIV.

A la beatificación de san Ignacio, en un certámen poético, donde se glosó el último pié:

Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

GLOSA.

En tenebrosa noche, en mar airado (20),
Al través diera un marinero ciego
De dulce voz y de homicida ruego,
De sirena mortal lisonjeado,
Si el fervoroso celador cuidado
Del grande Ignacio no ofreciera luego
Farol divino su encendido fuego
A los cristales de un estanque helado.
Trueca las velas el bajel perdido,
Y escollos juzga que en el mar se lavan,
Las voces que en la arena oye lascivas;
Besa el puerto, altamente conducido
De las que para norte suyo estaban
Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

CXV.

A unas fiestas de cañas y toros en la plaza de Valladolid.

La plaza un jardín fresco, los tablados
Un encañado de diversas flores,
Los toros doce tigres matadores,
A lanza y á rejon despedazados;
La jineta dos puestos coronados
De principes, de grandes, de señores;
Las libreas bellísimos colores,
Arcos del cielo, ó propios ó imitados;
Los caballos, fabonios andaluces,
Gastándole al Perú oro en los frenos,
Y los rayos al sol en los jaeces.
Al trasponer de Febo ya las luces
En mejores adargas, aunque menos,
Pisurga vió lo que Genil mil veces.

CXVI.

Deja el monte; garzon bello, no fies
Tus años dél y nuestras esperanzas;
Que murallas de red. bosques de lanzas
Menosprecian los fieros jabalies.

(20) *En temerosa noche*, dice Gracian.

En sangre á Adónis, si no fué en rubies,
 Tñieron mal celosas asechanzas,
 Y en urna breve funerales danzas
 Coronaron sus huesos de alhelies.

Deja el monte, garzon; poco luciente
 Venablo en lida aprovechó al mozuelo,
 Que estrellas pisa agora en vez de flores.
 Cruel verdugo el espumoso diente,
 Torpe ministro fué al ligero vuelo;
 No sepas mas de celos y de amores,

CXVII.

Volvió al mar Alcion, volvió á las redes
 De cáñamo, excusando las de hierro;
 Con su barquilla redimió el destierro,
 Que era desvío y parecía mercedes.

Redujo el pié engañado á las paredes
 De su alquería y al fragoso cerro (21)
 Que ya con el venablo y con el perro
 Pisa Lesbín, segundo Ganimédes,

Gallardo hijo suyo, que los remos
 Menospreciando con su bella hermana,
 La montería siguen importuna,

Donde la ninfa es Febo y es Diana,
 Que en sus ojos del sol los rayos vemos,
 Y en su arco los cuernos de la luna.

CXVIII.

Contra los que dijeron mal de las Soledades de don Luis.

Restituye á tu mudo horror divino,
 Amiga soledad, el pié sagrado,
 Que cautiva lisonja es del poblado
 En hierros breves pájaro ladino.

Prudente cónsul, de las selvas dino,
 De impedimentos busca desatado
 Tu claustro verde, en valle profanado
 De fiera menos que de peregrino.

¿Cuán dulcemente de la encina vieja
 Tórtola viuda al mismo bosque incierto
 Apacibles desvíos aconseja!

Endeche el siempre amado esposo muerto
 Con voz doliente; que tan sorda oreja
 Tiene la soledad como el desierto.

CXIX.

A una enfermedad de don Antonio de Pázos, obispo de Córdoba.

Deste mas que la nieve blanco toro,
 Robusto honor de la vacada mia,
 Y destas aves dos, que el nuevo día
 Saludaban ayer con dulce floro,

A ti, el mas rubio dios del alto coro,
 De sus entrañas hago ofrenda pia,
 Sobre este fuego, que vencido envia
 Su humo al ámbar y su llama al oro;

Porque á tanta salud se ha reducido
 El nuestro sabio docto pastorcico (22),
 Que aun los que por nacer están lo vean,

Ya que de tres coronas no ceñido,
 Al menos mayoral del Tajo, y sean
 Grana el gaban, armiños el pellico.

CXX.

A Juan de Villégas Cebállos, gobernador del estado de Luque.

En villa humilde sí, no en vida ociosa,
 Vasallos riges con poder no injusto,
 Vasallos de tu dueño, si no angusto,
 De estirpe en nuestra España generosa.

Del bárbaro ruido á curiosa
 Dulce lección te hurta tu buen gusto;
 Tal del muro abrasado hombro robusto
 De Anquise redimió la edad dichosa.

No invidies, oh Villégas, del privado
 El palacio gentil, digo el convento,
 Adonde hasta el portero es presentado.

(21) Que al fragoso cerro, dice Faria.

(22) Así Faria; otros leen: pastor rico.

De la tranquilidad pisa contento
 La arena enjuta, cuando en mar turbado
 Ambicioso bajel da lino al viento.

CXXI.

A este que admiramos en luciente,
 Emulo del diamante, limpio acero,
 Cual nos lo ha dado España caballero,
 Que es de la guerra Marte y rayo ardiente (23),

Laurel ceñido pues debidamente,
 Las coyundas le fian del severo
 Suave yngo, que al lombardo fiero
 Le impidió sí, no le oprimió la frente.

¿Qué mucho, si frustró su lanza arneses,
 Si fulminó escuadrones ya su espada,
 Si conculcó estandartes su caballo?

Del Cambresí lo digan los franceses;
 Mas no lo digan, no; que en trompa alada
 Musa aun no sabrá culta celebrallo.

CXXII.

A Liofares risueños de Abillela (24)
 El blanco alterno pié fué vuestra risa
 En cuantos ya tañeis coros, Belisa,
 Undosa de cristal, dulce vihuela,

Instrumento hoy de lágrimas; no os duela,
 Su epicicelo, de donde nos avisa
 Que rayos ciñe, que zafiros pisa,
 Que sin moverse, en plumas de oro vuela.

Pastor os duda amante, que si triste (25)
 La perdió su deseo en vuestra arena,
 Su memoria en cualquier region la asiste;

Lagrimoso informante de su pena
 En las cortezas que el aliso viste,
 En los suspiros cultos de su avena.

CXXIII.

A fray Hortensio Félix Paravicino, de la orden de la Santísima Trinidad, predicador de su majestad, diciéndote del sufrimiento y tolerancia con que el confesor del Rey despachaba los muchos negocios que tenía.

Al que de la conciencia es del Tercero
 Filipo digno oráculo prudente,
 De una y otra saeta impertinente,
 Si mártir no le vi, le vi terrero.

Tanto pues le ceñía ballestero
 Cuanta le estaba coronando gente,
 Dejándole el concurso el expediente
 Hecho pedazos, pero siempre entero.
 Hortensio mio, si esta llamo audiencia,
 ¿Cuál llamaré robusta montería,
 Donde cien flechas cosen un venado?

Ponderé en nuestro dueño una paciencia,
 Que en la atención modesta fué alegría
 Y en la resolucion sucinto agrado.

CXXIV.

Al tronco descansaba de una encina
 Que invidia de los bosques fué lozana,
 Cuando segur legal una mañana
 Alto horror me dejó con su ruina.

Laurel que de sus ramas hizo dina
 Mi lira, ruda sí, mas castellana,
 Hierro luego fatal su pompa vana
 Culpa tuya, Caliope, fulmina (26).

En verdes hojas cano el de Mierva
 Arbol culto, del sol yace abrasado,
 Aljófar sus cenizas de la yerba.

¿Cuánta esperanza miente á un desdichado!
 ¿A qué mas desengaños me reserva?
 A qué escarmientos me vincula el hado?

(23) Otras ediciones dicen:

Que de la guerra Flándes rayo ardiente.

(24) Otros leen visela.

(25) Así Faria; otros leen: duda amante, en vez de duela.

(26) Así Hoces; Faria lee: culpa mia.

CXXV.

A una dama que estando dormida le picó una abeja en la boca.

Al tronco Filis de un laurel sagrado
Reclinado el convexo de su cuello,
Lamia en ondas rubias el cabello,
Lascivamente al aire encomendado.
Las hojas del clavel, que habia juntado
El silencio en un labio y otro bello,
Intentaba violar, y pudo hacello,
Sátiro mal de yedras coronado;
Mas la invidia interpuesta de una abeja
Dulce, libando púrpura al instante,
Previno la dormida zagaleja.
El semidios, burlado, petulante,
En atenciones timidas la deja
De quanto bella tanto vigilante.

CXXVI.

En la manchada bolanda del tributo
Que todas las kalendas paga Lice
Cogió una rana Clito, el infelice
Esposo suyo, felizmente astuto.
Púsole en odio el adulterio, fruto
Del rancido, segun Plinio dice;
De hoy mas ni Tolomeo á Berenice
De casta alabe, ni á su Porcia Bruto.
¡Oh César! Oh repúblicas! Oh reyes!
Si Lice excede á egipcias y á romanas,
Edificalde á Clito estatuas y arcos.
Perezca la ley julia, vengan ranas,
Pesquen los magistrados por los charcos,
Pues mas pueden las ranas que las leyes.

CXXVII.

Deprecacion á la Virgen nuestra Señora por la salud del rey
nuestro señor don Felipe III.

En vez, Señora, del cristal luciente,
Licuores nabateos espirante,
Los faroles, ya luces de levante,
Las banderas ya sombras de occidente;
Las fuerzas litorales que á la frente
Harán de Africa gémino diamante,
Tanto disimulado al fin turbante
Con generosidad expulsó ardiente.
Votos de España son, que hoy os consagra
Sufragios de Felipe, á cuya vida
Aun los siglos del fénix sean segundos.
Fiebre pues tantas veces repetida
Perdone al que es católica visagra,
Para mas gloria vuestra, de ambos mundos.

CXXVIII.

Erase en Cuenca lo que nunca fuera,
Erase un caminante muy ayuno;
Pidió un mollete, si habia tierno alguno,
Y diéronle un bizcocho de galera.
Esta impiedad fué un ángel la arrobera;
Y si pidiera mas el importuno,
Le dieran los peñascos uno á uno
Que Júcar baña en su áspera ribera.
De bizcochos apela el caminante
Para piedras; que en Cuenca eso se usa,
Y deso están las piedras tan comidas.
Quizá vieron el rostro de Medusa
Estos peñascos, como lo vió Atlante,
O damas son de pedernal vestidas.

CXXIX.

Esta de flores, cuando no divina,
Industriosa union, que ciento á ciento
Las abejas, con rudo no argumento,
En ruda si confunden oficina;
Cómplice Prometeo en la rapina
Del voraz fué, del lúcido elemento,
A cuya luz suave es alimento,
Cuya luz su reciproca es ruina.
Esta pues confusion, hoy coronada
Del esplendor que contra si fomenta,

Por la salud ¡oh Virgen Madre! erijo
Del mayor rey, cuya invencible espada
En cuanto Fecho dora y Cintia argenta
Trompa es siempre gloriosa de tu hijo.

CXXX.

Al título que la villa de Madrid hizo á las honras del rey nuestro
señor don Felipe III.

Este funeral trono, que luciente,
A pesar de esplendores tantos, piensa
Fragante luto hacer la nube densa
De los aromas que lloró el Oriente;
Avaro riega con rigor decente,
Y ponderoso oprime sin ofensa
En breve, mas real polvo, la inmensa
Jurisdiccion de un cetro, de un tridente.
Rey de ambos mundos, freno de ambos mares,
Rey pues santo, que ya Africa dió almeas
A sus pendones y á su Dios altares;
Que las reliquias expelió agarenas
De nuestros ya mas de hoy seguros lares,
Rayos ciñe en regiones mas serenas.

CXXXI.

Al conde de Lémos, que fué virey de Nápoles.

Florido en años, en prudencia cano,
Riberas del Sebeto, rio que apenas
Humedecen sus aguas sus arenas,
Gran freno moderó tu cuerda mano;
Donde mil veces escuchaste en vano
Entre los remos y entre las cadenas,
No ya ligado al árbol, las sirenas
Del lisonjero mar napolitano.
Quede en mármol tu nombre esclarecido,
Firme á las ondas, sordo á la armonia,
Blason del tiempo, escollo del olvido.
¡Oh águila de Castro! que algun día
Será para escribir tu excelso udo
Un cañon de tus alas pluma mía.

CXXXII.

Ave real, de plumas tan desnuda,
Que aun de carne voló jamás vestida,
Cuya garra, no en miembros dividida,
Inexorable es guadaña aguda;
Lisonjera á los cielos ó sanuda
Contra los elementos de una vida
Florida en años, en beldad florida,
Cual menos, piedad advierte ó duda (27).
No á deidad fabulosa hoy arrebatada
Garzon que en vez del venatorio acero
Cristal ministre impuro, si no alado,
Espíritu que en citara de plata
Al Júpiter dirige verdadero
Un dulce y otro cántico sagrado.

CXXXIII.

Aunque á rocas de fe ligada vea
Con lazos de oro la hermosa nave
Mientras en calma humilde, en paz suave,
Serenó el mar la vista lisonjea;
Y aunque el céfiro esté, porque lo crea,
Tasando el viento que en las velas cabe,
Y el fin dichoso del camino grave
En el aspecto celestial se lea (28),
He visto blanqueando las arenas
De tantos nunca sepultados huesos,
Que el mar de amor tuvieron por seguro,
Que de él no fio si sus flujos gruesos
Con el timon ó con la voz no enfrenas,
¡Oh dulce Arion, oh sabio Palinuro!

(27) Otros leen:

Cual menos piedad árbitra lo duda.

De cualquier modo me parece mal.

(28) Faria dice: *se vea*, pero es error.

CXXXIV.

Camina mi pensión con piés de plomo,
El mio, como dicen, ya en la huesa;
Mas yo, á ojos cerrados, tenue ó gruesa,
Por dar mas luz, al mediodía la tomo.

Mereed de la tijera, á punta ó lomo
Me conhorta de murtas una mesa;
Ollay la mejor voz es portuguesa,
Y la mejor ciudad de Italia Como.

No mas, no, borcegui ni chimenea;
Basten los años, que ni aun breve raja
Los profanó de encina ó de aceituno.

¡Oh cuánto tarda lo que se desea!
Llegue; que no es pequeña la ventaja
De comer tarde al acostarse ayuno.

CXXXV.

Al rey nuestro señor don Felipe IV, ausente de la Reina
nuestra señora.

Claro arroyuelo de la nieve fria
Bajaba mudamente desatado,
Y del silencio que guardaba el prado
Con labios de claveles se reía.

Con sus floridos márgenes partía,
Si no su amor Fileno, su cuidado;
No ha visto á su Belisa, y ha dorado
El sol casi los términos del día.

Con lágrimas turbando la corriente,
El llanto en perlas coronó las flores,
Que ya volvieron en cristal la risa.

Llegó en esto Belisa,
La alba en los blancos liliros de su frente,

Y en sus divinos ojos los amores

Que de un casto veneno

La esperanza alimentan de Fileno.

CXXXVI.

Al marqués de Velada, que habiendo en unas fiestas reales muerto
un toro y queriendo esperar otro, su majestad le mandó salir
de la plaza.

Con razon, gloria excelsa de Velada,
Te admira Europa, y tanto, que celoso
Su robador mentido pisa el coso,
Piel este día, forma no alterada.

Bajo tu fresno, y extinguió tu espada
En su sangre su espíritu fogoso,
Si de tus venas ya lo generoso
Poca arena dejó calificada.

Lloró su muerte el sol, y del segundo
Lunado signo su esplendor vistiendo,

A la satisfacción se disponía,

Cuando el monarca deste y de aquel mundo

Dejar te mandó el circo, previniendo

No acabes dos planetas en un día.

CXXXVII.

Pidiendo cierta mereed el autor á su majestad, y tratando
de partirse á su casa, hizo este soneto.

De la merced, Señor, destituido (29),
Pues que lo quiso así la suerte mia,
De mis deudos iré á la compañía,
No poco de mis deudas oprimido.

Si haber sido del Cármen culpa ha sido
Sobre el que se me dió hábito un día,
Huélgame que es templada Andalucía,
Ya que descalzo parto al patrio nido.

Mínimo pues, si capellan indino
Del mayor rey, monarca al fin de cuanto
Pisa el sol, lamen ambos Océanos,

La fuerza obedeciendo del destino,
El cuadragésimo voto en tus manos,
Desengañado haré corrector santo.

CXXXVIII.

A un libro que compuso el licenciado Fresno.

De vuestras ramas no la heróica lira
Suspende Apolo, mas en lugar della
La avena pastoral, ya ninfa bella,
Que en caña algun dios rústico suspira,

Si dulce sopla el viento, dulce espira.
Su voz y dulcemente se querella,
Tanto, que el áspid no la oreja sella,
Mas esencha la música sin ira.

Sois Fresno al fin, cuya agradable sombra
Mata el veneno, y así el docto coro
De las ninfas con casto movimiento

Seguro pisa la florida alfombra,
Y el pié descalzo del coturno de oro,
Ciñendo el tronco, honrando el instrumento.

CXXXIX.

El conde mi señor se va á Nápoles
Con el Gran Duque; principes, adios;
De acémilas de haya no me fio,
Fauales sean sus ojos ó faroles.

Los mas carivedondos girasoles
Imitará, siguiéndoos, mi albedrio,
Y en vuestra ausencia, en el provecho mio (30)
Será un torrezno el alba entre las coles.

En sus brazos Parténope festiva,
De aplausos coronado Castilhuovo,
En clarines de pólvora os reciba;

De las orejas yo teniendo al lobo,
Incluso esperaré en cualquier misiva
Beneficio tan simple, que sea hobo.

CXL.

¡En año quieres que plural cometa
Infuante corte á las coronas luto,
Los vestigios pisar del griego astuto?
Por cuando te juzgaba, aunque poeta.

Con lanza espere otro y con trompeta
Mosquito Antoniano resolutio,
Y á pesar del verano mas enjuto (31),
Amor con botas, Vénus con bayeta;

Fresco verano, clavos y canela,
Nieve mal de una estrella dispensada,
Aposento en las gabias el mas bajo;

El primer día folion, y pela
El segundo en cualquiera encrucijada,
Inundaciones del noturno Tajo.

CXLI.

A un libro del *Perfecto regidor*, que compuso don Juan de Aguado
y Castilla, veinticuatro de Córdoba.

Generoso don Juan, sobre quien flueve
La docta erudicion su licor puro,
Con que nos dais en flor fruto maduro,
Y un bien inmenso en un volumen breve;

Déle la eternidad, pues se le debe,
Para perpetuo acuerdo en lo futuro
A vuestro vulto heróico en mármol duro
Glorioso cunalle de inmortal relieve,

Pues hoy da vuestra pluma nueva gloria
De Córdoba al clarísimo sonado,
Y pone ley al español lenguaje

Con doctrina y estilo tan purgado,
Que al olvido hará vuestra memoria
Ilustre injuria, valeroso ultraje.

CXLII.

A un excelente pintor extranjero, que le estaba retratando.

Hurtas mi vulto, y cuanto mas le debe
A tu pincel, dos veces peregrino,
De espíritu vivaz el breve lino
En los colores que sediento bebe,

Vanas cenizas temo al lino breve,
Que émulo del barro le imagino,

(29) Asi Faria; otros leen: señores despedido.

(30) Otros dicen: proverbio mio.

(31) Asi Faria; otros leen: y aunque á pesar de tiemp.

A quien (ya etéreo fuese, ya divino)
Vida le fió muda, esplendor leve.

Belga gentil, prosigue el hurto noble;
Que á su materia perdonará el fuego,
Y el tiempo ignorará su contextura.

Los siglos que en sus hojas cuenta el roble,
Arbol, los cuenta sordo, troneo, ciego:
Quien mas ve, quien mas oye menos dura.

CXLIII.

Yacen aquí los huesos malogrados
De una amistad que al mundo será una,
O ya para experiencia de fortuna,
O ya para escarmiento de cuidados.
Nació entre pensamientos, aunque honrados,
Grave al amor, á muchos importuna,
Tanto, que la mataron en la cuna
Ojos de envidia y de ponzoña armados.

Breve urna los sella como huesos,
Al fin, de malograda criatura;
Pero versos los honran inmortales,
Que quedarán en el sepulcro impresos,
Siendo la piedra filismana dura,
Baliço el escultor, cincel sus males.

CXLIV.

La aurora, de azahares coronada (32),
Sus lágrimas partió con vuestra bota,
Ni de las peregrinaciones rota
Ni de sus conductores esquilmada;
De sus risueños ojos desatada,
Fragrante perla cada breve gota,
Por seráfica abeja fué devota,
A bota peregrina trasladada.

Uvas os debe Clio, mas ceciales;
Minimas en el hábito, mas pasas,
A pesar del perifrasis absurdo.
Las manos de Alejandro hacéis escasas,
Segunda la capilla del de Háles,
Izquierdo Estéban, si no Estéban zurdo.

CXLV.

Al conde de Villamediana, curioso en piedras preciosas, caballos
y pinturas.

Las que á otros negó piedras Oriente,
Emulos brutos del mayor lucero,
Te las expone en plomo su venero,
Si al metal ya no atadas, mas luciente.
Cuanto en tu camarín pincel valiente,
Bien sea natural, bien extranjerio,
Afecta mudo voces, y partero
Silencio en sus vocales tintas miente;
Miembros apenas dió al soplo mas puro
Del viento su fecunda madre bella,
Iris, pompa del Bétis, sus colores;
Que fuego él espirando, humo ella,
Oro te muerden en su freno duro,
¡Oh esplendor generoso de señores!

CXLVI.

Los blancos lilijs que de ciento en ciento
Hijos del sol nos da la primavera,
A quien del Tajo son en la ribera
Oro su cuna, perlas su alimento;
Las frescas rosas, que ambicioso el viento
Con pluma solicita lisonjera,
Como quien de una y de otra hoja espera
Purpúreas alas, si lascivo aliento (33);
A vuestro gentil pié cada cual debe
Su beldad toda; ¿qué hará la mano,
Si tanto puede el pié, que ostenta flores?
Porque vuestro color venza su nieve,
Venza su rosicler, y porque en vano,
Hablando vos, espiren sus olores.

CXLVII.

Al viaje que hizo al Andalucía el rey nuestro señor Felipe IV, el
año de 1624, que nevó y llovió en toda aquella tierra excesiva-
mente.

Los dias de Noé bien recelara
Si no hubiera, Señor, jurado el cielo
En su arco tu piedad, ó hubiera el hielo
Dejado al area ondas que sureara.
Denso es mármol la que era fuente clara
A ninfas que peinaba undoso pelo;
Montes corona de cristal el suelo;
Atado el Bétis á su márgen, para.
A clemencias pues tantas no perdona
El fénix de Austria al mar, fiando al viento,
No aromáticos leños, sino alados.
Aun á tu iglesia mas que á su corona
Importan tus progresos acertados;
Serená aquel, aplaca este elemento.

CXLVIII.

A una enfermedad de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Los rayos que á tu padre son cabello,
Barba, Esculapio, á ti peinas en oro;
Tu facultad en lira humilde imploro,
Dícte números Clio para ello.
Asiste al que dos mundos, garzon bello,
Veneran rey y yo deidad adoro;
Purpureara tus alas blanco toro
Que ignore yngo su lozano cuello.
Piedras lavó ya el Ganges, yerbas Ida;
Escondió á otros la de tu serpiente,
O mas limada hoy ó mas lamida;
En polvo, en jugo virtuosamente
Soliciten salud, produzgan vida,
Humano primer fénix siglos cuente.

CXLIX.

A Licito, caballero muy necio y muy rico.

Lugar te da sublime el vulgo ciego,
Verde ya pompa de la selva oscura;
Que no sin arte religion impura
Aras te destinó, te hurtó el fuego (34).
Mundo mil veces yo, la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura;
Idolos á los troncos la escultura,
Dioses hace á los ídolos el ruego.
En lenguas mil de luz por tantas de oro
Fragrantes bocas el humor sabeo
Te aclama, ilustremente suspendido.
En tus desnudos hoy muros ignoro
Cuántas de grato señas te deseo,
Leño, al fin con lisonjas desmentido.

CL.

Mariposa, no solo no coharde,
Mas temeraria, fatalmente ciega,
Lo que la llama al fénix aun le niega,
Quiere obstinada que á sus alas guarde.
Pues en su daño arrepentida tarde,
Del esplendor solicitada, llega
A lo que luce, y ambiciosa entrega
Su mal vestida pluma á lo que arde.
Yace gloriosa en la que dulcemente
Hueso le ha prevenido aguja breve,
Suma felicidad á yerro sumo.
No á mi ambición contrario tan luciente,
Menos altivo, si cuanto mas leve,
Cenizas la hará si abrasa el humo.

CLI.

Menos solicitó veloz saeta,
Destinada señal, que mordió aguda,
Agonal carro por la arena muda
No coronó con mas silencio meta;
Que presurosa corre, que secreta.
A su fin nuestra edad, y ¿quién lo duda? (35)

(32) Se cree que este soneto es contra Quevedo.

(33) Así Faria; otros leen: y lascivo.

(34) Otros leen: al fuego.

(35) Otros leen: á quien lo duda.

Fiera que sea de razon desnuda;
Cada sol repetido es un cometa.
Confiésalo Cartago, ¿y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
En seguir sombras y abrazar engaños.
Mal te perdonarán á ti las horas;
Las horas, que limando están los días,
Los días, que royendo están los años.

CLII.

En la capilla estoy, y condenado
A pasar sin remedio desta vida.
Siento la culpa mas que la partida,
Por hambre expulso como sitiado.
Culpa ha sido el ser yo tan desdichado,
Mayor de condicion tan encogida;
De ambas me acuso en esta despedida,
Por morir á lo menos confesado.
Examine mi suerte el hierro agudo,
Que á pesar de sus filos, me prometo
Alta piedad de vuestra excelsa mano;
Ya que mi encogimiento ha sido mudo,
Los números, Señor, deste soneto
Lenguas sean y lágrimas no en vano.

CLIII.

A la ciudad de Córdoba y su fertilidad.

¡Oh excelso muro, oh torres levantadas
De honor, de majestad, de gallardía!
Oh gran río, gran rey de Andalucía,
De arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas,
Que privilegia el cielo y dora el día!
¡Oh siempre gloriosa patria mía,
Tanto por plumas cuanto por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos
Que enriquece Genil y Darro baña
Tu memoria no fué alimento mío,
Nunca merezcan mis ausentes ojos
Ver tus muros, tus torres y tu río,
Tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

CLIV.

Oro no, rayo sí, flamante grana,
Como vuestra purpúrea edad agora,
Las dos que admite estrellas vuestra aurora,
Y soles, expondrá vuestra mañana.
Ave, aunque muda ya, emula vana
De la mas culta, de la mas canora,
En este, en aquel sauce que decora
Verdura sí, bien que verdura cana;
Insinuaré vuestra hermosura cuanta
Contiene hoy vuestro albor y dulce esfera
En horas no caducas este día (56).
Responda pues mi voz á beldad tanta;
Mas no responderá aunque Apolo quiera;
Que la beldad es vuestra y la voz mía.

CLV.

Peinaba al sol Belisa sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecia el peine en ella,
Como se oscurecia el sol en ellos.
En cuanto pues estuvo sin cogellos,
El cristal solo, cuyo márgen huella,
Bebia de una dulce y otra estrella
En tinieblas de oro rayos bellos.
Fíleno en tanto, no sin armonía,
Las horas acusando, así invocaba
La segunda deidad del tercer cielo:
«Ociosa, Amor, será la dicha mía,
Si lo que debo á plumas de tu aljaba
No lo fomentan plumas de tu vuelo.»

CLVI.

A una dama que, quitando del dedo una sortija de diamantes,
se birió con un alfiler, de que salió mucha sangre.

Prision del nácar era articulado
De mi firmeza un émulo luciente,
Un diamante ingeniosamente
En oro tambien él aprisionado.
Clóris pues, que su dedo apremiado
De metal aun precioso no consiente,
Gallarda un día, sobre impaciente,
Lo redimió del vinculo dorado.
Mas ¡ay! que insidioso laton breve
En los cristales de su bella mano
Sacrilego divina sangre bebe;
Púrpura ilustró menos indiano
Marfil, envidiosa sobre nieve,
Claveles deshojó la aurora en vano.

CLVII.

Cuantas al Duero le he negado ausente,
Tantas al Bétis lágrimas le fio,
Y de centellas coronado el río,
Fuego tributa al mar de urna ya ardiente.
Volcan desta agua y destas llamas fuente
Es, ingrata señora, el pecho mío;
Los suspiros lo digan que os envío,
Si la selva lo calla que lo siente.
Cenefas deste Eridano segundo
Cenizas son, igual mi llanto tierno
A la de Faeton loca experiencia.
Arde el río, arde el mar, humea el mundo;
Si del carro del sol no es mal gobierno,
Lágrimas y suspiros son de ausencia.

CLVIII.

Cuantos forjare mas hierros el bado
A mi esperanza, tantos oprímido
Arrastraré cantando, y su ruido (57)
Instrumento á mi voz será acordado;
Jóven mal de la invidia perdonado,
De la cadena tarde redimido,
De quien, por no adorarle, fué vendido,
Por haberle vendido fué acordado.
¿Qué piedra se le opuso al soberano
Poder, calificado aun de real sello,
Que el remedio frustrase del que espera?
No tanto de la industria opuso en vano
Legal prudente aquesto, atento aquello,
Que pide admiracion, culto venera (58).

CLIX.

Sople rabiosamente conjurado
Contra mi leño el anstro embravecido;
Que me ha de hallar el último gemido,
En vez de tabla, al ancora abrazado.
¿Qué mucho, si del árbol desatado,
Deidad no ingrata mi esperanza ha sido
En templo que, de velas hoy vestido,
Se venera de mástiles besado?
Los dos lucientes ya del cisne pollos,
Que Leda hijos adoptó, mi entena
Los testifique, dellos ilustrada.
¿Qué fuera del cuitado que entre escollos,
Que entre montes que ceta el mar de arena,
Derrotado seis lustros há que nada?

CLX.

A una montería que hizo el rey don Felipe IV, nuestro señor,
orillitas de Manzanares, en que mató un jabali.

Teatro espacioso á su ribera
El Manzanares hizo verde muro,
Su corvo márgen y su cristal puro
Hundosa puente á Calidonia fiera.

(57) Otros leen *arrostrare*.

(58) Así Faria y otros; Hoces pone así el segundo terceto:

Conducido alimenta de un cabello
Uno á otro profeta, nunca en vano
Fué el esperar aun ontre tanta fiera.

(56) Otros leen: *vuestro día*.

En un hijo del Géfiro la espera,
Garzon real, vibrando un fresco duro,
De quien aun no estará Marte seguro,
Mintiendo cerdas en su quinta esfera.

Ambiciosa la fiera colmilluda,
Admitió la asta, y su mas alta gloria
En la deidad solicitó de España.

Muera feliz mil veces, que sin duda
Siglos ha de lograr mas su memoria,
Que frutos ha heredado la montaña.

CLXI.

Al serenísimo infante cardenal, arzobispo de Toledo, hermano
de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Purpúreo creced ya, raro luciente
Del sol de las Españas, que en dorado
Dose el Tiber os verá sagrado
Leyes dar algun día á su corriente,
De coronas entonces vos la frente,
Vuestro padre de orbes coronado,
Deba el mundo un redil, deba un cayado
A vuestras llaves y á su espada ardiente.
Creced á fines tan esclarecidos,
¡Oh vos, á cuyo glorioso manto
Sombras son rubicundos esplendores,
Y en quien debidamente repetidos
De vuestros dos se ven progenitores
El nombre, lo católico, lo santo!

CLXII.

Sea bien matizada la librea,
Las plumas de un color, negro el bonete,
La manga blanca, no muy de roquete,
Y atada al brazo prenda de Niquea;
Cifra que hable, mote que lo sea,
Bien guarnecida espada de jinete,
Borcegui nuevo, plata y taillete,
Jaez propio, bozal no de Guinea;
Caballo valenzuela bien tratado,
Lanza que junte el cuento con el hierro,
Y sin veleta el Amadis que espera
Entrar cuidadosamente desnudado,
Firme en la silla, atento en la carrera,
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

CLXIII.

A Vicente de Santana, músico de don Diego de Várgas, corregidor
de Córdoba, que se venia á comer sin convidarle.

A ganas de comer descomedidas
Convite cordobés, Vicente hermano;
Que á pájaros que vienen á la mano
Basta un valdrés y tres plumas fingidas.
A tordos que así buscan sus comidas,
Cañaveral en ellos, pues es llano
Que en Castillejo y en el Bejarano
Cebándolos están uvas podridas.
A Santana con hambre peregrino
San Lázaro le hospede, y sea este año,
Porque de sus carneros algo le ase.
Claridad mucha causa mucho daño;
Arrollad, Musa, vuestro pergamino,
Y dejad maliciosos en su clase.

CLXIV.

No sé qué escriba á vuestra señoría,
Que las nuevas de acá todas son viejas;
Falta de pan y sobra de pellejas,
Claro temor y oscura valentía;
Pocos caballos, mucha infantería,
De la estéril cebada dando quejas,
Yeguas que correrán veinte parejas
Si el jinete no alloja ó se resfria;
Envidia propia, soledad extraña,
El gasto enano, el ánimo gigante,
Dada la extrema-union á la comedia;
El dinero arrimándose á una caña,
La milicia pidiendo con un guante,
Y mas habra, si Dios no lo remedia.

CLXV (59).

Una vida bestial de encantamento,
Arpias contra bolsas conjuradas,
Mil vanas pretensiones engañadas,
Por hablar un oidor mover el viento;
Carrozas y lacayos, pajes ciento,
Hábitos mil con vírgenes espadas,
Damas parleras, cambios, embajadas,
Caras posadas, trato fraudulento;
Mentiras arbuteras, abogados,
Clérigos sobre mulas, como mulos,
Embustes, calles sucias, lodo eterno;
Hombres de guerra medio estropeados,
Títulos y lisonjas, disimulos:
Esto es Madrid, mejor dijera infierno.

CLXVI.

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá
Fulminas lovenetos? Yo no sé
Cuánta pluma ensillaste para el que
Sirviéndote en la copa aun hoy está.
El garzon Frigio, á quien de bello da
Tanto la antigüedad, besara el pie
Al que mucho de España esplendor fué,
Y poca, aunque fatal, ceniza es ya.
Ministro, no grifano, duro si,
Que en Liparis Estéropo forjó,
Piedra digo bezar de otro Perú,
Las hojas inflamó de un alheli,
Y los acroceraunos montes no,
¡Oh Júpiter, oh tú, mil veces tú!

CLXVII.

A una rosa.

Ayer naciste, y morirás mañana,
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana (40),
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida (41)
La ocasion de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algun tirano;
Dilata tu nacer para tu vida (42);
Que anticipas tu sér para tu muerte.

CLXVIII (45).

Sella el tronco sangriento, no le oprime,
De aquel dichosamente desdichado,
Que de las inconstancias de su hado
Esta pizarra apenas lo redime.
Piedad comun en vez de la sublime
Urna que juntamente le han negado,
Padron le erige en bronce imaginado,
Que el tiempo en vano en las memorias lime.
Risueño con él, tanto como falso,
El mundo cuatro lustros en la risa
El cuchillo quizá envainaba agudo.
¡Desde el sital, despues al cadahalso,
Precipitado! ¡Oh cuánto nos avisa!
Oh cuánta trompa es su ejemplo mudo!

CLXIX.

Al año climatérico de su edad.

En este occidental, en este ¡oh Licio!
Climatérico lustro de la vida,
Todo mal afirmado pié es caida,
Toda fácil caida es precipicio.

(59) En un códice que posee mi erudito amigo, el señor Guerra y Orbe, se asegura que no es de Góngora este soneto.

(40) Si tu hermosura te engañó mas vana.—*Texto de Gracian.*

(41) Así Gracian en el *Arte de ingenio*; otros leen: *tu hermosura.*

(42) Dilátate en nacer para tu vida.

(45) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderon.

Caduca el paso, ilústrese el juicio,
Desatándose va la tierra unida;
¿Qué prudencia del polvo prevenida
La ruina aguardó del edificio?
La piel, no solo sierpe venenosa,
Mas con la piel los años se desnuda,
Y un hombre no; ¡ciego discurso humano!
¡Oh aquel dichoso que, la ponderosa
Porción depuesta en una piedra muda,
La leve da al zaño soberano!

CLXX.

Ser pudiera tu pira levantada,
De aromáticos leños construida,
¡Oh fénix! en la muerte, si en la vida
Ave aun no de sus pies desengañada.
Muere en quietud dichosa y consolada,
A la región asciende esclarecida,
Pues de mas ojos que desvanecida
Su pluma fué, tu muerte es hoy llorada.
Purificó un cuchillo en vez de llama (44)
Su sér primero, y gloriosamente
De su vertida sangre renacido,
Alas vistiendo, no de mortal fama,
De cristiano valor sí, de fe ardiente,
Mas deberá á su tumba que á su nido (45).

CLXXI (46).

Al Santísimo Sacramento,

Rebelde y pertinaz entendimiento,
Sed preso.—¿Quién lo manda?—Dios glorioso.
—¿Por qué?—Porque con ánimo dudoso
Negaste la obediencia al Sacramento.
—¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?
—La voluntad y afecto piadoso.
—¿Quién es el carcelero riguroso?
—La fe, que enseña el conocimiento.
—Y la cárcel ¿cuál es?—La Iglesia santa.
¡Oh cárcel! clara luz deste hemisferio (47),
Dulce prision, que tal tesoro encierra;
Do el fruto deste altísimo misterio
Se goza con dulzura y gloria tanta,
Que excede cuanto bien hay en la tierra.

CLXXII.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reina
nuestra señora doña Margarita de Austria.

Icaro de bayeta, si de pino
Ciclope no, tamaño como el rollo,
Volar quieres con alas á lo pollo,
Estando en cuatro pies á lo pollino.
¿Qué Dédalo te induce peregrino
A coronar de nubes el meollo,
Si las ondas, que el Bétis de su escollo
Desata, han de infamar tu desatino?
No des mas cera al sol, que es bobería,
Funeral avestruz, máquina alada,
Ni alimentos gacetas en Europa.
Aguarda á la ciudad; que á mediodía,
Si maese Duelo no encapirotada,
La servirá maese Borracho en sopa (48):

CLXXIII.

A un mancebo que siendo donado de las monjas, Corpus Christi
de Córdoba, se fué, y volvió muy galán y casado de la corte.

Soror don Juan, ¿ayer silicio y jerga,
Holanda y sedas hoy? Ayer donado,
Hoy galán? Ayer duena y hoy soldado?
¿Disciplinas anoche, y hoy pandurera?
Algun demonio que en la corte alberga
Nos lo quiso enviar papirrandado;

(44) *Purificó el cuchillo* se lee en algunas ediciones.

(45) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderón.

(46) En un código del siglo XVII, que para en poder del señor
Guerra y Orbe, se afirma que no es de Góngora este soneto.

(47) Otros leen :

¡Oh cárcel clara! luz deste hemisferio.

(48) Otros leen *maese Bochorno*.

¿Quién noslo encadenó? Quién lo ha enredado
Mas que una calabaza de Pisuerga?

Esclavo es fugitivo, y en cadenas (49)
Vuelve á su dueño, mas cadenas de oro
No son de esclavo, no, del Sacramento.
Mejor se la darán que en las ajenas
En la casa de Luna, y aposento
Mucho mejor que en el meson del Toro.

CLXXIV.

A un caballero que colgó en una capilla de un título un alfanje
y una bandera.

¿Qué es? ¿hombre ó mujer lo que han colgado?

—Uno y otro: él dorado, ella amarilla;

—¿Cómo es su nombre? Alfanje y banderilla,
Moros ambos, y cada cual herrado.

—¿Qué quieren ser? —Vergüenza de un soldado,

Aunque él los cuelga aquí por maravilla. —

—¿Qué piden á la Iglesia? —Su capilla,

Si á necesidades vale lo sagrado (50).

Pues maldito diablo, reconoce

Tu sentencia de olvido, y da la gloria

Al Conde tu señor de esos despojos.

Y pues quien fama y número á los doce

Le da, no cuelga señas de vitoria (51),

No hagas lenguas tú de nuestros ojos.

CLXXV.

A una junta de estudiantes en una casa que había padecido incendio,
y era de un convento, y se juntaban á murmurar en ella.

Señores académicos, mi mula,
Si el pienso ya no se lo desbarata,
En los cuadriles dicen que se mata
Por ser de la academia de la gula.

Su determinación no disimula

De entrar en la academia, do se trata

De convertir en nuncio la anunciata,

Y su congregación en farandula.

Teme la casa quien está mirando

Entrar buñuelos y salir apodos,

Y piensa que segunda vez se abrasa;

Y la verdad, no está muy mal pensando;

Que allí en lenguas de fuego hablan todos.

¡Padre Ferrer, cuidado con la casa!

CLXXVI.

A cierto hidalgo pobre que juntó de limosna el dote de dos hijas
para entrarlas en religion.

Antes que alguna caja luterana
Convierta en Hernandisco el mochilero,
Y antes que algun abad y balletero
Le dé algun sacazo á Sebastiana,

Procuradles hoy antes que mañana,

Como padre cristiano y caballero,

A la una un seráfico mortero,

A la otra una dominica campana.

Si faltare la casa de los locos,

No os faltará Aguilar, á cuyo canto

Salta Pan, Venus baila, Baco entona.

El se aprovechará de vuestros cocos,

De su rabazo vos, que es todo cuanto

Se pueden dar un galgo y una mona.

CLXXVII.

Al sepulcro de una mujer.

Yace debajo desta piedra fria
Mujer tan santa, que ni escapulario
Ni cordon ni correa ni rosario
De su cuerpo jamás se le caía.

Trajo veinte y dos años, día por día,

Un cilicio de cerdas ordinario.

(49) Otros leen: *fugitivo de cadenas*.

(50) Otros leen :

Si vale á necesidades lo sagrado.

(51) Otros leen, en vez de *le da*, *creció*.

Todo el año ayunaba á san Hilario,
Porque nunca hilaba ni cosía.
Fué su casa un devoto encerramiento,
Donde iban á hacer los ejercicios
Y á llorar sus pecados las personas.
Murió sin olio, no sin testamento,
En que mandó á una prima sus oficios,
Y á cuatro amigas cuatro mil coronas.

CLXXVIII.

A los túmulos que hicieron las ciudades de Jaen, Ecija y Baza
á las honras de la reina nuestra señora doña Margarita.

¡Oh bien haya Jaen, que en lienzo prieto,
De luces mil de sebo salpicado,
Su túmulo paró, y de pié quebrado
En dos antiguas trovas sin conceto.

Ecija se ha esmerado, y os prometo
Que en bultos de papel y pan mascado
Gastó gran suma, aunque no ha acabado
Entre catorce abades un soneto.

Todo es obras de araña con Baeza,
Donde fiel vasallo el regimiento,
Pinos corta, bayetas solicita.

Hallaron dos, y toman una pieza
Para el tumbo real ó monumento.
¡Nunca muriera doña Margarita!

CLXXIX.

A una enfermedad muy grave que tuvo en Salamanca don Luis,
de que le tuvieron tres dias por muerto, y sanó.

Muerto me lloró el Tórmes en su orilla,
En un parasimal sueño profundo,
En cuanto don Apolo el rubicundo
Tres veces sus caballos desensilla.

Fué mi resurreccion la maravilla
Que de Lázaro fué la vuelta al mundo;
De suerte que yo soy otro segundo
Lazarillo de Tórmes en Castilla.

Entré á servir un ciego, que me envía
Sin alma vivo, y en un dulce sueño,
Que ceniza le hará la vida mía.

¡Oh qué dichoso que sería yo luego,
Si á Lazarillo le imitase un día
En la venganza que tomó del ciego!

CLXXX.

Gracias os quiero dar sin cumplimiento,
Dulce fray Diego, por la dulce caja;
Tal sea el ataud de mi mortaja,
Y de mis guerras tal el instrumento.

Consagrad, musas, hoy vuestro talento
A la monja que almiar tal le baja,
Pues quien suele acabar en una paja
Sella agora el estómago contento.

Cualquier regalo de durazno ó pera
Acoto suyo, si podrá un amigo
Acotar un discípulo de Escoto.

Confieso que de sangre entendí que era
Cámara aquella, y si lo fué, yo digo
Que servidor seais, y no devoto.

CLXXXI.

Al sol, porque salió estando con una dama, y le fué forzoso
dejarla.

Ya besando unas manos cristalinas,
Ya anudándose á un blanco y liso cuello,
Ya esparciendo por él aquel cabello
Que Amor sacó entre el oro de sus minas;

Ya bebiendo en aquellas piedras finas (1)
Palabras dulces mil sin merecello,
Ya cogiendo de cada labio bello

Purpureas rosas sin temor de espínas,
Estaba, oh claro sol, envidioso,
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
Mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,
Porque no dén los tuyos mas enojos,
Rayos, como á tu hijo, te dén muerte.

(1) Otros leen *Quebrando*.

CLXXXII.

A la pareja que corrieron don Bernardino de Mendoza
y el marqués de Astorga.

Yo vi vuestra carrera, ó lo imagino,
Pues solo deja señas de creida;
Yo os vi tan uno, que os sobró una vida,
Veloz Marqués, alado Bernardino.

La saeta en el aire cristalino
No solo alcanzaréis, haréis dormida;
Tarde os puse la vista en la partida;
Tarde, porque primero fué el camino.

La vista os une, el número os difiere;
Ambos dicen verdad, aunque ninguno
De su verdad efectos manifiesta.

Dejad que os mire aquel que atento os viere,
Y haced por parecernos otra fiesta;
Que de igual nadie alaba lo que es uno.

CLXXXIII.

A las fiestas del nacimiento del príncipe don Felipe Dominico
Victor, y á los obsequios hechos al embajador de Inglaterra.

Parió la Reina; el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías,
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedaje y vino.

Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropellías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.

Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamiento;
Quedamos pobres, fué Luterico;

Mandáronse escribir estas hazañas
A don Quijote, á Sancho y su jumento (2).

CANCIONES.

CANCIONES HEROICAS.

I.

A la toma de Larache, plaza fuerte de Africa, que se entregó por
trato con Muley Jeque, rey de Fez, año de 1610.

En roscas de cristal serpiente breve (5),
Por la arena desnuda el Luceo yerra (4);
El Luceo, que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, íntima guerra
Al mar, que el nombre con razon le bebe,
Y las faldas hesar le hace de Atlante.

Desta puessiempre abierta, siempre hante (3)
Y siempre armada boca,
Cual dos colmillos, de una y otra roca,
Africa (ó ya sean cuernos de su luna,
O ya de su elefante sean colmillos)
Ofrece al gran Filipo los castillos,
Carga hasta aqui, de hoy mas militar pompa (6);
Y del fiero animal hecha la trompa
Clarín ya de la fama, oye la cuna,
La tumba ve del sol, señas de España.
Los muros coronar que el Luceo baña (7).

(2) Este soneto se atribuye por don Juan Antonio Pellicer, en la
Vida de Cervantes, á don Luis de Góngora.

(3) Pellicer lee:

En rocas de cristal serpiente breve,
Por la arena desnuda el Luceo yerra;
El Luceo, que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, íntima guerra.

(4) Así Hoces; Faria, así en este verso como en el siguiente,
lee *Luceo*.

(5) Hoces lee equivocadamente *firante*. Sigo á Faria.

(6) *Caigan*, dice Hoces. Sigo á Faria.

(7) *Luceo*, segun Faria.

II.

A la armada que el rey Felipe II, nuestro señor, envió contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el flancés Pirene al moro Atlante,
Y al ponco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durísimo diamante,
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas,
Tal, que las flacamente poderosas
Fieras naciones contra tu fe armadas (11),
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de tus arneses libra lumbré,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan (12),
Y como al sol las nieves, se resuelvan;
O cual la blanca cera desatados (13)
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados,
No menos que de fe, de vista ciegos (14);

Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmido Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza contra la Beetría,
Sin perdonar al tiempo, has enviado
En número de todos tan sobrado,
Que á tanto leño el húmido elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Eia que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruinas Oceano;
Y aunque de lejos con rigor traídas (15),
Ilustrarán tus playas y tus puertos (16)
De banderas rompidas,
De naves destrozadas y hombres muertos (17).

¡Oh ya isla católica y potente,
Templo de fe, ya templo de herejía,
Lumbré de Marte, escuela de Minerva (18),
Digna de que las sienas que algún día
Ornó corona real de oro luciente
Cina guirnalda vil de estéril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza, y de fe ricos;
Agora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso en vez del cetro y de la espada;
Mujer de muchos, y de muchos suera!
¡Oh reina infame (19); reina no, mas loba
Libidinoso y tiera!
¡Fiamma d'el ciel su le tue treccie piova!

Tú en tanto mira allá á los otomanos,
Las jonias ondas, que el Sicano bebe (20),
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve,
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus remos hiriendo las arenas,

(11) Así Espinosa y Faria; Iloces escribe:
Tierras, naciones contra su fe armadas.

(12) Espinosa lee:
Ojos y espadas vuelvan.

(13) Así Espinosa; Iloces y Faria leen:
Y como al sol las nieblas se revuelvan,
O cual la blanda cera desatados.

(14) Sigo el texto de Espinosa; Iloces y Faria ponen:
Queden como de fe, de vista ciegos.

(15) Caidas, dice Faria.

(16) Así Espinosa.

(17) De naves destrozadas, de hombres muertos.—Así Iloces.
Sigo á Espinosa.

(18) Campo de Marte, escriben Iloces y Faria.

(19) ¡Oh reina torpe!—Textos de Iloces y Faria. Sigo el de Espinosa.

(20) Así Espinosa; Iloces y Faria ponen:
Las jonias aguas que el Sicano bebe.

Las garras pues, las presas españolas
Del rey de fieras, no de nuevos mundos,
Ostenta el río, y gloriosamente
Arrogán los márgenes segundos (8),
En vez de escamas de cristal, sus olas
Guedejas visten ya de oro luciente.
Brama, y menospreciándolo serpiente,
Leon ya no pagano,
Lo admira reverente el Oceano.
Brama, y cuantas la Libia engendra fieras,
Que lo escuchaban, elefante apenas,
Surcando ahora pielagos de arenas,
Lo distame interponen, lo escondido,
Al imperio feroz de su bramido.
Respondente confusas las postreras
Cavernas del Atlante, á cuyos ecos,
Si Fez se estremeció, tembló Marruecos.

Gloriosa y del suceso agradecida,
Dirige al cielo España en dulce coro
De sacros cisnes canticos suaves,
A la alta de Dios si, no á la de un moro (9)
Barbara majestad reconocida,
Por las fuerzas que le ha entregado llaves
De las mazmorras de Africa mas graves.
Forzadas no ya donde
De las iragnas que ardiente el Etna esconde
Llamas vomita, y sobre el yunque duro
Gime bronce, y Estéropo no huelga,
Sino en las oficinas donde el belga
Rebelde anhela, el herberisco suda,
El brazo aquel, la espada este desnuda,
Forjando las que un muro y otro muro
Por guardas tiene llaves ya maestras
De nuestros mares, de las flotas nuestras.

Al viento mas opuesto abeto alado
Sus bajas plumas crea rico el seno,
De cuanta Potosi tributa hoy plata,
Leño frágil de hoy mas al mas sereno;
Copos fie de cáñamo anudado,
Seguro va sus remos de pirata,
Piloto el interés, sus cables ata;
Cuando ya en el puerto,
Del soplo occidental del golfo incierto,
Pescadora la industria flacas redes,
Que dió á la playa desde su barquilla (10),
Graves revoca á la espaciosa orilla
La libertad al fin, que saltada,
Señas ó de cautiva ó despojada
Dió un tiempo de Neptuno á las paredes,
Hoy bálsamo, espirantes cuelga ciento
Faroles de oro al agradecimiento.

Vuestra, oh Filipo, es la fortuna, y vuestra
Del Africa será la monarquía;
Vuestras banderas nos lo dicen, puesto
Duro yugo á los términos del día,
En los mundos que abrevia tanta diestra;
Que si á las armas no, si no al funesto
Son de las trompas, que no aguardó á esto,
Avila su columna
A vuestros piés rindió, á vuestra fortuna.
Calpe desde su opuesta cumbre espera
(Aunque lo ha dividido el mar en vano)
El término segundo del tebanu,
Complicado al primero, y penetrada
La ardiente Libia vuestra ardiente espada;
Que el Tigris no en su bárbara ribera,
El Nilo si con militar decoro,
La sed os temple ya en celada de oro.

Verás cancion del César africano
Al nieto Augusto, armada un día la mano,
Hacer de Atlante en la silbosa cumbre,
A las purpúreas cruces de sus señas,
Nuevos calvarios sus antiguas peñas.

(8) Así Faria; otros escriben *arrojándose*.

(9) A la alta de Dios, no á la de un moro.—*Texto de Faria*.

(10) Así Faria; otros en vez de *playa* leen *pluma*.

Despoblar islas y poblar cadenas.
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
No enciende en ti un católico coraje,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve mientras mas tremola (21),
Entre lunas bordada
Del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas,
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las breñañas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcides (22);
Mas si con la potencia el tiempo mides (23),
Enarbola, oh gran madre, tus banderas (24),
Arma á tus hijos, vara tus galeras (25),
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró al madero;
Que él bará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion, pues que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán (si Febo no me engaña)
El carro helado y la abrasada zona (26)
Cantar de nuestra España
Las armas y los triunfos y corona (27).

III.

Al año de 1600, que fué el tercero del reinado de Felipe III,
nuestro señor.

Abra dorada llave
Las puertas de la edad y el nuevo Jano,
Pues entre siglos sabe
Que el tercer año guarda el tiempo cano,
Contando día por día
Para el tercer Felipe, á quien le envia.

Hoy lo introduzga á España,
De paz vestido y de vitoria armado;
La copia á la campaña
Rubias espigas dé con pié dorado,
La salud pise el suelo,
Purgando el aire y aplacando el cielo.

Traiganos hoy, Lucina,
Al palacio real real venera
De nuestra perla fina,
Madre de perlas, y que serlo espera
De un sol luciente agora,
Si há pocos años que nació la aurora.

Venga alegre, y con ella
Vengan las gracias, que dichosas parcas,
Rayos de aniga estrella,
Hilen estambre digno de monarcas;
Cuide real fortuna
Del dulce movimiento de la cuna.

Felicitades sean
Las que administren sus primeros paños,
Las virtudes se vean

(21) Mas desenvuelve y mientras mas tremola. — *Texto de Espinosa.*

(22) Claves tuyas y término de Alcides. — *Id.*

(23) Mas si con la importancia el tiempo mides. — *Texto de Hoces y Faría.*

(24) Arbola; oh gran monarca! tus banderas. — *Texto de Espinosa.*

(25) Arma á tus hijos para tus galeras. — *Id.* Sigo el de Hoces. *Varar*, segun Covarrubia, era echar al agua algun bajel, llevándole por algunos maderos, que llamaban *varas*.

(26) El carro helado á la abrasada zona. — *Texto de Hoces; Faría dice: carro alado.*

(27) Así Espinosa; Hoces escribe:

Las armas, los triunfos, las coronas.

Mover el pié de sus segundos años,
Unas y otras edades
Virtudes sean y felicidades.

Armada á Pálas veo,
Soltar el huso y empuñar la lanza (28);
Lisonja es del deseo,
Corresponde el desee á la esperanza.
Príncipe tendrá España;
Que nunca una deidad tanto se engaña (29).

IV.

A la armada en que pasaron los marqueses de Ayamonte á ser
vireyes de Méjico.

Verde el cabello undoso,
Y de la barca el pié escamas vestido,
Aliento sonoro
Daba Triton á un caracol torcido,
Y en las alas del viento
Voló el son para el último elemento.

Cuantos las aguas moran
Antiguos dioses y deidades nuevas,
Por las ondas que doran
Los rayos de la luz dejan sus cuevas,
Y ocupan los vacíos
Que á la playa perdonan los navíos.

«¿Veis, dice el dios marino,
Estas que de la barra á las arenas
Despliegan blanco lino,
Solicitan timon, calan entenas?
Nubes son, y no naves,
Carros de un sol en dos ojos suaves.

»En estos ojos bellos
Febo su luz, Amor su monarquía
Abrevian, y así en ellos
Parte á llevar al occidente el día
Con naval pompa extraña
La gloria de los Zúñigas de España.

»Si á un sol los caracoles
Dejan su casa, dejan su vestido
A estos divinos soles,
El fondo es bien dejar mas escondido,
Y coronar su popa
Cuernos del toro que traslada Europa.

»Serenísimas plumas,
Vista del Alcion el austro insano;
Perlas sean las espumas,
Y las olas cristal del Oceano;
No hay cristal de roca
Que en solo el nombre cada bajei toca.

»Regale sus orejas
En dulce si, mas bárbaro instrumento,
De corales y almejas,
De las niñas el coro y su concento
No lisonjee aquel sueño,
Que la falsa armonia al griego leño.»

V.

Del mar, y no de Huelva,
Los escollos, el sol los muros raya,
Gimiendo el Alcion, era en la playa
Ruisenior en la selva,
Cuando pescador pobre
Mucho despide, red de poco robre.

Al que le escuchó en vano
Golfo, á pesar del norte siempre inquieto,
Se queja del Amor, á quien sujeto
Obedece, tirano,
En las prisiones bellas
De la esfera mayor de sus centellas.

Escollo cristalino,
A quien el pescador cuanto padece,
Sentado, en su crueldad dulce le ofrece,
Sin hallar el divino
Canto alivio á sus quejas.
¡Triste del que á una roca pide orejas!

(28) Otras ediciones dicen *huso* en vez de *huso*.

(29) Otros leen: *Te engaña*.

VI.

Por este culto hien nacido prado,
Que torres lo coronan en montes,
Que guarnece el cristal de Guadiana,
Su monte deja Apolo de dos frentes
Con una y otra musa soberana,
Sacro escuadron de abejas, si no alado,
Susurrante y armado
De iras de marilil, de plectros de oro;
Esto pues docto enjambre y dulce coro,
Maravillas libando, no ya aquellas
Efimeras de flores
Que á la madre gentil de los amores
Deben, y á sus estrellas,
Tan breve ser, que en un dia que adquieren
Alegres nacen y caducas mueren,
Sino otras maravillas,
Que marchitar en vano
Pretende el tiempo desde las orillas,
Que los términos besan del tebano,
Hasta el hombro robusto
Del español Atlante,
Del muro de diamante
Del Pirineo adusto;
Sacras plantas, perpetuamente vivas,
Emulas no de palmas ni de olivas,
Que en duracion se hurtan y en grandeza
De cuantas ostentó naturaleza;
Sino de las pirámides de Egipto,
De la estatua de Ródas,
Puesto que ya son todas
Polvos de lo que della está escrito,
Incultas se crían y difusas
En lo que España encierra;
Pero ya poca tierra
Aumento las hace con las musas;
Que en este prado solo
Las ha querido recoger Apolo;
Donde sus obras solicitan sueño,
Tal, que el Dios se ha dormido
En el campo florido,
Y mudo pende su canoro leño,
Para quien luego apela
El docto enjambre que sin alas vuela,
Y con arte no poca
Las flores trasladando de su boca
A la sacra vihuela,
Dulzuras acrecientan á dulzuras.
El rubio dios recuerda,
Y pulsando una dulce y otra cuerda,
La métrica armonía
Que en Delfos algun dia
Al tiempo le hurtó cosas futuras,
De suavidad agora el prado baña.
Erudicion de España,
Goza lo que te ofrece
Este jardín de Febo,
Dulce helicon nuevo,
Que torres honran y cristal guarnece;
Goza sus bellas plantas;
Que maravillas tantas
Admiraciones son y desenojos,
Néctar del gusto y gloria de los ojos.

CANCIONES AMOROSAS.

I.

A una dama, presentándola unas flores.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnalda
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Bianco á tus sienas y á tu boca olores.
Guarda destos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco si de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Puselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desahado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado;
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

II.

Coreilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta,
Con ligereza tanta,
Huyendo va de mí la ninfa mía,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nidos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda,
Donde, no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro;
Y así, en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo pues, ciego y turbado,
Viéndola cómo mide
Con mas ligeros pies el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del parto fiero la robusta mano,
Y viendo que es mi mengua (50)
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,
Y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te siga.»

Enfrena, oh Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente;
Ten de tí misma duelo,
Deponga un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellissimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel ni grave pena.

Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondría,
Si ya la antigüedad no nos engaña;
Por cuyo trato esquivo
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque y piedras la montaña;
Mas sirvate de aviso
En tu curso el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabe que el pastor de Anfriso
Con pié menos ligero
La siguió ninfa y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto:
Que razon es parar quien corrió tanto.

III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!
Qué de rios del hielo tan atados,

(50) Así Faria; Hoces escribe:

Y viendo que en mi mengua.

Del agua tan crecidos,
Me delienden el ya volver á vellos!
Y; cuál, burlando de ellos (31)
El noble pensamiento,
Por verte viste plumas, pisa el viento!

Ni á las tinieblas de la noche oscura
Ni á los hielos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura,
Que nieguen tu persona,
Que no desmienta con discreta maña,
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo cuando lidie,
Que no registre él, y yo no envidie (32).

Allá vuelas, lisonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas;
Y mientras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas.
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga y mil dulzores cela (33).

Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras (muerta la voz, suelto el cabello)
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, de un Adónis bello,
Y anudada á su cuello,
Podrás verla dormida,
Y á él casi trasladado á nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta,
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado;
Dormid, que el dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño;

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Mientras yo, desterrado destos robles
Y peñascos desnudos,
La piedad con mis lágrimas granjeo (34);
Coronad el deseo
De gloria, en recordando
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, di al pensamiento
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

IV.

A don Diego Lopez de Haro, que murió niño.

Donde las altas ruedas
Con silencio se mueven,
Y á gemir no se atreven
Las verdes olorosas alamedas,
Por no hacer ruido
Al Létis, que entre juncias va dormido,
Sobre un peñasco roto,
Al tronco recostado
De un fresno levantado,
Que escogió entre los árboles del soto
Porque su sombra es flores,
Su dulce fruto dulces ruiseñores;

Coridon se quejaba
De la ausencia importuna,
Al rayo de la luna,
Que al perezoso río le hurtaba,
Mientras que él no lo siente,
Espejos claros de cristal lúciente.

«Injusto Amor, decía,

Pues permites que muera
En extraña ribera,
Que por extraña tengo ya la mía,
Válgame contra ausencia
Esperanzas armadas de paciencia.»

V.

Vuelas, oh tortolilla,
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas,
Vuelves despues gimiendo,
Recibete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.

Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco;
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido (35);
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego;
Arbol que tanto fué perdone el fuego.

Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas;
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos snaves.
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes
Que de una tortolilla
Amor tenga manciella,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego
Y mire el daño ciego;
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisonjear á un Dios con alas.

VI (36).

Dichosa pastorcilla,
Que del Tajo en la orilla,
Por ella mas que por su arena rico,
Viste sincera y pura
Blancura de blancura,
Nieve el pecho y armiños el pellico,
Y al viento suelta el oro encordonado
Cuando vestirse quiere de brocado;

A sombras de un aliso,
Que al ruiseñor ya quiso
Servir de janla de sus dulces quejas,
Despues que han argentado
De plata el verde prado,
Reduce á sus rediles sus ovejas,
Do las ordeña, compitiendo en vano
La blanca leche con la blanca mano.

Sus piés la primavera,
Calzados, la ribera
De perlas siembra, el monte de esmeraldas;
Siguenla los pastores,
Coronados de flores,
Porque á sus piés les deben sus guirnaldas,
Y siervos coronados pagan ellos
Sus libres pasos á sus ojos bellos.

Pastorcilla dichosa,
Si ya te hizo esposa
Dulce propria eleccion, no fuerza ajena,
Al de plumas lozano
Avestruz africano,
Que vuela rey en su desnuda arena,
Menosprecia la tórtola, y en suma
Mas arrullas escoge y menos pluma.

(31) Otros leen *que*, y otros *cuán*.

(32) *Que no la registre*, dicen muchos editores.

(33) Así Faria; Espinosa y Hoces leen: *mis dulzores*.

(34) Faria lee *mil* en vez de *mis*.

(35) *Ronco gemido*, dice el texto de Faria.

(36) Hállase esta cancion en la comedia, *Las firmezas de Isabela*.

CANCIONES LÍRICAS.

I.

A una golondrina.

A la pendiente cuna
Vuelves, al que fíaste nido estrecho,
Oh huésped importuna,
De las retamas frágiles de un techo,
Que arboleda celosa aun no le fia
De cuanto le concede luz el día.
¡Oh tú, de las parteras
Aves la menos dulce y mas quejosa!
¿Por qué el silencio alteras
De una paz muda si, pero dichosa,
Que en tu ruido presume
Que miente voz la envidia y viste pluma?

Magníficas orejas
Ofendan en alcázares dorados
Tus repetidas quejas,
Mientras yo entre estos saucos levantados
Aplauso al ruiseñor le niego breve
Sobre la yerba que este cristal bebe.

¿Cuál, di, bárbara arena,
De sierpes, has dejado, engendradora,
Por turbar la serena
Dulce tranquilidad que en este mora
Tan grato como pobre albergue, donde
Sellado el labio, la quietud se esconde?

Aquí pues al cuidado
Niego estos quicios, niego la cultura
De ese breve cercado,
Cuyo líquido soto plata es pura
De arroyo tan oblicuo, que no deja
La fragancia salir, entrar la abeja.

II.

Tenia Mari-Nuño una gallina
En poner tan continua
Cuanto la vieja atenta á su regalo.
Sucedió un año malo,
Tal, que el pasto faltándole suave,
Negó su feudo el ave;
Perdone Mari-Nuño,
Que la overa se cierra cuando el puño.

Mucho nos dicta en la parableja
De nuestra buena vieja
Monseñor interés. Sangró una ingrata
Cierta jayán de plata,
Enano Potosí, cofre de acero
De un bobo perulero,
A quien le dejó apenas
Sangre real en sus lucientes venas.

Sintiendo los deliquios ella luego,
Con la venda del ciego
La sangradura le ata, y se retira.
¿Quién de lo tal se admira,
Si en dueñas hoy y todo su partido
Lo mas obedecido
Es lo que acuña el cuño?
Quien quisiere pues huevos abra el puño.

Aguila, si en la pluma, no en la vista,
El togado es legista,
Atento al pleito de su litigante,
Si no á la rutilante
Bolsa, de cuatro mil soles esfera.
¿Ciego de aquel que espera
Vista, aunque no sea poca,
De un aguileño cósanme esta boca!

Con qué eficacia el pendolar ministro
Reduce su registro
De la ley de escritura á la de gracia,
Batida su eficacia
De un acicate de oro; el papel diga
A cuánto rasgo obliga
El dorado rasguño,
Y qué overas cerró un cerrado puño.

Que peine oro en la barba tu hijo Febo,
¿Quien lo tendrá por nuevo,

Si no peina en las palmas de las manos?
Cualquiera matasanos,
Si Toledo no vió entre puente y puente,
A barbo dar valiente
Carrete, mas prolijo
Que á rico enfermo tu barbado hijo.

Cantos, ó mal la espátula desata,
O desmiente la plata,
Fármacos, oro son á la botica,
Caudales que lambica,
Y simples hablen tantos como gasta.
Envainad, musa basta,
El que ha pillado cuño,
Quien os la pegará quizá de puño.

CANCIONES FÚNEBRES.

I.

A la nueva falsa que vino de la muerte del conde de Lémos, virey de Nápoles, y por saberse luego la falsedad, no se acabó esta canción.

Moriste en plumas, no en prudencia cano,
Gloria de Castro, envidia de Caistro,
Cisne gentil, cuyo final acento
Entre fieras naciones oyó el Istro (37),
Lágrimas, y al segundo río africano
Señas, aunque vocal de sentimiento.
Moriste, y en las alas fué del viento,
Lastimando su dulce voz postrera
Las orillas del Ganges, la ribera
Del rey del Occidente,
Flechéro paraguay, que de veneno
La aljaba armada, de piedad el seno,
Tu fin sintió doliente.
¡Oh tú, que de Severo en las arenas
Mueres, cisne llorado de sirenas,
Brazos te fueron de las gracias cuna,
Y de las musas sueño el armonia,
En tus primeros generosos paños.
Dichoso el esplendor vieras del día
Si la que el oro ya de tu fortuna
El estambre hilara de tus años,
¡Oh de la muerte irrevocables daños,
Si de la envidia no ejecución fuera,
Parca cruel, mas que las tres severa!
Si alimentan tu hambre
Sierpes del Ponto y áspides del Nilo,
¿Cuál pudo humedecer livor el hilo
De aquel vital estambre?
Camisa del centauro fué su vida,
Aun antes abrasada que vestida.
No entre delicias, no, si ya criado
Entre grandezas de la falda amada,
A la magistral férula saliste
En letras fuego, en generosa espada
De Quiron, no biforme ejercitado,
Togado Aquiles cultamente fuiste.
Cuando de flores ya el bulto se viste
Al fogoso caballo Valenzuela,
Purpúreas plumas dándole tu espuela,
En el oficio duro
De la robusta caza las riveras
Del Sil te vieron fatigar las fieras,
Y aun á su cristal puro
De tu lanza llegar atravesado
El mismo viento en forma de venado.
De semidioses hija, bella esposa,
Que nácar su color, perlas su frente,
Corona de crepúsculos el día.
La tea de himeneo mal luciente
Te condujo ya al tálamo, y la rosa
Que á las perlas del alba aun no se abría
Libaste en paz; mas ¡ay! que la armonia
Del coro virginal, gemido alterno
De ave nocturna ó pájaro de averno,

(37) Así Faria; Hocce pone:

Entre fieras nació, resacó al Istro.

Interrumpió, no en vano,
 Tu (á pesar de prodigios tantos) hecho,
 Si abejas los amores, corcho el lecho;
 El néctar soberano,
 Despreciadas de Júpiter dormido,
 Al ventilar al lado de Cupido.

II.

Al sepulcro del gran duque de Medina-Sidonia, don Alonso Perez
 de Guzman.

Alcidon. — Lícidas.

ALCIDON.

Perdona al remo, Lícidas, perdona
 Al mar en cuanto besa
 Maravillas, no bárbaras, en esa
 Aguja que de nubes se corona;
 El tridente de Tétis, de Pelona
 Incluye el asta, ó cuanto
 Sella esplendor, desmiente gloria humana,
 Esa al márgen del agua construida,
 Si no índice mudo desta vida,
 Pompa aun de piedras vana,
 Urna hecho dudosa, jaspe tanto,
 De poca tierra, no de poco llanto.

LÍCIDAS.

Erré, Alcidon, la codiciosa mano,
 Siguió las ondas, no en la que ejercitan
 Piedad ó religion, sobre los remos,
 Los marinos reflujos aguardemos
 Que su lecho repitan.

ALCIDON.

Lamer en tanto mira al Oceano,
 Lícida, el mármol que Neptuno viste
 De tantas, si no mas, náuticas señas,
 Que militares ya despojos Marte,
 Y las que informó el arte
 De afecto humano penas,
 Bulto exprimiendo triste.

LÍCIDAS.

¿Quién, dime, con aquella de quien dudo
 Cual mas dolor ó majestad ostente,
 Plumas una la frente,
 Palmas otra, y el cuerpo ambas desnudo (38)?

ALCIDON.

Mal la pizarra pudo
 Lisonjearles el color, aquella
 Hará del sol edades ciento agora,
 Templo de quien el sol aun lo es estrella,
 La grande América es, oro sus venas,
 Sus huesos plata, que dichosamente,
 Si Ligurina dió marinería
 A España en uno y otro alado pino,
 Interés ligurino
 Su rubia sangre hoy día
 Su médula chupando está luciente;
 Esotra naval, siempre infestadora
 De nuestras playas, Africa, es temida,
 Si no por los que engendran sus arenas,
 Por los que visten púrpura leones,
 En tantos hoy católicos pendones,
 Cuantas le ha introducido á España almenas,
 De quien tímido Atlante á mas lucida,
 A region mas segura se levanta,
 Debida á tanta fuga ascension santa.

III.

Al sepulcro de Garcilaso de la Vega, excelente poeta toledano,
 que está enterrado en Toledo con su mujer.

Piadoso hoy celo culto,
 Cíncel hecho de artifice elegante,
 De mármol espirante
 Un generoso anima y otro bulto

Aquí, donde entre jaspes y entre oro
 Tálamo es mudo, tumulto canoro;
 Aquí, donde coloca
 Justo afecto en aguja no eminente,
 Si no en urna decente,
 Esplendor mucho, si ceniza poca,
 Bien que, milagros despreciando egipcios,
 Pira es cuya este monte de edificios.

Si tu paso no enfriaba
 Tan bella en mármol copia, oh caminante,
 Esa es la ya sonante
 Emula de las trompas, ruda avena,
 A quien del Tajo deben hoy las flores
 El dulce lamentar de dos pastores.

Este el corvo instrumento
 Que el albano cantó, segundo Marte,
 De sublime ya parte
 Pendiente, cuando no pulsarlo al viento,
 Solicitarlo oyó, selva confusa,
 Ya docta sombra, ya invisible musa.

Vestido pues el pecho
 Túnica Apolo de diamante gruesa,
 Parte la dura huesa,
 Con la que en dulce lazo el blando lecho,
 Si otra inscripción desearas, véte cede;
 Lámina es cualquier piedra de Toledo.

IV.

Al sepulcro de tres niñas, hijas del duque de Feria.

Tres violas del cielo,
 Tres de las flores ya breves estrellas
 Fragante mármol sellas,
 Que aljofaró la muerte de su hielo,
 Si las trenzas no están ciñendo ahora
 De una alba que crepúsculos ignora.

CANCIONES SACRAS.

I.

A la traslación de una reliquia del santo príncipe Hermenegildo
 al colegio de su nombre, de la compañía de Jesus, en Sevilla.

Hoy es el sacro y venturoso día
 En que la gran metrópoli de España,
 Que no te juró rey, te adora santo;
 Hoy con devotas ceremonias hana
 El blanco clero el aire en armonía.
 Los pechos en piedad, la tierra en llanto;
 Hoy á estos sacros himnos, dulce canto,
 Ayuda con silencio la nobleza,
 Haciendo devoción de su riqueza;
 Hoy pues aquesta tu latina escuela
 A la docta abnegada,
 No sin devota emulación, imita,
 Vuela al campo, las flores solicita,
 Campo de erudición, flor de alabanzas,
 Por honrar sus estudios de tí y dellas,
 En tanto que tú alcanzas
 Ver á Dios, vestir luz, pisar estrellas.

Hoy la curiosidad de tu tesoro
 Con religiosa vanidad ha hecho
 Extraña ostentacion, alta reseña;
 Hoy cada corazón deja su pecho,
 Cual en púrpura envuelto, cual en oro,
 Y su valor devotamente enseña
 Quien lo que, con industria no pequeña,
 Labró costoso el persa, extrañó el china
 Rica labor, fatiga peregrina
 Alegrementemente en sus paredes cuelga;
 Quién de ilustrarlas huelga
 Con modernos angélicos pinceles,
 Milagrosas injurias del de Apéles,
 Quién da á la calle y quita á la floresta.
 De suerte que los grandes, los menores (39),
 En tu solemne fiesta
 Veen pompa, visten oro, pisan flores.

(38) Así Faria; Hoces lee: *y el cuerpo mas desnudo.*

(39) Así Hoces; Espinosa lee: *los mejores.*

Príncipe mártir, cuyas sacras sienes,
Aun no impedidas de la real corona,
La fiera espada houró del arriano;
Tú, cuya mano, al cetro si perdona,
No á la espada, que en ella agora tienes (40),
Digna palma, si bien heróica mano,
Pues eres uno ya del soberano
Campo glorioso de gloriosas almas
Que ciñen resplandor, que enristran palmas,
Donde se triunfa y nunca se combate,
Mi lengua se desate
En dulces modos y los aires rompa
A celestial soldado, illustre pompa (41),
Conozca el Canero ardiente, el carro helado,
¡Oh católico sol de vice-godos!
La espada que te ha dado
Vida á ti, gloria á Bétis, luz á todos.

Estas aras que te ha erigido el clero,
Y estas que te cantamos alabanzas,
Juntas con lo que tú en el cielo vales,
A Filipo le valgan el Tercero,
En quien de nuestro bien las esperanzas
Están como reliquias en cristales;
Logra sus tiernos años, sus reales
Pensamientos, católico, seguida
Tal, que su espada por su Dios confunda
La nueva torre que Babel levanta,
Y ardiendo en saña santa,
Haga que adore en paz quien no lo ha visto
El gran sepulcro que mereció á Cristo;
Que pues de sus primeros nobles paños
Invocó á su deidad por su abogada,
Es bien que veen sus años
Larga paz, feliz cetro, invicta espada.

Y tú, ¡oh gran madre, de tus hijos cara!
Emula de provincias gloriosa,
En lo que alumbrá el sol, la noche ciega,
Ciudad mas que ninguna populosa,
Para quien no tan solo España ara,
Y siembra Francia, mas Sicilia siega,
No porque el Bétis tus campañas riega;
El Bétis, río y rey tan absoluto,
Que da leyes al mar, y no tributo;
Ni porque agora escalen su corriente
Velas del Occidente,
Que, mas de hojas que de viento llenas,
Hacen montes de plata tus arenas;
Mas por haber tu suelo humedecido
La sangre deste hijo sin segundo,
En ti siempre ha tenido
La fe escudo, honra España, invidia el mundo.

CANCION HEROICA.

A la creacion del cardenal don Enrique de Guzman, hijo de don Diego Lopez de Haro, marqués del Carpio, y de doña Francisca de Guzman, hermana del conde de Olivares, duque de San Lúcar la Mayor, gran privado del rey nuestro señor don Felipe IV.

Generoso mancebo,
Mas purpureo en la edad que en el vestido,
Menos en rosicler luciente Febo
A envidiarte ha salido;
Tú en tanto esclarecido
Del rubí, en hilos reducido á tela,
Diguamente serás hoy agregado
Al colegio sagrado,
Fecundo seminario de Claveros.
¡Oh cuánta heberás en tanta escuela
Religion pura, dogmas verdaderas,
Gobierno prudencial, profundo estado,
Política divina;
Consisterio del Santo
Espíritu asistido.
Digalo tanto dubio decidido,
Tanta sana doctrina.
Aclamaré á los tales
Príncipes, mucho mas es cardenales,

Flamante en celo el mas antiguo manto,
Si bien toda la purpura de Tiro
Grana es en polvo al último suspiro.
Tu exaltación instada
De Felipo fué el Cuarto, de monarca
Que al sol fatiga tanto
Lustralle sus dos mundos en un día,
Al siempre Urbano santo,
Octavo en nombre, y en prudencia uno,
Santisimo piloto de la barca,
Que repetido en el Pedro le fia;
No fué el ruego importuno
Del católico, pues si dilatada
Tu creacion, la gracia le fué heclia,
¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha
Estos dos de la Iglesia tutelares!
Ya, jóvenes cristianísimo, con ellos
Libarán tres abejas lilios bellos,
Y melificarán, no en corchos vanos,
Sino en la que abrirán nuestros leones
Bocas de paz, tan dulce alimentadas,
Llaves dos tales, tales dos espadas,
Escondiendo con velos nuestros mares;
Cuantos les dió sacrilegos altares
Europa á la herejía
Extirparán un día
Y otro; no solo, no, abominaciones,
Darán de Babilonia al fuego entrando
Los muros de Sion; mas alternando
Himnos sagrados, cánticos divinos,
Abrirán paso á cuantos peregrinos
Tan libres ya podrán, como devotos,
Besando el marmol desatar sus votos.
El Conde-Duque, cuya confianza
Reclinatorio es de su gran dueño,
Cuan bien su providencia
Timon del basto ponderoso leño,
Gobierno al fin de tanta monarquía,
Lamiendo escollos ciento,
Lo ha conducido en paz á salvamento.
Este pues pompa de la Andalucía,
Gloria de los clarisimos Sidones,
De los Guzmanes, digo, de Medina,
Solicitó suave tu capelo;
¡Qué mucho ya, si el cielo,
Entre los muchos que te incluye dones,
Sobrino te hizo suyo de una hermana
Valerosa y real sobre divina?
Digalo el Bétis, de quien es Diana;
El Carpio, de quien es deidad, lo diga.
Tú á la fortuna amiga
Atomo no perdonés de propicia;
Goza la dignidad cardenalicia,
Unos dias clavel, otros viola,
La ingenuidad observes española,
La duplicidad huyas extranjera;
Tus colegas admiren la severa
Dulce afabilidad que te acompaña;
Que al duodécimo lustre, si no engaña
Cuanto abrazan las zonas,
Te espera el Tiber con sus tres coronas.

OTRA.

A la serenísima infanta María, ya reina de Hungría, que mató un jabali de un arcabuzazo.

Las duras cerdas que vistió celoso
Marte, viste hoy amante,
Ya deidad fulminante,
El planeta ofrecido belicoso,
De un plomo muere al rayo glorioso.
Muere, dichosa fiera;
Que España ilustrará la quinta esfera,
Bellísima, pues tu Cintia española
Cerdosos brutos mata
En cuanto de tu hermano,
No esplendor soberano,
Sombras si de las señas que tremola,
Altamente desata
Vapores de la envidia coligados,
Ejércitos, provincias, potentados.

(40) Así Espinosa; Illoes y Faria leen, en vez de *espada*, *palma*.

(41) Así Espinosa; Illoes y Faria ponen *trompa*.

CANCION HEROICA.

Alas *Lusiadas* de Camoens, que tradujo de portugués en castellano
Luis Gomez de Tapia.

Suena la trompa bélica
Del castellano cálamo,
Dándole lustre y sér á las *Lusiadas*,
Y con su ritmo angélica
En el celeste tálamo
Encumbra su valor entre las hiadas,
Napeas y hamadriadas.
Con amoroso cántico
Y espíritu poético
Celebren nuestro Bético
Del mauritano mar al mar Atlántico,
Pues vuela su Caliope
Desde el blanco francés al negro etiope.
Aquí la fuerza indómita
Del Pacheco diestrisimo
Descubre de su rey el pecho y ánimo.
La envidia deja atónita
Con su valor rarísimo,
Y el Samorin soberbio pusilánimo
Muéstrase aquí magnánimo,
Albuquerque y sónico
Capitan integérrimo,
Que al amador misérrimo
Crudamente castiga el hecho ilícito,
Y á Goa y su potencia
Dos veces la sujeta á su inocencia.

Almeida, que á los árabes
Con la venganza honrada
Sus muros y edificios va talándoles,
Y á los rumes y aláhores,
Debajo de la Tórrida,
Con valerosa espada domeñándoles,
Y mayor pena dándoles
Con el hijo beligeró,
Que en el seno cambáico
Contra el moro y hebráico
Muere mostrando su furor armigero,
Sirviéndole de túmulo
De mamelucos el sangriento cúmulo.
Cuanta pechos heróicos
Te dan fama, clarifica
¡Oh Lusitania! por la tierra cálida;
Tanta versos estoicos
Te dan gloria mirífica,
Celebrando tu nombre y fuerza válida.
Digalo Castálida,
Que al soberano Tapia
Hizo que mas que en árboles,
En bronce, piedras, mármoles,
En su verso eterniza tu prosapia,
Dándole el odorífero
Lauro por premio del gran dios Lucífero.

CANCION FÚNEBRE.

Al sepulcro del rey Felipe III, nuestro señor.

Suspenda, y no sin lágrimas, tu paso,
¡Oh peregrino errante!
Este augusto depósito, este vaso,
Emula su materia del diamante,
Su forma de la mas sublime llama
Que á Egipto construyó bárbara fama.
No admires, no, la variedad preciosa
De piedras, de metales;
No el arte que sudando estudiosa,
Glorias dará á los siglos de sí tales,
Que caduco no muera el tiempo, y ellas
Besando permanezcan las estrellas.

Húrtale al esplendor, bien que profano,
Altamente debido,
La atención toda, no al objeto vano,
Ciego la fies al mejor sentido;
Abran las puertas exterioridades
Al discurso, el discurso á las verdades.

Rey yace excelso, sus cenizas sella
Esta augusta eminente.

Quién fué, muda lo está diciendo aquella
Piedra animada de *hic jacet* valiente,
Religion sacra, que doliente en vulto,
El un pecho da á celo, el otro al culto.

Su fin, ya que no acerbo, no maduro,
Dulcemente llorando,
Acusa la clemencia al mármol duro,
De sus vertidas bien lágrimas blando,
El árbol de Minerva suspendida
La invicta espada que ciñó su vida.

La liberalidad, si el jaspe llora,
Ver, caminante, puedes,
Tan copiosa de lágrimas ahora
Cuanto fué cuatro lustros de mercedes;
Desatada la América sus venas,
Suplió magnificencia tantas penas.

Aquel mórbido jaspe mira, y luego
¡Oh huésped! soleniza,
No del buril mentida la que el fuego
En el paler bebió de la ceniza,
Sino aquella que fué por excelencia
O pureza fecunda ó continencia.

Estas virtudes, altamente santo,
Ejercitó el tercero
De los Felipes; tú, deshecho en llanto,
Las venera, y prosigue ¡oh pasajero!
Tus pasos antes que se acabe el día,
Porque es breve aun del sol la monarquía.

OCTAVAS.

OCTAVAS SACAS.

A la descension de la Virgen nuestra Señora á dar la casulla á su
capellan san Ildefonso en la santa iglesia de Toledo.

Era la noche: en vez del manto oscuro,
Tejido en sombras y en horrores tinto,
Crepúsculos mintiendo al aire puro,
De un árbol ni confuso ni distinto,
Turbada así de Tésalo conjuro
Su esplendor corvo la deidad de Cinto,
A densa nube fria, que dispensa
Luz como nube y rayos como densa,
Fulgores arrojando, se presente
Nocturno sol en carro no dorado,
En trono si de pluma, que luciente
Canoro nicho es, dosel alado;
Concentuoso coro diligente,
A tanto ministerio destinado,
En hombros pues querúbicos María
Viste al aire la púrpura del día.

Al cerro baja, cuyos levantados
Muros, alta de España maravilla,
De antigüedad salían coronados
Por los campos del aire á recibilla;
En tanto la aclamó plectros dorados,
Cuantas se oyeron ondas en su orilla,
Glorioso el Tajo en ministrar cristales
A empiresas torres ya, no imperiales.

Busca al pastor que del metal precioso
Sacro es cayado su torcido leño,
Docto conecador del venenoso,
Helvediano áspid, no pequeño.
Hallólo; mas hurtándose al reposo
Que los mortales han prescrito al sueño,
El templo entraha cuando al santo godo
Alta le escondió luz el templo todo.

El luminoso horror tan mal perdona,
Cuan bien impide su familia breve,
Pues con la menos tímida persona
Un término de mármol fuera leve;
Aguila pues al sol que lo corona,
Intrépido Ildefonso rayos bebe,
Fieles á una pluma que ha pasado,
Con lo que ha escrito de lo que ha volado.

Postrarse humilde en el que tanta esfera
Majestuoso rosicler le atiende,
Y absorto en la de luz region primera,

Se libra tremorante ó inmóvil pende (42);
 Le lo que ilustre luego reverbera,
 Se remonta á lo fulgido que enciende,
 Ej: tutoriando en la revista
 Todos los privilegios de la vista.

Desde el sitial la Reina esclarecido
 Ornamento le viste de fin brocado,
 Cuyos altos no le era concedido
 Al serafín pisar mas levantado;
 Invidioso aun antes que vencido,
 Carbunclo ya en los cielos engastado,
 En bordadura pretendió tan bella
 Poco rutilar mas que mucha estrella.

De las gracias reciprocas la suma
 Que el don satisficieron soberano,
 Que celebraron la divina pluma,
 Otra la califique en otra mano;
 Huyendo con su océano la espuma,
 El margen restituye menos cano,
 Que iluminado el templo restituye
 Extenuada luz que á su luz huye.

¡Oh Virgen siempre, oh siempre gloriosa!
 Ann de humildes dignada afectos puros,
 Fábrica te construye santuosa
 De jaspes varios y de bronce duros,
 Pastor, mas de virtud tan poderosa,
 Que al tiempo de obeliscos y de muros
 Devorador sacrilego se atreve
 Con la que te erigió piedra mas breve.

Augusta es gloria de los Sandovalos,
 Argos de nuestra fe tan vigilante,
 Que ciento ilustran ojos celestiales
 Aun la que arrastran purpura flamante;
 De los que estolas ciñen inmortales
 Crezca glorioso el escuadron ovante,
 Quien devoto consagra hoy á tu bulto
 Tan digno trono cuan debido culto.

OTRA FÚNEBRE.

Al título que la ciudad de Córdoba hizo á la reina
 nuestra señora doña Margarita de Austria.

En esta que admirais de piedras graves
 Labor no egipcia, aunque á la llama imita,
 Ungüentos privilegian hoy suaves,
 La muerta humanidad de Margarita (43);
 Si de cuantos la pompa de las aves
 En su funeral leños solicita,
 Hay quien distile aroma tal en vano,
 Resistiendo sus troncos al gusano.

OTRA VARIA (44).

En sola su confusa montería
 Hay donde un buen oído se dilata,
 El corvo cuerno atruena, el alcon pia,
 El caballo relincha, el perro late,
 El cascabel no olvida su armonía
 Si se sacude el pájaro ó se abate;
 Así que, todo hace un dulce yerro,
 Caballo, cascabel, cuerno, alcon, perro.

OCTAVAS SACRAS.

A la beatificación de san Francisco de Borja, de la compañía
 de Jesus.

Ciudad gloriosa, cuyo excelso muro
 Fábrica fué sin duda la una parte
 De la lira de Apolo, si del duro
 Concenito la otra del furor de Marte,
 Cuyos campos el céfiro mas puro
 Jardineró cultiva no sin arte,
 A tus cisnes canoros no sea injuria
 Que ánsar del Bétis cuervo sea del Turia.

Obscuro pues la voz como la pluma,
 Cantaré el generoso Borja santo,

Si de su gloria la pureza suma
 No ofenden las tinieblas de mi canto;
 Depuso el fausto, parto de la espuma,
 La purpura ducal creciendo tanto,
 Le indujo horror la mas esclarecida
 Corona en un cadáver definida.

Fomentando este horror un desengaño,
 Que á trompa final suena, solicita
 Crecer humilde el numero al rebaño,
 Del silbo, del cayado jesuita;
 ¡Del palacio á un redil! efecto extraño
 De impulso tan divino, que acredita
 Al mayoral y alienta su ganado,
 Apostólico este, aquel sagrado!

Religioso Quirón, no solo iguala (45),
 Sino excede en virtud al mas perfecto,
 Sucediendo silicios á la gala,
 Que aun el mas venial liman afecto;
 El ayuno á su espíritu era un ala,
 La oración otra, siempre fiscal recto
 De su conciencia; bien que garza el Santo,
 Las plumas peina orillas de su llanto.

Tempestades previendo, suele esta ave
 Graznar cantando al despuntar del día.
 El remedio despues tormenta grave,
 Que antes amenazó su profecía,
 Al que á Dios mentalmente hablarle sabe,
 Mucho de lo futuro se le fia;
 Bajel lo diga de quien fué piloto,
 De escollos mil besado, y nunca roto.

Pisando pompas quien del mejor cielo
 En su celda la luz bebía mas clara,
 El sacro honor renuncia del sepelio,
 Glorioso ingreso á la tercer tiara;
 Húrtase al mundo, que en tocando el suelo,
 Sierpe se hace aun de Moisés la vara;
 Religioso sea pues beatificado
 Quien duque pudo ser canonizado.

OCTAVA (46).

Al Santísimo Sacramento.

El pelicano rompe el duro pecho
 Con pecho, con amor, con osadía;
 Deja del mismo pecho manjar hecho,
 Con que á su pecho los hijuelos cria;
 ¡Oh eterno pecho, que en amor deshecho,
 Tu pecho das con pecho y valentía,
 Porque el pecho del hombre regalado
 Con tu pecho á tus pechos se ha criado!

TERCETOS.

TERCETOS HEROICOS.

A la historia de Felipe II que escribió Luis Cabrera, su cronista.

Escribis ¡oh Cabrera! del Segundo
 Filipo las acciones y la vida,
 Con que el cielo adquirió, si admiró el mundo.

Alto asunto, materia esclarecida,
 Digna, Libro español, de vuestra pluma,
 Y pluma tal á tanto rey debida.

Léase pues deste prudente Numa
 El largo cetro, la gloriosa espada,
 En culto estilo ya con verdad suma.
 Sea la felicísima jornada
 En sus primeros años florecientes
 Lisonja de mi oreja fatigada.

Provincias, mares, reinos diferentes,
 Peregrino gentil pisó coñido
 De enjambres, no de ejércitos de gentes.

Cual ya el único pollo bien nacido,
 De crestas vuela, de oro coronado,
 Si bien de plata y rosicler vestido,

(42) Farla lee *inmóvil*.

(43) Así Faria; otros leen *humildad*.

(44) Segun un códice del señor Guerra y Orbe, no es de Góngora esta octava.

(45) Así Faria; otros leen *cyron*.

(46) No es de Góngora esta octava, segun un códice del señor Guerra y Orbe.

Que de tropas de aves rodeado,
 La variedad matiza del plumaje
 El color de los cielos turquesado;
 Tal el jóven procede en su viaje,
 Fénix, mas no admirado del dichoso
 Árabe en nombre, bárbaro en linaje,
 Ni del egipcio un tiempo religioso,
 Si no hospedado del tiel lombardo,
 Temido del helvecio belicoso.
 Tantos siguen al príncipe gallardo,
 Que el río que vadean cristalino,
 O al mar no llega, ó llega con pié tardo.
 Hierve, no de otra suerte que el camino,
 De providas hormigas, ó de abejas
 El aire al colmenar circunvecino.
 Balcones, galerías son y rejías
 Del número que ocurre á saludarlo
 Las altas bayas, las encinas viejas.
 A los piés llega al fin del Quinto Carlo,
 Que en sus brazos lo acoge, y tiernamente
 Lo abraza, y no desiste de abrazarlo (47).

TERCETOS BURLESCOS.

A lo poco que hay que fiar de los favores de los príncipes
 cortesanos; por lo cual se sale de la corte.

¡Mal haya el que en señores idolatra
 Y en Madrid desperdicia sus dineros,
 Si ha de hacer al salir una moñatra!
 Arroyos de mi buerta lisonjeros;
 Lisonjeros mal dije, que sois claros,
 Dios me saque de aquí y me deje veros.
 Si correis sordos, no quiero hablarlos,
 Mejor es que corraís murmuradores;
 Que llevo muchas cosas que contaros.
 Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores,
 Ya que llevar no puedo ruerciaños,
 Que entre pámpanos son lo que entre flores.
 Si yo tuviera veinte mil ducados,
 Tiplones convocara de Castilla,
 De Portugal bajetes mermelados (48),
 Y á fe que á la pajisima capilla
 Tiorbas de cristal vuestras corrientes
 Prestaran dulces en su verde orilla;
 Pájaros suplan pues faltas de gentes,
 Que en voces, si no métricas, suaves,
 Consonancias desatan diferentes,
 Si ya no es que de las simples aves
 Contiene la republica volante
 Poetas, ó burlescos sean ó graves;
 Y cualquier madrigal sea elegante,
 Librándome el lenguaje en el concerto,
 El que algún culto ruiseño me cante,
 Pródigo dulce que corona el viento,
 En unas mismas plumas escondido
 El músico, la musa, el instrumento;
 Mas ¿dónde ya me había divertido?
 Ruiseñas agnas, que de vuestro dueño
 Con razon os habeis siempre reido,
 Guardad entre esas guijas lo ruiseño
 A este dómine lobo que pensaba
 Escaparse de tal por lo aguileño,
 Celebrando con tinta, y aun con baba,
 Las fiestas de la corte, poco me as
 Que hacérselas á Júdas con octava.
 Cantar pensé en sus márgenes amenos
 Cuantas Dianas Manzanares mira,
 A no arromadizarme sus serenos.
 La lisonja, con todo, y la mentira,
 Modernas musas del favonio coro,
 Las cuerdas le rozaron á mi lira.
 ¿Valió por dicha al leño mio canoro,
 Si puede ser canoro leño mio,
 Clavijas de marfil ó trastes de oro?

Sequedad lo ha tratado como á rio;
 Puente de plata fué que hizo alguno
 A mi fuga quizá de su desvío.

No mas, no, que aun á mí será importuno,
 Y no es mi intento á nadie dar enojos,
 Sino apelar al pájaro de Juno.

Gastar quiero de hoy mas plumas con ojos,
 Y mirar lo que escribo; el desengaño
 Preste clavo y pared á mis despojos.

La adulacion se queden, y el engaño,
 Mutiéndome en el teatro, y la esperanza
 Dando su verde un año y otro año;

Que si en el mundo hay bienaventuranza,
 A la sombra de aquel árbol me espera,
 Cuyo verdor no conoció mudanza.

Su flor es pompa de la primavera,
 Su fruto, ó sea lo dulce ó sea lo acedo,
 En oro engasta, que al romperlo es cera.

Allí el murmurio de las aguas ledo,
 Ocio sin culpa, sueño sin cuidado
 Me guardan, si acá en polvos no me quedo,

Molido del dictámen de un letrado,
 En la tahona de un relator, donde
 Siempre hallé para mí el rocín cansado.

¡Dichoso el que pacífico se esconde
 A este civil ruido, y litigante,
 O se concierta ó por poder responde,

Solo por no ser miembro cortegiante
 De sierpe prodigiosa que camina
 La cola, como el gámbaro, delante!

¡Oh soledad de la quietud divina,
 Dulce prenda, aunque muda ciudadana
 Del campo, y de sus ecos convecina!

¡Sabrosas treguas de la vida urbana,
 Paz del entendimiento, que lambica
 Tanto en discursos la ambicion humana!

¿Quién todos sus sentidos no te aplica?
 Ponme sobre la mula; verás cuánto
 Mas que la espuela esta opinion la pica.

Sea piedras la corona, si oro el manto
 Del monarca supremo; que el prudente
 Con tanta obligacion no aspira á tanto.

Entre pastor de ovejas y de gente
 Un politico medio lo conduce
 Del pueblo á su heredad, della á su fuente (49).

Sobre el aljófar que en las yerbas luce,
 O se reclina, ó toma residencia
 A cada vara de lo que produce.

Tiéndese, y con delibada reverencia
 Responde, alta la gamba, al que le escribe
 La expulsion de los moros de Valencia.

Tan cerimoniosamente vive,
 Sin dársele un cuartín de que en la corte
 Le den título á aquel, ó el otro prive.

No gasta así papel, no paga porte
 De la gaceta que escribió las bodas
 De doña Catamita con el Norte.

Del estadista y sus razones todas
 Se burla visitando sus fruitales,
 Mientras el ambicioso sus baibodas.

No pisa pretendiente los umbrales
 Del que trae la memoria en la pretina,
 Pues della penden los memoriales.

El márgen de la fuente cristalina
 Sobre el verde mantel que da á su mesa,
 Platos le ofrece de esmeralda fina.

Sírvele el huerto con la pera gruesa,
 Emula en el favor, y no comprada
 De lo mas cordial de la camuesa.

A la gula se queden la dorada
 Rica bajilla, el bacanal estruendo;
 Mas basta, que la mula es ya llegada.
 A tus lomos, oh rucia, me encomiendo.

(47) Estos tercetos parecen fragmentos de una larga epístola.

(48) Otros leen equivocadamente *bajetes*, en vez de *bajetes*.

(49) Así Faria; otros leen *frente*.

FÁBULA

DE POLIFEMO Y GALATEA.

Al excelentísimo señor Conde de Niebla.

Estas que me dió rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica Faba,
¡Oh excelso Conde! en las purpúreas horas
Que es rosa la alba y rosicler el día,
Agora, que de luz tu niebla doras,
Escucha al son de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva (1).

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma (2),
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presume;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebril en el cordón de seda,
Y al cuerno en fin la citara suceda (3).

Treguas al ejercicio sean robusto (4)
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto (5)
Del músico jayan el fiero canto;
Alternan con las musas hoy el gusto;
Que si la mia puede ofrecer tanto
Clarín, y de la fante no segundo,
Tu nombre oíran los términos del mundo.

FÁBULA.

Donde espumoso el mar siciliano
El pié argenteo de plata al Líbico (6),
Bóveda (7) de las fraguas de Vulcano
O tumba de los huesos de Tifeo,
Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrilego deseo,
Del duro oficio da; allí una alta roca
Mordaza es á una griteria de su boca.

Guarnicion tosca deste escollo duro
Troncos robustos son, á cuya greña
Menos luz debe, menos aire puro,
La caverna profunda que á la Peña;

- (1) Así Pellicer; Hoces, Salcedo, Faria y otros leen:

Peinar el viento y fatigar la selva.

- (2) Pellicer lee *alcándara*.

- (3) Así Hoces, Salcedo y otros; Pellicer y Faria escriben:
el fin.

- (4) *Treguas del ejercicio*, dice Cascales.

- (5) Otros ponen: *del dosel*.

- (6) Pellicer escribe: «Dicen que *argenteo* de *p'ta* es lo mismo que *dorar de oro* y *platear de plata*, no dándose por entendido algun andaluz que lo notó, que es frase provincial y solo usada en la Andalucía, donde *argenteo* sirve al oro y plata, y se dice *argenteo de oro* y *argenteo de plata*; y esto es mas frecuente en los borceguies.»

Salcedo Coronel dice que si le fuera licito, enmendara: *El pié calza de plata al Líbico*, porque, habiendo dicho pié, se diría con mas propiedad *calzar*.

Yo, en mi *Gran diccionario de la lengua española*, digo en la voz *argentería* que es conjunto de oro y plata ó de monedas, y cito un pasaje de las *Eroticas* de Villégas, donde se lee, al tratarse de la lluvia de oro de Danae:

Ya diosas me cercaban,
Ya diosas me ocurrían,
Y ni cesaba el canto
Ni Júpiter venía;
Yo, celoso, dejélos,
Y á ti volví, Licinnia,
Como amante que teme
Lluvias de argentería.

También es bordadura de oro, plata, azabache, etc. Arguijo, en su *Relacion de las fiestas de toros y cañas*, escribe: «Lanzas, desnudas con banderillas y cometas azules y plata, mangas de holán, cuajadas de *argentería* de oro... y *argenterías negras*.»

- (7) En algunas ediciones se dice: *Bóveda ó de las fraguas*.

Caligine ó lecho el seno oscuro
Ser de la negra noche nos enseña (8),
Infante turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves.

Deste pues formidable de la tierra
Bosteza el melancólico vacío,
A Polifemo, horror de aquella sierra (9),
Bárbara choza es, albergue nublado
Y redil espaciado, donde encierra
Cuanto las cu abres ásperas cubrió
De los montes esconde, copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Era un monte de miembros eminente
Este que, de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de sufrente,
Emulo casi del mayor lucero;
Ciclope, á quien el pino mas valiente
Baston le obedecía tan ligero,
Y al grave peso junto tan delgado,
Que un día era baston y otro cayado.

Negro el cabello, imitador ondoso
De las oscuras ondas del Leteo (10),
Al viento, que lo peina proceloso,
Vuela sin órden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuoso,
Que adusto hijo deste Pirineo
Su pecho inunda, ó tarde ó mal ó en vano
Salcado aun de los dedos de su mano (11).

No la Trinacria en sus montañas fiera
Armó de crueldad, calzó de viento,
Que redima feroz, salve ligera
Su piel manchada de colores ciento;
Pellico es ya la que en los bosques era (12)
Mortal horror al que con paso lento (13)
Los bueyes á su albergue reducia,
Pisando la dudosa luz del día.

Cereado es, cuanto mas capaz, mas lleno.
De la fruta el zurrón casi abortado,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada;
La serva, á quien le da rugas el heno,
La pera, de quien fué cuna dorada
La rubia paja, y pálida tutora
La niega avara, y pródiga la dora (14).

Erizo es el zurrón de la castaña,
Y entre el membrillo, ó verde ó datilado,
De la manzana hipócrita, que engaña,
A lo palido no, á lo arrebolado;
Y de la eucina, honor de la montaña,
Que pabellon al siglo fué dorado,
El tributo, alimento, aunque grosero,
Del mejor mundo, del cándido primero.

Cera y cáñamo unió, que no debiera,
Cien cañas, cuyo barbero ruido
De mas ecos que unió cáñamo y cera
Albogue es duramente repetido (15);

- (8) Así Pellicer; otros escriben: *nos lo enseña*.

- (9) Así Hoces, Salcedo, Faria y otros; Pellicer, refiriéndose á manuscritos de Góngora, dice:

Al cabrero mayor de aquella sierra.

- (10) Así Pellicer; otros escriben *aguas* en vez de *ondas*.

- (11) Así Pellicer, concertando *salcado* con *torrente*; otros leen *salcada*, con alusión á *barba*.

- (12) Pellicer dice que algunos manuscritos leen:

Pellico es del jayan la que antes era.

- (13) *Fiero terror*, en vez de *mortal horror*, pone Pellicer.

- (14) Segun Pellicer, en algunos manuscritos se lee la mitad de esta estancia distintamente, y *no sé si diga mejor* (son sus palabras):

La delicada serva, á quien el heno
Rugas le da en la cuna, la opilada
Camuesa, que el color pierde amarillo
En tomando el acero del cuchillo.

- (15) Así Salcedo Coronel; Pellicer y otros leen:

Albagues duramente es repetido.

Salcedo explica el verso diciendo:

«De mas ecos que juntó el cáñamo y cera es repetido duramente *albogue*. Esto es, los ecos que formaba duramente el instru-

La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe Triton su caracol torcido,
Sordo huye el bajel a vela y remo;
Tal la música es de Polifemo.

Ninfa de Bóris, hija la mas bella
Adora que vió el reino de la espuma;
Galatea es su nombre, y dulce en ella
El terno Vénus de sus Gracias suma;
Son una y otra luminosa estrella
Lucientes ojos de su blanca pluma.
Si roca de cristal no es de Neptuno,
Pavon de Venus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea
La alba entre liliis candidos deshoja;
Duda el Amor cuál mas su color sea,
O púrpura nevada ó nieve roja;
De su frente la perla es Éritrea
Emula vana; el ciego dios se enoja,
Y condenado su esplendor, la deja
Pender en oro al nacar de su oreja.

Invidia de las ninfas y cuidado
De cuantas honra el mar deidades era,
Pompa del marinero, niño alado,
Que sin final conduce su venera:
Verde el cabello, el pecho no escamado,
Rónico si, escucha á Glauco la ribera
Inducir á pisar la bella ingrata
En carro de cristal campos de plata.

Marino jóven las cerúleas sienas
Del mas tierno coral cisne Palemo,
Rico de cuantos la agua engendra bienes
Del faro odioso al promontorio extremo,
Mas en la gracia igual, si en los desdenes
Perdonado algo mas que Polifemo
De la que no le oyó, y calzada plumas,
Tantas flores pisó como él espumas:

Huye la bella ninfa, y el marino
Amante nadador ser bien quisiera,
Ya que no áspid á su pié divino,
Dorado pomo á su veloz carrera (16);
Mas ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender podrá ligera
Que él desden solicita? ¡Oh cuánto yerra
Bellín que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona;
Tanto de frutas esta le enriquece,
Cuanto aquel de racimos la corona;
En carro que estival trillo parece,
A sus campañas Ceres no perdona,
De cuyas fertilisimas espigas
Las provincias de Europa son hormigas.

A Páles su viciosa cumbre debe
Lo que á Ceres, y aun mas, su vega llana,
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieve en la otra mil de lana;
De cuantos siegan oro, esquilan nieve
O en pipas guardan la esquilman grana,
Bien sea religion, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras no; que el márgen donde para
Del espumoso mar su pié ligero,
Al labrador de sus primicias ara,
De sus esquilmos es al ganadero;
De la copia á la tierra poco avara
El cuerno vierte el hortelano entero
Sobre la mimbre que tejió prolija,
Si artificiosa no, su honesta hija.

mento de Polifemo repetían que era *albogue*, ó en los ecos repetidos de tantas voces se conocía que el instrumento que las formaba era *albogue*.»

Pellicer interpreta de este modo:

«Cuyo estruendo bárbaro, grande... repetían mas ecos que unieron cáñamo y cera *alboques*; de modo que si el instrumento constaba de cien cañas ó cien cicutas, que es aquella distancia que hay de nudo á nudo en la caña, el eco repetía cuatrocientas voces.»

(16) En su veloz carrera.—Texto de Pellicer.

Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que sulcaron antes
Mal conducidos, cuando no arrastrados
De tardos bueyes, cual su dueño errantes,
Sin pastor que los silbe, lo ganado
Los crugidos ignoran resonantes
De las bondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, ó cruje el robre.
• Mudó la noche el can; el día dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace;
Bala el ganado, al misero batido
Nocturno el lobo de las selvas nace;
Cébase, y fiero deja humedecido
En sangre de una lo que la otra paze.
Revoca Amor los silbos, á su dueño
El silencio del can siga ó el sueño (17).

La fugitiva ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al sol ardiente
Tantos jazmines cuanta yerba esconde (18),
La nieve de sus miembros da á una fuente;
Dulce se queja, dulce se responde (19)
Un ruiseñor á otro, y dulcemente
Al sueño da sus ojos la armonía
Por no abrasar con tres soles el día.

Salamandra del sol vestido estrellas,
Latiendo el can del cielo estaba, cuando
Polvo el cabello, húmidas centellas,
Si no ardientes aljofares sadando,
Llegó Acis, y de ambas luces bellas
Dulce accidente viendo al sueño blando,
Su boca dió y sus ojos cuanto pudo
Al senoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido.
De un fauno medio hombre y medio fiera (20),
En Simétis, hermosa ninfa, habido,
Gloria del mar, honor de su ribera;
Al bello imán, al idolo dormido,
Acero sigue, idólatra venera (21);
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,
Rinden las vacas y fomenta el robre.

El celestial humor recién cuajado
Que la almindra guardó entre verde y seca,
En blanca mimbre se lo puso al lado,
Y un copo en verdes juncos de manteca (22);
En breve corcho, pero bien labrado,
Un rubio hijo de una encina hueca,
Dulcísimo panal, á cuya cera
Su néctar vinculó la primavera.

Caluroso al arroyo da las manos,
Y con ellas las ondas á su frente

(17) Pellicer dice:

A su dueño
El silencio del can siga, ó el sueño.

Así se ha de leer, no

O á su dueño
El silencio del can sigan, y el sueño,

que no hace sentido; lo que quiso nox Luis decir, es que los silbos que habia de dar el pastor no los daba, por obedecer al amor, ora durmiese de día ó callase de noche, como su can.»

(18) Salcedo dice que estos versos deben entenderse así:

«Le da tantos jazmines á una fuente cuanta yerba esconde con la nieve de sus miembros; esto es, recostada al márgen de una fuente, le da tantos jazmines en lo cándido de sus miembros cuanta yerba esconde la nieve de ellos mismos. Así entiendo yo este lugar, aunque don Gabriel del Corral, cuyo ingenio y erudición honran felizmente á España, me dijo le entendia de otra manera: que recostada Galatea cerca de una fuente en la parte superior, retratándose en sus aguas, le daba en su imágen tantos jazmines cuanta yerba escondia la nieve de sus miembros, oprimiéndola con ellos.»

(19) Pellicer dice que así se ha de leer, no *dulce le responde*, como se ve en algunos manuscritos é impresos.

(20) Así Pellicer; otros suprimen en este verso la y.

(21) Así Pellicer; los demás dicen equivocadamente:

El bello imán, el idolo dormido
Que acero sigue, idólatra venera.

(22) Así Pellicer, Salcedo y otros; Hoces, Faria y algunos mas leen:

Y un poco en verdes juncos de manteca.

Entre dos mirtos que , de espuma canos ,
 Dos verdes garzas son de la corriente ;
 Vagas cortinas de volantes vanos
 Corrió Favonio lisonjeramente ,
 Ala de viento, cuando no sea cama
 De frescas sombras, de menuda grama.

La ninfa pues la sonora plata
 Bullir sintió del arroyuelo apenas,
 Cuando, á sus verdes márgenes ingrata,
 Segur se hizo de sus azucenas (23);
 Huyera, mas tan frío se desata
 Un temor perezoso por sus venas,
 Que á la precisa fuga, al presto vuelo
 Grillos de nieve fué, plumas de hielo.

Fruta en mimbres halló, leche exprimida
 En juncos, miel en corcho, mas sin dueño,
 Si bien al dueño debe, agradecida
 Su deidad culta, venerado el sueño ;
 A la ausencia mil veces ofrecida
 Este de cortesía no pequeño
 Indicio la dejó, aunque estaba helada,
 Mas discursiva y menos alterada.

No al cíclope atribuye, no, la ofrenda ;
 No á sátiro lascivo ni á otro feo
 Morador de las selvas, cuya rienda
 El sueño aloja que alojó el desceo (24) ;
 El niño dios entonces de la venda,
 Ostentacion gloriosa, alto trofeo
 Quiere que al árbol de su madre sea
 El desden hasta allí de Galatea.

Entre las ramas del que mas se lava
 En el arroyo, mirto levantado,
 Carcax de cristal hizo, si no aljaba,
 Su blanco pecho de un arpon dorado ;
 El monstro de rigor, la fiera brava
 Mira la ofrenda ya con mas cuidado,
 Y aun siente que á su dueño sea devoto,
 Confuso alcaide mas, el verde soto.

Lamarálo, aunque muda, mas no sabe
 El nombre articular que mas guerra (25),
 Ni lo ha visto, si bien pincel suave
 Lo ha bosquejado ya en su fantasía ;
 Al pie no tanto ya del temor grave
 Fia su intento, y tímida en la umbría
 Cama de campo, y campo de batalla,
 Fingiendo sueño al cauto garzon halla.

El bulto vió, y haciéndolo dormido,
 Librada en un pie, toda sobre él pende,
 Urbana al sueño, bárbara al mentido
 Retórico silencio que no entiendo ;
 No el ave reina así el fragoso nido
 Corona inmóvil mientras no deciendo
 Rayo con plumas al milano pollo
 Que la eminencia abriga de un escollo ;

Como la ninfa bella, compitiendo
 Con el garzon dormido en cortesía,
 No solo para, mas el dulce estruendo
 Del lento arroyo enmudecer querría ;
 A pesar luego de las ramas, viendo
 Colorido el bosquejo que ya había
 En su imaginacion Cupidó hecho
 Con el pincel que le clavó en su pecho,

(23) Todas las ediciones dicen :

Seguir se hizo de sus azucenas.

Conformándome con el texto de Pellicier, pongo en el mio *segur*.

Este erudito interpretaba :

« Cuando ingrata al lecho que la ofreció la margen, marchitó pisando las azucenas, ó se levantó en pie, con que quedaron muertas, faltándole los miembros de Galatea. »

(24) Pellicier dice :

« Aloja el sátiro la rienda al desceo, déjase llevar del apetito, y á este desceo le da mas rienda viendo entregado al sueño lo que apetece... Algunos leen *el sueño afija*, pero mal, porque no hace sentido alguno, porque la rienda no se *afija* ; sino se *aloja*. »

Salcedo decía que don Luis puso *afijir la rienda por ajustar*.

(25) Otros leen *quería* ; sigo á Pellicier.

De sitio mejorada, atenta mira
 En la disposicion robusta aquello
 Que, si por lo suave no la admira,
 Es fuerza que la admire por lo bello ;
 Del casi trasmontado sol aspira
 A los confusos rayos su cabello ;
 Flores su huzo es, cuyas colores,
 Como duerme la luz, niegan las flores.

En la rústica greña yace oculto
 El aspid del intonso prado ameno
 Antes que del peinado jardín culto
 En el lascivo regalado seno ;
 En lo viril desata de su bulto
 Lo mas dulce el Amor de su veneno ;
 Belheo Galatea, y da otro paso
 Por apurarle la ponzoña al vaso.

Acis, aun mas de aquello que dispensa
 La brújula del sueño vigilante,
 Alterada la ninfa esté ó suspensa,
 Argos es siempre atento á su semblante,
 Lince penetrador de lo que piensa,
 Cifñalo bronce ó murelo diamante ;
 Que en sus paladiones Amor ciego,
 Sin romper muros introduce fuego.

El sueño de sus miembros sacudido,
 Gallardo el jóven su persona ostenta (26),
 Y al marfil luego de sus piés rendido,
 El coturno besar dorado intenta ;
 Menos ofende el rayo prevenido
 Al marinero, menos la tormenta
 Prevista le turbó ó pronosticada ;
 Galatea lo diga, saltuada.

Mas agradable, menos zahareña (27),
 Al mancebo levanta venturoso,
 Dulce ya concediéndole y risueña
 Paces no al sueño, treguas si al reposo ;
 Lo cóncavo hacia de una peña
 A un fresco sitial dosel umbroso,
 Y verdes celosias unas biedras,
 Trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra que imitara en vano
 El tirio sus matices, si bien era
 De cuantas sedas ya hiló gusano,
 Y artifice tejó la primavera,
 Reclinados al mirto mas lozano,
 Una y otra lasciva, si ligera,
 Paloma se caló, cuyos gemidos,
 Trompas de amor, alteran sus oídos.

El ronco arrullo al jóven sollicita ;
 Mas con desvios Galatea suaves
 A su audacia los términos limita.
 Y el aplauso al concento de las aves ;
 Entre las ondas y la fruta imita
 Acis al siempre ayuno en penas graves,
 Que en tanta gloria infierno son no breve,
 Fugitivo cristal, pomos de nieve.

No á las palomas concedió Cupido
 Jantar de sus dos picos los rubies,
 Cuando al clavel el jóven atrevido
 Las dos hojas le chupa carmesies ;
 Cuantas produce Pafo, engendra Guido
 Negras violas, blancos alhelies
 Llueven sobre el que Amor quiere que sea
 Tálamo de Acis ya y de Galatea.

Su aliento humo, sus relinchos fuego,
 Si bien su freno espumas, ilustra
 Las columnas Etoi que erigió el griego,
 Do carro de la luz sus ruedas lava,
 Cuando de amor el fiero jayán ciego
 La cerviz le oprimió á una roca brava,
 Que á la playa, de escollos no desnuda,
 Lanterna es ciega y atalaya es muda.

Arbitro de montañas y ribera,
 Aliento dió en la cumbre de la roca
 A los albugues que agregó la cera,
 El prodigioso fuelle de su boca ;

(26) Así Pellicier ; otros leen : *la persona*.

(27) Así Pellicier ; otros ponen : *y menos zahareña*.

La ninfá los oyó, y ser mas quisiera
Breve flor, yerba humilde, tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva;

Mas, cristalinos pámpanos sus brazos,
Amor la implica si el temor la ayuda
Al infelice olmo que pedazos
La segur de los celos hará aguda;
Las cavernas en tanto, los ribazos
Que ha prevenido la zampoña ruda,
El trueno de la voz fulminó luego;
Referildo, Piérides, os ruego.

«¡Oh bella Galatea, mas suave
Que los claveles que troncó la aurora,
Blanca mas que las plumas de aquel ave (28)
Que dulce muere y en las aguas mora;
Igual en pompa al pájaro que grave
Su manto azul de tantos ojos dora
Cuantas el celestial zafiro estrellas;
Oh tú que en dos incluyes las mas bellas!

»Deja las ondas, deja el rubio coro
De las hijas de Tétis, y el mar vea,
Cuando niega una luz un carro de oro (29),
Que en dos las restituye Galatea;
Pisa la arena, que en la arena adoro
Cuantas el blanco pié conchas platea,
Cuyo bello contacto puede hacerlas,
Sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas
A mis gemidos son rocas al viento,
O dormida te hurten á mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
O al disonante número de almejas,
Marino, si agradable no, instrumento,
Coros tejendo estés, escucha un día
Mi voz, por dulce, cuando no por mia.

»Pastor soy; mas tan rico de ganados,
Que los valles impido mas vacíos,
Los cerros desparezco levantados
Y los caudales seco de los ríos (30);
No los que de sus ubres desatados,
O derivados de los ojos míos,
Leche corren y lágrimas; que iguales
En número á mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores,
Senos que ignora aun la golosa cabra,
Corchos me guardan mas que abeja flores
Liba inquieta é ingeniosa labra (31);
Troncos me ofrecen árboles mayores,
Cuyos enjambres, ó el abril los abra,
O los desate el mayo, ámbar destilan
Y en ruceas de oro rayos del sol hilan.

»Del Júpiter soy hijo de las ondas,
Aunque pastor; si tu desden no espera
A que el monarca de esas grutas hondas
En tronco de cristal te abraza nuera,
Polifemo te llama, no te escondas;
Que tanto esposo admira la ribera
Cual otro no vió Febo mas robusto
Del perezoso Bolga al Indo adusto (32).

(28) Así Salcedo y otros; Pellicer dice *aquella*. Añade además que en algunos manuscritos se lee *blanda* en vez de *blanca*.

(29) Así Pellicer; otros ponen: *la luz*.

(30) Pellicer, Salcedo y otros así escriben este verso; otros ponen *randales* en vez de *caudales*.

(31) Así Pellicer; otros suprimen la *y*.

(32) Así Pellicer; los mas de los editores de Góngora leen:

Del perezoso Belga al Indo adusto.

Pellicer dice:

«Así se ha de leer *Bolga*, no *Belga*. Dos explicaciones tiene este verso; ó lo podemos entender desde Bulgaria á la India, por los ríos ó por las provincias de estas dos naciones... Dirán que no es buena frase desde Septentrion á Oriente. Aquí don Luis solo pone los dos extremos de calor y frío de Scitia y Etiopia, para significar la distancia que hay de una zona á otra.»

Salcedo escribe:

«Llama don Luis al *Belga* perezoso. No sé qué le pudo mover, siendo este epíteto opuesto totalmente á su naturaleza, porque

»Sentado, á la alta palma no perdoná
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos desde esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?

»Maritimo Alcion, roca emiiente
Sobre sus huecos coronaba el día,
Que espejo de zafiro fué luciente
La playa azul de la persona mia;
Miréme, y lucir vi un sol en mi frente
Cuando en el cielo un ojo se veía;
Neutra el agua, dudaba á cuál le preste (33),
Al cielo humano ó al ciclope celeste.

»Registra en otras puertas el venado
Sus años, su cabeza colmilluda
La fiera, cuyo cerro levantado
De helvecias picas es muralla aguda;
La humana suya el caminante errado
Dijo ya á mi cueva, de piedad desnuda,
Albergue hoy, por tu causa, al peregrino,
Do halló reparo, si perdió el camino.

»En tablas dividida rica nave
Besó la playa miserablemente,
De cuantas vomitó riquezas grave
Por las bocas del Nilo el Oriente;
Yugo aquel día, y yugo bien suave,
Del fiero mar á la salada frente
Imponiéndole estaba, si no al viento,
Dulcísimas coyundas mi instrumento;

»Cuando entre globos de agua entregar veo
A las arenas ligurina haya,
En cajas los aromas del Sabeo,
En cofres las riquezas de Cambaya,
Delicias de aquel mundo, ya trofeo
De Scila, que ostentado en nuestra playa
Lastimoso despojo fué dos días
A las que esta montaña engendra arpias.

»Segunda tabla á mi ginóvés mi gruta
De su persona fué, de su hacienda;
La una reparada, la otra enjuta,
Relacion del naufragio hizo horrenda;
Luciente paga de la mejor fruta
Que en yerbas se reclina ó en hilos penda,
Colmillo fué del animal que el Ganges
Sufrir muros le vió, romper falanjes.

»Arcó digo gentil, bruñida aljaba,
Obras ambas de artífice prolijo,
Y de Malaco rey á deidad Java (34)
Alto don, según ya mi huésped dijo;
De aquel la mano, desta el hombro agrava;
Convencida la madre, imita al hijo;
Serás á un tiempo en estos horizontes
Vénus del mar, Cupido de los montes.»

Su horrenda voz, no su dolor interno,
Cabras aquí le interrumpieron cuantas
Vagas el pié, sacrilegas el cuerno
A Baco se atrevieron en sus plantas;
Mas, conculcado el pámpano mas tierno,
Viendo el fiero pastor, voces él tantas,
Y tantas despidió la honda piedras,
Que el muro penetraron de las hiedras.

De los ñudos con esto mas suaves
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras guijas, por espinas graves
Solicitan el mar con piés alados;

son animosos, atrevidos, armigeros, fuertes, inquietos y sumamente arrojados. Yo creo que fue yerro de los manuscritos, y que don Luis dijo *del belicoso Belga*, y no *del perezoso*. Desta duda nos sacará la interpretación de Pedro de Ribas, y aunque yo no me conformo en este sentido, lo pondré para que el lector elija lo que mas gustare.» Lee Pedro de Ribas:

Del perezoso Bolga al Indo adusto.

Aquí se habla de los dos ríos, el Bolga y el Indo.

(33) Así Salcedo, Pellicer, Faria y otros; algunos leen: *se preste*.

(34) Otros leen *Maluco* en vez de *Malaco*.

Tal redimiendo de importunas aves,
Incauto mesguero sus sembrados
De liebres dirimió copia así amiga (35),
Que vario sexo unió y un sulco abriga.

Viendo el fiero jayán con paso nudo
Correr al mar la fugitiva nieve,
Que á tanta vista el libico desnudo
Registra el campo de su adarga breve,
Y al garzón viendo, cuantas mover pudo
Celoso trueno, antiguas hayas mueve,
Tal antes que la opaca nube rompa
Previene rayo fulminante trompa.

Con violencia desgajó infinita
La mayor parte de la excelsa roca (36),
Que al jóven, sobre quien la precipita,
Urna es mucha, pirámide no poca;
Con lágrimas la ninfa solicita
Las deidades del mar, que Acis invoca;
Concurren todas, y el peñasco duro
La sangre que exprimió cristal fué puro.

Sus miembros lastimosamente opresos
Del escollo fatal fueron apenas,
Que los piés de los árboles mas gruesos
Calzó el líquido aljófár de sus venas;
Corriente plata al fin sus blancos huesos
Lamiendo flores y argentando arenas (37),
A Dóris llega, que con llanto pio
Yerno lo saludó, lo aclamó rio.

SOLEDADES.

Al excelentísimo señor Duque de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante
Cuanto me dictó versos dulce musa,
En soledad confusa
Perdidos unos, otros inspirados (38).
; Oh tú, que de venablos impedido,
Muros de abeto, almenas de diamante,
Bates los montes, que de nieve armados,
Gigantes de cristal, los teme el cielo;
Donde el cuerno, del eco repetido,
Fieras te expone, que al teñido suelo
Muertas, pidiendo términos disformes,
Espumoso coral le dan al Tórmes,
Arrima a un fresno el fresno, cuyo acero
Sangre sudando, en tiempo hará breve
Purpurear la nieve,
Y en cuanto da el solícito montero,
Al duro roble, al pino levantado,
Enrulos vividores de las peñas,
Las formidables señas
Del oso que aun besaba, atravesado,
La asta de tu luciente jabalina,
O lo sagrado supla de la encina
Lo angosto del dosel ó de la fuente,
La alta ceneta lo majestuoso
Del sitial á tu deidad debido.
; Oh Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
Y entregados tus miembros al reposo
Sobre el de grama césped no desnudo,
Déjate un rato ballar del pié acertado,
Que sus errantes pasos ha votado;
A la real cadena de tu escudo
Honre suave, generoso nudo,
Libertad, de fortuna perseguida;
Que á tu piedad Euterpe agradecida,
Su canoro dará dulce instrumento,
Cuando la fama no su trompa al viento.

SOLEDAD PRIMERA.

Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Luciente honor del cielo
En campos de zafiro paze estrellas,
Cuando el que ministrar podía la copa
A Júpiter mejor que el garzón de Ida,
Náufrago y desdichado, sobre ausente,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar, que condolido
Fué á las ondas, fué al viento,
El misero gemido,
Segundo de Arion dulce instrumento,
Del siempre en la montaña opuesto pino
Al enemigo noto,
Piadoso miembro roto,
Brave tabla, del fin no fué pequeño
Al inconsiderado peregrino
Que á una Libia de ondas su camino
Rió, y su vida á un leño;
Del Océano pues antes sorbido,
Y luego vomitado
No lejos de un escollo coronado
De secos juncos, de calientes plumas,
Alga todo y espumas,
Halló hospitalidad donde halló nido
De Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
Aquella parte poca
Que le expuso en la playa dió á la roca;
Que aun se dejan las peñas
Lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el jóven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
Restituir le hace á las arenas,
Y al sol lo extiende luego,
Que lamiéndolo apenas
Su dulce lengua de templado fuego,
Lento lo embiste, y con suave estilo
La menor onda chupa al menor hilo.
No bien pues de su luz los horizontes,
Que hacían desigual, confusamente
Montes de agua y piélagos de montes,
Desdorados los siente,
Cuando entregado el misero extranjero
En lo que ya del mar redimió fiero,
Entre espinas crepusculos pisando,
Riscos que aun igualara mal volando
Velo é intrépido ala,
Menos cansado que confuso, escala.
Vencida al fin la cumbre
Del mar siempre sonante,
De la muda campaña
Arbitro igual é inexpugnable muro,
Con pié ya mas seguro
Declina al vacilante
Breve esplendor de mal distinta lumbre,
Farol de una cabaña
Que sobre el cerro está, en aquel incierto
Golfo de sombras anunciando el puerto.
« Rayos, les dice, cuando no de Leda
Trémulos hijos, sed de mi fortuna
Término luminoso. » Y reclinado
De envidiosa bárbara arboleda
Interposicion, cuando
De vientos no conjuración alguna,
Cual haciendo el villano
La fragosa montaña fácil llano,
Atento sigue aquella,
Aun á pesar de las tinieblas bella,
Aun á pesar de las estrellas clara,
Piedra, indigna tiara,
Si tradición apócrifa no miente,
De animal tenebroso, cuya frente
Carro es brillante de nocturno día;
Tal diligente, el paso
El jóven apresura,
Midiendo la espesura
Con igual pié, que el raso

(35) Otros leen : así copia.

(36) Así Salcedo, Pellicer y otros; algunas ediciones leen : La mayor puerta.

(37) Otros ponen :

Lamiendo flores, argentando arenas.

(38) Y otros inspirados, dicen algunas ediciones.

Fijó, á despecho de la niebla fría,
 En el carbunclo, norte de su aguja,
 O el austro brame ó la arboleda cruja.
 El can ya vigilante
 Convoca, despidiendo al caminante,
 Y la que desviada
 Luz poca pareció, tanta es vecina,
 Que yace en ella la robusta encina,
 Mariposa en cenizas desatada.
 Llegó pues el mancebo, y saludado,
 Sin ambicion, sin pompa de palabras,
 De los conductores fué de cabras,
 Que á Vulcano tenían coronado:
 « ¡O bienaventurado
Albergue á cualquier hora,
 Templo de Páles, alquería de Flora!
 No moderno artificio
 Borró diseños, bosquejó modelos,
 Al cóncavo ajustando de los cielos
 El sublime edificio;
 Retamas sobre robre
 Tu fábrica son pobre,
 Do guarda, en vez de acero,
 La ignorancia al cabrero
 Mas que el silbo al ganado.
 ¡O bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
 No en ti la ambicion mora
 Hidrópica de viento,
 Ni la que su alimento
 El áspid es gitano;
 No la que en vulto comenzando humano,
 Acaba en mortal fiera,
 Esfinge bachillera,
 Que hace hoy á Narciso
 Ecos solicitar, desdeñar fuentes,
 Ni la que en salvas gasta impertinentes
 La pólvora del tiempo mas preciso;
 Ceremonia profana
 Que la sinceridad burla villana
 Sobre el corvo cayado.
 ¡Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
 Tus umbrales ignora
 La adulacion, sirena
 De reales palacios, cuya arena
 Besó, y á tanto leño
 Trofeos dulces de un canoro sueño,
 No á la soberbia está aquí la mentira
 Dorándole los pies en cuanto gira
 La esfera de sus plumas,
 Ni de los rayos baja á las espumas
 Favor de cera alado.
 ¡Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora! » (39).
 No pues de aquella tierra, engendradora
 Mas de fieras que de cortesía,
 La gente parecia
 Que hospedó al forastero
 Con pecho ignal de aquel candor primero,
 Que en las selvas contento,
 Tienda el fresno le dió, el robre alimento.
 Limpio sayal, en vez de blanco lino,
 Cubrió el cuadrado pino,

(39) Solís introduce, en su comedia *Amor es arte de amar*, el fragmento siguiente de las *Soledades*, con las variaciones que se verán:

¡Oh bienaventurado
 Albergue á cualquier hora!
 No en ti la ambicion mora
 Ni á ti llega el cuidado,
 ¡Oh bienaventurado!
 ¡Oh bienaventurado!
 Retamas sobre robre
 Tu fábrica son pobre,
 Tu cetro es el cayado,
 ¡Oh bienaventurado!
 ¡Oh bienaventurado!
 Do guarda, en vez de acero,
 La ignorancia al cabrero
 Mas que el silbo al ganado,
 ¡Oh bienaventurado!

Y en boj, aunque rebelde, á quien el torno
 Forma elegante dió sin culto adorno;
 Leche que exprimir vió la alba aquel día,
 Mientras perdian con ella
 Los blancos liliós de su frente bella,
 Gruesa le dan y fría,
 Impenetrable casi á la cuchara,
 Del sabio Alcimedon invencion rara;
 El que de cabras fué dos veces ciento
 Esposo casi un lustro, cuyo diente
 No perdonó a racimo aun en la frente
 De Baco, cuanto mas en su sarmiento,
 Triunfador siempre de celosas lides,
 Lo coronó el Amor; mas rival tierno,
 Breve de barba y duro de cuerno,
 Redimió con su muerte tantas vides,
 Servido ya en cecina,
 Púrpúreos hilos es de grana fina.
 Sobre corchos despues mas regalado
 Sueño le solicitan pieles blandas,
 Que al príncipe entre holandas
 Púrpura tiria y milanés brocado.
 No de humosos vinos agravado
 Es Sisifo en la cuesta y en la cumbre;
 De ponderosa vana pesadumbre (40)
 Es, cuanto mas despierto, mas burlado.
 De trompa militar no, ó destemplado (41)
 Son de cajas, fué el sueño interrumpido;
 De can si embravecido,
 Contra la seca hoja
 Que el viento repeló á alguna coscoja.
 Durmió, y recuerda en fin, cuando las aves,
 Esquilas dulces de sonora pluma,
 Señas dieron suaves
 De la alba al sol, que el pabellon de espuma
 Dejó, y en su carroza
 Rayó el verde obelisco de la choza.
 Agradecido pues el peregrino,
 Deja el albergue, y sale acompañado
 De quien lo lleva, donde levantado,
 Distantes pocos pasos del camino,
 Imperioso mira la campaña
 Un escollo, apacible galería.
 Que festivo teatro fué algun día
 De cuantos pisan faunos la montaña.
 Llegó, y á vista tanta
 Obedeciendo la dudosa planta,
 Inmóvil se quedó sobre un lentisco,
 Verde balcón del agradable risco.
 Si mucho poco mapa le despliega,
 Mucho es mas lo que nieblas desatando,
 Confunde el sol y la distancia niega;
 Muda la admiracion, hal la callando,
 Y ciega un río sigue, que luciente
 De aquellos montes hijo,
 Con torcido discurso, aunque prolijo,
 Tiraniza los campos útilmente;
 Orladas sus orillas de frutales,
 Si de flores, tomadas no á la aurora,
 Derecho corre mientras no provoca
 Los mismos altos el de sus cristales;
 Huye un trecho de sí, y se alcanza luego;
 Desviase, y buscando los desvíos,
 Errores dulces, dulces desvarios
 Hacen sus aguas con lascivo fuego,
 Engazando edificios en su plata,
 De quintas coronado, se dilata
 Majestuosamente,
 En brazos dividido caudalosos
 De islas, que paréntesis frondosos
 Al periodo son de su corriente
 De la alta gruta donde se desata (42).

(40) Así Pellicer, Faria y otros; Hoces lee *poderosa*.

(41) Así Pellicer; otros leen: *ó de templado*, en vez de *destemplado*.

(42) Este y los trece versos que le preceden no se hallan en las ediciones de Hoces, Faria y otros. En su lugar se lee lo siguiente:

Orladas sus orillas de frutales,
 Quiere la copia que su cuerno sea,

Hasta los jaspes líquidos, adonde
 Su orgullo pierde y su memoria esconde.
 «Aquellas que los árboles apenas
 Dejan ser torres hoy, dijo el cahrero
 Con muestras de dolor extraordinarias,
 Las estrellas nocturnas luminarias
 Eran de sus almenas (45).
 Cuando el que ves sayal fué limpio acero,
 Yacen agora sus desnudas piedras;
 Visten piadosas yedras,
 Que á ruinas, estragos,
 Sabe el tiempo hacer verdes halagos.»
 Con gusto el jóven y atencion le oía,
 Cuando torrentes de armas y de perros,
 Que si precipitados no los cerros,
 Las personas tras de un lobo traía.
 Tierno discurso y dulce compañía
 Dejar hizo al serrano,
 Que del sublime espacioso llano
 Al huésped al camino reduciendo,
 Al venatorio estruendo
 Pasos dando veloces,
 Número crece y multiplica voces;
 Bajaba entre sí el jóven admirado,
 Armado, á Pan ó Semicaprio á Marte
 En el pastor mentidos, que con arte
 Cunto principio dió al discurso, cuando
 Remora de sus pasos, fué su oído
 Dulcemente impedido
 De canoro instrumento, que pulsado
 Era de una serrana junto á un tronco
 Sobre un arroyo, de quejarse rouno,
 Mudo sus ondas, cuando no enfrenado.
 Otra con ella montara zagala
 Juntaba el cristal líquido al humano
 Por el arcaduz bello de una mano,
 Que al uno menosprecia, al otro ignala.
 Del verde margen otra las mejores
 Rosas traslada y lílios al cabello,
 O por lo matizado ó por lo bello.
 Si Aurora no con rayos, sol con flores;
 Negras pizarras entre blancos dedos
 Ingeniosas hiere otra, que dado
 Que aun los peñascos la escuchaban quedos.
 Al son pues deste rudo (44)
 Sonaroso instrumento,
 Lasciva el movimiento,
 Mas los ojos honesta,
 Altera otra, barlando, la floresta.
 Tantas al fin el arroyuelo y tantas
 Montañesas da el prado, que dirías
 Ser menos las que verdes hamadrias
 Abortaron las plantas;
 Inundacion hermosa
 Que la montaña hizo populosa
 De sus aldeas todas
 Apastorales bodas.
 De una encina embebido
 En lo cóncavo el jóven mantenía
 La vista de hermosura y el oído
 De métrica armonía;
 El sileno buscaba
 De aquellas que la sierra dió hacantes,
 Ya que ninfas las niega ser errantes
 El hombre sin aljaba,
 O si del Ternodonte,
 Emulo el arroyuelo desatado
 De aquel fragoso monte,
 Escuadron de Amazonas desarmado,
 Tremola en sns riberas
 Pacificas banderas.
 Vulgo lascivo erraba
 Al voto del mancebo,

Si el animal armaron de Amaltea;
 Diáfanos cristales,
 Engazando edificios en su plata,
 De muros se corona,
 Rocas abraza, islas aprisiona,
 Hasta los jaspes líquidos, adonde, etc.

(45) Otros leen *fueros*.

(44) Algunos leen *mudo*.

El yugo de ambos sexos sacudido,
 Al tiempo que, de flores impedido
 El que ya serenaba
 La region de su frente ravo nuevo,
 Púrpura ternueruela conducida
 De su madre, no menos enramada,
 Entre alhagues se ofrece acompañada
 De juventud florida (43).
 Cual dellas las pendientes sumas graves
 De negras baja, de crestadas aves,
 Cuyo lascivo esposo vigilante
 Doméstico es del sol nuncio canoro,
 Y de corai barbado, no de oro
 Cíñe, si no de púrpura, turbante.
 Quien la cerviz oprime
 Con la manchada copia
 De los cabritos mas retozadores,
 Tan golesos, que gimie
 El que menos peinar puede las flores
 De su guirnalda propia.
 No el sitio, no, fragoso,
 No el torcido taladro de la tierra,
 Privilegio en la sierra
 La paz del con-jinelo temeroso;
 Trofeo ya su número es a un hombre,
 Si carga no y asombro.
 Tú, ave peregrina,
 Arrogante esplendor, ya que no bello,
 Del último occidente
 Penda el rugoso nácar de tu frente
 Sobre el crespo zafiro de tu cuello,
 Que himeneo á sus mesas te destina (46).
 Sobre dos hombros larga vara ostenta
 En cien aves cien picos de rubies,
 Tálletes calzados carmesies,
 Emulacion y alreñta
 Aun de los berberiscos,
 En la inculta region de aquellos riscos,
 Lo que lloró la aurora,
 Si es néctar lo que flora,
 Y antes que el sol enjuga,
 La abeja que madrega
 A libar flores y á chupar cristales,
 En celdas de oro líquido en panales
 La orza contenía
 Que un montañés traía.
 No excedía la oreja
 El pululante ramo
 Del ternezuelo gamo,
 Que mal llevar se deja,
 Y con razon, que el tálamo desdenea
 La sombra aun de lisonja tan pequeña.
 El arco del camino pues torcido,

(43) Pellicer escribe en su *Comento* :

«En algunos manuscritos halló en pos de los versos de arriba un trozo no vulgar, que dice :

«Treinta robustos montañeses dueños
 De las que á los pitones
 En la tierna hijuela temer vieras.
 No va á la vaca, no en las empulgueras
 Del arco de tirana,
 Dameria serrana.

«Como si dijera que la juventud florida que venia acompañando la ternueruela eran treinta mancebos, hermanos ó deudos de las montañesas, que temian mas los encuentros de la ternueruela y sus cuernuecillos con melindres de damas, que á la vaca que venia enmaronada ó con guindaleta. En los manuscritos que enmendó por Luis no se hallan estos versos; pero no obstante, quise estamparlos para que se entienda la bondad de sus escritos, pues las limaduras son del mismo metal que lo demás.»

(46) El mismo Pellicer dice lo siguiente :

«La edicion de Madrid lee así, pero en muchos manuscritos se lee diferente, aunque ambas con un mismo sentido :

«Tú, ave peregrina,
 Cuya rana en los últimos remates
 Del occidente queda,
 Sea, si enojó no, pompa á tu rreda,
 Que en cuanto tu collar se termina
 A ser todo zafiro, y no grande,
 Destinada la veo
 A goloso himeneo.»

Que habian con trabajo
 Por la fragosa cuerda del atajo
 Las gallardas serranas desmentido,
 De la cansada juventud vencido
 Los fuertes hombros con las cargas graves,
 Treguas hechas suaves,
 Sueño le ofrece á quien buscó descanso
 El ya sañudo arroyo, agora manso.
 Merced de la hermosura que ha hospedado,
 Efectos, si no dulces, del contento
 Que en las lucientes de marfil clavijas
 Las duras cuerdas de las negras guijas
 Hicieron á su curso acelerado
 En cuanto á su furor perdonó el viento.
 Menos en renunciar tardó la cucina
 El extranjero errante
 Que en reclinarse el menos fatigado
 Sobre la grana que se viste fina
 Su bella amada, deponiendo amante
 En las vestidas rosas su cuidado.
 Saludólos á todos cortesmente,
 Y admirado no menos
 De los serranos que correspondido,
 Las sombras solicita de mas penas,
 De lágrimas los tiernos ojos llenos,
 Reconociendo el mar en el vestido,
 Que beberse no pudo el sol ardiente
 Las que siempre dará ceruleas señas.
 Político serrano,
 En canas grave, habló desta manera :
 « ¿ Cuál tigre, la mas liera
 Que clima infamó hircano,
 Dió el primer alimento
 Al que ya deste ó aquel mar primero
 Sarcó labrador fiero
 El campo nudoso en mal nacido pino,
 Vaga Cicie del viento,
 En telas hecho antes que en flor el lino?
 Mas armas introdujo este marizo
 Monstruo, escamado de robustas hayas,
 A las que tanto mar dividió playas,
 Que confusion y fuego
 Al frigio muro el otro leño griego.
 Náutica industria investigó tal piedra,
 Que cual abraza yedra
 Escollo, el metal ella fulminante
 De que Marte se viste, y lisonjera
 Solicita el que mas brilla diamante
 En la nocturna capa de la esfera;
 Estrella nuestro polo mas vecina,
 Y con virtud no poca
 Distante la revoca,
 Elevada la inclina
 Ya de la aurora bella
 Al rosado balcón y á la que sella
 Cerulea tumba fria
 Las cenizas del dia.
 En esta pues liándose atractiva,
 Del norte amante dura, alado robte
 No hay tormentoso cabo que no doble
 Ni isla hoy á su vuelo fugitiva.
 Tifis el primer leño mal seguro
 Condujo, muchos luego Palinuro,
 Si bien por un mar ambos, que la tierra
 Estando dejó becho,
 Cuyo famoso estrecho
 Una y otra de Alcides llave cierra,
 Piloto hoy la codicia, no de errantes
 Arboles, mas de selvas inconstantes,
 Al padre de las aguas Oceano,
 De cuya monarquía
 El sol que cada dia
 Nace en las ondas, y en las ondas muere,
 Los términos saber todos no quiere,
 Dejó primero de su espuma cano,
 Sin admitir segundo
 En inculcar sus límites al mundo.
 Abetos suyos tres aquel tridente
 Violaron á Neptuno,
 Conculcarlo hasta allí de otro ninguno,
 Besando las que al sol el occidente
 Le corre el lecho azul de aguas marinas,

Turquesadas cortinas.
 A pesar luego de áspides volantes,
 Sombra del sol y tósigo del viento,
 De caribes flechados, sus banderas
 Siempre gloriosas, siempre tremolantes,
 Rompieron los que armó de plumas ciento
 Lestrigones el istmo, aladas lieras;
 El istmo que al Oceano divide
 Y sierpe de cristal juntar le impide
 La cabeza del norte coronada
 Con la que ilustra el sur cola escamada
 De antárticas estrellas.
 Segundos leños dió á segundo polo
 En nuevo mar, que le rindió no solo
 Las blancas hijas de sns conchas bellas,
 Pero los que lograr no supo Midas
 Metales homicidas.
 No le bastó despues á este elemento
 Conducir orcas, alistar ballenas,
 Murarse de montañas espumosas,
 Infamar blanqueando sus arenas
 Con tantas del primer atrevimiento
 Señas, aun á los buitres lastimosas,
 Para con estas lastimosas señas
 Temeridades enfrenar segundas.
 Tú, Codicia, tú pues de las profundas
 Estigias aguas torpe marinero.
 Cuantos abre sepulcros el mar fiero
 A tus huesos desleñas.
 El promontorio que Eolo sus rocas
 Candados hizo de otras nuevas grutas,
 Para el austro de alas nunca enjutas,
 Para el cierzo espirante por cien bocas
 Doblaste alegre, y tu ostinada entena
 Cabo le hizo de esperanza buena.
 Tantos luego astronómicos presagios
 Frustrados, tanta náutica doctrina,
 Debajo de la zona aun mas vecina
 Al sol, calmas vencidas y naufragios,
 Los reinos de la aurora al fin besaste,
 Cuyos purpúreos senos perlas netas,
 Cuyas minas secretas
 Hoy te guardan su mas precioso engaste;
 La aromática selva penetraste,
 Que al pajar de Arabia, cuyo vuelo
 Arco alado es del cielo,
 No corvo, mas tendido,
 Pira le erige, le construye nido.
 Zodiaco despues fué cristalino
 A glorioso pino,
 Emulo vago del ardiente coche
 Del sol, este elemento
 Que cuatro veces habia sido ciento
 Bosel al dia y tálamo á la noche,
 Cuando halló de fugitiva plata
 La visagra, aunque estrecha, abrazadora
 De un Oceano y otro siempre uno,
 O las columnas bese ó la escarlata,
 Tapete de la aurora.
 Esta pues nave agora
 En el húmido templo de Neptuno
 Varada pende á la inmortal memoria
 Con nombre de Vitoria.
 De firmes islas no la inmóvil flota
 En aquel mar del alba te describo,
 Cuyo número, ya que no lascivo,
 Por lo bello agradable y por lo vario
 La dulce confusion hacer podia,
 Que en los blancos estanques del Eurota
 La virginal desnuda montería
 Haciendo escollos ó de mármol pario
 O de terso marfil sus miembros bellos,
 Que pudo bien Acteon perderse en ellos.
 El bosque dividido en islas pocas,
 Fragante productor de aquel aroma
 Que traducido mal por el Egipto,
 Tarde le encomendó el Nilo á sus bocas,
 Y ellas mas tarde á la golosa Grecia;
 Clavo no, espuela si del apetito,
 Que en cuanto conocella tardó Roma
 Fué templado Caton, casta Lucrecia;
 Quedese, amigo, en tan inciertos mares,

Donde con mi hacienda
 Del alma se quedó la mejor prenda,
 Cuya memoria es buitre de pesares.»
 En suspiros con esto,
 Y en mas anegó lágrimas el resto
 Del discurso prolijo (47)
 Que el viento su caudal y el mar su hijo.
 Consolalle pudiera el peregrino
 Con las de su edad corta historias largas,
 Si, vinetados todos á sus cargas,
 Cual providas hormigas á sus mieses,
 No comenzaran ya los montañeses
 A esconder con el número el camino,
 Y el cielo con el polvo. Enjagó el viejo
 Del tierno humor las venerables canas,
 Y levantando al forastero, dijo:
 «Cabo me han hecho, hijo,
 Baste hermoso tercio de serranas;
 Si tu neutralidad sufre consejo,
 Y no te fuerza obligación precisa,
 La piedad que en mi alma ya te hospeda
 Hoy te convida al que nos guarda el sueño,
 Política alameda,
 Verde mar de aquel lugar pequeño
 Que á pesar de esos frescos se divisa;
 Sigue la femenil tropa conmigo,
 Verás curioso y honrarás testigo
 El tálamo de nuestros labradores,
 Que de tu calidad señas mayores
 Me dan que del Océano tus paños,
 Ó razón tanta donde sobran años.»
 Mal pudo el extranjero agradecido
 En tercio tal negar tal compañía
 Y en tan noble ocasión tal hospedaje.
 Alegres pisan la que, si no era
 De chopos calle y de álamos carrera,
 El fresco de los céfiros ruido,
 El denso de los árboles colaje
 En duda ponen cuál mayor hacia
 Guerra al calor ó resistencia al día.
 Coros tejendo, voces alternando,
 Sigue la dulce escuadra montañesa
 Del perezoso arroyo el paso lento,
 En cuanto él hurta blando
 Entre los olmos que robustos besa
 Pedazos de cristal que el movimiento
 Libra en la falda, en el coturno ella
 De la columna bella,
 Ya que celosa basa,
 Dispensadora del cristal no escasa.
 Sirenas de los montes su contento
 A la que menos del sañudo viento
 Pudiera antigua planta
 Temer ruina ó recelar fracaso,
 Pasos hiciera dar el menor paso
 De su pié ó su garganta.
 Pintadas aves, eñaras de pluma
 Coronaban la bárbara capilla
 Mientras el arroyuelo para oílla
 Hace de blanca espuma
 Tantas orejas cuantas guijas lava,
 De donde es fuente adonde arroyo acaba.
 Vencedores se arrojan los serranos
 Los consignados premios otro día,
 Ya al formidable salto, ya á la ardiente
 Lucha, ya á la carrera polvorosa.
 El menos ágil cuantos comarcanos
 Convoca el caso, él solo desafia,
 Consagrando los patios á su esposa,
 Que á mucha fresca rosa
 Beber el sudor hace de su frente (48),

(47) Así Hoces, Pellicer y otros; Faria lee:

De su discurso el montañés prolijo.

(48) Pellicer dice:

«El sentido que esto tiene no es muy fácil; yo decía que los serranos, fatigados en el cansancio y fatiga de las cargas que llevaban, sudaban y llegaban al rostro sus mujeres, y entre las rosas de sus mejillas enjugaban el sudor; pero nuestro amigo don Gabriel de Roa, gran poeta, gran amigo de don Luis y grande imitador suyo, de cuyo manuscrito me he valido, me advirtió que

Mayor aun del que espera
 En la lucha, en el salto, en la carrera.
 Centro apacible un círculo espacioso
 A mas caminos que una estrella rayos
 Hacia, bien de pobas, bien de alisos,
 Boudo la primavera,
 Calzada abril y vestida mayos,
 Centell es saca de cristal undoso
 A un pedernal emalo de narcisos.
 Este pues centro era
 Meta umbrosa al vaquero convecino
 Y delicioso término al distante,
 Donde aun cansado mas que el caminante
 Concurría el camino.
 Al contento se abaten cristalino
 Sedientas las serranas,
 Cual simples cordones al reclamo
 Que les mienta la voz, y verde tela
 Entre la no espigada mies la tela.
 Músicas hojas viste el menor ramo
 Del álamo que peina verdes canas;
 No céfiros en él, no raiñeñores
 Lisonjear pudieron breve rato
 Al montañés, que ingrato
 Al fresco, á la armonía y á las flores,
 Del sitio pisa ameno
 La fresca yerba, cual la arena ardiente
 De la Libia, y á cuantas da la fuente
 Serpes de aljófar, aun mayor veneno
 Que á las del Ponto tímido atribuye,
 Segun los piés, segun los labios huye.
 Pasaron todos pues, y regulados
 Cual en los equinocios sulcar vemos
 Los piélagos del aire libre algunas
 Volantes no galeras,
 Si no grullas veleras,
 Tal vez creciendo, tal menguando lunas,
 Sus distantes extremos
 Caractéres tal vez formando alados
 En el papel diáfano del cielo
 Las plumas de su vuelo (49).
 Ellas en tanto en bóvedas de sombras,
 Pintadas siempre al fresco,
 Cubren las que suben telar turquesco
 No ha sabido imitar verdes alfombras.
 Apenas reclinaron la cabeza
 Cuando en número iguales y en belleza,
 Los márgenes maliza de las fuentes
 Segunda primavera de villanas,
 Que parientas del novio aun mas cercanas
 Que vecinos sus pueblos, de presentes
 Prevenidas concurren á las bodas.
 Mezcladas hacen todas
 Teatro dulce, no de escena muda,
 El apacible sitio, espacio breve
 En que á pesar del sol enajada nieve,
 Y nieve de colores mil vestida,
 La sombra vió florida
 En la yerba menuda.
 Viendo pues que igualmente les quedaba
 Para el lugar á ellas de camino
 Lo que al sol para el lóbrego occidente,
 Cual de aves se caló turba canora
 A robusto nogal que acequia lava
 En cercado vecino
 Cuando á nuestros antipodas la aurora
 Las rosas gozar deja de su frente,
 Tal sale aquella que sin alas vuela
 Hermosa escuadra con ligero paso,
 Haciéndole atalayas del ocaso
 Cuantos humeros cuenta la aldehueta.
 El lento escuadron luego
 Alcanzan de serranos,
 Y disolviendo allí la compañía,
 Al pueblo llegan con la luz que el día
 Cedió al sacro volcan de errante fuego,
 A la torre de luces coronada,

lo que don Luis quiso decir allí era que cada zagala limpiaba á su esposo con puñados de rosas desahijadas el sudor de su frente. A mi se me hace duro; otro lo decida.»

(49) Pellicer omite este verso.

Que el templo ilustra y á los aires vanos
 Artificiosamente da exhalada
 Luminosas de pólvora sacetas,
 Púrpúreos no cometas.
 Los fuegos pues el jóven solemniza,
 Mientras el viejo tanta acusa tea
 Al de las bodas dios, no alguna sea
 De nocturno Faeton carroza ardiente,
 Y miserablemente
 Campo amanezca estéril de ceniza
 De que anocheció aldea.
 De Alcides le llevó luego á las plantas,
 Que estaba no muy lejos.
 Trenzándose el cabello verde á cuantas
 Da el fuego luces y el arroyo espejos.
 Tanto garzon robusto,
 Tanta ofrecen los álamos zagala,
 Que abreviara el sol en una estrella
 Por verla menos bella
 Cuantos saluda rayos el Bengala,
 Del Ganges cisne adusto.
 La gaita al baile solicita el gusto
 A la voz el Saltetero;
 Cruza el Trion mas fijo el hemisferio,
 Y el tronco mayor danza en la ribera;
 El eco, voz entera,
 No hay silencio á que pronto no responda;
 Fanal es del arroyo cada onda,
 Luz el reflejo, el agua vidriera.
 Términos le da el sueño al regocijo,
 Mas al cansancio no; que el movimiento
 Verdugo de las fuerzas es prolijo.
 Los fuegos, cuyas lenguas ciento á ciento
 Desmintieron la noche algunas horas,
 Cuyas luces, del sol competidoras,
 Fingieron día en la tiniebla oscura,
 Murieron, y en si mismos sepultados,
 Piedras son de su misma sepultura.
 Vence la noche al fin, y triunfa mudo
 El silencio, aunque breve, del ruido;
 Solo gime ofendido
 El sagrado laurel del hierro agudo.
 Deja de su esplendor, deja de ruido
 De su frondosa pompa al verde aliso
 El golpe no remiso
 Del villano membrudo,
 El que resistir pudo
 Al animoso austro, al enro ronco,
 Chopo gallardo, cuyo liso tronco
 Papel fué de pastores, aunque rudo;
 A revelar secretos va á la aldea,
 Que impide amor que aun otro chopo lea.
 Estos árboles pues ve la mañana
 Mentir florestas y emular viñales,
 Cuantos muro de líquidos cristales
 Agricultura urbana
 Recordó al sol, no de su espinna cana,
 La dulce de las aves armonia,
 Sino los dos topacios que batía
 Orientales aldabas Himeneo.
 Del carro pues febeo
 El luminoso tiro,
 Mordiendo oro el eclíptico zafiro,
 Pisar quería, cuando el populoso
 Lugarillo, el serrano
 Con su huésped, que admira cortesano,
 A pesar del estambre y de la seda,
 El que tapiz frondoso
 Tejió de verdes hojas la arholea,
 Y los que por las calles espaciosas
 Fabrican arcos rosas,
 Oblicuos nuevos, pénsiles jardines,
 De tantos como violas, jazmines.
 Al galán novio el montañés presenta
 Su forastero; luego al venerable
 Padre de la que en si bella se esconde
 Con ceño dulce y con silencio afable,
 Beldad pálida gracia muda ostenta,
 Cual del rizado verde hoton donde
 Abrevia su hermosura virgen rosa,
 Las cisuras cairela
 Un color que la púrpura que ceta

Por brúñla concede vergonzosa;
 Digna la juzga esposa
 De un héroe, si no augusto, esclarecido,
 El jóven, al instante arrebatado
 A la que, nonfragante y desterrado,
 Lo condenó á su olvido.
 Este pues sol que á olvido le condena,
 Cenizas hizo las que su memoria
 Negras plumas vistió, que infelizmente
 Sordo engendran gusano, cuyo diente,
 Minador antes lento de su gloria,
 Inmortal arador fué de su pena;
 Y en la sombra no mas de la azucena,
 Que del clavel procura acompañada
 Imitar en la bella labradora
 El templado color de la que adora,
 Vibora pisa tal el pensamiento,
 Que la alma por los ojos desatada
 Señas diera de su arrebatamiento,
 Si de zampoñas ciento
 Y de otros, aunque bárbaros, sonoros
 Instrumentos, no en dos festivos coros
 Virgenes bellas, jóvenes lucidos,
 Llegaran conducidos.
 El numeroso al fin de labradores
 Concurso impaciente
 Los novios saca; él de años floreciente,
 Y de caudal mas floreciente que ellos;
 Ella la misma pompa de las flores,
 La misma esfera de los rayos bellos.
 El lazo de ambos enellos
 Entre un lascivo enjambre iba de amores;
 Himeneo añudado,
 Mientras invocan su deidad la alterna (59)
 De zagalejas cándidas voz tierna
 Y de garzones este acento blando.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, vén donde te espera
 Con ojos y sin alas un Cupido,
 Cuyo cabello intonso dulcemente
 Niega el vello que el bulto ha colorido;
 El vello, flores de su primavera,
 Y rayos el cabello de su verano,
 Niño amó la que adora adolescente,
 Villana Psiques, ninfa labradora
 De la tostada Ceres. Esta agora
 En los inciertos de su edad segunda
 Crepusculos vincule tu coyunda
 A su ardiente deseo.
 Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, donde entre arreholes
 De honesto rosicler previene el día
 Aurora de sus ojos soberanos;
 Virgen tan bella, que hacer podía (61)
 Tórrida la Noruega con dos soles
 Y blanca la Etiopia con dos manos,
 Claveles del abril, rubies tempranos.
 Cuantos engasta el oro del cabello,
 Cuantas del uno ya y del otro cuello
 Cadenas, la concordia engaza rosas,
 De sus mejillas, siempre vergonzosas,
 Púrpúreo son trofeo.
 Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y plumas no vulgares
 Al aire los hiquelos den alados
 De las que el bosque bellas ninfas ceta;
 De sus carcajes, estos argentados,
 Flechen mosquetas, nieven azahares;
 Vigilantes aquellos, la aldehueta
 Rediman del que mas ó tardo vuela,
 O infausto gime pájaro nocturno;
 Mudos coronen otros por su turno
 El dulce lecho conyugal, en cuanto

(59) Pellicier lee *invoca*.(61) Pellicier lee *podría*.

Lasciva abeja al virginal acanto
Néctar le chupa bíbleo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y las volantes pías
Que azules ojos con pestañas de oro
Sus plumas son, conduzgan alta diosa,
Gloria mayor del soberano coro.
Fie tus nudos ella, que los días
Disuelvan tarde en senectud dichosa,
Y la que Juno es hoy á nuestra esposa,
Casta Lucina (en lunas designales)
Tantas veces repita sus umbrales,
Que Niove inmortal la admire el mundo,
No en blanco mármol por su mal fecundo,
Escollo hoy de Leteo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y nuestra agricultura
De copia tal á estrellas deba amigas
Progenie tan robusta, que su mano
Toros dome, y de un rubio mar de espigas
Inunde liberal la tierra dura;
Y al verde jóven floreciente llano
Blancas ovejas suyas hagan cano
En breves horas caducar la yerba;
Oro le expriman líquido á Minerva,
Y los olmos casando con las vides,
Mientras coronan pámpinos á Alcides
Clava empuñe Lyeo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y tantas le dé á Páles
Cuántas á Pálas dulces prendas esta,
Apenas hija hoy, madre mañana
De errantes liliós; unas la floresta
Cubran corderos mil, que los cristales
Vistan del río en breve nudosa lana,
De Arágnos otras la arrogancia vana
Modestas acusando en blancas telas,
No los hurtos de amor, no las cautelas
De Júpiter compulsen, que aun en lino
Ni á la lluvia luciente de oro fino (1)
Ni al blanco cisne creo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

El dulce alterno canto
A sus umbrales revocó felices
Los novios del vecino templo santo.
Del yugo aun no domadas las cervices,
Novillos (breve término surcado)
Restituyen así el pendiente arado
Al que pajizo albergue los aguarda;
Llegaron todos pues, y con gallarda
Civil magnificencia el suegro anciano,
Cuántos la sierra dió, cuantos el llano
Labradores convida (2)
A la prolíja rústica comida
Que sin rumor previno en mesas grandes.
Óstente crespas blancas esculturas
Artífice gentil de dobladuras
En los que damascó manteles Fláudes,
Mientras casero lino Ceres tanta
Ofrece agora cuantos guardó el heno
Dulces pomos, que al curso de Atalanta
Fueron dorado freno,
Manjares que el veneno
Y el apetito ignoran igualmente
Les sirvieron, y en oro no luciente
Confuso Baco ni en bruñida plata
Su néctar le desata,
Sino en vidrio, topacios carmesies
Y pálidos rubies.

Sellar del fuego quiso regalado
Los golosos estómagos el rubio
Imitador suave de la cera,
Quesillo, dulcemente apremiado
De rústica vaquera
Blanca hermosa mano, cuyas venas
La distinguían de la leche apenas (3).
Mas ni la encarecida nuez esquivó;
Ni el membrillo pudieran anudado,
Si la sabrosa oliva
No serenara el bacanal diluvio,
Levantadas las mesas, al canoro
Son de la ninfa un tiempo, agora caña,
Seis de los montes, seis de la campaña
(Sus espaldas rayando el sutil oro
Que negó al viento el nácar bien tejido),
Terno de gracias bello, repetido
Cuatro veces en doce labradoras
Entró bailando numerosamente;
Y dulce musa entre ellas (si consiente
Bárbaras el Parnaso moradoras),
«Vivid felices, dijo,
Largo curso de edad nunca prolijo,
Y si prolijo, en nudos amorosos
Siempre vivid esposos;
Venza no solo en su candor la nieve,
Mas plata en su esplendor sea cardada
Cuanto estambre vital Cloto os trasladó.
De la alta fatal rueca al huso breve.
Sean de la fortuna
Aplausos la respuesta
De vuestras grajerías;
A la roja importuna,
A la azada molesta
Fecunda os rinda (en desiguales días)
El campo agradecido
Oro trillado y néctar exprimido.
Sus morados cantuesos, sus copadas
Encinas la montaña contar antes
Deje que vuestras cabras, siempre errantes;
Que vuestras vacas, tarde ó nunca herradas.
Corderillos os brote la ribera,
Que la yerba menuda
Y las perlas exceda del rocío
Su número, y del río
La blanca espuma, cuantos la tijera
Vellones les desnuda,
Tantos de breve fábrica, aunque roda,
Albergues vuestros las abejas moren,
Y primavera tantas os desfloren,
Que cual la Arabia madre ve de aromas
Sacros troncos sudar fragantes gomas,
Vuestros corchos por uno y otro poro
En dulce se desaten líquido oro.
Próspera al fin, mas no espumosa tanto
Vuestra fortuna sea.
Que alimente la envidia en vuestra aldea
Aspidés mas que en la región del llanto;
Entre opulencias y necesidades
Medianías viniente competentes
A vuestros descendientes
(Previniendo amb os daños) las edades.
Ilustren obeliscos las ciudades
A los rayos de Júpiter expuesta,
Aun mas que á los de Febo, su corona,
Cuando á la choza pastoral perdona
El cielo, fulminando la floresta;
Cisnes pues una y otra pluma en esta
Tranquilidad os halle labradora
La postrimera hora,
Cuya lámina cifre desengaños,
Que en letras pocas lean muchos años.
Del himno culto dió el último acento
Fin mudo al baile, al tiempo que seguida
La novia sale de villanas ciento
A la verde florida palizada,
Cual nueva fénix en flamantes plumas
Matutinos del sol rayos vestida,
De cuantas sulca el aire acompañada
Monarquía canora;

(1) Otros leen equivocadamente *pluma*.

(2) Sigo el texto de Pellicer; Hoces, Faria y otros leen:

Cuantos la sierra dió, cuantos dió el llano
Labradores convida.(3) Así Pellicer; otros leen: *la distinguieron*.

Y vadeando nubes, las espumas
 Del rey corona de los otros ríos;
 En cuya orilla el viento hereda agora
 Pequeños no vacíos
 De funerales bárbaros trofeos,
 Que el Egipto erigió á sus Ptolomeos.
 Los árboles que el bosque habian fingido,
 Umbroso coliseo ya formando,
 Despejan el egido,
 Olímpica palestra
 De valientes desnudos labradores.
 Llegó la desposada apenas, cuando
 Feroz ardiente muestra
 Hicieron dos robustos luchadores
 De sus músculos, menos defendidos
 Del blanco lino que del vello obscuro.
 Abrazáronse pues los dos, y luego
 Ilumo anhelando el que no suda fuego,
 De recíprocos nudos impedidos,
 Cual duros olmos de implicantés vides,
 Hiedra el uno es tenaz del otro muro.
 Mañosos, al fin hijos de la tierra,
 Cuando fuertes no Alcides,
 Procuran derribarse, y derribados,
 Cual pinos se levantan arraigados
 En los profundos senos de la sierra.
 Premiados honra igual; y de otros cuatro
 Ciñe las sienes gloriosa rama.
 Con que se puso término á la lucha.
 Las dos partes rayaba del teatro
 El sol, cuando arrogante jóven llama
 Al expedido salto
 La bárbara corona que le escucha.
 Arras del animoso desafío
 Un pardo gaban fué en el verde suelo.
 A quien se abaten ocho ó diez soberbios
 Montañeses, cual suele de lo alto
 Calarse turba de envidiosas aves
 A los ojos de Ascalabo, vestido
 De perezosas plumas. Quién de graves
 Piedras las duras manos impedido,
 Su agilidad pondera, quién sus nervios
 Desata estremeciéndose gallardo.
 Besó la raya pues el pié desnudo
 Del suelto mozo, y con airoso vuelo
 Pisó del viento lo que del egido
 Tres veces ocupar pudiera un dardo.
 La admiración, vestida un maríxol frío,
 Apenas arquear las cejas pudo;
 La emulación, calzada un duro hielo,
 Torpe se arraiga, bien que impulso noble
 De gloria, aunque villano, solicita
 A un barquero de aquellos montes, grueso,
 Membrado, fuerte rob'e (4),
 Que, ágil á pesar de lo robusto,
 Al aire arrebató, violentando
 Lo grave tanto, que lo precipita,
 Icaro montañés, su mismo peso,
 De la menuda yerba el seno blando
 Piélago duro hecho á su ruina.
 Si no tan corpulento, mas adusto
 Serrano le sucede.
 Que iguala y aun excede
 Al ayuno leopardo,
 Al corcillo travieso, al muflon sardo,
 Que de las rocas trepa á la marina
 Sin dejar ni aun pequeña
 Del pié ligero bipartida seña (5);
 Con mas felicidad que el precedente (6)
 Pisó las huellas casi del primero
 El adusto vaquero.
 Pasos otro dió al aire, al suelo coces,
 Y premiados gradualmente,
 Advocaron á sí toda la gente
 Cierzos del llano y austros de la sierra;
 Mancebos tan veloces,
 Que cuando Cérés mas dora la tierra,

Y argenta el mar desde sus grutas hondas
 Neptuno, sin fatiga
 Su vago pié de pluma
 Salcar pudiera mieses, pisar ondas,
 Sin inclinarse espiga,
 Sin violar espuma.
 Dos veces eran diez, y dirigidos
 A dos olmos que quieren abrazados
 Ser palios verdes, ser frondosas metas,
 Salen cual de torcidos
 Arcos, ó nerviosos ó acerados,
 Con silbo igual, dos veces diez saetas.
 No el polvo desaparece
 El campo, que no pisan á la yerba;
 Es el mas torpe una herida cierva,
 El mas tardo la vista desvanece,
 Y siguiendo el mas lento,
 Cojea el pensamiento.
 El tercio casi de una milla era
 La prolija carrera
 Que los herculeos troncos hace breves;
 Pero las plantas leves
 De tres sueltos zagales
 La distancia sin copan tan iguales,
 Que la atención confunden judiciosa.
 De la Peneida, virgen desleñosa,
 Los dulces fugitivos miembros bellos
 En la corteza no abrazó reciente
 Mas firme Apolo, mas estrechamente,
 Que de una y otra meta gloriosa
 Las duras basas abrazaron ellos
 Con triplicado nudo;
 Arbitro Alcides en sus ramas, dudo
 Que el caso decidiera,
 Bien que su menor hoja un ojo fuera
 Del lince mas agudo.
 En tanto pues que el palio dentro pende
 Y la carroza de la luz descende
 A templarse en las ondas. Himeneo,
 Por templar en los brazos el deseo
 Del galán novio, de la esposa bella
 Los rayos anticipa de la estrella,
 Cerúlea agora, ya purpúrea guía
 De los dudosos términos del día.
 El juicio al de todos indeciso
 Del concurso ligero,
 El padrino con tres de limpio acero
 Cuchillos corvos absolvello quiso.
 Solicita Junon, Amor no omiso,
 Al son de otra zampoña que conduce
 Ninfas bellas y sátiros lascivos,
 Los desposados á su casa vuelven,
 Que coronada luce
 De estrellas fijas, de astros fugitivos,
 Que en sonoro humo se resuelven.
 Llegó todo el lugar, y despedido,
 Casta Venus, que el lecho ha prevenido (7)
 De las plumas que baten mas suaves
 En su volante carro blancas aves,
 Los novios entra en dura no estacada;
 Que siendo Amor una deidad alada,
 Bien previno la hija de la espuma
 A batallas de amor campos de pluma.

SOLEDAD SEGUNDA.

Entrase el mar por un arroyo breve
 Que á recibillo con sediento paso
 De su roca natal se precipita,
 Y mucha sal no solo en poco vaso;
 Mas su ruina bebe
 Y su lin cristalina mariposa,
 No alada, sino undosa,
 En el farol de Tétis solicita.
 Muros desmantelando pues de arena,
 Centauro ya espumoso el Oceano,
 Medio mar, medio ría,
 Dos veces huella la campaña al día,
 Escalar pretendiendo el monte en vano,

(4) Hoces lee: *alado rob'e*.

(5) Pellicer pone: *del pié partido*.

(6) Pellicer omite este verso.

(7) Otros leen *proveído*.

De quien es dulce vena
El tardo ya torrente
Arrepentido, y aun retrocediente.
Eral lozano así novillo tierno,
De bien nacido cuerno
Mal lnnada la frente,
Retrógado cedió en desigual llncha
A duro toro, aun contra el viento armado,
No pues de otra manera
A la violencia mucha
Del padre de las aguas, coronado
De blancas ovas y de espuma verde,
Resiste obedeciendo, y tierra pierde.
En la incierta ribera,
Guarnicion desigual á tanto espejo,
Descubrió el alba á nuestro peregrino
Con todo el villanaje ultramarino,
Que á la fiesta nupcial, de verde tejo
Toldado, ya capaz tradujo pino.
Los escollos el sol rayaba cuando
Con remos gemidores
Dos pobres se aparecen pescadores,
Nudos al mar de cañamo flando:
Ruiseñor en los bosques no mas blando,
El verde robre que es barquillo agora,
Saludar vió la aurora,
Que al uno en dulces quejas y no pocas,
Ondas endurecer, liquidar rocás.
Señas mudas la dulce voz doliente
Permitió solamente
A la turba, que dar quisiera voces
A la que de un ancon segunda haya,
Cristal pisando azul con piés veloces,
Salió improvisa, de una y otra playa
Vinculo desatado, inestable puente.
La prora diligente
No solo dirigió á la opuesta orilla,
Mas re lujo la música barquilla
Que en dos cuernos del mar caló no hreres
Sus plomos graves y sus corchos leves.
Los senos ocupó del mayor leño
La marítima tropa,
Usando al entrar todos
Cuantos les enseñó corteses modos
En la lengua del agua ruda escuela,
Con nuestro forastero, que la popa
Del canoro escogió batel pequeño (8);
Aquel, las ondas escarchando, vuela,
Este con perezoso movimiento
El mar encuentra, cuya espuma cana
Su parda agnda prora
Resplandeciente cuello
Hace de augusta coya peruana (9),
A quien hilos el sur tributó ciento
De perlas cada hora;
Lágrimas no enjugó mas de la aurora
Sobre violas negras la mañana,
Que arrolló su espolon con pompa vana
Caduco aljófár, pero aljófár bello.
Dando el huésped licencia para ello,
Recurren no á las redes, que mayores
Mucho Océano y pocas aguas prenden,
Sino á las que ambiciosas menos penden,
Laberinto nudoso de marino
Dédalo, si de leño no, de lino,
Fábrica escrupulosa, y aunque incierta,
Siempre murada, pero siempre abierta.
Liberalmente de los pescadores
Al deseo el estero corresponde,
Sin velle al lascivo ostion el justo
Arnés de hueso, donde
Lisonja breve al gusto,
Mas incentiva, esconde;
Contagio original quizá de aquella

Que, siempre hija bella,
De los cristales, una
Venera luc su cuna
Mallas visten de cañamo al lenguado,
Mientras en su piel la bric fiado
El congrio, que viscosamente liso (10),
Las telas burlar quiso.
Tejido en ellas, se quedó burlado.
Las redes califica menos gruesas,
Sin romper hilo alguno,
Pompa el salmon de las reales mesas,
Cuanto no de los campos de Neptuno,
Y el travieso robalo,
Goloso de los consules regalo.
Estos y muchos mas, unos desnudos,
Otros de escamas faciles armados,
Dió la ría pescados,
Que nadando en un piélago de nudos,
No agravan poco al negligente robre,
Espaciosamente dirigido
Al bienaventurado albergue pobre,
Que de carrizos frágiles tejido,
Si fabricado no de gruesas cañas,
Bóvedas le coronan de espadañas.
El peregrino pues, haciendo en tanto
Instrumento el bñtel, enredas los remos,
Al céfiro encomienda los extremos
Deste métrico llanto:

«Si de aire articulado
No son dolientes lágrimas suaves
Estas mis quejas graves,
Voces de sangre, y sangre son del alma.
Fieles de tu calma,
¡Oh mar! quien otra vez las ha findo
De tu fortuna aun mas que de su bado.
» ¡Oh mar, oh tú, supremo
Moderador piadoso de mis daños!
Tuyos serán mis años,
En tabla redimidos poco fuerte,
De la bebida muerte,
Que ser quiso en aquel peligro extremo
Ella el forzado y su guadaña el remo.
» Regiones pisé ajenas;
Oh clima propio, planta mia perdida,
Tuya será mi vida,
Si vida me ha dejado que sea tuya
Quien me fuerza á que luya
De su prision, dejando mis cadenas
Rastro en tus ondas mas que en tus arenas.

» Audaz mi pensamiento
El cémit escaló, plumas vestido,
Cuyo vuelo atrevido,
Si no ha dado su nombre á tus espumas,
De sus vestidas plumas
Conservarán el desvanecimiento
Los anales diáfanos del viento.

» Esta pues culpa mia
El timon alternar menos seguro (11)
Y el báculo mas duro
Un lustro ha hecho á mi dudosa mano,
Solicitando en vano
Las alas sepultar de mi osadía
Donde el sol nace ó donde muere el día.

» Muera, enemiga amada,
Muera mi culpa, y tu desden le guarde,
Arrepentido tarde,
Suspiro que mi muerte haga leda,
Cuando no le suceda,
O por breve ó por tibia ó por cansada,
Lágrima antes enjuta que llorada.

» Naufragio ya segundo,
O filos pongan de homicida hierro
Fin dnro á mi destierro;
Tan generosa fe, no fácil honda,
No poca tierra esconda,
Urna suya el Océano profundo,
Y obeliscos los montes sean del mundo.

(8). Otros leen *bajel*.

(9). Segun Pellicer, los incas del Perú llamaban á su emperatriz *coya*, que es lo mismo que señora:

«Esta *coya* trae al cuello tantas sartas de perlas, que en esa alegoría dice por Luis que la prora del batelillo rodeada de espuma parecia garganta de *coya*.»

(10) Así Pellicer; otros ponen *vistosamente*.

(11) Otros leen *alterar*.

»Túmulos tanto debe
Agradecido Amor á mi pié errante;
Líquido pues diamante
Calle mis huesos, y elevada sima
Selle sí, mas no oprima,
Esta que le fiaré ceniza breve,
Si hay ondas mudas y si tierra hay leve» (12).

No es sordo el mar (la erudición engaña),
Bien que tal vez sañudo,
No oiga á piloto, ó le responda fiero;
Serenos disimula mas orejas
Que sembró dulces quejas
Canoro labrador, el forastero
En su undosa campaña.
Espungioso pues se helió y mudo
El lagrimoso reconocimiento,
De cuyos dulces números no poca
Concentuosa suma
En los dos giros de invisible pluma
Que fingen sus dos alas, hurtó el viento;
Eco vestida, una cavada roca
Solicitó curiosa, y guardó avara
La mas dulce, si no la menos clara
Silaba, siendo en tanto
La vista de las chozas fin del canto.
Yace en el mar, si no continuada
Isla, mal de la tierra dividida,
Cuya forma tortuga es perezosa;
Diganlo cuantos siglos há que nada
Sin besar de la playa espaciosa
La arena de las ondas repetida.
A pesar pues del agua que la oculta,
Concha, si mucha no, capaz ostenta
De albergues, donde la humildad contenta
Mora y Pomona se venera culta.
Dos son las chozas, pobre su artificio,
Mas, aunque caduca su materia,
De los manechos dos la mayor cuna;
De las redes la otra y su ejercicio
Competente oficina,
Lo que agradable mas se determina,
Del breve islote ocupa su fortuna;
Los extremos de fausto y de miseria
Moderando, en la plancha los recibe
El padre de los dos, émulo cano
Del sagrado Nereo, no va tanto
Porque á la par de los escollos vive,
Porque en el mar preside comarcano
Al ejercicio piscatorio, cuanto
Por seis hijas, por seis deidades bellas,
Del cielo espumas y del mar estrellas.
Acogió al huésped con urbano estilo,
Y á su voz, que los juncos obedecen,
Tres hijas suyas candidas le ofrecen,
Que engaños construyendo están de hilo;
El huerto le da esotras, á quien debe
Su púrpura la rosa, el lilio nieve.
De jardín culto, así en fingida gruta,
Saltó al labrador lluvia improvisa
De cristales inciertos á la soña,
O á la que torció llave el fontanero,
Urna de Acuario, la imitada peña
Lo embiste incauto, y si con pié grosero
Para la fuga apela, aubes pisa,
Burlándolo aun la parte mas enjuta.
La vista saltan un poco menos
Del huésped admirado
Las no líquidas perlas, que al momento
A los cortesces juncos, porque el viento
Nudos le halle un día, bien que ajenos,
El cáñamo remiten anudado,
Y de Vertumno al término labrado
El breve hierro, cuyo corvo diente
Las plantas le mordia cultamente.
Ponderador saluda afectuoso
Del esplendor que admira el extranjero
Al sol, en seis luceros dividido,
Y honestamente al fin correspondido
Del coro vergonzoso,

(12) Otros leen: y si hay tierra.

Al viejo sigue, que prudente ordena
Los terminos confunda de la cena
La comida prolíja, de pescados,
Barros muchos, y todos no comprados,
Impidiéndole el día al forastero;
Con dilaciones sordas le divierte
Entre unos verdes carrizales, donde
Armonioso número se esconde
De blancos cisnes, de la misma suerte
Que gallinas domésticas al grano,
A la voz concurrentes del anciano.
En la mas seca, en la mas limpia anea
Vivificando están muchas sus huevos,
Y mientras dulce aquel su muerte anuncia
Entre la verde juncia,
Sus pollos este al mar conduce nuevos,
De Espio y de Nesea (13).
Cuando mas obscurecen las espumas,
Nevada envidia, sus nevadas plumas,
Hermana de Faeton, verde el cabello,
Les ofrece el que, jóven ya gallardo,
De flejusos nimbres garbin pardo
Tosco le ha encordonado; pero bello,
Lo mas liso trepó, lo mas sublime
Venció su agilidad, y artificiosa
Tejió en sus ramas inconstantes nidos,
Bonde celosa arrulla y ronen gime
La ave lasciva de la cipria diosa;
Mástiles coronó menos crecidos,
Gabia no tan capaz; extraño todo,
El designio, la fábrica y el modo.
A pocos pasos le admiré no menos
Montecillo, las sienes lanreado,
Traviesos despidiendo moradores
De sus confusos senos,
Y conejuelos que, el viento consultado,
Salieron retozando á pisar flores;
El mas tímido al fin, mas ignorante
Del plomo fulminante.
Cáncavo fresco (á quien gracioso indulto
De su caduco natural permite
Que á la encina vivaz robusto imite,
Y bueco exceda al alcornoque inculto),
Verde era pompa de un vallete, oculto
Cuando frondoso alcázar, no de aquella
Que sin corona vuela y sin espada
Susurrante amazona, Dido alada,
De ejército mas casto, de mas bella
Republica, ceñida, en vez de muros,
De cortezas; en esta pues Cartago
Reina la abeja, oro brillando vago,
O el jugo beba de los aires puros,
O el sudor de los cielos cuando liba
De las mudas estrellas la saliva;
Burgo eran suyo el tronco informe, el breve
Corcho, y moradas pobres sus vacíos,
Del que mas solicita los desvíos
De la isla, plebeyo enjambré leve.
Llegaron luego donde al mar se atreve,
Si promontorio no, un cerro elevado,
De cabras estrellado,
Igual, aunque pocas,
A la que, imagen décima del cielo,
Flores su cuerno es, rayos su pelo.
«Estas, dijo el isleño venerable,
Y aquellas que, pendientes de las rocas,
Tres ó cuatro, desean para ciento,
Redil las ondas y pastor el viento,
Libres discurren su nocivo diente,
Paz hecha con las plantas inviolable.»
Estimando seguía el peregrino
Al venerable isleño,
De muchos pocos numeroso dueño,
Cuando los suyos enfrenó de un pino
El pié villano, que groseramente
Los cristales pisaba de una fuente.
Ella pues sierpe, y sierpe al fin pisada,
Aljófár vomitando fugitivo
En lugar de veneno,
Torcida esconde, ya que no enroscada,

(13) Otros leen *Galatea*.

Las flores, que de un parto dió lascivo
 Aura fecunda al matizado seno
 Del hurto, en cuyos troncos se desata
 De las escamas que vistió de plata.
 Seis chopos, de seis hiedras abrazados,
 Tirso eran del griego dios, nacido
 Segunda vez, que en paupanos desmiente
 Los cuernos de su frente;
 Y cual mancebos tejen amados
 Festivos coros en alegre egido,
 Coronan ellos el encanecido
 Suelo de liliis, que en fragantes copos
 Nevó el mayo á pesar de los seis chopos.
 Este sitio las bellas seis hermanas
 Escogen, agravando
 En breve espacio mucha primavera
 Con las mesas, cortezas ya livianas
 Del árbol que ofreció á la edad primera
 Duro alimento, pero sueño blando,
 Nieve hilada, y por sus manos bellas
 Caseramente á telas reducida,
 Mantiles blancos fueron.
 Sentados pues sin ceremonias, ellas
 En torneado fresno la comida
 Con silencio sirvieron.
 Roncida el agua en las menudas piedras,
 Cristalina sonante era florba,
 Y las confusamente acordes aves
 Entre las verdes rascas de las hiedras
 Muchas eran, y muchas veces nueve
 Aladas musas, que de pluma leve
 Engañada su oculta lira corva,
 Metros inciertos si, pero suaves,
 En idiomas cantan diferentes,
 Mientras cenando en pórlicos lucientes,
 Lisonjean apenas
 Al Júpiter marino tres sirenas.
 Comieron pues, y rudamente dadas
 Gracias el pescador á la divina
 Próvida mano, «; Oh bien vividos años!
 Oh canas, dijo el huesped, no peinadas
 Con hoc dentado ó con rayada espina,
 Sino con verdaderos desengaños!
 Pisad dichoso esta esmeralda bruta,
 Fu mármol engastada siempre undoso,
 Jubilando la red en los que os restan
 Felices años, y la humedecida
 A poco rato enjuta,
 Próxima arena de esa opuesta playa,
 La remota Cambaya
 Sea de hoy mas á vuestro leño ocioso,
 Y el mar que os la divide, cuanto cuestan,
 Océano importuno
 A las quinas del viento aun veneradas
 Sus ardientes veneros,
 Su esfera lapidosa de luceros.
 Del pobre albergue á la barquilla pobre
 Geómetra prudente el orbe mida
 Vuestra planta impedida,
 Si de púrpuras couchas no istriadas,
 De trágicas ruínas, de alto robre,
 Que el tridente acusando de Neptuno,
 Menos quizá dió astillas
 Que ejemplos de dolor á estas orillas.
 —Días há muchos, oh mancebo, dijo
 El pescador anciano,
 Que en el uno cedi y el otro hermano
 El duro remo, el cáñamo prolijo;
 Muchos há dulces dias
 Que cisnes me recuerdan á la hora
 Que huyendo la aurora
 Las canas de Titon, halla las mias,
 A pesar de mi edad, no en la alta cumbre
 De aquel morro difícil, cuyas rocas
 Tarde ó nunca pisaron cabras pocas,
 Y mítano venció con pesadumbre,
 Sino de estotro escollo al mar pendiente,
 De donde ese teatro de Fortuna
 Descubrió ese voraz, ese profundo
 Campo ya de sepuleros, que sediento,
 Canto en vasos de abeto, nuevo mundo,
 Tributos digo américos, se bebe

En tómulos de espuma paga breve.
 Barbaro observador, mas diligente,
 De las inciertas formas de la luna,
 A cada conjunción su pesqueria,
 Y á cada pesqueria su instrumento,
 Mas ó menos púdoso atribuido,
 Mis hijos dos en un batel despido,
 Que el mar eribando en redes no comunes,
 Vieras intempestivos algun día,
 (Entre un vulgo nadante, digno apenas
 De escama, cuanto mas de nombre) atunos
 Vomitar ondas y azotar arenas.
 Tal vez desde los muros destas rocas
 Cazar á Tétis veo
 Y pescar á Diana en dos barquillas,
 Náuticas venatorias maravillas;
 De mis hijas oírás ambiguo coro,
 Menos de aljaha que de red armado,
 De cuyo, si no alado
 Harpon vibrante, supo mal Proteo
 En globos de agua redimir sus focas.
 Torpe la mas veloz, marino toro,
 Torpe, mas toro al fin, que el mar violado
 De la púrpura viendo de sus venas,
 Bufando mide el campo de las ondas,
 Con la animosa cuerda, que prolifa
 Al hierro sigue que en la boca huye,
 O gutas ya la privilegien ondas
 O escollos desta isla divididos
 Laquesis nueva mi gallarda hija,
 Si eloto no, de la escamada fiera
 Ya hila, ya devana su carrera,
 Cuando desatinada pide ó cuando
 Vencida restituye
 Los términos del cáñamo pedidos.
 Rindióse al fin la bestia, y las almenas
 De las sublimes rocas salpicando,
 Las peñas embistió peña escamada,
 En rios de agua y sangre desatada.
 Efire luego, la que en el torcido
 Luciente nácar os sirvió no poca
 Risaña parte de la dulce fuente,
 De Filódoces émula valiente,
 Cuya asta breve desangró la foca,
 El cabello en estambre azul cogido
 (Celoso alcaide de sus trenzas de oro),
 En segundo batel se engolfó sola.
 ¡Cuántas voces le di, cuántas en vano
 Tiernas derramé lágrimas, temiendo,
 No al fiero liburon, verdugo borreado
 Del náufrago ambicioso mercadante,
 Ni al otro cuyo nombre
 Espada es, tantas veces esgrimida
 Contra mis redes, ya contra mi vida;
 Sino algun siempre verde, siempre cano
 Sátiro de las aguas petulante,
 Violador del virginal decoro,
 Marino dios, que el vulto feroz hombre,
 Corvo es del fin la cola.
 Sorda á mis voces pues, ciega á mi llanto,
 Abrazado, si bien de fácil cuerda,
 Un plomo fio grave á un corcho leve,
 Que algunas veces despedido, cuanto
 Penda ó nade, la vista no lo pierda;
 El golpe solicita, el bulto mueve
 Prodigiosos moradores ciento
 Del líquido elemento,
 Láminas uno de viscoso acero
 (Rebelde aun al diamante); el duro lomo
 Hasta el luciente vi partido extremo,
 De la cola vestido;
 Solicitado sale del ruido,
 Y al celarse en el cómplice ligero
 Del suspendido plomo,
 Efire, en cuya mano al flaco remo
 Un fuerte dardo habia sucedido,
 De la mano á las ondas gemir hizo
 El aire con el fresno arrojado;
 De las ondas al pez con vuelo mudo
 Deidad dirigió amante el hierro agudo,
 Entre una y otra lámina salida
 La sangre halló por do la muerte entrada.

Onda pues sobre onda levantada,
Montes de espuma concitó herida
La fiera, horror del agua, cometiendo
Ya á la violencia, ya á la fuga el modo
De sacudir el asta,
Que alterando el abismo ó discurriendo
El Océano todo,
No perdona al acero que la eugasta.
Elire en tanto al cañamo torcido
El cabo rompió, y bien que al diervo herido
El cau sobra, siguiéndole la flecha,
Volviase, mas no muy satisfecha,
Cuando cerca de aquel peinado escollo
Hervir las olas vió templadamente,
Bien que haciendo círculos perfectos;
Escogió pues de cuatro ó cinco abetos
El de cuchilla mas resplandeciente,
Que atravesado remolcó un gran sollo.
Desembarcó triunfando,
Y aun el siguiente sol no vimos, cuando
En la ribera vimos convecina
Dando al través el monstru, donde apenas
Su género noticia, pías arenas,
En tanta playa halló tanta ruina.
Aun en esto marina
El discuso, y el día juntamente
Trémula, si veloz les arebata,
Alas batiendo liquidas, y en ellas
Dulcisimas querellas
De pescadores dos, de dos amantes
En redes anibos y en edad iguales.
Dividiendo cristales
En la mitad de un óvalo de plata.
Venia á tiempo el nieto de la espuma
Que los mancebos daban alternantes
Al viento quejas, órganos de pluma,
Aves digo de Leda,
Tales no oyó el Caistro en su arboleda,
Tales no vió el Meandro en su corriente.
Inficionando pues suavemente
Las ondas el Amor, sus flechas remos,
Hasta donde se besan los extremos
De la isla y del agua no los deja.
Licidas, gloria en tanto
De la playa, Micon de sus arenas,
Envidia de sirenas,
Convocación su canto
De músicos delirines, aunque mudos,
En números no rudos
El primero se queja
De la culta Leucipe,
Décimo esplendor bello de Aganipe;
De Córís, el segundo
Escollo de cristal, meta del mundo.

LICIDAS.

¿A qué piensas, barquilla,
Pobre ya cuna de mi edad primera,
Que cisme te conduzgo á esta ribera?
A cantar dulce, y á morirme luego;
Si te perdona el fuego
Que mis huesos vinculan en su orilla,
Tumba te bese el mar, vuelta la quilla.

MICON.

Cansado leño mío,
Hijo del bosque y padre de mi vida,
De tus remos agora conducida,
A desatarse en lágrimas cantando,
El doliente, si blando,
Curso del llanto métrico te fio,
Nadante urna de canoro río.

LICIDAS.

Las rugosas veneras,
Fecundas no de aljófar blanco el seno,
Ni del que enciende el mar tirio veneno,
Entre crespos buscaba caracoles,
Cuando de tus dos soles
Fulminado, ya señas no ligeras (14)
De mis cenizas dieron tus riberas.

MICON.

Distinguir sabía apenas
El menor leño de la mayor urca
Que velera un Neptuno y otro surca,
Y tus prisiones ya arrastraba graves;
Si dudas lo que sabes,
Lee cuanto han impreso en tus arenas,
A pesar de los vientos, mis cadenas.

LICIDAS.

Las que el cielo mercedes
Hizo á mi forma, ¡oh dulce mi enemiga!
Lisonja no, serenidad lo diga
De limpia consultada ya laguna,
De los de mi fortuna
Privilegios, el mar á quien di redes,
Mas que á la selva lazos Ganimédes.

MICON.

No hondas, no lucente
Cristal, agna al fin dulcemente dura,
Envidia califique mi figura
De musculosos jóvenes desnudos;
Menos dió al bosque nudos
Que yo al mar, el que á un dios hizo valiente
Mentir cerdas, celoso espumar diente.

LICIDAS.

Cuantos pedernal duro
Bruñe nácares boto, agudo raya
En la oficina undosa desta playa,
Tantos Palemo á su Leucote bella (15)
Suspende, y tantos ella
Al flaco da, que me construyen muro,
Junco frágil, carrizo mal seguro.

MICON.

Las siempre desiguales
Blancas primero ramas, después rojas,
Del árbol que nadante ignoró hijas,
Pompa Triton de la agua á la alta gruta (16)
De Nisida tributa,
Ninfa por quien lucentes son corales
Los rudos troncos hoy de mis umbrales.

LICIDAS.

Esta, en plantas no escrita,
En piedras sí, firmeza honre llimeneo,
Calzándole tálares mi deseo;
Que el tiempo vuela. Goza pues agora
Los lilios de tu aurora,
Que al tramontar del sol mal solicita
Abeja aun negligente flor marchita.

MICON.

Si se tanta no en vano
Desalta las rocas donde impresa
Con labio alterno mucho mar la besa,
Nupejal la califique tea lucente;
Mira que la edad miente,
Mira que del almendro mas lozano
Parca es interior breve gusano.

Invidia convocaba, si no celo,
Al balcon de zafiro
Las claras, aunque etiopes, estrellas,
Y las osas dos bellas,
Sediento siempre tiro
Del carro perezoso, honor del cielo;
Mas ¡ay! que del ruido
De la sonante esfera,
A la una lucente y otra fiera
El piscatorio cántico impedido,
Con las prendas bajarán de Ceceo
A las vedadas hondas
Si Tétis no desde sus grutas ondas
Enfrenara el deseo.
¡Oh cuánta al peregrino el amebéo
Alterno canto dulce fué lisonja!

(15) Otros leen *Licore*, y otros *Licote*.(16) Asi Pellicer; otros escriben: *trompa Triton del agua*.(14) Asi Pellicer; otros ponen *fulminando*.

¿Qué mucho, si avarienta ha sido esponja
 Del néctar numeroso
 El escollo mas duro?
 Qué mucho, si el candor bebió ya puro
 De la virginal espía en la armonía
 El veneno del ciego ingenioso
 Que dictaba los números que oía?
 Generosos afectos de una pia
 Doliente afinidad, bien que amorosa,
 Por bella mas, por mas divina parte
 Solicitan su pecho á que sin arte
 De colores prolifos
 En oracion impetres oficiosa
 Del venerable isleño,
 Que admita yernos los que él trató hijos;
 Litoral hizo, aun antes
 Que el convecino ardor, dulces amantes.
 Concediolo risueño,
 Del forastero agradecidamente
 Y de sus propios hijos abrazado,
 Mercurio destas nuevas diligente;
 Coronados traslada de favores
 De sus barcas Amor los pescadores
 Al flaco pié del suegro descado.
 ¡Oh del ave de Júpiter vendado
 Pollo, si alado no, linee sin vista,
 Político rapaz, cuya prudente
 Disposicion especuló estadista
 Clarísimo ninguno
 De los que el reino miran de Neptuno!
 ¡Cuán dulce te adjudicas ocasiones
 Para favorecer, no á dos supremos
 De los volubles polos ciudadanos,
 Sino á dos entre cáñamo garzones!
 ¿Por qué? Por escultores quizá vanos,
 De tantos de tu madre bultos canos.
 ¿Cuántas al mar espumas dan sus remos?
 Al peregrino por tu causa venos
 Alcázares dejar, donde excedida
 De la sublimidad la vista, apela
 Para su hermosura,
 En que la arquitectura
 A la geometría se revela,
 Jaspes calzada y pórtidos vestida,
 Pobre choza, de redes impedida,
 Entra agora, y lo dejas;
 Vuela rapaz, y plumas dando á quejas,
 Los dos reduce al uno y otro leño
 Mientras perdona tu rigor al sueño.
 Las horas, ya de números vestidas,
 Al bayo cuando no esplendor overo
 Del luminoso tiro, las pendientes
 Ponian de erisólitos lucientes
 Coyundas impedidas,
 Mientras de su barraza el extranjero
 Dulcemente salia despedido
 A la barquilla, donde le esperaban
 A un remo cada jóven ofrecido.
 Dejaron pues las azotadas rocas
 Que mal las ondas lavan
 Del tior aun purpúreo de las focas,
 Y de la firme tierra el heno blando
 Con las palas segando,
 En la cumbre modesta,
 De una desigualdad del horizonte,
 Que deja de ser monte
 Por ser culta floresta,
 Antiguo descubrieron blanco muro,
 Por sus piedras no menos
 Que por su edad majestuosa cano;
 Mármor al fin tan por lo pario puro,
 Que al peregrino sus ocultos senos
 Negar pudiera en vano.
 Cuántas del Océano
 El sol trenzas desata
 Contaba en los rayados capiteles,
 Que espejos, aunque esféricos, fieles,
 Bruñidos eran óvalos de plata.
 La admiracion que al arte se le debe,
 Ancora del batel fué perdonado
 Poco á lo fuerte, y á lo bello nada
 Del edificio, cuando

Ronca los saltó trompa sonante,
 Al principio distante,
 Vecina luego, pero siempre incierta;
 Llave de la alta puerta,
 El duro son, vencido el foso breve,
 Levadiza ofreció puente no leve,
 Tropa inquieta contra el aire armada;
 Lisonja, si confusa, regulada
 Su orden de la vista, y del oido
 Su agradable ruido,
 Verde, no mui lo, coro
 De cazadores era,
 Cuyo número indigna la ribera;
 Al sol levantó apenas la ancha frente
 El veloz hijo ardiente
 Del céliro lascivo,
 Cuya fecunda madre al genitivo
 Soplo, vistiendo miembros Guadalete
 Florida ambrosia, al viento dió jinetes.
 Que á mucho humo abriendo
 La fogosa nariz, en un sonoro
 Relincho y otro saludó sus rayos,
 Los oteros si no esplendores bayos,
 Que conducen el día,
 Les responden, la eclitica ascendiendo.
 Entre confuso pues, celoso estruendo
 De los caballos ruda hace armonía,
 Cuanto la generosa cetrería
 Desde la Mamitania á la Noruega
 Insidia ceba alada,
 Sin luz, no siempre ciega, aprisionada,
 Sin libertad no siempre,
 Que á ver el día vuelve
 Las veces que en fiado al viento dada (17),
 Repite su prision y al viento absuelve.
 El nebli, que relámpago su pluma,
 Rayo su garra, su ignorado nido,
 O lo esconde el olimpo ó deusa es nube,
 Que pisa cuando sube
 Tras la garza argentada el pié de espuma.
 El sacre, las del Noto alas vestido,
 Sangriento cipriota, aunque nacido
 Con las palomas, Vénus de tu carro.
 El gerifalte, escándalo bizarro
 Del aire, honor robusto de Gelanda,
 Si bien jayan de cuanto rapaz vuela
 Corvo acero su pié, flaca pihuela,
 Del pié lo impide blanda;
 El bahari, á quien finé en España cuna
 Del Pirineo la ceniza verde,
 O la alta basa que el Océano muerde
 De la egipcia columna,
 La delicia volante
 De cuantos ciñen libico turbante;
 El borni, cuya ala
 En los campos tal vez de Meliona
 Galan siguió valiente, fatigando
 Tímida fiebre, cuando
 Intempestiva saltó leona
 La melionesa gala,
 Que de trágica escena
 Mucho teatro hizo poca arena.
 Tú, infestador, en nuestra Europa nuevo
 De las aves nacido, Aleto, donde
 Entre las conchas hoy del sur esconde
 Sus muchos rayos Febo,
 ¿Debes por dicha cebo?
 Templar te supo, di, bárbara mano
 Al insultar los aires? Yo lo dudó
 Que al preciosamente inca desuado
 Y al de plumas vestido mejicano,
 Fraude vulgar, no industria generosa
 Del Aguila les dió á la mariposa.
 De un mancebo serrano
 El duro brazo débil hace jumco,
 Examinando con el pico adunco (18)
 Sus pardas plumas el azor britano,
 Tardo, mas generoso,

(17) *Sollar en fiado* era término jurídico de las audiencias, segun Pellieer.

(18) *Adunco*, lo mismo que *torcido*.

Terror, de tu sobrino ingenioso,
Ya envidia tuya, Dédalo, ave agora
Cuyo pie tira púrpura colora
Grave, de perczosas plumas globo,
Que á luz lo condenó incierta la ira
Del bello de la estigia deidad robo
Desde el guante hasta el hombro á un jóven ceta;
Esta emulacion pues de cuanto vuela
Por dos topacios bellos con que mira,
Termino torpe era
De pompa tan ligera,
Can de lanas prolijo, que animoso
Buzo será de bien profunda ría,
Bien de serena playa,
Quando la fulminada prision caya
Del neblí, á cuyo vuelo
Tan vecino á su cielo
El cisne perdonara, luminoso
Número y confusion gimiendo, hacia
En la vistosa laja para el grave;
Que aun de seda no hay vinculo snave.
En sangre claro y en persona agosto,
Si en miembros no robusto,
Príncipe le sucede, abreviada
En modestia civil real grandeza.
La espumosa del Bétis ligereza
Belbió no solo, mas la desatada
Majestad en sus ondas, el luciente
Caballo que colérico mordía
El oro que suave lo enfrenaba,
Arrogante, y no ya por las que daba
Estrellas su cerúlea piel al día,
Sino por lo que siente
De esclarecido y aun de soberano
En la rienda que besa la alta mano,
De cetro digna. Lúbrica no tanto
Culebra se desliza tortuosa
Por el pendiente calvo escollo, cuanto
La esenadra descendia presurosa
Por el peinado cerro a la campaña,
Cual al mar debe con término prescripto
Mas sabandijas de cristal que á Egipto
Horrores deja el Nilo que lo baña.
Rebelde niufa, humilde agora caña,
Los márgenes oculta
De una laguna breve,
A quien doral consulta
Aun el copo mas leve
De su volante nieve.
Ocioso pues, ó de su fin présago,
Los filos con el pico prevenia
De cuantos sus dos alas aquel día
Al viento esgrimirán cuchillo vago (19).
La turba aun no del apacible lago
Las orlas inquieta,
Que tímido perdona á sus cristales
El doral. Despedida no saeta
De nervios partos igualar presuma
Sus puntas desiguales,
Que en vano podrá pluma
Vestir un leño como viste un ala.
Puesto en tiempo, corona, si no escala,
Las nubes, desmintiendo
Su libertad el grillo torneado
Que en sonoro metal lo va siguiendo
Un bahari templado,
A quien el mismo escollo,
A pesar de sus pinos eminente,
El primer vello le concedió pollo,
Que al Bétis las primeras ondas fuente.
No solo, no, del pájaro pendiente
Las caladas registra el peregrino,
Mas del terreno cuenta cristalino
Los juncos mas pequeños,
Verdes hilos de aljófares risueños.
Rápido al español alado mira
Peinar el aire por cardar el vuelo,

Cuya vestida nieve anima un hielo,
Que torpe á unos carrizos lo retira,
Infieles por raros,
Si firmes no por trémulos reparos.
Penetra pues sus inconstantes senos,
Estimándolos menos
Entredichos que el viento;
Mas á su daño el escuadron atento,
Expulso lo remite á quien en suma
Un grillo y otro enmudeció en su pluma.
Cobrado el bahari, en su propio luto,
O el insulto acusaba precedente,
O entre la verde yerba
Avara escondida cuerva,
Purpúreo caracol, émulos bruto
Del rubí mas ardiente,
Quando solicitada del ruido,
El nácar á las flores lia torcido,
Y con siniestra voz convoca cuanta
Negra de cuervas suma
Infamó la verdura con su pluma,
Con su número el sol. En sombra tanta
Alas desplegó Ascalafó prolijas,
Verde peso ocupando (20),
Que de césped ya blando,
Jaspe lo han hecho duro blancas guijas.
Mas tardó en desplegar sus plumas graves
El deforme fiscal de Proserpina,
Que en desatarse, al polo ya vecina,
La disonante niebla de las aves;
Diez á diez se calaron, ciento á ciento,
Al oro intuitivo, envidiado
Heste género alado,
Si como ingrato no, como avariento,
Que á las estrellas hoy del firmamento
Se atreviera su vuelo
En cuanto ojos del cielo (21).
Poca palestra la region vacia
De tanta envidia era,
Mientras desenlazado la cimera
Restituyen el día
A un gerifalte, boreal arpia,
Que despreciando la vestida nube,
A luz mas cierta sube
Cénit ya de la turba fugitiva.
Auxiliar taladra el aire luego
Undoso sacre, en globos no de fuego,
En oblicuos sí engaños,
Mintiendo remisión á las que huyen,
Si la distancia es mucha;
Griego al fin. Una en tanto que de arriba
Descendió fulminada en poco humo,
Apenas el laton segundo escucha,
Que del inferior peligro al sumo
Apela entre los trópicos grifanos
Que su ecliptica incluyen,
Repitiendo confusa
Lo que tímida excusa,
Breve esfera de viento.
Negra circunvestida piel al duro
Al terno impulso de valientes palas;
La avecilla parece
En el de muros liquidos que ofrece
Corredor el diáfano elemento,
Al gémimo rigor, en cuyas alas
Su vista libra toda al extranjero (22).
Tirano el sacre de los menos puro
Besta primer region, sañudo espera
La desplumada ya, la breve esfera,
Que á un hote corvo del fatal acero
Dejó al viento, si no restituído,
Heredado en el último graznido (25).

(20) *Poso*, segun Pellicer, es un montoncillo de tierra y piedras que hacen los cazadores para que el buho se pose y las aves acudan á los osos.

(21) Pellicer antepone este verso al que precede.

(22) Pellicer dice: *toda libra*.

(25) Pellicer dice:

«Hasta aquí llegan mis manuscritos de las *Soledades* de don Luis; pero sabiendo que añadió un fragmento de cuarenta y tres

(19) Pellicer dice:

«Hasta aquí llegó la impresion de Madrid de las obras de don Luis; pero en mis manuscritos se prosigue esta soledad así. »

Destos pendientes agradables casos
 Vencida se apeó la vista apenas,
 Que del batel, cosido con la playa,
 Cuantos da la cansada turba pasos,
 Tantos en las arenas
 El remo perezosamente raya,
 A la solicitud de una atalaya
 Atento, á quien doctrina ya cetrera
 Llamó cataribera.
 Ruda en esto política, agregados
 Tan mal ofrece como contruidos
 Bucólicos albergues, si no facas
 Piscatorias barracas,
 Que pacen campos, que penetran senos,
 De las ondas no menos
 Aquellos perdonados
 Que de la tierra estos admitidos.
 Pollos, si de las propias no vestidos,
 He las maternas plumas abrigados,
 Vecinos eran destas alquerías,
 Mientras ocupan á sus naturales.
 Glanco en las aguas, y en las yerbas Páles.
 ¡Oh cuántas cometer piraterías
 Un cosario intentó y otro volante,
 Uno y otro rapaz, digo milano,
 Bien que todas en vano
 Contra la infantería, que plante
 En su madre se esconde, donde halla
 Voz que es trompeta, pluma que es muralla.
 A media rienda en tanto el anhelante
 Caballo, que el ardiente sudor niega,
 En cuantas le densó nieblas su aliento
 A los indignos de ser muros llega
 Céspedes, de las obras mal atados;
 Aunque ociosos, no menos fatigados,
 Quejándose venían sobre el guante
 Los raudos torbellinos de Noruega.
 Con sordo luego estrépito despiaga,
 Injuria de la luz, horror del día,
 Sus alas el testigo que prolifa
 Desconfianza á la sicana diosa
 Dejó sin dulce hija.
 Y á la estigia deidad con bella esposa.

PANEGIRICO AL DUQUE DE LERMA (24).

Si arrebatado merecí algun día
 Tu dictámen, Euterpe, soberano,
 Bege el corvo marfil hoy desta mia
 Sonante lira tu divina mano,
 Emula de las trompas su armonía,
 El séptimo Trion de nieves cano,
 La adusta Libia sorda aun mas lo sienta
 Que los áspides frios que alimenta.

Oiga el canoro hueso de la fiera
 Pompa de sus orillas la corriente
 Del Ganges, cuya bárbara ribera
 Baño es supersticioso del Oriente;
 De venenosa pluma, si ligera,
 Armado lo oiga el Marañon valiente,
 Y débale á mis números el mundo
 Del fénix de los Sandos un segundo.

Segundo en tiempo sí, mas primer Sando
 En togado valor, digalo armada
 De paz su diestra, diganlo trepando
 Las ramas de Minerva por su espada,
 Bien que desnudos sus aceros, cuando
 Cerviz rebelde ó religion postrada
 Obligan á su rey que fuerza grave
 Al templo del bifronte dios la llave.

Este pues digno sucesor del claro
 Gomez Diego, del Marte, cuya gloria
 A las alas hurtó del tiempo avaro
 Cuantas le prestó plumas á la historia (25);
 Este, á quien guardará marmores Paro,
 Que engendre el arte, anime la memoria (26),
 Su primer cuna al Duero se le debe,
 Si cristal no fué tanto, cuna breve.

Del Sandoval, que á Denia aun mas corona
 De majestad que al mar de muros ella,
 Isabel nos le dio, que aun no perdona (27)
 Los rayos que él a la menor estrella;
 Hija del que la mas luciente zona
 Pisa glorioso, porque humilde huella
 (General de una santa compañía)
 Las insignias ducales de Gaudia.

Alta resolucíon, merecedora
 Del que ya le previene digno culto,
 Su nieto generoso, oculto agora (28),
 Bien que prescribe su esplendor lo oculto (29);
 Debido nicho la piedad le dora
 La devocíon al no formado bulto,
 De bálsamo en el oro, que no pende,
 Alimenta los rayos que le enciende.

Jóven despues el nido ilustró mio,
 Redil ya numeroso del ganado,
 Que el silbo oyó de su glorioso tío,
 Pastor de pueblos bienaventurado,
 Con labio alterno aun hoy el sacro río,
 Besa el nonbre en sus arboles grabado;
 Tanta le mereció Córdoba, tanta
 Veneración á su memoria santa.

Dulce hebía en la prudente escuela
 Ya la doctrina del varon glorioso,
 Ya centellas de sangre con la espuela
 Solicitaba al trueno generoso;
 Al caballo veloz, que envuelto vela
 En polvo ardiente, en fuego polvoroso;
 De Quiron no biforme aprenden luego
 Cuantas ya fulminó armas el griego.

Tal vez la sierra que mintió el amante
 De Europa con rejon luciente agita,
 Tal, escondiendo en plumas el turbante,
 Escaramuzas bárbaras invita;
 Dura pala, si puño no pujante,
 Viento dando á los vientos, ejercita
 La vez que el monte no fatiga basto,
 Hipólito galan, Arlónis casto.

De espumas sufre el Bétis argentado
 Remos que le conduzgan, ofreciendo
 El oro al tierno Alcides, que guardado
 Del vigilante fué dragon horrendo;
 Delicias solicita su cuidado
 A las nudosas redes, exponiendo
 Lo que incógnito mas sus aguas mora,
 Que extraña el cónsul, que la gula ignora.

Napea en tanto á descubrir comienza
 Bien peinado el cabello mal enjuto,
 Siendo al Bétis un rayo de su trenza
 Lo que es al Tajo su mayor tributo;
 Salíó al fin, y hurtando con vergüenza
 Sus bellos miembros á Silvano astuto,
 Que infamar le vió un álamo prolijo,
 Esto en sonantes nácares predijo:

«Crece, oh de Lerma tú, oh tú, de España
 Bien nacido esplendor, firme columna,
 Que al bien creces comun, si no me engaña
 El oráculo ya de tu fortuna;
 Cloto el vital estambre de luz baña
 Al que Mercurio le previene cuna,

(25) Pellicer dice que el duque de Lerma tuvo muchos ascendientes con el nombre de Diego Gomez; pero que, á su parecer, el poeta habla de Diego Gomez de Sandoval, primer marqués de Denia.

(26) Otros leen *informe* en vez de *engendre*. Sigo á Pellicer,

(27) Asi Pellicer; otros ponen: *que al sol perdona*.

(28) Pellicer escribe: *nieto glorioso*.

(29) Algunos dicen: *esplendor oculto*.

ersos á su *soledad segunda*, hice diligencia para haberle... Pude alcanzar este fragmento, que continuó con Luis, persuadido por el mismo don Antonio Chacon.

(24) Pellicer imprimió por vez primera este panegirico en sus *Lecciones solemnes á las obras de Góngora*, diciendo: «Si mi juicio vale, es la que yo mas estimo de cuantas he leído suyas.»

Al santo Rey, que á tu consejo cano
Los años deberá de Octaviano.»

Siguió á la voz (mas sin dejar rompido
A Juno el dulce transparente seno)
Aplauso celestial, que fué al oído
Trompa luciente, armonioso trueno;
A mayoral en esto promovido
Su pastor sacro, el márgen pisó ameno,
En que de velas coronado el Bétis,
Los primeros abrazos le da á Tétis.

No despues mucho lazos tejió iguales
De Caliope el hijo intonso al bello
Garzon augusto, que á coyundas tales
Rindió no solo, mas expuso el cuello;
Abeja de los tres lilios reales,
Dándole Amor sus alas para ello,
Bulce aquella libó, aquella divina
Del cielo flor, estrella de Medina (50).

Deidad que en isla no que errante baña
Incierto mar, luz gémina dió al mundo,
Sino Apolos lucientes dos á España,
Y tres Dianas de valor fecundo;
Gloria del tiempo Uceda, honor Saldaña,
Orbes son del primero y del segundo,
Sidoaios muros besan hoy la plata
Que ilustra la alta Niebla que desata (51).

La antigua Lémos de real corona
Inelito es rayo su menor almena
A la segunda hija de Latona,
Que de Sebeto aun no pisó la arena,
Quando al silencio métrico perdona
La tantos siglos ya muda sirena,
Cantando las que envidia el sol estrellas,
Negras dos, cinco azules, todas bellas (52).

De un duque esclarecido la tercera
Cintia el siempre feliz tálamo honora
La que bien digna de mayor esfera,
Su luz abrevia Peñaranda agora;
Al padre en tanto de su primavera
Los verdes años ocio no desflora,
Marqués ya en Venia, cuyo excelso muro
De africanos piratas freno es duro (53).

Al régimen atento de su estado,
A sus penales lo admitió el prudente
Filipo, afecto á su elocuente agrado,
Aun entre acciones mudas elocuente.
Ya (mal distinto entonces) el rosado
Propicio albor del Héspero luciente,
Que ilustra dos eclípticas agora,
Purpureaba al Sandoval que hoy dora (54).

Sceptro superior, fuerza suave
A la gracia (si bien implume) hacia
Del pollo fénix hoy, que apenas cabe
En los prolijos términos del día;
De quien será en los siglos la mas grave,
La mayor gloria de su monarquía;
Eleccion grata al cielo aun en la cuna,
Si á la emulacion áulica importuna.

A la envidia, no ya á la que el veneno
Del Quelidro, que mas el sol calienta,
Sino el alado precipicio ajeno
De las frustradas ceras alimenta.
Esta pues que el mas oculto seno
De los augustos lares pisa leuta,

(50) Alude Góngora al casamiento del Duque con doña Catalina de la Cerda, hija de los duques de Medinaaceli.

(51) Segun Pellicer, el orbe del primer Apolo fué Uceda, de donde fué duque don Cristóbal de Sandoval y Rojas, hijo mayor del Duque. El orbe del segundo fué Saldaña, de donde fué conde Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque, por haber casado con la señora condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantazgo. La mayor de las hijas casó con el conde de Niebla, que luego fué duque de Medina-Sidonia.

(52) Casó la hija segunda del Duque con el conde de Lémos. Por haber estado en Nápoles habla aqui del rio Sebeto el poeta.

(53) La hija tercera del Duque casó con el de Peñaranda.

(54) Segun Pellicer, hizo Felipe II gentil-hombre. El Principe, siendo aun niño, comenzó á inclinarse al que luego fué su valido,

Celante altera el judicioso terno
De los satrapas ya de aquel gobierno (55).

Mentida un Tulio, en enantos el Senado (56)
Ambajes de oratoria le oyó culta,
La hiedra acusa, que del levantado
Apenas muro la estructura oculta;
Temor induce, y el temor cuidado,
Tan ponderosamente, que resulta
La merced castigada que en Valencia
Los eslabones arrastró de ausencia (57).

¡On ceguedad! Acuerdo intenta humano
Fatal corregir curso fácilmente;
Tal ya de su reciente mies villano
Diversir pretendió rando torrente;
Mucho le opuso monte, mas en vano (58),
Bien que desenfundada su corriente,
A cuanta Ceres inundó vecina
Riego le fué la que temió ruina.

Sale al fin, y del Turia la ribera
Vestida siempre de frondosas plantas,
Dulce continuada primavera
Lejura muchas veces a sus plantas.
De apacibilidad hace severa
Homenaje reciproco otras tantas
El Virey, confirmando su gobierno,
Osculo de justicia y paz alterno.

Examinó tres años su divino
Talento, el que no solo de alabanza,
Mas de prenio paréntesis bien dmo
Al periodo fué de la prianza;
Dejando al Turia sus delicias, vino
Donde ya le tejia su esperanza
Los verdes rayos de aquel árbol solo
Que los abrazos mereció de Apolo.

Camina pues de afectos aplaudido
A expectacion tan infalible iguales,
Cual del puente espacios que las roido
Con diente oculto, Guadiana, sales;
De los campos apenas contenido,
Que templo son bncóico de Páles,
La ceremonia en su recibimiento,
Oro calzada, plumas le dió al viento.

No del impulso conducido vano
De la ambicion, al pié de su gran dueño
Asciende, en cuya poderosa mano
Dos mundos continente son pequeño;
Alas batiendo luego, al soberano
Sucesor se remonta, en cuyo ceño
Se rie el alba, febo reverbera,
Aguila generosa de su esfera.

Menos dulce á la vista satisface
Cristal, ó de las rosas ocupado
O del clavel que con la aurora nace,
De aljófares purpúreos coronado;
Que un pecho augusto ¡oh cuánta al favor yace
En libica no arena, en variado
Jaspe luciente si, pálida insidia,
Bebiendo celos, vomitando envidia!

Servia y agradaba, esta le cuente
Felicidad (y en urna sea dorada
Piedra), si breve, la que mas luciente
La antigüedad tenia destinada;
Servia, y el enfermo Rey prudente
(De su vida la meta ya pisada)
Con su hijo asentia en el afeto,
Dignando de dos gracias un sugeto.

Al mayor ministerio proclamado
De los fúgosos hijos fué del viento,
Que al Bétis se habieron ya el dorado,
Ya el purpúreo color de su elemento;

(55) La envidia alteró celosa, segun Pellicer, los tres validos de Felipe II, viendo que privaba con el Principe el Duque. Eran el marqués de Velada, el conde de Chinchon y don Cristóbal de Moura.

(56) Otros leen: *mentido un Tulio*.

(57) Los validos de Felipe II hicieron nombrar virey de Valencia al Duque.

(58) Otros leen: *pero en vano*.

De sus miembros en esto desalado
El Rey padre, luz nueva al firmamento
En nueva imagen dió. Pórfido sella
La porción que no pudo ser estrella.

El heredado Auriga, Faeton solo
En la edad, no Faeton en la osadía (39),
A la diadema de luciente Apolo
En sombra obscura perdióse algún día.
Luto vestir al uno y otro polo
Hizo, si anegar no su monarquía
En lágrimas, que pio esjugo luego
De funerales piras sacro fuego.

Entre esplendores pues alimentado (40)
De flores ya suave, agora cera,
Y el dulcemente aroma lagrimado,
Que fragante del aire luto era,
Los oráculos hizo del Estado
Digna merced del Sandoval primera
El Júpiter novel, de mas coronas
Ceñido que sus orbes dos de zonas.

Su hombre ilustra luego suficiente
El peso de ambos mundos soberano,
Cual la estrellada máquina luciente
Doctas fuerzas de monte hoy africano;
Ministro escogió tal, á quien valiente
Absuelto de sus vínculos en vano
El inmenso hará, el celestial orbe
Que opreso gima, que la espalda corve.

Próvido el Sando al gran consejo agrega
De espada votos, y de toga armados,
Que cuarto apenas admitió colega
La ambición de los triunviros pasados;
De competente número la griega,
La prudencia romana sus senados
Establecieron; bárbaro hoy imperio
Concede á pocos tanto ministerio.

Tan exhausta, si no tan acabada,
Halló no solo la real hacienda,
Mas lagrimosa aun á la insaciable
Del interés voracidad horrenda;
Que España, del Marqués solicitada,
Generosa á su rey le hizo ofrenda,
Siglos de oro arrogándose la tierra,
Copia la paz y crédito la guerra.

Confirmóse la paz, que establecida
Dejó en Berhins Filipo ya Segundo,
Que las últimas sombras de su vida
Puertas de Jano, horror fueron del mundo.
De álamos temió entonces vestida
La urna del Eridano profundo,
Sombras que le hicieron no ligeras,
Sus heliades no, nuestras banderas.

Alegre en tanto vida luminosa
El hijo de la musa solicita
A la tea nupcial, que perezosa
Le responde su llama en luz crinita;
En sus couchas el Sabio la hermosa
Guardó al Tercer Filipo Margarita,
Cuyo candor en mejor cielo agora
Suave es risa de perpetua aurora.

Esta pues gloria nuestra, conducida
Con esplendor real, con pompa rara
De Graz con mayor fausto recibida
Del Octavo Clemente fué en Ferrara;
De joya tal quedando enriquecida
Tan gran corona de tan gran tiara,
En leños de Liguria, el mar incierto
Vencido, Vinaroz le dió su puerto.

De Valencia inundaba las arenas
España entonces, que á su antiguo muro,
Digno si, mas capaz tálamo apenas
Del himeneo pudo ser faturo.
Desatadas América sus venas
De uno ostentó y otro metal puro;
¿Qué mucho, si pisando el campo verde
Plata pisa el caballo que oro muere?

Del leño aun no los senos inconstante
La bella Margarita habia dejado,
Y de su esposo ya escuchaba amante
Lisonjas dulces á Mercurio alado;
Al Sandoval en céfiros volante
De treinta veces dos acompañado
Títulos en España esclarecidos,
En graua, en oro el alba, el sol vestidoa.

Con pompa recibida al fin gloriosa,
La perla boreal fué soberana
En ciudad vanamente generosa
De nacion generosamente vana.
Dulce un día despues la hizo esposa,
Flamante el Castro en púrpura romana;
Fuése el Rey, fuése España, y reverente
Pisó el mar lo que ya inundó la gente.

Esperaba sus reyes Barcelona
Con aparato, cual debia, oportuno
A rayo ilustre de tan gran corona,
A murado tridente de Neptuno;
Ninguna de las dos real persona,
Ni de los cortesanos partió alguno,
Sin arra de su fe, de su amor seña.
Aquella grande, estotra no pequeña (41).

Al santuario luego su camino
Del monte dirigieron aserrado,
Donde el báculo viste peregrino
Las paredes que el mástil derrotado;
Deste segundo en religion casino
Sus pasos votan al Pilar sagrado;
Ufana al recibillos se alborozó,
Mirándose en el Ebro, Zaragoza.

Del reino convocó los tres estados
Al servicio el Marqués, y al bien atento
Del interés real, y convocados,
Dacio logró magnifico su intento;
Sus parques luego el Rey, sus deseados
Lares repite, donde entró contento,
Cuando a la pompa sucedia el decoro
En estoque desnudo, en patio de oro.

Entre el concento pues nupcial oyendo
Del Arno los silencios, nuestro Sando
Las armas solicita, cuyo estruendo
Freno fué duro al florentin Fernando (42);
El Fuentes bravo (43), aun en la paz tremiendo,
Vestido acero, bien que acero blando,
Terror fué á todos mudo, sin que entonces
Dictras fuesen de Júpiter sus broncea.

La quietud de su dueño prevenia la
Sin efusion de sangre, la campaña
De Carrion le duele, humedeida,
Fértil granero ya de nuestra España,
Pobre entonces y estéril, si perdida,
La mejor tierra que Pisnerga baña (44);
La corte les infunde, que del Nilo
Siguió inundante el fluctuoso estilo.

De la esterilidad fué, de la inopia
Carrion dulcemente perdonado,
Las espigas, los pomos de la copia
A Júpiter debidos, hospedado;
Pisnerga sacro por la urna propia,
Y sacro mucho mas por el cayado,
En muros tanto, en edificios medra,
Que sus márgenes bosques son de piedra.

Vigilante aquí el Denia, cuantos pudo
Prevenir leños fia á Juan Andrea,
Que á Argel su remo les conduza mudo,
Si castigado hay remo que lo sea;
Venda el trato al genizaro membrudo,
Cuando al corso no hay turco que no crea
Su bajel, que no importa, si en la playa

(39) Casó á los reyes el cardenal arzobispo de Sevilla don Pedro de Castro.

(40) Fernando de Médicis, quinto duque de Florencia.

(41) Salíó contra el florentin á campaña don Pedro Enriquez do Acebedo, conde de Fuentes.

(42) Mandó el Duque que se regasen con zanjas los campos de Carrion, estériles entonces.

(39) Felipe III no quiso coronarse rey hasta hacer á su padre las exequias.

(40) Pellicer lee: *entre el esplendor*.

El mar se queda, que el bajel se vaya (43).

¡Oh Argel! ¡Oh de ruinas españolas
Voraz ya campo tu elemento impuro!
Oh, á cuántas quillas tus arenas solas,
Si no fatal, escollo fueron duro!
Imiten nuestras flámulas tus olas,
Tremolando purpúreas en tu muro,
Que en cenizas te espero ver sulcado (46)
O de tus ondas ó de nuestro arado.

No ya esta vez, no ya la que al prudente
Cardona (47), desmentido su aparato,
Las velas que silencio diligente
Convocaba, frustró segundo trato;
Volviéndose los dos, que llama ardiente,
Si vanas previas de naval recato,
La justicia vibrando está divina
Contra esta pirática sentina.

En el mayor de su fortuna halago,
La que en la rectitud de su guadña
Astro es de las vidas en Buitrago.
Rompió cruel, rompió el valbr de España
En una Cerda. No mayor estrago,
No, cavando ruina mas extraña,
Hiciera un astro, de-formando el mundo,
Enjugando el Océano profundo;

Que de Lerma la ya duquesa, dina
De pisar gloriosa luces bellas,
Que á su virtud del cielo fué Medina
Cuna, cuando su tálamo no estrellas,
Cuántas niega á la selva convecta
Lagrimosas dulcísimas querellas,
Da á su consorte ruiseñor vido,
Músico al cielo, y á los hombres mudo.

Prorogando sus términos el duelo,
Los miembros nobles que en tremendo estilo
Trompa final convocará del suelo,
En los bronces selló de su lucilo;
De Pisuerga al undoso desconsuelo
Aun la urna ineapaz fuera del Nilo.
¿Qué mucho, si afectando vulto triste,
Llora la emulacion, y luto viste?

Parte en el Duque la mayor tuviera
El sentimiento y aun el llanto agora,
Si la serenidad no le trujera
A la del Infantado sucesora;
La que el tiempo le debe primavera
Al Favonio en el tálamo de Flora,
Siempre bella, florida siempre, el mundo
Al Diego deberá Gomez segundo (48);

Al que delicia de su padre, agrado
De sus reyes, aplauso de la corte,
En coyunda feliz tan grande estado,
El dote fué menor de su consorte;
Mecénas español, que al zozobrado
Barquillo estudioso ilustre es norte (49).
¡Oh cuánta le darán acciones tales
Jurisdiccion gloriosa en los mortales (50)!

No despues mucho, madre esclarecida
A Margarita hizo el mejor parto
Que ilustró el hemisferio de la vida
Desde el adusto cau al gélido Arcote.
Pálas en esto, láminas vestida,
Quinto de los planetas, quiere al cuarto

(43) Pellicer dice:

«Intentose la jornada de Argel; fué por general de la armada Juan Andrea de Oria. Negocióse que se diese Argel por trato en tiempo que los bajeles moros salian en corso. Fué infeliz esta jornada. Por eso dice don Luis que no importa que salga la armada de Argel y deje sin guarnicion la playa, si se queda el mar, porque sola la playa de Argel, sin bajeles que la defiendan, se está defendida.»

(46) Pellicer lee: *Te pienso ver*.

(47) Alude Góngora á la anterior tentativa de apoderarse de Argel, hecha por el duque de Cardana.

(48) Habla del casamiento de la condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantado, con Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque. Este era Mecénas de Góngora.

(49) Pellicer lee: *Siempre es norte*.

(50) Otros leen: *A los mortales*.

De los Filipos, duramente hecho
Genial cuna su pavés estrecho.

Sus gracias Véneus á ejercer conduce
El ministerio de las parcas triste;
Cardó una el estambre, que reduce
A sutil hebra quien el luto viste;
Devanándolo otra lo traduce
A los giros volubiles que asiste,
Mientras el dulce de las musas coro (1)
Sueño le alterna dulce en plectros de oro.

Agradecido el padre á la divina
Eterna majestad, himnos eutona
En regulados coros, que termina
La devocion de su real persona;
Piadoso luego rey, cuantas destina
Penas rigor legal, tantas perdona
A los que al sol de sus cadenas gimen
En los tenaces vínculos del crimen.

Señas dando festivas del contento
Universal, el Duque las futuras
Al primero previenen sacramento,
Que del Jordan lavó aun las ondas puras;
Emulo su esplendor del firmamento,
Si piedras no lucientes, luces duras
Construyeron salon, enal ya dió Aténas,
Cual ya Roma teatro dió á sus scenas.

Diligencia en sazón tal afectada,
O casual concenso mas solemne,
Del rey hizo britano la embajada,
Y el aplauso que España le previene;
De la vocal en esto diosa alada.
Aunque litoral Calpe, aunque Pirene,
Siempre fragoso convocó la trompa
A la alta espectacion de tanta pompa.

Ambicioso el Oriente, se despoja
De las cosas que guarda en si mas bellas,
Ceilan cuantas su esfera exhala roja
Engasta en el mejor metal centellas;
De sus veneros registro camboja
Las que á pesar del sol ostentó estrellas,
El esplendor, la vanidad, la gala,
En el templo, en el coso y en la sala.

Desmentido altamente del brocado,
Vinculo de prolijos leños ata
El palacio real con el sagrado
Templo, ereccion gloriosa de no ingrata
Memoria al Duque, donde abreviado
El Jordan sacro en márgenes de plata,
Dispensó ya el que, digno de lava,
De la fe es nuestra vigilante vara.

Ingenioso polvorista luego
Luminosos milagros hizo en cuanto
Purpúreos ojos dando al aire ciego,
Mudas lenguas en fuego llovó tanto,
Que adulada la noche de este fuego.
No echó menos las joyas de su manto,
Que en la fiesta hicieron subsecuente
La gala mas lucida, mas luciente.

Pisó el cémit, y y abortso se embaraza,
Rayos dorando el sol en los doseles,
Que visten, si no un fénix, una plaza,
Cuyo plumaje piedras son noveles,
De Dafne coronada mil, que abraza
En mórbidos cristales, no en laureles;
Turbado las dejo porque celoso
A Júpiter bramar oyó en el coso.

No en circo, no, propuso el Duque atroces
Juegos, ó gladiatorios ó ferales,
No en ruedas que hurtaron ya veloces
A las metas, al polvo las señales;
En plaza si magnífica feroces
A lanza, á rejon muertos animales
Flechando luego en céfiro de España
Arcos celestes una y otra caña.

Apenas confundió la sombra fria
Nuestro horizonte, que el salon brillante,

(1) Así Pellicer; otros leen: *Culto de las musas*. Sin duda fué para evitar la repeticion de la voz dulce.

Nuevo epiciclo al gran rubí del día,
Y de la noche fué al mayor diamante
Por la láctea después segunda vía.
Un orbe desató y otro sonante (2)
Astros de plata, que en lucientes giros
Batieron con alterno pié zafiros.

Prolija prevención en breve hora
Se disolvió, y el lúcido topacio,
Que occidental balcón fué del aurora,
Ángulo quedó apenas de palacio.
De cuantos la edad mármoles devora,
Igual restituyendo al aire espacio
Que ámbito á la tierra, mudo ejemplo
Al desengaño le fabrica templo.

Solicitado el holandés pirata
De nuestra paz ó de su aroma ardiente,
No solo no al Ternate le desata,
Mas su coyunda á todo aquel oriente;
Del mar es de la aurora la mas grata,
Cuando no la mejor del continente,
Isla Ternate, pompa del maluco,
Deste inquirida siempre y de aquel buco.

Esta pues que de aquel gran mundo ha sido
Universal emporio de su clayo
Al político campo, al de torcido
Labio y cabello tormentoso caho,
Donada fué de quien por su apellido
Y por su espada ya dos veces bravo,
Mayor será trofeo la memoria
Que el adelantamiento á su victoria (3).

Gracias no pocas á la vigilancia
Del Duque atento, cuya diligencia,
Próxima siempre á la mayor distancia,
Sombra individua es de su presencia;
Veneciana estos días arrogancia,
De vana procedida preeminencia,
Al sacro opuesta celestial clavero,
Esgrimió casi el obstinado acero.

¡Oh del mar reina tú, que eres esposa,
Cuyos abetos el león seguros
Conduce sacro, que te hace undosa
Gibéles, coronada de altos muros!
Alción de la paz ya religiosa,
Los reinos serenastes mas impuros;
¡Oh Venecia, ay de tí! Sagrada hoy mano
Te niega el cielo que desquicia á Jano.

¡Ay mil veces de tí! Precipitada,
Mas república al fin prudente, ¿sabes
La que á Pedro le asiste cuánta espada
A sus dos remos es, á sus dos llaves?
De una y de otra lámina dorada
Sus miembros aun no el Fuentes hizo graves,
Que señas de virtud dieron plebeya
Las togadas reliquias de Aquileya.

Confuso hizo el arsenal armado
Reseña militar, naval registro
De sus fuerzas, en cuanto oyó el senado
Alto del Rey Católico ministro;
Néstor mancebo en sangre, y en estado
Castro excelso, dulzura de Caistro;

(2) Pellicer lee:

Un orbe y otro desató sonante.

(3) Alude el poeta á don Pedro Bravo de Acuña, conquistador de Ternate.

Este pues, variando estilo y vulto,
Duro amenaza, y persuade culto (4).

Oración en Venecia rigurosa,
En Lombardía trompas elocuentes,
Violencia hicieron judiciosos
A la mayor corona de prudentes.
Adria, que sorbió ríos ambiciosos,
Tímida agora, recusando Fuentes,
Reducida resiste, humilde cede
Al Quinto Paulo y á su santa sede.

Jacobo, donde al Tánesis el día
Mucha le esconde sinuosa vela,
Legítimas reliquias de Maria,
Sucesión adoptada es de Isabela;
Lo materno que en él, ceniza fría
De nuevos dogmas, semivivo cела,
A paz con el Católico le induce
Afecto que humea, si no luce.

Este pues embrión de luz, que incierto
Vivir apenas esplendor no sabe,
La nunca extinta púrpura de Alberto
Alentó pia, fomentó suave;
España á ministerio tan experto
Varón delega, cuya mano grave,
Alternando instrumentos, persuada
O con el caduceo ó con la espada.

El Tásis fué de Acuña esclarecido,
Ya de Villamediana honor primero,
El que á tan alto asunto delegado,
Suavemente le trató severo;
El de sierpes al fin leño impedido,
El fulminante aun en la vaina acro
La paz solicitaron, que Bretaña,
Que deberá al glorioso Conde España.

Alma paz, que después establecida
Del Velasco, del rayo de la guerra,
La tantos años puerta concluida
Abrió al tráfico el mar, abrió la tierra;
Iris santa, que el símbolo cenida
De la serenidad á ligalaterra,
A España en nudo las implica blando,
De los odios reciprocos (5) ovando.

No menos corvo rosicler sereno
El país coronó agradable, donde
En varios de cristal ramos el Reno
Las sienes al Océano le esconde;
El belicoso de la Haya seno,
Bélgico siempre título del Condé,
Tronco del néctar fué, que fatigada
Labró la guerra, si la paz no armada (6).

A la quietud deste rebelde polo
Asistió el Duque entonces indulgente,
Que por desenzalarle un rato solo,
No ya depones Marte el yelmo ardiente;
Su arco Cintia, su venablo Apolo,
Arrimado tal vez, tal vez pendiente,
A un tronco este, aquella á un ramo fía,
Ejercitados el siguiente día.

(4) Según Pellicer, en tanto que en el arsenal de Venecia se hacía alarde de la gente de guerra, oró en el Senado don Francisco de Castro, embajador de Felipe III.

(5) Concluyó las paces con Inglaterra el condestable de Castilla don Juan Fernandez de Velasco. El *ovando* aquí no es apellido, sino verbo. Equivale á *trunfando*.

(6) Alude don Luis de Góngora á las treguas que hizo Felipe III con los holandeses por espacio de doce años.

DÉCIMAS.

DÉCIMAS AMOROSAS.

Flechando vi con rigor (7)

A una niña soberana
En el arco de Diana
Las saetas del Amor.
El corcillo volador,
Con ver su muerte vecina,
Aguarda, y la dura encina,
Blanco de sus tiros hecha,
En el hierro de su flecha
Besó su mano divina.

Ved cuán milagrosa y cuánta
Es su fuerza, pues la espera
Con voluntad una fiera
Y con respeto una planta;
Dulcísima fuerza y tanta,
Que herido della el viento,
Sillia cada vez contento,
Deseando que á porfía
Cien veces le fleche al día,
Por tener heridas ciento.

Esto que alcanza y sujeta
Sin que alas valgan ni piés,
No es fuerza de amor ni es
Celeridad de saeta,
Sino la virtud secreta
De la mano y del cabello,
Que da al arco marfil bello
Y á la cuerda oro sutil,
Conocido del marfil
Desde que ondeó en su cuello.

Deste pues arco que adoro,
Cuando tejieron la cuerda,
Su apellido dió la Cerda
Y sus cabellos el oro;
Corvo honor del casto coro,
Y emulacion, sino celo.
Del que con torcido vuelo
Da al aire colores vanos,
Que por serlo de sus manos
Dará el ser arco del cielo.

OTRAS.

Pintado he visto al Amor,
Y aunque lo he visto pintado,
Está vivo y aun armado
De dulcísimo rigor;
Ni es ciego, aunque es flechador,
Porque sus divinos ojos
No lieren ni dan enojos;
Que en solo un casto querer
Se dilata su poder
Y se abrevian sus despojos.

No con otro lazo engaña
Ni á otras prisiones condena
Que á la gloriosa cadena
A los Zúñigas de España;
Allí pues donde el mar baña
Las murallas de Ayamonte,
Sol de todo su horizonte,
Duras redes manda armar,
Como Tétis en el mar,
Como Diana en el monte.

El arco en su mano bella,
Su esposo la dura lanza,
El con el caballo alcanza
Al que con las flechas ella;
Al venado, que de aquella
Montaña tantos inviernos
A los robles casi eternos

(7) Otros leen *flechar*.

Les hurtó la antigüedad (8)
Con los años de su edad,
Con las puntas de sus cuernos.

Al jabali, en cuyos cerros
Se levanta un escuadron
De cerdas, si ya no son
Caladas picas sin hierros (9);
De armas, voces y de perros
Seguido, mas no alcanzado,
Muere al fin atravesado,
Y no sé de cuál primero,
O del rejon, que es ligero,
O del arpon, que es alado.

OTRAS.

A don Diego de Córdoba, primer marqués
de Guadalcazar, viniendo de la corte.

No os dirémos, como al Cid,
Que en Cortes habeis estado,
Porque, aunque disimulado,
Sé que venís de Madrid;
Señor don Diego, venid
Mil veces en hora buena,
Aunque os hayan puesto pena;
Del palacio haced plaza,
Si no os ha puesto mordaza
La que os puso en su cadena.

Decidnos, Señor, de aquellas
Flores y luces divinas
En palacio clavellinas
Y en el firmamento estrellas;
Ángeles que plumas bellas
Baten en sus hierarquías (10),
Donde son buenos los días;
Pero las noches son malas,
Porque al coger de las alas
Sienten las plumas muy frias.

Galantísimo señor
Deste cielo, la primera
Sea el puerto y la carrera
De las Indias del amor;
El mas hermoso, el mejor
Extremeno serafín
Que dió á España Medellín.
¡Dichosa la tierra que
Pisa el cristal de su pié
En la planta del chapín! (11)

Allí donde entre alhelies
Guadiana se desata
La pluma peinó de plata
Con el pico de rubies
Esta de tantos neblies
Garza real perseguida,
Y á quien sus flores le anida
El Tajo glorioso, el vuelo
Que en puntas corona el cielo
De ave tan esclarecida (12).

Si la gloria de Chacon
De la cabeza á los piés

(8) Así Hoces y Verges; Faria lee:
Les juró la antigüedad.

(9) Así Faria; Hoces y Verges leen:
Celadas, picas sin hierros.

(10) Así Faria; Hoces y Verges leen:
Baten sus hierarquías.

(11) Otros leen: *en la plata*.

(12) Así se lee esta décima en las obras
que he consultado, si bien los últimos ver-
sos no tienen claro sentido.

Azúcar y almendras es,
Dulce será el corazon.
Néctar sus palabras son;
Mas sepa quien no lo sabe
Que de agudas flechas grave
En sus palabras Cupido,
Como abeja está escondido
En el panal mas suave.

A la bellísima Cerda
Para el arco que da enojos,
Saetas pide á sus ojos,
Y á su apellido la cuerda.
El niño dios porque pierda
La libertad y el oficio,
Quien se la da en sacrificio.
¡Venturoso el ermitaño
Que trajese todo el año
Destas Cerdas el silicio!

Mucho tiene de admirable
La deidad de Monterey,
Pues al mismo amor da ley
Por lo bello y por lo afable;
Cuando dulcemente hable,
Cuando dulcemente mire,
¿Quién habrá que no suspire
Cuando corone su frente
De los rayos del oriente?
Quién habrá que no se admire?

De la beldad de las Navas,
Dice Amor que cuando mira,
Dorados arpones tira
Mas que tiene en sus aljabas;
Las dos pues reales pavas
De la Coruña y Bedmar
Muy bien pueden coronar
El palacio con sus plumas,
Que escurecen las espumas
Del uno y del otro mar.

Aquella belleza rara
Que adora el Ebro por diosa,
Sol es de Villahermosa,
Hermosísimo de cara (13);
Aurora luciente y clara
Deste sol aragones,
Si no naciera despues
Fuera su hermana divina;
Mas si no es luna menina,
Estrella de Vénus es.

De la que nació en el mar
Las veneras lunas son,
Y su hijo en el blason
Nos la hace venerar;
De aquel fénix singular,
Honor de los Pimenteles,
Buscad, oh amantes fieles!
En estas conchas la perla,
Si dejan sus ojos verla,
Que son caribes crueles!

Decíme de aquella dama
Gloria del nombre de Ulloa,
Que pues la envidia la loa,
No es bien la calle la fama;
Cuarta gracia Amor la llama
En el palacio real,
Y á fe que no dice mal
El dios que biela y abraza;
Que el título de su casa
Y las gracias todo es sal.

La extranjera soberana
Que en las montañas no solo,
Mas en cuanto pisa Apolo

(13) Otros leen *hermosísima*.

No la desvió Diana;
¡Oh venturosa alemana,
Que privas á cualquier hora
Con la casta cazadora,
Dichoso el que en ti aventura
El logro de tu hernosura
Y el favor de tu señora!

Aquel resplandor rosado
De la luz que al mundo viene,
Aunque es Albarado, tiene
Mas de Alba que de Albarado;
No amanece, y da cuidado
A los dulces ruiseñores,
Que esperan entre las flores
Saludar al rayo nuevo
Del lucidísimo Febo,
Que ha de daros los albores.

Al Mondego dió cristal,
Si de oro al Tajo no arena,
Doña Beatriz de Villena,
Trofeo de Portugal;
Y á la que no tiene igual
En hernosura y saber,
Gloria, majestad y ser
De los Osorios de Astorga,
Amor dice que le otorga
Sus armas y su poder.

Puesta en el brinco pequeño
De Altamira la mira alta,
Hallaréis que él solo esmalta
Cuántas joyas os enseño;
Creceará, y quitará el sueño
A la beldad y á la gala;
En el balcon y la sala
Prestará rayos al sol,
Sin que haya ángel español
Que no venza ala por ala.

Las blancas tocas, Señor,
No perdono de la guarda,
Mayor sí, pero gallarda
Tanto como la menor;
Santo y venerable honor
De su patria y de su estado,
Mas pastora de un ganado,
Que está convidando al lobo;
Yo sé decir, aunque bobo,
Que á Argos diera cuidado.

OTRAS.

La que ya fué de las aves
Mas curiosa y menos cuerda,
Cuando lazos de tu Cerdá
La perdonaron suaves
A los dulcemente graves
Rayos de tus ojos bellos,
Vuelve á examinarse y vellos,
Fiada en que le harán salva
Las aves que con el Alba
Saludaba al sol en ellos.

Emula del mayor vuelo
Y de la vista mas clara,
Vuela, y deslumbrada, para
En el cristalino cielo
De tus manos, que al hijuelo
Desarmaron de la Biosa,
Donde altamente reposa,
Contenta ya en ser igual,
Si no al águila real,
A la simple mariposa.

Muere fénix, y abrasada,
Culta le renace pluma
De los cisnes, que la espuma
Del Tajo ilustran sagrada,
Dignamente celebrada;
Pues ya que tus soberanos
Ojos, tus intentos vanos
Luminosamente hicieron,
Urna de alabastro fueron
A sus cenizas tus manos.

OTRA.

Esta bayeta aforrada
En plata, señora mía,
Luto es de mi alegría,
Bien nacida y mal lograda;
Y esta por vos desatada
Hacha en lágrimas de cera,
A tener lengua, os dijera
Cuál me trae vuestro desden;
Que no es alárabe quien (14)
Me vistió desta manera.

DÉCIMAS LIRICAS.

De un monte en los senos, donde
Daba un tronco entre unas peñas,
Dulces sonoras señas
De los cristales que esconde,
Eco que al latir responde
Del sabueso diligente,
Condujo en perlas su frente (15),
Fatigada cazadora,
Que blancos lilios fué un hora
A las orlas de su fuente.

*Montaña que eminente
Al viento tus encinas
Sonantes cuernos son roncás bocinas,
Toca, toca, toca,
Monteros convoca
Tras la blanca cierva,
Que sudando aljófar,
Corona la yerba.*

Treguas poniendo al calor,
Lisonjean su fatiga,
No sé cuáles plumas diga,
Del Céltiro ó del Amor;
No á blanca ó purpúrea flor
Abeja mas diligente
Liba el rocío luciente,
Que las dos alas sin verlas
Desvanecieron las perlas,
Que envidia el nácar de Oriente.

Montaña que eminente, etc.

De Clori bebe el oído
El son del agua risueño,
Y al instrumento del sueño
Cuerdas ministra el ruido;
Duerme, y Narciso Cupido,
Cuando mas está pendiente
(No sabe el cristal corriente)
Sobre el dormido cristal,
Fiera rompiendo el jiral,
Rompe el sueño juntamente.

*Montaña que eminente
Al viento tus encinas
Sonantes cuernos son roncás bocinas,
Toca, toca, toca,
Monteros convoca
Tras la blanca cierva,
Que sudando aljófar,
Corona la yerba.*

DÉCIMAS BURLESCAS.

Musa que sopla y no inspira,
Y sabe por lo traidor
Poner los dedos mejor
En mi bolsa que en su lira,
No es de Apolo (que es mentira)
Ilija musa tan bellaca,
Sino del que hurtó la vaca
Al pastor; á tal persona
Pongámosle su Helicón
En las montañas de Jaca.

(14) Otros leen *alarache*.

(15) Otros ponen:

Condujo perlas su frente.

Musa que en medio de un llano
Llevando gente consigo,
Tradujo al mayor amigo (16)
De francés en castellano;
Musa que á su medio hermano,
Hijo del planeta rojo,
O por trato ó por antojo,
Sin besallo lo vendió,
No estoy muy seguro yo,
Pues me ha besado en el ojo.

Remitirle el proceso
A quien me pusiere dudas
En darme nombre de Judas
Por el trato ó por el beso;
Y aun acumularle á eso
La mano de Judas quiero,
Pues me juró un caballero
Que en casa de una señora
La semana pecadora
Mató vela y candelero.

Y en delitos tan soeces,
Ved qué gramáticas usa,
Que ha declinado su musa
Por *templum templi* mil veces;
Y á pesar de los jueces
Y de las leyes, acierta
Con el templo y con la puerta,
Si no es que dicen por yerro
Que entra el gato como el perro
Porque halló la puerta abierta.

OTRAS.

A don Pedro Sotés, truhan que estando en
Córdoba y viviendo á su posada una noche
á deshora, no le quisieron abrir, y
durmio al sereno

Sotés, así os guarde Dios,
Que dice la noche helada
Que la Fuenfria nevada
Es un Mongibel con vos;
Y así, infiero que la tos
Os llevará al ataud
Con prolija lentitud,
Que causan vuestras frialdades (17),
Porque de gracia y sepades
Teneis lo que de salud.

Tanto sabeis enfriar
Al que por desdicha os topa,
Que le haréis pedir ropa
Un día canicular;
¿Qué mucho, si haceis temblar,
En marzo y Andalucía
La que os hace compañía,
Cuando todo el mundo os niega
La que en diciembre y Noruega
Pudiera ser noche fría?

Ventosidad y no poca
Saco de vuestra fatiga;
Yo fio que ella os lo diga,
Pues las noches tienen boca;
Aunque la tendré por loca
Si estimándoos en un clavo,
No os habla por otro cabo;
Porque, señor don Sotés,
Es noche, y noche de un mes
Que sabe volver de rabo.

OTRAS.

Contra los que dijeron mal de las *Soledades*.

Por la estafeta he sabido
Que me han apologizado,
Y á fe de poeta honrado,
Ya que no bien entendido,

(16) Otros leen *redujo*.

(17) Otros leen: *lo causan*.

Que estoy muy agradecido
De su ignorancia tan crasa,
Que aun el sombrero les pasa,
Pues imputa oscuridad
A una opaca soledad
Quien luz no enciende en su casa.

Melindres son de lechuza,
Que en lo umbrroso poco vuela
Quien en las tinieblas suele
No perdonar una alcuza;
Musa mía, sed hoy Muza;
Si empuña, si embraza acaso
Lanza y adarga el Parnaso,
Defendéd el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio,
En la Vega Garcilaso (18).

OTRAS.

Esa palma es, niña bella,
Para vuestra profesion,
Aunque mas antiguas son
Las de vuestras manos que ella;
Temo, vespertina estrella,
Que esa vuestra edad de hierro
La profesion hará entierro
Antes que la palma lleve
En esa mano de nieve
Muchos dátiles de perro.

Borlas lleva diferentes,
Burlas digo, y desengaños,
Tantas como vuestros años
Y menos que vuestros dientes;
Alcuza de los prudentes
Sois, pues dicen mas de dos
Que siendo tan muda vos,
Queréis profesar en día
Que tantas lenguas envía
El Espíritu de Dios (19).

OTRAS.

Una moza de Alcobendas
Sobre su rubio trenzado
Pidió la fe que le he dado,
Porque eran de oro las prendas;
Concertados sin contiendas
Nuestros dulces desenojos,
Me pidió sobre sus ojos
Por lo menos un doblon;

(41) Don Juan Pablo Forner dice en sus *Reflexiones sobre la lección crítica de Huerta* (Madrid, 1786):

«En la coleccion del *Parnaso español* se han reimpresso tambien otros dos sonetos en culto del mismo Lope, dirigidos evidentemente contra las *Soledades* de Góngora; bien que no quedaron sin respuesta, pues para mi aquellos versos de este en defensa de sus *Soledades*, que dicen:

«Musa mía, sed hoy Muza,
Si empuña, si embraza acaso
Lanza y adarga el Parnaso.
Defendéd el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio,
En la vega Garcilaso,

se dispararon evidentemente contra la mordacidad de Lope, dando á entender Góngora en la traviesísima alusión que contienen, dos cosas: una, que Lope era el caudillo de los que le satirizaban; y otra, que aunque tenia el apellido de Vega, no por eso residia en él el espíritu de Garcilaso, que tuvo el mismo apellido; y por consiguiente, era enemigo poco temible.»

(19) Dúdase que sean de Góngora estas dos décimas.

Yo, aunque de esmeraldas son,
Se lo libré en Tremecen;
¿Hice bien?

En el dedo de un doctor
Engastado en oro vi
Un finísimo rubí,
Porque es siempre este color
El antidoto mejor
Contra la melancolía;
Yo por alegrar la mía
Un rubí desaté en oro;
El rubí me lo dió Toro,
El oro Ciudad-Real;
¿Hice mal?

OTRAS.

Habiendo ido don Luis á hacer unas informaciones á Galicia, hizo estas décimas.

¡Oh montañas de Galicia,
Cuya (por decir verdad)
Espesura es suciedad,
Cuya maleza es malicia,
Tal, que ninguno codicia
Besar estrellas pudiendo,
Antes os quedais haciendo
Desiguales horizontes:
Al fin, gallegos y montes
Nadie dirá que os ofendo.

¡Oh si tú, cuyos cristales
Desatas ociosamente,
Mal coronada tu frente
De castaños y nogales!
¿Qué bien de los naturales
Vas murmurando, y no paras!
Perdonen tus aguas claras
De Baco el poder injusto,
Si ellos te niegan el gusto
Y ellas te niegan las caras.

¡Oh posadas de madera,
Arcas de Noé, adonde
Si llamo al huésped, responde
Un buey y sale una fiera!
Entróme, que no debiera,
El cansancio, y al momento
Lágrimas de ciento en ciento
A derramallas me obliga,
No sé cuál primero diga,
Llamo ó arrepentimiento.

¡Oh labrante mujeriego
De tierras de holandas non,
Cuyas aguijadas son
Flechas del amor gallego!
Vuestra castidad no os niego,
Antes digo será eterna,
Pues descalza la mas tierna,
Lleva la que menos ara,
Pierna que guarda su cara,
Cara que guarda su pierna (20).

¡Oh Narcisos de sayal,
Antipodas de la gala,
Cuyo pié entra en cualquier sala
Sin guante de Fregenal!
Puedo decir, y no mal,
De Galicia y sus confines,
Sin disculpar escarpines,
De los cheiros del Algalia,
Que á Génova y aun á Italia
Se la gana en juanetines.

OTRAS.

Contra las costumbres (21).

Ya de mi dulce instrumento
Cada cuerda es un cordel,

(20) Otros leen *guarde*.

(21) Esta composicion debiera estar entre

Y en vez de vihuela, él
Es potro de dar tormento;
Quizá con celoso intento
De hacerme decir verdades
Contra estados, contra edades,
Contra costumbres al fin;
No las comente el ruin
Ni las tuerza el enemigo,
Y digan que yo lo digo.

Del mercader, si es lo mismo,
Con vara y pluma en la mano
Condenarse en castellano
Que irse al infierno en guarismo;
Desátennme el silogismo
Sus pulgadas y sus ceros,
Su conciencia y sus dineros,
Y tengan por cosa cierta
Que si le cierran la puerta,
En el cielo no hay postigo;
Y digan que yo lo digo.

Ver sus tocas blanquear
A la viuda, eso me mueve,
Que ver cubierta de nieve
El puerto del muladar;
Déjase á solas pasar
De cualquiera forastero,
O peon ó caballero,
Y con sus amigas flora
A su esposo la señora
Como la Cava á Rodrigo;
Y digan que yo lo digo.

Viendo el escribano que
Dan á su legalidad,
Por ser poco él de verdad,
Nombre las leyes de fe,
Su pluma sin ojos ve,
Y su bolsa, aunque sin lengua,
Por la boca crece y mengua
Las razones del culpado,
La bolsa hecha abogado,
Y la pluma hecha testigo;
Y digan que yo lo digo.

Como consulta la dama
Con el espejo su tez,
¿No consultará una vez
Con la honestidad su fama?
Aspid al vecino llama
Que la muerde el carcañar
Cuando sale á visitar
El copete y la corona,
Y á los dos no les perdona
Desde la joya al bodigo;
Y digan que yo lo digo.

Milagros hizo por cierto
Un alcalde, y lo vi yo,
Que siendo vivo, le dió
Almas de oro á un gato muerto,
Y aun es de tanto concierto;
Que se iguala y no se ajusta,
Y si acaso á doña Justa
Algo entre platos le viene,
Deja la verdad, y tiene
A Platon por mas amigo;
Y digna que yo lo digo.

Entrase en vuestros rincones
Comadreando la vieja,
Bien como la comadreja
En nido de gorriiones;
Con madejas y oraciones
Os quiebra ó degüella en suma,
Ora en huevos, ora en pluma,
La honra de vuestra hija;
Destas terceras clavija

las letrillas. Pónese, sin embargo, entre las décimas por hallarse así en las demás ediciones. Lo mismo se puede decir de los versos siguientes.

Sea la rama de un quejigo ;
Y digan que yo lo digo.

De doctor mal entendido,
De guantes no muy estrechos,
Con mas homicidios hechos
Que un catalan foragido ;
Si son de puñal buido
Las hojas de su Galeno,
Y si partir puede el freno
Y el dinero con su mula,
Mate, y sirvale de bula
La carta que trae consigo ;
Y digan que yo lo digo.

OTRAS.

Cuán venerables que son,
Cuán digno de reverencia,
Las tocas de la apariencia,
El manto de la opinion ;
¡ Oh Coridon, Coridon !
Venza las tortolas Bido
En uno y otro gemido ;
Turbe el agua á lo viudo ;
Que á fe que el hierro desnudo
Desmienta al monjil vestido.

De un serafín quintañon
El menos boy blanco diente,
Si una perla no es luciente,
Es un desnudo piñon ;
¡ Oh Coridon, Coridon !
Antojos calzais de necio,
Pues no entendeis á Vejecio ;
Pero entenderéislo al fin
Si el quintañon serafín
Muerde duro ó tose recio.

Galan no pasea el balcon
De la reclusa doncella,
Que no lo conozca ella,
Y no conoce varon ;
¡ Oh Coridon, Coridon !
Fresco estáis, no sé qué os diga,
Si el amor, por lo que obliga
Un conocimiento desos,
Le sacó prendas con huesos
Del cofre de la barriga.

Solicita devocion
El rostro de la beata,
El gemo, digo, de plata
Engastado en un grñon ;
¡ Oh Coridon, Coridon !
No hay flor de abeja segura ;
Poca plata es su figura,
Poca; mas con todo eso,
En oro le paga el peso
Quien en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincón
Penélope mientras yerra
Por mar Ulises, por tierra
Genizas ya el Ilión ;
¡ Oh Coridon, Coridon !
Ella en tierra y él en mar
Papillas pudieran dar
A un gitano, puesto que él
Menos urdió en su bajel
Que ella tejó en su telar.

OTRA.

En hábito de ladrón
Juez de términos fué,
Señor licenciado, el que
Limitó vuestro mojon ;
De Tiro hizo un tiron
Vuestra ropa damasquina,
Porque era de seda fina ;
Que solo es bien se conceda
A los mejores la seda
Que se concedió á la China.

OTRA.

A una oposicion de maestros de capilla.

Los edictos con imperio
Maese Lobo ha prorogado
Hasta que varie el grado
De su vocal magisterio ;
Si no tiene otro misterio,
El nuevo término corra,
Y juegue en tanto á la morra
Nuestro pretendiente bobo,
O apele de un maese Lobo
Para otro maese Zorra.

OTRA.

A una décima que el conde de Villamediana no hizo en favor del Polifemo y Soledades (22).

Royendo sí, mas no tanto,
El mar con su alterno diente,
El escollo está eminente,
Que del ciclope oyó el canto ;
Como si la envidia en cuanto
Cisne angustamente dino
De sital cristalino
Su pluma hace elegante,
Si baston no de un gigante,
Báculo de un peregrino.

DÉCIMAS BURLESCAS.

A unas fiestas de toros y juego de cañas en la corte, donde no asistieron los reyes.

¿ Qué cantáremos agora,
Señora doña Talia,
Con que todo el mundo ria
Cuando todo el mundo llora ?
Inspíradmelo, Señora,
Y sea novedad que importe ;
Porque el gusto de la corte
Pide nuevas á un poeta
Muchas mas que á una estafeta,
Con mucho menos de porte.

No hagamos el instrumento
Púlpito de pesadumbres ;
Que esto de enmendar costumbres
Es peligroso y violento ;
Nuevo dulce pensamiento
Rasque cuerdas al laud,
Sea liscal la virtud
De los vicios ; que yo en suma
Soy fiador de mi pluma
Y alcaide de mi salud.

Cada décima sea un pliego
De casos nuevos ; que es bien
Cuando mas cosas se ven
Hurtarle el estilo al ciego ;
De los toros y del juego
Generoso primer caso
Salga el aviso á buen paso ;
Que hoy, Musa, con pié ligero

(22) Así se lee este epigrafe en las ediciones de Góngora. Sin embargo, Pellicer dice :

« Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque (de Lerma), príncipe de excellentísimas partes, á quien llama Mecénas don Luis, porque escribió el Conde (de Saldaña) en su defensa contra los que decían mal de su Polifemo y Soledades, á lo cual hizo esta décima don Luis. »

Del monte Picardo os quiero (25),
Y no del monte Parnaso.

Juegan cañas, corren toros,
Cortesanos caballeros,
Por lo gallardo Rugeros,
Y por lo lindo Meloros,
Con vistosos trajes moros ;
¿ Quién suspende, quién engaña
Al gran teatro de España ?
Quien es todo admiración,
Valiente con el rejon
Como galan con la caña.

Deseáronse este día
Con las reales personas
Los rayos de sus coronas
Gloriosa infanteria ;
Y las que el cielo nos fla
Luces divinas, aquellas
Que si piedra son estrellas,
Estrelladas de diamantes,
A unos fueron Bradamantes,
A otros Angélicas bellas.

OTRAS.

A la toma de Larache, puerto y plaza fuerte de Africa, que se entregó por trato al marqués de San German (24).

Larache, aquel africano
Fuerte, va que no galan,
Al glorioso San German,
Rayo militar cristiano,
Se encomendó, y no fué en vano,
Pues cristiano luego al moro,
Y por mas pompa y decoro,
Siendo su compadre el mismo,
Diez velas llevó al bautismo,
Con muchos escudos de oro.

A la española el Marqués
Lo vistió, y dejar le manda
Cien piezas, que aunque de Holanda,
Cada una un bronce es ;
Dellas les hizo despues
A sus lienzos guarnicion ;
Y viendo que era razon
Que un lienzo aspirase olores,
Oliendo lo dejó á flores,
Si mosquetes flores son.

OTRAS.

A un rejon que dió á un toro Simon Bonami, enano (25).

Pensé, Señor, que un rejon
Era romperlo en un toro,
Quebrar la lanza en un moro,
Ó un venablo en un leon ;
Pero despues que Simon
Hace esta caballeria,
Sepa vuesa señoría
Que va se desembaraza
Por baja el toro en la plaza (26),
Como en la carniceria.

Viendo pues que el que se humilla
Libra mejor en el coso
En fiestas que al poderoso
Lo derriban de la silla,

(25) Verges lee *picaro*.

(24) Segun un manuscrito del señor Guerra y Orbe, parece que estas decimas no son de Góngora.

(25) Lope de Vega dice en la *Dorotea* :
« Bonami, un criado de su majestad, monstruo hermoso de la naturaleza, pues en la mayor pequeñez que puede alcanzar el pensamiento, era perfectísimo. »

(26) Otros, en vez de *baja*, leen *vaca*.

Yo apostaré que en Castilla
Se humillan los mas lozanos,
Y que exponen mis hermanos,
Los mas doctos sacristanes,
Sobre el *dimisit* *inanes*,
Que perdonó á los enanos.

OTRA.

A una empanada de jabalí que le envió el
marqués del Carpio, habiéndolo muerto él
mismo.

En vez de acero bruñido,
Que da horror, aunque da luz,
En los montes de Adamuz
Cerdas Marte se ha vestido
Contra el Adónis querido
De la Venus de Guzman,
Tan valiente, si galan,
En este robusto oficio,
Que rompiéndole el silicio,
Nos ha dado al dios en pan.

OTRA.

A una dama sevillana, devota de don Luis,
que amenazaba con él á quien le hacia
disgusto.

Con la estafeta pasada
Me dió aviso un gentil-hombre
De que asombráis con mi nombre
Y que matais con mi espada;
Vivis, Señora, engañada;
Que el amor que os he propuesto
No es hijo de Marte en esto;
Antes es de él tan distinto,
Que si me habláis en el quinto,
No os he de hablar en el sexto.

OTRA.

A don Juan de Guzman, corregidor que fué
de Córdoba, corredor en las ferias de una
yegua que el autor le daba al duque de
Béjar.

Va que al de Béjar le agrada
Ser hoy de Feria, es muy justo
Vuele en mi yegua su gusto
La carga mas remontada;
Mas será cosa acertada,
Señor, que abraze mi intento
Sus escudos mas de ciento
Y de contado, porque
Don Luis no la sigue á pié,
Corriendo ella mas que el viento.

OTRA.

Truena el cielo, y al momento
La dueña enciende devota
Cera, que la menor gota
Es puntal de su aposento (27);
Vos, Luis, para el intento
Traéis en las calzas cera,
Pero no en la faltriquera,
Porque gustáis ser teuido
Mas por hombre proveido
Que por persona *sin-cera* (28).

(27) Faria lee *puñal* en vez de *puntal*.

(28) He visto en un manuscrito esta décima
como obra de don Juan Salinas. Sin embar-
go, en todas las ediciones que he consulta-
do de Góngora se pone como de este autor;
la cual me parece indigna de su ingenio,
aunque sea suya propia.

OTRA.

A unos jugadores de pelota que en Medina
del Campo detuvieron al poeta un día y
le pagaron el carruaje, y él les volvió otro
día el dinero por mano de don Felipe de
Guzman (29).

De puños de hierro ayer,
En este mismo lugar
Fui gran hombre en el sacar,
Y hoy lo soy en el volver;
Los dineros van á ser
Restituídos por vos
Del (por la gracia de Dios)
Don Felipe al de Guzman,
Que porque faltas harán
Los quiero dejar á dos.

OTRA.

A una monja, enviándole un cuarto
de ternera.

Con mucha llaneza trata
Quien, debiéndolo en escudos,
Viene á pagar en menudos
A quien le regala en plata;
De las terneras que mata
Don Alonso de Guzman
Hoy presentado me han
Ese cuarto de ternera;
Tomadle, que yo quisiera
Que fuera de tafetan.

OTRA.

A Márcos de Torres, jurado de Córdoba,
administrador del lavadero de la lana.

Marco de plata excelente
Y torre segura y alta,
Pues que monsieur de Peralta
Ha llegado alegremente,
Baje el espíritu ardiente
Hablando en lenguas de fuego;
Que serémos allá luego
Con naipes, dinero y gana,
Y quizá iremos por lana,
Y nos trasquilará el juego (30).

OTRA.

A Márcos de Torres, jurado de Córdoba, ad-
ministrador del lavadero de lana, dete-
niéndole un museo criado suyo para que
cantase á una dama.

Pastor que en la vega llana
Del Bétis derramas quejas,
Ya entre lana sin ovejas
Y ya entre ovejas sin lana,
Yo entretengo hasta mañana
A tu músico zagal,
Que á un idolo de cristal,
Que es diamante de desden,
Quiero que le cante bien
Lo que yo le quiero mal.

OTRA.

El lieuzo que me habeis dado
Por dos cosas me importuna,
Por lo delgado la una,
Otra por lo presentado;

(29) Algunos no consideran de don Luis
esta décima.

(30) Algunos no reconocen por de Góngora
esta décima ni la que le sigue.

Holanda, niña, que ha andado
Entre redes no queria
Que fuese caza algun dia
Desigual para los dos,
De tortolas para vos,
Para mi de montería.

OTRA.

A una monja, enviándole dos conejos.

Dos conejos, prima mia,
Envío á vuesamerced,
Tan muertos en una red
Como aquel que los envía;
Hágaseles este dia
En vuestra celda el entierro,
Porque por dicha ó por verro
Mudeis, Señora, de estilo;
Que si mata red de hilo,
Bien matará red de hierro.

OTRA.

No me pidais mas, hermanas,
Castañas con este frió,
Que enjertas os las envío,
Y las volveis regoldanas;
Fruta que por las mañanas,
Habiendo batallas bellas,
Hace parir las doncellas,
Milagros de monjas son,
Que sin obra de varon
Paren hijos para ellas.

DÉCIMAS FUNEBRES.

Al túmulo que la ciudad de Córdoba hizo á
la reina nuestra señora doña Margarita.

La perla que esplendor fué
De España y de su corona
Yace aquí, y si la perdona
¡Oh peregrino! tu pié.
A este duro mármol que
Hoy en polvo la merece
Compungido lo agradece;
Si no lo estás, yo aseguro
Ser menos el mármol duro
Que entre ella y tu pié se ofrece.

OTRA.

Ociosa toda virtud
Muerto su ejercicio llora
La perla que engasta agora
El plomo deste ataúd.
Reina que en muda quietud
Duermes, y el silencio santo
A dos mundos, y aunque es tanto,
Es mucho que no le rompa
O de su fama la trompa
O de sus reinos el llanto.

OTRA.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, á quien
un toro le mató un caballo llamado Fron-
talete.

Murió Frontalete, y hallo
Que el cuerno menos violento
Le sacará sangre al viento,
Pues mató vuestro caballo;
Hipérbole es recelallo;
Mas yo, don Pedro, recelo,
Después que no pisa el suelo
Vuestro Flegonte español,
Que á los caballos del sol
Matará el toro del cielo.

OTRA.

Al sepulcro de Simon Bonamí, enano.

Yace el gran Bonamí, á quien
Será esta piedra no leve,
Que ocupa por lo breve
Una sortija mas bien;
De Atropos aun no el desden
En tierra lo postró ajena:
Que un gusano tan sin pena
Se lo tragó, que al enano
Le sobró mas del gusano
Que á Jonás de la ballena.

DÉCIMAS VARIAS.

A don Diego Paez de Castillejo, animándolo-
le á que hiciese versos.

Por mas daños que presumas,
Vuela, Icaro español,
Que al templo ofreres del sol
En poca cera tus plumas;
Blanco túmulo de espumas
Haga el Bétis á tus huesos,
Que tus gloriosos excesos,
Si de mi musa los fías,
Los venerarán los días
En los álamos impresos.

OTRA.

A don Diego de Argote, llamado el Moreno,
entrando en la corte con unas cuartanas.

Sin duda os valdrá opinion
En palacio y en la villa
El recibiros Castilla
Con achaques de Leon;
Prolijos achaques son;
Mas el curallos condeno,
Si no pretende un moreno,
Como lienzo ó como hilado,
Salir cuando mas curado,
Mas blanco, si no mas bueno.

OTRA.

A la fábula de Faeton, que en octavas rimas
compuso el conde de Villamediana.

Cristales el Po desata,
Que al hijo fueron del sol,
Si trémulo, no farol,
Túmulo de undosa plata;
Las espumosas dilata
Armas del sañudo toro
Contra arquitecto canoro,
Que orilla el Tajo eterniza
La fulminada ceniza,
Simétrica urna de oro.

OTRA.

Al licenciado Enrique Vaca de Alfaro, médico
y cirujano, que escribió un libro acerca
del modo de curar los heridos de la ca-
beza (31).

Vences, en talento cano,
A tu edad, á tu experiencia,

(31) Hállase esta décima al frente del li-
bro intitulado *Proposición quirúrgica y cen-
sura judicial en las dos vías curativas de
heridas de cabeza, comun y particular, y elec-
cion de esta*, etc. (Sevilla, 1618.)

El retrato del doctor Enrique Vaca de Al-
faro existe en el museo de Cádiz. Repre-
senta al doctor en el acto de reconocer con
la legra la cabeza de un niño. Me parece
original de Francisco Pacheco.

DÉCIMAS.

Así con tu sabia ciencia (52)
Como con tu diestra mano;
¡Oh Enrique, oh del soberano
Fecho imitador prudente!
Cíñ tu gloriosa frente
Tu verde honor, pues es dina,
Ya por el arte divina,
Ya por la pluma elocuente.

DÉCIMAS LÍRICAS.

Bras, Carillo.

BRAS.

Al hermoso dueño mío,
Carillejo, le dirás
Que mas ardo cuanto mas
De sus ojos me desvío.

CARILLO.

Bras, el Apenino frío
Tanto ardor templará luego.

BRAS.

La jurisdiccion le niego;
Antes hacerlo presumo
Etna suspirando humo,
Cuando no llorando fuego.

CARILLO.

El mar será no pequeño
De esas llamas enemigo.

BRAS.

¿Qué podrá el mar, si conmigo
Navega mi dulce dueño?

CARILLO.

Mal redimirá tu leño (35)
La que en el Tajo se queda.

BRAS.

Si á la naval arboleda
Dieran las ondas enojos,
Ausentes sus bellos ojos,
Estrellas serán de Leda.

CARILLO.

Tierras interpuestas ciento
Divertirán tu cuidado.

BRAS.

El inán, enanto apartado,
Mas procede al polo atento.

CARILLO.

Valerse del pensamiento.

BRAS.

¿Qué fuera de mí sin él?

CARILLO.

Su inconstancia es infiel.

BRAS.

Inquieta es el abeja,
Y poco su vuelo deja
De coronar el clavel.

CARILLO.

¡Ay si el viento se te opone!

BRAS.

Al norte que ausente miro
Conduzga solo un suspiro (34),
Y á las velas no perdone.

CARILLO.

Quien el pié en la ausencia pone,
Y los pisa, inmortal siente
El veneno de su diente.

(32) Así se lee en el libro de Vaca de Al-
faro. En otras ediciones de Góngora así:

Así con tu docta ciencia.

(33) Verges lee *remediara*.

(34) Verges lee *conduzgo*.

BRAS.

Bien puedes atribuirme
Inmensidades de firme
A cada paso de ausente.

OTRA LÍRICA.

Atrevida confianza,
Girando con paralelos,
Emulacion de los cielos,
Sublime proeza alcanza;
Fija en nivel la balanza
Con alecto fugitivo
Fulgor de mancebo altivo,
Y para casos supremos,
Orientes me, si extremos,
De amor el ocaso vivo.

DÉCIMA LÍRICA.

A una caída que dió de un caballo un hijo
de don Rodrigo Calderon.

Caballo, que despediste,
No solo un bello español,
Mas con los rayos del sol
La dura tierra barriste;
Viste ya de plumas, viste;
Que si en esto no sucedes
Al ave real, no puedes
Debidamente llevarlo;
Que el águila aun es caballo
Indigno de Ganimédes.

DÉCIMA BURLESCA.

Casado el otro se halla
Con la del cuerpo vellido,
De quien perdonado ha sido
Por ser don Sancho que calla;
Los ojos en la muralla,
Su real vez acrecentado
De uno y otro que entra armado,
Y sale sin alborozo
Por aquel postigo mozo
Que nunca fuera cerrado.

DÉCIMA BURLESCA.

A una inscripcion que cierto caballero puso
en el sepulcro de don Pascual, obispo
de Córdoba, que comienza con muchos
imperativos: *Scitote legito neque operato,
hospes*, etc.

Detente, buen mensajero,
Aunque te parezca tarde;
Que Dios de inscripciones guarde
De un pedante caballero.
Don Pascual soy, que ya muero
En la region de los vivos
Tras tantos imperativos;
Si quies saber mas, detente,
Que harto mas cortesmente
Te lo dirán los archivos.

DÉCIMAS BURLESCAS.

A don Juan de Góngora y Castillejo, estu-
diante niño, en un coloquio.

Don Juan soy de Castillejo,
Ilustrísimo Señor,
Famoso predicador,
Sin barbas, mas con despejo.
No siempre caballo viejo
Echa en la plaza caireles;
Que potros tambien noveles
Ilustran los pedernales;

Vemos, si no por bozales,
Perdidos por cascabeles.

Vengo á vuestra señoría,
Dios sabe con qué dolor,
A quejarme del autor
Desta pueril compañía,
Que excluyó toda esta mía
Persona y autoridad
Del coloquio, y en verdad
Que perdió un buen compañero,
Porque sin mí y por enero
Todo ha de ser frialdad.

OTRA BURLESCA.

Doctor barbado, cruel
Como si fuera doctora,
Cien enfermos á esta hora
Se están muriendo por él;
Si el grave mortal papel
Donde venenos receta
No es taco de su escopeta,
Póliza es homicida,
Que el banco de la otra vida
Al seteno vista aceta.

OTRA LÍRICA.

Esta hermosa prision,
Que tan dulce me lastima,
Límarla deseo, y la lima
Nuevo acrecienta eslabon;
Indignada la razon,
Mi libertad solicita,
Y los medios que ejercita,
Cual hizo aleando el ave
El sutil lazo mas grave,
Mas los imposibilita.

DÉCIMA BURLESCA.

A la muerte de un perrillo de falda llamado Flor.

Yace aquí Flor, un perrillo
Que fué en un catarro grave
De ausencia, sin ser jarabe,
Comedor de culantrillo;
Saldrá un clavel á decillo,
La primavera, que Amor,
Natural legislador,
Medicinal hace ley,
Si en yerba hay lengua de huey
Que de perro la haya en flor.

OTRA BURLESCA (35).

A un poeta que para describir unas fiestas en octavas se valió de algunos amigos suyos.

Ya de las fiestas reales
Sastre, y no poeta, seas.
Si á octavas como á libreas
Introduces oficiales;
De ajenas plumas te vales,
Corneja, desmentirás
La que delante y detrás
Gémina concha te viste;
Galápago siempre fuiste,
Y galápago serás.

DÉCIMA LÍRICA.

A una dama que le daba el sol en el rostro por una vidriera.

Ni á rayo el sol perdonó,
Ni á esplendor suyo dorado,

(35) Se cree escrita contra el poeta jorobado Alarcon.

El dia que examinado
Del cristal por do pasó;
Generoso hoy embistió,
Y os felicitó importuno,
Sin valor quedando alguno,
De vuestros ojos vencido,
Si bien alega corrido
Que fueron dos contra uno.

OTRA.

A fray Gregorio de Pedrosa, electo obispo de Leon, que no quiso dejar el hábito por el de obispo.

El mas insigne varon
De su órden, el que ya
Que á san Jerónimo ha
Dejado por un leon,
Su celo, su devocion,
Ni á la cogulla ni al manto
Perdonan, y no me espanto
Que su modestia hoy no quiera
Vestir la piel de la fiera
Sobre el hábito del santo (36).

OTRA.

A un alguacil de corte, que en unas fiestas reales mató un toro de una cuchillada.

No hay que agradeceros nada
Cuando agradecerlo importe,
Si es vuestra vara de corte,
Que lo fuese vuestra espada;
La resolucion honrada,
Mas que la dichosa suerte,
Canta la fama de suerte
Que nos dice en trompas de oro
Que no solo os temió el toro,
Pero que os huyó la muerte.

DÉCIMA BURLESCA.

¡Oh jurisprudencia, cuál
Por esos lodos he visto
Con caperucilla un mixto
De médico y colegial;
Petitiones á real
Hace de su misma mano,
Y cual si fuera Ulpiano,
Informaciones á tres,
Y aun con esto dicen que es
«Carisimo en Cristo hermano».

DÉCIMA FÚNEBRE.

A la muerte de don Rodrigo Calderon.

Cuanto el acero fatal
Glorioso hizo tu fin,
Cuesta á la fama el clarin
De mas canoro metal;
Si yo promulgare mal (37)
El acto tan superior,
Ninguno podrá mejor
Que tu muerte referirlo,
Siendo su lengua el cuchillo
Que examinó tu valor.

DÉCIMA LÍRICA.

Siempre le pedi al Amor,
Divina Filis, despues
Que mi rendimiento es
Ejercicio á tu rigor,

(36) Algunos no tienen por de GÓNGORA esta décima.

(37) Otros leen *ahí* en vez de *yo*.

Que á una pena otra mayor
Le suceda, y pues que sabe
Cuanto el penarme es suave,
Por ti concederme quiera
Vida en que nunca se muera,
Muerte en que nunca se acabe.

OTRA.

Tropezó un dia Dantea,
Ninta del mar, por quien son
Grosiera la discrecion,
Y la hermosura fea,
Si caida es bien que sea
Tropiezo tan á compás,
A la que presume mas
De hermosa y de entendida,
Darle quiso esta caida
Para dejársele atrás.

OTRA BURLESCA.

Al licenciado Cristóbal de Heredia, su administrador, pidiéndole los alimentos de medio mes adelantado.

Señor, pues sois mi remedio,
Y sabeis que me he comido
Medio mes, que no he vivido,
Enviadme el otro medio;
Yo no hallo causa ni medio
Cómo vivir sino holgado,
A lo menos descuidado,
Porque faltándome el mes,
Pienso que la causa es
Opilacion ó preñado.

OTRAS.

Tu beldad, Clori, adoré
Culto, aunque á tu sombra di,
Sacrificándote en mí,
Cuanto me dictó mi ser;
Gloriosa pues llamesé,
Que aun en tus ojos lucia
Cuando yo victima ardía
En tus aras; mas despues
Desvaneció el interés
La pobre ceniza mía.

Oro te suspende y plata,
Que lo que consume el fuego
Humo es inútil y juego
Del aire que lo desata;
Ni á los metales mas grata
Que al afecto del amante,
Le corriste en un instante
A su hermosura divina
Desde la primer cortina
Hasta el último volante.

Tanto en pocos dias, y tal
Vistió sus paredes voto,
Que quebró por lo devoto
Ateista su caudal;
Y con aversion igual
A su fe primera, el culto
Negando á tu bello vulto,
El esplendor juzga en vano
De todo mármol humano,
Si bien dulcemente esculto.

Perdóneme tu piedad
Si acusare tu juicio,
Pues segundo sacrificio
Pides á mi voluntad;
Si codicia ó libertad
Absolvieron un recelo,
Si escapé lamido el pelo
De tu llama undoso engaño,
Victima siendo otro año,
Me quieres correr tu velo.

OTRA BURLESCA.

Al serenísimo infante-cardenal don Fernand, pidiéndote una empanada de capon en mazapan que le había prometido el conde de Villaflores, portugués.

Un conde prometedor,
Que Portugal dió á Castilla
(Tal conozca yo su villa
Como conozeo su flor),
Me remitió á vos, Señor,
Para que me deis en pan
Y en adobo un Florian,
Snavisimo bocon,
Si le visten al capon
Sotana de mazapan.

OTRAS LÍRICAS.

El pensar cómo pensar
Dar alivio al pensamiento
Es pensar en un tormento
Pesado mas que el pesar;
No en sus escollos el mar
Tantas ondas rompe al año,
Cuanto mi cuidado extraño
Pensamientos rompe al día;
Dirán que es melancolia,
Si no es sino desengaño.

Hacen esperanzas vanas
Lisonjas que son enojos,
A una razon con antojos
Y á una experiencia con canas;
Alas se visten livianas
De pensamientos, y en suma,
Sean de cera ó sean de pluma,
Sale el sol de la verdad,
Y de tanta variedad
Hace sepulcro la vida.

Mal solicitan sirenas
Sueño al forzado que vemos
Desvelado entre los remos
Dormir sobre las cadenas.
Lisonjas no mudan penas,
Que unas mismas penas son.
Mudando imaginacion,
Beba el viento, que sin duda
Muda el color, mas no muda
Su paso el camaleon (38).

OTRA.

A la muerte violenta que dieron al conde de Villamediana, sin saber quién.

—Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al Conde (39)?

—Ni se sabe ni se esconde.
—Sin discurso discurrid.
—Dicen que lo mató el Cid (40)
Por ser el conde lozano.
—¡Disparate chavacano!
La verdad del caso ha sido
Que el matador fué Vellido
Y el impulso soberano.

DÉCIMAS.

Musas, si la pluma mía
Es vuestro plectro, dejad
Agora aquella deidad
En su casta montería;
Y si quereis todavía
El instrumento hacer dardo
Contra el corcillo gallardo,
Dejad el bosque y venid;
Que las calles de Madrid
Arrabales son del Pardo.

Venid, musas, que una res
Adonde quiera se mata,
Y el que en Indias menos trata,
Ese mayor corzo es;
Vuestros numerosos piés
Calcen coturnos dorados;
Que de las selvas cansados
Los cónsules están ya,
Y Vénus mandado os ha
Parecer en sus estrados.

El mas rígido Caton
Brujulea á una chacona,
Y Lucrecia bien perdona
Al baile, pero no al son.
Cosquillas del alma son
Y lisonjas del sentido
Las dulces burlas que os pido
Hoy en la corte de España;
Que Veras en la montaña
Tiene solar conocido.

Ya los melindres están
Tan fuertes, que Flor de Lis
Se come entero un anís
Como si fuera un gañán;
Blandimarte, su galán,
Lo diga, cuyos aceros,
O los gasta en conchiteros,
O á fígones se los debe,
Porque ya tanto se bebe,
Que el mas armado anda en cueros.

Si en casa de un bachiller
De tres hojas de *Digesto*
Entra el otro con mal gesto,
Y sacan buen parecer,
Válganle á su fea mujer
Tantas letras, que es dolor
Que él le compre el resplandor,
Y salgan de su posada,
Ella en vista condenada,
Y él en costas, que es peor.

Una casa de brocado
De tres altos tiene Dido,
Y en cada cual, bien servido,
Un Enéas hospedado;
Tómales muy bien tomado,
No el puñal, sino el dinero;
Que ella ya no toma acero,
Y una bolsa es buena daga

Le abrió el acero fatal.
Caminante, en caso tal,
Que da luz con su vaiven,
Poco importa correr bien
Si se ha de parar tan mal.

(40) Otros leen:

Decid que le mató el Cid.

Y en otro verso:

Lo cierto del caso ha sido.

Cuando á la vela se haga
El troyan forastero.

Una toledana fina
Contra un pobre cortesano
Desnudó su blanca mano
De la vaina cebellina;
Dejósele en una esquina
Desnudo como un quejigo;
Mas ¡qué mucho, si yo digo,
Y con experiencia harta,
Que no hay manos que á su marta
No dejen garras y abrigo?

Desde el alba á la oracion
Pasean la forastera,
Como si su casa fuera
La ermita de San Antonio;
Y es el mal que es un lígon
El pasando tambien,
Y en la calle no lo ven,
Porque anda trasero y bajo,
Que ginoveses y el Tajo
Por cualquier ojo entran bien.

En el prado tenia un paje
Parada una perdez bella,
Mientras encaraba en ella
Ganimédes su lenguaje;
Ella batiendo el plumaje
Se le levantó al mozoelo,
Y en levantándose al vuelo
La derribó un arcabuz;
Que al árca hacen el buz
Las pajaritas del cielo.

Como si fuera empanada,
Repulgando esta la niña
Con los cogollos de pña (41),
Quien la tiene concertada;
Que no es bien que sepa nada
Del desconcierto que ha habido
Quien ha de ser su marido
Con el favor de algun conde,
Que lo ha hecho proveer donde
Irá oliendo á proveído.

II.

A una oposicion de un canonicato de la santa iglesia de Toledo, que llevó el doctor Cámara.

Cierito opositor, si no
El mas valiente, á lo menos
Votos perdonando ajenos,
El mismo se proveyo;
Culpante algunos, no yo (42).
Siempre me ha hecho entender
Que sabiendo habia de ser
Cámara el canonizando,
Se hizo cámara cuando
Pretendió mejor leer.

III.

A unos caballeros devotos de monjas.

En trescientas santas Claras
Estáis, señores, penados;
O sois espejos quebrados,
O teneis trescientas caras,
Reglas son de amor muy raras,
Que unuea dejó en su arte
El maestro Durandarte;
Mas podeis decir los dos
Que teneis mucho de Dios,
Pues estáis en toda parte.

(41) Otros leen: en los cogollos.

(42) Otros leen: mas yo.

(38) Otros leen: al camaleon.

(39) Esta décima se atribuye falsamente á GÓNGORA. No sé si tambien falsamente á Lope se atribuye esta respuesta:

Atenciones de Madrid,
No busqueis quién mató al Conde,
Pues su muerte no se esconde.
Con discurso discurrid,
Que hay quien mate sin ser Cid
Al insolente Lozano;
Discurso fué chavacano
Y mentira haber fingido
Que el matador fué Vellido,
Siendo impulso soberano.

Igualmente sin razon se da por autor de esta otra décima al mismo GÓNGORA:

Aquí yace, aunque á su costa,
Un monstruo en decir y hacer;
Por la posta vino á ser,
Y se acabó por la posta.
Puerta en el pecho no angosta

IV.

A una monja, enviándole un menudo de ternera con muchas flores.

Presentado es el menudo,
Y de que os sabrá mejor
Que los que el padre prior
Trajo de París no dudo;
No ya de flores desmido,
Que censuras y rigores
Desos vuestros superiores
Nunca ha permitido que entre
En fruto allí ningún vientre;
Y así, es fuerza que entre en flores.

OTRA.

Con Marlisa en la estacada
Entra Tristán mal guarnido,
Que su escudo, aunque rendido,
No lo rasgó nuestra espada.
¿Qué mucho, si levantada
No se vió en lance tan crudo,
Ni vuestra vergüenza pudo
Cuatro lágrimas llorar
Siquiera para dejar
De orin tomado el escudo?

OTRA.

De la estafeta pasada
Supe por un gentil-hombre
Cómo matais con mi nombre
Y cómo herís con mi espada.
Estáis, Señora, engañada;
Que el amor que os he propuesto
No es hijo de Marte en esto;
Antes es de él tan distinto,
Que si me hablais por el quinto,
No os he de hablar por el sexto.

OTRA.

A una monja, enviándole una cesta de ciruelas monjes.

Recibid ambas á dos
La cesta que para mí
Es de ciruela monji,
Y de fraile para vos;
Y así este verano Dios
Ahanillos de buen aire
Os dé, que hagais donaire
En quitando el laurel fresco
De fruta que todo es cnesco
Por lo que tiene de flaire (43).

OTRA.

A la comedia de la *Gloria de Niquea*, que escribió el conde de Villamediana.

¿Quién pudo á tanto tormento
Dar gloria en tan breve suma?
Otra no fué que tu pluma,
Otro no fué que tu aliento.
A tu canoro instrumento
Anaxtarax lisonjea,
Porque tuyo el nombre sea
Que hoy se repite feliz,
O á la espada de Amadis,
O á la gloria de Niquea (44).

(43) Esta décima no se halla en todas las ediciones de las poesías de Góngora. Una de las que la tienen es la de Faria, y muy incorrectamente, según se ve en el texto.
(44) Parece de Góngora esta décima. Hallase impresa entre las obras de Villamediana como del mismo conde, cosa inverosímil.

EPIGRAMA PRIMERO (45).

A una cortesana.

Una fuente Ana la bella
Se abrió junto á la común,
Y mil pudiera, según
Que entraron caños en ella.
La fuente purgando va,
Y queda claro y notorio
Que en doña Ana el purgatorio
Adonde el infierno está.

II.

A un predicador.

En predicando el prior
Va por la iglesia arropado,
Aunque lo que ha predicado
No le costó su sudor.
Dí, si le vieres, Miguel,
Que esto en vanagloria topa;
Que el que lo oyó no se arropa,
Y está mas cansado que él.

DÉCIMAS.

A don Gaspar de Ezpeleta, habiendo caído de un caballo en unas fiestas celebradas en la plaza de Valladolid.

Cantemos á la jineta,
Y lloremos á la brida
La vergonzosa caída
De don Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh si yo fuera poeta,
Qué gastara de papel
Y qué nota hiciera de él!
Dijera á lo menos yo
Que el majadero cayó
Porque cayesen en él.

Dijera del caballero,
Visto su caudal y traza,
Que ha entrado poco en la plaza,
Y menos su despensero;
Que si cayera en enero
Quedara con santo honrado,
Aunque el apóstol sagrado,
Cuando Dios le hizo fiel,
Cayó de alumbrado, y él
Cayó de desalumbrado (46).

LETRILLAS.

I.

*La vaga esperanza mía
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!
Quien alas de cera viste,
¡Cuán mal de mí sol las fia!*

Atrevida se dió al viento
Mi vaga esperanza, tanto,
Que las ondas de mi llanto
Infamó su atrevimiento;
Bien que todo un elemento
De lágrimas urna es poca,
Que diré á cera tan loca
O á tan alada osadía:

*La vaga esperanza mía
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!
Quien alas de cera viste,
¡Cuán mal de mí sol las fia!*

(45) En algunas ediciones no se leen estos epigramas. Aquí se ponen copiados de la de Faria.

(46) Don Juan Antonio Pellicer atribuye, en su *Vida de Cervantes*, estas décimas á GÓNGORA.

II.

*Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envío,
Que eres mío.*

Celosa el alma te envía
Por diligente ministro,
Con poderes de registro
Y con malicias de espía;
Trata los aires de día,
Pisa de noche las salas
Con tan invisibles alas
Cuanto con pasos sutiles.
Vuela, etc.

Tu vuelo con diligencia
Y silencio se concluya
Antes que venzan la suya
Las condiciones de ausencia,
Que no hay liar resistencia
De una fe de vidrio tal
Tras un muro de cristal,
Combatido de esmeriles.

Vuela, etc.

Mira que tu casa escombres
De unos soldados llambres,
Que perdonando sus hambres,
Amenazan á los hombres;
De los tales no te asombres,
Porque, aunque tuercen los tales
Mostachazos criminales,
Cinen espadas civiles.

Vuela, etc.

Por tu honra y por la mía
Besta gente te descartes (47),
Que te serán estos Martes (48)
Mas aciagos que el día;
Que la lanza de Argalia,
Es ya cosa averiguada
Que pudo mas por dorada
Que por fuerte la de Aquiles.

Vuela, etc.

Si á músicos entrar dejas,
Ciertos serán mis enojos,
Porque aseguran los ojos
Y saitean las orejas;
Cuando ellos ajenas quejas
Canten, ronda, pensamiento,
Y la voz, no el instrumento,
Les quiten tus aucailes.

*Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envío,
Que eres mío.*

III.

*Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.*

Baste lo flechado, Amor,
Mas munición no se pierda;
Alloja al arco la cuerda
Y la causa á mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Lo muestran las plumas juntas,
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has.

Ya no mas, etc.

Para el que á sombras de un robre
Sus rústicos años gasta
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre;
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler;
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabras.

Ya no mas, etc.

Tan asaetado estoy,
Que me pueden defender

(47) Otros leen *la*.

(48) Otros ponen *les*.

Las que me tiraste ayer
De las que me tiras hoy;
Si ya tu aljaba no soy,
Bien á mal tus armas echas,
Pues á ti te faltan flechas,
Y á mí donde quepan mas.
*Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.*

IV.

*No son todos ruiñeños
Los que cantan entre flores,
Sino campanitas de plata,
Que tocan al alba;
Sino trompeticas de oro,
Que hacen la salva
A los soles que adoro:*

No todas las voces ledas
Son de sirenas con plumas,
Cuyas humildes espumas
Son las verdes alamedas,
Si suspendido te quedas
A los suaves clamores.
No son todos, etc.

Lo artificioso, que admira,
Y lo dulce, que consuela,
No es de aquel violín que vuela
Ni desotra inquieta lira;
Otro instrumento es quien tira
De los sentidos mejores.

*No son todos ruiñeños
Los que cantan entre flores,
Sino campanitas de plata,
Que tocan al alba;
Sino trompeticas de oro,
Que hacen la salva
A los soles que adoro.*

LETRILLAS BURLESCAS.

I.

A un Fulano de Arroyo (49).

*Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir? (50)
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar;
Carrillejo en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres (1).*

Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdén,
Tú mal nacida corriente;
Si tu ambición lo consiente,
En qué imaginas me di;
Murmura, y sea de ti,
Pues que sabes murmurar.
Arroyo, etc.

¿Qué días tienes reposo?
¿A qué noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso;
Mucho tienes de furioso,

(49) Créese que esta letrilla está dirigida contra don Rodrigo Calderon, porque en medio de su valimiento, queria mas pasar por hijo adúltero del duque de Alba el vicio que por legitimo de Francisco Calderon, persona bien nacida y honrada.

O Góngora fué ingrato para con su favorecedor el marqués de Siete-Iglesias, ó la letrilla, á pesar de lo que se dice, no va encaminada contra este.

(50) Otros leen:

Tanto arribar y subir.

(1) En algunos manuscritos no se leen estos tres versos.

Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quies levantar.
Arroyo, etc.

Si tu corriente confiesa
Sin intermision alguna
Que la cabeza en la cuna
Y el pié tienes en la huesa,
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar.

*Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir?
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar;
Carrillejo en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.*

II.

A dos hijos de un zapatero rico, que gastaron lo que les dejó su padre.

*Los dineros del sacristan
Cantando se vienen,
Cantando se van.*

Tres hormas, si no fué un par,
Fueron la llave maestra
De la pompa que hoy nos muestra
Un hidalgo de solar;
Con plumajes á volar
Un hijo suyo salió,
Que asuela cuanto él soló,
Y la hijuela loquilla
De ámbar quiere la gervilla
Que desmienta al cordoban.
Los dineros, etc.

Dos troyanos y dos griegos,
Con sus celosas porfias.
Arman á Elena en dos días
De joyas y de talegos;
Como es dinero de ciegos,
Y no ganado á oraciones,
Recibí dueñas con dones
Y un portero rabicano;
Su grandeza es un enano,
Su melarquia un truhan.

Los dineros, etc.

Labra un letrado un real
Palacio, porque sepades
Que interés y necedades
En piedras hacen señal;
Hácelo luego hospital
Un halconero pelon,
A quien hija y corazón
Dió en dote; que ser le plugo,
Para la mujer verdugo,
Para el dote gavilan.

Los dineros, etc.

Con dos puñados de sol
Y cuatro tumbos de dado
Repite el otro soldado
Para conde de Tirol;
Fénix lo hacen español,
Collar de oro y plumas bellas,
Despidiendo estas centellas
De sus joyas; mas la suerte
En gusano lo convierte,
De pájaro tan galan.

Los dineros, etc.

Herencia que á fuego y hierro
Malogró cuatro parientes,
Halló al quinto con los dientes
Peinando la calva á un puerro;
Heredó por dicha ó hierro,
Y á su gula no perdona;
Pavillos nuevos capona
Mientras francolínes ceba,

Y al fin en su mesa Eva
Siempre está tentando á Adán.
*Los dineros del sacristan
Cantando se vienen,
Cantando se van.*

III.

*Allá darás, rayo,
En casa de Tamayo.*

De hospedar á gente extraña,
O flamenca ó ginovés,
Si el huésped overo es
Y la huéspeda castaña,
Segun la raza de España,
Sale luego el potro bayo.
Allá darás, etc.

Alguno hay en esta vida
Que sé yo que es menester
Que á su querida mujer
(Nunca fuera tan querida)
Tomen antes la medida
Que á él le corten el sayo.
Allá darás, etc.

Con su lacayo en Castilla
Se acomodó una casada;
No se le dió al señor nada,
Porque no es gran maravilla
Que el amo deje la silla,
Y que la ocupe el lacayo.
*Allá darás, rayo,
En casa de Tamayo.*

IV.

*Dineros son calidad,
Verdad (2).*

*Mas ama quien mas suspira,
Mentira.*

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tabures muy desnudos
Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las paga un mirar risueño (5),
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marlira,
Mentira.

Todo se vende este día,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentia;
Hasta la sabiduría
Vende la universalidad,
Verdad.

No hay persona que hablar deje
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fe la necesidad (4),
Verdad.

(2) Lope de Vega, en su comedia *El premio del bien hablar*, dice:

Mas presumo yo que mira
Del oro la cantidad;
*Dineros son calidad,
Dijo el cordobés Lucano.*

En la misma comedia elogia una cosa, diciendo que es

Soneto de don Luis, *Séneca* nuevo.

(5) Otros leen: *las pague.*

(4) Sigo el texto de Verges. Todas las

Siendo como un algodón,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidón,
Goma su copete, y son
Sus hígotes alquitira,
Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razón,
Deje el río Marañón,
Y entre en el de la Plata;
Que ballará corriente grata
Y puerto de claridad,
Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros;
Y sus vernos rompen bierros
En la toma de Algecira
Mentira.

V.

Si las damas de la corte
Quieren por dar una mano
Dos piezas de toledano,
Y del milanés un corte,
Mientras no dan otro corte,
Busquen otro;

Que yo he nacido en el potro (3).

Si por unos ojos bellos,
Que se los dió el cielo dados,
Quieren ellas mas ducados
Que tienen pestañas ellos,
Alquilen quien quiera vellos,
Y busquen otro, etc.

Si un billete cada cual
No hay tomallo ni leello
Mientras no le ven por sello
Llevar el cuño real,
Dama de condicion tal,
Buscad otro, etc.

Si á mi demanda y porfia,
Mostrándose muy honestas,
Dan mas recias las respuestas
Que cañones de cruja,
Para tanta artilleria
Busquen otro, etc.

Si algunas damas bizarras,
No les quiero decir viejas,
Gastan el tiempo en pellejas,
Y ellas se aforran en garras,
Vayan al Perú por barras,
Y busquen otro, etc.

Si la del dulce mirar
Ha de ser con presuncion,
Que ha de acudir á razon
De á veinte mil el millar.
Pues fué el mio de alquitar,
Busquen otro, etc.

Si se precian por lo menos
De que duques las requestan
Y á marquéses sueños cuestan
Y á condes muchos serenos,
A servidores tan llenos
Huelto otro;
Que yo he nacido en el potro.

VI.

Un buhonero ha empleado
En higas hoy su caudal,
Y aunque no son de cristal,
Todas las ha despachado;

ediciones que he visto, y casi todos los co-
dices que he manejado, dicen equivocada-
mente:

Y aun se la necesidad.

(5) Así Verges; otros leen:

Que yo soy nacido en el potro.

Para mi le he demandado
Cuando verdades no diga
Una higa.

Al necio que le dan pena
Todos los ajenos daños,
Aunque sea de cien años (6),
Alcanza vista tan buena,
Que ve la paja en la ajena,
Y no en la suya dos vigas,
Dos higas.

Al galán que le dan jaque
Con una dama atreguada,
Y mas bien peloteada
Que la Coruña del Drake,
Y fiada del zumaque,
Le desmiente dos barrigas,
Tres higas.

Al marido que es ya llano,
Sin dar un maravedí,
Que le hinche el alholí
Su mujer cada verano,
Si piensa que grano á grano
Se lo allegan las hormigas (7),
Cuatro higas (8).

Al que pretende mas salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben por señores
A los Infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas
Y criado en las hortigas,
Cinco higas.

Al pobre pelafustan (9)
Que de arrogancia se paga,
Y presenta la viznaga
Por testigo de faisán,
Viendo que las barbas dan
Testimonio de las migas,
Seis higas.

Al que de sedas armado,
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera ó si es soldado;
De su voluntad forzado,
Llorado de sus amigas,
Siete higas.

(6) Otros leen: *cuando sea.*

(7) Otros leen: *se lo llegan*, y otros, *se lo llevan.*

(8) En algunos manuscritos esta copla es la tercera, y termina:

*Se lo allegan las hormigas,
Tres higas.*

Desde luego se comprenderá que la que es aquí tercera está suprimida.

En pos de la que se anota se leen estas dos:

Al bravo que echa de vicio,
Y en los corrillos blasona
Que mil vidas amontona
A la muerte en sacrificio,
No teniendo del oficio
Mas que mostachos y ligas,
Cuati o higas.

Al pretendiente encañado.
Que puesto que nada alcanza,
Ha pistos á su esperanza
Cuando mas desesperado,
Figurando que ha ganado
El fruto de sus espigas,
Cinco higas.

Después de esta sigue:

Al que pretende mas salvas.
Y luego:

Al pobre pelafustan.
Concluyendo en la que empieza:
Al mozueto que en Cambray.

(9) Otras ediciones leen equivocadamente:
Al potro pelafustran.

Al mozueto que en Cambray
En púrpura y en olores
Quiere imitar sus mayores,
De quien hoy memorias hay,
Que los rayos de contray
Aforraban en lorigas,
Ocho higas.

A la vinda de Siqueo,
Si no es ya de regadio,
Pues calienta el lecho frio
Con suspiros del deseo,
Ya que son, á lo que erco,
Por novenas sus fatigas (10),
Nueve higas.

VII.

*Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.*

Sentencia es de bachilleres,
Después que se han hecho piezas,
Que cuantas son las cabezas
Tantos son los pareceres;
En materias de mujeres
Se revoca esta sentencia;
Que hay espuelas de licencia
Sin haber freno de duda.

Cada uno, etc.

Cánsase el otro doncel
De querer la otra doncella,
Que es bella, y deja de vella
Por una madre cruel;
Y apenas se cansa él,
Cuando sobra quien le cuadre,
Porque para un mal de madre
Cien escudos son la ruda.

Cada uno, etc.

Este no tiene por bueno
El amor de la casada,
Porque es dormir con la espada,
Con la vibora en el seno;
Aquel del cercado ajeno
Le es la fruta mas sabrosa;
Cual coge mejor la rosa
De la espina mas aguda.

Cada uno, etc.

Muchos hay que dan su vida
Por edad menos que tierna,
Y otros hay que los gobierna
Edad mas endurecida;
Cuál flaca y descolorida,
Cuál la quiere gorda y fresca,
Porque amor no menos pesca
Con lombriz que con alada.

*Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.*

VIII.

—¿Por qué llora la Isabelitica,
Que cheribica? (11)

—Cheriba un ochavo de oro,
Dame un cualto de pata y lloro.
¿Quién del amor hizo bravos
Los mas dulces desenojos?

—¿Quién dió perlas á tus ojos,
Que no las redima á ochavos?
—Un vaje de los diablos
Que adora y no saquifica.

—¿Por qué llora, etc.

—Ya en pajaritos no tato,
Que se los come la gata,
Ni en cuantos, aunque de pata
Milenta vomite el gato.

(10) En otras ediciones se lee:
Por mas buenas tus fatigas.

Y en otras: *poco buenas.*

(11) Segun un códice del señor Guerra y Orbe, no es de Góngora esta letrilla.

—Pague ese buen viejo el pato,
Pues tal polla mortifica.
—*¿Por qué llora, etc.*
—Serle quiero sanguijuela,
Pues babosa es para mí.
—Las venas del Potosí
Sabrás chupar, Isabela.
—Esto mi señora abela
Me lo enseñó desde chica.
—*¿Por qué llora, etc.*
—¿Es galán? — Sobre Martín
Cae su gala si lo es.
—¿Sirvete con algún tres?
—Servidor es muy ruin.
—No hay barbero viejo al fin
Que no sea de Malpica.
—*¿Por qué llora la Isabelita?*
Que cheribica?

IX.

*Buena orina y buen color,
Y tres higas al dolor.*
Cierta dotor medio almu
Llamar solía, y no mal,
Al vidrio del orinal
Espejo de la salud;
Porque el vicio ó la virtud
Del humor que predomina
Nos lo demuestra la orina
Con clemencia y con rigor.
Buena orina, etc.
La sanidad, cosa es llana
Que de la color se toma,
Porque la salud se asoma
Al rostro como á ventana,
Si no es alguna manzana
Arrebolada y podrida,
Como cierta fermentida
Galeota del amor.
Buena orina, etc.
Balas de papel escritas
Sacan médicos á luz,
Que son balas de arcabuz
Para vidas infinitas;
Plumas doctas y eruditas
Gastan; que de mí sabrán
Que es mi aforismo el refrán
Vivir bien, beber mejor.
Buena orina, etc.
¡Oh bien haya la bondad
De los castellanos viejos,
Que al vecino de Alaejos
Hablan siempre en puridad,
Y al santo que la mitad
Partió con Dios de su manto (12)
No echan agua, porque el santo
Sin capa no habrá calor.
*Buena orina y buen color,
Y tres higas al dolor.*

X.

*Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.*
En la ley vieja de Amor
A tantas hojas se halla
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor;
Mas ¡triste del amador
Que muerto á enemigas manos,
Le hallaren los gusanos (15)
Secretos en la barriga!
Manda Amor, etc.

(12) Alude á los famosos vinos de Alaejos
y de San Martín.
(13) Otros leen *hallaron*.

Muy bien se puede culpare (14)
Por necio cualquier que fuere
Que como leño sufre
Y como piedra callare;
Mande Amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa.
Manda Amor, etc.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza
Cuando Amor sacare á plaza
Delinquentes por hablar;
Mas yo me pienso quejar,
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado
Cuando el viento lo fatiga,
Manda Amor, etc.

Yo sé de algún joveneto
Que tiene muy entendido
Que guarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto;
Mas si murió el imperfecto
De amoroso torozon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.
*Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.*

XI.

Que pida un galán Menguilla
Cinco puntos de gervilla,
Bien puede ser;
Mas que calzando diez Menga,
Quiera que justo le venga,
No puede ser.
Que se case un don Pelote (15)
Con una dama sin dote,
Bien puede ser;
Mas que no dé en pocos días (16)
Por un pan sus damerías,
No puede ser.
Que la viuda en el sermon
Dé mil suspiros sin sou,
Bien puede ser;
Mas que no los dé á mi cuenta
Porque sepan dó se sienta,
No puede ser.
Que esté la bella casada,
Bien vestida y mal celada,
Bien puede ser;
Mas que el bueno del marido
No sepa quién dió el vestido,
No puede ser.
Que anochezca cano el viejo,
Y que amanezca bermejo,
Bien puede ser;
Mas que á creernos estreche
Que es milagro y no escabeche,
No puede ser.
Que se precie un don Pelon
Que se comió un perdigon,
Bien puede ser;
Mas que la biznaga honrada
No diga que fué ensalada,
No puede ser.
Que olvide á la hija el padre

(14) Otros leen mas acertadamente:
Muy bien hará quien culpare.
(15) El doctor Alcalá, en el *Alonso, mozo de
muchos años*, cita este verso diciendo:
Que se case un don Guillote.
(16) Otras ediciones escriben:
Mas que no dé algunos días
Por un pan las damerías.

De buscallo quien le cuadre,
Bien puede ser;
Mas que se pase el invierno
Sin que ella le busque yerno,
No puede ser.
Que la del color quebrado
Culpe al barro colorado,
Bien puede ser;
Mas que no entendamos todos
Que aquestos barros son lodos,
No puede ser.
Que por parir mil loquillas
Enciendan mil candelillas,
Bien puede ser;
Mas que público y secreto
No tenga algún cirio efeto,
No puede ser.
Que sea el otro letrado
Por Salamanca aprobado,
Bien puede ser;
Mas que traiga buenos guantes
Sin que acudan pleiteantes,
No puede ser.
Que sea médico mas grave
Quien mas aforismos sabe,
Bien puede ser;
Mas que no sea mas experto
El que mas hubiere muerto,
No puede ser.
Que acuda á tiempo un galán
Con un dicho y un refrán,
Bien puede ser;
Mas que entendamos por eso
Que en floresta no está impreso,
No puede ser.
Que oiga Menga una cancion
Con piedad y atencion,
Bien puede ser;
Mas que no sea mas piadosa
A dos escudos en prosa,
No puede ser.
Que sea el padre presentado
Predicador afamado,
Bien puede ser;
Mas que muchos puntos buenos
No sean estudios ajenos,
No puede ser.
Que una guitarrilla pueda
Nucho despues de la queda,
Bien puede ser;
Mas que no sea necesidad
Despertar la vecindad,
No puede ser.
Que el mochilero ó soldado
Deje su tercio embarcado,
Bien puede ser;
Mas que le crean de la guerra
Porque entró roto en su tierra,
No puede ser.
Que se emplee el que es discreto
En hacer un buen soneto,
Bien puede ser;
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
No puede ser.
Que quiera una dama esquivar
Lengua muerta y bolsa viva,
Bien puede ser;
Mas que halle sin dar puerta
Bolsa viva y lengua muerta,
No puede ser.
Que el confeso al caballero
Socorra con su dinero,
Bien puede ser;
Mas que le dé porque presta
Lado el día de la fiesta,
No puede ser.
Que junte un rico avariento
Los doblones ciento á ciento,
Bien puede ser;

Mas que el sucesor gentil
No los gaste mil á mil,
No puede ser.

Que se pasee Narciso
Con un cuello en paraíso,
Bien puede ser;

Mas que no sea notorio
Que anda el cuerpo en purgatorio,
No puede ser.

XII.

*Ande yo caliente (17),
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquias,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.

Coma en dorada bajilla
El principe mil cuidados
Como pildoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yépes á Madrigar (18)
La regalada corriente,
Y riase la gente.

Pues Amor es tan cruel,
Que de Piramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.

XIII.

Da bienes fortuna
Que no están escritos:
*Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.*

¡Cuán diversas sendas
Suele seguir (19)
En el repartir
Honras y haciendas!

(17) Otros leen *ándeme*.

(18) Verges lee:

De Yépes y Madrigar.

(19) En todas las ediciones se lee equivocadamente:

¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir! etc

En un error gramatical de semejante clase no pudo haber incurrido don Luis. Debe escribirse el verso:

Suele seguir,
haciendo diéresis.

A unos da encomiendas,
A otros sambenitos.
Cuando pitos, etc.

A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja
La cabra mas coja
Pare dos cabritos (20).
Cuando pitos, etc.

Porque en una aldea
Un pobre maneco
Hurtó solo un huevo,
Al sol bambonea (21),
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
*Cuando pitos flautas.
Cuando flautas pitos.*

XIV.

Al nacimiento de nuestro Señor cantaron
estas letrillas sacras en la santa iglesia de
Córdoba. Les dió tono el maestro Juan Rus-
co, que lo era de aquella iglesia.

—*Cuando toquen á maitines,
Toquen en Jerusalem,
Tañan al alba en Belén,
Tañan, tañan,
Que profecías no engañan.*

—¿Por qué? Di.
—Por lo que oirás por ahí
A cien alados clarines.
—¿Cuándo? ¿Esta noche? ¡Oh qué bue-
—Toda pues gaita convoque (22) [no.

Los pastores;
Dulces sean ruiseñores
Del sol que nos ha de dar,
No en cuna de ondas el mar,
Sino en pesebre de henos
Un portal desta campaña.

—Taña el mundo, taña,
Toque el alba, toquen.
—¡Oh lo que esta noche harán
Cuando oigan las campanas
Los que ilustran con sus canas
Las tinieblas de Abraham!
Mas no las conocerán.
David sí, cuyo ruido
Lisonja será á su oído
De concertados violines,
Cuando toquen, etc.

Abra el limbo orejas, abra,
Dios eterno; que no dudo
Que rompa el silencio mudo
Desta noche tu palabra.
No carabela, no zabra
Traerá el aviso (que es mucho);
Laud sí, donde ya escucho
Zalemas de serafines.

*Cuando toquen á los maitines,
Toquen en Jerusalem,
Tañan al alba en Belén,
Tañan, tañan,
Que profecías no engañan.*

XV.

Gil.—Carillo.

GIL.

No solo en campo nevado
Verba producir se atreve

(20) Otros leen:

Parió dos cabritos.

(21) Algunos escriben:

Al sol bambolea,

que es lo mismo.

(22) Otros leen *toca*.

A mi ganado,
Pero aun es fiel la nieve
A las flores que da el prado.

CARILLO.

¿De qué estás, Gil, admirado,
Si hoy nació
Cuanto se nos prometió?

GIL.

¿Qué, Carillo?

CARILLO.

Toma, toma el caramillo,
Y vén cantando tras mí.
Por aquí, mas ¡ay! por allí
Nace el cárdeno alheli.

GIL.

Vé, Carillo, poco á poco;
Mira que
Ahora pisó tu pié
Un narciso, aquí mas loco
Que en la fuente.

CARILLO

Tente por tu vida, tente,
Y mira con cuánta risa
El blanco lirio en camisa
Se está burlando del hielo.

GIL.

Lástima es pisar el suelo.

CARILLO.

Pisalo, mas como yo,
Queditico.

*Pisaré yo el polvico
Menudico;
Pisaré yo el polvó
Y el prado no (23).*

GIL.

¿Oyes voces?

CARILLO.

Voces oigo,
Y aun parecen de gitanos;
Bien hayan los avellanos
Deste arroyo,
Que hurtádonos los ban.

GIL.

Al Niño buscando van,
Pues que van cantando dél
Con tal coro:
«Tamaraz, que zon miel y oro (24);
Tamaraz, que zon oro y miel.
A voz el cachopinito,
Cara de roza,
La palma os guarda, hermosa
Del Epiglo.
Tamaraz, que zon miel y oro;
Tamaraz, que zon oro y miel.»

CARILLO.

¡Qué bien suena el cascabel!

GIL.

Grullas no siguen su coro

(23) Estos versos debieron ser estribillo
en coplas antiguas. Cervantes, en *La elec-
cion de los alcaldes*, pone lo siguiente:

Pisaré yo el polvico
A tan menudico,
Pisaré yo el polvó
A tan menudó.
Pisaré yo la tierra
Por mas que esté dura,
Puesto que me abra en ella
Amor sepultura,
Pues ya mi buena ventura
Amor la pisó
A tan menudó.
Pisaré yo lozana
El mas duro suelo,
Si en él acaso pisas
El mal que recelo;
Mi bien se ha pasado en vuelo.
Y el polvo dejó
A tan menudó.

(24) *Támaras*, lo mismo que *dátiles*.

Con mas órden que esta grey.

CARILLO.

Cántenle endechas al buey,
Y á la mula otro que tal,
Si ellos entran el portal.

GIL.

Alcones euastreros son
En procesion.

CARILLO.

Ya las retamas se ven
Del portal entre esos tejos.
«Miroos desde léjos,
Portal de Belen;
Miroos desde léjos,
Pareceisme bien.»

GIL.

Brasildo llega tambien
Con todos sus zagalejos.

CARILLO.

¡Oh qué entrada
Tan sonora y tan bailada
Se puede hácer!

GIL.

¡Oh qué ajeno
Me siento de mí y qué lleno
De otro; tocad el rabel.

¿Qué dirémos del clavel
Que nos da el heno?

Mucho hay que digamos dél,
Mucho y bueno.

Dirémos que es blanco, y que
Lo que tiene de encarnado
Será mas disciplinado
Que ninguno otro lo fué;
Que de las hojas al pié
Huele á clavos, y que luego
Que un leño se arrime al fuego
De su amor,

Agua nos dará de olor,
Piadoso hierro cruel.

¿Qué dirémos del clavel
Que nos da el heno?

Mucho hay que digamos dél,
Mucho y bueno.

XVI.

Vén al portal, Mingo, vén,
Seguro el ganado dejas;
Que aun entre el lobo y ovejas
Nació la paz en Belen.

La paz del mundo escogido
En aquel ya leño grave,
Que el hombre á la lieva alabe,
Casa fué, caverna y nido;
Hoy pastor se ha establecido
Tanto, que en cualquiera otero
Retozar libre el cordero,
Y manso el lobo se ven.

Vén al portal, etc.

Sobra el can, que ocioso yace
Las noches que desvelado,
Y rediles del ganado
Los términos son que paze;
El siglo de oro renace
Con nuestro glorioso Niño,
A quien esta piel de armiño
De mí fé será rehen.

Vén al portal, Mingo, vén,
Seguro el ganado dejas;
Que aun entre el lobo y ovejas
Nació la paz en Belen.

XVII.

Portugués.—Castellano.

PORTUGUÉS.

¿A que tangem em Castela?

CASTELLANO.

A maitines.

LETRILLAS.

PORTUGUÉS.

Noite he boa.

CASTELLANO.

SI.

PORTUGUÉS.

¿E facen como em Lisboa
A frutinha de panella?

CASTELLANO.

Mucha.

PORTUGUÉS.

¿Jantarémos della?

CASTELLANO.

Luego que confeseis vos
Que nació el Hijo de Dios
Noche tal,
No en Belen de Portugal,
Sino en Belen de Judea.

PORTUGUÉS.

¿Zombais de Afonso Correa,
Castejao?

CASTELLANO.

Ñafete, que el recién nacido
No es portugués.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete, que se ha derretido
Como el sebo.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete que va corrido,
Corrido va.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

Ovis cao.

CASTELLANO.

Parientes somos.

PORTUGUÉS.

Deos naceo em Portugal,
E da mula do portal
Proceden os machos romos,
Que tem os frades heromos
No mosteiro de Belen.

CASTELLANO.

¿Quién lo alumbró deso?

PORTUGUÉS.

¿Quem?

CASTELLANO.

¿El sebo de alguna vela?

PORTUGUÉS.

¿A que tangem, etc.

CASTELLANO.

Dejó tambien casta el buey?

PORTUGUÉS.

Geração ficou no extremo.

CASTELLANO.

¿Luego era toro?

PORTUGUÉS.

Era ó demo.

Era muita que os darey
Pancada.

CASTELLANO.

¿A mí?

PORTUGUÉS.

A vos á ó rey.

CASTELLANO.

Liquidado se ha.

PORTUGUÉS.

Falades,

Haga nuestras amistades
Muncha enmelada hojuela.

¿A que tangem em Castella?

CASTELLANO.

A maitines.

XVIII.

¿Cuál podeis, Judea, decir
Que os dió menos luz, el ver
La noche día al nacer,
O el día noche al morir?

Las piedras sabrán oír
Antes que yo responder,
Sabránse al menos romper,
Para mas os confundir.

¿Cuál podeis, etc.

Si esta noche ó noche tal
Flores os sirvió la nieve,
Zodiaco hecho breve
De mucho sol un portal,
Adonde un bruto animal,
Viéndose rayos su pelo,
Aun con el toro del cielo
Se desdena competir,

¿Cuál podeis, etc.

Si en espirando Dios, luego
Del sol os niega la luz,
Y en las tinieblas su cruz
Os fué columna de fuego,
¿Cuál dareis, ingrato y ciego
Pueblo, competente excusa,
Si esta noche nos acusa
Los dias que dejais ir?

¿Cuál podeis, Judea, decir
Que os dió menos luz, el ver
La noche día al nacer,
O el día noche al morir?

XIX.

Niño, si por lo que tienes
De cordero, tus favores
Sienten antes los pastores
Que el mundo todo, á quien vienes,

El pastor de sus bienes
Liberal,

Rico, si no tu portal
Ha hecho tu templo santo,
Viva cuanto
Las piedras que ya dotó.

Esto, Niño, pido yo,
Y yo tambien,
Y todos. Amen, Amen.

Al que le concede el mundo
Los méritos que le ha dado,
En nuestra España el cayado,
Tercero, si no segundo,
Mar de virtudes profundo,
Santo ejemplar de pastores,
Tan modesto en los favores
Cuan sufrido en los desdenes.

El pastor, etc.

Años pues tan importantes,
Iguales en la edad sean
Á las piedras que desean
Para esto ser diamantes;
No pise las zonas antes
Que bese el Tiber su pié
Con esplendor tanto, que
Nieguen carbunclos sus siencias.

El pastor de sus bienes
Liberal,

Rico, si no tu portal
Ha hecho tu templo santo,
Viva cuanto
Las piedras que ya dotó.

XX.

Al Gualatehejo (25)

Del Señor Alá,
Ha, ha, ha.

Hace vozaze
Zalema é zalá,

(25) Es de moriscos.

Ha, ha, ha.
 Baila Mahamú, baila,
 Fala la laila.
 Taña la zambra la jabena,
 Fala la laila.
 Que amor del Nenio me mata,
 Me mata,
 Fala la laila.
 —Aunque entre el mula, é il vaquilio
 Nacer en este pajar,
 O estrellas mentir, ó estar
 Califa, vos Chequitilio;
 Choton, no lo oiga el cochilio
 De aquel Heródes marfuz,
 Que maniana hasta el cruz
 En sangre estarás bermejo.
Al Gualete, etc.

Sé del terano enemigo,
 Hoyes, vosanze de rabia,
 Roncon teneis, yo en Arabia
 Con el pasa é con el hego.
 Yo estar Xequé, se conmeço,
 A dar manteca seniora,
 Mel vos é serva madora
 Comerás senior al vejo.

Al Gualetehejo
Del Señor Alá,
Ha, ha, ha.

XXI.

*Esta noche un amor nace,
 Niño y Dios, pero no ciego,
 Y tan otro al fin, que hace
 Paz su fuego.*

Con las pajas en que yaco
 De una Virgen (aun despues
 De ser madre) pura cuanto
 Lo dice el sol, que es su manto,
 Nace el Niño Amor que ves;
 No es tu arco, no, el que es
 Pompa del otro rapaz;
 El simbolo sí de paz,
 Que ambos polos satisface.

Esta noche, etc.

No venda el Amor divino
 De sus ojos la alegría;
 Vendaránsela algun día,
 Que lo hagan adivino;
 Sus bellos miembros el lino,
 Ya que no sus soles vista;
 Que mal puede el heno á vista
 Abrigar de quien le paze.

*Esta noche un amor nace,
 Niño y Dios, pero no ciego,
 Y tan otro al fin, que hace
 Paz su fuego.*

XXII (26).

—*¡Oh qué vimo, Mangalena,
 Oh qué vimo!*

—¿Dónde, primo?
 —No portalo de Belena.
 —¿Qué fu?—Entre la hena
 Mucho sol con mucha raya.
 —Caya, caya,
 Por en Dios que no miento.
 —Vamo allá.—Toca instrumento.
 —Elamú, calambú, calambú,
 Elamú.
 —Tu prima sará al momento
 Escravita do nacimiento.
 —E ¿qué será, primo, tú?
 —Saro bu,
 Se chora, ó menin Iesu.
 —Elamú, calambú, calambú,
 Elamú.
 —Cosa vimo que creya

(26) Es de negros.

Pantará mucha gerquia,
 Cantando con melodia
 A un niño, que é Diosa, é ya Reya,
 Ma tan desnuda, que un bueya
 La está contino vabando.
 —Veamo, primo, volando
 Tanta groria é tanta pena.
 —*¡Oh qué vimo, etc.*
 Someme, é vendo me á rosa,
 De Gericongo Maria,
 —Entra, dijo, prima mia,
 Que negra so, ma hermosa.
 —¿Entraste?—Sí, é malicioso
 A mula un coz me tiró.
 —Caya, que no fu coz, no.
 —Pos ¿qué fu?—Invidia, morena.
 —*¡Oh qué vimo, Mangalena,
 Oh qué vimo!*

XXIII.

A la venida de los Reyes á adorar á nuestro
 Señor recién nacido.

Pastores.—Negros.

PASTOR PRIMERO.
*¿Qué gente, Pascual, qué gente,
 Qué polvareda es aquella?*

PASTOR SEGUNDO.
 La astrología de Oriente,
 Cuyo postillon luciente
 Es una estrella.

NEGRO.

Praza.

PASTOR PRIMERO.
¿Quién nos atropella?

NEGRO.

Mechora, rey de Sabá,
 Guan, guan, gna,
 Morenica de Zafalá.

PASTOR PRIMERO.
 Hi, hi, hi,
 ¡Qué Rey tan fuera de aquí
 Hoy nos ha venido acá!

PASTOR SEGUNDO.

Ha, ha, ha.

NEGRO.

¿Rie la pastora?

PASTOR PRIMERO.
 Si.

NEGRO.

Paparico, poco á poco,
 Que samo enfadado ya.

PASTOR SEGUNDO.

Ha, ha, ha.

NEGRO.

Entra, primo.

PASTOR PRIMERO.
 Fuera allá,
 No piense el Niño que es coco
 El rey que á adorar lo va.
 Hormiguero, y no en estio,
 Negros hacen el portal.

NEGRO.

Hormiga sa juro á tal,
 Hormiga, ma non vacío.

PASTOR SEGUNDO.
 ¿Qué traeis?

NEGRO.

A la rey mio;
 Incienso ofrece sagrado.
 PASTOR PRIMERO.
 Humo al fin el humo ha dado.

NEGRO.

Sa de Dios al fin presente.

PASTOR PRIMERO.
*¿Qué gente, Pascual, qué gente,
 Qué polvareda es aquella?*

XXIV.

A la purificacion de nuestra Señora.

La vidriera mejor
 En sus brazos de cristal
 Entra al sol hoy celestial
 En la capilla mayor,
 A cuyo resplandor,
 Sin que mas luz espere,
 Simeon fénix arde
 Y cisne muere.

XXV.

A lo mismo.

Bras.—Carillo.

BRAS.

¡Oh qué verás, Carillejo,
 Hoy en el templo!

CARILLO.

¿Qué, Bras?

BRAS.

*Corre, vuela, calla, y verás
 Cómo en las manos de un viejo
 Pone hoy franca
 La Palomica blanca,
 Que pone, que pare;
 Que pare como virgen,
 Que pone como madre.*

Subamos, Carillo, arriba,
 Subamos donde ya asoma
 La deseada paloma
 Con el ramo de la oliva;
 La esperanza siempre viva
 De Simeon hoy la guarda,
 Dejándose su edad tarda
 La edad del fénix atras.

Corre, vuela, calla y verás, etc.

Entre uno y otro gemido
 Del leal ofrecimiento (27),
 Escucha el final acento
 De aquel cisne encanecido;
 Ya, Señor, ya me despido
 De mi vida con quietud,
 Pues he visto tu salud,
 Y la nuestra mucho mas.

*Corre, vuela, calla y verás
 Cómo en las manos de un viejo
 Pone hoy franca
 La Palomica blanca,
 Que pone, que pare;
 Que pare como virgen,
 Que pone como madre.*

XXVI.

A la Virgen de Villaviciosa, por la salud y
 vida de don Diego de Mardónes, obispo
 de Córdoba.

Virgen, á quien hoy fiel
 Tantas arras sabe dar
 A su esposa,
 Sed propicia, sed piadosa,
 Pues sois estrella del mar,
 Y es un mar de dones él
 Al padre de una piedad
 Tan generosa, tan rara,
 Que á pesar de la tiara
 Le deben la santi dad;
 Si virtud vale, su edad
 Prolija sea y dichosa,
 Sed propicia, sed piadosa.

Immortal casi prescriba
 Los términos de la muerte;
 Que quien vive desta suerte,
 Desta suerte es bien que viva;
 No cual otra fugitiva
 Su memoria sea gloriosa,
 Sed propicia, sed piadosa.

(27) Otros leen *legal*.

XXVII.

A lo mismo.

*Serrana que en el altar
De un pastor fuiste servida,
Conservad la vida
De nuestro pastor.*

¿Quién, Señora, su favor
A pios afectos niega?
¡Ay que os lo pido,
Mas ay, que os lo ruega
El balido
De un ganado agradecido!

Albergue vuestro el vacío
De un alcornoque fué rudo,
Tanto de un pastor ya pudo
El devoto afecto pio;
Por él y por su cabrio
Renunciastes el poblado;
Sin duda que es un cayado
El arco de vuestro amor.

Serrana, etc.

Si lo pastoral ya tanto.
Serrana, os llevó gallarda,
Guardad hoy al que nos guarda
Generoso pastor santo.
Tiempo le conceded cuanto
Le desean sus rebaños;
Que á fe que venza los años
Del roble mas vividor.

*Serrana que en el altar
De un pastor fuiste servida,
Conservad la vida
De nuestro pastor.*

XXVIII (28).

A la procesion que vispera del Córpus se
hace al Sagrario.

Juana. — Crara.

JUANA.

Mañana sá Corpus Crista,
Mana, Crara;
Alcoholemo la cara,
E labémono la vista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

JUANA.

¿Qué tiene pringa, Señora?

CRARA.

Samo negra pecadora,
E branca la Sacramenta.

JUANA.

La alma sá como la denta,
Crara, mana,
Pongamo fustana,
E bailemo alegre;
Que aunque samo negra,
Sa hermosa tú.

Zambambú, morenica de Congo,
Zambambú,
Zambambú, qué galana me pongo
Zambambú.

Vamo á la Sagraria, prima,
Veremo la procesiona;
Que aunque negra, sa persona
Que la perrera me estima;
A ese mármolo te arrima.

CRARA.

Mas tinta sudamo Juana
Que dos primas de escribana.
¿Quién sa aquel?

JUANA.

La perdiguera.

(28) Es de negros.

P.xvi-1.

¿Y esotro chupa-madera?

CRARA.

JUANA.

La señora chirimista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

JUANA.

Mira la cabilda cuánta
Va en rengre nombre Señora,
Cuya virtud me enamora,
Cuya majesta me espanta.

CRARA.

Si viene la obispa santa,
Chilemola.

JUANA.

¡Ay qué Cravela!

Pégate, Crara, coela,
La mano le besará.
Que mano que tanto da
En Congo aun será bienquista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

XXIX.

Gil. — Bras.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

BRAS.

A un cordero que costó
Treinta dineros no mas,
Y luego se arrepintió
Quien lo vendió.

GIL.

¿Bastará á tantos?

BRAS.

Si, Gil,

Y es de modo
Que lo comerá uno todo,
Y no lo acabarán mil.

GIL.

Toca, toca el tamboril,
Suene el cascabel,
Y vamos á comer dél.

BRAS.

De rodillas reclinado (29),
No con báculo, no en pié,
Llega al Cordero que fué
Por el otro figurado;
Cómelo, Gil, que mechado
De tres clavos lo hallarás.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

BRAS.

De hierro instrumento no,
De palo sí lo aso ya;
Tan mal con el hierro está
Quien dellos nos redimió;
Amor dió el fuego y juntó
Leños que el fénix jamás.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

XXX.

*El pan que veis soberano
Un solo es grano,
Que en tierra virgen nacido,
Suspendido
En el madero,
Se da entero
Adonde mas dividido.*

Cuanto el altar hoy ofrece
Desde el uno al otro polo,
Pan divino, un grano solo,

Lleguen tres, ó lleguen trece;
Invisiblemente crece
Su unidad, y de igual modo
Se queda en sí mismo todo,
Que se da todo al cristiano.

El pan, etc.

Este grano, eterno pues,
Inmensamente pequeño,
Del vital glorioso leño
Cayó en la piedra despues;
La piedra que días tres
En sus senos le abscondió,
Y nos le restituyó

Aun mas entero y mas sano.

El pan que veis soberano

*Un solo es grano,
Que en tierra virgen nacido,
Suspendido
En el madero,
Se da entero
Adonde mas dividido.*

XXXI (30).

*A la dina dana dina, la dina dana,
Vuelta soberana.
A la dana dina dana, la dana dina,
Mudanza divina.*

Maldonado, Maldonado,
El de la perzona vuelta,
Dina dana.

Volteador afamado,
Dale á tu alma una vuelta,
Dana dina.

Que si contrita y azuelta
Llega á comer este pan,
No la taza le darán,
Zino el cáliz que hoy se gana.

*A la dina dana dina, la dina dana;
Vuelta soberana.*

Querida, la mi querida,
Bailemoz y con primor,
Dana dina.

Mudanza hagamos de vida,
Que ez la mudanza mejor,
Dina dana.

Entre en mi alma el Ceñor,
No como en Heruzalen,
Que aunque cuatrero de bien,
No aseguro la pollina.

*A la dana dina dana, la dana dina,
Mudanza divina.*

XXXII.

— ¿Qué comes, hombre?

— ¿Qué como? Pan de ángeles.

— ¿De quién? — De ángeles.

— ¿Sabe bien? — Y cómo.

Fuerza da tanta y valor
Este pan, que en virtud dél,
Huyendo de Jetzabel,
Llegó al monte del Señor
Profeta, en cuyo favor
Fuego llovió el cielo airado,
Y esquadron de acero armado
Resistencia hizo de plomo.

— ¿Qué comes, hombre, etc.

Deste pues divino pan
Cualquier bocado suave
Encender los pechos sabe
Que mas helados están;
No hay eual la de Zeilan,
Que hoy los manjares se altera
Fragrante, si mas grosera,
Corteza de cinamomo.

— ¿Qué comes, hombre?

— ¿Qué como? Pan de ángeles.

— ¿De quién? — De ángeles.

— ¿Sabe bien? — Y cómo.

(30) Es de gitanos.

XXXIII.

*Oveja perdida, vén
Sobre mis hombros; que hoy,
No solo tu pastor soy,
Sino tu pasto tambien.*

Por descubrirte mejor
Cuando balabas perdida,
Dejé en un árbol la vida,
Donde me subió tu amor;
Si prenda quieres mayor,
Mis obras hoy te la den.

Oveja, etc.

Pasto al fin yo tuyo hecho,
¿Cuál dará mayor asombro,
¿El traerte yo en el hombro,
O traerme tú en el pecho?
Prendas son de amor estrecho,
Que aun los mas ciegos las ven.

*Oveja perdida, vén
Sobre mis hombros; que hoy,
No solo tu pastor soy,
Sino tu pasto tambien.*

XXXIV.

Alma niña, ¿quieres, di,
Parte de aquel, y no poca,
Blanco maná que está allí?
— Si, sí, sí.

Cierra los ojos, y abre la boca.

— ¡Ay Dios, ¿qué comí,
Que me sabe así?

Alma ¿a quien han reducido
Contrición y penitencia
Al estado de inocencia,
Si golosa te ha traído
El maná que está incluido
En aquel cristal de roca,
Cierra los ojos, y abre la boca.

Niega, alma, en esta ocasion
A la vista; que la fe,
Cerrados los ojos, ve,
Mas que abiertos la razon;
Argumento y presuncion
Vano es aquí y allá loca.
Cierra los ojos, y abre la boca.

XXXV.

Que pretenda el mercader,
Sin que al grande y sin que al chico
Resituya un alfiler,
En nombre de Dios tener
Lo que ganó en Puerto Rico,
¡Oh qué lindico!

Que disimule un pariente,
Sin que á risa me provoque,
Que en el espejo luciente
Nunca se ha visto la frente
Coronada de alcornoque,
¡Oh qué lindico!

Que una necia que bien charla,
Dama entre picaza y mico,
Me quiera obligar á amarla,
Siendo su píco de parla
Y de Jetafe su hocico,
¡Oh qué lindico!

Que piense un bobalicon
Que no hay quien su dama toque,
Y en la casa del rincón
Sé que la tomó un peon,
Y que no la quiere un Roque,
¡Oh qué lindico!

Que pretenda un estudiante,
Sin que sea galán ni rico,
Rendir á doña Violante
Con hacer muy de lo amante,
Sin dejar flaco el bolsico,
¡Oh qué lindico!

XXXVI.

Tejió de piernas de araña
Su barbaa un colegial,
Pensando con ella el tal
Gobernar á toda España;
Cuando el impulso se engaña (51)
De los cursos que no tiene,
Pisándose á Madrid viene
La barba desde Sigüenza,
Tenga vergüenza.

Alguno conozco yo
Que médico se regula
Por la sortija y la mula,
Por el ejercicio no;
Toda su vida salió
A vender de balde peste;
Nadie le llama, ni aqueste
El ocio no le avergüenza,
Tenga vergüenza.

El marido de la bella
Que nos vende por fiel,
Vistiéndose aquello él
Que ganó desnuda ella;
Paciente sus labios sella,
Buscándole ella por eso
Entre dos plumas de hueso
Una de oro en rica trenza,
Tenga vergüenza.

La mayor legalidad,
Si el preso tiene dinero,
Salvadera hace el tintero
Que salvó su libertad;
Que es mentira la verdad
Al que es litigante pobre,
Gato aun con tripas de cobre
No halla gato que no venza,
Tenga vergüenza.

En tener á dos repara (52)
Doña Fulana Interés,
Que solo de esgrima es
Esto de guardar la cara;
De sí ya tan poco avara,
El cuatrin no menos pilla
De Oliveros de Castilla
Que á un bilero de Olivenza,
Tenga vergüenza.

Cuanto hoy hijo de Eva,
Afrentando lo galán,
Se desmiente en un Jordan
Que en ondas de tinta lleva,
Forma sacando tan nueva,
Que lo extrañan por lo sucio,
Rocin que parando rucio,
Morcillo á comer comienza,
Tenga vergüenza.

XXXVII.

Ponderemos la experiencia,
Lo que es el dinero hoy,
Porque yo dosel le doy
Y tarima á su excelencia;
Tomando mayor licencia,
Pues el cuño me perdona,
Le daré siempre corona;
Y mas definir no quiero
Qué es dinero.

Desvanecido un pelon,
Y aun á título aspirante,
Cera gasta de Levante
Mientras enristra blandon;
Tan superflua ostentacion,
Si no presuncion tan necia,
Cera alumbra de Venecia,
Y á mi de Génova acero,
Que es dinero.

(51) Otros leen: *cuanto el impulso.*

(52) Otros leen *de dos, y otros, dedos.*

Visitado en su posada

De una dama fué un amante,
Y al escudero portante
De porte le dio una espada;
Yo quiero que la Colada
Sea de Cid campeador;
Armado vuelve mejor
De un escudo un escudero,
Que es dinero.

Fuelles de seda calzado,
Calzones digo, un cencerro,
Que ascendió de edad de hierro
A siglo mas que dorado;
Menos agora tiznado
Con terciopelado estruendo,
Por la calle va diciendo,
Hoy tratante, ayer herrero,
Qué es dinero.

Pendolista, si enemigos
Granjeó su pluma tantos,
Pocos mas ó menos, cuantos
Su bella mujer amigos
Deje de inducir testigos
Y conduzca infanteria;
Vendiendo la escribania
Quédese con el tintero,
Que es dinero.

XXXVIII.

*Que haya gustos en la villa,
¿Qué maravilla?*

*Y en la corte dulce y ágro,
¿Qué milagro?*

Que en la corte, do se junta
Tanta risa y tanto lloro,
Haya quien nos tome el oro
Y absuelva cualquier pregunta,
Quien apunta y quien desputa,
Y entre damas y entre Roques,
Quien á tretas, quien á emboques,
Os da toda la cartilla,
¿Qué maravilla?

El que vive en el aldea
Cultivando su heredad,
Allí culpa nuestra edad
Adonde nada desea;
*¿Qué mucho que bueno sea,
Y que mas en fil que un peso (53),
Ni evite ni trate en grueso,
Si él engorda con lo magro?*

¿Qué milagro?
El que por favores hecho
Poderoso en el juzgado
Esté puesto á ser pagado
Mas que permite el derecho;
Que quiera sacar provecho,
Pues la esposa que le dan,
Como á nuestro padre Adán,
Le salió de la costilla,
¿Qué maravilla?

Si el que poca renta tiene
Da á su dama en un vestido
Todo el tributo caído,
Y libra el tercio que viene;
Cuando ya no se mantiene
Por la justa que mantuvo,
Que por lo que dulce tuvo,
Empiece á tener por ágro,
¿Qué milagro?

Que don Alvaro de Luna
Suba á la cumbre en buen hora,
Pues con su menguante agora
Las cabezas importuna;
Si tras de tanta fortuna,
Para llegar al poder
A muchos hizo caer,
Que le armasen zancadilla,
¿Qué maravilla?

(53) Otros leen: *y que mas en fiel.*

Si el abad de poca renta,
A lucir de obispo, pasea
Con lacayos de librea,
Ahorrada en la pimienta;
Si le alcanzan en la cuenta,
Y en vano la disimula,
Que se baje de la mula
Por ver que el camino es agro,
¿Qué milagro?

XXXIX.

Será lo que Dios quisiere.

Todo el mundo está trocado,
Solo reina el recibir,
Ya nos venden el vivir,
Y vivimos de prestado;
El que tuviere un ducado
Se verá grande en un día;
La balanza mas vacía
Subirá mas fácilmente;
Todo será diferente,
Y si algo desto no fuere,
Será lo que Dios quisiere.

Ya no hay cosa verdadera,
Ni quien decilla presuma,
Mil aves vuelan sin pluma,
Y el sol da luz por vidriera;
Las honras serán de cera,
Y el oro será el calor;
Cogerás el fruto en flor,
Los racimos en agraz,
Y del que por bien de paz
A madurarse viniere,
Será lo que Dios quisiere.

Que habrá gran copia imagino
De médicos y letrados,
Los mas dellos graduados
Por un conde palatino;
Con la fe de un pergamino
Destruyen media Castilla,
Uno en mula y otro en silla,
Y cuando el mas docto emprenda
Vuestra vida ó vuestra hacienda,
O mejor con vos lo biciere,
Será lo que Dios quisiere.

Del mercader y escribano
Será lo que siempre ha sido,
Que el mas pobre y mas perdido
Va al infierno mas temprano;
Téngales Dios de su mano,
Y el viérnes de la Pasión
Les dé quien por un doblon
Se arroje, y que pierda el miedo;
Mas decir seguro puedo
Que del que los absolvire
Será lo que Dios quisiere.

De las de saya ó monjil,
Si ya no fuere en la cuna,
No se hallará virgen una
Después de las once mil;
No les dieron de marfil
Muros á su honestidad;
Y así, tengo por verdad
Que de la madre ó la hija
Que recibe la sortija,
O el juguete recibiere,
Será lo que Dios quisiere.

De viuda que mucho llora
Jamás me enterneció el llanto,
Porque sé bien que otro tanto
Sabrá alegrarse á deshora;
¿Cuál es el necio que ignora
Que después de echar las llaves,
Ó estén tristes ó estén graves,
Porque la melancolia
Va con las tocas de día,
Y á la noche que viniere,
Será lo que Dios quisiere.

En cualquier estado al fin
Mil mudanzas ha de haber;
Ya no se ha de conocer

Cuál es bueno y cuál ruin;
Téngase bien á la eria
El que está mas levantado,
Porque el mundo descansado
Sirve ya por el envés,
Y cuando agora al través
Su pináculo no diere,
Será lo que Dios quisiere.

XL.

Milagros de corte son.

Que tenga el engaño asiento
Cerca de alguna grandeza,
Y que pueda la riqueza
Dar á un necio entendimiento;
Que perezca el buen talento
Si á decir verdad aspira,
Y que tenga la mentira
Titulo de adulación,

Milagros de corte son.

Que don Milano afeitado (34)
Ajeno linage infame,
Y que Mendoza se llame
Por lo que tiene de Hurtado;
Que diga ser mas soldado
Que en su tiempo el de Pescara,
Y que ya se llame Guevara
El que no es mas que Ladron,

Milagros de corte son.

Que el soldado de Pavia
Cuente y jure hazañas grandes
Porque tuvo niño en Flandes
Achaques de alferceia;
Su caudal es bizzarria,
Y por lo bravo se llama
Al dormir, leon sin cama,
Y al comer camaleon.

Milagros de corte son.

Que la dama escabechada
Preste al aire trenzas rojas
Y que engañe con las hojas
Como parra vendimiada;
Que la piladora dorada,
Receta de mano suya,
Con afeite de alcluya,
Cubra arrugas de pasión,

Milagros de corte son.

Que no vean mil maridos
Cosas que las verá un ciego,
Y que á las voces del fuego
Quieran tapar los oídos;
Que se precien de entendidos
Y presuman de valientes,
Y no fueron mas pacientes
Los asnos de san Anton,

Milagros de corte son.

Que estés, Amor, tan quebrado
Y tan corto de caudal,
Que ya te pidan señal
Como á cuerpo endemoniado;
Que te precies de letrado,
Aunque los aires penetras,
Y escriban todas tus letras
En la estampa de un doblon,

Milagros de corte son.

XLI (35).

*Absolvamos el sufrir,
Desatemos el callar;
Mucho tengo que llorar,
Mucho tengo que reir.*

Deseado he desde niño

(34) Las ediciones que hemos visto dicen
todas equivocadamente:

Que de un milagro afeitado.

Verges lee:

Que don Milagro afeitado.

(35) Por algunos se ha atribuido á Quevedo
esta letrilla, que en manuscritos é impresos

Y antes, si puede ser antes,
Ver un médico sin guantes
Y un abogado lampiño,
Un poeta con alifio,
Un romance sin orillas,
Un sayon con pantorrillas,
Y unas ferias sin prestar.
Mucho tengo que llorar.

Al humo le debe cejas
La que al sepulcro cabellos,
De ojos graves, porque dellos
Ami las dos niñas son viejas;
Este mico de tus rejas,
Y de los muchachos juego,
Alojado ayer de mi ciego,
Hoy se nos quiere morir.
Mucho tengo que reir.

Con la gala el interés
Indignado ha descubierto
Que no se dé perro muerto
Sin ella, aun en Leganes;
Cuánta verdad esto es,
Madrid, que es grande, lo diga,
Aunque dice cierta amiga
Que es mejor Galapagar.
Mucho tengo que llorar.

Médico es, aunque lego,
Que á la menor calentura,
Su cara no siendo cura,
Da el olio y entierra luego;
Y aunque la ciencia le niego,
Le concederé de grado
Un pergamino arrollado
Y un engastado zafir.

Mucho tengo que reir.

Trajo en dote un serafín
Casa de jardin gallardo,
Con dos balcones al Pardo
Y un postigo á Balsain;
Mientras pisan el jardin
Visitas, el maridón,
Haciendo espejo un balcon,
Sus canas ve pardear.

Mucho tengo que llorar.

Pues no levanta la espuma
Con remo en el agua aquel (36)
Que ya levantó en papel
Testimonios con su pluma,
Porque otro tal no presuma
Que ley se establezca en vano,
Quítenle la diestra mano,
Y mienta un guante el pulgar.
Mucho tengo que llorar.

XLII.

*Caido se le ha un clavel
Hoy á la Aurora del seno,
¿Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!*

Cuando el silencio tenia
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo
Reinaba la noche fria,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caido se le ha, etc.

De un solo clavel ceñida
La Virgen, aurora bella,
Al mundo se lo dió, y ella
Quedó cual antes florida;
A la púrpura caída
Siempre fué el heno fiel.
Caido se le ha, etc.

El heno pues, que fué dino,
A pesar de tantas nieves,

se lee como de Góngora. Podrá ser de Quevedo, pero en el estilo mas parece obra del Marcial cordobés.

(36) Otros leen: con el remo.

De ver en los brazos leves
Este koscier divino,
Para su lecho fue lino,
Oro para su dosel.

*Caido se le ha un clavel
Hoy á la Aurora del seno,
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!*

XLIII.

—El racimo que ofreció
La tierra ya prometida
Esta noche esclarecida
En agraz he visto yo.

—Mas que no,
Porque ha mucho que pasó.

—Mas que sí,
Porque ha poco que le ví.

—¿Dónde? Di.
—En el heno que le dió
Un portallito pequeño,
Mientras lo cuelga de un leño
El pueblo que alimentó;
El bello racimo que
Trajeron por cosa rara,
Entre dos en una vara,
De aquesta figura fué.
—¿Sabes lo tú?—Yo lo sé
De quien lo profetizó.
—Mas que no, etc.

—Entre dos se trajo aquel,
Y aqueste será Sion
Entre uno y otro ladrón;
Siendo la inocencia él.
—¿Adivinas?—Mas fiel
Fué ya quien lo adivinó.
—Mas que no,
Porque ha mucho que pasó.
—Mas que sí,
Porque ha mucho que le ví.

XLIV.

Ya que rompí las cadenas
De mis grillos y mis penas,
De extender con mucho error
La jurisdiccion de Amor,
Que agora me da por libre,
Dios me libre.

Y de andar mas por escrito
Publicando mi delito,
Sabiendo de ajenas vidas
Tantas culpas conocidas,
De que puedo hacer alarde,
Dios me guarde.

De dama que se atribula
De comer huevos sin bula,
Sabiendo que de su fama
Un escrúpulo ni drama
No podrá lavar el Tibre,
Dios me libre.

Y del mercader devoto,
De conciencia manirote,
Que acrecentando sus rentas,
Pasa á menudo sus cuentas,
Y da las ajenas tarde,
Dios me guarde.

De doncella con maleta,
Ordinario y estafeta,
Que quiere contra derecho,
Pasando por el estrecho,
Llegar enterá á Colibre,
Dios me libre.

Y del galán perfumado,
Para holocaustos guardado,
Que hace cara á los afeites
Para dar á sus deleites
Espaldas, como cobarde,
Dios me guarde.

De dama que de un ratón
Huye al último rincon,

Desmayada de mirallo,
Y no temerá á caballo
Que Ruger su lanza vibre,
Dios me libre.

Y de galán que en la plaza
Auchilla y amenaza,
Y si sale sin terceros,
Hará como don Gaiferos,
Aunque Melisendra aguarde (57),
Dios me guarde.

De doncella que entra en casa
Porque guisa y por que amasa,
Y hará mejor un guisado
Con la mujer del honrado
Que con clavos y gengibre,
Dios me libre.

Y de amigo cortesano
Con las insignias de Jano
Desvelado en la cautela,
Cuyo soplo á veces huela
Y á veces abrasa y arde,
Dios me guarde.

XLV.

*No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.*

Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala
Ni vieja que no lo sea;
La mujer moza es librea (58),
Y la vieja despreciada.
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde.

No me llame fea, calle, etc.
La mujer mas celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es, cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada;
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto (59)
La vieja de mejor carne.
No me llame fea, calle, etc.

En palacio la princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora
Y en la corte la duquesa;
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta;
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben.
*No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.*

• XLVI (40).

*Con el son de las hojas
Cantan las aves,
Y responden las fuentes
Al son del aire.*

Quando á las sospechas
De mi pensamiento
Canto á mi instrumento
Llorosas endechas;
Quando agudas flechas
Del tirano Amor
Creceñ mi dolor,
Insufrible y grave,
*Responden las fuentes
Al son del aire.*

Su dulce armonía
Me ofende y me enoja;
Que á un triste es congoja

(57) Otros leen: *guarde.*

(58) Otros leen: *la mejor moza.*

(59) Otros leen: *cuervo muerto.*

(40) En algunos códices se atribuye á GÓNGORA esta letrilla.

La misma alegría.
Quando sale el día
Salgo á suspirar,
Y cuando á llorar
Me obligan mis males,
*Responden las fuentes
Al son del aire.*

XLVII.

*A toda ley, madre mia
(Lo demas es necesidad),
Regalos de señoría
Fobras de paternidad (41).*

Aunque tan ajenos son,
Señora, mis verdes años
De maduros desengaños
Y perfecta discrecion,
Oid la resolucion
Que me dió el tiempo despues
Que me disteis al Marqués,
Y yo me di á fray Gareia.

A toda ley, madre mia, etc.
Narcisos, cuyas figuras
Dan por paga los pobretes
Que libran, de muy jinetes,
Mi yerro en sus herraduras,
Ganimédes en medidas
Enamorados y bellos;
Yo creo que para ellos
Vuesamerced no me cria.

A toda ley, madre mia, etc.
Orlandos enamorados,
Que despues dan en furiosos,
En las paces belicosos,
En las guerras envainados,
De bigotes engomados
Y de astróloga contera,
¡Nunca Dios me haga nura
De la hermana de su tia!

A toda ley, madre mia, etc.
Canónigos, gente gruesa,
Que tienen á una cuitada
Entre viejas conservada,
Como entre paja camuesa;
Dan poco y piden apriesa,
Celan hoy, celan mañana,
Muy humilde es mi ventana
Para tanta celosia.

A toda ley, madre mia, etc.

Almibarados poetas,
Por quien la beldad no acaba
De ser nido y ser aljaba
De Amor y de sus saetas;
Danme canciones discretas,
Y es darme á mi sus canciones
Gastar en Guinea razones,
Y cruces en Berberia,

A toda ley, madre mia, etc.
Basta un señor de vasallos
Y un grave y potente fraire;
Lo demas los lleve el aire
(Si el aire quiere llevarlos);
Hagan riza sus caballos,
Acuchillen sus personas,
Recen sus tercias y nonas
Y celebren su poesia.

A toda ley, madre mia, etc.
A estos solos dos mi amor
Y mis contentos aplico,
Madre; al uno porque es rico
Al otro porque es hechor;
El fraile es á mi sabor,
El Marqués me lleva en coche;
Démosle al uno la noche
Y al otro démosle el día.

(41) Como se verá en otro lugar de esta coleccion, don Francisco de Trillo y Figueroa hizo con este mismo estribillo una letrilla.

*A toda ley, madre mia
(Lo demas es necedad),
Regalos de señoría
Y obras de paternidad.*

XLVIII.

No sé qué me diga, diga.

Que el príncipe Belisardo
Ayer venga de la rota,
Y sin venille la flota
Ande lozano y gallardo;
Que ayer vista sayo pardo,
Y hoy cadena de oro saque,
Y que sin tener achaque
En la mano traiga liga,
No sé qué me diga, diga.

Que ande doña Berenguela
De día compuesta en coche,
Y por gatera de noche,
Hecha norte y centinela;
Que esté de continuo en vela,
Y después al desposado
Le den el trigo segado,
Creendo que está en espiga,
No sé qué me diga, diga.

Que traiga doña Doncella
Consigo cierto embarazo,
Y diga que es mal de bazo;
Y el padre venga á creella,
Y mire mucho por ella,
Y le riña porque bebe;
Mas al cabo de los nueve
No tenga tanta barriga,
No sé qué me diga, diga.

XLIX.

*Que no hay tal andar como estar en casa;
Que no hay tal andar como en casa estar.*

Si hace la ocasion ladron,
Y putas el aparejo,
Tome de mí este consejo
La flaca de complexion:
Mire bien lo que al raton
Le cuesta por campear.
Que no hay tal andar, etc.

Nacen alas á la hormiga,
Como dicen, por su mal,
Pues pierde vida y caudal
Luego que el vuelo le obliga,
Y asimismo da en la liga
El pájaro por volar.
Que no hay tal andar, etc.

De las que van al sermón
Por ser tan santo no hablo,
Puesto que hay vez en que el diablo
Las toma por su bordon,
Y así es segura ocasion
La de coser y labrar.
Que no hay tal andar, etc.

¿Cuántas hay en casa honradas,
Que fuera dejan de serlo,
Y mil doncellas sin serlo,
Por no haber sido casadas!
Estaciones de casadas
En cuernos suelen parar.
Que no hay tal andar, etc.

Concluyo pues con decir
Que la mujer mas perfeta
Es peligrosa escopeta
En dejándola salir,
Que la frente os ha de herir
Si la dejais disparar.

*Que no hay tal andar como estar en casa;
Que no hay tal andar como en casa estar.*

L.

*En el almoneda
Ten la barba queda.*

Mancebo orgulloso,
Que aunque barbas peinas,
Es tu edad tan corta
Como tu experiencia,
Ni en amor confies
Ni en mujeres creas;
Que su fe es fingida
Y su ley es secta.
Olvidadas quieren,
Queridas desprecian,
Lo bueno aborrecen,
Lo malo desean.
Son julio en calor,
Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza
Y marzo en la vuelta.
Son quien de ellas hace
Amor almoneda;
Con lascivo engaño
A verlas se lleva.

En el almoneda, etc.

Hallarás figuras,
En Damasco hechas,
Quiero decir damas
Que es un asco vellás.
Verás trasformada
En blanca una negra,
Que lo que parece
No darás por ella.
Verás convertidas
En rubias mil trenzas,
Que las martirizan
Porque se conviertan.
Hallarás de dientes
Algunas aceras,
Con vecinos menos,
Que el arte los puebla.
Advertido de esto,
Mira lo que mercas;
Y porque despues
No te tires de ella,

En el almoneda, etc.

Doncella ballarás
Que ya ha sido suegra,
Y con todo aqueso,
Quiere ser doncella.
Casada hay que libra
En si misma letras
Para el mismo día
Que á casar la llevan.
Viudas de Siqueo
Hay que á quien las ruega
Solamente el sí
Tienen de Siqueas.
Hallarás alli
Mil sueltas solteras,
Que si el mal es patria,
Son finas francesas.
Estas y otras cosas
Similes á estas
Verás por el tiempo
Que durare el verlas.
*En el almoneda
Ten la barba queda.*

LI.

*Si en todo lo cago
Soy desgraciada,
¿Qué quereis caga?*

Labré á mi despecho
Una pieza mala,
No pude hacer sala,
Y camara he hecho;
Quedará sin techo,
Y el cuerpo vacío,
Que un servidor mio

Cual banco quebró,
Y me recibí
Peor que una daga.
Si en todo, etc.

Camisas corté,
Y ante todas cosas,
De mil mariposas
Las faldas labré;
Si mal hecho fué,
La aguja lo ha hecho,
Cuyo ojo es estrecho
Para seda floja,
Y dame congoja
Que el lienzo se estraga.

Si en todo, etc.

Presentóme quien
Mis gustos regula,
Con higos de mula,
Pasas de Jaen,
De Lisboa tambien
Cuanto tiene nombre,
Si el asno del hombre
Rompió de una cox
Barros de Estremoz,
Conserva de Braga.

Si en todo, etc.

Sali con trabajo
De mi casa un día,
A hora que corria
Grande aire de abajo;
El aire me trajo
Un papel con porte,
Que á un ciego en la corte
Fué (salvo su honor)
Alcoholador,
Si no fué bznaga.

Si en todo, etc.

Corriendo inquieta,
Un día cai;
Con el ojo di
En parte secreta;
Oli cual mosqueta,
Aunque no tan bien,
Regada de quien
Mis servicios niega,
Y la flor que riega
Mil servicios paga.

Si en todo, etc.

Aire creo que es
Con flaqueza extraña
Quien me ha hecho caña,
Y flauta despues;
Órgano con piés,
Que sin saber dónde,
Organista esconde,
Fuelle y follador;
Del papa al pastor
Es bien satisfaga.

Si en todo lo cago

*Soy desgraciada,
¿Qué quereis caga?*

LII.

*Clavellina se llama la perra;
Quien no lo creyere bájese á otlela.*

No tiene el soto ni el valle
Tan dulce, olorosa flor,
Que todo es aire su olor,
Comparado con su talle;
Alábenla, y cuando calle
Pongan todos lengua en ella.
Clavellina, etc.

Dios se lo perdone á quien
Clavellina la llamó;
Palma la llamara yo
Y los que la han visto bien,
Porque rellena la ven
De dátiles toda ella.
Clavellina, etc.

No hay cosa que así consuele,
Porque si no, se me antoja,
Otros huelen por la boja,
Y este por el ojo huele;
Gusto da mas que dar suele
Otra clavelina bella.
*Clavelina se llama la perra;
Quien no lo creyere bájese á oella.*

LIII.

*¿Qué lleva el señor Esqueva?
Yo os diré lo que lleva (42).*

Lleva este río crecido,
Y llevará cada día,
Las cosas que por la vía
De la cámara han salido,
Y cuanto se ha proveído,
Segun leyes de Digesto,
Por juecés que antes desto
Lo recibieron á prueba.
¿Qué lleva, etc.

Lleva el cristal que le envía
Una dama y otra dama,
Digo el cristal que derrama
La fuente de mediodía,
Y lo que da la otra vía,
Sea pebete ó sea topacio;
Que al fin damas de palacio
Son ángeles de hijos de Eva.
¿Qué lleva, etc.

Lleva lágrimas cansadas
De cansados amadores,
Que de puros servidores,
Son de tres ojos lloradas;
De aquel digo acrecentadas,
Que una nube le da enojo,
Porque no hay nube deste ojo
Que no truene y que no llueva.
¿Qué lleva, etc.

Lleva pescado del mar,
Aunque no muy de provecho,
Que salido del estrecho,
Va á Pisuerga á desovar;
Si antes era calamar
O si antes era salmon,
Se convierte en camaron
Luego que en el río se ceba.
¿Qué lleva, etc.

Lleva, no patos reales
Ni otro pájaro marino,
Sino el noble palomino,
Nacido en nobres pañales;
Colmenas lleva y panales,
Que el río les da posada;
La colmena es vidriada,
Y el panal es cera nueva.
¿Qué lleva, etc.

Lleva, sin tener su orilla
Arbol, ni verde ni fresco,
Fruta que es de todo cuesco,
Y de madura, amarilla;
Hácese della en Castilla
Conserva en cualquiera casa,
Y tanta ciruela pasa,
Que no hay quien sin ella beba.
*¿Qué lleva el señor Esqueva?
Yo os diré lo que lleva.*

(42) Manuscritas corren entre los curiosos con nombre de Quevedo (sean ó no sean) las siguientes décimas contra GÓNGORA, por la letrilla *¿Qué lleva el señor Esqueva?* Nada tienen de ingeniosas, y mucho de lo que censuran en el poeta cordobés. El templar que he copiado me parece muy incorrecto. Enmiende el lector lo que yo no he podido.

Vos, que coplas componéis,
Ved que dicen los poetas
Que siendo para secretas,
Muy públicas las traéis;

LIV.

*Mandadero es el arquero,
Si que era mandadero.*

Vió una monja celebrada
Tras la reja el niño Amor,
Bien que viuda de color,
Y de Amor bien requebrada;
Ser su devoto le agrada,
Y á ella no el recibillo,
Aunque fuera de membrillo,
Tan en carnes por enero.
Mandadero, etc.

Admitiólo en su servicio
La bellissima señora,
Y desde la misma hora
No le perdona el oficio;
A enantos en sacrificio
Le dan el alma le envía;
Préstente horas al día
Y paciencia al mensajero.
Mandadero, etc.

Gólica diz que teneis
Y por la boca purgais;
Ya que satírico estáis,
A todos nos dáis matraça;
Descubierto habeis la cara
Con las carcas que cantáis.

De vos dicen por ahí
Apolo y los de su bando
Que sois poeta nefando,
Pues cantáis cu..... así.

Vuestros obras yo no cante,
Aunque me lo mande Apolo,
Que es voz de rabel tan solo
De un rabadán ignorante.

No hay música donde estén
Vuestros inmundos trabajos;
Que si suenan mal los bajos,
Los triples no suenan bien;
Y cuando todos les den
De las que el mundo levanta,
Que hombre ó mujer que canta,
Si tiene cabeza cuerda,
A coplas y piés de mi...
Hará pasos de garganta.

Que alabe será muy justo
Vuestros versos mi voz sola,
Porque, como son de cola,
Se pegan á cualquier gusto.
Desde el scita al negro adusto,
Y desde el Tajo dorado
Al Nilo tan celebrado,
No hay ingenio tan machucho
Ni crecido mas que mucho,
Si crece de estercolado.

O por gracia ó por antojo,
El nombre de sucio os dan,
Siendo, de puro galán.
Vuestros achaques de ojo;
Haceis versos por antojo,
Que solo los bien nacidos
Celebramos atrevidos,
Que en esta conversaci. n,
Por ser sucios, como son,
No pueden ser admitidos.

Son tan sucias al mirar
Las coplas que dáis por ricas,
Que las dan en las boticas
Para hacernos vomitar;
Un nombre hay ando á buscar
Que os cuadre derechamente,
Y hallo que os llama un valiente
Que de Córdoba os conoce,
Poeta de entre once y doce,
Que es cuando vacía la gente.

Ya mi parecer sin duda
Es que las coplas pasadas,
Segun están de cagadas,
Las hicisteis con ayuda;
Mas vale que tengáis muda
La lengua, y con necesidades
Hejád las vascosidades;
Mirad que sois en tal caso
Albañal donde el Parnaso
Purga sus necesidades.

Acabó tarde el garzon,
Aunque comenzó á las ocho,
Y corló con un bizcocho
La cólera á la oracion.
Reniego de la aficion,
Porque Toledo no es
Para menos que los piés
De un rocin y un cancionero.
Mandadero, etc.

A un galán lleva un recado,
A un fraile lleva un billete,
Una demanda á un bonete,
Una pregunta á un letrado,
Unos celos á un casado,
A un viudo un parabien,
A un pelon lleva un desden,
Un pésame á un majadero.

*Mandadero es el arquero,
Si que era mandadero.*

LV.

*Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía aun no soy (43).*

La aurora ayer me dió cuna,
La noche ataud me dió,
Sin luz muriera si no
Me la prestara la luna,
Pues de vosotras ninguna
Deja de morir así.

Aprended, etc.
Consuelo dulce el clavel
Es á la brevedad mía,
Pues quien me concedió un día,
Dos apenas le dió á él;
Efímeras del vergel,
Yo cárdena, él carmesi.
Aprended, etc.

Flor es el jazmin y bella,
No de las mas vívidoras,
Pues vive pocas mas horas
Que rayos tiene de estrella;
Si el ámbar florece, es ella
La flor que contiene en sí.

Aprended, etc.
El alheli, aunque grosero
En fragancia y en olor,
Mas días ve que otra flor,
Pues ve los de mayo entero;
Morir maravilla quiero,
Y no vivir alheli.

Aprended, etc.
A ninguna flor mayores
Términos concede el sol
Que al sublime girasol,
Matusalen de las flores;
Ojos son aduladores
Cuantas en él hojas ví.

*Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía aun no soy.*

LVI.

*No vayas, Gil, al sotillo;
Que yo sé
Quien novio al sotillo fué,
Que volvió hecho novillo.*

Gil, si es que al sotillo vas,
Mucho en la jornada pierdes;
Verás sus álamas verdes,

(43) No hay redondilla que mas se haya
glosado que esta de:

Aprended, flores, de mí.

Y alcornoque volverás;
Alla en el sotillo oirás
De algún ruiseñor las quejas,
Y en tu casa á las cornejas,
Y ya tal vez al cuclillo.
No vayas, Gil, etc.

Al sotillo floreciente
No vayas, Gil, sin temores,
Pues mientras miras sus flores
Te enraman toda la frente;
Hasta el agua trasparente
Te dirá tu perdición,
Viendo en ella tu armazon,
Que es mas que la de un castillo.
No vayas, Gil, etc.

Mas si vas determinado,
Y allá te piensas holgar,
Procura no mereudar
Desto que llaman venado;
De aquel vino celebrado
De Toro no has de beber
Por no dar en que entender
Al uno y otro corrillo,

*No vayas, Gil, al sotillo;
Que yo sé
Quién novio al sotillo fué,
Que volvió hecho novillo.*

LVII.

*Hágasme tantas mercedes,
Temerario pensamiento,
Que no te fies del viento
Ni penetres las paredes.*

Pensamiento, no presumas
Tanto de tu humilde vuelo,
Que el sugeto pisa el cielo,
Y al suelo bajan las plumas;
Otro baño las espumas
Del Mediterráneo mar
Pudiendo mas bien volar
Que tú agora volar puedes.

Hágasme tantas mercedes, etc.

No penetres lo escondido
De aquel corazon amado
Mientras labras su cuidado
Con las aguas del olvido,
Pues un montero atrevido
Sabes que pagó sus yerros
En las bocas de sus perros
Y en los nudos de sus redes.

*Hágasme tantas mercedes,
Temerario pensamiento,
Que no te fies del viento
Ni penetres las paredes.*

LVIII.

*Cual mas, cual menos,
Toda la lana es pelos.*

Después que de talanquera,
Ciego Amor, los toros veo
Que se corren en tu plaza,
Mansos, aunque tienen cuernos,
Como estoy subido en alto,
Mil cosas miro y contemplo,
Unas que me causan risa
Y otras que me ponen miedo.
No hay lego que no sea fraile
Ni fraile que no sea lego;
Todos son hombres al fin,
Aunque en hábito diverso.

Cual mas, etc.

Desde aquí miro doncellas
Que ya dos veces parieron,
Y en posesion virginal
Se casaron despues desto.
Otras que lo son sin duda,
Pero tal duda no absuelvo,

Porque en allegando al quinto,
No hay quien no sepa del sexto.
Al fin, unas y otras pasan
Por industria ó por enredo,
Unas doncellas selladas,
Y otras que lo son sin sello.
Cual mas, etc.

Desde aquí miro viudas
Que debajo el monjil negro
Es encarnado el color
Del aforro que traen dentro.
Otras muy contemplativas,
Con un gran rosario al cuello,
Cuyas cuentas de perdon
Se pasan contando cuentos;
De unas murmuran la gala,
De otras murmuran lo honesto,
Y para decir verdad,
De mujeres en efecto,
Cual mas, etc.

Tambien he visto doncellas
Sueltas, sin rienda ni freno,
Unas de gestos hermosos
Y otras de gestos bien gestos;
Unas visten tiritaña
Y otras seda y terciopelo;
Unas son de cuatro y ocho,
Otras de cincuenta y ciento.
De aquestos precios, al fin,
Al mas barato me atengo;
Que toda esta mercancia,
Por barata ó de gran precio,
*Cual mas, cual menos,
Toda la lana es pelos.*

LIX.

De aquel buen siglo dorado
Quedó la memoria sola,
Porque, como el mundo es bola,
Todo el mundo anda rodado;
Ya viste seda y brocado
Quien vestía lana y jerga,
Y que el mundo no se pierda
Con semejanta locura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

Que la niña hermosa y bella
Se nos venda por honrada,
Y que la madre taimada
Trate solo de vendella;
Que se nos haga doncella
La que tan libre ha vivido,
Y que al fin halle marido
Que supla la soldadura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

Que el novicio pretendiente,
Letrado del A, B, C,
Le provean porque fué
Pasa aquí del Presidente;
Que en exámen de inocente
Haya salido aprobado,
Y valga mas este grado
Que alguna colegiatura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que el médico laureado
En sus curas salga cierto
Mas por los hombres que ha muerto
Que no por los que ha sanado;
Que de un dolor de costado
Con ventosas y sangrias
Despache un hombre en tres dias,
Y que le paguen la cura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

Que la chocante casada,
Con su escuela de danzantes,
Tenga diversos penantes,
Penados por su penada;
Que tengan unos entrada
Cuando otros tienen salida,
Y que sabiendo esta vida,

Tenga el marido cordura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

Que el marido á su mujer
Halle copete altanero
Sin gastar de su dinero
Lo que vale un alfiler;
Y sentándose á comer
Entre diversos presentes,
Y que habiendo estos pacientes,
Tengan los campos verdura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

LX.

Digamos de lo que siento,
Maldiciente musa, en tanto
Que la viuda flore tanto,
Disimulando un contento,
Que traiga mano de adviento,
Y de pascua la camisa;
Que traiga el alma de risa,
Y se arañe por el muerto,
¡Bien por cierto!

Que quiera doña Justicia
Dejar ricos herederos
Ennoblecendo sus fueros
A la ley de la malicia;
Que trueque por avaricia
La espada por el escudo,
Deje el derecho desiudo
Por casarse con un tuerto,
¡Bien por cierto!

Que saque al rayo del sol
Al que es duro de mollera;
Que le sirva de escalera
Al que le hace caracol;
Que al cerrar del español
Esté al militar ruido,
Para su infamia, dormido,
Y ronque estando despierto,
¡Bien por cierto!

LXI.

Hermosa es y con dinero
Doña Blanca de Borbon.
No la quiere, aunque pelon,
El natural caballero;
A cualquiera forastero
Darla su padre desea.
¡Plega á Dios que orégano sea!

Hermosa mujer teneis,
Sois pobre y de bajo estado,
Don Belianis, empeñado,
Os pide que le mandéis;
Pagárselo no podeis,
Y él en pediros se emplea.
¡Plega á Dios que orégano sea!
Llevais vuestro amigo fiel!

A ver la dama que amais;
Vos una vez le llevais,
Y otra vez os lleva él;
Vos liais mucho dél,
Y él engañaros desea.
¡Plega á Dios que orégano sea!

Tierra dicen que comió
La niña en su opilacion,
Y fué la trasformacion
Después que Adán se formó;
Yo no sé qué fué ó qué no,
Sé que sanó en el aldea.
¡Plega á Dios que orégano sea!

Don Gil con doña Teodora
Casó el año del diluvio;
El es como el oro rubio,
Y ella blanca como aurora,
Y nacen de la señora
Los hijos de taracea.
¡Plega á Dios que orégano sea!

LXII.

*Tenga yo salud,
Qué comer y quietud
Y dineros que gastar,
Y andese la gaita.
Por el lugar.*

No hago yo á nadie el buz
Por ninguna pretension;
Tenga mi bota y jamon,
Aunque me acueste sin luz;
Mis frascos sin arcabuz,
No para quien mal me quiere,
Mas porque si sed tuviere,
La pueda mejor matar.
Y andese, etc.

Viva yo sin conocer,
Y retirado en mi aldea,
A quien la merced rodea
Porque no la sabe hacer;
No vea á nadie comer,
Si no comiere á su lado,
Ni me hable nadie sentado
Si en pié tengo de escuchar,
Y andese, etc.

No me cojan sepan-cuantos
Debajo de sus quimeras;
Tenga mi puerco y esterás
El día de Todos Santos;
Juguemos años por tantos
Tras la cama yo y Pascuala,
Pues no se paga alcabala
De engendrar y hostezar,
Y andese, etc.

El médico y cirujano
Sean para mi gobierno,
Calentador en invierno
Y cantimplora en verano.
Acuésteme yo temprano,
Y levánteme á las diez,
Y á las once el almirez
Toque á la panza á mascar,
*Y andese la gaita
Por el lugar.*

LXIII.

Hay unos hombres de bien
En este nuestro arrabal,
Que de todo dicen mal,
Y dicen bien.

Hay unos adonde moro,
Que á poco que les aticen,
Sobre cualquier cosa dicen
Como pasamanos de oro;
Y aunque pierdan el decoro,
Nunca la memoria pierden
Antes de cuanto se acuerden
Dicen, dén adonde dén,
Y dicen bien.

Dicen que no hay meson ya
Sin campana y oratorio,
Aunque, como es diversorio,
No admiten Virgen allá;
Pero aunque sin Dios está,
No está del todo perdido,
Que representa el marido
El animal de Belen,
Y dicen bien.

Dicen que hay casas de fama
Como ajedrez en valor,
Que cualquier pieza menor
Entrando llega á ser dama;
Entra moza y sale ama,
Y tal, que sin ser Dios cria
Si antes villano tañia,
Allí aprende saltarán,
Y dicen bien.

Dicen que ya las doncellas
Son de casta de pelotas,
Que si están, de saltar, rotas

Se remedian con cosellas;
Y cosida cualquier de ellas,
Como de primero salta,
Y si hubiese alguna falta,
Luego la remedia alguien,
Y dicen bien.

De las casadas cualquiera
Dice, y al fin lo que pasa,
Que astas de carnero en casa
Buscan perdigones fuera;
Y si acaso está en espera
Su mal seguro marido,
Como si fuera al mar-ido,
Ni le encuentran ni le ven,
Y dicen bien.

Que hay beatas me dicen
Entre monjas y casadas,
Que si no santificadas,
Ellas mismas se bendicen,
Y á ninguno contradicen
Que á comprar va á su almoneda,
Antes, si lleva moneda,
Tocará pieza tambien (44),
Y dicen bien.

LXIV.

De unos enigmas que traigo
Bien claras y bien dudosas
Pide la definicion
Un hombre que las ignora.
Ser una dama de corte
De estas que corren agora,
Morena cuando amanece
Y blanca de allí á dos horas,
¿Qué es cosicosa?

Tener una buena vieja
Pobre hacienda y hija hermosa;
Ser Mari-Hernandez ayer
Y de allí á un mes doña Aldonza;
Tener galas y galanes,
Labrar casas, comprar joyas,
Haber parido una vez,
Venderse por virgen otra,
¿Qué es cosicosa?

Tener hermosa mujer
Sin tener hacienda propia
Mas de aquella que en el rostro
Le puso la gran pintora;
Comer los dos sin traello,
Vestir sin que cueste cosa,
Y tener lo mas del año
Bien bastecida la bolsa,
¿Qué es cosicosa?

Partirse á una comision
Un buen hombre, y cuando torna
En su casa hallar enferma
De mal de bazo á su esposa;
Estarle un año sin verla,
Y en una semana sola
Que la trató su marido
Parir y publicar honra,
¿Qué es cosicosa?

Que pretenden dos casarse,
Que es averiguada cosa
Que el uno nació en Vizcaya
Y el otro en Constantinopla;
Que por ser pobre no halle
El vizcaino una novia,
Y halle ciento por ser rico
El sucesor de Mahoma,
¿Qué es cosicosa?

Que se esté en su encerramiento
La doncella virtuosa,
Que en sus manos y en su aguja
Se encierra su hacienda toda;

(44) Algunos códices dicen:
Tocará pieza tambien.

Y que siendo la virtud
La mas estimada joya,
Nadie por mujer la pida
Porque le faltan esotras,
¿Qué es cosicosa?

Que traiga una buena viuda
Negro luto y blancas tocas,
Que en vida de su marido
Fué tan libre como agora;
Que no le temiese vivo,
Y muerto esté tan medrosa,
Que todas las noches dé
Orden de no dormir sola,
¿Qué es cosicosa?

LXV.

Que por quien de mí se olvida
En fuego amoroso pene
No me conviene;
Que los regalos que hago
Me paguen con un desden,
No me está bien.

Que me desnude adquiriendo
Solo el gusto de mi dama,
Cuando ella se está en la cama
A sueño sueito durmiendo;
Que me esté desvaneciendo
Por una desvanecida
Que de mí solo se olvida,
Y con ciento se entretiene,
No me conviene.

Que me tenga cada día
De sus favores ayuno,
Y no se pase ninguno
Que no coma á costa mia;
Y que su madre y su tia
Le dén licencia que pueda
Recibir de mi moneda,
En lo demás no la dén,
No me está bien.

Que pague yo adelantado
Siempre la posada de ella,
Y que cuando voy á ella
Me digan que no hay posada,
Y que la tenga ocupada
Algun mi competidor,
Que de mi vianda y favor
A mi costa se mantiene,
No me conviene.

Que porque no se concluya
Mi deseado favor,
Siendo sin regla mi amor,
Continuo este con la suya;
Que de darme este bien huya,
Y yo la dé y no la goce,
Y á mis ojos otros doce
La gocen y no la dén,
No me está bien.

LXVI.

Que un galan enamorado
Por ver á quien le desvela
Esté puesto en centinela
Una noche entera armado;
Y que esté tan rematado
En su cuidadoso penar,
Que se venga á encatarrar
De tanto estar al sereno,
¡Oh qué bueno!

Pero que su dama quiera
Tratarlo con tal rigor.
Que conociendo su amor,
Quiera permitir que muera,
Y que se muestre tan fiera,
Que por hacerle pesar
Guste de verle penar,
Y aun lo tenga por regalo,
¡Oh qué malo!

Que un marido á su mujer
Aloje tanto la rienda,
Que le deje el día de hacienda
Ir de veinte y un alfiler,
Y que el tal no eche de ver
Lo que crece aquel toldillo.
Que aunque mas roce soplillo
Será de sudar ajeno,
¡Oh qué bueno!

Mas que llegue á tal estado
Su soberbia y vanidad
Que quiera hacer igualdad
Con la de coche y estrado,
Y que el marido informado
Le quiera abajar el punto,
Y ella por buen contrapunto
Le responda con un palo,
¡Oh qué malo!

Que dé un galán á una dama,
Si ella le guarda el decoro,
Algunos escudos de oro
Que mas aviven su llama,
Si está continuo á su cama
Y le lava y le almidona,
Y es en efecto persona
Que no pasa del treinteno,
¡Oh qué bueno!

Pero que á muchos amantes
Les sepa una dama astuta,
Encareciendo su fruta,
Pedir chapines y guantes,
Haciéndolos San Cervantes
No habiendo en Tajo nacido,
Siendo en efecto fingido
Todo su amor y regalo,
¡Oh qué malo!

Que un hidalgo, aunque sea pobre,
Se precie de ser hidalgo,
Queriendo estimarse en algo
Aunque en hacienda no sobre,
Y que por momento cobre
Nuevo crédito entre gentes,
Y que de sus ascendientes
Esté de blasones lleno,
¡Oh qué bueno!

Pero que el que ayer llevaba
De San Andrés la encomienda,
Hoy en pretender entienda
Otra cruz de Calatrava,
Y quiera poner aljaba
En el arco de Cupido,
Queriendo ser preferido,
Siendo otro Sardanapalo,
¡Oh qué malo!

LXVII (45).

*Paloma era mi querida,
Y si que era palomilla.*

Sus alas le dió el Amor,
Y al sol águila con él,
Caudalosamente fiel,
Le registró su esplendor;
Reconcentrando su ardor
En los soles de sus ojos,
¿Qué mucho que por despojos
Rayos su vista despida?

Paloma era, etc.

Desconfiada de sí,
Oponerse no se atreve,
Al tierno pecho la nieve
Al dulce pico el rubí;
Feliz esposo, que allí
Le concede su alcion,
Que en néctar el corazón

Del cebo le sea bebida.

Paloma era, etc.

Cuando se ausentó su esposo
De su nido y de su lecho,
Fue rasgando el blanco pecho
Su pelicano amoroso;
Ella, negada al reposo,
Por su ausencia querellosa,
Solo en lágrimas reposa,
Solo en suspiros anida.

Paloma era, etc.

El dulce arrullo y gorgoeo,
Cuando mas la regalaba,
Cuando su pico le daba,
Echa menos su deseo;
Desta memoria trofeo,
La tiene en su confianza,
Y triunfando en la esperanza,
Lo que es muerte trueca en vida.

Paloma era mi querida,

Y si que era palomilla.

EPIGRAMA III (46).

A una cortesana, haciéndole una promesa
que el autor habia de cumplir.

Que habias de rendirte, Juana,
Dijiste ayer por ayer,
Luego que hoy habia de ser,
Lloy me dices que mañana.

No me lagas ayunar
Tu fiesta, ¡ay mis alegrías!
Caes, Juana, todos los días,
Y quíereste hacer guardar.

IV.

A una cortesana caída.

Cayó Inés; yo no niego
Que los piés le vi á Inés,
Porque con aquellos piés
Hice aquesta copla luego.
En tierra, mi cielo, estás;
Contigo en tierra ¿quién dió?
—¿Quién dió? Inés respondió...
No dice la copla mas.

ROMANCES.

I.

Donde esclarecidamente
Guarnecen antiguas torres
El cristal del Océano,
En que se mira Avamonte,
Dos términos de beldad
Se levantan junto adonde
Los quiso poner Alcides
Con dos columnas al orbe.

El uno es la blanca Nais,
El otro la rubia Clóris,
Cuyas frentes de jazmines
Son amoras de sus soles;
Deidades ambas divinas,
Veneradas en los bosques,
En tantos templos de amor
Cuantos son los cazadores.

Aras son devotas tuyas
Cuantos en barquillos pobres
O las redes ó los remos
En el Océano esconden.

(46) En algunos manuscritos y en algunas (aunque pocas) ediciones de Góngora se leen estos epigramas; van aquí copiados de la de Faria.

Cuanto el campo á los monteros
Y el mar da á los pescadores,
Sacrificio es de su fe,
Y fe de sus corazones.

Arde el monte, arde la playa,
Y en los árboles del monte
Arde algun silvestre dios;
En algun antiguo roble,
¿Qué mucho, si entre las ondas
Que en los escollos se rompen
Ofrece el mar las cenizas
De algunos marinos dioses?

Ellas, en vano seguidas
De suspiros y de voces,
El ciervo hacen ligero
Aljaba de sus arpones;

En cuyo alcance prolijo
Deben á sus piés veloces
(A pesar de los coturnos)
Las selvas diversas flores.

Si al campo el cristal calzado
Viste de varios colores,
El nácar desnudo al mar
Perlas da que le coronen,

Cuando requieren las nasas,
O cuando las velas cogen (47),
Hustrando con dos lunas
Las tinieblas de la noche,

A cuyos rayos lúcentes
Vieras las ondas entonces
Negar las blancas espumas
A sus resacas y golpes,

Por no dejallas vencidas
En aquella playa noble,
A manos de la blanquera
Que hoy la nieve reconoce.

II.

Famosos son en las armas
Los moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos hacen,
El Roldán de Berberia,
El que se ha hecho temer
En Orán del castellano,
En Ceuta del portugués.

Tan dichoso fuera el moro
Cuan dichoso podra ser,
Si le bastara el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un arpon de desden
Le despidió Belerifa,
La hija de Ali-Muley.

Atento á sus demasias
En amar y aborrecer,
Quiso el niño dios vendido
Ser testigo y ser juez.

Miraba el fiero africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel,
Ya rindiendo á su enemiga
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrio,
Los pendones de la fe;

Mirábalo en los ramblares
(Ora á caballo, ora á pié)
Rendir el fiero animal
De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.

Mirábalo el mas galán
De cuantos Africa ve
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,

(45) Está impresa como de Góngora esta letrilla en las *Delicias de Apolo*, por José Alfay. (Zaragoza, por Juan de Ibar, año 1670.)

(47) Otros leen: *los velos*.

Sobre una yegua moreilla,
Tan extrema en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés;
Admirablemente ornada
De un rico y bravo jaez
(Obra al fin en todo digna
De artífice cordobés),

Solicitar los bañones
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,

Miraba á la bella mora
Salteada en su vergel
De un cuidado, que es amor,
Aunque no sabe qué es (48).

Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.

De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Las generosas almenas
Su hermosos parecer.

Admiradas sus cantivas
Del cuidado en que la ven,
Riseña le dijo una
(Y aun maliciosa tambien):

«Así quiera Dios, Señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez.

»Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer)
De un amor recién nacido,
Que volará antes de un mes.»

Sembró de purpúreas rojas
La vergüenza aquella tez,
Que ya fué de blancos lilijs,
Sin sabella responder.

Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red;

Y comenzó Belerifa
A hacer contra Amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

III.

Apoése el caballero
(Vispera era de San Juan)

Al pié de una Peña fria,
Que es madre de perlas ya,
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigado mas
Le sirve en fuente de plata
Desatado su cristal.

Lisonjeado del agua,
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al menos,
Debajo de un arrayan.

Concediaselas, cuando
Vió venir de un colmenar
Muchos siglos de hermosura
En pocos años de edad.

Con un cántaro una niña,
Digo una perla oriental,
Arracada de su aldea,
Si no lo es de la beldad.

Cantando viene contenta,
Y valiente por su mal
(Clavija hecha instrumento),
Este atrevido cantar:

«Al campo te desafia
La colmeneruela;
Ven, Amor, si eres dios, y vuela;
Vuela, Amor, por vida mia;
Que de un cantarillo armada,
En la estacada
Mi libertad te espera cada día.

»Este cántaro que ves
Será contra tu fiera
Morrión en la cabeza,
Y embrazándolo, pavés.
Si ya tu arrogancia es
La que solia.

Al campo te desafia
La colmeneruela;
Ven, Amor, etc.»

Saludóla el cal alfero,
Cuyo sobresalto al pié
Grillos le puso de hielo,
Y yendo á limallos él,

Amor, que hace donaire
Del mas bien templado arnés,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,

Perdona al pavés de barro,
No á la que embraza al pavés,
Escondiéndole un arpon
Dunde las plumas se vén.

Llegó el galán á la niña,
Y en un bello roscier
Convirtió el color morado,
Y saludóla otra vez.

Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortés.

Lo lindo al fin, lo luciente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja afianza,
Que ella escucha sin desden:

«Colmenera de ojos bellos
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel

Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos busca miel?
Dimelo tú, y sépalo él;
Dimelo tú, si no eres cruel.

»Colmeneruela animosa
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.»

Desde el árbol de su madre,
Trincheado Amor allí,
Solicita la venganza
Del montaraz serafín.

Segunda flecha dispara,
Tal, que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las viste de carmesi.

Tomóle el galán la mano,
Cometiéndole á un rubi
Que le prenda el corazon
En su dedo de marfil.

La sortija lo ejecuta,
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:

«Tiempo es, el caballero.
Tiempo es de andar de aquí;
Que tengo la madre brava,
Y el veros será mi fin.»

El, contento, lia su robo
De las ancas de un rocín;
Y ella, amante, ya su fuga
Del caballero gentil.

«Decilde á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
Á otro mejor colmenar;
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.

»Decilde que no se afija,
Y perdone al ilanto tierno,
Pues granjeó galán yerno
Cuando perdió bella hija.
»El rubi de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor
Á otro mejor colmenar.»

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

Celosa estás, la niña,
Celosa estas de aquel
Dichoso, pues lo buscas
Ciego, pues no te ve.

Ingrato pues te enoja
Y conluido, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.

Enjuguén esperanzas
Lo que lloras por él;
Que celos entre aquellos
Que se han querido bien
Hoy son flores azules, etc.

Aurora de ti misma,
Que cuando amanecer
A tu placer empiezas,
Te eclipsa tu placer.

Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que al aurora bien.

Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes
Y querellas despues
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

V.

Servia en Oran al Rey

Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,

Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.

Trescientos Cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;

Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;

Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas (49).

Espuelas de honor le pican
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será tambien,
Sin vos, campo de batalla.
»Vestios y salid apriesa,

(49) De las trompetas y cajas. — Texto de Verges.

(48) Los ejemplares impresos dicen: *quien* es.

Que el general os aguarda;
Yo os hago á vos nincha sobra
Y vos á él mucha falta.
»Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda;
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.»
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,
»Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
»Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en nuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

VI.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde (50),
Aquel español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitan de cien Cenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarhe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte (51).
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llora
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarlo, obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
«Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
»Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
»Yo nací en Gélves el año
Que os perdisteis en los Gélves,
De una berberisca noble
Y de un turco mata-siete.
»En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes
Después que murió mi padre,
Cosario de tres bajeles.
»Junto á mi casa vivía,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses,

(50) Otros leen:

Entre la sangre lo verde.

(51) Otros escriben:

Y tiernas lágrimas vierte.

Y parece que debe ser así, por lo que luego se dice.

»Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas,
Engendradora de sierpes.
»Era tal su hermosura,
Que se hallaran clavetes
Mas ciertos en sus dos labios
Que en los dos floridos meses.
»Cada vez que la miraba
Salía el sol por su frente (1),
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
»Juntos así nos criamos,
Y Amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
»Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las tuyas
Libertades y desdenes.

»Mas, ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde;
»Y apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste;
Mira si es bien que lamente.
»Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme;
Mira si es razon que llora
Tantos males juntamente» (2).

Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.
»¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
»Si eres del Amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por robo (3)
Lo que entendi que era suerte.

(1) Otros leen:

Salía un sol por su frente.

(2) Mucho se contradicen las ediciones y los manuscritos que hemos examinado cuando colocan las coplas de este romance. Yo sigo el texto de Verges, por parecerme mas razonable la leccion que allí se pone. En otras ediciones se hallan las coplas en este orden:

Cada vez que la miraba...

Mas ya la razon sujeta...

Juntos así nos criamos...

Labró el oro en mis entrañas...

Casi en todas las ediciones se pone por conclusion del romance la copla que empieza:

Y apenas vide trocada

La dureza de esta sierpe.

En mi texto se restituye á su lugar verdadero; porque, si antes no dice el moro que es correspondido de la hermosura á quien ciego amaba, ¿cómo le habia de responder el capitan español?

Y no quiero por rescate

Que tu dama me presente

Ni las alforbras mas finas

Ni las granas mas alegres?

(3) En las ediciones que hemos visto, menos la de Verges, se lee equivocadamente:

Que me pedirán por voto;

lo cual nada quiere decir. Por hurto, escribe Gracian,

»Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alforbras mas finas
Ni las granas mas alegres.
»Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.»
Apeose del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado,
La boca á sus pies ofrece.
«Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas con librarme
Que ganaste con prenderme.
»Allá se quede contigo
Y te de victoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.»

VII.

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
(Que envuelto en dulce armonía,
La dulce vida despide),
Despedir mi vida amarga,
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le alige,
Y pendiente de sus ramas,
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo á la tortolilla
Que sobre aquel olmo gime
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellisima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques, cruel verdugo
De mis años infelices!

Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciasle de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen

Que los dos nos parecemos
Al robre, que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser lirne.

En esto solo eres robre,
Y en lo demás flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues cruel
(Después que á mí me persigues)

A los ciervos voladores
Ni á los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que, como á mí, muerte diste.

No porque no gastes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza
A que siquiera me mires.

Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia
De que tus pies no le pisen,
Por el rastro que dejabas
De rosas y de jazmines,
Tanto, que eran á sus campos
Tus dos plantas dos abriles.
Haz tu gusto; que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)

El espíritu cansado
Que mis llacos miembros rige.
Conseguirémos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros rios,
Que de las sierras sublime
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides,
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires.
Bnégote que su crueldad
Y mi firmeza publiquen
Por todo el húmido reino
De la gran madre de Aquiles,
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quién es Daliso
Y quién es la ingrata Nise.

VIII.

Aquel rayo de la guerra,
Allérez mayor del reino,
Tan galán como valiente
Y tan noble como fiero,
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo:
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezuquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libértó
De dos peligrosos cercoos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le convida el Rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una mora el moro
Por quien el Rey anda nueito,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el celoso rey
Yerbas de mortal veneno,
Pues de la yerba tocado,
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar sus celos.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo.
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno,
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlotra negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra,
Que dice: «Estos son mis yerros.»

Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso camaleón.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange,
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta y su derecho.
Destá suerte sale el moro
Con animoso denuedo
En medio de los alcaides
De Arjona y de Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.

Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos.
Como tanto estruendo oyó,
A un balcón salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
«Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaén
No te echará de mi pecho.»
El con el mirar responde:
«Yo me voy y no te dejas;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.»
En esto pasó la calle,
Los ojos atrás volviendo
Cien mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

IX.

Los rayos le cuenta al sol (4)
Con un peine de márfil
La bella Jacinta un día
Que por mi dicha la vi
En la verde orilla
De Guadalquivir.
La mano oscurece al peine;
Mas ¡qué mucho, si el abril
Le vió oscurecer los liliis,
Que blancos suelen salir
En la verde orilla, etc.
Los pájaros la saludan,
Porque piensan, y es así,
Que el sol que sale en oriente
Vuelve otra vez á salir
En la verde orilla, etc.
Por solo un cabello el sol
De sus rayos diera mil,
Solicitando envidioso
El que se quedaba allí,
En la verde orilla
De Guadalquivir.

X.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz
Vendido, que me has vendido,
Y niño mayor de edad,
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,

De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*
Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido capitán.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá,
Cuatro esendos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados,
Que segnis milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guía
Podeis de un ciego sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
Qué esperanza de un rapaz?
Qué galardón de un desdando?
De un tirano ¿qué piedad?
Déjame en paz, etc.
Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí;
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afán.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusión igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acibar,
Principio al fin, bien al mal.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*

XI.

En el caudaloso rio
Donde el muro de mi patria
Se mira la gran corona (5),
Y el antiguo pié se baña,
Desde su barca Alción
Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo
Y las redes por el agua,
Y sin tener mancilla
Mirábalos su amor desde la orilla.
En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes
Hacia el faegó y hacia el agua.
Ambos se van á su centro,
Do su natural los llama,
Desde el corazón los unos,
Las otras desde la barca,
Y sin tener mancilla, etc.
El pescador entre tanto,
Viendo tan cerca la causa,
Y que tan lejos está
De su libertad pasada,
Hacia la orilla se llega,
Adonde con igual causa
Hieren el agua los remos
Y los ojos della el alma,
Y sin tener mancilla, etc.
Y aunque el deseo de verla
Para apresurar le arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazón de otras alas,
Porque la ninfa no huya,
No llega mas que á distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta:

(4) Los rayos le contó al sol. — *Texto de Verges.*(5) Se ciñe la gran corona. — *Texto de Verges.*

*Dejadme triste á solas
Dar viento al viento y olas á las olas.*

Volad al cielo, suspiros,
Y mirad quién os levanta
De un pecho que es tan humilde
A partes que son tan altas.

Y vosotras, redes mías,
Caláos en las ondas claras,
Adonde os visitaré
Con mis lágrimas cansadas (6).

Dejadme triste á solas, etc.
Dejadme vengar de aquella
Que tomó de mi venganza
De mas leales servicios
Que arenas tiene esta playa;

Dejadme, nudosas redes,
Pues quereis, y es cosa clara
Que mas que vosotras nudos
Tengo para llorar causas.
Dejadme triste á solas, etc.

XII.

La mas bella niña

De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola
Y ayer por casar,

Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:

*Dejadme llorar
Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,

En tan tierna edad

Tan corto el placer,

Tan largo el pesar,

Y me cautivastes

De quien hoy se va

Y lleva las llaves

De mi libertad,

Dejadme llorar, etc.

En llorar convirtan

Mis ojos de hoy mas

El sabroso oficio

Del dulce mirar,

Pues que no se pueden

Mejor ocupar,

Yéndose á la guerra

Quien era mi paz.

Dejadme llorar, etc.

No me pongais freno

Ni querais culpar;

Que lo uno es justo,

Lo otro por demás.

Si me quereis bien

No me hagais mal;

Harto peor fué

Morir y callar.

Dejadme llorar, etc.

Dulce madre mia,

¿Quién no llorará,

Aunque tenga el pecho

Como un pedernal,

Y no dará voces

Viendo marchitar

Los mas verdes años

De mi mocedad?

Dejadme llorar, etc.

Vayanse las noches,

Pues ido se han

Los ojos que hacian

Los míos velar;

Vayanse, y no vean

Tanta soledad

Después que en mi lecho

Sobra la mitad.

*Dejadme llorar
Orillas del mar.*

XIII.

Las redes sobre el arena
Y la barquilla ligada

A una roca que las ondas
Convienten la piedra en agua,

El pobre Alcíon se queja

Por ver á la hermosa Glauca,

Fuego de los pescadores

Y gloria de aquella playa.

Buscándola con los ojos,

En altas voces la llama:

«Glauca, dice, ¿dónde estás?

¿Por qué nueva ocasion tardas?

»Haste arrepentido acaso

De haber dado tu palabra

De llegar á mis rediles

Antes que el licero salga?

»Oh perjura, si á mi fe

Y á tu juramento faltas,

Esperen mayor tributo

De mis ojos estas aguas!

»Glauca mia, ¿no respondes,

O gustas de ver mis ansias

Porque á costa de mis daños

De mi fe te satisfagas?

»Si es esto, yo te perdono

Todo el tiempo que dilatas

En mostrar á tu Alcíon

De su bien y mal la causa;

Mas, triste, ¿cuántos agüeros

Y señales de mudanza!

El fiero viento se esfuerza

Y las olas van mas altas,

»Los delfines van nadando

Por lo mas alto del agua,

Tormenta amenaza el mar,

Sin duda se muda Glauca.»

Venia la niña bella

Por la ribera descalza,

Dando cuerda á los anzuelos

Y requiriendo las nasas.

El rubio cabello al viento

De tal suerte, que quedaban

Mas que en sus anzuelos peces,

Entre sus cabellos almas,

Viendo con cuánta pasión,

Mas que nunca alforaradas,

Competían en blancura

Las espumas con sus plantas;

Mas la hermosa pescadora,

Que estas voces escuchaba,

No pudo sufrirlas mas,

Y fué burla harto pesada;

Y viendo que el pescador

Con atención la miraba,

De peces privando el mar,

Y al que la mira del alma,

Llena de risa, responde:

«Mi Alcíon, no baya mas, hasta;

Perdona el haber tardado,

Pues ganas con mi tardanza.»

Corriendo por la ribera,

Colérica, acelerada,

A su albergue se volvió,

Y el pescador á su barca.

XIV.

A Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,

Que la guerra entre unos robles

Lo dejó por escondido

O lo perdonó por pobre (7),

Do la paz viste pellico

Y conduce entre pastores

Ovejas del monte al llano

Y esbras del llano al monte,

Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha,
Le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.

Del palafren se derribo,
No porque al moro conoce (8),
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por dónde,
Una-piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pederal,
Ya despiden el primer golpe
Centellas de agua, ¡oh piedad,
Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;

Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua

Que iba penetrando el bosque.
Enfrénale de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven

Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad al pio ruego
Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.

A su cabaña los guia,
Que el sol deja su horizonte
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.

Las manos pues, cuyos dedos
Destá vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,

Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.

Corona un lascivo enjambré
De cupdillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.

¿Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrulllos gemidores!

(6) Con mil lágrimas, dice el texto de Verges.

(7) Y lo perdono por pobre. — Texto de Hoces.

(8) Así Verges; Hoces lee *mozo*.

¡Qué bien la destierra Amor,
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.

El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosa del orbe.

Todo sirve á los amantes,
Plumas les batén veloces,
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.

Los troneos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.

No hay verdé fresco sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle *Angélica* suena,
Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus errores.

Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes éstos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

XV.

Clóris el mas bello grano,
Si no el mas dulce rubí,
De la Granada á quien lame
Sus cáscaras el Genil,

Enjaulando unos claveles,
Estaba en el Jaragüí,
Purpúreas aves con hojas,
Muda pompa del abril,

Bien que muda su fragancia
Era un canoro ámbar gris,
Que ella no oye por ser roma,
Sorda digo de nariz.

De cañas labra sutiles
Prision tan cerrada al fin,
Que el aire dudaba entrar,
Porque dudaba salir.

Entre estos nudos abeja,
Que haciendo puntas mil,
Tratar quiso como á flor
Un ruiseñor carmesí,

Pagará su golosina,
El cerrar la clave, si
En el quinto no pecara
Mandamiento de marfil.

Un dedo picó, el menor,
De la arquitecta gentil,
Juzgándolo quinta hoja
De una blanca flor de lis.

Cuánto lo siente la moza
Otro lo diga por mí,
Que de casos criminales
Soy coronista civil.

Lloró aljófar, lloró perlas,
Pienso yo que un celemin,
Y aun este *pienso* no es mío;

Puntualmente fué así.

Discursos ha hecho el ocio,
Y aun se ha dejado decir
Que el abejuela era breve
Y el ceguezuelo ruin.

Mal venerado el Amor
Deste romo seralín,
Sus armas envainó todas
En el aguijón sutil.

Ganando pues cielo á dedos
El rapaz con este ardid,
Perdió Clóris tierra á palmos
Entre uno y otro alheli.

Solicítábala entonces
El señor don Belianis,
Mostachos hasta los tuíos,
Con rumbos de Paladín.

Tenia de mal francés
Lo que de obispo Turpin,
Y en español la dejó
Trompa hecha de París.

Dió pares luego uno á Francia,
Que estaba lejos de allí,
Si no al Darro, al Dauro digo,
Y aun güele mal en latín.

Glorioso Cupidillo,
En las ramas de un jazmin
Colgando sus agrídulces
Instrumentos de herir,

A enjaular flores convida
Las damas del Zacatín
En cañas cuantas refinan
Los trapiches de Motril.

XVI.

Cuatro ó seis desnudos hombros
De dos escollos ó tres
Lluritan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.

Cuanto lo sienten las ondas
Batido lo dice el pié,
Que pólvora de las piedras,
La agua repetida es.

Modestamente sublime
Ciñe la cumbre un laurel,
Coronando de esperanzas
Al piloto que lo ve.

Verdes rayos de una palma,
Si no luciente, cortés,
Norte frondoso conducen
El derrotado bajel.

Este ameno sitio breve;
De cabra apenas montés
Profanado, escaló un día
Mal agradecida fe,

Jóven digo, ya esplendor
Del palacio de su rey;
El hueco anima de un tronco
Nueve meses habrá ó diez.

A quien, si lecho no blando,
Sueño le debe fiel.
Brame el austro, y de las rocas
Haga lo que del ciprés.

Arrastrando allí eslabones
De su dorado desden,
Yerbás cultiva no ingratas
En apacible vergel.

¡Oh cuán bien la solicita
Sudor fácil, y cuán bien
Emulas responden ellas
Del mas valiente pincel!

Confusas entre los lilios
Las rosas se dejan ver,
Bosquejando lo admirable
De su hermosura cruel.

Tan dulce, tan natural,
Que abejuela alguna vez
Se caló á besar sus labios
En las hojas de clavel (9).

(9) Otros leen: *de un clavel*.

Sierpe de cristal vestida,
Escamas de rosicler,
Se escondía ya en las flores
De la imaginada tez,
Cuando velera paloma,
Alado si no bajel,
Nubes rompiendo de espuma,
En derrota suya un mes,
Le trajo, si no de oliva,
En las hojas de un papel,
Señas de serenidad,
Si al arco de Amor se cree.

XVII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aguilon africano
Las engendró á todas tres.

Y segun los vientos pisa
Un bergantín ginovés,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los piés.

Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba
En conserva del Virey,

Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.

Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato,
Renegado calabrés.

El Tagarote africano,
Que la español garza ve,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.

Peinándole va las plumas;
Mas el viento burla dél,
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.

Yasurcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un duque agora,
Título ya del Marqués.

De sus torreslos descubren,
Y en distinguiendo después
La cruz en el tafetan,
La luna en el alquicel,

Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos ó diez
Envuelven de negro humo
Al cosario su interés.

Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantín destrozado
Desde la quilla al garcés.

El leonés, agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado,
Dice, si no de laurel:

« ¡Oh puerto, templo del mar,
Cuya húmida pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios dén,

Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa y desden,
Yugo fuerte y real espada,
Que reprime y que da ley,

Defensa os debo y abrigo;
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas también.

Con tus altos muros viva
Tu inclito dueño, á quien,
Como á ti el Mediterráneo,
La envidia le bese el pié.

Immortal sea su memoria
En la gracia de su rey,
Por galardón proseguida,

Si comenzó por merced ;
Que servicios tan honrados,
Y de Acates tan fiel,
Inmortalidad merecen,
Si no de vida, de fe.

XVIII.

Al campo salió el estío
Un serafín labrador,
Que el sol en su mayor fuerza
No puede ofender al sol,
Bien que de su blanca frente
Ventecillo adulador,
Si aljófares suda el nácar,
Aljófares le enjugó.

A dorar pues con su luz
Tantas espigas salió,
Cuantas al pié se le inclinan
Sin esperar á la hoz;

Que no puede una beldad,
Si la tierra dos á dos
Emulos lilios aborta
Del pié que los engendró;
Porque no pise rastrojos
La alba de Villa Mayor,
Sol de Uclés, y de Cupido
El mas luciente arpon.

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar
Mas almas con el mirar
Que tú con la hoz espigas.

SEGADOR.

Si lo mejor ya te di
Que en tus altares humea,
Vuelva hoy, Amor, á la aldea
Tan libre como sali.

AMOR.

¿Tienes alma?

SEGADOR.

Creo que sí.

AMOR.

Pues ¿qué aguardas, segador,
Si yo, con ser el Amor,
Sus armas temo enemigas?

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar
Mas almas con el mirar
Que tú con la hoz espigas.

XIX.

A doña Elvira de Córdoba, hermana
del señor Zuheros.

Cuantos silbos, cuantas voces
La Nava oyó de Zuheros,
Sentidas bien de sus valles,
Guardadas mal de sus ecos,
Vaqueros las dan buscando (10)
La hermosa por lo menos,
Cerrera luciente hija
Del toro que pisa el cielo.

¿Qué buscades, los vaqueros?
Una hay novilleja, una,
Que hiere con media luna
Y mala con dos luceros.

No contiene el bosque gruta,
Ni tronco ha roído el tiempo
Que no penetre el cuidado,
Que no escudriñe el deseo.

(10) Otros leen :

Vaqueros la van buscando.

La diligencia, calzada
En vez de abarcas el viento,
Los montes huella y las nubes,
Turbantes de sus cabezos.

¿Qué buscades, etc.

Aserrar quisiera escollos
La juventud, inliriendo
Que peñascos viste duros
Quien se niega á silbos tiernos.

Tan sorda piedad acusa
Si rumiando no beleños,
La alcanzaron tantas veces
En la región del silencio.

¿Qué buscades, los vaqueros?
Una hay novilleja, una,
Que hiere con media luna
Y mala con dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.
La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! queditico, quedo.

Un no sé qué celestial,
Que tiene de obscuro y claro,
Para zaliro muy raro,
Muy azul para cristal,
La niega con llave tal,
Que cierra el paso al denuedo.

Pediros, etc.

Deidad previno celosa
Este diáfano muro,
Donde el pié vague seguro
De la novilla hermosa.
Desmintiendo aquí reposa
Tanta prevención ó miedo.

Pediros, etc.

Dulce la mira la aurora
Entre purpúrcos albores
Pacer la que trenzó flores,
Beber las perlas que llora.
Los cuernos del sol la dora
Que corona el mayo ledo.

Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.
La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! queditico, quedo.

XX.

Contando estaban sus rayos
Aun las mas breves estrellas
En el cristal que guarnecen
Los claros muros de Huelva,

Cuando á las serenidades
Cometieron dulce ofensa,
De la playa y de la noche,
Poco leño y muchas quejas.

¡Ay cómo gime!

Mas ¡ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarín que rompe el albor
No suena mejor.

Quejas de un pescadorcillo,
Honor de aquella ribera,
Que una roca solícita,
Sorda tanto como bella.

Con un remo y otro creo
(Ondas terminando y tierra)

Que su fe escribe en la agua,
Que su fe escribe en la arena.

¡Ay cómo gime!
Mas ¡ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarín que rompe el albor
No suena mejor.

Lisonja del Océano
Fué, y de la noche también,
Cuanta celebra beldad
Y cuanto acusa desden.

Del llanto pues numeroso
Lo que pudo recoger,
A pesar de las tinieblas,
Eco piadosa, esto fué :

Viva mi fe.
Viviré como desdichado;
Viviré,
Moriré.

Dulce escollo, que aun agora
Raya el sol que no se ve,
Viva mi fe.

Si eres alabastro el pecho,
Cuando no cristal el pié,
Viviré como desdichado.

¿Qué roca de ti no sabe
Aun mas de lo que yo sé?
Viva mi fe.

Pues tu nombre en tu dureza
Con tu dureza grabé,
Viviré como desdichado.

Desátanme ya tus rayos;
Que yo los perdonaré.
Viva mi fe.

Sepulcro el mar á su abuelo,
Si no á Licidas, le dé (11).
Viviré como desdichado.

Salió Clóris de su albergue,
Dorando el mar con su luz,
Por señas que á tanto oro
Holgó el mar de ser azul.

Cañamo anudado, engaña
El ejercicio común,
Esto fiando del viento,
Y él lo escuchó con quietud :

«Pues nacistes en el mar,
Nadad, Amor, ó creed
Que os ha de pescar la red
Que veis agora anudar.

Par, par, par;
Que vueta y sabe nadar.

«Ciego nieto de la espuma,
Par, par, par;
Monstruo con escama y pluma,
Par, par, par;

Nadad, pez, y volad, pato,
Par, par, par;
Que en estas redes que trato
El pato habeis de pagar.

«Pues nacistes en el mar,
Nadad, Amor, ó creed
Que os ha de pescar la red
Que veis agora anudar.

Par, par, par;
Que vueta y sabe nadar.»

XXI.

Cuando estuvo en Cuenca don Luis.

En los pinares de Jucar
Vi hailar unas serranas
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas.

No es blanco coro de ninfas
De las que aposenta el agua
O las que venera el bosque,
Seguidoras de Diana.

(11) Otros leen : sino allicidas, y otros :
Si no allí, si das, le dé.

Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pié besan dos ríos
Por besar dellas las plantas.
Alegres coros tejían,
Dándose las manos blancas
De amistad, quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
*¡Qué bien bailan las serranas,
Qué bien bailan!*

El cabello en crespos nudos
Luz da al sol, oro al Arabia,
Cuál de flores impedido,
Cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.

El pié (cuando lo permite
La brújula de la falda) (12)
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y nácar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la columna
Sobre la pequeña basa,
*¡Qué bien bailan las serranas!
Qué bien bailan!*

Una entre los blancos dedos
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas lo envidiaran,
Las aves enmudeció,
Y enfrenó el curso del agua;
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta:

Serranas de Cuenca

*Itan al pinar,
Unas por pinones,
Otras por bailar.*

Bailando y partiendo
Las serranas bellas
Un piñon con otro,
Si ya no es con perlas,
De Amor las saetas
Huelgan de trocar,
*Unas por pinones,
Otras por bailar.*

Entre rama y rama
Cuando el ciego dios
Pide al sol los ojos
Por verlas mejor,
Los ojos del sol
Las vereis pisar,
*Unas por pinones,
Otras por bailar.*

XXII.

En el baile del egido
(Nunca Menga fuera al baile)
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde (15).

Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro días antes
El Piramo de su aldea,
El sobrino del alcalde.

Los corales no tenían
Los extremos que ella hace,
Y porque de cristal fuesen,
Lloró Menguilla cristales.

*¡Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales?*

Veinte los buscan perdidos;
Y no es mucho en casos tales
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.

(12) Otros leen *bruñela*.

(15) Otros leen: *un día santo*.

En el egido los buscan;
Que yendo Menga á lavarse,
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces,
Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Blancas espumas que orlan (14)
El verde y florido márgen;
Que la nieve es sombra oscura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Columna de leche y sangre,
¡Quién oyó, zagales, etc.

Ya el cura se prevenia
De los antojos, que saben
En rubricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
Cuando albricias pidió á voces
Bartolito con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.

Los ojos fueron de antojos,
Los que descubrieron antes,
En la juncia los claveles,
En la arena los granates.

Y viendo purpurear
Las rojas prendas del ángel,
Al son dijo del salterio
Que tañía Gil Perales (15):
*¡Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales?*

XXIII.

Frescos airecillos,
Que á la primavera
Destejeis guirnalda
Y esparceis violetas,
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas,
Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Alamos os daban
Froncosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde á las ninfas
Y á las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas

Mil veces llamastes,
Y vinieron ellas
A ocupar del río
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego,
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras,
Sueño les trujistes
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza;
Agora pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen las cumbres
De confusas nieblas,
Y que el aquilon
Con dura inclemencia

(14) *Las blancas espumas que orlan*, dicen todas las ediciones.

(15) Otros leen: *que tenía*.

Desnude las plantas
Y vista la tierra

De las secas hojas
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba,
Y antes que las nieves
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.

Vereis de camino
Una niña bella,
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena;

Montaraz, gallarda,
Temida en la sierra
Mas por su mirar
Que por sus saetas.

Agora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte,
Siguiendo las fieras,

Agora en el llano
Con planta ligera
Fatigando el corzo,
Que herido vuela,

Agora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;

Cuando ya cansada
De la caza vuelva
A dejar al río
El sudor en perlas,
Y al pié se recueste
De la dura Peña,
De quien ella toma
Lección de dureza,
Llegaos á orealla,
Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros
Que han corrido á ella (16);

Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decidle, airecillos:
«Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
»Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda,
Con la muerte al lado
Y en manos de ausencia;
»Suplicate humilde,

Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
»En premio glorioso
En su amor merezca,
Ya que no suspiros,
A lo menos letra
»Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura Peña;
»Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna.
»Adonde le digas:
—Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra
Y arrastrar cadenas.—»

(16) Las ediciones que hemos visto escriben equivocadamente:

Y ha corrido á ella.

XXIV.

¡Oh cuán bien que acusa Alcino,
Orfeo de Guadiana,
Unos bienes sin firmeza
Y unos males sin mudanza!
Pulsa las templadas cuerdas
De la cítara dorada,
Y al son desata los montes
Y al son enfrena las aguas.
¡Oh cuán bien canta su vida,
Cuán bien llora su esperanza!
Y el monte y el agua escuchan
Lo que llora y lo que canta.
*La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mí y el mal se alarga.*
El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca,
Y la sombra no la halla.
El mal la robusta encina;
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es ciervo herido,
Que las flechas le dan alas,
La esperanza el animal
Que en sus piés mueve su casa.
*La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mí y el mal se alarga.*

XXV.

Castillo de San Cervantes,
Tú, que estás junto á Toledo,
Fundóte el rey don Alonso
Sobre las aguas de Tejo.
Robusto, si no galán,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes mas parientes
Que un hijo de un racionero.
Lampião debes de ser,
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo
Dicen que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy bombre
Con dos morillos bonderos.
Tiempo fué, papeles hablen,
Que te respetaba el reino
Por juez de apelaciones
De mil católicos miedos.
Ya menospreciado ocupas
La esperanza de ese cerro,
Mohoso como en diciembre
El lanzon del vinadero.
Las que ya fueron corona
Son alcandara de cuervos,
Almenas que, como dientes,
Dicen la edad de los viejos.
Cuando mas mal de ti diga,
Dejar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia al menos.
Tú, que á la ciudad mil veces,
Sin ser Espíritu Santo (17)
Hablaste en lenguas de fuego,
En las orillas agora (18)
Del sagrado Tajo viendo
Debajo de los membrillos
Engerirse tantos miembros,
Lo callas á los maridos,
Que es mucho á fe, por aquello
Que tienes de San Cervantes,
Y que ellos tienen de ciervos.

(17) Algunos textos dicen:
Sin ser nave tronadora.

(18) Otros leen:
En las ruinas agora.

Entre todas las mujeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, Castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos docenas de versos.
Cuando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo,
Si alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año
Y dulcísimo alimento:
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,
Ofrécele tus ruinas
A su altilive por ejemplo;
Háblale mudo mil cosas:
Que bien sabrás, pues sabemos
Que á palabras de edificios
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos;
Que es verdugo de murallas
Y de bellezas el tiempo;
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos,
Pues no la han lisonjeado,
Cuando la murmuran luego.
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,
Ni le perdone los suyos
A la ocasion, que es gran yerro.
Que no se duerma entre flores;
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entonces la pobre
Los ojos, ya no tan bellos,
Para bailar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
¡Oh, qué diría de ti,
Si tú le dijese esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi musa te antepondrá
A San Angel y á San Telmo,
Aunque no quisiese Roma,
Y Malta quisiese menos;
Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos,
A tulladuras de grajos
Te defenderás mas presto.

XXVI.

En tanto que mis vacas,
Sin oillos condenan
En frutos los madroños
Desta fragosa sierra,
Quiero cantar llorando
A sombras de esta Peña,
De áspera, invencible,
Segunda Galatea;
Que pues osó fiarle
En intrincadas trepas
Sus verdes corazones
Esta amorosa hiedra,
Fíarle podré yo
Lagrimosas endechas;
Mas ¡ay triste, que es sorda
Segunda Galatea!
*Mal haya quien emplea
Su fe en la que con arco y con aljaba
Parece niño Amor, y es fiera brava!*

Divina cazadora,
Que de seguir las liebras,
Has dado en imitallas,
Y para mí excedellas,

De esa tu media luna
Junta las empulgueras,
Y al desden satisfaga;
La mas volante flecha;
Que saldra á recibilla,
Por jubilar sus penas,
En el pecho que huyes,
El alma que desdeñas.
No pudo decir mas,
Porque entre la maleza
Un jabali espumoso
Le saltó sus quejas.
Lebreles le forzaron
A tomar la defensa
Y á despreciar venablos
Y perros que le aquejan.
El vaquero, admirado
De que rompiendo telas,
Huya, «¡Oh fiera, le dice,
Segunda Galatea!
»*Mal haya quien emplea
Su fe en la que con arco y con aljaba
Parece niño Amor, y es fiera brava!*

XXVII.

Sobre unas altas rocas,
Ejemplo de firmeza,
Que encuentra noche y día
El mar, estando quedas,
Aquel pescadorecillo,
A quien su niñfa bella
Dejó el año pasado
La red sobre el arena,
¡Oh, cómo se lamenta!
De una parte las aguas,
De otra parte las sierras (19),
Y de entrambas el viento
Le escuchan y se enfrenan;
Que á todas ellas hacen
Igual sabrosa fuerza (20),
Lo dulce de la voz.
La razon de las quejas.
¡Oh, cómo se lamenta!
«¡Hasta cuándo, enemiga,
Competiré en dureza
Tu duro corazon
Con las mas duras piedras?
»*¡Hasta cuándo harás
Al son de mis querellas
Lo que al latido hace
De los canes la cierva?*
¡Oh, cómo se lamenta!
«¡Hoy hace un año, ingrata;
Que huyendo ligera,
No te conoce el suelo,
Y atrás el aire dejas;
»*Hoy hace un año, ingrata,
Que el mar, como por pena
De que tú no las pises,
Azota estas riberas.*
¡Oh, cómo se lamenta!
«Tú vuelvo en todo el mundo,
Por olas ó por tierra,
Lo mas ligero alcanza,
Lo mas libre sujeta.
»*Si aquesta se te escapa,
Dime, ¿qué te aprovechan
Los filos de tus alas,
Las puntas de tus flechas?*
¡Oh, cómo se lamenta!

XXVIII.

Los montes que el pié se lavan
En los cristales del Tejo,

(19) Así algunos códices. En los impresos se lee *fieras*.

(20) Sigo el texto de Verges, como mas exacto. Las demás ediciones dicen disparatadamente:

Igual sombra la fuerza.

Cuando las frentes se miran
En los zafiros del cielo,
Tiranizados tenia
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo y ruina
De venablos y de perros.
Buscándolo errante un día,
Perdido, un galán montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adónis de Vénus,
Escalando la montaña
Y penetrando sus senos
Lo dejó la blanca luna
Y lo halló el luciente Febo.
*¡Oh, perdido primero
Tras un jabalí fiero,
No te pierdas agora
Tras esa que te huye cazadora!*
La luz le ofreció una ninfa,
Que en duda pone á los cerros
A cuál se deben sus rayos,
Al sol ó sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,
Contra los hombres los dos,
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordón atraillado
Un diligente sabueso,
El viento solicitaba,
Y desafiaba el viento.
Apenas vió el jóven cuando
Las cumbres vence huyendo,
El la sigue, ambos calzados,
Ella plumas y él deseos.
¡Oh, perdido, etc.
Flores le valió la fuga
Al fragoso verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pié ligero.
A las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo,
Ellas, si, al coturno de oro
Engastes del cristal tierno.
«Oh cobarde hermosura!
Dice el garzen sin aliento,
No huyas de un hombre mas
Que sabes huir del tiempo.»
Volviendo los ojos ella
Por flecharle mas el pecho,
De que le alcance aun la voz
Acusa al aire con ceño.
*¡Oh, perdido primero
Tras un jabalí fiero,
No te pierdas agora
Tras esa que te huye cazadora!*

XXIX.

Las aguas de Carrion,
Que á los muros de Palencia,
O son grillos de cristal
O espejo de sus almenas,
Un pescador extranjero
En un barquillo acrecienta,
Llorando su libertad,
Mal perdida en sus riberas.
*¡Oh qué bien llora!
Oh cómo se lamenta!*
Vió la ninfa mas hermosa
Que dió al aire rubias trenzas
En el coro de Diana,
Que bajaba de las selvas
Tras un corcillo herido,
Que de bien flechado vuela,
Porque en la fuga son alas
Las que en la muerte son flechas.
¡Oh qué bien llora! etc.
Las redes al sol tendia
Sobre la caliente arena,
Cuando se vió saltado
De la cazadora bella.
Mas acrecientan sus ojos

Que trae su aljaba saetas,
Y tanto mas ponzoñosas
Cuanto es mas desden que yerba.
¡Oh qué bien llora! etc.
«Oh hiera para los hombres,
Perseguidora de fieras!
Decia al son de los remos,
Que gimen cuando él se queja.
«De ti murmuran las aguas
Por disimular mis quejas,
Que no alcanzas lo que sigue,
Y matas lo que te espera.»
*¡Oh qué bien llora!
Oh cómo se lamenta!*

XXX.

Esperando están la rosa
Cuántas contiene un vergel
Flores hijas del aurora,
Bellas cuanto puede ser.
Ella, aunque con majestad,
No debajo de dosel,
Sino sobre alfombras verdes,
Púrpura se dejó ver.
Como reina de las flores
Guarda la cñe fiel,
Si son archas las espigas
Que en torno della se ven.
Al aparecer la hicieron
Una inclinacion cortés,
Y con muy buen aire todas,
Que mal pudieran sin él,
No la hicieron reverencia,
Aunque todas tienen piés,
Porque su inmovilidad
Su mayor disculpa fué.
El vulgo de esotras yerbas,
Sirviéndoles esta vez
De verdes lenguas sus hojas (21),
La saludaron tambien.
Quién pretende la privanza
De tan gran señora, y quién,
Admirando su hieldad,
No osa descubrir su fe;
Que el Cupido de las flores
Es la abeja, y si lo es,
Sus flechas abreva á todas
En el aguijon cruel.
Ella pues las solicita,
Y las despoja despues;
Por señas, que sus despojos
Son dulces como la miel.
Los colores de la reina
Vistió galan el clavel,
Príncipe que es de la sangre,
Ya un aspirante á ser rey.
En viéndola dijo: «¡Ay,
Un jacinto.» Y al papel
Lo encomendó de sus hojas,
Porque se puede leer.
Ambar espira el vestido
Del blanco jazmin de aquel
Cuya castidad lasciva
Vénus hipócrita es.
La fuente deja el Narciso,
Que no es poco para él,
Y ya no se mira á sí,
Admirando lo que ve.
¡Oh qué celoso está el lilio!
Un mal cortesano que
Calza siempre borceguí,
Debe de ser portugués.
Mosquetas y clavellinas
Sus damas son; ¿qué mas quies,
Oh tú, que pides lugar,
Que bel mirar y oler bien? (22).

(21) Otros leen *ojos*.

(22) En vez de

que bel mirar y oler bien,
leen otros:

Que ver, mirar y oler bien.

Las azucenas la sirven
De duenas de honor, y á fe
Que sus diez varas de holandá
Las envidian mas de diez.
Meninas son las violetas,
Y muy bien lo pueden ser
Las primicias de las flores,
Que antes huelen que se ven.
Deste real paraíso
Verde jaula es un laurel
De tres dulces ruiseñores
Que cantan á dos y á tres.
Guarda-damas es un triste
Fruncidisimo ciprés,
Efecto al fin de su fruta
Para lo que yo me sé.
Bufones son los estanques,
Y en qué lo son lo diré:
En lo frio lo primero,
Que se me ha de conceder;
En el murmurar continuo
Y en el reirse tambien,
Aunque hacen poco ruido,
Con ser hombres de placer.
En el pedir, y no agua,
Que no es de agua su interés,
Ni piden lo que no beben,
Por siempre jamás, amen.
Este de la primavera
El verde palacio es,
Que cada año se erige
Para poco mas de un mes.
Las flores á las personas
Ciertos ejemplos les den;
Que puede ser yermo hoy
El que fué jardín ayer.

XXXI.

Loa de una comedia que se representó de-
lante del obispo de Córdoba, don fray
Diego de Mardones, por sus criados. Di-
jola un deudo suyo.

No vengo á pedir silencio,
Que la cómica española
No calza los zuecos que
La antigüedad rigurosa.
A solicitar, si, vengo
Una de las muchas trompas
Del monstruo que todo es pluma
Del ave que es ojos toda.
De la fama, que sin duda
Muda á su pesar agora,
Ha concurrido á este acto,
O miembros vestida ó sombras;
Mas no creo será bien
Que tanta prudencia rompa
Tan vocinglero instrumento;
Mienta pues ajenas formas,
Y á mi plectro agradecido
De citara numerosa,
Musa hoy culta me dicte
Cuanto el Boristenes oya.
En vez de prólogo quiero,
Pues lo llama España loa,
Ofender suavemente
Las orejas siempre sordas
De tu prudencia al encanto
De la mágica lisonja,
¡Oh modelo de prelados,
Cuando no primera copia!
De tu patriarca santo,
Luciente de España gloria,
Sufrir tus prerogativas
Un breve rato, ó perdona
O excusa al que parte indigna
Es de tu casa Mardona,
Que en antiguo valle ilustra
Las montañas generosas.
Permite que por mi lira
El mundo todo conozca
Tu calificada cuna,

Tu educación virana
Y en tu adolescencia
Tu siempre afeto,
Al hábito que honra;
De que Barbastudio,
Tu perseverar,
Decorado con grave
Honor del plectro;
Y de la cátedra jemplar,
Tu penitencia preciosa
Tu humilde que
De los lucas coloca;
Aun la ojal fin se le debe
Mas, ¿á la antorcha,
El candor de mal
Y puede el monte corona,
Ciudad venció del Duque
Londor, tus religiosas
Tu euciente homenaje
Canro de tu persona;
De tus piés contrita su alma,
Como herida corza,
Dictamo solicita
Tres veniales hojas.
Con envidia luego santa
Ilipo á tus piés se postra,
Y en cada rodilla suya
No menos que un orbe dobla.
De su conciencia clavero
Tres años, las dos heroicas
Le introdujiste virtudes,
Justicia y misericordia.
De méritos, ya de edad
Cargado, y de las que coronan
Ann las espaldas de Atlante,
Comisiones onerosas,
Córdoba te mereció
Cuando pudiera bien Roma
Impedir tus venerables
Siens con sus tres coronas.
Aquí pues de tu piedad
Señas has dado no pocas;
Léase en Búrgos aquel
Capítulo de tu historia;
En el insigne convento
Digo de san Pablo, pompa
De la provincia por ti,
Si admiración no de Europa.
Las piedras de tu palacio
Lenguas sean de tus sombras;
Que lenguas de piedra es bien
Que eternicen tu memoria.
Destá santa iglesia hable
La fábrica caudalosa,
Que agradecida, ser quiere
De sus reliquias custodia.
Diganlo, si no, las mudas,
Las cotidianas ondas
Del profundo, del inmenso
Océano de limosnas
Que inunda la ciudad; antes
Que en él pierda ya la sombra,
Me vuelvo á la que me espera
Compañía, aunque bisoña.
Que por tener las vacantes
De los estudios no ociosas
Le ha hecho al tiempo un engaño,
A que yo os convido agora.

XXXII.

A la ciudad de Granada.

Ilustre ciudad famosa,
Infel un tiempo, madre
De Cegries y Gomcles,
De Muzas y Reduanes,
A quien dos famosos rios
Con sus húmidos caudales,
El uno baña los muros
Y el otro purga las calles;

Ciudad, á pesar del tiempo,
Tan populosa y tan grande,
Que de tus ruinas solas
Se honraran otras ciudades;
De mi patria me trujiste,
Y no á darme memoriales
De mi pleito á tus oidores,
De mi culpa á tus alcaldes,
Sino á ver de tus murallas
Los soberbios homenajes,
Tan altos, que casi quieren
Hurtalle el oficio á Atlante;
Y á ver de tu fuerte Alhambra
Los edificios reales.
En dos cuartos divididos
De leones y comares;
Do están las salas manchadas
De la mal vertida sangre
De los no menos valientes
Que gallardos Bencerrajes;
Y las cuadras espaciosas
Do las damas y galanes
Ocupaban á sus reyes
Con sus zambras y sus bailes;
Y á ver sus hermosas fuentes
Y sus profundos estanques,
Que los veranos son leche
Y los inviernos cristales;
Y su cuarto de las fntas,
Fresco, vistoso y notable,
Injuria de los pinceles
De Apéles y de Timántes;
Donde tan bien las fingidas
Imitan las naturales,
Que no hay hombre á quien no burlen
Ni pájaro á quien no engañen;
Y á ver sus secretos baños,
Do las aguas se reparten
A las sostenidas pilas (25)
De alabastro en pedestales;
Do con sus damas la reina
Lavándose algunas tardes,
Competían en blancura
Las espumas con sus carnes;
Y de tu chancillería
A ver los seis tribunales,
Donde cada dosel cubre
Tres ó cuatro majestades,
Y á ver su real portada,
Labrada de piedras tales,
Que fuera menos costosa
De rubies y diamantes,
Para cuyo noble intento,
Porque mas presto se acabe,
Echan á culpas de cera
Condenaciones de jaspes;
Y á ver tu sagrado templo,
Donde es vencida en mil partes
De la labor la materia,
Y la natura del arte,
De cuya fábrica ilustre
Lo que es piedra injuria hace
Al fino oro que perla
Sus molduras y follajes,
De claraboyas ceñido
Por do los rayos solares
Entran á dorar á quien
Les da la lumbré que valen,
Cuyo cuerpo aun no formado
Nos promete en sus señales
Mas fama que los que Roma
Edificó á sus deidades,
Y que aquel cuyas cenizas
En nuestras memorias arden
De aquella á quien por su mal
Vió el que mataron sus canes,
Y al de Salomon, aunque eran
Sus piedras rubios metales,

(25) Otros leen:

Y á las sostenidas pilas.

Marfil y cedro sus puertas,
Plata fina sus umbrales;
Y á ver su hermosa torre,
Cuyas campanas suaves
Del aire con su armonía
Ocupan las raridades;
Tan perfecta, aun no acabada,
Que no solo los que saben
Mas del arte dicen que es
Obra de arquitecto grande,
Mas del pórvido lo bello,
Lo hermoso del filabre,
Aunque con lenguas de fuego,
Loan al maestro sage;
Y á ver tu real capilla,
En cuyo tímulo vace
Con su cristiana Belona
Aquel católico Marte,
A cuyos gloriosos cuerpos,
Aunque muertos, inmortales,
Por reliquias de valor
España les debe altares;
Y á ver tu fértil escuela
De Bártulos y de Abades,
De Galenos y Avicenas,
De Escotos y de Tomases;
Y á ver tu colegio insigne,
Fanto, que puede igualarse
A los que el agua del Tórnes
Beben y las del Henáres;
Cuyas becas rojas vemos
Poblar universidades,
Plazas, audiencias y sillas
De iglesias mil catedrales;
Y á ver el templo y la casa
De los jerónimos frailes,
Donde está el mármol que sella
El gran Gonzalo Fernandez,
Digo los heroicos huesos
De aquel sol de capitanes,
A quien mi patria le dió
El apellido y los padres;
Cuyas armas siempre fueron,
Aunque abolladas, triunfantes
De los franceses estoques
Y de los turcos alifanges;
De que dan gloriosas señas
Las banderas y estandartes,
Los veleros y los escudos,
Tablachines y turbantes
De los genizaros fieros
Y de los barbaros Traches,
De los segundos Reinaldos
Y de los nuevos Roldanes;
Que á solo honrar su sepulcro
De trofeos militares,
Unos rompieron el mar
Y otros bajaron los Alpes;
Y á ver tu Albaicín, castillo
De rebeldes voluntades,
Cuerpo vivo en otro tiempo,
Ya lastimoso cadaver;
Y á ver tu apacible vega,
Donde combatieron antes
Nuestros cristianos maestros
Con tus paganos alcaides;
Y á ver tu Generalife
Y aquel retrato admirable
Del terreno deleitoso
De nuestros primeros padres,
Do el ingenio de los hombres
De murtas y de arrayanes
Ha hecho á naturaleza
Dos mil vistosos ultrajes,
Donde se ven tan al vivo
De brótano tantas naves,
Que dirán, si no se mueven,
Que es por faltarles el aire;
Y á ver los cármenes frescos
Que al Darro cenefa hacen
De aguas, plantas y edificios,
Formando un lienzo de Flándes,

Do el céfiro al blando chopo
Mueve con soplo agradable
Las hojas de argenteria
Y las de esmeralda al sauce,
Donde hay de árboles tal greña,
Que parecen los frutales,
O que se prestan las frutas,
O que se dan dulces paces;
Y del verde Dinadamar
A ver los manantiales,
A quien las plantas cobijan
Porque los troncos se bañen,
Entre cuyos verdes ramos
Juntas las diversas aves,
A cuatro y á cinco voces
Cantan motetes suaves;
Y á Jaragui, donde espiran,
Dulce olor los frescos valles,
Las primaveras de gloria,
Los otoños de azahares (24);
Cuyo suelo viste Flora
De tapetes de Levante,
Sobre quien vierte el abril
Esmeraldas y balajes;
Y á ver de tus bellas damas
Los bellos rostros, iguales
A los que en sus jerarquias
Las doradas plumas batien,
Por quien, nevado Genil,
Es muy justo que te alabes
Que excedes al sacro Ibero,
Y al rubio Tajo deshaces,
Pues en tus nobles orillas
Milagros de beldad nacen,
Envidia de otras riberas,
Eclipse de otras beldades,
Tan gallardas sobre bellas,
Que no han visto las edades
Ni mantos de mayor brio
Ni mirar de mas donaire,
Tan discretas de razones
Y tan dulces de lenguaje,
Que dirán que entre sus perlas
Destila Amor sus panales;
Estas son, ciudad famosa,
Las que del Duero al lidaspe
Te dan el honor y el lustre
Que al oro dan los esmaltes.

(24) Al leer este precioso romance de Góngora, no puedo menos de traer á la memoria las lindísimas redondillas de Lope en loor de Granada:

Dale en tu desden entrada,
Así veas tu persona
Con la famosa corona
De nuestra imperial Granada.
Gozarás oro de Barro,
Verde jaspe de Genil,
Del Albaicín la sutil
Toca de tu frente, Lauro.
Daráte Generalife
Flores que esa mano arranque,
Comares en blanco estanque
Te dará dorado esquife.
Vivarrambra sus balcones
Para que en fiestas estés,
Y para dorar tus pies
Vivalmazan sus pendones.
Celebrados carmesies
La calle que es de tu nombre,
Granada, porque te asombre,
Granos de rojos rubies.
Vivatambin con soldados
Te hará salva cada día,
Zacatín y Alcaicería
Te darán tela y brocados.
La vega, con su verdura;
Rojo trigo y verdes parras,
Si nieve las Alpujarras,
Corridas de tu blancura.
Dinadamar su corriente,
Todos los campos sus frutos,
Mis vasallos sus tributos,
Y yo el laurel desta frente.

En tu seno ya me tienes
Con un deseo notable
De que alimenten mis ojos
Tus muchas curiosidades,
Dignas de que por gozarlas,
No solo se desamparen
Las comarcas del Bétis,
Mas las riberas del Ganges,
Y que se pasen por verlas,
No solo dudosos mares,
Mas las nieves de la Scitia,
De Libia los arenales,
Pues eres, Granada ilustre,
Granada de personajes,
Granada de serafines,
Granada de antigüedades,
Y al fin la mayor de cuantas
Hoy con el tiempo combaten,
Y que mira en cuanto alumbrá
El rubio amante de Dafne.

XXXIII.

Tendiendo sus blancos paños
Sobre el florido ribete
Que guarnece la una orilla
Del frisado Guadalete,
Halló el sol una mañana
De las que el abril promete
A la violada señora
Violante de Navarrete,
Moza de manto tendido,
Lavandera de rodete,
Entre hembras luminaria
Y entre lacayos cohete.
Quiso á un mozo de nogal,
De mostacho á lo turquete,
Cuyas espaldas pudieran
Dar tablas para un bufete,
De la cámara de Marte
Gentil-hombre, mata-siete,
Como lo muestra en la cinta
La llave de un pistolette;
Que viste colete de ante,
Virgen de todo piquete,
No tanto porque el flamenco
Lo dió á prueba de mosquete,
Cuanto porque el español
En las lides que le meite
Hizo mas fuga con él
Que Guerrero en un motete (25).

Dejóla ya por un paje
Bien peinado de copete,
Que arrima á una guitarrilla
Su poquito de bajete;
Dignísimo citarista
De un canicular bonete,
Poeta de Andalucía,
Como cristiano Hamete.
Por hacelle pues á solas
De sus pechugas banquete,
Sobre la piadosa sombra
De un álamo su alcahuete,
Descalzar le ha visto el alba
Botines de tafilete
Y lavar cuatro camisas
Del veinticuatro Alderete.
Los blancos paños eubrian
El verde claro tapete (26)
Que dió flores á Violante
Para mas de un ramillete,
Cuando por la puente abajo
Del lavadero acomete
Un mozueto vellori (27),
Entre lacayo y corchete;

(25) Algunos leen: *que Jusquin*.

(26) Algunos leen:

Y el verde y blanco tapete.

(27) Lo mismo que *bellorío*. El Carrasco, como luego se ve, era mulato.

Y llegando á
De celos hasta lleno
Y de vino hasta de
Esto á los aires de
«Violante, que á
Pelota de mi trinquempo fuiste
De mis botones ojal
Y de mis cintas ojete
«Palomeque y Fuen.
Me han dicho que es ul
Idolo de tus cuidados, etc
Y de tu libertad brete;
«Un músico que tremoi
Las plumas de un martine
Bujia en lo delicado,
Y en lo moreno pebete.
«Llamaránle á desafío
Los renglones de un billete,
Cuando yo presuma dél
Que lo lea y que lo aceté;
«Y entonces vistase el pollo
Sobre un jaco un coselete,
Que yo le torceré el alma
Como tuerces tú un roquete.
«—Mas quisiera, le responde,
Una lonja entre un mollete,
Que tus bravatas, Carrasco,
Humos de blanco y clarete.
«Quiero bien á ese galán,
Y si no te quies mal, véte,
Que arena viene pisando
El de lo perdiguillete (28).»
Con un suspiro que fuera
Respuesta de un morterete,
Respondió Carrasco el bravo
Cuando hablar mas le compete.
Llegó entonces Jimenillo,
Y torciendo el de florete,
Guarnecido de oro y pardo,
Con el mulato arremete,
Haciendo que una guitarra
Las negras sienes le apriete,
Música siembra en sus cascos
Y en el campo pinabete.
Mostróle las herraduras
El sevillano jinete
Al tiempo que el jerezano
Le aseguaba un puñete.
Participó del Violante;
Mas tuvo por juguete,
Guardándole á su Medoro
Con un abrazo un rosquete.

XXXIV.

No me bastaba el peligro
De una grave enfermedad,
Que pues no me mató ella,
Respiro para inmortal (29);
Sino condenarme agora
A deprender á labrar
Un lisonjero imposible
Y un su ave perdonar.
¿Qué te ha hecho, crudo Amor,
Esta pobre libertad,
Blanco de tus demasías,
No las llamo flechas ya?
Forastero bien venido,
Si vais para la ciudad,
Y acaso os metiere en ella
Amor ó necesidad,
Guardáos mil veces, os digo,
De un basilisco mortal,
Que está su mayor pouzoña
En su mas dulce mirar;
De un ángel el mas hermoso
Que vistió la humanidad,
Que de cruel y de bello

(28) Otros leen *pardiguillete*.

(29) Otros escriben *repitío*, y otros *repilo*.

Tiene dudoso lo nto,
Témela el Amoistad
Que han confirm
Mayor que se pi
De mujer y deas almas,
Todo en dañal,
Ya yo lo sé pe sus flores
Que he pisaditar.
Aspid que sonde Amor
Armado seldad
De sactas (tremolan
En los ojos de paz.
Traidoras! desco,
Asegurad,
Fíase la lleras puntas
Y dan es desleal.
Del arás desta alevosa,
Las la conozeais,
Paras de los extremos
Son gloriosa beldad,
De si canta se suspende
Comonia celestial,
Lloro enjuga al alba
Y lágrimas de cristal.
Con mi ejemplo y estas señas.
aballero, caminad;
que ella me condena á muerte,
Y yo me voy á enterrar.

XXXV.

¡Qué necio que era yo antaño,
Aunque ogaño soy un bobo;
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco!
A fe que dijo muy bien
Quien dijo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo
Y cascotes de galan mozo.
Servi al Amor cuatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco
O en las mazmorras de un moro.
Lisonjas majaba y celos,
Que es el esparto de todos
Los majaderos cautivos
Que se vencen de unos ojos.
Desta dura esclavitud
Hace un año por agosto
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A ver cuál se queman otros
En tan vergonzosas llamas,
Que su honor volará en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudara con un grito
Acudiré con un soplo.
Háganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuehan sus paños,
Manchados, pero no rotos.
Quince meses bá que duermo,
Porque bá tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño celos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan
Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor, etc.
Con doblados libros bago
Los dias de mayo cortos,

Las noches de enero breves
Por lo lacio y por lo tosco.

Cuando ha de echarme la musa
Alguna ayuda de Apolo,
Desatácase el ingenio,
Y algunos papeles borro.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo
Y con dulce pluma lloro.
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al aire trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana
Y eclipsar su hermano rojo.
Salgo alguna vez al campo
A quitar al alma el molino
Y dar verde al pensamiento,
Con que purgue sus enojos.
En mi aposento otras veces
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo
Y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
De los dias perezosos.
Y vame tanto mejor, etc.

Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenia tras de un torno;
Mas ya bá dias que á la iglesia
Del desengaño me acocio;
En cuyo lugar sagrado
Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio
Y la razon sus antojos;
Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros
A quien de carro triunfal
Se apeó en el Capitolio.
Veo pasar como humo,
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Después que me conocí,
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.

XXXVI.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja,
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota
En que alegre el mar sureaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcisima valenciana,
Bien nacida cuanto hermosa (50).
Del Amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las pascuas
Cuanto á festejar las bodas;
Y cuando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla,
Espíandola detrás (51)
De una cala insidiosa

- (50) Así Verges; otros leen:
Bien nacida, si hermosa.
(51) Otros leen:
Esperándola detrás.

Estaba el fiero terror
De las playas españolas.

Sobresaltóla en un punto;
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama,
Derramando tierno aljofar:
«Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Valgame en este peligro
Por el regalo que gozas.
«Tú, que embravecido puedes
Los bajeles que te enojan
Embestillos en la arcua
Con mas daño que en las rocas;
«Tú, que con la misma fuerza,
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo menos
Destas manos rigorosas,
Cual de garras de alcon
Blancas alas de paloma.

XXXVII.

Sin vela y sin esperanza (32)
Rompe en mal seguro leño
Su serenidad al mar,
Y á la noche su silencio,
Un pobre pescadorecillo,
Ausente de sus deseos,
Lo que hay del mar andaluz
A los valencianos senos.
A calar salió sus redes;
Mas el hijuelo de Venus,
Suspendiéndole de oficio,
Le condenó á pensamientos.
A dulces memorias dado,
Y arrebatado á su cielo,
Los remos deja á las aguas
Y la red ofrece al viento.
¡Barquero, barquero,
Que se llevan las aguas los remos!
No teme enemigas velas
O de renegado griego
O de enemigo pirata
De la laguna al estrecho (53),
Porque el amor lo asegura,
Que no hay cosario tan fiero,
Que para un cuerpo sin alma
Embista un bajel sin dueño.
Y así, la incierta derrota
Prosigue, velando en sueños (54),
Animosamente vivo,
Humilde pescador muerto.
Lágrimas vierten sus ojos,
Suspiros lanza su pecho
Por pagar al mar y al aire
Forzados y marineros.
¡Barquero, barquero,
Que se llevan las aguas los remos!

XXXVIII.

En dos lucientes estrellas,
Y estrellas de rayos negros,
Dividido he visto el sol
En breve espacio de cielo.

(52) Casi todas las ediciones que he visto
dicen:

Sin Leda y sin esperanza.

(53) Otros leen:

De la laguna el estrecho.

(54) Otros escriben: *velando sueños*;

El luciente oficio hacen
De las estrellas de Vénus,
Las mañanas como el alba,
Las noches como el lucero.
Las formas perfilan de oro,
Milagrosamente haciendo,
No las bellezas oscuras,
Sino los oscuros bellos;
Cuyos rayos para él
Son las llaves de su puerto,
Si tiene puertos un mar
Que es todo golfo y estrechos.
Pero no son tan piadosos,
Aunque si lo son, pues vemos
Que visten rayos de luto
Por cuantas vidas han muerto.

XXXIX.

Criábase de Albanes
En la corte de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes,
Del Gran Señor, regalado,
Querido de los bajaes.
Gran capitán en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes;
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles,
Al húngaro dos banderas
Y al Soli cuatro estandartes;
Mas ¿qué aprovecha domar
Invencibles capitanes
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos arpones penetrantes;
Dos penetrantes arpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas (55)
Que tiene todo Levante;
Que no hay turquesas tan finas,
Que á sus ojos se comparen;
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo,
Hecho de finos diamantes,
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante;
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y lo deshace;
No para en hierro el amor,
Pues sin errar tiro sabe
Poner en el alma el hierro
Y en la cara las señales.
Fue tan desdichado en paz,
Cuanto en la guerra triunfante;
Rendido en paz de mujeres,
Siendo en guerra un fiero Marte;
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazarle,
Por tener sujeto amor
Al que sujetó al dios Marte,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XL.

Amarrado á un duro banco (56)
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo

(55) Otros dicen:

De las mas hermosas turcas.

(56) Amarrado al duro banco, dicen otras ediciones. Sigo el texto de Verges.

Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias.

«Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras:

»Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en su arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.

»Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta:
Que bien puedes si es verdad,
Que las aguas tienen lenguas;

»Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia;

»Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella.
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.»

En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XLI.

La desgracia del forzado,
Y del cosario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna.

Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado a un tiempo huyan;
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.

Vuelve pues los ojos tristes
A ver cómo el mar le hurta
Las torres y de las naves (57)
Las velas, y le da espumas.

Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas: [mo,
¿De quién me quejo con tan gran extre-
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?

»Ya no esperen mas mis ojos,
Pues agora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los piés sin estos hierros;

»Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.

¿De quién me quejo, etc.

»Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo;
Que mal podréis alcanzarnos,
Pues tratáis de mi remedio.

»El enemigo se os va,
Y favoreceré el tiempo,
Por su libertad no tanto,

(57) Otros leen *nubes*; y algunos:

Las torres y le da nuevas
Las velas y las espumas.

Cuanto por mi ca
¿De quién me quejo.
»Quedaos en aqu
De mis pensamientos.
Quejaos de mi desvío;
Y no echeis la culpa
»Y tú, mi dulce susto.
Rompe los aires ardies
Visita á mi esposa bella
Y en el mar de Argel te
¿De quién me quejo con tanto? [mo,
Si ayudo yo á mi daño con *¿de extre-*
mo?

XLII.

De Tisbe y Píramo quiero,
Si quisiere mi guitarra,
Contar la historia y ejemplo
De firmeza y de desgracia.

No sé quién fueron sus padres
Mas bien sé quién fué su patria;
Todos lo que yo sabeis,
Y para introducion basta.

Era Tisbe una pintura
Hecha en lámina de plata.
Un brinco de oro y cristal
De un rubí y dos esmeraldas.

Su cabello eran sortijas,
Memorias de oro y del alma;
Su frente el color bruñido
Que da el sol hiriendo al nácar;

Sus labios la grana fina,
Sus dientes las perlas blancas,
Porque, como el oro en paño,
Guarden las perlas en grana.

Desde la barba al pié Vénus,
Su hijuelo y las tres gracias
Deshojando están jazmines.
Sobre rosas encarnadas.

La alegría eran sus ojos,
Si no eran la esperanza
Que vistió la primavera
El día de mayor gala.

La edad, ya habeis visto el diente,
Entre mozueta rapaza,
Pocos años en chapines,
Con reverendas de dama.

Señor padre era un buen hijo,
Señora madre una paila
Dulce, pero simple gente,
Conserva de calabaza.

Regalaban á Tisbea
Tanto, que si la mochacha
Pedia leche de cisnes,
Le traian ellos natas.

Mas ¿qué mucho, si es la niña,
Como quien no dice nada,
La niña de sus dos ojos,
Los ojos de sus dos almas?

Los brazos del uno fueron,
Y del otro eran las faldas,
Los primeros años cuna,
Los siguientes almohada.

XLIII.

Guarda corderos, zagala;
Zagala, no guardes fe;
Que quien te hizo pastora
No te excusó de mujer.

La pureza del armino,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.

Deja á las piedras lo firme,
Advirtiéndote que tal vez,
A pesar de su dureza,
Obedecen al cínzel.

Resiste al viento la encina
Mas con el villano pié
Que con las hojas cortesces,

Que á cualquier céfiro creen (38).

Aquella hermosa víd
Que abrazada al olmo ves
Parte pámpanos discretas
Con el vecino laurel.

Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Talamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para un abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljôlar
Que guarda sus rosicler.

El cristal de aquel arroyo,
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imágen
Hasta que le vuelva á ver.

La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando dellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.

No pues tu libre albedrio
Lo tiranice interés,
Ni amor, que de singular
Tiene mas que de infiel.

Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no dén,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.

Mal hayas tú si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres.

Mal hayas tú si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad
Que primero espuma fue.

Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas va,
Vocal sombra vino á ser.

Si quierres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

XLIV.

Al pié de un árbol robusto,
Sacro honor del enchar,
Que há muchos años que el Bétis
Le calza el pié de cristal.

Tan robusto, que compite,
No sé cuál pondere mas,
Con los montes en dureza,
Con los siglos en edad,

Sobre un pedernal torcido
Está Fileno, si hay
Pedernal con ramas dende
Hay troncos de pedernal.

Baston fué, y á pocas horas
La fuerza de amor es tal,
Que baston que fué de encina,
Cavado de mimbre es ya.

Desdeñado anda Fileno
De la mas nueva beldad
Que engendró con rayos negros
La blanca espuma del mar.

(38) Así la edición de Pedro Verges (Zaragoza, 1645).

Las demás dicen equivocadamente:

Que con las hojas corteses,
A cualquier céfiro cree.

XLV.

Estando en Valladolid un médico sin criado,
dejó un macho que traía suelto, y fué á
visitar al Almirante, y el macho llegó á com-
er alcazel que estaba segado para dar
verde, y cuando bajo su amo dió á huir,
y por cogerlo se ensució los piés en el es-
tiércol, y se le cayó la capa y se le ensu-
ció, de que se fue á lavar á Esgueva; y el
Almirante pidió á don Luis celebrase este
suceso.

Quando la rosada aurora,
O violada si es mejor,
Escojan los epitetos,
Que ambos de botica son,

Las alboradas de abril
Vierte desde su balcón,
Como en posesion del día,
Perlas que desata el sol,

Entre ciertos alcaceles
Una sarta se halló
Destas orientales perlas
El machuelo de un doctor.

Fióselas el aurora,
Mas él, de buen pegador,
En solo un abrir de ojo
En doblones las pagó.

Al ruido de la paga,
Que con trompetas llamó,
Ya que no con atabales,
A dar la satisfacion.

Salió el sol, y halló al machuelo
Y al médico, su señor,
Que habia contado el dinero
Con un pié y aun con los dos.

Estaba el varon cual veis,
Si es macho cada varon,
Hecho un macho por la liga
Que en la moneda halló.

Remedio contra extrangeros,
Que el oro tino español
Traducen en ginovés
Para pasallo mejor.

Yo les doy que pasen esto
Que el macho desembolsó,
Y en su lengua lo traduzgan
Con observancia y rigor.

No rocín de pernilero,
Digo de conquistador,
Con mas oro y menos clavos
En aquel tiempo se herró,

Que se herró nuestro Esculapio,
Bien bañados de rampion.
Porque tiene malos cascos,
Y así lo afianzaron hoy.

Filósofo en el desprecio
Aun mas que en la profesion,
Debajo de los piés tiene
El tesoro que se halló.

Tanta riqueza aborrece,
Hecho un Midas, y aun peor;
Que otro pidió si tuvo,
El tiene, mas no pidió.

Hecho un sol y hecho un mayo,
Quiere que cada terron
Óro engendre, y cada yerba
Trascienda no siendo flor.

Liberal parte con todos
De lo que el macho le dió,
A patadas como mula,
O con mosca ó sin trabon.

El macho piensa que baila,
Y porque no talte son,
Ya que ha engomado las cerdas,
Su rabelillo tocó.

Dióle viento, y fué organillo,
Donde con admiracion
Oyó su troupa el soldado
Y su zampolla el pastor.

Que instrumentos manuales,
Como organillo y violon,
Taña un macho con un ojo,
Ni se ha visto ni se oyó.

No solo quiso tañer,
Sino meter una voz,
Y debió entender su amo
La letra de la cancion,

Pues á un árbol de aquel prado
Pidió aprisa un varejon,
Para llevarle en compás;
Mas el macho no aguardó.

Hizo fuga á cuatro piés,
Y el médico la siguió;
Que es bestial músico el hombre,
Y fué siempre en proporcion.

Dejó la capa corriendo
Sobre cierta provision
De Mérida, que á un correo
Por detrás se le cayó.

Pasó atrás su animalejo,
Que alzaba el pié en ocasion,
Para pedirle calzado
Mas que para dalle cox.

Fatigolo por el campo,
Y despues que lo cansó,
Manso se dejó coger,
Muy contento y muy burlon.

El médico, como tal,
Deseaba, y con razon,
Si capa, como la suya
Cualquiera predicador.

Volvió al lugar donde estaba,
Y sin consideracion
Se arrebozó luego en ella,
Si no es que se emborricó.

Siente un no sé qué, y entiende
Que es el zapato; mas no,
Que está lejos el zapato,
Y es mas vecino el olor.

Huele la capa, y sospecha
Que entre tanto que el corrió
Se ha enjertado en su capilla
Algun pobre labrador.

Alarga la mano y halla
Los recaudos del peon:
El sello, mas no el papel,
Sino en cera, que es peor.

Es amarilla la cera,
Y en viendo la confirmó
Que hay difunto en la capilla,
Y con mucha compasion.

Sin hisopo fue por agua
A Esgueva, y toda la dió
A la sepultura, y dijo
Con sentimiento y dolor:

«Oh vos, cualquiera que entrastes
Hoy en mi jurisdicion,
Donde mi capa de paño,
Si no de tumba, os sirvió!

Sed principe ó sed plebeyo,
Séos decir al menos yo
Que fuera gnante de ámbur
Lazaro puesto con vos.

Fuistes galan del terrero,
Desdeñado del Amor,
Que estais suspirando aqui
El desden que allá os mató;

O sois juez agraviado
En muy baja provision,
Porque oleis á proveído,
Muy mal y muy sin razon:

O sois privado de quien,
No solo aqui os despidió,
Mas os echó su mal ojo.
Que es hasilisco un señor.

Sed cualquiera cosa de estas;
Que yo hago traslacion
De vuestros huesos á Esgueva,
Aunque todo pulpa sois.

Desenterrador me hago,
Sobre médico que soy;

Que esto es mucho mas que ser Médico y enterrador.

Alla vais, cómanos peces,
Si no hay otro, cual Arion,
Dellin de algun espirazo,
Que salga en vuestro favor.

XLVI.

Tenemos un doctorando,
Discretos y generosos
Odores de las tibiezas,
Que con empacho supongo;

Tenemos un doctorando
Criado en un oratorio,
En una casa de orates,
Por no decirle de locos;
Tan comensal, tan hermano
Aun de los mas furiosos,
Que un *orate-fratres* suyo
Será pulla para todos.

Este pues doctorandico
Quiere en la octava del Córpus,
Por autorizar el suyo,
Hacer burla de nosotros.
Hanos convidado á verlo,
Y creo que le hacen pocos
De los que le están mirando,
Si no se ponen antojos.

Bien es verdad que su ciencia
Se paga ya muy al doble,
Porque no nos puede ver,
Y no penseis que es por odio,
Sino por la oblicuidad
De sus dos serenos ojos,
Tan serenos, que lo tienen
Romadizado y con mocos.

Este pues doctoranduco (39)
Amaneció con golondros
De doctor una mañana
Que se le alteró el meollo.

Pidióle burla el testuzo;
Entre vano y vergonzoso
Le dijo á su señor tío:
«*Pater noster*, yo soy pollo
»Del huevo que ya empollastes,
Con vuestra pluma me honro;
Dejadme caer en esta
Tentacion de semidocto.

»Ya que lo soy de la haz,
Hacedme del revés tordo,
Dotor digo, y sea una burla
Giralda del Capitolio.»

Correspondióle su tío,
Y aunque algo escrupuloso,
De su talento á la costa
Jinetes ofreció de oro.

Conócelo porque ha sido
Del ya menguado auditorio
De sus sermonicos uno,
Y no ha querido ser otro.
Conoce lo que predica
(Reventando muy de toscos),
Frusleras italianas,
Por monseñor de Bitonto.

Conoce lo que no tiene,
Ni mas partes ni mas tomo
Que las de santo Tomás
Y del siempre agudo Escoto;
Conócelo, mas la honra
Le lizo decir: «Si otorgo,»
Aunque agora la vergüenza
Lo tiene como un madroño.

Hanos traído pues hoy
Este nieto de puspodos
(Por lo cumplido de piés,
Segun la regla de Antonio)
honde me ha obligado á mi,
Por lo que tiene de potro

(39) Otros leen: *doctoranduncio*.

Tortural y aun apretante,
Si no de borrico y romo,
A deciros las verdades
Que he callado y ya conozco
Deste discipulo mio,
Este ya mi oyente sordo (40).

Lo que trabajé con él
Sábelo el santo glorioso
Que celebramos hoy, pues
Quizá quedo menos ronco
De dar voces al desierto
Y de convertir escollos,
Que yo de explicarle puntos
Que hoy le he de dar por el rostro.

Es tan rudo su merced,
Que puede sanar él solo
Mal de madre, muchos mas
Que darlos un alboroto.

Presume con todo eso
Su merced de ingenioso;
Mas en su ingenio de seda,
Que repite para torno,
Donde creo que lia torcido
La deste cándido copo,
Desta burla blanca digo,
Que ha pretendido baboso,

Y que ha bilado gusano
Donde se ha de quedar bobo,
Que es capullo para unos
Lo que es burla para otros,

Concédale pues el claustro
Deste doctoral adorno;
Sirva de tilde la insignia
A la Q de nuestro coco.

Que hay señor Q tilde que
Hanlo crecido de hombros
Dos hebras de seda mas
Que cuatro dedos de corcho.

Vanidad de vanidades;
Tanto levanta del polvo
Su mitra á la cogujada
Como su capelo al hongo.

Defecto natural suple
Mal remedio artificioso;
Mono vestido de se la
Nunca deja de ser mono.

Consuélese voacé,
Y goce en siglos dichosos
El debido honor á estudios
De un *Tostado* en nuestro horno.

El magisterio romped
Por lo que teneis de tronco
Los años de las encinas
De nuestro romano *Soto*.

Seais por lo autorizado
Mucho mas grave que el plomo,
Metal que igualmente ignora
La facilidad y el moho.

Hágaos por bienquisto el vulgo
El mismo aplauso que á un toro;
Victor os aclamen letras
De escolástico y redondo (41).

Tan pegado á las paredes
Vivais, que algun envidioso
Os rempuje algun suspiro
Cuando no os diga un responso.

Sonando al fin vuestro nombre
Desde el Cancero al Capricornio,
Trompas de la fama digan
Que se gradúan ya trompos.

XLVII.

Murmuraban los rocines
A la puerta de palacio,
No en sonoros relinchos,
Que eso es ya muy de caballos,

(40) Otros leen: *deste ya mi oyente*.

(41) Otros ponen:

Solo escolástico y redondo.

Sino en su bestial idioma,
Ni gruñendo ni rifando,
Para mejor engañar
Las varas de los lacayos.

Cabecijuntos murmuran,
Tres á tres y cuatro á cuatro,
De sus amos lo primero,
Por mas parecer criados.

Un castaño comenzó
Rocin portugués fidalgo,
Cuyo pelo es un erizo,
Por ser fruta de castaño.

Con mas paramentos negros
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la cadera y el luto
Mas es tumba que caballo.

«Sirvo, les dijo, á un ratiño,
Macias enamorado,
Tan flaco en las carnes él,
Como yo en las carnes flaco.

»Como un esclavo le sirvo,
Aunque nunca me ha herrado
Ni la cadera con S
Ni la herradura con clavo.

»Dos cosas pretende en corte,
Y ambas me cuestan mis pasos:
La verde insignia de Avis
Y un seralín castellano;

»Porque en Africa su abuelo
Mató un leon cuartanario,
Desde una palma subido,
De cuarenta arcabuzazos.

»Fatiga tanto al Consejo,
Y al Amor fatiga tanto,
Que no irá cruzado el pecho
Sin ir el rostro cruzado;

»Porque el padre de la moza
Me dicen que le ha jurado
De darle la cruz en leño,
Que pide al Consejo en paño.»

Apenas el portugués
Acabó sus quejas, cuando
Una remendada pia,
De un comiscal cortesano,

Mordiéndole el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando
(Que es cólera de que escriben
Autores arrocinados),

«Sirvo, les dice, á un pelon,
Que no solo há veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.

»Con esta gualdrapa corta,
Y tan corta, que ha guardado
Mejor que si fuera cuello
La medida del dozavo.

La tercia parte me cubre
Deste dudoso espinazo,
Que puede ser mojonera
De un término pleiteado.

No hay alcon hoy en Noruega,
Donde el sol es mas escaso,
Tan sólico en cebarse
Como mi dueño ó mi daño.

Que volando pico al viento,
Sale muy bien santiguado
A escuchar los almoreces
De las casas do hacen plato.

Entrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á la pared
Pegado como gargajo.

No sé cómo lo reciben;
Mas si sé que días hartos,
Mirándome á mi los pajes,
Esto salen murmurando:

«Juro á Dios que en el comer
Es el dueño deste laco.
Sabañon en el invierno,
Salpullido en el verano.»

Desciende luego tras ellos
A mi pesar, porque al cabo,

Ya que no hay cebada, hay ocio,
Que no es mal pienso el descanso.

»Cobijame los cuadriles,
Y sale podenquando
Nuevas que el día siguiente
Valgan cocido y asado.»

De un procurador de Cortes
Habló allí un rocín mas largo
Que una noche de diciembre
Para un hombre mal casado.

«Escuchado he vuestras quejas
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros trabajos.

»Diez años tiramos juntos
Por toda tierra de campos
Yo y un tío de Babieca
El carreton de Lain Calvo.

»Servi á condes, servi á reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus in latium, digo,
Me mirais tendido y lacio.

»Trájome á Madrid mi dueño,
Donde apenas hay establo
A do quepa mi largueza
Si no duermo como galgo.

»La calle Mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
La ocupo, si no la paso.

»Como tan largo me ven,
Piensan todos los muchachos
Que soy algun pasadizo
De la posada á palacio.

»Por descendiente me juzgan
Los que me miran de espacio,
En la materia y la forma
De aquel caballo troyano.

»Y si como tanto hierro,
Como se queja mi amo,
Ya que no lo esté de griegos,
Estaré lleno de armados.

»De noche me quita el freno,
Porque dice que lo gasto,
Y lo pongo en cuatro días
Como soneto limado.»

No le consintió acabar
Un extranjero cuartago,
Porque entendió que tenía
Razones de su tamaño.

«No sirvo, dijo, á pelones,
Como vosotros, cuitados,
Sino á un extranjero rico,
Miserable por el cabo.

»Y advertí que siendo aquestos
Hombres miseros y avaros,
Veréis que se llaman todos
O Césares ó Alejandro.

»La paja me da por libras,
La cebada por puñados,
Y para engañar mi hambre
Este artifice de engaños,

»Unos antojos me pone
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatrocientos de un grano.

»Pero bien me satisface
Desta burla y deste agravio
Un día, cuya memoria
A la venganza consagro.

»Solía decir, trayéndome
Por las caderas la mano:
—Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.—

»Tantas veces me lo dijo,
Que una dellas por un lado
Le di muy bien á entender
Que tenía piés el banco.»

Dieron entonces las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quinolas los lacayos.

Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

XLVIII.

A un caballero de Córdoba que decía que
Córdoba se llamó Sansueña, y que por
una reja que tenía en su casa sacó don
Gaiferos á Melisendra, y así destos como
de otros chistes que pasaban por otros
caballeros ridiculos hizo este romance.

Desde Sansueña á París
Dijo un medidor de tierra
Que no había un paso mas
Que de París á Sansueña.

Mas hablando ya en juicio,
Con haber quinientas leguas,
Las anduvo en treinta días
La señora Melisendra

A las ancas de un *potaco*,
Como Dios hizo una bestia,
De la cincha allá frison,
De la cincha acá litera.

Llevábala don Gaiferos,
De quien había sido ella,
Para lo de Dios esposa,
Para lo de amor cadena.

Contemple cualquier cristiano
Cuál llevaría la francesa
Lo que el griego llama malgas
Y el francés asentaderas.

Caminaban en verano,
Y pasábalo en las ventas
Los dos nietos de Pepino
Con su abuelo y agua fresca.

Desdichado de ti, Pierres,
Que en un rocín con soletas
Valles y barrancos saltas,
Y en el campo llano vuelas.

Con este escudero solo
Y una espada ginovesa,
Que se la prestó Roldan
Para el robo de su Elena,

Atravesaron á España
Cuando mas estaba llena
De ermitaños de Marruecos,
Fray Hamete y Fray Zulema.

Andando pues ya pisando
De las faldas pirineas
Los ribetes de Navarra,
Zurcidos ya con su lengua,

Apéose don Gaiferos
A hacer que ciertas yerbas
Huelan mas que los jazmines,
Aunque nunca tan bien huelan.

Melisendra melindrosa,
Cansada tambien, se apea
Para oír del señor Pierres
De París aquestas nuevas:

»Despues que dejaste á Francia,
Como todo ha sido guerras,
Trocaron los monsiures
Las madamas en banderas.

»Quedó la corte tan sola,
Que en la juvenil ausencia
Valian veinte y cinco años
Veinte y cinco mil de renta.

Quedaron todas las damas
De su inclinacion depuestas,
El apetito con hambre
Y los ojos con dieta.

»Desayunábanse á días,
Y cortábanse las flemas
Con dos garnachas maduras
Magníficas de Venecia.

Venturosa fuiste tú,
Que tuviste en esta era
Un moro para la brida
Y otro para la jineta.

»Don Guarinos el galán,
Pretendiendo á Berenguela,
Vistió un lacayo y tres pajes
De una liada librea.

»Fuese rompiendo el vestido,
Fuese acercando la denda,
Y fué buyendo la dama
De su gala y su pobreza.

»Don Godofre el heredado,
Hijo de Dardin Bardenia,
Desempedrando la calle,
Los ligados nos empiedra.

»Sirve á doña Blanca Orliens;
Y como no hay mas que verla,
Las gafas es doña Blanca
Y el terrero doña Negra.

»Doña Alda, vuestra vecina,
La que Amor rindió á la puerta
Del templo de San Dionis,
Cada rato pide iglesia.

»Fuese á la guerra Tristan,
El marido de Lucrecia,
Y ella busca otro Tarquino
Que le rasque la mollera.

»Dicen que cuando escribiste
A tu prima la doncella,
Rugero leyó la carta
Y otro le quitó la nema;

»Y que ella despues acá,
La vez que se sangra deja
Que le aprieten bien la cinta,
Mas no que saquen lanceta.

»Por madama de Valois
Se cargaron de rodelas
Cuatro ó seis caballerotes,
Como cuatro ó seis entenas.

»Veíalos con salud,
Veíalos con paciencia,
Ni sé cuándo la hablaban
Ni cuándo reñian por ella.

»Reimundo con sus tres pajes
Mil musicas dió á la puerta
De una dama que lo oía
Abrazada de un poeta;

»Y el socarron otro día
Les enviaba una letra,
Escondiendo el dulce caso
Entre almufas de seda.

»Hallarás á Flor de Lis
Haciendo cuando la veas,
De las hermosas de Francia
Lo que el sol de las estrellas.

»Jinetes la solicitan,
Caballeros la pasean,
Y ella dice que da á un paje
Lo que á tantos amos niega.

»Dijo bien Undon un día,
Viendo dalle tantas vueltas,
—Basta, señores, que andamos
Tras la paja muchas bestias.—

En esto llegó Gaiferos
Atando las agujetas,
Y porque el aire de abajo
Corria, pican apriesa.

XLIX.

A un caballero que se jactaba de que des-
cendia de cuatro grandes, y no era así, ni
él era de buenas costumbres.

«¿Quién es aquel caballero
Que á mi puerta dijo: Abrid?
—Caballero soy, Señora,
Caballero de Moelin.

»Nieto soy de cuatro grandes
De á tres varas de medir,
Tan dento del conde Claros,
Que me acuesto sin candil.

»Mi hacienda es un escudo
Orlado de treinta mil,

No maravedís de juro,
Sino insignias del Sofí.
»Los carteles de mi escudo
Lo pueden ser de un jardín:
Un espino y dos romeros
Y cuatro flores de lis;
»Que verde soy de linaje,
No lo sepa algún rocin,
Que me teñirá en gualdado
Estas mañanas de abril.
»Sangre mas que una morcilla,
Honra mas que paladín.
Doña Blanca esta en Sidonia,
En mi bolsa ni un centí.
»Toda la tierra he corrido,
El mar he visto en latín,
Mare vidi muchas veces,
Pero no *maravédi*.
»La necesidad que tiene
El ánima de un gentil,
La brújula de un gitano,
La conciencia de un neblí.
»En el real de don Sancho
Me libraron un cuatrín
Cuando las tinieblas visten
Los gatos de vellorí.
»Dos hombres de armas y yo
Salíamos por ahí
A cautivar ferrerueros
Que corrían el país.
»Tal vez no sola la capa
Nos dejaba san Martín,
Sino también el espada
Con que solía partir.
»Gentilhombres hice á muchos
Sin ser rey, á muchos di
Espaldarazos sin darles
El lagarto carmesí.
»Soy un Cid en quitar capas,
Perdóneme el señor Cid,
Quédesele el *Campeador*,
Y el *capeador* para mí.
»Mi camisa es la tizona,
Que tiene filos de brin.
Y no ha sido la colada (42)
Después que me la vesti.
»Si me hiere, Dios lo sabe,
A lo menos sé decir
Que tengo hambre con ella,
Como mujer varonil.
»; Oh cuánto puede Señora,
Un cuello de caniquí!
Si no es rosa desta espina,
El miente como ruin.»

L.

Salíendome estotro día,
Candidísimo lector,
A tomar el sol, que ogaño
Se usa tomar hasta el sol,
Reventando el pensamiento,
De moral alimentó,
Como gusano de seda,
Mi necia imaginación.
»Baboseando cuidados,
Y ajenos, que es lo peor,
Hiló su cárcel la simple
En dos horas de reloj.
»Que impertinente clausura
Y qué propiamente error,
Fabricar de ajenos yerros
Las rejas de su prisión.
»En moneda de piedad!
Boberías son de á dos,
Que no valen ni aun en plata
Un centí, aunque sea limón.
»Que el vaso de oro en que os sirve
Vuestro gusto su licor

(42) Así el texto de Verges.

Sea penado para mí
Si es glorioso para vos,
Caridades excusadas
Mia fe son.
Que las flechas veniales
De vuestro mortal amor,
Que á vos no os pasan el sayo,
Me pasen á mí el jubón:
»Que los alcones del otro
Poderoso gran señor,
Doliéndome de sus gastos,
Los cebe en mi corazón,
Caridades, etc.
Que me duela del tahir
Lo que hasta el alba perdió,
Riendo el alba igualmente
Su pérdida y mi dolor;
»Que la viudez me lastime
De la que moza quedó,
Si fué el responso del muerto
Del vivo amonestación,
Caridades, etc.
Que sienta la ociosidad
Del vagamundo doctor,
Que harrando nunca su mula,
Todas las curas erró;
»Que á su mujer le dé el palo
Un marido, y sudeis vos,
Pagándole ella en madera
Lo que el en leña le dió,
Caridades excusadas,
Mia fe, son.
En este capullo estuvo
El juicio de don Yo . . .
Dos horas: lector, *adio*,
Que en Bergamasco es *adios*.

LI.

Trepan los gitanos,
Y bailan ellas;
Otro nudo á la bolsa
Mientras que trepan.
Gitanos de corte,
Que sobre su rueda
Les mostró fortuna
A dar muchas vueltas.
»Si en un costal otros
Han dado cien trepas,
En un zurrón estos
Darán cuatrocientas.
»Desvanecen hombres;
Mas ¿quién hay que pueda,
Viendo andar de manos,
No dar de cabeza?
»Y si unos (43) dan brincos,
De rubies y perlas
Otros como locos
Tiran estas piedras.
Otro nudo, etc.
Canta en vuestra esquina
Una canción tierna
El paje con plumas,
Pájaro sin ellas;
»Blanco ruiseñor,
Que en noche serena
Dulce os adormece
Y dulce os requiebra.
»Si tu amo en tanto
Que hierros de reja,
Que os suspende el quiebro,
La hija os requiebra,
»Deste ruiseñor
Os guardad, que os echa,
Como alano al paje,
Que os asga la oreja.
Otro nudo, etc.

(43) Así la edición de Verges; otros dicen equivocadamente:

Y si nos dan brincos.

A vos canta el paje,
Buen viejo; que á ella
Letrillas de cambio
Le cantan terceras.
»Que no hay pié de copla
De ningún poeta
Como los de un banco,
Y mas si no quiebra.
»No os fieis del quicio,
Requerid la puerta,
Que dada la noción,
Sin habla os espera.
»Bajad si por dicha
No quereis que mientras
Forma el paje puntos
Meta el amor letra.
Otro nudo, etc.
En Valladolid
No hay gitana bella
Que no haga mudanzas
Estándose queda.
»El pié sobre corcho
; Mirad qué firmeza!
Mueve con buen aire,
Mi honra y la vuestra.
»Al son de un pandero,
Que á su gusto suena,
Deshace cruzados,
Que es buena moneda.
»Y al conde mas rico,
Que baila con ella,
Conde de gitanos,
Desnudo le deja.
Otro nudo, etc.
Miran de la mano
La palma que lleva
Dátiles de oro;
»La que no, no es buena.
»De las vidas hacen
Cabes de á paleta,
Que pasan las rayas
Hasta las muñecas.
»Estrellas os hallan;
Que mujeres destas
En medio del día
Hacen ver estrellas.
»Búscanos el aspa;
Mas, según dan vueltas,
Antes hallarán
Las devanaderas.
Otro nudo, etc.
Sobre cuatro palmos
De una vara estrecha
Hace el mercader
Cien mil ligercezas.
»Vuela por el mundo
La pluma en la oreja,
Dando extraños saltos
De una en otra feria,
»Sin temer caída,
Porque sobre seda
Caidas de gato
Nunca dieron pena.
»Fardos á Logroño
Se cargan apriesa,
Que para trepar
Se escombra la tienda.
Otro nudo á la bolsa
Mientras que trepan.

LII.

A vos digo, señor Tajo,
El de las niñas y ninfos,
Boquirrubios toledanos,
Gran regador de membrillos;
»A vos el vanaglorioso
Por el extraño artificio,
En España mas sonado
Que nariz con romadizo;
»Famoso entre los poetas,
Tan leído como escrito,

Y de todos celebrado,
Como el día del domingo,
Por las musas pregonado
Mas que jumento perdido,
Por río de arenas de oro,
Sin habérselas cernido;
Llamado sois con razon
De todos sagrado río,
Pues que pasáis por en medio
Del ojo del Arzobispo.
Vos, que en las sierras de Cuenca,
Mirad qué humildes principios,
Nacéis de una fuente cilla
Adonde se orina un risco;
Vos, que por pena cada año,
De vuestros grandes delitos,
Os mienan las espaldas
Mas de docientos mil pinos;
Acordáos de todo aquesto,
Y bajad el toldo, amigo,
Cuando furioso regáis
Los jardines de Filipo;
Quando vuestras aguas sean
Muníciones de mil tiros,
Admiración de los ojos,
Batería de castillos;
Quando mil nevados cisnes
Pasen vuestros vados fríos,
Quando beben vuestras aguas
Mil ciervos de Jesucristo.

LIII.

Manzanares, Manzanares,
Vos, que en todo el acuatismo
Duque sois de los arroyos
Y vizconde de los ríos,
Sobervio correis, mi pluma,
Miércoles sea corvillo
Del polvo canicular.
En que os veréis convertido.
Bien es verdad que os harán
Marqués de Poza en estío
Los que, entrando á veros sucios,
Saldrán de veros no limpios.
No os desvanzeáis por esto,
Que de la piedra sois hijo,
Pues tomastes carne undosa
En las entrañas de un risco.
Euano sois de una prente,
Que pudierais ser marido,
Si al besalla en los tres ojos
Le llegarais al tobillo.
Al tobillo, mucho dije,
A la planta apenas digo,
Y esa no siempre desnuda,
Porque calzada ha vivido.
Solicidad diligente,
Alcanzándoos á vos mismo,
Los abrazos de Jarama,
Minotauro cristalino,
Para que sirváis la copa
A los parientes del signo
Que lame en su pié diamantes
Y pisa en abril zafiros.
Y sepa luego de vos
Todo cuervo masculino
Que de sus agitaciones
Está ya acabado el circo.
La real plaza del Fénix
De Pisuergra ilustre olvido,
Teatro de carantoñas,
Cadahalso de castigos.
Decidles á esos señores
Que há mas que fueron novillos
Que serán sin duda encinas
Deste hermoso edificio.
Espectáculo feroz,
Emulo de los antiguos,
Mas desmentido en España
De dos cañazos moriscos,

Decidles que á tanta fiesta
Prevegan los mas lucidos
Sus martinetes de lino,
Pompa de tantos cintillos;
Que estudien ferocidad,
Y de sus corvos cuchillos,
Si tienen sangre las sombras,
Beban la sangre los filos;
Que salgan de los toriles
Entre feroces y tibios,
Sin bramar á lo casado
Ni escarbar á lo gallino;
Mas si escarbaren, que sea
Para dar luz al abismo (14)
O sepulcros á los muertos
Que no se comieron vivos.
Toros sean de Diomedes,
A cuyo rocín morcillo
El pienso mas venial
Fué un celemin de homicidios;
Que aspiren á ser leones
Para que los haga crizos,
Pluralidad generosa
De reñones bien rompido;
Que mas se querrá un bicornio
Que verse hecho un sotillo
De fresnos azafranados,
Desbarrigando pollinos.
Perdoun que el asonante
Rebuzno ha hecho el relincho
Del que morirá cornado,
Y escudos costó infinitos.
Los menos pues criminales
Por esta vez consentimos
Que rondan, que prendan capas,
Y den en tiado silbos;
Porque un silbo es necesario
Para cómicos delitos,
Manición de mosqueteros,
Que pretendo por amigos;
Que al fin para embravecerse
Vacunos armen garitos
Del juego del hombre, padre
De chachos ó de codillos;
Y á fe que reyes fallados
Y matadores vencidos
Hagan á los bueyes toros,
Y á los toros basiliscos.

LIV.

Erase una vieja
De gloriosa fama,
Amiga de niñas,
De niñas que labran (15).
Para su contento
Alquiló una casa
Donde sus vecinas
Hagan sus coladas.
Con la sed de amor
Corren á la balsa
Cien mil sabandijas
De natura varia,
A que con sus manos,
Pues tiene tal gracia
Como el unicornio,
Bendiga las aguas.
También acudia
La viuda honrada,
Del muerto marido
Sintiendo la falta,
Con tan grande extremo,
Que allí se juntaba
A llorar por él
Lágrimas cansadas.

(14) Sigo el texto de Verges, Faria y otros; algunos leen:

Para dar fin al abismo.

(15) Sigo el texto de Verges. Otras ediciones dicen:

Antigua de niñas.

LV.

A la fábula de Leandro y Ero (16).

Aunque entiendo poco griego,
En mis gregüescos he hallado
Ciertos versos de Musco,
Ni muy duros ni muy blandos.
De dos amantes la historia
Contiene, tan pobres ambos,
Que ella para una linterna,
Y él no tuvo para un barco.
Dice pues que doña Ero
Tuvo por padre á un hidalgo,
Meaide que era de Sexto,
Mal vestido y bien barbado.
Su madre una buena griega,
Con mas partos y pospartos
Que una vaca, y el castillo
Una casa de descalzos.
Cernicalos de uñas negras
En las almenas criados.
Muchos dones á un candil,
Y temporadas todo el año.
También dice este poeta
Que era hijo don Leandro
De un escudero de Avido,
Pobrisimo, pero honrado.
Grandes hombres padre y hijo
De regalarse el verano
Con gigotes de pepino,
Y los inviernos de nabo.
La política del dicato
Cometian luego á un palo,
Vara, y no de vagamundos,
Pues no los ha desterrado.
Era pues el manecbito
Un Narciso iluminado,
Birote de amor, no pobre
De plumas y de penachos.
De su barrio y del ajeno
Diligentísimo braco,
Grande orinador de esquinas,
Pero ventor por el cabo;
Citarista, aunque nocturno,
Y Orfeo tan desgraciado.
Que nunca enfrenó las aguas
Que convocó el dulce canto,
Puesto que ya de Anfiou
Imitando algunos pasos,
Llamó á si muchas mas piedras
Que tuvo el muro telano.
Este pues galan un día,
No sé si á pie ó á caballo,
Salió, Dios en hora buena,
No muy bien acompañado.
Cualquier lector que quisiere
Entrarse en el campo largo
De las obras de Boscan,
Se podrá ir con él despacio;
Que yo á pié quiero ver mas
Un toro suelto en el campo
Que en Boscan un verso suelto,
Aunque sea en un andamio.
Y así, no sé dónde fueron
Ni cómo se convocaron
Los devotos convecinos
De templo tan visitado.
Sé al menos que concurrieron
Cuantos baña comarcas
El sepulcro de la que iba
A las ancas de su hermano.
Esto solo de Musco
Entendi, y abreviando,
A la vela ó romería
Llegó en un rocín muy flaco.

(16) No sé por qué se cree que este romance fué escrito contra Quevedo. No he alcanzado á comprender en qué estriban las alusiones.

El noble alcaide de Sexto
Y la alcáidesa en un asno,
Con perdón de los cofrades,
Doña Ero en un cuartago,
Gallarda de capitolio
Y de sombrero bordado,
Que le prestó para ello
La mujer de un veinticuatro.
Los demás caballeros
En la torre se quedaron,
Cual sin pluma, cual con ella,
Y todos de hambre pidiendo.
Alborotó la aula Ero,
Que el muro del velo blanco
Tenía dos saeteras (47)
Para dos ojos rasgados,
A quien se calaron luego
Dos o tres torzuelos bravos,
Como á buho tal, y entre ellos
El Avidéio bizarro
Piola cual gorrión,
Cacareola cual gallo,
Arrullola cual palomo,
Hizola ruedas cual pavo.
Ella del guante al descuido
Desenvainando una mano,
Lo aseguró y le dió un bello
Cristalino cintarazo.
Quedó aturdimiento el mozueto
Y medio desatinado,
Almibar dejó de amor
Caérsele por los labios.
Poco fué lo que le dijo,
Mas tan dulce, aunque tan bajo,
Que hecho sacristán Cupido,
Le corrió el velo al retablo.
Dejó caer el rebozo,
Y descubrió el sepan cuantos
Esta buena cara vieren
Que han de morir anegados.
Crepúsculo era el cabello
Del día entre oscuro y claro,
Rayos de una blanca frente,
Si hay marfil con negros rayos.
De ébano quiere el Amor
Que las cejas sean dos arcos,
Y no de ébano bruido,
Sino recién aserrado.
Los ojizos negros dicen:
«Aunque negros, gente samo;
Condes somos de Buendía,
Si no somos condes claros.»
Los títulos me perdonen,
Y el dibujo prosigamos,
Que si no los tuvo Grecia,
Los pidió á España prestados.
La nariz algo aguilena,
Que lo corvo vinculado
Lo dejó Ciro á los griegos,
Como alfange en mayorazgo.
De rosas y de jazmines
Mezcló el cielo un encarnado,
Que por darlo á sus mejillas,
Se lo hurtó al alba aquel año.
En dos labios dividido,
Se ríe un clavel rosado,
Guarda-joyas de unas perlas
Que envidia el mar indiano.
Lo torneado del cuello,
Y del pecho el alabastro
Tentaciones son, Señor;
Sed libera nos á malo.
Entre lo que no se ve
Y lo que brujuleamos
Metió una basquiña verde
El baston terciopelado.
Estas eran las bellezas
De aquel idolo de mármol,

Que á razones y á pelliczos
Tenía ya al mozueto blando.
Favoreciéoles la noche,
Prestándoles tiempo, y tanto,
Que se contaron sus vidas,
Y sus muertes concertaron.
Señora madre devota
Se estuvo siempre rezando,
Y señor padre poltrón
Se salió á dormir al patio.
Con esto dieron lugar
A que el galán diese asalto
Y escalase el pecho bobo,
Sin tocar nadie á rebato.
Celebrada pues la fiesta
Por aquellos mismos pasos,
Si bien con otros intentos,
Que vinieron, se tornaron.
Pulgas pican al pelon,
Y tienenlo tan picado,
Que diera al tiempo las plumas
De su sombrerillo pardo,
Para que lo sincopara
El término señalado
A los gustos no cumplidos
Y á los días malogrados.
Llegó al fin, que no debiera,
En un día muy nublado
Y una noche muy lluviosa,
Luto el uno, el otro llanto.
Apenas la oscura noche
Las cintas se ató del manto,
Y no del manto de lustre,
Sino de soplos del austro,
Cuando el mozueto orgulloso
Hácia el mar alborotado
Un pié con otro se fué
Descalzando los zapatos.
Llegó desnudo á la orilla,
Donde estuvieron un rato,
Las faldas de la camisa
A las olas imitando,
Haciendo con el estrecho,
Que ya le parece ancho,
Lo que el día de la purga
El enfermo con el vaso.
La trémula seña aguarda
Que de luz corone lo alto,
Si tanta distancia puede
Vencella farol tan flaco.
Présaga al fin del suceso,
Turbada salió del caso,
Y cobarde al fiero soplo
Del animoso contrario.
Leandro, en viendo la luz,
La arena besa, y gallardo,
«¡Oh de la estrella de Vénus,
Le dice, ilustre traslado!
»Norte eres ya de un bajel
De cuatro remos por banco;
Si naufragare, serás
Santelmo de su naufragio.
»A tus rayos me encomiendo;
Que si me ayudan tus rayos,
Mal podrá un brazo de mar
Contrastar á mis dos brazos.»
Esto dijo, y repitiendo
Ero y Amor, cual villano
Que á la carrera ligero
Solicita el rojo palio.

LVI.

Continuación del anterior.

Arrojóse el mancebito
Al charco de los atunes,
Como si fuera el estrecho
Poco mas de media azumbre.
Ya se va dejando atrás
Las pedorreras azules

Con que enamoró en Avidó
Mil mozuetas agrídulces.
Del estrecho la mitad
Pasaba con pesadumbre,
Los ojos en el candil,
Que del fin temblando luce,
Cuando el enemigo cielo
Disparó sus arcabuces,
Se desatacó la noche
Y se orinaron las nubes.
Los vientos desenfrenados
Parece que entonces huyen
Del orden donde los tuvo
El griego de los embustes.
El fiero mar alterado,
Que ya sufrió como un yunque
Al ejército de Jérrjes,
Hoy un mozueto no sufre.
Mas el animoso jóven
Con los ojos cuando sube,
Con el alma cuando baja,
Siempre su uorte descubre.
No hay ninfa de Vesta alguna
Que así de su fuego cuide
Como la dama de Sexto
Cuida de guardar su lumbré.
Con las almenas la ampara,
Porque ve lo que le cumple;
Con las manos la deliende
Y con las ropas la cubre.
Pero poco le aprovecha,
Por mas remedios que use;
Que el viento con su esperanza
Y con la llama concluye.
Ella, entonces derramando
Dos mil perlas de ambas luces,
A Vénus y Amor promete
Sacrificios y perfumes.
Pero Amor, como llovía
Y estaba en cueros, no acude,
Ni Vénus, porque con Marte
Está cenando unas ubres.
El amador, en perdiendo
El farol que lo conduce,
Menos nada y mas trabaja,
Mas teme y menos presume.
Ya tiene menos vigor,
Ya mas veces se zabulle,
Ya ve en el agua la muerte,
Ya se acaba, ya se hunde.
Apenas espiró, cuando,
Bien fuera de su costumbre,
Cuatro palanquines vientos
A la orilla lo sacuden.
Al pié de la anada torre
Donde Ero se consume
No deja estrella en el cielo
Que no maldiga y acuse.
Y viendo el difunto cuerpo,
La vez que se lo descubren,
De los relámpagos grandes
Las temerosas vislumbres,
Desde el alta torre envía
El cuerpo á su amante dulce,
Y el alma donde se queman
Pastillas de piedra azufre.
Apenas del mar salía
El sol á rayar las cumbres,
Cuando la doncella de Ero,
Temiendo el suceso, acude;
Y viendo hecha pedazos
Aquella flor de virtudes.
De cada ojo derrama
De lágrimas dos almudes.
Juntando los mal logrados
Con un punzon de un estuche,
Hizo que estas tristes letras
Una blanca piedra ocupe:
«Ero somos y Leandro,
No menos necios que ilustres,
En amores y firmezas
Al mundo ejemplos comunes.

(47) Unos leen *saeteras*, y otros *saetias*.
Lo mismo dicen ambas lecciones.

»El amor, como dos huevos,
Quebrantó nuestras saludes;
El fué pasado por agua,
Y yo estrellado fin tuve.
»Hogamos á nuestros padres
Que no se pongan capuces;
Sino, pues un fin tuvimos,
Una tierra nos sepulte.»

LVII.

A la fábula de Piramo y Tisbe (48).

La ciudad de Babilonia,
Famosa, no por sus muros,
Fuesen de tierra cocidos,
O sean de tierra crudos;
Sino por los dos amantes
Desdichados hijos suyos,
Que, muertos, y en un estoque,
Han peregrinado el mundo;
Citarista dulce, hija
Del archipoeta rubio,
Si al brazo de mi instrumento
Le solicitas el pulso,
Digno sugeto será
De las orejas del vulgo;
Popular aplauso quiero,
Perdónenme sus tribunales.
Piramo fueron y Tisbe,
Los que en verso hizo culto
El licenciado Nason,
Bien romo ó bien narigudo.
Dejar el dulce candor
Lastimosamente oscuro
Al que título de seda
Fue de los dos casquilucios,
Moral que los hospedó,
Y fué condenado al punto,
Si del Tigris no en raíces,
De los amantes en fruto.
Estos pues dos babilonios
Vecinos nacieron mucho,
Y tanto, que una pared
De oídos no muy agudos
En los años de su infancia
Oyó á las cunas los tumbos,
A los niños los gorgoros,
Y á las amas los arrullos.
Oyólos, y aquellos días
Tan bien la audiencia le supo,
Que años despues se hizo
Rajas en servicio suyo.
En el interin nos digan
Los mal formados rasguños
De los pinceles de un ganso
Sus dos hermosos dibujos,
Terso marfil su esplendor
No sin modestia interpuso
Entre las ondas de un sol
Y la luz de dos carbunclos.
Libertad dice llorada
El corvo suave luto
De unas cejas, cuyos arcos
No serenaron diluvios.
Luciente cristal lascivo,
La tez digo de su vulto,
Vaso era de claveles
Y de jazmines confusos.
Arbitro de tantas flores,
Lugar el olfato obtuvo
En forma, no de nariz,
Sino de un blanco almendracón.
Un rubi concede ó niega,
Segun alternar le plugo.

Entre doce perlas netas
Veinte aljófares menudos.
De plata bruñida era
Proporcionado cañuto
El órgano de la voz
La cerbatana del gusto.
Las pechugas, si hubo fénix,
Suyas son; si no lo hubo,
De los jardines de Vénus
Pomos eran no maduros.
El ecetera es de mármol,
Cuyos relieves ocultos
Ultraje morbido hicieran
A los divinos desnudos.
La vez que se vistió Páris
La garnacha de Licurgo,
Cuando Pálas por velloso
Y por zamba perdió Juno,
A esta desde el primero (49)
Umbral de su primer lustro,
Niña la estimó el Amor
De los ojos que no tuvo.
Creció deidad, creció envidia
De un sexo y otro, ¿qué mucho
Que la fe erigiese aras
A quien la emulacion culto?
Tantas veces de los templos
A sus posadas redujo
Sin libertad los galanes,
Y las damas sin orgullo,
Que viendo quien la vistió,
Nueve meses que la trujo,
De terciopelo de tripa
Su peligro en los concursos,
Las reliquias de Tisbica
Engastó en lo mas recluso
De su retrete, negado
Aun á los átomos puros.
¡Oh Piramo! lo que hace
Joveneto ya robusto,
Que sin alas podía ser
Hijo de Vénus, segundo
Narciso, no el de las flores,
Pompa que vocal sepulcro
Construyó á su boboneilla
En el valle mas profunda.
Sino un Adónis caldeo,
Ni jarifo ni membrudo,
Que traía las orejas
En las jaulas de dos tufos.
Su copetazo pelusa,
Si tafetan su testuzo,
Sus mejillas mucho raso,
Su bozo poco velludo;
Dos espadas eran negras
A lo dulcemente rufo
Sus cejas, que las doblaron
Dos estocadas de puño.
Al fin en Piramo quiso
Encarnar Cupido un chuzo,
El mejor de su armería,
Con su herramienta al uso.
Este pues era el vecino,
El amante y aun el cuyo
De la tórtola doncella
Gemidora á lo viudo;
Que de las penas de amor
Encarecimiento es sumo
Escuchar ondas sediento
Quien siente frutas ayuno.
Intimado el entredicho
De un ladrillo y otro duro,
Llorando Piramo estaba
Apartamientos conjuntos,
Cuando fatal carabela,
Emula, mas no del humo,
En los corsos repartidos (50)

Aterró puerto seguro.

Familar tapetada,
Que a mi á pesar de loadusto,
Alhi fué, y alhi á quien debe
Tantos solares anuncios,
Calificarle sus pasas
A fuer de aurora propuso;
Los críticos me perdonen
Si dijere con ligustros.
Abrazóla sobacada (1),
Y no de clavos málucos,
En nombre de la azucena,
Desmentidora del tufó,
Siendo aforismo aguileño,
Que matar basta á un diluto
Cualquier olor de costado,
O sea morecillo ó rucio (2).
Al estoraje de Congo
Volcanos, Dios en ayuso,
A la que cuatro de á ocho
Argentaron el pantullo.
Abispa con libramiento
No voló como ella anduvo,
Menos un torno responde
A los devotos impulsos
Que la mullata se gira
A los pensamientos mudos;
¡Oh destino inducidor
De lo que has de ser verdugo!
Un día que subió Tisbe,
Humedeciendo discursos,
A enjugarlos en la cuerda
De un inquieto columpio,
Halló en el desvan acaso
Una rima que compuso
La pared sin ser poeta,
Mas clara que las de alguno (3).
Había la noche antes
Soñado sus infortunios,
Y viendo el resquicio, entonces,
«Esta es, dijo, no lo dudo;
»Esta es, Piramo, la herida
Que en aquel sueño importuno
Abrió dos veces el mio
Cuando una el pecho tuyo.
»La fe que se debe á sueños
Y á celestiales influjos
Bien lo dice de mi aya
El incrédulo repulgo.
»Lo que he visto á ojos cerrados
Mas auténtico presumo
Que del amor que conozco
Los favores que descubro.
»Efecto improviso es,
No de los años dinturno,
Sino de un niño en lo flaco
Y de un dios en lo oportuno (4).
»Pared que nació conmigo,
Del amor solo el estudio,
No la fuerza de la edad,
Desatar sus piedras pudo;
»Mas ¡ay! que taladró niño
Lo que dilatara astuto;
Que no poco daño á Troya
Breve portillo introdujo.
»La vista que nos dispensa
Le desmienta el atributo
De ciego en la que le ata
Ociosa venda el abuso.»
Llegó en esto la morena
Los tálares de Mercurio,
Calzada en la diligencia

(1) Otros leen *sobarcada*; Pellicer dice que aquí se entiende que abrazó á la negra, que venia oliendo á *sobaquina*.

(2) Es decir, sea de blanca ó de negra, el olor del costado.

(3) Este alguno es Quevedo; otros leen: que la de alguno.

(4) Pellicer pone *importuno*.

(48) Contra este romance se escribió una redondilla que decía:

Este romance compuso
El poeta Soledad,
En lo largo la ciudad,
Babilonia en lo confuso.

(49) Así Pellicer; otros leen:

A esta desde el glorioso.

(50) Pellicer dice que algunos manuscritos leen: *corsos repetidos*, pero mal.

De diez argentados puntos;
Y viendo extinguidos ya
Sus poderes absolutos
Por el hijo de la tapia,
Que tiene veces de nuncio,
Si distinguirse podía
La turbación de lo turbio,
Su ejercicio ya frustrado
Le dejó el ébano sucio.
Otoigó al fin el infausto
Abocamiento futuro,
Y citando la otra parte,
Sus mismos autos repuso.
Con la pestaña de un lince
Barrenando estaba el muro,
Si no adormeciendo Argos
De la suegra sustitutos.
Cuando Piramo, citado,
Telares rompiendo inmundos,
Que la emula de Pálas
Dió á los divinos insultos,
«Barco ya dé vistas, dijo,
Angosto no, sino augustó,
Que velas hecho tu lastre,
Nadas mas cuando mas surto.
»Poco espacio me concedes,
Mas basta; que á Palinuro
Mucho mar le dejó ver
El primero breve surco.
»Sí á un leño conductor
De la conquista ó del hurto,
De una piel fueron los dioses
Remuneradores justos,
»A un bajel que pisa inmóvil
Un Mediterráneo enjuto
Con los suspiros de un sol
Bien le deberán coluros.
»Tus bordes beso, piloto,
Ya que no tu quilla buzo,
Si revocando su voz (5)
Favorecieres mi asunto.»
Dando luego á sus deseos
El tiempo mas oportuno,
Frecientaron el desvan
Escuela ya de sus cursos.
Lirones siempre de Febo,
Si de Diana lechuzos,
Se bebían las palabras
En el polvo del conducto.
»Cuántas veces impaciente
Metió el brazo, que no cupo,
El garzon, y lo atentado
Lo revocaron por nulo!
»Cuántas el impedimento
Acusaron de consuno,
El pozo que es de por medio,
Si no se besan los cubos!
Orador Piramo entonces,
Las armas jugó de Tulio;
Que no hay aspid vigilante
A poderosos conjures.
Amor, que los asistía,
El vergonzoso capullo
Desnudo á la virgen rosa
Que desprecia el tío jugo.
Abrió su esplendor la boba,
Y á seguillo se dispuso;
Trágica resolución,
Digna de mayor coturno.
Media noche era por filo,
Hora que el farol nocturno,
Reventando de muy casto,
Campaba de muy sañudo.
Cuando tropezando Tisbe,
A la calle dió el pié zurdo,
De no pocos endechada
Caniculares ahullós.
Dejó la ciudad de Nino,
Y al salir funesto buho

Alcándara hizo umbrosa
Un verdinegro aceituno.
Sus pasos dirigió donde
Por las bocas de dos brutos
Tres ó cuatro siglos há
Que está escupiendo Neptuno.
Cansada llegó á su margen,
A pesar del abril, mustio,
Y lagrimosa, la fuente
Enronqueció su murmurio.
Olmo que en jóvenes hojas
Disimula años adultos,
De su vid florida entonces
En los mas lascivos nudos,
Un rayo sin escuderos,
O de luz ó de tumulto,
Le desvaneció la pompa,
Y el tálamo descompuso.
No fué nada; á cien lejas
Dió ceniza ¡oh cielo injusto!
Si tremendo en el castigo,
Portentoso en el indulto.
La planta mas convecina
Quedó verde, el seco junco
Ignoró aun lo mas ardiente
Del acelerado incurso.
Cintia caló el papahigo
A todo su plenilunio
De temores vellories,
Que ella dice que son nublós.
Tisbe entre pavores tantos
Solicitando refugios,
A las ruinas apela
De un edificio caduco.
Ejecutarlo quería,
Cuando la selva produjo
Del egipcio ó del tebano
Un cleoneo triunfo.
Que en un próximo cebado,
No sé si merino burdo,
Babeando sangre, hizo
El cristal liquido impuro.
Temerosa de la fiera
Aun mas que del estornudo
De Júpiter, puesto que
Sobresalto fué machucho,
Huye, perdiendo en la fuga
El manto; ¡fatal descuido,
Que pronuncio bara
Al señor Piramiburro!
A los estragos se acoge
De aquel antiguo reducto,
Noble ya, edificio agora
Jurisdiccion de Vertumno.
Alondra no con la tierra
Se cosió al menor barrunto
De esmerjon, como la triste
Con el tronco de un sauco.
Bebió la fiera, dejando
Torpemente rubicundo
El cendal que fué de Tisbe,
Y el monte penetró inculto (6).
En esto llegó el tardon,
Que la rouda le detuvo
Sobre el quitalle el que fué
Aun envainado verdugo.
Llegó (pisando cenizas
Del lastimoso trasunto
De sus bodas) á la fuente
Al término constituto;
Y no hallando la moza,
Entre ronco y tartamudo
Se enjugó con sus palabras,
Regulador de minutos.
De su alma la mitad
Cita á voces, mas sin fruto;
Que socarrón se las niega
El eco mas campanudo.
Troncos examina huecos,

Mas no le ofrece ninguno
El panal que solicita
En aquellos senos rudos.
Madama Luna á este tiempo,
A petición de Saturno,
El velo corrió al melindre,
Y el papahigo depuso
Para leer los testigos
Del proceso ya concluso,
Que publicar mandó el hado,
Cual mas, cual menos perjuro;
Las huellas cuadrupedales
Del coronado abrenuncio,
Que en esta sazón bramando
Tocó á visperas de susto;
Las espumas que la yerba
Mas sangrienta las expuso;
Que el signo las babeó,
Pompa rugiente de Julio.
Indignamente extragado
Los pedazos mal difusos
Del velo de su retablo,
Que va de sus duelos juzgo,
Viólos, y al reconocellos
Mármol obediente al duro
Cíncel de Lisipo, tanto
No ya desmintió lo esculto,
Como Piramo lo vivo,
Pendiente en un pié á lo grullo,
Sombra hecho de si mismo,
Con facultades de bulto.
Las señas repite falsas
Del engaño á quien le indujo
Su fortuna, contra quien
Ni lanza vale ni escudo.
Esparcidos imagina
Por el fragoso arcabuco,
»Eburneos diré ó divinos?
Divinos digo y eburneos,
Los bellos miembros de Tisbe,
Y aquí otra vez se traspuso
Fatigando á Praxilètes,
Sobre copiallo de estuco.
La Parca en esto, las manos
En la rueca y en el huso,
Como dicen, y los ojos
En el vital estatuto,
Inexorable sonó
La dura tijera, á cuyo
Mortal son Piramo vuelto
Del parasismo profundo,
El acero que Vulcano
Templó en venenosos zumos,
Eficazmente mortales
Y mágicamente infusos,
Valeroso desnudo,
Y no como el otro Mucio
Asó intrépido la mano,
Sino el asador tradujo
Por el pecho á las espaldas.
»Oh tantas veces insulso,
Cuántas vueltas á tu yerro
Los siglos dieran futuros!
»Tan mal te oía la vida,
O bien, hi de puta puto,
El que sobre tu cabeza
Pusiera un cuerno de juro?
De violas coronada
La aurora salió con zuño,
Cuando un gemido de á ocho
(Aunque mal distinto el cuño),
Cual engañada avecilla
De cautivo contrapunto,
A implicarse desalada
En la hermana del engrudo,
La llevó donde el cuitado
En su postrimero turno
Desperdiciaba la sangre
Que recibió por embudo.
Ofrecele su regazo,
Y yo le ofrezco en su muslo
Desplumadas las delicias

(5) Otros leen: *mi voz*.(6) Así Pellicer; otros leen: *el bosque*.

Del pájaro de Catulo (7).

En cuanto boca con boca,
Confitándole disgustos
Y heredándole aun los trastos
Menos vitales, estuvo;

Espiró al fin en sus labios;
Y ella con semblante enjuto,
Que pudiera por sereno
Acatarrar á un centurio
Con todo su morrion,
Haciendo el alma trabuco
De un jay! se cayó en la espada
Aquella vez que le cupo.

Prodigio desató el yerto,
Si cruel, un largo flujo
De rubies de Ceilan
Sobre esmeraldas de Muso.

Hermosa quedó la muerte
En los lilijs amatuntos
Que salpicó dulce hiel,
Que tiñó palor venusto.

Lloraron con el Eufrates,
No solo el fiero Danubio,
El siempre Arájes flechero,
Cuando parto y cuando turco;
Mas con su llanto lavaron
El Baccetoro diurno,
Cuando sale el Ganges loro,
Cuando vuelve el Tajo rubio.

El blanco moral de cuanto
Humor se bebió purpureo
Sabrosos granates fueron
O testimonio ó tributo.

Sus muy reverendos padres,
Arrastrando luengos lutos
Con mas colas que cometas,
Con mas pendientes que pulpos,
Jaspes y demás colores

Que un áulico disimulo
Ocuparon en su huesa,
Que el siro llama sepulcro;

Aunque es tradicion constante,
Si los tiempos no confundo
De cronógrafos, me atengo (8)
Al que calzare mas justo,

Que ascendiente pio de aquel
Desvanecido Nabuco,
Que pació el campo medio hombre,
Medio fiera y todo mulo,

En urna dejó decente
Los nobles polvos inelusos,
Que absolvieron de ser huesos
Cinamomo y calambuco.

Y en letras de oro: «Aquí yacen
Individuamente juntos,
A pesar del Amor, dos,
A pesar del número, uno.»

LVIII.

Al pié de un álamo negro,
Y mas que negro bozal,
Pues há tanto que no sabe
Sino gemir ó callar,

Algo apartado de Esgueva,
Porque el sucio Esgueva es tal,
Que ni aun los álamos quieren
Dalle sus piés á besar,

(7) Pelliecer dice: «Es una malicia de
don Luis de muy buen aire; pero quédesse
en malicia, sin que le demos explicacion.»

El traductor ó imitador de Catulo fué don
Estéban Manuel de Villégas, que empieza
así sus Delicias:

Mis dulces castinelas,
Mis suaves delicias,
A los veinte limadas,
A los catorce escritas.

(8) Otros leen: *cronólogos*.

Estaba en lo mas ardiente
De un día canicular,
Entre dos cigarras, que
Le cantan el sol que lá,
Un miéroleos de ceniza,
Vestido de humanidad,
A cuya mesa ayunaron
Los mártres de Carnaval,
Un hidalgo introduciendo
En las cuchilladas paz
De un follado incorregible,
Puesto que mayor de edad;
Que la vejez de unas calzas
Desgarros contiene mas
Que la juventud traviesa
Del cantado escarraman.
Repararlas pretendia,
Si se pueden reparar
Cuchilladas tan mortales
Con una aguja no mas.
Mecánica valentia,

Bien que su temeridad
Lo va entrando en un confuso
Laberinto criminal.

Donde fincara, no obstante
Que con fin particular
Envaine su dueño el mismo
Dedalísimo dedal;

Porque le ha metido el hilo,
Y ha de quedarse ó andar
Requiriendo á fojas ciento
Las verdes bragas de Adan.

Congójalo esto de suerte,
Que desatado nos da
Lo rengifo en el sudor
A veinte mil el miliar;

Porque el sudor de un hidalgo
Todo ha de ser calidad,
Tanto, que su escarpin diga
A cien pasos el solar.

Mayores el sol hacia
Las sombras del árbol ya,
Cuando el prado pisó alegre
La portada del lugar.

Temiendo pues que la gente
No gustase de pasar
Por las que fueron calzadas
A vista del arrabal,

Justicia en dos puntos hecho,
Si vara de tafetan,
Por lo menos llama cuantos
De laton esbirros trae,

Alfileres que le prendan
Lo que pendiendo de atrás
Nos hacia su pendencia
Sentir no bien y ver mal.

Consiguiólo, y atacando
Las que por su antigüedad
Primadas fueron de España,
A mi voto en Portugal

A solicitarse fué
Dos mulas de cordoban,
Que le hierren de ramplon
Vecinos de Fregenal.

Infante quiere seguir
A los principes que irán
Con su majestad á Irún
El octubre que vendrá.

Previene pues carruaje,
No alegue anterioridad,
Cualque marqués de Alfarache
O conde de Rabanal.

Porque si no, Montesino
Montañas desea catar
A Francia, y con el de Guisa
Tener estrecha amistad;

Que tanta hambre, no solo
Cafa á Paris la ciudad,
Sino á la mesa redonda
Do los doce comen pan.

Penetrar quiere aquel reino,
Pues á la necesidad

Debe cuanto lemosino
En Francia puede gastar.

Seguro de encontrar nones
Donde tantos pares hay,
Si ya no es que en latin
Son mas francos que en vulgar.

No está España para pobres,
Donde esconde caña cual
En el arca de Noé
Lo que vais á demandar.

Las espaldas vuelven todos
Al pedir con prisa tal,
Que al que buseais con un peto
Le hallaréis con espaldar.

Esto pues hara á Reginfo,
Llevando mas de real
En las venas que en la bolsa,
Seguir á su majestad.

LIX.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, un caba-
llero de Córdoba.

Temn tanto los serenos,
Serenisimo compadre,
Que a mis picados deseos
Les doy la casa por cárcel.

Escapé de las quemadas
Con un romadizo grave;
Porque sienes de portas
No se entienden con el aire.

Y así, guardo mi persona
Debajo de treinta llaves,
Porque donde no hay salud,
Ni hay gracia ni habra sepades.

Sabe Dios, señor don Pedro,
Si no fuera allá, y Dios sabe,
Si no temiera los bordes
De los candeleros grandes,

Ya que los de las bujias,
Cual pecados veniales,
Gastaron de agua bendita
Lo que ahorraron de sangre;

Temoos mucho, porque se
Que padecieron tres naipes
Muerte y pasion porque algunos
Pecadores se salvaron;

Pecadores que se ponen
Por lo menos á llevarse
Desde la oreja al bigote
Los puntos que no lográstes.

Mas al fin en esas cartas
La cólera desarmastes,
Como el toro, que en la capa
Ejeenta su coraje.

Sin duda el lagarto rojo,
Que os marca la mejor parte
Del pecho, cuando perdeis
Os da bocados mortales,

O lo que tiene de espada
Lo muestra en atravesarse
Por el tierno corazon
Que afligidas alas bate.

Gallarda insignia, esplendor
De reales estandartes,
Que das esfuerzo en las guerras
Y calidad en las paces,

Si ya en tu virtud hicieron
Los antiguos capitanes
Rios de sangre africana,
Montes de cuerpos alarbes,

No permitas que un cruzado,
En tu órden militante,
Soberbias armas empuñe
Y humildes cristianos mate.

Con todo eso, saldre al campo,
Con tal que no muera nadie
Y que al balcon de la alcoba
Nos parta el sol de la tarde,

Hasta la hora que Reyes,
Mulatero gerifalte,

Se ceba en pechos de grajas
Y en piernas de alcarabanes.
Buenas noches, gran señor
Del pueblo de Gruinimague,
Y tan buenas, que el doctor
Nos ronde los arrabales.

LX.

Despuntando mil agujas
En vestir al moriscote,
Ya de puro terciopelo,
Ya de agnado chamelote,
No mas capellar con cifra
Ni mas adarga con mote;
Que ni yo soy boticario
Ni Albayaldos era bote;
Galanes los que acaudilla
El del arco y del birote,
O tengais el bozo en flor
O espinas en el bigote,
Escuchad los desvarios
De un poeta monigote
En cuarenta consonantes
Destilados del cogote;
Escuchad las desventuras
Del mas triste galeote
Que dió en las conchas de Vénus
Las espaldas al azote.
Partir quiere á la visita
De un pastor y sacerdote,
Que se casa con su iglesia,
Con cuarenta mil de dote.
Alborótele esta ausencia,
Y no es mucho le alborote;
Que en casa del condenado
Suenan mal cuerda y garrote;
Porque en otra ida y venida
Cierta fullerero angelote
A la honra le dió pique
Y á la hacienda capote.
Esperando esta pelota
Dicen que está un don Pelote,
Para que haciendo él falta,
La toque del primer bote.
Para volar su perdis
Ha jurado un tagarote,
Que en viéndole con espuelas,
Se quitará el caprote.
Y cierto amigo que tiene
Su poco de Escariote
Dice que quiere probar
La conserva de pipote.
Conjurado se han los tres
De hacer al pobre zote
Vecino de las riberas
De Jarama ó de Torote.
¡A las armas, mozalbitos,
Que un navio filipote
Os espera en el Ferrol!
¡Plegue a Dios que se derrote!
Haced en Inglaterra
Nobilísimo cerote,
Reduciendo al calvinista,
Saqueando al hugonote;
Que sin venir de Bretaña
No puede haber Lanzarote,
Aunque sea el que ministra
A Júpiter el zambrote.
Dejad caminar al triste
Macías ó mazacote,
A la ausencia y á los celos
Componiendo un estrambote.
Dejaldo vuelva á jugar
Con su querida en un trote;
El dice que de picado,
Yo digo que de guillote.
Dejad que ella en su partida
Crezca el mar y el suelo agote,
Fingiendo ofender su rostro,
Sin dársele un piparote.

Que le jure que en su ausencia
Se vestirá de picote,
Se tocará lienzo crudo
Y se cubrirá anascote;
Y en hábito de culebra
Luego otro día se ensote,
Donde algun mártir asado
Se lo sirvan en gigote.
Dejadlo, por vida mía,
Y de camino se note
Que no hay fianza segura
Ni posada sin escote.

LXI.

Ahora, que estoy despacio,
Cantar quiero en mi handurria
Lo que en mas grave instrumento
Cantara; mas no me escuchan.
Arrimense ya las veras
Y celebrense las burlas;
Pues da el mundo en niñerías,
Al fin como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas;
Con mi perro y mi huron
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo
Y por guardar las velludas,
Fatigaba el verde suelo,
Donde mil arroyos cruzan
Como sierpes de cristal
Entre la yerba menuda,
Ya cantando orilla el agua,
Ya cazando en la espesura
Del modo que se ofrecian
Los conejos ó las musas.
Volvía de noche á casa,
Dormía á sueño y soltura,
No me despertaban penas
Mientras me dejaban pulgas;
En la botica otras veces
Me daba muy buenas zarras
Del triunfo con el alcalde,
Del ajedrez con el cura;
Gobernaba de allí el mundo,
Dándole á soplos ayuda
A las católicas velas
Que el mar de Bretaña surcan;
Y hecho otro nuevo Alcides,
Trasladaba sus columnas
De Gibraltar al Japon
Con su segundo *plus ultra*;
Daba luego vuelta á Flándes,
Y de su guerra importuna
Atribuía la palma,
Ya á la fuerza, ya á la industria;
Y con el beneficiado,
Que era doctor por Osuna,
Sobre Antonio de Lebrija
Tenia cien mil disputas.
Arguíamos tambien,
Metidos en mas honduras,
Si se podían comer
Espárragos sin la bula.
Veníame por la plaza,
Y de paso vez alguna
Para mí compraba pollos,
Para mis vecinas turmas (9).
Comadres me visitaban,
Que en el pueblo tenia muchas;
Ellas me llaman compadre
Y taíta sus criaturas.
Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura

Ellas ponían el dedal
Y yo ponía la aguja.
La vez que se me ofrecía
Caminar á Extremadura,
Entre las mas ricas dellas
Me daban cabalgadura.
A todas quería bien,
Con todas tenía ventura,
Porque á todas igualaba
Como tijeras de murtas (10).
Esta era mi vida, Amor,
Antes que las flechas tuyas
Me hicieran su terrero
Y blanco de desventuras.
Enseñásteme, traidor,
La mañana de San Lúcas
En un rostro como almendras
Ojos garzos, trenzas rubias.
Tales eran trenzas y ojos,
Que tengo por muy sin duda
Que cayera en tentación
Un viejo con estangurria.
Desde entonces acá sé
Que matas y que aseguras,
Que das en el corazón
Y que á los ojos apuntas;
Sé que nadie se te escapa,
Pues cuando mas de ti huya,
No hay vara de Inquisición
Que así halle al que tú buscas;
Sé que es tu guerra civil
Y sé que es tu paz de Judas;
Que esperas para batalla
Y convidas para justa;
Sé que te armas de diamante
Y nos das lanzas de juncia,
Y para arneses de vidrio
Espada de acero empuñas;
Sé que es la del rey Fineo
Tu mesa, y tu cama dura
Potro en que nos das tormento;
Tu sueño, sueño de grullas;
Sé que para el bien te duermes
Y que para el mal madrugas,
Que te sirves como grande
Y que pagas como mula.
Perdona pues mi bonete;
No muestres en él tu furia;
Válgame esta vez la Iglesia;
Mira que te descomulga (11).
Levantas el arco y vuelves (12)
De tus saetas las puntas
Contra los que sus juicios
Significan bien sus plumas;
Mas con los que ciñen armas
Bien callas y disimulas;
De gallina son tus alas,
Véte para hi de puta.

LXII.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema,
Moro alcaide, y no Bellido (13),
Amador con ajaqueca,
Arrocinado de cara
Y carigordo de piernas;
(10) Otros leen: *tijeras de mula*.
(11) Faria lee:
Mira bien que descomulga.
(12) Algunos leen en imperativo los dos
verbos de este verso, pero no vienen bien
con los que luego se hallan.
(13) Alusión al romance:
Moro alcaide, moro alcaide,
El de la bellida barba.

(9) Algunos leen equivocadamente *plumas*.

No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga;
Ni en la banderilla letra;
Porque es el moro idiota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres deste tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el río,
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorara en dos hazas mías,
Acudiera á diez hanegas.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se da de memorias,
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mora berengenas.
Contempla luego en Velaja (14),
La cual, mientras la contempla,
Olas de imaginacion
O se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos
Y flechas de amor las cejas.
El Moro, contemplativo,
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernicalos de niñas prietas.
«Ay Mora bella, le dice,
No menos dulce que bella,
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
»—¡Ay, Moro, mas gemidor
Que el eje de una carreta!
Fues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
»—Recibe allá este suspiro
Y este llanto desta tierra,
Donde el rey me ha desterrado
Y mis cuidados me entierran.
»—Llore alto, moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Mas de noventa y seis leguas.»
En esto, ya saltado
De una varonil vergüenza,
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.
También se apea el galán,
Porque quiere en el arena
Sembrar perejil guisado
Para vuestras reverencias.

LXIII.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el coipño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y alba negra;
Y á mi me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,

Media de estameña;
Y si hace bueno
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela,
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino
Cuan lo fué á la feria.
Irémos á misa,
Verémos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela,
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas,
Juana y Magdalena,
Y las dos primillas,
Marica y la tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta;
Y al son del adufe
Cantará Andregüela;
«No me aprovecharon,
Madre, las yerbas;»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la huerta
Anaranjeamos
Las Carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas
Yo y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca,
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.

LXIV.

Hanme dicho, hermanas,
Que tenéis cosquillas
De ver al que hizo
A hermana Marica.
Porque no mováis (15)
El mismo os envia

De su misma mano
Su persona misma,
Digo su agüelaña
Filomocosa,
Ya que no pintada,
Al menos escrita;
Y su condicion,
Que es tan peregrina
Como cuantos vienen
De Francia á Galicia.
Cuanto á lo primero
Es su señoría
Un bendito zote
De muy buena vida,
Que come á las diez
Y cena de día,
Que duerme en mollido
Y bebe con gnuadas;
En los años mozo,
Viejo en las desdichas,
Abierto de sienes,
Cerrado de encias;
No es grande de cuerpo,
Pero bien podría
De cualquier higuera
Alcanzaros higas;
La cabeza al uso,
Muy bien repartida,
El cogote atrás,
La corona encima;
La frente espaciosa,
Escombrada y limpia,
Aunque con rincones,
Cual plaza de villa;
Las cejas en areos,
Como ballestillas
De sangrar á aquellos
Que con el pie firman;
Los ojos son grandes,
Y mayor la vista,
Pues conoce un gallo (16)
Entre cien gallinas;
La nariz es corva,
Tal que bien podría
Servir de alquitara
En una botica;
La boca no es buena,
Pero á mediodía,
Le da ella mas gusto
Que la de su niña;
La barba ni corta
Ni mucho crecida,
Porque así se ahorra
Cuellos de camisas;
Fué un tiempo castaña,
Pero ya es morecilla;
Volverán penas
En rucia ó tordilla;
Los hombros y espaldas
Son tales, que habria,
A ser el san Blas,
Para mil reliquias;
Lo demás, señoras,
Que el manto cobija,
Parte son visiones,
Parte maravillas.
Sé decir al menos
Que en sus niñerías
Ni pide á vecinos
Ni falta á vecinas.
De su condicion
Deciros podría,
Como quien la tiene
Tan reconocida,

neutro; porque no mováis, significa porque
no abortéis; otros leen:

Porque no os mováis.

La primera leccion conviene mas á la ma-
licia de Góscora.

(16) Otros leen equivocadamente galgo.

(14) Otros leen *belaja*, y otros *alhoja*.

Que es el mozo alegre,
Aunque su alegría
Paga mil pensiones
A la melarquía.
Es de tal humor,
Que en salud se cria
Muy sano, aunque no
De los de Castilla;
Es mancebo rico
Desde las mantillas,
Pues tiene, demás
De una sacristía,
Barcos en la tierra,
Y en el río viñas,
Molinos de aceite
Que hacen harina;
Un jardín de flores,
Y una muy gran silva
De varia lección,
Adonde se crían
Arboles que llevan,
Después de vendimias,
A poder de estiércol
Pasas de lejía;
Es enamorado
Tau en demasia,
Que es un mazacote,
¿Qué digo? no Macías (17);
Aunque no se muere
Por aquestas niñas
Que quieren con presa
Y piden con pinta,
Bales un botín,
Dos octavas rimas,
Tres sortijas negras,
Cuatro clavellinas;
Y á las damiselas
Mas graves y ricas
Costosos regalos,
Joyas peregrinas;
Porque para ellas
Trae cuanto de Indias
Guardan en sus senos
Lishoa y Sevilla;
Tráeles de las bueltas
Regalos de limas,
Y de los arroyos
Joyas de la China.
Tampoco es amigo
De andar por esquinas
Vestido de acero,
Como de palmilla;
Porque para el
Del Ave-Maria
A el cuarto del Alá
Anda la estantigua;
Y porque á su abuela
Oyó que tenían
Los de su linaje
No mas de una vida.
Así desde entonces
La conserva y mira
Mejor que oro en paño
O pera en almibar;
No es de los curiosos
A quien califican
Papeles de nuevas
De estado ó milicia;
Porque son, y es cierto,
Que el Bernia lo afirma,
Hermanas de leche
Nuevas y mentiras;
No se le da un bledo
Que el otro le escriba,
O dosel le cubra
O adornele mitra;
No le quita el sueño
Que de la Turquía

(17) Otros leen:
Que diga un Macías.

Mil leños esconda
El mar de Sicilia,
Ni que el inglés baje
Hacia nuestras islas,
Después que ha subido
En la que le envía.
Es su reverencia
Un gran canonista,
Porque en Salamanca
Oyó teología,
Sin perder mañana
Su lección de prima,
Y al anochecer
Lección de sobrina;
Y así, es desde entonces
Persona entendida
Si á su oído tanen
Una chirimia;
De las demás lenguas
Es gran humanista,
Señor de la griega
Como de la escita;
Tiene por mas suyas
La lengua latina
Que los alemanes
La persa ó la egipcia;
Habla la toscana
Con tal policia,
Que quien la oye, dice
Que nació en Coimbra;
Y en la portuguesa
Es tal, que dirían
Que mamó en Logroño
Leche de borricas;
De la cosmografía
Pasó pocas millas,
Aunque oyó al infante
Las Siete Partidas (18);
Y así entiende el mapa
Y de sus medidas,
Lo que el mapa entiende
Del mal de la orina;
Sabe que en los Alpes
Es la nieve fria,
Y caliente el fuego
En las Filipinas;
Que nació Zamora
Del Duero en la orilla,
Y que es natural
Búrgos de Castilla;
Que desde la Mancha
Llegan á Medina
Mas tarde los hombres
Que las golondrinas;
Es hombre que gasta
En astrología
Toda su pobreza
Con su picardia;
Tiene su astrolabio
Con sus baratijas,
Su compás y globos
Que pesan diez libras;
Conoce muy bien
Las Siete Cabrillas,
La Bocina, el Carro
Y las tres Marias;
Sabe alzar figura,
Si halla por dicha
O rey ó caballo
O sota caída;
Es fiero poeta,
Si le hay en la Libia,
Y cuando le toma
Su mal de poesía
Hace verso suelto
Con Alejandria,
Y con algarrobas
Hace redondillas;

(18) Alusión al libro de los Viajes del
infante don Pedro de Portugal por las siete
partes del mundo.

Compone romances
Que cantan y estiman
Los que cardan paños,
Y ovejas esquilan;
Y hace canciones
Para su enemiga,
Que de todo el mundo
Son bien recibidas (19),
Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses
La Fuenterrabia;
Finalmente, éles,
Señorazas mías,
El que dos mil veces
Os pide y suplica
Que con los gorriones
De las plumas ricas
Os hagais gorronas
Y os mostreis arpias;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,
Y que á los bonetes
Querais las bonitas (20).

LXV.

Diez años vivió Belerma
Con el corazón difunto
Que le dejó en testamento
Aquel francés boquirrubio.
Contenta vivió con él,
Aunque á mí me dijo alguno
Que viviera mas contenta
Con trescientos mil de juro.
A verla vino doña Alda,
Viuda del conde Rodolfo,
Conde que fué en Normandía
Lo que á Jesucristo plugo;
Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Riéndose muy despacio
De su llorar inoportuno,
Sobre el muerto corazón,
Envuelto en un paño sucio,
Le dice: «Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años
Y ahogará vuestros gustos.
Estése allá durandarte
Donde la suerte le cupo;
Buen pozo haya su alma,
Y pozo que esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,
También le quisistes mucho,
Y si tiene abierto el pecho,
Queréllese de su escudo.
¿Qué culpa tuvistes vos
De su entierro, siendo justo
Que el que como bruto muere,
Que le entierren como bruto?
Muriera él acá en París,
A do tiene su sepulcro,
Que allí le hicieran lugar
Los antepasados suyos.
Volved luego á Montesinos
Ese corazón que os trujo,
Y envialde á preguntar
Si por gavilan os tuvo.
Descosed y desnudad
Los tocas de angeo crudo,
El monjilon de bayeta
Y el manto basto peludo;
Que aun en las viudas mas viejas
Y de años mas caducos

(19) Verges lee:
Son bien entendidas.

(20) Es decir, que quieran á los clérigos,
y no á los frailes.

Las locas cubren á enero
Y los monijiles á julio,
Cuanto y mas una muchacha
Que le faltan dias algunos
Para cumplir los treinta años,
Que yo desdichada cumplo
Seis hace, si bien me acuerdo,
El dia de santo Nullo,
Que perdí aquel malogrado
Que hoy entre los vivos busco.

Holgúeme de cuatro y ocho,
Haciéndoles dos mil hurtos,
A las palomas de besos
Y a las tórtolas de arrullos.
Sentí su fin; pero mas
Que muriese sin ver fruto,
Sin ver flujo de mi vientre,
Porque siempre tuve pujo;
Mas no por eso ultraje
Mi buena tez con rasguños;
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.

Aprended de mí, Belerma;
Holgúemonos de consuno,
Llévese el mar lo llorado,
Y lo suspirado el humo.

No hileis memorias tristes
En este aposento oscuro;
Que, cual gusano de seda,
Moriréis en el capullo.

Haced lo que en su fin hace
El pájaro sin segundo,
Que nos habla en sus cenizas
De pretérito y futuro.

Llorad su muerte, mas sea
Con lagrimillas al uso;
De lo mal pasado nazca
Lo porvenir mas seguro.

Pongámonos á la par
Dos toquitas de repulgo,
Ceja en arco, manos blancas
Y dos perritos lanudos.

Yedras verdes somos ambas,
A quien dejarán sin muros
De la muerte y del amor
Baterías é infortunios.

Busquemos por dó trepar,
Que lo que de ambas presumo,
No nos faltarán en Francia
Pared gruesa, tronco duro.

La iglesia de San Dionis
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cariaguileños,
Carihartos y espaldudos.

Esojamos como en peras
Dos clérigos capotuncios (21),
De aquestos que andan en mulas
Y tienen algo de mulos;

Destos Alejandro Magnos,
Que no tienen por disgusto,
Por dar en nuestros broqueles,
Que demos en sus escudos.

De todos los doce pares
Y sus nones abernunero,
Que calzan bragas de malla,
Y de acero los pantullos.

¿De qué nos sirven, amiga,
Petos fuertes, velinos lucios?
Armados hombres queremos,
Armados, pero desnudos.

De vuestra mesa redonda
Franco paladines hubo,
Donde ayunos os sentais,
Y os levantais mas ayunos.

La de cuatro esquinas quiero;
Que la ventura me puso

En casa de cuatro picos,
De todos cuatro picudo;
Donde sirven la Cuaresma
Sahrosísimos besugos,
Y turnas en el Carnal,
Con su caldillo y su zumo.»
Mas iba á decir doña Alda;
Pero á lo demás dió un nudo,
Porque de don Montesinos
Entró un pajecillo zurdo (22).

LXVI.

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo
Que rompiste el lazo
Que me tenia preso.

Por tan gran milagro
Colgaré en tu templo
Las graves cadenas
De mis graves yerros.

Las fuertes coyundas,
El yugo de acero,
Que con tu favor
Sacudi del cuello,

Las húmidas velas
Y los rotos remos
Que escapé del mar
Y ofrecí en el puerto,

Ya de tus paredes
Serán ornamento,
Gloria de tu nombre,
Y de amor descuento.

Y así, pues que triunfas
Del rapazarquero,
Tiren de tu carro
Y sean tu trofeo

Locas esperanzas,
Vanos pensamientos,
Pasos esparcidos,
Livianos deseos.

Rabiosos envidados,
Ponzoñosos celos,
Infernales glorias,
Gloriosos infiernos.

Compóngante himnos,
Y digan sus versos
Que libras cautivos
Y das vista á ciegos.

Ante tu deidad
Hórense mil fuegos
Del sudor precioso
Del árbol saheo.

Pero ¿quién me mete
En cosas de seso
Y en hablar de veras
En aquestos tiempos?

Porque el que mas trata
De burlas y juegos,
Ese es quien se viste
Mas á lo moderno.

Ingrata señora,
Desde tu aposento,
Mas dulce y sabrosa
Que nabo en adviento,

Aplicame un rato
El oído atento,
Que quiero hacer auto
De mis devaneos.

¿Qué de noches frias
Que me tuvo el hielo
Tal, que por esquina
Me juzgó tu perro,

Y alzando la pierna
Con gentil denuelo,
Me argentó de plata
Los zapatos negros!
¿Qué de noches destas,
Señora, me acuerdo
Que andando á buscar
Chinas por el suelo,
Para hacer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china
Me ensucié los dedos!

¿Qué de dias anduve
Cargado de acero
Con harto trabajo,
Porque estaba enfermo!

Como estaba flaco,
Parecía cencerro,
Hierro por de fuera,
Por de dentro hueso.

¿Qué de meses y años
Que viví muriendo
En la Peña pobre
Sin ser Belenébros;

Donde me acaeció
Mil dias enteros
No comer sino uñas,
Haciendo sonetos.

¿Qué de necesidades
Escribí en mil pliegos,
Que las ríes tú agora,
Y yo las confieso!

Aunque las tuvimos
Ambos en un tiempo,
Yo por discreciones
Y tú por requiebros.

¿Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorre, Señora,
Con agua mi fuego.»

Donde, aunque tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con algun caldero.

Adiós, mi señora,
Porque me es tu gesto
Chimenea el verano
Y nieve el invierno,

Y el brazo me tienes
De guijarro lleno,
Porque creo que bastan
Seis años de necio.

LXVII.

«Ensíllenme el asno rucio
Del alcalde Anton Llorente,
Dénme el tapador de corcho
Y el gaban de paño verde,
»El lauzon en cuyo hierro
Se han orinado los meses,
El casco de calabaza
Y el vizcaino machete,
»Y para mi caperuza
Las plumas de tordo dénme,
Que por ser Martin el tordo,
Servirán de martinetes.
»Pondréle el orillo azul
Que me dió para penelle
Teresa la del Villar,
Hija de Pascual Vicente;
»Y aquella patena en cuadro,
Donde de latón se ofrecen
La madre del virotero
Y aquel dios que calza arneses,
»Tan en pelota y tan juntos,
Que en ciegos nudos los tienen,
Al uno redes y brazos
Y al otro brazos y redes;
»Cuyas figuras en torno
Acompañan y guarnecen

(22) C. B. Depping, en su *Colección de romances*, llama pésimo á este de Góngora, sin duda por no haber comprendido que es de burlas. Creyó el buen alemán, por lo que se ve, que los consejos de doña Alda no eran hijos del donaire.

(21) Otros leen equivocadamente:
Dos deligos capotónicos.
Sigo el texto de Faria.

Ramos de nogal y espinas,
Y por letra pan y nueces.»
Esto decía Galayo
Autes que al Tajo partiese
Aquel yegüero florón,
Aquel jumental jinete,
Natural de do nació,
De yegüeros descendiente,
Hombres que se proveen ellos,
Sin que los provean los reyes.

Trajéronle la patena,
Y suspirando mil veces,
Del dios garañon miraba
La dulce Francia y la suerte.

Piensa que será Teresa
La que descubren, y prenden
Agudos rayos de envidia,
Y de celos nudos fuertes.

«Teresa de mis entrañas,
No te gaxmies ni ajaques;
Que no faltarán zarzas
Para los perros que muerden.

«Aunque es largo mi negocio,
Mi vuelta será muy breve,
El día de San Ciruelo
O la semana sin viérnes.

«No te pareces á Vénus,
Ya que en hieldad le pareces,
En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.

«Cuando sola te imagines,
Para que de mí te acuerdes,
Ponle á un pantufllo aguiléño
Un reverendo bonete.

«Si creciere la tristeza,
Una lonja cortar puedes
De un jamon, que bien sabrá
Tornarte de triste alegre.

«Oh cómo saba la lonja
Mas que á todos cuantos leen,
Y rabos de puercos mas
Que lenguas de bachilleres!

«Mira, amiga, tu pantufllo,
Porque verás, si lo vieres,
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.

«Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz,
Y debajo de la frente.»

En esto llegó Bandurrio,
Diciéndole que se apreste;
Que para sesenta leguas
Le falta tres veces veinte.

A dar pues se parte el bobo
Estocadas y reveses
Y tajos orilla el Tajo
En mil hermosos broqueles.

LXVIII.

A un hermano del autor.

En la pedregosa orilla
Del turbio Guadalquivir
Que al claro Guadalquivir
Le paga el tributo en barro,
Guardando unas flacas yeguas
A la sombra de un peñasco,
Con la mano en la muñeca
Estaba el pastor Galayo;
Pastor pobre y sin abrigo
Para los hielos de mayo,
No mas de por estar roto
Desde el tronco á lo mas alto.

Quejábase reciamente
Del Amor, que lo ha matado
En la mitad de los lomos
Con el arpon de un tejado.
Por la linda Teresona,
Ninfa que siempre ha guardado

Orillas de Veciguerra (25)

Animales vidriados,
Hija de padres que fueron
Pastores deste ganado,
El uno orilla de Esqueva,
El otro orilla del Barro.
Destá pues Galayo audaba
Tiesamente enamorado,
Lanzando del pecho ardiente
Regüellos amartelados.

No siente tanto el desden
Con que della era tratado,
Cuanto la terrible ausencia
Le comia medio lado;

Aunque para consolarse
Sacaba de rato en rato
Un cordon de sus cabellos,
Y tejido de su mano,
Tan delicado y curioso,
Tan curioso y delicado,
Que si el cordon es tomiza,
Los cabellos son esparto.

Con lágrimas le enmudece
El yegüero desdichado,
Aunque despues con suspiros
Quedó enjuto y perfumado.

Y en un papelon de estraza,
Habiéndole antes besado,
Lo envuelve, y saca del seno
De su pastora un retrato,

Que en un pedazo de augeo,
No sin primor ni trabajo,
Con una espátula vieja
Se lo pintó un boticario.

Y clavando en él la vista,
Con tono romadizado
Estos versos cantó al son
De un mortero y de su mano:

«Dulce retrato de aquella
Enemiga desabrida,
Que para acabar mi vida
No tiene en sus ojos mella.

«La paciencia se me apoca
De ver cuán al vivo tienes
La frente entre las dos sienes
Y los dientes en la boca;

«Y que es tal el regalado
Mirar de tus ojos bellos,
Que el que está mas lejos dellos,
Ese está mas apartado;

«Y así, aunque me hagan guerra,
Mirándolos me estaria
Toda la noche y el día,
Comiendo turmas de tierra.

«Retrato pues soberano,
Que, segun es tu primor,
Tvo al hacerte el pintor,
Cinco dedos en la mano,

«Si no quies verme difunto,
Segun por tí me derriengo,
Mirame, pues ves que tengo
La nariz tan en su punto;

«Mirame, ninfa gentil,
Que ayer me miré en un charco,
Y vi que era rubio y zarco,
Como Dios hizo un candil.»

LXIX (24).

*Que se nos va pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.*
Mozuelas las de mi barrio,
Loquillas y confiadas,
Mirad no os engañe el tiempo,
La edad y la conliaza.
No os dejeis lisonjear
De la juventud lozana,

(25) Otros leen *veciguerra*.

(24) Pónese esta composicion en este lugar por ser una mezcla de romance y de letrilla.

Porque de caducas flores
Teje el tiempo sus guirnaldas.
Que se nos va, etc.

Vuelan los ligeros años,
Y con presurosas alas
Nos roban, como arpias,
Nuestras sabrosas viandas.
La flor de la maravilla
Esta verdad nos declara,
Porque le hurta la tarde
Lo que le dió la mañana.

Que se nos va, etc.
Mirad que cuando pensais
Que hacen la señal del alba
Las campanas de la vida,
Es la queda, y os desarma
De vuestro color ilustre,
De vuestro donaire y gracia,
Y quedais todas perdidas
Por mayores de la marca.

Que se nos va, etc.
Yo sé de una buena vieja
Que fué un tiempo rubia y zarca,
Aunque al presente le cuesta
Harto caro el ver su cara;

Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Mas que roquete de obispo
Encogidas y arrugadas.

Que se nos va, etc.
Y sé de otra buena vieja,
Que un diente que le quedaba
Se lo dejó esotro día
Sepultado en unas natas;
Y con lágrimas le dice:

«Diente mío de mi alma,
Yo sé cuándo fuistes perla,
Aunque agora no sois nada.»
*Que se nos va pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.*

Por eso, mozueltas locas,
Antes que la edad avara
El rubio cabello de oro
Convierta en luciente nácar,
Quered cuando sois queridas,
Amad cuando sois amadas,
Mirad, bobas, que detrás
Se pinta la ocasion calva.

LXX.

A la muerte de doña Luisa de Cardona, monja
en Santa Fe de Toledo.

Moriste, ninfa bella,
En edad floreciente;
Que la muerte entre flores
Se esconde cual serpiente.

Moriste, y Amor luego
Rompió el arco impaciente;
Caste Amor, no el que tira
Flechas de oro luciente.

Ninguno hay en la selva
Que tu fin no lamente,
O sátiro sea duro
O virgen inocente.

Hasta el dios que sus cuernos
Con guirnaldas desniente,
Por dallas á tu urna
Las niega ya á su frente.

Eco, de nuestras voces
Universal oyente,
No es ya sino de quejas
Fiel correspondiente.

Al viento la arboleda,
Mas que nunca obediente,
Con él tu muerte gime
Y él con ella siente.

La casta cazadora
Seguiste puntualmente,
Ya en los montes armada,
Ya desnuda en la fuente.

Ligera á los piés fuiste
Del corcillo, y valiente
Del jabali cerdoso
Al espumoso diente;
De cuya profesion
Testigo subiciste,
En el laurel sagrado
La aljaba sea pendiente.
Tumba es hoy de tus huesos,
Casta, si no decente,
El árbol cuyas ramas
No temen rayo ardiente;
El árbol que teniendo
Tu memoria presente,
No ya de aves lascivas
Torpe nido consiente.

Tierno gemido apenas
De tórtola doliente
Que muerto esposo llora,
No que lo llame ausente;
Adonde de las niñas,
Diez á diez, veinte á veinte,
Si el llanto es ordinario,
El concurso es frecuente.
¡Oh alma, que eres ya
Deidad resplandeciente.
Daliso, porque el tiempo
Su prescripcion no intente;

El tiempo, de memorias
Fiscal tan insolente,
Que á la inmortalidad
No perdona accidente.
Aquí, donde hasta el Bétis
Sintió tu fin reciente (25),
Llorando por los ojos
Desta su antigua puente,
No túmulo te erige
De mármol diferente
Donde el sol uno á uno
Sus muchos rayos cuente,
Ni ocupada la industria
De artefice excelente,
Labrará á tus cenizas
Vasija competente,
Sino un padron humilde
Con la inscripcion siguiente,
Que piedad solicite
Y su fe represente:
«Suspende; ¡oh caminante!
El paso diligente,
Y cuando no admirado,
Condolido, detente.
»Memoria soy de un sol
Que el Turia fué su oriente,
Y su occidente el Tajo;
Dilo de gente en gente.»

LXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Cuantos silvos, cuantas voces
Tus campos, Belen, oyeron,
Sentidas bien de sus valles,
Guardadas mal de sus ecos,
Pastores las dan, buscando
El que, celestial Cordero,
Nos abrió piadoso el libro
Que negaban tantos sellos.
¿Qué buscáis, los ganaderos?
—Uno ¡ay! Cordero, que su cuna
Los brazos son de la luna,
Si duermen sus dos luceros.
No pastor, no abrigó fiera
Fragil choza, albergue ciego,
Que no penetre el cuidado,
Que no escudriñe el deseo.
La Penitencia, calzada,

(25) Equivocadamente leen muchos:
Aquí donde está el Bétis
Creo tu fin reciente.

En vez de abarcas el viento,
Cumbres pisa coronadas
De parafinios del cielo.
¿Qué buscáis, los ganaderos?
—Uno ¡ay! Cordero, que su cuna
Los brazos son de la luna,
Si duermen sus dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

PASCUAL.

¿De qué?

GIL.

No deis mas paso;

Que dormir vi á un Niño.

PASCUAL.

Paso.

GIL.

Quedo ¡ay! queditico, quedo.

Tanto he visto celestial,

Tan luminoso, tan raro,

Que á pesar hallarás claro

De la noche, este portal.

Enfrena el paso, Pascual,

Deja á la puerta el denuedo;

Pediros albricias puedo.

LXXII.

Al Santísimo Sacramento.

¿Quién pudiera dar un vuelo

Por todo lo que el sol mira,

Y solicitar las gentes

A cena jamás oída!

Cena grande, siempre cena

A cualquiera hora del día,

Donde en poco pan se sirve

Mucha muerte ó mucha vida.

Esta si es comida,

Y tan singular,

Que Dios nos convida

A Dios en manjar.

Mire pues como se sienta

A mesa el hombre tan limpia,

Que aun los espíritus puros

Criaturas son indignas.

Nupciales ropas el alma,

Blanca, digo, estola vista,

Que á pesar del oro es

La mas blanca la mas rica.

Esta si es comida, etc.

¡Oh tres y cuatro mil veces

Magnificencia divina!

¡El Verbo eterno hecho hoy grano

Para la humana hormiga!

¿Quién pues hoy no se desata

En voces agradecidas?

Alternen gracias los coros

Y responda la capilla:

Esta si es comida,

Y tan singular,

Que Dios nos convida

A Dios en manjar.

LXXIII.

A la beatificación de santa Teresa de Jesús
hizo box Luis este romance en nombre
del vicario de Trasierra, aldea de Córdoba,
en Sierra-Morena.

De la semilla caída,
No entre espinas ni entre piedras,
Que acudí á ciento por uno
A la agradecida tierra,
Media fué, y media colmada,
La santa que hoy se celebra
De Avila, segun dispone
Ley de medidas expresa;
Bien que de semilla tal,
No solo quiere ser media,
Sino costal de buriel,
Cuando no balda de jerga.

Patriarca pues de á dos,
Dividida en dos fué entera,
Medio monja y medio fraile,
Soror Angel, fray Teresa.

Monja ya y fraile beata,
Hoy vos la hace la Iglesia
Trina en los estados y una,
Si única no en la esencia.

Al Carmelo subió, adonde
Con flores vió y con centellas
Zarza quizá alguna, pues
Se descalzó para verla.

Bajo de él, legisladora,
En tablas mas que de piedra
De su antigua institucion
La recopilacion nueva.

Celante y caritativa,
Tishita como Elisea,

En el carro y con el manto
Baja de sus dos profetas.

Baja pues, y en pocos años
Tantas fundaciones deja,
Cuantos pasos da en España,
Orbe ya de sus estrellas.

Moradas, divino el arte,
Y celestial la materia,
Fabricó arquitecta alada,
Si no argumentosa abeja.

Tanto y tan bien escribió,

Que podrá correr parejas

Su espíritu con la pluma

Del prelado de su iglesia.

Pues abulenses los dos,

Ya que no iguales en letras,

En nombre iguales, él fué

Tostado, Ahumada ella.

Grande en Avila apellido,

Por quien tuvo de nobleza

Lo que de beldad, y ambas

Lo que el pavon de soberbia.

Lisonjearonla un tiempo

Las rosas, las azucenas

Que en el cristal de su forma

Incluyó naturaleza;

Mas á breve desengaño

Caduca su primavera,

Fragil desmintió el cristal

Ser de roca su firmeza;

Desengaño judicioso,

Que con perzosa fuerza

Interno roxó gusano

La verde lasciva yedra;

Cuya sombra suspendida,

Frutos nil de penitencia,

De ciudad no populosa,

Mas de provincias enteras,

No encaneció igual ceniza,

Oh Ninive, tu cabeza

Al sayal de las capillas,

Que exactamente hoy blanquea

En nuestra Europa de tanto

Ciudadano anacoreta,

Que escondido en sí, es su cuerpo

Gruta de su alma estrecha (26).

¡Oh con plumas de sayal

Penitente, pero bella,

Carmelita jerarquía,

Gloria de la nacion nuestra!

¡Oh religion propagada

Antes que nacida, apenas

Plantada, ya floreciente,

Recunda sobre doncella!

¡Oh cuán muda que procedes!

Oh cuánto discurren lenta!

¿Qué mucho si es tu instituto

Cantar bajo y calzar cuerdas?

Perdona si entre los cisnes

Saludo tu sol corneja;

Tu sol, que alba tiránica

(26) Otros leen urna.

Y espumas del Tórmes sellan;
Perdona si desatado
Mi pobre espíritu en lenguas,
Metal no ha sido canoro,
Muda caña si de aquella
Santa, de familias madre,
Que en dos viñas á una cepa
Condojo de un sexo y otro
Obreros á horas diversas;
Cuyos cilicios limando
Aun los hierros de sus rejas,
Salvados le dan al cielo,
Hechos cedazos de cerdas (27).

Desta pues virgen prudente,
A cuya nupcial linterna
El olio que guardó viva
Está destilando hoy muerta,
A la beatificación
Laureada hasta las cejas,
Ha convocado Córdoba
Sus Lucanos y Senecas.
Si extrañaren los vulgares
Y acusaren la licencia,
Escapularios del Carmen
Mis escapatorias sean.
Todo va con regla y arte;
Que, á Dios gracias, arte y regla
Nos dejó Antonio, produzga
Todo escuchante la oreja.
At Carmen potest produci,
Como verdolaga en huerta,
A cualquiera pié concede
La autoridad nebrisensia,
Como sea pié de Carmen,
Calce cáñamo ó baqueta;
Y así, *quod scripsi, scripsi,*
A dos de octubre, en Trasierra (28).

LXXIV.

Al tronco de un verde mirto,
Enamorado Fileno,
Dos escuadrones vió armados
En la campaña de un sueño.
Amor conducia en las señas,
Que tremolaban deseos,
Esperanzas Bradamantes
Entre cuidados Rugeros.
Las perezosas banderas
Seguían del tardo tiempo,
Horas en el mal prolifas,
Días en el mal ligeros.
Cerraron pues las dos haces,
Y el bello garzon durmiendo,
Que cerrados ya los ojos,
Aun mas Cupido es que el ciego,

«A ellos, dicen, á ellos;
Cierra, cierra,
Arma, arma,
Cierra, cierra,

*Suenen las trompetas, suenen,
Guerra, guerra.*

»A ellos, dice, soldados;
Embestildes, advirtiendo
Que láminas son de pluma
Cuantas mienten el acero;
»Mas perdonad á sus alas,
Aunque las perdone el viento;
Que el fomentar su tardanza
Disminuir es su velo.

»No hagais volver las espaldas
A los enemigos nuestros;
Huyendo quiero los días,
Pero no retrociendo.

»Las horas vuelven atrás;
Que si el bien saben que espero,
Por hacerme desdichado

Joven me harán eterno.

»A ellos, dicen, á ellos;

*Cierra, cierra,
Arma, arma,
Cierra, cierra,
Suenen las trompetas, suenen,
Guerra, guerra.»*

Yedra vididora
Dichosa vestia,
Luciente alcaria
De aquel sol que adora,
Garzon siempre bello,
Que un cordero al cuello
Su ganado es;
Desta yedra pues
Fia el sueño breve.

Quando perlas bebe

La causa en las flores,
Quando ruiseñores
En el mirto verde,
»Recuerde, dicen, recuerde
Quien amores tiene,

*Que un sol con dos soles viene,
Dulce mas que el arroyuelo,
Que las azucenas pisa.»*

Llegó Belisa,
De rayos se bordó el cielo,
Y el zagal,
Aunque es águila real,
Su luz apenas sostiene;
Que un sol, etc.

Gallardo mas que la palma
Que besa el aire sereno
Salió Fileno;

En sus ojos salió el alma
A recibilla,
Y amorosa tortolilla
Hizo el caso mas solene;
*Que un sol con dos soles viene,
Dulce mas que el arroyuelo,
Que las azucenas pisa.»*

LXXV.

»Ave de plumaje negro,
Si bien de tanto esplendor,
Que despreciando sus rayos,
Vuestras plumas viste el sol,
»No por vuestra beldad sola

Reina de las aves sois,
Sino porque minústrais
Armas que fulmine Amor.

»Gloria será siempre vuestra,
Y durará. ¿Cuál mayor,
Vestir lucas á un planeta,
O prestar rayos á un dios?

»Muchos siglos coroneis
Esta dichosa region,
Que cuando os mereció ave,
Será fin os admiró.

»Honesta permitid ya
Que los ojos de un pastor
Lo menos luciente os sufran,
Examinándose en vos;

»De un pastor que en vez de ovejas
Sigue el impulso veloz
De vuestras hermosas alas
Con las de su corazon.

»¿Cuántas veces remontada
De la esfera superior,
De donde os perdía mi vista,
Os cobraba mi atencion,

»Solicité vuestro nido,
Que hallarse apenas dejó
Sobre un escollo, de quien
Aprendistes el rigor!

»Visitolo, y si desierto
Lo halla mi devocion,
Cuantos juncos dejais frios
Abraso en suspiros yo.

»Cenizas lo digan cuantas
Están humeando hoy;

Que humedecidas despues,
Aun no olvidan el calor.

»¡Oh reina de cuanto vuela,
Envidia de cuantos son
Águilas por privilegio,
Por naturaleza no!

»Perdonad el aire un día,
Si no merecemos dos;
Que el Tajo os espere cisne,
Quando no su margen flor.»

Esto cantaba Feliso
Al dulce doliente son
De ninfa que agora es caña,
De caña que agora es voz (29).

LXXVI.

A la batalla de Lepanto.

Desbaratados los cuernos,
Y la batalla rompida,
Sus escuadras leño á leño,
Sus leños astilla á astilla;
Aluchali hecho á la mar
Con vergonzosa huida,
Muerto el baja, y coronada
De su cabeza una pica;
Redimidos los forzados,
Mas por la merced divina,
Que la trinidad humana,
Tres personas y una liga;

*Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,
Triunfos de la liga,
Sea á tan gran vitoria
Trompa la fama y pluma la memoria.*

Glorioso parte don Juan
Con estruendo y armonia
De tiros y de clarines,
Dejando entre aquellas islas
Un mar de sangre y de fuego,
Y por espumas cenizas
Iñie, si no son turbantes
Que van buscando la orilla.

Vitoria dicen los fuegos,
Vitoria la artilleria,
Las piedras dicen vitoria,
Que los vencedores pisan.

*Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,
Triunfos de la liga,
Sea á tan gran vitoria
Trompa la fama y pluma la memoria.*

LXXVII.

En la fuerza de Almería
Se disimulaba Hacen,
Abencerraje hurtado
A la indignacion del Rey.

Entre el cuchillo y la cuna
Interpuso Mahamet
La parte del capellar,
Que lo bastó á defender.

Negado pues al rigor,
Galan se criaba él,
Tan hijo y mas del alcaide,
Que Celidaja lo es;

Celidaja, que en sus años
Virgen era rosa, á quien
Del verde nudo la aurora
Le desata el rosicler;

Beldad ociosa crecia
En sus jardines tal vez,
Al son de un laud con ramas,
Que eran cuerdas de un laurel;

Coros alternando y zambras
Con sus moras, hasta que
Daba al céliro su frente
Aljólares que beber;

De cuya dulce fatiga
Apelaba ella despues

(27) Otros escriben *pedazos*.

(28) Fué escrito para la justa literaria hecha en Córdoba el año 1615.

(29) Está en duda si fué ó no de Gongora este romance.

Al baño, que le templaban
Curioidad y placer.

Un día en que le dieron
Los jardines del vergel
Estrellas fragantes mas
Que claras la noche ve,

Averiguando la halló
Los días de casi tres
Lustros de su tierna edad
Aquel niño dios, aquel

Fénix desnudo, si es ave,
Pollo siempre, sin deber
Segundas vidas al sol,
Nioto del mar en la fe.

Por no alterar á la mora,
En un listado alquicel,
Manto del Abencerraje,
Desmintió su desnudez;

Fiando á un mirto sus armas,
Verde frondoso dosel
De un mármol que ni Lucrecia
Ni fuente deja de ser;

Pliega el dorado volúmen
De sus alas el doncel,
Redimiendo ciegas luces,
Que mas vendadas mas ven.

Del Abencerraje luego
Copia hecho tan fiel,
Que los dudara el concurso,
Equivocado juez,

La ocupacion inquiriendo,
Donaire hace y desden
De que solicite niña
La que excusara mujer.

«Ejerced, le dice, hermana,
Vuestra hermosura, y creed
Que tan vana es la de hoy
Como ingrata la de ayer.

»Fugitivos son los dos;
Usad desos dones bien,
Que en un cristal guardéis frágil
Lo caduco de un clavel.

»Si os reguláis con las flores
Que visten esa pared,
Horas son que antes el día
Las ve morir que nacer.

»Gozáos en sazón; que el tiempo,
Tesoro ya infiel

De ese oró que peñais,
De ese marfil que escondeis,
»Desengaños restituye;

Necia en el espejo fué
La memoria, mudad antes
Parecer que parecer» (50).

Extrañando la doctrina
Del jóven que hermano cree,
La vergüenza á Celidaja
Le purpureó la tez.

El ya fraternal engaño,
Mal bebido en su ninez,
Disolvía cuando Amor,
Sintiendo el dichoso pié,

Del que ya conduce amante,
Cuanto cautelo el pincel
Desvaneció, y en su forma
Pisando nubes se fué.

LXXVIII.

En lágrimas salgan mudos
Afectos, que hasta hoy
Aun en suspiros el alma
Al aire se las fió.

Afectos que, el pié en un grillo,
Andan en el corazón,
Y se fueran por los ojos
A no revocarlos yo.

Salgan por los ojos pues
Estrellas sin esplendor
Entre ondas sin ruido

(50). Otros leen: que perecer.

Desmintiendo lo que son;
Que recato aun al silencio
Señas teme, si no voz;
Tanta á la divina causa
Se debe veneracion.

Adoro en perfiles de oro
Dos bellas copias del sol
Tan bellas, que él pide rayos
A cualquiera de las dos;

Adóralas, y tan dulce,
Tan mortal culto les doy,
Que no penetra sus aras,
Si no es la imaginacion.

Por no profanar grosero
Su sagrado templo, estoy
Entre celos y temores
Que la envidia me causó,

Previendo diligente
El mas luciente arpon
Que viste plumas de fuego
En la aljaba del Amor,

Para ejercitarlo el día
Que ausencia haga un garzon,
Mas que yo, si venturoso,
Pero mas amante no.

Entre tanto la lisonja
Me junta á la emulacion;
Que á una deidad el silencio
Mudo es adulador.

LXXIX.

Al rey don Felipe IV nuestro señor, y á la
Reina nuestra señora.

Las esmeraldas en yerba,
Los alcázares de quien,
Si jardinero el Jarama,
El Tajo su alcaide es,

Fileno, que lo narciso
Despreció por lo clavel,
Con Belisa coronaba
Divino lilio francés;

Pastores que, en vez de ovejas
Y de corderos, tal vez
Rayos del sol guarda ella,
De abril guarda flores él.

Amor, que indignas sus flechas
De tan altos pechos ve,
Los vinientos de Himeneo
Nudos hizo de su red.

De algun álamo lo diga
La corteza, que les fué
Bronce en la legalidad,
Y en la obediencia papel.

Cuantos afectos le deben
Los ecos del Aranjuez,
Que naciendo á ser deseos,
Suspiros fueron despues.

A enya casta armonia
Breves ofreció un laurel,
Para número sus hojas,
Para láminas su pié.

Dulces le tejen los rios,
Si en sus márgenes se ven
Alegres coros de ninfas
Dos á dos y tres á tres.

Un día claro y ameno
Que los cisnes de la espuma
Tiorba fueron de pluma,
Esto el aire oyó sereno:

«Viva el amor de Fileno
Cuando se excede á la par (51)
De la fe de su Belisa;

Que no hay mas que desear.

»Viva la fe de Belisa,
Cuando no mayor, igual
Al amor de su Fileno;

Que no hay mas que desear.

»Siempre amantes, vengán siempre

(51). Otros leen *excede*.

La recíproca amistad
De las vides con los olmos;
Que no hay mas que desear.
»Sus años sean felices
En número y en edad
Las encinas destos solos;
Que no hay mas que desear.
»Y no sabiendo jamás
Lo que la fortuna es,
Bese la envidia sus piés;
Que no hay mas que desear.

LXXX.

A tres damas de palacio.

Las tres auroras que el Tajo,
Teniendo en la lúnea el pié,
Fué dilatando el moir
Por verlas antes nacer,

Las gracias de Vénus son,
Aunque dice quien las ve
Que las gracias solamente
Se le igualan en ser tres.

Flores que dió Portugal,
La menos bella un clavel,
Dudoso á enál mas le deba,
Al ámbar ó al rosider.

La que no es perla en el nombre,
En el esplendor lo es,
Y concha suya la misma
Que cuna de Vénus fué.

Luceros ya de palacio,
Ninfas son de Aranjuez,
Napeas de sus cristales,
Driadas de su vergel.

Tirano Amor de seis soles,
Suave cuanto cruel,
Si mata á lo castellano,
Derrite á lo portugués.

Francelisa es quien abrevia
Los rayos de todos seis;
Sé que fulmina con ellos;
Cómo los vibra no sé.

En un favor homicida
Envaina un diuce desden,
Sus filos atrocidad
Y su guarnicion merced.

Forastero á quien conduce
Cuanto aplauso pudo hacer
A los años de Fileno
Belisa, lilio francés,

De los tres dardos te excusa,
Y si puedes, mas de aquel
Que rescuita al que ha muerto
Para matallo otra vez.

LXXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Nace el Niño, y pelo á pelo
Deja el cabello á su Madre;
Que esto de dorar las cumbres
Es muy del sol cuando sale.

Leves reparos al frío
Son todos, pero mas graves
Que los alientos de un buey,
Que, aunque calientan, son aire.

De flacos remedios usa;
Que á valerse de eficaces,
Estufar pudiera el norte
La menor pluma de un angel.

Tiembla pues, y afecta el heno
Cuando pudiera prestalle
Colcos de preciosa lana,
Moscovia en pelo suave.

Parte lo niega la yerba
Del rigor helado, y parte
Engaña el sueño, negando
Sus favores celestiales;

Mas luego lo restituyen
Ganaderos que los traen,
O resplandores que ignoran,
O conceptos que no saben.

Y viendo en tanto diciembre
Que los campos mas fragrantes
Nace un Niño junto á un buey
Que el sol en el Toro nace,

*Tañen en coros, tañen
Salterios pastorales,
Instrumentos que, sonoros,
De los celestiales coros
Son dulces competidores,
Mereciendo sus temores
Que ángeles los acompañen.*
Tañen en coros, etc.

Mas que no el tiempo templados
Suenan dulces instrumentos,
Cielos trasladan los vientos,
Auroras pisan los prados;
Queriendo en los mas nevados
Que los abriles se engañen.
*Tañen en coros, tañen,
Salterios pastorales.*

LXXXII.

Pensó rendir la mozueta
El alférez de mentira,
Soldado por cien mil partes,
Y rompido por las mismas.

Pensó que la sujetara
El gavion de la liga,
Y de las terciadas plumas
La crespas volateria.

Y la capa verde oscura,
Golpeada la capilla
En mas inciertos reveses
Que una mula, y sea la mia.

Y la salta en barca azul,
Con mas pendientes de alquimia
Que la noche de San Juan
Saca toda la justicia.

Y los gregüescos de seda
Aforrados en telilla,
Mucho mas acuchillados
Que mulatos en esgrima.

Y la espada en tiros cortos
Mal pendiente de la cinta,
Por las obras temerosa,
Por las palabras temida.

Pensó con lo dicho el hombre
Sujetar la mujercilla,
Torciendo rubios bigotes,
Ayudados de alquitira.

Hablandola con los ojos,
Pisando de gallardia,
Suspirando por la calle
Y apuntalando su esquina.

Camaseo de la moza
Ser el necio pretendido,
Y á la verdad era feo,
Aunque cama no tenia;

Pero tenia un rasguño
Del bigote para arriba,
Que le hizo de merced
El padre de las pupilas;

Y aun creo que al otro lado
Le hubiera hecho otra firma,
A no tenerlo ocupado
Con no sé qué niñería.

Con un cierto bofetón
Que en la casa de Sevilla
Llevó, vencido en la entrada
Con las manos menos limpias.

Una pues alegre noche,
Que lo halló por su desdicha
Alumbrando con su cara
Su calleja sin salida,

Llegándose poco á poco
Debajo la ventanilla,

Como estudiante francés,
Este salmo le decia:

«Yo soy de Santo Domingo,
Una ciudad de Castilla,
Donde, aunque es de la Calzada,
Hay descalzas hidalguías;
»Lien nacido como el sol,
Gracias á los Chavarrias (32);
Inquieto fui desde niño,
Inclinado á la milicia.

»Apenas tenia quince años,
Cuando un día á mediodía
Dejé mi tierra por Flándes.
Sepulcro de nuestras crismas;
»Donde padeci peligros
Tan grandes, que juraria
Que no me halló la muerte
Porque triunfeis de la vida.
»Cuando en el cerco de Ippe (35)
Estaba yo en Gravelinga (34)
Con un brazo romadizo,
Sonando la batería.

»Nunca salí de mi tienda
Mientras Anvers padecía (33),
Porque no me acabó un sastre
Unas calzas amarillas.
»Y aun allí por gran ventura
No me halló una culebrina,
Que me pasó por los ojos
Poco mas de media milla.

»Otra vez que hubo en Brusélas
Una pendencia reñida
Puse paz desde un terrado,
Aunque casi no me oían.
»Y aun me acuerdo, por mas señas,
Que todo el mundo decia
Que, á ser yo de la pendencia,
Me prendiera la justicia.

»Dejé al fin guerras y Flándes
Porque era tierra tan fria,
Y yo, triste, andaba enfermo
De cámaras cada día.

»Como parti de allá pobre,
Atravesé á Picardia,
Y en un bergantín el mar
De la Rochela á Galicia.

»Del golfo destas desgracias,
Señora, he llegado á vista
De vuestra merced. Dios quiera
Que fuese en su enjuta orilla.

»Bien le debo á la fortuna
El fin de tantas desdichas;
Mas otra fuerza mejor
De todas ellas me libra;

»Porque al salir de mi tierra
Saqué, entre muchas reliquias,
Algunas plumas de gallo,
Pero mas de la gallina.

»Asado vivo por vos,
Y quisiera, reina mia,
Que, ya que habeis sido el fuego,
Fuérais tambien parrillas.»

Atenta escucha la moza
Toda su oración prolíja,
Unas veces con enfado,
Pero mas veces con risa.

No le respondió palabra;
Mas ella y otra su prima
Le exprimieron al asado
El zumo de una jeringa.

(32) Otros leen : á las gavarillas.

(33) Otros leen Chipre.

(34) Otros escriben *grave liga*, sin advertir que eso mismo quiso decir Góngora al sonsonete de *Gravelingas*.

(35) Otros escriben *hambre* en vez de *Anvers*. Góngora, que está tratando de Flándes, juega con los vocablos á lo que sueñan por manera de donaire.

•LXXXIII.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolíja ausencia
De su ingrato amor.

Dejóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que há que la dejó.

Llorando la ausencia
Del galán traidor
La balla la luna
Y la deja el sol;

Añadiendo siempre
Pasión á pasión,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor.

*Llorad, corazon;
Que teneis razon.*

Dicele su madre :
«Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto
O me acabe yo.»

Ella le responde :
«No podrá ser, no;
Las causas son muchas,
Los ojos son dos.

»Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion

»Tantas como dellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.

»Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son;

»Porque el que se fué,
Con lo que llevó,
Me dejó el silencio,
Se llevó la voz.

*Llorad, corazon;
Que teneis razon.»*

LXXXIV.

Al nacimiento de nuestro Señor.

*¿Quién oyó, quién oyó,
Quién ha visto lo que yo?*

Yacia la noche cuando
Las doce á mis ojos dió

El reloj de las estrellas,
Que es el mas cierto reloj;
Yacia digo la noche,
Y en el silencio mayor.

Una voz dieron los cielos,
Amor divino,
Que era luz aunque era voz,
Divino amor.

¿Quién oyó, etc.

Ruiseñor no era del alba,
Dulce hijo el que se oyó;
Viste alas, mas no viste
Vulto humano el ruiseñor.

De varios pues instrumentos
El confuso acorde son,
Gloria dando á las riberas;
Amor divino

Para la tierra anunció
Divino amor.

¿Quién oyó, etc.
Levantéme á la armonía,

Y cayendo al resplandor,
O todo me negó á mí,
O todo me negó yo.

Tiranizó mis sentidos
El soberano cantor.
Que ni era ave ni hombre;

Amor divino

Era mucho de los dos ,

Divino amor.

¿Quién oyó, etc.

Restituidas las cosas

Que el éxtasis me escondió,

Al blando céfiro hizo

De mis ovejas pastor.

Dejélas, y en vez de nieve,

Pisando una y otra flor.

Llegué donde el hielo vi,

Amor divino,

Peinarle rayos al sol,

Divino amor.

¿Quién oyó, etc.

Humilde en llegando até

Al pesebre la razon,

Que me ha valido mas luz

Que la cátedra mejor.

Oí balar un cordero,

Cordero que fué leon,

Leon que, si niño nace,

Amor divino

Es niño, mas siempre dios,

Divino amor.

¿Quién oyó, quién oyó,

¿Quién ha visto lo que yo?

LXXXV.

Dejad los libros agora,

Señor licenciado Ortiz,

Y escuchad mis desventuras,

Que á fe que son para oír.

Yo soy aquel gentil-hombre,

Digo aquel hombre gentil,

Que por su dios adoró

A un cieguzuelo ruin;

Sacrifiqué mi gusto,

No una vez, sino cien mil,

En las aras de una moza

Tal cual os la pinto aquí.

El cabello es de un color

Que ni es cuarto ni florin,

Y la relevada frente

Ni azabache ni marfil;

La ceja entre parda y negra,

Muy mas larga que sutil,

Y los ojos mas compuestos

Que son los de *quis vel qui*;

Entre cuyos bellos rayos

Se deriva la nariz,

Terminando las dos rosas,

Frescas señas de su abril;

Cada labio colorado

Es un precioso rubi,

Esmaltado entre el aljófar (56)

Que el alba suele vestir;

El aliento de su boca,

Todo lo que no es pedir,

¡Mal haya yo si no excede (57)

Al mas suave jazmín!

Con su garganta y su pecho

No tienen que competir

El nácar del mar del Sur,

La plata del Potosí.

La blanca y hermosa mano,

Hermoso y blanco alguacil

De libertad y de bolsa,

Es de nieve y de neblí.

Lo demás, letrado amigo,

Que yo os pudiera decir,

Por mi fe que me ha rogado

Que lo calle el faldellín;

Annque por brújula quiero,

Si estamos solos aquí,

(56) Así Verges; las demás ediciones dicen:

Y cada diente el aljófar.

(57) Otros leen *vence*,

Como á la sota de bastos
Descubrirlos el hotin.

Cinco puntos calza estrechos;

Esto, Señor, basta al fin (58);

Si hay serafines trigueros,

La moza es un serafín.

Pudo conmigo el color,

Porque una vez que la vi

Entre mas de cien mil blancas,

Ella fué el maravedí;

Y porque no sin razon

El discreto en el jardín

Coge la negra violeta

Y deja el blanco albeli.

Dos años fué mi cuidado,

Lo que llaman por ahí

Los jacarandos respeto,

Los modernos tahali (59);

En cuyos alegres años (40)

Desde el ave al perejil,

Por esta negra Odisea

La bucólica le di.

Sus piezas en el invierno

Vistió flamenco tapiz,

Y en el veraño sus piezas

Andaluz guardameci.

Hoy desechaba lo blanco,

Mañana lo carmesi,

Hasta que en la peña pobre

Quedó ermitaño Amadis.

Preguntado á mi vestido,

Que riéndose de mí,

Si no habla por la boca,

Habla por el bocaci.

Ya iba quedando en cueros

A la lumbre de un candil,

Casi pasando el estrecho

De no tener y pedir,

Cuando, Dios en hora buena,

Me fué forzoso el partir (41)

A la ciudad de la corte (42),

A la villa de Madrid.

Comenzó á mentir congojas,

A suspirar y gemir

Mas que viuda en el sermón

De su padre fray Martín.

Dijo que acero sería

En esperar y sufrir;

Fué despues cera, y si acero,

Ella se tomó el orín.

Ternisima me pidió

Que, ya que quedaba así

La ovejuela sin pastor,

No la deje sin mastín;

Y así, le dejé un mulato

Por espía y adalid,

Que á mí me espío en saliendo,

Y se lo vino á decir.

Dejéle en su antiguo lustre,

Y luego que me partí

Echó la carnaza afuera;

¡Oh maldito borcogui!

Púsome el cuerno un traidor

Mercadante corchapín,

Que ingenio en Mazalquivir;

Rico es y mazacote

De los mas lindos que vi,

Precioso, pero pesado

Como palo de Brasil.

¡Oh interés, y cómo eres,

O por fuerza ó por ardor,

Para los diamantes sangre,

Para los bronceos buril!

(58) Otros leen *este*, y otros *baste*.

(59) Así Verges; otros escriben *tahali*.

(40) Otros leen *días*.

(41) Así Verges; otros equivocadamente

leen *forzados*.

(42) Otros escriben:

A negocios de importancia.

Déme Dios tiempo en que pueda.

Tus proezas escribir,

Y quitemelo en buen hora

Para los hechos del Gid.

Y vos, tronco, á quien abraza

La mas injuriosa vid

Que este lagrimoso valle

Ha sabido producir,

Vivid en sabrosos mudos,

En dulces trepas vivid

Siempre juntos, á pesar

de algun loco paladin.

LXXXVI.

A don Antonio Ponce de Leon y Chacon.

Señor de la villa de Polvoranca, yendo á

Colmenar, muy amigo de don Luis.

(No se acabó este romance.)

Con su querida Amarilis

Va Danteo á Colmenar,

Tan bella como divina,

Tan culto como galán.

No han dejado, no, su albergue,

Y ya lo siente el lugar;

Que imaginada su ausencia

Aun induce soledad.

La sierra que los espera,

Rejuvenecida ya,

Sus canas greñas de nieve

Suelta en trenzas de cristal,

Arroyos que ignoran breves

La monarquía del mar,

No ya el prevenir delicias

A su cáñamo ó sedal.

Frutas conserva en sus valles,

Indulto verde, á pesar

del tiempo, al dedo garzon

Y á la hermosa edad.

Obediencia jura el monte

Al venablo del zagal

Y á las flechas de la ninfá,

Que aun vuelan en el carcax.

Dará al valiente montero,

Si no el cerdozo rival

De Adónis la tierra alada

Que las selvas en edad

Venza, y en ramas su frente,

Y á la bella montaraz

Un corzo expondrá en la forma,

Y en la fuga un vendaval.

Agradecida Amarilis,

Flores las abejas mas

Deberán á su coturno

Que al novillo celestial.

De las cortezas Danteo

Del alcornoque vivaz

Fabricará albergues rudos,

Mas distinto cada cual,

A los enjambres copiosos,

Que politicos haran

Lo que su numero breve

Su economia capaz.

LXXXVII.

Al corral saltó Lucia,

Y Lucia en el corral

Echó al sol como al sol mismo

Todo su parti-cular.

Desató su servidumbre,

Concediendo libertad

A las aguas y á los vientos

Por delante y por detras,

Con tal furia, que pudieran

A toda prisa amarrar

Las velas, y en alto vuelo

Moler en el Quintanar.

Salieron los elementos
De aquella cautividad,
Como suele por agosto (45)
Temerosa tempestad.
Dos columnas la sustentan,
Que pueden determinar
La tierra, mas no hay *pius ultra*
Do quiera que ellas están (44).
Mienten pintores de Vénus (45);
Poetas bien lo dirán,
Que vos sola sois la diosa
Del amor y del amar.

Maltrató sabrosamente
Sus carnes, porque verán
Las manos que eran de nieve
Entre la rosa y coral.

Al fin se rasgó Lucía,
Cuando aquí, cuando acullá,
Desde el principio del mundo
Hasta la posteridad.

Dió vuelta á Fuenterrabia
Y recorrió su arrabal,
Y acabó donde comienza
El pecado original (46).

(45) Otros leen :

Como suele en el agosto.

(44) Otros leen : *que ellos*.

En algunos códices sigue á esta copla la siguiente :

¡Oh qué buen tomo que tienen!
Mas fácil era abarcar
Dos postes de los que tiene
Una iglesia catedral.

(Manuscritos de la Biblioteca Nacional.)

(45) Otros leen :

Mienten pensiles de Vénus.

(46) En algunas copias manuscritas de poesías de Góngora he visto con grandes variaciones este romance. Ignoro si son de Góngora ó si de alguno de sus discípulos ó admiradores.

Al corral salió Lucía, etc.

Con tal furia, que pudiera
Cinco parvas aventar,
Y apagar dos monumentos
De una vez con un soplar.
Salieron los elementos
De aquella cautividad,
Como suele por agosto
Temerosa tempestad;
Dos columnas la sustentan,
Siendo testigo ocular
El contraste de los vientos,
De aquel testigo carnal.
Con fuerza le abrió el levante
La tajea natural,
Y el poniente hizo su oficio,
Como en batalla naval.
Lamaba un fuerte aguacero
Por la puerta principal,
Y por el postigo falso
Respondían : *¡Allá van!*
Maltrató sabrosamente
Sus carnes mirando andar
Las manos, que eran de nieve,
Entre pez, rosa y coral.
Al fin se rasgó Lucía,
Tentando aquí y acullá,
Desde el principio del mundo
Hasta la posteridad.
Dió vuelta á la fuente roja
Y recorrió su arrabal,
Y acabó donde comienza
El pecado original.
Por la Gran Bretaña dió
Noticia, aviso y señal
De las cartas que le trajó
El correo mensual.
Hivertida con las aguas
Que arroja el astro lunar,
Descubrió los caracoles
En las orillas del mar.
Se miró como al soslayo
Toda la capacidad,
Y de aquel tan bello monte

LXXXVIII.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo.
Llorando la noche y día
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos
Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Mas elegante que Julio,
Boquiabierta de labios,
Nariz corva y rostro enjuto.

«Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.

»Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarías mas contenta
Que con su renta el Gran Turco.

»Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo;
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.

»Compañía de varón
Ni la apruebo ni la culpo,
Que voluntaria es suave,
Y pesada si es con yugo.

»Bien parece un hombre en casa,
Pero si continuo es uno
Es muerte civil, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.

»El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Cuando se muere al segundo.

»El mas afable es celoso,
El mas discreto importuno;
Si es mozo es desperdiciado,
Y avariento si es caduco.

»El estado de casada
Solo ha de servir de punto
O escala para subir
Al de viuda seguro.

»De una cama y de una mesa
La mujer dueño absoluto,
Dicen algunos doctores
Que engorda y alegra mucho.

Comer siempre de un manjar
¿A quién no causa disgusto?
Y mas cuando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio.

»Un marido es vaca eterna,
Mejor es que hoy á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.

»Si te da pena ese traje,
A que te obliga el difunto,
Viste el troncó de colores
Y la corteza de luto.»

Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro (47).

LXXXIX.

La que Persia vió en sus montes,
Emula en tiempo de Cintia,
Perseguir hombres y fieras,
Fiera de hombres perseguida,

La faldá se vió bajar.
Se pegó la contentosa,
Limpiando el cañaveral
De las gotas del rocío,
Y se volvió á su telar.

(47) En mi opinion, este es uno de los mas hermosos romances de Góngora, no

Desdeñando ya la caza
Por las hélicas fatigas,
Trueca en generoso acero
La sangrienta jabalina.

Trajo el turco á la guerrera (48)
Contra la santa conquista
Para amparo de su gente,
Para horror de la enemiga.

Tan valiente sobre hermosa,
Que en duda están las heridas
A cuál reconocen mas,
A su espada ó á su vista.

Ambiciosa pues de gloria,
Los peligros solicita,
Perdona á la turba infame
Por flaca ó por fugitiva.

Solo afecta á sangre noble (49)
Cuanta en vano de fendida
Vierte, si el honor lo calla,
El rojo campo lo diga.

En su dulcemente fiero
Rostro las armas desvían,
Por dar lugar á la muerte,
Los remedios de la vida.

Sigue apriesa victoriosa
A un español, gran ruina
De paganos, cuyos hechos
Envidiosamente admira.

Invencible caballero,
Que en gente adversa y amiga,
Soberbio aquellos le temen,
Estos humilde le estiman.

A un duro golpe ligero
Vuelve el jóven, que imagina
Fuego la espada que sienta
En las centellas que brilla.

Menos globos de cristal
Prenhada nube graniza
Que él llueve heridas al yelmo,
Al yelmo sonante esquila.

Muelles rompe, y descubiertas
Las bellezas impedidas,
Depone el brazo la espada (50),
Depone el pecho la ira.

Tremolar luz, arder rosas,
Blanquear nieve vecina,
Vió cuales nunca vió esfera,
Jardin culto, helada cima.

Mientras él mira suspenso
Sus bellezas, multiplica
Ella heridas fuertes todas,
Pero ninguna sentida;

Que otra de las que sus ojos
Suavemente fulminan
Le penetra el corazon,
Menos sangrienta y mas viva.

Buscando la soledad,
Huye al fin, poque la siga,
Y herido no la yerre,
Aunque le yerre no herida.

Era apacible campaña,
Que á dulces de amor ceñían,
No de Marte á lides fieras,
Dos montañas convecinas.

Aquí el valiente guerrero

obstante que jamás haya sido citado entre los buenos, y que no esté immune de algunas afectaciones.

Rivas Tafur creía que no era de Góngora. El señor Guerra y Orbe lo atribuye á don Antonio de Paredes.

(48) Así Faria; otros leen :

Trujola el turco á la guerra.

(49) Casi todos los textos dicen:
Solo afecta sangre noble.

(50) Verges, con Hoces, lee:
Depone el uno la espada.

Faria escribe :

Depón la mano la espada.

Espera á la que venia
Furiosa, dando á la tierra
La celada y la rodilla.

«Oh bella, dice, oh cruel,
Mas cuando tus ojos miran
Que cuando hiere tu mano,
Con ser tan ejecutiva!

»No te defendi mi sangre,
Mi alma si, que cautiva,
Mucho merece por tuya,
Si mucho pierde por mia.

»Entre las partes de humana,
Que tanto niegas divina,
Hoy piadosa niegas ser
Dura destas penas hija.»

Al pecho pues de la airada,
Blanda la voz, estos mina
Pedernales rara fuerza,
Gallarda por lo remisa.

Mansa ya responde, y deja
La que el jóven prevenia
Relacion de su linaje,
Historia de sus desdichas,

Para otro tiempo oportuno
Que dichoso le permita;
Porque las sombras descienden
Y las cajas se retiran.

XC.

Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes,
Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles;

Cuyas lágrimas risueñas,
Quejas repitiendo alegres
Entre concetos de llantos
Y murmurios de corrientes,
Lisonjas hacen undosas
Tantas al sol, cuantas veces
Memorias besan de Dafne
En sus amados laureles.

Despreciando al fin la cumbre,
A la campaña se atreven,
Adonde un mármol labrado
Les peinase las corrientes.

Sus cortinas abrochaba,
Digo sus márgenes breves,
Como un alamar de plata,
Una bien labrada puente.

Dichas las ondas pasaban
Entre pirámides verdes,
Que ser quieren obeliscos,
Sin dejar de ser cipreses;

Y entre palmas que celosas
Confunden los chapiteles
De un edificio, á pesar
De los árboles luciente,

Cristales son vagarosos
Destos bellos muros, deste
Galán Narciso de piedra
Desvanecidos sin verse;

Y con razon, que es alcázar
De la divina Sirene,
Arco fatal de las fieras,
Arpon dulce de las gentes,

Armando el hombre de plumas
Cintia por las que suspende,
Cupido por las que bate
En el ámbito del Bétis.

Un dia pues que pisando
Inclémencias de diciembre,
Treguas hizo su eterno
Entre la nieve y la neve,
Sagaz el hijo de Venus,
Atrevido como siempre,
Una piel le vistió al viento,
Que aun las montañas le temen.

Corcél'o no de las selvas,
Sino del viento mas leve,
Hijo veloz de su aljaba,

Cuatro ó seis flechas desmiente.

Signelo, y en vez de cuantos
A los campos mas recientes
Blancas huellas les negó,
Blancos lilió les concede.

Jóven coronado entonces,
No sin esplendor, las sienes
De los tremulos despojos
De un volado martinete,

Cebando estaba las hondas
De un estanque trasparente
Su bahari, que de hambriento,
Picaba los cascabeles.

Alterado del ruido,
Tienta el acero que pende,
Cobra el caballo que pace.
Si paze quien hierro muerde;

Mas saltado despues.
Del bellísimo accidente,
Si intempestuoso se opone,
Desalumbado se ofrece.

Con media luna de un sol
Que á rayos y flechas pierde,
Tras de un ciervo que no huye,
Sino al amor obedece,

Engañó á la cazadora,
Conducido desta suerte,
A ilustrar carro lascivo
De virginales laureles.

XCI.

Herido Amor con las armas
De una susurrante fiera,
Con suspiros rompe el aire,
Con llanto baña la tierra.

Dulcemente solicita
Su madre entre amargas penas,
Que amorosa le regala,
Que agradable le consuela.

¡Ay abejuela, abejuela!
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;
Mejor fuera, mejor,
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.

Venus, que á la boca y ojos,
Que voces manan y perlas,
Con un lienzo y con dos labios
Llanto enjuga, chupa néctar.

Hijo, dice, de tus ojos
Daré á tus manos la venda,
Porque defiendas el daño,
Porque mires la cautela.

¡Ay abejuela, abejuela!
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;
Mejor fuera, mejor,
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.

XCII.

Conocidos mis deseos,
Admitidos por constantes,
Merezcan por ofendidos
Licencia para quejarse.

De escuchar obligaciones
Grandes libertades nacen,
De conseguir beneficios
Estrechas cautividades.

Viva libre el que no admite,
Quien no se obliga no pague;
Satisfacciones á deudas,
Si no prefieren, igualen.

Es la gratitud un toque
De buena ó villana sangre;
Humildes tocan bajezas,
Nobles desdubren quilates.

Favores que se limitan
Con acciones desiguales
Arrepentimiento indician,
Arguyen amor con arte.

Desdenosa á mis caricias,
Con las ajenas afable,

Mas que bonanza aseguran
Gustos de amor inconstantes (1).

Ejecutar tiranías,
Preciarse de libertades,
Confianza es en el dueño,
Menos precio en el amante.

Corta en las satisfacciones,
Larga siempre en dar pesares,
O la pérdida no estima,
O es dar al olvido alcance.

Imaginadas ofensas
Que agravan entrambas partes,
Ajeno valor se ofende,
El mismo recibe ultraje.

Guerra de amor y desden
No sustentan ni combaten
Uniformes elementos,
Contrarios en calidades.

Tus helados Mongibelos,
A mis ardientes volcanes
Si se oponen, no destruyen
Esferas de amor tan grandes.

Sola, oh mas tirana Filis,
No imprimes de amor señales,
Y de sus caminos dejas
Los que en el aire las aves.

Fingete libre laurel
A los rayos fulminantes;
Que humildes fuegos te observan
Para desdenes de Dafne (2).

XCIII.

Clóris divina en todo,
A cuya discrecion
Tributo da rendida
Del orbe la mayor;

En cuyos ojos claros
El aligero dios
Puso de luz saetas,
Fuertes rayos cifró.

Ministrando graciosos
Con suave rigor
Tus negras cejas arcos
A su tirano arpon;

Ninfa pues, cuyo agrado
Y decir socarron
Al mas triste suspende
Su penoso dolor,

Escucha del que tiene
Opreso el corazón
De las crueles viras
Del ciego tirador;

Del rapaz cuya ley
A nadie perdonó,
Desde el zagal ineulto
Al cetro superior;

El que su furia emplea
Contra el que se mostró
Mas exento á su yugo,
Mas libre á su prision.

Como entre gustos varios
Un tiempo estuve yo,
Ignorando sus flechas,
Despreciando su ardor,

Y tanto, que el aldea
Mi altivez celebró,
Dandome por renombre
El mas libre garzon,

Porque de mis zagalas,
Clara afrenta del sol,
No escuchaba las penas,
Burlaba la aflicion;

Mas aqueste tirano
Mi libertad robó,
Mostrandome de Aminta
El no humano valor;

Aminta, á quien el Tórmes
En su cristal veloz

(1) Otros leen: *gustos de amor*.

(2) Rivas Tafur no lo cree de Góngora.

La venera deidad,
Supremo le da honor,
Idolatra á su elígie
Con sacra admiración,
Que victimas humildes
Propicia no admitió.
Y desdenando afectos
Con ajeno favor,
Aniquiló mi gloria,
Mi esperanza frustró.
Trasunto soy de aquel
Admético pastor
Que humana signió ninfa
La que laurel gozó;
Si bien feliz en algo
Sus bienes coronó
El ramo á quien adorna
No extinguido verdor;
Y á mi ciprés funesto,
Publicando que estoy
Muerto á las manos fieras
Del vengativo Amor.

XCIV.

Por las faldas del Atlante (5),
No como precipitado,
Sino como conducido,
Arroyo descendiendo claro
A fecundar los frutales
Y á dar librea á los cuadros
De las huertas del Jarife,
Del jardín de su palacio,
Divertido en caracoles,
Como jinete africano,
Comienza en cristal corriendo
Y acaba perlas sudando.
Sus ondas besa la copia,
Mas nada lo tiene vano,
Sino el desatar aljófar
A los deliciosos baños
Donde Amor fomenta el fuego
Con las señas de sus dardos
Para templearle á Jarifa
Uno con otro contrario.
Jarifa, Cintia africana,
Que absuelto el hombro del arco,
En las termas de su abuelo
El sudor depone casto.
En tanto pues que se baña,
Y se compite lo blanco,
Y aun se desniente en lo terso,
Sus miembros y el alabastro,
Con dulce pluma Celinda,
Y no menos dulce mano,
En un laud va escribiendo
Lo que Amor le va ditando:
«Con arco y aljaba ¿quién dice que soy
El hijo de Vénus, la hermana del sol?»
*Quien dice (4) que soy
El hijo de Vénus,
Dice bien;
La hermana del sol,
Dice mejor.*
La cuna real,
Que con esplendor
Abrigo inquieto
En la infancia os dió,
Arbol fué en las selvas
Que sombra prestó
En la melodía
De algun ruiseñor.
Esta cuna es pues
Quien solicitó
Á su natural
Vuestra inclinación.
Quien dice que soy, etc.

(5) Otras ediciones leen: *Atalante*.(4) Otros leen: *quien dicen*.

Si ignoras, cruel,
Cuántas deben hoy
Vuestro mirar almas,
Fieras vuestro arpon,
El reino lo diga
Donde mas por vos
Tiene que el Jarife
Vasallos Amor.
El monte lo diga.
Cuyos troncos hoy
Visten por cortezas
Pielles de Leon.
*Quien dice que soy
El hijo de Vénus,
Dice bien;
La hermana del sol,
Dice mejor.*

XCV.

En la beldad de Jacinta
Dulcemente se encubrió
Con bellisimos disfraces,
Cauteloso, el niño Amor.
Entre hermosas lisonjas
Suavisimas, traidor,
Sus flechas mintió engañosas,
Sus venenos engañó.
Vi rosas, vi azules lirios,
Brillante vi el resplandor
Del oriente en sus cabellos,
Vi marfil, vi plata, y no
El áspid vi que lascivo
En las flores se engastó,
Pedazos de primavera,
Que el alba á Jacinta dió.
El bello pues, el luciente
Disimulo de traicion,
Del glorioso ya deseo
Con facilidad triunfó.
Solicito el pensamiento,
Por la vista se perdió,
Y entre auroras y entre soles
Sombras mil dulces bebí.
Rico ya se coronaba
De glorias el corazon,
Suaves bebiendo en oro
Rigores del ciego dios.
Risueños cristales, donde
Con artificio celó
Cuanta el Amor en su fuego
Viva esfera alimentó.
Volantes letras, cenizas,
Tumbas del incendio son,
Declarando en sus oscuros
De las llamas el rigor.
El Amor solicitando
La frente de la ocasion,
El corazon mas amante,
Pide á Jacinta favor.
Vénus nueva, deidad bella,
De las gracias el honor,
De mis bienes la corona,
De mis males el temor,
Tu rostro me favorezca,
Pues al abril su color
Para rosas y jazmines
Púrpura y nieve prestó,
Dulce ya voz en tu boca
Cuanto ámbar aspiró,
Entre sus hojas lascivas,
El clavel, hijo del sol.
No huya la blanca nieve
La mano, á quien envidió
Pompa el copo del aurora,
Desatado su candor.
Propicios tus ojos bellos,
No abrevien su resplandor;
Nortes luminosos guien
Mi naufragante alicion (5).

(5) Dúdase que sea de Góngora.

XCVI.

La cítara que pendiente
Muchos días guardó un sauce,
Solicitadas sus cuerdas
De los céfiros suaves,
Amarilis restituye,
Que orillas de Manzanares
Viste armiños por trofeo,
Pisa espumas por ultraje.
El dulce pues instrumento,
Pisados viendo sus trastes
De los que suavemente
Articuló Amor cristales,
Organo fué de marfil,
Bien que le faltaba el aire,
Porque enmudeció los soplos
Del viento mas aspirante;
A cuyo son la pastora
Cantando, dejó llamarse
Filomena de las gentes,
Amarilis de las aves;
El curso enfrenó del río,
Y á su voz el verde margen,
Respondiendo en varias flores,
Aplausos hizo fragrantés.
De golosos cupidillos
Mudo la corona enjambre,
Libándole en la armonía
Cuantos respira azahares.
Asistir quisieran todos
A esta lisonja que hacen
El que andaron esposo
Los mismos lazos que amante;
Al siempre culto Danteo,
Envidia de los zagales,
En valor primero á todos,
En dichas segundo á nadie.
Manteniendo pues los ojos
En lirios que dulces nacen
En la frente de Amarilis,
A caducar nunca ó tarde,
Néctar bebe numeroso
Entre perlas y corales,
Escuchando á la sirena,
Que tremola plumas de ángel:
«Quiéreme el Aurora
Por su ruiseñor,
Busque otro mejor;
Que yo canto agora
A mi dulce amor.»
El alba me envía
Cuanto jazmin bello
Trenza en su cabello
El nácar del día;
Poca es mi armonía
Para tanta flor.
Busque otro mejor, etc.
»La aurora no sabe
Que mujer casada
Es ave enjaulada,
Si muda no es ave;
Y á mi voz suave
Saluda otra flor.
Busque otro mejor;
Que yo canto agora
A mi dulce amor (6).»

XCVII.

Las auroras de Jacinta,
Nuevas esferas de Amor,
De cuyos rayos apenas
Es un rayo todo el sol;
Aquella deidad del Tajo,
Con quien sus corrientes son
Mucho cristal para río,
Aunque para espejo no,
Verdes galanes del soto
Olmos la reciben hoy,
Que la tuvieron por nieve

(6) Rivas Tatur no lo tiene por de Góngora.

Y la juzgaron por flor.
Músico arroyo la duerme,
Cristalino ruiseñor;
Jacinta le paga en perlas
Lo que en plata le cantó.
A las lisonjas del prado
El calzado jazmín dió,
Veneno para el abril,
Y para el Mayo favor.
Serranos de Manzanares,
Milagros hace el Amor:
Yo he visto llorar al alba,
Yo he visto celoso el sol.

XCVIII.

La mas lucida belleza
Que, ya en ojos, ya en cabellos,
El sol reconoce rayos
Y estrellas envidia el cielo,
Ambiciosa de sus luces,
Jamás sale de su centro,
Comptiéndose á sí propia,
Siendo competencia y premio.
De su voz en la armonia
Lisonjea tierra y viento;
Tanto se agradan, que vuelven
A repetilla en los ecos.
Vencimientos suyos canta,
Y con tan blancos acentos,
Que hace dulces los estragos
Y apacibles los trofeos.
Las sirenas de los mares,
Las aves de los desiertos,
En sus competencias vanas,
Glorioso triunfo la dieron;
Porque así el cielo dispone,
Dándole en la tierra asiento,
Que aunque solo en uno vive,
Triunfa ya en dos elementos.

Remedio á sus perfecciones,
La libertad de un deseo,
Que la miraba invencible,
Paga tanto atrevimiento.
Como fuego tan lucido,
Es el que aspira en su pecho,
Halla en las luces deleite;
Como en las llamas tormento;
Y abrasándose en la guerra
De aquel generoso incendio,
Dijo al cristal fugitivo
De Manzanares risueño:

«Fugitivos cristales,
Corred y volad;
*No esperéis á mi fuego,
Que os ha de abrasar.*
»Manzanares, que no escaso
Distrito, aunque hermosa tierra,
Vuestro oriente es una sierra,
Y á otro río vuestro ocaso,
Alentad mas vuestro paso,
Huid con velocidad.
No esperéis, etc.
»Cristal, que en monte elevado
Rústico origen teneis,
Y luego en la corte os veis
De su pompa festejado,
Jamás libre y desatado,
Seguro asiento tomad.
*No esperéis á mi fuego,
Que os ha de abrasar.*

XCIX.

Lluvias de mayo y de octubre,
Mas que debidos rigores,
Bordaba el sol por las cumbres
Entre rubios tornasoles,
Cuando un pequeño deudor
De grande opinion al Tórmes
En lomos de Manzanares
Forzoso ejercicio escoge.

Lágrimas riegan la tierra,
Que con corvo arado rompe,
Y sembrando atrevimientos,
A coger iras se pone.
Imperfecto deja el surco,
Bordado de las colores
De un ave que por el cielo
Dulces acentos descoge;
Rubia y crespa la corona,
Por ojos tiene dos soles,
Que sobre fondos azules
Hacen dos ciclos conformes;
Bruñidas hojas de plata
El cuello altivo componen,
Por donde con dulces pasos
El aire de su voz corre;
Rizas negras plumas visten
Sus alegres resplandores,
Naufragio de cuantos ojos
Han navegado pasiones;
Sobre fogosos rubies,
Que diez diamantes componen,
Labrados todos en largo,
Sus hermosas manos pone.
Al dulce batir las alas
El villano estremeciése,
Porque en la imágen del ave
La de Amarilis conoce.
Sintió la flecha en las plumas,
Que le atravesó de un golpe,
Y con las ansias herido,
Comenzó á decir á voces:
«Cielo son tus ojos
En ser azules,
Y en los rayos que arrojan
Parecen nubes.»

C

Menguilla la siempre bella,
La que bailando en el corro,
Al blanco fecundo pié
Sucedan claveles rojos;

La que dulcemente abrevia
En los orbes de sus ojos
Soles con flechas de luz,
Cupidos con rayos de oro;

Esta deidad labradora,
Desde donde nace arroyo
Hasta donde muere río,
Tajo la venera undoso.

Gil desde sus tiernos años
Aras le erigió devoto,
Humildemente celando
Tanto culto aun de sí propio.

Profanóla alguna vez
Pensamiento que amoroso
Volando en cera, atrevido
Nadó, en desengaños loco (7).

Del color de la violeta
Solicitaba su rostro
En la villana divina
El afecto mas ocioso.

Esperanzas pues de un día,
Prorogando engaños de otro,
A silencio al fin no mudo
Respondió mirar no sordo.

Sus zafiros celestiales
Volvió un suspiro tan solo,
Tan pequeño de cobarde,
Cuán mal distinto de ronco.

La divinidad depuesta
Desde aquel punto dichoso,
Mirarse dejó en la aldea
Y saludar en el soto.

Con mas alientos que mayo
Un blanco sublime chopo

(7) Así Verges; otros leen:
Nació en desengaños tonto;
y otros *nadó*.

En su puerta amaneció,
De tan bello sol coloso.

En las hojas de la yedra
A su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitár hizo Favonio.
Las fiestas de san Ginés,
Cuando sobre nuestro coso
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.

Mientras distingue las fieras
El garzon, pavor hermoso,
La púrpura robó á Menga,
Y le restituyó el robo.

Cambiar le hicieron semblante;
Mas guardandola el decoro,
En los peligros el miedo,
En las victorias el gozo,
Paseó Gil el tablado,
De aquella hermosura tronco,
Que en los crepusculos niega
El temor y el alborozo.

Negó jazmines sobre él,
Tan desmentidos sus copos,
Que engañaran á la envidia,
Si no le volvieran loco.

Desde entonces la malicia
Su diente armó venenoso
Contra los dos, hija infame
De la intencion y del ocio.

Mucho lo siente el zagal,
Pero Menguilla es de modo
Que, indignada contra sí,
Se venga en sus desenojos.

Las verdes orlas excusa
De la fuente ó de los olmos,
Por no verse en sus cristales,
Por no leerse en sus troncos.

A los desvíos apela,
Partiendo en los mas remotos,
Con el céfiro suspiros,
Con el eco soliloquios.

Llora Gil estas ausencias
Al son de su leño corvo,
En humores que suaves
Desataran un escollo.

Sus dichas llora, que fueron
En el infelice logro
Pajarillos que serpiente
Degolló en su nido pollos.

Caducaron ellos antes
Que los floridos despojos,
Y el que nació favor casto
Murió aplauso riguroso.

En los tormentos lo inquiere,
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio (8).

Teme que esta retirada,
Si las flechas no le ha roto
Al amor recién nacido,
Las arme de ingrato plomo.

Buscándola en vano al fin,
Imitar al babilonio
Ya quería, y de su espada
Buscar por la punta el pomo,

Cuando la brújula incierta
Del bosque le ofreció undoso
Todo su bien no perdido,
Aunque no ganado todo,

Porque sin cometer fuga,
Teatro hizo no corto
Aquel campo de un rigor
Que árbol es ya de Apolo.

CI.

«Porque corre á despeñarse
Medio asombrado un arroyo,

(8) Otros leen *odio*.

El paso quiere impedirle
Un arrayan piadoso;

»Y aunque con mil cortesías
Le va obligando á su tronco,
Por entre piés, hecho sierpe,
Se le escapa bullicioso.

»El llevarse cuanto encuentra
Es de sus celos asombro,
Y al fin con precipitarse
Da á su olvido testimonio.

»Corría y andaba manso,
Y una nube embraveciólo
Con piedras que le arrojó,
De que ya corre quejoso.

»Lleva el color demudado,
Pues los corderillos todos
Que le bebían cristal,
Ya le beben coral rojo.

»Tambien le sacó de madre
El encontrarse con otro
De su misma pretension,
Mas libre y mas poderoso.»

Este ejemplo le contaba
Un pastorcillo celoso
A una zagala por quien
Hoy le sucede lo propio (9).

CII.

Tú, noche, que alivias

• Los cansados miembros,
Cuyas negras horas
Convidan á sueño;

Dulce encubridora
De los que despiertos,
De amorosas luces
Sacan lances bellos;

Tú, en cuyo regazo
El grande y pequeño
Suspende la vida
Y afloja el deseo;

Aplica á mis quejas
El oído atento,
Pues dellas el día
Y de mí va huyendo,

Mientras mi enemiga
En el casto lecho
Duerme sin cuidado
De mis pensamientos.

En pasados siglos
Noche, si me acuerdo,
Sus trompetas roncás (10)
Mis ojos rindieron,

A mi lengua mudo
Y á tus ojos ciego,
Sin darme, cuidado,
Presentes tormentos.

Aquel tiempo fué,
Que en fin era bueno,
Y ojalá el presente
Illiciera lo mismo.

Ahora cuidado
Usurpó los fueros,
Y entre las tinieblas
Oigo, miro y peno.

Hecho centinela
De mis devaneos,
A mí bien dormido
Y á mí mal despierto,

Canto con los gallos
Cantares funestos,
Responso á mi alma,
Laudes á mi cielo,

Quejas al amor,
Honras á mi cuerpo,
Endechas al daño,
Plegarias al tiempo.

Canto al cabo de año
Con nocturno entero

De mis esperanzas,
Que ya se murieron.
Contemplo los cursos,
Pensando conceptos
Para engrandecer

A quien me ha deshecho.
Consumo las horas
Haciendo sonetos,

Y en ellos alarde
De mis daños ciertos.
Pero ¿qué me importa

Cantar mil sucesos
A quien no es posible
Que les dé remedio?

Ora estés velando,
Ora estés durmiendo,

Ingrata señora,
Escucha mis versos.

Podráslos cantar
Las noches de invierno,
Los martes aciagos,

Que son propios dellos.
Cuando yo vivía
Mas libre y exento,

De mi gusto esclavo,
Solo á mi sujeto,
Burlaba de Amor

Y de sus pecheros,
Porque en mi opinion
Todos eran necios;

Y no andaba errado;
Que quien sirve á un ciego,
O no tiene vista

O es poco discreto.
No cuidaba de ojos
Garzos ni risueños,

De tiernas palabras
Ni blandos rodeos;
No me suspendían

Cejas ni cabellos,
Nariz afilada
Ni nevado pecho;

No en fuego me helaba,
Ni quemaba en hielo,
Ni me alborotaban

Temerarios celos;
No me despertaban
Amorosos miedos,

Ni dueñas ni doñas
Me traían suspenso;
No gastaba arengas

En dulces requiebros,
Ni lágrimas vivas
Ni suspiros recios;

Nunca con mujeres
Hablabá con seso,
Porque me preciaba

De ser lisonjero;
Nunca me vió nadie
En anocheciendo

Andar hecho trasgo,
Cargado de hierro.
Estas prevenciones

Poco me valieron;
Que en fin vine á dar
Al despeñadero.

Vite una mañana,
Y quedé suspenso
De unas cejas negras

Y unos ojos negros.
Perdime de vista,
Y dejando el puerto,

En el mar de Amor
Me entré á vela y remo.
Comencé á ser otro;

Descubrite el pecho,
Mas tú le cubriste
De amoroso fuego.

Hallóte mi amor
Falsa por extremo,
Las palabras cera,

Las obras acero;

Herviente en las causas,
Tibia en los afectos;
Fácil en promesas,
Y mudable en hechos.

Blanda en los halagos,
Dura en los remedios,
Viva en mis tragedias,

Muerta en mis trofeos;
En presencia gloria,
En ausencia infierno,

En público oveja,
Y tigre en secreto.
Pues no eres eterna,

Ni el tiempo es eterno,
Ni tú serás moza
Cuando yo sea viejo,

Si pasa tu flor,
Quedarte has en seco,
Rica de desdenes,

Pobre de contento.
Llorarás entonces
Lo que no echas menos,

Y querrás comer,
Y no habrá pan tierno;
Pero tente, pluma,

Que aunque no me aduermo,
Hablas con un robre,
De asperezas hecho (11).

CIII.

A un tiempo dejaba el sol
Los colchones de las ondas,
Y el orinal de mi alma

La hacera de su choza;
El porque tres veces quiere
En las tres doradas bolas

De las torres de Marruecos
Ver su caraza redonda;
Y ella porque sus corderos,

En tanto que el alba flora,
Se longanicen las tripas
De esmeraldas y de aljófar,

A cuenta de los poetas,
Que baratan estas joyas
Entre los que en avellanas

Les pagan á qué quies, boca.
De luz pues y de ganado
Se cubre la vega toda

Al aire de la armonía
Que despidе una zampoña,
Profundamente tañida

De un cuitado que la sopla
Quizás tan profundamente,
Que no hay Júdas que la oiga.

Guarda el pobre unas ovejas,
Si el que se las deja á solas
Las guarda, y á sus rediles

No las vuelve, ó vuelve pocas;
Culpa de un dios que, aunque ciego,
Clava una saeta en otra,

Y calienta, aunque desnudo,
El muro helado de Troya,
Cuando criminante y bella

Salió ministrando aljófar,
Del sacro Bétis la ninfa
Que vió España mas hermosa;

Tan celosa de su padre,
Que el llado aun no la perdona,
Y si hay sombras de cristal,

La ninfa se ha vuelto sombra.
Viola en las selvas un día
En una virginal tropa

De secuaces de Diana,
Saeteando una corza.

(11) Otros leen, y no mal:

De esperanzas seco;

y otros, nada bien:

De esperanzas hecho.

(9) Rivas no lo cree de GÓNGORA.

(10) Otros leen: *tus trompetas*.

Nunca la viera el cuitado,
Y no dejara en mal hora
Por el campo su hacienda,
Por el río su memoria.

Desde entonces los carneros
Van perdiendo sus esposas,
Y de lanas de bayeta
Les va el lobo haciendo lobas.
Río abajo, río arriba,
Pasos gasta, viento compra,
Que lo vende por suspiros
Y vale misericordia.

Tantos días, tantas veces
Oyó su voz lastimosa
El río desde su urna,
Que lo vende por suspiros
Y lo halló entre unos carrizos
Ventoseando mas coplas
En daño de los que dicen
De su preñada señora,

Que lo oía entre unos sauces,
Haciendo desden y pompa
Del pastor y de sus versos,
Zahareña y amorosa.

De las plumas de una mimbres
Dos corta el viejo garzotas,
Y en el envés de la niña
Me las desnuda de hojas.

Cansado pues el pastor
De invocar piedad tan sorda,
De mi bella pastorella
El dulce favor implora.

Un rato le ruega humilde
Que su lira sonora
Al aire haga y al río
Cualque suave lisonja.

Condesciéndole sus ruegos
Clóris, y luego á la hora
Yerba y flores á porfia
Le tejieron una alfombra.

Pulsó las templadas cuerdas,
Y al punto el cielo se asombra,
El aire se purifica,
La ribera se convoca.

Las niñas que de aquel soto
Los muchos árboles honran,
Vistiéndose miembros bellos,
Desnudan cortezas toscas.

A un verde arrayán florido
Se calaron dos palomas,
Blancas señas de que el aire
La madre de Amor corona.

Un dulce lascivo enjambre
De hijuelos de la Diosa,
Vertiendo nubes de flores,
Jazmines llueven y rosas.

Sofrenó el sol sus caballos
Por oír á mi pastora,
Tanto, que besó algún signo
Las caderas luminosas;

Y fué tal la sofrenada,
Que con las lúcentes colas
Ensueñaron y barrieron
Dos tachones de la zona.

Su verde cabello el Bétis
Descubrió y su barba ondulosa,
Y el húmido cuerpo luego,
Vestido de juncos y ovas.

La hija aguarda que el padre
Todo el campo reconozca,
Y á las detenidas aguas
Fia luego la persona.

Salió de espumas vestida,
Y por lo que es vergonzosa,
Calzada una celosía
De caracoles y conchas.

CIV.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado
Y con mil ansias abierto.

En fe de los treinta escudos
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un *alma mía*
Disimulados y envueltos,
Os envío ese inventario
De las partidas que tengo;
Que es como si os enviara
Las del infante don Pedro;

Porque en materias de escudos
Solo tengo un pavés viejo,
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar realengo,
Y cuanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que, como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.

De los navios de Indias,
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva
Cómo llegaron al puerto.

Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos;

De dehesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad por linderos.

No se me quejan las fuentes
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.

Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un *agnus Dei* de alquimia
Se rematan mis corderos.

Solo el adorno de casa
Es señora de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.

Tambien tengo alguna plata:
Por ser poca ni la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.

No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros;
Porque ya tengo la corte;
Solo el paño es el que espero.

Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.

En cosas dulces, Canarias
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna,
Rascada con cinco dedos.

Al fin que, señora mía,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo un solo cuarto
Muera de cuatro contrercho.

Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hombre en mi influyeron.

Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo (12).

CV.

Mil años há que no canto,
Porque há mil años que lloro

(12) Rivas Tatur no lo tiene por de Góngora.

Cuidados del mal pasado,
Que ha puesto fin á mis tonos.

Ingrato mundo, de ti
Estoy de veras quejoso,
Pues con tan poca razon
Me castigas á mi solo.

Ello consiste en ventura;
Que mil pecados conozco
Mas graves que el mio algunos,
Y mas sin castigo todos.

Pues vive Dios, que en mi vida
Llevé mujer para otro,
Ni he procurado privanza
Por bajo ni humilde modo.

Consuélome con que el tiempo
No tiene los piés de plomo;
Que si es Mercurio en las alas,
Con sus verdades me abono.

Muchos faltan de la plaza
Que los vi salir al coso;
Muchos se llevan los días,
Todo se va poco á poco.

Yo he visto con calzas largas
Algun señor de los godos,
Que ya se humilla á greguescos,
Como inglés, cortos y angostos;

Y he visto con mas salud
Algun pastor boquirrojo,
Que á paso de buey camina,
Y balaba como un corzo;

Y aun alguna dama he visto
Que tiene acabado el rostro,
Con arrugas por lo mico,
Con juanetes por lo mono;

Ralo y lamido el cabello,
Y sin pestañas los ojos,
Dos dientes menos y negros (13),
La nariz mas larga un poco;

Lacio el brio y agostado,
Y de no pocos agostos,
Y para tener el tiempo,
Un brazo mas largo que otro.

Mas ¿por qué me maravillo,
Y con el tiempo me tomo?
Los bueyes fueren becerros
Y los mastines cachorros.

Yo conocí un aguileño
Que agora ha dado en ser romo,
Y un gordo que fué muy flaco,
Y un flaco que fué muy gordo.

Los sombreros eran altos,
Ya son bajos y redondos;
Colchones eran las calzas,
Ya no consienten alforros;

Desbarrigados los sayos,
Los jubones á lo corto;
Lacayos se visten pita
Y rameras telas de oro.

Sin duda se acaba el mundo;
¡Oh cuatro veces dichoso
El que en un pobre sayal
Del mundo se pone en cobro!

De la premática nueva
Se anda descuidado y sordo,
Ni mira en sedas ni puntas (14),
Almidon, filete ni oro.

Y si descubren mujeres
Sus bellos rostros hermosos,
Da gracias á Dios por ello,
Y miralos vergonzoso.

Y aunque es el trabajo grande
De la obediencia y del coro,
Cuán bueno es saber que hay
En conventos refitorio.

Cuando miro las crueldades
Desta nuestra edad de lodo,
Aunque no la merecemos,
Vivir de hierro mohoso,

(13) Otros leen:

Los dientes menos y negros.

(14) Otros leen: *ni mora en sedas ni puntas*.

El mas bajo estado envidio,
A peso de oro lo compro (15),
Por quien yo trocara el mio,
Y aun en esto liciera poco.
¿Qué villano va á sus viñas
Con las alforjas al hombro,
Por quien no trocara á Ovidio
De Tristibus y de Ponto?
¿Qué marinero embreado
O qué velador piloto,
Que forzado de galera,
Que negro de Monicongo?
¿Qué recuero de la Alcarria,
Que pobre importuno y roto
De los de sopa francisca
O de jerónimo brodio?
¡Oh venturosos picaños,
Que del señor poderoso
En vagamundos corrillos
Estáis murmurando el tordo!
No os habeis disciplinado
Por la armada, ni á vosotros
Os piden lanzas de ristre,
Sobrándose lanzas á todos.
¿Qué se os da que nunca llueva,
Pues el año mas costoso
A un mismo precio comeis
Pan y vino y carne abondo?
¿Qué se os da que vaya el Draque
De nuestras naves en corso,
Y que se lleve de España
Los trabajados tesoros?
Sobre Juanilla y Lucia
A veces andais al morro
Por cuernos averiguados,
No por cuidados celosos.
¿Qué cardenal come en Roma
Mas seguro y mas sabroso,
Pues nunca á nadie en la tierra
Se dió veneno en mondongo? (16).
Ya en efeto hemos nacido,
Y aunque seamos de lodo,
Sabemos bien en el mundo
Quién es oveja y quién lobo.
Alleguémonos al bueno,
Huyamos del mentiroso;
Que importa vivir en paz,
Sufrir mucho y hablar poco.

CVI.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas,
Aquel de la capa blanca
Y de las costillas negras;
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan,
Como hizo aquella fácil,
De cuya voz no se acuerda;
Porque Amor, que es ave y niño,
Si no le regalan vuela.

(15) Otros leen : á pesar de oro.

(16) Aunque en las colecciones antiguas corre este romance como de Góngora, don Francisco de Rojas, en su ingeniosa comedia *Donde hay agravios no hay celos*, lo atribuye á Lope de Vega. Véanse sus palabras :

En ser hombre desigual
Por mas mn vengo á tener,
Porque yo mas quiero ser
Picaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor y aun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser picaro dispongo;
Que, como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.

Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole cuatro esquinas,
Dos calles y una taberna :
«Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que revientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
»A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fe de cera,
Cada cual siga su autojo,
Pues que la gracia no es deuda.
»Franca de celos te hago,
Porque los llamé mi abuela
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
»Y yo, que soy bachiller
Por Alcázar de Consuegra,
Los comparo á los erizos,
Que á quien los toma penetran.
»No quiero que á nuestras vidas,
Que son dos palomas duendas,
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
»Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta,
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
»Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas;
Que aunque yo esté solo un año,
Vé galana á la merienda,
»Y si me convidaren
Déjame ser Peroentrellas.
Ya no quiero que me digas
Que un señor de cruz hermeja
»Te promete montes de oro
Por galopar tu vega,
Ni tampoco que te tñan
Con cajas ni con trompetas
»A que seas capitana
De faldellín por bandera;
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
»Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de Amor se flecha
»Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Vénus, la diosa de Chipre,
Ya es matrona ginovesa,
»Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
»Y el que esperanzas comia,
Pavos come y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
»Y á la gentileza pobre
A pintura le condena.
Con la flota está casado,
Mujer tosca y marinera,
»Que se acuesta con bizcocho
Y de millones se empreña.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
»Robador de voluntades
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mía,
Quiero yo seguir la seta
»De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revistan tus penas,
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas (17).»

(17) Segun Guerra y Orbe, es de Pedro de Liñan Riaza.

CVII.

¡Ah mis señores poetas!
Desdichábranse ya esas caras,
Desnudéense aqueles moros
Y acabéense ya esas zambras.
Váyase con Dios Cazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas;
Que quiere doña Maria
Ver bailar á doña Juana
Una gallarda española,
Que no hay danza mas gallarda;
Y don Pedro y don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quién son estos danzantes
Y conocer estas damas;
Y el señor alcaide quiere
Saber quién es Abenamar,
Estos Cegries y Aliatares,
Y dulces Zaides y Andallas (18);
Y de que repartimiento
Son Celinda y Guadalara,
Estos moros y estas moras
Que en todas las bodas danzan;
Y por hablarles mas claro,
Así tengan buena pascua,
¿Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¿Quieren que diga el hereje
De nuestra fe sacrosanta (19)
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nacion,
Persa, scita ó otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras hazanas? (20).
Si dicen que no lo ignoran,
¿Por qué los cuentan y cantan
En nombre de los moriscos,
Abatiendo nuestras lanzas;
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los moriscos levantan?
Están Fátima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra;
Estáanse los Aliatares (21),
Tejiendo esteras de palma,
Y Almadán sembrando coles,
Y levántanles que rabian.
Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien aranzadas
Por un puño de harina
Y una tarja horadada;
Viene el otro delincuente,
Y sácale á la mañana
A la jineta, vestido
De verde y flores de plata;
Y al Cegri, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Píntale rompiendo lanzas;
Hace Muza sus bañuelos;
Dice el otro : «Aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Caballero de unas cañas.
Los de la santa hermandad,
Por delitos que otros hagan,
Os saquen samaritanos
A birotazos el alma.
Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,

(18) Otros leen : & dulces zaides, y otros, adules.

(19) Otros leen : que nuestra fe.

(20) Otros ponen cuentan.

(21) Otros leen estando.

Asombro de la morisma,
Terror general de Francia;
Dejais un Cid Campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo
Y un famoso Rodrigo Arias;
Un gran Gonzalo Fernandez,
Lustre y honor de mi patria,
Siendo tan grande en el nombre
Como temida su espada;

Y aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada.
Celebran elusmas moriscas
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes
Del Albaicin á la Alhambra.
Si importa celar los nombres,
Porque lo impiden las causas,

¿Por qué no vais á buscarlos
A las selvas y cabafias,
A las banderas francesas
O á las legiones romanas,
A Carthago ó á Sagunto
O á la infelice Numancia?
Mas ¿dó vueias, pluma mia?
Tente, que vas desmíndada;
Que haces mal en condenar
Inevencibles ignorancias (22).

CVIII.

Viniendo de Portugal el rey don Felipe III, año de 1619, llegó á Guadalupe, y á la entrada de la iglesia habia un arco triunfal bien adornado, y en lo mas alto una nube, la cual fué bajando cuando su majestad llegó, y abriéndose, se descubrió la Justicia y Religion, y dijeron estos versos alternativamente.

Religion.—Justicia.

RELIGION.

En buen hora, oh gran Filipo,
Volvais vuestra luz adonde
Castilla os recibe en tantos
Generosos corazones.

En hora buena, volviendo
De Guadalupe á los montes,
Que con llaneza os reciben,
De vuestro pié se coronen;

Y al lusitano bien puestos,
Gran Neptuno y fuerte jóven,
Con el tridente y el cetro,
Ley al mar, freno á los orbes;

Y ya el castellano os mira
De paz en sus horizontes,
En lauro vuelto el tridente,
Los rayos en esplendores,

Ya tributarios dejando
Cuantos el oriente esconde,
Como á vuestra planta ricos,
Adustos á vuestros soles.

(22) Rivas Tafur no cree de Góngora esta poesía, donosa burla de los compositores de romances moriscos. Los que se dedicaban á escribirlos no eran, por cierto, ingenios de la nacion vencida. Los cristianos, que odiaban tanto á los moriscos, recibian placer en cantar á sus héroes y en leer sus hazafias y sus costumbres. Es esta una de las muchas contradicciones en que caen los hombres.

Los moriscos escribieron varios libros en prosa y verso sobre cosas de su ley y sobre viajes por España. Estos libros se compusieron en lengua castellana, unos escritos con caracteres árabes y otros con caracteres españoles. En la biblioteca Nacional y en la de mi amigo el arabista don Pascual de Gayangos se conservan algunos. En muchos hay recopilados romances hechos por ingenios cristianos. Cuando los moriscos se dedicaban á escribir versos no se cuidaban de cantar á sus héroes, sino de reir de la religion que por la fuerza aparentaban profesar, ó de encarecer la que tenian por verdadera. Véanse algunas muestras:

No es gobierno el dividido;
Tierra y cielo rige un Dios,
Un reino no sufre á dos
Ni dos pájaros un nido.

(*Torahm de Bofud, en el códice CC., 169, biblioteca Nacional.*)

Con *biz milah* comenzamos,
Su santo nombre invocamos,
No hay otro dios sino él;
Todos necesitan de él,
Y á él solamente adoramos.

(*El mismo, en el lugar citado.*)

Cuervo maldito español,
Pestífero cancerbero,
Que estás con tus tres cabezas
A la puerta del infierno, etc.

(*Juan Alonso Aragonés, códice 17A, biblioteca Nacional.*)

Dejad envidados aparte,
Y oid, padres reverendos;
Que quiero de vuestra le
Decir algunos acentos, etc.

(*El mismo autor, en el códice citado.*)

De vuestros votos llamado
Con tantas aclamaciones,
Volveis donde paga en templos
Castilla tantos favores.

No ya en sus ondas os llama
El mar de España por donde
Nuestro castellano Tajo
Muriendo tiene mas nombre;

No en Lisboa toman tierra
Los navales escuadrones,
Que en tanto mar no cabian,
Guiados de tantos nortes;

No en dos veneros admiran,
Como en sus olas entonces,
La casta Venus francesa,
El español bello Adonis;

Isabel, digo, y Filipo,
Que en lazos de oro conformes,
Viven calzando himeneos,
Coturnos de resplandores.

No al Olimpo desembarca
La admiracion de sus dioses,
Que del cielo no es estrella,
Por ser del mar rubia Cloris;

La infanta, digo, Maria,
Que en muchas aclamaciones,
En Portugal breve rayo,
Esfera de amor conoce.

No, en fin, prodigiosa en arcos,
Como ya su ciudad noble
Os mostró el poder que encierra,
Madre de tantas naciones.

Castilla en vuestra venida
Levanta nuevos blasones,
Que al cielo asombren gigantes,
Que al sol admiren Faetones;

Que al mar de vuestra grandeza
La humildad en que os adore,
Como á la mar van los rios,
Humildes cristales corre;

Que á los que España venera,
Después que en siglos mayores
Deponga el cetro juntos,
En paz muchos siglos goce.

Si no diademas divinas
A los años de sus flores
Hace que á los dos el cielo
Laureles eternos brote;

Que á la bellissima infanta,
Que adoran y reconocen
Por su aurora estas montañas,
Por su Diana estos bosques,

Los cultos en que la esperan,
Porque su deidad invoquen
Los que de esas son, en tantas
Hermosas admiraciones;

Y vos, Carlos y Fernando,
Que, como lucas menores,
Volveis de Felipe al cielo
Divinas exhalaciones;

Pues á este templo votastes
Vuestras peregrinaciones,
Por recibir como estrellas
Luceros tan superiores,

Pecidles que aqui de tantos
Heróicos antecesores
Los trofeos santos cuelgan
En banderas y pendones;
Que del sagrado Filipo
Entre arábigos olores

La memoria de su olvido
 Vive en perdurables bronce;
 Que en las aras de una imagen
 (A cuyos puros candores
 De sus nevados pies vacen
 Dulces aladas legiones),
 A las luces consagradas
 De aquesta paz de los hombres,
 Devotos de sus promesas,
 Arden lucientes faroles...
 Decídes también...

JUSTICIA.

Detento,
 El dulce aliento recoge;
 Que para llegar al cielo
 Todas las alas son torpes.
 Sirvate al fin de escarmiento
 Que por ardientes regiones
 Uno se abrasó las plantas
 Y otro á las aguas dió nombre;
 Y si quieres saber cuánto
 En ilustres protecciones
 Este santo templo debe
 A los reyes españoles,
 Detento á mayor Talía,
 Oye lo que vi una noche
 Que á nuestro rey esperando
 Hallé en imaginaciones.
 En el templo de la fe,
 Que en moralidad compone,
 En trompa vuelta la lira,
 Mi voz á escuchar dispite :

«Yace á la parte del templado Oriente,
 Adonde luz de lumbré misteriosa
 Campos ilustra del olimpo ardiente,
 El templo sacro de la fe gloriosa,
 La fama vi que al templo indeficiente,
 En anales eternos generosa,
 Por caminos de triunfos inmortales,
 Volando alienta trompas de cristales.
 Argos atentos descubrian mis ojos
 Por sacros vultos de ejemplar firmeza,
 Que en luz dorados y con sangre rojos,
 Afectaban gloriosa fortaleza;
 Dejándome llevar de otros despojos,
 O por afecto ó por naturaleza,
 Una y otra admiré piadosa hazaña
 De los reyes católicos de España.
 «Divertido en sus inclitas historias,
 Los triunfos vi de Alfonso el Castellano,
 Aquel piadoso rey cuyas memorias
 Tiembla en estatua el bárbaro africano;
 Faltaron plumas para tantas glorias,
 Por mas laureles que abrevió su mano;
 Pero el mayor que se erigió ostentoso
 Alzó á este templo el príncipe glorioso.
 «Pues aun no bien destas montañas frías,
 Que el pie divino de una virgen dora,
 Amanecieron infinitos dias
 En breves siglos de una breve aurora,
 Cuando eran luces en ofrendas pías
 De la que calza humilde brilladora
 A las que ciñe estrellas altamente
 Del rey Alfonso el culto reverente;
 «Aquel Alfonso, digo, coronado
 De honores mas que esta montaña estrellas,
 Nunca bastantemente celebrado,
 Aunque igualmente venerado dellas;
 Digalo en mar de sangre el río Salado,
 Cristales vivos en sangrientas huellas,
 Si excedieron despues sus troncos gruesos,
 Horribles montes de desnudos huesos.
 «Tumba poca el Salado en su corriente,
 Que á los montes abriendo sus entrañas,
 Breve fueron sepulcro á tanta gente,
 Que embarazó con sangre las campañas;
 Mármoles coronó gloriosamente,
 Si no son todos mármoles de hazañas,
 Donde al pie de la Virgen una á una
 Hueste alada son cercos de la luna.
 «Ocupaba despues grave distancia

Aquel Pedro que hicieron riguroso,
 O del propio valor la vigilancia,
 O del ajeno error el daño ocioso;
 Mas al que no cedió grave distancia
 Culto debe Maria tan piadoso,
 Que abriendo montes y cortando riscos,
 Crespas le alzó montañas de obeliscos.
 «El palacio lo diga no distante,
 Rara admirando en él la arquitectura,
 Obra toda de artífice elegante,
 Pompa toda mayor de la escultura;
 Término fué apacible al caminante,
 Estancia al peregrino fué segura,
 Que á sus aras llegó donde devoto
 Su camino absolvió, cumplió su voto.
 «Plumas del fénix contenian la historia,
 A no alterables siglos reservada,
 De aquel Segundo Enrique, cuya gloria
 A España fué segunda edad dorada;
 De Alejandro venciendo la memoria,
 En mayores mercedes ocupada,
 Músicos votos le ofreció su celo
 Por excusarle este cuidado al cielo.
 «Emulacion famosa á los futuros
 Siglos despues de aquel gran rey contemplo;
 Aquel don Juan Primero, en quien mas puros
 Viven los fuegos deste sacro templo;
 Deponga Atlante los celestes muros,
 Pues hay Alcides con tan alto ejemplo,
 Pues Argos hay que en prendas celestiales
 Halló los ojos en su fe inmortales.
 «Oh santa religion, oh verdaderos
 Hijos de aquel gran padre en lumbres bellas,
 Que á tantos grados os gradúa luceros,
 Si á tanto sol os examina estrellas!
 Vosotros sois los ángeles primeros
 En quien la Virgen estampó sus huellas;
 Que viendo el Rey tan santa compañía,
 Guarda real os hizo de Maria,
 «Ya José la tutela ha de dejaros;
 Que os encargan los orbes cristalinos,
 Viendo que el sol, perplejo de miraros,
 La luz se le cayó á sus pies divinos;
 Vos, que á los rayos de otro sol mas claros
 Por vuestro pecho abris tantos caminos,
 Gran Jerónimo, en quien la vestidura
 Dos veces es sangrientamente pura.
 «Preciosos, padre, de que en glorias tantas
 Hijos teneis que espiritus ardientes
 Son, ya venciendo las legiones santas,
 Serafines volantes y obedientes;
 Coronados todos de sus puras plantas,
 Llegad al cielo vuestras sacras frentes,
 Que eternizados en sus luces bellas,
 Estampas usurpais á las estrellas.
 «Cedido miré luego ilustremente
 Aquel inmortalmente generoso,
 Aquel Tercero Enrique, aquel Doñiente,
 Que fué menos mortal que no piadoso;
 ¿Qué honor no debe al príncipe excelente
 Este templo por él mas suntuoso?
 Muerto vivió; que eterno ser recibe (25)
 El que en la lengua de los hombres vive.
 «Sacro el cayado el Rey á su primero
 Prior del Tajo dió, y el río sagrado
 En tantas voces le aclamó ligero
 Cuantas ondas brilló cristal dorado;
 Trocó el cayado en el mayor lucero
 De humildad el lustre no aceptado,
 Con que vió el mundo que vencido habia (24)
 Lo que dejó con lo que merecia.
 «Augusto en fama, en fe majestuoso,
 Segundo en nombre, en el valor primero
 Miré á don Juan, cediendo afectuoso
 Su real corona á grave consejero;
 Dando, digo, al prior mas religioso
 Las llaves todas de su reino entero,
 Viendo que Pedro á sus consejos graves
 Le fiera la púrpura y las llaves.

(25) Otros leen: muerto murió.

(24) Otros leen habría.

»El Cuarto Enrique á sus divinos soles
 Aras alzó; tan altos son empleos,
 Que borrándole al sol sus arreboles,
 Alcázar son murado de trofeos;
 Diganlo cuantos arden hoy faroles,
 Cuantos humean árboles sabeos,
 Que testimonios de su amor fragrantes,
 Son sacrificios de su fe constantes.

»La piedad de su pecho generosa,
 De la Reina su madre el celo ardiente,
 Así admitió la Virgen gloriosa
 Su religion, así pagó obediente,
 Que á él labrándole pira suntuosa,
 Una á ella erigiéndole luciente,
 Una y otra á su nombre construida,
 Tierra sellan de tierra no oprimida.

»En simulacros de la fama aparte
 Dos vi ceñidos de inmortal corona,
 Rayo el uno beligeró de Marte,
 Asió el otro triunfante de Belona;
 No leo los nombres, informando el arte,
 ¿Este es Fernando? ¿Esta Isabel? Perdona
 ¡Oh fama! si sus glorias excedidas
 No son mas que por ellos conocidas.

»Dígalos aquí aquel triunfo verdadero,
 Si arbolando la cruz nuestros pendones,
 Auto de fe se celebró el primero,
 Principio dando á sus inquisiciones;
 Aquí los padres de la fe, el severo
 Sagrado horror á heréticas naciones
 Intimó, tropezando su cabeza,
 Allí los pies de su mayor pureza.

»En dos columnas del horror cristiano
 Todo el templo fijaba al cielo ardiente.
 Carlos el uno era, Marte humano;
 Filipo el otro, Júpiter prudente;
 Del uno á levantar la altiva mano,
 Del otro á revolver la heroica frente;
 Temblaron tierra y mar, porque á sus hechos
 Tierras y mares les venían estrechos.

»Furioso Carlos á pesar de Juno,
 Nuevos argos varó á estos horizontes;
 Colgó aquí el gran tridente de Neptuno
 Conculcando sus piélagos de montes,
 Culto Filipo, sin dejar ninguno,
 Cuantos árboles sudan del Oróntes
 Trasladó á su capilla en mas decoro,
 Ardiendo enteros en faroles de oro.

»Los dos miraba atentamente cuando
 ¡Oh tercero Filipo! descubria
 Tu rostro, que dos orbes ilustrando,
 A dos opuestos mundos hace un día;
 Vi que el cielo su imperio contemplando,
 Con la tuya partió su monarquía,
 Y vi en ti retratado honor y palma,
 Carlos darte el valor, Filipo el alma.

»¡Salud, te dije, á ti, que á dos Apolos.
 Seguro, el carro de las luces pides,
 Cuando á los cielos, que te dejan solos,
 Con vivos rayos de tu sol los mides!
 Sigue la gloria de abreviar dos polos,
 Nunca intentada de ningún Alcides;
 Que bien podrás con pasos tan seguros
 Paralelos ceñir, pisar coluros.

»¡Salve, oh tú, en quien serán mas altamente
 Vital incendio, luces funerales,
 Que al segundo morir tú solamente
 Hallar podrás renombres inmortales!
 Alza, oh gran rey, la coronada frente,
 A quien sirven los cielos de fanales,
 Que para globos de tus piés segundos
 Imperios brotarán, nacerán mundos.

»Sierras de Guadalupe, al sol lozano
 Primera cuna, cuando á vos se han ido,
 ¡Oh virgen pura, oh serafín humano!
 De vuestra eterna pompa dividido,
 Pues monte sois de sus montañas cano,
 Pues temple sois de sus trofeos vestido,
 Bajad las frentes á sus luces bellas,
 Orbe ya hermoso de sus cinco estrellas.

»De aquestas, digo, luces cinco hermo
 Que á Guadalupe honrando, mira el suelo

Su día en claveles y su sol en rosas,
 Hoy, que á sus rayos corre Amor el velo,
 Hoy, que infundiendo gracias amorosas,
 Que tiraniza la beldad del cielo,
 Quiere Filipo que á su templo sacro
 Aplausos sean de eterno simulacro;

»Tú, que haciendo estos montes firmamentos,
 Dejaste idolatrado del oriente,
 Los lusitanos de la luz esdientos,
 Bañados de tu luz resplandeciente;
 Hoy, que a estos montes ilustraste atentos,
 A la que arrastra purpura luciente
 Vuelves feliz entre estos patrios lares,
 Que pagarán tus votos con altares.

»Llega; que si á tu fénix traes ornado
 De aquella hermosa flor de las francesas,
 Esfera celestial de su cuidado,
 Lustre mayor de la española empresa,
 Dos luceros aquí te han esperado,
 Que á tu cielo corrieron mas apriesa;
 Que, como del son rayos verdaderos,
 Vuelven á ti según la vez luceros.

»Ardan las teas nupciales obedientes,
 Liliis de edad el talamo perdona (25),
 Donde templando Amor flechas ardientes,
 Dulce enjambre de amores le corone;
 De imperios mas que de laurel las frentes,
 Por mas que tiempo en mármoles blasone,
 Siglos ceñan los dos en desengaños
 De mas coronas que felices años.

»Virgen, que el pié del mayor rey conduces
 Al templo tuyo, que en igual decoro
 Ha de vestir de las triunfales cruces
 Que espera en Asia restaurar el moro;
 Pues son sus votos no extinguibles luces,
 En plata haciendo ilustre alreenta al oro,
 Recibe los que en rayos, si no en flores,
 Cinco te ofrece eternos resplandores.

Dije, cuando del templo cristalino,
 Así extenuados los gloriosos velos,
 Cesó la fama, que en metal divino
 Armoniosos factos dió á los cielos;
 Halléme al fin del inmortal camino,
 Que no arribara el que idolatra Díos,
 Porque Talia mejor los triunfos cante
 De la fe sacra, en citara sonante.

RELIGION.

Abrevia el difícil paso,
 Suspende la voz sonora;
 Que me llevan los sentidos
 La lira, mudada en trompa.

Deja á Marte riguroso,
 Desenlazada la gola;
 De paz te mira, no cuando
 Por los ojos fuego arroja.

Escucha mas dulcemente
 Mi citara numerosa,
 Que al grande Filipo aclama
 De Guadalupe las glorias.

Si de antecesores tantos
 Escenas eternas memorias,
 Reliquias son en cristales.
 Pues en su pecho están todas.

Si de los reyes de España
 Revuelves tantas historias,
 Cuyos despojos al tiempo
 En mil banderas tremolan,

Mira el valor de Filipo,
 Pues que con su vista sola
 Es tridente á todo el mar,
 Es rayo á la tierra toda.

Si al pié desta Virgen bella
 Que estas montañas corona,
 Tan altas, que se levanta
 Entre sus plantas la aurora,
 Tan en los cielos sus cumbres
 La imagen tan en su gloria,
 Que es el mas vivo traslado
 Del original que adoran,

Públicos afectos puros,
Afectos lucientes, pompas,
En mármoles entallados,
En desatadas aromas,
Nuestro rey, viniendo á verla
Con presencia generosa,
El mayor culto á su fe
Erigió á sus aras propias.
El solo á ver sus altares,
El á su nieve gloriosa
Desde su grandeza vino
Con la grandeza española;
En cuyas memorias pías,
Devotamente lustrosas,
En dos pirámides altas,
Que los indios montes roban,
Arden encendidos votos,
Lucen eternas antorchas,
Que la luz del cielo esconden,
Que los rayos del sol borran.
Espira en humos fragantes,
Sube en llamas olorosas
Cuanto la Fenicia suda
Y cuanto la Arabia llora.

Gran rey, cuya monarquía,
El sol que nace en las ondas,
Trayendo el sol de Maria
Vuestras estrellas hermosas;
Las dos perlas, digo, á quien
Han de ceñir mas coronas
Que los pocos mayos suyos,
Que abríles muchos despojan,
La beldad de nuestra infanta,
Que nació con la que goza
A la tierra por deidad,
A los cielos por lisonja;
Carlos y Fernando, en quien
Porque á sus nombres responda
Terror, crecen glorioso
De las naciones remotas;
Hoy, en fin, que habeis dejado
Sin alma á toda Lisboa,
Famosa en vuestras entradas,
En vuestra vista ostentosa,
Esta admitid, que á esas plantas,
Religion afectuosa,
En recibiros festiva,
Aplausos humildes postra (26).

CIX (27).

Una bella cazadora
Cebando estaba un halcon,
Cuyo dueño fugitivo
Tal oficio le dejó.
De una simple corderilla
Le está dando el corazón,
Y componiendo las alas,
Que mudaba á la sazón.
«¡Cómo te pareces, dice,
A aquel falso que huyó,
En el comer corazones
Y en mudar la fe y amor!
»Come de este corazón,
Pues el que se fué
Te dejó su condición.
»Si tu dueño se te haído,
Y el corazón me robó,
Porque tú no le parezcas,
Mi corazón no te doy;
»Porque tú, por imitalle,
Serás segundo ladrón,
Y sin corazón ó alma,
Triste, ¿cuál quedará yo!»
Por consolarse con él,
En la mano le tomó,
Y regalándole el pico,
Le repite esta canción:
»Come de este corazón, etc.
»Préstame, amigo, tus alas
Para alcanzar al traidor,
Tu pico para prenderlo,
Tus uñas para prisión.
»A pié lleva un escudero
Con mis armas y blason;
Que el tiempo que fué mi esclavo
Bien pude hermanarle yo.
»Come de este corazón,
Pues el que se fué
Te dejó su condición.»
Este pájaro es de Tírsi,
Admirable cazador,
Que en los álamos de Chipre
Tiene su nido y nación.

CX.

Por una negra señora
Un negro galán doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.

(26) Según Rivas Tafur, no es de Góngora esta poesía.

(27) Romancero de don Agustín Durán.

Habló una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasión
El negro luto le viene.
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras también las clavijas,
Por ser negro el que las tuerce.
«Negras pascuas me dé Dios,
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
»Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.»
La negra señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galán negro entristece:
«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.»
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fué (28).

CXI.

En aquel siglo dorado,
Cuando floreció Amadis
Y el mes de mayo vivía
Pared en medio de abril,
En unas vistas secretas
Detrás de un zaquizami,
De la sabijonda Urganda
Tuvo un hijo Gandalin,
Mas valiente que Macías,
Mas derretido que el Cid,
Mas sabido que Roldán,
Mas membrudo que Merlin.
Este andaba á caza y pesca
Por la orilla del Genil,
En la mano esparavel
Y en los hombros un neblí.
Al filo de mediodía,
No mas que por su nariz,
Señalaba las doce horas
En el tronco de un brasil;
A la sombra que hacían

(28) Romancero de Durán.

Cuatro flores de alhelí,
Aquejado de la hambre,
Que era comedor gentil,
Sacó poquito á poquito
De las bolsas de un cojin
Dos varitas de virtudes
De traza y valor sutil;
Y vuelta la cara al cielo,
Porque habia de estar así,
Tomando la mayor de ellas,
Le comenzó de decir:
«Varica, la mi varica,
Por la virtud que hay en tí,
Pues que gerigonza entiendes,
Que me traigas que muguir.»
Apenas cerró los labios,
Cuando al son de un añafil
Vió ponerse unos manteles
De delgado caniquí,
Un barril de vino blanco
Y de tinto otro barril.
Del metal de las entrañas
Del cerro de Potosí;
Dos cuchillos de Malinas
Y un safero de marfil,
Y un platillo de ensalada
De verbas trescientas mil;
Entre dos rosas de Utrera,
Que por estos ojos vi,
Unas lonjas de tocino
Como corchos de chapín.
Desde aquí á las acetonas
No les dió merienda así
El bruto Sardanapalo
Al Gran Turco y al Sofí.
Estando la mesa puesta,
Poblada de lo que oís,
Debiera comerlo solo;
Mas no lo pudo sufrir;
Y volviendo á ver al cielo,
Porque habia de estar así,
A la segunda varica
Le dice el mozo Celín:
«Así te otorguen los cielos
De venturas un cahiz,
Que me traigas una dueña
Con quien mis dichas partir.»
Fué á revolver la cabeza,
Y vido cerca de sí
La doncella Dinamarca
Atándose un cenojil;
Y aunque se habian ya visto
En las salas de París,
Mirábanse el uno al otro
Y hartábanse de reir.

CXII.

Dejad los libros un rato,
 Señor licenciado Ortiz,
 Porque tengo que contaros
 De cosillas un caliz;
 Y es el cuento, mi señor,
 De una doña Beatriz,
 Poco mas alta en valor
 Que nido de codorniz.
 Fuila un día á visitar,
 Y dijo: «Señor don Luis,
 ¿Qué manda vuestra merced?
 —Servirla, mi emperatriz;
 ¿Es negocio de importancia,
 Señora, á lo que venís?
 Respondi á lo sevillano.
 —Bien poquito mas de un tris.»
 Luego mostró mas revueltas
 Que trae granos el maíz,
 Diciendo: «No soy mujer
 De las con quien vos cutís;
 Y muy poquito aprovecha
 Sotana y sobrepelliz
 Para lo mucho que cuesta
 Sacar la primer raiz.»
 Parecióme su respuesta
 No de mozueta aprendiz;
 Dijela: «Empadronadora
 Mas que la iglesia matriz,
 Sin que doncella os hagáis,
 Sabemos de qué vivís.
 Pues si cerráis una puerta,
 Otras doscientas abris,
 Y que sois mas conocida
 Que el meson de Anton Ruiz,
 O en Valladolid nombrado,
 Por pleitante, Moriz,
 Y en Lisboa los fidalgos
 Del linaje de Moñiz,
 O en Vizcaya los que llaman
 De Oñez y de Madrid,
 Y que sois mas ordinaria
 Que en botica almofariz,
 O en meson los cabezales
 Ordinarios de terliz,
 Y que os sacara un podenco,
 Aunque le falte nariz,
 Por el rastro que dejais,
 Como en nieve la perdiz.»
 Y como vi que miraba
 Retuerta como cambiz,
 Dije: «No soy terciopelo
 Para hacer arpon con giz.»
 Respondióme: «Mi señor,
 Aunque bachiller venís,
 Nada habeis de negociar
 Si no me contribuís.»
 Viéndola pues tan resuelta
 En la manera que ois,
 Y yo sin nada que darle,
 Renegué de su matiz,
 Y eché de ver que la honra
 De gente de este país
 Está cubierta y ciñada
 Con amarillo barniz.

CXIII.

Juéves era. juéves;
 Despertóme al alba
 La inquietud con furia
 De una triste causa.
 Como enfermo hice,
 Nunca tal pensara,
 Agasajo al día,
 Desprecio á la cama;
 Troquéla en vestido,
 Y vi lo que llaman
 Risa del aurora
 Por labios de grana,
 Aunque amanecía

La luz embozada,
 Con hocico el cielo,
 El sol con lagañas
 De ámbar, decían
 Unas voces pardas:
 «¡Agua va, señores!
 Que las nubes vacían
 Cuando Anica en corto
 Por mi calle baja,
 Huyendo el aviso,
 Flechando la aljaba,
 Cubriendo el semblante
 La linda rapaza,
 Lo lascivo enseña,
 Lo divino tapa.
 Al tiempo que aplica
 Su embozo á la cara,
 Por celajes mira,
 Por tronera mata.
 Cuando airoso pisa,
 Parece que calza
 Chapín de granizo,
 Que cayendo salta
 Picante y menudo.
 Su paso imitaba
 Mucho á la pimienta,
 Algo á la mostaza.
 Vístese á lo cielo,
 Tápase á lo falsa;
 Lo celoso ofrece,
 Lo amoroso guarda;
 Con bizarro talle
 Ostenta gallarda
 Alma en las acciones,
 Azogue en el alma.
 Yo la vi, señores,
 Yo vi que mostraba
 Nieve en sus muñecas
 Y nieve sus llamas.
 No pensé que fuera
 Tan bella y honrada,
 Tan briosa y noble,
 Tan hermosa y casta.
 Con solo un ceceo
 Intenté llamarla,
 Pues vi que mi afecto
 Bosquejé mis ansias;
 Pero sus desdenes
 Mi engaño declaran,
 Y al desden entregan
 Tanta confianza.
 Llaméla corrido,
 No por enojarla,
 Lo que dice el vulgo
 Nombre de las pascuas.
 De vergüenza dicen
 Que vistió la cara,
 Aumentó rigores,
 Prometió venganzas;
 Hallé, aunque jamás
 Verlo imaginaba,
 Hermoso el enojo,
 Discreta la rabia» (29).

CXIV.

Gran filósofo me han hecho
 Casos adversos y tristes;
 Un libro del tiempo soy
 En quien su mudanza escribe.
 Tan á prueba de desdichas
 Me tiene el hado infelice,
 Que no hay mal que me congoje
 Ni bien que me regocije.
 Eráclito fui un tiempo,
 Que di en llorar y afligirme,

(29) Alfay pone como de GÓNGORA este romance, en sus *Poesías varias de grandes ingenios*.

Y ahora á reír me doy
 Porque á Demócrito imite.
 Desde aquestas soledades,
 Habitación apacible,
 Miro en la plaza del mundo
 Los que á sus fiestas asisten.

Desde aquí miro la suerte
 Que con los grandes y humildes
 Hace la fortuna varia,
 Toro veloz y terrible.

Desde aquí me estoy riendo
 De que un ambicioso envidie
 El ver llevar á un privado
 Mayor peso que el de Alcides.

Ríome de ver que un viejo
 Labre palacios insignes,
 Cuando en el de siete pies
 La muerte le hace brindis.

De que ningún pleitante
 En tener justicia escribe,
 Siendo el dinero y favor
 Las leyes que el mundo rigen;

De la sujecion tan grande
 Con que los señores viven,
 Pues por no descomponerse
 A duras penas se rien;

Del que en público se azota
 Y en secreto es el origen
 De vicios, como si á bíos
 Algo pudiera encubrirse.

Ríome del que en su tierra
 Tiene parada apacible,
 Y hacienda y vida le acaban
 Pretensiones insubribles.

Del que secreto importante
 A ninguna mujer dice,
 Del garitero que juega,
 Del que tiene hacienda y sirve;

Del que pudiendo ir armado,
 Con sencillas armas ríe;
 Del que fia en amistad
 De escribanos y alguaciles;

De aquel que es rico, y de avaro,
 Apenas come ni viste,
 Y deja su hacienda á quien
 En breve la desperdicia;

Del que quiere bien á monjas,
 Y en un locutorio asiste
 Lo mas del tiempo, trocando
 Necesidades por melindres;

Y ríome del galán
 Que piensa que hay mujer firme;
 Del que dice que es su error
 Fuerza de estrella infelice;

Del que por quitar un v.....
 Paga una suma increíble,
 Y saca descalabrado
 El.... Dios nos guarde y nos libre;

Del que no siendo señor
 Sacres sustenta y neblhes,
 Y á diez ducados le salen
 Cualquiera par de perlices.

Ríome de que un poeta
 Forceje, trace y fabrique
 Máquinas para ser rico,
 ¡Harto gracioso imposible!

Ríome de un licenciado
 Que, siendo en extremo simple,
 Quiera enmendar á un discreto
 En virtud de seis latines;

De la que quiere mezclar,
 Siendo por extremo mo libre,
 Enterezas de Lucrecia
 Con flaquezas de Pasifes;

Y de un marido Anteon
 Que en público cela y ríe,
 Y á costa de su mujer
 Come, bebe, calza y viste;

Del que teniendo setenta,
 Busca una niña de quince,
 Sin mirar que compra viña
 Que él paga y otros esquilmen.

Y de mí me estoy riendo
De cuando di en afligirme,
Sabiendo á cuán breve espacio
El bien y el mal se remite.

CXV.

Comptiendo con los cielos
Las sierras de Guadalupe,
Esmeraldas son sus valles,
Plata y aljófar sus cumbres.
Lloraba perlas la aurora
Sobre violetas azules,
Encubriendo las estrellas
Y desterrando las nubes,
Cuando mas bella Lisarda
Las ásperas sierras sube,
Dando al mundo y dando al cielo
Gloria, envidia, sombra y lumbre.
La nieve descende al valle,
La estéril tierra produce
Mil verbas que la enternecen,
Mil flores que la dibujan.
No hay planta que no se alegre
Ni pájaro que no anuncie
El nuevo sol que amanece,
Aunque el del cielo se turbe.
Lisarda sobre una Peña,
Venturosa en que la ocupe,
Los campos de Calatrava
Entre los montes descubre;
Y porque apacienta en ellos
Un fiel serrano que sufre
Memorias que desesperan
Y esperanzas que consumen,
Mirando campos y sierras
Que enternece las presume,
Enamorando los cielos,
Hizo que atentos la escuchen:
«Sierras venturosas de Guadalupe!
¿Qué es de mi esperanza, que en vos la
Qué es de mi vida perdida [puse?
Por gustos de vida incierta?
Mas lloro esperanza muerta,
¿Cómo puedo tener vida?
¿Qué es de mi alevé homicida?
Piedras y árboles. ¿qué es de él?
Mas ¡ay! que un tirano cruel
La luz de mi gloria encubre.
¡Sierras venturosas de Guadalupe!
¿Qué es de mi esperanza, que en vos la
[puse?»

CXVI.

Con ropilla y sin camisa,
No por falta de tenella,
Que una que le dió su madre
Le perdió la lavandera;
Su jubon por zaragüelles
Y el sombrero por chinelas,
Y por reparo del cuerpo
Una capa de bayeta;
Al sol, que, muerto de risa,
De lástima le calienta,
Esto cantaba Fernandez.
Cosiendo sus pedorreras:
«Desdichado del hidalgo
Que con sobra de nobleza
Y con falta de dinero
Viene á pleitear á esta tierra.
Soy de Cángas de Tineo,
Deseiendo por línea recta
Del infante don Pelayo;
¡Ved que honrada descendencia!
Y agora por mi desdicha
Venido soy á esta tierra,
Do traigo sobre una moza
Un pleito con una vieja.
Levantóme la falsaria
¡Jesucrito me defiende!

Que fui malo de mi cuerpo
En un molino con ella.
Y aun el falso testimonio
No para aquí, porque llega
A que con doce testigos
Prueba que estaba doncella.
No sé quién jurar tal pudo,
¡Defienda Dios mi inocencia!
Que bien sé que soy de carne
Y tengo algunas flaquezas.
Mas decid, testigos falsos,
¿Cuándo en Castilla la Vieja
Vido el cielo cuervos blancos
Ni doncellas montañesas?
Dejando el pleito á una parte,
Ya que el pleito no me deja,
Aunque no para medrar,
Para echar la sarna fuera,
A ruego de buenos hombres,
¡Plugüera á Dios no los viera!
Asentí con un pleiteante
En San Martín de la Vega.
Por la costa concertamos
De serville esta cuernama,
Do á pura fuerza de ayunos
Me han convertido en poeta.
Pensarán que estoy burlando;
Pues no es así como quiera,
Que del trato de mi amo
Hago agora una comedia.
Toda la primer jornada
Trata de que nunca almuerza,
La segunda que no come,
La tercera que no cena.
Estos forzosos ayunos
Me han tornado la cabeza
Mas liviana que una caña,
Y me han helado la vena.
Y tiéneme de tal suerte
La forzosa penitencia,
Que no quiero decir mas,
Ni puedo, aunque mas quisiera (50).

CXVII.

Comadres, las mis comadres,
Con quien tuve, no lo niego,
Correspondencias quebradas
Tocantes al trato muerto;
Mucho del bello placer
Y mucho del pesar bello,
Que si triaca me distes
Ponzoña hebi primero;
Todas mezclais mal pecado!
Favores con menosprecios,
Esperanzas con agravios,
Con fe grande grandes celos.
Oídmel si estáis despacio:
Que os doy voces desde léjos,
Sentado al tronco de un pino,
Testigo de mi destierro.
Ya sabéis que entre vosotras
Tuve solaces diversos,
En verano en lo regado,
Y en el hogar el invierno;
Y que el marzo entre mis arcas
Anduvo tan grande cierzo,
Que de ellas me aventó el oro
De la hija de mi negro.
Para pagar este soplo
Vine a vender mis barbechos;
De ellos la cadena sale;
Los botones ya los tengo.
Esto, amigas y señoras,
Se quede aquí, porque quiero
Deciros cuál volveré
Ante vuestro acatamiento;
Porque si me reservais

De algunos forzosos censos,
Visite vuestros estrados,
Y si no, que luya de ellos.
En las fiestas de tres altos
Sortijas, toros, torneos,
Del libro de vuestros vivos
Me podréis borrar por muerto;
Que si me pedis ventanas,
Diré que veais los juegos
En las de vuestras narices,
Puestas en el primer suelo.
Comedia con arrequives
De soledad y aposento
Para las graves, y esotras
Alhombra con silla en medio.
Merienda, río, aguadores
Que porteen vuestros cuerpos,
Puerta de Guadalajara
Y tercios de casa os vedo;
Porque la media atañaja,
Medida con llacos dedos,
Pelada, espumilla y cortes
No lo sufre mi decreto.
La preñada que tuviere
Antojos de terciopelo,
Que los trueque en damerlas,
Vinagre, barros ó yeso;
Si el sábado la toquera
O el portugués que da lienzo
Viniera estando yo allí,
Que pagueis sin pedir trueco;
Que aunque pasen por la calle
Innumerables fruteros
No despleguéis vuestras bocas,
Y el por qué á mi Dios lo dejo.
En pago de esta exención
Obligó mi pobre pecho
A todos los menoscabos
Que puede sufrir un ciervo.
Ellas son bajezas grandes,
Yo pecador las confieso;
Mas contra necesidades
¿Qué pondonor habra enhiesto?
Si estando yo con vosotras
Viniesen vuestros don Diegos,
Que como á piedra sin fruto
Me lanceis en cualquier centro;
Que no llame á vuestras puertas
Si no de tal á tal tiempo.
Porque no espante la caza
Si aguardais penantes frescos;
Que aunque seais mas comunes
Que fué la estrella de Venus,
Jure que estáis mas cerradas
Que en Vizcaya los conceptos;
Que no tome silla baja
Ni os pueda tocar al pelo
Hasta que con castañeta
Me llameis como á podenco;
Que aunque necias y afeitadas
Estéis, os salude el gesto
Como en Francia, y os escucho
Seis horas sin ral ó en medio.
No se ha visto sufridor
En todo el mundo universo
Cuya paciencia por yunque
Quebrante tan pocos hierros.
Prolijo he sido, señoras;
Que como estoy en el yermo,
Ajeno de ocupaciones,
Escribo mas que diez presos.
Pues teneis mas secretarios
Que tiene el mundo secretos,
Respondedme, aunque neguéis
La paz de nuestros conciertos.
De esta tierra bruta y sola
A dos del mes en que el cuerno
Derrama Amaltea hermosa,
De fruta y de flores lleno.

(50) Segun Rivas Tafur, no es de Góngora este romance.

CXVIII (31).

«Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
¡Mal haya quien no te busca!
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda.
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna;
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna;
Libertad preciosa y cara,
¡Mal haya quien no te busca!»

A questo cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuése por la villa
A dar parabienes
Y á consolar viudas.
«¿Qué ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
¿Quién habla de día?
¿Quién hay que nos lea?
¿Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios no sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas,
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acibar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caída
Que ha dado el honor,
Ligera y altiva.
Madre, la mi madre,
Medo guarda viña;
Mas hace quien ruega
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De syño torcida,
Tardé la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejos
De dueñas valdías,
Que en la iglesia pasan
Cueitas y mentiras;
Y sobre nosotras,

Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy teatina,
Medrosa de engaños
Y esperanzas tibias.
No echéis tantas llaves,
Porque no se diga
Que no hay que liar
De quien no se fia.»

CXIX (32).

Galanes, los que teneis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatrais una necia
Detrás de una celosia;
Oid á un cofrade vuestro,
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de Ceniza.
Salud y gracia. Sepádes
Que me vi por una ninfa
No dormir en treinta noches
Ni comer en cuatro días.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caída
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrias.
Ya vivo con arancel,
Ya no soy quien ser solia,
Ya duermo y como á mis horas,
Y ando mostrencos en la villa.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas.
Ya no me aprieta el zapato,
La cuera ni la ropilla,
Ya llevo las medias flojas,
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un tudesco
Después que vuelvo de misa,
Si es verano en el jardin,
Si es invierno en la cocina.
De setiembre á Navidad,
Como bandujo y morcillas,
Y desde diciembre á enero
Rico solomo y salchichas.
Las turmas de marzo á mayo
Como con lunadas fritas,
Y desde mayo hasta agosto
Pernil fiambre con guindas.
Bebo con nieve, y aguado
Cuando hay calor excesiva;
Pero cuando el tiempo hiela,
Como el Redentor lo cria.
A las once como siempre
La olla de una ama limpia
Con algun torrezno asado
Y con otra niñeria
Si hay palomino, la pierna;
Si hay cabrito, las costillas;
Si gallina, la cadera;

Y si perdiz, la tetilla.
Tararira, etc.
Cuando dicen que á doña Alda
Dió don Juan una basquiña,
Échole calzas de tonto
Aunque venga de la China;
Cuando quieren altercar
Sobre quien priva ó no priva,
Pregunto dónde ha de ser
Y qué ventanas se alquilan;
Cuando veo algunas damas
De las de casa y bajilla,
Ríme de aquellos tontos
Pobres por hacerlas ricas;
Y cuando al fin el ser hombre
Me aprieta con mucha prisa,
Busco quien no me conozca
Ni me detenga ni pida.
El gusto traigo de mezeja;
Porque donde una vez pica
No volveré si me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada
Y con anteojos la vista,
Y en la parte sospechosa
He puesto una zapatilla.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.

CXX (33).

Hermosas depositarias
De mil almas novelescas,
Las que seguis de Cupido
Los pifanos y banderas,
Un consejo os quiero dar,
Y atendid que no os lo diera
Si de puro acuchillado
Los sesos no se me vieran;
Y no colijais tampoco
Que alguna pasion me ciega;
Que yo, como libre, hablo
Del tiempo que no lo era.
No pongais vuestra aficion
En mocitos de esta era,
Que son como basiliscos,
Que matan y luego vuelan.
Huid como del demonio
De estos de calzas tudescas,
Que es de Alejandro su vista
Y de duende su moneda.
No os leáis de sus palabras
Ni os engañen con endechas,
Que tienen las bolsas duras
Y las palabras muy tiernas.
Tienen de bronce las manos,
Las faltriqueras de piedra,
Y la moneda de plomo,
Mas falsa que sus promesas.
No os engañen los que agora
Se ciñen como malcias,
Que de apretar las barrigas,
No tienen sustancia en ellas.
Finalmente, os aconsejo,
Parroquianas de esta feria,
Que de estos almidonados
No se ocupe el alma vuestra;
Porque hay mocito espigado
Que con cuatro plumas negras
Piensa escalar vuestra casa
Y torcer vuestras madejas.
Al que es hijo de vecino
Tapiadle ventana y puerta,

(31) Este romance fué publicado en el *Romancero general* sin nombre de autor. Como de Góngora se halla en muchos manuscritos. No difiere de su estilo ni es indigno de su ingenio.

(32) Este romance se halla en el *Romancero general* como obra anónima. En manuscritos antiguos de poesías de Góngora se pone entre ellas.

(33) Sin nombre de autor está en el *Romancero general*. Los manuscritos lo dan por de Góngora.

Que piensa que le debeis
De alcabala cama y mesa;
Y si entrare en vuestra casa
No dando provecho en ella,
Abridle con una mano,
Y con otra echalde fuera,
Y el orden de vuestra vida
De hoy mas mirad que sea
Ver ante *omnia* el *plus ultra*;
Que ya quien fia no medra.
Aquel que quisiere hablarlos
Traiga de azul la librea
O vistase de oro fino,
Color contra la tristeza.
Traiga las armas del Rey
En el escudo por muestra;
Philippus, rex Hispaniarum,
Diga el mote de la letra.
Al que estas letras arroja,
Hermanas, para leerlas.
Si de esta suerte viniere
Bien podeis abrir la puerta.
Fíleno, aquel que decia
Que érades Circes y peñas,
Agora os da por consejo
Que os convirtais en Medeias;
Porque si blandas os hallan,
Como blandas os refriegan,
Y venis á quedar todas
Como granadas abiertas.

CXXI (34).

No viene á mí el sobrescrito,
Señora, de aquesta carta;
Bien la puede dar á otro,
Que yo no como cebada,
Ni creo tan de ligero
El preñado que me achacan,
Pues que las bulas de Roma
Se encuentran desde la data.
Contemos las conjunciones
Por meses y por semanas,
Y si viene bien la cuenta
Metamos la cria en casa;
Pero si no viene bien,
¿Por qué quiere la bellaca
Jugar con otro las piernas
Y cargarme á mí las cabras?
No quiera la fugitiva
De la aborrecida patria
Hacer con otros el fiote
Y que pague yo la barca.
Desista de ser fullera,
No haga pandillas tantas;
Que si ella es cuchillo agudo,
Yo soy raposa avisada.
¿Cómo quiere que reciba
El requeson que me guarda,
Si estaba llena la encella
Cuando yo llegué á apretalla?
Pues no quiso ser mi mula,
No quiero ser su gualdrapa;
Bien puede dar esas quejas
A quien la hizo preñada.
Su preñado me parece
A la puente segoviana,
Que se hizo en una noche
Sin cal, arena, ni agua.
Sin duda que el diablo hizo
Este milagro en España,
Y diablo debo yo ser,
Pues su preñado me achaca.
Para haberse criado en villa
Poco sabe de crianza,
Pues me pide el aguinaldo
Sin darme las buenas pascuas.

(34) Está en el *Romancero general* como de Góngora.

Al otro que se las dió,
Con paz, al uso de Francia,
Le haga esas cosquillas,
Porque yo no sufro albarda.
Pidale que contribuya
Para el gasto de las amas;
Que no he de dar yo mantilla,
Sirviendo el otro de manta.
Aunque soy malo á sus ojos,
Tengo la conciencia sana;
No quiero coger el fruto
Que otro sembró con sus vacas.
Libreme Dios de lo ajeno,
Pues es cosa averiguada
Que la codicia del mundo
Es la polilla del alma.
Son los partos de mujeres
Como nubes que traen agua,
Que aunque ignoramos dó vienen,
Sabemos dónde descargan.
Decir que ella lo parió
Es verisima probanza;
Mas que parió de mí solo
Es duda que no se alcanza.
Así que, señora mía,
No escarbe mas la cernada,
Porque es todo polvareda.
Pues pide injusta demanda.
Déjeme, pues que la dejo,
Y quédese en hora mala;
Que no la he de levantar,
Pues que se echó con mi carga.

CXXII (35).

«Junto á una fuente clara
Lloraba Galatea
De sus divinos ojos
Por lágrimas estrellas.
Cristal y luces llora,
Y en el cristal que aumenta
Agua y luces agravian,
Plata y rayos pelean;
De ausente pastorcillo,
Que ingrato dueño deja
Desperdiçar al aire
Imperios de oro en trenzas,
El mas hermoso agravio
Que vió la primavera,
Rojo desden del día,
Del alba blanca afrenta.
Ayer bajó embozada
Al baile de su aldea,
Avara con los cielos,
Y con abril soberbia;
Que resistir entonces
Amor ni el sol pudieran
A tanta nieve en rayos,
Tanto cristal en flechas.
Ambar cernió su colia,
Su boca llovió perlas,
Y vinculó esmeraldas
Su breve pié á las yerbas;

(35) Están impresas como de Góngora estas endechas por Alfay, en sus *Delicias de Apolo*.

Gracian, en su *Agudeza y arte de ingenio*, escribe:

«Fórmase de ordinario el encarecimiento ensalzando el objeto y ponderando su exceso en sí ó en algunas de sus circunstancias, don Luis de Góngora, en estas endechas suyas, aunque no van en sus obras, como vi otras muchas:

«Al pié de una corriente
Lloraba Galatea
De sus divinos ojos
Por lágrimas estrellas,
Ambar cernió su colia, etc.»

Que dulcemente muero,
Que vanamente esperan
Los pensamientos míos
Piedad de tal belleza.»
Esto cantaba Lauro
A la beldad mas nueva
Que llenó de suspiros
Los ecos y las selvas.

CXXIII (36).

En las orillas del Tajo,
Cuyas márgenes coronan
Piélagos de oro en arenas
Que ciñen su frente undosa,
Crepúsculos matutinos
Desmiente ya virgen rosa,
Deldad de los montes bella,
Que el cielo adoró pastora;
Seguida en vano de Delio,
Salió compitiendo á Flora
La juventud mas lucida,
De un sexo y otro la pompa.
Ella del coro de Vénus
Admiracion gloriosa;
El trasunto propio en sí
Del que es nieto de las ondas.
Tanta beldad á los campos
Segunda parece aurora,
Si á un mar de rayos apela
De los ojos á las hojas.
El lustro apenas primero
Remitió Amor, que en su concha
Nunca lo pueril preserva,
Nunca lo inmortal perdona.
Snaves mil lazos dió
A las dos almas, que gozan,
Si mucho de lo divino,
Humanidades graciosas.
Afectó Marfisa bella
Aclamaciones no impropias,
Llevándose los aplausos
De cuantas bellezas borra.
Delicioso ya sugeto
Fué á Delio, cuyas memorias,
Hurtándose á obligaciones,
Sucedieron al aljofar.
Reciprocóse lo tierno,
Inútil fué su lisonja,
Creciendo violado el ocio
Las que duplicaron glorias.
Mil veces de los rubies
Solicitó las dos rosas,
Puertas que á menudas perlas
Muros de púrpura forman.
Otras, librándose al tacto,
Fiando en audacias sordas,
Divinidades intenta,
Que frustra cristal, ya roca.
Adelantado el deseo,
Atrévimientos aborta
Del ídolo de hermosura
Que idolatró á todas horas.
Arbitrios intenta vanos,
Pero ser audaz ¿qué importa
Cuando la ocasion se niega
Y Amor sus gustos revoca?
Ó fué olvido ó fueron celos,
Pasion sacrilega y loca,
Tiranos si de sus logros,
Eclipse de sus victorias,
De una zagala que el cielo
Crió libertada, hermosa,

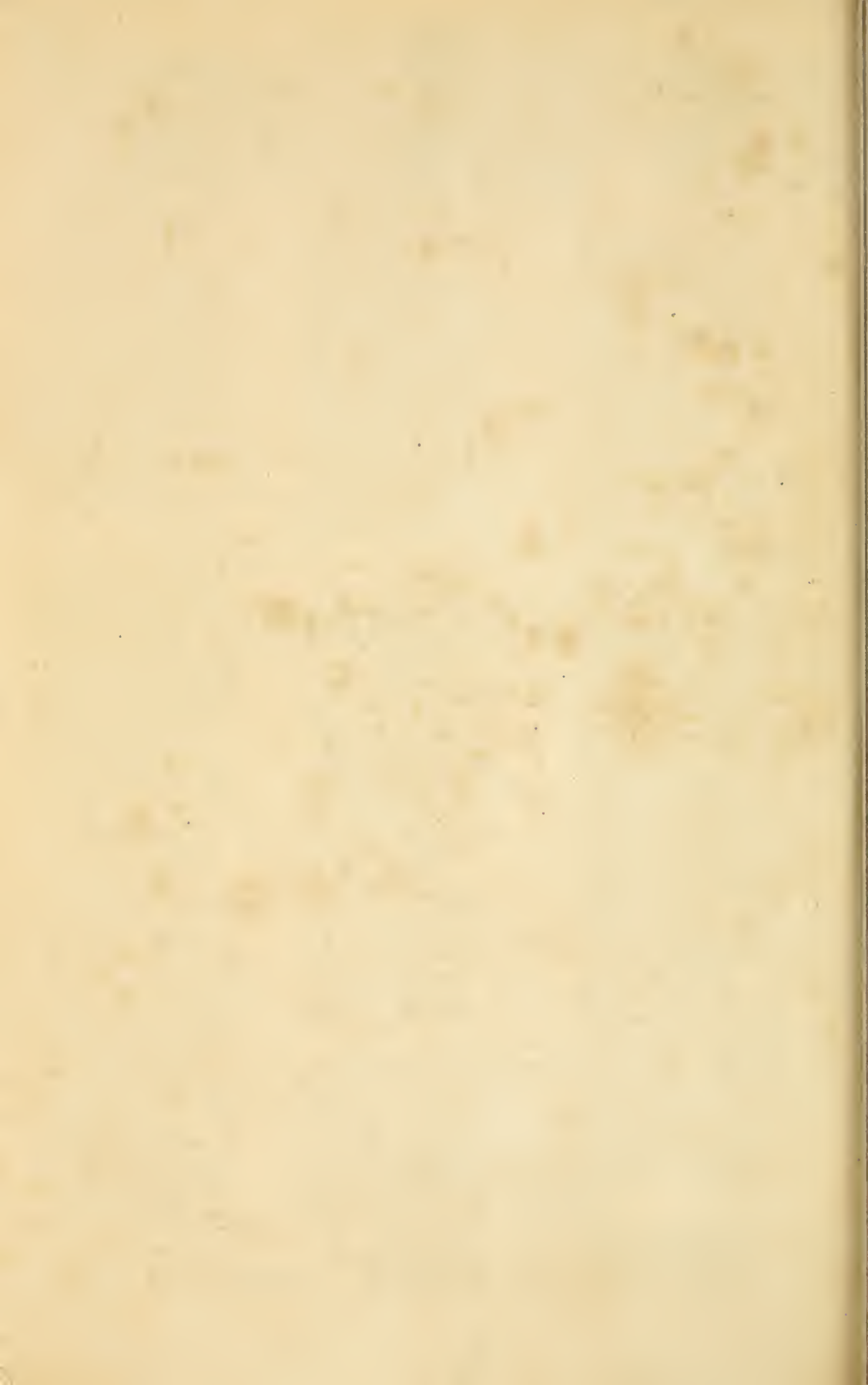
(36) Alfay publicó en sus *Delicias de Apolo* este romance como de Góngora. Si es cierto que el ingenio cordobés lo escribió, así como el que precede, no anduvo á la verdad muy feliz en la manera de expresar los afectos.

Del garzon no venerada,
 Quien solo á Marfisa adora.
 Celosa la mayor luz
 Que aquellas montañas honra,
 Lícito favor le implica,
 Si de desprecios le informa.
 Frustrando correspondencias
 Del que su desdicha llora,
 Por no admitir desengaños,

A desdenes se convoca.
 Delio, que ve reducidos
 A ruina lastimosa
 Actos de firmeza heróicos,
 Fe profanada por sola,
 De cuantas deidades lava
 La corriente caudalosa,
 Nuevo músico de Tracia,
 Sonoro concento invoca;

Y por extinguir suave
 Afectos de sus congojas,
 A destinos de la ausencia
 Hoy condena su persona;
 Cuyo amor, cuyas finezas,
 Con elección generosa
 Fiando a pincel valiente,
 Inmortal aclama trompa.

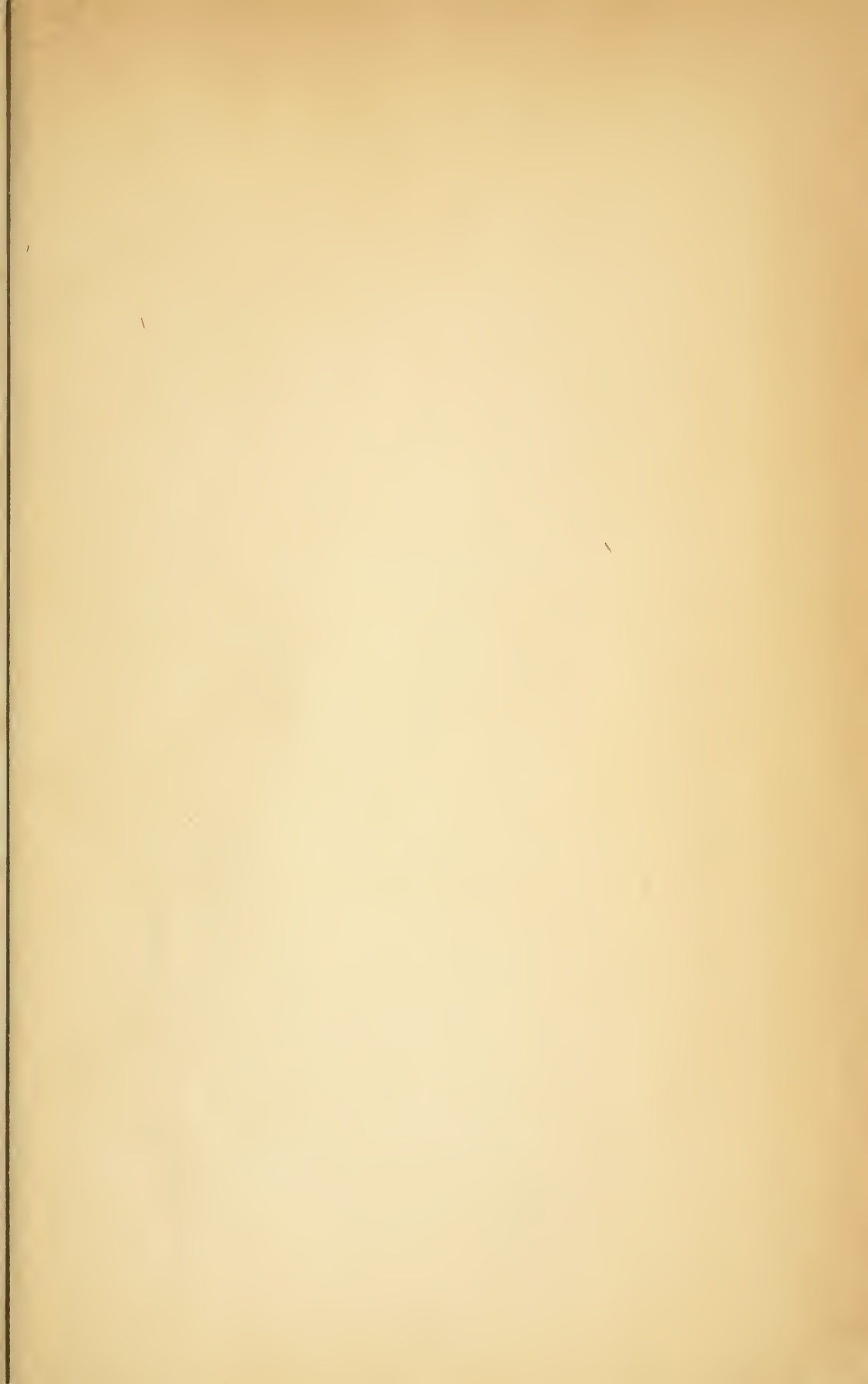
FIN DE LAS POESÍAS DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE,
 Y DEL TOMO PRIMERO DE POETAS CASTELLANOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

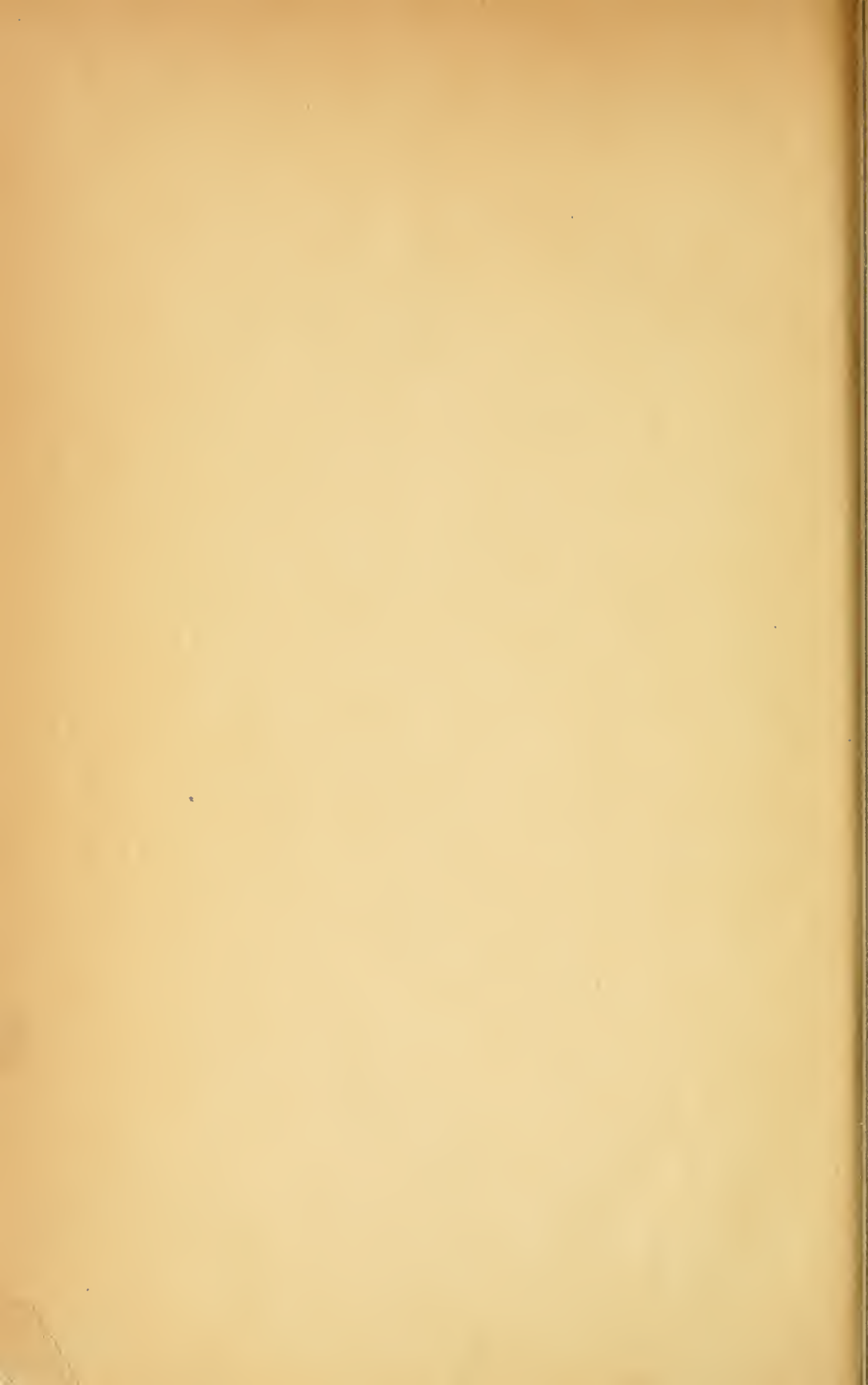


INDICE.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
PRÓLOGO.	v	DON FRANCISCO DE MEDRANO.—Juicios críticos.	545
APUNTES BIOGRÁFICOS DE LOS AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE		Poesías.	544
TOMO.	ix	PABLO DE CÉSPEDES.—Juicios críticos.	561
GARCILASO DE LA VEGA.—Juicios críticos.	1	Fragmentos de el arte de la pintura.—Libro primero.	562
Poesías.	5	Libro segundo.	564
X GUTIERRE DE CFTINA.—Juicios críticos.	59	Fragmento en elogio de Fernando de Herrera.	567
Poesías.	40	FRANCISCO PACHECO.—Poesías.	569
DIEGO HURTADO DE MENDOZA.—Juicios críticos.	51	X FRANCISCO DE RIOJA.—Juicios críticos.	575
Poesías.	52	Poesías.	575
X CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.—Juicios críticos.	105	DON JUAN DE ARGUJO.—Juicios críticos.	591
Poesías.—Libro primero. De las obras de amores.	107	Poesías.	592
Libro segundo.—De las obras de conversacion y pasa- tiempo.	156	X BALTASAR DEL ALCÁZAR.—Juicios críticos.	405
Libro tercero.—De obras morales y de devocion.	209	Poesías.	406
X FERNANDO DE HERRERA.—Juicios críticos.	255	DOCTOR JUAN DE SALINAS.—Poesías.	417
Poesías.—Libro primero.	257	PEDRO DE QUIRÓS.—Poesías.	421
Libro segundo.	299	DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.—Juicios críticos.	425
		Poesías.	427











CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.32

Biblioteca de autores
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

